Samuel Pérez Millos, Th.M.

COMENTARIO EXEGÉTICO AL
TEXTO GRIEGO DEL NUEVO TESTAMENTO

ὑμᾶς καὶ γνώσεσθε τὴν ἀλήθειαν, καὶ ἡ ἀλ
ι ἡ ἀλήθεια ἐλευθερώσει ὑμᾶς καὶ γνώσεσθε
σεσθε τὴν ἀλήθειαν, καὶ ἡ ἀλήθεια ἐλευθερ

HEBREOS

COMENTARIO EXEGÉTICO AL
TEXTO GRIEGO DEL NUEVO TESTAMENTO

HEBREOS

COMENTARIO EXEGÉTICO AL
TEXTO GRIEGO DEL NUEVO TESTAMENTO

HEBREOS



editorial clie

Samuel Pérez Millos, M.Th.

EDITORIAL CLIE
CLIE, E.R. n.º 2.910-SE/A
C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS (Barcelona) ESPAÑA
E-mail: libros@clie.es
Internet: http://www.clie.es

COMENTARIO EXEGÉTICO AL TEXTO GRIEGO
DEL NUEVO TESTAMENTO
HEBREOS

ISBN: 978-84-8267-556-5
ISBN obra completa: 978-84-8267-547-3

Printed in U.S.A.

Clasifíquese:
266-HERMENEUTICA
Comentarios del NT-Hebreos
CTC: 01-02-0266-16
Referencia: 224712

DEDICATORIA:

En memoria de mi profesor más directo el Dr. Francisco Lacueva, a quien el Señor utilizó para orientar mi pensamiento y posicionamiento teológico, despertando en mí un profundo respeto por la Escritura y un marcado interés por la exégesis bíblica y el estudio del griego bíblico como instrumento indispensable en la tarea interpretativa del Nuevo Testamento. Agradezco al Señor la provisión de un maestro como él. En gratitud por todo lo que ha supuesto en mi formación bíblico-teológica, dedico este escrito.

ÍNDICE

Prólogo. 11

Capítulo I
La Persona Divina del Hijo.
Introducción general. 15
Canonicidad. 16
Autor. 18
Destinatarios. 25
Razones del escrito. 27
Fecha y lugar de composición. 28
Tema. 29
Relación de la Epístola con el Antiguo y Nuevo Testamento 29
Relación de la Epístola con la Teología Bíblica. 30
Teología propia. 30
Neumatología. 31
Cristología. 31
Soteriología. 32
Eclesiología. 32
Escatología. 32
Texto griego. 32
Bosquejo. 37
Exégesis de la Epístola. 39
La supremacía de la Persona de Cristo (1:1-4:16). 40
Cristo supremo sobre los profetas (1:1-4). 40
Cristo supremo sobre los ángeles (1:5-2:18). 61
Como Persona Divina (1:5-14). 62

Capítulo II
Advertencia y bendición.
Introducción. 91
Como dador del mensaje de salvación (2:1-4). 92
Como realizador de la verdadera libertad (2:5-18). 107

Capítulo III.
Supremacía de Cristo y responsabilidad cristiana.
Introducción. 151
Cristo supremo sobre Moisés (3:1-6). 152
Cristo supremo como objeto de fe (3:7-4:16). 171
Advertencia sobre la incredulidad (3:7-19). 171

Capítulo IV.
Consecuencias de la incredulidad.
Introducción. 205
Consecuencias de la incredulidad (4:1-10). 206
Recursos contra la incredulidad (4:11-16). 234

Capítulo V.
Jesús, el Sumo Sacerdote.
Introducción. 257
Supremacía del sacerdocio de Cristo (5:1-10:39). 258
Supremo por su condición (5:1-10). 258
Constituido como Sumo Sacerdote (5:1-6). 258
Probado como Sumo Sacerdote (5:7-10). 273
Advertencia solemne (5:11-6:20). 297
Situación espiritual (5:11-14). 297

Capítulo VI.
Advertencia y confianza.
Introducción. 307
Necesidad de crecimiento (6:1-3). 308
La seguridad y la disciplina del salvo (6:4-8). 318
La evidencia y la bendición del salvo (6:9-12). 334
Ejemplo y certeza (6:13-20). 342

Capítulo VII.
Supremacía sacerdotal de Cristo.
Introducción. 357
Supremacía de Cristo en su sacerdocio (7:1-8:13). 358
La figura del Melquisedec (7:1-3). 358
La preeminencia de Melquisedec (7:4-10). 365
La necesidad de un cambio en el sacerdocio (7:11-19). 374
La perpetuidad del sacerdocio de Cristo (7:20-28). 388

Capítulo VIII.
El Nuevo Pacto.
Introducción. 409
Sacerdocio y santuario (8:1-5). 410
Esbozo del Nuevo Pacto (8:6-13). 420

Capítulo IX.
El supremo sacerdocio.
Introducción. 443

La supremacía de Cristo en su ministerio sacerdotal (9:1-10:18). 444
El sacerdocio terrenal (9:1-10). 444
El santuario (9:1-5). 444
El ministerio sacerdotal (9:6-10). 458
El sacerdocio de Cristo (9:11-14). 473
El Mediador del Nuevo Pacto (9:15-18). 487
La purificación por el sacrificio perfecto de Cristo (9:19-28). 495

Capítulo X.
Sacerdocio y pecado voluntario.
Introducción. 517
La imperfección de los sacrificios legales (10:1-4). 518
La perfección del sacrificio de Cristo (10:5-18). 526
La preparación del sacrificio perfecto (10:5-10). 526
La realidad en Cristo del sacrificio perfecto (10:11-18). 540
Advertencia solemne (10:19-39). 554
La exhortación (10:19-25). 554
El pecado voluntario (10:26-31). 572
El aliento (10:32-39). 590

Capítulo XI.
La fe, el estilo de vida.
Introducción. 609
La supremacía de la vida en Cristo (11:1-13:19). 610
La superioridad de la vida de fe (11:1-40). 610
La especificación de la fe (11:1-3). 610
Los ejemplos de la fe (11:4-38). 620
Abel (11:4). 620
Enoc (11:5-6). 623
Noé (11:7). 628
Abraham (11:8-19). 633
Isaac (11:20). 655
Jacob (11:21). 656
José (11:22). 658
Moisés (11:23-29). 660
Josué y el pueblo (11:30). 675
Rahab (11:31). 679
Otros ejemplos de fe (11:32-38). 684
Una mejor provisión (11:39-40). 698

Capítulo XII.
Disciplina y vida de fe.
Introducción. 703
La superioridad de la vida con Cristo (12:1-29). 704
La visión para la vida (12:1-2). 704
La disciplina para la vida (12:3-11). 715
La orientación para la vida (12:12-17). 738
El aliento para la vida (12:18-24). 757
La responsabilidad para la vida (12:25-29). 778

Capítulo XIII.
Testimonio, amor, servicio y esperanza.
Introducción. 787
La superioridad de la vida en Cristo (13:1-19). 788
El ejemplo en la sociedad (13:1-6). 788
El ejemplo en la iglesia (13:7-19). 810
Compromiso y esperanza (13:7-14). 810
Ministerio sacerdotal (13:15-16). 832
Obediencia (13:17). 840
Intercesión (13:18-19). 844
Bendiciones finales (13:20-25). 847
Bendición (13:20-21). 847
Recomendaciones, saludo y despedida (13:22-25). 856

Bibliografía. 863

PRÓLOGO

Me complace escribir el prólogo a este comentario a los Hebreos por un doble motivo: el contenido en sí del libro y la relación personal que me une con el autor. En cuanto al contenido, el mensaje de esta epístola es de una actualidad sorprendente. Y alguien enseguida objetará: ¿cómo puedes decir esto de un texto repleto de alusiones a sacrificios de sangre, un lenguaje teológico e ilustraciones difíciles de entender? A la sociedad postmoderna le fascinan las historias personales con las que pueda identificarse, de ahí el éxito de las telenovelas, pero no una carta del Nuevo Testamento aparentemente complicada y con metáforas tomadas de un mundo totalmente diferente del nuestro.

¿Qué responderemos a esta objeción? Afirmamos que la carta a los Hebreos es de una relevancia extraordinaria para el hombre de hoy por dos razones fundamentales. En primer lugar, porque su mensaje resalta de forma clara e inequívoca el carácter singular de Cristo como el único acceso a Dios. Efectivamente, la figura insustituible del sumo sacerdote Jesucristo como el único mediador entre Dios y los hombres, tema esencial del mensaje cristiano, alcanza su clímax expositivo en esta epístola. La obra salvífica de Cristo brilla en cada línea convirtiendo Hebreos en una de las joyas más cristocéntricas del Nuevo Testamento. El problema surge cuando el creyente intenta proclamar esta verdad. En esta sociedad neopagana cualquier pretensión de un único camino a Dios es rechazada como algo insoportable, un mal a erradicar. De ahí la dificultad creciente de muchos cristianos para vivir la práctica de su fe más allá del ámbito estrictamente privado. Sin embargo, ahí se alza el poderoso mensaje de Hebreos cual baluarte imponente de nuestra fe en medio de una sociedad sincretista donde cada uno se hace un dios a su medida.

La segunda razón de la relevancia de esta carta tiene que ver con las necesidades del hombre de hoy: la necesidad de sentirse amado, acompañado y comprendido en su dolor y sus miserias por un Dios personal y cercano. Es sorprendente ver cómo la cristología tiene unas formidables implicaciones evangelísticas. Hebreos nos presenta a Jesús no sólo como el único salvador- la vertiente más teológica de su obra-, sino también como el amigo y el Padre a quien podemos acercarnos *"confiadamente ...para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro"* (He. 4:16). Jesucristo es la máxima expresión del Dios que sufre con nosotros: su muerte y su agonía en la cruz, su experiencia de primera mano con el dolor le convierten en la respuesta última al gran interrogante del sufrimiento humano *"porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado –probado- en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado"* (He. 4:15). Cristo viene a llenar aquel *"vacío en forma de Dios"* que sólo Dios puede llenar.

Samuel Pérez Millos ha logrado presentarnos estas dos facetas descollantes de Hebreos amén de los muchos otros tesoros que la epístola encierra, con el talento que le es característico y que ya ha puesto de manifiesto en otros comentarios de la Biblia. Permítaseme esbozar las razones por las que esta obra me parece particularmente valiosa, no sólo para pastores y líderes, sino también para el creyente "de a pie". El autor disecciona el texto con minuciosidad, pero sin ampulosidad, o –como diría- Montaigne- *"sin grasa innecesaria"*. Es un trabajo sólidamente documentado; en cada capítulo el lector percibirá una rigurosa tarea de investigación. Un ejemplo de ello lo tenemos en la amplia sección sobre la autoría de la carta.

Muy interesante es también el apartado denominado Notas y análisis del texto griego donde se analiza cada versículo a la luz de la lengua original; ello le proporciona al lector una riqueza de matices que le da un toque distintivo en relación a comentarios parecidos. En cuanto a la forma, su claridad expositiva lo convierte en una excelente herramienta homilética. En este sentido son de gran ayuda la introducción a cada capítulo y la división en secciones. Ahí fluye con naturalidad la vena pastoral de S. Pérez Millos; el autor nos demuestra cómo una exégesis detallada no está reñida con las aplicaciones prácticas para la vida de fe (véase, por ejemplo, el rico pasaje del capitulo 4:11-16). Este toque pastoral evita que la obra se convierta en un tratado erudito pero árido, desprovisto de vida. ¡Cuán necesaria es hoy esta combinación: cabeza de teólogo, pero corazón de pastor!

Finalmente, el autor no elude las cuestiones más difíciles de interpretar. Pero aún en estos puntos potencialmente conflictivos destacan su búsqueda de la ponderación y el equilibrio En ello me recuerda a su maestro D. Francisco Lacueva, inolvidable para muchos de nosotros, para quien la firmeza de convicciones no estaba reñida con la *"palabra con gracia, sazonada con sal"* (Col. 4:6).

Mi satisfacción al escribir este prólogo viene completada y aumentada por un motivo personal. He disfrutado de la amistad con el autor durante bastantes años, relación que se intensificó a raíz de mi colaboración desde 1998 con el valioso ministerio de la Escuela Bíblica de Verano en Codeseda, así como en diversas oportunidades de colaboración con la iglesia local que pastorea en Vigo. Los lazos forjados con Samuel y con su esposa Esther a lo largo de estos años han dejado un poso de amor fraternal entrañable y de amistad sincera.

Samuel Pérez Millos ha escrito un comentario exhaustivo y profundo, pero a la vez práctico y útil para todo aquel que quiere profundizar en la maravillosa persona de Jesucristo. Quiero recomendar, por tanto, cálidamente esta obra como una valiosa aportación exegético- pastoral que viene a

enriquecer de forma significativa los comentarios disponibles sobre tan preciada epístola.

Pablo Martínez Vila
Mayo 2007

CAPÍTULO I

LA PERSONA DIVINA DEL HIJO

Introducción general.

La acción soberana de Dios, el Espíritu Santo, en la producción de la Biblia, se hace evidente de muchas maneras. Es notable apreciar su actividad en la confección de los escritos bíblicos, escogiendo al escritor humano que ejecutaría la tarea de la escritura, revelándole el mensaje a comunicar y custodiando el modo de escribirlo. En ocasiones se revela quién ha sido el instrumento humano para confeccionar el escrito. Otras, como ocurre con la *Epístola a los Hebreos*, se oculta celosamente. Las razones para estas diferentes maneras de actuar obedecen a la soberanía divina que así lo determina. Sin embargo, la simple lectura del contenido de esta epístola pone abiertamente de manifiesto que se trata de un escrito divinamente inspirado. El contenido doctrinal es profundo y el argumento corresponde a la consonancia absoluta de toda la Palabra de Dios. Por tanto, se hace evidente que Dios es el autor divino de la epístola.

Como todo escrito bíblico, por su dimensión y contenido, supera la capacidad de interpretación absoluta, es decir, nadie podrá decir todo cuanto Dios quiere decir en el escrito y darle su definitiva interpretación. Es más, los intérpretes, aun con la mejor buena voluntad y recta conciencia, se encuentra con dificultades en la interpretación del escrito. Hay preguntas que surgen inmediatamente en la lectura de la epístola, tales como a quien se refieren algunos párrafos de los capítulos 6 y 10. La posición del intérprete varía, lo que hace que se establezcan ciertas discrepancias entre exegetas. Sin embargo, salvadas dichas dificultades, el escrito es admirable y plenamente comprensible para quien se acerque a él con humildad, dispuesto a oír la voz de Dios que habla desde sus palabras. La Persona Divino-humana de Jesucristo, nuestro Señor, y su obra, son el núcleo central de la epístola, y el hilo conductor de su argumento. El profundo contraste entre la vida en la gracia, con su contenido pleno en la experiencia de la fe, y la vida bajo la Ley, es evidente. El escrito complementa la enseñanza de la justificación por la fe de Romanos y Gálatas, extendiéndose al modo de manifestar el nuevo modo de vida que corresponde al creyente. La vida en la fe es uno de los aspectos más notables del escrito. La *Epístola a los Hebreos*, resuelve de modo pleno la relación que existe entre *lo antiguo* y *lo nuevo*, mediante el paso de las figuras y los tipos, a la realidad. La superioridad de la actual dispensación sobre la antigua se pone de manifiesto mediante el contraste entre los grandes siervos de Dios del Antiguo Testamento y el Hijo de Dios, figura suprema y central del Nuevo Testamento, quien como Dios y Señor es superior a todos los hombres del antiguo sistema. Siguiendo el

mismo contraste, el orden material se transforma en un nuevo orden espiritual y permanente, como resultado y consecuencia de la obra de la Cruz y de la resurrección y ascensión del Salvador. Estas verdades son las que condicionan y dirigen el estudio de este admirable escrito.

Como en todos los escritos bíblicos deberá intentarse establecer primero los aspectos generales del mismo, entre los que está la determinación del autor, los destinatarios, la datación, el tema, el léxico, etc. Algunos de estos aspectos son ciertamente difíciles de precisar, como ocurre con los dos primeros. De igual manera es preciso establecer también el *Bosquejo de la Epístola*, como estructura armónica de los distintos temas del escrito que permita establecer un hilo conductor para llevar a cabo la exégesis armónica del mismo. Todos estos asuntos se abordan en la presente *Introducción General*.

Canonicidad.

No puede cuestionarse la inspiración de este escrito. Ya en el s IV se consideraba como libro canónico en la iglesia occidental. Un trabajo de alto valor en relación con el Canon del Nuevo Testamento, que incluye a *Hebreos*, procede de Eusebio de Cesarea, quien sobre el año 300 recibió instrucciones del emperador Constantino para que escribiese, por los medios que considerase oportuno, cincuenta copias de las Escrituras consideradas tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Esas copias contenían los libros que Eusebio enumera como conocidos universalmente en la iglesia, entre los que estaba ya *Hebreos*. De la misma manera Atanasio, obispo de Alejandría, dedicó un escrito a hablar del Canon de la Escritura, en la que se lee:

"Tampoco debemos vacilar al nombrar los libros del Nuevo Testamento. Son los siguientes:

Los cuatro evangelios: Según Mateo, según Marcos, según Lucas y según Juan.

Después están los Hechos de los Apóstoles y las siete denominadas epístolas católicas de los apóstoles, tal como siguen: una de Santiago, dos de Pedro, tres de Juan y, por último, una de Judas.

Junto a éstas hay catorce epístolas del Apóstol Pablo que son las siguientes escritas en orden: Primero a los Romanos; después dos a los Corintios y después a los Gálatas y a los Efesios; después a los Filipenses, dos a los Tesalonicenses y la dirigida a los Hebreos. Después hay dos a Timoteo, una a Tito y la última a Filemón.

Por último, el Apocalipsis de Juan. Éstas son las 'fuentes de la salvación', de manera que el que tenga sed debe satisfacerla con los oráculos que hay en ellas. Solo en estos libros se encuentra la enseñanza de la verdadera

religión proclamada como buenas nuevas. Que nadie añada a estos o quite de ellos"[1]

El Concilio de Laodicea, del año 363, refleja la influencia de Atanasio y en una relación de libros, después de enumerar los del Antiguo Testamento, hace referencia también en los del Nuevo, a las epístolas de Pablo, entre la que cita a *Hebreos*[2]. Otra referencia a la carta está en los escritos de Rufino de Aquileya (345-410), que cita *catorce* epístolas de Pablo[3] En las actas del Sínodo Romano y en el *Decreto del papa Dámaso*, aparece ya la *Carta a los Hebreos*, como libro aceptado plenamente en el año 382[4]. Los padres griegos posteriores, como Cirilo de Jerusalén, que murió en el año 386, cita también la *Epístola a los Hebreos*[5]. Agustín heredó el Canon de la Escritura como algo *recibido*. Abrazó la fe cristiana después de su conversión en el año 386, y cita la autoridad del Nuevo Testamento dentro de los libros inspirados entre la que incluye, como de Pablo, la *Epístola a los Hebreos*[6]. Es interesante que aunque la Epístola se atribuyó a Pablo, Agustín la reconoció como canónica, pero anónima, lo que abrió distintos posicionamientos en relación con la autoría. En el *Canon de la Sagrada Escritura*, formulado por el Concilio Cartaginense III, en el año 397, reconoce la epístola como un escrito inspirado y apostólico[7]. En el año 405, Inocencio I, en una carta al obispo de Tolosa, Exuperio, menciona un conjunto de catorce epístolas de Pablo, entre la que incluye la de *Hebreos*[8]. Más adelante, en el año 495, en una decretal del papa Gelasio I, vuelve a aparecer mencionada como libros que deben aceptarse, la epístola *ad Hebraeos*[9]. Una nueva referencia a la *Epístola a los Hebreos*, como libro canónico, procede del *Decreto pro Iacobitis*, en la bula *Cantate Domino*, del año 1442, establecido por el Concilio Florentino[10]. En el Concilio de Trento, en la definición dogmática sobre los libros sagrados, en la sesión cuarta, en el año 1546, se afirma la canonicidad de este escrito[11].

---

[1] F. F. Bruce. *El Canon de la Escritura.* Editorial Clie-Andamio. Terrassa. 1980, pág. 211.
[2] F. F. Bruce. o.c., pág. 213.
[3] F. F. Bruce. o.c., pag. 227.
[4] H. Dencinger- A. Schönmetzer, *Enchiridion Symbolorum*. Frigurgi-Barcinone, 1963. pág. 84.
[5] F. F. Bruce. o.c., pag. 216.
[6] Agustín. *Del aprendizaje cristiano.* 2.13.
[7] H. Dencinger- A. Schönmetzer, o.c., pág. 92.
[8] H. Dencinger- A. Schönmetzer, o.c., pág. 96.
[9] H. Dencinger- A. Schönmetzer, o.c., pág. 162.
[10] H. Dencinger- A. Schönmetzer, o.c., pág. 706.
[11] H. Dencinger- A. Schönmetzer, o.c., pág. 784.

Sin embargo, a pesar de esta manifestación histórica de aceptación, es uno de los escritos cuestionados, o por lo menos no aceptados absolutamente. Así en el *Fragmento Muratoriano,* sobre el año 180, no se menciona la Epístola. Sobre el año 210, el presbítero romano Cayo, no la conoce[12]. Lo mismo ocurre con Cipriano, antes del año 258. Sorprende grandemente que Cayetano, interpretando a Jerónimo, enseñó que la carta *ad Hebraeos,* lo mismo que otras, eran de autor dudoso y, por tanto, de menor autoridad[13]. Posiblemente estas ausencias obedecen a que la Epístola tuvo mayor difusión en la iglesia oriental, haciéndose más conocida en occidente a partir del s IV, ya que en esa época se hace más fluida la comunicación entre las dos iglesias. Ese conocimiento del escrito en occidente, trajo como consecuencia la incorporación al Canon. La iglesia de oriente reconoció mucho antes el escrito como inspirado pasando desde ella, como escrito canónico a la iglesia occidental. La iglesia alejandrina nunca dudó de la inspiración de esta Epístola, que la consideró siempre como un escrito del apóstol Pablo.

Autor.

Tradicionalmente la epístola se atribuyó a Pablo, sosteniéndose como tal en la mayoría de los autores católicos. Sin embargo, la epístola no es anónima en el sentido de que los lectores desconozcan quien era su autor. No es probable que los destinatarios primeros que la hayan recibido ignorasen de quien procedía. El escritor pide que se ore por él para que pueda llegar a visitar a los destinatarios (13:19). El mismo autor habla de Timoteo como liberado de la prisión y expresa su esperanza de que con él vaya a visitarlos también (13:23). Es anónima para nosotros hoy, en el sentido de que el nombre del escritor no aparece indicado en el texto. Aunque la autoría paulina se mantuvo mayoritariamente, entre los antiguos Tertuliano dice que *"existe también un escrito intitulado a los Hebreos, escrito por Bernabé, hombre suficientemente autorizado por Dios"*[14] .

En apoyo del Apóstol Pablo, como autor de la carta hay muchos argumentos. El testimonio más antiguo aparece en el *papiro P16 (Codes Chester Beatty*, sobre el año 200. La opinión de la carta como de procedencia paulina tuvo que haberse formado anteriormente, por lo menos a mediados del s. II. Orígenes (185-254) escribe sobre la *Epístola*:

"La índole estilística de la epístola que se titula a los Hebreos, no presenta aquella rudeza de palabra de quien se declara imperito en el decir (2

---

[12] Eusebio. *Historia Eclesiastica.* 6,20.
[13] Miguel Nicolau. *Carta a los Hebreos.* pág. 3.
[14] Tertuliano. *De Pudicita,* 20.

Co. 11:6), es a saber, en la manera de decir; sino que aquella carta es muy griega en la composición de las palabras, lo cual concederá quienquiera que con pericia pueda juzgar de la diferencia de expresiones. Pero también todo el que haya leído atentamente los escritos apostólicos concederá que las ideas de la carta son admirables y que en nada ceden a ningún pensamiento de los libros apostólicos… Las ideas son ciertamente del Apóstol, la dicción y la composición son de otro, que quiso recordar lo del Apóstol, como quien escribe (σχολιογραφήσαντος) las palabras del Maestro. Por esto, si alguna iglesia tiene esta carta como de San Pablo, hay que felicitarla por ello; porque no sin causa nuestros mayores nos la entregaron como carta de Pablo. Pero quien la ha escrito, en verdad sólo Dios lo sabe"[15].

La tradición de la Iglesia Católica Romana, insiste en la autoría como de Pablo, más que por razones técnicas, por cuestión de seguimiento a las definiciones de los papas y concilios. De este modo escribe el profesor de la Pontificia de Salamanca, Miguel Nicolau:

"Los protestantes de nuestros días, casi unánimemente, propenden a negar el origen paulino de la carta; J. Chr. K. von Hofmann lo ha defendido.

La Pontificia Comisión Bíblica contesta (24 de junio 1915) que no hay que atribuir tanta fuerza a las dudas, si se tiene en cuenta -notemos cada una de las palabras siguientes- la ***perpetua, unánime y constante*** *afirmación de los Padres orientales, a la que se agregó después del siglo IV el pleno consentimiento de toda la Iglesia occidental; y si se ponderan las actas de los Sumos Pontífices y de los sagrados concilios, sobre todo del Tridentino, y el uso perpetuo de la Iglesia universal. Teniendo todo esto presente –contestaba la Pontificia Comisión-, no es lícito dudar, no sólo de que se trata de una epístola canónica, lo cual es de fe, pero tampoco de que es una epístola genuina de San Pablo. Y, aunque podrá parecer que la Pontificia Comisión Bíblica hoy día no trata de imponer ordinariamente sus respuestas en las cuestiones de autor de los libros sagrados, ni esta cuestión es puramente accidental ni pertenece al depósito de la revelación; sin embargo, en este caso creemos que los argumentos críticos expuestos por la Pontificia Comisión en su respuesta conservan todavía plena fuerza en sí mismos"*[16].

Con todo, escritores e investigadores católicos piensan actualmente de un modo diferente como escribe el profesor Lorenzo Turrado en la *Introducción a los Hebreos:*

---

[15] Miguel Nicolau. o.c., pág. 4.
[16] Miguel Nicolau. o.c., pág. 4.

"Por lo que respecta a los autores católicos, la actitud actual es la siguiente. Unánimemente se admite que la carta, no obstante las dudas de algunos escritores latinos antiguos, forma parte del canon de libros inspirados que la Iglesia ha recibido de los apóstoles. Sobre quién sea el autor de la carta, la respuesta es matizada por unos y por otros de muy diversa manera. Todos prácticamente sostienen, dado el contenido de la carta y la constante tradición de la iglesia oriental, que la carta está relacionada de algún modo al Apóstol; pero las diferencias empiezan al tratar de concretar más. Algunos, muy pocos (Heigl, Vitt, Léonard), dicen que Pablo es autor de esta carta en la misma forma que lo es de las otras trece; sin embargo, la inmensa mayoría de los autores católicos y hoy prácticamente la totalidad afirman que son tales las diferencias con las otras cartas, reflejadas, además, en la tradición, que necesariamente hay que admitir un redactor distinto de Pablo. Es decir, que se inclinan a la hipótesis de Orígenes: el fondo es de Pablo, pero la forma es de otro. Es lo que ya dejaba entrever la misma Pontificia Comisión Bíblica en su decreto del 24 de junio de 1914, al afirmar que el que Pablo sea autor de la carta no exige necesariamente que sea él quien le dio la forma que hoy presenta. Ordinariamente se ha concebido la composición de la carta como si el Apóstol, habiendo elaborado el plan en su conjunto, hubiese encargado la redacción a alguno de sus colaboradores, dando luego él al final su aprobación, una vez redactada. Sin embargo, últimamente la mayoría de los autores (Spicq, Bonsirven, Kuss, Wikenhauser) van más lejos y dice, con mucha razón, que ningún testimonio externo ni interno apoya esa reconstrucción puramente imaginativa de los hechos, dando todo la impresión de que se trata de un pensador original, no de un simple redactor que escribe por encargo y bajo la inspección de Pablo. Pablo sería autor, en cuanto que ese pensador que ha escrito la carta es discípulo espiritual suyo, que escribe en dependencia y como auténtica prolongación de la doctrina de su maestro"[17].

Los principales argumentos que favorecen la paternidad paulina, son: 1) Cristología. La cristología de la carta es eminentemente paulina, presentando a Cristo como la imagen de Dios (He. 1:3), que coincide también con la enseñanza de Pablo en Colosenses presentando a Cristo como *"la imagen del Dios invisible"* (Col. 1:15). En Hebreos, Cristo es Creador de todo (He. 1:2), de la misma manera el apóstol Pablo afirma lo mismo en Colosenses (1:16). Sin duda esta verdad referente a Jesucristo aparece también en otros escritos que no son de Pablo (cf. Jn. 1:3). La carta a los Hebreos hace referencia a la obediencia de Cristo (He. 5:8), cuestión que trata también el apóstol en Filipenses (Fil. 2:8). 2) Neumatología. En Hebreos hay una referencia al testimonio del Espíritu en el respaldo del mensaje proclamado, y testificando con señales a quienes lo predicaban (He. 2:4); también Pablo hace referencia a ese mismo testimonio en

[17] Lorenzo Turrado. *Epístolas Paulinas.* Editorial BAC. Madrid 1975.

su ministerio con palabras muy semejantes (Ro. 15:18-19). 3) La doctrina de la justificación por la fe. El elemento clave en la *Carta a los Hebreos* es la fe, como instrumento para la justificación, siendo Abraham ejemplo de esa fe (He. 11:8-10, 17-19). El argumento es típico de Pablo, que pone a Abraham como ejemplo de fe en otros escritos (Gá. 3:6-9; Ro. 4:1-3). La referencia a la profecía de Habacuc: *"Más el justo por su fe vivirá"* (Hab. 2:4), que aparece también en *Hebreos* (10:38), sólo la usa Pablo en dos epístolas suyas (Ro. 1:17; Gá. 3:11). 3) El adjetivo *"perfecto"*[18] se usa en Hebreos (5:14), con el mismo sentido que lo hace Pablo en sus escritos (Fil. 3:15). 4) Israel. Es presentado como ejemplo para la conducta del creyente (He. 3:7-10:11), en el mismo sentido y forma que hace Pablo (1 Co. 10:1-11). 5) La despedida de Hebreos (He. 13:18-25) es prácticamente idéntica a otras despedidas de los escritos paulinos. En ella se solicitan oraciones (He. 13:18), como Pablo hace en otras cartas (cf. 1 Ts. 5:25; Ef. 6:19). Se hace una referencia a Dios llamándole *"Dios de paz"* (He. 13:20), coincidente también con el título que Pablo le da en la despedida de la *Carta a los Romanos* (Ro. 15:33; 16:20), y en la despedida de la segunda carta a los Corintios (2 Co. 13:11). La referencia Timoteo (13:23), cabe más bien en Pablo, de quien era directo colaborador que en cualquier otro escritor. Se hace alusión a una posible prisión del autor, que pide oraciones que serles restituido pronto a los lectores (He. 13:19), coincidente con las palabras de Pablo en la carta a los Filipenses (Fil. 1:19). La fórmula de la despedida final (He. 13:25), es semejante a la que el apóstol Pablo utiliza para la conclusión de sus epístolas. Sin embargo, una conclusión semejante aparece en el Apocalipsis de Juan (Ap. 22:21).

Hay una crítica sólidamente establecida sobre la autoría de Pablo, cuyos argumentos más destacados son: 1) Ausencia del nombre de Pablo tanto en el exordio como en la salutación, cosa muy improbable y que sería única en la correspondencia paulina. Con todo, se argumenta en contra de esta oposición que el escrito está dirigido a hebreos y que Pablo era una persona no grata para muchos hebreos, contrastando con el escritor que es conocido y apreciado de los destinatarios. 2) El autor se sitúa fuera del círculo apostólico, haciendo referencia a los apóstoles en tercera persona (He. 2:3); mientras que Pablo afirma que la doctrina no la recibió de hombres, sino directamente del Señor (Gá. 1:11-12; 1 Co. 11:23). 3) El estilo idiomático y la perfección en el uso de la lengua griega, unida a la elegancia del estilo, no corresponden al modo habitual de los escritos de Pablo, que usa un lenguaje rudo, propio de un hebreo que se expresa en griego. El autor es un verdadero helenista que utiliza extraordinariamente bien el idioma, alcanzando los niveles propios del griego clásico. Pablo *habla* en sus cartas, mientras que el escritor a los Hebreos, *escribe*. El erudito Godet, citado por Everett Harrison, dice que *"sería raro que*

[18] En griego τέλειος.

Pablo hubiese escrito en un griego pulido a los hebreos, en tanto que durante toda su vida había estado escribiendo a los griegos en un estilo profuso en toscos y bárbaros hebraísmos"[19]. El curso de las ideas y la sonoridad de la lengua no suelen encontrarse en ningún escrito de Pablo. Estos pasan rápidamente de un tema a otro e introducen la exhortación en medio de exposiciones doctrinales, cosa que no ocurre en la construcción de la *Carta a los Hebreos*, que es una proposición ordenada del pensamiento, dominando la retórica propia de la época. El autor utiliza largos períodos de muy alta elegancia idiomática (p. ej. 1:3-4). No hay anacolutos[20], habituales en los escritos de Pablo. La Epístola tiene un lenguaje propio de los helenistas eruditos, con términos propios del lenguaje filosófico y de la literatura contemporánea. Los períodos del escrito son generalmente breves y las oraciones subordinadas, siguen casi siempre a la oración principal. El problema quedaría resuelto si se trata de un escritor hebreo que fuese profundo conocedor de la lengua griega. 2) Palabras distintas a las utilizadas por Pablo. En el escrito aparecen no menos de ciento veinticuatro palabras que no se leen en ningún escrito del apóstol. Otras ciento sesenta y ocho no aparecen en todo el Nuevo Testamento. Sin embargo, no debe olvidarse que en la *Epístola a los Romanos* aparecen ciento trece *hápax legómena*, y que muchas otras palabras se utilizan en *Hebreos*, con el significado típico de uso que les da Pablo. 3). La LXX. En contra de la autoría de Pablo, se hace notar que el texto bíblico para las referencias al Antiguo Testamento está tomado íntegramente de la LXX. Resulta extraño la utilización de la versión griega en un escrito dirigido a hebreos. El argumento es discutible porque la versión griega era de uso extendido entre personas de origen judío, ya que el griego era usado por los hebreos tanto o más que el mismo hebreo y arameo. 4) Referencias a Jesucristo. No cuadran con el patrón paulino. Hay muchos calificativos que sólo aparecen en esta carta. *Cristo Jesús*, designación favorita de Pablo está ausente en la Epístola. 5) Diferencias doctrinales del escrito. Es un argumento procedente del mundo liberal, que pretende encontrar diferencias doctrinales entre esta epístola y otros escritos de Pablo. Este argumento no es aceptable por la perfecta concordancia entre Hebreos y la doctrina ensañada por Pablo, incluyendo la semejanza entre los escritos del apóstol y las exhortaciones de Hebreos.

En tiempos de la Reforma se hicieron estudios textuales sobre la epístola a los Hebreos. La mayoría de los eruditos reformadores proponen dudas serias sobre la autoría de Pablo. Muchos de ellos proponen otros autores. Juan Calvino escribe:

---

[19] Everett Harrison. *Introducción al Nuevo Testamento*. Editorial Subcomisión Literatura Cristiana de la Iglesia Reformada. Grand Rapids, 1980, pág. 375.

[20] Anacoluto es un solecismo que consiste en la falta de ilación en la construcción de una frase, oración o cláusula, o en el sentido general de la elocución.

"Ciertamente no puedo aducir ninguna razón para demostrar que Pablo sea su autor; pues los que afirman que el Apóstol intencionalmente suprimió su nombre por ser odioso a los judíos, no llegan a conclusión alguna. Siendo este el caso, ¿por qué entonces menciona Pablo el nombre de Timoteo en sus demás epístolas? ¿No sería esto una traición a sí mismo? Por otra parte, el método de enseñanza y el estilo, demuestran lo deficiente que Pablo no fue el autor; y el propio escritor, en el capítulo segundo, confiesa que fue un discípulo de los apóstoles, lo cual es diametralmente opuesto a lo que Pablo afirma de sí mismo. Además, lo que se dice en el capítulo sexto respecto a la costumbre de catequizar, no encuadra muy bien con la época o edad de Pablo"[21].

En relación con la elegancia idiomática, algunos sostienen que la carta fue escrita por Pablo en hebreo y que Lucas la tradujo luego al griego. Tal era la posición, entre otros de Clemente de Alejandría[22]. Orígenes que era conocedor tanto del griego como del hebreo se dio cuenta que difícilmente podía ser de ese modo. Así opinaba también Calvino:

"La excusa que generalmente se da respecto al estilo, la conozco muy bien, pero de ahí no se puede formar opinión alguna en cuanto a que el griego sea una traducción hecha del hebreo por Lucas u otro discípulo. Tal conjetura podrá refutarse fácilmente, ya que el pasar por alto otros pasajes de las Escrituras, apoyados en la sola suposición de que la Epístola haya sido escrita en hebreo, no sería lógico, porque en tal caso no haría alusión frecuente, como lo hace, a la palabra testamento. *Lo que dice el autor acerca de un testamento en el capítulo noveno, no puede haberlo sacado de otra fuente más que de la palabra griega* diatheke*, la cual tiene dos significados: mientras que* berith*, en hebreo, quiere decir* pacto*, solamente. Esta única razón sería bastante para convencer hombres sensatos de que la Epístola fue escrita en griego. Empero, lo que por otra parte se objeta, es la posibilidad de que el Apóstol escribiese a los judíos en su propia lengua, argumento muy débil: pues, cuán pocos eran entonces los judíos que entendía su propia lengua. Cada uno había aprendido el idioma del país donde habitaba. Además, el griego era entonces la lengua más ampliamente conocida"*[23].

Ante la imposibilidad de determinar con precisión quien fue el autor, y ante las dudas razonables de la paternidad paulina, se propusieron otros autores basándose en algunas premisas que se deducen del escrito y que definen las características del autor, pudiendo establecerse entre otras las siguientes: 1) El

---

[21] Juan Calvino. *Epístola a los Hebreos.* Editorial Subcomisión Literatura Cristiana de la Iglesia Cristiana Reformada. Grand Rapids, 1977. pág. 25s.
[22] Citado por Eusebio en *Historia Eclesiástica.*VI. 14.2.
[23] Juan Calvino. o.c., pág. 26.

autor fue un cristiano de segunda generación, esto es, la siguiente a la de los apóstoles y primeros cristianos. 2) Era un profundo conocedor de la LXX, a la que cita continuamente y de cuyas citas hace una profunda exégesis. 3) Estaba vinculado con el mundo hebreo y, posiblemente, con el sistema sacerdotal, como evidencia el conocimiento que tiene del mismo y de los sacrificios. 4) Pudo haber nacido e incluso haber escrito la Epístola antes de la destrucción de Jerusalén, pareciendo que el templo estaba en pleno funcionamiento y que el sistema mosaico estaba siendo practicado. 5) Tenía un profundo conocimiento del idioma griego y era un maestro en la retórica, totalmente diferente a Pablo, por lo que podría definirse muy bien como un *"varón elocuente, poderoso en las Escrituras"* (Hch. 18:24). 6) Debía ser un helenista como los citados en Hechos (Hch. 6:1; 11:19ss).

A la vista de las particularidades propias para el autor, se han ido dando nombres que *pudieran* haber sido escritores de la Epístola. Lutero propuso a Apolos, que era *"varón elocuente y poderoso en las Escrituras"* (Hch. 18:24). Podía manejar bien el Antiguo Testamento y estuvo relacionado con Pablo y con los que estaban familiarizados con sus enseñanzas (Hch. 18:26; 1 Co. 16:12; Tit. 3:13). Apolos era un judío de Alejandría, una de las ciudades exponentes de la cultura y la erudición (Hch. 18:24). Esto favorecería el uso que el escritor hace de la LXX. Conocía a Pablo y entre ellos había una cierta colaboración en la obra (1 Co. 3:6). Era un creyente conocido y destacado en la iglesia de los tiempos apostólicos, de modo que su nombre fue usado por uno de los grupos de divisiones que había en la iglesia en Corinto (1 Co. 3:4). Las características alejandrinas de expresión e incluso de pensamiento favorecen ampliamente la posición de la paternidad del escrito como de Apolos.

Hay otros que podrían cumplir los requisitos generales del autor. Entre ellos estaría Bernabé, sugerido por Tertuliano (a. 240), que como levita (Hch. 4:36) era un profundo conocedor del sistema del templo y de los sacrificios establecidos en la Ley. Este era natural de Chipre, por tanto, procedente del mundo heleno. Entre los cristianos, especialmente los de la iglesia en Jerusalén, se le conocía como *"hijo de consolación"*, de donde pudiese venir la razón de la Epístola, como palabras de consolación (He. 13:22). Entre los testimonios más antiguos que atribuyen la autoría a Bernabé, están Tertuliano y Gregorio de Elvira

Otra propuesta sería la de Lucas, como autor de la carta. Tal era el pensamiento de Orígenes (a. 251). Como ya se dijo antes, para este hombre de la iglesia antigua, el pensamiento de la carta es de Pablo, pero la mano que la escribió era de otro. Lucas fue compañero de Pablo hasta su muerte y, tuvo que haber oído sus enseñanzas en numerosas ocasiones, recibiéndolas también de modo personal por su relación con el apóstol, como todos sus colaboradores.

Era, sin duda, un hombre erudito y conocedor de la lengua griega. Tal vez el único gentil entre los escritores del Nuevo Testamento. Sin embargo, la comparación de sus escritos y la Epístola, presentan notables diferencias, tanto de lenguaje como de estilo.

En tiempos más próximos, Harnack, propuso como autores de la Epístola a Aquila y Priscila, teniendo en cuenta especialmente el uso del plural *nosotros* en relación con el escritor. Los dos, posiblemente incluso más Priscila, eran maestros en la Palabra, como lo demuestra la instrucción que ambos dieron a Apolos (Hch. 18:26). El matrimonio estaba muy vinculado con Timoteo, quien, como ellos, estaba en compañía de Pablo en Corinto y en Éfeso (Hch. 18:5; 19:22; 1 Co. 16:10, 19). Algunos piensan que el hecho de que no aparezca el nombre del autor, podría ser una prueba que favoreciera la autoría de Aquila y Priscila, a causa de un cierto antifeminismo que se estaba presente en la sociedad de entonces y que, empezaba a introducirse en la misma iglesia, apreciándose incluso en la atenuación de la parte prominente que Priscila juega en Hechos[24].

Luego de examinar estas propuestas como las más consecuentes con las características del escritor, sin que se pueda sustentar con argumentos razonables sobre las restantes de modo que permita seleccionar una de ellas, debe llegarse a la conclusión de que el Autor divino es Dios, el Espíritu Santo, que guardó celosamente el nombre del escritor humano. Concluyendo este apartado con la frase de Orígenes, mencionada antes: *"Pero en cuanto a quien escribió realmente la epístola, sólo Dios sabe la verdad de esa cuestión"*.

Destinatarios.

Si prácticamente imposible es determinar el autor, lo mismo ocurre con los destinatarios. La epístola era conocida a finales del s. I. Clemente de Roma la conocía sobre el año 96. Sin embargo, el escrito no se conocía con el título actual de *Epístola a los Hebreos*, que comenzó a usarse desde el último cuarto del s. II. El título Πρὸς ’Εβραὶους,[25] aparece por primera vez en la copia de la epístola en la página 21r de P[46]. Pero, aunque Eusebio no menciona el título se refiere a ella como escrita *para hebreos*. Como ocurre en otros libros de la Biblia, el título puede haber surgido como una expresión identificativa necesaria para el escrito y no como una designación original.

---

[24] F. F. Bruce. o.c., pág. 41. Para el texto occidental de Hechos, ver NICNT, pág. 380, núm. 50.
[25] A Hebreos.

La iglesia del s. II, sostuvo que los destinatarios era judeo-cristianos. Tal consideración se basa en las continuas alusiones que el autor hace a pasajes del Antiguo Testamento y del trasfondo ceremonial judío que envuelve la Epístola. Pero, este no es un argumento suficientemente firme como para afirmar que los destinatarios eran de raigambre hebrea., puesto que la enseñanza que se sustentaba en escritos bíblicos, tenían que ser necesariamente los del Antiguo Testamento puesto que los del Nuevo estaban en proceso de escritura y apenas circulaban en los primeros años, incorporándose progresivamente. Algunos sugieren que el conocimiento que el autor tenía sobre el sistema levítico lo pudo haber adquirido por la lectura del libro de Levítico y no tanto por los conocimientos directos de funcionamiento del templo en Jerusalén y de su sistema sacerdotal.

Ahora bien, los destinatarios tenían que conocer bien el Antiguo Testamento, por la gran cantidad de referencias que se hace al mismo en la Epístola. Además debían conocer también todo lo relativo al culto mosaico (p. ej. 9:1-10). Algunos aprecian también un modo argumental en el escrito semejante al que utilizaban los rabinos judíos, como ocurre, por ejemplo, en 4:3-10 y 7:4-10.

Si eran hebreos, como parece conducir la evidencia interna de la Epístola, podrían estar en cualquier iglesia con notable presencia judeo-cristiana. Pero, esa iglesia tenía que ser alguna de las que recibieron el evangelio de alguno de los apóstoles que estuvieron con el Señor (2:3), pudiendo usarse esto también con un argumento más en contra de la autoría paulina. Es evidente también que se trataba de una iglesia con algunos años de existencia (5:12). Algunos de los primeros líderes ya habían pasado a la presencia del Señor (13:7). También los creyentes, a lo largo de los años de existencia de la iglesia, habían pasado por persecuciones a causa de su fe, y algunos habían muerto a causa del testimonio del evangelio (10:32-34; 12:4).

No cabe duda que estaban atravesando por un momento difícil, hasta el extremo de suponer el peligro, por lo menos para algunos, de un retroceso en cuanto a la fe (2:1). Es posible que estuviesen dudando en abandonar la posición netamente cristiana para inclinarse hacia el judaísmo, cuando menos a algunas de las posiciones más afines al cristianismo, como podían ser los judaizantes. ¿Se trata de algún grupo de cristianos de origen hebreo que se mantuvieron separados de los cristianos gentiles? Pudiera ser, aunque esto, sería difícil de entender un una iglesia en donde habían desaparecido toda distinción racial (Gá. 3:28; Ef. 2:14-16). Algunos consideran que la Epístola está dirigida especialmente a los sacerdotes que abrazaron la fe cristiana, recibiendo a Jesús como el Mesías, el Cristo de Dios (Hch. 6:7). No cabe duda que los sacerdotes convertidos a Cristo, tendría mucho interés en los argumentos basados en el

ritual sacerdotal. Por razones semejantes, se ha pretendido vincular a estos destinatarios con los judíos de Qumrán, una de cuyas bases se sustenta en la referencia a los lavamientos ceremoniales, a los que eran muy proclives (9:10; 10:22). En las cuevas del Mar Muerto, donde aparecieron los documentos de Qumrán, hay porciones del Evangelio según Marcos, lo que hace suponer que aquellos estaban interesados, o incluso conocían bien la vida de Jesús y su obra redentora. Un rasgo característico de los esenios era la atención que prestaban a las purificaciones cuando practicaban el culto y los sacrificios, según refiere Josefo[26].

La cuestión de los destinatarios queda en meras hipótesis más o menos sustentadas por las evidencias internas, debiendo tenerse en cuenta que muchos de los lectores tenían relación y hermanos suyos en Italia, como pone de manifiesto los saludos finales del escrito (13:24).

Razones del escrito.

El propio autor dice que es una *"palabra de exhortación"* (13:22). Por tanto, el interés que le mueve a escribir la Epístola está en animar y hacer reflexionar a los lectores, con una problemática específica. Eran creyentes (3:1). El escrito está dirigido a verdaderos cristianos, aunque aparentemente hay algunos pasajes que pudieran entenderse como dirigidos a inconversos, pero realmente no es así, como se verá en la exégesis. La epístola debe estudiarse desde la posición de un escrito destinado íntegramente a creyentes. Sin duda habría, como en toda la iglesia, algunos que se congregasen con los cristianos pero que fuesen meros profesantes.

En segundo lugar, el escrito tiene el propósito de *alentar*. Los destinatarios estaban pasando por un tiempo de persecución (10:32.34; 12:4). Es posible que esta persecución procediese de otros judíos. No importa tanto de donde provenía, pero, el hecho en sí es que la persecución ocurría a causa de su fe, es decir, eran perseguidos por ser cristianos, a diferencia de quienes eran judíos, cuya religión estaba permitida y admitida en el imperio. El escritor desea hacerles reflexionar sobre los aspectos de la persecución por Cristo y animarles a perseverar en el seguimiento fiel del Señor, aun en medio de la más intensa persecución.

En tercer lugar, el escritor desea advertir. Algunos lectores estaban en peligro en cuanto a la fe: de incredulidad (3:12) y de desconocimiento de la Palabra (5:11-6:3), habiendo abandonado el estudio de la Biblia en profundidad. Por esta causa se habían debilitado y vuelto a una notoria inmadurez espiritual.

---

[26] Josefo. *Antigüedades*. XVIII.19.

Entre ellos había una cierta inestabilidad doctrinal, como consecuencia del alejamiento de la Palabra y de la superficialidad de su estudio. Las diversas doctrinas y formas ajenas a la correcta interpretación de la Palabra, les estaba afectando y desorientándolos (13:9). Aquellos manifestaban apatía espiritual, de modo que se habían hecho negligentes en la asistencia a las reuniones de la iglesia (10:25); poco practicantes de la oración (12:12); y poco persistentes en mantenerse en el compromiso cristiano (2:1). Tal era la situación que algunos estaban dispuestos a abandonar el cristianismo y regresar a un judaísmo reformado. Esto estaba generando inquietud en el resto de los creyentes que permanecían en la fe y en el compromiso, sobre la posibilidad de que aquellos que dejasen la fe cristiana, pudiesen perder la salvación (6:4-6). En vista de esta situación el escritor establece cinco advertencias solemnes: 1) La primera sobre el descuido de la salvación (2:1-4). 2) La segunda sobre el peligro de la incredulidad (3:7-4:13). 3) Otra advertencia está relacionada con el abandono de la fe (5:11-6:20). 4) La cuarta en relación al juicio a causa del pecado voluntario (10:26-29). 5) En quinto lugar la exhortación o advertencia solemne está orientada a las consecuencias que produce una vida de impiedad (12:15-19).

Fecha y lugar de composición.

La datación de la Epístola es también difícil de precisar. De ahí que se hayan sugerido fechas desde el año 60 al 90. Se puede considerar como probable que el escrito haya tenido lugar antes del año 70, en que ocurrió la destrucción del templo de Jerusalén por los ejércitos de Tito, ya que el autor habla del ritual ceremonial y de las prácticas propias del ejercicio sacerdotal en el santuario, como si estuviese ocurriendo en aquellos días (9:6; 10:11; etc.). La referencia a las persecuciones, pudiera tratarse de la desencadenada en Jerusalén contra los judíos conversos (Hch. 11:19; 12:1). La referencia a la Epístola por parte de Clemente de Roma, obliga a datarla antes del año 96. Hay una referencia a la libertad de Timoteo (13:23). Posiblemente el servicio prestado por Timoteo a Pablo en el final del tiempo de su encarcelamiento en Roma, antes de ser ejecutado, pudiera haber supuesto la prisión de Timoteo. Si el escritor dice que estaba libre tendría que situarse en un tiempo cercano a la muerte del apóstol, ya que tanto Pablo como Pedro murieron entre los años 67-69. Por tanto, la fecha de datación podría situarse en los años sesenta de nuestra era. Tal vez en el 67 o 68.

El lugar de redacción solo puede establecerse a modo de hipótesis, que descansa en indicios internos de la propia Epístola. El autor promete a los lectores una visita suya en compañía de Timoteo (13:23), a la vez que envía saludos para todos los lectores de sus compatriotas que estaban en Italia (13:24). Las dos referencias podrían situar el lugar de redacción en alguna ciudad de Italia, más probablemente en Roma. Esto tampoco es definitivo, puesto los

saludos de los judíos de Italia, pudieran ser de algunos que residieran habitualmente en Italia y que estuviesen en el lugar donde se redactó la Epístola que pudiera ser fuera de ella. El autor podría estar esperando la visita de Timoteo para iniciar un viaje que le permitiera encontrarse con los destinatarios de la Epístola. De este modo, tanto el autor, como la fecha, como el lugar de redacción son las grandes incógnitas de la Epístola.

Tema.

Al definir el autor el carácter del escrito como una *"palabra de exhortación"* (13:22), da a entender que no se trata de una carta en el sentido estricto de la palabra. Más bien es una homilía escrita, un sermón con destinatarios concretos.

El tema fundamental de este mensaje es *la superioridad de Cristo.* Las palabras claves del escrito son *mejor, perfecto* y *celestial*, que aparecen con mucha frecuencia. La Epístola demuestra la superioridad de Cristo en todos los órdenes, tanto en su propia Persona, como en su sacerdocio. El Dr. Charles Ryrie hace observar algunos de los pasajes destacables de la Epístola: Una salvación grande (2:3); la palabra viva de Dios (4:12); el trono de la gracia (4:16); la intercesión de Cristo (7:25); la definición descriptiva de la fe (11:1); la galería de los héroes de la fe (11:4-40); la carrera cristiana (12:1-2); la gran bendición (13:20-21).

Relación de la Epístola con el Antiguo y Nuevo Testamento.

En relación con el Antiguo Testamento se aprecia la gran cantidad de veces que es citado a lo largo del escrito, todas ellas como se leen en la versión LXX. Deben distinguirse dos revisiones críticas de esa versión, la del Códice A (Alejandrino) y la del Códice B (Vaticano). Dos terceras partes, aproximadamente, corresponden al Códice Alejandrino y el resto, una tercera parte, al Vaticano. La inferencia es que el autor utilizó un texto griego más antiguo que las dos versiones citadas. Los pasajes utilizados son tratados por el autor como Palabra de Dios. De ese modo son consideradas explícitamente algunas citas tomadas de los Salmos (p. ej. 1:7, del Salmo 110:4); y de igual modo citas tomadas del Pentateuco (p. ej. 1:6, de Deuteronomio 32:43). Algunas otras citas se asignan como procedentes del Espíritu Santo (p. ej. 3:7, tomada del Salmo 95:7s). En otros lugares se aplican palabras de los Salmos al Mesías (p. ej. 10:5-7, procedentes del Salmo (40:6-8). Personajes del Antiguo Testamento son considerados como tipos de Cristo y sombras de las realidades presentes. Tal es el caso de Melquisedec, como tipo de Cristo, *"hecho semejante al Hijo de Dios"* (7:3). Gran parte del argumento de la epístola se sustenta en referencias tomadas de los Salmos.

La relación con el Nuevo Testamento es evidente, al considerar el evangelio como el camino perfecto que lleva a los hombres a Dios derribando cualquier clase de barrera. Establece la supremacía de Cristo en su Persona y en su obra, presentando al Señor como más grande que cualquier siervo de Dios en la historia de la humanidad e incluso mayor que cualquiera de los ángeles. El aspecto esencial del ministerio de Jesucristo tiene que ver con su sacerdocio, siendo esta Epístola el único escrito en todo el Nuevo Testamento que lo califica como sacerdote. La presentación de Jesús no discrepa en absoluto del testimonio de los evangelios, al manifestarse en ellos claramente el ministerio sacerdotal del Señor, como se evidencia, entre otros momentos, cuando ora por Pedro para que su fe no falte (Lc. 22:32) y, sobre todo, en el hecho de ofrecerse a sí mismo en sacrificio a Dios para expiar el pecado del mundo (Jn. 10:11). Por otro lado, la posición entronizada de Cristo, coincide con la fe de los creyentes de la iglesia primitiva (Hch. 7:56). La intercesión de Cristo, contemplada en la Epístola, coincide plenamente con la enseñanza del apóstol Juan (1 Jn. 2:1s).

Relación de la Epístola con la teología bíblica.

Las doctrinas fundamentales figuran claramente expresadas en el contenido de la Epístola, sin discrepancia alguna con los postulados semejantes en otros lugares del Nuevo Testamento, lo que es una evidencia de la inspiración del escrito.

Teología propia.

A Dios se le define como Viviente (3:12; 9:14; 10:31; 12:2). En todas las ocasiones, la carencia de artículo determina la absoluta dimensión del Dios infinito, que no solo vive, sino que es viviente, teniendo vida en Sí mismo y se relaciona con los hombres. Siendo viviente, es energía santa (12:29; 4:12-13; 12:14), siendo la figura del fuego la expresión del carácter de su propia naturaleza, impidiendo con su sola presencia que algo indigno esté en quienes vienen a una relación de comunión con Él. Este Dios admirable es Señor de todo y se manifiesta en la Epístola como Soberano sobre todo (8:2, 11), por tanto, como Soberano tiene su trono sobre cielos y tierra (1:3; 8:1). Entre sus perfecciones se destaca la de la justicia, que exige la disciplina sobre los injustos (2:2) y las recompensas de gracia para los justos (6:7, 10). También aparece el atributo de la fidelidad (10:23; 11:11). La tercera perfección destacable es la del amor, que rodea sus actos y se manifiesta continuamente (12:5ss). Dios se revela como el Dios de paz, cuyo trono, antes de justicia y juicio, se convierte para el creyente en un trono de gracia y misericordia abierto siempre a las necesidades de los suyos (13:20).

Neumatología.

El Espíritu es considerado como una Persona divina y se le llama Dios (4:4ss, con 3:7 ss). Se afirma que el Espíritu ejecuta obras divinas, en la confección de la Biblia (3:7; 9:8; 10:15), y morando en cada creyente (6:4). Se considera como Persona, al poder ser afrentado (10:29). El Espíritu santo se reconoce como dador de dones (2:4) y también dador de gracia (10:29).

Cristología.

No puede hacerse una selección de referencias bíblicas en este apartado, porque requeriría incluir en ellas la totalidad de la Epístola. Jesucristo es el núcleo central del escrito y se desarrolla ampliamente la doctrina cristológica en una gran amplitud. Sin embargo puede destacarse el aspecto de los nombres dados al Señor. Se le llama Cristo (3:6; 9:11, 24), aunque aparece con artículo como oficio en otros lugares (3:14; 5:5; 6:1; 9:14, 28; 11:26). Aparece también Jesús, el nombre humano del Señor (2:9; 3:1; 6:20; 7:22; 10:19; 12:2, 24; 13:12). El nombre compuesto Señor Jesús y Jesucristo, aparece también en Hebreos (13:20; 10:10; 13:8, 21). Un título compuesto: Jesús el Hijo de Dios (4:14). Señor (2:3; 7:14).

Cabe destacar que en relación con la deidad de Jesús, se le dan dos nombres claves en la Epístola: El primero es el de Hijo (1:2, 5, 8; 3:6; 5:5, 8; 7:28). Apareciendo en el texto griego, salvo en una ocasión (1:8), sin artículo, lo que expresa la naturaleza de aquel que se relaciona en el seno trinitario como Hijo en relación al Padre. El segundo, muy semejante al primero, añade el calificativo de relación: Hijo de Dios (6:6; 7:3; 10:29), nombre que corresponde exclusivamente a la segunda Persona Divina.

Otro interesante aspecto único de la carta en todo el Nuevo Testamento es el nombre de Sacerdote, que se da a Cristo (5:6; 7:3, 11, 17, 21; 8:4; 10:21; 2:17; 3:1; 4:14-15; 5:10; 6:20; 7:26; 8:1; 9:11). Es el término necesario a causa de la amplitud de la doctrina sobre el sacerdocio de Cristo.

Otros títulos, además de los nombres, tienen que ver con operaciones salvíficas que Jesucristo realiza, de modo que se le llama *primogénito* (1:6); *autor de eterna salvación* (2:10; 5:9); *apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión* (3:1); *mediador del Nuevo Pacto* (8:6; 9:15; 12:24).

La epístola cuida mucho de probar la deidad de Cristo junto con su humanidad, como se verá en el comentario. Pero, sobre todo, tanto sobre cielos como sobre tierra, sobre ángeles como sobre hombres, el escritor destaca la supremacía absoluta del Señor.

Soteriología.

La doctrina de la salvación se expone plenamente mediante la obra sacrificial de Jesucristo, que comporta una extensión muy grande dentro del escrito, por lo que no se hacen aquí una selección de referencias, debido a su extensión.

La salvación trae como consecuencia un desarrollo de vida propio de ella, sustentada especialmente en la fe, que define como lo que da contenido a la vida del salvo (11:1). En relación con la fe, distingue claramente el escritor sobre la *fe intelectual* (11:6) y la *fe salvífica*, que ilustra mediante la expresión de obras en el salvo que acredita esa condición (cap. 11). La vida cristiana en la fe exige un compromiso de vida (13:13), que conlleva unido todos los aspectos de relación familiar, eclesial y social.

Eclesiología.

La iglesia es comparada con una casa de la que Cristo es cabeza (3:6).La Epístola presenta el necesario compromiso de vida eclesial para el salvo, que entre otros aspectos se relaciona con la asistencia a las reuniones congregacionales (10:25). Se considera también la iglesia organizada, apreciándose aquellos que lideran y la congregación liderada (13:17). La ordenanza del bautismo se aprecia como enseñanza en la iglesia (6:1), por tanto, de cumplimiento en los que son salvos.

Escatología.

Se destaca la esperanza futura de la Iglesia, vinculándola con un lugar que Cristo prepara para ella, llamada aquí *La ciudad del Dios vivo, Jerusalén Celestial.*

Texto griego.

Los textos griego que surgen como consecuencia de la copia de los primeros originales se establecen en relación con los primitivos centros de la cristiandad: Alejandría, Antioquia, Constantinopla, Cartago y Roma. Por esa causa hay un texto llamado *alejandrino*, otro conocido como *occidental*, el conocido como *texto cesareano*, relacionado con Cesarea, y el texto *bizantino*. De todos esos el texto *alejandrino* es considerado como el mejor y el que preserva de una manera más fiel el original. De esa familia, proceden los *unciales* más seguros que son el *Códice Sinaítico* y el *Códice Vaticano*. Ambos provienen de la mitad del s. IV. En el otro extremo está el texto bizantino, que tuvo origen en Constantinopla y que se caracteriza por la *adaptación* del texto,

mediante el *pulimento* de palabras altisonantes y la armonización de pasajes paralelos. Los principales códices para el texto griego del Nuevo Testamento, todos ellos en pergamino, son: el Vaticano (identificado con la letra "B", es del s. IV, hoy está en el Vaticano), Sinaítico ("S", s. IV, hoy en el Museo Británico; también se le designa con la primera letra del alfabeto hebreo, א), Alejandrino ("A", s. V, Museo Británico), de Efrén ("C", s. V, Biblioteca de París) y de Beza ("D", s. V, Universidad de Cambridge). De estos dos últimos procede en gran medida el *Textus Receptus.*

En relación con la *Epístola a los Hebreos*, aparece su texto íntegro en el Códice Sinaítico. En el Códice Vaticano aparece un final defectuoso, que contiene, de *Hebreos*, sólo de 1:1-9:14.

El *Textus Receptus*. Este texto griego de todo el Nuevo Testamento, ha producido alguna polémica y controversia entre críticos textuales. Descendiendo esto a quienes no tienen una seria capacidad para la sana crítica textual, a través de los miles de textos griegos que están apareciendo, consideran el *Receptus*, como el único texto griego que contiene verdaderamente la Palabra de Dios, negándose de plano a aceptar cualquier modificación que se desee introducir, procedente de un análisis textual correcto y sin ningún interés liberal. Los textos de la línea bizantina fueron los que persistieron mayoritariamente en relación con el texto griego. Las traducciones occidentales procedían mayoritariamente de la Biblia latina de Jerónimo (s. IV). En el s. XVI, Erasmo de Rótterdam consiguió seis manuscritos del Nuevo Testamento en griego, cinco de ellos de la línea bizantina, pero ninguno anterior al s. XI, preparando con ellos una edición unificada, del texto griego del Nuevo Testamento que fue la primera edición del texto griego impreso, en 1516. El trabajo más antiguo en ese sentido procede de la Biblia Políglota Complutense, terminada en 1514, pero que no circuló hasta 1522. El texto de Erasmo fue llamado *Receptus*, y el más utilizado por las Iglesias Reformadas. En su trabajo, Erasmo basó su texto principalmente en dos manuscritos de inferior calidad y contenido, uno para los Evangelios y otro para Hechos y las Epístolas. Esos manuscritos se encuentran hoy en la biblioteca de la Universidad de Basilea y datan del siglo XII d.C. Para el libro de Apocalipsis, Erasmo también tuvo acceso a un manuscrito del siglo XII d.C., pero con el inconveniente de que le faltaban algunos versículos del final del libro, los que tuvo que sacar del texto latino de la Vulgata, retraduciéndolos del latín al griego. Todas las traducciones del Nuevo Testamento que se hicieron desde el siglo XVI hasta el siglo XIX usaron el texto griego de Erasmo. Esta fue la base o fuente textual de versiones como la Reina Valera, cuya primera edición vio la luz en 1569. Pero, el avance en los estudios bíblicos y el hallazgo de manuscritos más antiguos sirvieron para demostrar con el tiempo que el *Textus Receptus,* no era la mejor fuente para las traducciones más modernas de la Biblia, cosa que aún cuesta

aceptar a algunos grupos cristianos minoritarios. En 1882, con la edición del Nuevo Testamento Griego de B. F. Westcott y F. J. A. Hort, se abandonó definitivamente el *Textus Receptus* como fuente principal.

Textos actuales. A lo largo del tiempo, debido a la gran cantidad de manuscritos que fueron apareciendo, comenzaron a surgir lo que se llaman *versiones críticas*, del texto griego, que, indudablemente difieren en algunos momentos del *Receptus*. Uno de los más conocidos es el de Westcott y Hort, dos eruditos anglicanos que recibieron el encargo de hacer una revisión crítica textual, que fundamentaron en comparaciones con los distintos manuscritos de que disponían y contrastaron especialmente el *Receptus*, con los procedentes de los textos alejandrinos, ocupando en ese trabajo desde 1871 a 1881.

Posteriormente los teólogos alemanes expertos en griego Eberhard Nestlé y Kart Aland, siguiendo el trabajo de los anteriores editaron el Nuevo Testamento Griego conocido como de Nestlé/Adams, en el año 1950. Desde entonces se han hecho varias revisiones, llegando ya a la vigésimo sexta edición. Este es esencialmente el texto griego que se sigue para el estudio analítico de la *Epístola a los Hebreos*, haciendo referencia, a medida que se aparecen, las variantes sobre el texto que se maneja.

El texto griego utilizado en el comentario y análisis del *Evangelio según Mateo*, es el de Nestle-Aland en la vigésimo séptima edición, en edición de la Deutsche Biblegesellschaft, D-Stuttgart. Para interpretar las referencias del aparato crítico, se hacen las siguientes indicaciones:

No se ha tenido en cuenta, en el aparato crítico del presente comentario la valoración crítica de la certeza de un texto, que se incorporará en adelante a los nuevos comentarios que se vayan produciendo.

Los papiros se designan mediante la letra **p**. Los *manuscritos unciales*, se designan por letras mayúsculas o por un 0 inicial. Los unciales del texto bizantino se identifican por las letras *Biz* y los unciales bizantinos más importantes se reflejan mediante letras mayúsculas entre corchetes [ ] los principales unciales en los escritos de Pablo se señalan por K, L, P.

Los manuscritos minúsculos quedan reflejados mediante números arábigos, y los minúsculos de texto bizantino van precedidos de la identificación *Biz*. La relación de unciales, debe ser consultada en textos especializados ya que la extensión para relacionarlos excede a los límites de esta referencia al aparato crítico.

En relación con los manuscritos griegos aparecen conexionados los siguientes signos:

f^{1} se refiere a la familia 1 de manuscritos.
f^{13} se refiere a la familia 13 de manuscritos.
Biz referencia al testimonios *Bizantinos*, textos de manuscritos griegos, especialmente del segundo milenio.
Biz^{pt} cuando se trata de solo *una parte* de la tradición *Bizantina* cuando el testimonio está dividido.
* este signo indica que un manuscrito ha sido corregido.
^{c} aparece cuando se trata de la lectura del *corrector* de un manuscrito.
^{1,2,3,c} indica los sucesivos correctores de un manuscrito en orden cronológico.
( ) indican que el manuscrito contiene la lectura apuntada, pero con *ligeras diferencias* respecto de ella.
[ ] incluyen *manuscritos Bizantinos* selectos inmediatamente después de la referencia *Biz*.
^{txt} indica que se trata del *texto del Nuevo Testamento* en un manuscrito cuando difiere de su cita en el comentario de una Padre de la Iglesia (^{comm}), una variante en el margen (^{mg}) o una variante ($^{v.r.}$).
$^{com\ (m)}$ se refiere a citas en el curso del *comentario* a un texto cuando se aparta del texto manuscrito.
^{mg} indicación textual contenida en el *margen* de un manuscrito.
$^{v.r.}$ *Variante* indicada como alternativa por el mismo manuscrito.
^{vid} indica la lectura más probable de un manuscrito cuando su estado de conservación no permite una verificación.
^{supp} texto suplido por faltar en el original.

Los *Leccionarios* son textos de lectura de la Iglesia Griega, que contienen manuscritos del texto griego y se identifican con las letras *Lect* que representa la concordancia de la mayoría de los Leccionarios seleccionados con el texto de Apostoliki Diakonia. Los que se apartan de este contexto son citados individualmente con sus respectivas variantes. Si las variantes aparecen en más de diez Leccionarios, se identifica cada grupo con las siglas ^{pt}. Si un pasaje aparece varias veces en un mismo Leccionario y su testimonio no es coincidente, se indica por el número índice superior establecido en forma de fracción, para indicar la frecuencia de la variante, por ejemplo *l* $866^{1/2}$. En relación con los Leccionarios se utilizan las siguientes abreviaturas:

Lect para referirse al texto seguido por la *mayoría de los leccionarios*.
l 43 indica el leccionario que se aparta de la lectura de la mayoría.
Lect^{pt} referencia al texto seguido por una parte de la tradición manuscrita de los Leccionarios que aparece, por lo menos, en diez de ellos.
l $593^{1/2}$ referencia a la frecuencia de una variante en el mismo manuscrito.

Las referencias a la Vetus Latina, se identifica por las siglas it (Itala), con superíndices que indican el manuscrito. La Vulgata se identifica por vg para la Vulgata, vg^{cl} para la Vulgata Clementina, vg^{ww} para la Vulgata Wordsworth-White, y vg^{st} para la Vulgata de Stuttgart.

Las versiones Siríacas se identifican por las siguientes siglas: Syr^{s} para la Sinaítica. syr^{c}, para la Curetoniana. syr^{p}, identifica a la Peshita. syr^{ph} son las siglas para referirse a la Filoxeniana. La Harclense tiene aparato crítico propio con los siguientes signos: syr^{h} (White; Bensly, Wööbus, Aland, Aland/Juckel); $syr^{h\ with*}$, lectura siríaca incluida en el texto entre un asterisco y un metóbelos; syr^{hmg}, para referirse a una variante siríaca en el margen; syr^{hgr} hace referencia a una anotación griega en el margen de una variante Siríaca. Las siglas syr^{pal} son el identificador de la Siríaca Palestina.

Las referencias a la Copta son las siguientes:

cop^{sa} Sahídico.
cop^{bo} Boháirico.
cop^{pbo} Proto-Boháirico.
cop^{meg} Medio-Egipto.
cop^{fay} Fayúmico.
cop^{ach} Ajmínico.
cop^{ach2} Sub-Ajmínico.

Para la Armenia, se usan las siglas arm.

La georgiana se identifica:

geo identifica a la georgiana usando la más antigua revisión A^{1}
geo^{1}/geo^{2} identifica a dos revisiones de la tradición Georgina de los Evangelios, Hechos y Cartas Paulinas.

La etiópica se identifica de la siguiente manera:

eth cuando hay acuerdo entre las distintas ediciones.
eth^{ro} para la edición romana de 1548-49.
eth^{pp} para la Pell Plat, basada en la anterior.
eth^{TH} para Takla Häymänot
eth^{ms} referencia para la de París.

Eslava Antigua, se identifica con slav.

Igualmente se integra en el aparato crítico el testimonio de los Padres de la Iglesia. Estos quedan identificados con su nombre Cuando el testimonio de un Padre de la Iglesia se conoce por el de otro, se indica el nombre del Padre seguido de una anotación en superíndice que dice *según* y el nombre del Padre que lo atestigua. Los Padres mencionados son tanto los griegos como los latinos, procurando introducirlos en ese mismo orden. En relación con las citas de los Padres, se utilizan las siguientes abreviaturas:

( ) Indican que el Padre apoya la variante pero con ligeras diferencias.
vid probable apoyo de un Padre a la lectura citada.
lem cita a partir de un *lema*, esto es, el texto del Nuevo Testamento que precede a un comentario.
comm cita a partir de la parte de un comentario, cuando el texto difiere del lema que lo acompaña.
supp porción del texto *suplido* posteriormente, porque faltaba en el original.
ms, mss referencia a manuscrito o manuscritos patrísticos cuyo texto se aparta del que está editado.
según Padre identifica una variante de algún manuscrito según testimonio patrístico.
1/2, 2/3 variantes citadas de un mismo texto en el mismo pasaje.
pap lectura a partir de la *etapa papirológica* cuando difiere de una edición de aquel Padre.
ed lectura a partir de la *edición* de un texto patrísitico cuando se aparta de la *tradición papirológica.*
gr cita a partir de un fragmento griego de la obra de un Padre Griego cuyo texto se conserva sólo en traducción.
lat, syr, armn, slav, arab traducción latina, siríaca, armenia, eslava o araba de un Padre Griego cuando no se conserva en su forma original.
dub se usa cuando la obra atribuida a cierto Padre es dudosa.

Con estas notas el lector podrá interpretar fácilmente las referencias a las distintas alternativas de lectura que el aparato crítico introduce en los versículos que las tienen.

Bosquejo.

Se establece la siguiente división para el estudio de la Epístola.

1. La supremacía de la Persona de Cristo (1:1-4:16).
   1.1. Cristo supremo sobre los profetas (1:1-4).
   1.2. Cristo supremo sobre los ángeles (1:5-2:18).
      1.2.1. Como Persona Divina (1:5-14).
      1.2.2. Como dador del mensaje de salvación (2:1-4).

- 1.2.3. Como realizador de la verdadera libertad (2:5-18)
- 1.3. Cristo supremo sobre Moisés (3:1-6).
- 1.4. Cristo supremo como objeto de fe (3:7:4-16).
  - 1.4.1. Advertencia solemne sobre la incredulidad (3:7-19).
  - 1.4.2. Consecuencias de la incredulidad (4:1-10).
  - 1.4.3. Recursos contra la incredulidad (4:11-16).
- 2. La supremacía del sacerdocio de Cristo (5:1-10:39).
  - 2.1. Supremo por su condición (5:1-10).
    - 2.1.1. Constituido como Sumo Sacerdote (5:1-6).
    - 2.1.2. Probado como Sumo Sacerdote (5:7-10).
  - 2.2. Advertencia solemne (5:11-6:20).
    - 2.2.1. Situación espiritual (5:11-14).
    - 2.2.2. Necesidad de crecimiento (6:1-3).
    - 2.2.3. La seguridad y disciplina del salvo (6:4-8).
    - 2.2.4. La evidencia y bendición del salvo (6:9-12).
    - 2.2.5. Ejemplo y certeza (6:13-20).
  - 2.3. Supremacía de Cristo en su sacerdocio (7:1-8:13).
    - 2.3.1. La figura de Melquisedec (7:1-3).
    - 2.3.2. La preeminencia de Melquisedec (7:4-10).
    - 2.3.3. La necesidad de un cambio de sacerdocio (7:11-19).
    - 2.3.4. La perpetuidad del sacerdocio de Cristo (7:20-28).
    - 2.3.5. Sacerdocio y santuario (8:1-5).
    - 2.3.6. Esbozo del Nuevo Pacto (8:6-13).
  - 2.4. La supremacía de Cristo en su ministerio sacerdotal (9:1-10:18).
    - 2.4.1. El sacerdocio terrenal (9:1-10).
      - A) El santuario (9:1-5).
      - B) El ministerio sacerdotal (9:6-10).
    - 2.4.2. El sacerdocio de Cristo (9:11-14).
    - 2.4.3. El Mediador el Nuevo Pacto (9:15-18).
    - 2.4.4. La purificación por el sacrificio perfecto de Cristo (9:19-28).
    - 2.4.5. La imperfección de los sacrificios legales (10:1-4).
    - 2.4.6. La perfección del sacrificio de Cristo (10:5-18).
      - A) La preparación del sacrificio perfecto (10:5-10).
      - B) La realidad en Cristo del sacrificio perfecto (10:11-18).
  - 2.5. Advertencia solemne (10:19-39).
    - 2.5.1. La exhortación (10:19-25).
    - 2.5.2. La advertencia sobre el pecado voluntario (10:26-31).
    - 2.5.3. El aliento (10:32-39).
- 3. La supremacía de la vida en Cristo (11:1-13:19).
  - 3.1. La superioridad de la vida de fe (11:1-40).
    - 3.1.1. La especificación de la fe (11:1-3).
    - 3.1.2. Los ejemplos de la fe (11:4-38).

A) Abel (11:4).
B) Enoc (11:5-6).
C) Noé (11:7).
D) Abraham (11:8-19).
E) Isaac (11:20).
F) Jacob (11:21).
G) José (11:22).
H) Moisés (11:23-29).
I) Josué y el pueblo (11:30).
J) Rahab (11:31).
K) Otros ejemplos de fe (11:32-38).

3.1.3. Una mejor provisión (11:39-40).

3.2. La superioridad de la vida con Cristo (12:1-29).
3.2.1. La visión para la vida (12:1-2).
3.2.2. La disciplina para la vida (12:3-11).
3.2.3. La orientación para la vida (12:12-17).
3.2.4. El aliento para la vida (12:18-24).
3.2.5. La responsabilidad para la vida (12:25-29).

3.3. La superioridad de la vida en Cristo (13:1-19).
3.3.1. El ejemplo en la sociedad (13:1-6).
3.3.2. El ejemplo en la iglesia (13:7-19).
A) Compromiso y esperanza (13:7-14).
B) Ministerio sacerdotal (13:15-16).
C) Obediencia (13:17).
D) Intercesión (13:18-19).

4. Bendiciones finales (13:20-25).
4.1. Bendición (13:20-21).
4.2. Recomendaciones, saludo y despedida (13:22-25).

EXÉGESIS DE LA EPÍSTOLA.

Concluida la Introducción General, se inicia el estudio exegético del primer capítulo de la Epístola, que sin otra introducción complementaria que se necesite, comienza con cuatro versículos que son como un resumen y presentación del argumento que el hagiógrafo desarrollará a lo largo del escrito, ofreciendo inicialmente una panorámica de la admirable Persona de Jesucristo, quien llena plenamente toda la enseñanza, es modelo en materia de vida y de fe, y es poder dinámico para llevarla a cabo. Es el gran revelador, hacedor y consumador de la economía de la salvación, presentándose como el mensaje supremo y definitivo de Dios, superior en todo a los muchos mensajes, parciales de los profetas que escribieron y hablaron en nombre de Dios a lo largo del tiempo. Además, por ser Hijo de Dios, y Creador divino, expresa también con su resplandor la gloria suprema de Dios, haciendo visible al Invisible, delante de

los hombres. Pero, esta revelación no queda en una mera manifestación intelectual, aunque sublime, de modo que los hombres conozcan la grandeza de Dios, sino que se extienden en provisión salvífica, razón y objeto de la presencia de Dios encarnado en el mundo. Este Jesús, Redentor de los hombres, reina con Dios en la majestad de las alturas, constituyéndose en esperanza salvadora para todo aquel que cree.

El bosquejo analítico para el estudio del primer capítulo sigue lo establecido en el Bosquejo de la Epístola:

1. La supremacía de la Persona de Cristo (1:1-4:16).
   1.1. Cristo supremo sobre los profetas (1:1-4).
   1.2. Cristo supremo sobre los ángeles (1:5-2:18).
      1.2.1. Como Persona Divina (1:5-14).

La supremacía de la Persona de Cristo (1:1-4:16).

Cristo supremo sobre los profetas (1:1-4).

1. Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas.

Πολυμερῶς καὶ πολυτρόπως πάλαι ὁ Θεὸς λαλήσας τοῖς
En muchos fragmentos y de muchas maneras antiguamente - Dios habiendo hablado a los
πατράσιν ἐν τοῖς προφήταις.
padres por los profetas.

Notas y análisis del texto griego.

El escritor inicia el versículo con un griego refinado usando tres adverbios seguidos, con una expresión de paronomasia en las tres primeras palabras, con reiteración de la voz πολύς; y de aliteración, repitiendo la misma letra inicial en las cinco palabras: πολυμερῶς, adverbio que equivale a *muchos fragmentos*, *muchas partes*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πολυτρόπως, un nuevo adverbio con la misma raíz πολύς, *mucho*, aquí con significado *de muchas maneras, diversamente*, *de diversas maneras*; πάλαι, adverbio de tiempo, *antiguamente, hace tiempo, en tiempos pasados*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se usa en español al vincularse a nombre propio; Θεὸς, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Dios*; λαλήσας, caso nominativo masculino singular con el participio aoristo primero en voz activa del verbo λαλέω, *hablar*, aquí como *habiendo hablado*; τοῖς, caso dativo masculino singular del artículo determinado declinado *a los*; πατράσιν, caso dativo masculino plural del sustantivo *padres*; ἐν, preposición de dativo *por*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado *los*; προφήταις, caso dativo masculino plural del sustantivo que denota *profetas*.

La verdad fundamental del texto es que *Dios habló*, ὁ Θεὸς λαλήσας, literalmente: *"Dios habiendo hablado",* es decir, no ha quedado aislado de los hombres, sino que se ha comunicado con ellos. El verdadero y eterno Dios entró en comunicación con los hombres, enviándoles su mensaje personal, revelador y salvífico. No está pensando el autor en una revelación genérica y elemental que el mismo Dios hace por medio de la naturaleza (Ro. 1:19-20), mediante la cual pone de manifiesto su existencia y poder; ni tampoco en el *hablar personal* por medio de la conciencia de los hombres (Ro. 2:15), por cuya voz el hombre entiende lo que es y lo que no es correcto; ni es el *hablar histórico* por medio de su providencia. Dios habló a los hombres.

Πολυμερῶς. Esta revelación es progresiva: La hizo a lo largo del tiempo. Es también fragmentaria: la hizo en muchas partes, o en muchas veces. Estos *muchos fragmentos*, de la revelación de Dios, tienen el efecto progresivo de un mayor conocimiento de Él a lo largo del tiempo durante el cual habló. Pero, la revelación progresiva no lo es en sentido de lo no verdadero a lo verdadero, sino de lo más sencillo a lo maduro. Es decir, el hombre recibe en la revelación progresiva un caudal cada vez mayor para conocer a Dios y en ese conocimiento alcanzar cotas mayores de madurez espiritual.

Καὶ πολυτρόπως. La revelación dada en muchos fragmentos, incluye también *muchas formas* en esa revelación. Distintos y diferentes modos usó Dios para comunicar su revelación. Lo hizo en visiones (Is. 1:1, 2; 6:1 ss; Ez. 1:3 ss), en sueños (Dn. 7:1); por medio de éxtasis (Hch. 10:9-18); en traslaciones especiales (2 Co. 12:1, 2); por medio de ángeles (Dn. 8:15-19; Ap. 22:8, 9); y también directamente (Ex. 3:1-8). Junto con los modos, también las formas, ya que Dios usó una gran variedad dentro de los distintos modos de comunicación: Lo hizo mediante lenguaje humano mediante parábolas, símiles leyes, promesas, relatos históricos, poemas, etc. Otras veces usó elementos naturales como cuando habló a Moisés en la tormenta y el trueno (Ex. 19:19; Dt. 5:22 ss). Al profeta Elías lo hizo mediante un silbo suave y apacible (1 R. 19:12). Cuando el pueblo hizo oído sordo a las palabras suaves de la profecía, comparadas con el sonido del arroyo de Siloé, les hizo oír su voz en el estruendo torrencial del Éufrates de donde venían sus enemigos (Is. 8:6-8). No cabe duda alguna que la revelación a la que está haciendo referencia el autor de la Epístola es la Palabra escrita.

Πάλαι. La revelación tiene también un tiempo de existencia y confección: *"en otro tiempo"*. El adverbio que utiliza el escritor hace referencia a un tiempo pasado, equivalente a *antiguamente, desde antiguo, en otros tiempos*. La Biblia es el producto del trabajo conjunto del Espíritu y los profetas a lo largo de mil quinientos años. Quiere decir que la Palabra se obtiene en un largo período de tiempo. Referido solo al Antiguo Testamento, el período de

tiempo desde el primero de los escritos bíblicos, probablemente el libro de Job, hasta el último del profeta Malaquías en el s. V antes de Cristo, transcurrió un largo periodo de tiempo, contado en siglos. Los profetas profetizaron por medio de escritos, y algunos lo hicieron sin que se escribiesen las palabras de sus mensajes, como es el caso del último de los profetas de la antigua dispensación, Juan el Bautista (Mt. 11:13).

Τοῖς πατράσιν. La revelación que tuvo lugar en porciones y en periodos de tiempo, fue recibida por τοῖς πατράσιν *"los padres"*, en el sentido de antepasados de la nación hebrea. A ellos, como pueblo, corresponde la bendición de *"haberles sido confiada la palabra de Dios"* (Ro. 3:2). Las Escrituras del Antiguo Testamento proceden de ellos, que fueron los hombres escogidos por Dios para recibir su revelación. Dios entregó también en sus manos su Palabra para que la preservaran y transmitieran sin adulteración. La revelación de Dios fue entregada y recibida desde el principio por los patriarcas, en general la línea de ascendientes de la nación a lo largo del tiempo, de cuya línea, conforme a la descendencia natural procede, en el plano humano, nuestro Señor (Ro. 9:5). El término πατράσιν *padres*, se refiere a todos los antecesores de los judíos (Mt. 23:30, 32; Lc. 6:23, 26; 11:47; Jn. 6:31, 49, 58; Hch. 3:25; 7:38, 44, 45, 51, 52; 13:17). La revelación de Dios a los antiguos tuvo lugar en tiempos anteriores a la presente dispensación.

᾿Εν τοῖς προφήταις. Los instrumentos para la comunicación de la revelación fueron *"los profetas"*. El término significa literalmente *hablar delante*, *predecir.* De ordinario se considera a los profetas como personas a través de los cuales habló Dios. En el Nuevo Testamento el prefijo προ, se entiende no sólo en sentido instrumental, sino también temporal. Los profetas hablaron en nombre de Dios y Él anunció anticipadamente su mensaje por medio de ellos en los escritos sagrados (Ro. 1:2). De ahí que en ocasiones cuando hace referencia a los escritos proféticos se dice que el Señor dijo algo por medio de sus profetas (cf. Ro. 9:29; 2 P. 3:2). Por esa misma razón los acontecimientos históricos son el cumplimiento de lo que Dios dijo antes por medio de los profetas (Hch. 3:18). La venida del Salvador fue anunciado anticipadamente por los profetas (Hch. 7:52). Algunos acontecimientos anunciados conforme al mensaje recibido de Dios, eran, en cierta medida, incompresibles a los mismos profetas, que dedicaron tiempo a la investigación de los términos del mensaje (1 P. 1:11). El mensaje profético era considerado como una de las dos partes en que se dividía el Antiguo Testamento, cuya división se comprendía en la fórmula *"la ley y los profetas"* (Mt. 5:17; 7:12; 11:13; 22:40; Lc. 16:16; 24:27, 44). La preposición ἐν (*por*) debe considerarse aquí en sentido instrumental, por cuya razón se traduce como *por*, es decir, los profetas son instrumento de Dios, con el cual Él se ha revelado a los hombres. El origen de la profecía no reside en la voluntad del hombre, sino en la acción

divina que produce. Pedro hace una afirmación precisa en ese sentido: *"Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo"* (2 P. 1:21). Con esto el apóstol responde a la pregunta: *¿Cómo se escribió la Biblia?* La confección del escrito bíblico obedece a la acción soberana de Dios, y se inicia en la elección divina del mensajero, algunos de ellos escogidos por Él desde antes de su nacimiento (Jer. 1:5). Luego, en el momento que en su soberanía determina, comunica al profeta el mensaje que debe dar en su nombre (Jer. 1:9), y en algún tiempo de su ministerio profético le instruye para que el mensaje oral sea trasladado al escrito (Ex. 17:14; Jer. 36:1, 2; Ap. 1:19; 14:13). Todavía más, Dios limitó el escrito del profeta sólo a las palabras dadas por Él al escritor humano, lo que quiere decir que custodió la mente y la acción del profeta para que en la confección del escrito, estuviesen sólo las palabras dadas por el Espíritu (Jer. 36:2). En el Nuevo Testamento se citan por nombre a alguno de los profetas escritores como Isaías (Mt. 3:3; 4:14; 8:17; etc.), Jeremías (Mt. 2:17; 16:14; 27:9), Daniel (Mt. 24:15; Mr. 13:14), Joel (Hch. 2:16), Jonás (Mt. 12:39, 40, 41), Samuel (Hch. 3:24), David (Hch. 2:29-30), Eliseo (Lc. 4:27); Balán (2 P. 2:16), incluyendo también una mujer, Ana (Lc. 2:36). Todos los profetas comunicaron a lo largo del tiempo fracciones del único mensaje de Dios registrado en las Escrituras y, por tanto, fueron instrumentos para la transmisión de la revelación de Dios. Quien no dejó ningún tiempo sin que hubiera alguno de Sus profetas hablando en Su nombre.

Si bien es cierto que la preposición *por* debe entenderse como relación instrumental, Dios habló ἐν τοῖς προφήταις, *por medio* de los profetas, puede considerarse también como elemental, es decir, Dios habló *en* los profetas. Quiere decir esto que Dios habló y habla *en* el mensaje profético escrito. Cada uno de los textos proféticos es Palabra inspirada de Dios y contienen toda la autoridad de la voz de Dios hablando en ellos. Esa es la razón por la que el apóstol Pablo advierte: *"no menospreciéis las profecías"* (1 Ts. 5:20), bien sea que se trate del ejercicio del don de profecía para consuelo y exhortación (1 Co. 14:2), bien sea la exposición bíblica relativa a la profecía escrita.

2. En estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo.

ἐπ᾽ ἐσχάτου τῶν ἡμερῶν τούτων ἐλάλησεν ἡμῖν ἐν Υἱῷ, ὃν ἔθηκεν
En postreros de los días estos habló nos en Hijo al que puso
κληρονόμον πάντων, δι᾽ οὗ καὶ ἐποίησεν τοὺς αἰῶνας·
heredero de todo por medio del cual también hizo los siglos.

Notas y análisis del texto griego.

Sin interrupción en el pensamiento con lo del versículo anterior, sigue con ἐπ', la preposición de genitivo ἐπί, con el grafismo ἐπ', forma que adopta por elisión de la ι final ante vocal o diptongo sin aspiración, que equivale a *en*; ἐσχάτου, caso genitivo neutro singular, por concordancia, del adjetivo que se refiere a *último, postrero*; τῶν, caso genitivo femenino plural del artículo determinado declinado *de las*, masculino en castellano; ἡμερῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo que denota *días, tiempos*; τούτων, caso genitivo femenino plural del pronombre demostrativo *estas*, masculino en español al referirse a *días, tiempos*; ἐλάλησεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo λαλέω, *hablar*, aquí como *habló*; ἡμῖν, caso dativo plural del pronombre personal *nos*; ἐν, preposición de dativo *en*; Υἱῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo *Hijo*, aquí nombre propio de la segunda Persona Divina; ὃν, caso acusativo masculino singular del pronombre relativo declinado *al que*; ἔθηκεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo τίθημι, *guardar, poner, meter, colocar*, aquí como *puso*; κληρονόμον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *heredero*; πάντων, caso genitivo neutro plural del adjetivo indefinido declinado *de todo*; δι' forma contracta de la preposición διά, aquí como *por medio, a causa*; οὗ, caso genitivo masculino singular del pronombre relativo declinado *del que, del cual*; καὶ, en este caso adverbio de modo *también*; ἐποίησεν, tercera persona singular del aoristo primero en voz activa del verbo ποιέω, *hacer*, aquí equivale a *hizo*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; αἰῶνας, caso acusativo masculino plural del sustantivo que denota *periodo de tiempo, era, eternidad, mundo*, aquí en sentido de *mundo o universo*, concordando con el uso de la palabra en la Epístola como p. ej. 11:3.

Después de los tiempos en que Dios habló por los profetas, llega el tiempo actual, definido aquí por medio de la expresión ἐπ' ἐσχάτου τῶν ἡμερῶν τούτων *"en estos postreros días"*. Esta formula se utiliza para referirse al tiempo de la presente dispensación y que se extiende desde la primera hasta la segunda venida de Cristo. Es la fórmula que utiliza la LXX para referirse a los tiempos mesiánicos (Nm. 24:14; Jer. 23:20; Dn. 10:14). Los postreros días es el tiempo de la actual dispensación en la que al comienzo los hombres pudieron oír la misma voz de Dios expresada por su Hijo. Terminado el ministerio profético de la antigua dispensación, Dios habla en estos tiempos, ἐπ' ἐσχάτου τῶν ἡμερῶν *los postreros días*.

Los destinatarios de esta nueva forma de revelación se determina mediante el uso del pronombre personal ἡμῖν *nos, nosotros*, de manera que en estos postreros días ἐλάλησεν ἡμῖν *"nos habló"*, manifestando un cambio sustancial en cuanto a revelación. En la antigua dispensación Dios habló a lo largo del tiempo τοῖς πατράσιν *"a los padres"* y desde ellos llegó al resto de los hombres. En el tiempo de la ejecución de la salvación en la obra de la Cruz, son los creyentes y los hombres en general a quienes Dios habla definitiva y

plenamente. Es el mensaje divino por excelencia para aquellos a quienes alcanzaron los fines de los siglos (1 Co. 10:11).

᾿Εν Υἱῷ. El mensajero, que es también mensaje en sí mismo recibe un nombre: Hijo. Los profetas hablaron anunciando al Hijo, cuando vino el cumplimiento del tiempo la profecía se cumplió dando paso a la realidad presencial del Hijo de Dios entre los hombres (Gá. 4:4). El mensaje progresivo de la revelación, alcanza la cota suprema en el Hijo. Es necesario entender bien el texto, en el sentido de que Dios no solo habló por medio *del Hijo*, sino que habló definitivamente en ἐν Υἱῷ, *el Hijo* mismo. En el texto griego no va precedido de artículo, ni de pronombre personal o posesivo en primera persona, por lo que el autor está haciendo una afirmación notoriamente única en todo el Nuevo Testamento, que el discurso revelador de Dios se llama Υἱῷ, *Hijo*. El mensaje absoluto de Dios se expresó por medio de un hombre que es Jesús. Pero, no se pronuncia por medio de palabras solamente, sino que se manifiesta en La Palabra que vino a los hombres, mediante la encarnación del Hijo de Dios (Jn. 1:14), quien al ser Verbo (Jn. 1:1), expresa absoluta, plena y totalmente a Dios. La misión del Hijo es hacer la *exégesis* de Dios a los hombres (Jn. 1:18). Esa revelación es tan completa que Jesús hace visible a los ojos de los hombres al Invisible que nadie puede ver jamás (1 Ti. 1:16). Los portavoces anteriores de Dios fueron los siervos de Dios, sus profetas, pero, para la proclamación definitiva de su mensaje revelador, envió a su Hijo unigénito. La revelación plena de Dios es posible porque Jesucristo, el Verbo encarnado, es tan Dios como el Padre (Jn. 1:1). Si la revelación fue *en Hijo*, alcanza dos modos, por un lado el instrumental: la revelación se hace *por medio* del Hijo; por otro el modo local, ya que en Cristo habita corporal y sustancialmente toda la plenitud de la Deidad (Col. 2:9). Esa es la razón por la que Jesús pudo decir a Felipe: *"El que me ha visto a mí ha visto al Padre"* (Jn. 14:9). El Padre es inalcanzable al conocimiento del hombre, pero la voluntad de Cristo es revelarlo en el lenguaje propio y comprensible de los hombres y en la experiencia de relación que solo puede ser llevada a cabo por quien es, además de Dios, también hombre perfecto. De ahí que esa acción mediadora sea posible en Jesucristo hombre (1 Ti. 2:5).

El Señor se manifiesta a los hombres en la intimidad con el Padre en la unidad divina. La sabiduría del Hijo de Dios, como Verbo eterno es tal que sólo Él conoce perfectamente al Padre. Sólo el Hijo que está en el *seno del Padre* (Jn. 1:18), puede alcanzar el conocimiento supremo de los secretos divinos, tanto los que en misterio se revelen a los hombres, como los que eternamente permanezcan en el secreto de Dios. Jesucristo es el Verbo con el que Dios expresa lo que es, piensa, siente, desea y se propone (Jn. 1:1-2, 18; 14:9; Col. 2:9; He. 1:2-3). Todo lo que Dios puede revelar de sí mismo está encerrado en el Logos, Verbo personal del Padre, ya que en este Verbo el Padre expresa su

interior, es decir, todo cuanto es, tiene y hace. Jesucristo, como Verbo encarnado es la expresión exhaustiva del Padre. Debe recordarse que expresar es un verbo frecuentativo de exprimir. Al expresarnos, exprimimos nuestra mente a fin de formar un logos que defina nuestro concepto. Cristo, el *Logos* personal de Dios es por tanto, divino, infinito y exhaustivo, único revelador adecuado para el Padre que lo pronuncia. Por ello, este Verbo, al hacerse hombre (Jn. 1:4), traduce a Dios al lenguaje de los hombres, y es insustituible como revelador a causa de ser la única Verdad personal del Padre (Jn. 14:9). Como expresión exhaustiva del Padre, la mente divina agota en Él su producto mental, de modo que al pronunciar su *Logos*, da lugar por vía de generación a la segunda Persona Divina. No supone esto en modo alguno una existencia desde la no existencia. Es decir, el hecho de que el Padre pronuncie la Palabra eterna que es el Hijo, no significa que de origen a la Persona que es eterna como el Padre y el Espíritu, esto es, sin principio. Pero no cabe duda que si el Logos, *Palabra*, vive en el que la expresa, así también el que la expresa, esto es, el Padre vive al decirla. Ambas personas Divinas establecen una relación en el seno de la Deidad, de modo que lo que constituye al Padre es el acto vital de expresar Su Verbo, de ahí que no pueda ser Padre sin el Hijo, ni tampoco el Hijo, como Verbo, puede vivir sin el Padre. De ahí que *"todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre"* (1 Jn. 2:23). Por tanto esa relación expresada por Cristo tiene que ver con la mutua inmanencia entre las dos Personas Divinas.

Cuando Jesús afirma que sólo hay conocimiento completo del Padre en el Hijo y del Hijo en el Padre, esta presentando la verdad de la autocomunicación definitiva e irrevocable de Dios en Cristo, en solidaridad con el destino final de los pecadores. La relación de Dios con Jesús en el tiempo histórico de los hombres, es una relación de entrega, en la medida en que Dios puede entregarse y otorgarse a los hombres, que no parte de la historia humana, sino que la antecede en todo, es decir no se inicia en el tiempo ni está condicionada por la obra de salvación, sino que pertenece al Ser mismo de Dios. El Verbo encarnado es la manifestación temporal de la proximidad de Dios al hombre determinada en el plan de redención antes de que el hombre fuera. De ahí que Jesús entienda y así lo exprese, su presencia entre los hombres como el enviado de Dios. Hasta tal punto es un hecho la eterna vinculación intratrinitaria que Jesús afirma que Él y el Padre son uno (Jn. 10:30). La preexistencia de Cristo que se hace realidad entre los hombres y que viene con la misión de revelar al Padre, tienen una finalidad soteriológica. De ahí que las referencias bíblicas al *envío* del Hijo por el Padre vayan acompañadas de la preposición *para*, que indica propósito (Gá. 4:4; Ro. 8:3-4; Jn. 3:16; 1 Jn. 4:9). En último extremo la obra del Hijo tiene que ver con el aspecto salvífico por el que se otorga al pecador creyente la condición de hijo de Dios (Jn. 1:12). A Dios nadie le vio jamás, pero es el Unigénito que está en el seno del padre el que lo da a conocer

(Jn. 1:18). En Jesucristo es Dios quien se da y se manifiesta, introduciéndose literalmente en el campo de su creación, mediante la humanidad. El propósito de Jesucristo es revelar a Dios, de modo que las personas lo conozcan, no en la intelectualidad sino en la comunión de vida para que puedan tener vida y vida eterna (Jn. 17:3). Todos cuantos quieran adquirir este admirable conocimiento deben acudir al único que puede revelarlo que es el Hijo, en quien resplandece *"la luz del conocimiento de Dios en la faz de Jesucristo"* (2 Co. 4:6).

Caben aquí como resumen las palabras de Juan de la Cruz, que escribe:

"En lo cual (He. 1:1) da a entender el apóstol que Dios ha quedado como mudo y no tiene más que hablar porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado en él todo, dándonos al Todo que es su Hijo. Por lo cual el que ahora quisiese preguntar a Dios, o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necedad, sino hará agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer otra alguna cosa o novedad. Porque le podría responder Dios de esta manera, diciendo: 'Si te tengo ya habladas todas las cosas en mi Palabra, que es mi Hijo, y no tengo otra, ¿qué te puedo y ahora responder o revelar que sea más que eso? Pon los ojos sólo en Él, porque en Él te lo tengo dicho todo y revelado, y hallarás en Él aún más de lo que pides y deseas. Porque tú pides locuciones y revelaciones en parte, y si pones en Él los ojos, lo hallarás en todo; porque Él es toda mi locución y respuesta, y es toda mi visión y toda mi revelación"[27]

En esa condición divino-humana, el Hijo expresa la *igualdad, unidad* y *permanencia* con el Padre: *"Yo estoy en el Padre y el Padre en mí"* (Jn. 14:10); *"El Padre y yo somos uno"* (Jn. 10:30); *"Mi palabra no es mía sino del Padre que me envió"* (Jn. 14:24). Esa es la razón por la que El que viene del cielo da testimonio de lo que ha visto y oído (Jn. 3:31-32). Es en el Hijo que Dios se revela en plenitud absoluta. El fue enviado por el Padre al mundo para superar la situación de ignorancia de los hombres en relación con Dios, por medio de la revelación *por* y *en* Él, y superar la situación del pecado mediante la redención. Lo que Jesús hacía revelaba el ser y el hacer de Dios, es en Él y por Él que podemos llegar a conocer la naturaleza de Dios y sus intenciones para con los hombres.

Relativas a la grandeza del Hijo, el escritor va a dar siete glorias propias y únicas de Él. La consideración de ellas demuestra la razón por la que la revelación dada en Él y por Él es la más grande que Dios puede dar, de ahí, que al no tener *más* que decir, el cielo haya guardado silencio revelador, conduciendo la revelación escrita posterior al tiempo de la presencia de Jesús en

---

[27] Juan de la Cruz. *Subida del Monte Carmelo*. Libro II cap. XXII.

el mundo de los hombres, como hombre, escrita en el Nuevo Testamento, a una focalidad absoluta que es Jesús mismo. Es espíritu de la profecía es Jesús (Ap. 19:10), y el modo referente para la vida cristiana de seguimiento, posible solo con los ojos puestos en Él (He. 12:2).

La primera grandeza del Hijo se expresa por el autor de la Epístola de este modo: ὃν ἔθηκεν κληρονόμον πάντων, *"a quien constituyó heredero de todo"*. La condición de Hijo y de Hijo unigénito, le constituye también como heredero de todo (Gá. 4:7). Heredero, no por la muerte del dueño de la herencia, sino porque se la ha dado en dominio y posesión legítima. Jesús, el Hijo, no solo es el Cristo, el ungido de Dios, sino que es proclamado y aclamado por Dios como su Hijo, a quien dice: *"Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra"* (Sal. 2:8). Lo sorprendente no es que el Padre haya acumulado una herencia en su propia creación y que el Hijo la herede como unigénito del Padre, sino que la herencia ha sido hecha en el mismo Hijo, por medio del Hijo y con destino al Hijo (Col. 1:16). Dios establece la herencia absoluta y universal para el Hijo (Sal. 2:7). El dominio total corresponde al Hijo en razón de su naturaleza divina, pero aquí el escritor enfatiza que la herencia le corresponde también en cuanto hombre, como se aprecia en el hecho de que la revelación de Dios, que se hace *en Hijo*, se hace desde la humanidad subsistente como hipóstasis en su Persona Divina. Quien revela a Dios a los hombres es Emmanuel, Dios-hombre. Hay varios lugares en el Nuevo Testamento que confirman esta verdad usando previamente o aplicativamente la condición de heredero a Jesús, nombre que expresa la humanidad del Hijo de Dios (Mt. 11:27; 28:18; Jn. 13:3). Es precisamente en Cristo, en quien Dios reunirá todas las cosas, tanto las que están en los cielos como en la tierra (Ef. 1:10).

La segunda grandeza que corresponde al Hijo en forma exclusiva y excluyente es la condición creadora: δι᾽ οὗ καὶ ἐποίησεν τοὺς αἰῶνας *"Y por quién asimismo hizo el universo"*. El Hijo es Creador de todo lo que existe, por cuanto es Dios. Esta es una verdad reiterada en otros lugares del Nuevo Testamento: *"Todas las cosas por Él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho"* (Jn. 1:3). No hay nada que viniese a la existencia sin la acción creadora del Hijo de Dios. No solo por la autoridad y omnipotencia que corresponden a la segunda Persona Divina, sino como causa originante y sustentante de la creación: *"Porque en Él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de Él y para Él"* (Col. 1:16). La razón causante de la creación por y en Cristo está en que *"El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación"* (Col. 1:15). Como predicado de Cristo aparece en el texto del apóstol Pablo el de *imagen invisible*, que habla de semejanza reveladora. Cristo es la

imagen de Dios por cuanto en Él habita corporalmente la plenitud de la Deidad (Col. 2:9). Por tanto, siendo una de las grandezas de Dios el poder creador, todo cuanto existe ha llegado a esa existencia por medio de Dios el Hijo, Creador de cielos y tierra, de cosas visibles e invisibles, de microcosmos y de macrocosmos. El Hijo es *el primogénito de toda creación*. Esta expresión a la que se aferra la herejía arriana, al ser un predicado sin artículo no puede referirse a origen, en el sentido de primera criatura creada, sino a la causa de toda la creación. Siendo el Hijo eterno, engendrado eternamente, como Dios antecede y es causa de toda la creación. El Hijo que revela a Dios entre los hombres, en el tiempo histórico de los hombres, antecede a estos y al mismo tiempo, por cuanto es el Creador. El Hijo es el Agente ejecutor de la Deidad en la obra creadora. Ya en el Antiguo Testamento se manifiesta como la Sabiduría de Dios personificada, asesora y compañera de Dios en la creación (Pr. 8:22ss). La creación surgió no sólo *por medio de Él*, sino *en Él* mismo, es decir, con relación al Hijo, Él es la causa originaria de toda la creación. No se trata de que el Hijo fuese modelo o paradigma de todo lo creado, sino centro de unidad y cohesión en lo que todo adquiere su verdadero valor y realidad. La creación tiene en el Hijo lugar de encuentro y razón de ser (Ef. 1:10). Las cosas todas fueron creadas, o mejor *quedaron creadas*, en el Hijo, en quien está también la *causalidad instrumental* de creación, en cuanto solo a que es Mediador. Se trata de una *causalidad eficiente*, en cuanto a que opera, no en nombre de Dios, sino porque es Dios.

La voz griega traducida aquí como αἰῶνας *universo*, es literalmente *edades*, pero aquí no se trata de una sucesión de tiempo, sino expresión de las cosas creadas que han sido y están colocadas en el tiempo y en los siglos (He. 11:3). Es una referencia directa al orden de las cosas, de ahí que el apóstol Pablo use el término para referirse al amor por *el mundo* (2 Ti. 4:10). Si Dios hace todas las cosas por medio del Hijo, lo que el autor afirma es que la grandeza del Revelador de Dios es su propia deidad. Jesús es Dios, porque produce todas las cosas de Su creación, por Su naturaleza que es común a las tres Personas Divinas, en una única acción indivisible que involucra al Dios Trino. El hecho de llevar a cabo la operación creadora *por medio del Hijo*, no indica simplemente instrumentalizad, lo que implicaría subordinación y, por tanto, inferioridad del Hijo respecto del Padre. Exige entender esto como referencia a la capacidad creadora que está en el Hijo, lo mismo que está en el Padre. Es decir, lo que se dice del Padre en cuanto a Creador, se puede decir también del Hijo. La capacidad creadora está en el Hijo lo mismo que en el Padre por comunicación de naturaleza. Dios crea por medio del Hijo, en cuanto a que Éste, como Verbo, es la expresión exhaustiva de la mente divina (Jn. 1:1). De acuerdo con el lenguaje más usual de la Escritura, el Padre es llamado Creador. Aquí se dice que todo fue creado por medio del Hijo. Debe entenderse claramente que en el Seno Trinitario existe una diferencia absoluta en cuanto a

las Personas Divinas. El Padre no es el Hijo y Éste no es el Padre. Esta diferencia personal se expresa no sólo en relación con la creación, sino en relación con Dios mismo, en el Ser Divino. Las acciones trinitarias *ad extra* son de las tres Personas Divinas en una unidad de acción aplicable indistintamente a cada una de ellas. La unidad de esencia divina, exige que todo lo que es peculiar a la Deidad, pertenece tanto al Padre como al Hijo y al Espíritu. Jesús es Dios manifestado en carne (1:14). Quiere decir que todo cuanto se aplica sólo a Dios, debe pertenecer y aplicarse a Jesucristo. Es decir, no hay nada divino que no deba ser aplicado a Cristo. Sin embargo no existe confusión de Personas, sino que cada una de las Personas Divinas tiene sus propiedades personales o privativas. La segunda grandeza del Hijo, es su condición de Creador de todo el universo.

3. El cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas.

ὃς ὢν ἀπαύγασμα τῆς δόξης καὶ χαρακτὴρ τῆς ὑποστάσεως
El cual siendo destello de la gloria e impronta de la realidad esencial
αὐτοῦ, φέρων τε τὰ πάντα τῷ ῥήματι τῆς[1] δυνάμεως αὐτοῦ,
de Él y que sustenta el todo con la palabra del poder de Él,
καθαρισμὸν τῶν ἁμαρτιῶν ποιησάμενος ἐκάθισεν ἐν δεξιᾷ τῆς
purificación de los pecados habiendo hecho se sentó en derecha de la
μεγαλωσύνης ἐν ὑψηλοῖς,
Majestad en alto.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

1 τῆς δυνάμεως αὐτοῦ, καθαρισμὸν, *del poder de Él purificación,* atestiguada en א, A, B, H, P, Ψ, 33, 81, 181, 436, 629, 917, 1175, 1836, 1962, 2492, it$^{c, dem, div, f, t, v, x, z}$, vg, syr^{pal}, arm, Cirilo de Jerusalén, Dirimo, Cirilo, Eulalio, Ps-Atanasio, Casiodoro, Juan Damasceno^{comm}. Sedulio-Scoto.

τῆς δυνάμεως αὐτοῦ, δι᾽ ἑαυτοῦ καθρισμόν, *del poder de Él, por medio de él mismo, purificación,* como se lee en D, H^{c}, K, L, 88, 104, 181^{mg}, 326, 330, 424, 451, 614, 630, 424, 451, 614, 630, 1241, 1877, 1881, 1984, 1985, 2495, it$^{ar, d, c}$, syr$^{p, h}$, cop$^{sa, bo, fay}$, Origen, Atanasio, Crisóstomo, Agustin, Teodoret, Virgilio, Juan Damasceno^{txt}. 3) τῆς δυνάμεως δι᾽ αὐτοῦ, καθαρισμὸν, *del poder por medio de Él, purificación,* atestiguada en p^{46}, 0121b, 424^{c}, 1739, 2127, Teodoret.

Dando continuidad a lo que precede continua con ὃς, caso nominativo masculino singular del pronombre relativo *el que, el cual*; ὢν, caso nominativo masculino singular con el participio de presente en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí

como *siendo*; ἀπαύγασμα, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota en sentido activo *radiación, efluvio*, y en sentido pasivo *reflejo, luz reflejada*, aquí en sentido activo de *radiación, efluvio, resplandor*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; δόξης, caso genitivo femenino singular del sustantivo *gloria*; καὶ, conjunción copulativa *y*; χαρακτὴρ, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *acuñación, imagen acuñada, reproducción, figura, impronta*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo declinado *de la*; ὑποστάσεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *base, fundamento, empresa, realidad,* el término significa originalmente *lo que está debajo*, *la base*, de ahí una serie de significados en el griego profano como *base, fundamento, apoyo, garantía, posesión existencia, sedimento,* y los significados filosóficos derivados de este último significado como *empresa, propósito, riesgo,* en este versículo el significado es el de *realidad o ser*, en sentido de ser *la fiel estampa del ser inmortal y trascendente de Dios*, de ahí la traducción *realidad esencial*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; φέρων, caso nominativo masculino singular con el participio de presente en voz activa del verbo φέρω, *llevar, traer, soportar, sustentar*, aquí como *que sustenta*; τε, conjunción coordinativa y va siempre pospuesta, que hace las veces y funciones de la conjunción copulativa *y*, en ocasiones con sentido de *no sólo… sino también*, aquí como *y*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *el, lo*; πάντα, caso acusativo neutro plural, por concordancia, del adjetivo *todo*; en esta construcción gramatical se refiere a *todas las cosas*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado *el*; ῥήματι, caso dativo neutro singular del sustantivo que denota *palabra*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*, masculino en castellano; δυνάμεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *poder, autoridad, ejercicio de soberanía*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de él*; καθαρισμὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *purificación*; τῶν, caso genitivo femenino plural del artículo determinado declinado *de las*, masculino en castellano; ἁμαρτιῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo *pecados*; ποιησάμενος, caso nominativo masculino singular con el participio aoristo primero en voz media del verbo ποιέω, *hacer, crear, realizar, producir,* aquí como *habiendo hecho*; ἐκάθισεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo καθίζω, *sentarse*, aquí como *se sentó*; ἐν, preposición de dativo *en*; δεξιᾷ, caso dativo femenino singular del adjetivo *derecha*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; μεγαλωσύνης, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *grandeza, majestad*; ἐν, preposición de dativo *en*; ὑψηλοῖς, caso dativo neutro plural del adjetivo *alto, levantado*.

῞Ος ὢν ἀπαύγασμα τῆς δόξης. La tercera grandeza del Hijo se pone de manifiesto en que es *"el resplandor de la gloria de Dios"*. La gloria divina es objetivamente la misma naturaleza de Dios. Esa es la *gloria formal*, que produce admiración en quien la contempla y le lleva a la adoración (cf. Jn. 1:14; 2:11). Esa gloria de Dios se manifiesta frecuentemente acompañada de luz (Ex. 24:17; Sal. 50:2; 104:2). La *gloria esencial* de Dios es invisible al hombre, pero se hace visible por medio del Hijo (1 Ti. 6:16). La gloria de Dios se ve en Jesús

por medio de las obras divinas que Él mismo hizo (Jn. 1:14; 2:11). Pero también se hace visible, en la *shekinah*, la impronta de la gloria en las manifestaciones gloriosas del Señor, como fue la transfiguración y la revelación hecha a Juan en el Apocalipsis (Mt. 17:2; Mr. 9:3; Lc. 9:29; Ap. 1:12-16). La gloria de Dios, como se dice antes, está vinculada a la luz, de ahí que se relacione al Hijo encarnado con la luz: *"Aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este mundo"* (Jn. 1:9). Cristo es la luz verdadera que puede iluminar a todo hombre, especialmente en el orden salvífico, desde el interior del corazón entenebrecido a causa del pecado (2 Co. 4:6). La vida, procedente de Dios, está relacionada también con la luz, ya que sólo Dios es verdadera luz, y sólo Él puede dar vida: *"En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres"* (Jn. 1:4). La vida estaba en Él, con sentido locativo y no causal, esto es, no la tuvo por alguna razón o en algún momento, sino que estaba en Él eternamente como fuente de vida. El Verbo tiene la vida en sí como la tiene también el Padre. De ahí que *la vida,* sea también el nombre del Verbo, por cuya razón el sujeto lleva un artículo, refiriéndose a la luz verdadera anunciada por los profetas. Todo el que es iluminado por el Hijo recibe *la luz de la vida* (Jn. 8:12). Dios es luz (1 Jn. 1:5) y quien participa en su Ser, como Persona Divina, es luz. El Hijo es la luz verdadera que vino a este mundo. En ese sentido el escritor afirma que Jesús es ἀπαύγασμα τῆς δόξης *"el resplandor de su gloria"* referida a la expresión comunicativa al hombre de la gloria de Dios que, como se dice antes, se manifiesta en muchas ocasiones rodeada de luz. De ahí que al Hijo se le llame, en el Concilio de Nicea, *"Luz de luz"*. Debe notarse que la palabra traducida como *resplandor*[28] tiene un sentido pasivo, como reflejo de la luz, es decir, cual imagen que se refleja en un espejo; pero, también tiene un sentido activo, como luz centelleante que pertenece y corresponde sólo a Dios. Ese es el que debe aplicarse al texto. La gloria de Dios, manifestada en luz resplandeciente, no es reflejada por el Hijo, sino que está en el Hijo mismo. Si Jesús es *resplandor* de la gloria de Dios, el resplandor va unido siempre a la luz y procede de ella, por tanto, la luz de gloria produce siempre resplandor, que estando en el Hijo se manifiesta en Él. Si el Hijo procede del Padre y está unido eternamente con Él, el versículo expresa la eterna consustancialidad de las Personas Divinas, que se aprecia también con participio de presente *siendo*. El Hijo no *llegó a ser* la gloria de Dios, lo fue siempre. El escritor de la Epístola se está refiriendo, como dice F. F. Bruce: *"a un hombre que había vivido y muerto en Palestina hacía unas pocas décadas, pero que sin embargo era el Hijo eterno y la revelación suprema de Dios. Así como el resplandor del sol llega a esta tierra, así Cristo, la luz gloriosa de Dios, brilla en los corazones de los hombres"*[29]. Sin Cristo no hay luz, sólo tinieblas.

---

[28] Griego ἀπαύγασμα.
[29] F. F. Bruce. o.c., pág. 6.

Καὶ χαρακτὴρ τῆς ὑποστάσεως αὐτοῦ. La cuarta grandeza del Hijo consiste en ser *"la imagen misma de su sustancia"*, o como puede traducirse *"la impronta de la realidad sustancial de Él",* en alusión y referencia a Dios. El escritor pasa de la gloria a la *sustancia*, como impresión del Ser de Dios, lo que exige pasar por la *imagen*, o la *impronta*. Dos términos deben tenerse en cuenta aquí, *imagen y sustancia*. El sustantivo utilizado por el escritor para χαρακτὴρ *imagen*, aparece sólo aquí en todo el Nuevo Testamento y es una palabra más precisa, expresiva y enfática a la utilizada en otros lugares para referirse a Cristo como la imagen[30] de Dios (Col.1:15). La palabra *imagen*, es sinónimo de *marca*, por tanto el Hijo es *marca*, de la sustancia del Padre, designando, por medio del significado de la palabra, la reproducción fidelísima del Padre, al modo de la huella o impronta que deja un sello. De otro modo, el escritor usa esa palabra para decir que el Hijo es la fiel y absoluta reproducción de la *sustancia* del Padre. En segundo lugar esta la palabra *sustancia*, palabra procedente del latín *sub-stantia*, expresa lo que hay debajo de las apariencias externas y accidentales, lo que equivale a la *esencia* misma de Dios. Indica aquí el Ser y la naturaleza de Dios. El término griego es muy enfático e intenso[31], refiriéndose aquí a la realidad o ser. Por tanto, Jesús, como el Hijo, es la *fiel estampa*, del Ser inmortal y trascendente de Dios. En ese sentido es la impronta exacta del Ser de Dios. Quiere decir que el mismo Ser íntimo de Dios está grabado, como en un sello en el Hijo, a causa y en razón de ser también Dios y tener la existencia como una de las tres *hipóstasis* del Ser Divino. En el Hijo se manifiestan absoluta y claramente todos los atributos y perfecciones de la Deidad. Debe entenderse que el término *sustancia*, ha de ser considerado como triple en Dios, en razón de cada una de las tres Personas Divinas, mientras que el término *esencia* es una sola por cuanto las tres Personas participan en ella. Quiere decir esto que cualquier peculiaridad que pertenezca al Padre en relación con la esencia, es manifestada en Cristo, a quien corresponde tenerla también, de modo que quien conoce a Cristo conoce al Padre (Jn. 14:9). Jesús es presentado como la corporización exacta de Dios (Col. 2:9).

Φέρων τε τὰ πάντα τῷ ῥήματι τῆς δυνάμεως αὐτου. Una quinta grandeza del Hijo es que *"sustenta todas las cosas con la palabra de su poder"*. La palabra traducida como *sustenta*[32], significa literalmente *lleva*. No solo sustenta, sino que *conduce, lleva*, rigiendo todas las cosas creadas por Él. A la voz creativa *sea*, por lo que todo vino a la existencia, requiere la voz *sustentativa* que mantiene en orden todo lo creado, poniéndole cauces y límites a todo para que discurra como corresponde a un *cosmos*, salido de un *kaos*, esto es de lo que no estaba ordenado (Gn. 1:2). Ambas cosas, creación y

[30] Griego εἰκὼν.
[31] Griego ὑποστάσεως.
[32] Griego φέρων.

sustentación, son el resultado de la *palabra* del Hijo. Todas las cosas subsisten en Él (Col. 1:17). Todas las cosas tienen cohesión en Él, como un sistema armoniosamente regulado. El universo se sustenta mucho más que por leyes físicas, por la acción sustentadora del Hijo. Todo el orden cósmico del universo obedece a la acción omnipotente que se expresa en la palabra del Hijo. El escritor usa aquí para *palabra* un sustantivo griego[33], cuyo sentido no es tanto la expresión general del pensamiento, sino el dicho que establece un decreto de autoridad. Quiere decir que si sustenta todo por *"la palabra de su poder"*, esa palabra es la expresión de la voluntad y la manifestación del poder que la hace absolutamente operativa. Todo el universo está dispuesto y ordenado por la palabra de Dios (He. 11:3). Como dice el profesor Miguel Nicolau: *"No es, pues, un mero sustentar, como quien sostiene un peso; es más: es conducir, guiar hasta un fin"*[34].

Καθαρισμὸν τῶν ἁμαρτιῶν ποιησάμενος. La sexta grandeza del Hijo pasa del plano creacional al soteriológico: *"Habiendo hecho la purificación de nuestros pecados por Sí mismo"*. El Creador y Sustentador es también el Salvador. Dios pasa en el Hijo de las funciones cósmicas a las de relación personal para salvación. En algunos mss aparece la expresión *por Sí mismo*, como traduce RV, asunto que se considerará más adelante. La grandeza del Salvador es que hizo la purificación de los pecados por su propia actuación, sin ayuda de otro. De igual manera que la creación y sustentación se producen por una acción personal del Hijo, así también la redención. El escritor está afirmando que Cristo, el Hijo, se hizo a sí mismo καθαρισμὸν τῶν ἁμαρτιῶν *purificación de los pecados*.

Aunque aparentemente es un tema diferente a los anteriores en los cuales se presenta al Hijo como el Revelador exhaustivo y pleno del Padre, sigue también en esto el mismo argumento, por cuanto es en la presencia y obra redentora del Hijo, que se expresa y consuma el pensamiento eterno de Dios tocante a la salvación del hombre. Esta eterna determinación antecede a la creación del universo, como enseña el apóstol Pablo (2 Ti. 1:9). Por tanto, *"cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos"* (Gá. 4:4-5). Ese *envío* del Hijo pone de manifiesto y consuma el propósito salvador de Dios, establecido para los hombres antes de su creación y de su caída. Es la revelación plena de Dios en entrega que se consuma en la entrega de Jesucristo a la muerte de cruz. El escritor enseña que Cristo efectuó *"la purificación de nuestros pecados"*, en una primera referencia a la realidad de lo que los sacrificios rituales eran figura.

---

[33] Griego ῥήματι.
[34] Miguel Nicolau. o.c., pág. 19.

La purificación de los pecados se produce como consecuencia del sacrificio de expiación que el Hijo, Cordero de Dios, hizo tomándolos sobre si en la Cruz. Dios colocó a Jesús, su Hijo, entregándolo a la muerte y tratándolo como correspondía a quien, por portar el pecado del mundo, fue hecho maldición (Ga. 3:13). El sacrificio redentor *purifica* al pecador de su pecado, que es el sentido que la frase tiene en este versículo. El apóstol Pablo se refiere a esa acción purificadora cuando dice que *"al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él"* (2 Co. 5:21). Por medio de la fe en el Salvador, la obra del Calvario es aplicada al pecador creyente, para que Dios pueda justificarlo (Ro. 5:1), por cuya razón, expiada la responsabilidad penal del pecado en la muerte redentora del Hijo de Dios, no hay ya condenación para quien está en Él (Ro. 8:1). La remoción del obstáculo del pecado que impedía la relación con Dios en el más amplio sentido, se llevó a cabo por la obra del Hijo de Dios. En esa obra se hace la mayor revelación que pudiera manifestarse del amor de Dios y de su gracia infinita (Ro. 5:8-9). Pero, también es en El Hijo, donde se produce la mayor revelación de la fidelidad de Dios. El que había declarado ante Satanás, delante de nuestros primeros padres, enviar al Salvador del mundo, para deshacer la obra del tentador (Gn. 3:15), la ejecutó en su momento, conforme a su fidelidad. El Hijo descendió del cielo para aproximar la gracia al hombre, por esa razón, cuantos estuvieron vinculados con Él en su vida terrenal vieron la gloria de Dios manifestada en Jesucristo por medio de su gracia y de su fidelidad (Jn. 1:14).

᾿Εκάθισεν ἐν δεξιᾷ τῆς μεγαλωσύνης ἐν ὑψηλοῖς. La séptima grandeza del Hijo consiste en que, después de la redención, *"se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas"*. El que descendió del cielo a la tierra en un encuentro de amor y se hace Dios en encuentro con la criatura, retorna nuevamente al lugar de honor que le corresponde en la gloriosa Majestad del Trono de Dios. Es interesante apreciar dos expresiones en el versículo que corresponden a la forma propia de un hebreo que escribe a hebreos. La primera es δεξιᾷ τῆς μεγαλωσύνης *"la diestra de la Majestad"*. La derecha es figura del lugar de honor y de poder (1 R. 2:19; Sal. 45:9), el término *Majestad*, designa la gloria personal y propia de Dios, literalmente la *grandeza*, referido a Dios mismo, con lo que, como hebreo evita escribir para otros hebreos el nombre sagrado de Jehová. La resurrección del Salvador, su ascensión a los cielos y la sesión a la diestra de Dios, completan la exaltación hasta lo sumo (Fil. 2:8-11) del que primeramente había descendido hasta las partes más bajas de la tierra (Ef. 4:9). Esa posición que ocupa el Hijo de Dios exaltado, da cumplimiento a la profecía del Salmo: *"Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies"* (Sal. 110:1). Cristo mismo había afirmado esto delante del Sanedrín (Lc. 22:69). Dios lo encumbró al lugar desde donde puede ejercer la suprema autoridad en cielos y tierra (Fil. 2:10). Toda la autoridad le ha sido dada al Hijo resucitado tanto en su

condición celestial como Dios, como en su condición de hombre glorificado, teniendo en cuenta que tanto su Deidad como su humanidad forman dos hipóstasis en la única persona de Dios el Hijo (Mt. 28:15-20; Mr. 16:15-20; Ef. 1:19-23). Jesucristo ascendió por encima de los cielos para llenarlo todo (Ef. 5:10). Por tanto, quien se *"sentó a la diestra de la Majestad"*, se sentó ἐν ὑψηλοῖς, en lo alto, esto es, en lo más encumbrado.

La sesión a la diestra del Padre, conlleva y expresa la igualdad del Hijo y del Padre en el seno de la Deidad y, por tanto, la misma igualdad en cuanto a la adoración y honra que se debe a Dios. Esto mismo lo enseñó Jesús cuando dijo: *"Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió"* (Jn. 5:22-23). Este sentarse a la diestra del Padre, no significa una novedad en la experiencia de Jesús, sino el retorno del Hijo a la condición suprema que eternamente tuvo y que como Dios le corresponde poseer. El Hijo no alcanza una nueva condición, sino que recupera la que siempre tuvo, de ahí que en la oración el Señor diga al Padre: *"Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese"* (17:5). No se trata de un hombre a quien Dios otorga el privilegio de sentarse en su trono, sino de Dios-hombre que, después de la expresión kenótica absoluta, dejado el estado de humillación, retorna al estado de glorificación que eternamente tuvo como Dios y que conlleva también la glorificación y entronización a la diestra de Dios de su naturaleza humana, propia, desde la concepción, de la Persona Divina de Dios el Hijo. Como decía Cirilo de Jerusalén antes del año 386, *"el Hijo que está sentado antes de los tiempos a la derecha del Padre, y la co-sesión no la ha obtenido en el tiempo, como exaltación después de su pasión, sino que la posee eternamente"*[35]. En esa posición a la diestra del Padre le confiere el derecho del poder judicial supremo que solo es potestativo y privativo de Dios mismo. Ese sentarse corporalmente confiere a Jesús el derecho de ser la cabeza de la Iglesia, en principio de comunicación de vida, además de señorío, ya que los creyentes somos resucitados con Él y también con Él sentados en los lugares celestiales (Ef. 2:6). Teniendo en cuenta la división de los cielos conforme a la teología de los hebreos, donde había *el primer cielo*, el atmosférico, *el segundo cielo*, es el estelar o el cielo de la expansión (Gn. 1:14), y *el tercer cielo*, el empíreo o morada de Dios, llamado también *"el cielo de los cielos"* (1 R. 8:27-30), Jesús ascendió, para sentarse a la diestra de la Majestad, siguiendo el pensamiento hebreo, al *tercer cielo*, es decir, al lugar donde se manifiesta el trono de Dios. Aquel que se humilló hasta lo más bajo, ascendió a lo más alto recibiendo el honor supremo que le corresponde como Emmanuel, Dios-hombre y desde donde ejerce las funciones de abogacía e intercesión a favor de los salvos. Es

[35] Cat. 4:7; 11, 17; 14, 27.

necesario recordar también que la expresión *"sentado a la diestra de Dios"*, es un antropomorfismo, por dos razones obvias: primero porque Dios es Espíritu infinito (1 R. 2:19; Sal. 139:7-12; Jn. 4:24), por tanto, no tiene *mano derecha*, como no tiene ninguna otra parte de un cuerpo material; en segundo lugar por la expresión *sentado*, es un simbolismo de obra realizada, y de posesión de poder y autoridad supremas (He. 10:12). En otras partes de la Escritura se le representa en pie, en el ejercicio de su poder efectivo (cf. Hch. 7:56), o *paseándose* por medio de los siete candelabros (Ap. 1:13), en función de supervisión sobre las iglesias, como corresponde a quien es el Gran Pastor de las Ovejas (He. 13:20).

4. Hecho tanto superior a los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre que ellos.

τοσούτῳ κρείττων γενόμενος τῶν ἀγγέλων ὅσῳ διαφορώτερον παρ᾽
Tanto mejor hecho que los ángeles cuanto más excelente que
αὐτοὺς κεκληρονόμηκεν ὄνομα.
ellos ha heredado nombre.

Notas y análisis del texto griego.

Como continuación sin interrupción y conclusión de lo que antecede, escribe: τοσούτῳ, caso dativo neutro singular del pronombre demostrativo *tanto*; κρείττων, caso nominativo masculino singular del adjetivo comparativo *mejor*; γενόμενος, caso nominativo masculino singular con el participio aoristo segundo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, empezar a existir, hacerse, ser hecho*, aquí como *hecho*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado, que realmente es un ablativo de comparación después de κρείττων, declinado *que los*, o *a los*; ἀγγέλων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *ángeles*; ὅσῳ, caso dativo neutro singular del pronombre relativo de cantidad declinado *cuanto*; διαφορώτερον, acusativo neutro singular del adjetivo comparativo *más excelente*; παρ᾽ forma que adopta la preposición de acusativo παρά, por elisión de la α final cuando precede a una palabra que comienza con vocal, con significado de *junto a, al lado de, en, en comparación con, más que*; αὐτοὺς, caso acusativo masculino plural del pronombre personal *ellos*; κεκληρονόμηκεν, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo κληρονομέω, *heredar, recibir en herencia, poseer*; ὄνομα, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *nombre*.

Τοσούτῳ κρείττων γενόμενος τῶν ἀγγέλων. La exaltación a la diestra de Dios lo hace ya superior a los ángeles. Los ángeles son seres creados (Col. 1:16, 17), mientras que el Hijo es increado. Posiblemente todos los ángeles fueron creados al mismo tiempo y muy probablemente lo fueron como primera creación de Dios, o cuanto menos una de las primeras, siendo creados antes del mundo (Job. 38:6, 7). El estado de los ángeles cuando fueron creados fue de santidad (Jud. 6). Como seres inteligentes creados, tienen inteligencia

personal (1 P. 1:12), y emociones propias, por lo que alaban a Dios ante la grandeza de sus obras y acciones (Lc. 2:13). Poseedores de voluntad propia (Jud. 6), son humildes y reverentes ante Dios, como se manifiesta en el hecho de que los más altos serafines, cubren sus rostros y sus pies ante la presencia de Dios (Is. 6:2). Todos los ángeles tienen nombres propios personales, algunos de los cuales conocemos por la revelación, como Lucero (Is. 14:12), Miguel, que significa *¿Quién como Dios?* (Dn. 12:1), Gabriel, que significa *Dios se ha mostrado fuerte"* (Dn. 8:15). Los ángeles están sujetos a Dios como Soberano y le rinden cuenta de sus actos (Job. 1:6, 7; 2:1, 2). Todos ellos tienen sus propias moradas asignadas por el Padre (Jn. 14:2, Jud. 6). Sus moradas están en el cielo (Mr. 13:32). Todos ellos son espíritus limitados (He. 1:14). Su número no aumenta ni disminuye desde el instante de su creación, porque no se reproducen (Mr. 12:25), ni tampoco mueren. El número de los ángeles es enorme, de modo que la Escritura utiliza un lenguaje hiperbólico para referirse a ese número (Sal. 68:17; Dn. 7:10; He. 12:22). Estos seres espíritus creados por Dios tienen su propia organización, presentándose como un ejército (Lc. 2:13). Dos grandes divisiones, pueden establecerse en los ángeles, en función de su ministerio. Por un lado están los ángeles con servicio directo a Dios y su trono, que son los serafines y querubines; por otro los ángeles que sirven a Dios en un ministerio del trono hacia la creación, que son los ángeles y arcángeles. Los arcángeles son los *jefes de ángeles*, acepción de la palabra (1 Ts. 4:16). En la Biblia sólo se nombra a un arcángel, Miguel (Dn. 10:13, 21; 12:1; Jud. 9; Ap. 12:7), al que se designa como *"principal príncipe"*, o también *"jefe de príncipes"*. El hecho de que se mencione sólo un arcángel no supone que no haya más, simplemente que sólo se da el nombre de uno de ellos. En relación con el servicio a Dios en torno al Trono, están los serafines (Is. 6:1-3), cuya misión tiene que ver con la custodia de la adoración santa a Dios, en el sentido de que no suba a Él ninguna adoración impura o imperfecta, desde una situación de pecado. Los querubines, segundo grupo de ángeles especiales (Gn. 3:24; cf. Ex. 25:18; 37:7; 1 S. 4:4; 2 S. 22:11; 1 R. 6:23; 2 Cr. 3:10), tienen como ministerio más destacado la custodia de la santidad de Dios, de tal manera que nada impuro pueda entrar en Su presencia. Los ángeles en relación con Dios fueron creados para adorarle permanentemente (Ap. 4:8), obedecerle y ejecutar su palabra (Sal. 103; 20) y alabarle (Sal. 148:1, 2). En relación con Cristo, profetizaron su nacimiento (Lc. 1:26-33); lo anunciaron a los pastores cuando nació (Lc. 2:13); le protegieron cuando Herodes intentaba matarle (Mt. 2:13); le sirvieron después de la tentación (Mt. 4:11); en Getsemaní le confortaron (Lc. 22:43); removieron la piedra de la tumba en que estuvo puesto, para hacer visible que ya no estaba allí, porque había resucitado (Mt. 28:2); y anunciaron su resurrección a las mujeres que fueron a la tumba para amortajarlo (Mt. 28:1-7).

Ahora bien, si Jesús es el Creador de todo, lo fue también de los ángeles, por tanto es superior a ellos: ὅσῳ διαφορώτερον παρ αὐτοὺς, *cuanto más*

excelente que ellos. Por otro lado, los ángeles son seres que ministran en proximidad al trono de Dios, pero ninguno de ellos se ha sentado jamás en él. El adjetivo comparativo que utiliza el escritor y que se traduce como *mejor*, aparece trece veces en Hebreos para establecer comparaciones de superioridad de Cristo y nuevo orden, con el antiguo. La serie de citas que siguen establecen la base doctrinal para esta afirmación. Anteriormente se presentó al Hijo como quien está sentado a la diestra de la Majestad, lo que implica autoridad y soberanía, que ejerce sobre toda la creación, que incluye a los ángeles, quienes han de rendirle cuentas, y a quien están sujetos todos los ángeles (1 P. 3:22). Los ángeles sirvieron a Jesús en su ministerio terrenal (Mt. 2:13; 4:11; 26:53; 28:2, 5; Lc. 22:43), y le acompañarán en su segunda venida (2 Ts. 1:7-8).

La superioridad de Cristo sobre los ángeles se establece aquí en que διαφορώτερον παρ ' αὐτοὺς κεκληρονόμηκεν ὄνομα *"heredó más excelente nombre que ellos"*. El nombre, en el contexto semítico, era sustitutivo de la persona con todas sus cualidades esenciales. Por tanto, Jesús es más excelente que los ángeles por cuanto su nombre, que expresa la condición de su Persona, es más excelente que la de ellos. ¿A qué nombre se refiere? Por el contexto próximo el nombre debe entenderse como el de Hijo. Si los ángeles son las criaturas más excelsas en toda la creación, el nombre más excelente que el de ellos tiene que ser de carácter divino, lo que evidencia que el Hijo tiene que ser necesariamente Dios, en igualdad con el Padre. El término[36] traducido como *más excelente*, significa también *más diferente*, que acentúa la diferencia y distinción en dignidad en relación con los ángeles. Este nombre, Hijo equivalente a la dignidad esencial de su Persona, dice el escritor que *lo heredó*, κεκληρονόμηκεν ὄνομα, no en el sentido de que no fuera suyo antes de la exaltación, sino en el sentido de poseerlo como propio eternamente. El título de Hijo era suyo ya en los días de su humillación (He. 5:8) y lo era también antes de la creación (He. 1:2). Pero, por la resurrección de entre los muertos, Dios proclama cósmicamente ante todo el universo y la creación entera que Jesús de Nazaret, a quien los hombres consideraron, en el mejor de los casos, como un gran hombre, era mucho más que eso, era el eterno Hijo, encarnado (Hch. 13:33). Humanidad y Deidad, ambas naturalezas unidas en la Persona Divina del Hijo, son exaltadas a lo sumo, recibiendo su humanidad también el nombre que corresponde a la condición de Hijo, un nombre que en el plano de la experiencia histórica de la salvación recibe el nombre de Jesús, como hombre exaltado a la diestra de Dios, en razón de la identidad única de su humanidad con la Deidad (Fil. 2:9). Ante ese nombre, que, como se dice antes, es equivalente a la persona, se doblarán, en sentido de acatamiento voluntario o sumiso, las rodillas de todos los seres creados que estén en los cielos, clara alusión junto con los redimidos, de los ángeles santos. Después de la

[36] Griego διαφοφώτερον.

resurrección el Señor ha sido colocado sobre todo principiado (Ef. 1:21). En ese sentido hereda el título de Hijo como hereda todas las cosas, en razón de la decisión eterna del Padre y de ser el Hijo unigénito (He. 1:2; Jn. 1:14). El nuevo mundo que pertenece al Hijo, que es el Rey de reyes y Señor de señores, supera en todo al presente, en el cual la administración fue entregada a los ángeles (He. 2:5). Ese nombre glorioso se reafirma en Jesús que *fue hecho* superior a los ángeles, usando el autor un participio de aoristo que equivale a *llegado a ser*, en lugar de lo que *es* como *resplandor de la gloria* del Padre, lo que indica que *llegó a ser* hecho superior a los ángeles no sólo en razón eterna de su deidad, sino también como consecuencia de su humillación, muerte, sepultura y resurrección, recibiendo de Dios toda la autoridad en cielos y tierra (Mt. 28:18). Este argumento sirve al escritor para introducir el párrafo siguiente de la Epístola.

Será bueno, antes de seguir adelante, reflexionar individual y personalmente sobre el gran contenido cristológico que acabamos de considerar. El Hijo se presenta como revelador del Padre, por tanto, es necesario que continuamente tengamos la mirada puesta en Jesús (He. 12:2), a fin de conocerle más y, con ello, conociéndole a Él podamos conocer a Dios, razón, experiencia y término de la vida cristiana (Jn. 17:3). A Jesús se le ve y se le escucha a través de la lectura y meditación de las páginas del evangelio. Cada uno de nosotros debiéramos volver a releer, cuantas veces nos sea posible, los cuatro evangelios, despojándonos de todo prejuicio teológico, histórico y especialmente tradicional, para descubrir en ellos la gloriosa y admirable dimensión del Hijo de Dios. Todas las partes de la Escritura presentan facetas de su Persona, pero en los evangelios entramos en contacto directo con Él y sus enseñanzas personales. Es preciso retornar a la lectura, estudio y meditación de los Evangelios, si se desea conocer realmente al Hijo de Dios.

Un segundo aspecto alentador procede del hecho de que Jesús es el sustentador de todo (1:3). Cualquier adversidad en la vida personal puede ser superada si verdaderamente creemos que Él tiene el control, no solo de los acontecimientos, sino de lo que es mucho más importante, de la vida personal de cada uno de los suyos. Quien sustenta el universo no dejará de darnos aquello que sabe que necesitamos cada día, no solo en relación con cosas materiales, sino especialmente con el aliento para la lucha cotidiana. Los recursos para la vida y el servicio proceden de Él, por lo que podemos con plena seguridad y confianza decir como el apóstol Pablo: *"Todo lo puedo en Cristo que me fortalece"* (Fil. 4:13). El fracaso se produce en la distancia de Él, en el vivir separados de su comunión, como Él mismo advierte: *"Separados de mí, nada podéis hacer"* (Jn. 15:5b). Depender de Él, significa reconocerle como Señor y saber que sólo el posee el nombre que es sobre todo nombre y con ello, todos los recursos del poder. El fracaso que a veces experimentamos, se debe a

la autosuficiencia en que muchas veces vivimos. El éxito en la vida cristiana no descansa en el conocimiento teológico de Jesús, sino en el vivencial de su Persona, que se hace vida poderosa en cada cristiano por el poder del Espíritu, de ahí que Pablo dijera: *"Para mí el vivir es Cristo"* (Fil. 1:21). La paz se apodera del cristiano y viene a ser una experiencia real, aun en medio de sus pruebas, cuando las cargas de cada día se depositan en el Señor, que promete algo más grande que quitarnos la carga, os toma a nosotros para que seamos capaces de caminar con ella (Sal. 37:5). Como escribe el profesor Trenchard: *"Sus hombros y sus manos no desfallecen nunca, y podemos dejar nuestras manos cansadas en las suyas, para que Él obre a nuestro favor lo que ha determinado"*[37].

Este admirable Señor es superior a los profetas y superior a los ángeles, nadie más glorioso que Él. ¿Qué más podríamos desear? Será bien tomar la sabia decisión de llegarnos a Él por la fe para decirle: *"Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente"* (Jn. 6:68-69)

Cristo supremo sobre los ángeles (1:5-2:18).

Los destinatarios de la carta estarían, en su condición de hebreos, muy apegados a lo que tradicionalmente consideraban como superior sobre todas las cosas. Entre las superioridades que ellos consideraban estaban los ángeles, a quienes tenían en alta estima debido a su dignidad, su poder y sus actividades al servicio de Dios. Por medio de ellos –según la tradición- había sido dada la ley.

El autor de la Epístola está interesado en demostrar que Jesucristo es superior a cuanto era superior para los hebreos. En el párrafo anterior demostró la superioridad del Señor sobre los profetas, quienes hablaron limitada y temporalmente en Su nombre, mientras que la revelación plena se producía en el mismo Hijo. Ahora demostrará la superioridad de Cristo sobre los ángeles, en un mismo hilo conductor, vinculando el párrafo con lo que afirma ya en el versículo anterior (v. 4). Para demostrar esa superioridad recurre a la Escritura, tomando siete citas del Antiguo Testamento que, sin comentario personal alguno, conducen al lector a responder a una sencilla pregunta que expresa la superioridad de Cristo sobre los ángeles (v. 14). Las citas se establecen de modo que las dos primeras miran directamente a Cristo (v. 5), las dos siguientes a los ángeles (vv. 6-7) y las tres últimas retornan nuevamente a Cristo (vv. 8-12). La argumentación final se sustenta en dos preguntas retóricas. La primera hace recapacitar sobre la distancia que media entre el Hijo, a quien Dios entronizó en el trono de gloria, y que ningún ángel puede ocupar (v. 13). La segunda permite

---

[37] E. Trenchard. *Exposición de la Epístola a los Hebreos.* Editorial El Amanecer. Tucumán, 1958, pág. 29

establecer la condición de los ángeles como ministros al servicio de Dios, mientras que a Jesús, el Hijo es a quien corresponde ser servido, orientando el servicio de los ángeles a los herederos de salvación (v. 14).

En medio de todo esto aparecen aspectos doctrinales sumamente importantes en relación con la deidad de Cristo, que se relacionan con la doctrina bíblica general. Por tanto, en la consideración de este importante párrafo se hace alguna aproximación a esas verdades, recordando ciertos aspectos que deben ser bien comprendidos y que sólo de ese modo se hacen comprensibles grandes verdades que se enuncian en el contenido posterior de la carta.

Como Persona Divina (1:5-14).

5. Porque ¿a cual de los ángeles dijo Dios jamás:
Mi Hijo eres tú,
Yo te he engendrado hoy,
y otra vez:
Yo seré a Él Padre,
Y Él me será a mí Hijo?

Τίνι γὰρ εἶπεν ποτε τῶν ἀγγέλων·
Porque ¿a cual dijo alguna vez de los ángeles
Υἱός μου εἶ σύ,
Hijo de mí eres tú
ἐγὼ σήμερον γεγέννηκα σε
Yo hoy he engendrado te
καὶ πάλιν·
y otra vez:
ἐγὼ ἔσομαι αὐτῷ εἰς Πατέρα,
Yo seré a Él por Padre
καὶ αὐτὸς ἔσται μοι εἰς Υἱόν
y Él mismo será a mí por Hijo?

Notas y análisis del texto griego.

Apelando a las Escrituras del Antiguo Testamento, traslada las citas en forma poética, introduciéndolas mediante τίνι, caso dativo masculino singular del pronombre interrogativo declinado *a cual*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al pronombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; εἶπεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo εἶπων, aoristo de λέγω, *decir,* aquí como *dijo*; ποτε, partícula enclítica que hace las veces de adverbio indefinido *alguna vez, un día, una vez, en cierta ocasión*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; ἀγγέλων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *ángeles*; Υἱός, caso nominativo masculino singular del

sustantivo *hijo*, que referido a Dios, como en este caso adquiere la condición de nombre propio; μου, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de mí*; εἶ, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa de verbo ρἰμί, *ser o estar*, aquí como *eres*; σύ, caso nominativo singular del pronombre personal *tú*; ἐγὼ, caso nominativo singular del pronombre personal *yo*; σήμερον, adverbio de tiempo *hoy*; γεγέννηκα, primera persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo γεννάω, *engendrar, dar a luz, producir*; σε, caso acusativo singular del pronombre personal *te*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πάλιν, adverbio *otra vez, además, de nuevo*; ἐγὼ, caso nominativo singular del pronombre personal *yo*; ἔσομαι, primera persona singular del futuro de indicativo en voz media del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *seré*; αὐτῷ, caso dativo singular del pronombre personal *a ti*; εἰς, preposición de acusativo *por*; Πατέρα, caso acusativo masculino singular del sustantivo *padre*; καὶ, conjunción copulativa *y*; αὐτὸς, caso nominativo masculino singular del pronombre intensificado pleonástico *Él mismo*; ἔσται, segunda persona singular del futuro de indicativo en voz media del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *será*; μοι, caso dativo singular del pronombre personal declinado *a mí*; εἰς, preoposición de acusativo *por*; Υἱόν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *hijo.*

Τίνι γὰρ εἶπεν ποτε τῶν ἀγγέλων. La demostración de la supremacía de Cristo sobre los ángeles se expresa a modo de pregunta retórica que exige una respuesta negativa por parte del lector, por cuya razón utiliza una partícula causal. Para establecer la base que sustenta esa superioridad apela a la Escritura, tomando siete citas del Antiguo Testamento, de las que cinco pertenecen a los Salmos, una a los libros históricos, y otra al Pentateuco. Antes de introducir la primera cita, apela al lector preparándole para ella y contrastándola con una pregunta referida a los ángeles. A éstos se les llama en el Antiguo Testamento *"hijos de Dios"* (cf. Gn. 6:2, 4[38]; Job 1:6; 2:1; 38:7). Los ángeles, como se dijo anteriormente, eran tenidos en alta estima por los judíos, al entender que la ley había sido dada por medio de ellos (Gá. 3:2). Ángel equivale a *mensajero*, referido comúnmente a seres celestiales que son enviados por Dios mismo para diversos servicios; ocasionalmente el sustantivo se aplica a personas enviadas para alguna misión. Sobre los ángeles se ha considerado con algún detalle en el versículo anterior.

La primera cita está tomada del libro de los Salmos en la versión LXX, donde se lee: *"Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy"* (Sal. 2:7). Es evidente que los ángeles son llamados colectivamente *hijos de Dios*, pero en ningún lugar de la Escritura se encuentra el título en singular, referido a un determinado ángel, por tanto a ninguno de ellos se le aplica el calificativo Hijo de Dios. La cita está tomada de un Salmo

[38] Existe discrepancia por parte de algunos exegetas en atribuir estas citas a los ángeles. Pero sería la única vez en todo en A. T. que la expresión no se referiría a ellos.

mesiánico, que por el Nuevo Testamento se sabe que es de David (Hch. 4:23-26). No es tanto una referencia a la generación eterna de la Persona Divina del Hijo, aunque la comprenda, sino al nombramiento del Mesías-Hijo por la resurrección, específicamente relacionada con la misión de gobierno y juicio que le ha sido encomendada. La interpretación que el apóstol Pablo da del texto (Hch. 13:32-34), apunta al Mesías señalado como Hijo de Dios y Heredero del reino por la resurrección de entre los muertos, declarándole Dios su Hijo con todo el poder, por esa resurrección (Ro. 1:4). Cristo es el Hijo natural de Dios, de Su misma esencia y naturaleza. Sin embargo, la palabra *engendrar*[39] expresa la idea de una transmisión natural por generación. Si Jesús es el Hijo eterno de Dios, y es Dios, en igualdad con el Padre, no puede, en modo alguno, aplicarse esa *generación*, en sentido originante del Hijo, que nunca lo tuvo, ya que es eterno como las otras dos Personas Divinas, esto es, sin principio y sin fin. Pablo enfatiza que el Mesías, levantado de entre los muertos es exhibido ante toda la creación como vivo de entre los muertos, y en ese acto declarado a todos como *El Hijo de Dios*, y único heredero del reino.

Sobre esto escribe el profesor Miguel Nicolau:

"La cita aducida está tomada del Sal. 2:7, según los LXX. Se trata de un salmo directamente mesiánico, como lo supone y reconoce la primera comunidad cristiana, al mismo tiempo que lo atribuye a David. San Pablo interpreta de la resurrección de Cristo el versículo que ahora nos ocupa: 'yo te he engendrado hoy' (Hch. 13:33; Ro. 1:4). Lo cual quiere decir que Cristo, Hijo natural de Dios (γεγέννηκα significa generación propiamente dicha, y en perfecto indica acción perfectamente acabada), es entronizado solemnemente en el mundo como Rey Mesías y como manifiestamente Dios, engendrado por el Padre, en el día de su resurrección. Porque, en efecto, después de la pasión y vida humillada de Cristo es cuando aparece mejor su exaltación pública por el Padre; y en el día de la resurrección como que nace a vida gloriosa. Con esta interpretación, que tenemos por la más fundada en la misma Escritura (Hch. 13:33)… no es menester recurrir a los que han visto este momento de entronización en la encarnación o generación temporal de Cristo (Atanasio, Crisóstomo, Teodoreto); porque ni entonces aparece Cristo con una dignidad externa regia, ni el salmo describe a este Rey como niño. Tampoco parece aludirse en el salmo expresamente a la generación divina del hoy perpetuo de la eternidad (Agustín, Tomás), aunque esta generación evidentemente se suponga; porque, por todo el contexto, en el salmo se trata de una manifestación externa, temporal e histórica, de esa divinidad. Ni parece que esta manifestación haya tenido lugar tan plenamente en el bautismo o transfiguración de Jesús, aunque entonces se manifestara la dignidad y

---

[39] Griego γεννάω.

divinidad de Cristo en alguna manera. Porque el salmo 2 pone esta manifestación de la divinidad después de describir las maquinaciones de los enemigos contra Jesús, que tuvieron su cumplimiento en el día de la pasión (Hch. 4:27)”[40].

Pero, sigue destacando en el versículo el *hoy* del tiempo de la generación. ¿Qué entendía el escritor por ese *hoy* de la cita, relativo al ἐγὼ σήμερον γεγέννηκα σε *“Yo te he engendrado”,* del texto? No debe estar pensando en la generación temporal de la naturaleza humana del Hijo, Verbo encarnado (Jn. 1:14), en la que Dios le apropia cuerpo (He. 10:5). No debe estar pensando en la generación divina de la Persona del Hijo, en el *hoy eterno*, sin origen, sin principio, de la Trinidad. El entorno textual apunta a la exaltación y entronización de Cristo por la resurrección, momento en que es revestido con la dignidad real. Había venido como *siervo* y no fue reconocido como Mesías, porque no tenía atractivo para ser aceptado como tal (Is. 53:2-3). Es como si el Monarca universal colocase en el trono a su único Hijo y dijese: *“Yo le nombre como Rey, porque es mi Hijo”*.

La segunda referencia procede de los libros históricos (2 S. 7:14), que contiene una promesa de Dios para David, dada por medio del profeta Natán. Esa promesa no fue cumplida plenamente en Salomón, ya que su reino no fue firme (2 S. 7:13), y tampoco fue eterno (2 S. 7:16). La historia manifiesta que las promesas divinas no se agotaron en Salomón, sino que trascendían en el tiempo. La promesa tiene que estar vinculada con toda la descendencia regia de David, comenzando por Salomón y en esa descendencia está el Mesías, cuyo reino será eternamente estable. El cumplimiento de la promesa dada a David, sólo puede cumplirse en el Mesías-Rey (Lc. 1:32-33). Tal como establece la promesa su hijo construiría la casa de Dios, y Él le levantaría una descendencia continuada, para establecer su reino eternamente. Ese Rey eterno será ἐγὼ ἔσομαι αὐτῷ εἰς Πατέρα, καὶ αὐτὸς ἔσται μοι εἰς Υἱόν *“mi Hijo y yo le seré por Padre”*. Los profetas anunciaron ese advenimiento, profetizando que sería el Señor de Israel (Mi. 5:2); que sería el Hijo dado, Príncipe de cuatro nombres (Is. 9:6); Señor y Maestro de las naciones (Is. 55:4); quien tendría todo el derecho (Ez. 21:27). Cuando se considera la promesa hecha a David sobre un reino eterno, se corre el riesgo de entender *eternidad* como sinónimo de *larguísima duración*, cuando es necesario entenderlo aquí en sentido propio de eternidad divina, esto es, de absoluta *atemporalidad*, a lo que hace referencia el salmista: *“Yo también le pondré por primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra. Para siempre te conservaré mi misericordia, y mi pacto será firme con Él. Pondré su descendencia para siempre y su trono como los días de los*

[40] Miguel Nicolau. o.c., pág. 21s.

cielos” (Sal. 89:27-29). El Mesías reinará sobre el reino *eternamente*, en sentido absoluto, por cuanto añade que su reino no tendrá fin (Lc. 1:32-33).

En ambas citas, la interpretación que se les de no excluye la realidad de la filiación divina de Jesús en relación con el Padre, que desde la eternidad se proyecta a la temporalidad por la encarnación, y se proclama continuada por medio de la resurrección y entronización. La cita tiene una gran importancia también para quienes dudaban de si Cristo era o no el Mesías, condicionados por la idea de un reino glorioso que no se había establecido aún (Lc. 24:21; Hch. 1:6). La pregunta retórica formulada exige, por tanto, una respuesta negativa: jamás Dios dijo a ninguno de los santos ángeles que era su Hijo, sino solo a Jesús, el Hijo unigénito, por tanto su superioridad se manifiesta sobre todos los ángeles.

6. Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice:
Adórenle todos los ángeles de Dios.

ὅταν δὲ πάλιν εἰσαγάγῃ τὸν πρωτότοκον εἰς τὴν οἰκουμένην, λέγει·
Y cuando otra vez introduce al Primogénito en la tierra habitada dice:
καὶ προσκυνησάτωσαν αὐτῷ πάντες ἄγγελοι Θεοῦ.
Y adoren Le todos ángeles de Dios.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad aporta una nueva referencia bíblica, introducida con ὅταν, conjunción temporal, *cuando*, *siempre que, tantas veces como*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; πάλιν, adverbio *otra vez, además, de nuevo*; εἰσαγάγῃ, tercera persona de singular del aoristo segundo de subjuntivo en voz activa del verbo εἰσάγω, *hacer entrar, llevar, traer*, aquí como *hizo entrar, introdujo*, τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; πρωτότοκον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *primogénito*; εἰς, preposición de acusativo *en*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; οἰκουμένην, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *tierra habitada*, de ahí la traducción *mundo*; λέγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *decir*, aquí como *dice*. Sigue luego la cláusula que contiene la referencia al pasaje bíblico con καὶ, conjunción copulativa *y*; προσκυνησάτωσαν, tercera persona plural del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo προσὑνέω, que se traduce mayoritariamente para *adorar*, aquí como *adoren*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal *le*; πάντες, caso nominativo masculino plural, por concordancia, del adjetivo *todos*; ἄγγελοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo *ángeles*, que debe complementarse con el artículo determinado implícito *los*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Dios.*

῞Οταν δὲ πάλιν εἰσαγάγῃ τὸν πρωτότοκον εἰς τὴν οἰκουμένην Otro fundamento bíblico en relación con un momento histórico en la vida del Hijo, en el plano de su humanidad. El texto tiene cierta dificultad en relación con la vinculación de la expresión *otra vez*. Podría unirse al verbo *introducir*, lo que equivaldría a *una segunda vez,* en cuyo caso habría de traducirse el texto de la siguiente manera: *"y cuando introduce otra vez al Primogénito en el mundo"*. La vinculación con el verbo exigiría que se tratase de otra introducción del Hijo de Dios en el mundo habitado. Para algunos intérpretes[41] es determinante para que se aplique al reino milenial de Cristo, se trataría pues de una referencia a la parusía del Señor, es decir, la entrada en el mundo del Primogénito, no por la encarnación o resurrección, sino cuando el Mesías-Primogénito sea puesto en posesión de su herencia en las naciones. Sin embargo, nada se dice sobre que el Padre *introduzca* a su Hijo en el mundo en su segunda venida, puesto que no es introducido, sino que viene Él mismo, lo que supondría forzar la interpretación. Pero, y es lo más probable, es mejor dejarla aislada del verbo entendiendo que se trata de una segunda referencia bíblica, como ya usó en el versículo anterior cuando, después de la primera referencia y antes de introducir la segunda dice *"y otra vez"*.

El que es introducido es, sin duda, el mismo sujeto central de todo el párrafo, que es el Hijo, en este caso encarnado, que aquí se le da el título de *Primogénito*. Este término tiene que ver con el *Hijo predilecto y preferido*, conforme al sentido de la expresión en el pensamiento semita. Es el título que en tres pasajes le atribuye el apóstol Pablo, el primero en relación con la conformación de sus hermanos: *"Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos"* (Ro. 8:29); la segunda está en relación con la causa y razón de la creación: *"El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación"* (Col. 1:15); la tercera relacionada con la resurrección del Señor, de entre los muertos: *"Y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, Él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia"* (Col. 1:18). Ya que el pasaje está relacionado con la presentación del Mesías como superior a los ángeles y hay citas relativas a su resurrección de entre los muertos, debiera tratarse aquí del mismo uso del título *Primogénito*, primero de entre los muertos. El título también puede aplicarse en el sentido de que su existencia es antes de toda creación y de toda ella Él es heredero, que también se consideró antes. No cabe duda que el título tiene que ver con la manifestación del Mesías, como dice el Salmo: *"Yo también le pondré por primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra"* (Sal. 89:27).

---

[41] Entre otros, Cayetano, Westscott, Padovani.

El Primogénito es introducido en el *mundo*, literalmente εἰς τὴν οἰκουμένην *en la tierra habitada*. En este sentido solo puede aplicarse a dos eventos relacionados con Jesucristo: Uno sería la encarnación y nacimiento en Belén; otro, la resurrección de entre los muertos. Solo en ambos casos es *introducido* por el Padre. En relación con el nacimiento, cuando se alcanzó el tiempo establecido por Dios, envió a su Hijo al mundo para que naciera de mujer y llevase a cabo la obra redentora, que permitiese la adopción como hijos de todos los creyentes (Gá. 4:4). Esto concuerda plenamente con una referencia posterior en la Epístola (He. 10:5). De la misma manera en relación con la resurrección, el Hijo, que murió y fue sepultado, es *introducido* otra vez en el mundo por el Padre que le levantó de entre los muertos (Ro. 1:4).

Las líneas interpretativas de esta parte del texto son dos. Una de ellas considera que el Primogénito es introducido una segunda vez en el mundo de los hombres, para reinar, por tanto, lo será en la segunda venida o parusía. Esta *introducción*, sería para establecer el reino literal del Mesías sobre la tierra, en su segunda venida. En ese sentido, el Mesías, Hijo-Rey-Primogénito, recibe del Padre la herencia de las naciones, como había sido profetizado antes (Sal. 2:8). Esta posición interpretativa tiene cierto apoyo en la Epístola, ya que el mundo venidero no estará sujeto a los ángeles sino a Jesucristo (He. 2:2). Una segunda interpretación entiende que el Primogénito es introducido en la Majestad, para sentarse a la diestra de Dios. Tiene también el apoyo del entorno textual de la Epístola, en referencia al Antiguo Testamento que aparece un poco más adelante (He. 1:13). La dificultad aquí está en relacionar esto con el término *mundo* o *tierra habitada*, que requeriría una extensión universal, que incluyese las regiones celestiales. Esta interpretación resultaría bastante forzada y debe ser excluida. Por tanto, la más acorde con el entorno textual es que el Primogénito es introducido en la tierra habitada por medio de la resurrección de entre los muertos, que guarda, además, el hilo del argumento.

Debemos llegar a una conclusión interpretativa. El escritor no tiene la intención de definir a *donde es introducido*, sino el hecho de haber sido introducido como Primogénito, Hijo de Dios. En ese sentido, si se desea vincular el adverbio *otra vez*, con el verbo, como una segunda introducción, como si se desliga del verbo como una segunda referencia, es igual para la interpretación, si se aplica a la resurrección de entre los muertos. Por la muerte había sido *"cortado de la tierra de los vivientes"* (Is. 53:8). Las gentes que lo vieron en la limitación de su humanidad y en la humillación de su muerte, solo advirtieron en Él la falta de atractivo para considerarlo como el Rey predestinado. Los mismos que lo acusaron y llevaron a la Cruz, entendían que no podía ser el Mesías, el Hijo de Dios. Sin embargo, por la resurrección es *introducido* una vez más en el mundo de los vivientes, proclamándolo Dios como *Primogénito*, en una confirmación de los testimonios anteriores sobre

que Jesucristo era su Hijo amado, en quien se complacía, el Hijo de su eterno afecto (Mt. 3:17; 17:5). En el segundo testimonio, el de la transfiguración, se estaba cumpliendo la promesa del Señor de hacer ver a algunos de los suyos la venida del reino de Dios con poder, mostrándoles sobre el monte de la transfiguración la gloria de su Majestad y la presencia tanto de creyentes de la antigua como de la nueva dispensación, lo que constituían una manifestación visible del reino de Dios escatológico, todo lo cual concuerda con el entorno textual que el escritor de la Epístola quiere dar a la argumentación bíblica para presentar al Hijo como superior a los ángeles. Dios, por la resurrección, presenta al Señor como Mesías-Hijo, concordando con la argumentación general.

Καὶ προσκυνησάτωσαν αὐτῷ πάντες ἄγγελοι Θεοῦ. Por esa razón apela a una nueva cita del Antiguo Testamento, en este caso, sustentada en dos textos: el primero correspondiente a los Salmos, en donde el salmista dice: *"Póstrense delante de Él todos los dioses"* (Sal. 97:7), que en la lectura de la LXX, dice: *"Adórenle todos los ángeles"*. La segunda cita, o tal vez la que estaba en la mente del escritor, está tomada de la Ley, que en la LXX se lee: *Cielos, exaltad con Él y adórenle los hijos de Dios*[42]. En ambas citas, el sujeto de la adoración es Jehová. Las citas pueden aplicarse plenamente a Cristo, como hace el escritor. La introducción del Primogénito en la tierra, exige que los ángeles adoren a Jesús, el hombre, porque su humanidad unida hipostáticamente al Verbo, requiere todo aquello que corresponde a Dios. Los tres títulos que se dan a Jesús en el Nuevo Testamento: *Cristo, Señor, Hijo de Dios*, explican la filiación como procedencia eterna del Padre, es decir, de su esencia y no de su voluntad. Por ello Jesús comparte la misma vida y potestad del Padre, siendo, como dice Nicea, *Dios de Dios*, esto es, Dios como es Dios. La verdad de Dios es la verdad del Hijo, por tanto, la verdad de Jesús y le es común, tanto al Padre como al Hijo la Deidad. Es, volviendo a Nicea, Dios verdadero de Dios verdadero. No es un hombre como otros hombres que Dios resucita para ser intermediario entre Él y el mundo de los hombres, entre Su trascendencia y la limitación, sino el Mediador único y real, porque siendo Dios es también hombre perfecto unida indisolublemente a la Deidad en unión hipostática. Quien es sólo intermediario va en una sola dirección, pero, quien es Mediador va en ambas, de Dios al hombre y del hombre a Dios. El que es Mediador comunica la vida a las criaturas y la vida eterna a los creyentes, por cuanto es consustancial con el Padre, tomando carne para poder asumir nuestras culpas y expiar nuestro pecado. Siendo Dios, tiene y debe ser adorado, no sólo por los hombres, sino también por los ángeles. Incluso para quienes piensan que la *introducción del Primogénito*, tiene que ver con la entronización de Jesucristo, resucitado y glorificado, entienden que Dios ordena a sus ángeles adoración al

---

[42] Εὐφράνθητε, οὐρανοί, ἅμα αὐτῷ, και προσ́υνησάτωσαν υἱοὶ Θεοῦ

hombre revestido de inmortalidad que se sienta a la diestra de la Majestad. En razón de la resurrección, Jesús recibió el nombre supremo ante el que se dobla toda rodilla, tanto en la tierra como en los cielos (Fil. 2:9-11). La adoración angélica evidencia la *superioridad* del Hijo sobre todos los ángeles.

7. Ciertamente de los ángeles dice:
El que hace a sus ángeles espíritus
Y a sus ministros llama de fuego.

καὶ πρὸς μὲν τοὺς ἀγγέλους λέγει·
Y ciertamente con relación a los ángeles dice.
ὁ ποιῶν τοὺς ἀγγέλους αὐτοῦ πνεύματα
El que hace los ángeles de Él espíritus
καὶ τοὺς λειτουργοὺς αὐτοῦ πυρὸς φλόγα,
y los ministros de Él de fuego llama.

Notas y análisis del texto griego.

Continuando con el argumento y a modo de introducción de la siguiente cita bíblica, remarca la verdad anterior mediante una construcción cuidadosamente equilibrada que comienza con καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de πρὸς, preposición de acusativo, *con relación a*, que en español debería situarse luego de la siguiente palabra; μὲν, partícula afirmativa que se coloca siempre inmediatamente después de la palabra expresiva de una idea que se ha de reforzar o poner en relación con otra idea y que, en sentido absoluto tiene oficio de adverbio de afirmación, como *ciertamente, a la verdad*; de ahí que la estructura de la expresión en español sea *y ciertamente con relación a*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἀγγέλους, caso acusativo masculino plural del sustantivo *ángeles*; λέγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir,* aquí como *dice.* La segunda parte del versículo registra el texto bíblico con ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ποιῶν, caso nominativo masculino singular con el participio de presente en voz activa del verbo ποιέω, *hacer, realizar, producir,* aquí como *que hace*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἀγγέλους, caso acusativo masculino plural del sustantivo *ángeles*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; πνεύματα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *espíritus*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; λειτουργοὺς, caso acusativo masculino plural del sustantivo que denota *siervos, ministros,* especialmente utilizado en el N. T. para servicio cultual; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; πυρὸς, caso genitivo neutro singular del sustantivo declinado *de fuego*; φλόγα, caso acusativo femenino singular del sustantivo *llama.*

Καὶ πρὸς μὲν τοὺς ἀγγέλους λέγει. Antes había comenzado a dar testimonio sobre el Hijo, ahora lo interrumpe para darlo de los ángeles. La construcción gramatical de la cláusula introductoria es muy enfática al utilizar

μὲν, la partícula reforzante afirmativa, que se traduce como *ciertamente, a la verdad*, afirmando plenamente lo que va a decir sobre los ángeles. El testimonio se basa en la Escritura a la que apela, por tanto, no es testimonio del autor o de los maestros que le enseñaron la doctrina sobre los ángeles, sino de Dios mismo en su Palabra, como se aprecia por ser el mismo sujeto que en el versículo anterior. Las palabras son tomadas de un Salmo (104:4) y aunque son del salmista, por estar recogidas en un texto de la Palabra inspirada, son de Dios mismo.

῾Ο ποιῶν τοὺς ἀγγέλους αὐτοῦ πνεύματα καὶ τοὺς λειτουργοὺς αὐτοῦ πυρὸς φλόγα La cita está tomada de la forma en que aparece en la LXX. En el texto hebreo se lee: *"El que hace a los vientos sus mensajeros, y a las flamas de fuego sus ministros"*. ¿Qué sentido debe dársele aquí a las palabras, *vientos y mensajeros*? El énfasis en la LXX es, tal vez, un tanto diferente del que se aprecia en el texto hebreo. El éste, los elementos naturales, el viento y el fuego, son instrumentos en la mano del Creador para cumplir sus mandatos. Sin duda este es el sentido primario del texto, pero el escritor de la Epístola lo utiliza para referirse a los ángeles, que son mensajeros de Dios y que le sirven con toda la intensidad que requieren sus mandatos. Así dice F. F. Bruce: *"Aquí, sin embargo, el significado es diferente. Puede ser que los ángeles sean retratados como los ejecutores de los mandatos divinos con la rapidez del viento y la fuerza del fuego"*[43]. Ambos textos, tanto en la cita hebrea, como en la que utiliza el escritor de la Epístola, son fieles y Palabra de Dios, por cuanto ambos están en escritos inspirados de la Escritura. Aunque Dios utiliza las fuerzas naturales y las pone a su servicio en múltiples ocasiones y en diferentes circunstancias, no es menos cierto que los ángeles son seres que le sirven. La comparación es natural en el contexto inmediato, en donde se está demostrando la superioridad del Hijo sobre los ángeles. Él es el Creador, estos tan sólo sus ministros. Es necesario apreciar que en el versículo se dice que Dios es el que *los hace*, luego, todo cuanto tiene que ver con los ángeles y su servicio, no procede de ellos, sino que es establecida por Dios. Luego, si Jesucristo es Dios, los ángeles le obedecen como expresión de reconocimiento y sometimiento a Él, que es su Creador.

La celeridad y velocidad del viento, es un excelente elemento comparativo con la presteza de las actuaciones de los ángeles al servicio de Dios. Por otro lado, el fuego es un elemento de gran potencialidad, al que no se resiste nada en la medida de su intensidad. De este mismo modo, la ejecución de los mandatos de Dios se lleva a cabo por los ángeles con la potencialidad requerida para ejecutarlos. Cabe destacar también que la palabra traducida como

---

[43] F. F. Bruce. o.c., pág. 18.

ministros[44], expresa, en muchos lugares del Nuevo Testamento, un servicio cultual a Dios. De este modo, el servicio de los ángeles, no solo conlleva la obediencia, sino también la adoración. Le adoran obedeciéndole, o, si se prefiere mejor, le obedecen en un acto de adoración.

8. Mas del Hijo dice:
Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo:
Cetro de equidad es el cetro de tu reino.

πρὸς δὲ τὸν Υἱόν·
Pero, con relación al Hijo:
ὁ θρόνος σου ὁ Θεὸς εἰς τὸν αἰῶνα τοῦ αἰῶνος,
El trono de ti el Dios para los siglos de los siglos
καὶ ἡ ῥάβδος τῆς εὐθύτητος ῥάβδος τῆς βασιλείας σου[1].
y la vara de la rectitud vara de la realeza de ti.

Notas y análisis del texto griego.

[1] Crítica textual. Variante de lectura referido al último pronombre personal, σου, *de ti*, atestiguado en A, D, K, P, Ψ, 012b, 33, 81, 88, 104, 181, 326, 330, 436, 451, 614, 629, 630, 1241, 1739, 1877, 1881, 1962, 1984, 1985, 2127, 2492, 2495, it[ar, c, d, dem, div, e, f, t, v, x, z], vg, syr[p, h], cop[sa, bo, fay], arm, Crisóstomo, Cirilo, Eulalio. Αὐτοῦ, *de Él*, en p[46], א, B. Se omite por completo en cualquiera de las dos formas en syr[pal.]

El versículo se introduce mediante una construcción que comienza con πρὸς, preposición de acusativo con amplio significado, *por, hacia, a, con, con el fin de, con relación a*, esta última acepción la que corresponde aquí; seguido de δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, por otra parte, ahora bien,* como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; τὸν, acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; la traducción puede ser: *y con relación al,* o también*, con relación ciertamente al*; Υἱόν, caso acusativo masculino singular, del sustantivo que denota *hijo*, aquí, por el contexto nombre propio de la segunda Persona Divina. La cláusula que establece lo que se dice sobre el Hijo, sigue con ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; θρόνος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *trono*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal declinado *de ti*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se utiliza en español por preceder y estar vinculado a nombre propio; Θεὸς, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Dios*; εἰς, preposición de acusativo *hacia, para, dentro de, en relación con*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *los*; αἰῶνα, caso acusativo masculino singular del sustantivo *siglos*; τοῦ, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; αἰῶνος, caso genitivo masculino singular del sustantivo *siglos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; ῥάβδος, caso nominativo femenino singular del

[44] Griego λειτουργοὺς.

sustantivo *vara*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; εὐθύτητος, caso genitivo femenino singular del sustantivo *justicia*; ῥάβδος, caso nominativo femenino singular del sustantivo *vara*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la,* masculino en castellano al referirse a reino; βασιλείας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *reino*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal declinado *de ti*.

Πρὸς δὲ τὸν Υἱόν. El versículo se introduce con una expresión que marca contraste con la introducción del texto bíblico del Antiguo Testamento del versículo anterior, y el de este. En el anterior el *"y de los ángeles"*, y en este *"mas del Hijo"*, están construidas, en el texto griego con dos adversativas diferentes. La del versículo anterior prepara la introducción de una cita sobre los ángeles, de los que viene hablando, mientras que en este, establece un contraste marcado entre ellos y el Hijo. La cita está tomada de uno de los Salmos mesiánicos, esto es, aquellos que tienen relación profética con el Mesías, en este caso es una canción de bodas, un *epitalamio*, dirigido a un rey de Israel, pero con proyección al Rey de reyes, el Mesías, del que viene hablando el escritor de la Epístola, como Hijo de Dios. ὁ θρόνος σου ὁ Θεὸς εἰς τὸν αἰῶνα τοῦ αἰῶνος; en el Salmo se lee: *"Tu trono, oh Dios, es eterno y para siempre"* (Sal. 45:6). Una expresión semejante sólo puede convenir al Mesías, pero en ningún modo se puede aplicar a alguno de los descendientes de David, de ahí que los traductores de la LXX hayan considerado la expresión como vocativo *oh Dios*, aunque el versículo del Salmo tenga que ver directamente con Dios, que más adelante se presenta como quien unge al Mesías (Sal. 45:7). Con todo, en el Salmo la figura de la Esposa y del Rey, son excepcionalmente grandes para adecuarse a ningún canto nupcial propio de la tierra, aunque se trate de un rey, lo que exige una identificación como profecía mesiánica. De ese modo debe usarse la traducción del nominativo *el Dios,* como vocativo *oh Dios*. De manera que a este Rey, cuyo trono es eterno, se le llama aquí *Dios*, en vocativo, con lo que se le está atribuyendo al Hijo, de quien es el trono, dignidad divina. ¿Puede considerarse esto como una hipérbole del lenguaje? No, más bien debe planearse determinar si en la traducción griega ha de tomarse *Dios* como vocativo. Para algunos ha sido una acomodación del texto griego. En tal caso exigiría complementarlo con el verbo ser, de este modo:*"Tu trono **es** Dios, eternamente y para siempre"*. Pero la expresión vendría a ser todavía más ambigua, dando origen a la idea de que el trono del rey es eterno porque es divino, tal como traduce RSV: *"Tu trono divino es eterno y para siempre"*, ya que si no es un vocativo entonces se refiere a Dios y no al rey.

Escribe el profesor Bruce:

"La quinta cita, del Sal. 45:6s., está ubicada en contraste con la cuarta. El Sal. 45 celebra una boda real; el poeta se dirige primero al novio y después

a la novia. Las palabras citadas aquí forman parte de su discurso al novio. No podemos estar seguros si el novio fue un rey del norte o del sur, pero parece más probable que fuera un príncipe de la casa de David. Que se dirijan a él como Dios ha parecido demasiado difícil a muchos comentaristas que buscan evadirlo o justificarlo. La alternativa marginal tu trono divino es eterno y para siempre' más puede decirse aun para apoyar la traducción de la Septuaginta que nuestro autor reproduce aquí. Más aun, nuestro autor puede haber entendido muy bien 'Dios' en el vocativo, dos veces en esta cita; la última cláusula podría haber sido fácilmente entendida: 'Por lo cual, oh Dios, te ungió Dios con óleo de alegría más que a tus compañeros' Este no es el único lugar del Antiguo Testamento donde se le habla a un rey, especialmente de la línea davídica, en un lenguaje que sólo podría ser descrito como característico del estilo cortesano oriental si sólo se interpretara referido al individuo a quien se dirige. Pero para los poetas y profetas hebreos un príncipe de la casa de David era el vicerregente del Dios de Israel; pertenecía a una dinastía a la cual Dios le había hecho promesas especiales relacionadas con el cumplimiento de su propósito en el mundo. Además, lo que sólo era parcialmente cierto acerca de cualquiera de los reyes históricos de la línea de David, y hasta del mismo David, se vería realizado en plenitud cuando aquel hijo de David apareciera; en él todas las promesas e ideales asociados con esa dinastía, tomarían cuerpo. Y ahora, por fin, el Mesías había aparecido. En un sentido más completo de lo que era posible para David o cualquiera de sus sucesores de los tiempos antiguos, a este Mesías se le podía hablar, no meramente como el Hijo de Dios (v. 5), sino verdaderamente como Dios, porque Él era a la vez el Mesías de la línea de David y también el resplandor de la gloria de Dios, y la imagen misma de su sustancia"[45].

El pensamiento del escritor, que escribe bajo la conducción divina, determina la interpretación que exige considerar *Dios* como vocativo, designando al Mesías como Dios. Sigue aquí la misma forma usada por Juan para describir la expresión de Tomás ante la presencia del Resucitado (Jn. 20:28). A este Rey, se le llama Dios. No hace con ello ninguna violencia al texto hebreo del Antiguo Testamento por cuanto es uno de los títulos proféticos para el Mesías (Is. 9:6). La Deidad se enfatiza desde la perspectiva de la eternidad, ya que el trono en que se sienta en un trono eterno.

Καὶ ἡ ῥάβδος τῆς εὐθύτητος ῥάβδος τῆς βασιλείας σου. La segunda parte del testimonio sobre la condición divina del Mesías se expresa con las palabras del Salmo: *"Cetro de equidad es el cetro de tu reino"*. La autoridad se establece en equidad. Tiene que ver esto con un reinado de perfecta justicia. Corresponde también al título mesiánico anunciado para el Rey:

---

[45] F. F. Bruce. o.c., pág. 20.

"Jehová justicia nuestra" (Jer. 33:16). La justicia será, no sólo prerrogativa, sino señal distintiva en el reino del Mesías (Is. 11:5). El derecho y la justicia serán dos de los grandes valores en el futuro reino de Dios (Is. 9:7; 32:1). En cualquier caso el versículo, al incorporar una referencia semejante, en la cual se proclama la condición divina del sujeto del que se habla, expresa claramente la Deidad del Hijo, quien es superior en todo a los ángeles, por cuanto es Dios.

9. Has amado la justicia, y aborrecido la maldad,
por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo,
con óleo de alegría más que a tus compañeros.

ἠγάπησας δικαιοσύνην καὶ ἐμίσησας ἀνομίαν·
Amaste justicia y odiaste iniquidad
διὰ τοῦτο ἔχρισεν σε ὁ Θεὸς
por esto ungió te el Dios
ὁ Θεός σου
el Dios de Ti
ἔλαιον ἀγαλλιάσεως παρὰ τοὺς μετόχους σου.
óleo de alegría más que a los compañeros de ti.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo la referencia textual del A. T., continúa con ἠγάπησας, segunda persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀγαπάω, *amar*, aquí como *amaste*, o *has amado*; δικαιοσύνην, caso acusativo femenino singular del sustantivo *justicia*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐμίσησας, segunda persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo, μισέω, *odiar, aborrecer*, aquí como *odiaste, aborreciste*; ἀνομίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *marginalidad legal,* literalmente *sin ley*, *iniquidad, maldad, rebelión*; διὰ, preposición de acusativo *por, por causa de, por amor a*; τοῦτο, caso acusativo neutro singular del pronombre demostrativo *esto*; ἔχρισεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo χρίω, *ungir, consagrar*; σε, caso acusativo singular del pronombre personal *te*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεὸς, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Dios*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεός, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Dios*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal declinado *de ti*; ἔλαιον, caso acusativo neutro singular del sustantivo de declinado que denota *con aceite, óleo*; ἀγαλλιάσεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de alegría*; παρὰ, preposición de acusativo *junto, al lado de, en comparación con, más que, a causa de*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado declinado *a los*; μετόχους, caso acusativo masculino plural del sustantivo que denota, *compañero, partícipe, solidario*; σου, caso genitivo singular de la segunda persona del pronombre personal declinado *de ti.*

᾿Ηγάπησας δικαιοσύνην καὶ ἐμίσησας ἀνομίαν. La referencia bíblica está tomada del Salmo anterior (45:6-7), que usa para destacar perfecciones del Hijo, como en este caso es el amor por la justicia. El Mesías siente odio, en sentido de repulsión, aborrecimiento del pecado. Debe tenerse en cuenta la condición impecable de Jesucristo como Dios, que se sustenta en esta misma Epístola (He. 4:15). La razón del amor por la justicia y la repulsión del pecado lleva al Mesías, el Hijo de Dios, a dar su vida para limpiar el pecado de los pecadores creyentes (He. 2:9). Este amor por la justicia y aborrecimiento del pecado son la razón de la rectitud y de la justicia del reino de Dios, a la que el escritor hizo referencia en el versículo anterior.

Διὰ τοῦτο ἔχρισεν σε ὁ Θεὸς. Esa es la razón por la cual Dios lo ha *ungido*. De nuevo el escritor, al usar el texto del Salmo desde la LXX, vuelve a llamarle Dios, puesto que la construcción debe tomarse una vez más en la primera referencia a Dios, como un vocativo articular, en sentido de *"oh Dios"*, por tanto, lo que el texto está diciendo es: διὰ τοῦτο ἔχρισεν σε ὁ Θεὸς ὁ Θεός σου *"Por tanto, oh Dios, te ha ungido el Dios tuyo"*. El propio titulo *Cristo*, significa *Ungido*, de ahí el énfasis marcado en las referencias escogidas del Antiguo Testamento que son aplicadas a Jesucristo. Cristo es el ungido de Dios, profetizado (Is. 61:1). El Señor se aplicó a Sí mismo la profecía de Isaías, dándola como cumplida plenamente en Él (Lc. 4:18).

¿Cuándo tuvo lugar el ungimiento del Hijo? La primera unción capacitadora para el oficio mesiánico de Jesucristo procede de la Deidad vinculada a su humanidad en la unión hipostática, desde la encarnación. Esta unidad de la naturaleza humana en la Persona Divina, confiere a Jesús de Nazaret, el enviado como Mesías, la condición que eternamente tiene como Dios en el seno de la Santísima Trinidad. De modo que el Mesías es Dios, como también el apóstol Pablo enseña: *"De quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén"* (Ro. 9:5). Un segundo aspecto de la unción para el inicio para la presentación oficial de Jesús de Nazaret, como el Cristo de Dios, el Mesías, se produce en el bautismo, con que se inicia el ministerio mesiánico entre los hombres (Hch. 10:38). El ungimiento de Cristo, en el plano de su humanidad, como Jesús de Nazaret, es expresado por Él mismo en la sinagoga de la ciudad que fue su residencia (Lc. 4:18). La verdad del ungimiento del Señor, era ya un asunto de fe en la iglesia de los tiempos apostólicos, como se aprecia en la oración comunitaria de los creyentes ante la persecución que se avecinaba: *"Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste…"* (Hch. 4:27). Más adelante es el apóstol Pedro quien dice: *"…Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret…"* (Hch. 10:38). En tal sentido, las señales mesiánicas relativas a quien actuaría en el poder del Espíritu, se cumplen en Cristo, de

modo que los mismos maestros de Israel, como es el caso de Nicodemo, reconocen que es el enviado de Dios, a causa de esas señales que hace y que corresponden a las manifestaciones profetizadas para el Mesías (Jn. 3:2). En el poder del Espíritu haría las señales mesiánicas y manifestaría su control sobre los demonios, en su misión liberadora ya profetizada antes (Mt. 12:28). El ungimiento de Jesús de Nazaret sirvió para destacarlo y manifestarlo ante todos como el Mesías (Hch. 4:27). El acto de ungir a Jesús le capacita para el ministerio anunciado que llevaría a cabo el Mesías en su amplia diversidad libradora (Lc. 4:18). La evidencia de que Jesús era el Ungido de Dios, queda manifiesta *"en que anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con Él"* (Hch. 10:28).

Evidentemente el escritor de la Epístola introduce aquí un aspecto trinitario. Por un lado las referencias continuas a la primera Persona Divina, el Padre; luego las otras muchas referidas al Hijo; en este momento introduce también la unción del Mesías, que se lleva a cabo por el Espíritu Santo. La relación de Jesús con el Espíritu es una de las enseñanzas más extensas dentro de la Cristología. El Señor estaba *lleno* del Espíritu como los Evangelios enseñan (Lc. 4:1; Jn. 3:34); esta unción y plenitud cumplían las profecías sobre el Mesías (Is. 11:2; 42:1). Jesús estaba *sellado* con el Espíritu, ya que *"a este selló el Padre"*, como se lee en el texto griego, no tanto *señalado*, como en RV, sino *sellado* (Jn. 6:27); sello es la marca de origen celestial y la prueba de su condición de Hijo de Dios. El Señor fue *conducido* por el Espíritu; por eso, en su humanidad actuó bajo el control de Espíritu para que también sirviese como modelo a los creyentes, de ahí que se enseñe que el fue conducido o llevado por el Espíritu (Lc. 4:1). Cristo se regocijó en el Espíritu, ante la evidencia del poder ejercido por los discípulos en su nombre, como un regocijo interior producido por la acción del Espíritu *Santo*, como se lee en algunos mss seguros. El poder del Espíritu Santo actuó en Cristo para llevar a cabo los milagros en su ministerio, como Él mismo enseña (Mt. 12:28; Lc. 4:14-15, 18). Sin embargo, en este último aspecto es importante determinar si todos los milagros los hizo por el poder del Espíritu, lo que convertiría a Jesús en un mero instrumento al servicio de Dios. Dicho de otro modo: ¿Dependía Cristo del poder del Espíritu para realizar sus milagros durante su ministerio terrenal? Es evidente que muchos milagros los hizo por Su propio y divino poder, como el caso de la hemorroisa, en cuya ocasión afirma que salió poder de Él (Mr. 5:30); la sanidad del paralítico que se atribuye al poder del Señor (Lc. 5:17); la curación de la multitud después de la elección de los discípulos fue el resultado de su propio poder divino (Lc. 6:19); sanidades de leprosos se produjeron porque Él lo quiso (Mt. 8:2, 3); milagros sobre la naturaleza obedecen al resultado de su propia autoridad divina (Mr. 4:39). Sin embargo, Jesús es también ejemplo y modelo para que el cristiano se conforme a Él, y en ese sentido, el poder para la vida cristiana, que procede de Cristo mismo (Ef. 4:13), es comunicado por el Espíritu

Santo. La plena deidad de Cristo es evidenciada por el milagro producto al pronunciar su nombre divino (Jn. 18:6). Es evidente que hay declaraciones que manifiestan que ciertos milagros, especialmente los que tenían que ver con señales mesiánicas, fueron hechos por el poder del Espíritu y otros muchos por su propio poder personal. La conclusión esencial es que Cristo, a diferencia de cuantos hombres obraron milagros como instrumentos en manos de Dios, no se veía obligado a hacer los milagros en el poder del Espíritu, como condición *sine qua non* para llevarlos a cabo, pero, en algunos casos los hizo y en otros se valió claramente de Su propio poder divino, en el uso de sus atributos incomunicables como Dios que es.

El modo de la unción se describe como con ἔλαιον ἀγαλλιάσεως *"óleo de alegría"*. El gozo en la humanidad del Mesías es producido por la plenitud del Espíritu en Él. *"Óleo de gozo"* es la consecuencia de la manifestación del Espíritu (Gá. 5:22). El gozo fue experimentado en toda su vida, incluso en los momentos de la angustia (He. 12:2). Pero, en el texto se hace alusión a una alegría o a un intenso gozo mayor que el de παρὰ τοὺς μετόχους σου *"tus compañeros"*. ¿Quiénes son estos *compañeros*? ¿Tiene algún significado esto o es simplemente una parte de la cita que el escritor de la Epístola introdujo aquí para servirse sólo de la primera parte de ella? Esto resulta sumamente improbable y debe desecharse. ¿Son sus *pares* o sus *acompañantes?* Indudablemente lo primero es imposible porque sólo Él es así, como Hijo de Dios y Unigénito del Padre. La referencia tiene que ver con aquellos que participan con Él en la filiación y naturaleza divinas (2 P. 1:14). Indudablemente la filiación de estos es por *adopción* (Gá. 4:4-5), mientras que la de Él es divina natural, eterna sin origen ni término. No hay duda tampoco que la *naturaleza divina*, a Jesucristo le es propia, mientras que los otros *compañeros* suyos la tienen por comunión en Él. Pero, con todo, cabe bien la relación con los creyentes que son llamados en la misma Epístola los *"muchos hijos"* (He. 2:11), que son llevados a la gloria en el Hijo. A estos no se avergüenza el Primogénito de llamarles *hermanos* (He. 2:11). Es estos se les denomina también en la Epístolas *participantes*[46] (He. 3:14). Aunque participantes también del Espíritu, no viven permanentemente en la plenitud que produce el gozo exultante de Su presencia y acción. El gozo de *sus compañeros*, es grande, en razón del mismo compañerismo con Él, que hace que Su gozo esté en ellos y sea un gozo perfecto (Jn. 15:11), pero el de Él es mayor aún.

10. Y:

Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra,
Y los cielos son obra de tus manos.

---

[46] Griego, μετοχοι.

καί·
Y
σὺ κατ᾽ ἀρχάς, Κύριε, τὴν γῆν
Tú en principio oh Señor la tierra
ἐθεμελίωσας,
cimentaste
καὶ ἔργα τῶν χειρῶν σού εἰσιν οἱ
y obras de las manos de Ti son los
οὐρανοί·
cielos.

Notas y análisis del texto griego.

Continúan las citas bíblicas uniéndolas entre sí con καί, conjunción copulativa *y*; σὺ, caso nominativo singular de la segunda persona del pronombre personal *tú*; κατ', forma escrita de la preposición κατά, *en*, por elisión ante vocal con espíritu suave; ἀρχάς, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *comienzo, principio*; Κύριε, caso vocativo masculino singular del sustantivo declinado *oh señor,* que referido a Dios adquiere condición de nombre propio; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *tierra*; ἐθεμελίωσας, segunda persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo θεμελιόω, *fundar, fundamentar, establecer firmemente*, aquí como *fundaste, cimentaste*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔργα, caso nominativo neutro plural del sustantivo *obra, acción, efecto, trabajo, actividad*; τῶν, caso genitivo femenino plural del artículo determinado declinado *de las*; χειρῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo *manos*; σού, caso genitivo singular del pronombre personal declinado *de ti*; εἰσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *son*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; οὐρανοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *cielos*.

Σὺ κατ᾽ ἀρχάς, Κύριε, τὴν γῆν ἐθεμελίωσας, καὶ ἔργα τῶν χειρῶν σού εἰσιν οἱ οὐρανοι. A las referencias bíblicas anteriores añade una nueva, enlazándolas entre sí mediante el uso de la conjunción *y* como elemento vinculante, para hacer un todo con las referencias seleccionadas. Aporta aquí una nueva base bíblica al contraste entre Cristo y los ángeles, para manifestar la superioridad de Él sobre ellos. Esta cita se corresponde también a los Salmos, en la versión LXX (Sal. 102:25-27). La cita sirve para reforzar e incrementar el contraste entre el Hijo y los ángeles. En el Salmo, el autor, cuya identidad no se conoce, ora a Dios desde una condición de aflicción y angustia. Sin duda alguna las citas que incorpora el autor de la Epístola están dirigidas a Dios, a quien trata como Creador de todas las cosas. Por esa misma razón las aplica al Hijo, ya que anteriormente lo presentó como el Creador de todas las cosas (He. 1:2). De esa misma manera se relaciona en otros escritos, como en la introducción del Evangelio según Juan, en donde el apóstol afirma que todo cuanto existe procede de la acción creadora del Verbo encarnado (Jn. 1:3), y es también el apóstol Pablo quien hace una afirmación semejante (Col. 1:16). El

Hijo, como Creador, ponía los fundamentos, los cimientos de la tierra, en una hermosa figura del lenguaje que expresa solidez y estabilidad para la creación. Los ángeles eran meros espectadores de la omnipotencia del Creador y le adoraban, prorrumpiendo en alabanzas por cada admirable y portentoso acto creador de Dios (Job 38:7). El universo entero es el resultado de un acto creador del Hijo de Dios.

Por otro lado, el título Κύριε, *Señor*, como en las ocasiones anteriores, en vocativo, puede y debe ser aplicado a Jesucristo, como es nombrado por todos los creyentes que bajo el impulso del Espíritu Santo le llaman de esa manera ya que *"nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo"* (1 Co. 12:3). El Hijo, como Creador y Señor es preexistente, como la cita bíblica enseña al decir que estaba κατ᾽ ἀρχάς, *"en el principio"* es decir, como origen de todas las cosas creadas. Cuando la creación venía a la existencia y cada una de las cosas creadas comenzaba, el Creador, el Hijo, ya era. Él Creador no tuvo principio, la creación sí. Los ángeles están incluidos en la creación de Dios, como sus criaturas, salidas de su mano y procedentes y sustentadas por la omnipotente Palabra suya (He. 1:3).

11. Ellos perecerán, más Tú permaneces;
y todos ellos se envejecerán como una vestidura.

αὐτοὶ ἀπολοῦνται, σὺ δὲ διαμένεις,
Ellos mismos perecerán mas Tú permaneces
καὶ πάντες ὡς ἱμάτιον παλαιωθήσονται,
y todos como vestido se envejecerán.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad el versículo sigue incorporando las citas del Salmo: αὐτοὶ, caso nominativo masculino plural del pronombre intensificado *ellos mismos*; ἀπολοῦνται, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz media del verbo ἀπόλλυμι, *hacer perecer, destruir,* aquí como *perecerán, serán destruidos*; σὺ, caso nominativo singular del pronombre personal *Tú*; δὲ, δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ, y que en español precede al pronombre, traduciendo: *mas tú*; διαμένεις, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo διαμένω, *permanecer, quedar, seguir igual*, aquí como *permaneces*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πάντες, caso nominativo masculino plural por concordancia, del adjetivo indefinido *todos*; ὡς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; ἱμάτιον, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *vestido*; παλαιωθήσονται, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz pasiva del verbo παλαιόω, en pasivo *hacerse viejo, envejecer*, aquí como *se envejecerán.*

Frente a la inmutabilidad del Creador está el declive y el fin de la creación: αὐτοὶ ἀπολοῦνται, *ellos mismos perecerán.* Referido al firmamento creado, *los cielos*, el Salmo afirma que tanto los cielos como la tierra tuvieron un comienzo, al venir a la existencia cuando no existían por la acción soberana y omnipotente del Creador y, de la misma manera, tendrán también un final, porque, usando la comparación de un vestido, *se hacen viejos*. La Biblia enseña el final de todas las cosas creadas para dar paso a una nueva creación de Dios. Está es la enseñanza del apóstol Pedro: *"Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán desechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas"* (2 P. 3:10).

Καὶ πάντες ὡς ἱμάτιον παλαιωθήσονται. Los cielos, en relación con el universo pleno, como un vestido es envuelto y desechado. De la misma manera que las prendas de vestir sufren alteración con el tiempo y deben ser destruidas porque se hacen inservibles, así también el universo que se envejece y debe ser disuelto para dar paso a una nueva creación. El mismo que los creó al principio los recreará de nuevo (2 P. 3:13; Ap. 21:1). Ese correr del tiempo no afecta al Hijo, que como Dios es eterno. La idea de preexistencia que se afirmó antes del Hijo como antecedente a toda la creación, puesto que sale de sus manos, se proyecta a la nueva creación superando el proceso de disolución de la actual. Debe entenderse claramente que el Hijo, en cuanto Dios, es eterno. Eternidad no tiene que ver con tiempo de proyección indefinida, sino con *atemporalidad*, es decir, ausencia absoluta de tiempo que afecta o mide su existencia. De ahí que la referencia al tiempo, relacionada con el Hijo se dice en presente: *Tú permaneces*. Dios siempre es el mismo porque no vive en el tiempo, sino en la eternidad que, por su atemporalidad es un presente sin principio ni fin.

12. Y como un vestido los envolverás,
y serán mudados;
Pero Tú eres el mismo,
Y tus años no acabarán.

καὶ ὡσεὶ περιβόλαιον ἑλίξεις αὐτούς,
Y como manto enrollarás los,
ὡς[1] ἱμάτιον καὶ ἀλλαγήσονται·
como vestido también serán cambiados
σὺ δὲ ὁ αὐτὸς εἶ
mas Tú el mismo eres
καὶ τὰ ἔτη σου οὐκ ἐκλείψουσιν.
y los años de Ti no fenecerán.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Alternativas de lectura:

[1] ὡς ἱμάτιον καί, *como vestido también*, atestiguada en p[46], א, A, B, 1739, arm, eth.

καὶ ὡς ἱμάτιον, *y como vestido*, aparece en D[abs], it[d, e].

Simplemente καί, *y*, se lee en D[c], K, P, Ψ, 0121[b], 33, 81, 88, 104, 181, 326, 330, 436, 451, 614, 629, 630, 1241, 1877, 1881, 1962, 1984, 1985, 2127, 2492, 2495, it[ar, c, dem, div, f, t, v, x, z], vg, syr[sa, bo, fay], Atanasio, Crisóstomo, Cirilo, Eulalio, Teodoret.

Siguiendo el texto del Salmo traslada las palabras del salmista con καὶ, conjunción copulativa *y*; ὡσεὶ, conjunción, compuesta de ὡς εἰ, que equivale a *como sí, como cuando, como, de la misma manera, poco más o menos*; ὡσεὶ; se utiliza como partícula de comparación, aproximadamente sinónima de ὡς, que es sustituida por ὡσεὶ delante de sustantivos, de numerales y de indicaciones de medida; delante de sustantivos significa *como, así como*; delante de numerales significa *aproximadamente, poco más o menos*; περιβόλαιον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *velo, manto*; ἑλίξεις, segunda persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo ἑλίσσω, *enrollar*, aquí como *enrollarás*; αὐτούς, caso acusativo masculino plural del pronombre personal *los*; ὡς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; ἱμάτιον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *vestido*; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; ἀλλαγήσονται, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz pasiva del verbo ἀλλάσσω, *cambiar, transformarse*, aquí como *serán cambiados*; σὺ, caso nominativo singular del pronombre personal *tú*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ, en griego va detrás del pronombre, mientras que en español le antecedería, traduciendo: *mas tú*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; αὐτὸς, caso nominativo masculino singular del pronombre intensificado *mismo*; εἶ, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar,* aquí como *eres*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὰ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *los*; ἔτη, caso nominativo neutro plural del sustantivo *años*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal declinado *de ti*; οὐκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada, que negativiza a ἐκλείψουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo ἐκλείπω, *faltar, fallar, terminar*, aquí como *acabarán*.

Καὶ ὡσεὶ περιβόλαιον ἑλίξεις αὐτούς, ὡς ἱμάτιον καὶ ἀλλαγήσονται La figura continúa ilustrando la acción con un manto deteriorado por el uso que se enrolla para eliminar, o un vestido estropeado que debe ser cambiado. La intervención sobre el universo para su remoción y renovación está en las manos del Hijo. En contraste el envejecimiento de la creación es notable. Esta idea de una creación que se envejece no es nueva en la Epístola, ni única en el Salmo, está afirmada en los profetas: *"Y todo el ejército de los cielos se disolverá, y se enrollarán los cielos como un libro"* (Is. 34:4);

"Alzad a los cielos vuestros ojos, y mirad abajo a la tierra; porque los cielos serán desechos como humo, y la tierra se envejecerá como ropa de vestir, y de la misma manera perecerán sus moradores; pero mi salvación será para siempre, mi justicia no perecerá" (Is. 51:6).

Σὺ δὲ ὁ αὐτὸς εἶ καὶ τὰ ἔτη σου οὐκ ἐκλείψουσιν. Mientras que la creación tendrá un fin, el Creador permanece eternamente. Quien no tuvo principio no tendrá fin jamás. Lo que parece tan duradero como el universo es nada comparado con la eternidad del Hijo. La eternidad en sentido estricto es aplicada al Hijo, porque es Dios. Sólo esta es una perfección divina que corresponde a Cristo, porque corresponde a Dios. El Hijo es eterno en su ser, en un notable contraste con los ángeles creados por Él. Lo que parece tan duradero como el universo es como nada en comparación con la eternidad del Hijo. Por tanto, la cita sigue sustentando el argumento y poniendo de manifiesto la superioridad de Jesucristo sobre los ángeles.

13. Pues, ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás:
Siéntate a mi diestra,
Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies?

πρὸς τίνα δὲ τῶν ἀγγέλων εἴρηκεν ποτε·
Mas ¿a cual de los ángeles ha dicho alguna vez:
κάθου ἐκ δεξιῶν μου,
Siéntate a derecha de mí
ἕως ἂν θῶ τοὺς ἐχθρούς σου ὑποπόδιον
hasta que ponga los enemigos de ti debajo
τῶν ποδῶν σου
de los pies de ti.

Notas y análisis del texto griego.

Una primera cláusula resumen de lo que antecede se establece en forma de pregunta retórica con πρὸς, preposición de acusativo *mas, pues*; τίνα, caso acusativo masculino singular del pronombre interrogativo *cuál*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ, aquí mejor traducirla como *a,* que como ya se ha dicho, en castellano precedería a la palabra que le antecede en griego; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; ἀγγέλων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *ángeles*; εἴρηκεν, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir*, aquí como *ha dicho*; seguido del adverbio de tiempo πότε, *cuando*, *alguna vez* usado habitualmente en interrogativas directas. La siguiente cláusula traslada e incorpora un texto bíblico, con κάθου, segunda persona singular del presente de imperativo en voz media del verbo κάθημαι, *sentarse*, aquí como *siéntate*; ἐκ, preposición de genitivo *a*; δεξιῶν, caso genitivo neutro plural *derecha*; μου, caso genitivo singular del

pronombre personal declinado *de mí*; seguido de la conjunción ἕως, *hasta*, que en este caso hace el oficio de preposición, con idea de lugar o tiempo; ἂν, partícula que no empieza nunca frase y que da a ésta carácter condicional o dubitativo, o expresa una idea de repetición. Se construye con todos los modos menos el imperativo y acompaña a los pronombres relativos para darles un sentido general; en algunas ocasiones no tiene traducción, aquí como *que*; θῶ, primera persona singular del aoristo segundo de subjuntivo en voz activa del verbo τίθημι, *poner, colocar, depositar, entregar,* aquí como *ponga*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἐχθρούς, caso acusativo masculino plural del adjetivo articular *aborrecido, odioso,* que se usa como sustantivo denotando *enemigo, adversario*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal declinado *de ti*; ὑποπόδιον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *escabel, lugar para apoyar los pies, estrado*; τῶν, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *de los*; ποδῶν, caso genitivo masculino singular del sustantivo *pies*; σου, caso genitivo del pronombre personal declinado *de ti.*

Πρὸς τίνα δὲ τῶν ἀγγέλων εἴρηκεν ποτε. Con una pregunta retórica que exige una respuesta negativa, se introduce la séptima cita bíblica argumental, tomada de otro Salmo mesiánico (Sal. 110:1). Es uno de los más citados, como mesiánico, en el Nuevo Testamento (Mt. 22:41ss; Hch. 2:34ss; 1 Co. 15:25; Col. 3:1; Ef. 1:20; He. 1:3, 13; 5:6, 10; 6:20; 7:17ss; 10:12ss; Ap. 3:21). Ese Salmo exige una interpretación mesiánica al referirse al Hijo de David, como Señor de David, de esa manera lo usó Jesús (Mt. 22:41-46). Es, pues, Jehová, Dios, quien habla con su Hijo, Cristo, el Mesías, a quien David le llama Señor (Mt. 22:43). David llamó al Mesías, Señor, a pesar de ser su Hijo y lo hizo en el Espíritu, esto es, espiritualmente al impulso del Espíritu Santo, en sentido profético hacia quien, desde la relación natural sería su descendiente. El uso de Espíritu sin artículo exige entender que no se trataba del espíritu personal de David, sino que ha de aplicarse, como era también creencia de los cristianos primitivos, al Espíritu Santo. Además en el evangelio según Marcos, se lee *Espíritu Santo* (Mr. 12:36). Varios pasajes del Nuevo Testamento afirman que Dios habló proféticamente por medio de David (cf. Hch. 4:25) o como dice el escritor de la carta a los Hebreos, citando un Salmo, que el autor hablaba como instrumento del Espíritu Santo (He. 3:7). El mensaje profético no surge de la voluntad humana, sino que es el resultado de la acción del Espíritu Santo (2 P. 1:21). Estas palabras no pueden se aplicadas a ningún rey humano, por tanto, a ninguno de la descendencia de David que haya reinado. El reino que se describe es un reino universal y eterno, que sólo es posible en relación con el Hijo, heredero de todo y establecido como Rey eterno por decreto divino (Sal. 2:6). Dios entroniza al Hijo en espera del tiempo para establecer su reino en la tierra.

El Salmo ha sido y es cuestionado por los liberales con el único propósito que siempre los motiva: atacar la historicidad e inspiración de la Escritura. Permítaseme aquí un pequeño paréntesis, dada la importancia de este asunto: El

Señor hizo referencia a la Escritura, citando el Salmo 110, en el que se presenta la figura de un enemigo derrotado que está a los pies del vencedor y que éste puede poner su pie sobre el cuello del derrotado, según la costumbre antigua (Jos. 10:24). El Salmo era considerado como mesiánico y así se enseñaba a las gentes. Indudablemente la llamada *"Alta Crítica"*, expresión del pensamiento liberal en relación con la Biblia, afirma, como es su norma, que el Salmo no es de David y tampoco puede considerarse como mesiánico. Tal forma de pensamiento contradice, no sólo la enseñanza tradicional de los rabinos, sino la misma enseñanza del Señor, que lo presenta como de David y proféticamente referido al Mesías. Si no es un Salmo de David ni es mesiánico, Jesús estaba equivocado y su argumento es contrario a la verdad. Sin embargo, muy a pesar para los liberales, es el pasaje más citado en el Nuevo Testamento como referencia mesiánica. La cita a la que Jesús apeló delante de los fariseos, está recogida en los tres sinópticos y utilizada más adelante por Pedro (Hch. 2:33-35), por Pablo (1 Co. 15:25) y en Hebreos (He. 1:13; 10:12s.). La misma referencia se usa en otros lugares como mesiánica en forma diferente en otros escritos suyos (He. 1:3; 1 P.3:22), incluso el versículo 4 del Salmo se desarrolla como argumento mesiánico en la carta a Hebreos (5:6-7:25). La autoría del Salmo, que los liberales niegan –como casi todo, en su afán contra la inspiración e inerrancia de la Biblia- es afirmada por Jesús y también por el apóstol Pedro en Pentecostés, estableciendo la argumentación central de su mensaje citando el Salmo como un escrito de David (Hch. 2:25-28). Los liberales procuran que se entienda que escritos o palabras de David, es una referencia genérica a los Salmos. No cabe duda que al usar Jesús, y luego los apóstoles, textos del Salmo, todos los judíos entendían y aceptaban que se trataba de un escrito de David. Todos los maestros judíos enseñaron hasta, por lo menos, el s. X, que era un escrito mesiánico, si bien más adelante comenzaron a negarlo para evitar la argumentación cristiana. Los argumentos más usados por los liberales en contra de la autoría del Salmo son varios, si bien los más destacables son: 1) Argumento genérico. Enseña que el Salmo se escribió para un rey que gobernaba en Jerusalén, al estilo profético, anunciando un reinado victorioso, por tanto derrotando y extinguiendo a sus enemigos. Este rey asumiría –siempre en el argumento liberal- el sacerdocio además del trono. Según este argumento no hay nada en el Salmo que pueda aplicarse a otra persona que la del supuesto rey a quien se dirige el escrito poético. No se señala al futuro, sino al presente, por lo que no puede compararse con otras profecías mesiánicas del Antiguo Testamento. La propuesta cae por su peso, ya que si se habla de un gobierno real venidero para Israel, no podría usarse otra capital que la propia histórica de la nación que es Jerusalén. Es posible que en una lectura genérica no se aprecie el mensaje profético, además, el uso de presentes para referirse a futuro es típico y propio de la profecía, que da por hecho ya, conforme al deseo de Dios lo que ocurrirá en el tiempo que Él haya determinado para el suceso. Nadie debe olvidar que la historia es profecía cumplida, y la

profecía es historia por cumplir. Isaías enseña la acción de Dios en la historia humana en forma contundente: *"Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos; porque yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá y haré todo lo que quiero"* (Is. 46:9-10). 2) Argumento de la temporalidad. Proponen que el Salmo no puede referirse al Mesías porque el rey conquistador que se describe es temporal y no eterno, por lo menos en la mayor parte del Salmo, por lo que no puede ser mesiánico ya que la profecía habla de un trono eterno para el Mesías. Una argumentación que no tiene base estable de sustentación ya que el lenguaje figurado, y la comparativa de un conquistador victorioso es la imagen que corresponde a lo que será el Mesías cuando establezca el reino. 3) Argumento de la relación. Una nueva propuesta liberal afirma que si el Salmo fuese escrito por David y se refiriese a un descendiente suyo no le llamaría *"mi Señor"*, por tanto, tuvo que haber sido escrito por un contemporáneo de David y dirigido a él. El versículo primero del Salmo pudo ser una profecía que algún profeta dio a David y que el autor del Salmo la utiliza como introducción al poema, y que ese oráculo divino se cumplió plenamente en David y nada tiene que ver con un supuesto descendiente suyo y mucho menos con el Mesías. Quienes hacen esta propuesta se olvidan que David profetizó y que el Espíritu de Dios habló por medio de Él. El argumento no se sustenta porque Jesús dice claramente que David aquí se dirige al Mesías. La profecía permite establecer afirmaciones futuras que, en alguna medida superan incluso el conocimiento del propio profeta (1 P. 1:10-12). Claro está que hablar de Jesús como dotado de conocimiento sobrenatural para determinar la razón y objeto de un mensaje profético, chocará contra la incredulidad de estos liberales que lo niegan. 4) Argumento del lenguaje. Los críticos afirman que el lenguaje del Salmo y sus expresiones corresponden a un tiempo posterior al de David. Pero, la argumentación fue perdiendo consistencia y prácticamente no se utiliza entre los liberales hoy en día. Las pruebas sustentadas sobre dos palabras se cuestionan ya porque una de ellas aparece en Números y en Josué. 5) Argumento sacerdotal. Se basa en que la idea de un Rey-sacerdote, no está en el Antiguo Testamento. El argumento tampoco es válido por cuanto lo que el Salmo establece es la persona del Mesías-rey que es declarado también sacerdote, no conforme al antiguo orden levítico, sino según el nuevo de Melquisedec (Sal. 110:4). El Señor afirma ante los fariseos que el Salmo es de David; que quien habla es David; y que el Salmo, en un ministerio profético del rey de Israel, establece la relación única entre el Mesías y Dios, al ser colocado a Su diestra y ser llamado Señor por el rey de Israel. David escribe que *"el Señor dijo a mi Señor"*. En el texto hebreo se lee: *"Dijo Yahwe, a mi Señor"*. Los judíos llegaron a tener un temor casi supersticioso por el nombre Yahwe, o Jehová en español, de manera que cuando tenían que leer ese nombre lo cambiaban por el de Adonai, *Señor*. Probablemente esto es lo que ocurrió con el pasaje en la

traslación al griego. Es, por tanto, Dios quien dice al Señor de David, sin duda el Mesías: κάθου ἐκ δεξιῶν μου *"Siéntate a mi diestra"*. El poder de Dios actuando en el ministerio encomendado al Mesías, traerá como resultado final la derrota de sus enemigos que, siguiendo la figura habitual en aquel tiempo, se ponen debajo de sus pies, expresando victoria completa sobre ellos. El apóstol Pablo enseña la misma verdad (1 Co. 15:25), en un proceso que culminará en la sujeción de todo a Dios y con ello el término del ministerio mesiánico de reconducción de todo al control de Dios (1 Co. 15:28).

Para los que preguntaban donde estaba el reino, esa era la respuesta. El Mesías entronizado reina y vendrá a la tierra para reinar. La expresión ἕως ἂν θῶ τοὺς ἐχθρούς σου ὑποπόδιον τῶν ποδῶν σου, *"hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies"*, no significa que ese tiempo de espera sea debido a que Dios tiene que ir, poco a poco, actuando contra los enemigos para que, paulatinamente vaya deshaciéndose de ellos, lo que lleva un tiempo efectuarlo. Lo que está diciendo es que hay un tiempo de espera en el propósito soberano de Dios, luego del cual los enemigos de Dios y, por tanto, de su Cristo, serán sujetos o eliminados. Es como si dijese: *"Siéntate a mi diestra hasta que se cumpla el tiempo en que tus enemigos, que son también los míos, sean eliminados, porque todavía no ha llegado ese tiempo"*. La derrota de los enemigos de Dios antes de la instauración del reino mesiánico en la tierra, ocurrirá en un momento, en que la intervención de Dios los derrotará y quitará de en medio en un instante, resolviéndolo mediante el resplandor de la venida de Jesucristo, de quien el escritor afirma que es el *"resplandor de su gloria"*. Esa gloria divina, no solo desbaratará los planes de los enemigos, sino que los aniquilará (2 Ts. 2:8; Ap. 19:19-21). En el intervalo de tiempo entre la ascensión y la segunda venida, Dios tiene propósitos para la dispensación como es la formación de su Iglesia. Pero cuando llegue el momento determinado en la providencia y soberanía de Dios, el Mesías, entonces y ahora, ocupa el glorioso lugar de máximo honor, sentado a la diestra de la Majestad en las alturas (He. 1:3; Ef. 1:20; Col. 3:1). La exaltación de Jesucristo a la diestra de Dios forma parte de la confesión de fe cristiana (cf. Hch. 7:55-56; Ro. 8:4; Ef. 1:20; Col. 4:1; 1 P. 3:22; Ap. 3:21). El escritor de la carta vincula a Cristo con el cumplimiento pleno del Salmo mesiánico que lo proclama como Rey sobre todas las naciones, dominando sobre todos los enemigos (Sal 2:4-6). Los enemigos que no se le sometan de grado le serán sometidos por fuerza, en la gloria de Su poder (Fil. 2:9-11). Los enemigos derrotados servirán de escabel o de grada delante del trono de su reinado. El Rey no comenzará a reinar entonces, sino que ya reina ahora, ni tampoco dejará de reinar luego de la victoria sobre los enemigos, porque el reino de Dios tiene proyección eterna y sobre el trono de ese reino está determinado que se siente eternamente el Hijo. Entonces será cuando reine más cumplidamente, sin que se produzca cese en la acción de reinar.

14. ¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?

οὐχὶ	πάντες	εἰσὶν	λειτουργικὰ	πνεύματα	εἰς	διακονίαν
¿Acaso no	todos	son	ministradores	espíritus	para	servicio

ἀποστελλόμενα	διὰ	τοὺς	μέλλοντας	κληρονομεῖν	σωτηρίαν
siendo enviados	a favor de	los	que están a punto de	heredar	salvación?

Notas y análisis del texto griego.

Una pregunta retórica que exige una respuesta afirmativa, se establece iniciándola con οὐχὶ, forma intensificada del adverbio de negación οὐ, forma ática, que se traduce como *no*, se utiliza, como en este caso, como partícula interrogativa en preguntas a las que se espera respuesta afirmativa, aquí en forma interrogativa como *acaso no*; seguido de πάντες, caso nominativo masculino plural del adjetivo indefinido *todos*; εἰσὶν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *son*; λειτουργικα, caso nominativo neutro plural del adjetivo que equivale a *ministradores, servidores*; πνεύματα, caso nominativo neutro plural del sustantivo que denota *espíritus*; εἰς, preposición de acusativo *hacia, para, en relación con*; διακονίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *servicio*; ἀποστελλόμενα, caso nominativo neutro plural con el participio de presente en voz pasiva del verbo αποστέλλω, *enviar*, aquí como *siendo enviados*; διὰ, preposición de acusativo en sentido causal de *a causa de, a favor de, por amor a*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; μέλλοντας, caso acusativo masculino plural con el participio de presente en voz activa del verbo μέλλω, *estar a punto de, deber, haber de,* aquí como *que están a punto de*; κληρονομεῖν, infinitivo presente en voz activa del verbo κλερονομέω, *heredar,* aquí con el mismo sentido, como infinitivo del verbo; σωτηρίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *salvación.*

Οὐχὶ πάντες εἰσὶν λειτουργικὰ πνεύματα εἰς διακονίαν ἀποστελλόμενα διὰ τοὺς μέλλοντας κληρονομεῖν σωτηρίαν. La conclusión del argumento se establece formulando una nueva pregunta retórica que exige una respuesta afirmativa por parte del lector. Con ella concluye la argumentación bíblica con la que ha demostrado la superioridad de Cristo sobre los ángeles. Todos ellos, sin excepción alguna, son espíritu servidores de Dios, de ahí que se utilice también el término griego[47] que se usa para referirse a un servicio cúltico. Estos λειτουργικὰ, *ministradores,* sirven a Dios continuamente. Los ángeles más exaltados son los que tienen el privilegio de servir delante del Señor, como Gabriel (Lc. 1:19). Daniel vio a millones de ángeles sirviendo al Señor en su presencia (Dn. 7:10). Isaías vio a los serafines en un ministerio ante el trono de Dios (Is. 6:1-3). Ninguno de los más altos ángeles fue invitado jamás a sentarse a la diestra de Dios, sólo son servidores,

[47] Griego λειτουργικα

para lo que fueron creados. Sólo el Hijo es el que ha sido invitado, porque tiene derecho para ello, a sentarse a la diestra de la Majestad en las alturas.

El servicio de los ángeles tiene que ver con personas a quienes se les llama μέλλοντας κληρονομεῖν σωτηρίαν *herederos de la salvación*, literalmente a *quienes están a punto de heredar salvación*. Como los ángeles son servidores del Hijo, lo son también de quienes forman una unidad espiritual con Él y en Él. Sirven ahora a estos de la forma como antes sirvieron a nuestro Señor (Mt. 4:11; 26:53; Lc. 22:43). En ocasiones asisten a los creyentes en momentos que son necesarios (Hch. 12:7ss). Debe notarse que *son enviados*; en ese sentido, es Dios mismo quien establece y ordena su ministerio, lo que han de hacer y a quienes deben hacerlo, sin que los creyentes herederos en el Hijo, tengan que pedirles que lo hagan. Unidos en todo al Heredero, son servidos por esta causa. Los ángeles aparecen en ese sentido, relacionados con los herederos de salvación, en la congregación que se revela para la Ciudad Santa (He. 12:22-23).

La salvación mencionada aquí está en tiempo futuro: μέλλοντας κληρονομεῖν σωτηρίαν *"Los que están a punto de ser herederos de salvación"*. Se esta refiriendo al último estadio de la salvación, que tiene que ver con la glorificación de los salvos. No entra esto en contradicción con pasajes que afirman y enfatizan la salvación ya alcanzada (Ro. 8:17; Ef. 2:8). Simplemente se está refiriendo a la salvación en la experiencia futura. Los tres momentos de la salvación están claramente identificados y diferenciados en el Nuevo Testamento: El primero es el de justificación, por cuya acción el pecador creyente es separado de la responsabilidad penal del pecado, por lo que ya no hay para él ninguna condenación (Ro. 8:1); el segundo nivel de salvación es la santificación, es decir, la salvación experimental en la vida cristiana, en cuya dimensión, el pecador creyente es separado del poder del pecado, para que pueda ser santo delante de Dios; en el tercer nivel, la glorificación, término definitivo y final de la salvación, el pecador creyente será separado de la presencia del pecado, para estar para siempre con el Señor en Su presencia. El verbo que se utiliza aquí y que literalmente indica *estar a punto de*, no significa que tengan derecho a heredar, sino la entrada en posesión definitiva de la herencia que está reservada para cada uno en los cielos (1 P. 1:3-5). Esa herencia, término y plenitud de la salvación, está más cerca ahora que cuando se creyó (Ro. 13:11).

La argumentación presentada es contundente, demostrando sin duda que Cristo es superior y más exaltado que cualquiera de los ángeles, estando por encima de toda la creación angélica. El es Dios (v. 5); y, por tanto, todos los ángeles se le someten como corresponde a la criatura ante el Creador (vv. 6-7). Sólo a Cristo, como Hijo, corresponde el trono y el sentarse a la diestra de Dios

(v. 13), a cuya posición no puede acceder ningún ángel. Es la misma dimensión de exaltación que el apóstol Pablo enseña en el himno cristológico de Filipenses (Fil. 2:9-11). El homenaje, la gloria, el poder y el honor supremos corresponden sólo al que está sentado sobre el trono, de modo que todos, incluyendo los ángeles confesarán que es el Señor.

El glorioso Señor, debe llenar plenamente la vida de cada uno de nosotros. Los ángeles le sirven simplemente porque son sus criaturas y le glorifican. Nosotros tenemos mucha más razón para servirle comprometida y desinteresadamente, porque además de la creación nos ha dado la salvación. El impacto de la gloria de Dios, produce en sus ángeles el impulso de la adoración y la bendición del privilegio del servicio. Nosotros los que somos suyos, debiéramos sentirnos impulsados al servicio por el amor que demostró para quienes, sin derecho alguno a ser amados, lo fuimos hasta el punto de entregarse por nosotros. Nadie podrá entender jamás, con la lógica de la mente humana, un amor semejante, de modo que mientras nosotros estábamos pecando en plena rebeldía contra Dios, el Hijo, en su naturaleza humana, ponía su vida por nosotros responsabilizándose de nuestras miserias y asumiendo nuestra maldición (Gá. 3:16). La gloria suprema para los ángeles en relación con el Hijo es su majestad admirable y la dimensión gloriosa de ser el Creador y sustentador de todo. Nosotros tenemos una referencia de mayor dimensión para adorarle, alabarle y servirle en entrega incondicional y es su gracia y su fidelidad (Jn. 1:14-15). El compromiso de servicio disminuye en el creyente en la misma medida en que se difumina la gloria del amor del Señor. Cuando nos detenemos por la fe ante la Cruz y preguntamos al crucificado: *"¿Por qué mueres, Señor?"*, y entendemos que lo hizo ocupando nuestro lugar, de modo que tenemos que decir como el apóstol Pablo: *"El Señor me amó a mí y se entregó a sí mismo por mi"* (Gá. 2:20), no quedará nada en nosotros que no se rinda a Él impulsado por la gratitud y como correspondencia al amor recibido. Por esa misma razón el apóstol Pablo, cuando exhorta al compromiso pone como estímulo para la entrega plena hasta la misma vida, las *misericordias* de Dios (Ro. 1:12). ¿Estamos viendo en cada momento de nuestra vida la gloria admirable del Señor?

CAPÍTULO II

ADVERTENCIA Y BENDICIÓN

Introducción.

Demostrando la superioridad de Cristo sobre los ángeles, que se inicia con la afirmación registrada en el capítulo anterior (1:4), el escritor de la Epístola va aportando argumentos sustentados por la Escritura que confirma esa superioridad del Hijo sobre los ángeles. En el capítulo anterior apeló a varios pasajes que ya se han considerado, para progresar en el presente con la argumentación y alcanzar la conclusión de la misma. Es necesario recordar que los judíos piadosos tenían en alta estima a los ángeles, al creer que habían participado en la promulgación de la ley. Dada ya una notable argumentación bíblica sobre la superioridad de Cristo sobre los ángeles, el escritor hace un paréntesis para introducir la primera *amonestación* o *advertencia solemne* sobre el grave peligro que acarrea despreciar aquello que Cristo mismo vino a dar y a capacitar para llevarlo a cabo, en la esfera de la salvación grande (vv. 1-4). Dejar al Hijo apartándose de sus mandamientos y desobedeciendo Su voluntad, es un grave pecado que trae sobre el trasgresor la acción judicial de Dios, no para condenación, pero sí para disciplina intensa. Para ilustrar esto acude al recuerdo histórico de lo que Dios hizo con los desobedientes del pueblo de Israel, a fin de que los creyentes de la presente dispensación se mantengan firmes, evitando una acción semejante sobre ellos. Superada la advertencia solemne, vuelve a retomar el tema argumental de la superioridad de Cristo sobre los ángeles, refiriéndose al *mundo venidero* que, en contraste con el actual, no estará bajo la actuación de los ángeles (v. 5). La apelación bíblica a la decisión de Dios sobre el gobierno del mundo por el hombre, confirma el argumento, para aplicarlo al Señor, que sujetará a Sí mismo el mundo por venir, en una clara superioridad sobre los ángeles en su ministerio actual (vv. 5-9). Finalmente señala esa superioridad en la liberación que Cristo da a los que creen, cancelando para ellos el poder de la muerte y liberándolos de la esclavitud espiritual a causa del pecado (vv. 10-15). La argumentación que se establece en el pasaje puede resumirse en tres grandes apartados: 1) Cristo es superior a los ángeles porque ninguno de ellos podría traer la nueva relación de hermanos (vv. 5-13). 2) Porque ninguno de ellos podía librar a los hombres del temor de la muerte (vv. 14-16). 3) Porque ninguno de ellos podía efectuar la redención del pecado (vv. 17-18). Las palabras de aliento y consuelo para el creyente en conflicto espiritual cierran este admirable párrafo de la Epístola.

En bosquejo analítico para este capítulo se ha dado antes en el *Bosquejo de la Epístola*, como sigue:

Cristo es superior a los ángeles

1. Como dador del mensaje de salvación (2:1-4).
2. Como realizador de la verdadera libertad (2:5-18).

Como dador del mensaje de salvación (2:1-4).

1. Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos.

Διὰ τοῦτο δεῖ περισσοτέρως προσέχειν ἡμᾶς τοῖς,
Por tanto es necesario que más abundantemente prestemos atención nosotros a las
ἀκουσθεῖσιν μήποτε παραρυῶμεν.
que han sido oídas no sea que vayamos a la deriva.

Notas y análisis del texto griego.

La primera exhortación solemne se inicia con διὰ, preposición de acusativo *por causa de, por amor a, por*; τοῦτο, caso acusativo neutro singular del pronombre demostrativo, *tanto*, equivalente a eso, pero incluyendo la idea de calificación o ponderación; δεῖ, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo δεῖ, *ser necesario, deber*, aquí como *es necesario*; περισσοτέρως, adverbio comparativo*, más abundantemente,* es en realidad la forma adverbial del adjetivo περισσότερος, que es el grado comparativo de otro adjetivo, περισσός, *abundante*, por tanto la forma del adjetivo, establece el grado comparativo que equivale a *más abundante que, superior a, más que*; προσέχειν, presente de infinitivo en voz activa del verbo προσέχω, *atender, prestar atención, tener cuidad, cuidarse de,* aquí como *prestemos atención*, *tengamos cuidado*; ἡμᾶς, caso acusativo plural del pronombre personal *nosotros*; τοῖς, caso dativo neutro plural del artículo determinado declinado *a los*; que se traduce en femenino suponiendo el sustantivo *cosas*, como implícito en la oración; ἀκουσθεῖσιν, caso dativo neutro plural con el aoristo primero en voz pasiva del verbo ἀκούω, *oír,* aquí como *que han sido oídos*; μήποτε, conjunción independiente con la conjunción que se usa para introducir oraciones finales, o expresiones finales en la oración y que se usa en cláusulas negativas de propósito, equivalente a *no sea que*; παραρυῶμεν, primera persona plural del aoristo segundo de subjuntivo en voz pasiva del verbo παραρρέω, *ir a la deriva*, aquí como *vayamos a la deriva,* de ahí la traducción *resbalemos.*

Διὰ τοῦτο δεῖ περισσοτέρως προσέχειν ἡμᾶς. El escritor introduce aquí la primera *advertencia solemne* de la Epístola, como consecuencia de lo que ha escrito antes. La enseñanza anterior condiciona y determina la exhortación que sigue. Si la Ley que fue *dada por los ángeles* debía ser obedecida, mucha mayor atención para obediencia debe prestársele a las palabras del Hijo, cuyo mensaje es superior. El evangelio es un mensaje divino que procede de Dios y fue anunciado y enseñado a los apóstoles por el Hijo.

Este mensaje contiene la doctrina que es base absoluta de nuestra fe, y mandamientos que establecen nuestra obediencia. La Palabra de Dios, tanto en los mensajes proféticos como la Ley dada por ángeles, e introducida en el conocimiento de los hombres por Moisés, fueron comunicados por mediadores, bien humanos, bien angélicos, pero, la revelación final, porque es definitiva, es dada, no sólo por el Hijo, sino en Él mismo (1:2). Por tanto, siendo el Hijo superior a todos los mensajeros anteriores, incluidos los ángeles, su mensaje no es menor en importancia, pero demanda una περισσοτέρως προσέχειν *mayor atención*. Dios habla en el Hijo y es un gran pecado desoírle, no prestarle atención. El mismo Hijo es Dios, quien ha purificado al creyente comprándolo para Sí. La responsabilidad del cristiano es *atender* diligentemente al mensaje dado en el Hijo. La atención que se le ha de prestar es más que una obligación, es una necesidad, de ahí el verbo que se usa en el texto griego y que significa *deber*. La atención requerida: περισσοτέρως προσέχειν ἡμᾶς *debemos prestar atención*, expresa la idea de dirigir la vista y volcar el espíritu hacia el mensaje, lo que constituye una verdadera adhesión a la fe.

La atención que se requiere al mensaje es intensa: περισσοτέρως *"con más diligencia"*, es decir, con una gran atención. Esa disposición está relacionada con τοῖς ἀκουσθεῖσιν, *"las cosas que hemos oído"*, es decir, lo que Dios ha dicho por el Hijo. La traducción más literal al castellano de la expresión en el texto griego podría ser: *"a los* (dichos, palabras, discursos, cosas), *que han sido oídos"*. Tiene que ver con el mensaje proclamado por Cristo, esto es, el evangelio: *"Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios"* (Mr. 1:14). Ese mensaje de Jesús fue recibido directamente y transmitido luego, primero por tradición oral y luego escrito, por los apóstoles, de ahí que el apóstol Juan diga: *"Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida… lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos"* (1 Jn. 1:1, 3). El mensaje del evangelio, no tiene que ver sólo con la revelación del plan de salvación y el modo de recibirla, sino también con los principios establecidos para la vida del creyente, que Jesús mismo mandó enseñar a todo el que sea su discípulo (Mt. 28:19-20). Todo lo enseñado por Cristo debía ser anunciado después de su muerte y resurrección al mundo, demandando obediencia a todo ello por los creyentes (Mt. 26:13; Mr. 16:15-16; Hch. 1:8). Es necesario entender bien que el evangelio es un mensaje que demanda obediencia a todos los mandatos del Señor (Mt. 28:20). El desarrollo de los mandatos del Señor está expresado en la enseñanza apostólica (1 Co. 14:37). El evangelio es un mensaje de procedencia divina, en el que nada tienen que ver los hombres y sus ideas. De la misma manera que el mensaje profético del Antiguo Testamento procedía de Dios y le era comunicado a los profetas por el Espíritu (2 P. 1:21), así también el mensaje del evangelio tiene procedencia divina entregado por el Señor a los apóstoles

(Gá. 1:11-12). Es también, porque procede de Dios, inalterable porque no es de los hombres. El evangelio es la *buena noticia* de salvación, por tanto, comprende la enseñanza de la justificación por la fe, la santificación y la glorificación, como estadio final de la salvación. El evangelio, con todo su contenido doctrinal, es un depósito sagrado para administrar en la proclamación, pero también, para guardar celosamente en cuanto a su contenido (Gá. 1:8). Cada creyente, no sólo los líderes y maestros en la iglesia, debe guardar ese depósito. No cabe duda que la responsabilidad de los líderes es velar por la pureza de la doctrina del evangelio, guardando el misterio de la fe con limpia conciencia (1 Ti. 3:9). Esa es la demanda del apóstol a su colaborador, amigo e hijo en la fe, Timoteo: *"Reten la forma de las sanas palabras que de mí oíste, en la fe y amor que es en Cristo Jesús. Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros"* (2 Ti. 1:13-14). La diligencia que debe prestarse al mensaje del evangelio es necesaria por cuanto la intención de Satanás es desfigurar el mensaje introduciendo también el suyo (1 Ti. 4:1). Su objetivo maligno es que el creyente abandone la fidelidad y deje de ocuparse en su santificación, sobre todo, cediendo en el terreno de la libertad en la gracia para entrar en la opresión del legalismo procedente de los hombres, tratando de conseguir una apariencia de piedad (Gá. 1:6). La gran demanda a cada cristiano es ocuparse de su salvación, esto es, de su santificación, con respeto reverente (Fil. 2:12). Cuando no se presta atención diligente al mensaje, Satanás introducirá a sus mensajeros con un mensaje distorsionador que produce inquietud, perturbación y perversión de la fe (Gá. 1:7). Una advertencia semejante aparece en la introducción de la Epístola de Judas: *"Amados, por la gran solicitud que tenía de escribiros acerca de nuestra común salvación, me ha sido necesario escribiros exhortándoos que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos"* (Jud. 3).

Μήποτε παραρυῶμεν El peligro de no prestar atención diligente al mensaje del Hijo es que podemos *deslizarnos*. El verbo griego tiene el sentido de *ir a la deriva*, como un barco que, sin control es llevado por los vientos de un lado a otro, con el peligro de dar en las rocas de la rompiente y hundirse. La idea es también la de resbalar y pasar de largo, sin posibilidad de control. Pasar de largo sin prestar atención al mensaje, es más grave que detenerse y no progresar en él. Las consecuencias de no prestar atención al mensaje que expresa la doctrina del evangelio son graves: *"Para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error"* (Ef. 4:14). *Deslizarse* es resbalar y ser incapaz de detenerse. Ambas ideas, tanto la de una nave a la deriva, como la de una persona que resbala, indican un inminente peligro. El autor no afirma que eso está ocurriendo ya, pero advierte del peligro: *"no sea que"*. Los lectores a quienes va dirigida la Epístola, estaban en un momento de peligro, que podía traer graves consecuencias, de ahí que se

les advierta solemnemente llamándoles a prestar atención con diligencia a la doctrina que les había sido anunciada y que procedía, no de los ángeles, ni de los hombres, sino del Hijo.

La advertencia es tan necesaria hoy como entonces. El peligro en relación con la doctrina es también el mismo. Dos graves males han acosado continuamente a los creyentes y a la iglesia a lo largo de los siglos del cristianismo. Uno de ellos el peligro de *quitar* a la Palabra. El liberalismo con la sutileza que le es habitual, procura distorsionar la Escritura y hacer dudar a los creyentes de su inspiración e inerrancia. Ellos pretenden que la vida cristiana no esté expresada en una verdadera fidelidad a la Escritura haciendo dudar a muchos de la autoridad absoluta de ella. Cualquier acción que debilite la consistencia o el contenido de la Biblia es un peligro grave al que debe prestársele seria atención hoy. Por otro lado está el mismo mal, pero en sentido contrario, que consiste en *añadir*, a la Palabra, mandamientos de hombres. Las tradiciones, algunas de las cuales comenzaron con las mejores intenciones, se establecen en el tiempo como algo del mismo valor que la Escritura, produciendo dos graves daños, el primero invalidan la Palabra, al dar a la tradición el mismo valor que a la Escritura; el segundo esclavizan al pueblo de Dios. La apariencia piadosa de muchas costumbres que se enseñan como doctrinas y que están comprendidas en *"no gustes, ni manejes, ni toques"*, llenas de aparente piedad y compromiso, no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne, porque ellas mismas son también carne (Col. 2:20-23). Una devaluación del mensaje de Cristo se produce igualmente por disminución o por incorporación. La advertencia solemne se introduce con algo al que debe prestársele urgente atención hoy. Los líderes de la iglesia que quieran seguir en fidelidad la fe dada una vez a los santos, debe velar por la pureza de la doctrina, despojando la enseñanza fundada en ella de todo cuanto no se sustente en la Palabra. La limpieza de un sistema de espiritualidad aparente, basado en normas, costumbres, formas, etc. ha de ser llevado a cabo con diligencia y prontitud, porque es eso lo que demanda Dios en su Palabra.

2. Porque si la palabra dicha por medio de ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución.

εἰ γὰρ ὁ δι᾽ ἀγγέλων λαληθεὶς λόγος ἐγένετο βέβαιος καὶ πᾶσα
Porque si el por medio de ángeles hablada palabra fue firme y toda
παράβασις καὶ παρακοὴ ἔλαβεν ἔνδικον μισθαποδοσίαν,
transgresión y desobediencia recibió justa retribución.

Notas y análisis del texto griego.

El versículo se inicia con una condición de primera clase, con εἶ, conjunción condicional que equivale a *si*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta a la

condicional y que en español lo precede; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; δι᾽, forma contracta de la preposición de genitivo διά, aquí como *por medio, a causa, a través de, por*; ἀγγέλων, caso genitivo masculino plural del sustantivo declinado *de ángeles*; λαληθεὶς, caso nominativo masculino singular con el participio aoristo primero en voz pasiva del verbo λαλέω, *hablar, decir, expresar*, aquí como *hablada*; λόγος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *palabra, discurso*; ἐγένετο, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, originarse,* aquí como *se originó, se hizo, se produjo,* mejor como *se hizo* o *fue hecha, fue*; βέβαιος, caso nominativo masculino singular, por concordancia, del adjetivo, *firme, estable, que no se mueve*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πᾶσα, caso nominativo femenino singular del adjetivo *toda*; παράβασις, caso nominativo femenino singular del sustantivo *transgresión*, *quebrantamiento legal, pecado*; καὶ, conjunción copulativa *y*; παρακοὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *desobediencia*; ἔλαβεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo λαμβάνω, considerado antes que equivale a *tomar, recibir*, aquí como *recibió*; ἔνδικον, caso acusativo femenino singular del adjetivo *justa*; μισθαποδοσίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *retribución, recompensa, castigo, premio.*

Εἰ γὰρ ὁ δι᾽ ἀγγέλων λαληθεὶς λόγος ἐγένετο βέβαιος. El versículo introduce una comparación, estableciendo una condición de un ejemplo cierto, referida a la ley mosaica. Los judíos afirmaban que la Ley le fue dada a Moisés por medio de los ángeles, ya que las dos primeras tablas de piedras escritas por el dedo de Dios, debieron haberle sido entregadas por algún mensajero divino que las depositó en las manos de Moisés. La Biblia enseña la presencia de los ángeles de Dios en el Sinaí, cuando habló con Moisés (Sal. 68:17), testimonio de la presencia angélica dado por Moisés mismo (Dt. 33:2). Esteban, en el discurso delante del Sanedrín dijo que el pueblo de Israel había recibido la ley por *disposición* de ángeles (Hch. 7:53) y anteriormente dijo, refiriéndose a Moisés que *"estuvo en la congregación en el desierto con el ángel que la hablaba en el monte Sinaí"* (Hch. 7:38). En este caso podría muy bien tratarse del *Ángel de Jehová*, manifestación en forma de *Teofanía* de la Segunda Persona Divina, quien como legislador promulgaba y entregaba la Ley a Moisés. Esta mediación angélica, no era sólo una creencia de los judíos, sino también una enseñanza del Nuevo Testamento (Gá. 3:19). Los ángeles estuvieron presentes y actuaron en alguna manera, en la entrega a Moisés de la Ley que Dios había promulgado. De ahí que el escritor de la Epístola diga que toda palabra dada por medio de ángeles fue firme. No sólo debe entenderse esto en relación con la ley, sino que los mensajes que Dios dio a los hombres a lo largo del tiempo, por medio de ángeles, tuvieron cumplimiento cierto, porque la palabra no era de los ángeles sino de Dios mismo.

El mensaje dado por medio de ángeles ἐγένετο βέβαιος *"fue firme"*. Era necesario que así fuese por cuanto era palabra de Dios. A esto se refirió Jesús

cuando dijo: *"Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido"* (Mt. 5:18). Posiblemente debido al sistema religioso de entonces, algunos de los oyentes, conocedores de las demandas de la ley y de la disciplina establecida para los desobedientes, ponían en duda que tuviese cumplimiento. Algunos líderes quebrantaban lo que Dios había determinado y no se producía sobre ellos el juicio divino por el pecado. Además, por largo tiempo habían estado esperando el cumplimiento de promesas nacionales anunciadas por los profetas y seguían siendo vasallos de otras naciones. El reino de los cielos que les había sido anunciado, no llegaba como esperaban. Por ello, Jesús hace una enfática afirmación. Nada de cuanto está en la Escritura, promesas, juicios, bendiciones, reino y gloria quedará sin cumplimiento según lo recogido en ella. El cumplimiento de la Escritura tendrá plena eficacia hasta alcanzar el momento de la remoción de todo lo creado y el inicio de la forma definitiva en una nueva creación de Dios (2 P. 3:10-13). La inquebrantabilidad de la Escritura es un hecho, por ser la Palabra de Dios. Cualquier promesa incumplida afectaría a Dios que la expresó. Sería una promesa incumplida de Dios. No puede, por tanto, separarse la Palabra de Dios mismo. El salmista, refiriéndose a Dios dice: *"Desde el principio tú fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, mas tú permanecerás; y todos ellos como una vestidura se envejecerá; como un vestido los mudarás, y serán mudados; pero tú eres el mismo, y tus años no se acabarán"* (Sal. 102:25-27). La inmutabilidad de Dios alcanza y comprende también su Palabra, es decir, el tiempo no le afecta envejeciéndola, sino que cada cosa anunciada en ella tendrá cumplimiento fiel (Gá. 4:4a). El universo creado, estable a lo largo de los milenios tiene un fin que contrasta con la permanencia de Dios (Is. 34:4). El final del universo creado será una realidad, por cuanto es una palabra profética que Dios mismo comunicó a sus siervos (Is. 51:6). Como palabra de Dios así también las palabras de Cristo. Jesús de Nazaret, un hombre a los ojos humanos que lo observaban, es Emanuel, Dios manifestado en carne, por tanto, la fidelidad e inmutabilidad divinas son propias de su Persona Divino-humana. Sus palabras, como todas las palabras de Dios tendrán cumplimiento, por eso Él mismo dijo: *"El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán"* (Mt. 24:35). La remoción de cielos y tierra que confirman la temporalidad de todo lo creado está anunciado en la Palabra (cf. Ro. 8:21; He. 1:12; 2 P. 3:7, 10-13; Ap. 6:14; 21:1-3). La inmutabilidad de la Escritura es una verdad doctrinal que el Señor enfatizó en su enseñanza. Junto con la inmutabilidad está la importancia. La Palabra por ser de Dios, merece la atención y consideración total. No hay cosas importantes y secundarias porque toda la Escritura es inspirada por Dios (2 Ti. 3:16). Ninguno de sus escritos es el resultado del pensamiento humano, sino la comunicación que Dios hace de sí mismo, en su misericordia para que el hombre le conozca y conociéndole en fe obtenga la vida eterna (Jn. 17:3). Cristo afirma que ni una *jota* ni una *tilde* pasarán de la ley, hasta que todo se haya

cumplido. La *jota*, es la letra más pequeña del alfabeto griego. La tilde es el acento que se ponía para sonorizar la palabra, o tal vez mejor, o posiblemente, el rasgo que cambiaba una letra en otra. Tal es la importancia de la Palabra de Dios que incluso cada una de sus letras se llaman *sagradas*, por haber recibido el soplo divino de la inspiración (2 Ti. 3:15-16). Por esta causa la Escritura no puede ser quebrantada. La ley expresa el pensamiento, propósito y voluntad de Dios, y es Él mismo quien la da a los hombres por medio de los profetas. El mismo Dios que da su palabra y anuncia lo por venir es el que con su omnipotencia se ocupa del cumplimiento (Is. 46:9-10). No hay nada sin importancia, nada intrascendente, en la Palabra de Dios.

Καὶ πᾶσα παράβασις καὶ παρακοὴ ἔλαβεν ἔνδικον μισθαποδοσίαν. El mensaje de Dios, tuvo aceptación por algunos que obedecieron su Palabra, pero también rechazo por parte de otros que fueron desobedientes. Algunos extremaron esa desobediencia convirtiéndose en *transgresores*, que tiene que ver con quebrantar voluntariamente lo que Dios establece por medio de su Palabra. Tal fue el caso de Adán y Eva (Ro. 5:14; 1 Ti. 2:14). Esa es la transgresión positiva contra la voluntad de Dios. Implica la violación de una ley dada por Dios. Otro aspecto, no menos grave, fue el de *desobediencia*, consistente en hacer oídos sordos a la voluntad de Dios. Es el pecado de no prestar atención a lo que el Señor dice. Cuando establece un mandamiento demanda del hombre y, mayormente, del creyente su obediencia, de ahí que diga: *"Oye hijo mío"*. Sin embargo, el hombre manifiesta un oído duro cuando el Señor dice: *"Llamé y no quisisteis oír"* (Pr. 1:24). Ese oído duro es, en ocasiones, un *oído indiferente*, ya que *"no hubo quien atendiese"* (Pr. 1:24). El caso más grave en esta manifestación de desobediencia a lo que Dios establece, es el resultado de un *oído arrogante*, como Él mismo testifica: *"desechasteis mi consejo y mi reprensión no quisisteis"* (Pr. 1:25). La *transgresión* es la rebeldía positiva, la *desobediencia*, es la transgresión *negativa*, contra la voluntad de Dios.

῎Ελαβεν ἔνδικον μισθαποδοσίαν. Las acciones pecaminosas contra la Palabra de Dios dada a los hombres, no pueden por menos que, a causa de la justicia de Dios, recibir lo que corresponde a ese pecado. Las consecuencias están también establecidas en la misma Palabra. Las sanciones contra los mandamientos de la Ley eran severas y nadie podía escapar de ellas. Esto incluía también los pecados ocultos que Dios mismo traía a la luz y ponía de manifiesto, como fue el caso de Acán, desobediente a lo establecido por Dios para las riquezas de la ciudad de Hai. Nadie conocía lo que aquel desobediente había hecho, pero Dios lo puso de manifiesto delante de todo el pueblo (Jos. 7:11ss). Jesús hizo una advertencia solemne en este sentido: *"Porque no hay nada oculto que no haya de ser manifestado; ni escondido, que no haya de salir*

a la luz" (Mr. 4:22). Dios dará en su tiempo el justo pago a las acciones de los hombres que aparentemente estaban ocultas (Ro. 2:6).

Los hebreos, conocedores de la historia de Israel, tenían en ella referencias sobre la acción judicial de Dios contra la desobediencia. El Señor trajo severos juicios sobre los transgresores a su voluntad, expresada en su Palabra. Así ocurrió con Nadab y Abiú, los hijos del sumo sacerdote Aarón, quienes se atrevieron a desobedecer lo que Dios había establecido en su ley para el uso del incienso y del incensario sagrados, tomando fuego no permitido, acción que les ocasionó la intervención divina en juicio sobre ellos y murieron (Lv. 10:1-7). Otro ejemplo de acción judicial sobre los rebeldes, se produjo sobre Coré y sus familias a los que la tierra tragó vivos, por haberse levantado contra Moisés (Nm. 16:31-33). Los lectores de la Epístola sabían también de cómo Dios había intervenido en juicio sobre el pueblo de Israel cuando en Baal-peor adoraron a los dioses moabitas, a consecuencia de cuyo pecado murieron veinticuatro mil personas (Nm. 25:9; Dt. 4:3). Sin embargo, la justa retribución por la desobediencia y transgresión a la ley escrita, se produjo también como consecuencia del quebrantamiento de la ley natural. Así ocurrió con Sodoma y Gomorra, a causa de la práctica pecaminosa y degradante de la moral individual, entre cuyos pecados más notorios estaba el de las prácticas homosexuales (Gn. 18:20; 19:4, 5). Dios intervino judicialmente destruyendo aquella pervertida sociedad (Gn. 19:24-25). Todas estas, y otras manifestaciones judiciales, corresponden a la justa retribución sobre quienes practicaban el pecado en forma voluntaria, teniendo conocimiento de lo que Dios había establecido y actuando contra Él, como se lee literalmente, *con puño alzado*, en abierto desafío contra Dios. El pecado se completa también contra quienes tienen en poco la palabra de Dios, es decir, aquellos que consideran los escritos bíblicos como si se tratase de escritos humanos. Aquellos que desprecian la Palabra teniéndola en poca estima, son considerados por Dios como *malditos*, es decir, acreedores del juicio divino sobre ellos (Dt. 27:26).

3. ¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron.

πῶς ἡμεῖς ἐκφευξόμεθα τηλικαύτης ἀμελήσαντες σωτηρίας, ἥτις
¿Cómo nosotros escaparemos tan grande habiendo descuidado de salvación? La cual
ἀρχὴν λαβοῦσα λαλεῖσθαι διὰ τοῦ Κυρίου ὑπὸ τῶν
un principio habiendo recibido de ser hablada por medio del Señor por los que
ἀκουσάντων εἰς ἡμᾶς ἐβεβαιώθη,
oyeron a nosotros llegó confirmada.

Notas y análisis del texto griego.

El versículo expresa una pregunta retórica reflexiva que demanda una respuesta negativa por el lector, comenzando con πῶς, partícula interrogativa adverbial, que realmente es un pronombre interrogativo *como, de que manera, por qué medio*; ἡμεῖς, caso nominativo plural del pronombre personal *nosotros*; ἐκφευξόμεθα, primera persona plural del futuro de indicativo en voz meda del verbo ἐκφεύγω, *escapar, huir*, aquí como *escaparemos*; τηλικαύτης, caso genitivo femenino singular del adjetivo demostrativo *tan grande*; ἀμελήσαντες, caso nominativo masculino plural con el participio de aoristo primero en voz activa del verbo ἀμελέω, *no hacer caso, descuidar, desamparar,* aquí como *descuidamos o habiendo descuidado*; σωτηρίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de salvación*. La siguiente cláusula expresa el modo como llegó el mensaje de salvación, con ἥτις, caso nominativo femenino singular del pronombre relativo *la que, la cual*; ἀρχὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *principio*, *comienzo*; λαβοῦσα, caso nominativo femenino singular con el participio aoristo segundo en voz activa del verbo λαμβάνω, *tomar*, *coger, agarrar, recibir, aceptar,* aquí como *habiendo recibido*; λαλεῖσθαι, presente de infinitivo en voz pasiva del verbo λαλέω, *hablar, decir*, aquí como *de ser hablada*; διὰ, preposición de genitivo *por medio de, por causa de, por, a través de,* aquí como *por medio de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; Κυρίου, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Señor*; ὑπὸ, preposición de genitivo *por, por causa de, de parte de, por acción de*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; ἀκουσάντων, caso genitivo masculino plural, realmente un ablativo articular, con el participio aoristo primero en voz activa del verbo ἀκούω, *oír*, aquí como *que oyeron*; εἰς, preposición de acusativo *hacia, para, dentro de, en, en relación con, a*; ἡμᾶς, caso acusativo plural del pronombre personal *nosotros*; ἐβεβαιώθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo βεβαιόω, *confirmar, hacer efectivo, consolidar, afianzar*, aquí como *llegó confirmada.*

La advertencia solemne está dirigida a creyentes, como lo está toda la Epístola. Una evidencia es la incorporación del autor hablando en plural al formular la pregunta retórica: πῶς ἡμεῖς ἐκφευξόμεθα *"¿Cómo escaparemos nosotros…?"* La argumentación es sencilla: Si aquellos de la antigüedad con un mensaje mucho más limitado fueron disciplinados por Dios por su rebeldía, cuanto más el creyente que tiene ahora el mensaje completo (1:2). La responsabilidad y el peligro de desobediencia están en relación con τηλικαύτης ἀμελήσαντες σωτηρίας *"una salvación tan grande"*.

Entender el texto exige entender el concepto *salvación* contenido en él. La salvación es un proceso que Dios estableció, ejecutó, aplicó y llevará a término definitivo por su propia y soberana voluntad. La planificación de la salvación se produjo antes de la creación (2 Ti. 1:9). La ejecución se produjo en el tiempo histórico de los hombres, cuando llegó el momento que Dios había determinado para efectuarla, enviando al Hijo al mundo para que en su humanidad llevase a cabo la obra salvadora dando su vida en sustitución del pecado de los salvos (Gá. 4:4; 1 P. 1:18-20). La obra de salvación sigue su

curso en la experiencia de vida cristiana en la esfera de la santificación, que no es otra cosa que la consecuencia de la regeneración y dotación de una nueva naturaleza en la vida cotidiana del creyente, a cuya vida de santidad se demanda una atención continua por parte del cristiano (Fil. 2:12), a causa de que el poder para llevarla a cabo procede de Dios que lo genera y comunica en la intimidad de cada hijo suyo (Fil. 2:13). La vida de santificación se experimenta y vive en la esfera de la santidad. La santidad no es una opción de vida cristiana, sino la razón misma y la forma natural de ella, de ahí la demanda de la Escritura: *"Sed santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo"* (1 P. 1:15-16). La santidad corresponde a la vida de aquellos que han sido separados del mundo para Dios (Jn. 17:14-16). La vida de santidad demanda obediencia a Dios, porque a esa esfera de obediencia han sido llevados quienes son hijos suyos por fe en Cristo. La salvación se recibe en un acto de fe, que no es otra cosa que un acto de obediencia al llamado de Dios. El Espíritu Santo capacita al cristiano para el primer paso de obediencia y la regeneración lo conduce a una esfera natural de obediencia. Es interesante lo que el apóstol Pedro enseña sobre esto: *"Elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo"* (1 P. 1:2). El verbo *obedecer*, que se traduce de este modo, no aparece como verbo en el texto griego, sino como sustantivo. En ese sentido se lee *"para obediencia"*, es decir, la obediencia viene a formar parte y expresión natural del modo de vida del regenerado. Antes, a causa del pecado, todos los hombres somos *desobedientes* y por tanto, la ira de Dios está sobre cada uno de los que son desobedientes (Ef. 2:2-3). A causa de la desobediencia adquirida por el pecado, cada hombre es desobediente, es decir, desobedece porque esa es su condición natural. Sin embargo, en la regeneración el cristiano es liberado del poder de la desobediencia natural para ser capacitado para obediencia continuada y permanente a Dios. No se puede hablar de nuevo nacimiento si no se habla al mismo tiempo de obediencia. Tal era la realidad de comportamiento que evidenciaba la realidad espiritual de los salvos en Tesalónica, de quienes se da testimonio de haber salido de los ídolos hacia Dios, para obedecer (1 Ts. 1:9). El verdadero amor a Dios y a Jesús se expresa en obediencia sin reserva a sus mandamientos (Jn. 14:15, 21, 23, 24). Por esa razón el Señor advierte que no se le llame de ese modo si no se está dispuesto ha hacer su voluntad y obedecer sus mandamientos (Lc. 6:46). Quien sabiendo que debe obedecer y siendo capacitado por Dios mismo para hacerlo, no lo hace, se convierte en un rebelde que abiertamente desafía a Dios.

La acción disciplinaria de Dios es una exigencia de su amor y una demanda de su justicia. El escritor de la Epístola se pregunta πῶς ἡμεῖς ἐκφευξόμεθα *"¿cómo escaparemos?"* de una situación de desobediencia voluntaria, esto es, como se evitará que Dios intervenga en juicio sobre quienes se muestran desafiantes con Él. ¿De que aspecto de la salvación está haciendo

referencia? Sin duda cada creyente ha *escapado* de la ira de Dios en cuanto a condenación eterna por el pecado (Ro. 8:1). El creyente no vendrá jamás a condenación por cuanto la responsabilidad penal por el pecado, lo que el apóstol Pablo, llama *"la paga del pecado"*, es la muerte (Ro. 6:23). Esa *paga*, la responsabilidad penal por el pecado, ha sido satisfecha definitiva y absolutamente por Cristo en su obra redentora, por tanto, ningún salvo será llamado a una responsabilidad penal que ha sido extinguida para él por la obra sustitutoria del Salvador. Todo aquel que cree no vendrá jamás a condenación porque ha pasado de muerte a vida (Jn. 5:24). Sin embargo, el hecho de estar libre de condenación, no implica que esté libre de la acción disciplinaria de Dios sobre la rebeldía del creyente. No hay puerta de escape al pecado voluntario[1]. La gravedad de la situación está en no prestar atención al mensaje de salvación, que se define aquí como τηλικαύτης σωτηρίας, *"una salvación tan grande"*. Es grande por su origen, por su ejecución, por su aplicación y por su esperanza. Pero, esta salvación grande, lo es también por el compromiso que conlleva de obediencia. Dios otorga una salvación *tan grande* capacitando al creyente para atender y llevar a cabo lo que Él establece. Por tanto, cuando un cristiano se desvía del camino a seguir, Dios, en gracia, actúa estableciendo su disciplina correctora, para que, como Padre del cielo en trato de amor a sus hijos, sean restaurados a la santidad de vida. La disciplina nunca es castigo, sino corrección de amor y camino de restauración. Ese es un trabajo divino de Dios a los suyos (12:5-6). El propósito de la disciplina no es castigar al creyente por el pecado cometido, cosa imposible en la justicia de Dios que cargó sobre Jesús y demandó de su Hijo nuestro castigo, sino reconducir al creyente para ajustarlo a la voluntad de Dios, para lo que es provechoso, de modo que podamos participar en su santidad (12:10). Cuando el creyente no se disciplina a sí mismo para un ajuste de la vida a la voluntad de Dios, y cuando la iglesia no disciplina en corrección a los creyentes, lo tiene que hacer Dios mismo interviniendo en juicio sobre los rebeldes y transgresores, a fin de limpiar a Su pueblo y de restaurar a los extraviados.

Algunas veces la disciplina divina sobre el creyente, a causa de su pecado, alcanza cotas sumamente altas, que incluso puede producir la muerte física del transgresor, como fue el caso del incestuoso de la iglesia en Corinto, entregado a Satanás para la destrucción de la carne, a fin de que el espíritu fuese salvo en el día del Señor Jesucristo (1 Co. 5:5). El apóstol Juan enseña a orar por la restauración de los creyentes que han pecado, pero enseña también que cuando existe un *pecado a muerte*, es decir, cuya disciplina lleva aparejada la muerte física del transgresor, no se ore en ese sentido porque la disciplina de Dios determina su muerte física (1 Jn. 5:16). Hay ejemplos que lo evidencian, como el caso de mentir al Espíritu en que incurrieron Ananías y Safira (Hch. 5),

---

[1] Este asunto se considerará más ampliamente en las notas a 10:19ss.

o las consecuencias sobre los divisionarios de la iglesia en Corinto, algunos de los cuales habían sido disciplinados por el Señor con la muerte física (1 Co. 11:30).

La grandeza del mensaje de salvación, establecido en el evangelio, que comprende no solo el mensaje de salvación para justificación por la fe, sino también el de santificación y el de esperanza en la glorificación, es grande también por su procedencia: ἥτις ἀρχὴν λαβοῦσα λαλεῖσθαι διὰ τοῦ Κυρίου *"La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor"*. Jesús es el Verbo de Dios encarnado y su misión primaria en el inicio de su ministerio fue la de revelar a Dios (Jn. 1:18). Esta revelación de Dios para conocimiento del hombre comporta la aceptación del mensaje con fe y el encuentro con Jesús para salvación: *"Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados y yo os haré descansar"* (Mt. 11:28). El mensaje de salvación no fue enviado del cielo a la tierra por ángeles o comunicado a los profetas, sino transmitido directamente por el Hijo, que recorría todos los lugares de Palestina predicando el evangelio del reino (Mr. 1:14). La misión de Jesús como proclamador de la buena noticia de Dios a los hombres, había sido ya anunciada por los profetas, como Él mismo dijo refiriéndose en Él y en su ministerio, el cumplimiento de las profecías (Lc. 4:18-19). Entre la resurrección y la ascensión, el Señor dedicó tiempo a dar continuidad a su ministerio de anunciar el reino (Hch. 1:3). Pero, la grandeza de la salvación, es que provee también de forma de vida para quienes son discípulos de Jesús. Los apóstoles debían enseñarles la forma de vida que el Señor había establecido llamándolos al cumplimiento de todo cuanto había establecido (Mt. 28:20). De manera que si la desobediencia a un mensaje dado por ángeles tuvo retribución de castigo para los desobedientes, mucho más debe esperar quien quebrante o desobedezca el que fue dado por el Hijo mismo.

El mensaje de salvación tuvo confirmación: ὑπὸ τῶν ἀκουσάντων εἰς ἡμᾶς ἐβεβαιώθη *"Nos fue confirmada por los que oyeron"*. Los lectores de la epístola no habían recibido el mensaje directamente del Señor, sino que había llegado a ellos por quienes lo oyeran de Él, que fueron los apóstoles, como confirma Juan: *"Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida… lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos"* (1 Jn. 1:1, 3). Es interesante notar que el autor se incluye entre los que fueron enseñados por los apóstoles, por tanto, es una evidencia más que no puede estar entre aquellos. Esto aporta una evidencia más de que el autor de la carta no debió haber sido ninguno de los discípulos y tampoco Pablo, cuya enseñanza no fue dada por hombres, sino que la recibió directamente del Señor (1 Co. 11:23; Gá. 1:11; 2:6). El autor se coloca en la misma situación de Lucas, quien también asegura que recibió el evangelio de quienes estuvieron desde el principio con el Señor (Lc. 1:2).

4. Testificando Dios juntamente con ellos, con señales y prodigios y diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad.

συνεπιμαρτυροῦντος τοῦ Θεοῦ σημείοις τε καὶ τέρασιν καὶ
Apoyando también con su testimonio - Dios con señales tanto como prodigios y
ποικίλαις δυνάμεσιν καὶ Πνεύματος ῾Αγίου μερισμοῖς κατὰ τὴν
diversos poderes y del Espíritu Santo para distribuciones según la
αὐτοῦ θέλησιν
de Él voluntad.

Notas y análisis del texto griego.

Continuando sin interrupción la advertencia prosigue con συνεπιμαρτυροῦντος, caso genitivo masculino singular con el participio de presente en voz activa del verbo συνεπιμαρτυρέω, *testificar al mismo tiempo, apoyar el testimonio*, aquí como *apoyando también su testimonio*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, no traducible en castellano al ir ligado a nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre *Dios*; σημείοις, caso dativo neutro plural del sustantivo declinado *con señales*; τε, partícula conjuntiva, que puede construirse sola, pero generalmente está en correlación con otras partículas, en este caso, al preceder a καὶ, conjunción copulativa *y*, adquieren juntas el sentido de *como con, tanto como, no solamente, sino también*; τέρασιν, caso dativo neutro plural del sustantivo *prodigios*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ποικίλαις, caso dativo femenino plural del adjetivo *diversos*; δυνάμεσιν, caso dativo femenino plural del sustantivo *poderes, fuerzas*; καὶ, conjunción copulativa *y*; Πνεύματος, caso genitivo neutro singular del nombre declinado *del Espíritu*; ῾Αγίου, caso genitivo neutro singular del adjetivo, que en este caso es nombre propio, *Santo*; μερισμοῖς, caso dativo masculino plural del sustantivo declinado *para divisiones, para distribuciones, para separaciones*; κατὰ, preposición de acusativo, aquí como *según*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; θέλησιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *voluntad*.

Συνεπιμαρτυροῦντος τοῦ Θεου. Este mensaje de salvación que proclamaron los apóstoles después de la ascensión del Señor, recibió el respaldo del testimonio divino, uniéndose a quienes testificaban anunciando el evangelio de la gracia. Es decir, el Resucitado actuaba juntamente con sus testigos, conforme a su promesa (Mt. 28:20). Las evidencias de ese respaldo fueron σημείοις τε καὶ τέρασιν καὶ ποικίλαις δυνάμεσιν *"las señales y prodigios y diversos milagros"* que los predicadores del evangelio hacían en el nombre del Señor. El ministerio evangelizador de Jesús estuvo rodeado de prodigios y señales que Él hacía (Hch. 2:22). Dios respaldaba así el mensaje y autentificaba a los mensajeros, ya que las mismas señales que había hecho Jesús, las hacían luego quienes proclamaban el mensaje del mismo evangelio que el Señor había predicado (Mr. 16:17-18). El término σημείοις *señales*, es una referencia a las señales mesiánicas que los profetas habían anunciado como hechos que haría el Mesías y que habiendo sido hechas por Jesús lo

autentificaba como el Mesías anunciado. Esas señales hechas por los apóstoles y predicadores del evangelio en los primeros tiempos de la iglesia, indicaban también el origen divino del mensaje, como había ocurrido antes con Moisés, en donde las señales que acompañaban autentificaban que el mensaje de Moisés procedía de Dios (Ex. 7:3; 8:19). De la misma manera el Mesías sería identificado como tal por las señales que haría (Is. 35:5-6; 61:1-2). No cabe duda que Jesús evidenció su deidad por medio de señales. Esa fue la prueba que dio a Juan el bautista cuando envió a sus discípulos para preguntarle si era el que había de venir o tenían que esperar a otro (Mt. 11:2-6). Según Lucas Cristo hizo una serie de milagros a la vista de los dos discípulos que Juan enviaba, y que *"en esa misma hora sanó a muchos de enfermedades y plagas, y de espíritus malos, y a muchos ciegos les dio la vista"* (Lc. 7:21). No hubo argumentos mediante palabras, Jesús hizo algo mejor, puso sus obras de poder ante los dos discípulos encomendándoles luego que regresaran a Juan y les hicieran saber lo que habían visto y lo que otros decían acerca de Él. Siempre el Señor acompañó sus palabras con obras que ponían de manifiesto la realidad de los dichos. Jesús dio a los discípulos de Juan una respuesta en la que se reproducía uno de los pasajes proféticos sobre las obras que haría el Mesías en su venida. Casi al pie de la letra cita Jesús a Isaías (Is. 35:5, 6; 61:1, 2). Juan conocía bien las profecías relativas al Mesías, aquello era una evidencia de que ya había venido el que esperaban, por tanto, no era necesario esperar a otro. Los discípulos de Juan debían informar al profeta de lo que habían visto. Eran testigos de cómo los ciegos recobraban la vista y según la Escritura era potestativo de Dios (Sal.146:8), por eso algunos decían que si Jesús no hubiese venido de Dios nada podía hacer (Jn. 9:33). La resurrección de muertos era evidencia de la omnipotencia del Señor, en quien estaba la vida (Jn. 1:4). Los cojos que andaban ponían de manifiesto que el Mesías había sido enviado. El profeta Isaías había anunciado que Dios mismo vendría y entonces los ojos de los ciegos serían abiertos (Is. 35:5-6). Juan debía saber que el Hijo de Dios había llegado al mundo de los hombres y que Jesús de Nazaret era el Mesías anunciado. Por esa razón el apóstol Juan en su Evangelio, llama *señales* a los milagros de Jesús. Nicodemo, uno de los maestros de Israel, reconoció a Jesús por las señales que hacía (Jn. 3:1). Los enviados por Cristo hicieron esas señales como respaldo al mensaje de salvación que proclamaban y que manifestaba la resurrección del Salvador, que seguía haciendo las mismas obras que había hecho en su vida terrenal. De esa manera, no solo se autentificaba el mensaje y la procedencia divina del mismo, que anunciaba que Cristo había resucitado, sino que demostraba la realidad de la resurrección del Señor, sin cuyo hecho no habría salvación (Ro. 4:25).

Unido a las señales estaban también los τέρασιν, *prodigios*, que son acciones sobrenaturales imposibles para el hombre y sólo posibles para Dios. Además había en el ministerio de los predicadores *"diversos milagros"*, señales

poderosas, acciones hechas necesariamente por el poder del Señor, hechos portentosos semejantes a los operados por el Mesías, que hacían manifiesto la realidad de la venida del reino de Dios (Lc. 11:20).

Toda aquella manifestación de poder en los discípulos de Jesús, se acompañaba de καὶ Πνεύματος ἁγίου μερισμοῖς κατὰ τὴν αὐτοῦ θέλησιν *"repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad"*. El Espíritu había descendido a la tierra para sustituir al Señor ascendido y seguir la obra de Dios entre los hombres como Vicario de Cristo en la tierra. El Espíritu repartía dones, conforme a las necesidades de la iglesia, entre los que estaban también los de señales y milagros (1 Co. 12:10, 29). La acción del Espíritu era soberana: κατὰ τὴν αὐτοῦ θέλησιν,*"según su voluntad"* (1 Co. 12:4, 7, 11). Puede entenderse que algunos de los dones no estén *operativos* hoy, pero, no cabe duda que el Espíritu Santo puede darlos cuando quiera, como quiera y a quien quiera. La teología de los hombres y su posición frente a los milagros y señales prodigiosas, se posiciona conforme al pensamiento y criterio humano pretendiendo que el Espíritu Santo haga lo que la escuela teológica quisiera obligarle a hacer. De tal manera que algunos están en el puro subjetivismo, considerando que sin prodigios y señales no hay presencia del Espíritu y otros, en un sentido contrario pero igualmente incorrecto, afirman que esas señales no pueden hacerse hoy porque no están *vigentes.* ¿Quién puede decir al Espíritu de Dios lo que está vigente y lo que no está, si la vigencia o no de un don es potestativa del Espíritu que lo da? Todo lo más puede considerarse que algunos dones no estén *operativos*, pero nunca afirmar que no están vigentes. De la misma manera hay quienes exigen al Espíritu que se manifieste en sanidades, milagros, lenguas, etc. cuando ellos deseen, cayendo en el mismo error pero de signo contrario. El subjetivismo de ciertos grupos llega al extremo de pretender que el Espíritu haga un espectáculo de ilusionismo rayano en la magia, haciendo cosas que nunca hizo antes ni están reveladas en la Palabra. El texto que consideramos debe hacernos reflexionar, en el sentido de que el Espíritu Santo es poderoso para obrar y obra, sin importar el tiempo, cuando Él quiere. Pero, no es menos cierto que las señales pueden variar en el tiempo, pero han de mantenerse como hechos visibles que testifican de la realidad de un mensaje de salvación que transforma. En nuestros días, la señal más impactante para testimonio al mundo es la genuina transformación de las vidas de los creyentes. Hombres y mujeres que vivimos en un mundo perdido y corrupto somos transformados en creyentes seguidores de Jesús, que manifiestan santidad de vida y compromiso de amor. Sin señales de poder en la transformación de nuestras vidas, no hay mensaje poderoso del evangelio que pueda impactar en el mundo. Hogares desechos, matrimonios fracasados, creyentes sin ética moral conforme a la Palabra, son un verdadero contratestimonio para quienes oyen palabras que anuncian un evangelio transformador. Iglesias en conflicto, falta de comunión entre hermanos, exclusivismo y sectarismo, son otras tantas

manifestaciones negativas que restan credibilidad al mensaje poderoso para salvación que transforma a los hombres y hace de todos los cristianos hermanos que se aman en Cristo Jesús. Estar buscando grandes señales, milagros y portentos, resta la atención primaria a la señal principal de una vida transformada a la semejanza de Jesús por el Espíritu Santo.

El escritor cierra la advertencia solemne llamando a los creyentes a reflexionar sobre su posición en relación con el evangelio de una salvación tan grande. ¿Estaban comprometidos con el mensaje y lo hacían personal para vivir conforme a sus demandas? Cualquier desliz en relación con una *salvación tan grande*, puede acarrear la acción disciplinaria de Dios, lo mismo que ocurrió con mensajes más limitados dados por los ángeles o por los profetas. Es una solemne advertencia a cada uno de nosotros para enfrentarnos con esta demanda y determinar en que posición estamos cada uno.

Como realizador de la verdadera libertad (2:5-18).

Jesús es superior a los ángeles por cuanto es capaz de dar verdadera libertad.

5. Porque no sujetó a los ángeles el mundo venidero, acerca del cual estamos hablando.

Οὐ γὰρ ἀγγέλοις ὑπέταξεν τὴν οἰκουμένην τὴν μέλλουσαν, περὶ
Porque no a ángeles sujetó la tierra habitada la que viene acerca de
ἧς λαλοῦμεν.
la que hablamos.

Notas y análisis del texto griego.

El enlace con lo que antecede se realiza mediante οὐ, adverbio de negación *no*; seguido de γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al adverbio y que en español lo precede, actuando como *conjunción coordinativa*; ἀγγέλοις, caso dativo masculino singular del sustantivo declinado *a ángeles*; ὑπέταξεν, tercera persona singular del aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo ὑποτάσσω, *someter, subordinar*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; οἰκουμένην, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *tierra habitada, mundo*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; μέλλουσαν, caso acusativo femenino singular con el participio de presente en voz activa del verbo μέλλω, *estar a punto de, deber, haber de, ser futuro,* aquí como *que viene*; περὶ, preposición de genitivo, *acerca de*; ἧς, caso genitivo femenino singular del pronombre relativo, *la que*; λαλοῦμεν, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λαλέω, *hablar,* aquí como *hablamos.*

Luego del paréntesis de la exhortación solemne, prosigue la argumentación de las evidencias que ponen de manifiesto la superioridad del Hijo sobre los ángeles, pasando a considerar la autoridad del Cristo sobre el mundo. Él es el Rey, a pesar del rechazo que el mundo manifiesta hacia él. El argumento que prueba esa verdad se basa en el dominio que el Señor ejercerá sobre el mundo venidero, que estará sometido a Él y no a los ángeles. A pesar del abajamiento redentor, de los sufrimientos y del rechazo en la pasión, Jesús es el Rey de reyes y el Señor de señores. Lo es no solo por su condición divina, sino también por su obra redentora. La afirmación es precisa: Οὐ γὰρ ἀγγέλοις ὑπέταξεν τὴν οἰκουμένην τὴν μέλλουσαν, *"Porque no sujetó a los ángeles el mundo venidero"*. Quiere decir, que este mundo actual con su sistema, dará paso a otro futuro y glorioso, en donde Jesús se manifestará en plenitud de poder divino y reinará sobre todo.

El proyecto de Satanás en relación con el establecimiento de su reino originó la situación actual. El inicuo que se levantó arrogante contra el orden establecido por Dios, decidió establecer el suyo propio, para lo que subiría al cielo, donde Dios se manifestaba en su trono de gloria y, junto al trono de Dios pretendía levantar el suyo propio, sentándose sobre un lugar en donde podría ejercer autoridad al margen de Dios (Is. 14:13-14). El tendría un trono y sería *semejante* al Altísimo, en cuanto a tener un reino donde podría gobernar independientemente de Él. El mundo habitado, la tierra, fue colocada por el Creador bajo la autoridad y gobierno del hombre (Gn. 1:28), quiere decir esto, que Dios puso el cetro de Su autoridad delegada en mano del hombre, para que ejerciera el señorío conferido sobre la tierra. Despojado Satanás de su ministerio celestial y arrojado de la presencia del Señor, eternamente condenado (Ez. 28:18), procuró llevar a cabo su propósito de establecer un reino con súbditos que le obedeciesen, para lo que buscó la derrota del hombre por medio de la tentación (Gn. 3:1ss). Con la caída el hombre entregó en manos del tentador su cetro de autoridad, pasando la gloria de los reinos de este mundo a manos del tentador. De ese modo afirmó su condición delante del Señor cuando al tentarle, dijo: *"A ti te daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí me ha sido entregada, y a quien quiero la doy"* (Lc. 4:6). Cristo no llamó mentiroso por esa afirmación a Satanás, ya que como usurpador del gobierno en la tierra, lo ejerce por la derrota del hombre. Además, el diablo es también la autoridad sobre los ángeles caídos, que forman sus huestes y le obedecen, siendo Satanás el *"príncipe de la potestad del aire"* (Ef. 2:2). Por esa razón está ejerciendo el control en lo que se llama en la Palabra el *"presente siglo malo"*. Esta autoridad es impía por cuanto trata de suplantar y sustituir a Dios, constituyéndose el diablo en *dios de este siglo* (2 Co. 4:4). La autoridad de Satanás es evidente, conforme a la revelación bíblica, dando los reinos y controlando los gobiernos del mundo por medio de sus ángeles. Tal era el caso del reino de Persia, en donde un demonio estaba en el control gubernativo de aquel reino, como ocurría

también en el reino de Grecia (Dn. 10:20). Satanás establece sus huestes de maldad para oponerse a la voluntad de Dios, procurando impedir la respuesta a la oración y la revelación del futuro glorioso que el Señor ha determinado para el mundo (Dn. 10:13). La autoridad malvada ejerce su gobierno sobre los hombres en la esfera de las tinieblas (Ef. 6:12). Dios ha colocado a sus ángeles en un ministerio que refrene las acciones y propósitos de Satanás. Ya en la Epístola se aprecia el servicio que ejercen a favor de los creyentes (1:14). Además el Creador tiene ángeles en misiones concretas, como es la protección de Israel, a fin de que no sean los hombres, movidos por Satanás, capaces de extinguirlo, ya que impediría la realización del programa de la historia determinada por Dios para este mundo. Por esa razón encomendó el cuidado de su pueblo Israel al arcángel Miguel (Dn. 10:21; 12:1). Igualmente los ángeles de Dios son utilizados como instrumentos en Su mano para influenciar benéficamente en los gobernantes para disponerlos a la ejecución de los designios divinos (Dn. 10:13). El proyecto supremo de Satanás, es colocar un hombre, bajo su control, en el trono de Dios en la tierra suplantando, no solo al hombre que Dios estableció para que gobierne el mundo, sino a Dios mismo, usurpando el lugar que le corresponde y haciéndose adorar como si fuese Dios (2 Ts. 2:3-4). Este hombre impío, controlado y conducido con el poder de Satanás, será el Anticristo, la primera bestia (Ap. 13:1-10). El Anticristo ocupará el gobierno mundial por un tiempo corto, gobernando bajo la autoridad de Satanás (Ap. 13:4, 7). El Espíritu Santo está impidiendo esa acción diabólica hasta que se produzca el traslado de la Iglesia, en donde el Espíritu se hará a un lado, en sentido de dejar la operación de contención en el programa diabólico, permitiendo que el hombre de pecado se siente en el trono que corresponde al Hijo de Dios.

El futuro del mundo no estará bajo la sujeción o el control de los ángeles. Un cambio sustancial se producirá con la segunda venida de Jesucristo. El escritor de la Epístola está viendo todavía más allá del reino milenial que el Hijo establecerá en el mundo con su venida. De ese admirable mundo, creación nueva de Dios, es de lo que está hablando en esta argumentación, cuando dice: περὶ ἧς λαλοῦμεν, *“Acerca del cual estamos hablando”.* Se refiere a la tierra habitada después del tiempo presente, esto es, del sistema actual. Se trata del nuevo orden establecido por la entronización del Hijo sentado a la diestra de la Majestad, con proyección futura y eterna. Hay, pues, un mundo venidero, superior en todo a lo que conocemos ahora. Hay también, en consonancia con ese mundo nuevo, unos bienes venideros de los que se considerará más adelante (10:1; 9:11). Hay una ciudad gloriosa que vendrá, correspondiente a ese mundo nuevo, creada por Dios, cuya gloria no es equiparable con nada conocido ahora (13:14). Es necesario entender bien que el reino de Dios sobre el mundo, no se consuma en el milenio, que será una de las manifestaciones futuras del reino, pero no la única, necesaria para el cumplimiento de las promesas dadas por Dios

en los pactos antiguos, abrahamico, sinaítico y davídico. Más tarde, después del reino milenial, se producirá la remoción de todo lo creado y la aparición de cielos nuevos y tierra nueva, que proyectan a un estado eterno el reino de Dios, o reino de los Cielos (2 P. 3:11-13).

6. Pero alguien testificó en cierto lugar, diciendo:
¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él,
O el hijo del hombre, para que le visites?

διεμαρτύρατο δέ πού τις λέγων·
Y testificó solemnemente en cierto lugar alguien diciendo:
τί ἐστιν ἄνθρωπος ὅτι μιμνῄσκῃ αὐτοῦ,
¿Qué es el hombre de modo que te acuerdas de él
ἢ υἱὸς ἀνθρώπου ὅτι ἐπισκέπτῃ αὐτόν
o hijo de hombre para que tomes en consideración le?

Notas y análisis del texto griego.

Mediante una breve cláusula absolutamente indefinida, introduce las citas bíblicas, con διεμαρτύρατο, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz media del verbo διαμαρτύρομαι, *conjurar, testificar solemnemente*, aquí como *testificó solemnemente*; que precede a δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; πού, adverbio indefinido, *en alguna parte, en cierto lugar*; τις, caso nominativo masculino singular del pronombre indefinido *alguien*; λέγων, caso nominativo masculino singular con el participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir,* aquí como *diciendo*. La segunda cláusula comprende ya el texto bíblico, con τί, caso nominativo neutro singular del pronombre interrogativo *qué*; ἐστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *es*; ἄνθρωπος, caso genitivo masculino singular del sustantivo genérico *hombre*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; μιμνῄσκῃ, segunda persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo μιμνῄσκομαι, *recordar, acordarse, tener en cuenta*, aquí como *te acuerdas*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de él*; ἢ, conjunción disyuntiva *o*; υἱὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo *hijo*; ἀνθρώπου, caso genitivo masculino singular del sustantivo declinado *de hombre*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; ἐπισκέπτῃ, segunda persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo ἐπισκέπτομαι, *mirar por, visitar*, con la connotación de *preocuparse por alguien, tomar en consideración*, *visitar con clemencia,* teniendo por sujeto a Dios, como en este caso; αὐτόν, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *le*.

Διεμαρτύρατο δέ πού τις λέγων. Una nueva apelación a la Escritura fundamenta la argumentación de este párrafo. La referencia es indefinida, no por ignorancia, sino por pleno conocimiento de quien fue el autor de la referencia y el lugar donde se encuentra. Hay que tener en cuenta que tanto el

autor como los destinatarios de la Epístola son conocedores del texto bíblico del Antiguo Testamento. La falta de mención del nombre del escritor de la referencia bíblica se debe a que lo que le interesa es destacar el testimonio que Dios mismo da en su Palabra. Cualquier escrito bíblico, aunque indudablemente procede de un autor humano, no surge de su pensamiento sino de la comunicación que Dios le da por medio de su Espíritu (1:1).

La reflexión que se sustenta en la referencia bíblica es sobre el hombre y se establece mediante una pregunta retórica que exige una respuesta negativa: τί ἐστιν ἄνθρωπος ὅτι μιμνῄσκῃ αὐτοῦ, ἢ υἱὸς ἀνθρώπου ὅτι ἐπισκέπτῃ αὐτόν, *"¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre para que le visites?"*. Las palabras son tomadas del libro de los Salmos (Sal. 8:4-6). La respuesta a una pregunta semejante es que comparado el hombre con el resto de la creación es como nada y mucho más si se compara con la grandeza de los ángeles, también creación de Dios. Sin embargo el hombre tiene la enorme importancia de haber sido creado a imagen y semejanza de Dios (Gn. 1:26), capacitándolo para llevar a cabo el gobierno del mundo por medio de la autoridad delegada del Creador y en plena comunión con Él. Ahora bien, la cita del Salmo no se utiliza aquí peyorativamente para minimizar al hombre, sino todo lo contrario, para enfatizar su grandeza. El Salmo dice que Dios *se acuerda*, del hombre para hacerlo señor en la tierra. Cuando la Biblia hace mención al *acordarse* de Dios tiene connotación de hacer algo para bendecir a aquel de quien se acuerda. Trae al hombre a la memoria para darle un lugar privilegiado y hacerle objeto de su bendición. De ese mismo modo se usa la palabra para referirse a la liberación del pueblo de Israel de la esclavitud en Egipto. Dios se acordó de aquella situación y en su recuerdo de gracia actuó para libertarlo de la opresión. Es necesario entender que la palabra *recordar*, procede del latín y significa literalmente *volver a pasar por el corazón*. El corazón de Dios está lleno de amor, por tanto, aquel que Dios trae a su *recuerdo*, le hace pasar por su corazón y le colma de favores y misericordias en una manifestación de su amor personal. Pero, no sólo se acordó, sino que también *lo visitó*. El término se usa en la Biblia para expresar la idea del acercarse de Dios en provecho del hombre, así se entiende bíblicamente la visita de Dios en el Hijo al mundo de los hombres. La entrada del Verbo encarnado significa una visita de Dios como se expresa en el *Benedictus* de Zacarías, que se acerca a los hombres con clemencia, para redención (Lc. 1:68). Esa *visitación* de Dios es manifestación de su *entrañable misericordia*, descendiendo de lo alto la aurora, es decir, iniciando el día histórico de la gracia en salvación, como cumplimiento del tiempo determinado por Dios para ello (Gá. 4:4). No fue una visitación para castigo, sino para salvación. El hombre, por tanto, es superior a los ángeles en relación con la gracia salvadora. Dios no se ha compadecido de los ángeles, pero ha visitado a los hombres. Pero, fundamentalmente, el argumento que está utilizando no es sobre salvación, sino sobre gobierno del

mundo. Dios se *acordó* del hombre y *visitó* al hombre, para constituirlo como gobernante que pudiera *señorear* sobre el mundo por delegación divina.

Al hombre se le llama en el Salmo, ἢ υἱὸς ἀνθρώπου, *hijo de hombre*, es decir, de la descendencia propia y natural del primer hombre. Sin embargo, un título semejante se le aplica a Jesús. Proféticamente se presenta como *"uno como un hijo de hombre"* (Dn. 7:13). Jesús mismo se refirió a él como a *un hombre* (Jn. 8:40). El mismo Pilato lo presentó al pueblo con la célebre expresión: *"He aquí el hombre"* (Jn. 19:5). No tiene esto que ver con el título habitual que Jesús utilizada para referirse a sí mismo como *Hijo del Hombre,* que está vinculado con la profecía y que enfatiza su condición divino-humana. El mismo Dios en visitación al hombre, se introdujo en el mundo de los hombres como un hombre, mediante la encarnación de la Segunda Persona Divina (Jn. 1:14). La humanidad es el vehículo que permite a Jesucristo hacerse Dios en encuentro de gracia con el hombre. Es la humanidad la que hace posible la humillación del Verbo eterno de Dios, y la experiencia de obediencia en la Deidad. Jesús es el hombre perfecto, autosuficiente, poderoso y absolutamente capaz para ejercer la autoridad que Dios había establecido para el gobierno del mundo, no sólo en la tierra, sino en toda su creación, dándole el nombre de autoridad suprema sobre cielos y tierra, como consecuencia de su resurrección (Mt. 28:18; Fil. 2:9-11).

En ese sentido escribe el profesor F. F. Bruce:

"Cuando el hombre falla en el cumplimiento del propósito divino (como, en alguna medida, todos lo hicieron en la época del Antiguo Testamento), Dios levanta a otro para que tome su lugar. Pero ¿quién podría tomar el lugar de Adán? Sólo uno que fuera capaz de deshacer los efectos de la caída de Adán y, por tanto, iniciar un nuevo orden en el mundo"[2].

Este es el Hombre, que tiene en sus manos el gobierno del mundo venidero. Este hombre perfecto, superior y supremo sobre los ángeles es Jesús.

7. Le hiciste un poco menor que los ángeles,
le coronaste de gloria y de honra,
y le pusiste sobre las obras de tus manos.

ἠλάττωσας αὐτὸν βραχύ τι παρ᾽ ἀγγέλους,
Hiciste menor le un poco mas que ángeles
δόξῃ καὶ τιμῇ ἐστεφάνωσας αὐτόν,
de gloria y de honor coronaste le.

[2] F. F. Bruce. o.c., pág. 35s.

Notas y análisis del texto griego.

Continúa la cita bíblica con ἠλάττωσας, segunda persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἐλαττόω, *hacer inferior, hacer menor,* en voz pasiva *disminuir*, aquí como *hiciste inferior, hiciste menor*; αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *le*; βραχύ, caso acusativo neutro singular del adjetivo *breve, poco*; τι, forma neutra del pronombre indefinido *alguno*; ambas palabras *breve, poco* y *alguno*, adquieren en sentido de *un poco*; παρ', preposición de acusativo en la forma que adopta la preposición παρά, por elisión de la α final cuando precede a una palabra que comienza con vocal, equivale a *junto a, al lado de, en comparación con, más que*; ἀγγέλους, caso acusativo masculino plural del sustantivo *ángeles*; δόξῃ, caso dativo femenino singular del sustantivo declinado *de gloria*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τιμῇ, caso dativo femenino singular del sustantivo declinado *de honor*; ἐστεφάνωσας, segunda persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo στεφανόω, *coronar,* aquí como *coronaste*; αὐτόν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *le.*

Δόξῃ καὶ τιμῇ ἐστεφάνωσας αὐτόν. La grandeza del hombre se expresa en la referencia del Salmo cuando se refiere a que Dios le coronó de gloria y de honra. La gloria del hombre consiste en haber sido hecho a imagen y semejanza de Dios (Gn. 1:27). Esa condición le permite ser gobernador en la creación de Dios, en el ámbito de la tierra, donde Dios le colocó para que fuese señor de ella. No cabe duda que el verdadero y universal Señor, de todo cuanto existe, es Dios mismo. Al hombre se le dio capacidad para ejercer autoridad sobre el mundo, su habitación. La referencia del texto no está dirigida, por el momento a Cristo, sino al hombre en general. Es cierto que Jesús, *el segundo Adán*, ha sido coronado de gloria y de honra como consecuencia de haber sido entronizado en los cielos a la derecha de la Majestad, pero, es un asunto que se considerará después (v. 9). Sin embargo, ἠλάττωσας αὐτὸν βραχύ τι παρ' ἀγγέλους, el hombre fue hecho *un poco menor* que los ángeles, tanto por su condición limitada, como también por la mortalidad. Los hombres tienen un tiempo corto de acción en la tierra, luego sobreviene la muerte, mientras que los ángeles no mueren.

Dios colocó al hombre *sobre las obras* salidas de sus manos. Es una clara alusión a la creación, en relación con la Tierra. La expresión no aparece así en algunos mss seguros y está tomada literalmente del texto griego de la LXX. La autoridad del hombre ha sido dada y determinada por Dios en su soberanía, como queda expresado en el Génesis: *"Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra"* (Gn. 1:28). Las obras de sus manos, es decir, la creación terrenal con todo cuanto comporta, quedó bajo la autoridad del hombre. Tal es la realidad de esa autoridad delegada por Dios, que el mismo Creador trajo a

Adán todos los animales creados para que les impusiera nombre (Gn. 2:19). Imponer nombre en la antigüedad y, sobre todo, en el pensamiento semita, era un ejercicio de autoridad. Esa autoridad será aplicada, como se dijo antes, a Jesucristo un poco más adelante.

8.Todo lo pusiste bajo sus pies.
Porque en cuanto le sujetó todas las cosas, nada dejó que no sea sujeto a él; pero todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas.

πάντα ὑπέταξας ὑποκάτω τῶν ποδῶν αὐτοῦ.
Todos sometiste debajo de los pies de él.
ἐν τῷ γὰρ ὑποτάξαι αὐτῷ τὰ πάντα οὐδὲν ἀφῆκεν αὐτῷ
Porque en el someter a él las cosas todas nada dejó a él
ἀνυπότακτον. Νῦν δὲ οὔπω ὁρῶμεν αὐτῷ τὰ πάντα ὑποτεταγμένα·
no sometido. Mas ahora aún no vemos le todas las cosas sometidas.

Notas y análisis del texto griego.

La primera cláusula corresponde al final del versículo anterior como continuidad del Salmo, con πάντα, caso acusativo neutro plural del adjetivo indefinido *todos*; ὑπέταξας, segunda persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὑποτάσσω, *someter*, aquí como *sometiste*; ὑποκάτω, preposición propia, de genitivo, *bajo*, *en lugar inferior a*, que hace las funciones del adverbio de lugar *debajo*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; ποδῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo *pies*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de él.* La segunda cláusula, propia del escritor, comienza con ἐν, preposición de dativo, *en*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado *el*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al pronombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ὑποτάξαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo ὑποτάσσω, *someter*, aquí de la misma forma; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal *a él*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; πάντα, caso acusativo neutro plural del adjetivo *todos*; literalmente *los todos*, que equivale en la traducción castellana a *las cosas todas*; οὐδὲν, caso acusativo neutro singular del pronombre indefinido *nada*; ἀφῆκεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀφίημι, *dejar,* aquí como *dejó*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal declinado *a él*; ἀνυπότακτον, caso acusativo neutro singular del adjetivo derivado del verbo ὑποτάσσω, *someter*, con α privativa, que adquiere el sentido de *no sometido, insubordinado, rebelde.* La tercera cláusula se inicia con νῦν, adverbio, *ahora, al presente, actualmente*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; οὔπω, adverbio temporal, *todavía no*; ὁρῶμεν, primera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, *mirar, notar, observar, ver,* aquí como *vemos*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal declinado *a él*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; πάντα, caso acusativo neutro plural del adjetivo

todos; literalmente *los todos*, que como se dice más arriba, que equivale en la traducción castellana a *las cosas todas*; ὑποτεταγμένα, caso acusativo neutro plural con el participio perfecto en voz pasiva del verbo ὑποτάσσω, *someter*, aquí como *sometidas.*

Πάντα ὑπέταξας ὑποκάτω τῶν ποδῶν αὐτου. El versículo culmina la referencia a la autoridad del hombre. Se aprecia, como en algunos otros lugares, una división defectuosa de los versículos, ya que la primera frase debiera ser la última del versículo anterior, toda vez que cierra la cita tomada del Salmo. Esa cita cierra la base bíblica para establecer la superioridad del hombre sobre los ángeles, en modo comparativo. Dios dio al hombre autoridad sobre todo lo creado, lo que no hizo con ninguno de los ángeles, incluyendo los más elevados y poderosos entre ellos. La autoridad delegada por Dios le había sido dada para gobernar la tierra y someter a sí mismo toda la creación terrenal. El hombre perdería esta autoridad, como se ha considerado antes, cuando cayó en la tentación y entregó al diablo el cetro de autoridad que había recibido de Dios mismo. Además, la misma creación se insubordina al hombre con la gran cantidad de catástrofes naturales que ha de sufrir. Debe entenderse que toda la creación quedó afectada por el pecado del hombre y fue sujetada a vanidad por Dios mismo, como el apóstol Pablo enseña, cuando escribe: *"Porque la creación fue sujetada a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza"* (Ro. 8:20). La bendición perdida en Edén, será recuperada y ejercida plenamente por el Hombre perfecto, Jesucristo, nuestro Señor, cuando venga nuevamente a la tierra para establecer el reino y gobernar, con la autoridad suprema sobre todo, en virtud a su muerte por el pecado (v. 10).

᾽Εν τῷ γὰρ ὑποτάξαι αὐτῷ τὰ πάντα οὐδὲν ἀφῆκεν αὐτῷ ἀνυπότακτον. Dios sujetó al hombre *"todas las cosas, nada dejó que no sea sujeto a él"*. Nuevamente debe entenderse que la referencia al *hombre*, es genérica y que la aplicación a Cristo, como Hombre perfecto, será hecha más adelante, en el siguiente versículo. Nada hay en el reino de este mundo que no haya sido puesto bajo la autoridad del hombre.

Νῦν δὲ οὔπω ὁρῶμεν αὐτῷ τὰ πάντα ὑποτεταγμένα. Sin embargo *"todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas"*. La apreciación desde la óptica humana es realmente esta. El hombre no está ejerciendo control sobre todas las cosas de la tierra y, mucho menos sobre el sistema cósmico de esta parcela de la creación de Dios. Ni los animales, ni la naturaleza se sujetan bajo su dominio. Aparentemente el propósito de Dios fue hecho fracasar por la caída del hombre en el pecado. Con todo, nada que el Soberano haya determinado y establecido podrá quedar sin ejecución. Dios ha determinado que el hombre gobierne sobre todas las cosas de la tierra y tendrá cumplimiento. El creyente,

por identificación con Cristo, ha alcanzado niveles de bendición gubernativa mayores que los de ejercer dominio sobre la Tierra. Dios lo ha hecho *dueño de todo* en Cristo Jesús, como enseña también el apóstol Pablo (1 Co. 3:21b). Dios ha constituido Señor y dueño de todo a su Hijo, proclamándolo de esa manera por la resurrección de los muertos. Toda la creación es de su propiedad, porque ha sido hecha en Él, por Él y para Él (Col. 1:16). El Heredero de todo hace herederos de todo el universo a quienes están en Él, considerándolos como herederos de Dios y coherederos con Cristo (Ro. 8:17). Potencialmente la autoridad divina le fue transferida a los hombres que están en Cristo, de modo que *"Todo es vuestro: sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir, todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios"* (1 Co. 3:21-23). Es verdad que aparentemente, conforme a la apreciación propia y limitada de los hombres, aún el hombre no reina y gobierna sobre la creación y no todo le está sometido, sin embargo, el hombre unido a Cristo reinará con Él.

9. Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos.

τὸν δὲ **βραχύ τι παρ' ἀγγέλους ἠλαττωμένον** βλέπομεν Ἰησοῦν διὰ
Pero el un poco mas que ángeles hecho menor vemos, a Jesús a causa
τὸ πάθημα τοῦ θανάτου **δόξῃ καὶ τιμῇ ἐστεφανωμένον**, ὅπως
del padecimiento de la muerte para gloria y honor coronado para que
χάριτι[1] Θεοῦ ὑπὲρ παντὸς γεύσηται θανάτου.
por gracia de Dios por todo gustase de muerte.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Alternativas de lectura.

[1] χάριτι Θεοῦ, *por gracia de Dios*, aparece atestiguada en $\mathbf{p}^{46}$, א, A, B, C, D, K, P, Ψ, 33, 81, 88, 104, 181, 326, 330, 424, 436, 451, 614, 629, 630, 1241, 1877, 1881, 1962, 1984, 1985, 2127, 2492, 2495, it$^{ar, c, d, dem, div, e, f, t, v, x, z}$, vg, syr$^{h, pal}$, cop$^{sa, bo, fay}$, arm, eth mss$^{acc\ de\ Orígenes}$, Orgenes$^{gr2/6}$, Eusebio, Atanasio, Faustino, Crisóstomo, Jerónimo, Cirilo, Eutalio.

χωρὶς Θεοῦ, *separado, lejos de, aparte de, sin, Dios,* lectura que figura en 021b, 424^{c}, 1739, mss$^{acc.\ de\ Orígenes}$, Orígenes$^{gr4/6,\ lat}$, Eusebio, Ambrosiastre, Abrosio, mss$^{acc\ de\ Ambrosio,\ Jerónimo}$, Teodoro, Teodoreto, Virgilio, Fulgencio, Anastasio-Abbot, Ps-Oecumenius, Teofilacteo. Por mayor solidez, se toma la alternativa primera.

Comienza la aplicación a Cristo, con τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*, que precede a δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante

es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; βραχύ, caso acusativo neutro singular del adjetivo *breve, poco*; τι, forma neutra del pronombre indefinido *alguno*; ambas palabras *breve, poco* y *alguno*, adquieren el sentido de *un poco*; παρ', preposición de acusativo en la forma que adopta la preposición παρά, por elisión de la α final cuando precede a una palabra que comienza con vocal, equivale a *junto a, al lado de, en comparación con, más que*; ἀγγέλους, caso acusativo masculino plural del sustantivo *ángeles*; ἠλαττωμένον, caso acusativo masculino singular con el participio perfecto en voz pasiva del verbo ἐλαττόω, *disminuir*, aquí como *hecho menor*; βλέπομεν, primera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo βλέπω, *ver, mirar, apreciar,* aquí como *vemos*; ᾿Ιησοῦν, caso acusativo masculino singular del nombre propio declinado *a Jesús*; διὰ, preposición de acusativo, *a causa de*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; πάθημα, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *sufrimiento, pasión*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*, femenino en castellano *de la*; θανάτου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *muerte*; δόξῃ, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *para gloria*, que puede tomarse también como genitivo *de gloria*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τιμῇ, caso dativo femenino singular del sustantivo *honor*; ἐστεφανωμένον, caso acusativo masculino singular con el participio perfecto en voz pasiva del verbo στεφανόω, *coronar*, aquí como *coronado*; ὅπως, conjunción que equivale a *de modo que, a fin de que, para que*; χάριτι, caso dativo femenino singular del sustantivo declinado *por gracia*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Dios*; ὑπὲρ, preposición de genitivo, *por*; παντὸς, adjetivo indefinido masculino singular *por todo*; γεύσηται, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz media del verbo γεύομαι, *gustar, comer, saborear,* aquí como *gustase*; θανάτου, caso genitivo masculino singular del sustantivo declinado *de muerte.*

Τὸν δὲ βραχύ τι παρ' ἀγγέλους ἠλαττωμένον βλέπομεν ᾿Ιησοῦν. La aplicación de la enseñanza sobre la superioridad del hombre sobre los ángeles, se aplica ahora a Cristo. El sujeto de la oración es Jesús, el Hijo de Dios, Dios manifestado en carne (Jn. 1:14). En su humanidad, como hombre, se le ve *un poco menor*, más limitado que los ángeles. Esa experiencia de limitación es por poco tiempo, ya que la expresión ἠλαττωμένον *un poco menor*, equivale a *por poco tiempo*, referido al corto período de tiempo en que el Verbo hecho carne, habitó entre los hombres (Jn. 1:14). Durante ese tiempo ocultó bajo su humanidad, a ojos de los hombres, la gloria suprema de su deidad. La limitación del Verbo se produce al asumir en su Persona Divina una naturaleza humana y por encarnación se hace hombre. El apóstol Pablo, en el himno cristológico por excelencia enseña que *"se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres"* (Fil. 2:7). El hecho de la encarnación y la humanidad de Jesús, el Verbo encarnado, no supone ningún tipo de anonadamiento, sino de limitación. Es decir, Dios no se humilló al hacerse hombre, simplemente se limitó, asumiendo temporalmente lo que es propio de la nueva naturaleza asumida en la Persona Divina del Hijo. En la condición de hombre, aceptó las limitaciones propias de los hombres, en todo el

sentido de la palabra, porque, como enseña el apóstol Juan, el Verbo se hizo carne (Jn. 1:14). Quiere decir esto que la experiencia humana fue la propia experiencia del Hijo en su tránsito terrenal, con todas las limitaciones propias de los hombres.

᾿Ιησοῦν δια τὸ πάθημα τοῦ θανάτου. Esa aparente inferioridad en relación con los ángeles, alcanza su máxima expresión en el hecho de que Jesucristo, en su naturaleza humana *"padeció la muerte"*, es decir, el Verbo de vida se hizo mortal por medio de su humanidad y los hombres le quitaron la vida (Hch. 3:15), sin duda en modo instrumental, por entrega voluntaria del Hijo en sus manos (Jn. 10:18), para llevar a cabo el plan de redención que establecía la muerte del Salvador (2 Ti. 1:9; 1 P. 1:18-20). En la condición de hombre, el Hijo, desde la perspectiva humana revestida de incredulidad y rechazo de todo lo que es de Dios, lo vieron sin atractivo (Is. 53:2).

Δόξῃ καὶ τιμῇ ἐστεφανωμένον. Pero, lo que era temporal y transitorio en el estado de humillación, dio paso a lo que es permanente y eterno, su estado de exaltación. En cuya dimensión se le ve, no limitado y mortal, sino coronado de gloria y de honra y revestido, en su humanidad, de inmortalidad. Esa situación es absolutamente irreversible, ya que fue el Padre quien lo exaltó hasta lo sumo (Fil. 2:9-11). El nombre de honor y gloria suprema que recibió del Padre, en la resurrección de entre los muertos, lo proclama cósmicamente como Señor. Sin embargo, es Señor no por adquisición, sino por derecho inherente a su condición de Dios-hombre (Col. 2:9). Aun en los días de su humanidad, en la limitación de su carne, era Señor (1 Co. 2:8). Pero, el ejercicio del señorío supremo se manifiesta y ejerce después de la resurrección. No sólo desde la naturaleza divina, sino también desde la humana, glorificada. Jesús, a causa de la unión hipostática es eternamente Dios-hombre. Su naturaleza humana está también δόξῃ καὶ τιμῇ ἐστεφανωμένον, *coronada de gloria y de honra*, ya que el Padre lo exaltó hasta lo sumo (Fil. 2:9-11). La exaltación estaba ya profetizada (Is. 53:10-12). El Resucitado habló a los suyos de la gloria de su majestad en autoridad suprema sobre cielos y tierra (Mt. 28:18). Es necesario comprender bien, con el autor de la Epístola, que el énfasis marcado de contraste está en el Hijo, que es Jesús de Nazaret, Dios manifestado en carne. La humanidad glorificada de Jesús permanece eternamente unida a la deidad, sin mezcla en las naturalezas, pero subsistente perpetuamente en la Persona Divina. De otro modo, la humanidad asumida en la encarnación y glorificada en la resurrección y sesión a la diestra de la Majestad, perdura perpetuamente. La humanidad del Verbo, no fue meramente instrumental, esto es, usada para un propósito divino y abandonada luego. Dios es ya para siempre encarnado, y es en esa humanidad del Hijo que una nueva naturaleza queda integrada en la realización del misterio trinitario. La humanidad de Cristo es definitivamente el lugar de encuentro entre Dios y el hombre. En la glorificación Jesús recuperó lo

único de que se había despojado en su condición de hombre limitado, en su anonadamiento voluntario y personal, que era la gloria de su deidad, por lo que oró a su Padre antes de ir a la Cruz (Jn. 17:5). Luego de la ascensión, las manifestaciones de Jesús a los hombres son todas ellas gloriosas. Rodeado de gloria se apareció al apóstol Pablo en el camino a Damasco (Hch. 9:3). En esa misma impresionante dimensión se manifestó al apóstol Juan en la isla de Patmos (Ap. 1:12-16).

Ὅπως χάριτι Θεοῦ ὑπὲρ παντὸς γεύσηται θανάτου. La irrupción de Dios en Cristo, en la historia humana, tiene un propósito de gracia: *"Para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos"*. No hay duda que el escritor se está refiriendo a la obra sustitutoria de Cristo en la Cruz. La Cruz da expresión al eterno programa salvífico de Dios. En ella, el Cordero de Dios fue cargado con el pecado del mundo conforme a ese propósito eterno de redención (1 P. 1:18-20). Cuando subió a la cruz lo hizo cargado con el pecado del mundo (1 P. 2:24). En el texto griego se lee ὑπὲρ παντὸς γεύσηται θανάτου, *"gustase la muerte por todo"*, lo que abre la dimensión no sólo de la redención del hombre, sino de la restauración de todas las cosas a Dios. Los aspectos del texto demandan atender a cada uno de sus componentes.

Primeramente la obra de Jesucristo es una manifestación de la gracia. Gracia es una de las expresiones del amor de Dios. Se ha procurado dar varias acepciones al término, pero, tal vez, la más gráfica sea definir la gracia como el *amor en descenso.* Cada vez que se habla de gracia hay un entorno de descenso de Dios al encuentro del hombre en sus necesidades. Con el Verbo vino la gracia en plenitud (Jn. 1:17), y con ella el descenso del Hijo a la experiencia de limitación en la carne (Jn. 1:14). En otro lugar y como ejemplo, el apóstol Pablo habla de gracia con estas palabras: *"Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico"* (2 Co. 8:9). Nuevamente la idea de descenso, de anonadamiento, de desprendimiento rodea a la palabra gracia. No cabe duda que la gracia, como único medio de salvación, procede de Dios mismo y surge del corazón divino hacia el pecador, en el momento de establecer el plan de redención (2 Ti. 1:9). En razón de la gracia, Dios se hace encuentro con el hombre en Cristo, para que los hombres, sin derecho a ser amados, lo sean por la benevolencia de Dios, con un amor incondicional y de entrega. Dios en Cristo se entrega a la muerte por todos nosotros, para que nosotros, esclavos y herederos de muerte eterna, a causa de nuestro pecado, podamos alcanzar en Él la vida eterna por medio de la fe, siendo justificados por la obra de la Cruz (Ro. 5:1). La gracia en la esfera de la salvación adquiere tres momentos: Primero en el génesis de la gracia, que se produce en la eternidad, antes de la creación del mundo. En ese fluir de la gracia, que es amor orientado al desposeído y perdido, no está presente el destinatario de ella, que es el hombre, por lo que en espera del tiempo de los

hombres, Dios deposita todo el infinito recurso de la gracia para salvación, en la Persona del Salvador, que, como Mediador entre Dios y los hombres (1 Ti. 2:5), manifiesta y otorga la gracia salvadora en la historia de los hombres, desde la caída en el pecado de nuestros primeros padres. Esa gracia se manifiesta en la Persona del Salvador cuando encarnándose viene al mundo con misión salvadora. El mismo hecho de la encarnación es la primera consecuencia operativa de la gracia para salvación. La revelación de Dios a la humanidad tiene lugar mediante la manifestación de Dios en humanidad. El Verbo de Dios crea, como Creador absoluto de cuanto existe, una naturaleza humana, en unidad de acción con el Padre, que le apropia de cuerpo (10:5) y con el Espíritu que lleva a cabo la operación de concepción de esa naturaleza (Lc. 1:35), y esa naturaleza creada es asumida por el mismo Creador, que es el Verbo, que también la personaliza, para que pueda producirse con ella y en ella, el definitivo encuentro de Dios con el hombre y del hombre con Dios. El hombre Jesús, que es Hijo consustancial con el Padre, se hace para siempre lugar de encuentro y de disfrute de la vida de Dios por el hombre. Eternamente la visión de Dios se llevará a cabo en la visión del Hijo de Dios encarnado, que hace visible al Invisible. El hombre creyente queda definitivamente establecido en el Hijo y, por tanto, afincado en Dios para disfrutar de la vida eterna que es la divina naturaleza (2 P. 1:4). Esa gracia salvadora se hace realidad y expresión en el hecho de que por ella, el Hijo *"gustase la muerte por todos"*. En segundo lugar la gracia salvadora es también la *gracia santificadora*. El hombre se salva sólo por gracia mediante la fe (Ef. 2:8-9), quiere decir esto, que solo la gracia y la instrumentalidad de la fe, hacen posibles la vida cristiana en la esfera de la salvación experimental en el tiempo presente, que es la santificación. Hay cristianos que se salvan por gracia, pero quieren santificarse por obras personales en su propio esfuerzo. Solo la gracia, operando en el creyente hace posible el cumplimiento de las demandas de la vida de santificación. Es Dios, mediante su gracia, quien opera el querer y el hacer por su buena voluntad (Fil. 2:13). La gracia habilita los recursos necesarios para llevar a cabo la vida victoriosa que corresponde al nuevo nacimiento. El apóstol Pablo lo expresa contundentemente cuando dice: *"Todo lo puedo en Cristo que me fortalece"* (Fil. 4:13). La gracia en la experiencia de la vida cristiana es una *gracia sustentante*. En medio de las dificultades propias del trayecto por el mundo, que es enemigo del cristiano a causa de su nueva vida, los recursos de la gracia siempre son más abundantes que las dificultades que puedan surgir, comprendiendo tanto las pruebas, como las tentaciones, y las persecuciones. Esa es la razón por la que Santiago dice: *"Pero Él da mayor gracia"* (Stg. 4:6), en una epístola cuyo entorno es de pruebas y dificultades. La gracia hace superable cualquier conflicto y cualquier dificultad. Eso se produjo inicialmente en relación con el pecado para salvación del pecador, porque *"cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia"* (Ro. 5:20), y de la misma manera sobreabundará la gracia para dar el socorro oportuno en la vida cotidiana de la

fe. La tercera dimensión de la gracia en salvación, es la *gracia glorificante.* Esa gracia alcanza el punto máximo de potencialidad en los recursos salvíficos, con la glorificación del creyente. El apóstol Pedro describe esto cuando dice: *"Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado"* (1 P. 1:13). Vinculada a Cristo, la gracia se manifestó en su Persona, de manera que los que estuvieron cerca de Él vieron *"su gloria, como del Unigénito del Padre, lleno de gracia"* (Jn. 1:14). De la misma manera, se manifestará en la paruxía del Señor. En su venida para recoger a los creyentes, la glorificación de cada uno de ellos, para estar para siempre con Jesús (1 Ts. 4:17), será una manifestación de la gracia, vinculada a su Persona. El que como Dios se hizo hombre y entró en la experiencia de la temporalidad, siendo eterno, lo hizo para alcanzar a los temporales y comunicarles la experiencia de eternidad mediante la vida de Dios en ellos.

La segunda expresión a la que debe prestársele atención en el texto es que el Señor vino para que ὑπὲρ παντὸς γεύσηται θανάτου, *"gustase la muerte por todos"*. La realidad de la muerte en el mundo de los hombres es incuestionable. La muerte fue introducida en la experiencia humana a causa del pecado (Ro. 5:12). En la Biblia la muerte no es un estado de término, sino un estado de separación. La muerte física es el estado de separación que se alcanza cuando la parte material y la inmaterial del hombre, se separan. La muerte espiritual es el estado de separación de Dios, en que se encuentra el pecador no salvo. El pecado establece una barrera infranqueable entre el pecador y Dios, insuperable para el hombre, que lo desvincula de la fuente de vida que es Dios mismo, de ahí que el pecador, aunque físicamente vivo, está muerto en sus delitos y pecados (Ef. 2:1, 5). La muerte espiritual demanda la eterna separación de Dios a causa de la incapacidad propia del hombre para satisfacer la pena del pecado y poder volver justificado a la comunión con Dios. Ese estado definitivo de muerte se llama la *"muerte segunda"* (Ap. 20:14). El versículo enseña una obra sustitutoria en la cual Cristo ocupa el lugar del pecador y *gusta la muerte por todos*. El texto enseña que Jesucristo en la Cruz, experimentó en todo el amplio sentido de la palabra, tanto en el aspecto físico, como en el espiritual, la muerte propia del pecador para cancelar esa situación y abrir para el perdido un camino de vida, restaurando la comunión con Dios. En otros lugares más adelante, en este comentario, entraremos a la consideración más detenida del sentido de la muerte de Cristo. Baste aquí simplemente en afirmarse en la enseñanza del versículo en el sentido de comprender que Cristo *gustó* la muerte por todos. La importancia de este verbo es capital en la Epístola. El significado es bastante amplio, para que no ofrezca duda alguna, de modo que equivale a *gustar, comer*, yendo mucho más allá que el simple *probar* el sabor de algo. En otros lugares de la Escritura el verbo se usa para referirse una prueba de algo, como ocurrió con el maestresala cuando probó el agua transformada en vino en

las bodas de Caná de Galilea (Jn. 2:9). De la misma manera se usa el verbo para hablar de aquellos que no podrían *gustar*, en el sentido de participar y comer la gran cena que un hombre había preparado (Lc. 14:24). Solo el creyente *gusta* de la benignidad del Señor, como expresa la utilización del mismo verbo por el apóstol Pedro (1 P. 2:3). En sentido espiritual Marcos habla de quienes no *gustarán* la muerte (Mr. 9:1), en sentido de pasar por ella. En la Epístola se refiere al *saborear, ingerir, comer,* de los dones celestiales propios de la experiencia del nuevo nacimiento en los creyentes (6:4-5). En esos dos versículos se relaciona con *gustar* del don celestial, y de la buena palabra de Dios. El Señor, dice el autor, *"gustó la muerte por todos"*. En ese sentido Cristo se hace sustituto para la salvación del pecador. En la Cruz fue tratado como corresponde a quien siendo portador del pecado, se enfrenta con la justicia divina que demandaba la muerte del pecador. Jesucristo es hecho sacrificio expiatorio por el pecado que es el alcance del texto del apóstol Pablo: *"Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él"* (2 Co. 5:21). El Señor entró en la experiencia de la maldición por el pecado, siendo hecho maldición al ocupar el lugar de los malditos de Dios a causa del pecado (Gá. 3:13). En el alcance de la máxima expresión del sentido de la muerte que el Hijo experimente en la Cruz, fue desamparado del Padre (Mt. 27:46), entrando en la experiencia profunda de lo que es la muerte espiritual.

El alcance de la obra se concreta también en la expresión ὑπὲρ παντὸς *"por todos"*. La preposición usada en el texto[3] demanda entenderla más que como expresión de favor, en sentido de gustar la muerte *a favor* de todos, como gustarla sustituyendo al pecador. En la muerte de Cristo se alcanza la redención del hombre, pero también la restauración de todas las cosas, de ahí, la precisión en el griego que no es sólo *por todos*, sino *por todo*. Esa muerte fue el modo de derrotar a Satanás y recuperar la autoridad para el hombre (Col. 2:15). Esa muerte hace posible la gloriosa realidad del reino en el futuro. La potencialidad de la sustitución, en el sentido puramente salvífico, hace extensible la salvación a todo aquel que crea. Cristo, en la Cruz, no murió solo por algunos, sino potencialmente por todos, para hacer salvables a todos los hombres (Jn. 3:16; 12:32; Ro. 5:18; 8:32; 2 Co. 5:15; 1 Ti. 2:6; 1 Jn. 2:2; Ap. 5:9). Quiere decir esto que en la Cruz, Jesús sustituye *potencialmente* a todos, pero *virtualmente* solo a los que creen. En ese sentido en la forma virtual o eficaz, Jesús fue sustituto vicario no por todos, sino por algunos, esto es, por los que creen (Mr. 14:24). Si la sustitución virtual fuese eficaz en la plenitud de su potencialidad, ningún hombre se perdería, y habría una salvación universal, cosa que contradice abiertamente la verdad bíblica. Pero, sin una sustitución *potencial*,

[3] Griego ὑπερ.

no podría haber un llamamiento general al hombre para salvación (Jn, 3:16; Mt. 11:28).

10. Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos.

ἔπρεπεν γὰρ αὐτῷ, δι’ ὃν τὰ πάντα καὶ δι’ οὗ
Porque era propio a aquel por medio de el que todas las cosas y mediante el cual
τὰ πάντα, πολλοὺς υἱοὺς εἰς δόξαν ἀγαγόντα τὸν ἀρχηγὸν τῆς
todas las cosas que muchos hijos a gloria conduciendo al autor de la
σωτηρίας αὐτῶν διὰ παθημάτων τελειῶσαι.
salvación de ellos por medio de padecimientos perfeccionase.

Notas y análisis del texto griego.

Una nueva fase argumentativa se introduce con ἔπρεπεν, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo πρέπω, *convenir, ser apropiado,* aquí aparece en la construcción impersonal πρέπει, aquí como *convenía, era propio*; seguido de γὰρ, conjunción causal *porque,* pospuesta al pronombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal declinado *a aquel*; δι’ forma contracta de la preposición de acusativo διά, aquí como *por medio, a causa*; ὃν, caso acusativo masculino singular del pronombre relativo *el que*; τὰ, caso nominativo neutro plural de artículo determinado *lo*; πάντα, caso nominativo neutro plural del adjetivo indefinido *todo*, literalmente *lo todo,* en sentido de *todas las cosas*; καὶ, conjunción copulativa *y*; δι’ forma contracta de la preposición de genitivo διά, aquí como *por medio, a causa*; οὗ, caso genitivo masculino singular del pronombre relativo *el que, el cual*; τὰ, caso nominativo neutro plural de artículo determinado *lo*; πάντα, caso nominativo neutro plural del adjetivo indefinido *todo*, literalmente *lo todo,* en sentido de *todas las cosas*; πολλοὺς, caso acusativo masculino plural del adjetivo *muchos*; υἱοὺς, caso acusativo masculino plural del sustantivo *hijos*; εἰς, preposición de acusativo *a*; δόξαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *gloria*; ἀγαγόντα, caso acusativo masculino singular con el participio aoristo segundo en voz activa del verbo ἄγω, *conducir, llevar, cumplir, dirigirse,* aquí como *conduciendo*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; ἀρχηγὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *caudillo, líder, el que va delante, adalid*, traducido como *autor* en base a que de lo que se habla proviene de Él; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; σωτηρίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *salvación*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos*; διὰ, preposición de genitivo, *por medio, a causa, mediante*; παθημάτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo declinado, *de padecimientos, de aflicciones, de tribulaciones*; τελειῶσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo τελείοω, *acabar, cumplir, perfeccionar, terminar*, aquí como *perfeccionar*.

Mediante la conjunción causal ἔπρεπεν, *porque*, se van a dar las razones que llevaron a qué Cristo gustase la muerte por todos. El sujeto de la oración expresado en el versículo por el pronombre personal αὐτῷ, *Aquel*, es Dios Padre, aunque no aparece explícito en el texto. A Dios le ἔπρεπεν *convenía*, en sentido de ser algo apropiado o propio de Él. Quiere decir que era propio de Dios lo que se expresa seguidamente en el versículo. Como dice el profesor Miguel Nicolau: *"Dios no tenía obligación moral, ni necesidad física de hacerlo: era pura conveniencia con los atributos de misericordia y sabiduría"*[4]. La muerte en la Cruz de Jesús, nuestro Señor, era una obra digna de Dios, expresiva de su amor infinito (Jn. 3:16). Como escribe también el profesor F. F. Bruce:

"Hay muchos dispuestos a decirnos confiadamente lo que sería y lo que no sería digno de Dios; pero en realidad el único modo de descubrir lo que es digno para Dios es considerar lo que Dios ha hecho. El hombre que dice 'Yo podría tener una opinión buena de un Dios que hiciera (o no hiciera) esto o aquello', no está añadiendo nada a nuestro conocimiento de Dios: simplemente nos está diciendo algo acerca de sí mismo. Podemos estar seguros de que todo lo que Dios hace es digno de sí mismo, pero aquí nuestro autor singulariza una de las acciones de Dios y nos dice que 'convenía a aquel', que era algo adecuado para que hiciera. ¿Y qué era eso? Era hacer a Jesús, a través de sus sufrimientos, perfectamente capacitado para ser el Salvador de su pueblo. En la pasión de Jesús es donde vemos al desnudo el corazón mismo de Dios: en ningún otro lado Dios está más completa o valiosamente revelado como Dios que cuando lo vemos 'en Cristo reconciliando consigo al mundo' (2 Co. 5:19)"[5].

La muerte del Hijo de Dios en la Cruz es una gloriosa manifestación de amor esencial de Dios, ya que *"en esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados"* (1 Jn. 4:10). Dios nunca hizo un discurso sobre su amor, pero lo manifestó en acción que le son propias, por tanto, eso era conveniente a Dios. Aquí se califica al sujeto, el Padre, como Creador y Sustentador de todo. Antes lo aplicó al Hijo en el plano de la deidad (1:2-3). Dios en cuanto a Ser Divino, es el Creador de todo, y cada una de las tres Personas Santísimas, se le puede atribuir la acción creadora, por cuanto las tres, participaron en la creación. Esta obra, la muerte de Jesucristo, convenía también, no sólo a Dios en sí mismo, sino a sus propósitos de salvación, que había determinado y establecido antes de la creación del mundo (2 Ti. 1:9). La determinación divina, se ejecutó en el tiempo histórico de los hombres

[4] Miguel Nicolau. o.c., pág. 33.
[5] F. F. Bruce. o.c., pág. 42s.

conforme a su propósito eterno (Gá. 4:4) y se llevó a cabo en conformidad con el modo de hacerlo, establecido también en la eternidad (1 P. 1:18-20). Todo esto *convenía* a Dios, tanto esencialmente, como manifestación de su amor misericordioso, como operativamente, en la ejecución de sus propósitos eternos para salvación de los perdidos.

Esa *conveniencia* para Dios, se sustenta en el hecho salvador al que se refiere: πολλοὺς υἱοὺς εἰς δόξαν ἀγαγόντα *"Que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria"*. Sin duda alguna está aludiendo a los creyentes que son realmente los únicos hijos de Dios, a quien Él mismo ha dado la potestad de ser llamados de ese modo (Jn. 1:12). Es una incorrección teológica afirmar que todos los hombres son *hijos de Dios*; son sus criaturas, y en sentido de haber salido de la mano de Dios y de la comunicación de vida, puede considerarse al Creador la paternidad de todo lo creado. Pero, la relación paterno filial entre el creyente y el Padre se alcanza sólo mediante la adopción en Cristo Jesús, el Hijo eterno (Gá. 4:4-5). Todos los creyentes somos adoptados en el Hijo. La palabra, traducida por *adopción*[6], aparece cinco veces en el Nuevo Testamento (Ro. 8:15, 23; 9:4; Gá. 4:5; Ef. 1:5), y se usa para referirse a la filiación madura que Cristo consiguió para todos los creyentes por medio de su obra redentora. La adopción es una obra de gracia, en la que mediante la redención consumada por Cristo y la aceptación por fe de esa obra, todos los hombres que creen, sin distinción alguna son introducidos en la plena bendición de una nueva y definitiva relación con Dios, como Padre a hijos. A causa de la adopción se consuma plenamente la bendición del privilegio filial que tenemos todos los creyentes. La adopción es una obra específica de Dios, distinta al llamamiento, la justificación y la regeneración. Es el acto divino por medio del cual llegamos a ser hijos de Dios en una relación paterno-filial perpetua y definitiva, constituida por la entrega del derecho para esa relación (Jn. 1:12), exclusivo de aquellos que creen en Jesús. La acción adoptiva pertenece específicamente al Padre: *"Mirad cual amor nos ha dado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios"* (1 Jn. 3:1). La relación filial tiene que ver con el Padre, como apoya firmemente la enseñanza de la Palabra (Jn. 20:17; Ro. 1:7; 1 Co. 1:3; 2 Co. 1:2; 2 Ts. 2:16). El Espíritu de adopción es el Espíritu Santo (Ro. 8:15; Gá. 4:6), y el acto de la adopción es necesario para establecer el estado de filiación, mientras que el Espíritu de adopción es necesario para vivir los privilegios propios de ese estado, en forma especial la confianza que se expresa en la forma de dirigirse al Padre del cielo como Abba. Sin duda alguna la regeneración es precisa e imprescindible en la adopción porque capacita al creyente para el desarrollo de la nueva vida en la familia de Dios (Ef. 2:19). Eso alcanza una dimensión gloriosa en relación con Cristo, quien es el Primogénito entre muchos hermanos (Ro. 8:29).

---

[6] Griego, υἱοθεσία.

La segunda admirable dimensión del versículo tiene que ver con la condición de Aquel a quien le es ἔπρεπεν *propio*, le es *conveniente*, una obra semejante. No se trata de un ser limitado aunque, a semejanza de un ángel, tuviese una gran dimensión de poder. Quien realiza una obra asombrosamente contraria a la lógica del pensamiento humano es el Creador, que además de crear, sustenta todas las cosas. La dimensión del Creador es infinita, la de la criatura limitada; la del Creador es perfecta y santa, la de la criatura, imperfecta y pecadora. Ninguna de estas criaturas suyas, que se apartaron de Él por voluntad propia en una actitud rebelde, tenía derecho alguno de recibir algún beneficio de Dios. El único derecho que tenían era la condenación eterna a causa del pecado. Sin embargo el Creador acude a buscar a la criatura y el Padre recibe al pródigo de la provincia apartada. La condición creadora aquí se aplica al Padre, aunque, como se dijo antes, en otro momento lo aplicó al Hijo (1:2-3). Lo asombroso e inalcanzable al pensamiento humano es que el Padre haya enviado, en misión salvífica, a su Hijo al mundo para que ocupase en la Cruz el lugar del transgresor, y sustituyéndolo abriese para él esperanza y le comunicase en el resucitado Salvador, la vida eterna. Dios da a lo más excelso que tiene, su Hijo, para alcanzar en salvación a lo más miserable de su creación que somos los pecadores.

Todavía hay otra bendición que recoge el versículo. A estos que salva lo hace con el propósito de πολλοὺς υἱοὺς εἰς δόξαν ἀγαγόντα *"llevar muchos hijos a la gloria"*. No es tan sorprendente el hecho de que Dios determinara tener por adopción hijos entre los hombres. Lo verdaderamente admirable es el lugar a donde establece llevarlos. El término δόξαν *gloria* tiene un amplio contenido y depende del contexto inmediato para establecerlo. Aquí la gloria está vinculada con la presencia de Dios, el lugar donde se manifiesta glorioso. La glorificación de los perdidos asombra por la incomparable medida de la gracia que rodea este acto de Dios. El lugar donde se manifiesta la presencia de Dios, exige santidad –su misma presencia ya santifica el lugar donde Él esta- de los que pretendan acceder a Su presencia. El Salmo lo expresa claramente: *"¿Quién subirá al monte de Jehová? ¿Y quién estará en su lugar santo? El limpio de manos y puro de corazón; el que no ha elevado su alma a cosas vanas, ni ha jurado con engaño"* (Sal. 24:3-4). Nadie entre los humanos puede alcanzar una dimensión semejante. Nadie hay que sea justo por sí mismo, nadie santo conforme a esa demanda, nadie cercano a Dios para acceder a Su presencia (Sal. 24:3-4). La infranqueable barrera levantada por el pecado entre Dios y el hombre, no tiene resolución alguna por la obra que el hombre pudiera hacer. Depende de Dios llevar a cabo un misterio de gracia semejante y adoptar las medidas que puedan llevar a los impíos y perversos a Su presencia, sin menoscabo de su santidad y justicia. La gloria es una expresión de la esperanza del cristiano. Comprende la *"herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el*

poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero" (1 P. 1:4-5). La salvación en el término de su proceso consiste en la glorificación de los salvos. Sin embargo, no debe perderse de vista que la verdadera dimensión de la esperanza está vinculada con el Hijo, que nos tomará a sí mismo para estar en el lugar que le corresponde y donde está él (Jn. 14:3). Quiere decir que la gloria que Dios establece para los hijos adoptados en el Hijo, tiene que ver con algo más glorioso que el disfrute de la herencia, por asombrosa que esta sea, está relacionada con la comunión íntima con Dios en Cristo Jesús, que es la verdadera esperanza de gloria (Col. 1:27). La gloria que esperamos no tiene que ver con lugares, herencia y disfrute, sino con una Persona, que es el Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo. Este se hace esperanza en nosotros, viviendo su vida en cada uno. Por esa razón el apóstol Pablo enseña que con Él estamos ya sentados en los lugares celestiales (Ef. 2:6). La gloria de la posición de hijos de Dios, comienza a ser disfrutada ya en el presente, por posición e identificación del Creyente en el Hijo de Dios, teniendo ya la vida de que disfruta, que es vida eterna, escondida con Cristo en Dios (Col. 3:3). Con todo, no son todos, sino *muchos*, los hijos que Dios lleva a la gloria. La obra de salvación tiene potencialidad ilimitada, pero alcanza sólo a quienes creen (Jn. 3:16). No todos creen, por tanto, no son todos los que Dios lleva a la gloria, pero sí a muchos hombres que creen, por eso el propósito eterno de Dios es el de llevar a estos *muchos* a la gloria. No quiere decir que Él haya cerrado la puerta de la esperanza para algunos y los haya establecido como condenados desde antes de su existencia, sino que ellos mismos se marginan.

Si era apropiado, natural para Dios, πολλοὺς υἱοὺς εἰς δόξαν ἀγαγόντα *llevar a muchos hijos a la gloria*, también le era propio, para alcanzar el objetivo propuesto, τὸν ἀρχηγὸν τῆς σωτηρίας αὐτῶν διὰ παθημάτων τελειῶσαι *"perfeccionar por aflicciones al autor de la salvación de ellos"*. El término *perfeccionar*, utilizado aquí en el texto griego[7], expresa la idea de alcanzar un fin, llegar a una meta, realizar la totalidad de algo. Por tanto, *perfeccionar*, no quiere decir añadir a Cristo algo que le faltase, sino llevar a término la obra preparada desde antes de la creación (2 Ti. 1:9). El Señor tenía todas las cualidades para ser el Salvador desde la eternidad, como Cordero de Dios (1 P. 1:18-20). De este modo escribe el profesor Bruce:

"Pero, ¿qué significa que ha sido perfeccionado 'por aflicciones'? Si el Hijo de Dios es el resplandor de la gloria de su Padre y la imagen misma de su sustancia, ¿cómo puede pensarse que le falta perfección? La respuesta es esta: el Hijo de Dios se ha transformado en el Salvador perfecto de su pueblo, abriendo su camino hacia Dios, y para llegar a esto debió soportar sufrimiento

---

[7] Griego: verbo τελειόω.

y muerte. El camino de la perfección que su pueblo debe hollar, debe ser hollado primero por el precursor; sólo así Él puede ser su representante adecuado y sumo sacerdote en la presencia de Dios"[8].

La obra redentora comienza en la encarnación y culmina con la pasión y muerte del Salvador. El camino de la salvación estuvo, para el Salvador, rodeado de aflicciones que culminaron en la Cruz. Todo lo cual obedecía a un propósito eterno de Dios (Is. 53:10; Hch. 2:23; 4:28). Es en la obra de la cruz donde llegó a la perfección la función sacerdotal del Hijo, que por un solo sacrificio hace perfectos para siempre a los santificados (10:14). El Sumo Sacerdote fue perfeccionado, en el sentido de hacerse Salvador perfecto por medio del sacrificio de la Cruz. Allí es donde se alcanza la perfección rodeada de padecimientos hasta la culminación de la entrega voluntaria de su vida en sustitución por cada uno de los hijos que conduce o lleva a la gloria. La obra de salvación estuvo rodeada de aflicciones. A lo largo del camino de Jesús quedan las huellas de los padecimientos, del desprecio, del oprobio, del rechazo, de la ingratitud, del abandono y del suplicio. Ningún título más apropiado que el de la profecía para alcanzar la dimensión de este perfeccionamiento del Hijo que el de *Varón de dolores, experimentado en quebranto* (Is. 53:3). Rodeado de los sufrimientos físicos atroces, introducido en la angustia de Getsemaní, sintiendo sobre sí y experimentando la muerte espiritual que corresponde al pecador, en el abandono de las horas de tinieblas en la cruz, la obra perfecta de salvación culmina con la muerte del Hijo y la salvación alcanza la perfección y culminación absolutas en Él. Pero, la grandeza de esa enseñanza, lo asombroso de su dimensión consiste en el hecho de que el sujeto de la larga oración, que incluye el padecimiento, sigue siendo Dios. Sólo era propio de Él, sólo a Él *convenía*, una obra semejante, que incluía el hecho mismo de entregar al Salvador al sufrimiento a la humillación, al oprobio y a la muerte. La Biblia no deja lugar a dudas sobre esto: *"Con todo Jehová quiso quebrantarlo, sujetándolo a padecimiento"* (Is. 53:10). Era el Hijo, pero con todo ello, el Padre permitió que fuese objeto de padecimientos. Nadie podrá llegar a dimensionar la grandeza de esos padecimientos que rodearon el sacrificio redentor, pero con todo lo que comporta la entrega de la vida, el Salvador se perfecciona, culminando la obra redentora en toda la dimensión que requería, conforme al propósito de Dios. El Señor da su vida en precio del rescate por muchos, para que estos muchos, hechos hijos de Dios, puedan ser conducidos por Él a la gloria. Nunca alcanzaremos a comprender la dimensión de los padecimientos del Autor de la salvación. Entendemos que tomó nuestra condición de hombre, que vivió nuestra vida, sufrió nuestras angustias, lloró nuestras lágrimas y murió nuestra muerte.

---

[8] F. F. Bruce. o.c., pág. 43s.

La perfección de la obra redentora está vinculada τὸν ἀρχηγὸν τῆς σωτηρίας αὐτῶν *"al autor de la salvación de ellos"*. La palabra traducida como *autor*[9] es un término griego que equivale a *líder, adalid,* en sentido del que camina delante marcando un rumbo que deben seguir otros. Sobre esta palabra escribe el profesor Miguel Nicolau:

"El significado de ἀρχηγός en la literatura profana puede ser vario, aunque siempre están relacionados entre sí los diversos sentidos. Se dice el héroe, fundador y protector de una ciudad; del jefe político o militar; de la causa o del autor. Y aunque estas acepciones pueden aplicarse justamente a Cristo, y sería fácil encontrar un fundamento bíblico para referirle cada uno de estos atributos, aquí parece mejor tomar la palabra en el sentido de autor de la salvación ya que en la misma epístola (He. 12:2) se aplica la misma palabra en el sentido de actor y consumador de la fe; sin perjuicio de que a este autor, o causa de la salvación de los hijos, se puedan conjuntamente aplicar los matices de jefe, caudillo, líder, porque inicia y abre camino para llevar a los hijos a la salvación"[10].

Aquí se llama ἀρχηγὸν *autor* a Cristo en dos sentidos. Primero como realizador de la salvación. Esta proviene y se realiza como resultado de la obra realizada por Jesucristo. En segundo lugar como dador de la salvación a todo el que cree (Jn. 3:16). La perfección del Sumo Sacerdote que llevó a cabo el sacrificio expiatorio por el pecado, es absoluta. Él simpatizó con los objetos de la salvación, que son los perdidos pecadores, entrando en la dimensión de sus experiencias personales, hasta el punto de llegar al sufrimiento más intenso, compartiendo sus miserias y tribulaciones para que pudiera compadecerse de ellos y sentir la atracción de la misericordia hacia ellos, por haber sentido en experiencia propia sus miserias. Además debía alcanzar la perfección de la obra en un acto de obediencia suprema: *"fue obediente hasta la muerte, y muerte de cruz"* (Fil. 2:8). Este Sumo Sacerdote está tan cercano de los hombres, porque es hombre, como de Dios, puesto que también lo es. De manera que Jesús cumple absolutamente las dos condiciones, pudiendo ofrecer un sacrificio eficaz llevado a cabo por un Sumo Sacerdote cuya obediencia a Dios era absoluta, sin reparo alguno en todo cuanto debía realizar. Sólo hay uno en quien se concrete todo esto: Jesucristo, el Hijo de Dios. Aquel cuya muerte en obediencia lo capacitan para ser representante de su pueblo. El Salvador no solo sufrió *con* ellos y sufrió *como* ellos, sino que sufrió *por* ellos, en una entrega personal, voluntaria y vicaria.

---

[9] Griego, ἀρχηγὸν.

[10] Miguel Nicolau. o.c., pág. 34.

11. Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos.

ὅ τε γὰρ ἁγιάζων καὶ οἱ ἁγιαζόμενοι ἐξ ἑνὸς πάντες· δι' ἣν
Y el porque que santifica y los que son santificados de uno todos. Por la cual
αἰτίαν οὐκ ἐπαισχύνεται ἀδελφοὺς αὐτοὺς καλεῖν
causa no se avergüenza hermanos a ellos llamar.

Notas y análisis del texto griego.

Continuando con la argumentación escribe ὅ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; τε, partícula conjuntiva, que puede construirse sola, pero generalmente está en correlación con otras partículas, en este caso como si fuese la conjunción copulativa *y*; seguido de γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al pronombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; las tres palabras juntas adquieren en castellano el sentido de *y porque el*; ἁγιάζων, caso nominativo masculino singular con el participio de presente en voz activa del verbo ἁγιάζω, *santificar*, aquí como *que santifica*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἁγιαζόμενοι, caso nominativo masculino plural con el participio de presente en voz pasiva del verbo ἁγιάζω, *santificar*, aquí como *que son santificados*; ἐξ, forma que adopta la preposición de genitivo ἐκ, delante de vocal y que significa *de*; ἑνὸς, caso genitivo masculino singular del adjetivo numeral cardinal *uno*; πάντες, caso nominativo masculino plural del adjetivo indefinido *todos*. Una nueva cláusula se escribe con δι' forma contracta de la preposición de acusativo διά, aquí como *por*; ἣν, caso acusativo femenino singular del pronombre relativo *la cual*; αἰτίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *causa, razón, motivo*; ούκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada, que negativiza a ἐπαισχύνεται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo ἐπαιχύνομαι, *avergonzarse*, aquí como *se avergüenza*; ἀδελφοὺς, caso acusativo masculino plural del sustantivo *hermanos*; αὐτοὺς, caso acusativo masculino plural del pronombre personal declinado *a ellos*; καλεῖν, presente de infinitivo en voz activa del verbo καλέω, *llamar*, aquí con la misma forma.

Si la obra de salvación se relaciona en el versículo anterior con el Padre, nuevamente se vincula aquí con el Hijo. El que santifica ὅ ἁγιάζων es Cristo, quien es hecho por Dios para cada cristiano *santificación*, es decir, medio de santificar (1 Co. 1:30). La santificación, como cualquier otra experiencia y bendición de la salvación ocurre en Cristo. Estar en Cristo es estar vitalmente unido a Él, lo que conlleva una consecuencia y una representatividad. De la manera que representativamente en Adán estamos todos (Ro. 5:12-21; 1 Co. 15:22) y derivan las consecuencias de esa vinculación, así también representativamente en Cristo están todos los salvos. En Cristo es la posición donde se alcanza la vida eterna. Vitalmente unidos a él como pámpano a la vid o un miembro al cuerpo (Jn. 15:1-7; 1 Co. 12:12), recibe posición y salvación. Estar en Cristo es el resultado de una operación del Espíritu que bautiza, esto es,

introduce a cada creyente a la formación de un cuerpo en Cristo (1 Co. 12:13). Todo ello es el resultado de una operación de la gracia en salvación (Ef. 2:5, 8, 9), en la que Dios nos comunica por ella, vida eterna (Jn. 10:28; 1 Jn. 5:12). La consecuencia de esa posición en Cristo es que Él mismo nos ha sido hecho, por causa de la unión vital con Él, santificación. En el Hijo, el cristiano es santificado, separado del mundo y consagrado para Dios. De la misma manera que Jesús dijo que no era del mundo (Jn. 17:14). Esta consagración para Dios que es la expresión definitiva de la santificación produce el poder liberador sobre el pecado en la esfera de la salvación en el tiempo presente. El proceso de vinculación identificativa en Cristo trae como consecuencia la presencia del Espíritu morando en el creyente (Ro. 8:9). Es el Espíritu quien actúa en cada cristiano en una obra de transformación a la semejanza del Señor, según el propósito de predestinación que el Padre estableció para cada hijo suyo (Ro. 8:29). Donde está el Espíritu hay transformación en la vida del cristiano. El Espíritu produce en el creyente *el fruto* que expresa y evidencia la santificación real (Gá. 5:22). El comportamiento cristiano concordante con la santificación posicional en Cristo consiste en *andar en el Espíritu* (Gá. 5:16). Dios hace posible en Cristo la vida de un *buen obrar*, propia del creyente (Ef. 2:10). Teniendo el poder para vivir santamente, el creyente manifiesta visiblemente la realidad de su santificación. El que santifica es Cristo y los santificados son todos los creyentes.

Ὅ τε γὰρ ἁγιάζων καὶ οἱ ἁγιαζόμενοι ἐξ ἑνὸς πάντες. En el versículo se enseña que tanto Él que santifica como los santificados *"de uno son todos"*. Los hombres todos proceden de un acto creador de Dios, como el apóstol Pablo dijo en su discurso del Areópago de Atenas: *"Y de una sangre ha hecho el linaje de los hombres"* (Hch. 17:26). Cristo, el santificador de los creyentes, en su condición de hombre, es del mismo linaje de los hombres. La ascendencia del Señor lo relaciona con María (Lc. 1:31), de donde toma la naturaleza humana, para ser a la vez Hijo de Dios, en su naturaleza divina, e Hijo de María en su naturaleza humana. Esta vinculación con María lo enlaza y relaciona también con los patriarcas, los hombres de donde procede el pueblo de Israel (Ro. 9:5), y a su vez, con David y con Abraham (Mt. 1:1), para concluir, en la cadena ascendente de la genealogía humana, hasta alcanzar la primera unidad de la raza humana que es Adán (Lc. 3:38). Jesús, en su naturaleza humana procede de Adán y de Eva, nuestros primeros padres. Ambos, hombre y mujer, estaban en el pensamiento de Dios en la creación. No hizo Dios a un ser bipersonal o bisexual, que fue hombre y mujer y que luego, como *persona colectiva*, fue desglosado en dos elementos, el varón y la hembra. Este supuesto solo está en la mente liberal de los pensadores del evolucionismo teísta, seguidores de Teilhard de Chardin, pero en modo alguno es concordante y consonante con la verdad bíblica. Jesús, el Cristo, Hijo de Dios, Salvador nuestro, que santifica es, linaje de los hombres en cuanto a humanidad. La

humanidad del Salvador es asumida y subsiste desde la concepción en la Persona Divina del Hijo de Dios, que por esa razón es el Verbo encarnado (Jn. 1:14). Pero debe entenderse esto, en cuanto a origen humano del Verbo de Dios, sólo en el plano de su humanidad, pero nunca en cuanto a origen de su Persona, que como Dios es eterno, por tanto, sin principio y sin fin. Como *familia* de Dios son de uno, en este caso del Padre, con la distinción propia que corresponde. Cristo es el *Unigénito* en cuanto a filiación con el Padre (Jn. 1:14), mientras que los hombres creyentes son hijos adoptados en el Hijo, de ahí que nunca haya dicho Jesús, subo a *nuestro* Padre, sino que dijo: *"subo a mí Padre y a vuestro Padre"* (Jn. 20:17). La relación paterno-filial en Cristo es radicalmente distinta a la nuestra, aunque, en cualquier caso, ambas relaciones están vinculadas al mismo Padre. Además el Señor es también el *Primogénito* en cuanto a vinculación con los creyentes hijos del mismo Padre, pero en este caso por adopción (Ro. 8:29).

Δι᾽ ἣν αἰτίαν οὐκ ἐπαισχύνεται ἀδελφοὺς αὐτοὺς καλεῖν. La relación expresada de hijos que tienen el mismo Padre, se establece en la expresión: *"por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos"*. El Hijo de Dios no se *avergüenza* de aceptarlos como sus hermanos en esa relación paterno-filial con el Padre que los creyentes alcanzan en Él. El verbo que se utiliza aquí[11], traducido por *avergonzarse*, aparece once veces en el Nuevo Testamento y significa siempre en la voz media, que aquí ocurre, *avergonzarse* subjetivamente. El sujeto es una persona que no se avergüenza, en este caso, Cristo. La forma compuesta del verbo desempeña un papel especial en el lenguaje de la confesión cristiana. En ese sentido se enfatiza el hecho de que Jesús nunca renegará de los cristianos. El Hijo no se *avergüenza* de reconocerlos como hermanos, miembros de la casa y familia de Dios (Ef. 2:19), y no se avergüenza, por cuanto su obra los ha santificado, separándolos definitivamente de la responsabilidad penal del pecado y proveyéndoles del poder suficiente para vivir una vida santa en todo momento delante de Dios (1 P. 1:15). El Señor se siente satisfecho de una obra de salvación que trae como consecuencia la posibilidad de un número tan grande de hijos adoptados en Él, cuyo Padre es su mismo Padre (Jn. 20:17b). Con el calificativo de *hermanos* llamó a los suyos después de la resurrección (Mt. 28:10; Jn. 20:17a). Así lo enseña Pablo como manifestación del propósito soberano de Dios para el creyente (Ro. 8:29).

12. Diciendo:

Anunciaré a mis hermanos tu nombre.
En medio de la congregación te alabaré.

---

[11] Griego εκπαισχύνομαι.

λέγων·
Diciendo:

ἀπαγγελῶ τὸ ὄνομά σου τοῖς ἀδελφοῖς μου,
Anunciaré el nombre de ti a los hermanos de mí
ἐν μέσῳ ἐκκλησίας ὑμνήσω σε,
en medio de la congregación alabaré te.

Notas y análisis del texto griego.

Una nueva apelación a las Escrituras, que introduce mediante λέγων, caso nominativo masculino singular con el participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *decir*, aquí literalmente como *que dice*, o *diciendo*. La siguiente cláusula contiene la referencia bíblica escrita con ἀπαγγελῶ, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo ἀπαγγέλλω, *avisar, informar, contar, hablar, proclamar, anunciar*, aquí como *anunciaré* o *proclamaré*, que significa más que una mera notificación de algo, declarar solemnemente algo para que se haga notorio a todos; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*; ὄνομα, caso acusativo neutro singular del sustantivo *nombre*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal *tú*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado declinado *a los*; ἀδελφοῖς, caso dativo masculino plural del sustantivo *hermanos*; μου, caso genitivo singular del pronombre personal *mi*; ἐν, preposición de dativo *en*; μέσῳ, caso dativo neutro singular del adjetivo *medio*; ἐκκλησίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de congregación*, *de la congregación*, literalmente *de la iglesia*; ὑμνήσω, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo ὑμνέω, *alabar, ensalzar, cantar alabanzas*, vinculado con el sustantivo ὕμνος, *himno*, aquí como *alabaré, cantaré himnos*, aunque en este caso no se refiere necesariamente a un cántico, sino a Cristo quien, en medio de la comunidad, proclama el nombre de Dios y le alaba; σε, caso acusativo singular del pronombre personal de segunda persona *te*.

Como ocurre antes, el escritor de la Epístola recurre nuevamente a la Escritura, citando de nuevo el Antiguo Testamento, λέγων, *diciendo,* en apoyo de cuanto viene argumentando y, otra vez, el libro de los Salmos (Sal. 22:22). Es un Salmo considerado siempre como mesiánico, que contiene una admirable descripción profética de la experiencia de la Cruz. Fueron las primeras palabras del Salmo las que Jesús recitó en la Cruz, luego de las horas de tinieblas, conforme al relato según Mateo (Mt. 27:46). Es el lamento que el Siervo de Jehová formula en medio de su desamparo, mientras sufre el oprobio y el desprecio del pueblo (Sal. 22:6:8). Es el lamento profundo en medio de la sed que le agosta (v. 15), de las injurias de los que le rodean, a que se ve expuesto sin ninguna razón (vv. 12-17), de quienes juegan entre sí los vestidos que eran suyos (v. 18). Pero, en el mismo Salmo se anuncian los resultados admirables de la pasión, entre los que está el hecho de que el mismo que fue crucificado, anunciará el nombre de Dios entre los hermanos reunidos (v. 22), y alabará al Padre. El Salmo tiene un cumplimiento primario en relación con el anuncio al grupo reducido de los apóstoles, luego de su resurrección, anunciando, proclamándoles el triunfo de la resurrección y con él, el triunfo de la obra de

Dios en salvación para los nombres. Este anuncio lo hizo a sus hermanos individualmente (Mt. 28:7; Jn. 20:17) y luego a los mismos reunidos (Jn. 20:19). Pero, el Salmo no agota el cumplimiento profético en los once, ni en los hermanos juntos reunidos en la ascensión, sino que se extiende a la gran congregación universal de todos los que siendo hijos de Dios, adoptados en Él, están siendo conducidos a la gloria. El mismo Salmo vislumbra esa gloriosa congregación al final de los tiempos, cuando desde los confines de la tierra, se vuelvan a Dios, y de todas las familias de la tierra haya adoradores de Dios (Sal. 22:27). En el reino de Dios en el futuro milenial y el eterno reino de Dios en cielos nuevos y tierra nueva, el Señor proclamará el nombre de Dios, como Rey determinado por Él (Sal. 22:28), porque de Dios viene el reino y el Señor dominará entre las gentes. Con lo que el argumento de que Cristo es mayor que los ángeles como Hombre que ejercerá el señorío que Dios determinó para el hombre, sobre el mundo, se hace evidente.

13. Y otra vez:

Yo confiaré en Él.

Y de nuevo:

He aquí, yo y los hijos que Dios me dio.

καὶ πάλιν·
Y otra vez.

ἐγὼ ἔσομαι πεποιθὼς ἐπ᾽ αὐτῷ,
Yo estaré confiando en Él.

καὶ πάλιν·
Y otra vez.

ἰδοὺ ἐγὼ καὶ τὰ παιδία ἅ μοι ἔδωκεν
He aquí yo y los hijos los que me dio

ὁ Θεός.
- Dios.

Notas y análisis del texto griego.

Siguen las citas del Antiguo Testamento, separadas mediante una frase de enlace: καὶ, conjunción copulativa *y*; con πάλιν, adverbio *otra vez, además, de nuevo*. Sigue la cita bíblica: ἐγὼ, caso nominativo singular del pronombre personal *yo*; ἔσομαι, primera persona singular del futuro de indicativo en voz media del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *estaré*; πεποιθὼς, caso nominativo masculino singular con el participio perfecto en voz activa del verbo πείθω, *persuadir, convencer, confiar en, creer en*, aquí como *confiado*; sigue luego la preposición de dativo ἐπί, con el grafismo ἐπ', forma que adopta por elisión de la ι final ante vocal o diptongo sin aspiración, que equivale a *en*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal *él.* Una segunda referencia bíblica se introduce de la misma forma que la anterior: καὶ, conjunción copulativa *y*; con πάλιν, adverbio *otra vez, además, de nuevo*, trasladando a continuación la nueva cita: ἰδοὺ, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz media del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* con

uso adverbial equivale a *he aquí, sucedió que, ved, ahora,* etc. podría traducirse como una expresión de advertencia enfática como *¡Mira!*, incluso podría leerse a modo de interrogación como *y ¿sabéis?*, es en la práctica como una partícula demostrativa, que se usa para animar el discurso avivando la atención del lector, algunos modernos la identifican como interjección; ἐγὼ, caso nominativo singular del pronombre personal *yo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*; παιδία, caso nominativo neutro plural del sustantivo *hijos*; ἅ, caso acusativo neutro plural del pronombre relativo *los que*; μοι, caso dativo singular del pronombre personal *me*; ἔδωκεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar, entregar, conceder*, aquí como *dio*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, no utilizable en español al estar vinculado con nombre propio; Θεός, caso nominativo masculino singular del nombre *Dios.*

La cita bíblica corresponde ahora a la profecía, citando a Isaías (Is. 8:17): ἐγὼ ἔσομαι πεποιθὼς ἐπ᾽ αὐτῷ, *yo estaré confiado en Él.* Las palabras, históricamente hablando, corresponden al profeta ante la invasión de los asirios: *"Esperaré, pues, a Jehová, el cual escondió su rostro de la casa de Jacob, y en él confiaré"*. ¿Cómo puede hacerse una aplicación de este texto para relacionarla con el Señor? Sin duda nosotros no podríamos interpretar de ese modo, pero el Espíritu de Dios lo hace a través del escritor de la Epístola. Siendo palabra inspirada, es ese el verdadero sentido que tenían, en el pensamiento de Dios las palabras de Isaías. Hay, con todo, un vínculo de unión entre las del Salmo 22 citadas antes y las de la profecía, citadas ahora. En el Salmo, Dios esconde el rostro de su Hijo, que sufre, a pesar de ser perfectamente justo; en la profecía es también el justo que sufre, mientras confía en Dios. Isaías es tipo de Cristo, cuya confianza en el Padre es notoria en los evangelios. Los mismos enemigos del Señor le recuerdan esa confianza cuando estaba en la Cruz: *"Confió en Dios; líbrele ahora si le quiere; porque ha dicho: Soy Hijo de Dios"* (Mt. 27:43). Por tanto, desde la condición de hombre, Jesús había puesto su confianza en quien podía librarlo de la muerte, no tanto de la física como de la espiritual (He. 5:7). Esa confianza del Señor en el Padre, se ve honrada en la resurrección, primero la espiritual luego de las horas de tinieblas por la plena restauración de la comunión con el Padre y luego por la física levantándolo de la tumba y ascendiéndolo a la diestra de la Majestad.

La segunda cita, καὶ πάλιν, *"y otra vez"*, es también de la profecía de Isaías (Is. 8:18). La introducción de ambas está hecha por la expresión *y de nuevo*, *y otra vez*, que define la intención que había en el pensamiento del escritor. Esto nos permite reafirmar que la interpretación de esa expresión en 1:6, no es tanto una segunda introducción en el mundo, sino una segunda cita de la Escritura, en el sentido de *otra segunda cita*, para referirse a la introducción del Primogénito en el mundo. De nuevo Isaías es figura de Cristo: ἰδοὺ ἐγὼ καὶ τὰ παιδία ἅ μοι ἔδωκεν ὁ Θεός, *"he aquí yo, y los hijos que me dio*

Dios. El profeta estaba puesto como testigo delante del pueblo de la acción que Dios estaba llevando a cabo. Sus hijos eran testimonio con él por los mismos nombres que tenía. El segundo de sus hijos se llamaba *"Maher-salal-hasbaz"*, que significa *"el despojo se apresura, la presa se precipita"* (Is. 8: 3). El primer hijo del profeta se llamaba *"Sear-jasub"*, que significa *"el remanente volverá"* (Is. 7:3). Los dos hijos y sus nombres, junto con el profeta, conformaban la expresión visible de uno de los mensajes que Dios estaba dando al pueblo. El y sus hijos eran testimonio para sus contemporáneos. Aquí, el Espíritu, por medio del autor de la Epístola, lo aplica a Cristo. Los hijos a que se refiere, en relación con Jesús, son los hijos del Padre, que, como se dijo antes, alcanzan esa posición por adopción en Cristo. Esos hijos son *dados* por el Padre a Cristo, como el mismo Señor recuerda en su oración (Jn. 17:6, 9, 11, 12). Estos hijos de Dios, son los que han ido a Cristo con fe y, al depositarla en Él, vinieron a ser verdaderamente *hijos de Dios*. A estos hijos, enviados al Salvador por el Padre, Jesús los aceptó y recibió para salvación (Jn. 6:37). Tanto los hijos como miembros, y Jesús como cabeza, forman la gran familia de Dios en la unidad del cuerpo de Cristo y son elemento testimonial al mundo de la obra que Dios está llevando a cabo en su propósito y designio soberano.

Si Dios los dio al Hijo, hay plena seguridad para ellos. El Señor vino para hacer la voluntad del Padre y Él mismo dijo: *"Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero"* (Jn. 6:39). El Señor cuida personalmente de resucitarlos a todos en el día postrero y esto es parte de la seguridad de salvación de los hijos de Dios. El compromiso del Señor, en ese sentido es: *"Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en Él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero"* (Jn. 6:40).

14. Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, Él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo.

Ἐπεὶ οὖν τὰ παιδία κεκοινώνηκεν αἵματος καὶ σαρκός, καὶ
Así pues por cuanto los hijos han tenido en común de sangre y de carne también
αὐτὸς παραπλησίως μετέσχεν τῶν αὐτῶν, ἵνα διὰ τοῦ θανάτου
él mismo igualmente participó de las mismas para que por medio de la muerte
καταργήσῃ τὸν τὸ κράτος ἔχοντα τοῦ θανάτου, τοῦτ᾽ ἔστιν τὸν
redujese a impotencia al el dominio que tiene de la muerte esto es al
διάβολον,
diablo.

Notas sobre el texto griego.

El versículo establece el inicio de una cláusula conclusiva con ἐπεὶ, conjunción causal, *puesto que, porque, ya que, de otra manera*; οὖν, conjunción causal *pues, así que, de*

modo que, por consiguiente, por cuanto; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*; παιδία, caso nominativo neutro plural del sustantivo *hijos*; κεκοινώνηκεν, tercera persona plural del perfecto de indicativo en voz activa del verbo κοινωνέω, *comunicar, participar, hacer partícipe,* aquí como *participaron, han tenido en común*; αἵματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo declinado *de sangre*; καὶ, conjunción copulativa *y*; σαρκός, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de carne*; καὶ, adverbio de modo, *también*; αὐτὸς, caso nominativo masculino singular del pronombre intensificado *el mismo*; παραπλησίως, adverbio de modo, *igualmente*; μετέσχεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo μετέχω, *participar, compartir, recibir, disfrutar conjuntamente*, aquí como *participó*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado declinado *de los*; αὐτῶν, caso genitivo neutro plural del pronombre personal *mismos*; ἵνα, conjunción, *que, para que*, *por que, a fin de que, de modo que*; διὰ, preposición de genitivo, *por medio*; τοῦ, caso genitivo masculino singular, *del,* femenino en español *de la*; θανάτου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *muerte*; καταργήσῃ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo καταργέω*, destruir, liberar, despojar de poder, reducir a impotencia,* aquí como *redujese a impotencia*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el;* κράτος, caso acusativo neutro singular del sustantivo *poder, fuerza;* ἔχοντα, caso acusativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *que tiene*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del,* femenino en español al vincularse a muerte*, de la*; θανάτου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *muerte*; τοῦτ᾽, caso nominativo neutro singular del pronombre demostrativo *esto,* con el grafismo propio ante vocal; ἔστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *es*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*, διάβολον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *diablo.*

᾽Επεὶ οὖν τὰ παιδία κεκοινώνηκεν αἵματος καὶ σαρκός. El Hijo, que lleva muchos hijos a la gloria, se identifica con cada uno de ellos en razón a su propia humanidad. El versículo enfatiza primeramente la realidad de la limitación de los hombres, expresada en el hecho de que todos ellos *participan de carne y sangre*. Todos ellos tienen en común el principio de vida y naturaleza humana. La carne y la sangre designan la naturaleza humana desde el plano de limitación, debilidad y flaqueza, propia de ella. Esta expresión es muy común en los escritos del apóstol Pablo. De tal manera que, según la enseñanza del apóstol, la *"carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios"*, porque tampoco *"la corrupción hereda la incorrupción"* (1 Co. 15:50). La expresión define en general a la condición propia de las personas humanas, de modo que el apóstol Pablo, en su llamamiento celestial no subió a Jerusalén para recibir instrucciones de *"carne y sangre"* en clara referencia a los apóstoles que estaban en aquella ciudad (Gá. 1:16, 17). Del mismo modo utiliza *carne y sangre*, como elemento de contraste en la lucha espiritual del cristiano, que es

contra demonios y no contra hombres (Ef. 6:12). El escritor de la Epístola afirma que los hijos, que son hombres salvos, tienen en común una naturaleza que los identifica como humanos, participando todos en ella. Esta naturaleza propia de los hombres, fue asumida por el Hijo, que vino en *"semejanza de carne de pecado"*, que manifiesta la debilidad propia del hombre (Ro. 8:3). El Hijo tomó una naturaleza mortal haciéndose real y verdaderamente hombre y participando en todos los elementos propios de una verdadera humanidad (Jn. 1:14).

Αὐτὸς παραπλησίως μετέσχεν τῶν αὐτῶν, *El mismo participó de las mismas,* esto es, *de carne y sangre.* Es necesario entender con toda claridad que el Hijo, como Persona Divina, es eternamente Dios, en unidad con el Padre y el Espíritu, pero que este Hijo, Persona Divina, tomó una naturaleza humana y se hizo hombre en identidad plena con el hombre. No siempre se enfatizan las dos naturalezas en Jesucristo. Mayoritariamente, tal vez por dificultades con el humanismo radical, se hace referencia a la deidad de Jesús. Aquí es preciso, según el versículo, prestar atención al hecho de la humanidad asumida por el Hijo. La encarnación, es el resultado del hecho transcendental del *envío* del Hijo al mundo procedente del Padre (Gá. 4:4), para llevar a cabo una obra en la cual Dios pueda, por el Hijo, hacer partícipes a los hombres de su filiación y rescatarlos de la muerte y la condenación a causa del pecado. La concepción es el primer movimiento de Dios para hacer posible la humanidad del Verbo. Ese acontecimiento da comienzo al existir de Dios en carne, en un estado de igualdad de naturaleza, sometido a todas sus limitaciones y alcanzado la posibilidad de morir la muerte el hombre, viviendo en una limitación voluntaria como hombre (Ro. 1:1-4; 2 Co. 5:21; 8:9; Gá. 3:13; 4:4-5; Fil. 2:6-8). El Hijo, que eternamente está junto al Padre, por quien todas las cosas vinieron a la existencia y son sustentadas en Él y por Él (He. 1:2), ha tomado *carne y sangre* para morar entre los hombres como un hombre (Jn. 1:14). Este Hijo, se hace hombre sin deponer su condición divina, para poder llevar a cabo la obra que se dice seguidamente en el versículo, para introducirnos en la vida y comunión con Dios. Esa introducción del Hijo en la experiencia del hombre, tiene lugar por la concepción, gestación y posterior nacimiento, de María. La encarnación exige el nacimiento de mujer y bajo la ley (Gá. 4:4). La Virgen, fue elegida soberanamente por Dios, para que fuese la madre del Redentor, en su naturaleza humana (Mt. 1:18-25; Lc. 1:26-38). Por la encarnación comienza la existencia temporal del Hijo, pero, en modo alguno se puede considerar esto como comienzo de vida, sino como inicio de una nueva forma de vida que subsiste en su eterna Persona, sin comienzo y sin fin. La Deidad de Jesús, nada tiene que ver con el comienzo de su existencia terrenal, con existencia divina y, por tanto, preexistencia eterna a su encarnación y nacimiento terrenal. La encarnación es la expresión suprema de la donación de Dios al hombre en la Persona del Hijo. En la encarnación Dios se *humana*, identificándose en todo con los hombres,

salvo en el pecado y en la relación de esa humanidad, sólo la suya, con la Deidad. La encarnación es el vehículo por el cual el Verbo se une con la humanidad en una naturaleza creada por el Espíritu Santo, que es personalizada por el Hijo, y en cuya humanidad, αἵματος καὶ σαρκός, *carne y sangre*, expresa visiblemente su filiación eterna. Esa unión entre el Hijo eterno y la naturaleza del hombre, se expresa absolutamente en Jesús, el hombre. Desde el momento de la encarnación, la humanidad es ya perpetuamente la humanidad del Hijo. En ella se manifestó durante el ministerio público y en ella se perpetúa eternamente. La encarnación no es una divinización del hombre, sino la decisión libre del Hijo que se proyecta en amor fuera de sí mismo, para salvación. La encarnación es la autoentrega del Hijo a favor de los hombres, para llevar a estos a la expresión máxima posible de la vivencia de lo que corresponde y pertenece a Dios, que es la vida eterna. El Hijo, como hombre es la expresión de la vida trinitaria de Dios en una criatura, y la posición de una criatura en Dios, que se inserta en la historia humana. La criatura, en cuanto a *carne y sangre*, es acogida no sólo en el Creador, sino dentro de Él mismo, viniendo a ser elemento integrante en su Persona Divina, de tal manera que aunque permaneciendo la diferencia entre su naturaleza divina y su naturaleza humana, sin mezcla ni confusión, la unión entre el Creador y la criatura se hacen inseparables ya. El sujeto de la encarnación es el Hijo, el Verbo, el Logos eterno, por tanto, la encarnación es la prolongación a la criatura subsistente en la Persona divina, de la realidad y relación eterna del Hijo en el seno de la Trinidad. De ahí que el versículo haga referencia a la acción, posible solo para Dios desde la naturaleza humana del Hijo, de destruir al opresor para liberar al hombre. La pasión del Hijo, *perfeccionado por aflicciones* (v. 10), es la verdadera pasión de Dios, que no es otra cosa que compasión con el hombre, que se inicia en la concepción en el seno de María y se completa en la entrega de la vida sobre la Cruz. Cristo, por tanto, llegó a ser hombre en la misma forma y con las mismas condiciones de los hombres. Distinguiéndolo de ellos en el hecho mismo de la concepción, que no se produce por relación humana, sino por acción divina en la operación omnipotente del Espíritu Santo. El participar de *carne y sangre*, hace posible que se pueda escribir la biografía de Dios en sujeción a las limitaciones temporales de la criatura. Pero, esa encarnación del Hijo, es el vehículo instrumental para la kénosis de Dios. El participar de *carne y sangre* hace posible el descenso del Hijo a la forma de siervo. El que siendo Dios no puede sino demandar obediencia, por cuanto es Soberano, obedece desde su condición de hombre, hasta la entrega máxima en la expresión de dar su vida por los hombres. En esa dimensión de *carne y sangre*, el Hijo se mantiene sumiso a las condiciones del hombre, sufre bajo los poderes del mal en la tentación y asedio, pero sin contaminación alguna con el pecado, revelando a Dios como gracia absoluta y siendo para el hombre prójimo perfecto. No cabe duda alguna que el Hijo se ha encarnado para expresar la gracia, y vivir la gracia es posible porque el Hijo se ha encarnado. Con todo, es

necesario entender con toda claridad que este Cristo, descendiente *"según la carne"* de los hombres, es también *"Dios bendito sobre todas las cosas por los siglos de los siglos"* (Ro. 9:5).

῞Ινα διὰ τοῦ θανάτου καταργήσῃ τὸν τὸ κράτος ἔχοντα τοῦ θανάτου, τοῦτ᾽ ἔστιν τὸν διάβολον. El propósito de la encarnación está plenamente definido en el versículo: *"para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo"*. Primero se hace solidario con los hombres para poder morir por los hombres. Luego se ofrece en sacrificio por los pecados de los hombres, para poder librar a los hombres. Siendo *hombre* podía ser sustituto del hombre. La muerte de Jesús se considera aquí desde el plano *soteriológico*, como la superación de la esclavitud y la liberación de los esclavos. El infinito Hijo, se hace *carne y sangre*, para ser *consumado*, *perfeccionado*, en el amor de entrega, no sólo de Él, sino del Padre que lo da y esa perfección se alcanza en el dolor y en la muerte, posible solo desde la naturaleza humana del Hijo de Dios. La muerte en este caso no se considera tanto desde el sufrimiento, sino desde la batalla liberadora, consistente en *destruir* al que tenía el imperio de la muerte. El verbo *destruir*, no equivale a *eliminar* en el sentido de hacer desaparecer, sino de *quitar los medios con que se mantenía* e incluso impedir que vuelva a alcanzarlos. En ese sentido equivale a *reducir a la impotencia*, a quien tenía el dominio de la muerte, esto es al *diablo*. El título tiene que ver con *acusador*, aquel que demandaba, en derecho, que la justicia de Dios, que había sentenciado al pecador con la muerte (Gn. 2:17), como el apóstol Pablo afirma también: *"La paga del pecado es la muerte"* (Ro. 6:23), actuase contra él. En la Cruz, el Hijo, combate a Satanás, el acusador, retirándole el acta de los decretos contrarios al hombre, de modo que lo reduce a la impotencia para demandar la muerte y condenación del que ha sido justificado (Col. 2:14-15). Cristo en su muerte *destruye*, en sentido de dejar inoperativo al que tenía el imperio de la muerte. Con la resurrección de su humanidad destruye también a la muerte (1 Co. 15:20). La acción del Salvador hace posible el cumplimiento pleno de la profecía: *"De la mano del Seol los redimiré, los libraré de la muerte. Oh muerte, yo seré tu muerte; y seré tu destrucción, oh Seol; la compasión será escondida de mi vista"* (Os. 13:14). Cancelada el acta acusatoria y manifestado el poder victorioso en la resurrección, el diablo está destruido en sentido operativo contra quienes son hermanos de Jesús e hijos del Padre, por adopción.

15. Y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre.

καὶ ἀπαλλάξῃ τούτους, ὅσοι φόβῳ θανάτου διὰ παντὸς τοῦ
y pusiese en libertad a estos los que por miedo de muerte durante todo de
ζῆν ἔνοχοι ἦσαν δουλείας.
vivir incursos estaban en esclavitud.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue sin interrupción el tema del versículo anterior, vinculándolo con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἀπαλλάξῃ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo ἀπαλλάσσω, *cambiar de, libertar de*, aquí en razón del subjuntivo como *pusiese en libertad*; τούτους, caso acusativo del pronombre demostrativo declinado *a estos*; ὅσοι, caso nominativo masculino plural del pronombre relativo, *los que, todos cuanto, cuantos*; φόβῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo *miedo, horror, angustia, temor, respeto*; θανάτου, caso genitivo masculino singular del sustantivo, declinado *de muerte*, como caso instrumental en sentido *a la muerte*; διὰ, preposición de genitivo, *por medio, a causa, por, durante, a lo largo de*; παντὸς, caso genitivo neutro singular del adjetivo indefinido *todos*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *de lo*; ζῆν, presente de infinitivo en voz activa del verbo *vivir*; ἔνοχοι, caso nominativo masculino plural del adjetivo *culpable, sujeto a*, etimológicamente tiene el sentido de *estar aferrado a algo* y en sentido figurado *sometido, expuesto a algo,* de ahí la traducción *incursos*; ἦσαν, tercera persona plural del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *estaban*; δουλείας, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de esclavitud*, *de servidumbre*, en sentido de estar sujetos a *servidumbre o a esclavitud.*

Καὶ ἀπαλλάξῃ τούτους, ὅσοι φόβῳ θανάτου διὰ παντὸς τοῦ ζῆν ἔνοχοι ἦσαν δουλείας. El pecador está sujeto permanentemente por temor a la muerte. Ese temor, es un sentimiento de culpabilidad que surge en la propia conciencia del no regenerado, y que le hace temer a la muerte. Este sentimiento produce esclavos y no libres. Por ese temor harían cosas que de otro modo no las hubieran hecho. El miedo continuo es una verdadera esclavitud personal. De ahí la liberación que se produce en la experiencia del salvo: *"Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos ¡Abba, Padre!"* (Ro. 8:15). La liberación del creyente, que es hijo de Dios por adopción, le rescata de la esclavitud del pecado (Ro. 6:20-23), por tanto le libra del temor a la muerte. Lo que cada creyente ha recibido es *la adopción*, literalmente entrar a la posición de hijo. Este espíritu es contrario al espíritu de esclavitud y temor. Por el nuevo nacimiento el creyente viene a ser colocado como hijo adulto, en una nueva relación con Dios, miembro de su familia (Ef. 2:19). Esta adopción confiere al creyente todos los derechos y privilegios de esa condición. El creyente viene a tener relación y comunión directa con el Padre (1 Jn. 1:3). El creyente tiene el privilegio de ser partícipe en la naturaleza divina (2 P. 1:4). Por haber nacido de arriba, el creyente comienza a llevar la imagen del Señor, primogénito entre muchos hermanos (He. 2:12-13). El temor desaparece porque el creyente es *hijo* y no enemigo, para quien ya no hay condenación (Ro. 8:1). Esa condición de hijos nos lleva a clamar, es decir, gritar en voz alta para llamar *Abba*, al Padre del cielo, en esa expresión de intimidad familiar, que no

implica falta de respeto que Dios merece, pero que manifiesta la condición de hijo.

El alcance liberador es pleno para todos los que son hijos: καὶ ἀπαλλάξῃ τούτους *"librar a todos",* literalmente, *librar a éstos*. Por la unión con Cristo los salvos participan en su victoria (1 Co. 15:54-57; 1 Ts. 4:13-18). La fe en la resurrección era creencia de los creyentes de la antigua dispensación, pero, el creyente ahora no sólo cree sino que la ve como realidad en la resurrección de Cristo, *"quien sacó a luz la vida y la inmortalidad"* (2 Ti. 1:10). La muerte para el creyente no significa entrar en una esfera de juicio, perdición y condenación, sino la bendición de acceder a la liberación plena de todas las miserias de la vida, para disfrutar de la presencia del Señor (Fil. 1:23). Quien está en Cristo y por Él recibe la condición de hijo de Dios, ha dejado de ser esclavo para convertirse en dueño de todo, que incluye también a la misma muerte: *"...porque todo es vuestro;... sea el mundo, sea la vida, sea la muerte..."* (1 Co. 3:21-22). La muerte ha sido vencida por Cristo (1 Co. 15:21, 25). El creyente sabe que su resurrección será un hecho y la muerte quedará sorbida en victoria por la vida (1 Co. 15:54). La muerte inquieta a los perdidos, pero para el creyente es una nueva experiencia en Cristo, dormir en el Señor (1 Ts. 4:14). Lo que es ruina para muchos es ganancia para el salvo (Fil. 1:21). La muerte no puede separar al creyente de Cristo (Ro. 8:38). La muerte física, en lugar de ser objeto de miedo, es el paso para acceder a la presencia del Señor (2 Co. 5:8).

16. Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham.

οὐ γὰρ δήπου ἀγγέλων ἐπιλαμβάνεται ἀλλὰ σπέρματος ᾿Αβραὰμ
Porque no sin duda de ángeles viene en auxilio sino de descendencia de Abraham
ἐπιλαμβάνεται.
viene en auxilio.

Notas y análisis del texto griego.

El versículo comienza con οὐ, adverbio de negación, *no*, que negativiza la estructura de toda la oración; seguido de γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al pronombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; δήπου, adverbio de modo, *sin duda, si, ciertamente*; ἀγγέλων, caso genitivo masculino singular del sustantivo declinado *de ángeles*; ἐπιλαμβάνεται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo ἐπιλαμβάνομαι, forma intensificada de λαμβανω, *coger, asir, echar mano de alguien*, aquí como *socorre, viene en auxilio, echa mano*; ἀλλα, conjunción adversativa *sino*; σπέρματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo declinado *de descendencia*; ᾿Αβραὰμ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Abraham*; ἐπιλαμβάνεται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo ἐπιλαμβάνομαι, forma

intensificada de λαμβανω, *coger, asir, echar mano de alguien*, aquí como *socorre, viene en auxilio, echa mano.*

Οὐ γὰρ δήπου ἀγγέλων ἐπιλαμβάνεται. El socorro divino se prestó al hombre. La obra de salvación no estaba orientada a potenciar a los ángeles o a salvar a los demonios, sino mostrar misericordia en salvación para los hombres. Cuando el Hijo se humilló a Sí mismo descendió a la condición de hombre, pasando de largo el estado angélico. Dios no se hizo ángel, se hizo hombre. Los pecadores inmortales que son los ángeles caídos, no tienen sustituto que pueda expiar su pecado. Eternamente perdidos, están ya eternamente condenados. Dios *"no echó mano"*, no *socorrió*, a los ángeles. El Señor vino a salvar a los hombres perdidos.

La misericordia expresada hacia los hombres, está vinculada con la descendencia de Abraham: ἀλλὰ σπέρματος ᾿Αβραὰμ ἐπιλαμβάνεται, *"Sino que socorrió a la descendencia de Abraham"*. Quiere decir que Cristo estaba vinculado con los hombres como hombre y era de la descendencia de Abraham, en cuanto a ascendencia humana (Ro. 9:5). Sin embargo, la descendencia de Abraham no es otra cosa que la descendencia de Adán, ya que Abraham descendía también de Adán. No significa esto que la obra de salvación sea especialmente y destinada a los israelitas. El Señor vino a buscar y salvar lo que estaba perdido (Lc. 19:10). Los judíos no tienen un modo de salvación especial que los distinga de los gentiles. Los israelitas pueden enorgullecerse de que el Salvador sea, en cuanto a humanidad, de su misma estirpe, pero necesitan de Él, lo mismo que el más perverso de los gentiles, para salvación. En la esfera de la salvación todos los hombres somos iguales y la salvación se alcanza del mismo modo para todos: por gracia, mediante la fe (Ef. 2:8-9). Como quiera que la Epístola está dirigida especialmente a hebreos, hace énfasis en la vinculación de Cristo con el grupo humano a que pertenecen los israelitas. Debe considerarse aquí la σπέρματος ᾿Αβραὰμ, *"descendencia de Abraham"* no tanto en sentido natural, sino en el espiritual de la fe. Todos los salvos somos, en cierta medida, hijos de Abraham, porque *"Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia… por tanto, los que son de fe, éstos son hijos de Abraham"* (Gá. 3:6, 7). La conclusión a que llega el argumento, es que Dios mostró misericordia y Cristo vino para socorrer a los hombres. De modo que en materia de salvación, los hombres son muy superiores a los ángeles, por cuanto Dios tuvo misericordia de ellos y se hizo uno de ellos, salvo en el pecado, para salvarlos, conducirlos a la gloria y hacerlos sus hijos.

17. Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo.

ὅθεν ὤφειλεν κατὰ πάντα τοῖς ἀδελφοῖς ὁμοιωθῆναι, ἵνα
Por lo cual debía en todo a los hermanos ser hecho semejante para que
ἐλεήμων γένηται καὶ πιστὸς ἀρχιερεὺς τὰ πρὸς τὸν Θεὸν
misericordioso llegar a ser y fiel sumo sacerdote a lo en relación - a Dios
εἰς τὸ ἱλάσκεσθαι τὰς ἁμαρτίας τοῦ λαοῦ.
para el hacer propiciación por los pecados del pueblo.

Notas y análisis del texto griego.

El versículo establece las conclusiones que se alcanzan con toda la argumentación anterior, comenzando con ὅθεν, adverbio relativo, *de donde, de qué lugar*, al comienzo de una frase con sentido de *por lo cual*; ὤφειλεν, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo οφείλω, *deber*, *tener obligación*, aquí como *debía*; κατὰ, preposición de acusativo, *en, por, hacia*; πάντα, caso acusativo neutro plural del adjetivo indefinido *todo*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado declinado *a los*; ἀδελφοῖς, caso dativo masculino singular del sustantivo *hermanos*; ὁμοιωθῆναι, aoristo primero de infinitivo en voz pasiva del verbo ὁμοιόω, *hacer semejante, comparar*, aquí como *ser hecho semejante*; ἵνα, conjunción, *que, para que*, *por que, a fin de que, de modo que*, que inicia una cláusula de propósito, precediendo a ἐλεήμων, caso nominativo masculino singular del adjetivo *misericordioso*, seguido de γένηται, segundo aoristo de subjuntivo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, empezar a existir, hacerse, ser hecho*, aquí como *llegar a ser*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πιστὸς, caso nominativo masculino singular del adjetivo *fiel*; ἀρχιερεὺς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *sumo sacerdote*; τὰ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado declinado *a lo, en lo*; πρὸς, preposición de acusativo *a, hacia, por, con, con relación a*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*, que no se usa en español al preceder a nombre propio; Θεὸν, caso acusativo masculino singular del nombre propio declinado *a Dios*; εἰς, preposición de acusativo *hacia, para*, *en relación*; τὸ, acusativo neutro singular del artículo determinado declinado *lo*; ἱλάσκεσθαι, presente de infinitivo en voz media del verbo ἱλάσκομαι, *propiciar, hacer propiciación*, aquí como *hacer propiciación*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado declinado *a las*, en sentido de *por los,* masculino en castellano; ἁμαρτίας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *pecado*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; λαοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *pueblo*.

῞Οθεν ὤφειλεν κατὰ πάντα τοῖς ἀδελφοῖς ὁμοιωθῆναι. Para socorrer a los hermanos, el Hijo tenía que hacerse como ellos. El autor introduce ya el gran tema del sacerdocio de Cristo que desarrolla ampliamente en la Epístola. Desde su naturaleza humana era semejante en todo a los hombres. Es interesante apreciar que en ningún lugar del Nuevo Testamento se afirme la identidad absoluta de la humanidad de Jesús y la nuestra, haciendo la comparación entre ambas mediante el uso de una forma verbal que equivale a *ser hecho semejante*. Luego, si es *semejante*, no es idéntico. Indudablemente Jesús fue hombre como los hombres, salvo en dos aspectos: el primero en

cuanto a pecado; ningún hombre ha sido impecable como Jesús. El segundo en cuanto a vinculación con la deidad; ningún hombre ha estado jamás, ni lo puede estar, en relación de identidad con la Persona Divina del Hijo, hasta llegar a ser naturaleza humana de ella. Sin embargo, desde su humanidad, el Hijo era en todo semejante a los hombres (Fil. 2:7; He. 4:15).

Ἵνα ἐλεήμων γένηται καὶ πιστὸς ἀρχιερεὺς. El Sumo Sacerdote, que es Jesucristo, el Hijo de Dios, tiene dos condiciones que le son propias y que el autor de la Epístola destaca al decir que ha venido ἐλεήμων γένηται καὶ πιστὸς,*"a ser misericordioso y fiel"*. La primera condición lo relaciona con los hermanos, al ser *misericordioso* para con ellos. La misericordia es uno de los atributos comunicables de Dios, que expresa su amor hacia el culpable y miserable. Es el amor que expresa la compasión a causa de la situación originada por el pecado, viendo la desdicha que éste produce en el hombre y las consecuencias de sufrimiento que origina. Es también el amor en extensión, es decir, constante. Dios ama permanentemente, a pesar de las circunstancias personales. De manera que el profeta, viendo la ruina de la ciudad de Jerusalén, a causa del juicio de Dios por el pecado reiterado del pueblo, habla de las misericordias provistas por Él, que son nuevas cada mañana y que, en base a ellas, no fueron destruidos totalmente (Lam. 3:22-23). Este Sumo Sacerdote, misericordioso, desciende al nivel del miserable, llegando hasta él para socorrerle, en un acto de admirable dimensión de amor, hasta hacerse pobre para enriquecer a quien había perdido todo y no podía recuperarlo (2 Co. 8:9). El Sumo Sacerdote misericordioso, desciende hasta las partes más bajas de la tierra, para hacer salvable a todo pecador y abrir un camino de salvación a todo aquel que cree (Ef. 4:9). La segunda condición de este Sumo Sacerdote, nuestro Señor y Salvador, es la *fidelidad*. No solo es misericordioso, sino que también es fiel. Sorprende ver que ambas perfecciones aparecen unidas también en el texto de la profecía antes citado: *"Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad"* (Lam. 3:22-23). En relación con el hombre, misericordioso; en relación con Dios, fiel. La fidelidad se aprecia en que soportó el sufrimiento y la muerte hasta el final de la obra de redención prevista por Dios en su gracia (Fil. 2:7). Es fiel porque lo fue en todo lo que hizo, en servicio de absoluta fidelidad al que lo envió (He. 3:2). La fidelidad se aprecia en la entrega hasta el grado que exigió la obra de salvación, de modo que ilustrándolo con la comida, indispensable para el alimento y con ello razón de vida, decía de su ministerio salvífico: *"Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra"* (Jn. 4:34).

Εἰς τὸ ἱλάσκεσθαι τὰς ἁμαρτίας τοῦ λαου. El Sumo Sacerdote, es también víctima en el sacrificio, ya que cuanto hizo tenía como propósito *"expiar los pecados del pueblo"*. Literalmente el verbo que se usa es el de

propiciar. La fidelidad y la misericordia se unen en la Cruz, en un sacrificio propiciatorio, por el pecado. De ese modo anunció el salmista la unión de la *misericordia y la verdad*, o *fidelidad* en Cristo, cuando dice: *"La misericordia y la verdad se encontraron"* (Sal. 85:10). Hacer propiciación por los pecados era una de las funciones del sumo sacerdote en el Antiguo Testamento. La propiciación significa dejar a un lado la ira en base a una ofrenda. En el Nuevo Testamento se usan tres palabras distintas referidas al hecho de la propiciación, todas ellas vinculadas con Cristo mismo. Por un lado está el verbo *propiciar,* referido al que ofrece el sacrificio en sí que permite la propiciación, y que ocurre en este versículo que se considera. La segunda se trata de un sustantivo, para referirse al *lugar* donde se esparcía delante de Dios la sangre del sacrificio de expiación por el que Dios podía ser *propicio* al pueblo, de lo que habla el apóstol Pablo: *"A quien Dios puso como propiciación*[12] (Ro. 3:25). La tercera es otro sustantivo[13] que tiene que ver con el sacrificio en sí por el que se alcanza la propiciación. Es necesario entender que la ira de Dios a causa del pecado del hombre, está, no sólo sobre el pecado en sí como causa, sino también sobre el pecador como instrumento, de ahí que la ira de Dios esté dirigida a él (Ro. 1:18, 24, 26, 28). Los hombres todos, sin excepción son pecadores y están bajo la ira y la condenación de Dios. El Sumo Sacerdote, Jesucristo, en su muerte se convierte en sacrificio expiatorio por el pecado y es el medio para remover la ira de Dios. En todo ello la misericordia de Dios se hace manifiesta por cuanto es el Padre que *"envió a su Hijo al mundo en propiciación por nuestros pecados"* (1 Jn. 4:10) y su propiciación es adecuada para todos (1 Jn. 2:2). No hay, por tanto, modo alguno de *complementar* una obra que ha sido hecha perfecta y de una vez para siempre. Nadie puede, por sus méritos o esfuerzos *propiciar* a Dios, pero, el Hijo, hizo el sacrificio perfecto que garantiza la propiciación por el pecado.

De este modo escribe Juan Calvino:

"De muy distinta manera habla san Juan: 'Si alguno', dice, 'hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo, el Justo; y Él es la propiciación por nuestros pecados'. 'Os escribo a vosotros, hijitos, porque vuestros pecados os han sido perdonados por su nombre' (1 Jn. 2:1; 2:12). Sin duda alguna habla él con los fieles, y al proponerles a Jesucristo como propiciación de sus pecados, demuestra que no hay otra satisfacción con la que poder aplacar a Dios una vez que lo hemos ofendido. No dice san Juan: Dios se ha reconciliado una vez con vosotros en Cristo; ahora es preciso que busquéis otros medios de reconciliaros con Él; sino que lo constituye abogado perpetuo, que por su intercesión nos restituye en la gracia y el favor del Padre. Lo pone

---

[12] Griego: ἱλαστήριον, literalmente *propiciatorio.*
[13] Griego: ἱλασμος

como propiciación perpetua, mediante la cual nos son perdonados los pecados. Porque siempre será verdad lo que afirma el Bautista: 'He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo' (Jn. 1:29). Él es, digo yo, el que quita los pecados del mundo y no hay otro que pueda hacerlo, puesto que Él solo es el Cordero de Dios, Él solo también, el sacrificio por nuestros pecados; Él solo es la expiación; Él solo la satisfacción. Porque igual que la autoridad y el derecho de perdonar los pecados propiamente compete al Padre, en cuanto es persona distinta del Hijo, igualmente Cristo es constituido en segundo lugar, porque tomando sobre sí el castigo de la pena con que debíamos nosotros ser castigados, destruyó ante el juicio de Dios nuestra culpa. De donde se sigue que no hay otra manera de participar en la satisfacción de Cristo, que residiendo en Él, y atribuyéndole enteramente la gloria que arrebatan para sí mismo aquellos que pretenden aplacar a Dios con sus compensaciones"[14].

El propiciatorio era, en el mobiliario del Tabernáculo, la plancha de oro que había colocada sobre la tapa del Arca del Pacto, que estaba en el interior del Lugar Santísimo. En ella estaban guardadas las dos tablas que contenían la ley dada por Dios a Moisés (Ex. 31:18). La tapa o *propiciatorio* estaba hecha enteramente de oro. Sobre ella se situaban dos figuras de querubines con las alas extendidas y con sus rostros mirando uno frente al otro a la plancha del propiciatorio (Ex. 25:20). De la sangre del sacrificio expiatorio, celebrado una vez al año, era puesta por el sumo sacerdote, una porción sobre la plancha de oro del propiciatorio (Lv. 16:14). El oro del propiciatorio es símbolo de Dios en sus perfecciones y justicia. De manera que, simbólicamente, la sangre puesta sobre el propiciatorio cubría las demandas penales de la Ley, escondida en el interior del Arca, por lo que Dios podía ser propicio a su pueblo, en base al simbolismo del sacrificio de expiación. Por esa misma razón el publicano se dirigía a Dios desde la certeza en el sacrificio de expiación diciéndole: *"Se propicio a mi, pecador"* (Lc. 18:13). Por esa razón en la Epístola, Cristo es el propiciatorio que convierte el trono de ira en un trono de gracia (He. 4:16). Dios es el que justifica en Cristo al pecador creyente, para quien no hay condenación porque ha sido retirada de mano de cualquier acusador el acta de los decretos contrarios, al clavarlos con Cristo en la Cruz (Col. 2:14), por cuya razón nadie puede acusar a quien Dios justifica (Ro. 8:33). El mismo que es propiciatorio es también propiciador, en el sentido de quien se presenta para ofrecer el sacrificio expiatorio, base de la propiciación (He. 9:26). Dios no puede ser *misericordioso*, en sentido de ser indulgente con el pecador por su pecado. Su fidelidad demanda la acción judicial que Él mismo estableció para el pecador. Pero, puede hacerlo a causa de que Jesucristo, su Hijo, ocupó el lugar del

---

[14] Juan Calvino. *Institución de la religión cristiana.* Vol. II. Lib. III. Cap. IV. Pág. 496. Fundación Editorial de Literatura Reformada. Rijswijk (Z.H.) Países Bajos, 1968.

pecador y pagó Él, la responsabilidad penal por el pecado que le es propio a cada uno de los creyentes, que son hechos hijos de Dios en Él (2 Co. 5:21).

18. Pues en cuanto Él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados.

ἐν ᾧ γὰρ πέπονθεν αὐτὸς πειρασθείς, δύναται τοῖς
Pues en lo que ha padecido Él mismo habiendo sido probado puede a los
πειραζομένοις βοηθῆσαι.
que son probados socorrer.

Notas y análisis del texto griego.

Concluye el párrafo con una cláusula condicional conclusiva con ἐν, preposición de dativo*, en*; ᾧ, caso dativo neutro singular del pronombre relativo *lo que*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al pronombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; la construcción gramatical castellana determina traducir: *"pues en lo que"*; πέπονθεν, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo πάσχω, *padecer, sufrir, experimentar*, aquí como *ha padecido*; αὐτὸς, caso nominativo masculino singular del pronombre intensificado *él mismo*; πειρασθείς, caso nominativo masculino singular con el participio aoristo primero en voz pasiva del verbo πειράζω, *tentar, poner a prueba, poner trampas*, aquí como *habiendo sido probado*; δύναται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo δύναμαι, *poder, tener poder*, aquí como *puede*; τοῖς, caso dativo masculino singular del artículo determinado declinado *a los*; πειραζομένοις, caso dativo masculino plural con el participio de presente en voz activa del verbo πειράζω, *tentar, poner a prueba, poner trampas*, aquí como *que son probados*; βοηθῆσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo βονθέω, compuesto por βοή, *clamor* y θέω, *correr*, literalmente *correr un clamor*, *llamar en ayuda*, de ahí *ayudar, auxiliar, socorrer*, aquí en esta última forma.

La experiencia de Jesucristo en la obra de salvación es singular: ἐν ᾧ γὰρ πέπονθεν αὐτὸς πειρασθείς, *"pues en cuanto Él mismo padeció siendo tentado"*. Lo que no era posible en su Deidad, vino a ser experiencia en su humanidad. Como hombre soportó las pruebas de los hombres y sus experiencias humanas vinieron a ser sus propias experiencias. El término traducido como *tentar,* es también *probar*. Ambas experiencias fueron propias del Señor. Al principio de su ministerio, luego de su bautismo, fue llevado al desierto y allí tentado por el diablo (Mt. 4:1). Durante su ministerio fue también tentado por Satanás que procuró impedir que su fidelidad se llevase a cabo sujetándose plenamente al plan de Dios para salvación, por esa razón reprendió a Pedro, que utilizaba las palabras insinuantes del tentador (Mt. 16:23). Pero, no sólo las tentaciones, sino también las pruebas, los conflictos, las penurias de los hombres, fueron su propia experiencia. Las pruebas de los hombres fueron continuas en la experiencia de nuestro Señor.

Esto trae al creyente una seguridad admirable ya que el Hijo de Dios, Salvador, δύναται τοῖς πειραζομένοις βοηθῆσαι *"es poderoso para socorrer a los que son tentados"*. Es poderoso para hacerlo en cuanto es Dios, pero especialmente por su experiencia en el plano de la humanidad, es capaz de entender la situación del que es tentado o del que está en una prueba y socorrerle. El es quien al entender plenamente la situación, no sólo desde el plano de la intelectualidad divina, sino desde el de la experiencia humana, puede prestar la ayuda oportuna para cada caso y para cada situación. El Señor conoce por Sí mismo la dificultad en que se encuentra el creyente y es poderoso para prestarle la ayuda necesaria a fin de que se pueda mantener firme, en plena fidelidad. Para los lectores de la carta que estaban pasando por la tentación de dejar a Cristo y por las pruebas que agitaban sus vidas, tenían aquí una admirable provisión para su necesidad. El creyente tiene un intercesor que pasó por las dificultades y tentaciones propias de los creyentes, venciendo sobre ellas. El Señor no promete quitar la carga de la aflicción, pero da una mayor gracia, porque promete sostener al cargado para que sea capaz de llevar su carga (Sal. 55:22). Las palabras del apóstol Pablo, son el mejor resumen para esta verdad: *"No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana, pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar"* (1 Co. 10:13). Puede que se trate de pruebas o tentaciones, bien sean aflicciones o seducciones. Las dificultades son humanas, o sea, comunes a los hombres y adaptadas a lo que pueden soportar. Además, Dios es fiel, por tanto su actuación estará regulada por su fidelidad y no permitirá una prueba mayor que las fuerzas para soportarla. Dios promete dar salida, esto es, liberar del cerco de la prueba. No hay promesa de eliminar la prueba, pero sí de dar suficiente resistencia para soportarla. La salida tiene que ver con mantenerse firme (Jud. 24). Tal vez en las pruebas y mucho más en las caídas, un creyente puede no ser comprendido ni ayudado por sus hermanos, pero siempre lo será por el Señor.

El resumen del argumento presenta sobre la superioridad de Cristo sobre los ángeles, puede establecerse bajo tres grandes manifestaciones: En primer lugar es superior a ellos en su Persona Divina; Él es el Creador, los ángeles sus criaturas. En segundo lugar es superior a ellos en su obra salvífica; ninguno de los ángeles puede hacer lo que el Salvador hizo. En tercer lugar, es superior en su poder liberador; nadie puede vencer al opresor del hombre que es Satanás, que lo retiene bajo el temor de la muerte, a no ser Jesucristo, quien al morir y resucitar venció la muerte y se convirtió en esperanza para cada uno de sus hijos (Col. 1:27)

La grandeza del Señor y su obra, invita aquí a una reflexión personal. Cada uno de nosotros quedamos solemnemente advertidos sobre las consecuencias de no vivir conforme a la salvación recibida y, lo que es mucho

más grave, tenerla en poco y no ocuparse en ella con temor reverente (Fil. 2:12). Despreciar la salvación en el ámbito del compromiso de santificación, es despreciar al Salvador que la llevó a cabo. Cada uno de nosotros debemos entender que Dios puede intervenir en juicio si hay una persistencia en el pecado. Es arrogante pensar lo contrario, como advirtió por medio del profeta a su pueblo: *"Acontecerá en aquel tiempo que yo escudriñaré a Jerusalén con linterna, y castigaré a los hombres que reposan tranquilos como el vino asentado, los cuales dicen en su corazón: Jehová no hará bien ni hará mal"* (Sof. 1:12). Es la advertencia para quienes creen que Dios es impasible y no actúa en ningún sentido sobre el pecado de su pueblo. La advertencia se establece de otra manera en el Nuevo Testamento: *"No os engañéis, Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción: mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna. No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos"* (Gá. 6:7-9). Sin embargo, es necesario que, aún en nuestros fracasos personales, recordemos que tenemos un compasivo intercesor que entiende nuestros fracasos, perdona nuestros pecados y tiene capacidad y poder para hacernos superar las pruebas, restaurándonos a su comunión cuando arrepentidos en nuestras caídas, volvamos a Él.

CAPÍTULO III

SUPREMACÍA DE CRISTO Y RESPONSABILIDAD CRISTIANA

Introducción.

La demostración de la superioridad de Cristo sobre los valores más elevados para el pueblo de Israel, ocupa la mayor parte de la presente sección de la Epístola. El autor ha evidenciado que Cristo es superior a los profetas y a los ángeles, dos de los más altos valores para los judíos. Sin embargo, faltaba demostrar lo mismo con un personaje que era admirado y querido grandemente entre los hebreos, a quién se le guardaba profundo respeto y veneración, éste era Moisés. Considerado como grande porque Dios mismo había dado testimonio de él reconociéndolo como fiel en el pueblo de Dios (Nm. 12:6-8). El Señor había hablado a Su pueblo por medio de Moisés. La autoridad en el mensaje dado al pueblo, especialmente en el escrito del Pentateuco, a cuyo conjunto de libros de le llamaba *La Ley*, era indudable. Este mensaje dado por Dios mediante Moisés, había establecido los principios inalterables de conducta y norma de vida de toda la nación durante siglos. A causa del testimonio que Dios daba de él, muchos rabinos lo consideraban como superior a los mismos ángeles, ya que si los ángeles eran administradores de Dios en el mundo, Moisés gobernaba al mundo por medio de la Ley (*Torah*), revestido con toda la confianza de Dios. Por otro lado, el Señor hablaba en visiones, sueños, revelaciones, etc. a sus otros siervos y profetas, sin embargo, a Moisés le hablaba directamente, *"cara a cara"* (Nm. 12:6-8). En la progresión que el autor de la Epístola manifiesta sobre la superioridad de Cristo, pasa de los ángeles a Moisés, para demostrar que el Hijo es superior a quien fue *"siervo en la casa de Dios"*. El escritor tiene mucho cuidado de no socavar la autoridad de Moisés, ni de rebajarla en lo más mínimo. Simplemente demuestra que las palabras de Cristo, como Hijo, son de mayor autoridad que las que dijo Moisés, ya que las del Hijo son la expresión definitiva de Dios (1:2).

En la estructura general del capítulo, dedica a la argumentación sobre la superioridad del Hijo sobre Moisés, los primeros versículos del pasaje (vv. 1-6). Inmediatamente después, como ocurre antes, introduce la *segunda advertencia solemne*, a modo de paréntesis exhortativo. Es un largo párrafo que comienza en 3:7 y concluye en 4:13. La amonestación es consecuencia del peligro de desobediencia contra la voluntad de Dios. Apela a la historia de Israel como ejemplo, citando nuevamente la Escritura que en que se sustenta (vv. 7-11). La exhortación tiene que ver con la disciplina que Dios había enviado sobre los desobedientes a Su voluntad en la antigua dispensación, que les impidió entrar en la tierra prometida, para aplicarla a los creyentes de este tiempo,

recordándoles que la misma acción disciplinaria puede venir sobre quienes sean infieles al Señor de forma consciente y voluntaria (vv. 12-19).

El bosquejo analítico para este capítulo es el siguiente:

1. Cristo supremo sobre Moisés (3:1-6).
2. Cristo supremo como objeto de fe (3:7:4-16).
   2.1. Advertencia solemne sobre la incredulidad (3:7-19).

Cristo supremo sobre Moisés (3:1-6).

1. Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús.

῞Οθεν, ἀδελφοὶ ἅγιοι, κλήσεως ἐπουρανίου μέτοχοι, κατανοήσατε
Por tanto, hermanos santos, de llamamiento celestial partícipes, considerad
τὸν ἀπόστολον καὶ ἀρχιερέα τῆς ὁμολογίας ἡμῶν ᾿Ιησοῦν,
al apóstol y sumo sacerdote de la confesión de nosotros Jesús.

Notas y análisis del texto griego.

El nuevo párrafo se inicia con ὅθεν, adverbio relativo *de donde, de qué lugar,* aquí con sentido de *por tanto*; ἀδελφοι, caso vocativo masculino singular del sustantivo *hermanos*; ἅγιοι, caso vocativo masculino plural del adjetivo que denota *apartados, santos*; κλήσεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de llamamiento*; ἐπουρανίου, caso genitivo femenino singular del adjetivo compuesto de ἐπί, en sentido de *pertenecer a*, y οὐρανός, *cielo*, de ahí *celestial*; μέτοχοι, caso vocativo masculino plural del adjetivo, *partícipes*; κατανοήσατε, segunda persona plural del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo κατανοέω, *darse cuenta* (mediante la reflexión)*, considerar*, *contemplar*, *poner los ojos en, prestar atención*, aquí como *considerad*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; ἀπόστολον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *enviado, apóstol*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἀρχιερέα, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *sumo sacerdote*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ὁμολογίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *confesión*; ἡμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de nosotros*; ᾿Ιησοῦν, caso acusativo masculino singular del nombre propio *Jesús*.

Fundamentándose en todo lo que antes se dijo, introduce el nuevo período con un adverbio ὅθεν que equivale a *por tanto*, es decir, como consecuencia de, o *de donde*, se deduce lo que sigue. Esta misma palabra apareció antes (2:17) y aparecerá otras cuatro veces en la Epístola. Con ella reclama la atención a quienes llama ἀδελφοὶ *hermanos*. Ya usó ese calificativo antes (2:12, 17), si bien aquí es la primera vez que hace un llamamiento directo a los lectores. Son

hermanos en razón de la vinculación común, tanto del escritor como de los lectores, con Cristo, que los hace hermanos en Él, como corresponde a hijos del mismo Padre (He. 2:11). Este sustantivo es el nombre característico de los cristianos, como aparece en otros lugares del Nuevo Testamento (cf. Fil. 1:14). Este calificativo de designación aparece unas treinta veces en Hechos y unas ciento cincuenta en los escritos del apóstol Pablo. Son hermanos en el Señor por la comunidad de fe en Él. Además de hermanos les llama también ἅγιοι, *santos*. El término equivale a *separados*, que en el caso de los creyentes, se trata de una separación del mundo, para Dios. Antes pertenecían al mundo, como sistema propio de la vida en el pecado, ahora, por el nuevo nacimiento, puestos en Cristo (Col. 1:13), ya no pertenecen al mundo, sino a Dios que los ha santificado en Cristo (Jn. 17:14, 16; 1 Co. 1:30). Podría considerarse los dos términos *hermanos santos*, como un solo calificativo para designar a los lectores, pero más bien debe entenderse como dos. Son santos porque separados del mundo, son dedicados para Dios, por Aquel que los santifica (He. 2:11). Estos dos términos juntos, ἀδελφοὶ ἅγιοι, *hermanos y santos*, definen al verdadero creyente. No se puede ser ἀδελφοὶ, *hermano*, sin ser ἅγιοι, *santo*, y tampoco se puede ser *santo*, sin ser verdaderamente *hermano*. Estos hermanos *santos*, pueden en Cristo Jesús acercarse a Dios, porque potencial y posicionalmente son santos en el Hijo. Es verdad que pueden tener muchos defectos, incluso caídas, mal testimonio, y cuanto pueda ser contrario a la condición de santidad, pero, a pesar de todo ello, son declarados santos en el Santo, que es el Hijo, por lo que Dios los reconoce como santos y puede, en razón de la identificación con Cristo, estar en plena relación y comunión con Él. A estos ἀδελφοὶ ἅγιοι, *hermanos santos*, se les invitará más adelante a acercarse con confianza al trono de la gracia, entrando a la presencia de Dios por el camino abierto por Cristo mismo (He. 10:19-22).

Todos los creyentes en Cristo son κλήσεως ἐπουρανίου μέτοχοι, *"participantes del llamamiento celestial"*. El llamamiento a salvación procede siempre del Padre, y por ese llamamiento es llevado a Cristo, como Salvador (Ro. 1:6). El llamamiento del Padre es una enseñanza bien definida en el Nuevo Testamento (Ro. 8:30; 9:24; 1 Co. 1:9; Gá. 1:6, 15; 5:8; Ef. 4:4; 2 Ts. 2:14; 1 P. 2:9). Pareciera que en una ocasión, por lo menos, el llamamiento procede de Cristo y no del Padre, cuando dice: *"Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados"* (Mt. 11:28), pero no debe olvidarse que Jesús dijo que todo cuanto hacía y hablaba, no lo hacía por su propia cuenta sino que lo había visto y recibido del Padre. Como quiera que el Padre conduce al pecador a Cristo, no es de extrañar que Jesús mismo diga: *"Venid a mí"*, porque ese es el sentido del llamado del Padre. Ninguno de los salvos acudiría a Cristo para salvación sin el llamado del Padre, como nuestro Señor enseña cuando dice: *"Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere"* (Jn. 6:44). El verbo utilizado

por Juan para referirse al *llamado* del Padre, es muy enfático[1], que puede equivaler incluso a *arrastrar*, de ahí que el llamamiento del Padre, ejerza la acción espiritual suficiente para que todo llamado pueda ir a Jesús. No debe sorprender que Agustín de Hipona dijese de ese llamamiento del Padre: *"¿Cómo iré voluntariamente, si soy arrastrado? Más que digo, no solo voluntaria, sino voluptuosamente"*. Aquellos que enseñan que el hombre, por su propia decisión personal, puede ir a Cristo cuando quiera y como quiera, debieran detenerse en esta afirmación solemne: Nadie irá, sin el llamamiento del Padre. Como tampoco nadie creerá sin la capacitación del Espíritu (1 P. 1:2). Si el llamamiento procede del Padre, no cabe duda alguna que se trata de un *llamamiento celestial*. Es decir, un llamamiento de procedencia y de orientación celestial. El llamamiento procede del cielo y llama a los hombres en esa misma dirección, para hacer a los hijos, *ciudadanos* del cielo. El apóstol Pablo enseña que *"nuestra ciudadanía está en los cielos"* (Fil. 3:20), en un doble sentido: primero porque somos llamados a una vida celestial, que está escondida con Cristo en Dios (Col. 3:3); en segundo lugar porque vivimos en una orientación celestial a causa de esa vida (Col. 3:1). La ciudadanía que está en los cielos se refiere no sólo a la relación del cristiano con el cielo, sino también a la presencia en el cielo de todos los hermanos que han partido para estar con Cristo. Esa *ciudadanía*, en el sentido de *conciudadanos* nuestros, está con Cristo esperando el momento del traslado de todos sus *conciudadanos* para estar siempre con el Señor (1 Ts. 4:17). Ese llamamiento de Dios, permite también la glorificación de Dios en la vida de los llamados por Él (2 Ts. 1:11-12). Los calificativos de *hermanos santos,* y la condición de *participantes del llamamiento celestial*, es una prueba evidente y concluyente de que la Epístola está dirigida a creyentes y no a inconversos o meros profesantes de una fe intelectual o religiosa.

Definidos los destinatarios del escrito, el hagiógrafo les llama a una profunda reflexión. No es simplemente un ruego, ya que el verbo utilizado está en aoristo de imperativo y en voz activa, por lo que expresa la idea de *mandato*, que debe ser llevado a cabo hasta una plena conclusión. Κατανοήσατε, *considerad*, tiene el sentido de meditar con reflexión, o reflexionar después de mirar atentamente. La exhortación determina la orientación de la mirada del cristiano: τὸν ἀπόστολον καὶ ἀρχιερέα τῆς ὁμολογίας ἡμῶν Ἰησοῦν, sintetizándolo: *Mirad a Cristo Jesús*, luego, después de haberlo contemplado con los ojos de la fe, reflexionad, meditando y considerando sobre su Persona. Es un pensamiento que se marca dos veces en la Epístola, una la que aparece aquí, otra más adelante (12:3). El primer motivo de esta reflexión tiene que ver con la condición de Cristo como ἀπόστολον, *apóstol*. Es la única vez que se da este calificativo al Señor en todo el Nuevo Testamento. *Apóstol*, equivale a

[1] Griego ἕλκω.

enviado. Jesús es el gran *enviado* de Dios. El apóstol Pablo enseña que *"cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo"* (Gá. 4:4). El enviado de Dios, vino al mundo en misión salvadora, por eso dice Él mismo: *"Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, más tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él"* (Jn. 3:16, 17). Fue enviado en misión de encuentro de Dios con el hombre y en ella, se hace encuentro de salvación y encuentro de formación, ya que uno de sus ministerios terrenales tenía que ver con la enseñanza de las verdades eternas, que Jesús decía que procedían del Padre, al afirmar que *"mi doctrina no es mía, sino de Aquel que me envió"* (Jn. 7:16). El gran mensaje de Dios en revelación que es el Hijo mismo, se expresó parcialmente en sus propias palabras y plenamente en su Persona. El mensaje de Jesús, fue el mensaje del Padre, comunicado por el Hijo en palabras de hombres: *"Muchas cosas tengo que decir y juzgar de vosotros; pero el que me envió es verdadero; y yo, lo que he oído de Él, esto hablo al mundo… Porque el que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada"* (Jn. 8:26, 29). El testimonio del Padre, manifestaba la condición del Hijo, como enviado: *"Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió da testimonio de mí"* (Jn. 8:18). La misión del enviado de Dios, era de sujeción a la voluntad del que le había enviado: *"Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, Él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar. Yo se que su mandamiento es vida eterna. Así pues, lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho"* (Jn. 12:49-50). Esa misión apostólica como enviado que el Hijo llevó a cabo en el mundo por mandato del Padre, se establece ahora para quienes son *enviados* por el Hijo como sus *apóstoles* (Jn. 20:21). La condición de *enviado* en Jesús, fue reconocida por las señales hechas por Él en su ministerio terrenal, de modo que los líderes religiosos de su tiempo sabían que había sido enviado por Dios en razón de esas señales (Jn. 3:1-2). El Señor fue enviado del Padre, como *revelador* (Jn. 1:18), pero esencialmente como *Salvador* del mundo. El escritor llama a los creyentes para que miren al Salvador y reflexiones sobre Él en ese sentido.

Pero, también deben considerarlo como ἀρχιερέα, *Sumo Sacerdote*. Este calificativo lo dio antes (2:17). Sobre este oficio sacerdotal de Cristo, el autor se extenderá más adelante. El oficio sacerdotal de Jesucristo lo constituye como representante de los hombres ante Dios. Siendo hombre puede ser nuestro representante y siendo Dios, puede ser nuestro sustituto en el sacrificio de infinito valor que ofrece de sí mismo en la Cruz. La vinculación de todos los creyentes con el Sumo Sacerdote, tiene relación con *"nuestra profesión"*, o también con *nuestra confesión*. En ese sentido, todos los cristianos *dicen lo mismo*, que es el significado de la palabra *confesar*, acerca de Jesucristo,

declarando que para ellos es el Hijo de Dios, único Salvador de los hombres, meta y esperanza del creyente. Los creyentes creen que Jesucristo es el *Apostol*, en el sentido del enviado de Dios para nuestra salvación y el *Sumo Sacerdote*, como oferente del sacrificio, que es a su vez víctima sacrificial, como Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Jn. 1:36).

Τῆς ὁμολογίας ἡμῶν. El termino *profesión*[2], es un sustantivo que genera en castellano la palabra *homologar* y sus derivados, que significa equiparar, poner en relación de igualdad dos cosas, quiere decir que el creyente está *homologado* con Cristo para ser aceptado delante de Dios. Cristo es la causa y razón de la vida cristiana. Es necesario entender con claridad que cristianismo no es religión, sino unión y comunión con Cristo. Ser cristiano es poder afirmar lo que el apóstol Pablo afirmaba de sí mismo: *"Para mí el vivir es Cristo"* (Fil. 1:21). La identificación con Cristo elimina el *yo* del cristiano para poner en su lugar el *Tú* de Dios que es Cristo mismo (Gá. 2:20). *Homologados* con Cristo, la identificación con Él es plena, hasta el punto que el sentir propio de Jesús, vine a ser sentir propio del cristiano (Fil. 2:5). La *profesión* o *confesión* de fe cristiana no es una mera manifestación intelectual a una propuesta religiosa o teológica, sino la afirmación que se hace visible a todos de una vida en identificación con Cristo. No se puede *confesar* que Jesús es nuestro Señor, si no se está obedeciendo sin reservas a lo que Él estableció para los creyentes (Lc. 6:46). Expresar nuestra *profesión* de fe, tiene que ir necesariamente a la expresión visible del seguimiento fiel, en obediencia, a quien declaramos que es Señor. Esto lleva involucrado el amor hacia Él, manifestado en el acatamiento a su voluntad sin reservas. No se puede hablar de *profesión* de amor a Cristo si no se guardan sus mandamientos (Jn. 14:15, 21, 23, 24). De la misma manera no se puede hacer una *confesión* de fe en el Señor, sin amar a los hermanos, ya que la identificación con Cristo trae el amor sin reservas hacia todos los que siendo hijos de Dios en Él, son hermanos entre sí. No podemos *confesar* la doctrina si no somos capaces de amar a los hermanos, distintivo que pone de manifiesto esa realidad (Jn. 13:35). La *profesión* o *confesión* de fe en Cristo va acompañada del amor y de la unidad visible con todos los que son creyentes en Él. En ocasiones se hace alarde de *profesar* la ortodoxia bíblica, pero no va acompañada de una *ortopraxia* de la fe. Hay quienes adoran la doctrina pero desconocen al Dios de la doctrina, que es amor en entrega y que se hace amor en entrega por Cristo en todos los que creen en Él. No es posible, tampoco, hacer una genuina *confesión* de fe en Jesús, sin sentir pasión por la evangelización de los perdidos, ministerio por el cual vino Él al mundo. Hacer *profesión* de fe en el *Apóstol y Sumo Sacerdote*, es simplemente *vivir* a Cristo.

---

[2] Griego ὁμολογία.

2. El cual es fiel al que le constituyó, como también lo fue Moisés en toda la casa de Dios.

πιστὸν ὄντα τῷ ποιήσαντι αὐτὸν ὡς καὶ Μωϋσῆς ἐν ὅλῳ[1] τῷ οἴκῳ
Fiel que es al que hizo le como también Moisés en toda la casa
αὐτοῦ.
de Él.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] ὅλω, atestiguada en ℵ, A, C, D, K, P, Ψ, 0121[b], 33, 81, 88, 104, 181, 326, 330, 436, 614, 629, 630, 1241, 1739, 1877, 1962, 1984, 1985, 2127, 2482, 2495, it[ar, c, d, dem, div, e, f, v, x, z], vg, syr[p, h], arm, eth, Crisóstomo, Cirilo, Eutalio, Teodoret, Juan Damasceno.

Se omite en **p**[13, 46 vid], B, cop[sa, bo, fay], Ambrosio, Cirilo.

Sin interrupción con lo que antecede, el versículo corresponde íntegramente a una unidad con el anterior, siguiendo con πιστὸν, caso acusativo masculino singular del adjetivo *fiel*; ὄντα, caso acusativo masculino singular con el participio de presente en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *que es*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; ποιήσαντι, caso dativo masculino singular con el participio aoristo primero en voz activa del verbo ποιέω, *hacer, crear, realizar, producir,* aquí como *que hizo*; αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *le*; ὡς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; Μωϋσῆς, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Moisés*; ἐν, preposición propia de dativo *en*; ὅλῳ, caso dativo masculino singular del adjetivo *todo*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; οἴκω, caso dativo masculino singular del sustantivo que denota *casa, comunidad familiar,* aquí en este último sentido, para denotar *pueblo* y no *edificio*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él.*

El Sumo Sacerdote es πιστὸν, fiel. Este aspecto fue considerado ya anteriormente (2:17) y como se hizo notar entonces, la fidelidad se aprecia en que soportó el sufrimiento y la muerte hasta el final de la obra de redención prevista por Dios en su gracia (Fil. 2:7). Es fiel porque lo fue en todo lo que hizo, en servicio de absoluta fidelidad al que lo envió (He. 3:2). La fidelidad se aprecia en la entrega hasta el grado que exigió la obra de salvación, de modo que ilustrándolo con la comida, indispensable para el alimento y con ello razón de vida, decía de su ministerio salvífico: *"Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra"* (Jn. 4:34). Fue fiel en el desempeño total de todo lo que el Padre le había encomendado. De tal manera que cuando concluyó su ministerio terrenal, antes de ir a la Cruz, en la oración intercesora dijo al Padre: *"Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me*

diste que hiciese" (Jn. 17:4). En los dos aspectos de *Apóstol y Sumo Sacerdote,* Jesucristo fue fiel. Fiel en el oficio apostólico de comunicar y hacer lo que el Padre le había encomendado. Fiel en el oficio sacerdotal al entregarse a Sí mismo conforme a la voluntad de Dios, en un acto ya determinado desde antes de la creación (1 P. 1:18-20). La fidelidad fue lo que le llevó al estado de humillación, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz (Fil. 2:6-7). La obediencia del Señor fue absoluta (Fil. 2:8).

El que había sido constituido *Apóstol y Sumo Sacerdote*, había cumplido la misión con absoluta fidelidad, es decir, fue fiel ὄντα τῷ ποιήσαντι αὐτὸν, *"al que le constituyó"*. El sujeto que lo constituye es el Padre. Él fue quien apropió de cuerpo, en el sentido de *naturaleza humana*, al Hijo, para que pudiese llevar a cabo el ministerio para el que era constituido (He. 10:5). Ahora bien, el contexto próximo y general de la Epístola exige una interpretación en otro sentido. No se trata tanto aquí de una referencia al hecho de la creación o generación de la naturaleza humana del Verbo, sino a la acción divina, por cuyo decreto y tomando la humanidad como instrumento operativo para llevarlo a cabo, constituyo a Jesús, como Apóstol y Sumo Sacerdote, único Mediador entre Dios y los hombres (1 Ti. 2:5). El que fue constituido para esas funciones, encomendadas por el Padre, cumplió la misión con absoluta fidelidad.

Ὡς καὶ Μωϋσῆς ἐν ὅλῳ τῷ οἴκῳ αὐτοῦ. Estas referencias respecto a Jesucristo, permiten al escritor introducir una nueva comparación entre Él y Moisés. No se trata de comparar la fidelidad de Jesús y la fidelidad de Moisés, sino la relación de ambos con respecto a *la casa* de Dios. No hay comparación de fidelidad, porque se afirma que ambos, Jesús y Moisés, fueron fieles. La Biblia da testimonio de la fidelidad de Moisés (Nm. 12:7-8). La argumentación va dirigida a establecer la superioridad de Jesús sobre Moisés. Para ello se refiere primero a la fidelidad de Moisés, ἐν ὅλῳ τῷ οἴκω αὐτοῦ, *"en toda la casa de Dios"*. Corresponde aquí precisar en que sentido utiliza al término *casa*, en relación con Moisés. Hay dos modos de entender en significado de *casa*: por un lado en el sentido de casa física, lo que era, en relación con Moisés, el Tabernáculo; por otro el sentido de *familia o pueblo* de Dios, relativo, en el caso de Moisés, a la nación de Israel.

No hay duda alguna que la fidelidad de Moisés en todo lo que tenía que ver con el Tabernáculo que Dios le había mandado construir. Una y otra vez, se lee que hizo cada uno de los aspectos de la casa y de sus muebles, como *"Jehová le mandó; así lo hizo"* (Ex. 40:21, 23, 25, 27, 29, 32). De tal modo que al concluir la obra de construcción del Tabernáculo, se lee: *"Y Moisés hizo conforme a todo lo que Jehová le mandó; así lo hizo"* (Ex. 40:16). El respaldo divino de aprobación a la fidelidad con que Moisés ejecutó la obra, fue que la gloria de Dios llenó aquella casa construida con fidelidad, llenándola, al tomar

posesión de ella, de tal manera que ni tan siquiera Moisés podía entrar en el Tabernáculo porque la presencia de Dios y su gloria, manifestada en la nube, llenaba toda la casa (Ex. 40:34-35). Sin embargo, el Tabernáculo, la casa de Dios que Moisés había construido, no es figura de la Iglesia, sino de Cristo. La tienda o tabernáculo, era figura de la *tienda* que era la humanidad del Verbo, en la que Dios acampó entre los hombres y en ella manifestó su gloria (Jn. 1:14). Mientras que en la Epístola se está hablando de la relación de Cristo con quienes son hijos de Dios. Además, Moisés no fue *apóstol,* ni mucho menos *sumo sacerdote*, en la casa donde Dios manifestaba su presencia. La *casa* en relación con Moisés, como elemento comparativo con Jesús, tenía que permitirle estar en relación con ella como *apóstol y sumo sacerdote*.

Estos aspectos, en relación con Moisés, tienen cumplimiento en el servicio que hizo con el pueblo de Dios, la nación de Israel. Él fue *apóstol*, como enviado de Dios a ellos. Luego de los cuarenta años en Madián, Dios lo envió comisionándolo para ir en Su nombre a los hijos de Israel que estaban esclavos en Egipto. Dios envió a Moisés para hacer la obra de liberación de los suyos de la opresión en que estaban. El Señor le dijo: *"Ven, por tanto, ahora, y te enviaré a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel"* (Ex. 3:10). Este apostolado de Moisés, era también en relación con el pueblo, como él mismo le hace notar al Señor: *"Dijo Moisés a Dios: He aquí que llego yo a los hijos de Israel, y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros"* (Ex. 3:13). El aspecto de *apóstol* en el sentido de enviado, se cumple en Moisés. El de *sumo sacerdote*, también. Es verdad que el sumo sacerdote del pueblo no fue él, sino su hermano Aarón, en el sentido de la actividad sacerdotal en el santuario, pero Moisés fue el gran *sumo sacerdote* en el sentido de intercesor por el pueblo delante de Dios. Fue la intercesión de Moisés la que obtuvo perdón para los culpables en la ocasión de acción idolátrica con la construcción del becerro de oro (Ex. 32:11-14, 31, 32). De igual modo fue el intercesor delante de Dios en el caso de la rebelión en Cades-Barnea (Nm. 14:13-20). Fue el intercesor por personas individuales, como ocurrió cuando su misma hermana María fue castigada con la lepra por maledicencia contra Moisés (Nm. 12:1-15). Fue el intercesor cuando los ejércitos de Israel lucharon contra Amalec, levantando sus manos en actitud de intercesión delante de Dios hasta la derrota final de sus enemigos (Ex. 17:8-13).

A la vista de los elementos que van a establecer la comparación entre Jesús y Moisés, el concepto *casa* tiene que ver con la nación de Israel, el pueblo de Dios, en la antigua dispensación, y la Iglesia, el nuevo pueblo de Dios en la presente dispensación. Moisés sirvió con toda fidelidad en la *casa* de Dios, ya que la nación de Israel había sido constituida desde Abraham, por acción soberana y omnipotente de Dios. Esa *casa* espiritual de Dios, su pueblo en la antigüedad, es llamado *santuario* de Dios por el salmista: *"Cuando salió Israel*

de Egipto, la casa de Jacob del pueblo extranjero, Judá vino a ser su santuario, e Israel su señorío” (Sal. 114:1-2). El concepto de santuario, está relacionado con el concepto de Israel, el pueblo de Dios, como su especial tesoro y todos ellos considerados por Él, como *“un reino de sacerdotes”* (Ex. 19:5-6). Además Dios llamó a la nación *hijo*: *“Y dirás a Faraón: Jehová ha dicho así: Israel es mi hijo, mi primogénito”* (Ex. 4:22), y más adelante, el profeta dice que Dios llamó de Egipto a su hijo (Os. 11:1), cuya aplicación primaria tiene que ver con Israel, y cuya aplicación final o definitiva se aplica a Jesús en su regreso de Egipto por la amenaza de Herodes. De la misma manera utiliza el término el profeta Jeremías: *“Porque soy a Israel por padre, y Efraín es mi primogénito”* (Jer. 31:9b). El término *casa,* tiene aquí el sentido de *familia.* El término utilizado en el texto griego[3], tiene por metonimia el sentido de miembros de una casa o familia. Se usa para referirse a los descendientes de Jacob (Mt. 10:6; Lc. 1:33; Hch. 2:36; 7:42) y de igual manera para hablar de la descendencia de David (Lc. 1:27). Sobre estos elementos se establecen los parámetros que permiten la comparación entre Jesús y Moisés, para demostrar la superioridad de aquel sobre éste.

3. Porque de mayor gloria que Moisés es estimado digno éste, cuanto tiene mayor honra que la casa el que la hizo.

πλείονος γὰρ οὗτος δόξης παρὰ Μωϋσῆν ἠξίωται, καθ’
Porque de más éste de gloria más que Moisés ha sido tenido por digno en vista de
ὅσον πλείονα τιμὴν ἔχει τοῦ οἴκου ὁ κατασκευάσας αὐτόν·
lo que mayor honor tiene que la casa el que construyó la.

Notas y análisis del texto griego.

Una nueva cláusula se introduce mediante πλείονος, caso genitivo femenino singular del adverbio de comparación *más*, que es un comparativo del positivo πολύς, *mucho*; seguido de γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al pronombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; οὗτος, caso nominativo masculino singular del pronombre demostrativo *éste*; δόξης, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de gloria*; παρὰ, preposición de acusativo *más que*; Μωϋσῆν, caso acusativo masculino singular del nombre propio *Moisés*; ἠξίωται, tercera persona singular del perfecto pasivo del verbo ἀξιόω, *considerar digno*, aquí como *ha sido tenido por digno*, *ha sido considerado digno*; καθ’ forma de la preposición de acusativo κατά, por elisión y asimilación ante vocal con espíritu áspero, que equivale a *por, en vista que*; ὅσον, caso acusativo neutro singular del pronombre relativo *lo que*; πλείονα, caso acusativo masculino singular del adjetivo comparativo *mayor*; τιμὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *gloria, honor*; ἔχει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *tiene*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*;

[3] Griego οἴκος

οἴκου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *casa*; ambos constituyen aquí un ablativo de comparación después de πλείονα, que debe traducirse como *que la casa*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; κατασκευάσας, caso nominativo masculino singular con el participio aoristo primero en voz activa del verbo κατασκευάζω, *preparar, construir, instalar,* aquí como *que construyó*; αὐτόν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *le*.

Πλείονος γὰρ οὗτος δόξης παρὰ Μωϋσῆν ἠξίωται. Moisés era estimado grande, entre los grandes de Israel. El escritor trata de hacer una comparación con entre Jesús y Moisés, iniciándola ya con el resultado final que se obtendrá de ella, afirmando que *"Éste es digno de mayor gloria que Moisés"*. La primera observación comparativa está relacionada, no tanto con la *casa*, sino con quien la construyó. Es evidente que cualquier edificio o cualquier familia es de menor honor que el que la construyó: καθ᾽ ὅσον πλείονα τιμὴν ἔχει τοῦ οἴκου ὁ κατασκευάσας αὐτόν, *"cuanto tiene mayor honra que la casa él que la hizo.* Moisés fue un servidor en la casa de Dios, mientras que Cristo es el *edificador* o *constructor* de la casa. Como se ha dicho antes, y por el contexto próximo que sigue, el pensamiento del hagiógrafo está en la *casa* espiritual de Dios (v. 6). El Señor Jesús prometió que Él edificaría la Iglesia (Mt. 16:18). Significa, por tanto, que Él es el constructor de la iglesia, que es tanto casa, como familia de Dios. Es casa en razón de que es el santuario de Dios, morada de Dios en Espíritu en esta dispensación (1 Co. 3:16; 6:19; Ef. 2:22;). Es familia porque cada creyente es hijo de Dios por adopción en Cristo (Ef. 2:19). Cristo no es un mero siervo en la casa de Dios, sino su *constructor* y *gobernador*, cabeza y autoridad suprema en ella. Jesús edifica su Iglesia (Mt. 16:18). La realización del proyecto divino para esta dispensación es la edificación de la Iglesia, que sería llevado a cabo no por esfuerzo de hombres sino por la autoridad y poder de Jesús que la edificaría. Cristo contrae el compromiso de edificar; lo hará Él y no otro; lo harán otros por delegación de Él; lo seguirán haciendo en el tiempo mediante el uso y ejercicio de los dones que el Espíritu repartirá a cada uno conforme a su soberanía (1 Co. 12:11). El verbo edificar está en futuro lo que sugiere una acción que se realizaría en el tiempo posterior al momento del diálogo con Pedro. Esta acción de *edificar* será algo continuado en el tiempo y que demanda una cierta lentitud. El edificio vivo que es la Iglesia va en continuo crecimiento para ser un templo santo en el Señor (Ef. 2:21). Quien edifica es Cristo mismo; Él es la piedra angular; los apóstoles son los que establecen la estructura del edificio; cada creyente es una piedra viva (1 Co. 3:9-11; Ef. 2:20; 1 P. 2:6-7; Ap. 21:14). Esta edificación que Cristo está llevando a cabo, actúa en cada uno de los creyentes que como piedras han sido sacados de la cantera del mundo y colocados en el edificio para ser individual y colectivamente el templo de Dios en Espíritu, avanzando hacia su meta de crecimiento, siendo también colaborador de Dios en esa tarea (Ef. 4:16). Mediante el uso de los dones contribuye a la edificación mutua del cuerpo (1 P.

4:10). De ahí la admirable maravilla de la construcción de Dios que hace de la Iglesia un edificio que cobija a todas las ovejas del Buen Pastor que, sintiéndose protegidas por Él, viven una vida de libertad con Cristo, entrando y saliendo y encontrando pastos (Jn. 10:9). La iglesia, al ser un edificio vivo, es también un templo vivo en que se rinde culto a Dios, en espíritu y en verdad (Jn. 4:24), en donde se adora, alaba e intercede (cf. 1 Co. 3:16-17; 2 Co. 6:16; Ef. 2:21; 1 Ti. 3:15, comp. con Mr. 11:17 y Jn. 2:16). Un segundo aspecto de la enseñanza sobre la Iglesia la identifica como un cuerpo *de propiedad divina*. El Señor enfáticamente dice que es *mi* Iglesia, esto es, de su propiedad. Es un pueblo de formación divina, integrada por todos aquellos a quienes Dios llama a salvación y la reciben de Él (Hch. 15:14). Este cuerpo esta formado por gentes sin limitación de raza o condición, habiendo abolido Dios en Cristo las separaciones históricas entre judíos y gentiles para hacer de todos los salvos un solo y nuevo hombre que experimente la paz (Ef. 2:14-16). Si la iglesia es de Cristo y el Señor es de condición celestial, así también su cuerpo, cuya ciudadanía está en los cielos (Fil. 3:20). Este cuerpo es un don del Padre a su Hijo (Jn. 6:37, 39; 17:6, 9, 11, 12). Un cuerpo cuya vida procede de la Roca sustentante que es Cristo mismo, en quien, al estar la vida, la comunica por identificación comunicativa a cada uno de los miembros. Éstos, como piedras muertas, reciben la vida sólo cuando entran en contacto con la Roca que tiene vida en sí misma (1 P. 2:4). Jesucristo que edifica la iglesia también la sustenta, los apóstoles colocan la estructura doctrinal, pero la Iglesia descansa sobre el cimiento estable que es Cristo mismo (Ef. 2:18-22). La estabilidad de la iglesia y la vida de cada uno de los miembros, que son piedras vivas, obedece al hecho de descansar y estar en comunión con Cristo, apoyados sobre el cimiento inconmovible que es el Hijo de Dios (1 P. 2:4-10). Por tanto la gloria recae sobre quien hizo posible *la casa*, y no sobre quienes sirven en ella.

4. Porque toda casa es hecha por alguno; pero el que hizo todas las cosas es Dios.

πᾶς γὰρ οἶκος κατασκευάζεται ὑπό τινος, ὁ δὲ πάντα κατασκευάσας
Porque toda casa es edificada por alguno, pero el que edificó todo
Θεός.
Dios.

Notas y análisis del texto griego.

Un nuevo argumento se añade al anterior con πᾶς, caso nominativo masculino singular del adjetivo *todo*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al pronombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; οἶκος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *casa*; κατασκευάζεται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz pasiva del verbo κατασκευάζω, *construir*, aquí como *es edificada*; ὑπό, preposición de genitivo *por*; τινος, caso genitivo

masculino singular del pronombre indefinido *alguno*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; πάντα, caso acusativo neutro plural del adjetivo indefinido *todo*; κατασκευάσας, caso nominativo masculino singular con el participio aoristo primero en voz activa del verbo κατασκευάζω, *construir*, aquí como *que edificó*, por lo que la construcción en castellano sería: *que todo edificó*, o *que edificó todo*; Θεός, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Dios*.

Πᾶς γὰρ οἶκος κατασκευάζεται ὑπό τινος. La construcción de una casa, o el establecimiento de una familia, tiene que atribuirse a alguien. Es normal que un edificio lleve ligado el nombre del arquitecto que lo diseñó y supervisó la construcción. En relación con el que edifica la casa de Dios, se afirma contundentemente: ὁ δὲ πάντα κατασκευάσας Θεός, *"Pero el que hizo todas las cosas es Dios"*. Cristo mismo se atribuyó la edificación de la casa, el santuario de Dios en esta dispensación que es la Iglesia (Mt. 16:18). Dios es el Creador, por tanto el *constructor* de todo. El apóstol Pablo, enseñando sobre la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, afirma que Dios es el que creó todas las cosas (Ef. 3:9). En esta Epístola se enseña afirmativamente que Cristo es el autor de todo, como Creador de todas las cosas (He. 1:2). Los creyentes que forman la Iglesia, son creación suya: *"Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas"* (Ef. 2:10). La salvación de los perdidos que permite a Dios la edificación de la Iglesia, es una obra de *nueva creación*, que sólo Él puede hacer, y hace. Los creyentes son renacidos, creados por Dios en Jesucristo (1 P. 1:3, 23), ya que sin Él, es decir, sin el Hijo, nada de lo que es hecho fue hecho (Jn. 1:3). Cabe preguntarse quien es el sujeto de la oración, el Padre, o el Hijo. Pudiera considerarse como el Padre, pero el contexto inmediato, ya que el escritor está demostrando la superioridad del Hijo sobre Moisés, exige aplicarlo a Cristo. Como se ha considerado antes, tanto al Padre como al Hijo puede aplicarse la acción creadora, entendiendo claramente que sin el Hijo, nada ha sido hecho (Jn. 1:3; Col. 1:16; He. 1:2). La construcción gramatical de la frase es muy precisa: *"pero el que lo ha construido todo, Dios"*. Significa, pues, que Dios, en nominativo sin artículo, es el calificativo propio del sujeto de la oración, es decir, Cristo, el constructor de la casa de Dios, es Dios. Él, según su naturaleza divina, es el autor de todas las cosas. La superioridad del Hijo sobre Moisés, es evidente con este sólo argumento.

5. Y Moisés a la verdad fue fiel en toda la casa de Dios, como siervo, para testimonio de lo que se iba a decir;

καὶ Μωϋσῆς μὲν πιστὸς ἐν ὅλῳ τῷ οἴκῳ αὐτοῦ ὡς θεράπων εἰς
Y Moisés en verdad fiel en toda la casa de Él como siervo para
μαρτύριον τῶν λαληθησομένων,
testimonio de lo que había de ser hablado.

Notas y análisis del texto griego.

En relación con la grandeza de Moisés, se escribe καὶ, conjunción copulativa, *y*; Μωϋσῆς, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Moisés*; μὲν, partícula afirmativa que se coloca siempre inmediatamente después de la palabra expresiva de una idea que se ha de reforzar o poner en relación con otra idea y que, en sentido absoluto tiene oficio de adverbio de afirmación, como *ciertamente, a la verdad*; πιστὸς, caso nominativo masculino singular del adjetivo *fiel*; ἐν, preposición de dativo, *en*; ὅλῳ, caso dativo masculino singular del adjetivo *entero, total, completo*, es decir, en la totalidad de algo; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; οἴκῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo *casa, familia*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de él*; ὡς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; θεράπων, caso nominativo masculino singular del sustantivo *servidor*; εἰς, preposición de acusativo, *para*; μαρτύριον, caso acusativo neutro singular del sustantivo *testimonio*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado declinado *de los*; λαληθησομένων, caso genitivo neutro plural con el participio de futuro en voz pasiva del verbo λαλέω, *hablar*, aquí como *que se hablaría, o que había de ser hablado.*

Καὶ Μωϋσῆς μὲν πιστὸς ἐν ὅλῳ τῷ οἴκῳ αὐτοῦ ὡς θεράπων. Moisés era un *siervo administrador* en la casa de Dios. La fidelidad de la que la Escritura testifica se produjo en su tarea de administrador, como siervo, en la casa de Dios, ya que se requiere que todo administrador sea hallado fiel (1 Co. 4:2). Como administrador su ministerio alcanzaba a *toda la casa*. Esa fidelidad se expresó en el ejercicio de su condición de *siervo*. La palabra que se utiliza aquí para siervo es la habitual para referirse a un criado. El término conlleva aparejada la voluntariedad del siervo, es decir, no es un esclavo que trabaja obligatoriamente, sino alguien que sirve por deseo personal, sin coacción. De la misma manera tiene también que ver con cierto carácter cultual, ya que a Moisés se le confirió, de parte de Dios, la capacidad operativa en todo el campo religioso para establecer el culto, consagrar al primer sumo sacerdote y levantar el santuario. No cabe duda que Moisés, aunque nunca fue sumo sacerdote en Israel, estaba en una posición superior a la de su hermano Aarón a quien consagró conforme a la voluntad de Dios. Moisés fue un siervo, un criado administrador, a quien Dios envió en comisión de servicio. En sus propios escritos, Moisés se calificó a sí mismo de siervo (Ex. 14:31; Nm. 11:11; Dt. 3:24). Dios mismo le llama *"mi siervo"* (Nm. 12:7). Luego de su muerte, cuando Dios habló a Josué para que iniciase los preparativos para el cruce del Jordán y la conquista de la tierra, le llama también de ese modo: *"mi siervo",* para referirse a él (Jos. 1:2). Tiempo después perdura en el pueblo de Israel el

concepto de Moisés como *siervo de Dios*, de modo que el salmista recuerda que Dios *"envió a su siervo Moisés"* (Sal. 105:26).

El ministerio de Moisés tenía también el aspecto de portavoz de Dios, ya que había sido enviado εἰς μαρτύριον τῶν λαληθησομένων, *"para testimonio de lo que se iba a decir"*. Era el que testimoniaba ante el pueblo lo que Dios le transmitía. Este siervo es el único de quien se dice que hablaba con Dios *cara a cara* (Ex. 33:11). Era, por tanto un *siervo* sumamente especial, de ahí que Dios recuerde esto claramente a Aarón y a María, cuando les reprende por haber usado maledicencia contra Moisés a causa de su matrimonio con su segunda esposa cusita, donde les dice que, a diferencia de ellos, *"cara a cara hablaré con él, y claramente, y no por figuras; y verá la apariencia de Jehová. ¿Por qué, pues, no tuvisteis temor de hablar contra mi siervo Moisés?"* (Nm. 12:8). El redactor que concluyó el Deuteronomio alude al servicio profético de Moisés, cuando dice que *"nunca más se levantó profeta en Israel como Moisés, a quien haya conocido Jehová cara a cara"* (Dt. 34:10).

Con toda la grandeza de su servicio y la posición que Dios le hizo ocupar en la historia de su pueblo Israel, no deja de apreciarse en el pasaje que Moisés era uno más en la casa de Dios, aunque servía a los intereses de Dios en medio de su pueblo. Es decir, Moisés estableció la antigua administración en calidad de *siervo*, sometiéndose a ella como uno más a quien cumplía la obediencia a los preceptos de Dios, pero no como *autor* de la misma. Moisés y su administración eran *"sombras de los bienes venideros"* (He. 10:1).

6. Pero Cristo como Hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza.

Χριστὸς δὲ ὡς Υἱὸς ἐπὶ τὸν οἶκον αὐτοῦ· οὗ[1] οἶκος ἐσμεν ἡμεῖς,
Pero Cristo como Hijo sobre la casa de Él. De cuya casa somos nosotros
ἐάν [περ] τὴν παρρησίαν καὶ τὸ καύχημα τῆς ἐλπίδος [μέχρι τέλους
si cierto la confianza y la ufanía de la esperanza hasta fin
βεβαίαν] κατάσχωμεν[2]
firme retenemos.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] οὗ, *de cuya*, atestiguada en **p**^{13vid}, ℵ, A, B, C, D^{c}, I, K, P, Ψ, 33, 81, 104, 181, 326, 330, 424, 436, 614, 629, 630, 1241, 1877, 1881, 1962, 1984, 2127, 2495, it^{v}, syr$^{p, h, pal}$, cop$^{sa, bo}$, arm, Atanasio, Dídimo, Jerónimo.

ὅς, *el que*, aparece en **p**^{46}, D, 0121^{b}, 88, 424^{c}, 1739, it$^{ar, c, d, dem, div, e, f, x, z}$, Ambrosio.

[2] Κατάσχωμεν, *retenemos*, atestiguada en **p**[13, 46], B, Ψ, cop[sa], eth[ro], Ambrosio. Otra lectura: μέχρι τέλους βεβαίαν κατάσχωμεν, *hasta fin firme retenemos*, atestiguada en א, A, C, D, K, P, 0121[b], 33, 81, 88, 104, 181, 326, 330, 436, 451, 614, 629, 630, 1241, 1739, 1877, 1881, 1984, 1985, 2127, 2492, 2495, it[ar, d, dem, div, e, f, v, z], vg, syr[h, pal], cop[bo], arm, eth[pp], Crisóstomo, Teodoret, Eutalio, Juan Damasceno. En base a la abundancia de testimonios en mss seguros se adopta la lectura extendida.

Siguiendo la argumentación del versículo anterior escribe Χριστὸς, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Cristo*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; ὡς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; Υἱὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo *hijo*; ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; οἶκον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *casa*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de él.* Una nueva cláusula complementaria se introduce con οὗ, caso genitivo masculino singular del pronombre relativo declinado *de cuyo*, femenino en castellano; οἶκος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *casa*; ἐσμεν, primera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *somos*; ἡμεῖς, caso nominativo plural del pronombre personal *nosotros*; que va seguido de ἐάν, adverbio afirmativo *si,* introduciendo una condición de tercera clase, con el verbo que aparece al final de la oración; [περ], partícula adverbial, equivalente a *muy, mucho, bien que, aunque, cierto, ciertamente, etc.*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; παρρησίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *franqueza, gozosa confianza*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; καύχημα, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *gloria, ufanía, jactancia*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ἐλπίδος, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *esperanza*; [μέχρι, preposición propia, con idea de tiempo, *hasta*; τέλους, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *fin, conclusión, meta*; βεβαίαν, caso acusativo femenino singular del adjetivo *firme*;] κατάσχωμεν, primera persona plural del aoristo segundo de subjuntivo en voz activa del verbo κατέχω, *asir firmemente, retener*, aquí como *retenemos*.

Χριστὸς δὲ ὡς Υἱὸς ἐπὶ τὸν οἶκον αὐτου. Moisés fue *siervo administrador* en la casa de Dios, sin embargo, Cristo es el dueño y constructor de la casa. Es interesante apreciar que mientras Moisés estaba *en* la casa y *entre* la casa, como parte de ella, el Hijo está ἐπὶ τὸν οἶκον αὐτοῦ, *"sobre su casa"*, y lo está en razón de ser Hijo, como textualmente aparece en el griego: Χριστὸς δὲ ὡς Υἱὸς ἐπὶ τὸν οἶκον αὐτοῦ *"Pero Cristo como Hijo sobre la casa de Él"*. Esta posición evoca a la condición de *Unigénito del Padre* (Jn. 1:14).

No se trata de introducir aquí un *excursus* cristológico, pero, no queda otra opción que detenerse para mencionar la relación existente en el Ser Divino,

entre el Padre y el Hijo, por la que se le llama *Unigénito del Padre* (Jn. 1:18). El Padre es *Padre* en toda la extensión e intensidad de su Ser personal, como base personalizadora, de su Ser, como Persona distinta de las otras dos, el Hijo y el Espíritu. La Persona del Padre engendra al Hijo, la segunda Persona Divina, comunicándole con ese acto todo cuanto *es y tiene*. Por esa razón el Padre comparte todo con el Hijo, en virtud de esa *generación* en el seno del Padre. Ese *engendrar* del Padre nada tiene que ver con *origen* de la segunda Persona, que es eternamente Hijo, como también eternamente Dios, por tanto siendo de la esencia del Padre, es sin principio, por cuanto es también eterno. El Padre es una Persona infinita porque siendo Padre, *engendra* un Hijo infinito como Él, que lo es por el hecho de proceder del Padre. Ambas Personas son lo que son y son Dios, por esa eterna relación en el seno trinitario.

Como escribe el Dr. Lacueva:

"Y así como el Hijo, en cuanto persona, es tan total y únicamente Hijo como total y perfectamente es Dios, así también el Padre, en cuanto persona, es tan total y únicamente Padre como total y perfectamente es Dios. De no ser así, el Padre no sería una persona infinita, porque le quedaría algo que no estará incluido en la paternidad y, por consiguiente, en la divinidad (Él es Dios el Padre). Tampoco el Hijo sería persona infinita, puesto que en algo no sería Hijo, con lo que también quedaría imperfecto como Dios el Hijo"[4].

Jesucristo es el Unigénito del Padre, porque nadie más que Él puede tener tal identidad, ya que el Padre, como tal agota su función *generadora* en el Hijo, y el Hijo, por tanto, es la manifestación exhaustiva de la generación del Padre, ambas cosas, en *engendrar* y el *ser engendrado*, son elementos imprescindible para que las dos Personas, el Padre y el Hijo, estén absolutamente completos en su Ser personal. Por esa causa el Padre tiene un Hijo de una condición tan única que se le llama *Unigénito* (Jn. 1:14, 18; 3:16, 18; 1 Jn. 4:9), porque solamente cuando existe un solo Hijo en el Seno Trinitario, es posible el resultado exhaustivo de la generación de Padre, que no puede ser compartida con otros ya que no tendría carácter infinito y no sería Dios. El hecho de que el Padre engendra al Hijo, no le da a la primera Persona ninguna superioridad sobre la Segunda. Es necesario entender que el Padre debe su Ser personal, en cuanto a que es Padre, en el hecho de engendrar al Hijo, pero, de la misma manera, puesto que el Ser personal de la segunda Persona es en razón de ser Hijo, es necesario que sea eternamente engendrado del Padre. De alguna manera la vida del Padre como Padre está en razón de *engendrar,* así la vida del Hijo como Hijo, está en razón de *ser engendrado.* No hay, pues, ninguna dependencia, inferioridad o subordinación en el seno de la Trinidad, sino una

[4] F. Lacueva. *Espiritualidad Trinitaria. Editorial Clie.* Terrassa, 1983. Pág. 79.

interdependencia de vida y relación, de manera que el Padre no puede existir sin el Hijo, ni el Hijo sin el Padre. En esa relación, todo cuanto es del Padre es también del Hijo, hasta el punto de que el Padre es totalmente en el Hijo, y el Hijo es totalmente en el Padre, como Jesús mismo dice: *"Yo soy en el Padre y el Padre en mí"* (Jn. 14:11). En la relación trinitaria, al Padre se atribuye ser el principio de todo y la fuente y manantial de todas las cosas, y al Hijo, se le atribuye la sabiduría infinita para disponerlo todo conforme al pensamiento de Dios. Ya en el concilio romano del 382, se dice en este sentido que *"El Hijo es eterno como el Padre, engendrado de la naturaleza divina del Padre y, como el Padre, omnipotente y omnisciente"*[5].

El Unigénito del Padre es dueño y señor de todo, incluyendo la *casa de Dios,* la Iglesia, templo y familia de Dios. Este, por ser el Unigénito, ha sido dado por el Padre como cabeza a la Iglesia (Ef. 1:22-23). Es absoluta verdad que la Iglesia es propiedad del Hijo, como pueblo originado en Él, puesto en Él y sustentado por Él, por cuya razón Jesús dijo: *"Yo edificaré mi iglesia"* (Mt. 16:18). Pero, no es menos verdad, que la Iglesia es propiedad del Padre que la da al Hijo: *"Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí"* (Jn. 6:37). Por eso, en la oración intercesora, el Hijo habla al Padre de los que *"eran tuyos y me los diste"* (Jn. 17:6, 11). De ese modo se entiende el alcance del texto: los creyentes son *hijos del Padre*, por adopción en el Hijo, y todos ellos son dados al Hijo para construcción de la *casa de Dios*. Esa es la razón por la que el escritor, en el argumento que está desarrollando, afirme que *"Cristo como hijo sobre su casa"*, porque todo es suyo, como corresponde a quien es eternamente Unigénito del Padre. La casa es suya por construcción (Mt. 16:18), y suya también por redención (Hch. 20:28; 1 Co. 6:20; 7:23; Ef. 1:7; Col. 1:14; 1 P. 1:18-19; Ap. 5:9).

Οὗ οἶκος ἐσμεν ἡμεῖς. Del dueño de la casa, en contrastes con Moisés, en la antigua dispensación, como siervo, pasa a los miembros-hijos que componen la casa: *"la cual casa somos nosotros"*. La casa de Dios, tanto como templo como en el aspecto de familia, está formada por los que han creído en el Hijo, por cuya condición de creyentes, reciben también la condición de hijos (Jn. 1:12). Aquí debe contemplarse como un todo, tanto en el sentido de santuario de Dios en Espíritu, como de familia de Dios. La iglesia como cuerpo y familia está integrada por miembros (Ro. 12:5; 1 Co. 10:17; 12:12). Los miembros de la casa de Dios tienen como condición común el nuevo nacimiento. Cada uno de ellos está vinculado espiritualmente con Cristo de quien recibe la vida (Ef. 2:1, 5). Es necesario entender que la *casa de Dios*, en cualquier sentido, no se establece por los que forman una unidad *con* Cristo,

---

[5] Citado por Johann Auer. *Jesucristo hijo de Dios e hijo de María*. Editorial Herder. Barcelona, 1989. Pág. 226.

sino los que están *en* Cristo. La condición primaria de los miembros de la casa de Dios es su condición de salvos, que la alcanza por gracia mediante la fe (Ef. 2:8-9). Todos ellos, como miembros de la misma familia, tienen en común también el amor por Cristo (1 Co. 16:22), así como una esperanza común que es Cristo mismo (Col. 1:27). Estos hijos de Dios, tienen una tarea común consistente en ser testigos de Cristo (Hch. 1:8), tanto a los hombres (Mt. 28:19), como a los ángeles (Ef. 3:10). Dentro de la comunidad de hijos que son la casa de Dios, cada uno tiene la misión de la ayuda mutua (Ef. 4:16), trabajando todos en bien del cuerpo en general, mediante el ejercicio de los dones con que han sido dotados para ello (1 P. 4:10). Todo el ejercicio ministerial en la casa de Dios ha de ser movido o impulsado por el amor. La gran idea central de la condición de *casa de Dios*, es la unidad. No se trata de grupos aislados más o menos numerosos, sino de una unidad esencial, que es la Iglesia, como casa y cuerpo. El propósito de Cristo fue este mismo: *"que todos sean uno"* (Jn. 17:21). La unidad que estaba en la mente de nuestro Señor, no era una unidad temporal, religiosa, imperfecta, sino de una condición semejante a la unidad que existe en el Seno Trinitario: *"que sean uno así como nosotros"*. Esto es, una unidad absoluta y eterna (Jn. 17:11, 21), del mismo modo que no es posible la *separación* de las Personas Divinas, para una vida *independiente* las unas de las otras, puesto que Dios es uno, así tampoco es posible que una vez integrado el creyente en el cuerpo de Cristo, e introducido en la familia de Dios, la unidad espiritual establecida por el Espíritu en Cristo se rompa. El modo de efectuarse esa unidad es mediante la regeneración espiritual que implanta a Jesucristo en cada creyente: *"Yo en ellos"* (Jn. 17:23). Cada creyente puesto en Cristo y Cristo en cada creyente hace posible la unidad de la Iglesia. El agente de la unidad es el Espíritu, y el medio para conseguirla es por el *bautismo del Espíritu* (1 Co. 12:13). Cada creyente es bautizado *hacia* Cristo, que es el sentido de la preposición griega, es decir, sumergido hacia Cristo, para la formación de la unidad corporativa en Él. Traducido literalmente el texto del apóstol Pablo, dice: *"porque en verdad, en un Espíritu, nosotros todos para un cuerpo fuimos bautizados"*[6] (1 Co. 12:13). Bautizados *hacia*, con objeto de formar un cuerpo en Cristo. El Espíritu toma al creyente y lo une vitalmente a Cristo para que sea un cuerpo en Él, un edificio santo para Dios y un miembro de su familia. Por la acción del bautismo del Espíritu cada hijo queda revestido del Hijo y lo hace visible al mundo (Gá. 3:27). La unidad de la Iglesia es una realidad inamovible conforme al propósito de Dios. A esta unidad debe prestársele la mayor atención y dedicarle el mayor empeño, como el apóstol Pablo exhorta: *"Solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz"* (Ef. 4:3). La acción contra la unidad puede llevar aparejada una disciplina divina que incluso alcance la muerte física del ofensor (1 Co. 11:29-30). La

---

[6] Texto griego: καὶ γὰρ ἐν ἑνὶ πνεύματι ἡμεῖς πάντες εἰς ἓν σῶμα ἐβαπτίσθημεν.

unidad es posible a causa de la regeneración espiritual que implanta a Cristo en el cristiano, por eso Él dijo al Padre *"Yo en ellos"* (Jn. 17:23). La unidad de la Iglesia se manifiesta en todas las figuras que se utilizan para referirse a ella. Es un solo rebaño (Jn. 10:16); esposa (2 Co. 11:2; Ef. 5:24-27; Ap. 19:7; 22:17); cuerpo (Ef. 4:11-16); Edificio (Ef. 2:20-22); una vid y pámpanos en ella (Jn. 15:1, 2). Tan importante es la unidad que hay un mandamiento expreso para guardarla con solicitud (Ef. 4:3). De este modo ha de considerarse la unidad de la Iglesia como algo deseado y hecho por Dios. El creyente debe, pues, tener una solicitud especial en relación con la unidad. Fomentar la división es intentar la destrucción del cuerpo de Cristo para lo que hay la solemne advertencia de que Dios destruirá a quién intente destruir el cuerpo (1 Co. 3:17).

La evidencia de ser *casa* de Dios: ἐάν [περ] τὴν παρρησίαν καὶ τὸ καύχημα τῆς ἐλπίδος [μέχρι τέλους βεβαίαν] κατάσχωμεν, *"si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza"*. No se mantiene la firmeza, la confianza y la ufanía en la esperanza, *para ser casa*, sino *porque se es casa.* De otro modo, no se *persevera* para ser o mantenerse como cristiano, sino porque se es cristiano. Debe prestársele mucha atención a las oraciones condicionales en la Epístola, como ocurre aquí. En modo alguno se está poniendo en duda la seguridad de salvación, o se insinúa la posibilidad de perderla, sino que se trata de una manifestación visible de la misma. La primera evidencia consiste en τὴν παρρησίαν μέχρι τέλους βεβαίαν] κατάσχωμεν,*"retener firme hasta el fin la confianza"*. La firmeza es una expresión de la acción salvadora de la gracia. Después de la justificación por fe en Cristo, por Él tenemos entrada a la gracia en cuya esfera, el verdadero creyente permanece firme (Ro. 5:2). Cada salvo es introducido en un terreno de seguridad y firmeza definitivos. El creyente no cae de la gracia sino que *está en pie*. La salvación descansa en la gracia y no en la fe, que es el medio instrumental para recibirla. Por la fe se alcanza el privilegio, de ser miembros de la familia de Dios, como instrumento para ello, pero una vez en la bendición de la gracia, la eterna seguridad se sostiene en ella. Por esa firmeza se evidencia la realidad de ser hijos de Dios: *"si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído"* (Col. 1:23). Lo que se retiene firmemente hasta el fin es aquí τὴν παρρησίαν,*"la confianza"*. El sustantivo *confianza*, expresa etimológicamente la abundancia y libertad de expresión, la franqueza, el atreverse y poder decir lo que sea con confianza. El cristiano no está temeroso delante del Padre, sino que como hijo expresa ante Él confianza. Si se vincula con esperanza como un sustantivo adjetival, tendríamos aquí una firmeza en *la esperanza confiada*. No se trata de una posibilidad, sino de una seguridad que llena de confianza al creyente. El cristiano aun rodeado de pruebas y dificultades, se mantiene firmemente establecido en la confianza que le permite acceder a Dios sin traba alguna para solicitar el socorro oportuno.

La segunda evidencia está en mantenerse firmemente asidos del τὸ καύχημα τῆς ἐλπίδος, *"gloriarnos en la esperanza"*. Considerando aquí la posibilidad de que se trate de un sustantivo adjetival vinculado con esperanza, aquí sería gloriarse en una *esperanza gloriosa*. La esperanza produce gozo en la vida cristiana, de ahí que se exhorte al creyente con estas palabras: *"Gozosos en la esperanza"* (Ro. 12:12). En medio de los más grandes conflictos, como podrían ser los que algunos de los lectores de la Epístola padecían, se manifiesta el gozo, que no disminuye con las dificultades porque no nace de afuera, sino que lo produce el Espíritu en el interior del cristiano (Gá. 5:22). La esperanza está relacionada con Cristo mismo (Col. 1:27) y se hará realidad gloriosa con la manifestación del Señor en su regreso para tomar a los suyos. El verdadero cristiano se gloria en la esperanza, como escribe el profesor F. F. Bruce:

"Los cristianos viven por fe y no por lo que ven; pero aunque su esperanza está en las cosas que no se ven, es algo para regocijarse, no para avergonzarse. La declinación del primer entusiasmo expectante de estos hebreos, al aparente aplazamiento de su esperanza y varias clases de presiones a que se vieron sometidos, todo se combinaba para amenazar la seguridad de su fe. De allí que nuestro autor, con profunda preocupación, les insiste que tienen todo por ganar si se mantienen firmes y todo por perder si resbalan"[7].

Los creyentes destinatarios de la carta estaban pasando por situaciones que eran propicias para hacerles decaer en la esperanza y en la confianza. El escritor trata de levantarles el ánimo, conduciéndoles a un retornar a la firmeza de la confianza y al gozo de la esperanza. Se trata de conducirles no a una confianza teológica o doctrinal sino empírica, como experiencia personal de cada uno de ellos, en cualquier circunstancia.

Cristo supremo como objeto de fe (3:7-4:16).

Advertencia solemne sobre la incredulidad (3:7-19).

7. Por lo cual, como dice el Espíritu Santo:
Si oyereis hoy su voz.

Διό, καθὼς λέγει τὸ Πνεῦμα τὸ Ἅγιον·
Por lo cual como dice el Espíritu el Santo.
σήμερον ἐὰν τῆς φωνῆς αὐτοῦ ἀκούσητε,
Hoy si de la voz de Él oyeréis.

Notas y análisis del texto griego.

[7] F. F. Bruce. o.c., pág. 60.

Se inicia aquí una nueva advertencia solemne con διό, conjunción *por eso, por esa razón*, *por lo cual*, se usa para coordinar lo que sigue con lo que precede; καθὼς, conjunción, *lo mismo que, según que, como,* desempeña a veces funciones de partícula comparativa, aquí se usa como parte integrante de una fórmula introductoria a citas del Antiguo Testamento; λέγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir*, aquí como *dice*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; Πνεῦμα, caso nominativo neutro singular del, en este caso, nombre propio *Espíritu*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*; Ἅγιον, caso nominativo neutro singular del adjetivo articular, actuando aquí como nombre propio, *Santo*, se lee literalmente *lo Santo*. Sigue la primera parte de la cita del Antiguo Testamento: σήμερον, adverbio de tiempo, *hoy*; ἐὰν, conjunción que denota idea de condición o de hipótesis, *si*, y que sirve aquí para introducir una condición de tercera clase, con el aoristo del verbo; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; φωνῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *voz*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *de Él*; ἀκούσητε, segunda persona plural del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo ἀκούω, *oír, escuchar,* aquí como *oyereis.*

Διό, καθὼς λέγει τὸ Πνεῦμα τὸ Ἅγιον. Una nueva cita del Antiguo Testamento, va a servir para iniciar la exhortación solemne advirtiendo a los lectores sobre el peligro que supone la incredulidad en la vida del cristiano. Antes de trasladar la cita del Antiguo Testamento, en aplicación a la conducta del pueblo de Dios en la presente dispensación, alude al origen divino del pasaje, afirmando que quien escribe esas palabras, aunque se trata sin duda alguna de un escritor humano, proceden del Espíritu Santo. Las palabras del texto bíblico proceden de un Salmo de David (Sal. 95:7-11), pero el mismo rey de Israel, afirma que él es un portavoz del Espíritu Santo, que hablaba por medio de él: *"El Espíritu e Jehová ha hablado por mí, y su palabra ha estado en mi lengua. El Dios de Israel ha dicho, me habló la Roca de Israel"* (2 S. 23:2-3a). El apóstol Pedro afirma también lo mismo, en relación con las palabras de David: *"Varones hermanos, era necesario que se cumpliese la Escritura en que el Espíritu Santo habló antes por boca de David"* (Hch. 1:16). El mensaje del Antiguo Testamento era el hablar del Espíritu Santo, por medio de los profetas (Hch. 28:25). La Biblia enseña que los escritos del Antiguo Testamento se produjeron al impulso del Espíritu Santo (2 P. 1:20-21). El término *inspirar* en las palabras del apóstol Pedro, es equivalente a *impulsar*, *constreñir para hacer algo*, es decir, el Espíritu de Dios impulsaba al escritor para que trasladase al escrito lo que Dios le había comunicado, conduciéndole y preservándole de error.

Es necesario entender bien la inspiración plenaria de la Escritura, sobre todo, en momentos en que se cuestiona firmemente esta verdad. Cuando se habla de inspiración se está haciendo referencia a la operación divina ejercida

sobre los autores humanos, por la cual Dios les revela el mensaje a escribir, custodia su trabajo para que no haya errores, pero sin alterar su propio estilo personal en la confección del original, comunicando luego al trabajo hecho su aliento divino para que todo el escrito original sea absolutamente Palabra de Dios, viva y eficiente u operante. La inspiración de la Escritura es, por tanto, verbal o plenaria, esto es, que el Espíritu de Dios guió al autor humano en la elección de todas las palabras (*verbal*) usadas en los escritos originales, de modo que cada palabra usada por el autor humano, lo es también por Dios e inspirada por Él (*plenaria*), siendo *toda la Escritura*, Palabra de Dios. Al reconocer la intervención sobrenatural de Dios como el comunicador del mensaje y el controlador y supervisor del escrito bíblico, no por dictado sino por conducción, reconoce la inerracia de toda la Biblia. La inspiración debe entenderse desde dos puntos de la enseñanza bíblica. En primer lugar la enseñanza relativa a la confección de los escritos bíblicos (2 P. 1:21). Dios comienza eligiendo soberanamente a los escritores de la Biblia, como en el caso de Jeremías, desde antes de su nacimiento (Jer. 1:5). Este mismo Dios que elige, comunica el mensaje a dar en Su nombre (Jer. 1:9). En un determinado momento del ministerio profético, Dios determina y manda a su mensajero que escriba el mensaje que primeramente le comunicó (Ex. 17:14; Jer. 36:1, 2; Ap. 1:19; 14:13), limitándole a escribir solo las palabras que primeramente la había comunicado (Jer. 36:2). No cabe duda que Dios actúa para que no omita nada del mensaje revelado, ni añada nada que no hubiera recibido (Jer. 36:2). Esto no supone que el autor no pueda usar su propio estilo y expresar el mensaje conforme a su capacidad cultural. En segundo lugar, la inspiración enseña la vivificación o vitalización del escrito bíblico (2 Ti. 3:16). Cada unidad escrita proviene inicialmente del aliento de Dios. Este mismo Espíritu que comunica el mensaje e impulsa al mensajero para escribirlo, *sopla* en el origina resultante comunicando a la palabra escrita el poder vitalizador para que actúe conforme a lo que Dios ha determinado en ella. De ahí que en esta misma Epístola se afirme que *"la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón"* (He. 4:12). De ahí su utilidad y eficacia (2 Ti. 3:16b, 17). El Autor de la Escritura es Dios, el Espíritu Santo (2 P. 1:21) y el autor humano del escrito es la persona seleccionada por Él en cada momento. Cada escrito corresponde a la acción dual e inseparable de Dios y su instrumento el hombre, de ahí que se pueda decir que como el Logos encarnado es una Persona Divino-humana, así también el Logos escrito es de autoría Divino-humana, siendo Dios el original y el hombre el instrumento en su mano. La inspiración plenaria alcanza a todo el contenido, no solo al mensaje en sí, sino también a todas las letras utilizadas en el original para escribirlo. El Señor Jesús enseña que las letras de la Palabra han sido inspiradas (Mt. 5:18). Nada de cuanto está en la Escritura, promesas, juicios, bendiciones, reino y gloria quedará sin cumplimiento según lo recogido

en ella. El cumplimiento de la Escritura tendrá plena eficacia hasta alcanzar el momento de la remoción de todo lo creado y el inicio de la forma definitiva en una nueva creación de Dios (2 P. 3:10-13). La inquebrantabilidad de la Escritura es un hecho, por ser la Palabra de Dios. Cualquier promesa incumplida afectaría a Dios que la expresó. Sería una promesa incumplida de Dios. No puede, por tanto, separarse la Palabra de Dios mismo. El salmista, refiriéndose a Dios dice: *"Desde el principio tú fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, mas tú permanecerás; y todos ellos como una vestidura se envejecerá; como un vestido los mudarás, y serán mudados; pero tú eres el mismo, y tus años no se acabarán"* (Sal. 102:25-27). La inmutabilidad de Dios alcanza y comprende también su Palabra que como Él es inmutable y atemporal, es decir, el tiempo no le afecta envejeciéndola, sino que cada cosa anunciada en ella tendrá cumplimiento fiel (Gá. 4:4a). El universo creado, estable a lo largo de los milenios tiene un fin que contrasta con la permanencia de Dios (Is. 34:4). El final del universo creado será una realidad, por cuanto es una palabra profética que Dios mismo comunicó a sus siervos (Is. 51:6). Como palabra de Dios así también las palabras de Cristo. Jesús de Nazaret, un hombre a los ojos humanos que lo observaban, es Emanuel, Dios manifestado en carne, por tanto, la fidelidad e inmutabilidad divinas son propias de su Persona Divino-humana. Sus palabras, como todas las palabras de Dios tendrán cumplimiento, por eso Él mismo dijo: *"El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán"* (Mt. 24:35). La remoción de cielos y tierra que confirman la temporalidad de todo lo creado está anunciado en la Palabra (cf. Ro. 8:21; He. 1:12; 2 P. 3:7, 10-13; Ap. 6:14; 21:1-3). La inmutabilidad de la Escritura es una verdad doctrinal que el Señor enfatizó en su enseñanza. Junto con la inmutabilidad está la importancia. La Palabra por ser de Dios, merece la atención y consideración total. No hay cosas importantes y secundarias porque toda la Escritura es inspirada por Dios (2 Ti. 3:16). Ninguno de sus escritos es el resultado del pensamiento humano, sino la comunicación que Dios hace de sí mismo, en su misericordia para que el hombre le conozca y conociéndole en fe obtenga la vida eterna (Jn. 17:3). Cristo afirma que ni una *jota* ni una *tilde* pasarán de la ley, hasta que todo se haya cumplido. La *jota*, es la letra más pequeña del alfabeto griego. La tilde es el acento que se ponía para sonorizar la palabra, o tal vez mejor, o posiblemente, el rasgo que cambiaba una letra en otra. Tal es la importancia de la Palabra de Dios que incluso cada una de sus letras se llaman *sagradas*, por haber recibido el soplo divino de la inspiración (2 Ti. 3:15-16). Por esta causa la Escritura no puede ser quebrantada. La ley expresa el pensamiento, propósito y voluntad de Dios, y es Él mismo quien la da a los hombres por medio de los profetas. El mismo Dios que da su palabra y anuncia lo por venir es el que con su omnipotencia se ocupa del cumplimiento (Is. 46:9-10). No hay nada sin importancia, nada intrascendente, en la Palabra de Dios.

La verdad que Jesús expresó debe tenerse en mucha consideración. La Biblia, por ser Palabra de Dios y proceder de Él es, en toda su extensión *doctrina*, es decir, enseñanza que Él mismo da a los hombres para que, conformándose a ella, sean bendecidos. Ninguna cosa escrita en la Palabra de Dios deja de ser doctrina. Sin embargo, debe entenderse con claridad que hay *doctrina fundamental*, base de la fe y razón del mensaje de salvación, cuya principal característica es su claridad que condiciona la interpretación, esto es, no caben discusiones o diferencias en cuanto a sentido. Pero, hay también, *doctrina general*, nunca menos importante, pero sujeta a diferentes interpretaciones desde la honestidad y compromiso bíblico del intérprete. Es enseñanza, es doctrina, pero no lo es *fundamental*. Lo mismo una que otra debe ser respetada profundamente por ser Palabra de Dios. En cuanto a la doctrina fundamental para la que no cabe más que una interpretación desde el compromiso honesto del intérprete con la Palabra, no admite transigencia alguna. Es decir, la doctrina fundamental que sustenta la fe y la esperanza cristianas, no permite más que la aceptación incondicional, no es asunto opinable ni negociable. En cuanto a la general, la misma Palabra exige respeto para interpretaciones que no concuerden plenamente con la que cada intérprete entiende que es la correcta. En todas las cosas, como decía el famoso hombre de la iglesia antigua, *amor.*

Es evidente la importancia de todo el contenido de la Escritura y, entre ello, los relatos históricos, cuya finalidad es la de exhortar y advertir de dificultades en que creyentes incurrieron, a lo largo de la historia, para que cada uno de los actuales evite situaciones semejantes (1 Co. 10:6, 11). El apóstol Pablo enseña que *"estas cosas sucedieron como ejemplo para nosotros"*. En el texto griego, la palabra *ejemplo*[8], significa algo que deja huella. La historia deja impresas las huellas de fracasos anteriores del pueblo de Dios. Los fracasos de los creyentes hoy tienen menos disculpa porque tienen las advertencias de la historia.

La apelación a aspectos concretos de la historia de Israel, tiene una contextualización importante en el Nuevo Testamento, ya que la redención de los cristianos, liberados de la opresión de las tinieblas y trasladados al reino de Jesucristo (Col. 1:13), es un ejemplo de la liberación del pueblo de Dios en la antigua dispensación, de la esclavitud de Egipto. Cristo es la verdadera pascua sacrificada por su pueblo, como de *"un Cordero sin mancha y sin contaminación"* (1 P. 1:19). La Iglesia es el pueblo post-pascual y a semejanza del pueblo de Israel que surge luego de la celebración de la Pascua como un pueblo libre, conducido por Dios a través del desierto. Jesús es el pan de vida para su pueblo hoy, como el maná lo fue para Israel en el desierto, siendo

---

[8] Griego τυπος.

también Cristo el agua de vida que fluye de la roca, como era en figura lo ocurrido a Israel en el desierto (1 Co. 10:3, 4). Todo ese sentido figurativo o tipológico, debe traer consecuencias para el actual pueblo de Dios, que es la Iglesia. De modo que los acontecimientos históricos que marcan acciones disciplinarias de Dios sobre Israel, debe servir de advertencia a la Iglesia para no caer en los mismos problemas que motivaron la disciplina de Dios sobre aquellos. Esa es la razón por la que el escritor de la Epístola utiliza una parte del Salmo, aquella referida a las consecuencias de la desobediencia contra Dios.

Σήμερον ἐὰν τῆς φωνῆς αὐτοῦ ἀκούσητε. El versículo, en una división arbitraria del texto, introduce la primera frase del pasaje del Salmo: *"Si oyereis hoy su voz"* (Sal. 95:7). La frase está dirigida a los contemporáneos de David, pero, por extensión, en la aplicación del relato histórico, a todos los creyentes en cualquier tiempo. El sentido de la frase equivale a un deseo vehemente, que podría expresarse como: *"¡Ojalá oyeseis hoy su voz!"*. El Salmo está dirigido a quienes son *"el pueblo de su prado, y ovejas de su mano"* (Sal. 95:7), que tienen a Jehová por su Dios personal. No cabe duda que el pasaje no es sólo una aplicación, sino una interpretación propia para la Iglesia, como quienes son ovejas del Buen Pastor (Jn. 10:4, 11). Dios habla continuamente a su pueblo, haciéndolo con el propósito de que presten atención a lo que dice por medio de su Palabra.

8. No endurezcáis vuestros corazones,
Como en la provocación, en el día de la tentación en el desierto.

μὴ σκληρύνητε τὰς καρδίας ὑμῶν ὡς
No endurezcáis a los corazones de vosotros como
ἐν τῷ παραπικρασμῷ
en la rebelión
κατὰ τὴν ἡμέραν τοῦ πειρασμοῦ ἐν τῇ ἐρήμῳ,
conforme al día de la tentación en el desierto.

Notas y análisis del texto griego.

Continúa la traslación del Salmo con μή, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no,* que negativiza al verbo; σκληρύνητε, segunda persona plural del aoristo primero de subjuntivo, ingresivo, en voz activa del verbo σκληρύνω, *endurecer, hacer obstinado*, aquí como *endurezcáis*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado declinado *a las*, masculino en castellano; καρδίας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *corazones*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de vosotros*; ὡς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; ἐν, preposición de dativo, *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*, femenino en castellano para determinar *provocación*; παραπικρασμῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo que denota *enfurecimiento, rebelión, insubordinación, enfrentamiento*; κατὰ, preposición

de acusativo, *de acuerdo con, conforme*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado declinado *al*; ἡμέραν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *día*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; πειρασμοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo *prueba, tentación*; ἐν, preposición de dativo *en*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἐρήμῳ, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota, *desierto, lugar poco habitado.*

Μὴ σκληρύνητε τὰς καρδίας ὑμῶν. La demanda a los creyentes lectores de la Epístola, expresada a través de las palabras del Salmo es a cuidar de mantener sensible el corazón a la voz de Dios. Un corazón endurecido no acepta la instrucción divina y no se acomodo a la voluntad de Dios. Todo aquel que endurece su corazón se aleja de Dios y se automargina de la justicia, como el Señor decía a algunos de su pueblo por medio del profeta: *"Oídme, duros de corazón, que estáis lejos de la justicia"* (Is. 46:12). Un corazón endurecido no presta atención a la voz de Dios y rechaza incrédulamente sus demandas. Este estado de desobediencia y desatención a Dios acarrea juicio por causa del pecado voluntario. La dureza de corazón, conduce inevitablemente a la dureza de cerviz, esto es, un cuello que no se dobla, figura elocuente de arrogancia, consistente en no someterse a la voluntad de Dios. Israel era un pueblo duro de corazón (Is. 46:12). Por esa causa era también un pueblo duro de cerviz (Ex. 32:9; Dt. 9:13; Hch. 7:51). Un ejemplo elocuente de un corazón endurecido que provoca el juicio de Dios, es el de Faraón, donde se insiste en el texto bíblico, que una y otra vez, hasta seis veces *endureció* su corazón para no atender al mandato de Dios, hasta que a partir de la séptima vez, Dios mismo endureció el corazón de Faraón, confirmando definitivamente la dureza en que se había colocado y acarreando una y otra vez juicio sobre él y su pueblo.

La exhortación va acompañada del ejemplo histórico de Israel: ὡς ἐν τῷ παραπικρασμῷ κατὰ τὴν ἡμέραν τοῦ πειρασμοῦ ἐν τῇ ἐρήμῳ,*"como en la provocación, en el día de la tentación en el desierto"*. No fue una sola ocasión en la que Israel *provocó, tentó* a Dios con la dureza de su corazón incrédulo. Una de las ocasiones registrada en la Escritura fue la provocación ocurrida en Refidim, cuando el pueblo altercó con Moisés debido a la falta de agua (Ex. 17:1ss). El texto bíblico dice que el pueblo *exasperado* altercaba con Moisés, tentando a Dios con su falta de fe y dudando, no solo de la capacidad divina para proveerles de agua, sino incluso del propósito divino, como si Dios los hubiera sacado de Egipto para matarlos de sed en el desierto (Ex. 17:3). La resolución divina consistió en producir un milagro por medio Moisés, utilizando la vara que antes había servido para realizar milagros en Egipto y abrir paso en el Mar Rojo, tocando la peña de Horeb de donde salió agua para resolver el problema de la sed del pueblo. Por esa razón Moisés llamó el lugar de la confrontación *Masah*, que equivale a *exasperación, querella*, y *Meriba,* que significa *la tentación*. En esa ocasión, el pueblo *tentó* a Dios, poniéndolo a

prueba y dudando de su presencia real con ellos (Es. 17:7). Sin embargo, no se dice aquí que hubiese una acción disciplinaria de Dios sobre su pueblo duro e incrédulo. Otra cita histórica donde aparece la palabra *Meriba,* tiene que ver con la desobediencia de Moisés, con motivo de otra ocasión en que el pueblo de Israel en Cades, se levantó contra Moisés y Aarón por falta de agua, en donde Moisés dudó del resultado de la palabra de Dios y, en lugar de hablar a la roca, la golpeó con la vara (Nm. 20:8, 11, 12).

Con toda probabilidad, en la mente del salmista estaba el suceso ocurrido en Cades-Barnea, donde el pueblo no creyó a Dios que los enviaba para ocupar Canaán, dudando de su poder para darles la victoria sobre los pueblos que ocupaban la tierra (Nm. 14:1ss). Dios estableció una acción judicial sobre el pueblo rebelde, de modo que ninguno de los hombres mayores de veinte años entrarían en la tierra, por haber murmurado contra Dios (Nm. 14:27.29).

9. Donde me tentaron vuestros padres; me probaron
Y vieron mis obras cuarenta años.

οὗ ἐπείρασαν οἱ πατέρες ὑμῶν ἐν
Donde tentaron los padres de vosotros en
δοκιμασίᾳ
probación
καὶ εἶδον τὰ ἔργα μου
y vieron la obra de mí
τεσσεράκοντα ἔτη·
cuarenta años.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue la cita del Salmo con οὗ, genitivo neutro singular neutro del pronombre relativo ὅς, usado como adverbio relativo, *dónde, en el lugar en que*; ἐπείρασαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo πειράζω, *poner a prueba, tentar*, aquí como *tentaron*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; πατέρες, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *padres*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de ellos*; ἐν, preposición de dativo, *en*; δοκιμασίᾳ, caso dativo femenino singular del sustantivo *prueba*, aquí en sentido de *probación*, acto de probar, un *hapax-legómena* en el N. T.; καὶ, conjunción copulativa *y*; εἶδον, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, *ver*, aquí como *vi*; τὰ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*, femenino en castellano; ἔργα, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *obra, acción de trabajo, ocupación*; μου, caso genitivo personal del pronombre personal declinado *de mí*; τεσσεράκοντα, caso acusativo neutro plural del adjetivo numeral cardinal, *cuarenta*; ἔτη, caso acusativo neutro plural del sustantivo *años*.

Οὗ ἐπείρασαν οἱ πατέρες ὑμῶν ἐν. Dios fue puesto a prueba por el pueblo de Israel en el desierto. La cita del Salmo utiliza un término que indica poner a prueba hasta el límite de la paciencia. La Escritura testifica que Dios fue puesto a prueba por Su pueblo, por medio de una actitud provocadora, en muchas ocasiones, cuando dice: *"Todos los que vieron mi gloria y mis señales que he hecho en Egipto y en el desierto, y me han tentado ya diez veces, y no han oído mi voz"* (Nm. 14:22). El diez es un número simbólico que expresa la condición de algo que es completo, de ahí que referido a la provocación, indica llegar al límite de ella, llenar la medida de la capacidad de la paciencia de Dios. Aquellos *tentaron* o *probaron* a Dios para ver hasta donde llegaba su paciencia y cumplía sus compromisos. Hay otras referencias además de esta que aluden a provocaciones del pueblo de Israel (cf. Nm. 27:14; Dt. 6:16; Sal. 106:32). Dios fue puesto a prueba para ver si era capaz de cumplir Sus promesas o si tenía poder para hacerlo. No se contentaron con las promesas de Dios, sino que pidieron una prueba objetiva de su capacidad para llevarlas a cabo o, incluso, si era fiel para cumplirlas.

Καὶ εἶδον τὰ ἔργα μου τεσσεράκοντα ἔτη. El texto tiene el sentido tanto de probar a Dios, a pesar de ver sus obras, como de probar a Dios y como consecuencia vieron sus obras. En el primer caso adquiere el sentido de desafío; a pesar de haber visto tantas obras de poder hechas por Dios, le desafiaban a demostrar que podía cumplir la promesa de introducirlos en Canaán. En el segundo sentido, vieron que Dios era poderoso, le desafiaron a demostrarlo y obtuvieron como respuesta el juicio sobre ellos. Ambas cosas son posibles aquí. En cualquier caso, a pesar de haber visto las obras poderosas de Dios, que incluía como principio de ellas la salida de Egipto, pasando luego por el cruce del Mar Rojo y así sucesivamente, probaron a Dios para ver si era poderoso para hacer lo que quería llevar a cabo. La falta era muy grave porque no aprendía de las intervenciones poderosas de Dios a lo largo del último tiempo en su experiencia personal desde la liberación de Egipto. Era grave porque Dios había revelado también Su poder en cada ocasión que había sido necesario, pero ellos seguían preguntándose si sería capaz de solventar de nuevo problema que se presentaba. Continuamente se quejaban de Dios, como si no hubiera mostrado lo suficiente sus intenciones benéficas para el pueblo, o si pretendiera, más que bendecirlo, hacerlo sufrir. La desobediencia en Cades-Barnea que, como se dice antes, probablemente era lo que estaba en la mente del salmista, fue la más grave de ellas y saturó la paciencia de Dios.

10. A causa de lo cual me disgusté contra esta generación,
Y dije: Siempre andan vagando en su corazón,
y no han conocido mis caminos.

διὸ προσώχθισα τῇ γενεᾷ ταύτῃ
Por lo que me disgusté contra la generación esta
καὶ εἶπον· ἀεὶ πλανῶνται τῇ καρδίᾳ,
y dije: siempre andan extraviados en el corazón
αὐτοὶ δὲ οὐκ ἔγνωσαν τὰς ὁδούς μου,
Y ellos mismos no conocieron los caminos de Mí.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue la cita del Salmo con διὸ, conjunción que sirve para coordinar lo que sigue con lo que precede, con sentido de *por eso, por esa razón*, pudiendo ser también en sentido semejante un adverbio compuesto por δι ’ ὅ, *por lo cual, en consecuencia*; προσώχθισα, primera singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo προσοχθίζω, *enojarse, disgustarse, estar vejado, irritarse,* expresando una ira extremada o un profundo disgusto, aquí como *me disgusté contra*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; γενεᾷ, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *generación*; ταύτῃ, caso dativo femenino singular del pronombre demostrativo *esta*; καὶ, conjunción copulativa *y*; εἶπον primera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἔίπον, verbo arcaico usado como tiempo aoristo de λέγω que expresa el sentido de *decir, hablar,* aquí *dije, he dicho*. Sigue luego la cláusula con la determinación de Dios: ἀεὶ, adverbio de tiempo, *siempre, continuamente, sin cesar o sin interrupción*; πλανῶνται, tercera persona plural del presente de indicativo en voz pasiva del verbo πλανάω, *extraviarse, desviarse, perderse, engañarse, dejarse engañar,* aquí como *andan extraviados*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; καρδίᾳ, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *corazón*; αὐτοὶ, caso nominativo masculino plural del pronombre intensivo *ellos mismos*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; οὐκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada, que negativiza a ἔγνωσαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo γινώσκω, *conocer, saber por experiencia, alcanzar conocimiento*, aquí como *conocieron*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; ὁδούς, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *caminos*; μου, caso genitivo singular del pronombre personal declinado *de mí*.

Διὸ προσώχθισα τῇ γενεᾷ ταύτῃ. El Señor se siente dolido, disgustado, a causa de la rebeldía y osadía del pueblo. El verbo usado para referirse a *disgustarse*, expresa la idea de una ira grande, de una profunda expresión de disgusto. La ira de Dios había estado a punto de consumir a aquel pueblo rebelde, altanero y desafiante. *“Y Jehová dijo a Moisés: ¿Hasta cuándo me ha de irritar este pueblo? ¿Hasta cuándo no me creerán, con todas las señales que he hecho en medio de ellos? Yo los heriré de mortandad y los destruiré, y a ti te pondré sobre gente más grande y más fuerte que ellos”* (Nm. 14:11-12). La intercesión de Moisés, alcanzó el perdón de Dios sobre ellos.

La primera observación de Dios es que aquel pueblo *siempre* manifestó un corazón extraviado: ἀεὶ πλανῶνται τῇ καρδίᾳ *"siempre andan vagando en su corazón"*. Es una conducta marcada y una actitud continua de alejamiento de Él. El camino extraviado es la expresión natural de un corazón extraviado. El disgusto divino tenía una singular razón, toda vez que Él había mostrado obras prodigiosas a todos aquellos que se extraviaban de Él.

Αὐτοὶ δὲ οὐκ ἔγνωσαν τὰς ὁδούς μου. El corazón endurecido contra la voz de Dios, les hace ignorar los caminos de Dios, al desconocer el pensamiento de Dios que los determina. Es decir, no conocían los caminos de Dios, porque no querían seguirlos ni aceptarlos. El rebelde no puede conocer el camino de Dios, porque las sendas de Dios son sendas de obediencia. De ese modo testificará el profeta Isaías al mismo pueblo tiempo después: *"Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos y mis pensamientos más que vuestros pensamientos"* (Is. 55:8-9). A pesar de sus obras y su paciencia, Israel no aceptó los caminos de Dios para ellos, ignorando a Dios e ignorando, por tanto, sus caminos. Como dice el profesor Miguel Nicolau:

"Los caminos de Yahvé, o la manera como conduce al fin sobrenatural que ha fijado, son la guarda de sus mandamientos, son la docilidad a sus inspiraciones, son las lecciones de sus castigos ejemplares. Ya se ve que quien tiene el corazón endurecido no conocerá fácilmente esos caminos"[9].

Esa no fue una actitud o un pecado ocasional, sino algo continuado: *"siempre andan vagando en su corazón"*. Por eso dice Dios al pueblo que le habían tentado *diez veces*, como expresión de algo que saturó completamente los límites de la paciencia de Dios (Nm. 14:22).

11. Por tanto, juré en mi ira:
No entrarán en mi reposo.

ὡς ὤμοσα ἐν τῇ ὀργῇ μου·
Cómo juré en la ira de Mí:
εἰ εἰσελεύσονται εἰς τὴν κατάπαυσιν μου.
¡Si entrarán en el reposo de Mí!

Notas y análisis del texto griego.

La última parte de la cita del Salmo se traslada aquí con ὡς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; ὤμοσα, primera persona singular del

[9] Miguel Nicolau. o.c., pág. 46.

aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὀμνύω, *jurar*, aquí como *juré*; ἐν, preposición de dativo *en*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; ὀργῇ, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *ira*; μου, caso genitivo singular del pronombre personal declinado *de mí*. La última cláusula adquiere un marcado sentido irónico con εἰ, conjunción *si*, que denota condición o suposición en virtud de la cual un concepto depende de otros, en el contexto de la expresión y en su forma equivaldría a un no rotundo bajo la condición que se da; εἰσελεύσονται, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz media del verbo εἰσέρχομαι, *entrar, llegar hasta*, aquí como *entrarán*; εἰς, preposición de acusativo *en*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *el*; κατάπαυσιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *descanso, lugar de descanso*; μου, caso genitivo singular del pronombre personal declinado *de mi*.

Ὡς ὤμοσα ἐν τῇ ὀργῇ μου. Como consecuencia de su persistente rebeldía, Dios toma una determinación. La expresión del Salmo: *"juré en mí ira"*, es un hebraísmo que se usa para referirse a la inmutabilidad de las determinaciones de Dios (6:13). La sentencia del Juez supremo, que es también justo, es inapelable. Esa sentencia es consecuencia de la *ira* de Dios. La ira es una pasión del alma que mueve a indignación y enojo. Es, por tanto, una disposición anímica que conduce a acciones, aunque estas no lleguen a realizarse. En el griego se diferenciaban ambas partes de este proceso psíquico, la intimidad en que se producía una cólera instantánea[10] y el animo que encolerizado se manifestaba al exterior[11]. Esta última manifestación incorpora una determinada orientación que canaliza la cólera íntima y la orienta hacia algo o hacia alguien. Este es el concepto que aparece en el versículo. La raíz de la palabra la vincula también con la idea de llenar hasta rebosar[12], o desear algo con vehemencia. En ese sentido expresa una profunda emoción pasional, por lo que equivale a *enfurecimiento, irritación, indignación, ira*, etc. El vocablo se utilizaba en el griego clásico para referirse a la ira de las divinidades orientada hacia otros dioses, o hacia los hombres. En el Antiguo Testamento hay varias palabras que se relacionan con la ira de Dios. Uniendo los distintos conceptos semánticos de las distintas voces que expresan conceptos de ira relacionado con los conceptos semánticos de las distintas voces que expresan conceptos de ira, aparecen en el Antiguo Testamento las distintas manifestaciones de la ira de Dios. La Escritura revela a Dios, en muchas ocasiones, como airado, utilizándose descripciones sumamente elocuentes de la manifestación del sentimiento íntimo de Dios en la expresión de Su ira, como con rostro encendido, lengua como llamas de fuego consumidor, y aliento como un raudal de inundación (Is. 30:27-28). En otras ocasiones el énfasis de la expresión de la ira de Dios está en la efectividad de una decisión divina que ni se detiene ni

[10] Griego θυμός.
[11] Griego ὀργη.
[12] Griego ὀργάω.

puede detenerse hasta que se ejecute el cumplimiento de Su propósito (Jer. 30:23-24). El diálogo de Dios en ira es turbador para los que se rebelan contra Su voluntad (Sal. 2:5). La ira como expresión de desagrado frente al pecado del hombre, debe producir en el creyente un reverente respeto ante la presencia de Dios, rodeada siempre de santidad y justicia (Is. 6:5). Sin embargo, no puede considerarse como la descripción modelo de Dios en el A. T., la de un Dios permanentemente airado contra el hombre, descargando continuamente las diversas manifestaciones de Su ira, ya que el nombre que lo define como el Dios del pacto, es también el que expresa la vinculación afectuosa con el hombre, a pesar de su pecado, hasta el extremo de hacerse solidario con él en gracia. La relación de Dios con el hombre descansa esencialmente en la manifestación de su misericordia y el ejercicio del perdón (Ex. 34:6-7). Nunca debe olvidarse que la gracia es la corona de la manifestación de Dios hacia el hombre. La Persona Divino-humana de Jesucristo, no vino para expresar la ira de Dios por el pecado del hombre, sino el ejercicio libre de su misericordia, ya que vino *"lleno de gracia y de verdad"* (Jn. 1:14). La ira de Dios en las relaciones con Israel, se producen como respuesta a la conducta pecaminosa de la nación, en quebrantamiento voluntario de lo establecido por Él (Nm. 25:3; 32:10; Dt. 29:24-25; Jos. 7:1; Jue. 2:14, 20). Los profetas hablan en muchos lugares de la ira de Dios como consecuencia natural del pecado del pueblo y de conductas socialmente reprobables. Tales actuaciones condujeron finalmente al cautiverio de toda la nación. Como escribe Plath:

"La ira de Dios es siempre una reacción proporcionada a la infracción del mandamiento o a la resistencia ofrecida a su acción que determina la historia; con su ira Dios no quiere sólo castigar la infracción o la resistencia, sino que quiere al propio tiempo restablecer y mantener el orden establecido entre Él mismo y los hombres"[13].

Es, en esta dimensión, en la que la ira de Dios aparece como reacción natural al rechazo, desprecio y ofensa contra Su amor. En respuesta al afecto entrañable manifestado en tantas actuaciones que lo evidencian, los objetos de Su amor, responden con menosprecio y aún con negación hacia la afirmación de amor procedente de Dios (Mal. 1:2). Tal actuación provoca la ira en el afecto íntimo de Dios (Mal. 2:2). Al no haber en Dios acepción de personas, las naciones que pudieron ser utilizados como instrumentos en la manifestación de Su ira hacia el pueblo rebelde, pueden ser también consumidas por la misma ira en razón de su propio pecado, como es el caso de Egipto, de Babilonia, y otras (Jer. 50:13-15; Ez. 30:15; Mi. 5:15). La ira que con derecho pudiera caer instantáneamente sobre el transgresor, se detiene temporalmente a causa de la

---

[13] S. Plath. *Furcht Gottes*. *Diccionario Teológico del N. T.* Editorial Sígueme. Salamanca, 1980. Pág. 358.

gracia. Dios airado por el pecado, advierte siempre al pecador de las consecuencias de su pecado (Jer. 7:3-7), de modo que el castigo se produce por no oír la advertencia de la voz de Dios (Lam. 3:42, 43). Esta ira puede destruir (Hab. 3:12), extinguir (Jer. 25:37), asolar (Jer. 50:13) y, en general se expresa como hiriendo los pueblos y haciéndoles beber el cáliz de su enojo (Is. 51:17; Jer. 25:15). Sin embargo, mientras que el amor de Dios es eterno, la ira suele manifestarse temporal y ocasionalmente. La Biblia habla continuamente de la ira de Dios como *"de un momento"* (Sal. 30:5), y de un momento breve (Is. 26:20), para volver a brillar el sol de gracia que descubre un horizonte de esperanza (Os. 14:4). El arrepentimiento genuino abre la entrada a la experiencia de la restauración y del perdón, de ahí que el profeta, en medio de torrente de la ira de Dios vertida sobre el pueblo a causa del pecado, pida a Dios mismo que genere en el pueblo el espíritu de una conversión verdadera (Lam. 5:21-22). Sin embargo, frente al mal, Dios no evade la responsabilidad de ejecutar su juicio (Ez. 7:8s). El Señor es paciente porque es *"lento para la ira y grande en misericordia"* (Is. 54:7-10; Sal. 30:5). En cada etapa de la historia de Su pueblo, tanto en la antigua como en la actual dispensación, Dios dio ocasión para el arrepentimiento, actuando en manifestaciones de ira, cuando persiste una continua rebeldía y desprecio hacia Él.

Εἰ εἰσελεύσονται εἰς τὴν κατάπαυσιν μου. La determinación de Dios es que aquellos rebeldes *"no entrarán en mí reposo"*. En la mente de escritor está la sentencia sobre los rebeldes para que no entraran en la tierra prometida. Los hombres de guerra tentaron a Dios desechando su camino y morirían en el desierto sin entrar en la tierra prometida. La disciplina tuvo que ver con ese grupo que en el Antiguo Testamento se llaman *"los hombres de guerra"*, no con los otros del pueblo, como algunos dicen (Dt. 2:14). Los hombres adultos, mayores de veinte años, que debían participar en la conquista y posesión de la tierra prometida, murieron en el desierto. El camino que siguió Israel se podía establecer por los sepulcros de seiscientos mil hombres de guerra que murieron durante los cuarenta años de caminar por el desierto. Sólo dos de los hombres comprendidos en el grupo sobre quien se manifestó la ira de Dios, Caleb y Josué, entraron por no haber sido infieles como los otros (Nm. 14:24). Ninguno de todos los rebeldes sobrevivió para entrar en Canaán, la tierra del *reposo* que Dios les había preparado. Nada tiene esto que ver con la perdición o condenación eterna, ya que Dios había perdonado aquel pecado (Nm. 14:19, 20). Los que fuesen salvos de aquellos, no perdieron su salvación, pero la disciplina fue la justa acción de Dios durante la vida de aquellos hombres, por su pecado de rebeldía. Dios simplemente confirmó su decisión de no querer entrar en la tierra cuando el Señor lo estableció, por tanto, si eligieron no entrar, no había otra opción de morir en el lugar que ellos mismos habían elegido, el desierto, despreciando la tierra de la promesa.

12. Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo.

Βλέπετε, ἀδελφοί, μήποτε ἔσται ἔν τινι ὑμῶν καρδία πονηρὰ
Mirad, hermanos, no sea que haya en alguno de vosotros corazón malo
ἀπιστίας ἐν τῷ ἀποστῆναι ἀπὸ Θεοῦ ζῶντος,
de incredulidad en el apartarse de Dios vivo.

Notas y análisis del texto griego.

La aplicación de lo que antecede comienza con βλέπετε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz activa del verbo βλέπω, *mirar, fijarse, prestar atención, tener cuidado,* aquí como *mirad*; ἀδελφοί, caso vocativo masculino plural del sustantivo *hermanos*; μήποτε, conjunción, que es también partícula negativa y que, después de los *verba curando* transitivos, *tener cuidado, procurar, prestar atención,* introduce oraciones completivas, que son oraciones independientes formuladas como prohibiciones, como es este caso con sentido de advertencia, *no sea que*; ἔσται, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz media del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *haya*; ἔν, preposición de dativo *en*; τινι, caso dativo singular del pronombre indefinido *alguno*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de vosotros*; καρδία, caso nominativo femenino singular del sustantivo *corazón*; πονηρὰ, caso nominativo femenino singular del adjetivo calificativo *malo, maligno, malvado*; ἀπιστίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de incredulidad*; ἐν, preposición de dativo *en*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado *el*; ἀποστῆναι, aoristo segundo de infinitivo (intransitivo) en voz activa del verbo ἀφίστημι, *hacer que la gente se rebele, alejarse, apostatar,* aquí como *apartarse*; ἀπὸ, preposición de genitivo, *de*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre *Dios*; ζῶντος, caso genitivo masculino singular con el participio de presente en voz activa del verbo ζάω, *vivir, estar vivo*, aquí como *que vive*.

Βλέπετε, ἀδελφοί, μήποτε ἔσται ἔν τινι ὑμῶν καρδία πονηρὰ ἀπιστίας ἐν τῷ ἀποστῆναι ἀπὸ Θεοῦ ζῶντος. La segunda amonestación solemne de la Epístola tiene que ver con las consecuencias que produce la incredulidad. Está desarrollada en un largo párrafo que concluye en 4:13. La advertencia se introduce con un llamado a prestar atención: βλέπετε, *"Mirad"*, equivalente a *tened cuidado*, prestar cuidadosa atención. La expresión no es una sugerencia a los lectores, sino un mandamiento, puesto que el verbo está en presente de imperativo, lo que expresa la idea de mandato y de acción continuada: *"prestad continuamente atención"*. Sin embargo, aun con tratarse de una exhortación solemne, no quita el afecto natural que como hermanos han de manifestarse los cristianos. El escritor añade la palabra ἀδελφοί, *hermanos*, que lo une también a él con la comunidad a que se dirige la advertencia solemne. Les está tratando con el afecto que corresponde a quienes son hijos del mismo Padre, lo que debe predisponer a los lectores para recibir, como una muestra de amor, las palabras de la exhortación que sigue. Además, la

advertencia es universal ya que no se escribe para un grupo determinado que pudiera estar dubitativo en relación con la fe, sino a todos los creyentes sin excepción: μήποτε ἔσται ἔν τινι ὑμῶν, *"que no haya en ninguno de vosotros"*. Nadie puede considerarse excluido de la amonestación.

El problema advertido tiene que ver con un καρδία πονηρὰ ἀπιστίας ἐν τῷ ἀποστῆναι ἀπὸ Θεοῦ ζῶντος, *"corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo"*. El término *corazón malo*, aparece dos veces en el Antiguo Testamento. Una de ellas ocurre en la denuncia del pecado de Judá, cuando el profeta, hablando en nombre de Dios, dice: *"y vosotros habéis hecho peor que vuestros padres; porque he aquí que vosotros camináis cada uno tras la imaginación de su malvado corazón, no oyéndome a mí"* (Jer. 16:12). El corazón malvado había producido un oído endurecido para no atender a la voz de Dios. Otra vez se usa para referirse al pecado de idolatría, como decisión personal y voluntaria de rebeldía contra Dios que llama al pueblo a convertirse a Él, y el pueblo responde: *"Y dijeron: Es en vano; porque en pos de nuestros ídolos iremos, y haremos cada uno el pensamiento de nuestro malvado corazón"* (Jer. 18:12). La maldad, en ambos casos expresa incredulidad, es decir, apostasía, separación de Dios y, por tanto, separación de la fe. Debe entenderse la exhortación solemne vinculada con el contexto próximo en donde se encuentra. El juicio sobre los israelitas en el desierto se produjo porque rechazaron a Moisés y no atendieron a la Palabra de Dios dada por medio de él. Esos todos, rebeldes y mostrando infidelidad, alejados de la fe en el verdadero Dios, que exige obediencia, perdieron la bendición prometida de entrar en Canaán, muriendo en el desierto sin conseguir alcanzar la promesa. Aquello fue también un καρδία πονηρὰ ἀπιστίας *"corazón malo de incredulidad"*, por lo que la advertencia tiene que ver con el mismo problema: no sea que entre aquellos haya alguno que tenga un corazón incrédulo y malo, semejante al de los rebeldes de la antigua dispensación. Además, como quiera que el escritor está demostrando la superioridad de Cristo sobre Moisés, si la rebeldía contra éste tuvo una disciplina tan evidente, mucha mayor disciplina vendrá sobre aquel cuyo corazón se opone en incredulidad contra el Señor.

Ἐν τῷ ἀποστῆναι ἀπὸ Θεοῦ ζῶντος. Un problema añadido consistía en apartarse del *Dios vivo*, literalmente *de Dios que vive*. Quiere decir que el Dios que vive, puede actuar contra quienes se constituyan voluntariamente en rebeldía contra él, apartándose de la fe y del seguimiento fiel a su Palabra. No se trata de un Dios que guarda silencio sin hacer caso a la desobediencia de los suyos, sino de uno que demostró en la historia, con las acciones disciplinarias y, en este caso concreto, con la muerte de todos los hombres de guerra en el desierto, que tiene capacidad de acción y que pude ejecutar la disciplina que se proponga.

Posiblemente alguno de los lectores estaba claudicando en su fe y pensando en volver al judaísmo. ¿No es el mismo Dios tanto el de los judíos como ahora el de los cristianos? ¿No creen ambos en el *Dios que vive*? Indudablemente es así. Pero, el sistema legal de la antigua dispensación había quedado obsoleto y vacío de contenido, por tanto, el regresar a él equivalía a un retroceso a lo que no podía sustentarse. Es decir, un retroceso del cristianismo al judaísmo podía compararse con la acción de los israelitas que en sus corazones rebeldes y faltos de fe en el poder de Dios, deseaban retroceder a Egipto, apartándose con ello del Dios que vive para regresar a los ídolos muertos. Este retroceder, apartarse de la fe, era un serio pecado que podría acarrear una acción disciplinaria de Dios, como había ocurrido con Su pueblo en la dispensación de la Ley. La tremenda gravedad es evidente, apartarse del Dios vivo es mucho peor que apartarse de Moisés. Pero, es preciso atender a la lección subyacente en el versículo: un corazón perverso es un corazón incrédulo. El corazón malo es incrédulo a la palabra de Dios y desinteresado por el seguimiento a Cristo. De ahí la exhortación: *“Prestad gran atención para que esto no ocurra con ninguno de vosotros: alejarse del Dios vivo”*.

13. Antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy, para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado.

ἀλλὰ παρακαλεῖτε ἑαυτοὺς καθ’ ἑκάστην ἡμέραν, ἄχρις οὗ τὸ
Sino exhortaos a vosotros mismos - cada día mientras el
σήμερον καλεῖται, ἵνα μὴ σκληρυνθῇ τις ἐξ ὑμῶν ἀπάτῃ τῆς
Hoy se llama para que no se endurezca alguno de vosotros por engaño del
ἁμαρτίας
del pecado.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue la advertencia con ἀλλὰ, conjunción adversativa, *pero, sino*; παρακαλεῖτε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz activa del verbo παρακαλέω, literalmente *llamar al lado de uno*, de ahí *llamar, invitar, pedir, rogar, animar, exhortar*, aquí como *exhortaos*; ἑαυτοὺς, caso acusativo masculino plural del pronombre reflexivo declinado, *a vosotros mismos*; καθ’, forma de la preposición de acusativo κατά, por elisión y asimilación ante vocal con espíritu áspero, que equivale a *por*; ἑκάστην, caso acusativo femenino singular del adjetivo indefinido *cada*, realmente un pronombre en función adjetival; ἡμέραν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *día*; ἄχρις, preposición de genitivo *hasta*; οὗ, caso genitivo masculino singular del pronombre relativo *el que*; ambas palabras tienen aquí el sentido de *en tanto que, mientras*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; σήμερον, adverbio de tiempo *hoy*; καλεῖται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz pasiva del verbo καλέω, *llamar*, aquí como *se llama*. Sigue una cláusula negativa de propósito con ἵνα, conjunción, *que, para que, por que, a fin de que, de modo que*; μή, partícula negativa que hace las funciones de negación

condicional, *no*, que negativiza al verbo σκληρυνθῇ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz pasiva del verbo σκληρύνω, *endurecer,* aquí como *se endurezca*; τις, caso nominativo masculino singular del pronombre indefinido *alguno*; ἐξ, forma que adopta la preposición de genitivo ἐκ, delante de vocal y que significa *de*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal *vosotros*; ἀπάτῃ, caso dativo masculino singular del sustantivo que denota *seducción, engaño, sutileza*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*, masculino en castellano; ἁμαρτίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *pecado, falta.*

᾽Αλλὰ παρακαλεῖτε ἑαυτοὺς. Los creyentes han de tener una actitud positiva los unos hacia los otros. Esta actitud se convierte en una actividad de exhortación. El verbo usado aquí y traducido como *exhortar*, es un verbo compuesto que significa literalmente, *llamar al lado*. Aquí tiene el sentido de animar a otros para que sigan una determinada forma de comportamiento. La palabra *exhortar* tiene, para algunos, especialmente el creyente legalista, el sentido de reprender, reñir, incluso amenazar. En algunos grupos de cristianos de corte estricto, las exhortaciones en sentido de reprensión dura, son el modo más habitual en el ministerio eclesial, produciendo un cansancio espiritual notable que conduce al desaliento, incluso genera un sentido de culpabilidad que genera en angustia espiritual. El término no tiene, en ningún lugar de la Biblia, este sentido. Es la acción conductora para mantener un rumbo correcto. No se trata de amenazar sino de animar. Aquí implica una acción alentadora y pastoral que cada creyente está llamado a hacer. Es necesario que se entienda que en la Biblia la labor de ayuda al hermano, tanto en el sentido material (1 Jn. 3:17), como en el espiritual, no es privativo de los líderes o pastores de la iglesia, sino de cada uno de los hermanos. Si un hermano ve a otro cometer un pecado, deberá interceder por él (1 Jn. 5:16), y hacerle ver la situación en que se encuentra con vistas a restauración (Mt. 18:15). El que conoce la ofensa cometida por un hermano, sea contra él o no, debe actuar como Cristo enseña. Primeramente debe buscar al que ha ofendido para *redargüirle*, esto es, argumentar con él para hacerle cambiar de pensamiento y, por consiguiente, de forma de actuar. Equivale a hacerle notar la falta que está cometiendo o que ha cometido, generando en él un sentimiento íntimo que le conduzca a recapacitar y le conduzca a entender que la acción cometida es incorrecta. El elemento para redargüir a un creyente no son argumentos personales, sino la exposición de la Palabra concreta para el caso en cuestión, porque solo la *"Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia"* (2 Ti. 3:16). Nadie debe reprender a otro por criterios personales y nadie podrá redargüirle por métodos humanos, sino porque la Palabra señale la realidad de la falta que está cometiendo. La exhortación al hermano que ha ofendido debe hacerse, en primera instancia en forma privada y personal; el Señor es muy enfático: *"estando tú y el solos"*. El hermano que conoce o que recibe la ofensa busca al ofensor en un aparte personal, sin la

presencia de nadie más que de los dos. La falta conocida no se divulga, se mantiene en la intimidad del que la conoce, con la intención sana de ayudar a la restauración y rectificación del ofensor. Para evitar el escándalo de la mala acción y velar por la fama del hermano que ha ofendido, la corrección fraterna se hace con todo amor y delicadeza, sin testigos, como corresponde a una acción de amor entre hermanos y que buscan sinceramente el bien común. La consecuencia de ese modo de actuar es de esperar que produzca la consecuencia espiritual en el que ha cometido la falta, de arrepentimiento y rectificación. El Señor indica que cuando se consigue esto se *"ha ganado al hermano"*. El hermano no es un elemento aislado sino algo propio y personal. Los hermanos conforman la realidad del único cuerpo en Cristo y son algo propio porque todos los salvos están integrados como miembros en un mismo cuerpo (1 Co. 12:12). El dolor que produce en el cuerpo físico el problema de uno de sus miembros, afecta a todo el conjunto, y los miembros sanos ayudan a la restauración del enfermo para beneficio de todo el cuerpo. Cuando la exhortación privada ha surtido el efecto deseado y el que ha ofendido rectifica el modo de comportamiento, reconociendo y confesando al Señor su pecado, el problema ha quedado resuelto satisfactoria y definitivamente. Como la falta no ha sido divulgada, el buen nombre del hermano no se ha visto afectado y el problema sigue siendo ignorado para todos. La divulgación de faltas ajenas no edifica a nadie y mucho menos a la iglesia. El que ha exhortado al que cometió la falta fue un instrumento en manos de Dios para la restauración del hermano. Esa forma de proceder es señal y evidencia de madurez espiritual, por eso dice el proverbio: *"El fruto del justo es árbol de vida; y el que gana almas es sabio"* (Pr. 11:30); de ahí la exhortación de Pablo a la restauración del que ha sido sorprendido en una falta (Gá. 6:1). Mientras que el legalista mira al pecado para reprender al pecador, causándole serios daños –a veces irreparables- delante de sus hermanos, el espiritual mira al pecador para restaurarlo. Cada creyente tiene una obligación pastoral con su hermano para alentarlo. Se trata, pues, de una acción positiva y nunca negativa. No es acusar de faltas o reprender, sino animar y ayudar, para que no se cometa una transgresión.

El mandamiento del texto es sumamente claro. El creyente debe animar y entusiasmar a sus hermanos, en una acción de aliento mutuo, a la permanencia en la fidelidad al Señor. Como escribe el Dr. Lacueva:

"En lugar de cómplices del pecado o dejarse llevar por la corriente de los incrédulos, el autor sagrado pasa a exhortar (ahora, en forma positiva) a los lectores a que se animen unos a otros mientras sigue sonando la voz de Dios"[14].

---

[14] F. Lacueva. o.c., pág. 502.

῾Εκάστην ἡμέραν, ἄχρις οὗ τὸ σήμερον καλεῖται. Esta labor de aliento y ánimo no debe ser ocasional, sino constante: *"Entre tanto que se dice: Hoy"*. La expresión define el tiempo actual en que se encuentran los creyentes. Es un mandato verdaderamente *atemporal*, puesto que se determina para el momento en que viva cada lector cristiano. Es, por tanto, una acción de la caridad cristiana. Cada día la verdadera misión de cada creyente en relación con sus hermanos en la fe, es la de ayudarse mutuamente.

El propósito para esta labor es ἵνα μὴ σκληρυνθῇ τις ἐξ ὑμῶν ἀπάτῃ τῆς ἁμαρτίας, *"para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado"*. No atender a la voz de Dios es entrar en la dinámica endurecedora del pecado. La exhortación fraterna mantendrá despierto al hermano para que no caiga en la tentación. La advertencia lleva aparejada también la necesidad de la concurrencia congregacional, en donde los hermanos juntos pueden edificarse y alentarse mutuamente. Un cristiano solitario es más fácilmente seducido por Satanás. Sobre esto escribe el profesor Bruce:

"La exhortación para alentarse mutuamente era sabia: aislado de sus hermanos creyentes cada individuo por sí estaba más propenso a sucumbir a las tentaciones sutiles que lo presionaban de tantos lados, pero si se unían regularmente para alentarse mutuamente, la devoción de todos se mantendría encendida y su esperanza común correría menos riesgos de desvanecerse y morir. En la soledad, cada uno estaba propenso a ser impresionado por los argumentos aparentemente plausibles que subrayaban la sabiduría mundana de una cierta medida de compromiso de su fe y testimonio cristianos; en la atmósfera saludable de la comunión cristiana estos argumentos serían más fácilmente ubicados en su justo valor y reconocidos como muchas de las manifestaciones del engaño del pecado. Cuando el camino correcto se muestra claramente ante la vista, una falta de inclinación a seguirlo puede ser reforzada en la mente por muchas líneas engañosas de racionalización: pero rendirse ante ellas hace que el corazón se endurezca, se reduzca la sensibilidad de la conciencia, lo que hace más difícil reconocer el camino correcto en una ocasión posterior. Pero en una comunión que ejerce un cuidado vigilante e incesante sobre sus miembros, la tentación de preferir el camino fácil en lugar del correcto estaría muy debilitada y la resolución unida de mantenerse firme sería reforzada en forma correspondiente"[15]

Mantenerse al margen de los hermanos, alejarse de la comunión de los santos, dejar de concurrir al culto y cualquier otra forma de distanciamiento de quienes, por ser salvos son nuestros hermanos, es un camino al enfriamiento espiritual y a la caída. El distanciamiento de los hermanos, conduce al

---

[15] F. F. Bruce. o.c., pág. 68.

enfriamiento espiritual donde el fracaso forma parte natural de la vida. Enfriado el corazón, es normal que se endurezca, haciéndose insensible a la voz de Dios y permitiendo retrocesos y caídas en la esfera del testimonio y de la fe.

14. Porque somos hechos participantes con Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio.

μέτοχοι γὰρ τοῦ Χριστοῦ γεγόναμεν, ἐάνπερ τὴν ἀρχὴν τῆς
Pues partícipes del Cristo hemos llegado a ser con tal que el principio de la
ὑποστάσεως μέχρι τέλους βεβαίαν κατάσχωμεν
confianza hasta el fin firme retengamos.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo el argumento, el autor escribe: μέτοχοι, caso nominativo masculino plural del adjetivo que significa *participante, partícipe de,* aquí como *participantes*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al adjetivo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del* Χριστοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Cristo*; γεγόναμεν, primera persona plural del perfecto segundo de indicativo en voz activa del verbo γίνομαι, *llegar a ser, empezar a existir, ser hecho, convertirse en, etc.*, aquí como *hemos llegado a ser*; ἐάνπερ, partícula afirmativa que hace las veces de conjunción subordinativa, compuesta de ἐάν, adverbio afirmativo *si,* introduciendo una condición de tercera clase, con el verbo que aparece al final de la oración y περ, partícula adverbial, equivalente a *muy, mucho, bien que, aunque, cierto, ciertamente, etc.* aquí forman unidas una expresión como *si ciertamente, con tal que*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *el*; ἀρχὴν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *comienzo, principio*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ὑποστάσεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo *sustancia, confianza, convicción*; μέχρι, preposición con significado de *hasta*, con idea de tiempo; τέλους, caso genitivo neutro singular del sustantivo *fin*; βεβαίαν, caso acusativo femenino singular del adjetivo *firme, constante*; κατάσχωμεν, primera persona plural del aoristo segundo de subjuntivo en voz activa del verbo κατέχω, *retener, conservar, poseer*, aquí como *retengamos*.

El *hoy* de la exhortación es también el *hoy* de la firmeza en la fe, a causa de la posición que los creyentes tenemos en Cristo: μέτοχοι γὰρ τοῦ Χριστοῦ γεγόναμεν, *"somos hechos participantes de Cristo"*. La expresión es única en todo el Nuevo Testamento, ya que *participantes*, es sinónimo de *compañeros*. Es equivalente a otras muchas como *estar en Cristo, ser miembro del cuerpo de Cristo, etc.* Por el nuevo nacimiento, el creyente viene a estar en una posición nueva, *en Cristo*. Antes se hizo referencia al *"llamamiento celestial"* (v. 1), y ese llamamiento tiene, como propósito, la identificación con Cristo, en unidad con Él y en plena comunión hasta formar una unidad corporativa de todos los creyentes en Cristo (1 Co. 12:13; 1 Jn. 1:3). Esa

posición hace posible lo que realmente es la vida cristiana: *"vivir a Cristo"* (Fil. 1:21). Cristo se hace vida y razón de ser en el cristiano. Lo que le es propio a Él, salvo lo que tiene que ver con la eterna deidad, le es propio a cada creyente. Estos llegan a una identificación de tal medida que son hechos participantes de la divina naturaleza (2 P. 1:4). El Señor implantado en ellos, por el Espíritu, identifica el sentimiento y forma de vida, con la que fue suya como modelo para todos los cristianos. El sentir de Jesús viene a ser sentimiento propio de cada creyente (Fil. 2:5). El pensamiento suyo, es también pensamiento de los suyos al estar identificados con su mente (1 Co. 2:16). La orientación celestial del Señor, que buscaba siempre las cosas de su Padre, es también propia de cada creyente que ha resucitado con Él (Col. 3:1-4). La unidad e identificación del cristiano con Cristo es de tal dimensión que los sufrimientos del cuerpo, experimentados por cada creyente, se consideran también como sufrimientos de Cristo (Col. 1:24) y de la misma forma, los sufrimientos que Jesús experimentó, salvo los salvíficos que son irrepetibles, son experiencia propia de los creyentes a través de la historia (1 P. 4:13). Las aflicciones y persecuciones hechas a los cristianos son hechas a Cristo (Hch. 9:4-5).

᾿Εάνπερ τὴν ἀρχὴν τῆς ὑποστάσεως μέχρι τέλους βεβαίαν κατάσχωμεν. Aquí la comunicación o participación de Cristo está relacionada con la firmeza en la fidelidad. Jesús fue fiel absolutamente en todo. No hizo otra cosa que permanecer en la voluntad del Padre. El compañerismo entre ambos descansaba en que Jesús hacía siempre lo que agradaba al Padre (Jn. 8:29). Por tanto, aquí el escritor tiene en mente, no tanto la comunión de vida, que indudablemente lo comprende, sino el de identidad en la fidelidad. El creyente es compañero con sus hermanos en el camino que Jesús abrió con su propio ejemplo de vida (1 P. 2:21), una de cuyas características es la de la fidelidad. Cada creyente es llamado a la fidelidad hasta incluso dar su vida si fuese necesario y así Dios lo dispone (Ap. 2:10). El Señor les conmina a ser *"fieles hasta la muerte"*. No se trata de un ruego, sino de una demanda, no es una súplica a la fidelidad, sino un mandamiento a ser fieles. El verbo en presente de imperativo implica un sentido de continuidad durante la tribulación, como si el Señor les dijese: *"persistid en venir a ser fieles"*. La fidelidad es una entrega incondicional y absoluta, puntualizada en la expresión *"hasta la muerte"*, en sentido de disposición a entregarse a la fidelidad aunque ello suponga tener que dar la vida. El escritor de la carta a los Hebreos utiliza otra forma para expresar lo mismo: *"resistir hasta la sangre"* (12:4). La idea no es tanto la de ser *fiel hasta que se muera*, sino más bien la de ser *fiel aunque se tenga que morir.* No cabe duda que la vida del cristiano se conforma en todo a la imagen de Jesucristo (Ro. 8:29). Durante su ministerio el Señor anunció repetidas veces a los suyos que subiría a Jerusalén y allí sería entregado en manos de los pecadores y sería muerto. En ningún momento el Señor, que pudo evitarlo puesto que lo conocía de antemano, hizo otra cosa sino afirmar su rostro, es

decir, tomar la determinación de asumir aquello para lo que había venido al mundo. El Salvador se hizo hombre para poder morir por los hombres (2:14). La fidelidad manifestada al Padre que le había enviado para hacer la obra, fue expresada por Jesús con aquella enfática afirmación: *"mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra"* (Jn. 4:34). La expresión de la fidelidad consistió en hacerse obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Fil. 2:8). Puesto que el padeció en su vida a causa de la fidelidad a la obra que el Padre le había encomendado, así también los creyentes debemos estar en la misma disposición de perder la vida en la expresión natural de la fe. La fe cotidiana vincula al creyente con Cristo y le permite vivir experimentalmente su vida (Gá. 2:20). Un creyente fiel no estima su vida preciosa para él mismo, sino que su objetivo es cumplir lo que el Señor determinó para él en la esfera del testimonio (Hch. 20:24). No cabe duda que para alcanzar esta meta es necesario, en base a la *participación en Cristo*, tomar de lo suyo para alcanzar la meta de la fidelidad. Es de su plenitud que tomamos todos y gracia sobre gracia (Jn. 1:16). La identificación de cada creyente en Cristo, trae como consecuencia el ministerio de exhortación de unos a otros, impulsándonos a la fidelidad, como se ha considerado ya (v. 13).

La palabra ὑποστάσεως utilizada aquí para referirse a *confianza*, tiene el sentido etimológico de *lo que está debajo*, lo que sirve de base y fundamento a algo. Es la misma raíz de la que se utilizará más adelante para hablar de la sustancia o firmeza de la fe (11:1), como aquello que da seguridad y garantía a lo que se espera. Esa es la confianza o firmeza que se manifiesta en el primer instante del vivir en la fe. Tal firmeza en Cristo y dependencia plena de Él, es lo que debe mantenerse a lo largo de la vida cristiana.

La evidencia de ser realmente *participantes* en Cristo, es la perseverancia en la confianza que surge al principio de la nueva vida y que debe persistir hasta el fin: ἐάνπερ τὴν ἀρχὴν τῆς ὑποστάσεως μέχρι τέλους βεβαίαν κατάσχωμεν, *"con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio"*. Esto mismo se ha considerado ya anteriormente, la expresión se repite nuevamente aquí, pero apareció ya en el v. 6. No se alcanza la comunión con Cristo por perseverar en la confianza que nace en el génesis de la fe, sino que porque se está realmente en comunión con Cristo, se persevera hasta el fin. La condición de los creyentes, escogidos por Dios, es la perseverancia en la fe. Habrá momentos de mayor firmeza y otros instantes que, cubiertos por las nieblas de las dificultades, hagan la fe tan reducida como la vacilante llama de un pábilo que humea, o la fragilidad de una caña que está fracturada. Sin embargo, aún en circunstancias semejantes, la fe se mantiene por la obra de Dios en el creyente, que produce el querer y el hacer, por su buena voluntad (Fil. 2:13). No es suficiente con un comienzo de fervor en la fe, es necesario que se mantenga hasta el final a fin de obtener el premio. El apóstol Pablo utiliza el

ejemplo de los *Juegos Istmicos* que se celebraban en Corinto para enseñar que sólo quien corre conforme a las reglas alcanza el premio. El premio se obtiene al llegar a la meta, no antes (Fil. 3:14). La fidelidad auténtica, genuina, es la que permite alcanzar el premio de la soberana vocación a que Dios llamó a cada cristiano. No se trata de una fidelidad aparente, externa, expresada en formas sin contenido de vida; tal fidelidad, que no es sino hipocresía, no obtendrá ninguna recompensa (Col. 2:18). El esfuerzo en la fidelidad consiste en ajustar el modo de manifestarla a la forma de la fidelidad de Jesús. Esto que parece sumamente difícil, lo es, sin duda, cuando se trata de *imitación* en el esfuerzo religioso, pero resulta sencillo cuando se trata de *comunión*, con Cristo, es decir, cuando se permite que el Espíritu reproduzca a Jesús en la vida del creyente y cuando el creyente, por esta razón experimenta la identificación con Cristo de tal manera que ya no vive él, sino Cristo en él (Gá. 2:20). No debe olvidarse que tal vez alguno corra debidamente la carrera de la fe por algún tiempo y luego abandone, esa claudicación elimina todo lo anterior y como no ha corrido debidamente todo el tramo de la carrera cristiana, es eliminado, viniendo a perder la recompensa (1 Co. 9:25-27). No se trata de perder la salvación, que no se sustenta en la fe sino en la gracia. Pero sí de la recompensa. Del mismo modo que los israelitas, ejemplo en el pasaje, no permanecieron fieles a Dios en el desierto igual que cuando salieron de Egipto y muchos de ellos perdieron la bendición de entrar en la tierra prometida, así también los creyentes que no permanecen en fidelidad, pueden perder la recompensa prometida para los fieles (Ap. 2:10). La vida cristiana no consiste sólo en hablar de Cristo, sino en vivir a Cristo y, por tanto, vivir en el mundo *como* Jesús lo haría en cada momento de la experiencia de la vida cristiana. Moisés fue fiel en toda la casa, Jesús fue fiel sobre toda su casa, al que le constituyó (3:2); así también el cristiano es llamado a mantener la firmeza de la fe en toda la trayectoria de su vida.

15. Entre tanto que se dice:
Si oyereis hoy su voz,
No endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación.

ἐν τῷ λέγεσθαι·
En lo se dice:
σήμερον ἐὰν τῆς φωνῆς αὐτοῦ ἀκούσητε,
Hoy si la voz de Él oís
μὴ σκληρύνητε τὰς καρδίας ὑμῶν
no endurezcáis los corazones de vosotros
ὡς ἐν τῷ παραπικρασμῷ.
como en la provocación.

Notas y análisis del texto griego.

Previo a la introducción de una nueva referencia bíblica, aparece: ἐν, preposición de dativo *en*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado *lo*; λέγεσθαι,

presente de infinitivo articular en voz pasiva del verbo λέγω, *decir,* aquí como *se dice*; la expresión equivale a *entre tanto se dice*, o *mientras se dice*. Sigue luego la traslación de la cita bíblica con σήμερον, adverbio de tiempo, *hoy*; ἐὰν, conjunción que denota idea de condición o de hipótesis, *si*, y que sirve aquí para introducir una condición de tercera clase, con el aoristo del verbo; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; φωνῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *voz*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *de Él*; ἀκούσητε, segunda persona plural del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo ἀκούω, *oír, escuchar,* aquí como *oyereis*; μή, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no,* que negativiza al verbo; σκληρύνητε, segunda persona plural del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo σκληρύνω, *endurecer, hacer obstinado*, aquí como *endurezcáis*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado declinado *a las*, masculino en castellano; καρδίας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *corazones*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de vosotros*; ὡς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; ἐν, preposición de dativo, *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*, femenino en castellano para determinar *provocación*; παραπικρασμῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo que denota *enfurecimiento, rebelión, insubordinación, enfrentamiento.*

La introducción de la misma cita que usó antes (vv. 7b, 8a), expresa el deseo del escritor de recalcar algo de forma insistente: σήμερον ἐὰν τῆς φωνῆς αὐτοῦ ἀκούσητε: *"Si oyereis hoy su voz"* (Sal. 95:7). La frase está dirigida a los contemporáneos de David, pero, por extensión, en la aplicación del relato histórico, a todos los creyentes en cualquier tiempo. El sentido de la frase equivale a un deseo vehemente, que podría expresarse como: *"¡Ojalá oyeseis hoy su voz!"*. Puede tratarse aquí también de una advertencia a estar atentos a la voz de Dios que puede oírse en cualquier momento: *hoy*. Es decir, si Dios habla hoy, prestadle atención. Además, la atención debe mantenerse firme mientras *"se está diciendo hoy"*, que es otra de las interpretaciones posibles del texto. Esto significa que esa voz que suena *hoy*, puede dejar de oírse más adelante, ya que Dios no dejará oír su voz a creyentes que la desprecian, como ocurrió con los israelitas en el desierto: ὡς ἐν τῷ παραπικρασμῷ. Con toda probabilidad, como se dijo antes, en la mente del salmista estaba el suceso ocurrido en Cades-Barnea, donde el pueblo no creyó a Dios que los enviaba para ocupar Canaán, dudando de su poder para darles la victoria sobre los pueblos que ocupaban la tierra (Nm. 14:1ss). Dios estableció una acción judicial sobre el pueblo rebelde, de modo que ninguno de los hombres mayores de veinte años entrarían en la tierra, por haber murmurado contra Dios (Nm. 14:27.29). La advertencia es solemne ya que Dios puede aplicar a los creyentes rebeldes una disciplina similar a la que aplicó a los israelitas que no quisieron obedecer a Su voz.

16. ¿Quiénes fueron los que, habiendo oído, le provocaron? ¿No fueron todos los que salieron de Egipto por mano de Moisés?

τίνες γὰρ ἀκούσαντες παρεπίκραναν ἀλλ᾽ οὐ πάντες οἱ ἐξελθόντες
Porque ¿Quiénes que oyeron provocaron? Pero ¿No todos los que salieron
ἐξ Αἰγύπτου διὰ Μωϋσέως
de Egipto por medio de Moisés?

Notas y análisis del texto griego.

Continúa la advertencia mediante el uso de cláusulas interrogativas retóricas. La primera se introduce con τίνες, caso nominativo masculino plural del pronombre interrogativo *quienes*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al pronombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ἀκούσαντες, caso nominativo masculino plural con el participio aoristo primero en voz activa del verbo ἀκούω, *oír*, aquí como *que oyeron*; παρεπίκραναν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo παραπικραίνω, *provocar*, aquí como *provocaron*. Una segunda cláusula interrogativa se inicia con ἀλλ᾽ forma escrita ante vocal de la conjunción adversativa ἀλλά que significa *pero*, *sino*; οὐ, adverbio de negación *no*; πάντες, caso nominativo masculino plural del adjetivo indefinido *todos*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἐξελθόντες, caso nominativo masculino plural con el participio aoristo en voz activa del verbo ἐξέρχομαι, *salir,* aquí como *que salieron*; ἐξ, forma que adopta la preposición de genitivo ἐκ, delante de vocal y que significa *de*; Αἰγύπτου, caso genitivo femenino singular del nombre propio de país, *Egipto*; διὰ, preposición de genitivo *por medio de*; Μωϋσέως, caso genitivo masculino singular del nombre propio, *Moisés*.

Para enfatizar la enseñanza se recurre aquí a una serie de preguntas retóricas, que exigen la respuesta del lector. La primera de ellas hace referencia a los que fueron provocadores de Dios por desobediencia: τίνες γὰρ ἀκούσαντες παρεπίκραναν. La respuesta a la primera pregunta, se hace mediante otra pregunta que exige una respuesta afirmativa y que puede formularse en forma afirmativa y no interrogativa: ἀλλ᾽ οὐ πάντες οἱ ἐξελθόντες ἐξ Αἰγύπτου διὰ Μωϋσέως *"fueron todos los que salieron de Egipto por medio de Moisés"*. Esos *todos* eran los *redimidos* de Dios, porque habían sido rescatados de la esclavitud de Egipto. El hecho de ser pueblo de Dios, y la gratitud que debieran expresarle por la obra de salvación de la esclavitud, había de conducirlos a una clara obediencia en lugar de la rebeldía que mostraban. La rebelión del pueblo, como se ha dicho antes, no fue puntual, en una determinada ocasión, sino continuada a lo largo de la historia de Israel. Sin embargo no fue la totalidad absoluta del pueblo quienes provocaron a Dios, pero si la inmensa mayoría de ellos, entre quienes estaban la totalidad, menos dos, de los *hombres de guerra*. La provocación fue casi unánime y, por tanto, puede considerarse como universal, como da a entender la descripción que Moisés hace de una de las ocasiones en que el pueblo provocó a Dios (Ex. 17:1-7). De igual manera de la que también hace mención (Nm. 20:1-13). El número de provocadores fue siempre muy grande. Entre ellos había seiscientos mil hombres de guerra (Nm. 1:45-46). Por esa razón se puede hablar de *todos*,

porque no eran algunos, sino la inmensa mayoría de la nación. Se puede decir que no fueron *todos* los redimidos, pero *todos* los provocadores eran del pueblo redimido. El apóstol Pablo se refiere a ese hecho con mayor precisión, cuando dice: *"los más de ellos"* (1 Co. 10:5). El ser el pueblo redimido no significó que Dios transigiera con su pecado, por tanto, al no agradarse de ellos, la mayoría de los que salieron de Egipto murieron en el desierto y no alcanzaron las bendiciones que Dios les tenía preparadas en la tierra prometida.

17. ¿Y con quiénes estuvo Él disgustado cuarenta años? ¿No fueron los que pecaron, cuyos cuerpos cayeron en el desierto?

τίσιν δὲ **προσώχθισεν τεσσεράκοντα ἔτη** οὐχὶ τοῖς ἁμαρτήσασιν,
Y con quienes se irritó cuarenta años? ¿No a los que pecaron
ὧν τὰ κῶλα ἔπεσεν ἐν τῇ ἐρήμῳ
cuyos los cadáveres cayeron en el desierto?

Notas y análisis del texto griego.

Sigue la argumentación en forma interrogativa. La primera pregunta se establece con τίσιν, caso dativo masculino plural del pronombre interrogativo declinado *a quienes*, o *para quienes*, aquí con sentido de *con quienes*; seguido de δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ, que en griego se pospone al pronombre y que en castellano debiera antecederle; προσώχθισεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo προσοχθίζω, *irritarse*, aquí como *se irritó*; τεσσεράκοντα, caso acusativo neutro plural del adjetivo numeral cardinal *cuarenta*; ἔτη, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *años*. Una segunda cláusula interrogativa establece la respuesta a la pregunta anterior con οὐχὶ, forma intensificada del adverbio de negación οὐ, forma ática, que se traduce como *no* y se utiliza, como partícula interrogativa en preguntas de las que se espera respuesta afirmativa; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἁμαρτήσασιν, caso dativo masculino plural con el participio aoristo primero en voz activa, articular, del verbo ἁμαρτάνω, *pecar*, aquí como *que pecaron*; ὧν, caso genitivo masculino plural del pronombre relativo *los que*, *cuyos*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*; κῶλα, caso nominativo neutro plural del sustantivo que denota *cadáveres*; ἔπεσεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo πίπτω, *derrumbarse, caer*, aquí como *cayeron*; ἐν, preposición que rige dativo, *en*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἐρήμῳ, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *desierto.*

Τίσιν δὲ τίσιν δὲ προσώχθισεν τεσσεράκοντα ἔτη δι' ἀπιστίαν. Una nueva pregunta sitúa al lector en relación con el disgusto de Dios sobre el pueblo que se apartó de Él y le provocaba con su comportamiento rebelde. Anteriormente en la cita del Salmo el se habla de *generación* (v. 10), que para los judíos una generación equivalía a cuarenta años. De ahí que se

hable de estar disgustado durante cuarenta años, tiempo de una generación, y tiempo que Dios tuvo a Su pueblo transitando por el desierto, a fin de cumplir la disciplina establecida y hacer que muriese aquella generación que había salido de Egipto.

La respuesta a esta pregunta sobre con quienes estuvo Dios disgustado durante cuarenta años, se da por medio de otra pregunta retórica que exige una respuesta afirmativa: *"¿No fueron lo que pecaron, cuyos cuerpos cayeron en el desierto?"*. La Escritura registra la determinación de Dios con todos aquellos rebeldes: *"En cuanto a vosotros, vuestros cuerpos caerán en este desierto. Y vuestros hijos andarán pastoreando en el desierto cuarenta años, y ellos llevarán vuestras rebeldías, hasta que vuestros cuerpos sean consumidos en el desierto. Conforme al número de los días, de los cuarenta días en que reconocisteis la tierra, llevaréis vuestras iniquidades cuarenta años, un año por cada día; y conoceréis mi castigo"* (Nm. 14:32-34). Dios cumplió lo que había determinado y el desierto quedó sembrado de sepulturas que mostraban el final de los rebeldes. Se trata de quienes habían visto las obras de Dios y aun así se rebelaron contra Él. El disgusto y disciplina de Dios fueron solo contra quienes habían pecado. La disciplina se ejecutó completamente ya que ninguno de ellos entró en la tierra. La tierra prometida había de ser recibida por fe en el Señor que la daba según sus promesas, no era, por tanto, para incrédulos que dudaban y ponían a Dios a prueba. Él les había mostrado Su poder en las obras prodigiosas que había hecho, tanto en la liberación de Egipto, como luego en cada una de las jornadas por el desierto. Dios les había manifestado su fidelidad en el cumplimiento de las promesas, pero ellos, con un corazón endurecido, dudaron de Su propósito. La disciplina recayó sobre quienes *le provocaron.*

18. ¿Y contra quienes juró que no entrarían en su reposo, sino a aquellos que desobedecieron?

τίσιν δὲ ὤμοσεν μὴ εἰσελεύσεσθαι εἰς τὴν κατάπαυσιν αὐτοῦ εἰ μὴ
¿Y a quienes juró no que entrarían en el reposo de Él sino
τοῖς ἀπειθήσασιν
a los que desobedecieron?

Notas y análisis del texto griego.

Sigue la argumentación en forma interrogativa. La primera pregunta se establece con τίσιν, caso dativo masculino plural del pronombre interrogativo declinado *a quienes*, o *para quienes*, aquí con sentido de *con quienes*; seguido de δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ, que en griego se pospone al pronombre y que en castellano debiera antecederle; ὤμοσεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo

ὀμνύω, *jurar, afirmar con juramento, prometer, hacer un juramento,* aquí como *juró*; μή, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no,* que negativiza a εἰσελεύσεσθαι, futuro de infinitivo en voz media, en discurso indirecto, del verbo εἰσέρχομαι, *entrar, llegar hasta*, aquí como *que entrarían*; εἰς, preposición de acusativo *en*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; κατάπαυσιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *reposo*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; εἰ, conjunción afirmativa *si*; μὴ, partícula negativa que hace las funciones de adverbio de negación condicional *no*, para formar ambas la conjución adversativa *sino*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado declinado *a los*; ἀπειθήσασιν, caso dativo masculino plural con el participio aoristos primero, articular, del verbo ἀπειθέω, *desobedecer,* aquí como *que desobedecieron*.

Τίσιν δὲ ὤμοσεν μὴ εἰσελεύσεσθαι εἰς τὴν κατάπαυσιν αὐτου. Una nueva pregunta reflexiva enfatiza aún más la advertencia solemne que está formulando. El pueblo había pactado obediencia con Dios, luego de que Moisés leyó las palabras de la ley de Dios: *"Y tomó el libro del pacto y lo leyó a oídos del pueblo, el cual dijo: Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos"* (Ex. 24:7). Aquel pacto era un compromiso firme con Dios. Cualquier transgresión acarrearía consecuencias para los transgresores. Gran parte del pueblo que juró obediencia, habían quebrantado el compromiso atrayendo, por tanto, el juicio de Dios sobre ellos: εἰ μὴ τοῖς ἀπειθήσασιν, *sino a los que desobedecieron.*

La obediencia en consustancial en la vida del creyente. No se puede hablar de salvación sin hablar también de obediencia. Nadie puede llamar Señor a quien no esté dispuesto a obedecer (Lc. 6:46), y nadie puede hablar de amor hacia el Señor, sin rodearlo de obediencia incondicional a su Palabra (Jn. 14:15, 21, 23, 24, 28). Los creyentes son elegidos por el Padre y santificados por el Espíritu, *para obedecer* (1 P. 1:2). Literalmente el apóstol Pedro habla no de *obedecer*, sino de *obediencia*, literalmente *"para obediencia"*. Lo que era imposible al hombre no regenerado (Ef. 2:1-3), lo hace posible la acción del Espíritu. De una esfera de desobediencia, el cristiano ha sido trasladado a una esfera de obediencia, en el reino del Hijo (Col. 1:13). Por plena identificación en Él, la obediencia no viene a ser una carga agobiante por mandamiento, sino la gozosa expresión de entrega por comunión con quién fue obediente hasta la muerte y muerte de cruz (Fil. 2:8). La advertencia solemne tiene que ver marcadamente con la fidelidad, que no es otra cosa que la obediencia al llamamiento celestial, en un seguimiento fiel de Jesús. La demanda tiene que ver con la determinación personal de conducirse con absoluta fidelidad a la voluntad de Dios, expresada en su Palabra y esa fidelidad tiene que ver con la obediencia incondicional a sus instrucciones. Vinculado el pasaje con Moisés, el secreto para una obediencia sin condiciones estaba en el concepto que él tenía de si mismo. Fue *"fiel en toda la casa de Dios como siervo"* (3:5). Siendo un

siervo estaba en la disposición de obedecer cuantas instrucciones recibiera del Señor. La obediencia demandaba una extensión completa, tanto en el sentido de los mandamientos como en el tiempo. No se trata de una obediencia circunstancial, sino continua. Pero, es en la obediencia donde reside el secreto de la victoria, como había dicho Dios a Josué: *"Solamente esfuérzate y sé muy valiente, para cuidar de hacer conforme a toda la ley que mi siervo Moisés te mandó; no te apartes de ella ni a diestra ni a siniestra, para que seas prosperado en todas las cosas que emprendas"* (Jos. 1:7). La condición de obediencia tiene un propósito: *para* ser prosperado en todo. No se puede dejar la obediencia si se quiere alcanzar con éxito la empresa divinamente encomendada. La demanda de obediencia y lealtad a la Palabra es la misma para los creyentes en cualquier tiempo. La desobediencia es la manera de vida propia del no regenerado, mientras que la obediencia es la natural del creyente, convertido en *"hijo de obediencia"* por la regeneración (1 P. 1:14). Desde el momento en que el Espíritu actuó para salvación del pecador capacitándolo para obediencia, es el modo propio de su nueva vida, a lo que debe prestar atención para ser practicada cada día. La Palabra de Dios es la única regla de fe y conducta para el cristiano, a la que continuamente debe prestar atención, esto es, conocerla y practicarla. La Escritura ha de ser considerada con sumo respeto y temor filial. Dios promete estar atento solo al que *"tiembla"*, en sentido de temor reverente, a su Palabra (Is. 66:2). Quien desea hacer la voluntad de Dios, ha de mantenerse obediente a su Palabra, con lo que alcanzará las bendiciones que Dios promete al obediente. La vida que es aprobada por el Señor es la que sigue fielmente a lo que ha establecido a los suyos en su Palabra. La fidelidad que se demanda en el pasaje para los creyentes, y la advertencia a no claudicar en ella, tiene que ver con la obediencia a lo establecido en la Biblia. La Escritura respetada y obedecida, es palabra de vida y salvación (Pr. 4:22). Desviarse de ella acarrea fracaso y aleja al creyente del camino de Dios, único lugar donde está su protección y cuidado. Sólo cuando los caminos, es decir, el modo de vida del creyente, se ajustan a lo establecido por Dios, encuentra la custodia y protección divinas (Sal. 91:11). Obediencia equivale a bendición como desobediencia a fracaso. El apóstol Pablo advierte de la situación que la iglesia experimentaría, como pueblo de Dios, en el transcurso del tiempo cuando algunos *"no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus concupiscencia y apartarán el oído de la verdad y volverán a las fábulas"* (2 Ti. 4:3-4). Nótese que la situación no ha variado en el tiempo. El escritor de la Epístola habla también de *algunos* que fracasan entre todo el pueblo de Dios, en el ejemplo de Israel, de igual modo que en la Iglesia, *algunos* no seguirán la fidelidad a Dios. La advertencia apostólica debiera servirnos como acicate para la obediencia a la Palabra. El apóstol Pablo afirma que *"vendrá tiempo"*, indicando que ese problema ocurriría en la actual dispensación de la iglesia y no algo que se producirá al final de los tiempos, aunque pudiera agudizarse más a medida que

transcurra el tiempo. El rechazo a la Biblia se producirá. Es un rechazo profundo porque algunos *"no sufrirán la sana doctrina"*, lo que evidencia un desprecio, por parte de algunos, de la enseñanza doctrinal que informa y orienta la vida del creyente. Son personas que no soportarán ni tolerarán la enseñanza bíblica, porque se resistirán a vivir conforme a sus demandas. El interés estará en oír aquello que agrade a sus oídos y que no moleste a sus deseos e intereses. Los tales rechazarán a los maestros conforme a Dios y buscarán otros que se conformen a ellos. Estos les conducirán por los caminos de una mal entendida libertad y el pueblo de Dios se verá envuelto en derrota, en lugar de victoria. La defensa de la fe se considera en el Nuevo Testamento como una lucha agónica (Jud. 3). Toda la Escritura enseña claramente la necesidad de obedecerla y sujetarse a ella. Esta sujeción a de ser practicada y enseñada a otros. Lo mismo que hizo Moisés, con sus seguidores, especialmente con Josué, se manda también para la iglesia de Jesucristo (2 Ti. 2:2). No son principios filosóficos o religiosos lo que ha de ser transmitidos a las siguientes generaciones; no son normas tradicionales o las costumbres definidas como algo tradicional que *siempre fue así*, lo que conviene enseñar a otros; sólo la enseñanza sana de la Palabra de Dios. El pueblo de Dios debe ser conducido a la Palabra en toda la dimensión y no sólo a lo que suelen llamarse *mensajes devocionales*, pretendiendo alimentar a los creyentes con algo tan ligero que no los conduce nunca a la madurez espiritual, dando como resultado un mundo de *niños en Cristo*, con acciones propias de los tales y con muy poca consistencia en el compromiso de la santificación, de la fidelidad cotidiana y del testimonio frente al mundo. La única manera de conseguir vidas poderosas es conduciendo a los creyentes a la Palabra de Dios. Los mismos niños deben ser llevados a la Biblia si se quiere tener jóvenes y hombres comprometidos con Dios en fidelidad (2 Ti. 3:14, 15). El gran fracaso de la actual sociedad es el propio de personas que no conocen o no se sujetan a la Palabra de Dios. La advertencia del texto es enormemente actual. El creyente está llamado a la obediencia y fidelidad a Dios que se manifiesta en la obediencia y fidelidad a su Palabra, mientras sea posible oírla en ese gran *hoy* de Dios. No es posible alcanzar bendición sin obediencia. La desobediencia es considerada siempre como un grave pecado (1 S. 15:23). El Señor demanda obediencia plena a los que son suyos (Mt. 28:20).

19. Y vemos que no pudieron entrar a causa de incredulidad.

καὶ	βλέπομεν	ὅτι	οὐκ	ἠδυνήθησαν	εἰσελθεῖν	δι᾽	ἀπιστίαν.
Y	vemos	que	no	pudieron	entrar	a causa de	incredulidad.

Notas y análisis del texto griego.

La conclusión del párrafo anterior se establece con καὶ, conjunción copulativa *y*; βλέπομεν, primera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo βλέπω, *ver, mirar, fijarse, tener cuidado*, aquí como *vemos*; ὅτι, conjunción causal,

pues, porque, de modo que, puesto que; οὐκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada, que negativiza a ἠδυνήθησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo δύναμαι, *ser capaz, tener poder*, aquí como *pudieron*; εἰσελθεῖν, aoristo segundo de infinitivo en voz activa del verbo εἰσέρχομαι, *venir a dentro, entrar*; δι' forma contracta de la preposición de acusativo διά, aquí como *por medio, a causa*; ἀπιστίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *incredulidad, falta de fe,*

La conclusión de toda la argumentación exterior es sencillamente expresada con la precisión de una corta frase: οὐκ ἠδυνήθησαν εἰσελθεῖν δι' ἀπιστίαν, *"no pudieron entrar a causa de incredulidad"*. La incredulidad impidió el disfrute de la bendición. Es interesante apreciar la imposibilidad en la construcción de la frase: οὐκ ἠδυνήθησαν εἰσελθεῖν, *"no pudieron entrar"*. La causa de la pérdida de la bendición fue la incredulidad. El hecho de ser pueblo de Dios no garantizaba la posesión de las bendiciones si eran infieles, ni evitaba la disciplina de Dios por el pecado de incredulidad. Por tanto fue la incredulidad que se manifiesta en infidelidad lo que mantuvo al pueblo alejado de la tierra prometida e hizo que una generación entera muriese en el desierto. Aunque habían participado de la bendición liberadora en Egipto y habían recibido el cuidado de Dios en las jornadas del desierto; aunque habían oído su voz en el Sinaí y Él les había reconocido como su pueblo, no significó que no hubiese una disciplina que les impidió entrar en la tierra de la promesa por incredulidad.

Una observación necesaria tiene que ver con la δι' ἀπιστίαν *incredulidad* para el creyente. No tiene que ver con la fe salvífica mediante cuyo ejercicio se alcanza la salvación (Ef. 2:8). El hecho de *no entrar* en el reposo no equivale a perder la salvación. La salvación del hombre es sólo por gracia, mediante la fe (Ef. 2:8-9). La fe en el Redentor y la aceptación de Su obra se expresaba en la antigua dispensación por medio de los ritos ceremoniales de los sacrificios. El cordero pascual era tipo de Cristo, y la sangre bajo la que se refugiaron los israelitas en Egipto era tipo de Su obra redentora (Ex. 12:7ss, comp. con Jn. 1:29; 1 Co. 5:7; He. 9:22). Cuando salieron de Egipto, por cuanto creyeron al mensaje de Dios y se refugiaron bajo la sangre del cordero, quienes, además del ritual establecido depositaban fe en Dios, eran salvos, manifestando su fe en la obediente aceptación de marcar con la sangre los postes y el dintel de sus casas (Ex. 12:13). El pecado de desobediencia se produce después de la redención de la esclavitud en Egipto. Tenía que ver con el rechazo, bien voluntario, bien dubitativo, de la voluntad de Dios y de duda en el cumplimiento de sus promesas o, también, de la capacidad para cumplirlas. Esta situación personal obstaculizaba la comunión con Dios y atraía hacia ellos Su disciplina. Eso no suponía la pérdida de la salvación, para quienes realmente habían aceptado por fe lo que Dios establecía y descansaron en Él. Fue, simplemente, una intervención necesaria para limpiar al pueblo y prepararlo

para recibir las bendiciones de Dios. Ser *cortado del pueblo* implicaba la separación de la comunión y compañía del pueblo de Dios, lo que suponía la muerte física del disciplinado. De igual manera ocurre también en la presente dispensación. El creyente que deposita fe en el Salvador, es eternamente salvo y en ninguna circunstancia puede perder su salvación, pero puede ser disciplinado con gran rigurosidad por parte de Dios. Es el ejemplo que Jesús puso sobre el pámpano que *en la vid* se niega a llevar fruto; el tal es cortado, es decir, separado de la comunión con la vid, echado a un lado, donde pierde su vitalidad y capacidad para fructificar, y echado en el horno para quemarse (Jn. 15:6). Ese será salvo, pero así como por fuego. Otros ejemplos de grave disciplina, como fue el caso del incestuoso de Corinto, no implican condenación eterna, sino limpieza del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia (1 Co. 5:4-5).

La advertencia histórica de la disciplina del pueblo de Dios en la antigüedad, tiene por objeto amonestarnos a nosotros, los creyentes de estos últimos tiempos (1 Co. 10:11). La advertencia histórica se da para que lo que aconteció a aquellos no nos ocurra a nosotros hoy. Es como un gran faro rojo que marca el lugar del naufragio en la vida de fe del pueblo antiguo, para que nosotros nos apartemos de las rocas de incredulidad que lo produjeron. La advertencia es seria y firme para que los creyentes de esta dispensación recordemos las evidencias históricas de la acción firme de la justicia de Dios. Como ocurrió con Israel, puede pasar con los creyentes de este tiempo si incurren en la misma rebeldía de aquellos. Estas advertencias están escritas también para que no incurramos en una situación espiritual que conduce a apartarnos de Dios, que es la arrogancia. De ahí que cuando el apóstol Pablo hizo la advertencia a los creyentes en Corinto dijo también: *"Así que el que piense estar firme mire que no caiga"* (1 Co. 10:12). Algunos pueden estar envanecidos creyéndose fuertes y considerándose firmes, pero, aun los más fuertes pueden caer en los lazos del diablo que, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar (1 P. 5:8). Ese *"mire que no caiga"* de la exhortación del apóstol Pablo es la misma advertencia del escritor de la Epístola en esta larga exhortación que hemos considerado. Que ningún creyente caiga bajo la disciplina de Dios, de modo que no deje de alcanzar las bendiciones que Dios tiene preparadas para su pueblo fiel. Los creyentes de la antigua dispensación οὐκ ἠδυνήθησαν εἰσελθεῖν *"no pudieron entrar"* porque les faltaba algo indispensable. Eran indignos por incredulidad. Nótese que la palabra está al final del párrafo en el texto griego, lo que supone un énfasis marcado en ella, y pone de relieve el fracaso espiritual que quiere acentuar. La lección que contiene la historia es una advertencia para el tiempo actual. Si aquellos no pudieron acceder por incredulidad a las bendiciones que Dios había preparado para ellos, así tampoco nosotros podemos esperar recibir algo, si somos infieles e incrédulos a Dios. Sobre la fe, contrapunto absoluto a la incredulidad, tratará la Epístola más adelante.

CAPÍTULO IV

CONSECUENCIAS DE LA INCREDULIDAD

Introducción.

El escritor progresa en la *segunda advertencia solemne*, que se ha iniciado en 3:7, basada en los riesgos que comporta la incredulidad para la vida del creyente. Quiere decir esto que al no haber una interrupción o la introducción de un tema nuevo, lo que se ha dicho como comentario introductorio para el capítulo anterior, es plenamente válido para este. El ejemplo de Israel pone de manifiesto la intervención de Dios en circunstancias de rebeldía manifiesta por incredulidad, con las graves consecuencias históricas que la Escritura revela. El pecado de infidelidad y desobediencia trajo la indignación de Dios y su disciplina sobre los incrédulos. De esa misma manera puede ocurrir también con el pueblo de Dios, la Iglesia, en esta dispensación. Sobre citas del Antiguo Testamento, fue progresando hasta este punto en que se inicia el capítulo, que no introduce con la división un nuevo tema, sino que prosigue en el anterior. Esta segunda *advertencia solemne* es la más extensa de las cinco que aparecen en la Epístola. En esta parte de la exhortación se considera la pérdida de los israelitas que no pudieron entrar en el *reposo de Dios*, aplicando la exhortación a los creyentes de este tiempo (v. 1). Indudablemente surgen preguntas sobre que es *el reposo de Dios* y como debe entenderse, debiendo atenerse con precisión al contenido del texto bíblico que lo determina como algo que trasciende a los tiempos de Israel (v. 8) y que, por tanto, tiene una profunda connotación espiritual. La gracia de Dios se manifiesta para su pueblo concediéndoles aún la oportunidad de entrar en *su reposo* (vv. 6-10). La exhortación concluye con palabras de ánimo para acceder a la experiencia del reposo (v. 11), pasando a detenerse en los efectos que la Palabra produce en la vida del creyente (vv. 12-13), texto con el que concluye también la segunda *advertencia solemne.*

Pasada la exhortación, retoma el tema central de la Epístola que tiene que ver con el *sacerdocio de Cristo*, presentando aspectos de la grandeza del Señor que como Sumo Sacerdote perfecto, fue impecable y ofreció un sacrificio perfecto que permite al pecador creyente acceder al trono de Dios, convertido para él en un *"trono de la gracia"*, donde puede encontrar los recursos necesarios para superar las dificultades y pruebas con que se encuentre (vv. 14-15). Finalmente, el párrafo concluye con la alentadora invitación para acercarse a Dios (v. 16).

La división para el estudio del capítulo sigue el bosquejo antes establecido:

1. Consecuencias de la incredulidad (4:1-10).
2. Recursos contra la incredulidad (4:11-16).

Consecuencias de la incredulidad (4:1-10).

1. Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado.

φοβηθῶμεν οὖν, μήποτε καταλειπομένης ἐπαγγελίας εἰσελθεῖν
Temamos pues no sea que siendo reservada promesa de entrar
εἰς τὴν κατάπαυσιν αὐτοῦ δοκῇ τις ἐξ ὑμῶν
en el reposo de Él parezca alguno de vosotros
ὑστερηκέναι.
haber quedado rezagado.

Notas y análisis del texto griego.

La división del texto pudiera muy bien haber incluido este primer versículo como último del capítulo anterior, en consecuencia final: φοβηθῶμεν, primera persona plural del aoristo primero de subjuntivo en voz pasiva, volitivo, del verbo φοβέομαι, *temer, tener miedo, estar aterrorizado, respetar, reverenciar*, aquí como *temamos*, en sentido de tener un *temor reverente*; οὖν, conjunción causal *pues, así que, de modo que, por consiguiente, por cuanto*; μήποτε, conjunción, que es también partícula negativa y que, después de los *verba curando* transitivos, *tener cuidado, procurar, prestar atención,* introduce oraciones completivas, que son oraciones independientes formuladas como prohibiciones, como es este caso con sentido de advertencia, *no sea que*; καταλειπομένης, caso genitivo, absoluto, femenino singular del participio de presente en voz pasiva del verbo καταλείπω, *dejar, descuidar, abandonar, reservar*, aquí como *siendo reservada*; ἐπαγγελίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *promesa*; εἰσελθεῖν, aoristo segundo de infinitivo en voz activa del verbo εἰσέρχομαι, *venir a dentro, entrar*; εἰς, preposición de acusativo *en*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*, masculino en castellano; κατάπαυσιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *descanso, reposo*; aujtou`, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; δοκῇ, tercera persona singular del presente de subjuntivo en voz activa del verbo δοκέω, *pensar, considerar, parecer, imaginar, tener por*, aquí como *parezca*; τις, caso nominativo masculino singular del pronombre indefinido *alguno*; ἐξ, forma que adopta la preposición ἐκ, delante de vocal y que significa *de*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado, *de vosotros*; ὑστερηκέναι, perfecto de infinitivo en voz activa del verbo ὑστερέω, *faltar, tener necesidad, quedarse afuera, quedarse atrás*, se usa en sentido de carecer de algo, de ahí la traducción aquí: *haber quedado rezagado, haber quedado atrás*.

No parece que este versículo sea el comienzo de un nuevo párrafo, sino la conclusión del anterior. Con toda probabilidad está fuera de contexto en la división de los versículos y capítulos, como ocurre en algunas otras ocasiones. Es, sin duda, una consecuencia de lo dicho anteriormente, de forma especial en lo referido a los actos de disciplina divina sobre los desobedientes e incrédulos. La exhortación es colectiva, es decir, para todos los creyentes, como pone de manifiesto el plural del verbo: φοβηθῶμεν, *temamos*. Pero la aplicación, como en todas las exhortaciones y llamamientos bíblicos, exige que sea individual. El temor reverente es el efecto que el escritor desea que se produzca en cada uno de los lectores, por todo cuanto ha estado considerando antes. El creyente no debe tener miedo de Dios, pero debe *temer* a Dios. El temor a Dios es un efecto saludable en cada hijo suyo, implicando el respeto reverente que debe tenerse en su presencia y, sobre todo, la reverencia que inducirá a vivir conforme a sus demandas y en obediencia a cuanto establece. *Temor*, por tanto, debe entenderse aquí como sinónimo de *respetar* o *reverenciar*. La vida cristiana debe desarrollarse en un profundo y reverente respeto hacia Dios, evitando cuidadosamente cualquier acto que pueda ofenderle. Pero, además, el temor a Dios impedirá acciones que puedan producir un efecto disciplinario, como los ejemplos que se han dado antes en relación con el pueblo de Israel. Ningún creyente en la dispensación actual está exento de la disciplina divina por el hecho de haber alcanzado la condición de hijo y haber sido beneficiado en forma privilegiada de la sublime manifestación de la gracia en salvación. Al cristiano se le exhorta continuamente a mantener una atención preferente sobre su vida espiritual. La exhortación aquí es semejante a la que Pablo escribe a los Filipenses, con la misma firmeza y con el mismo afecto que aparece aquí: *"Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor"* (Fil. 2:12). La potencia de Dios en el cristiano hace más inexcusable los fracasos espirituales ahora que en la antigua dispensación, ya que *"Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad"* (Fil. 2:13). Ante lo ocurrido en otro tiempo a otros creyentes, debe conducir hoy, a los de este tiempo, a un temor reverente que evite ofender a Dios a causa de la incredulidad.

La advertencia tiene relación íntima con la esfera de bendición ya que todavía permanece ἐπαγγελίας εἰσελθεῖν εἰς τὴν κατάπαυσιν αὐτου *"la promesa de entrar en Su reposo"*. Es necesario entender también el alcance y significado del término *reposo*, que en este contexto está vinculado con la entrada del pueblo de Israel en la tierra prometida. En el tiempo presente, ya que los lectores de la Epístola son creyentes, no puede tratarse de la salvación, que ya tenían, sino de la esfera de la íntima comunión con Dios que trae a cada uno las bendiciones continuas que el Padre otorga a sus hijos que viven en dependencia de fe con Él. Por tanto, *reposo* aquí no es sinónimo de salvación

sino de comunión con Dios, en cuya esfera está la paz que da reposo eficaz, como el profeta expresó, cuando dijo: *"Tu guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado"* (Is. 26:3). Es la esfera del bien que Dios derrama sobre quienes siguen en el camino trazado por Él, de modo que puede decir: *"Vuelve, oh alma mía, a tu reposo, porque Jehová te hizo bien"* (Sal. 116:7). La labor de la justicia de Dios debe producir continuo reposo y absoluta seguridad en el salvo: *"Y el efecto de la justicia será paz; y la labor de la justicia, reposo y seguridad para siempre"* (Is. 32:17). Esa experiencia de paz completa y seguridad íntima es el resultado de estar en el *reposo* de Dios. No significa que quien no vive la realidad del reposo no sea salvo. Los once discípulos, creyentes en el Señor, estaban inquietos y sus corazones turbados por los acontecimientos que Jesús les había anunciado referentes a su pasión y muerte. Es el Señor quien tiene que llamarlos a la calma y tranquilidad íntima, cuando les dice: *"No se turbe vuestro corazón, creéis en Dios, creed también en mí"* (Jn. 14:1). La inquietud nada tenía que ver con la salvación, sino con el disfrute del reposo de Dios. La esfera del reposo se alcanza, no por esfuerzo humano, sino por fe confiada en Dios.

El reposo de Dios es κατάπαυσιν αὐτου *"su reposo"*, es decir, el reposo que Él mismo goza. La promesa está abierta, de modo que no se agotó en la historia de Israel. No puede, pues, referirse a algo material, como fue la entrada en la tierra prometida, según se enseña más adelante (v. 8). El reposo de Dios tiene que ver con la obra redentora y santificadora del creyente, absolutamente concluida. Dos términos hebreos diferentes se usan para hablar de reposo en el Antiguo Testamento. El primero[1] tiene que ver con un estado de cesación definitiva, de algo que entra en parada absoluta. El segundo[2] significa simplemente descanso, reposo. De la misma forma hay otros dos términos en el griego del Nuevo Testamento. El primero[3], significa en el griego clásico, *hacer cesar algo,* o *poner a reposar*, ese es el término usado aquí. El segundo[4], es equivalente a un descanso momentáneo, y aparecerá más adelante en este mismo capítulo (v. 9). Hasta la Cruz, Dios estuvo empeñado en un trabajo continuo para llevar a cabo la obra de redención, como nuestro Señor dijo refiriéndose a esa obra: *"Mi Padre hasta ahora trabaja y yo trabajo"* (Jn. 5:17). De ese *trabajo* salvador, concluida la obra de la Cruz, Dios reposó, de tal modo que Jesús habla de *obra concluida* (Jn. 17:4). La penúltima palabra de la Cruz, proclamó la consumación perfecta de la obra de salvación con el *"consumado es"*[5] (Jn. 19:30). El verdadero creyente, que es quien ha depositado su fe en el

---

[1] Hebreo *menûhah.*
[2] Hebreo *shäbat.*
[3] Griego κατάπαυσις.
[4] Griego σαββατισμός.
[5] Griego τετέλεσται.

Salvador, entra en el reposo de Dios, al acceder en Cristo y por Cristo a la obra de salvación. Esa obra de salvación no comprende sólo el pasado en relación con la justificación, sino el presente de la santificación y el futuro de la glorificación. En el momento presente el cristiano disfruta del *descanso* de Dios en todas las bendiciones que la salvación otorga en la experiencia de vida cotidiana. La evidencia de haber *entrado en el reposo* de Dios se manifiesta por las obras de fe, que sin esfuerzo humano, sino con los recursos y poder de Dios, se hace visible en una vida de santificación real, que es la vida de fe impulsada por el amor (Gá. 5:6). Los creyentes son hechos creación de Dios en Cristo Jesús con el propósito de que anden en ellas (Ef. 2:10). Es interesante apreciar que el apóstol Pablo no habla de *hacer*, sino de *andar* en las obras buenas. El que anduvo haciendo bienes y obrando conforme a Dios fue Jesús, que se hace vida en el creyente por el Espíritu que regenera al pecador e implanta en el a Cristo. El cristiano, por tanto, no tiene que esforzarse en producir las obras buenas que lo acreditan como cristiano, sin0 en no impedir que el Espíritu, al reproducir a Jesús en él, lo conduzca por el camino de las buenas obras conforme a Dios que consisten en vivir a Cristo (Fil. 1:21). Una de las *obras* buenas, es decir, de las aceptables para Dios es la fidelidad, que se expresa visiblemente en una de las nueve manifestaciones que el Espíritu produce en el creyente (Gá. 5:22). Cuando no se produce esta manifestación visible de la realidad de la vida de fe, parece que esa persona *"no entró en el reposo"* de Dios. El reposo, por tanto, no es la salvación eterna, sino la íntima comunión con Dios, cesando en las obras propias para disfrutar sin reservas de la obra de Dios.

La razón para esta exhortación queda claramente expresada en el versículo: μήποτε δοκῇ τις ἐξ ὑμῶν ὑστερηκέναι, *"No sea que... algunos parezca no haberlo alcanzado"*. La promesa abierta parece no ser alcanzada por algunos. La advertencia está rodeada de una exquisita delicadeza para no molestar a ninguno de los lectores que pudieran estar en esa situación, dándose como una posibilidad en lugar de una realidad: μήποτε *"no sea que"*, al tiempo que se considera como comprendiendo no a todos sino a τις ἐξ ὑμῶν *"alguno de vosotros"*. La pérdida y con ello la apariencia de *no haber entrado en el reposo*, se da sólo en aquellos que dejan la vida de fe para retroceder a la del esfuerzo humano. Este problema lamentablemente no es algo que se dio solo en los creyentes hebreos a quienes se dirige la Epístola, en medio de conflictos y persecuciones que hacían vacilante la fe de algunos, es algo manifiesto en todos los tiempos de la Iglesia. En alguna medida se hace visible en el cristiano legalista que asido a normas y leyes vive en la inquietud de una vida de renuncia y sacrificios personales, que nada tiene que ver con santidad real. Es el caso de los cristianos a quienes el apóstol Pablo advierte sobre la santidad de formas, consistente en *"no manejes, ni gustes, ni aun toques"* (Col. 2:21). Tales personas *parecen* no haber entrado en el *reposo* de Dios porque buscan con

ansia una apariencia de *sabiduría en culto voluntario, en humildad, en duro trato del cuerpo"*, pero que por ser carne, es decir, salidas de *mandamientos y doctrinas de hombres*, no producen ninguna consecuencia saludable (Col. 2:23). Estos creyentes pierden la primera gran bendición del salvo que es el *gozo* de la salvación, al estar agobiados bajo rudimentos y leyes que impiden la gloriosa experiencia del *reposo de Dios* en una vida que Cristo describió como *"vida abundante"* (Jn. 10:10). De la misma forma pierden también la segunda bendición de la salvación que es la *libertad* en Cristo. No sólo de la condenación eterna, sino del legalismo en la vida presente. Es la tragedia en que se encuentran aquellos que por un lado miran al pasado en la justificación y anhelan el futuro de la glorificación, mientras gimen esclavos en la experiencia de la santificación. Son quienes centran su gloria en mantenerse en la defensa del sistema religioso adquirido de sus mayores. Son aquellos que ven pecaminosa cualquier experiencia de vida social sana y natural. Son quienes llaman mundo a lo que no es mundo, mientras viven esclavos de un sistema religioso que sí es mundo. El gozo sano de la vida cotidiana y el disfrute de todo aquello que es verdaderamente lícito, queda anulado para ellos, haciendo miserables a quienes les rodean con sus tradiciones y legalismo, sensiblemente manifiesto si además son líderes de alguna iglesia. El sistema religioso que estrangula la acción del Espíritu, conduce a que, no solo ellos, es decir *algunos*, sino *muchos*, sobre quienes ellos tienen influencia, vivan en la angustia aplastante de la ley, que les impide disfrutar la bendición de la vinculación por la fe a la ley de Cristo, de la que Jesús dice: *"mi yugo es fácil, y ligera mi carga"* (Mt. 11:30). El yugo es un instrumento que reparte la carga entre dos que la llevan. Sin embargo, si la carga es pesada el yugo también lastima. Aquí es todo lo contrario. La carga que Jesús coloca es ligera, sobre todo en comparación con las cargas de opresión que tienen que soportar quienes pretenden vivir una vida santa al estilo humano. La única obligación que ha de soportar quien sigue a Jesús es la de una permanente deuda de amor, tanto hacia Él como hacia los hermanos (Ro. 13:8). La vida de quien viene a Jesús y lo sigue, tomando voluntariamente su yugo, es una vida placentera. El trabajo hecho bajo el peso del amor impulsa la vida del compromiso y la hace grata (2 Co. 5:14-15). Por otro lado el deseo de santificación por medio de sumisión a reglas y costumbres, produce un cansancio y fatiga espiritual que hace angustiosa la vida del creyente. La santificación no se alcanza por esfuerzo propio sino por la acción divina en el cristiano (Fil. 2:12-13). En esto consiste la carga ligera y el yugo fácil de Jesús. En la medida en que el creyente se someta al yugo de Jesús encontrará que sus mandamientos no son penosos (1 Jn. 5:3). El gran fracaso de vidas frustradas y trabajadas entre el pueblo de Dios se da en quienes tratan de alcanzar una vida recta, santa y piadosa por medio de la observancia diligente de aspectos religiosos, con los que pretenden conseguir una vida exterior alabada por los hombres y aceptable para Dios, mientras en su interior permanece anclada la contaminación del poder de la carne en cualquiera

de sus muchas expresiones (Gá. 5:19-21). La conciencia culpable no permite hallar ningún descanso ni alivio verdadero. Jesús y sólo Él puede dar descanso para el alma cansada y trabajada. Por tanto da la impresión de que estos no han entrado en el *reposo* de Dios. Tal situación se da sólo en aquellos que dejan la vida de fe para retroceder al esfuerzo humano. La idea en el texto griego es la de *llegar tarde*, *no alcanzar el objetivo*. Cuando esto ocurre el creyente no alcanza la experiencia del reposo y parece, a simple vista, que nunca entró en él.

Una interpretación errónea del *reposo*, es identificarlo con el lugar de gloria destinado a los creyentes después de la muerte. Esta defectuosa interpretación lleva al sistema *arminiano* a utilizar el texto como base para enseñar que la salvación puede perderse. El reposo futuro en la presencia de Dios en cielos nuevos y tierra nueva, en el lugar que nuestro Señor dijo que iba a preparar para los suyos (Jn. 14:1-4), no es otra cosa que la dimensión perpetua del *reposo de Dios*, al que los salvos acceden como disfrute de las bendiciones resultantes de la salvación.

2. Porque también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos; pero no les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron.

καὶ γάρ ἐσμεν εὐηγγελισμένοι καθάπερ κακεῖνοι· ἀλλ᾽ οὐκ
Porque también estamos evangelizados lo mismo que aquellos pero no
ὠφέλησεν ὁ λόγος τῆς ἀκοῆς ἐκείνους μὴ συγκεκερασμένους[1]
aprovechó la palabra del oír y aquellos por no haber sido mezclada
τῇ πίστει τοῖς ἀκούσασιν.
la fe por los que oyeron.

Notas y análisis del texto griego.

Aparato crítico. Lecturas alternativas.

[1] Dos lecturas alternativas se dan para συγκεκερασμένους τῇ πίστει τοῖς ἀκούσασιν. En una de ellas, alternativa que se usa aquí, el verbo termina en ους, concordando con ἐκείνους, *aquellos*, lo que supone una referencia a quienes no estaban unidos por la fe con *los que la escucharon*. Esta variante está atestiguada en, **p**$^{13, 46}$, A, B, C, D^{gr}, Ψ, 0121^{b}, 81, 88, 1739, 2127, Teodoro, Eutalio.

La variante terminada en συγκεκερασμένος, en concordancia con λόγος, en sentido de *no haber puesto fe en la palabra*, esta atestiguada en א, Efraín, Cirilo, Teodoro, Vulgata Sixto Clementina, Pesita.

La primera lectura tiene un respaldo grande, y es la adoptada por muchas traducciones, en sentido de *"aquellos que no estaban unidos por le fe a los que la escucharon.* Posiblemente las dificultades de entender bien la frase llevó al reemplazo del participio

activo ἀκούσασιν, por el pasivo ἀκουσθεῖσιν, que produce el sentido de *unido con la fe los que oyen*, inteligible solo con el nominativo συγκεκερασμένους.

Continúa la argumentación con καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*, seguido de γάρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al adverbio y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ἐσμεν, primera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *estamos*; εὐηγγελισμένοι, caso nominativo masculino plural del participio de perfecto en voz pasiva del verbo εὐαγγελίζω, *anunciar una buena noticia, anunciar, proclamar el evangelio*, aquí como *evangelizados*; καθάπερ, adverbio de modo, *como*; κακεῖνοι, caso nominativo masculino plural del adjetivo demostrativo, *y aquellos, también aquellos*, la palabra es la crasis de καὶ y ἐκείνος; ἀλλ᾽ forma escrita ante vocal de la conjunción adversativa ἀλλά que significa *pero*, *sino*; οὐκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada, que negativiza a ὠφέλησεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὠφελέω, *aprovechar, servir,* aquí como *aprovechó*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; λόγος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *palabra, discurso*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*, masculino en español; ἀκοῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *oído, noticia, fama, rumor, palabra, predicación*, en sentido de la palabra marcada por la audición, como predicación oída; ἐκείνους, caso acusativo masculino plural del pronombre demostrativo declinado *a aquellos*; μή, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*, negación habitual del participio; συγκεκερασμένους, caso acusativo masculino plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo συγκεραννύμι, *unir, organizar, mezclar*, aquí como *haber sido mezclado*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; πίστει, caso dativo femenino singular del sustantivo *fe*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἀκούσασιν, caso dativo masculino plural del participio aoristo primero del verbo ἀκούω, *oír, entender, escuchar, obedecer*, aquí como *que oyeron*.

Καὶ γάρ ἐσμεν εὐηγγελισμένοι καθάπερ κακεῖνοι. De nuevo se retorna al ejemplo de Israel. La buena noticia, literalmente el *evangelio*, fue proclamado. Esas *buenas nuevas* se anunciaron en el tiempo de la Iglesia, como se habían anunciando antes a los israelitas. El escritor dice literalmente *"se nos evangelizó"*, incluyéndose nuevamente él con los lectores. La evangelización se llevó a cabo inicialmente por los apóstoles y luego de ellos por quienes habían creído. Es de entenderse que el escritor no era uno de los apóstoles sino uno de los creyentes evangelizados. En la referencia histórica, siguiendo la línea argumental, Israel recibió un mensaje con promesa para entrar en la tierra (Dt. 1:19-22). El pueblo acudió a Moisés entonces para pedirle que enviase un grupo que reconociesen la tierra y trajesen información, antes de atender el mandato de Dios de subir para tomar posesión de ella (Dt. 1:22). Esa acción fue permitida por el Señor (Nm. 13:1-2), sin embargo en el texto hebreo se lee claramente *"envía tú hombres que reconozcan la tierra de Canaán"*. No era

una cosa de Dios sino del pueblo, que Él permite. El error fue grave al enviar espías para reconocer una tierra que Dios había determinado dársela y que sólo tenían que subir para ocuparla conforme a lo que Él había dicho. Ese mensaje de Dios que ellos habían oído tenía una promesa que era el compromiso divino de entregarla en sus manos. Esas buenas noticias se expresaron también de otras formas como cuando Dios les recuerda como los había librado de los egipcios con el propósito de hacer de ellos *"su especial tesoro sobre todos los pueblos… y me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa"* (Ex. 19:5b-6). La condición para el cumplimiento pleno de esta buena noticia era que *"diesen oído"*, esto es, creyesen y cumpliesen los compromisos del pacto de Dios con ellos, que demandaban fe para llevarlo a cabo, confiando plenamente en la palabra que Él les había dado. Esas buenas noticias tenían que ver con la ayuda divina en la conducción para el camino y la conquista de la tierra: *"He aquí yo envío mi Ángel delante de ti para que te guarde en el camino, y te introduzca en el lugar que yo he preparado"* (Ex. 23:20). La condición para experimentar estas *buenas noticias* era la obediencia y la fe: *"Guárdate delante de Él, y oye su voz; no le seas rebelde"*, por tanto, la consecuencia contraría sería: *"porque Él no perdonará vuestra rebelión, porque mi nombre está en Él"* (Ex. 23:21). Quiere decir que las promesas de Dios debían ser aceptadas por fe. Igualmente las *buenas nuevas*, el *evangelio*, para la presente dispensación fue anunciado ya que Dios habló en el Hijo (1:1-3).

Sin embargo, cuando la fe no forma parte de la aceptación de las *buenas noticias de Dios*, las promesas se hacen ineficaces. La frase del texto aquí resulta difícil de precisar. Literalmente se lee: ἀλλ᾽ οὐκ ὠφέλησεν ὁ λόγος τῆς ἀκοῆς ἐκείνους μὴ συγκεκερασμένους τῇ πίστει τοῖς ἀκούσασιν, *"pero no aprovechó la palabra del oír a aquellos por no haber sido mezclada con fe por los que oyeron"*. Como se dice más arriba en el apartado de *crítica textual*, la terminación del verbo en el texto griego es diferente según los manuscritos. Si la variante correcta es la que concuerda con *logos*, palabra, entonces la traducción correcta es: *"por no ir acompañada en los que la oyeron"*, o también *"por los que la oyeron"*, es decir, la promesa que requería fe no fue creída por quienes la oyeron. Si la variante correcta es la que concuerda con el pronombre *aquellos*, entonces la traducción sería: *"por no ir acompañada*, o *por no estar unidos a la fe de aquellos"*, en cuyo caso se trataría de la incredulidad de los muchos, frente a la fe de algunos de ellos, como era el caso de Josué y Caleb que creyeron y que serían los únicos en entrar en el disfrute de la promesa de Dios, cuando los demás murieron en el desierto por incredulidad. La enseñanza de la ilustración con el pueblo de Israel es, en cualquier caso, que todos escucharon el mismo mensaje pero sólo algunos lo *oyeron*, esto es, lo aceptaron por fe. Estos creyentes no sólo escucharon las palabras de las *buenas nuevas* que Dios les comunicaba, sino que las oían con ánimo de obedecerlas. Para estos el mensaje fue de bendición, pero, para los

otros fue un mensaje de juicio, por incredulidad. Esta fe no tenía que ver con la aceptación del cordero pascual, figura de la redención en Cristo, sino con las promesas que exigían confianza en Dios y dependencia de Él, que no es otra cosa que la expresión de la fe. De la misma manera que el simple hecho de oír el mensaje de salvación no trae ningún resultado sin aceptarlo depositando la fe en el Salvador a quien se invita, así tampoco las promesas y bendiciones para la vida cotidiana en la salvación experimental son posibles sin aceptarlas por fe.

3. Pero los que hemos creído entramos en el reposo, de la manera que dijo:
Por tanto, juré en mi ira,
No entrarán en mi reposo.
aunque las obras suyas estaban acabadas desde la fundación del mundo.

Εἰσερχόμεθα[1] γὰρ εἰς τὴν κατάπαυσιν οἱ πιστεύσαντες,
Porque entramos en el reposo los que creímos
καθὼς εἴρηκεν·
según ha dicho:
ὡς ὤμοσα ἐν τῇ ὀργῇ μου·
Como juré en la ira de mí.
εἰ εἰσελεύσονται εἰς τὴν κατάπαυσιν μου,
¡Si, entrarán en el reposo de mí!
καίτοι τῶν ἔργων ἀπὸ καταβολῆς κόσμου γενηθέντων.
Aunque las obras desde fundación del mundo habían llegado a ser

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] Εἰσερχόμεθα γὰρ, *porque entramos*, atestiguada en **p**[13, 46], B, D, K, P, Ψ, 33, 88, 181, 326, 330, 451, 614, 629, 630, 1241, 1877, 1692, 2495, it[d, e], syr[h], cop[sa], eth, Crisóstomo, Cirilo, Eutalio, Teodoreto, Juan Damasceno.

Otra alternativo εἰσερχόμεθα οὖν, *de modo que entramos*, atestiguada en א, 0121[b], 81, 104, 436, 1739, 1881, 2127, cop[bo].

Sigue el texto con εἰσερχόμεθα, primera persona plural del presente de indicativo en voz media del verbo εἰσέρχομαι, *entrar, llegar hasta*, aquí como *entramos*, aquí como presente futurista; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al pronombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; εἰς, preposición de acusativo *en*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; κατάπαυσιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *reposo*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; πιστεύσαντες, caso nominativo masculino plural del participio aoristo primero en voz activa del verbo πιστεύω, *creer*, aquí como *que creímos*; καθὼς, conjunción, *lo mismo que, según que, como,* desempeña a veces funciones de partícula comparativa, aquí se usa como parte integrante de una fórmula introductoria a citas del Antiguo Testamento; εἴρηκεν,

tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *hablar*, *decir*, aquí como *ha dicho*. Sigue la cita del A. T. ὡς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; ὤμοσα, ὤμοσα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὀμνύω, *jurar*, aquí como *juré*; ἐν, preposición de dativo *en*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; ὀργῇ, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *ira*; μου, caso genitivo singular del pronombre personal declinado *de mí*. La última cláusula adquiere un marcado sentido irónico con εἰ, conjunción *si*, que denota condición o suposición en virtud de la cual un concepto depende de otros, en el contexto de la expresión y en su forma equivaldría a un no rotundo bajo la condición que se da; εἰσελεύσονται, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz media del verbo εἰσέρχομαι, *entrar, llegar hasta*, aquí como *entrarán*; εἰς, preposición de acusativo *en*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *el*; κατάπαυσιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *descanso, lugar de descanso*; μου, caso genitivo singular del pronombre personal declinado *de mi*. Sigue una tercera cláusula aclaratoria con καίτοι, conjunción adversativa *aunque, bien que*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *los,* femenino en castellano; ἔργων, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *acciones, trabajos, obras*; ἀπὸ, preposición de genitivo *desde*; καταβολῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *fundación,* literalmente *echar los cimientos de una casa*; κόσμου, caso genitivo masculino singular del sustantivo declinado *del mundo*; γενηθέντων, caso genitivo neutro plural del participio aoristo en voz pasiva del verbo γίνομαι, *llegar a ser, originarse, venir a la existencia*, aquí como *habían llegado a ser.*

La realidad presente del reposo es para aquellos que viven en la experiencia de la fe: Εἰσερχόμεθα γὰρ εἰς τὴν κατάπαυσιν οἱ πιστεύσαντες, *"Pero los que hemos creído entramos en el reposo"*. El reposo es, como se aprecia en el versículo, algo presente y no hay razón para vincularlo con el futuro. El reposo está preparado y disponible para el creyente en el tiempo actual, en un amplio sentido que tiene que ver con toda la experiencia de descanso que se produce en la vida de fe, que es la firme garantía de todo cuanto se espera (11:1). En algunos sectores del dispensacionalismo extremo, se identifica este reposo con el reino milenial. Esta idea subyace, en alguna medida, en el libro apócrifo de la *Epístola de Bernabé*, en donde se lee:

"Presten atención, hijos, al significado de las palabras: 'Lo terminó en seis días'. Significa que en seis mil años el Señor completará todo. Porque el día para él son mil años, de lo cual Él mismo da testimonio cuando dice: 'Mirad, el día del Señor será como mil años'. Por lo tanto, hijos, en seis días – es decir, en seis mil años- todo será completado. 'Y reposó el séptimo día'. Esto significa: cuando su Hijo venga y reduzca a la nada el período del que está sin ley y juzgue a los que no tienen Dios y cambie el sol y la luna y las estrellas, entonces descansará apropiadamente el día séptimo… Finalmente les dice: 'No puedo tolerar vuestras lunas nuevas y vuestros días de reposo'. Vean lo que quiere decir: no son sus sábados presente los aceptables, sino el sábado que yo

he hecho, en el cual, cuando ponga todo a reposar, haré un comienzo del día octavo, es decir, el comienzo de un nuevo mundo. El sábado de Dios aquí es el séptimo milenio de la creación actual, que debe ser seguido por la era eterna de la nueva creación"[6].

El escritor entiende que el reposo de Dios tiene que ver con el esquema judío del sábado milenial considerándolo como el *séptimo día* en el plan de Dios. Sin embargo, no se trata de un reposo futuro ya que se afirma claramente que los creyentes *"hemos entrado"* en ese reposo. Además la cita que sigue del Antiguo Testamento lo confirma también.

La desobediencia excluye del reposo. Esta insistente idea en la argumentación del escritor de la carta se sustenta mediante la cita del Salmo usada anteriormente (3:11). Aquí vuelve a aparecer como una expresión de ironía, expresada en forma positiva en el texto griego, como si Dios dijese: εἰ εἰσελεύσονται εἰς τὴν κατάπαυσιν μου *"¡Sí, que esperen, que van a entrar¡"*, lo que irónicamente debe entenderse como todo lo contrario. De este modo recuerda otra vez la experiencia de fracaso para quienes no creyeron en la promesa de Dios. Los rebeldes son objeto de su ira, como se consideró antes[7]. La determinación de Dios es que aquellos rebeldes *"no entrarán en mí reposo"*. En la mente del escritor está la sentencia sobre los rebeldes para que no entraran en la tierra prometida. Los hombres de guerra tentaron a Dios desechando su camino y morirían en el desierto sin entrar en la tierra prometida. La disciplina tuvo que ver con ese grupo que en el Antiguo Testamento se llaman *"los hombres de guerra"*, no con los otros del pueblo, como algunos dicen (Dt. 2:14). Los hombres adultos, mayores de veinte años, que debían participar en la conquista y posesión de la tierra prometida, murieron en el desierto. El camino que siguió Israel se podía establecer por los sepulcros de seiscientos mil hombres de guerra que murieron durante los cuarenta años. Sólo dos de los hombres comprendidos en el grupo sobre quien se manifestó la ira de Dios, Caleb y Josué, entraron por no haber sido infieles como los otros (Nm. 14:24). Ninguno de todos los rebeldes sobrevivió para entrar en Canaán, la tierra del *reposo* que Dios les había preparado. Nada tiene esto que ver con la perdición o condenación eterna, ya que Dios había perdonado aquel pecado (Nm. 14:19, 20). Los que fuesen salvos de aquellos no perdieron su salvación, pero la disciplina fue la justa acción de Dios durante la vida de aquellos hombres, por su pecado de rebeldía. Dios simplemente confirmó su decisión de no querer entrar en la tierra cuando el Señor lo estableció, por tanto, si eligieron no entrar, no había otra opción que morir en el lugar que ellos mismos habían elegido, el desierto, despreciando la tierra de la promesa.

---

[6] *Epístola de Bernabé*, 15:4, 5, 8.
[7] Ver comentario a 3:11.

Una cierta dificultad consiste en posicionarse sobre cual es el *reposo* a que Dios llama a los salvos. Es aquí donde las diferencias interpretativas son evidentes. El profesor Miguel Nicolau expresa su posición de este modo:

*"Este reposo sabático (*σαββατισμός*, que se encuentra sólo una vez en la Sagrada Escritura) evoca el descanso de Dios en el séptimo día y el reposo de Dios. Está destinado al pueblo de Dios, es decir, no sólo al pueblo de Israel según la carne, pero también al Israel de Dios*[8]*, a todos los cristianos. Con ello vuelve a sugerirse que el reposo de Dios es también el reposo de su pueblo, y que lo que es su gozo y su descanso feliz, será también el gozo y descanso de los suyos. Entonces será el descansar plenamente, puesto que dirá el Espíritu 'que descansen de sus trabajos' (Ap. 14:13). Porque quien entra en su reposo, también él descansa de sus obras, de las obras trabajosas y afanosas, que son las que se dejan para descansar. Son esas obras que tienen analogía con las divinas de la creación. Se descansa de esas obras, como Dios descansó de las suyas"*[9]*.*

Otra interpretación es la del profesor F. F. Bruce:

"Es para aquellos que han aceptado por fe el mensaje salvador que está destinada la entrada en el reposo de Dios, ese reposo al cual, en el Sal. 95:11, Dios se refiere como 'mi reposo'. Pero, ¿en qué sentido Dios habla de 'mi reposo'? ¿Significa simplemente 'el reposo que yo concedo' o significa también 'el reposo que yo mismo disfruto'? Significa este último: el 'reposo' que Dios promete a su pueblo es una parte de ese reposo que él mismo disfruta. Aquí, pues, nuestro autor procede a extraer el significado que subyace a la referencia al 'reposo' de Dios de Sal. 95:11, relacionándolo con Gn. 2:2s, donde se dice que 'reposó Dios de todas sus obras en el séptimo día', de lo que había hecho en los seis días anteriores. La Septuaginta utiliza la misma palabra griega para el 'reposo' o 'cesación' de la obra creativa de Dios en el día sábado (Gn. 2:2s; Ex. 20:11) como para el 'reposo' de Dios en el Sal. 95:11 (en el primer caso el verbo katapauö; en el segundo, el sustantivo katapausis), aunque las palabras hebreas son diferentes (en el primer caso, el verbo shäbath, que explica el sentido de shabbäth, 'sábado'; en el segundo, el sustantivo menühäh).

No fue porque el 'reposo' de Dios aún no estuviera disponible para ellos que la generación de israelitas del desierto no consiguió entrar en él: había estado disponible desde que la obra de la creación había finalizado. Cuando leemos que Dios 'reposó el día séptimo de toda la obra que hizo' (Gn. 2:2), debemos entender que fue entonces que Él comenzó a reposar; el hecho de que nunca se dice que Él haya completado su descanso y reasumido su obra de

---

[8] Su posición teológica le lleva a considerar a la Iglesia como el Israel de Dios.
[9] Miguel Nicolau. o.c., pág. 54.

creación implica que su reposo aún continúa y puede ser compartido por aquellos que responden a sus propuestas con fe y obediencia"[10].

Otra forma de interpretación es la propuesta por el Dr. Lacueva:

"En que consiste, pues, el reposo espiritual al que alude el autor sagrado en todos estos versículos? El autor sagrado compara el reposo espiritual del pueblo de Dios al reposo mismo de Dios (vv. 4, 5, 9, 10). Que este reposo es, en efecto, espiritual se confirma por el v. 8; 'Porque si Josué les hubiera dado el reposo, no hablaría de otro día después de esto'. Después de la ya antigua entrada en Canaán, el único reposo que queda es espiritual: 'reposo de las obras' (v. 10). Además, la invitación a dicho reposo es mientras se dice Hoy, el día fijado de nuevo, después de tanto tiempo (v. 7). Sobre el sentido de la frase reposó Dios de todas sus obras en el séptimo día' (v. 4), dice Ryrie: 'Después que la obra de la creación fue terminada, Dios descansó, esto es, disfrutó del sentimiento de satisfacción y reposo que surge de dar cumplimiento a una tarea'.

Trenchard ha visto bien al comparar a los que han entrado en reposo con los 'espirituales de las epístolas de Pablo'; y a los 'desasosegados', como él los llama, 'con los carnales'. Ahora bien, ¿de que obras han descansado los creyentes espirituales? Es aquí donde los comentarios no ofrecen una pauta clara. A mi juicio, las obras de las que descansan son las suyas propias, es decir, las hechas según sus propios planes y motivos. Así procede el cristiano carnal, porque, aun cuando está en Cristo, no anda en Cristo ni, por tanto, conforme al Espíritu. En cambio, el espiritual, no sólo está en Cristo, sino que anda en Cristo, de forma que sus obras, lo mismo que sus padecimientos, más que suyas, son del Cristo que vive en él y a través de él (V. Gá. 2:20; Col. 1:24). Y así como Dios está satisfecho, no solo de la obra de la creación, sino también de la obra de la redención, del mismo modo el cristiano espiritual, de tal forma se satisface en Cristo y en la obra de la redención, que no desea poner de suyo sino lo que de la gracia y del poder de Dios ha recibido (V. 1 Co. 15:10; Fil. 1:21; 3:7-14)"[11].

Cuando en el pasaje se habla de entrar en el κατάπαυσιν *reposo* de Dios, significa que el reposo al que el creyente accede es también el mismo reposo de Dios. Dios reposa en sentido de haber cesado en una obra plenamente concluida. Algunos intérpretes consideran que se trata del reposo al que Dios accedió luego de haber concluida la presente creación. En el Génesis se lee: *"Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo"* (Gn. 2:2). El reposo a que se refiere es el de la conclusión

[10] F. F. Bruce. o.c., pág. 74s.
[11] F. Lacueva. o.c., pág. 507s.

definitiva de toda la creación actual, en el sentido de que desde que hizo venir a la existencia todo cuanto existe, Dios dejó de crear nuevas cosas. Este reposo es momentáneo, ya que la profecía anuncia una nueva acción de creación, donde primero se disolverá la actual (2 P. 3:10, 12), y luego Dios procederá a traer a la existencia *cielos nuevos y tierra nueva* (2 P. 3:13). La referencia a participar en el reposo de Dios, no tiene un gran sentido aquí si se aplica a la creación. Es más, Dios no creó para proveer de reposo a la criatura, sino para que trabajase en la creación que había hecho y la administrase bajo la autoridad que Él le había delegado (Gn. 1:28; 2:15). Además, si el reposo es momentáneo o temporal, ¿en donde está la aplicación de un descanso o reposo definitivo?

Dios alcanzó *reposo* definitivo y eterno en una obra que nada tiene que ver con la creación material, sino con la espiritual. Jesús dijo que hasta aquel momento *"mi Padre trabaja y yo trabajo"* (Jn. 5:17). El trabajo divino consistía en la realización de la obra de salvación, para lo que había enviado a su Hijo al mundo (Gá. 4:4). Una vez realizada la obra de redención, todo trabajo divino en ese sentido cesa completamente. Un solo sacrificio fue suficiente para hacer perfectos a los santificados (He. 10:12, 14). Quiere decir que Dios entró en el reposo eterno, ya que la obra que había de ser hecha quedó plenamente concluida (Jn. 17:4; 19:30). El creyente entra en el *reposo* de Dios, esto es, en la obra ya concluida, cuando acepta por fe al Salvador y los beneficios de la salvación le son aplicados definitiva y perpetuamente. Esta certeza de fe conduce a la paz propia del descanso cristiano, para quien ya no hay condenación porque está en Cristo Jesús (Ro. 8:1). Pero, el reposo de certeza en cuanto a salvación, es también reposo de experiencia en cuanto a santificación, es decir, a la salvación experimental. El creyente descansa por fe en Cristo y con Él tiene todo cuanto le es preciso en cada momento. Jesús que es principio de vida, es también modo de vida (Fil. 1:21). El que cree cesa también de obrar en cuanto a su salvación. No tiene que sentirse agobiado para alcanzarla porque la recibe como un don de Dios que procede de Su gracia (Ef. 2:8-9). Las promesas de Dios son en Jesús Sí y Amén (2 Co. 1:19), de ahí que se le llame también *El Amén* (Ap. 3:14). El Señor se presenta como Aquel en quien la revelación de Dios con todas sus promesas, advertencias y decretos tienen perfecto desarrollo y cumplimiento (2 Co. 1:19-20). La palabra *amén*, significa, por tanto, firme, fiel y como adverbio, *ciertamente, así es, así sea*. Cristo es, pues, la garantía absoluta de la verdad divina en su condición de Mediador único entre Dios y los hombres (1 Ti. 2:5). Frente a la inseguridad de los hombres y a su flaqueza, el *Amén*, de Dios, que es Cristo mismo, garantiza todos los compromisos divinos. De modo que Cristo es, si se prefiere mejor, *Dios en estado de Amén*. Todo cuanto ha prometido tiene cumplimiento en el momento preciso. El creyente está en el reposo de Dios, sabiendo que su gracia, que consumó la obra, está a su disposición como caudal inagotable de recursos para la vida de cada cristiano. Sabe también que la gracia superará los mayores

problemas porque *“Él da mayor gracia”* (Stg. 4:6). Cada fiel está capacitado para disfrutar del *reposo de Dios*, en la medida en que viva por medio de la fe.

Pero, también el reposo tiene que ver con dejar de esforzarse con las fuerzas propias, para actuar en todo esforzado por las fuerzas de Dios en Él. El apóstolPablo decía que tenía recursos para todo cuando era preciso en Cristo que le comunicaba la fortaleza (Fil. 4:13). La vida de santificación no puede llevarse a cabo en el esfuerzo personal. Cuando el apóstol Pablo escribió la Carta a los Romanos, sitúa las consecuencias de inquietud que produce el *querer hacer* lo que el hombre, por perfecto que sea, no puede hacer. De manera que en un vano intento de alcanzar las metas de santidad por el esfuerzo personal, llega a gritar en un intenso desasosiego: *“¡Miserable de mi! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?”* (Ro. 7:24). El secreto del *reposo* consiste en descansar en Jesús que provee de todos los recursos necesarios, por su Espíritu, para poder decir: *“Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro”* (Ro. 7:25). El *reposo* de Dios consiste en *cesar de obrar*, como consecuencia de haber realizado de una vez para siempre la obra de salvación, que no solo es de justificación, sino también de santificación. Es decir, Cristo, es tanto Salvador como santificador, ya que Él nos fue hecho *“justificación y santificación”* (1 Co. 1:30). El que cree y vive una vida de fe es *“mas que vencedor”* por medio de Jesucristo (Ro. 8:37). En cada momento el cristiano es un vencedor que es llevado en triunfo siempre en Cristo (2 Co. 2:14). Sin embargo, la experiencia del reposo es una experiencia en la fe. Nadie que quiera hacer una obra complementaria a la que Dios realizó y realiza en el creyente podrá sentir la experiencia del *reposo* de Dios. Es necesario entender bien que Dios es el que dota de todo cuanto el creyente necesita para vivir conforme a su voluntad, porque *“Él es quien en vosotros produce así el querer, como el hacer, por su buena voluntad”* (Fil. 2:13). Esto mismo será la bendición con que se cerrará esta Epístola: *“os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo Él en vosotros lo que es agradable delante de Él por Jesucristo”* (He. 13:21). El creyente espiritual descansa en Cristo por la fe y siente la experiencia del *reposo* de Dios. En cierta medida, el creyente carnal, que no es otro que el que vive en Cristo pero no bajo la dirección y control del Espíritu sino bajo sus propias fuerzas, que por proceder de él y no de Dios son carne, éste no experimenta el *reposo* de Dios, haciendo continuamente obras para acomodarse a sus demandas, sin alcanzarlo jamás y añadiendo además sus propias ideas e intereses para complementar lo establecido por Dios. Estos son los que siendo salvos y habiendo entrado en el *reposo* de Dios, *“parecen no haberlo alcanzado”*. El *reposo* de Dios es cesar de obrar por cuanto la obra está hecha. De la misma manera el *reposo* de Dios en la experiencia del creyente es dejar las obras hechas en el esfuerzo personal humano como medio de santificación, para vivir en el Espíritu y, al dejarse conducir por Él (Gá. 5:16), vivir plenamente en Cristo y a Cristo. ¿Quiere decir esto que hacer buenas obras

no tiene significado ni importancia para el cristiano? En modo alguno. La verdadera vida de fe se manifiesta en obras consecuentes con ella. Quien no hace obras al impulso de la fe motivada por el amor, debe preguntarse si alguna vez ha tenido verdadera fe, porque, *"la fe sin obras es muerta en sí misma"* (Stg. 2:17). Debe entenderse bien que el hombre no se salva *por* obras, pero se salva *para* obras. Esto no significa en modo alguno que el cristiano no deba *esforzarse* en su santificación, porque no es él quien se esfuerza en ello, sino Dios que lo esfuerza: *"Él da esfuerzo al cansando, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas"* (Is. 40:29). Las matemáticas divinas son sorprendentes: cuando se multiplica una cantidad, no importa la magnitud de ella, por cero, el resultado es siempre cero; pero, cuando Dios pone sus fuerzas en el cero de las nuestras, hay recursos para cualquier obra: *"Los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas, levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán"* (Is. 40:31). Cuando las dificultades de la vida alcanzan cotas muy elevadas, cuando las fuerzas parece que se extinguen, cuando la fe vacila, los recursos de Dios vienen en nuestra ayuda: *"Porque yo Jehová soy tu Dios, quien te sostiene de tu mano derecha, y te dice: No temas, yo te ayudo"* (Is. 41:13). Esto es la experiencia de haber entrado en el *reposo* de Dios.

Ahora bien, los desobediente por incredulidad, son disciplinados y no alcanzan las bendiciones que se encuentran en el *reposo* de Dios. De ahí la insistencia en la cita bíblica: ὡς ὤμοσα ἐν τῇ ὀργῇ μου εἰ εἰσελεύσονται εἰς τὴν κατάπαυσιν μου, *"Por tanto juré en mi ira, no entrarán en mi reposo"*. Como se ha considerado antes, en el pensamiento del hagiógrafo está, con toda probabilidad, la rebeldía del pueblo de Israel en Cades-Barnea, cuando se negaron a subir para tomar la tierra de Canaán, conforme a lo que Dios les había indicado. Aquellos no podían entrar en el reposo, por cuanto entendían que no tenían fuerzas suficientes para alcanzar ellos lo que Dios había determinado darles Él mismo. Desde la perspectiva humana, en la tierra de la promesa había/00 pueblos fuertes con ciudades amuralladas, donde había también gigantes, (Nm. 13:28, 29) por tanto, en lugar de entender aquello como un lugar de *reposo* que Dios les daba, lo entendieron como un lugar de inquietud donde encontrarían la muerte (Nm. 14:1-3). Dios quiere que sus hijos depositen fe plena en Él y confíen que Él proveerá para ellos. Cuando no se vive en fe, se vive en inquietud y en derrota. Siglos más tarde el profeta tendría que decir a los descendientes de los rebeldes: *"Por tanto así dijo Jehová el Señor, el Santo de Israel: En descanso y en reposo seréis salvos; en quietud y en confianza será vuestra fortaleza. Y no quisisteis"* (Is. 30:15).

La expresión del texto que se usa aquí, está construido en modo afirmativo enfático, no dice *"no entrarán en mi reposo"*, sino que literalmente se lee: εἰ εἰσελεύσονται εἰς τὴν κατάπαυσιν μου, *"si entrarán en mi*

reposo”. No cabe duda que se está utilizando aquí un recurso idiomático de ironía, como si Dios dijese: *“¡Si, que esperen que van a entrar en mi reposo!”*. De este modo se enfatiza en la advertencia solemne de que quienes no viven la experiencia de la vida de fe y confían sólo en las fuerzas de Dios, no entrarán en el *reposo* de Dios. Un buen resumen para esto son las palabras del salmista: *“Estos confían en carros, y aquéllos en caballos; mas nosotros en el nombre de Jehová nuestro Dios tendremos memoria”* (Sal. 20:7). Las consecuencias son evidentes: *“Ellos flaquean y caen, mas nosotros nos levantamos, y estamos en pie”* (Sal. 20:8). De otro modo: *“el caballo se alista para el día de la batalla; mas Jehová es el que da la victoria”* (Pr. 21:31). En todo tiempo es necesario recordar que *“no es con ejército ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos”* (Zac. 4:6). Solo quien vive en la dependencia de fe, alcanza la experiencia del *reposo* de Dios. Se trata, pues, de la comunión misma con el descanso de Dios. Del mismo modo que Él también descansa ahora de las obras hechas desde el comienzo del mundo. La idea central está en experiencia de reposo a la que Dios llama a cada creyente.

4. Porque en cierto lugar dijo así del séptimo día: Y reposó Dios de todas sus obras en el séptimo día.

εἴρηκεν γάρ που περὶ τῆς ἑβδόμης οὕτως· **καὶ**
Porque ha dicho en algún lugar acerca de el séptimo así: Y
κατέπαυσεν ὁ Θεὸς ἐν τῇ ἡμέρᾳ τῇ ἑβδόμῃ ἀπὸ πάντων τῶν
reposó - Dios en el día el séptimo de todas las
ἔργων αὐτοῦ,
obras de Él.

Notas y análisis del texto griego.

Sin interrupción con lo que antecede, sigue con εἴρηκεν, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo λέγω, en su forma ερέω, *hablar, decir,* aquí como *ha dicho*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al verbo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; που, adverbio indefinido, *en algún lugar, en alguna parte*; περὶ, preposición de genitivo, *acerca de*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*, masculino en castellano; ἑβδόμης, caso femenino singular del adjetivo numeral ordinal, *séptimo*; οὕτως, adverbio de modo, *así*. Sigue una cláusula con la cita, con καὶ, conjunción copulativa *y*; κατέπαυσεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo καταπαύω, *calmar, cesar, descansar, reposar*, aquí como *reposó*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se utiliza en castellano al estar vinculado con nombre propio; Θεὸς, caso nominativo masculino singular del nombre *Dios*; ἐν, preposición de dativo *en*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἡμέρᾳ, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *día*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἑβδόμῃ, caso dativo femenino plural del adjetivo numeral ordinal *séptima*; ἀπὸ,

preposición de genitivo *de*; πάντων, caso genitivo neutro plural del adjetivo indefinido *todos*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *los*; ἔργων, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota, *trabajos, obras*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él.*

Lo que sigue es una explanación de lo que viene indicando en este primer párrafo del capítulo. Una dificultad consiste en determinar el sujeto de la primera cláusula: εἴρηκεν γάρ που… οὕτως· *"Porque en cierto lugar dijo así"*, ¿quién lo dijo? ¿Se refiere al escritor o a Dios mismo? Ambas cosas caben aquí, ya que el escritor habla siempre por revelación divina, en último extremo es Dios mismo quien habla. Sin embargo, quien está escribiendo el texto es Moisés, describiendo la acción de Dios luego de haber creado todas las cosas. El escritor de la Epístola aplica las citas del Antiguo Testamento a Dios mismo. En este caso, la referencia está tomada del Génesis (2:2). La enseñanza sobre el descanso de Dios, está reiterada, por lo menos, tres veces en los escritos de Moisés (Gn. 2:3; Ex. 20:11; 31:17).

κατέπαυσεν ὁ Θεὸς ἐν τῇ ἡμέρᾳ τῇ ἑβδόμῃ ἀπὸ πάντων τῶν ἔργων αὐτοῦ. El reposo de Dios está en consonancia con el *cesar* de toda la obra creadora. Dios reposó, descansó, en plena satisfacción porque lo que había hecho era *"bueno en gran manera"* (Gn. 1:31). Quiere decir que Dios *reposa* de todo cuanto había hecho anteriormente. El término griego[12] no expresa el cese absoluto de toda actividad, sino de la que se estaba haciendo hasta ese momento, es más, el sustantivo se usa en sentido intransitivo, no sólo como *descanso, reposo,* sino también como *lugar de descanso o reposo*. Dios cesó la obra creadora del origen de todas las cosas. Sin embargo hubo otras acciones creadoras pero no tenían que ver con el origen de la creación. Así se entienden claramente las palabras de Cristo en relación con la otra obra de creación espiritual, que pasa por la redención culminada en la Cruz (Jn. 5:17).

Debe entenderse que se trata del reposo de Dios mismo, esto es, el que Dios mismo disfruta. Este reposo de Dios se da al que cree, en el sentido de dejar de obrar para descansar en Él, como se ha considerado en el versículo anterior. La bendición para el creyente fiel es entrar a disfrutar del mismo gozo de Dios, que constituye el modo esencial de su reposo. A modo meramente de ejemplo, el gozo que el siervo experimenta cuando realiza fielmente la obra encomendada es el mismo de su señor (Mt. 25:21). El estado de comunión con Dios de los bienaventurados será de gozo. El gozo de ellos es provisión también del Señor, porque es el gozo del Señor reproducido en ellos. El Señor Jesús dijo esto a los discípulos en la última cena: *"Estas cosas os he hablado para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido"* (Jn. 15:11). El gozo del

---

[12] Griego: κατέπαυσεν.

Señor es trasladado a la experiencia del creyente por medio del Espíritu Santo que produce en el corazón regenerado el gozo de Dios (Gá. 5:22). El gozo del Señor, en la parábola, es compartido por el siervo y no al revés; no es el gozo del siervo que emociona al señor, sino el gozo del señor que comparte el siervo. El gozo de Dios siempre será mayor que el gozo del hombre. El creyente se sumerge en el océano infinito del gozo de Dios y tendrá gozo abundante cuanto quiera, como quiera y cuando quiera.

5. Y otra vez aquí: No entrarán en mi reposo.

καὶ ἐν τούτῳ πάλιν· **εἰ εἰσελεύσονται εἰς τὴν κατάπαυσίν μου.**
Y en este de nuevo: ¡Si entrarán en el reposo de Mí.

Notas y análisis del texto griego.

Continúa sin interrupción con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐν, preposición de dativo *en*; τούτῳ, caso dativo masculino singular del pronombre demostrativo *este*; πάλιν, adverbio *otra vez, además, de nuevo*. La última cláusula adquiere un marcado sentido irónico con εἰ, conjunción *si*, que denota condición o suposición en virtud de la cual un concepto depende de otros, en el contexto de la expresión y en su forma equivaldría a un no rotundo bajo la condición que se da; εἰσελεύσονται, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz media del verbo εἰσέρχομαι, *entrar, llegar hasta*, aquí como *entrarán*; εἰς, preposición de acusativo *en*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *el*; κατάπαυσιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *descanso, lugar de descanso*; μου, caso genitivo singular del pronombre personal declinado *de mi*.

Καὶ ἐν τούτῳ πάλιν· **εἰ εἰσελεύσονται εἰς τὴν κατάπαυσίν μου.** A modo confirmativo vuelve a aludir a la cita del pasaje anterior (Sal. 95:11). Donde la ira de Dios resuelve la rebeldía de los israelitas, impidiéndoles entrar en las bendiciones de las promesas, por su incredulidad. Es una advertencia continuada sobre las consecuencias de la incredulidad y las consecuencias que acarrean en la vida del creyente.

6. Por lo tanto, puesto que falta que algunos entren en él, y aquellos a quienes primero se les anunció la buena nueva no entraron por causa de desobediencia.

ἐπεὶ οὖν ἀπολείπεται τινὰς εἰσελθεῖν εἰς αὐτήν, καὶ οἱ
Puesto que pues falta que algunos entren en él, y los
πρότερον εὐαγγελισθέντες οὐκ εἰσῆλθον δι᾽ ἀπείθειαν,
primeramente evangelizados no entraron a causa de desobediencia

Notas y análisis del texto griego.

Sigue desarrollando el argumento en un hilo continuado con ἐπεὶ, conjunción *puesto que, ya que, en vista de que, por consiguiente, pues, porque*; οὖν, conjunción causal *pues*; ἀπολείπεται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz pasiva del verbo ἀπολείπω, *dejar atrás, quedar de más*, aquí con sentido de *faltar,* como *falta que*; τινὰς, caso acusativo masculino plural del pronombre indefinido *algunos*; εἰσελθεῖν, aoristo segundo de infinitivo en voz activa del verbo εἰσέρχομαι, *venir a dentro, entrar*, aquí como *entren*; εἰς, preposición de acusativo *en*; αὐτήν, caso acusativo femenino singular del pronombre personal *la*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; πρότερον, adverbio de tiempo *primeramente*; εὐαγγελισθέντες, caso nominativo masculino plural del participio aoristo primero en voz pasiva del verbo εὐαγγελίζω, *evangelizar, proclamar las buenas nuevas*, aquí como *evangelizados*; οὐκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada, que negativiza a εἰσῆλθον, tercera persona plural del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo εἰσέρχομαι, *entrar*, aquí como *entraron*; δι᾽ forma contracta de la preposición de acusativo διά, aquí como *por medio, a causa*; ἀπείθειαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *desobediencia*.

En una continua advertencia se insiste nuevamente en las consecuencias de la incredulidad, ya que ἐπεὶ οὖν ἀπολείπεται τινὰς εἰσελθεῖν εἰς αὐτήν *"falta que algunos entren"* en el reposo que Dios ofrece al creyente. La generación del éxodo fue mantenida fuera del reposo prometido por Dios, a causa de la incredulidad, muy a pesar de las *buenas nuevas* que le habían sido anunciadas. El verbo en el texto griego es el que se usa para referirse a *evangelizar*, de modo que aquellos recibieron de Dios el evangelio, conforme al mensaje de promesas para aquel tiempo y fueron rebeldes a él, por lo que las promesas contenidas en el mensaje no fueron alcanzadas por aquellos.

No cabe duda que el sujeto de la oración, τινὰς, *algunos*, pudiera referirse a creyentes en general que son incrédulos como lo fueron los de la generación de desierto. Pero, también podría tratarse en forma más directa de los hebreos a quienes se escribe la Epístola, que estaban en una situación semejante a la de sus antepasados que no entraron en el reposo, en sentido figurado de la tierra de la promesa. De manera que el reposo sigue abierto a todos, pero, con mayor énfasis se invita a que entren en él los que son de Israel, el antiguo pueblo de Dios. Los que perdieron la bendición en el tiempo histórico pasado son καὶ οἱ πρότερον εὐαγγελισθέντες *"aquellos a quienes primero se les anunció la buena nueva"*, con lo que la insistencia sobre las consecuencias de la desobediencia, se manifiesta una vez más. Ya desde el principio hubo creyentes que no gozaron de la bendición del reposo de Dios por rebeldía, οὐκ εἰσῆλθον δι᾽ ἀπείθειαν, literalmente *no entraron a causa de desobediencia.*

7. Otra vez determina un día: Hoy, diciendo después de tanto tiempo, por medio de David, como se dijo:
Si oyereis hoy su voz,
No endurezcáis vuestros corazones.

πάλιν τινὰ ὁρίζει ἡμέραν, **σήμερον**, ἐν Δαυὶδ λέγων μετὰ
De nuevo fija un día: Hoy, por David que dice después de
τοσοῦτον χρόνον, καθὼς προείρηται·
tanto tiempo como ha sido predicho.
σήμερον ἐὰν τῆς φωνῆς αὐτοῦ ἀκούσητε,
Hoy si la voz de Él oís
μὴ σκληρύνητε τὰς καρδίας ὑμῶν
no endurezcáis los corazones de vosotros.

Notas y análisis del texto griego.

En la progresión de la advertencia escribe πάλιν, adverbio *otra vez, además, de nuevo*; τινὰ, caso acusativo femenino singular del adjetivo indefinido *un*, en sentido de uno único, equivalente a *uno*; ὁρίζει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ὁρίζω, *determinar, fijar*, aquí como *fija*; ἡμέραν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *día*; σήμερον, adverbio de tiempo *hoy*; ἐν, preposición de dativo *por*; Δαυὶδ, caso dativo masculino singular del nombre propio *David*; λέγων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *decir, hablar, expresarse,* aquí como *diciendo, que dice*; μετὰ, preposición de acusativo *después de*; τοσοῦτον, caso acusativo masculino singular del adjetivo demostrativo *tanto, tan grande*; χρόνον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *tiempo*; καθὼς, conjunción, *lo mismo que, según que, cuando,* que desempeña las funciones de partícula comparativa, significando *como*; προείρηται, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz pasiva del verbo προλέγω, literalmente *decir antes,* de ahí *predecir*, aquí como *ha sido predicho*. La última cláusula contiene lo que fue predicho con σήμερον, adverbio de tiempo, *hoy*; ἐὰν, conjunción condicional *si*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; φωνῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *sonido, ruido, voz*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; ἀκούσητε, segunda persona plural del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo ἀκούω, *oír, escuchar,* aquí como *oyereis*; μὴ, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*; σκληρύνητε, segunda persona plural del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo σκληρύνω, *endurecer*, aquí como *endurezcáis*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*, masculino en castellano; καρδίας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *corazón*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de vosotros.*

Πάλιν τινὰ ὁρίζει ἡμέραν, σήμερον. No sólo hay advertencia para el creyente, sino también aliento. La entrada al reposo todavía está abierta después de tanto tiempo. Es una manifestación de la gracia, sin duda para todos, pero especialmente para quienes procediendo por descendencia de los rebeldes que

por su desobediencia no pudieron entrar en el reposo, el acceso se mantiene para estos. Debe recordarse que los destinatarios de la Epístola eran mayoritariamente hebreos. Estos creyentes, en lugar de endurecer sus corazones como los antepasados, podían acogerse a este *"Hoy"* de la gracia. Como también exhorta el apóstol Pablo a no recibir en vano la gracia de Dios, porque *"he aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación"* (2 Co. 6:2). Es un tiempo de urgencia, que no se refiere sólo a la salvación en justificación, sino también en santificación. El año aceptable o agradable es el tiempo de la libertad cristiana (Lc. 4:19). La urgencia de las exhortaciones se aprecia por el énfasis que hace en la palabra *hoy,* o *ahora*. Hay un tiempo para ocuparse de la santificación y entrar en el *reposo* de Dios que concluye mientras el creyente está en la tierra.

ἐν Δαυὶδ λέγων μετὰ τοσοῦτον χρόνον, καθὼς προείρηται. La voz del Espíritu se hace oír nuevamente al fundamentar la urgencia de la exhortación en la cita bíblica. En esta ocasión liga el texto al autor humano de quien proceden las palabras inspiradas por Dios, que fue el rey David. En el texto hebreo masorético, no figura el nombre del autor, aquí se dice que es de David. La LXX, lo titula como *"de David"*[13] Es Dios quien habla por medio de David, que es el instrumento escogido para dar el mensaje. Los escritos bíblicos son *atemporales*, es decir, no tienen destinatarios para un determinado tiempo, sino que trascienden a este y llegan a nosotros hoy con la misma validez que cuando fueron escritos. Es la tercera vez que aparece la cita del Salmo (He. 3:7-8, 15), como una invitación para oír y aceptar la voz de Dios. El mismo reposo prometido a los antiguos está abierto para el pueblo de Dios, a pesar de los siglos transcurridos desde entonces. Esa es una de las principales razones de la urgencia de la invitación para que los creyentes, descendientes de los antiguos, oigan la voz de Dios en lugar de endurecer los corazones y recibir, como aquellos, la disciplina divina por rebeldía. Como escribe el profesor Bruce:

"A fuerza de repetición nuestro autor trata de hacer entender a sus lectores el hecho de que la advertencia divina es aplicable a ellos como lo fue en los días de Moisés o David. Si tratan ligeramente el mensaje de salvación, si tientan a Dios tratando de ver hasta dónde presionar su paciencia, también ellos perderán su 'reposo'. Por lo tanto, la apelación urgente va para ellos, lo mismo que para los contemporáneos del salmista: 'Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones"[14].

8. Porque si Josué les hubiera dado el reposo, no hablaría después de otro día.

---

[13] Griego: αἶνος ᾠδῆς τῷ Δαυίδ
[14] F. F. Bruce. o.c., pág. 76s.

εἰ γὰρ αὐτοὺς ᾿Ιησοῦς κατέπαυσεν, οὐκ ἂν περὶ ἄλλης ἐλάλει
Porque si a ellos Josué hubiera reposado, no acerca de otro hablaría
μετὰ ταῦτα ἡμέρας.
después de otro día.

Notas y análisis del texto griego.

El versículo contiene una cláusula condicional de segunda clase, con εἰ, conjunción afirmativa *si*; seguida de γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta a la conjunción y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; αὐτοὺς, caso acusativo masculino plural del pronombre personal declinado *a ellos*; ᾿Ιησοῦς, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Josué*, en hebreo, *Jesús* en griego, como aparece aquí; κατέπαυσεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo καταπαύω, *calmar, cesar, descansar, reposar*, aquí como *reposó*, o mejor *hubiera reposado*, en concordancia con la condicional; οὐκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada, que negativiza a ἂν, partícula que no empieza nunca frase y que da a ésta carácter condicional o dubitativo, o expresa una idea de repetición, en algunas ocasiones no tiene traducción; περὶ, preposición de genitivo, *acerca de, por*; ἄλλης, caso genitivo femenino singular del adjetivo indefinido declinado *de otro*; ἐλάλει, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo λαλέω, *hablar, decir,* aquí como *hablaría*; μετὰ, preposición de acusativo, *detrás de, después de*; ταῦτα, caso acusativo neutro plural del pronombre demostrativo *esto*; ἡμέρας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *día*.

Εἰ γὰρ αὐτοὺς ᾿Ιησοῦς κατέπαυσεν, οὐκ ἂν περὶ ἄλλης ἐλάλει. La experiencia de bendición que Dios da a su pueblo continúa en el tiempo. El reposo trasciende a los hechos históricos del pasado. Es evidente que el reposo no se circunscribía a entrar en la tierra prometida. Josué introdujo al pueblo en Canaán, y les dio *"descanso de sus enemigos"* (Jos. 21:44; 23:1). Pero, si la promesa divina del reposo se hubiera cumplido o hubiera agotado todo su sentido con la entrada y posesión de la tierra prometida, donde los israelitas fueron introducidos por Josué, no tendría razón alguna para que a lo largo del tiempo, especialmente en las referencias de los Salmos, se insistiera en la posibilidad de acceder al reposo.

El nombre de Josué es el mismo nombre que Jesús, el primero en su expresión hebrea y el segundo en la griega. No cabe duda que el autor de la Epístola está usando el nombre de Josué en sentido histórico referido a quien introdujo al pueblo de Israel en la tierra de la promesa. Sin embargo, en algunas versiones antiguas de la Biblia aparece aquí Jesús, ya que ambos nombres son los mismos. El paralelismo entre Josué del Antiguo Testamento y Jesús, nuestro Señor, van más allá de la identidad de nombres, constituyendo una cierta tipología que se descubre ya desde tiempos de la iglesia primitiva, en sentido de que Josué guió al pueblo de Dios a su herencia en Canaán, como Jesús guía a Su

pueblo a herencia celestial. Sin embargo la referencia a Josué en este versículo no es otra que poner de manifiesto el reposo temporal del pueblo de Israel en tiempos de Josué y el verdadero y definitivo reposo que se alcanza por medio de Jesucristo.

La evidencia es que se habla después de la entrada en Canaán, de ταῦτα ἡμέρας, *otro día*. Si Josué hubiera agotado en ellos el cumplimiento de la promesa, no habría razón para las palabras de David. Cuando el salmista dice esto estaba viviendo en Canaán, como sus antepasados desde Josué, quien no pudo hacer entrar en la tierra a todo el pueblo por la incredulidad de algunos. De manera que si Josué los hubiera hecho reposar de una manera definitiva, cumpliendo el propósito de Dios y agotándolo en ellos, no habría hablado Dios mismo, por medio de David, de otro día, expresado en el *hoy* del Salmo (Sal. 95:7-8), dirigido a los creyentes de este tiempo. La conclusión es sencilla, igualmente que entonces, el creyente hoy no entra en la experiencia del reposo de Dios a menos que viva por fe. El cristiano no será dichoso si no vive una vida de entrega total a Dios (Ro. 12:1).

9. Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios.

ἄρα	ἀπολείπεται	σαββατισμὸς	τῷ	λαῷ	τοῦ	Θεοῦ.
Por tanto	queda	un reposo sabático	para el	pueblo	de	Dios.

Notas y análisis del texto griego.

Una cláusula conclusiva se establece por medio de ἄρα, adverbio, *pues, así pues, en efecto*, se considera también como partícula con sentido de *por tanto, por consiguiente*; ἀπολείπεται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἀπολείπω, *quedar*, aquí como *queda*; σαββατισμὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *reposo sabático*, una palabra que usa el autor para referirse al reposo de Dios; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado declinado *para el*; λαῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo que denota *pueblo*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*, que en español no se usa el artículo por preceder al nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Dios*.

῎Αρα ἀπολείπεται σαββατισμὸς τῷ λαῷ τοῦ Θεοῦ. La argumentación alcanza aquí la culminación expresada en una breve frase conclusiva afirmativa: *"Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios"*. Es notable observar que en el texto griego aparece para reposo[15] una palabra que prácticamente ha sido acuñada por el escritor de la Epístola y que aparece sólo aquí en el Nuevo Testamento, equivalente a *reposo sabático*. Está diciendo

[15] Griego σαββατισμὸς.

literalmente que queda todavía un *sábado de descanso*. Entrar en el reposo de Dios es participar en el reposo al que Dios entró al completar Su obra. Bien sea de creación, ya que ha dejado de crear desde que lo hizo, o mejor, desde la conclusión de la obra de redención en cuyo reposo entró Dios definitivamente, por cuanto no se puede hacer más en el plano de la redención, que ha sido hecha definitiva, plena y totalmente.

El reposo se alcanza en una vida rendida plenamente a Dios. A las bendiciones de Dios se acceden mediante la fe. Quiere decir, que la vida de fe, en dependencia plena de Dios, permite al creyente la experiencia del reposo de Dios. La vida de fe es el estilo propio de la vida cristiana, porque, como dice el apóstol Pablo: *"Por fe andamos"* (2 Co. 5:7). El modo de vivir el reposo de Dios se desarrollará más adelante (cap. 11). No cabe duda que el reposo alcanzará la dimensión absoluta y perfecta en la glorificación del creyente, ya que tanto los creyentes anteriores como los actuales esperamos la *"ciudad con fundamento cuyo arquitecto es Dios"* (11:10). Sin embargo, ya disfrutamos el reposo, como todas las bendiciones futuras que esperamos, por medio de la fe que las sustancia en segura certeza.

10. Porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas.

ὁ γὰρ εἰσελθὼν εἰς τὴν κατάπαυσιν αὐτοῦ καὶ αὐτὸς
Porque el que entró en el reposo de Él también el mismo
κατέπαυσεν ἀπὸ τῶν ἔργων αὐτοῦ ὥσπερ ἀπὸ τῶν ἰδίων ὁ Θεός.
reposó de las obras de Él como de las propias - Dios.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad escribe ὅ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al pronombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; εἰσελθὼν, caso nominativo masculino singular del participio aoristo segundo en voz activa del verbo ἔρχομαι, *entrar*, aquí como *que entró*; εἰς, preposición de acusativo *en*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*, masculino en castellano al referirse a *reposo*; κατάπαυσιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *reposo, descanso, cese de actividad*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; αὐτὸς, caso nominativo masculino singular del pronombre personal intensificado *él mismo*; κατέπαυσεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo καταπαύω, *calmar, cesar, descansar, reposar*, aquí como *reposó*; ἀπὸ, preposición de genitivo *de*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *los*, femenino en castellano al referirse a *obras*; ἔργων, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *trabajos, obras*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de él*; ὥσπερ, adverbio de modo

equivalente a *como, así como, lo mismo que, del mismo modo que*, aquí *como*; ἀπὸ, preposición de genitivo *de*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *los*; ἰδίων, caso genitivo neutro plural del adjetivo *propios*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se traduce en español al acompañar a nombre propio; Θεός, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Dios.*

Ὁ γὰρ εἰσελθὼν εἰς τὴν κατάπαυσιν αὐτοῦ. Sigue la dificultad de determinar quienes son esos que entraron en el reposo. Como regla general de interpretación, el que entró en el reposo de Dios es el creyente *espiritual*, que se goza en la paz perfecta de Dios y descansa en Él. Los *inquietos* o *desasosegados* son los creyentes *carnales*, esto es, quienes viven en Cristo pero no bajo el control del Espíritu Santo; son esencialmente los creyentes a quienes el apóstol Pablo llama *carnales* en sus epístolas. La vida cristiana plena es la del compromiso con Cristo que se vive bajo la conducción del Espíritu (Col. 2:6; Gá. 5:16). La paz de Cristo solo es posible cuando se vive a Cristo. De ahí la importancia de entender claramente que ser cristiano no es asunto de religión, sino de comunión con Cristo. Lo que define la verdadera forma de vida cristiana son las palabras del apóstol: *"Para mí el vivir es Cristo"* (Fil. 1:21). Jesús prometió *su paz*, la personal suya (Jn. 14:27), que solo es posible alcanzarla en la medida en que Él mismo que la dio la hace realidad haciéndose vida en el creyente.

καὶ αὐτὸς κατέπαυσεν ἀπὸ τῶν ἔργων αὐτου Las obras de que descansa son las suyas propias, las hechas por su propio esfuerzo y conforme a sus propios planes. De ese modo procede el creyente carnal, quien estando en Cristo no anda conforme a Cristo. Tal es la situación cambiante de la inquietud al reposo para quienes no andan conforme a la carne sino según el Espíritu, que el apóstol Pablo describe (Ro. 8:1-4). Lo que no era posible que se alcanzara en el poder personal del hombre, es posible ahora para los creyentes. Las dos leyes son contrastadas: la de la carne produce pasiones y obras contrarias a Dios (Gá. 5:19-21); la del Espíritu produce fruto para gloria de Dios (Gá. 5:22-23). De ahí que la necesidad para vivir en el reposo de Dios, sea dejarse conducir por el Espíritu. Ese es el único modo de *"andar en Cristo"*, como enseña el mismo apóstol (Col. 2:6-7). El creyente espiritual descansa de *su obrar* y confía en el poder y la gracia de Dios para llevar a cabo la vida victoriosa. No se alcanzan posiciones de poder y victoria espiritual sino por aquel que depende exclusivamente de la fortaleza de la gracia de Dios (1 Co. 15:10). Nadie más que el que es conducido por el Espíritu puede afirmar que para él la razón y modo de vida es Cristo mismo (Fil. 1:21).

Es preciso llegar a entender claramente el reposo de Dios, desde la única condición posible que es la de dejar *nuestras obras*, para descansar plenamente

en la de Dios. Eso exige un cambio de mentalidad que se produce en todo aquel que ha nacido de nuevo. El mejor comentario para este punto son las palabras del apóstol Pablo (Fil. 3:7-14). En la enseñanza del apóstol las cosas que se alcanzaban, o mejor, se pretendían alcanzar por el esfuerzo de la religión y del cumplimiento de los preceptos recibidos, se dejan a un lado estimándolas como pérdida (Fil. 3:7). Las cosas que se dejan no son necesariamente *malas* en sí mismas, pero se convertían en pérdida en lugar de ganancia al ser objetos de ganancia y gloria personal. El apóstol consideraba sus títulos de gloria no como indiferentes, sino como perjudiciales. En ese mismo sentido se encuentran todos aquellos que se glorían en su historia, en sus formas de adoración, en sus principios denominacionales, haciendo de todo ello su timbre de honor y gloria, sosteniéndose en el esfuerzo personal y no bajo la conducción del Espíritu. Todo el cambio se produce *"por amor de Cristo"*, literalmente *"por causa de Cristo"*. Pablo, el fariseo afanado en su justicia se encontró con Cristo que salió a buscarle en el camino a Damasco (Hch. 9:1-31; 22:1-21; 26:12-18). La gloria de Jesús eclipsó toda la gloria de Pablo. La gracia de Dios y la obra de Cristo en la cruz, derribó la justicia del fariseo, quien dejó la suya para recibir la de Cristo. El amor de Jesús le impactó de tal manera que no podía borrarlo ya de su pensamiento (Gá. 2:20b). Desde entonces Jesús fue la razón de su vida (Fil. 1:21). Esta forma de pensamiento y, por tanto, de actuación alcanza todo el ámbito de la vida cristiana, no sólo en el pasado para la justificación, sino en el día a día de la santificación. Es más, se produce una progresión, porque son las cosas del sistema religioso las que pueden dificultar la plena aceptación de Cristo y de su justicia (Fil. 3:8). Es preciso renunciar a la propia tranquilidad personal de una vida fácil para aceptar convertirse en objeto de persecución por el simple hecho de vivir a Cristo (1 Co. 4:11, 12). Cualquier cosa es pérdida ante la grandeza del Señor. Esto es lo que tiene ventaja sobre todo y es suprema ganancia. Quien aprende a conocer a Jesús como el Dios de la gloria, abandona todo cuanto pudiera ser atractivo, cuya gloria se esfuma ante la gloria del Señor. El que entra en el descanso de Dios, Jesús se convierte en la única *ganancia*, por tanto todo lo demás, en el esfuerzo personal, es simple *pérdida*. Cristo se hace todo para el cristiano: Su vida (Gá. 2:20); su amor (Fil. 3:8); su fuerza (Fil. 3:14); su gloria (Gá. 6:14); y su galardón (2 Ti. 4:8). Todo cuanto puede ser glorioso a los ojos de los hombres, se renuncia fácilmente, para alcanzar a Cristo y con Él la gloriosa experiencia del reposo de Dios. El apóstol Pablo habla de *"ganar a Cristo"* (Fil. 3:8). No significa simplemente *tener* a Cristo, ya que todo creyente lo tiene desde el momento en que lo recibe como Salvador, sino *apropiarse* de Cristo, hacerse del todo con Él y ser hallado en Él, como en el elemento en que vive y se mueve. Implica, pues, una experiencia plena de comunión con Cristo. Si se quiere estar en el *reposo* de Dios, necesariamente se tiene que estar en Cristo. Esa es la posición propia del creyente: *"ser hallado en Él"*, equivalente a *estar* en él. Ningún creyente debe ser buscado en otro lugar que no sea en Cristo. Estar en Cristo es la posición natural de quien ha nacido

de nuevo. Al creer, el Espíritu coloca al creyente en Cristo (1 Co. 12:13) e implanta a Cristo en el creyente (Gá. 3:27). Por tanto, la consecuencia es sencilla: *"No teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe en Cristo"* (Fil. 3:9). La justicia del hombre, bien sea para salvación como para santificación, es incompatible con la justicia de Dios, por tanto, una de ellas debe ser desechada. El hombre natural y el creyente carnal pretende alcanzar la justicia mediante el esfuerzo personal del cumplimiento de normas legales o religiosas. La justicia práctica y el modo de vida en la santificación están en *ser hallado* en Cristo. Las consecuencias de esa posición en Cristo son una verdadera progresión (Fil. 3:10). El creyente alcanza un mayor conocimiento cada día del Señor. No se conforma con saber que es salvo, sino que desea vivir a Cristo experimentalmente. La santificación es una progresión hasta alcanzar en la glorificación la completa semejanza con Cristo (1 Jn. 3:2). La primera experiencia en el reposo cristiano se alcanza en el conocimiento del *"poder de su resurrección"*. El Resucitado es poseedor del poder supremo (Mt. 28:18; Fil. 2:9-11). El poder de Cristo es comunicado al creyente que está en Él para una experiencia victoriosa en la vida de santificación (2 Co. 2:14). El conocimiento experimental con el Señor resucitado es la provisión de poder (Ro. 8:11). Es una vida libre de la esclavitud espiritual que esclavizaba al pecador no regenerado, sujetándolo al *yo*, del que es liberado por el poder de Cristo (Gá. 2:20); liberándolo también del poder esclavizante de la carne (Gá. 5:24); y liberándolo del poder esclavizante del mundo (Gá. 6:14). Este poder en Cristo, permite también al creyente una nueva orientación celestial, sin esfuerzo personal ninguno, como algo natural en la vida recibida en Cristo y por Cristo (Col. 3:1). La identificación con Cristo comunica asimismo la certeza de la inmortalidad (Ro. 8:11; 1 Co. 15:14ss). De la misma manera la certeza del triunfo sobre el pecado (Ro. 7:24s). Y, finalmente, la seguridad del estímulo y poder para llevar a cabo la vida moral y espiritual bajo el poder de Dios (Ro. 6:4ss; Gá. 2:20; Col. 2:12; Ef. 2:5). El verdadero *reposo* de Dios, al que accede el creyente consiste en dejar a un lado los afanes y obras de la carne, para experimentar una plena identificación con el Resucitado. Es dejar lo propio para aceptar lo de Dios.

Ὥσπερ ἀπὸ τῶν ἰδίων ὁ Θεός. Del mismo modo que Dios *cesó* en Su obra concluida, así el creyente que entra en el reposo de Dios, cesa en todas sus obras para descansar en la obra divina plenamente realizada. Dios está satisfecho de su obra creadora y redentora; de la misma manera el cristiano espiritual está satisfecho también en la obra de Dios y sólo desea disfrutar en la gracia de sus promesas y experimentar, sin esfuerzo personal alguno, sus bendiciones.

Recursos contra la incredulidad (4:11-16).

11. Procuremos, pues, entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia.

Σπουδάσωμεν οὖν εἰσελθεῖν εἰς ἐκείνην τὴν κατάπαυσιν, ἵνα μὴ ἐν
Esforcémonos pues entrar en aquel - reposo para que no en
τῷ αὐτῷ τις ὑποδείγματι πέσῃ τῆς ἀπειθείας.
el mismo alguno ejemplo caiga de la desobediencia.

Notas y análisis del texto griego.

El nuevo párrafo se inicia con σπουδάσωμεν, primera persona plural del aoristo primero de subjuntivo en voz activa, volitivo, del verbo σπουδάζω, *esforzarse, apresurarse*, aquí como *esforcémonos*; οὖν, conjunción causal *pues, así que, de modo que, por consiguiente, por cuanto*; εἰσελθεῖν, aoristo segundo de infinitivo en voz activa del verbo εἰσέρχομαι, *venir a dentro, entrar*, aquí como *entrar*; εἰς, preposición de acusativo *en*; ἐκείνην, caso acusativo femenino singular del pronombre demostrativo *aquella*, masculino en español al referirse a *reposo*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*, este artículo no se usa en español en una construcción gramatical semejante; κατάπαυσιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *descanso, reposo*; ἵνα, conjunción, *que, para que*, *por que, a fin de que, de modo que*; μή, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*, ἐν, preposición de dativo *en*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado *lo*; αὐτῷ, caso dativo neutro singular del pronombre personal intensificado *el mismo*; τις, caso nominativo masculino singular del pronombre indefinido *alguno*; ὑποδείγματι, caso dativo neutro singular del sustantivo que denota *ejemplo, modelo, imagen*; πέσῃ, tercera persona singular del segundo aoristo de subjuntivo en voz activa del verbo πίπτω, *caer*, aquí como *caiga*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; ἀπειθείας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *desobediencia.*

Σπουδάσωμεν οὖν εἰσελθεῖν εἰς ἐκείνην τὴν κατάπαυσιν. Una de las características de la Epístola es la continua insistencia en recordar a los lectores la necesidad de prestar atención preferente a asuntos de la vida de fe. En este caso la advertencia adquiere un aspecto de exhortación, llamando a *esforzarse*, *prestar atención*. El modo verbal utilizado aquí en el texto griego equivale a *apresurarse*. El mismo término aparece en otros lugares, traducido como *"solícitos"* (Ef. 4:3), *"procurar con diligencia"* (2 Ti. 2:15; 2 P. 3:14); *"procurar"* (2 P. 1:10). En todos los casos la idea de atención y rapidez de acción está presente. En consecuencia de todo cuanto se puede alcanzar en el reposo de Dios por medio de la fe, y en contraste con las consecuencias funestas consecuentes a la incredulidad, se urge a los lectores para que se esfuercen en disfrutar del reposo de Dios, sin perderlo por desobediencia. Se está requiriendo aquí *atención* y *diligencia* para mantenerse en lo que Dios estableció para la

vida de bendiciones y paz en su reposo. No hay ningún contrasentido con lo que se ha dicho antes. El creyente no tiene que hacer ningún esfuerzo para conseguir lo que Dios da en la gracia, pero debe prestar diligente atención para perseverar en ello. Son las dos caras de una misma moneda. Por un lado está la diligencia para no salirse del camino de la fe y de la dependencia del poder del Espíritu de Dios, pero, al mismo tiempo, debe entenderse claramente que es Dios quien produce en el creyente tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad (Fil. 2:13). El creyente tiene una gran responsabilidad y debe dedicar atención preferente para vivir en la esfera de victoria y bendiciones que Dios otorga por gracia. Es, pues, responsable de aquello que ha recibido de Dios, ya que Él nunca ha pedido nada que primeramente no haya dado, o haya capacitado para hacer. A la soberanía de Dios, en todo cuanto tiene que ver con salvación, corresponde la responsabilidad del creyente que recibe la provisión de la gracia para poder llevarlo a cabo.

No cabe duda que esta diligencia requerida, la urgencia expresada en la demanda, se debe también a lo corto del tiempo que el creyente tiene *"mientras se dice: Hoy"*. La diligencia está orientada a οὖν εἰσελθεῖν εἰς ἐκείνην τὴν κατάπαυσιν *"entrar en aquel reposo"*. Una vez más se manifiesta una aparente contradicción: *"descansar de las obras"* (v. 10), y poner toda la diligencia y empeño *"para entrar"*. Dios esfuerza al creyente con sus propias fuerzas, comunicándoselas a quien no tiene de sí ninguna, por tanto, puede *esforzar* y demandar ese esfuerzo, con las fuerzas que Él mismo da (Is. 40:29). De otro modo: Dios requiere un esfuerzo y diligencia para *entrar*, pero primero da las fuerzas y produce en la intimidad del creyente el deseo para hacerlo.

Ἵνα μὴ ἐν τῷ αὐτῷ τις ὑποδείγματι πέσῃ τῆς ἀπειθείας. La razón de una exhortación así tiene que ver con que *"ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia"*. Primero en sentido espiritual de apartarse del Dios vivo (3:12b). En segundo lugar en el sentido real de *perecer*, como los que fueron desobedientes en el pueblo de Israel en días de Moisés. Este *perecer* en cuanto a la muerte física, como ocurrió en el ejemplo de los rebeldes de la antigua dispensación, no es algo posible, sino real en la nueva. La pérdida de la vida se produce también con algunos como un acto disciplinario de parte de Dios sobre quienes viven *apartados*, es decir, desobedientes al Dios vivo. Tal es el ejemplo del incestuoso en Corinto (1 Co. 5:5). Así también ocurrió con Ananías y Safira (Hch. 5:1ss). Del mismo modo se produjo entre los divisionarios de la iglesia en Corinto (1 Co. 11:30). El apóstol Juan generaliza esto enseñando sobre pecado que conduce a muerte (1 Jn. 5:16). El escritor exhorta aquí a prestar atención a la historia de Israel, donde el pecado de rebeldía trajo la muerte física de muchos desobedientes y está puesto, como otros muchos ejemplos de la historia, para que el creyente no caiga en él (1 Co. 10:6, 11).

12. Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.

Ζῶν γὰρ ὁ λόγος τοῦ Θεοῦ καὶ ἐνεργὴς καὶ τομώτερος ὑπὲρ πᾶσαν
Porque viva la palabra - Dios y eficiente y más cortante que toda
μάχαιραν δίστομον καὶ διϊκνούμενος ἄχρι μερισμοῦ ψυχῆς καὶ
espada de dos filos y que penetra hasta división del alma y
πνεύματος, ἁρμῶν τε καὶ μυελῶν, καὶ κριτικὸς ἐνθυμήσεων
de espíritu de coyunturas tanto como de médula y discernidora de pensamientos
καὶ ἐννοιῶν καρδίας·
y de intenciones de corazón.

Notas y análisis del texto griego.

El versículo sobre la eficacia de la Palabra comienza con ζῶν, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ζάω, *vivir*, aquí como *viva*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al verbo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; λόγος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *discurso, dicho, palabra*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se usa en español al preceder a nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Dios*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐνεργὴς, caso nominativo masculino singular del adjetivo *eficaz,* o *eficiente*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τομώτερος, caso nominativo masculino singular del adjetivo comparativo de τομός, *cortante*, que expresa la condición de *mas cortante*; ὑπὲρ, preposición de acusativo *que*; πᾶσαν, caso acusativo femenino singular del adjetivo indefinido *toda*; μάχαιραν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *espada*, especialmente referido a la espada corta utilizada en combate para la defensa personal; δίστομον, caso acusativo femenino singular del adjetivo *de dos filos*, literalmente de *dos bocas*; καὶ, conjunción copulativa *y*; διϊκνούμενος, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo διϊκέομαι, *penetrar,* aquí como *que penetra*; ἄχρι, preposición de genitivo *hasta*; μερισμοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo *división*; ψυχῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de alma*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πνεύματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo declinado *de espíritu*; ἁρμῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo declinado *de coyunturas*; τε, partícula conjuntiva, que puede construirse sola, pero generalmente está en correlación con otras partículas, en este caso, al preceder a καὶ, conjunción copulativa *y*, adquieren juntas el sentido de *como con, tanto como, no solamente, sino también*; μυελῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo declinado *de médula*; καὶ, conjunción copulativa *y*; κριτικὸς, caso nominativo masculino singular del adjetivo *discernidor*; ἐνθυμήσεων, caso genitivo femenino plural del sustantivo declinado *de pensamientos, de refleión*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐννοιῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo declinado *de intenciones*; καρδίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de corazón*.

Nuevamente se apela a la Palabra, como lo que da razón a cuanto se ha dicho antes. No se trata del Verbo encarnado, sino de la Palabra escrita, la que fue oída en el desierto, en tiempos de Moisés, por los desobedientes. Esta Palabra constituye la revelación divina, que es también proclamada ahora en la Escritura. La Palabra confronta y revela las intenciones del corazón, que es engañoso (Jer. 17:9). Esa es una de las evidencias que prueban la inspiración plenaria de la Biblia.

Ζῶν γὰρ ὁ λόγος τοῦ Θεοῦ. La primera consecuencia de la inspiración es la vitalidad de la Palabra. Al soplo de Dios en el escrito original, adquiere vida, participando en el soplo divino que le comunica la misma vida de Dios y por tanto su capacidad operativa. Cuando el escritor, escogido soberanamente para trasladar la revelación divina al escrito bíblico, concluye la obra que Dios le había establecido, el mismo Espíritu de Dios sopla sobre el original vivificándolo. De la misma forma que cuando sopló sobre los elementos inanimados en la creación del hombre les comunicó vida, para que formasen el ser viviente que se llama *hombre* (Gn. 2:7), así también comunica vida eficaz a la Escritura que es, toda ella sin excepción alguna en el original, Palabra de Dios. La Biblia es, por tanto, un escrito *vital* y produce efectos de vida, ya que *"el Espíritu es el que da vida"* (Jn. 6:63). Por esa razón se exhorta al creyente a permanecer *"asido de la Palabra de vida"* (Fil. 2:16). La Palabra de Dios, viva, es implantada, sembrada, en el corazón y salva al hombre, como enseña Santiago: *"Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas"* (Stg. 1:21). La Palabra, mediante la cual Dios habla, debe ser recibida con *mansedumbre*, muy acorde con lo que el escritor de la Epístola a los Hebreos está insistiendo, en contraste con aquellos que no atendieron a la Palabra de Dios en una actitud altiva. Esa Palabra implantada ha de ser recibida, aunque parezca un contrasentido. La Palabra fue implantada en el creyente en el acto de la regeneración, pero esa *semilla* divina sembrada en el buen campo, debe germinar y enraizarse en el creyente de tal manera que forme parte de la misma vida de cada cristiano. Esa Palabra viva hará la obra completa para la que fue enviada por Dios. Esa Palabra actuó en el nuevo nacimiento como mensaje de vida en el Evangelio que ha sido anunciado (1 P. 1:23-25). Esa Palabra que se siembra en el corazón, porque es viva, salva al hombre (Stg. 1:21). No cabe duda que quien salva al hombre es Cristo, el único Salvador establecido por Dios (Hch. 4:12), pero, Dios usa la Palabra como instrumento para llevar al hombre al Salvador, en el mensaje de salvación escrito en ella. La Palabra que inicialmente conduce a salvación, prosigue su acción en la vida de santificación, que es el segundo nivel en el proceso de salvación, como experiencia de salvación en el tiempo terrenal del salvo. Los liberales afirman que el sentido de *vida en la Palabra*, es de una teología posterior al tiempo

apostólico, sin embargo, Esteban, en su defensa ante el Sanedrín, alude a la Palabra viva de Dios, cuando dice: *"Este es aquel Moisés que estuvo en la congregación en el desierto con el ángel que le hablaba en el monte Sinaí, y con nuestros padres, y que recibió palabras de vida que darnos"* (Hch. 7:38). Quiere decir que ya los antiguos entendían que las palabras de Dios en los escritos bíblicos eran palabras de vida. Al tener la vida de Dios comunicada en el soplo inspirador (2 Ti. 3:16), y al ser la vida de Dios eterna, la Palabra *"vive y permanece para siempre"* (1 P. 1:23). Esto comporta que la Escritura sea atemporal, porque es la palabra eterna que se oye en cualquier momento de la temporalidad humana, mientras que ella sigue siendo el eterno presente del mensaje de Dios.

Καὶ ἐνεργὴς. Además de viva, la Palabra es también *eficaz*. El adjetivo que aparece en el texto griego[16], expresa la condición de aquello que es *eficaz y activo*. El término en español pone de manifiesto aquello que es activo y poderoso para obrar. Ese calificativo se aplica a Dios que provee de la energía necesaria para el ejercicio de las actividades en la Iglesia (1 Co. 12:6), y da el poder necesario para formar *"el querer y el hacer"* en el creyente, por su voluntad (Fil. 2:13). Pero, la Palabra, además de *eficaz*, es también *eficiente*, que es la virtud o facultad para lograr un efecto. Para entender bien el significado completo de las dos palabras, podemos suponer que para una determinada enfermedad hay un medicamento que es *eficaz*, es decir, tiene poder operativo para resolver el mal, pero, sólo es *eficiente* cuando se toma, de manera que quien no toma el medicamento posee algo *eficaz* pero para él no es *eficiente*. Sin embargo, la Palabra es siempre *eficaz y eficiente,* de otro modo, es operativa y operante, es decir, no sólo es eficaz porque tiene poder para actuar, sino que es eficiente en la aplicación del poder operante. La Palabra actúa siempre eficazmente para lo que Dios la envía (Is. 55:11). Cuando no produce vida, por rebeldía produce juicio, pero siempre es eficiente. Además, la Palabra comunica sabiduría según Dios (2 Ti. 3:15), porque es *inspirada* por Él (2 Ti. 3:16). Todo aquello que no vaya sustentado en la Palabra, en relación con la vida del creyente, no conduce a alcanzar sabiduría y, por tanto, a un caminar sabio delante de Dios. Es preciso recordar permanentemente que sólo la Palabra edifica al creyente, por ello el liderazgo en la iglesia debe velar por la exposición continuada de la Escritura en la congregación. Por otro lado, cuanto no sea palabra de Dios no es eficaz, de manera que es inútil para la edificación de los creyentes. En algunas ocasiones se enseña, junto a la Palabra o incluso en sustitución de ella, mandamientos y tradiciones de hombres a los que se les da la categoría de enseñanza de Dios, pero que al no serlo verdaderamente, conducen al debilitamiento espiritual de los creyentes y a introducirlos en el yugo del legalismo religioso, con gran apariencia de piedad pero totalmente

---

[16] Griego ἐνεργής.

ineficaz contra los apetitos de la carne, porque esa enseñanza es carne en sí misa (Col. 2:18-23).

Καὶ τομώτερος ὑπὲρ πᾶσαν μάχαιραν δίστομον. La Palabra es también *cortante.* Para acentuar la fuerza cortante de la Palabra la compara a una espada de dos filos, pero reforzando la idea con el adjetivo comparativo[17] que se traduce como *más cortante que*. Es decir, la Escritura es más cortante que una espada corta, de las utilizadas para la defensa personal, que en ocasiones se traduce como *daga*, a la que se le han hecho dos filos bien aguzados, por tanto, puede cortar a *diestra y a siniestra*. Es relativamente frecuente la comparación en la Biblia. De ese modo la usa el profeta cuando dice: *"Puso en mi boca como espada aguda"* (Is. 49:2). El apóstol Pablo llama a la Biblia *"la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios"* (Ef. 6:17). Sorprendentemente es en el Apocalipsis donde más veces se recurre a la figura (cf. 1:16; 2:12, 16; 19:15, 21). Especialmente elocuente es cuando describiendo al Señor dice que *"de su boca salía una espada aguda de dos filos"*. El verbo que utiliza Juan en participio de presente en voz media, expresa la idea de algo que está en curso, como si dijese que la espada *estaba saliendo* de su boca. El arma no era defensiva sino ofensiva. No se trataba de una espada corta, sino de la espada de combate, utilizada para el ataque en una ofensiva militar. La espada es el emblema de quien tiene autoridad para juzgar y ejecutar la sentencia judicial (Ro. 13:4). Esa espada se cataloga como de *dos filos*, literalmente en griego de *dos bocas*, de manera que actúa en todas las direcciones. No importa hacia donde dirija la espada el que la maneje, tiene filo cortante para herir al contrario. En cierta medida puede equipararse al bisturí con que un cirujano corta para sanar. Aunque es también el arma propia del juez, que juzga a los enemigos (Ap. 2:12). Además, Juan al detallar la visión señala también que era *aguda*, es decir, estaba bien afilada para que cumpliese la misión prevista para ella. El apóstol Pablo escribe sobre el *magistrado* que lleva espada para actuar contra los malvados (Ro. 13:4). Dios actuará en juicio contra quienes no se arrepientan, con la espada, es decir, con el juicio y castigo que corresponda a cada uno según su estricta y recta justicia, que da tiempo para la rectificación y el arrepentimiento (Ap. 2:16). El aspecto judicial determinado en la figura de la espada alcanza a los individuos y a los colectivos, las naciones (Ap. 19:15). La victoria final de Dios sobre sus enemigos queda representada también por la acción de esta espada que sale de la boca del Señor (Ap. 19:21). La visión que Juan presenta es, sin duda, una visión de juicio. El Señor dispuesto a actuar judicialmente sobre el mundo a causa del pecado de los hombres. Esa espada que sale de la boca equivale también a su palabra de autoridad. Esa palabra del Señor es irresistible. Quien creó los mundos y los sustenta con la palabra de su poder (He. 1:3), cuya determinación por

---

[17] Griego: τομώτερος.

omnipotencia se cumple siempre, actuará también con ese mismo poder de su palabra contra los que se oponen impíamente a Dios. La Palabra escrita, vinculada a la boca de Dios, porque es su Palabra, es comparada también con una espada de dos filos que entra hasta lo profundo de la intimidad del hombre para poner al descubierto las intenciones del corazón (He. 4:12). Esa palabra del Señor juzgará y castigará a los perversos (Jn. 12:48). Será necesario que cada uno se pregunte ahora cual es la relación personal que, como creyentes, tenemos con la Palabra de Dios. No siempre es nuestra *delicia*, como decía el salmista y no siempre nuestros pensamientos discurren por las sendas marcadas por ella, siendo nuestra meditación en ella de noche y de día (Sal. 1:1-2). La Biblia no está marcadamente en el púlpito de las iglesias y ha desaparecido de la reunión familiar de los creyentes en las casas. Hay incluso quienes usan la Biblia solamente los domingos dejándola en algún lugar del templo durante toda la semana. La ignorancia de la Palabra trae como consecuencia vidas alejadas de la voluntad de Dios. Ese olvido voluntario de la Biblia produce consecuencias lamentables en las vidas de muchos creyentes que dejan de ser bienaventurados para pasar a la condición de ser infelices.

Καὶ δϊικνούμενος ἄχρι μερισμοῦ ψυχῆς καὶ πνεύματος, ἁρμῶν τε καὶ μυελῶν. Es también, además de *cortante*, *penetrante*. Quiere decir, con la figura del lenguaje, que la Palabra llega a donde ningún hombre puede penetrar, a lo más íntimo y secreto de ser. El autor acumula términos en un esfuerzo retórico para expresar la naturaleza íntima del hombre en todas sus partes, es decir, la parte espiritual de la naturaleza humana. No debe buscarse aquí la forma de pensamiento del autor en relación con el hombre, como si se tratase de un ser de dos partes o de tres partes. La intención aquí es referirse a la intimidad del hombre en la forma más específica. Una manera de significar la sutil penetración de la Palabra se hace apelando a la distinción entre las coyunturas y los tuétanos, las articulaciones y la médula, para indicar que llega a los recovecos más escondidos del ser, trayendo también a la luz incluso los motivos propios y naturales del subconsciente. Es tan cortante y penetrante que llega a la línea divisoria separándola entre el alma y el espíritu. Es decir, profundiza en las intimidades e interioridades de la parte espiritual del hombre, a donde nadie puede llegar salvo Dios mismo, que lo hace por medio de su Palabra.

Καὶ κριτικὸς ἐνθυμήσεων καὶ ἐννοιῶν καρδίας. Este elemento *eficaz y eficiente* que es la Escritura, se hace también *discerniente*, poniendo de manifiesto *"los pensamientos y las intenciones del corazón"*. Es decir, llega a la intimidad de los pensamientos que motiva los razonamientos y a las intenciones que producen las acciones. El escritor utiliza un adjetivo para referirse a la

acción de *discernir*[18], que expresa la habilidad y capacidad para juzgar. La palabra da origen al término castellano *crítico*, que se refiere al arte de juzgar las cosas. Específicamente aquí tiene que ver con la capacidad para censurar las acciones o la conducta de la persona. La Palabra, pues, *critica* los pensamientos y las intenciones del corazón. Es decir, discierne y juzga los pensamientos y los sentimientos, revelando la verdadera naturaleza de ellos. Debe tenerse en cuenta que el corazón del hombre es *engañoso*, por tanto puede *engañar* (Jer. 17:9). Un ejemplo que ilustra bien esta situación, es la ocasión en que David, el rey de Israel, determinó trasladar el arca de Baala de Judá, de la casa de Abinadab, a Jerusalén. David tuvo un pensamiento que aparentemente era bueno, de trasladar el arca en un carro nuevo (2 S. 6:3). Sin duda alguna el rey pensó que sería más digno del arca un carro nuevo, posiblemente bien engalanado, que a hombros de los sacerdotes. La festividad era sincera, los cánticos y la música ponían de manifiesto la alegría genuina del momento, sin embargo, el traslado resultó en tragedia con la muerte de Uza al tocar el arca, tratando de sostenerla cuando los bueyes que tiraban del carro tropezaron cerca de la era de Nacón (2 S. 6:6). El pensamiento del corazón de David fue engañoso. No hubiera ocurrido nada, si antes del traslado del arca al estilo filisteo, hubiese leído en la Palabra lo que Dios había establecido para el traslado del mueble. Los pensamientos y las intenciones del corazón son discernidos por la lectura de la Palabra. Lo que los hombres no pueden juzgar por desconocido, lo hace la Palabra de Dios.

13. Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia, antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de Aquel a quien tenemos que dar cuenta.

καὶ οὐκ ἔστιν κτίσις ἀφανὴς ἐνώπιον αὐτοῦ, πάντα δὲ γυμνὰ
Y no hay criatura no manifiesta a la vista de Él, antes bien todo desnudo
καὶ τετραχηλισμένα τοῖς ὀφθαλμοῖς αὐτοῦ, πρὸς ὃν ἡμῖν
y puesto al descubierto a los ojos de Aquel a al que nosotros
ὁ λόγος
la cuenta.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo sin interrupción enlaza con lo que antecede mediante καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de οὐκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada, que negativiza a ἔστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser, estar, existir*, aquí como *hay*; κτίσις, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *criatura*; ἀφανὴς, caso nominativo femenino singular del adjetivo *invisible, oculto, no visto*, de

[18] Griego: κριτικὸς.

φαίνω, ver, precedido de α privativa, de ahí *no visto*; ἐνώπιον, preposición impropia de genitivo *en presencia de*, *a la vista de*, *delante*; la palabra ἐνώπιον, compuesta de ἐν más la raíz ὀπ, *ver, ojo*, es el acusativo neutro singular del adjetivo ἐνώπιος, *el que está a la vista, ante el rostro de, el que está en presencia de*, que se ha convertido en adverbio, que en el helenismo se construye con genitivo y se emplea como preposición impropia; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; πάντα, caso nominativo neutro plural del adjetivo indefinido *todo*; seguido de δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, antes bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; γυμνα, caso nominativo neutro plural del adjetivo *desnudo*, *descubierto*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τετραχηλισμένα, caso nominativo neutro plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo τραχηλίζω, *poner al descubierto*, aquí como *puesto al descubierto*, la palabra significa literalmente *con el cuello descubierto*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado declinado *a los*; ὀφθαλμοῖς, caso dativo masculino plural del sustantivo *ojos*, αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Aquel*; πρὸς, preposición de acusativo *a*; ὃν, caso acusativo masculino singular del pronombre relativo *al que*; ἡμῖν, caso dativo plural del pronombre personal *nosotros*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; λόγος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *asunto, causa, contar, cuenta, cosa, decir, dicho*, etc. aquí en sentido de *contar,* esto es, *dar cuenta.*

Καὶ οὐκ ἔστιν κτίσις ἀφανὴς ἐνώπιον αὐτου. La Biblia es también *manifestante*. No sólo profundiza, separa y discierne, sino que también pone de manifiesto todo. Al entrar en lo más íntimo del ser personal pone también de manifiesto todo cuanto hay en él, ante la mirada escudriñadora de Dios. El sujeto de la oración en este versículo no es la Palabra sino Dios mismo, pero se vincula con ella como poseedora de las perfecciones de Dios, porque procede de Él. Como dice Archibal Thomas: *"El microscopio de Dios puede poner en evidencia al más diminuto microbio de duda y pecado"*[19]. La figura en mente del escritor es la de un animal ofrecido en sacrificio de holocausto, que debía ser abierto para que el sacerdote manifestara que no tenía defecto interno alguno (Lv. 1:6, 9). De la misma manera el creyente está llamado a presentarse de esta misma manera ante Dios, por cuanto él es sacrificio en Su presencia (Ro. 12:1).

Πάντα δὲ γυμνὰ καὶ τετραχηλισμένα τοῖς ὀφθαλμοῖς αὐτοῦ. Ante Dios, y también ante su Palabra, todas las imperfecciones personales quedan al descubierto y ninguna cosa puede esconderse ante ella. Los ojos de Dios ven lo que en ocasiones se quisiera ocultar a los de los hombres. Pueden ocultarse de otros hechos, pensamientos y hasta podría incurrirse en autoengaño, como consecuencia del corazón engañoso, pero no ocurrirá esto al escrutinio de Dios. Todos nosotros estamos *"abiertos"* ante su mirada que

---

[19] Archibal Thomas Robertson. *Imágenes verbales en el Nuevo Testatamento.* Vol. V, pág. 395. Editorial Clie. Terrassa, 1990.

descubre todo lo que hay en cada uno. En el texto griego se usa una palabra para *abiertas*[20], que expresa la idea de *doblar el cuello*, lo que significaría *con el cuello descubierto*. Esto es una extraordinaria ilustración de cómo queda expuesto el creyente por la acción de la Palabra ante los ojos de Dios. No cabe duda que el texto hace referencia a la creación: *"no hay cosa creada que no sea manifiesta"*, pero, los términos en el griego exigen entender esto especialmente referido a los hombres creados por Dios, o incluso a los seres inteligentes, que comprendería también a los ángeles, aunque en un plano diferente al que se está tratando aquí. La relación entre la Palabra y Dios mismo en todo esto es sencilla: La Escritura actúa como bisturí en las manos del cirujano que es Dios, de modo las interioridades de cada uno quedan visiblemente abiertas ante Sus ojos.

Αὐτοῦ, πρὸς ὃν ἡμῖν ὁ λόγος. Esta Palabra escudriñadora es también amonestadora, advirtiendo a cada uno lo que realmente es ante Dios, que conoce todas nuestras cosas y nos conoce íntimamente a cada uno de nosotros, ante quien *"hemos de dar cuenta"*. La Escritura advierte al creyente que tendrá que dar cuenta de sus acciones ante Dios. Es inevitable la comparecencia ante el tribunal de Cristo (Ro. 14:10; 2 Co. 5:10). Cristo será el juez, ya que Dios entregó todo juicio en sus manos (Jn. 5:22, 27). La grandeza de ese Juez es que no juzga por apariencia, ya que el interior de cada uno está abierto ante sus ojos, *"porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo"* (2 Co. 5:10). En la comparecencia ante el tribunal de Cristo, Él mismo *"aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones"* (1 Co. 4:5). La Palabra dada por Dios para conducción y guía de la vida cristiana será testigo de cargo contra quienes no hayan prestado atención a sus demandas y hayan desobedecido sus preceptos (Jn. 12:47-48). Esto comporta una gran responsabilidad personal en relación con la Palabra. Es necesario dar tiempo a su lectura, a su estudio y a su meditación. No se puede hablar de amor a Cristo sin hablar también del mismo amor a la Palabra. Él mismo lo dijo: *"Si me amáis, guardad mis mandamientos"* (Jn. 14:15), porque *"el que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama"* (Jn. 14:21). El amor está involucrado con la obediencia, de modo que no se puede hablar de amor sin hablar de obediencia al Señor a quien se ama, reconociéndole como Señor personal, que tiene derecho para mandar y ser obedecido. Además, el amor de Dios, manifestado en la obra de Jesucristo muriendo por los perdidos, es motivo más que suficiente para un compromiso de amor en obediencia y servicio incondicional. La misma responsabilidad está en dejarse examinar por la Palabra. No se trata de una lectura y un estudio intelectual lo que producirá una vida conforme a la

[20] Griego: τετραχηλισμένα.

voluntad de Dios, sino el presentarse delante de Él con la oración de David: *"Escudríñame, oh Jehová, y pruébame; examina mis íntimos pensamientos y mi corazón"* (Sal. 26:2). El examen que puede discernir los pensamientos y las intenciones del corazón es el encuentro personal con la Biblia en plena aceptación delante de Dios. Esto, que es necesario para todos los creyentes, alcanza una urgencia mayor en relación con el liderazgo y los maestros en las congregaciones. No se trata de acercarse a la Biblia para buscar los textos sobre los que hacer descansar nuestras posiciones personales, ni buscarlos para justificar las acciones. Se trata de acudir personalmente para que Dios, por medio de su Palabra, hable a cada uno y conduzca su vida personal conforme a Su voluntad. Esta es la gran asignatura pendiente de muchos de los creyentes destacados en el mundo evangélico, acercarse a la Biblia buscando la limpieza y la orientación personal.

14. Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión.

Ἔχοντες οὖν ἀρχιερέα μέγαν διεληλυθότα τοὺς οὐρανούς,
Teniendo, pues, un sumo sacerdote grande que ha pasado a través de cielos,
Ἰησοῦν τὸν Υἱὸν τοῦ Θεοῦ, κρατῶμεν τῆς ὁμολογίας.
Jesús, el Hijo - de Dios, aferrémonos a la confesion.

Notas y análisis del texto griego.

El párrafo sirve de nexo entre la exhortación concluida y la enseñanza que sigue, con ἔχοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber, tener,* aquí como *teniendo*; οὖν, conjunción *pues, por consiguiente, así que*; ἀρχιερέα, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *sumo sacerdote*; μέγαν, caso acusativo masculino singular del adjetivo *grande*; διεληλυθότα, caso acusativo masculino singular del participio perfecto en voz activa del verbo διέρχομαι, verbo compuesto del verbo simple ἔρχομαι, *ir*, con el prefijo δια, que expresa la idea de *a través de,* sino también la de *compleción*, que se determina por el contexto, aquí como *atravesar, pasar a través de*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; οὐρανούς, caso acusativo masculino plural del sustantivo que denota *cielos*; Ιησοῦν, caso acusativo masculino singular del nombre propio *Jesús*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; Υἱὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *hijo,* en este caso como nombre propio de Jesús; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se usa en castellano cuando precede a nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Dios*; κρατῶμεν, primera persona singular del presente de subjuntivo del verbo κρατέω, *asir, aferrarse, mantener, retener*, aquí como *aferrémonos*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ὁμολογίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *confesión*.

Ἔχοντες οὖν ἀρχιερέα μέγαν. *"Por tanto"* introduce la conclusión de lo que antecede y servirá tanto de cierre de la exhortación anterior como de puerta que abre e inicia el párrafo siguiente. Al finalizar la advertencia solemne el escritor quiere dirigir la vista de los lectores, no tanto a los fracasos propios de cada uno delante de Dios y a las miserias que como personas puedan tener, sino al glorioso y admirable Señor. De ahí que la interconexión entre ambos aspectos se produce de una forma tan sencilla y al mismo tiempo tan magistral. Ante los fracasos y las caídas, el creyente debe volver sus ojos a quien ya se ha presentado como un *"misericordioso y fiel Sumo Sacerdote"* (2:17). La superioridad de Jesús se ha venido poniendo de manifiesto, sobre los profetas (1:1-3), sobre los ángles (1:4-2:18), y recientemente sobre Moisés (3:1-6). Por tanto, es momento de poner nuevamente la mirada en Él para admirar su gloria y Persona.

Al mismo tiempo estos tres versículos finales sirven para introducir el gran tema de la Epístola, preparando el terreno para mostrar la superioridad de Cristo como Sumo Sacerdote, sobre Aarón y su sacerdocio levítico. Jesús se presenta, no sólo como Sumo Sacerdote, sino como *Sumo Sacerdote grande*. Es grande porque está sobre la casa de Dios (10:21). Y es también grande porque es el *Gran Pastor de las ovejas* (13:20). Este admirable Sumo Sacerdote, no esta incapacitado por su condición divina para compartir e identificarse con los problemas del pueblo, puesto que Él también es hombre y voluntariamente asumió gustar de las limitaciones y experimentar los quebrantos de los hombres.

Διεληλυθότα τοὺς οὐρανούς. El gran Sumo Sacerdote en la culminación de su obra redentora, habiendo ofrecido el sacrificio por los pecados del mundo consistente en dar su propia vida en la Cruz, ascendió a los cielos *traspasándolos*. Esto es, subió hasta lo más encumbrado de los cielos, antes referido como la diestra de la Majestad en las alturas (1:13; 2:9). Los cielos que Jesús traspasó son las regiones celestiales hasta alcanzar el trono de Dios. Debe tenerse presente que para los judíos había tres cielos: el primero era el atmosférico, el segundo el cielo de los astros y el tercer el cielo de Dios, esto es, donde Dios se manifestaba en la gloria de su trono. Por tanto, Jesús, en su ascensión *traspasó* los cielos. Incluye esto también el *tercer cielo*, puesto que alcanzó, en la figura del lenguaje, el más alto lugar y el honor supremo hasta sentarse a la diestra de la Majestad. El gran Sumo Sacerdote *"subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo"* (Ef. 4:10). Aquel que había primero descendido *"a las partes más bajas de la tierra"*, es revestido de gloria y ascendido a la más alta dignidad, habiéndole sido dado el nombre que es sobre todo nombre (Fil. 2:9-11). En su descenso se solidarizó con los hombres hasta alcanzar la posición más baja del más bajo de ellos para hacerlos salvables. Una interpretación no bíblica afirma que Cristo descendió al lugar de los muertos irredentos. Para ello han de unirse la cita de Pablo (Ef. 4:10) y las de Pedro (1 P.

3:18-20). No hay base bíblica para afirmar un descenso del Señor al Hades, lugar de los muertos. La pregunta necesaria para afirmarlo sería: *¿Cómo y cuando descendió?* Cuando el Señor murió entregó su parte espiritual en las manos del Padre (Lc. 23:46). Su cuerpo físico estuvo en el sepulcro hasta la resurrección. Por tanto, no hay posibilidad de tal descenso. Los espíritus encarcelados que menciona Pedro a quienes se les predicó el evangelio, se refiere a aquellos de los tiempos de Noé que no habiendo aceptado el mensaje que proclamaba salvación dado por Noé, pregonero de justicia (2 P. 2:5), están aprisionados para eterna condenación, a quienes Cristo fue proclamado en el poder del Espíritu, por medio del mensaje de Noé. Lo que la Escritura enseña es que Cristo, el gran Sumo Sacerdote, se humilló hasta llegar a la condición más baja del más bajo de los humanos (Gá. 3:13). Este descenso fue necesario para hacer *salvable* a cualquier pecador. Hasta ahí llego el Sumo Sacerdote en entrega sacrificial por el pecador. Desde esa posición de humillación fue ascendido a la máxima gloria, ocupando la posición de poder y de honor al haber *traspasado los cielos* y haberse sentado en el lugar más alto que corresponde sólo a Dios. El privilegio de los sumos sacerdotes era pasar una vez al año el velo y entrar en el Lugar Santísimo del santuario terrenal. Por tanto, se vislumbra ya la grandeza y gloria del Sumo Sacerdote que es Cristo.

Ἰησοῦν τὸν Υἱὸν τοῦ Θεοῦ. Este Sumo Sacerdote es Jesús, el Hijo de Dios. La humanidad y la deidad están siempre juntas en Jesucristo. Es Jesús, nombre dado a la humanidad del que nació en Belén (Lc. 1:31), y el título Hijo de Dios, relativo a la condición divina de la segunda Persona en el seno trinitario. La relación indisoluble de las dos naturalezas en la Persona del Verbo encarnado (Jn. 1:14), se manifiesta también aquí. El Sumo Sacerdote es una Persona Divino-humana. Es notable apreciar como la Escritura enfatiza la deidad de Jesús. De modo que quien es hombre perfecto es también Dios verdadero. Jesús el hombre, es también *el* Hijo de Dios, con artículo determinado, que lo vincula como único de esa condición. La Epístola ha enfatizado desde el principio la filiación divina de quien se le llama Sumo Sacerdote. Cristo se presentó como superior a los profetas por ser el Hijo, y al ser consumación se convierte en el criterio de la lectura profética. Es como Hijo, el heredero de todo, ya que todo fue fundado y creado en Él, y es para Él. Este Hijo ha hecho posible, por su condición de Dios, la purificación de los pecados y habiendo descendido a las partes más bajas de la tierra en la función salvífica, ahora está ascendido y comparte el trono y el poder de Dios. Este Sumo Sacerdote que es Hijo de Dios, es incomparablemente superior a todo y a todos, por cuanto es el *"resplandor de la gloria y la imagen misma de la sustancia de Dios"* (1:3). La Epístola une sacerdocio y filiación. Esta filiación es eterna, por tanto, está situada en la eternidad, pero, como el Hijo se introdujo en la temporalidad mediante la encarnación, es también filiación expresada en el tiempo, siéndolo asimismo filiación en la postexistencia, que supera y

trasciende la temporalidad ingresando nuevamente en la eternidad de Dios. Esa es la razón por la que pueda afirmar que su sacerdocio es un sacerdocio para siempre según el orden de Melquisedec. En ningún otro lugar del Nuevo Testamento se enseñan con tal intensidad el origen y grandeza divina del Hijo, como imagen y sustancia de Dios, con la solidaridad humana en un acto de identificación y, más que de aproximación, de *aprojimación* con el hombre. El Hijo de Dios es el hermano del hombre, especialmente en relación con el creyente (2:11) y, por eso puede ser y es Sumo Sacerdote. Es por la entrega de su vida humana, hecha en el amor del Hijo y en la solidaridad del hermano, que todos los creyentes somos santificados. De ese modo el sacerdocio de Cristo está unido por un lado a la realidad de su filiación divina y por otro a la realización humana de esa filiación en el sufrimiento y en la entrega, como expresión suprema de amor y gracia de Dios que con Él y en Él descienden a la tierra en misión salvadora (Jn. 1:17). Este Sumo Sacerdote puede ser representante de los hombres y objeto de la fe de ellos, ya que la reclama para sí del mismo modo que para el Padre (Jn. 14:1). Es el Mediador que como hombre mantiene la dignidad divina que eternamente tiene como Dios (2 Co. 8:9; Fil. 2:6).

Κρατῶμεν τῆς ὁμολογίας. El creyente tiene un notable privilegio ante la grandeza de su Sumo Sacerdote, *retener la profesión*, o mejor la *confesión* –como se lee en el texto griego- de su fe en Cristo. El cristiano debe retener firmemente su confesión. El mismo autor de la Epístola se incluye, como se aprecia en el uso del plural *"retengamos"*. Aquellos que estaban claudicando son conducidos a mirar al glorioso Señor y con su ayuda aferrarse firmemente a la fe. La confesión de fe en Cristo incluye la doctrina de la deidad y del sacerdocio, que será el tema que sigue en la Epístola.

15. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.

οὐ γὰρ ἔχομεν ἀρχιερέα μὴ δυνάμενον συμπαθῆσαι ταῖς
Porque no tenemos sumo sacerdote no que pueda compadecerse de las
ἀσθενείαις ἡμῶν, πεπειρασμένον δὲ κατὰ πάντα καθ᾽
debilidades de nosotros que ha sido probado más bien en todo según
ὁμοιότητα χωρὶς ἁμαρτίας.
semejanza a parte de pecado.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue la enseñanza con οὐ, adverbio de negación *no*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al pronombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ἔχομεν, primera persona plural del presente de indicativo en voz activa

del verbo ἔχω, *haber, tener*, aquí como *tenemos*; ἀρχιερέα, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *sumo sacerdote*; μή, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no* y que negativiza a δυνάμενον, caso acusativo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo δύναμαι, *poder, ser capaz*, aquí como *que pueda*; συμπαθῆσαι, primer aoristo de infinitivo en voz pasiva del verbo συμπαθέω, *tener compasión*, aquí como *compadecerse*; ταῖς, caso dativo femenino plural del articulo determinado *las*; ἀσθενείαις, caso dativo femenino plural del sustantivo que denota *enfermedad, debilidad*, aquí como la última acepción; ἡμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de nosotros*; πεπειρασμένον, caso acusativo masculino singular del participio perfecto en voz pasiva del verbo πειράζω, *poner a prueba, tentar*, aquí como *que ha sido probado*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; κατὰ, preposición de acusativo *en*; πάντα, caso acusativo neutro plural del adjetivo indefinido *todo*; καθ' forma de la preposición de acusativo κατά, por elisión y asimilación ante vocal con espíritu áspero, que equivale a *según, conforme a*; ὁμοιότητα, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *semejanza*; χωρὶς, preposición de genitivo *aparte de, sin, separado de*; ἁμαρτίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *pecado.*

Οὐ γὰρ ἔχομεν ἀρχιερέα μὴ δυνάμενον συμπαθῆσαι El glorioso Sumo Sacerdote es también admirable por ser *compasivo*. Siendo Dios está, por naturaleza divina, distante de los hombres, sobre todo de las imperfecciones y limitaciones de estos, pero, como también es hombre perfecto está absolutamente próximo, tanto que Uno de la Trinidad se ha hecho compañero de limitaciones y sufrimientos de los hombres, ya que es *semejante* a los hombres. El verbo utilizado en el texto griego[21] es radical del término español *simpatía*. El Sumo Sacerdote *simpatiza* con las miserias del hombre. Etimológicamente significa *sufrir con* y el modo verbal aoristo indica una acción realizada totalmente. El Sumo Sacerdote que podría estar en su estrado de gloria alejado y despreocupado de los creyentes y sus miserias, *simpatiza* con cada uno de los que son suyos. La expresión con doble negación en el texto griego enfatiza el hecho de la acción compasiva del Sumo Sacerdote celestial, que no sólo *puede* compadecerse, sino que *no deja de hacerlo*. El verbo para *poder*[22] expresa más que el deseo de simpatizar la capacidad para hacerlo. Es decir, no solo quiere simpatizar con el creyente, sino que tiene poder y capacidad operativa para llevar a cabo ese compromiso de simpatía. En el creyente como hombre sólo hay debilidad, en el Sumo Sacerdote como Dios sólo hay fuerza.

[21] Griego: συμπαθέω.
[22] Griego: δύναμαι.

Συμπαθῆσαι ταῖς ἀσθενείαις ἡμῶν. El Sumo Sacerdote *simpatiza*, *se compadece*, de *"nuestras debilidades"*. La debilidad humana es evidente en todos los aspectos de la vida. Es débil en cuanto a la propia existencia: *"se siembra en debilidad"*, dice el apóstol Pablo al referirse al final de la vida del creyente (1 Co. 15:43). El cuerpo actual tiene fuerzas muy limitadas. El tiempo va mermando su poder, como ocurría con el rey David, que al final de su reinado, cuando los filisteos volvieron a hacer guerra contra Israel, se dice que *se cansó* (2 S. 21:15). Los años habían mermado sus fuerzas físicas. El hombre es también débil en cuanto a poder sobre el mal (Ro. 6:19). El apóstol escribe a quienes experimentan *"humanas debilidades"*, en razón de que la debilidad del creyente le hace, a veces, caer en el pecado de cuya esclavitud fue liberado en el nuevo nacimiento. El modo de comportamiento en la esclavitud del pecado era una vida entregada a la inmundicia, con un claro detalle de aquella situación (1 Co. 6:9-11). El nuevo modo de vida debiera salir de esa debilidad espiritual humana y presentar al creyente como servidor de la justicia, con el resultado de la santificación. El énfasis notorio está en la santidad de vida que es la propia de la obediencia a Dios. La santidad es la forma de vida natural de quien ha sido liberado de la esclavitud del pecado. No se trata de una opción de vida, sino de la razón misma de ella (1 P. 1:14, 17). El creyente, como hombre, es también débil en cuanto al correcto conocimiento de la voluntad de Dios para la oración, de ahí que necesite el auxilio del Espíritu que *"nos ayuda en nuestra debilidad"* (Ro. 8:26). El Espíritu Santo es el ayudador del creyente, porque ha sido enviado por el Sumo Sacerdote para ser su Vicario en la tierra. Con este propósito de ayuda fue enviado del Padre y del Hijo (Jn. 16:7). La debilidad del cristiano se refiere a la limitación propia de quienes están aún en la carne. El mismo apóstol Pablo se incluye al decir *"nuestra debilidad"*. Esta debilidad está referida también a las situaciones difíciles durante el tiempo de espera de la promesa de Dios. El creyente no sabe como pedir aquello que le es conveniente y coincidente con la voluntad de Dios. El mismo apóstol Pablo pidió a Dios algo que no era conveniente y el Señor no se lo otorgó (2 Co. 12:7-9). En tal situación de debilidad, la *simpatía* divina viene en un ministerio de intercesión. El Espíritu Santo actúa como *paracleto*, consolador, abogado intercesor al lado de los santos (1 Jn. 2:1). De tal manera que el cristiano tiene ahora dos intercesores: El Sumo Sacerdote, Cristo, en los cielos (Ro. 8:34; He. 7:25; 1 Jn. 2:1) y el Espíritu desde la tierra. Como Vicario de Cristo intercede por los salvos, como el Señor hizo antes (Jn. 17). Lo hace con *"gemidos indecibles"*, es decir, sin traducción a ningún lenguaje humano. Dios mismo intercede y gime por los santos. Además el creyente es débil en cuanto a la conciencia (1 Co. 8:7). Esa debilidad de conciencia consistía en que algunos no eran capaces de superar el escrúpulo. La conciencia débil es aquella que considera como malo lo que de hecho no lo es. Conciencia es la parte espiritual del hombre que juzga las acciones y permite, mediante el razonamiento distinguir lo bueno de lo que no

lo es (Ro. 2:14-15). La conciencia ha de instruirse mediante la Palabra para que juzgue lo bueno y lo malo conforme a la voluntad de Dios.

Πεπειρασμένον δὲ κατὰ πάντα καθ' ὁμοιότητα. El cristiano está rodeado de debilidad, pero el Sumo Sacerdote es *capaz de compadecerse*. La razón de la compasión suya es que *"fue tentado en todo según nuestra semejanza"*. De otro modo, es capaz de compadecerse, porque esa experiencia de debilidad fue gustada por Él en su ministerio terrenal. El Señor dice a los suyos que permanecieron fieles a su lado en sus pruebas o tentaciones (Lc. 22:28). El Señor fue tentado por Satanás como lo puede ser el creyente (Mt. 4:1). Fue probado en los tres modos en que puede producirse la tentación (1 Jn. 2:16). La tentación no concluyó en el desierto, sino que Satanás se apartó de él por un tiempo para volver más adelante (Lc. 4:13). El Sumo Sacerdote pasó por las pruebas propias de los hombres. Hecho hombre, experimentó las limitaciones propias de los humanos, padeciendo sed, cansancio e incluso hambre (Jn. 4:6-8). El mismo Señor experimentó el frío del invierno (Jn. 10:22-23). Sintió la conmoción espiritual del dolor producido en la familia de sus amigos de Betania por la muerte de Lázaro (Jn. 11:25). Sufrió dolor por la situación incrédula de la nación y por el juicio que vendría sobre ella (Lc. 19:41). Experimentó la prueba de la traición de un amigo (Jn. 13:21). Sufrió el desamparo de los suyos (Mt. 26:31, 40). La tristeza y el temor hicieron presa en él (Mt. 26:37). Experimentó la tremenda dimensión de una agonía mortal (Lc. 22:43). De ahí que el escritor de la Epístola afirme que fue probado en todo según nuestra semejanza. La experiencia de la limitación y de la debilidad humana fue su propia experiencia, de ahí que sea capaz de compadecerse de nuestras limitaciones.

Πεπειρασμένον δὲ κατὰ πάντα καθ' ὁμοιότητα χωρὶς ἁμαρτίας. Sin embargo, las pruebas, aflicciones, tentaciones y angustia, no disminuyó ni afectó a su santidad esencial, de tal manera que *"fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado"*. Es interesante destacar dos verdades en la frase: Primeramente el fue *semejante* a nosotros. Habla de identidad con diferenciaciones. La primera de esas diferencias consiste en la vinculación de su humanidad con la deidad, única e irrepetible, ya que Jesús no es meramente un hombre vinculado con Dios, sino un hombre subsistente en la Deidad como naturaleza humana de la Persona Divina del Verbo, el Hijo de Dios. Nadie de los hombres puede estar en unidad semejante, como hipóstasis de la segunda Persona Divina. La segunda distinción que lo hace *semejante* a los hombres es la *impecabilidad* de este Sumo Sacerdote. Él mismo afirma que su absoluta santidad cuando dijo a sus enemigos: *"¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?"* (Jn. 8:46). Él fue *acusado* de pecado, es más, le acusaron de endemoniado y de aliado de Belcebú (Mr. 3:22; Jn. 8:48), pero en ningún modo pudo ser *redargüido*, *convencido* de pecado, porque nunca pecó. El diablo no

tenía parte en Él (Jn. 14:30). La Escritura afirma que no hubo en Él pecado (Is. 53:9; 1 Jn. 3:5). El Señor jamás cayó en la práctica del engaño (1 P. 2:21-25). De modo que nunca *conoció* pecado (2 Co. 5:21). En razón de la unión hipostática que atribuye al Verbo la responsabilidad de la acción de las naturalezas, era imposible un acto contrario a la absoluta santidad de Dios en la humanidad de Jesús. La misma ausencia en Él del pecado original evitó las consecuencias propias de la concupiscencia humana.

Es necesario aportar aquí unas simples consideraciones en torno a la impecabilidad de Jesús. La razón primaria de la libertad de Jesús, está unida a la eterna filiación con el Padre. Es libertad plena en Cristo aquella vinculación con la Deidad y su plan determinado. Como dice el profesor Olegario González Cardenal: *"Allí donde el sujeto está plenamente integrado en sí, ordenado a su fin, capaz para alcanzarlo y anclado en él, allí existe la plena libertad. Así fue Jesús libre"*[23].

La impecabilidad está plenamente vinculada con la libertad y ésta unida a la filiación divina del Hijo de Dios. Es decir, la unidad personal con Dios, como Hijo, junto con la asunción de la misión salvífica establecida en la eternidad, que lo identifica absoluta y plenamente con la voluntad del Padre, elimina toda posibilidad de pecado, permitiendo la afirmación de la impecabilidad del Señor Jesús. Pecado es esencialmente el rechazo de Dios, con las consecuencias morales y materiales que derivan de ella. El verdadero pecado está en el rechazo de Dios para sustituirlo por el yo personal voluntarioso y contrario a Él. Cuando se establece la verdad de la unión absoluta del Hijo con el Padre (Jn. 10:30; 14:10, 11), se excluye radicalmente la posibilidad de pecar. Esto no permite negar la verdadera humanidad de Jesús, con la potencialidad que como hombre tiene, sino afirmarla en la mayor dimensión posible desde la condición de Emmanuel, Dios con nosotros. La capacidad de pecar no puede vincularse jamás a la verdadera libertad, de la que Jesús es poseedor absoluto, sino todo lo contrario. El poder pecar, como el poder cometer errores o el poder padecer una enfermedad son imperfecciones del hombre, pero el Sumo Sacerdote, Jesús, el Hijo de Dios, es perfecto en toda la dimensión de la palabra. Es necesario afirmar que Jesús no cometió pecado, como verdad manifestada reiteradamente en el Nuevo Testamento. Es más, aquel que era sin pecado participó de nuestra situación de pecadores para rescatarnos de ella, pero sin contaminación con el pecado del que se hacía responsable penal para extinguir su pena con su misma muerte (2 Co. 5:21). El Salvador participó en la condición de maldito del hombre pecador para hacerlo partícipe de su bendición salvífica (Gá. 3:13). De ahí la importancia del versículo que se comenta de la Epístola a los Hebreos y de la expresión contenida en él: *"según nuestra semejanza, pero sin pecado"*.

---

[23] Olegario G. Cardenal. *Cristología.* pág. 476. Editorial BAC. Madrid, 2001.

Esas palabras expresan una verdad incuestionable, pero sumamente difícil de comprender debido a la única e irrepetible dimensión de Hijo de Dios en carne humana que lo diferencia radicalmente de todos los demás hombres, en el hecho de pasar por la experiencia de la tentación consintiéndola pero sin caer en ella. El propósito del Padre en la tentación le fue presentado a Jesús por el Espíritu Santo, íntimamente ligado a la realidad e intimidad de su misión. El Padre abrió para el Hijo, Sumo Sacerdote que debía ser probado en todo conforme a la semejanza del hombre, la posibilidad de experimentar las tentaciones propias de los hombres, sabiendo que la capacidad de pecar no pertenece a la libertad que es propia del Hijo de Dios. La maldad pecaminosa en la tentación tiene que ver con el rechazo del plan de Dios, que es rechazo de Dios mismo, por tanto, desde su filiación había venido para hacer sólo la voluntad del que le había enviado (Jn. 8:29). Por esa razón Cristo no solo no cometió pecado, sino que nadie podía redargüirle de ellos (Jn. 8:46; 14:30; 1 P. 2:22; 3:18; 1 Jn. 3:5). Es necesario entender perfectamente también no solo la *impecancia*, es decir la carencia real de pecado, sino también la *impecabilidad*, imposibilidad de pecar como resultado de la unión hipostática que vincula no solo la naturaleza humana en subsistencia personal en el Hijo, sino también en la unidad de voluntad de Jesús con el Padre. Debe recordarse también que las naturalezas en Cristo son los elementos generadores de las operaciones o acciones, pero el sujeto de atribución, como sujeto realizador, es la Persona, que les da el verdadero sentido. Pecar sería ponerse el Hijo en contradicción con su esencia, al tiempo que alcanzaría la negación de su propio Ser personal, rompiendo con ello el fundamento y la relación de filiación. Una última observación en cuanto a la impecabilidad de Jesús, es la razón de su santidad. Como Hijo encarnado es Dios y, por tanto, santidad esencial visible en su naturaleza humana. Su santidad esencial se manifiesta en su encarnación, por cuanto sería alumbrado *lo santo* (Lc. 1:35), se expresa en toda su vida donde no hubo engaño y sustancia incluso en la hora de la Cruz donde el Justo, muere por los injustos para retornarlos a Dios (1 P. 3:18).

16. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.

προσερχώμεθα οὖν μετὰ παρρησίας τῷ θρόνῳ τῆς χάριτος, ἵνα
Acerquémonos pues, con confianza al trono de la gracia, para que
λάβωμεν ἔλεος καὶ χάριν εὕρωμεν εἰς εὔκαιρον βοήθειαν.
recibamos misericordia y gracia hallemos para oportuno socorro.

Notas y análisis del texto griego.

La conclusión del párrafo se establece con προσερχώμεθα, primera persona plural del presente de subjuntivo en voz media del verbo προσέρχομαι, *acercarse,* aquí como *acerquémonos*; οὖν, conjunción causal *pues, así que, de modo que, por consiguiente,*

por cuanto; μετὰ, preposición de genitivo *con*; παρρησίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *confianza*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; θρόνῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo *trono*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; χάριτος, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *gracia*; iniciándose una cláusula de propósito con ἵνα, conjunción, *que, para que*, *por que, a fin de que, de modo que*; λάβωμεν, primera persona plural del segundo aoristo de subjuntivo en voz activa del verbo λαμβάνω, *tomar, coger, agarrar, recibir, tomar posesión,* aquí como *recibamos*; ἔλεος, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *misericordia*; καὶ, conjunción copulativa *y*; χάριν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *gracia*; εὕρωμεν, primera persona plural del aoristo segundo de subjuntivo en voz activa del verbo εὑρίσκω, *encontrar, obtener, alcanzar, hallar*, aquí como *hallemos*; εἰς, preposición de acusativo *para*; εὔκαιρον, caso acusativo femenino singular del adjetivo *oportuno*, *lo que llega a su debido tiempo*; βοήθειαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *socorro, ayuda.*

Προσερχώμεθα οὖν μετὰ παρρησίας τῷ θρόνῳ τῆς χάριτος. El admirable recurso para el creyente no está lejos de Él, ni es difícilmente alcanzable, consiste simplemente en *acercarse* al trono de la gracia. Es sorprendente la cercanía del trono de la provisión divina, al que ya hemos accedido todos en algún momento, por lo que el modo verbal *acerquémonos*, se expresa en el texto griego mediante un presente de subjuntivo volitivo, que expresa la idea de *seguir acercándose* al trono de la gracia. El verbo denota *venir cerca de algo*. No sólo el creyente puede acceder sino que se le exhorta para que lo haga. Además la aproximación debe efectuarse con *confianza*, una palabra que expresa la idea de *seguridad y presencia de ánimo*, que comunica al cristiano la cancelación del problema y responsabilidad penal del pecado. Antes el trono de Dios era un trono de ira, a causa del pecado, pero, cargado éste sobre Jesús, nuestro Sumo Sacerdote, y extinguida la responsabilidad penal que a causa del pecado recaía sobre el pecador, se convierte en un trono de gracia para todo aquel que está en Cristo. El Sumo Sacerdote hizo la expiación personal por el pecado del creyente (1 Jn. 2:1-2), por tanto no hay razón de temor, en sentido de miedo ante el Juez supremo porque ya *"no hay condenación para los que estamos en Cristo Jesús"* (Ro. 8:1). De ese trono se otorga también la gracia salvífica que concede el perdón de pecados y la vida eterna (Ro. 5:15). A ese trono de gracia puede acercarse por fe el pecador para salvación (Ro. 5:1; Ef. 2:8-9). Esa posición produce confianza. Es la confianza con que en la antigua dispensación se acercaba a Dios el publicano que orando en el templo decía: *"Dios, se propicio a mí, pecador"* (Lc. 18:13). La sangre del sacrificio de la expiación extendida sobre el propiciatorio permitía esa oración confiada. Dios era propicio al pecador a causa de la muerte del animal inocente que figurativamente representaba lo que sería el perfecto sacrificio del Cordero de Dios. El Sumo Sacerdote está sentado en el trono celestial interesado y capacitado para *compadecerse* de las debilidades y flaquezas personales (1:3,

13; 4:15). Los dones perfectos y la gracia abundante descienden del Padre de las lumbreras (Stg. 1:17) que está sentado en el trono y se hacen realidad por el único Mediador entre Él y los hombres que es Jesucristo hombre (1 Ti. 2:5). La actividad de Dios para sus hijos es siempre una actividad de bien. El Dios de gracia se dio a sí mismo al dar a su Hijo, por tanto, con el don supremo se dan también los demás dones (Ro. 8:32). Por otro lado, los dones de la gracia son *perfectos*, es decir, *completos*, abundantes para la superación de la necesidad más acuciante que pueda presentarse. La gracia de Dios siempre es mayor que la mayor de la necesidad del creyente (Stg. 4:6). Dios mismo otorga los dones de la gracia en la dimensión de la gracia misma, que es inagotable.

En ocasiones el cristiano tendrá que *aproximarse* en confesión de pecado, pero, aun así debe hacerlo con confianza. Para el problema del pecado del cristiano Dios establece el método de la confesión (1 Jn. 1:9). En razón de la obra de Jesucristo en la Cruz, su sangre nos limpia de todo pecado. No supone esto que el creyente no sienta profundamente la miseria de su rebeldía contra Dios expresada en la multiforme manera de las caídas personales. Pero, aun sintiéndola, como corresponde al benefactor afrentado, puede entrar con confianza sabiendo que el Sumo Sacerdote, sentado en el trono de gracia garantiza para él el continuo perdón.

Ἵνα λάβωμεν ἔλεος καὶ χάριν εὕρωμεν εἰς εὔκαιρον βοήθειαν. El resultado para el creyente de acercarse al trono de gracia es el *"alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro"*. Desde ese trono destila el amor que se manifiesta en misericordia, como expresión compasiva hacia la limitación humana y sus miserias que producen sufrimiento. El creyente encuentra allí *misericordia*, expresión de amor en la solución de la miseria. Es la misericordia el amor que movió los brazos del padre del pródigo para estrecharlo firmemente contra su pecho a pesar de su ruina y suciedad. De la misma manera el Padre del cielo abraza al creyente que ha fracasado y caído, restaurándolo, en base a la obra de su Hijo, a plena comunión con Él. Pero también desciende de allí la gracia manifestandose en el *oportuno socorro*. La expresión es sumamente interesante, e indica la *ayuda en el momento justo*, o también la *ayuda en el instante necesario*. De otro modo el auxilio de Dios es poderoso, porque en él está empeñada la gracia, y es oportuno porque llega en el momento necesario, en la hora de la prueba y de la crisis. La gracia de Dios llega en el momento oportuno, pero jamás llega tarde.

Como conclusión final, el pasaje nos exhorta a estar en las condiciones para alcanzar el *reposo* de Dios. La primera necesidad es la de despojarse de la tendencia del corazón que provoca a Dios, para ponerse humildemente a Sus pies (3:8, 9, 16). Las promesas han de mezclarse con fe, que se apropia de ellas y cree que las hará Dios realidad en el momento oportuno, eso conduce a un

descanso completo en Dios (4:3). La obra concluida de Dios es base firme para la fe del creyente y su confianza. El cristiano, por tanto, ante una obra realizada plenamente por Dios, debe abandonar todas sus obras humanas para descansar en la perfectamente acabada de Dios (4:9, 10). Esto no significa que no muestre diligencia en la práctica de la santificación como manifestación de la verdadera fe, realizada en el ejercicio de la fuerza de Dios (4:11). La íntima relación de Dios ha de ser objetivo prioritario en la vida cristiana, examinándose cada día a la luz de la Palabra, para rectificar cuanto sea necesario y conociéndose a sí mismo, conocer mejor a Dios (4:12-13).

Además de todo esto, hay un maravilloso recurso de aliento y ánimo en la visión final del trono de gracia que provee para el socorro oportuno. Las circunstancias de la vida del creyente podrán hacerle pasar por las pruebas más difíciles y atravesar por los valles más tenebrosos, como de sombra de muerte (Sal. 23:4), que los recursos de la gracia le proveerán de valor y ánimo para atravesar el lugar sombrío. No importa cual sea la necesidad, allí está el recurso y sólo es necesario acudir para alcanzarlo. ¿Se trata de la provisión para el día, las necesidades de alimento y abrigo? La gracia proveerá de ello porque con Dios nada puede faltar (Sal. 23:1). Es posible que sea necesario alcanzar el lugar de reposo, donde el alma fatigada pueda encontrar la calma necesaria. La provisión está en el trono de la gracia, que conducirá al creyente a lugares de delicados pastos para descansar (Sal. 23:2). Posiblemente se atraviese por la necesidad de aliento. Las penas de la vida, las lágrimas de la tristeza, la confrontación de los problemas, las preguntas sin respuesta, hará necesario la confortación, no tanto externa sino personal e interna. En los momentos en que incluso la depresión alcance el ánimo del cristiano, no por pecado sin confesar, sino por circunstancias opresoras de la vida cotidiana, habrá provisión en el trono de la gracia, porque Dios confortará el alma (Sal. 23:3). Es posible que haya delante de nosotros un camino dificultoso, donde las resoluciones serán asunto decisivo. La referencia para saber el camino a seguir en cada momento, está en el trono de la gracia, donde Dios alumbrará la ruta a seguir, conduciéndonos por sendas de justicia por amor de su nombre (Sal. 23:3). Tal vez las dificultades sean tan grandes que nos hagan pensar que estamos en un valle de sombra de muerte. El miedo no cabe en esta situación, porque simplemente se trata de una sombra. En el momento de la angustia no habrá temor porque del trono de gracia viene la provisión de compañía divina aún en los trances más dolorosos (Sal. 23:4). Muchas veces necesitaremos aliento y protección ¿Quién no lo ha necesitado en algún momento? El trono de gracia hace provisión abundante porque el Buen Pastor, con su vara de protección y su cayado de restauración, estarán presentes para infundir aliento (Sal. 23:4b). Tal vez estemos atravesando momentos de aflicción, rodeados de angustiadores que buscan con sus acciones debilitar nuestra resistencia espiritual. Cuando esto se produce, el trono de gracia provee de la ayuda necesaria. Dios mismo con su

mano poderosa apartará un poco a los angustiadores y en el lugar que ellos ocupaban pondrá una mesa de comunión para dialogar en afecto entrañable con quien es afligido (Sal. 23:5a). En medio de un mundo de tristeza, el trono de gracia hace provisión continua de gozo, con la bendición descendiendo sobre nuestra cabeza y haciendo rebosar la copa de nuestra vida (Sal. 23:5b). Esta provisión de gracia es tan notoria que no se manifestará en algún momento y en contadas ocasiones, sino que sigue los pasos del creyente en su camino, acompañándonos continuamente tanto el bien como la misericordia, a lo largo de toda la vida (Sal. 23:6a). Y finalmente, el trono de gracia abrirá para el creyente las puertas de la gloria, para habitar, después de la vida, siempre problemática y difícil, eternamente con el Señor (Sal. 23:6b). ¡Que admirable dimensión! El trono de la gracia abierto para que nosotros, ahora mismo, podamos acceder a Él. No es natural que sigamos caminando con nuestras penas, tristezas y falta de ánimo, cuando Dios mismo nos exhorta a entrar ahora mismo a su trono de gracia y hallar la gracia necesaria para el oportuno socorro.

CAPÍTULO V

JESÚS, EL SUMO SACERDOTE

Introducción.

El pasaje abre la sección más extensa de la Epístola, ya que va desde 5:1 a 10:39. Esta es una de las partes más profundas e interesantes en cuanto a doctrina. El autor va a tratar el tema central que es el del *Sacerdocio de Cristo*, y sin dejar de tener presente las evidencias de la superioridad de Cristo sobre todo y sobre todos, que ya se ha ido poniendo de manifiesto en lo que antecede, va a establecer comparaciones que sirvan para ambas cosas. Debido a la extensión de párrafo sobre la doctrina del *sacerdocio de Cristo* no es necesario hacer aquí una introducción que exigiría relacionar los distintos puntos de la doctrina, lo que supondría una extensión impropia de una introducción. Será suficiente con ir haciendo mención de los aspectos principales en cada apartado sucesivo para situar al lector en el contexto inmediato del capítulo que se estudie.

Los judíos consideraban el sacerdocio de Aarón como el más grande de todos, al haber sido establecido directamente por Dios y ser exclusivo para la tribu de Leví y para la familia de Aarón. Para ello comienza presentando las cualidades que debía tener el sumo sacerdote en el orden antiguo (vv. 1-4), pasando inmediatamente a contrastarlas con Cristo (vv. 5-10). En la comparación entre el sacerdocio del antiguo pacto y el de Cristo, acude a la figura de Melquisedec para establecer la primera base comparativa. Los creyentes hebreos conocían suficientemente lo relacionado con Melquisedec, conforme al relato bíblico, y debían conocer amplia y profundamente la doctrina bíblica sobre el *sacerdocio de Cristo*, sobre todo por el tiempo que llevaban en el cristianismo. Sin embargo, el escritor se da cuenta de que tal conocimiento, en cuanto a dicho aspecto doctrinal de la Cristología, era insuficiente e incluso muy limitado, y que los lectores de la Epístola tenían un profundo desconocimiento de esta verdad (vv. 11-12). Tal situación le permite introducir una extensa exhortación, como *advertencia solemne*, en relación con los peligros de la inmadurez espiritual. Un aspecto del sacerdocio de Cristo es lo que tiene que ver con su agonía, que da una nueva dimensión al relato de los evangelios sobre Getsemaní (v. 7).

La división para el estudio del capítulo se establece conforme al bosquejo:

1. La supremacía del sacerdocio de Cristo (5:1-10:39).
   1.1. Supremo por su condición (5:1-10).
      1.1.1. Constituido como Sumo Sacerdote (5:1-6).

1.1.2. Probado como Sumo Sacerdote (5:7-10)
1.2. Advertencia solemne (5:11-6:20).
1.2.1. Situación espiritual (5:11-14).

La supremacía del sacerdocio de Cristo (5:1-10:39).

Supremo por su condición (5:1-10).

Constituido como Sumo Sacerdote (5:1-6).

1. Porque todo sumo sacerdote tomado de entre los hombres es constituido a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere, para que presente ofrendas y sacrificios por los pecados.

Πᾶς γὰρ ἀρχιερεὺς ἐξ ἀνθρώπων λαμβανόμενος ὑπὲρ ἀνθρώπων
Porque todo sumo sacerdote de hombres tomado a favor de hombres
καθίσταται τὰ πρὸς τὸν Θεόν, ἵνα προσφέρῃ δῶρα τε καὶ
es constituido en lo referente - a Dios para que ofrezca dones tanto como
θυσίας ὑπὲρ ἁμαρτιῶν,
sacrificios por pecados.

Notas y análisis del texto griego.

El nuevo párrafo se introduce mediante la forma πᾶς, caso nominativo masculino singular del adjetivo indefinido *todo*; seguido de γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al adjetivo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ἀρχιερεὺς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *sumo sacerdote*; ἐξ, forma que adopta la preposición de genitivo ἐκ, delante de vocal y que significa *de*; ἀνθρώπων, caso genitivo masculino plural del sustantivo genérico *hombres*; λαμβανόμενος, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo λαμβάνω, *tomar, coger, agarrar, recibir, aceptar,* aquí como *tomado*; ὑπὲρ, preposición de genitivo, *por, para bien de, a favor de*; ἀνθρώπων, caso genitivo masculino plural del sustantivo genérico *hombres*; καθίσταται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz pasiva del verbo καθίστημι o καθιστάνω, *colocar, poner al frente, constituir, encargar*, aquí como *es constituído*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *lo*; πρὸς, preposición de acusativo, *a, hacia, por, con, con el fin de, para, con relación a*; aquí adquieren ambos términos unidos el sentido de *en lo referente*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*, que no se usa en español delante de nombre; Θεόν, caso acusativo masculino singular del nombre propio declinado *a Dios*; ἵνα, conjunción, *que, para que*, *por que, a fin de que, de modo que*; προσφέρῃ, tercera persona singular del presente de subjuntivo en voz activa del verbo προσφέρω, *ofrecer, traer, llevar, presentar,* aquí como *ofrezca*; δῶρα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *don, regalo, ofrenda*; τε, partícula conjuntiva, que puede construirse sola, pero generalmente está en correlación con otras partículas, en este caso, al preceder a καὶ, conjunción copulativa *y*, adquieren juntas el sentido de

como con, tanto como, no solamente, sino también; θυσίας, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota, *sacrificios, ofrendas*; ὑπὲρ, preposición de genitivo, *por, para bien de, a favor de, en lugar de*, aquí como *por*; ἁμαρτιῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo *pecados.*

Πᾶς γὰρ ἀρχιερεὺς. Para establecer las características que hacen superior al Sumo Sacerdote conforme al orden de Melquisedec, precisa una comparación con el orden sacerdotal correspondiente a la antigua dispensación y, por tanto, con el sumo sacerdote de aquel antiguo sistema. Las características que se van a mencionar corresponden a todos los sacerdotes como hombres, sin excepción, esto es, eran propias de todos en general y de cada uno de ellos en particular.

La primera condición tiene que ver con su *humanidad*, ya que el sumo sacerdote era ἐξ ἀνθρώπων λαμβανόμενος, *"tomado de entre los hombres"*, por consiguiente, era también un hombre. Tenía necesariamente que ser hombre para poder ser representante de los hombres delante de Dios. Cada uno de ellos era ὑπὲρ ἀνθρώπων καθίσταται τὰ πρὸς τὸν Θεόν *"constituido a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere"*. El término *constituido* es equivalente a *designado*. La designación era asunto electivo de Dios, que había determinado como sería establecido el sumo sacerdote en el antiguo orden levítico. Dios mismo había elegido la tribu de Leví como tribu sacerdotal y de la misma manera, también había designado la familia de Aarón para establecer de ella el cuerpo sacerdotal en Israel. Fue Dios y no los hombres quien designó en el antiguo orden a la familia sacerdotal de donde procedían todos los sacerdotes y también los sumos sacerdotes (Ex. 28:1). Aarón y todos los otros sacerdotes eran israelitas. Siendo hombres como el resto del pueblo del que procedían, conocían, como tales, las condiciones de vida de aquellos y estaban sujetos a sus mismas pruebas, limitaciones y pecado. Como sacerdotes tenían un área limitada de representación: τὰ πρὸς τὸν Θεόν, *"en lo que a Dios se refiere"*. Aquellos no representaban al pueblo en ninguna otra esfera de la vida nacional, como pudiera ser el aspecto cultural, social o político, simplemente tenían que ver con las relaciones del pueblo delante de Dios y con Dios.

El ministerio sacerdotal tenía también limitaciones, ya que estaban designados y elegidos por Dios para que ἵνα προσφέρῃ δῶρα τε καὶ θυσίας ὑπὲρ ἁμαρτιῶν *"presenten ofrendas y sacrificios por los pecados"*. El autor se refiere en modo genérico al oficio sacerdotal y no solo a las funciones del sacerdote. Al unir aquí los términos *ofrendas y sacrificios*, expresa todo lo relativo a los sacrificios por el pecado y a las ofrendas que se traían delante de Dios. El verbo *ofrecer* equivale a *presentar,* o poner las ofrendas y los sacrificios delante de Dios. Había distintas ofrendas establecidas en la Ley ceremonial. Una de ellas, tal vez la más destacable por su significado, era el

holocausto. La regulación para el holocausto ocupa todo el primer capítulo del libro de Levítico. Había distintos tipos de animales para ese sacrificio y en cada caso se establecía el ceremonial que debía seguirse según fuese de ganado vacuno (Lv. 1:2ss); igualmente si el animal procediera del ganado ovino o cabrío (Lv. 1:10ss); del mismo modo se regulaba si se ofrecían aves (Lv. 1:14ss). También se regulaba la ofrenda de *oblación*, que significa *don* o *tributo*, consistente en flor de harina y otros elementos vegetales. Esa ofrenda expresaba la gratitud del israelita al reconocer que Dios les había dado el alimento necesario a lo largo de los años y que ellos le debían sus vidas como un don de su fidelidad. La tercera ofrenda regulada era la llamada *ofrenda de paz* (Lv. 3). En la que el oferente participaba al comer una porción del sacrificio (Lv. 7:15), ilustrando con ello la comunión entre Dios y el hombre como consecuencia de la relación correcta que se establecía mediante la limpieza simbólica del pecado por medio del animal que se ofrecía. Pero, además de las ofrendas había también sacrificios por el pecado, descritos con detalle en los capítulos cuatro y cinco de Levítico. En esos sacrificios estaba el llamado *sacrificio por el pecado* (Lv. 4:1ss). La primera regulación tenía que ver con el pecado cometido. No se trataba de un pecado arbitrario y malintencionado sino de la comisión de un pecado *"por yerro"* (Lv. 4:2). Es necesario entender que el *yerro* o pecado de ignorancia o descuido, no le servía de excusa al que lo cometía, sino que llevaba aparejado *culpa*. Este pecado afectaba también a los mismos sacerdotes: *"Si el sacerdote ungido pecare según el pecado del pueblo…"* (Lv. 4:3). Dios establecía el ceremonial y el sacrificio ritual para restaurar al pecador afectado por la transgresión de su pecado. En el ceremonial incluía la imposición de las manos del transgresor sobre la cabeza del animal que llevaba para el sacrificio por el pecado (Lv. 4:4), en señal de identificación con aquel que moría por su pecado ocupando su lugar. La víctima inocente ocupaba el lugar del pecador y figuradamente pagaba con su muerte la responsabilidad penal del pecado que había cometido el transgresor. Es necesario, sin embargo, enfatizar que la ignorancia o el descuido en la comisión de un pecado no podía alegarse para disculpa personal, porque se trataba de haber quebrantado un mandamiento que Dios había establecido como prohibición de algo que no debía hacerse. Junto con el sacrificio por el pecado, estaba también el sacrificio de *expiación*, cuya regulación ocupa el capítulo cinco de Levítico. Es ya un sacrificio por la culpa. Se dan tres ejemplos de ese tipo de pecado: El primero consistía en ocultar evidencias que favorecerían a un delincuente en un juicio (Lv. 5:1); el segundo tenía que ver con la contaminación ceremonial por entrar en contacto con un cadáver (Lv. 5:2); el tercero consistía en no cumplir una promesa hecha bajo un juramento efectuado con ligereza (Lv. 5:4). El pecado cometido revestía una gravedad mayor que el simple hecho de un yerro. El ceremonial establecido y los sacrificios determinados son prácticamente los mismos que para *el pecado*. Sin embargo se aprecia aquí la necesidad de demandar la confesión (Lv. 5:5) y en caso de

pecado hecho en las cosas santas, por ejemplo el pago de los diezmos, debía junto con la confesión proceder a la *restitución* de lo defraudado (Lv. 5:16). Todo ello, no importa cual fuese el pecado cometido, era quebrantamiento de la Ley de Dios y, por tanto, se delinquía contra Él (Lv. 5:19). Todos los sacrificios por el pecado eran hechos con derramamiento de sangre (9:22). Posiblemente en el pensamiento del escritor estaba presente el sacrificio de expiación ofrecido por el sumo sacerdote una vez por año y cuya sangre era introducida tras el velo al Lugar Santísimo (Ex. 30:10; Lv. 16:34; He. 9:7).

2. Para que se muestre paciente con los ignorantes y extraviados, puesto que él también esta rodeado de debilidad.

μετριοπαθεῖν δυνάμενος τοῖς ἀγνοοῦσιν καὶ πλανωμένοις, ἐπεὶ
De sentir compasión capaz para los ignorantes y extraviados puesto que
καὶ αὐτὸς περίκειται ἀσθένειαν
también él mismo está rodeado de debilidad.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo sin interrupción el tema del versículo anterior escribe: μετριοπαθεῖν, presente de infinitivo en voz activa del verbo μετριοπαθέω, *moderar las propias pasiones, ser comprensivo*; δυνάμενος, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo δύναμαι, *tener poder, ser capaz*, aquí como *capaz*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado declinado *para los*; ἀγνοοῦσιν, caso dativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ἀγνοέω, *ignorar, no saber,* aquí como *ignorantes*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πλανωμένοις, caso dativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo πλανάω, *perderse, extraviarse*, aquí como *extraviados*; ἐπεὶ, conjunción causal, *puesto que, porque, ya que, de otra manera*; καὶ, adverbio de modo, *también*; αὐτὸς, caso nominativo masculino singular del pronombre intensificado *él mismo*; περίκειται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz pasiva del verbo περίκειμαι, *estar colgado alrededor,* en voz pasiva *ser rodeado*, aquí como *está rodeado*; ἀσθένειαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo declinado *de debilidad.*

Μετριοπαθεῖν δυνάμενος. El sacerdocio era llamado para que manifestase un ministerio paciente, en sentido de ser capaz de sentir compasión. El verbo que se usa en el versículo para expresar la idea de *ser comprensivo*[1], y tiene que ver, literalmente, con un *sentir moderado*. Este verbo es un *hápax legómena*, que aparece aquí sólo en todo el Nuevo Testamento y que al pie de la letra significa *padecer a la medida.* Quiere decir esto que un sumo sacerdote tenía que ser accesible al dolor ajeno por el pecado. No era un mero oficiante en la presentación del sacrificio, sino que debía sentir profunda compasión y afecto

[1] Griego: μετριοπαθέω.

por el que había cometido una transgresión que exigía la presentación del sacrificio. No se trataba de cumplir sólo las funciones rituales, sino de manifestar sentimientos compasivos como corresponde a sus funciones sacerdotales. No significa esto que el sacerdote fuese indulgente con los pecados y que descuidara denunciarlos y, en la medida de sus posibilidades, combatirlos firmemente, más bien tenía que ver con un claro equilibrio: por un lado de denuncia del pecado, por otro de sentimiento compasivo con aquel que lo había cometido. Es la condición propia de quien sirve al Dios que es capaz de compadecerse y perdonar, cuyas misericordias están por encima de todas sus obras (Sal. 145:9). El carácter compasivo del sacerdote es vital en el ejercicio del sacerdocio. De este modo se expresa el profesor Miguel Nicolau:

"Algunos han interpretado la palabra griega μετριοπαθεῖν en el sentido de padecer con medida cuando ocurren faltas de los demás; es decir, con equilibrio y dominio propio, sin exageraciones ni exaltaciones sentimentales y sin atonía de sensibilidad, todo según el ideal estoico, que evita por igual lo patético y lo apático. Esta justa medida del sentimiento en el sacerdote significaría que, sin entregarse a la ira por los pecados del pueblo, debería evitar también el ser excesivamente compasivo e indulgente y el que descuidara combatirlos con fortaleza"[2].

En el contexto se aprecia más bien la idea de *compadecerse*, sentir como propio el dolor producido por el pecado y sus consecuencias. El sumo sacerdote no tenía función de juez, sino de mediador, por tanto debía identificarse y compenetrarse hasta comprender el problema ocasionado por el pecado que exigía la ofrenda de un sacrificio.

Τοῖς ἀγνοοῦσιν καὶ πλανωμένοις. Los objetos de la paciencia del sumo sacerdote eran los *"ignorantes y extraviados"*. Antes se hizo mención de la condición sacerdotal para ser compasivo con las *debilidades* de los hombres (4:15), ahora se llama a la compasión por las consecuencias de las *caídas* en el pecado. Probablemente la expresión que utiliza dos verbos sustantivados, *ignorantes y extraviados*, signifique más bien ser compasivo con los *extraviados por ignorancia*. Es necesario comprender bien estos dos aspectos en el pecado. Pecado de ignorancia es lo opuesto a pecado voluntario o deliberado. El primero se refiere todo pecado cometido sin claro deseo de hacerlo; para estos Dios había dispuesto el correspondiente sacrificio (Nm. 15:24-29). El pecado de extravío es aquel que se produce por una caída del creyente, bien sea por tentación o por atracción concupiscente (Stg. 1:14). Al igual que para el pecado de ignorancia, la Ley disponía del correspondiente sacrificio. Pero, no había, sin embargo, sacrificio expiatorio para el pecado voluntario, aquel

[2] Miguel Nicolau. o.c., pág. 61.

cometido por orgullo rebelde y en violenta voluntariedad de cometerlo desafiando a Dios (Nm. 15:30). Esta es la misma enseñanza que aparecerá más adelante en la Epístola (10:26). Con los que pecaban por ignorancia o extravío, el sumo sacerdote debía manifestarles una profunda simpatía *compadeciéndose* con el pecador. De acuerdo con la etimología del verbo que aparece en el texto griego, el sumo sacerdote tenía que *padecer a la medida*, en relación con el problema del prójimo. La gran enseñanza aquí está en el énfasis que se hace sobre la compasión, ya que el sumo sacerdote y los sacerdotes debían *compadecerse*, y hacerlo intensamente al identificarse y hacerlo suyo el dolor ajeno. Es lo que corresponde, en figura y sombra, al ministerio de Aquel que *se compadece* de nuestros males, porque le es propio a causa de sus misericordias que están por encima de todas sus obras.

La razón para sentir esa compasión obedecía a la propia condición del sumo sacerdote o de los sacerdotes en general, ἐπεὶ καὶ αὐτὸς περίκειται ἀσθένειαν, *"puesto que él también está rodeado de debilidad"*. El verbo que aparece en el texto griego[3], está en presente de indicativo, lo que expresa una acción continuada, es decir, el sumo sacerdote estaba continuamente rodeado de debilidad. No sólo era débil como hombre, sino que estaba rodeado por la debilidad. Hay evidencias en el ejemplo histórico sacerdotal. Aarón dio muestra clara de esta debilidad cuando consintió en hacer dioses a petición del pueblo mientras Moisés estaba en el monte, de donde salió el becerro de oro (Ex. 32:19ss). El mismo primer sumo sacerdote colaboró con el pueblo en la comisión del pecado. Por esta causa no pudo interceder por el pecado del pueblo, sino que tuvo que ser Moisés el que entró en la presencia de Dios para hacerlo (Ex. 32:11-14, 31, 32). Así también ocurrió con Josué, hijo de Josadac, que era acusado por Satanás a causa de sus debilidades, siendo purificado por Dios mismo (Zac. 3:3ss). La condición de debilidad de los sacerdotes del antiguo pacto será aludida nuevamente en la Epístola (7:28).

3. Y por causa de ella debe ofrecer por los pecados, tanto por sí mismo como también por el pueblo.

καὶ δι' αὐτὴν ὀφείλει, καθὼς περὶ τοῦ λαοῦ, οὕτως καὶ περὶ
Y a causa de ella debe como por del pueblo así también por
αὐτοῦ προσφέρειν περὶ ἁμαρτιῶν.
de sí mismo ofrecer por pecados.

Notas y análisis del texto griego.

Continuando con el mismo pensamiento sigue con καὶ, conjunción copulativa *y*; δι', forma contracta de la preposición de acusativo διά, aquí como *por medio, a causa de*;

[3] Griego: περίκειται.

αὐτὴν, caso acusativo femenino singular del pronombre personal *ella*; ὀφείλει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ὀφείλω, *deber, tener obligación, ofrecer*, aquí como *debe*; καθὼς conjunción, *lo mismo que, según que, como,* desempeña a veces funciones de partícula comparativa; περὶ, preposición de genitivo *acerca de, por*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; λαοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *pueblo*; οὕτως, adverbio de modo *así*; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; περὶ, preposición de genitivo *acerca de, por*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal enfatizado declinado *de sí mismo*; προσφέρειν, presente de infinitivo en voz activa del verbo προσφέρω, *ofrecer, traer, llevar, presentar*, aquí como *ofrecer*; περὶ, preposición de genitivo *acerca de, por*; ἁμαρτιῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo *pecados*.

La realidad de la propia debilidad del sumo sacerdote queda evidenciada en la expresión: καὶ δι᾽ αὐτὴν *"y por causa de ella"*. Por razón de la debilidad de que está rodeado y, por tanto, aprisionado en ella, se veía involucrado, lo mismo que el resto del pueblo, en la problemática común del pecado. El sacerdote experimentaba en sí mismo los problemas que concurrían en los demás.

᾽Οφείλει, καθὼς περὶ τοῦ λαοῦ, οὕτως καὶ περὶ αὐτοῦ προσφέρειν περὶ ἁμαρτιῶν. La necesidad personal es evidente: *"debe ofrecer por los pecados, tanto por sí mismo como también por el pueblo"*. El sumo sacerdote tenía que comenzar ofreciendo sacrificio por sus propios pecados antes de ofrecer el de expiación por los del pueblo (Lv. 16:6-16). Esa actuación del sumo sacerdote ocurría en el día anual de la expiación, cuando ofrecía sacrificios como expiación por el Santuario, por los sacerdotes y por el pueblo (Lv. 23:26-32; Nm. 29:7-11). Se llevaba a cabo en el décimo día del mes séptimo, en santa convocatoria a todo el pueblo, haciendo descanso solemne y con ayuno, único impuesto por la Ley. En ese día, el sumo sacerdote no vestía sus vestiduras que le caracterizaban como tal, sino que llevaba simplemente una túnica de lino blanco. El ceremonial comenzaba con el sacrificio de un novillo joven como ofrenda por el pecado, para él mismo y para los demás sacerdotes. Tomando después un incensario lleno de ascuas encendidas de sobre el altar del holocausto, entraba al Lugar Santísimo, quemando el incienso de manera que el humo cubriera el Propiciatorio que con su plancha de oro quedaba por encima de la Ley, que estaba dentro del arca. Traía entonces la sangre del novillo degollado y rociaba sobre el propiciatorio y sobre el suelo. Este ceremonial completaba la expiación para el sacerdocio. Tomaba después dos machos cabríos provistos por parte de la nación y echaba suerte sobre ellos. Luego degollaba a uno de ellos como ofrenda por el pecado para el pueblo, trayendo su sangre adentro del velo, al Lugar Santísimo, y rociándola como antes para hacer expiación para el Lugar Santísimo. Por un rito semejante hacía también

expiación para el Lugar Santo y el altar del holocausto. Esta entrada al Lugar Santísimo ocurría una sola vez al año.

En el ceremonial de la expiación por el pecado del sumo sacerdote y de los sacerdotes, se aprecian dos aspectos: Primeramente a causa del derecho divino natural, el sacerdocio tenía que presentarse purificado delante de Dios, antes de presentar cualquier ofrenda, ya que la inmundicia personal contaminaba al sacerdote y la ofrenda no sería grata delante de Dios. En segundo lugar por el derecho positivo que lo prescribía (Lv. 4:3; 9:7; He. 7:27; 9:7). La diferencia con Cristo, el eterno Sumo Sacerdote es notoria, ya que Él no necesitó ofrecer sacrificio por Sus pecados, porque era inmaculado y eternamente santo.

4. Y nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón.

καὶ οὐχ ἑαυτῷ τις λαμβάνει τὴν τιμὴν ἀλλὰ καλούμενος ὑπὸ
Y no para sí mismo alguien toma el honor sino siendo llamado por
τοῦ Θεοῦ καθώσπερ καὶ ᾿Ααρών.
- Dios tal como también Aarón.

Notas y análisis del texto griego.

Continua con el desarrollo del argumento vinculándolo con lo que antecede mediante καὶ, conjunción copulativa *y*; οὐχ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada; ἑαυτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre reflexivo de tercera persona, con sentido individualidad, declinado *para sí mismo*; τις, pronombre indefinido *alguien*; λαμβάνει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λαμβάνω, *tomar, coger, agarrar, recibir, aceptar,* aquí como *toma*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*, masculino en castellano en este caso; τιμὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *precio, valor, honor, honra*; ἀλλὰ, conjunción adversativa *sino*; καλούμενος, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz pasiva del verbo καλέω, *llamar*, aquí como *siendo llamado*; ὑπο, preposición de genitivo *por*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*, que no se traduce en castellano al estar vinculado con nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre *Dios*; καθώσπερ, adverbio de modo *tal como;* καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; ᾿Ααρών, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Aarón*.

La posición sacerdotal no se alcanza por voluntad humana, ya que καὶ οὐχ ἑαυτῷ τις λαμβάνει τὴν τιμὴν, *"nadie toma para sí esta honra"*. El término aquí tiene connotación religiosa. El sacerdocio no se alcanza por autonombramiento o designación de hombres. El llamamiento a la misión sacerdotal no es por votación democrática sino por acción *teocrática*. Dios es el

único que puede determinar, en su Soberanía, quien es el sumo sacerdote escogido por él. Ningún hombre puede colocarse a sí mismo en esa posición, ni mantener como divino un sacerdocio conferido por autoridad humana. El texto afirma enfáticamente que ningún hombre puede establecerse a sí mismo como sumo sacerdote, ni puede mantener válidamente ese oficio por designación humana. No es menos cierto que en la historia del sacerdocio en Israel en los dos siglos anteriores al tiempo de la Epístola se había deteriorado el establecimiento sacerdotal hasta caer la designación en manos de hombres[4]. Pero, inicialmente y conforme al propósito de Dios no fue así. Ἀλλὰ καλούμενος ὑπὸ τοῦ Θεοῦ καθώσπερ καὶ Ἀαρών Aarón fue constituido sumo sacerdote por designación divina (Ex. 28:1; Lv. 8:1ss; Nm. 16:5ss: 17:5, 8; 18:1; Sal. 105:26).

En ningún momento permitió Dios intrusiones en el oficio sacerdotal. Esa fue la razón del castigo de la soberbia de Coré y los suyos. Además de la envidia que concurría en aquel grupo de sediciosos en el pueblo de Israel, un grave problema era que siendo de los levitas procuraban ser sacerdotes (Nm. 16:8-11). Dios había escogido a los levitas para un ministerio y a los sacerdotes para otro. Ambos oficios eran santos y ambos había sido establecidos soberanamente por Dios. Coré había sido llamado como levita a servir y a enseñar (Dt. 33:10). La acción de Coré y los suyos quedaba revestida de cierto interés por los derechos de toda la congregación, como decían acusando a Moisés y a Aarón: *"¡Basta ya de vosotros! Porque toda la congregación, todos ellos son santos, y en medio de ellos está Jehová; ¿por qué, pues, os levantáis vosotros sobre la congregación de Jehová?"* (Nm. 16:3). Se trataba del deseo de ser lo que Dios no había determinado que fuesen. Era un asunto de envidia que procuraba destruir y derribar a quienes Dios había establecido para una misión en su pueblo. Es interesante apreciar que quienes hablan más alto de los derechos y privilegios del pueblo de Dios, y pretenden un alto conocimiento de la doctrina, buscan en realidad su propio encumbramiento que les permita alcanzar ventajas personales. No sólo están haciendo su propia obra, no la de Dios, por cuanto Él no los llamó a tal ministerio, sino que buscan para sí mismo un sitio en ella que no les corresponde. Nada hay más despreciable en la obra de

---

[4] Luego al derrocamiento de Onías III en 174 a.C., Jasón y su sucesor Menéalo, fueron establecidos como sumos sacerdotes por Antíoco IV. Más tarde Alcino fue constituido en el cargo por Demetrio I en el 162 a.C. El la casa asmonea, Jonatán fue designado por Alejandro Balas, que se tenía supuestamente por hijo de Antíoco IV, en el 152 a.C. Del mismo modo su hermano Simón y sus sucesores fueron establecidos por decretos del pueblo judío en el 140 a.C. (1 Mac. 14:41). Luego de los sacerdotes asmoneos, los siguientes fueron designados por Herodes el Grande (37-4 a.C.), Arquelao gobernador romano (4 a.C. – 6 d.C.), luego por otros gobernadores romanos (6-41 d.C.) y por miembros de la familia de Herodes (41-66 d.C.) El último sacerdote, que ocupó el cargo durante la guerra contra Roma, fue designado por votación popular en el 67 d.C.

Dios que buscar el *primer lugar* (3 Jn. 9). Para los tales no hay respeto por quienes son verdaderamente llamados para el ministerio, sino que en un afán malsano intentan derribar a todo aquel que se ponga en su camino de arrogancia y destruir a quien ocupe el lugar que ellos anhelan. Estos al estilo de Coré, descontentos de su posición y de su servicio, aspiran a algo que en ningún modo les corresponde. Este asunto es de notoria importancia en la iglesia de Jesucristo. En ocasiones, los que desean ocupar el primado, actúan contra quienes tienen verdaderamente dones espirituales para el ministerio y cuando los ejercen les acusan de rebeldes contra el liderazgo porque actúan conforme a lo que Dios les ha dado y a la capacidad recibida por el don dado. Se olvidan los arrogantes, sobre todo cuando están no en el liderazgo bíblico, sino en el autoritarismo humano, que la posesión de un don otorgado por el Espíritu, basta para hacer de un creyente un ministro. Por otro lado, cuando un hombre tiene todo cuanto sea sin tener el don dado por el Espíritu y procedente de la Cabeza que es Cristo, no es ministro, ni puede ejercer un ministerio dependiente de un determinado don. Sobre todo cuando los dones como *evangelista, pastor o maestro* lastiman a los infatuados, suelen hacer algo semejante a la rebelión de Coré, levantándose contra ellos y acusándolos para desprestigiarlos delante del pueblo de Dios. Sin embargo, el gozo profundo para el que es acusado injustamente por ejercer el ministerio para el que Dios lo ha puesto, es que el mismo Señor se ocupa de su protección según su promesa: *"Si alguno conspirare contra ti, lo hará sin mí; el que contra ti conspirare, delante de ti caerá… Ninguna arma forjada contra ti prosperará, y condenarás toda lengua que se levante contra ti en juicio. Esta es la herencia de los siervos de Jehová, y su salvación de mi vendrá, dijo Jehová"* (Is. 54:15, 17).

Del mismo modo Dios intervino en la protección del sacerdocio cuando Saúl pretendió ofrecer el sacrificio que pertenecía exclusivamente al sacerdote (1 S. 13:13, 14). El castigo de tal acción fue la pérdida del trono por ese acto de impiedad y orgullo. Así también ocurrió con el rey Uzías, quien en su orgullo, cuando se hizo fuerte, pretendió quemar incienso sobre el altar en el santuario, lugar al que sólo podían entrar los sacerdotes y ofrecer incienso que era privativo de ellos, recibiendo el castigo de quedar leproso por la intromisión en el servicio sacerdotal (2 Cr. 26:18-21).

Dios es el único que podía llamar y designar a los sacerdotes, porque es el único que puede perdonar pecados y determinar el sacrificio de expiación, en el antiguo orden, para ellos. A Dios correspondía determinar las personas que podían ofrecer los sacrificios a favor del pueblo. La ofensa al ministerio sacerdotal o el desprecio hacia él mismo, era un desprecio contra Dios que lo había establecido.

Las lecciones de la antigua dispensación están escritas para nuestra advertencia personal, a fin de que no caigamos nosotros en las transgresiones en que aquellos cayeron, de modo que no recibamos una disciplina semejante a la que ellos recibieron (1 Co. 10:6, 11). Es fácil caer en el pecado de orgullo que es siempre resistido por Dios (Stg. 4:6).

5. Así tampoco Cristo se glorificó a si mismo haciéndose sumo sacerdote, sino el que le dijo:
Tú eres mí Hijo,
Yo te he engendrado hoy.

οὕτως καὶ ὁ Χριστὸς οὐχ ἑαυτὸν ἐδόξασεν γενηθῆναι ἀρχιερέα
Así también - Cristo no a sí mismo glorificó haciéndose sumo sacerdote
ἀλλ᾽ ὁ λαλήσας πρὸς αὐτόν·
sino el que habló a Él:
Υἱός μου εἶ σύ,
Hijo de mí eres tú
ἐγὼ σήμερον γεγέννηκα σε·
yo hoy he engendrado te.

Notas y análisis del texto griego.

Desarrollando el tema sigue con οὕτως, adverbio de modo *así*; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se utiliza en español al preceder a nombre propio; Χριστὸς, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Cristo*; οὐχ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada; ἑαυτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre reflexivo *a sí mismo*; ἐδόξασεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo δοξάζω, *honrar, alabar, glorificar*, que derivado del sustantivo δόξα *gloria,* adquiere de él su significado, *mostrar honor,* en pasiva *recibir honor*, aquí como *glorificó*; seguido de γενηθῆναι, aoristo primero de infinitivo en voz pasiva del verbo γίνομαι, *llegar a ser, empezar a existir, hacerse,* aquí como *haciéndose*; ἀρχιερέα, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *sumo sacerdote*, predicado acusativo concordando con ἑαυτὸν, *el mismo*, objeto de ἐδόξασεν, *glorificó*; ἀλλ᾽, forma escrita ante vocal de la conjunción adversativa ἀλλά que significa *pero*, *sino*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; λαλήσας, caso nominativo masculino singular del participio aoristo primero en voz activa del verbo λαλέω, *hablar*, aquí como *que habló*; πρὸς, preposición de acusativo *a*; αὐτόν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *él*; υἱός, caso nominativo masculino singular del sustantivo *hijo*, que adquiere aquí condición de nombre propio al referirse a Cristo; μου, caso genitivo singular del pronombre personal declinado *de mi*; εἶ, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *eres*; σύ, caso nominativo singular del pronombre personal *mi*; ἐγὼ, caso nominativo singular del pronombre personal *mi*; σήμερον, adverbio de tiempo *hoy*; γεγέννηκα, primera persona singular del perfecto de indicativo en voz activo del verbo γεννάω, *engendrar*,

aquí como *engendré* o *he engendrado*; σε, caso acusativo singular del pronombre personal *te*.

Οὕτως καὶ ὁ Χριστὸς οὐχ ἑαυτὸν ἐδόξασεν γενηθῆναι ἀρχιερέα. Algunos en la antigüedad asumieron funciones sacerdotales que no les correspondía y fueron disciplinados por Dios a causa de ello. Anteriormente se consideró que Dios es el único que puede llamar y designar al sacerdote, determinado las personas a quienes corresponde ofrecer sacrificios a favor del pueblo. En ese mismo orden de cosas, aún Cristo, el Hijo de Dios, no vino a su condición de sacerdote perpetuo por decisión personal, sino a causa de la disposición divina establecida antes. Como contraste introductorio al párrafo que se estudia, escribe el Dr. Lacueva:

"Al aplicar a Cristo (vv. 5-10) estas cualificaciones, que ya se requerían en el sacerdocio levítico, bueno es observar de entrada algunas notables diferencias: (A) En el sacerdocio levítico, Aarón (y cada uno de sus sucesores y sacerdotes subalternos) estaba muy cercano al pueblo, puesto que también él era meramente humano y pecador, pero eso mismo le alejaba del Dios infinito y santo; en cambio, Cristo está muy cercano a Dios, cuya naturaleza comparte y, aun como hombre, es perfectamente santo y sin pecado, lo cual le aleja de los pecadores. Es, pues, en este aspecto donde necesita un especial acercamiento, como dan a entender los vv. 7-9. (B) Aarón no sólo era mero hombre, sino, además, débil y mortal, por lo que necesitaba subalternos y sucesores; en cambio, Cristo, por su condición divina, dio a su sacrificio un mérito infinito, quedando así satisfecha la santidad de la justicia divina; por eso, no tiene sucesores ni subalternos. El sacerdocio ha cesado de ser una casta en el pueblo de Dios, donde todos somos un reino de sacerdotes (1 P. 2:9; Ap. 5:10), sin que necesitemos ningún otro mediador humano que nos represente"[5].

Οὕτως καὶ ὁ Χριστὸς οὐχ ἑαυτὸν ἐδόξασεν γενηθῆναι ἀρχιερέα. De ese modo, conforme a la norma de reconocimiento para los sacerdotes humanos, tampoco Jesús se nombró a sí mismo sacerdote. No se arrogó Él la gloria y el honor del sacerdocio haciéndose a Sí mismo sacerdote, sino que fue llamado por el Padre a esa condición. Para confirmar esta verdad el autor acude nuevamente a una referencia del Antiguo Testamento. En esta ocasión apela al Salmo mesiánico (Sal. 2:7), que ya ha sido citado antes en la Epístola (1:5). La proclamación pública, yo diría *cósmica* del Padre, anuncia que Cristo, su Hijo, es el sumo sacerdote perpetuo. El escrito afirma que Dios ἀλλ' ὁ λαλήσας πρὸς αὐτόν, *"lo dijo"*, es decir, lo expresó públicamente para que todos conozcan la determinación divina. El decir de Dios manifiesta la filiación eterna con Cristo, nuestro Señor: Υἱός μου εἶ σύ ἐγὼ σήμερον γεγέννηκα σε,

[5] F. Lacueva. o.c., pág. 514.

"Tu eres mi Hijo, Yo te he engendrado hoy". Aspectos concretos sobre esta declaración, se han considerado antes[6]. Jesús es *engendrado* en sentido de relación continuativa con el Padre por la resurrección de los muertos. Dios había hecho notar en el ministerio de Jesús que aquel a quien los hombres consideraban como un hombre era realmente el Hijo de Dios. Sin embargo, es en la resurrección de Jesús de entre los muertos, cuando la proclamación adquiere un sentido de mucha mayor dimensión, especialmente en el aspecto soteriológico e incluso escatológico. Aquel Jesús, el Hijo del Hombre, crucificado y muerto por los hombres, es resucitado por Dios y ya vivo en su humanidad, habiendo recibido la dotación del cuerpo de resurrección es presentado a todos como el mismo y eterno Hijo de Dios. De ese modo, como ya se ha dicho, lo entiende e interpreta el apóstol Pablo (Hch. 13:33). El hombre Jesús fue elevado a la suprema condición sacerdotal por la resurrección y la glorificación (Fil. 2:9-10).

El Mesías es Hijo de Dios, participando de la doble naturaleza divino-humana, por lo que es absolutamente perfecto para mediar entre Dios y los hombres como Mediador único (1 Ti. 2:5) y, por esa misma condición, es constituido para el oficio sacerdotal perpetuo. Sin embargo, aunque la proclamación cósmica de su condición sacerdotal tiene lugar en la resurrección, Jesucristo es el sumo sacerdote perfecto desde el momento de la encarnación. La unión hipostática le califica como único para ese ministerio. El *"hoy"* de la proclamación corresponde al día de la entronización de Cristo a la diestra de Dios, exaltando al crucificado como *"Señor y Cristo"* (Hch. 2:36).

Aunque la referencia del Salmo tiene que ver con el testimonio del Padre en relación con su Hijo resucitado, no debe olvidarse la filiación eterna del Hijo, si se quiere entender en una mayor dimensión el testimonio relativo a esa condición y el llamamiento a ser sumo sacerdote perpetuo para todos los que por Él se acercan a Dios. Debe tenerse en cuenta lo inseparable que es la *generación* divina de la Persona del Hijo, en el *hoy* eterno sin origen, sin principio, de la Trinidad. Esa filiación eterna se proyecta a la temporalidad por la encarnación y se proclama continuada por medio de la resurrección y entronización. Lo que es eterno, en relación con el Hijo, lo es también en su encarnación. La filiación de Jesús como Hijo eterno de Dios, en relación con el Padre, no es una especulación teológica o filosófica, sino una verdad de fe. La filiación que permite al Padre testificar: *"Tú eres mi Hijo"* explica Su procedencia eterna, como de su misma esencia y no de su voluntad. En esa manera Cristo comparte la misma vida, perfecciones y autoridad del Padre, siendo como dice el Concilio de Nicea *"Dios de Dios"*, esto es, Dios como Dios. Todo cuanto es privativo del Padre en el Ser Divino, lo es también del

---

[6] Ver comentario a 1:5

Hijo, puesto que a ambos, en la unidad del Espíritu, les es común la deidad. No es por tanto un hombre a quien Dios eleva a la categoría de sumo sacerdote y único mediador, como intermediario entre Él y el mundo, sino un auténtico y real mediador y, por tanto, sumo sacerdote. El intermediario solo puede actuar en una sola dirección, mientras que el mediador lo hace en ambas direcciones: Dios comunica por medio de Jesucristo sus bendiciones y vida, y recibe por medio de Él el diálogo propio de la criatura expresada y reflejada en su humanidad. La condición de Hijo centra, agrupa y aglutina todas las demás ya que se trata de la forma suprema de relación con Dios. No se trata de un sumo sacerdote que ofrece algún tipo de sacrificio y espera que Dios perdone el pecado, sino que Él mismo por su condición divina puede hacerlo y lo hace.

Jesús, el Sumo Sacerdote perpetuo, actúa con una autoridad que no es adquirida, sino que le corresponde eternamente. Con su sacrificio sacerdotal expiatorio pone el poder de la vida donde antes estaba sólo el poder de la muerte. En su ministerio intercesor restaura el diálogo quebrado por la caída, que no es otra cosa que el juzgar del hombre a Dios considerándolo como indigno de confianza. En este Sumo Sacerdote se encuentra la realización suprema y definitiva de la implicación de Dios en el destino del hombre y, de forma especial, en el de su pueblo redimido. El Sumo Sacerdote hace superable la condición de ignorancia en que el hombre se encuentra mediante el ministerio de revelación, y el alejamiento a causa del pecado, por la obra de redención.

6. Como también dice en otro lugar:
Tú eres sacerdote para siempre,
Según el orden de Melquisedec.

καθὼς καὶ ἐν ἑτέρῳ λέγει·
Como también en otro dice:
Σὺ ἱερεὺς εἰς τὸν αἰῶνα
Tú sacerdote hasta el siglo
κατὰ τὴν τάξιν Μελχισέδεκ,
según el orden de Melquisedec.

Notas y análisis del texto griego.

Como continuación añade una nueva cita que introduce mediante la cláusula que comienza con καθὼς conjunción, *lo mismo que, según que, como,* desempeña a veces funciones de partícula comparativa; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; ἐν, preposición de dativo, *en*; ἑτέρῳ, caso dativo masculino singular del adjetivo indefinido *otro*; λέγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir,* aquí como *dice*: Σὺ, caso nominativo singular del pronombre personal *tú*; ἱερεὺς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *sacerdote*; εἰς, preposición de acusativo *hasta*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; αἰῶνα, caso acusativo masculino singular del

sustantivo que denota *siglo, orden de tiempo,* metafóricamente *eternidad*; κατὰ, preposición de acusativo *según*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; τάξιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *orden, división, sucesión*; Μελχισέδεκ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Melquisedec*.

Una nueva apelación a la Escritura aparece también en el versículo. El autor alude a ella de un modo genérico mediante la expresión καθὼς καὶ ἐν ἑτέρῳ λέγει, *"como también dice en otro lugar"*. La referencia es nuevamente al libro de los Salmos (Sal. 110:4) y concretamente a uno que se reconoció como mesiánico tanto por judíos como por cristianos. El versículo del Salmo se aplica a Jesús en una manera sin precedentes en la iglesia primitiva, al afirmar que Jesús el Mesías esperado conforme a las promesas dadas a David (Sal. 2:7) es también aclamado por Dios como Sumo Sacerdote. De otro modo, el mismo Dios que lo designa como Rey, lo proclama como Sumo Sacerdote a perpetuidad. Un nuevo contraste se aprecia aquí: El sacerdocio aarónico era temporal, la muerte o la vejez del sumo sacerdote obligaba continuamente a colocar en su lugar a otro que lo sustituía; Jesucristo al estar revestido de inmortalidad, es un Sumo Sacerdote perpetuo, por cuanto es atemporal. El Salmo que el autor cita atribuye al Mesías la dignidad de Rey (Sal. 110:1-2), pero, en el mismo se le da también la de sacerdote (Sal. 110:4). Ambas cosas concurren también en el caso de Melquisedec, que era rey de Salén y sacerdote del Dios altísimo (Gn. 14:18). Se añade a la condición de Rey-sacerdote, la eternidad de ella: Σὺ ἱερεὺς εἰς τὸν αἰῶνα *"Tú eres sacerdote para siempre"*. La lectura literal del texto griego dice: *Tú sacerdote hasta el siglo*, que es una forma idiomática equivalente a *Tú, sacerdote para siempre"*.

El sacerdocio de Jesucristo se establece κατὰ τὴν τάξιν Μελχισέδεκ, *"según el orden de Melquisedec"*. El término traducido como *orden*[7] expresa la idea de disposición y ordenamiento de cosas y como consecuencia se aplica a una manera de estar o de ser. Por tanto, en este caso equivale *"a la semejanza de Melquisedec"*. Esa semejanza entre el sacerdocio de Cristo y el de Melquisedec se considerará más adelante[8]. Jesús no hubiera podido ser sacerdote *a la semejanza* o *conforme al orden* levítico ya que no descendía de la tribu de Leví, ni de la familia sacerdotal de Aarón, sino de la real de Judá (Mt. 1:3). Pero en Él, a semejanza de Melquisedec, concurren dos oficios, el real, como heredero del reino eterno establecido por Dios, y el sacerdotal, constituido para ello por Dios mismo. Es importante tener en cuenta en la figura bíblica de Melquisedec que la primera referencia (Gn. 14:18) lo presenta como rey de

[7] Griego τάξιν.
[8] Capítulo 7.

Salem, generalmente identificada como Jerusalén[9]. Este era *"sacerdote del Dios Altísimo"*[10]. Como se dice un poco más arriba, concurren en una misma persona de Melquisedec la condición de rey y la de sacerdote. Al decir que Cristo fue constituido sacerdote conforme o según el orden de Melquisedec, indica que el personaje histórico y sus oficios eran figura o tipo de Cristo y los suyos. En cierta medida Melquisedec establece la línea de herencia al trono a la monarquía davídica, por cuanto el rey David conquistó Salem y la convirtió en capital de su reino (2 S. 5:6ss). En ese sentido tanto él como sus descendientes son sucesores del reino de Melquisedec. El ideal de un *sacerdote-rey* se consideraba en cada coronación de un rey de Judá, en cuyo ritual se leía el Salmo 110. El Salmo se consideraba más bien como un ideal futuro que como una realidad presente. La idea de un rey y un sacerdote ejerciendo funciones conjuntamente aparece en la profecía como esperanza futura para Israel (Za. 6:13). Los aspectos tipológicos de Melquisedec se cumplen plenamente en Cristo que tenía todos los derechos al reino en Israel como heredero directo de David y proclamado Rey eterno por Dios. Además se cumple también la condición de sacerdote del Altísimo, por determinación y establecimiento de Dios mismo. Siendo también su reino y sacerdocio eternos, se dice que es establecido como Rey y Sacerdote conforme al orden de Melquisedec.

Probado como Sumo Sacerdote (5:7-10).

7. Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente.

ὃς ἐν ταῖς ἡμέραις τῆς σαρκὸς αὐτοῦ δεήσεις τε καὶ ἱκετηρίας
El que en los días de la carne de Él tanto ruegos como súplicas
πρὸς τὸν δυνάμενον σῴζειν αὐτὸν ἐκ θανάτου μετὰ κραυγῆς ἰσχυρᾶς
al que podía salvar le de muerte con clamor fuerte
καὶ δακρύων προσενέγκας καὶ εἰσακουσθεὶς ἀπὸ τῆς εὐλαβείας,
y lágrimas habiendo ofrecido y siendo escuchado por la sumisión reverente.

Notas y análisis del texto griego.

El párrafo comienza con ὃς, pronombre relativo *el que*; seguido de ἐν, preposición de dativo *en*; ταῖς, caso dativo femenino plural del artículo determinado *las*; ἡμέραις, caso dativo femenino plural del sustantivo que denota *días*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; σαρκὸς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *carne*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre

[9] Algunos identifican Salem con Salim, cerca de Siquem (Gn. 33:18; cf. Jn. 3:23), aunque es dudoso.
[10] *El Altísimo*, en hebreo *El Elyon*, se identifica con Jehová en muchos lugares, p. ej. Gn. 14:22; Sal. 18:13.

personal declinado *de Él*, δεήσεις, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *petición, oración,* de ahí *ruego*; seguida de τε, partícula conjuntiva, que puede construirse sola, pero generalmente está en correlación con otras partículas, en este caso, al preceder a καὶ, conjunción copulativa *y*, adquieren juntas el sentido de *como con, tanto como, no solamente, sino también*; ἱκετηρίας, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *súplicas*; la construcción griega permite la traducción *tanto ruegos como súplicas*; πρὸς, preposición de acusativo *a*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*, que unido a la preposición que le antecede originan la contracción *al*; δυνάμενον, caso acusativo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo δύναμαι, *tener poder, tener capacidad operativa*, aquí como *que podía*, o *que tenía poder*; σῴζειν, presente de infinitivo en voz activa del verbo σῴσω, *salvar*; αὐτὸν, caso acusativo masculino singlar del pronombre personal *le*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; θανάτου, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *muerte*; μετὰ, preposición de genitivo *con*; κραυγῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *clamor, grito*; ἰσχυρᾶς, caso genitivo femenino singular del adjetivo que expresa la condición de *poderoso, fuerte*; καὶ, conjunción copulativa *y*; δακρύων, caso genitivo neutro plural del sustantivo *lágrimas*; προσενέγκας, caso nominativo masculino singular con el participio de aoristo en voz activa del verbo προσφέρω, *ofrecer, traer, llevar, presentar*, aquí como *ofreciendo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; εἰσακουσθεὶς, caso nominativo masculino singular del participio de aoristo en voz pasiva del verbo εἰσακούω, *escuchar, atender, hacer caso*, aquí como *siendo atendido, siendo escuchado*; ἀπὸ, preposición de genitivo *por*, con sentido de *en atención a*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; εὐλαβείας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *piedad,* de ahí la acepción *temor reverente*, *respeto ante Dios*.

El versículo comienza con una referencia a Cristo mediante el uso del pronombre relativo ὃς, *el que*. De ahí que algunas versiones introducen aquí el sujeto implícito *Cristo*. De Él se viene hablando como el designado por Dios para ser Rey y Sumo Sacerdote. El sujeto de la oración es Cristo, el Hijo de Dios, el Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec.

Ἐν ταῖς ἡμέραις τῆς σαρκὸς αὐτοῦ. La relación con su humanidad es evidente, ya que el acontecimiento al que se alude forma parte de su experiencia como hombre, es decir, viene a ser vivida por medio de su humanidad que la permite como experiencia personal. Este Sumo Sacerdote puede simpatizar con los hombres porque Él mismo es hombre también. Jesucristo no es otro que el Verbo encarnado que *acampó* entre los hombres revestido de humanidad (Jn. 1:14). Este hombre que en unión con la deidad es una Persona Divino-humana, Emmanuel, Dios con los hombres, fue hecho semejante a los hermanos en todos los aspectos, salvo en el pecado (Fil. 2:7). Quien vino a ser hecho semejante a los hombres, fue visto y apreciado como hombre por los hombres (Fil. 2:8; 1 Jn. 1:1). Jesús era como los demás hombres en cuanto a los elementos constitutivos de la humanidad, o de la naturaleza humana. Poseedor de cuerpo humano con

todas las limitaciones propias de esa condición (Mt. 26:26, 28; Mr. 14:8; Gá. 4:4). Poseedor de un alma humana que le permite experiencias de angustia (Mt. 26:38; Mr. 14:34). Poseedor de un espíritu humano que le estremece en su intimidad y le conduce a llorar (Lc. 23:46; Jn. 11:33; Jn. 19:30). Debe tenerse presente en cualquier consideración sobre Jesucristo, nuestro Señor, que Él es Dios en diálogo con el hombre. Sin embargo, la Biblia afirma que Jesús era *semejante* a los hombres, por tanto, entraña necesariamente alguna diferencia. Esto es, Cristo es algo más que un mero hombre y hay en Él diferencias fundamentales con los demás hombres. Una diferencia sustancial y única es que su naturaleza humana y sólo la suya, desde el mismo instante de la concepción, fue puesta en unión personal con y en la Persona Divina del Hijo de Dios, en quien subsiste en unión hipostática, por lo que la Persona Divina que le da subsistencia viene a ser el sujeto de atribución de aquella humanidad. De otro modo, puede decirse que Jesús es un hombre sin *personalidad* humana, ya que la personalidad procede de la Persona, que no es humana sino Divino-humana. Una segunda diferencia tiene que ver con la ausencia de pecado en la humanidad de Jesús. El apóstol Pablo lo afirma enfáticamente: *"Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él"* (2 Co. 5:21). Por esa razón el mismo apóstol dice que Dios envió a su Hijo *"en semejanza de carne de pecado"* (Ro. 8:3). La *semejanza* de carne pecaminosa desvincula a Cristo de la condición propia de todos los hombres contaminados por el pecado, cuya realidad se expresa en obras hechas por el cuerpo sujeto a la esclavitud del pecado y puesto a su servicio. Jesús, aunque hombre era santo e irreprensible (Is. 53:9; 1 P. 2:22). Pero, quienes le contemplaron apreciaron en su humanidad la *debilidad* propia de los cuerpos debilitados por el pecado, aunque Él es eternamente sin pecado. La evidencia de su condición de hombre son las experiencias humanas que Él mismo vivió, consecuencia de su *vaciamiento* o *anonadamiento* asumido voluntariamente al hacerse hombre. Sin embargo, mientras que los sacerdotes del antiguo orden estaban muy cercanos a los hombres por sus propias debilidades, Jesús está tan cercano a Dios por su naturaleza divina, que es Dios mismo. Cristo, por su absoluta santidad está alejado de los pecadores, es decir, distanciado de ellos a causa de su pecado (7:26), pero íntimamente ligado a ellos por su condición de hombre. El Sumo Sacerdote se hace nuestro prójimo en el plano de la humanidad, para caminar nuestro camino, experimentar nuestras limitaciones, llorar nuestras lágrimas y morir nuestra muerte. Por todo ello era necesaria una aproximación al hombre cuyo aspecto se desarrolla en los siguientes versículos (vv. 7-9). El Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec estuvo rodeado de debilidad al hacerse *carne* (Jn. 1:14). La palabra *carne*, en este sentido, tiene la acepción de debilidad y limitación propia de los hombres. Las limitaciones y condiciones humanas se manifestaron plenamente en la vida de nuestro Señor Jesús. Fue concebido, aunque en una acción sobrenatural, por obra del Espíritu Santo. Fue gestado como un hombre y

alumbrado como tal (Lc. 2:7). El Señor creció como lo hacen los hombres (Lc. 2:52). Tuvo una familia humana como toda la gente (Mt. 13:56). Trabajó en un oficio propio de hombres (Mr. 6:3). Las limitaciones naturales de los hombres le fueron propias; pasó por la experiencia del hambre, del sueño, de la sed y del cansancio (Mt. 4:2; Mr. 4:38 Jn. 4:6-7). Las lágrimas fueron una experiencia de su humanidad (Jn. 11:35). Jesús fue un hombre integrado en la sociedad de su tiempo, como ser social, participando en actos propios del entorno cultural y costumbrista de sus días, como demuestra con su presencia en las festividades de una boda (Jn. 2:1-2). Los hombres se refirieron a Él como a un hombre (Mt. 16:13-14; Jn. 7:46; 10:33). En el juicio fue presentado por Pilato como hombre (Jn. 19:5).

Sin embargo, es determinante también entender que la naturaleza humana subsiste, sin mezcla ni confusión con la naturaleza divina, en la Persona del Verbo encarnado. Quiere decir esto que Jesús es tanto hombre como Dios, de otro modo, Jesucristo es Dios-hombre, Emmanuel. La deidad nunca estuvo separada de la humanidad ya que ambas subsisten en la segunda Persona Divina, pero, en esta subsistencia no se mezclan ni se confunden, sino que cada una de ellas expresa la natural condición que le es propia. La encarnación, tanto en el sentido de acto como en el de estado, no es otra cosa que el resultado histórico del envío al mundo que el Padre hace de su Hijo con el propósito soteriológico de salvar a los hombres, liberándolos para siempre de la situación de muerte a causa del pecado. Tal suceso permite que Dios comience a existir también en carne, en un estado de igualdad con los hombres, salvo las diferencias de vinculación y santidad de las que se ha considerado antes, en una igualdad de destino con los humanos, llegado Dios a la existencia en la forma de siervo, sometido a todas sus determinaciones, pero sin dejar, en ningún caso de ser Dios (Ro. 1:1-4; 2 Co. 5:21; 8:9; Gá. 3:13; 4:4-5; Fil. 2:6-11). Siendo Jesús Dios eterno, el comienzo de la existencia humana y temporal no supone su comienzo absoluto, ya que Él trasciende el tiempo porque es eterno. La encarnación fue la forma elegida por Dios para hacerse hombre (Mt. 1:18-25; Lc. 1:26-38). La humanidad del Hijo de Dios exige entenderla desde su filiación divina y su existencia eterna. La encarnación pone de manifiesto la unión del Verbo con la humanidad, en una naturaleza creada por el Espíritu Santo, a la que el Hijo personaliza y mediante la cual expresa visiblemente en el campo de los hombres su filiación eterna. Es una decisión libre del Eterno que se proyecta a sí mismo fuera de sí en amor como una majestuosa donación en entrega del Creador a la criatura. Es sumamente necesario entender que en cada actuación y experiencia de Jesús, está vinculada la deidad de su única Persona. En ningún momento la existencia de su humanidad estuvo, ni pudo estar, desvinculada de la Persona Divina en quien subsiste.

Es preciso establecer los elementos textuales para hacer una correcta interpretación del texto: 1) El sujeto es Cristo; 2) El tiempo: en los días de su carne, esto es, la época de su vida humana en el mundo; 3) La acción: ofreció ruegos y súplicas; 4) El modo: con gran clamor, lágrimas y temor reverente; 5) El destinatario de la oración: El Padre; 6) El resultado: fue oído. El Mesías redentor expresaba una oración que se hizo envuelta en gran clamor y lágrimas.

δεήσεις τε καὶ ἱκετηρίας... μετὰ κραυγῆς ἰσχυρᾶς καὶ δακρύων προσενέγκας. El versículo hace referencia a una experiencia singular: *"Ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas"*. No debe tratarse de una referencia genérica a la vida completa de Cristo en la que hubo ruegos, clamor y lágrimas. Esas experiencias son comunes, en mayor o menor dimensión, a cada humano. Jesús conmocionado en su espíritu lloró como resultado de la tristeza de las hermanas de su amigo Lázaro (Jn. 11:33). Lo hizo también ante la ciudad de Jerusalén conociendo el futuro de juicio que caería sobre ella (Lc. 19:41). Con todo, ninguno de estos momentos tiene la fuerza suficiente como para identificarlos con la experiencia a la que alude el versículo. La única ocasión en la historia de Jesús que coincide plenamente con las palabras del versículo es Getsemaní. No hay otra referencia en la vida de Cristo que se identifique con el texto de Hebreos sino la experiencia de la agonía en Getsemaní. Los evangelios describen con profundo patetismo la agonía, rodeada de clamor en oración de Jesús en el huerto de Getsemaní (Mt. 26:38-44; Mr. 14:36-40; Lc. 22:42-44). El versículo complementa el relato de los evangelios al decir que la oración del huerto estuvo rodeada de *"fuerte clamor y lágrimas"*. El clamor refleja la angustia profunda experimentada en la intimidad de su alma humana, que alcanzó la máxima dimensión de tristeza (Mr. 14:34). Las lágrimas manifiestan el sufrimiento de la confrontación que experimentaba. Aquella oración fue *"ofrecida"*, en la actitud de una persona inclinada delante de Dios, lo que lleva implícita una profunda actitud de reverencia y expresa también la sumisión en obediencia incondicional a Dios en la ejecución del plan de salvación.

El relato de los Evangelios sobre Getsemaní concreta la razón de la agonía con clamor y lágrimas del Salvador. Jesús indicó a sus discípulos la profunda tristeza de su alma (Mt. 26:38). La agonía comienza con una intensa manifestación de profunda tristeza y sentimiento interno de angustia vital. Según Lucas, como médico, utiliza el término *agonía* (Lc. 22:44), que equivale a conflicto. No se trata de dolor físico, que ocurriría más adelante en el prendimiento, los juicios, los azotes, la corona de espinas y, sobre todo, la Cruz, el conflicto aquí no es externo, sino interno; no en el cuerpo sino en el alma, esto es, en lo más profundo de la parte espiritual de Jesús. La expresión de Mateo es muy elocuente, como si dijese *"estoy preso de una angustia mortal"*. No quiere decir esto que aquella angustia le fuese a producir la muerte, pero

expresa hiperbólicamente la dimensión del conflicto anímico que se producía en el núcleo mismo de su humanidad. En el relato según Marcos el evangelista sugiere allí un terror estremecedor[11]. El texto griego sugiere la idea de un grado sumo de intenso horror y sufrimiento moral. Expresa el estado intensamente confuso, lleno de inquietud y perplejidad ante algo desconocido como experiencia que satura su alma y la invade de intensa pena. La frase de Jesús no puede por menos que poner de manifiesto su alma humana. Algunos habían propuesto que la naturaleza divina había sustituido el alma humana de Jesús y tomado su lugar; esta incorrección se viene abajo en este momento porque la tristeza mortal no puede saturar la naturaleza de Dios, pero sí el alma del hombre. Es necesario insistir en la verdad de la naturaleza humana junto con la divina en la Persona Divino-humana de Jesús. El Señor que era *"varón de dolores, experimentado en quebranto"* (Is. 53:3) cumple aquí lo anunciado proféticamente acerca de Él. La angustia fue tan intensa que le llevó a separarse de sus discípulos, incluso de aquellos tres que habían compartido tantas ocasiones excepcionales en su vida y ministerio, para buscar la paz en la oración con el Padre. A los tres les manda velar. Aquellos discípulos habían sido llamados a un lugar más cerca de Él que los otros ocho. El verbo sugiere un mandamiento al estar en imperativo. Jesús les manda mantenerse despiertos. La hora era avanzada. El día había sido intenso. La cena había producido inquietud y preguntas en los discípulos que también los habían entristecido. Sin embargo, es el mandato de un amigo que había hecho todo por ellos y que les pide se mantengan despiertos en aquella hora y velen con Él, orando ellos también, mientras le acompañaban en la angustia. No dice el Señor que *orasen con Él*, esa era una experiencia suya en soledad con Dios, les exhorta a *velar.* Él les había expresado su situación anímica con palabras intensas ¿acaso era mucho pedirles la compañía y la comunión mientras oraba? ¿Cuál era la causa principal de aquella situación agónica? Es necesario entender que quien agonizaba era el Santo. En su deidad fue adorado por los serafines que proclamaban su santidad (Is. 6:1-3). La Biblia da este testimonio de Jesucristo: *"no hizo Él maldad, ni hubo engaño en su boca"* (Is. 53:9). Jesús no sólo no pecó, sino que no podía pecar. La angustia de Getsemaní tiene estrecha relación con el pecado del hombre. La profecía iba a cumplirse en Jesús: *"Con todo esto, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento"* (Is. 53:10). Cuando nuestro Señor subió a la Cruz lo hizo cargando ya con el pecado del hombre, como enseña el apóstol Pedro: *"Quien llevó Él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero"* (1 P. 2:24). Jesús se enfrentaba a una situación nueva para Él, que consistía en ser hecho maldición para que los *malditos de Dios*, a causa del pecado, fuesen hechos bendición de Dios en Él (Gá. 3:13). Él iba a ser hecho pecado para que el pecador fuese hecho justicia de Dios en Él (2 Co. 5:21). Hasta ese momento Jesús había perdonado pecados, había tenido relación con

[11] Como se aprecia en el uso de ἐκθαμβεῖσθαι.

pecadores, había anunciado la salvación mediante la fe en Él mismo (Jn. 3:16), pero la relación personal aunque incontaminante del pecado transferido a su cargo para la salvación del mundo, no había sido nunca experimentada por Él como ocurriría en la realidad que se avecinaba. La sustitución personal que había de llevar a cabo en la Cruz, tenía que ver con la asunción de la muerte por todos (2:9). ¿Cómo sería esto para el Autor de la vida? ¿Que traería como consecuencia esta situación espiritual? El conflicto se produce en el alma del Salvador, en una intensidad tal que lo llena de angustia mortal.

El evangelio según Mateo dice que el Señor *"se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como Tú"* (Mt. 26:39). Jesús dejó al primer grupo de discípulos a la entrada del lugar llamado Getsemaní. Los otros tres siguieron con Él un poco más adelante. Mateo, lo mismo que Marcos sitúan a Jesús *"un poco más adelante"*, según Lucas se distanció de ellos como un tiro de piedra (Lc. 22:41), esto es, una corta distancia de donde habían quedado los tres discípulos del llamado *círculo íntimo*. Desde ese lugar podían presenciar la oración de Jesús e incluso oír claramente sus palabras, porque la oración, según el escritor de la Epístola a los Hebreos se hizo con *"gran clamor y lágrimas"* (5:7). La posición que adoptó Jesús para la oración fue, según Mateo, *"postrándose sobre su rostro"*, es decir, totalmente inclinado hacia tierra. Según el relato de Mateo no es posible determinar si estaba arrodillado o se había tendido cuan largo era en tierra, pero según Lucas, Cristo se arrodilló para orar (Lc. 22:41). Sería normal que la intensidad de la agonía, en una densidad de sufrimiento interno grande, hiciese que la oración que comenzó de rodillas continuase postrado sobre su rostro en tierra. No debía llamar la atención el hecho de la oración, ni la duración de ella, puesto que los discípulos estaban habituados a ver al Señor retirarse para orar. La oración del Señor reviste cierta dificultad especialmente en relación a lo que Él pide al Padre: *"pase de mi esta copa"*. La introducción de la oración es registrada de dos formas diferentes; según Mateo, Cristo se dirigió a Dios con la expresión *"Padre mío"*, según Marcos, usó la forma habitual de comunión y relación filial diciendo: *"Abba, Padre"*. *Abba* es la forma aramea propia para *padre*, el hecho de que tanto el evangelista Marcos como muchas veces el apóstol Pablo use la expresión aramea junto con la griega, pudiera ser una forma de trasladar la palabra aramea que Jesús usaba a la comprensión de quienes no entendían dicha lengua. No reviste una importancia mayor las palabras que usó para introducir la oración, el hecho real es que se dirigió a su Padre; lo cual expresa que la comunión íntima que continuamente se había manifestado entre Jesús el hombre y su Padre del cielo continuaba de la misma manera, sin ningún tipo de variación personal. La petición del Señor fue: *"pase de mi esta copa"*. Jesús no tiene duda alguna en el poder del Padre para llevar a cabo la petición que le hace, ya que según recoge Marcos, había dicho, en una ocasión, al Padre: *"todas las cosas son posibles*

para ti" (Mr. 14:36). Es cierto que existen imposibilidades morales para Dios que no puede quebrantar, pero no es esto lo que Jesús pide en su oración. Está reconociendo que el Padre tiene poder para remover esa copa, sin embargo, se somete incondicionalmente a Su voluntad. La obediencia suprema se manifiesta en las palabras que siguen a la petición de remover la copa, *"pero no sea como yo quiero, sino como Tú"*. El problema que suscita la naturaleza de la *copa*, es apremiante, por cuanto Jesús pide que *pase* de Él, en el sentido de *apartarla*. La intensidad de la oración indica que se refiere a algo singularmente importante, en el que no hay que excluir la idea del castigo divino por el pecado, siempre que se entienda bien que Jesús no es objeto personal de la ira divina, sino sustituto de quienes son *"por naturaleza hijos de ira"* (Ef. 2:3). El sufrimiento de Jesús es redentivo y sufre como Hijo del Hombre, por tanto, se expone voluntariamente al juicio que recae sobre sus hermanos, asumiendo ante la justicia divina su penalidad para desligarlos a ellos (Ro. 8:1). No puede tratarse, pues, de una copa que represente sólo el sufrimiento que se avecinaba e incluso su muerte personal. Además, la angustia y conmoción personal *"hasta la muerte"*, indican que se trata de algo mucho mayor que la muerte física. Jesús tenía que llevar el pecado y asumir en sí mismo las consecuencias propias de esa situación.

La confrontación agónica está rodeada de soledad en cuanto a compañerismo e identificación de los suyos que no velan con Él, sino que se duermen: *"Vino luego a sus discípulos, y los halló durmiendo, y dijo a Pedro: ¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora?"* (Mt. 26:40). Contrasta profundamente la intensidad de la oración en agonía de Jesús, con los discípulos dormidos. ¿Cuánto tiempo duró la oración del Señor? No es posible precisarlo según el relato bíblico, pero, sin duda, no fue breve. Había confrontación y angustia, por lo que la oración tuvo que haber sido de bastante duración. Los discípulos estaban dormidos; no era impropio dormir a aquella hora de la noche, especialmente cuando la tensión del día había sido intensa y, sobre todo, el tiempo en el aposento alto para la última cena, había estado rodeado de inquietud, que el Maestro detectó viéndolos turbados (Jn. 14:1). Jesús vino a los tres discípulos después de la oración. No se puede precisar si los despertó hablándoles o despertaron ellos con la presencia del Señor. Cualquiera que fuese el modo, Mateo presenta a Jesús hablando con Pedro. Aquel discípulo había prometido insistentemente lealtad al Maestro, asegurando que estaría con Él aunque todos le dejasen. Las grandes promesas son a veces buenas palabras. Quien estaba dispuesto a morir, no pudo acompañarle despierto en la hora de la prueba. Lucas dice que dormían a causa de la tristeza que los embargaba (Lc. 22:45). Mateo procura generalizar la situación de los tres, mientras que Marcos, intérprete de Pedro enfatiza que el reproche de Jesús tuvo que ver especialmente con Pedro (Mr. 14:37). Posiblemente hubieran podido todos ellos mantenerse despiertos a pesar de cualquier circunstancia si hubiesen pedido fuerzas para

ello mediante la oración. Todo el relato aporta componentes de intenso dramatismo en los momentos de la agonía del Salvador.

La oración fue reiterativa, Mateo escribe: *"Otra vez fue, y oró por segunda vez, diciendo: Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad"* (Mt. 26:42). Una segunda vez el Señor volvió a la oración. Mateo es muy conciso en el relato, simplemente dice que Jesús por segunda vez se alejó y oró. Es Lucas quien da más detalles de esta segunda oración. Esta segunda oración enfatiza la entrega incondicional a la voluntad del Padre. Hay cierta dificultad en determinar si las palabras *"sin que yo la beba"* es una expresión condicional de tercera clase indeterminada, o se trata –mejor esto último- de una condicional de primera clase supuesto como cierto, como si dijese *"ya que no es posible que pase"*, entonces hágase tu voluntad. En esta segunda oración al Padre, el Señor expresa la total sumisión a la voluntad del Padre. La sumisión al Padre le llevaría a beber la copa que le era presentada. La confrontación de la agonía fue de una tremenda intensidad, hasta el punto que Dios envió a un ángel para fortalecerle (Lc. 22:43). Nadie puede saber que dijo el ángel enviado del Padre a Jesús; pero, por el escritor a los Hebreos, puede entenderse que Dios puso ante su Hijo que estaba en agonía, el gozo exultante de lo que sería la obra de salvación y las consecuencias que la sustitución del pecador por el Justo tendrían. Con todo, la intensidad de la agonía era tan grande que Lucas escribe: *"Y estando en agonía oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra"* (Lc. 22:44).

Sólo Mateo recuerda expresamente la tercera oración de Jesús: *"Y dejándolos, se fue de nuevo, y oró por tercera vez, diciendo las mismas palabras"* (Mt. 26:44). El Señor está nuevamente a solas con el Padre, en la comunión íntima que tiene el que se sabe amado por Él y el que también le ama en correspondencia y entrega. La oración se repite con la forma y palabras de las dos anteriores, especialmente enfática en relación con el ejercicio de la voluntad del Padre: *"Hágase tu voluntad"*. La agonía iba a terminar después de esta tercera oración. La confrontación en la intimidad personal del Salvador iba a dar paso a la experiencia física del *"Varón de dolores experimentado en quebranto"* (Is. 53:3). La intensidad de la agonía fue considerada con el sudor como de sangre y la presencia alentadora del ángel para confortarle. Es necesario guardar un profundo silencio y entrar en Getsemaní, por fe, descalzando nuestros pies, espiritualmente hablando, para adorar a quien soportó la agonía a causa de nuestro pecado. En medio de la angustia *"oraba más intensamente"*. Es la lección que cada uno de nosotros debemos aprender y recordar continuamente. El secreto de salir del conflicto que apremie en cualquier instante de la vida cristiana, está en la oración intensa que derrama el alma delante del Padre celestial, de quien vienen todos los recursos de la gracia (Stg. 1:17). El creyente debe orar para que le sea otorgada la gracia necesaria

para soportar la aflicción y salir victorioso de ella. La oración en la angustia no consiste en pedir a Dios que retire de nuestra vida la experiencia de la prueba, sino que nos de fuerzas espirituales para soportarla, sabiduría celestial para entenderla y satisfacción personal para asumirla. El *"hágase Tu voluntad"* es la mejor expresión de oración en medio de la prueba. Todo creyente debe saber que el Padre celestial, no permitirá nada que no pueda resultarle provechoso espiritualmente hablando. El Dios de la gracia y de la paz, puede dar paz en toda ocasión y fuerzas para llevar el peso de la prueba. El promete sostener al probado para que sea capaz de llevar la carga en cualquier circunstancia (Sal. 55:22). La grandeza de su provisión es sentir su presencia en medio de la angustia como Él mismo promete (Sal. 91:15). La oración del creyente tendrá siempre respuesta desde el trono de la gracia.

El escritor de la Epístola hace una precisión que necesariamente ha de ser atendida: la oración fue dirigida πρὸς τὸν δυνάμενον σῴζειν αὐτὸν ἐκ θανάτου *"al que le podía librar de la muerte".* El sentido bíblico de muerte difiere notoriamente del concepto filosófico humano. Para los hombres la muerte es el cese de la existencia, el término de la vida. Para la Biblia la muerte es un *estado de separación.* De ahí que la muerte física se describa como el resultado de la separación entre la parte material y la parte espiritual del hombre. Pero una intensidad mucho mayor está en el concepto bíblico-teológico de la *muerte espiritual*, que es el estado resultante de la separación entre Dios y el hombre a causa del pecado. De ahí que el hombre natural no regenerado este, como el apóstol Pablo enseña, *muerto en delitos y pecados*, y el nuevo nacimiento sea, para el apóstol, una verdadera resurrección espiritual por unión vital con Cristo (Ef. 2:6). La Escritura enseña que la situación de muerte espiritual se perpetúa para aquel que muere físicamente sin haber recibido la vida eterna, por fe en Cristo. A este estado definitivo de separación del pecador y Dios se le llama *"la muerte segunda"* (Ap. 20:14). El único que puede salvar, en el sentido de liberación de la muerte, es Dios. La oración está dirigida al Padre por el Hijo Unigénito y expresada desde su condición de hombre. Es necesario observar en el versículo la fuerza de la preposición griega[12] utilizada que no indica una preservación de la experiencia sino un *sacar* de ella misma. La oración de Cristo en el huerto de Getsemaní expresaba el deseo de que, su fuera posible, no tuviera que entrar en la experiencia de la muerte, sin embargo aceptaba sin reservas, la voluntad de Dios, porque para eso había venido (Jn. 5:30). La disposición a asumir la obra que le había sido encomendada era plena (Jn. 18:11). La muerte espiritual demanda la eterna separación de Dios a causa de la incapacidad propia del hombre para satisfacer la pena del pecado y poder volver justificado a la comunión con Dios. Jesús fue en la Cruz el sustituto que ocupa el lugar del pecador y *gusta la muerte por todos*. Jesucristo en la Cruz

[12] Griego: ἐκ.

experimento, en todo el amplio sentido de la palabra, tanto en el aspecto físico como en el espiritual, la muerte propia del pecador para cancelar esa situación y abrir para el perdido un camino de vida, restaurando la comunión con Dios. El verbo *gustar*, aplicado a la muerte de Jesús tiene una gran importancia ya que su significado, aunque es bastante amplio, equivale a *comer*, yendo mucho más allá que el simple *probar* el sabor de algo. El Señor *"gustó la muerte por todos"*. En ese sentido Cristo se hace sustituto para la salvación del pecador. En la Cruz fue tratado como corresponde a quien, siendo portador del pecado, se enfrenta con la justicia divina que demanda la muerte del pecador. Jesucristo es hecho sacrificio expiatorio por el pecado, que es el alcance del texto del apóstol Pablo: *"Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él"* (2 Co. 5:21). El Señor entró en la experiencia de la maldición por el pecado, siendo hecho maldición al ocupar el lugar de los malditos de Dios a causa del pecado (Gá. 3:13). En el alcance de la máxima expresión del sentido de la muerte que el Hijo experimentó en la Cruz, fue el desamparo del Padre (Mt. 27:46), entrando en la experiencia profunda de lo que es la muerte espiritual. Pero, es necesario destacar que la razón de la agonía y la causa que motiva la oración tiene que ver con la *muerte.*

Nuevamente surge la pregunta ¿cuál era la causa del estado en que se encontraba Jesús? De otro modo: ¿Qué buscaba en la petición al Padre *"pase de mí esta copa"*? Tres respuestas suelen darse a esta situación. La primera está relacionada con la *hora* que había llegado, en la que sería entregado en manos de hombres pecadores, sometido a padecimientos y luego muerto en la Cruz. En ese sentido, algunos entienden que el Señor estaba pidiendo al Padre que si fuese posible pasase de Él la hora del sufrimiento, de la entrega, de la pasión y de la muerte en la Cruz. Sustenta la hipótesis en lo que para ellos es el lamento de resignación del Señor cuando vio la turba que venía a prenderle y dijo a los discípulos: *"Basta, la hora ha venido; he aquí, el Hijo del hombre es entregado en manos de los pecadores"* (Mr. 14:41). En tal caso el concepto de la *copa*, tendría que ver con sufrimientos y muerte física. En ese sentido escribe el profesor Severiano del Páramo:

"En su oración hemos de distinguir dos partes; en la primera expresa la repugnancia de su apetito sensitivo y de su voluntad natural a los tormentos de la pasión. Por eso pide que, si es posible, se aleje de Él aquel trago tan amargo. En la segunda parte explícitamente manifiesta al Padre el deseo de su voluntad deliberada y absoluta de que se cumpla la voluntad del Padre. Esta lucha entre la parte inferior y superior de la voluntad de Cristo es una prueba manifiesta de que tomó una verdadera naturaleza humana con todas sus debilidades, a excepción del pecado y de todos los desórdenes morales que de él proceden". Sigue diciendo más adelante: *"La segunda oración,*

sustancialmente, fue igual a la primera, aunque la de Mateo es un poco diferente en la forma. En la primera pedía directamente verse libre de los tormentos de la pasión, aunque se sometía a la voluntad del Padre; en esta segunda no pide directamente verse libre de la pasión, sino que su oración se endereza a expresar su absoluta conformidad con la voluntad del Padre. Su sentido parece ser: puesto que sé que no es posible que deje de beber este cáliz de mi pasión, preparado estoy para cumplir perfectamente tu voluntad. Esta conformidad con el Padre no disminuía la repugnancia y horror de su apetito sensitivo a la pasión, antes iba en aumento al representárselo a su imaginación como muy próxima e inevitable"[13].

Esta interpretación no es adecuada. Entender que nuestro Señor pedía ser librado de la muerte y del sufrimiento cuando rogaba que aquella *copa* pasara de él (Mt. 26:39, 42), entra en contradicción con otras muchas manifestaciones suyas de aceptación del sufrimiento y de la muerte que reiteradas veces había hecho a los discípulos, incluyendo la última unos días antes (Mt. 26:2). La misma noche, durante la cena había vuelto a afirmar que *"el Hijo del Hombre va, según está escrito de Él"* (Mt. 26:24). En modo alguno puede considerarse que Jesús había llegado a un final inevitable, como consecuencia de un cúmulo de acontecimientos que lo precipitaban a una muerte sin remedio. La voluntad personal suya estuvo siempre manifiestamente resuelta a asumir voluntariamente la obra que le había sido encomendada por el Padre. Lucas escribe que *"cuando se cumplió el tiempo en que Él había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a Jerusalén"* (Lc. 9:51), quiere decir que conociendo lo que le esperaba, determinó seguir el camino que terminaba en el sufrimiento y en la muerte. Poco tiempo antes había dicho a sus discípulos en el camino a Jerusalén que *"el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte; y le entregarán a los gentiles para que le escarnezcan, le azoten, y le crucifiquen"* (Mt. 20:18-19). Todavía más, Jesús dijo enfáticamente que *"el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos"* (20:28). No es concebible que Cristo se dirija en oración al Padre para que le libre del sufrimiento y de la muerte física, que Él asumió voluntaria y gozosamente como cumplimiento de la misión que le había sido encomendada. Una petición semejante no concordaría tampoco con la enseñanza del Maestro que dijo: *"De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto"* (Jn. 12:24). En aquella misma ocasión, referida por Juan, el Señor orando al Padre había dicho: *"Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora"* (Jn. 12:27). Todo esto contradice la posición

---

[13] Severiano del Páramo. *Mateo. Comentario al Nuevo Testamento.* Edit. BAC. Madrid 1950. pág. 284s.

de que la agonía y las oraciones en Getsemaní tenían que ver con el rechazo a los sufrimientos y a la muerte física.

Otra forma de entender las oraciones es que el Señor estaba pidiendo al Padre que la agonía por la que pasaba no le llevase a la muerte antes de cumplir la misión redentora, dando su vida y muriendo por los pecadores en la Cruz. Esta interpretación toma como fundamento en la intensidad de la agonía que le hizo llegar a verter un sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra (Lc. 22:44), teniendo necesidad de la presencia de un ángel para fortalecerle (Lc. 22:43). Pudiera pensarse que la intención de Satanás sería que se produjese por angustia la muerte del Salvador antes de que tuviese lugar la Cruz. Esta sería una forma sutil de tentación hacia el Hijo del Hombre poniéndole en la tesitura de que dejase el programa de la Cruz y no llevase a cabo la obra de redención. Un pensamiento semejante pondría a Cristo bajo el poder de Satanás y no bajo el poder de Dios. Algunos piensan que la presencia del ángel en el huerto hizo que Satanás dejase su propósito en la tentación y cesara esta. Cristo ora desde la absoluta autoridad que Él tenía sobre su muerte. La relación de amor entre Él y el Padre estaba vinculada con la realización de la obra de la Cruz: *"Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre"* (Jn. 10:17-18). Tampoco es adecuada esta interpretación. Nada podría quitar la vida al Hijo de Dios, sin que Él voluntariamente la pusiera de sí mismo. La oración del Señor no podía estar relacionada con una posible muerte física que Él no controlase y mucho menos con el seguimiento de un camino que evitase la cruz.

El versículo en la Epístola dice que el Señor que oraba, προσενέγκας καὶ εἰσακουσθεὶς ἀπὸ τῆς εὐλαβείας, *"fue oído a causa de su temor reverente"*. Este ruego y súplica hechos con gran clamor y lágrimas, tiene como fondo la *copa* que debía apurar y que le fue presentada en Getsemaní. Jesús es hombre, pero es también Dios. Su humanidad y su deidad existen en inseparable unidad en la Persona Divina del Verbo eterno. La oración es expresada por el único *Yo* de Jesucristo cuyo sujeto de atribución es la Persona Divino-humana del Señor. En la oración pide al Padre que le libre de la muerte, no en sentido parcial, sino en el pleno y total de la palabra. La afirmación bíblica es también precisa: *"fue oído a causa de su temor reverente"*. Las posiciones interpretativas sobre la oración de Getsemaní, producen también respuestas a la pregunta: ¿En qué sentido fue oído? Para quienes consideran que la oración tenía que ver con el ser librado de la muerte física, responden que fue oído por cuanto fue resucitado de los muertos. Sin embargo, esto era conocido por Jesús antes; no había, por tanto, razón alguna para pedir al Padre lo que ya había sido determinado y anunciado antes (Mt. 26:32). Los que consideran que se pedía

para no morir de angustia antes de que diese su vida en la Cruz, tienen más fácil la respuesta, ya que Jesús no murió en la agonía de Getsemaní. Pero, como se ha considerado antes, no es aceptable esta posición. Algunos entienden de esta forma la expresión εἰσακουσθεὶς *"fue oído"*, como escribe el Dr. Lacueva: *"Fue oído ¿en qué?; ¿en sus gritos por verse libre de la copa del dolor? No, sino en que se cumpliera el destino que el Padre le había asignado (hágase tu voluntad)".*[14] No satisface tampoco esta respuesta, porque el deseo de que se hiciese la voluntad del Padre, no se expresaba como un ruego de liberación, sino como una manifestación de entrega obediente. El escritor a los Hebreos afirma que εἰσακουσθεὶς ἀπὸ τῆς εὐλαβείας, *"fue oído a causa de su temor reverente"*. De acuerdo con todo lo expuesto antes, Cristo no pedía ser librado de la muerte física, sino de la muerte en un sentido más amplio. Debe entenderse aquí como la experiencia de lo que la muerte produce en sentido de separación especialmente sensible el sentido de separación de Dios que es la muerte espiritual. Adán vivió un tiempo muy largo antes de producirse su muerte física, sin embargo, Dios le había dicho que en el mismo momento en que desobedeciera, se produciría su muerte (Gn. 2:17). La determinación divina tuvo cumplimiento primero en el plano espiritual y más tarde, como consecuencia de la muerte espiritual, se produjo la muerte física. El término *la muerte* comprende la totalidad del estado de separación tanto físico como espiritual y se proyecta a una dimensión perpetua en lo que se llama en la Escritura *"la muerte segunda"* (Ap. 20:14). El conocimiento sobrenatural de Jesús, en la naturaleza humana del Hijo de Dios, es limitado y sólo dotado de él por comunicación expresiva de la Persona Divina que la sustenta. De ahí que exista en Él desconocimiento en su humanidad (cf. Mt. 24:36), de lo que es plenamente conocido en su deidad, lo que supone que la comunicación de idiomas entre las dos naturalezas se haga a través de la Persona Divina en la que ambas tiene existencia. El Plan de Redención, establecido en la eternidad, antes de la creación de cuanto existe (2 Ti. 1:9) comprendía la sustitución vicaria de Jesucristo en favor de los salvos y la sustitución *potencial*, para toda la humanidad a fin de hacer *salvable en Él* a todos los pecadores. Esta sustitución comprendía toda la dimensión de *la muerte*, esto es, tanto la sustitución en la muerte física como en la muerte espiritual. La Persona Divina del Verbo conocía la resolución del problema que esto suponía en toda la dimensión, sin embargo, la naturaleza humana del Señor se ve conmocionada ante una situación por la que había de pasar que, según la Escritura, comprendía la experiencia de la muerte espiritual. En la Cruz el Señor expresaría las palabras del Salmo: *"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"* (Sal. 22:1; Mt. 27:46). Esa situación de *desamparo* comprende la rotura de la comunión con Jesús, el Salvador del mundo que desde su humanidad, siempre vinculada a la Segunda Persona divina, estaba cargado con el pecado. Este Salvador era

[14] F. Lacueva. *Persona y obra de Jesucristo*, pág. 185.

considerado por Dios como *sacrificio expiatorio por el pecado* (2 Co. 5:21). En este estado de separación era considerado como maldición para que los perdidos pudiesen alcanzar la bendición de Dios en Él (Gá. 3:13-14). La experiencia de la muerte espiritual tiene lugar cuando el juicio de Dios por el pecado desciende sobre el inocente Cordero de Dios que lo lleva sobre sí en la cruz (Jn. 1:29). Todas las ondas y las olas del juicio de Dios descendieron sobre Cristo en las horas en que el Padre le desampara para ampararnos a nosotros (Sal. 42:7). En esa situación estaría en pozo profundo, cenagoso, de desesperación (Sal. 40:2). En las horas de tinieblas que envolvieron la Cruz tuvo lugar el cumplimiento histórico-temporal de la experiencia de la muerte espiritual del Salvador. Nada se dice por parte de ninguno de los evangelistas que ocurrió durante las tres horas de tinieblas. Es tan grande el silencio del relato bíblico como el del Crucificado. Durante el tiempo de las horas de tinieblas, el Salvador entró en el mayor de los sufrimientos espirituales, con una intensidad propia del infierno. Dos aspectos son absolutamente ciertos en todo el tiempo de la Cruz: a) la santidad esencial de Jesús, ya que el pecado que *llevaba sobre sí* al madero (1 P. 2:24), nunca le contaminó personalmente, de manera que quien moría en la Cruz era tan santo en el tiempo de su sacrificio, como lo fue en la eternidad, de cuya santidad proclaman en rendida adoración los querubines (Is. 6:1-3); b) el amor del Padre, que tuvo eternamente y del que Dios mismo dio testimonio (Mt. 3:17). Todavía más, el Padre le amaba porque ponía voluntariamente su vida por las ovejas (Jn. 10:17); es decir, el sacrificio de la Cruz era, agradable a Dios, por ser de disposición divina (1 P. 1:18-20). Sin embargo, en las tres horas de tinieblas, el Padre le desampara, haciendo que el bendito Salvador experimente una situación espiritual a la que jamás hubiera llegado antes. Las tinieblas ocultan a los ojos de la creación, el sufrimiento del Creador (Jn. 1:3; He. 1:2, 3) que estaba experimentando el abandono del Padre a causa del pecado del mundo. La dimensión es tal que llega a ser incompresible, como decía Lutero: *"Dios, desamparando a Dios, ¿quién podrá entenderlo?"*. Fue ya al final del tiempo de tinieblas, Mateo afirma que era *"cerca de la hora novena"*, cuando Jesús utiliza el Salmo 22, para gritar con fuerza las palabras del primer versículo; *"Dios mío, Dios mío ¿por que me has desamparado?"*. Esas palabras marcan el clímax del sufrimiento de Cristo por el mundo. Fue durante el tiempo de tinieblas que Jesús bebió hasta el final la copa de que le había sido presentada en Getsemaní, y por la que oró insistentemente a su Padre para que si había alguna manera, pasara de Él. Fue esa la hora del sufrimiento de la deidad. Jesús experimenta la más grande desolación a causa del desamparo del Padre. Era el Siervo de Dios que estaba sufriendo por *"nuestras transgresiones"* (Is. 53:5). Era el tiempo del cumplimiento de las palabras del Bautista: *"el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo"* (Jn. 1:29). En la Cruz, Jesús, el Hijo de Dios, estaba expiando potencialmente el pecado del mundo para poder redimir *virtualmente* a los del mundo que creyesen. El llevaba sobre sí el castigo penal que la Ley establecía para el pecado, que no es

otra cosa que *la muerte*, no sólo física, sino también espiritual (Gn. 2:17; Ro. 6:23). Jesús se refirió a esa experiencia cuando habló *"del bautismo con que sería bautizado"*, y de la *"copa que tendría que beber"* (Mt. 20:22; Lc. 12:50). El Señor tenía que ser sustituto personal y solidario de quienes creyesen en Él para salvación, mediante la sustitución de cada uno en la pena del pecado que es la muerte espiritual. Si la muerte espiritual es el estado de separación de Dios a causa del pecado y Jesús es el sustituto del pecador, la muerte espiritual del pecador fue también la suya. Las palabras de Jesús en el texto griego expresan un hecho terminado; el aoristo del verbo demanda esa interpretación; cuando Él recita con voz potente las primeras palabras del Salmo, se había producido *ya* el estado de *desamparo*, de *separación*, de *interrupción de comunión* con el Padre, no a causa de su pecado, sino a causa del nuestro, del que se hacía solidario para satisfacer las demandas penales que la justicia de Dios había establecido. Esa situación era la propia de la experiencia de vida en la muerte del infierno. La dimensión es grande, pero no menos necesaria. Si Jesús no hubiera muerto en nuestra muerte, no habría salvación para ninguno de los pecadores. En este sentido escribe Calvino:

"Nada hubiera sucedido si Jesucristo hubiera muerto solamente de muerte corporal. Pero era necesario a la vez que sintiese en su alma el rigor del castigo de Dios, para oponerse a su ira y satisfacer a su justo juicio. Por lo cual convino también que combatiese con las fuerzas del infierno y que luchase a brazo partido con el horror de la muerte eterna. Antes hemos citado el aserto del profeta, que el castigo de nuestra paz fue sobre Él, que fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados (Is. 53:5). Con estas palabras quiere decir que ha salido fiador y se hizo responsable, y que se sometió, como un delincuente, a sufrir todas las penas y castigos que los malhechores habían de padecer, para librarlos de ellas, exceptuando el que no pudo ser retenido por los dolores de la muerte (Hch. 2:24). Por tanto, no debemos maravillarnos de que se diga que Jesucristo descendió a los infiernos, puesto que padeció la muerte con la que Dios suele castigar a los perversos en su justa cólera"[15].

Entender las horas de tinieblas es entender que Jesús sufrió la maldición del pecador. No se trata de sufrir una muerte física sustitutoria y solidaria, sino que el Hijo de Dios, nuestro Salvador, fue sumergido en los dolores, angustias, desamparo, castigo, aflicciones y penalidades que son fruto de la maldición y consecuencia de la ira de Dios, la cual es también principio y causa de la muerte espiritual (Gá. 3:13). El apóstol Pablo sitúa al pecador a causa de su pecado, bajo la maldición de la ley. Esa maldición es una carga espiritual que conduce a muerte eterna (Is. 53:6). Es un aspecto legal contrario, que comprende la carga del pecado personal, el acta de decretos que era contraria, y la acción de las

---

[15] Juan Calvino. o.c., vol. 1, pág. 382.

fuerzas de maldad (Col. 2:13-15). En la operación divina llevada a cabo por Cristo, *"nos redimió"*, es decir, nos rescató, lo que equivale a pagar hasta satisfacer plenamente el precio de la deuda espiritual que teníamos contraída, para poder sacar al esclavo del lugar de esclavitud. En ese sentido Jesús tenía que ser nuestro sustituto, por tanto, tuvo que *"ser hecho por nosotros maldición"*; en esas angustiosas horas de la Cruz, el Salvador, hecho sustituto personal nuestro llevaba nuestros pecados, ocupando nuestro lugar. En la Cruz sustituye al pecador y sus pecados le son imputados a Él, esto es, *"puestos sobre Él"* (Is. 53:6, 12; Jn. 1:29; 2 Co. 5:21; Gá. 3:13; He. 9:28; 1 P. 2:24). Es interesante la apreciación que Agustín de Hipona hace del sacrificio sustitutorio del Señor cuando dice: *"Uno y el mismo es el verdadero Mediador que nos reconcilia con Dios por medio del sacrificio redentor, permanece uno con Dios al cual lo ofrece, hace que sean uno en Sí mismo aquellos por quienes lo ofrece, y Él mismo es justamente el oferente y la ofrenda"*[16]. Dios salva al pecador creyente de su propia ira, haciéndola descargar sobre Dios mismo en la persona del Salvador, que siendo hombre puede sustituir al hombre pecador y siendo Dios puede aportar el precio infinito de nuestra redención. En la Cruz extingue absolutamente la pena por el pecado en favor del creyente para que toda condenación por el pecado quede anulada para quien crea (Ro. 8:1). Una aparente contradicción se establece en el hecho de que Jesús, el Hijo de Dios, fue hecho maldición, pero sin pecado (Is. 53:9; 2 Co. 5:21; 1 P. 1:22). Aquí está el núcleo de la doctrina de la sustitución, rechazada por los humanistas como la *teología del escarnio*, pero una verdad revelada en toda la Escritura (Ex. 12:13; Lv. 1:4; 16:20, 22; 17:11; Sal. 40:6-7; 49:7-8; Is. 53; Mt. 20:28; 26:27-28; Mr. 10:45; Lc. 22:14-23; Jn. 1:29; 10:11, 14; Hch. 20:28; Ro. 3:24, 25; 8:3, 4; 1 Co. 6:20; 7:23; 2 Co. 5:18-21; Gá. 1:4; 2:20; Ef. 1:7; 2:16; Col. 1:19-23; He. 9:22, 28; 1 P. 1:18-19; 2:24; 3:18; 1 Jn. 1:7; 2:2; 4:10; Ap. 5:9; 7:14). En todo esto Jesús fue colocado durante las tres horas de tinieblas. El Hijo de Dios descendió a los infiernos para que el pecador creyente fuese colocado con Él en el cielo (Ef. 2:6). En las horas de tinieblas, cuando la ira de Dios desciende sobre el inocente Salvador, cuando las olas y las ondas del juicio por el pecado caen sobre quien es hecho sacrificio expiatorio por el pecado, se consuma la experiencia de la muerte espiritual sustitutoria que el Salvador lleva a cabo por los creyentes en la cruz. Eso permite entender la dimensión del texto de Hebreos, en donde el autor afirma que *"fue oído a causa de su temor reverente"* (5:7). Jesús fue oído orando con clamor y lágrimas no para ser eximido de la muerte, sino para no ser ahogado en ella como pecador, ya que en ella sustituía y representaba al pecador.

Nada más angustioso para el hombre que saber que Dios le ha desamparado. No hay abismo más profundo ni situación más abrumadora que

---

[16] Agustín de Hipona. *Tratado sobre la Santísima Trinidad*, IV, 14, 19.

sentirse alejado de Dios, de modo que no le oye aunque le invoque. Esa es la experiencia del Crucificado: *"Dios mío, clamo de día y no respondes; y de noche y no hay para mí reposo"* (Sal. 22:2). Todavía más: *"¿Por qué estás tan lejos de mi salvación y de las palabras de mi clamor?"* (Sal. 22:1). ¿Cómo es posible entender este misterio *"tan lejos"*, de su salvación y tan cerca de Él, como que estaba en Él reconciliando consigo al mundo? (2 Co. 5:19). Reconciliar es un término que expresa la idea de un *cambio de posición*. No es el mundo que se reconcilia con Dios, sino Dios que reconcilia consigo al mundo. A causa del pecado el mundo estaba en enemistad con Dios; habían puesto a Dios a sus espaldas y caminaban en camino de muerte. Jesús, en cambio, permanece en abierta y eterna relación y comunión con el Padre, en el seno trinitario y en el mundo, en la historia humana de Dios, viviendo siempre *"frente"* en el sentido de unión y comunión (Jn. 1:1). En la Cruz, el Padre coloca a Jesús en el lugar del mundo, esto es, a sus espaldas y al ocupar Cristo ese lugar, el mundo queda situado *frente* a Dios, permitiéndole alcanzarlo con el mensaje de salvación que encomienda ahora a los reconciliados con Él (2 Co. 5:20). Pero, esta bendición para nosotros, supuso la mayor agonía para el Salvador. Aquel que había dicho que nunca estaba solo porque el Padre estaba con Él (Jn. 16:32), en la Cruz su Padre no respondía, sino que lo había dejado en manos de sus adversarios y mucho más, en la experiencia de *gustar* la muerte por todos (2:9). Esa experiencia por la que jamás había pasado, esa dimensión de la separación del Padre a causa del pecado del mundo, constituía una situación tal que al santo Hijo de Dios en carne humana le conmocionaba, conmovía, llenaba de tristeza y, desde su naturaleza humana, no deseaba experimentar. Todavía algo más explica la razón de la oración que hizo con gran clamor y lágrimas: Jesús conocía, y así lo había anunciado, su muerte física que se cumpliría en la Cruz (Mt. 27:50; Jn. 19:33). Jesús tenía que experimentar la muerte espiritual y la física a causa de ser Él el sustituto de los pecadores. La penalidad del pecado de los hombres fue traspasada al Hijo de Dios que la llevó en sí mismo. Quedaba por resolver la penalidad de la eterna separación de Dios a causa del pecado. La demanda de la justicia de Dios debía cumplirse plenamente en su Hijo. Sin duda un sólo instante de experiencia en la muerte de Jesús –no importa cual fuese el contenido de la misma- representaba una experiencia de dimensión infinita al tratarse, no de la vida de un hombre, sino de la vida humana del Hijo de Dios encarnado, lo que le atribuye un grado infinito en tal sentido que el hombre Jesús, sustituto de los hombres lo es de todos por cuanto su humanidad es la vida del Hijo de Dios que se ofrece por el hombre. De la misma manera un instante en la separación de Dios es suficiente, por cuanto es de dimensión infinita para alcanzar la sustitución vicaria de todos los creyentes. Jesús ora al Padre para que su vida física le sea restaurada en la resurrección, tal como estaba profetizada, y la comunión con Él le sea devuelta antes de entregar su vida física voluntariamente en la Cruz y morir físicamente. El escritor a los Hebreos afirma que *"fue oído"*. En la Cruz, Cristo experimenta

la muerte espiritual en la separación del Padre por causa, no de su pecado, sino del pecado del mundo; antes de morir es restaurado en la comunión de su humanidad con el Padre, dando Dios por satisfecho el pago del pecado del mundo, de ahí que ya no se dirija al final de su tiempo en la Cruz como Dios mío, sino de nuevo como Padre; y, posteriormente a su muerte física, es resucitado, revistiendo su humanidad de inmortalidad y de gloria.

8. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia.

καίπερ	ὢν	Υἱός,	ἔμαθεν	ἀφ᾽	ὧν	ἔπαθεν	τὴν	ὑπακοήν
a pesar de	que es	Hijo	aprendió	de	lo que	sufrió	la	obediencia.

Notas y análisis del texto griego.

Continua la enseñanza con καίπερ, conjunción que equivale a *aunque, a pesar de*, que va seguida siempre por un participio y que tiene sentido concesivo; ὢν, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo εἰμί, *ser,* aquí como *que es*; Υἱός, caso nominativo masculino singular del sustantivo *hijo*, que en este caso es un nombre propio; ἔμαθεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo μανθάνω, *aprender, llegar a conocer*, aquí como *aprendió*; ἀφ᾽ elisión de la preposición de genitivo ἀπό, ante vocal con espíritu áspero, que equivale a *desde*; ὧν, caso genitivo neutro plural del pronombre relativo *lo que*; ἔπαθεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo πάσχω, *sufrir, soportar, vivenciar, experimentar*, aquí como *sufrió*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ὑπακοήν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *obediencia.*

Confirma aquí el escritor la condición de quien había estado agonizando y orando con gran clamor y lágrimas, que καίπερ ὢν Υἱός, era la del Hijo, esto es, el Hijo Unigénito y eterno del Padre. La existencia que eternamente tiene es la forma de Dios, como Hijo, que es la segunda Persona Divina, teniendo por ello la naturaleza divina. Se reitera nuevamente la filiación eterna de Cristo. El que agonizó en Getsemaní es el Hijo de Dios en su naturaleza humana. Esta Epístola coloca el título de Hijo en la introducción (1:1-4) que se ha considerado, y lo relaciona con muchos aspectos en el desarrollo del escrito. Esa condición que le corresponde en la relación intratrinitaria, lo sitúa como Palabra absoluta de Dios en superioridad con los profetas y en continuidad de ellos, por tanto al ser consumación de la profecía se convierte en criterio absoluto para leerlos e interpretarlos. Como Hijo es también el heredero de todo lo creado, a causa de que todo fue hecho en Él y su misión histórica lo reencabeza. Este Hijo es superior a todo en el aspecto soteriológico por cuanto ha llevado a cabo la purificación de los pecados y en su exaltación comparte el trono y la majestad de Dios. Siendo Hijo es superior e incomparable a hombres, profetas y ángeles porque a diferencia de todos ellos es *"el resplandor de su gloria y la imagen misma de su sustancia"* (1:3). El Hijo, resucitado de entre los muertos luego de

su obra de salvación ha recibido el nombre superior a todos de Primogénito, Hijo, Señor (1:5-10). Es también como Hijo el gran Sumo Sacerdote (4:14), que al ser también hombre perfecto puede, por propia experiencia de padecimiento, compadecerse de las flaquezas humanas. Es evidente que la Epístola une sacerdocio y filiación continuamente, tanto en la eternidad como en el tiempo actual y en la postexistencia de todas las cosas, proyectándolo en esa condición al futuro de la nueva y definitiva creación de Dios, al haberlo constituido el Padre como *"sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec"*. Hay un *hoy* del tiempo en que el Hijo es engendrado, en una referencia clara de la Epístola a la resurrección. Probablemente en ningún otro lugar de todo el Nuevo Testamento se enseña y afirma enfáticamente la condición eterna y Divina de Jesús como Hijo, imagen misma de la sustancia de Dios, y al mismo tiempo la humanidad del Hijo encarnado, que le permite en la dimensión de su humanidad experimentar la pasión, establecer los vínculos solidarios con el hombre y vivir la obediencia propia de los hombres. El Hijo en el escrito es nuestro Hermano, y por eso el Sumo Sacerdote que conviene al hombre. Por la entrega sacrificial de sí mismo en su cuerpo de carne, llevó a cabo una vez para siempre en amor de Hijo y solidaridad de hermano, nuestra santificación. En el versículo, el escritor utiliza una fórmula que es un modismo griego con la conjunción que establece una concesión, y que se traduce como *y aunque era Hijo*, o también *a pesar de que era Hijo*, poniendo de manifiesto un profundo contraste con lo que sigue.

Καίπερ ὢν Υἱός, ἔμαθεν ἀφ᾽ ὧν ἔπαθεν τὴν ὑπακοήν. El eterno Hijo *aprendió*, *por medio de la experiencia de sus sufrimientos lo que significa obedecer.* ¿En que sentido puede el que conoce todo aprender algo? No se trata de alcanzar un conocimiento que antes no tuviera, como si Dios el Hijo desconociese lo que es la obediencia y las consecuencias que la obediencia acarrea entre quienes son *desobedientes* por condición pecadora. El Hijo en su humanidad obedeció en la práctica desde el momento de entrar en el mundo. El anonadamiento del Hijo eterno se lleva a cabo en un proceso de obediencia, haciéndose *"obediente hasta la muerte y muerte de cruz"* (Fil. 2:8). Mucho menos puede suponer esto que como los hijos rebeldes de los hombres aprenden obediencia a fuerza de disciplina, Él fue sujeto a la disciplina más extrema para que fuese obediente. Tal concepto supone una verdadera blasfemia contra el Santo Hijo de Dios. De igual modo debe rechazarse la idea de que este *aprender obediencia* del Hijo consistió en experimentar lo doloroso que puede llegar a ser la obediencia incondicional a Dios, ya que esa situación solo puede darse en el hombre pecador, orgulloso, con deseo de independencia de Dios, que le permite como pecador desobediente experimentar lo doloroso de la obediencia. Tal situación consecuente del pecado no está en nuestro Señor.

Un problema adicional aparece en el versículo. ¿En que medida el Hijo, en igualdad divina con las otras dos Personas de la Santísima Trinidad, pudo obedecer al Padre? ¿No significa eso una distinción entre las dos Personas Divinas? ¿No es mayor el que manda que el que obedece? El Hijo aprendió la obediencia, no según la naturaleza divina, en la cual no obedecía ni podía hacerlo ya que Él no obedecía sino que mandaba en razón de su soberanía divina. El apóstol Pablo enseña claramente que la obediencia humillante del Hijo se lleva a cabo mediante la vida de su humanidad. Es la humanidad el vehículo que permite al Hijo llegar a la *forma de siervo* (Fil. 2:7). ¿En qué sentido, pues, *aprendió* la obediencia? Aprender la obediencia, en este caso, equivale a tener un conocimiento, no meramente intelectual sino experimental de lo que significa obedecer. De la misma manera que cuando se dice de Él que *"no conoció pecado"* es equivalente a decir *no pecó*, así también cuando se dice *"aprendió obediencia"* es lo mismo que decir *obedeció*. De este modo escribe el profesor Nicolau:

"Cristo aprendió la obediencia según su naturaleza humana. Pero, aun en esta línea, no la aprendió como la aprende un hombre, inclinado a la rebeldía y al desorden de las pasiones, que por el dolor y sufrimiento llega a hacerse cuerdo y dócil; Cristo no tenía tal rebeldía interior ni había en El resistencia interior a lo justo y razonable; y es muy razonable la obediencia a los superiores y a Dios, al fin y al cabo una virtud que es parte potencial de la justicia. No podía, pues, aprender en este sentido la obediencia, como algo que no supiera o poseyera. Pudo, sin embargo, experimentar la obediencia y adquirir el conocimiento de ella por experiencia y ejercicio; y ello en un ejercicio costoso y sumamente gravoso, como era obedecer en el padecimiento hasta la cruz y en padecimiento hasta la muerte. Esto, sí, lo pudo aprender, y lo aprendió. Y por las cosas que padeció, tan difíciles a la naturaleza, tan pesadas a la debilidad humana, aprendió experimentalmente lo costoso que es obedecer. Esta nueva experiencia le hace semejante a nosotros y Pontífice experimentado en dolores"[17].

Quien desde el principio estuvo en el camino de la obediencia, aprendió experimentalmente en el tránsito por ese camino lo que la obediencia a Dios significa en las condiciones de la vida humana en la tierra. No debe olvidarse que proféticamente estaba ya anunciado, ya que Él fue anunciado como el siervo de Dios (Is. 50:4ss). La disposición a la obediencia se expresaba en la *apertura del oído* en disposición de siervo atento a la voz de Dios. Pero hay algo más en el anuncio: el servicio es aceptado como siervo voluntario. El Salmo habla también de la apertura del oído (Sal. 40:6), que en cierta medida se vincula con el cumplimiento de lo establecido por la Ley para el esclavo

[17] Miguel Nicolau. o.c., pág. 66.

voluntario (Ex. 21:6). Cristo viene en manifestación plena de servicio, como siervo entregado sin reservas a la tarea encomendada por el Padre. Esa es la razón principal de la oración llamada sacerdotal, en la que el siervo comparece delante del Señor que le envía, que es el Padre, para decirle: *"He acabado la obra que me diste que hiciese"* (Jn. 17:4). La obediencia fue costosa, como ya anunciaba el profeta: *"Jehová el Señor me abrió el oído, y yo no fui rebelde, ni me volví atrás. Di mi cuerpo a los heridores, y mis mejillas a los que me mesaban la barba; no escondí mi rostro de injurias y de esputos"* (Is. 50:5-6). En tal sentido, los sufrimientos que Jesús tuvo que soportar era el costo a la obediencia sin condiciones. Es esa la razón por la que Él anunció su muerte a los discípulos hablando de ella, de la copa que tenía que beber y del bautismo en que había de ser bautizado (Mt. 20:22; Lc. 12:50).

9. Y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen.

καὶ τελειωθεὶς ἐγένετο πᾶσιν τοῖς ὑπακούουσιν αὐτῷ αἴτιος
Y perfeccionado vino a ser para todos los que obedecen le causante
σωτηρίας αἰωνίου,
de salvación eterna.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo el argumento escribe καὶ, conjunción copulativa *y*; τελειωθεὶς, participio de aoristo primero en voz pasiva del verbo τελειόω, *acabar, completar, perfeccionar,* aquí como *perfeccionado*; ἐγένετο, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, originarse,* aquí como *se originó, se hizo, se produjo,* mejor como *vino a ser*; πᾶσιν, caso dativo masculino singular del adjetivo indefinido declinado *para todos*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado *los*; ὑπακούουσιν, caso dativo masculino plural del participio presente en voz activa del verbo ὑπακούω, *obedecer*, aquí como *que obedecen*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal *le*; αἴτιος, caso nominativo masculino singular del adjetivo, vinculado con αἰτία, *causa*, *razón, motivo*, aquí como *causante*; σωτηρίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *salvación*; αἰωνίου, caso genitivo femenino singular del adjetivo que expresa la condición de lo que es *eterno*, *perdurable*, aquí como *eterna*.

Καὶ τελειωθεὶς ἐγένετο πᾶσιν τοῖς ὑπακούουσιν αὐτῷ αἴτιος σωτηρίας αἰωνίου. La experiencia de sufrimiento a causa de la obediencia hizo que Cristo fuese perfeccionado. No cabe duda que la experiencia de la angustia produjo en la humanidad del Señor una enriquecedora experiencia que le capacitó para ser *misericordioso* Sumo Sacerdote, capacitándole plenamente para el cumplimiento de su ministerio sacerdotal. Sin embargo, fue la obediencia absoluta *"hasta la muerte y muerte de cruz"* (Fil. 2:8) lo que permitió a Jesús proclamar la definitiva conclusión de la redención con el

"Consumado es" con que concluye el tiempo de la crucifixión, antes de entregar su espíritu en manos del Padre (Jn. 19:30). La obediencia plena, la entrega incondicional y el pleno cumplimiento en sumisión a la voluntad del Padre, es lo que ha perfeccionado al Señor en su ejercicio de Redentor y Sacerdote. El sacrificio en la Cruz, fue lo que hizo a Cristo de hecho Redentor y Sacerdote perfecto para la nueva humanidad de creyentes en Él. En su sacrificio, término final de la obediencia, hace de Jesús víctima y sacerdote al mismo tiempo, perfeccionando al Salvador en sentido de llevar a cabo la obra de salvación que le había sido encomendada. El perfeccionamiento tiene que ver también con la exaltación del Salvador a la diestra de la Majestad, recibiendo el nombre de autoridad suprema en cielos y tierra (Fil. 2:9-11), por la que vino a ser para todos los que creen la *causa* o *razón* de la eterna salvación. Esa misma verdad es la enseñada por Pablo cuando dice: *"Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos"* (Ro. 5:19). La potencialidad de la obra redentora comprende e incluye a todos los hombres, pero se hace eficaz o virtual tan solo para quienes creen, expresado aquí como *"todos los que le obedecen"*. Esa es la razón por la que el apóstol Pablo habla, refiriéndose a la aceptación por fe del don de la gracia, de una *obediencia a la fe* (Ro. 1:5; 16:26). Es necesario recordar que el llamamiento a la fe no es una mera invitación que Dios hace, sino el establecimiento de un mandamiento de Dios que la reclama, por tanto, la aceptación de la salvación no es un acto de asentimiento, sino de entrega, que supone obediencia a la demanda de Dios. La condición del salvo es de obediencia, porque para esto ha sido llamado y capacitado (1 P. 1:2). El creyente pasa de una esfera de desobediencia a otra de obediencia en el mismo instante de creer. El testimonio real de salvación está vinculado también con la obediencia (1 Ts. 1:9-10). Quiere decir esto que la obediencia no es una opción en la vida cristiana, sino la forma natural de la misma. Jesús es la *causa* de la eterna salvación de los creyentes. Significa que si la salvación es eterna, no hay ningún motivo que pueda hacerla fracasar. La salvación conseguida por el perfecto Sumo Sacerdote no es temporal y terrena, sino eterna y celestial. La vida recibida en la salvación es vida eterna, esto es, la vida comunicable de Dios, que se otorga al pecador creyente por el único Mediador entre Dios y los hombres que es Jesucristo hombre (1 Ti. 2:5). El perfeccionado Salvador, hace perfectos a todos los hombres que por medio de Él se acercan a Dios.

10. Y fue declarado por Dios sumo sacerdote según el orden de Melquisedec.

προσαγορευθεὶς ὑπὸ τοῦ Θεοῦ ἀρχιερεὺς κατὰ τὴν τάξιν Μελχισέδεκ.
Nombrado por - Dios sumo sacerdote según el orden de Melquisedec.

Notas y análisis del texto griego.

La última cláusula del párrafo comienza con προσαγορευθεὶς, caso nominativo masculino singular del participio aoristo primero en voz pasiva del verbo προσαγορεύω, *dirigir la palabra, nombrar, dar un nombre*, aquí como *nombrado*; ὑπὸ, preposición de genitivo, *por*; seguida de τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado el, no usado en español al preceder y referirse a nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Dios*; ἀρχιερεὺς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *sumo sacerdote*; κατὰ, preposición propia de acusativo, *según*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; τάξιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *orden*; Μελχισέδεκ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Melquisedec.*

Προσαγορευθεὶς ὑπὸ τοῦ Θεοῦ ἀρχιερεὺς κατὰ τὴν τάξιν Μελχισέδεκ. La conclusión del perfeccionamiento se llevó a cabo en la resurrección y exaltación del Hijo de Dios, a quien el Padre confiere el derecho y lo establece como Sumo Sacerdote. Él es el único en quien el hombre puede encontrar salvación eterna.

La palabra προσαγορευθεὶς, usada en el texto griego y traducida en algunas versiones como *proclamar*, expresa la idea de *poner un nombre, nombrar*, incluso *hablar a uno, saludar a uno*, pero aquí el sentido adquiere un nivel más alto al relacionarla con *conferir un título*, que en este caso es el que el Padre confiere a Cristo, el de ἀρχιερεὺς κατὰ τὴν τάξιν Μελχισέδεκ *Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec*. El autor de la Epístola no, está estableciendo una argumentación y llegando a una conclusión personal, sino que incluso esta afirmación se sustenta en la Escritura del Antiguo Testamento, donde se lee: *"Juró Jehová, y no se arrepentirá: Tu eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec"* (Sal. 110:4). El Salmo se reconoce como mesiánico, por tanto ya David, hablando proféticamente, anuncia que Jehová proclamaría al Mesías como sacerdote perpetuo según el orden de Melquisedec. Sin duda la proclamación tiene que ver con el hecho de la encarnación del Mesías, como Hijo de Dios, ya que fue eternamente destinado a ser el Sumo Sacerdote de nuestra redención. Pero, el Salmo hace énfasis en la exaltación del Mesías sobre todos los enemigos (Sal. 110:1), lo que vincula la proclamación como Sumo Sacerdote, con la exaltación. En ese sentido se cierra el párrafo con una lógica conclusión: Jesús, el Mesías, fue perfeccionado en padecimientos y exaltado a la condición suprema por la resurrección y ascensión a la diestra de Dios (Fil. 2:9-11). Por eso, Jesucristo, establecido como Soberano sobre todo, entronizado en los cielos, permite al Padre proclamarlo como Sumo Sacerdote perpetuo, porque vive perpetuamente para interceder por quienes son salvos por medio de Él (He. 7:25). Este ministerio de Cristo lo sitúa también como supremo sobre todos y sobre todo, que es, uno de

los principales propósitos argumentales de todo cuanto antecede en el escrito de la Epístola.

Advertencia solemne (5:11-6:20).

El Escritor siguiendo su habitual forma, luego de un extenso párrafo doctrinal introduce una advertencia solemne, que la inicia con algunas advertencias y amonestaciones sobre la situación espiritual de los lectores, sirviéndose del desconocimiento doctrinal de, por lo menos, algunos de ellos para iniciar la advertencia.

Situación espiritual (5:11-14).

11. Acerca de esto tenemos mucho que decir, y difícil de explicar, por cuanto os habéis hecho tardos para oír.

Περὶ οὗ πολὺς ἡμῖν ὁ λόγος καὶ δυσερμήνευτος λέγειν, ἐπεὶ
Acerca de el cual mucho nosotros el discurso y difícil de explicar decir, porque
νωθροὶ γεγόνατε ταῖς ἀκοαῖς.
tardos os habéis hecho a las acciones de escuchar.

Notas y análisis del texto griego.

La advertencia solemne comienza con περὶ, preposición de genitivo, *acerca de*; οὗ, caso genitivo masculino singular del pronombre relativo *el que*; πολὺς, caso nominativo masculino singular del adjetivo *mucho*; ἡμῖν, caso dativo plural del pronombre personal *nosotros*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; λόγος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que en este caso equivale a *discurso, palabra, dicho*; καὶ, conjunción copulativa *y*; δυσερμήνευτος, caso nominativo masculino singular del adjetivo que equivale a *difícil de explicar*, de *hermenéutica difícil, difícil de hacer una exégesis*; λέγειν, presente de infinitivo en voz activa del verbo λέγω, *decir, hablar, expresar*; la cláusula se puede traducir como *"acerca de el cual tenemos mucho que decir y difícil de explicar hablando"*; ἐπεὶ, conjunción causal, *puesto que, porque, ya que, de otra manera*; νωθροὶ, caso nominativo masculino plural del adjetivo *tardo, lento, perezoso*; γεγόνατε, segunda persona plural del perfecto de indicativo en voz activa del verbo γίνομαι, *llegar a ser, empezar a existir, hacerse, convertirse en,* aquí como *os habéis hecho*; ταῖς, caso dativo femenino plural del artículo determinado *las*; ἀκοαῖς, caso dativo femenino plural del sustantivo que denota *acción de escuchar*; de ahí la traducción *"os habéis hecho tardos en el oír"*.

Περὶ οὗ πολὺς ἡμῖν ὁ λόγος καὶ δυσερμήνευτος λέγειν. Hay un tema que es extenso y profundo, dice el autor, del que es necesario hablar. ¿A qué tema se refiere? Se podía pensar que se está refiriendo a Melquisedec y al orden de su sacerdocio, ya que con una referencia a él concluye el versículo

anterior, pero el pronombre relativo *el cual*, condiciona la referencia al tema extenso que desea abordar relacionándolo con el *sacerdocio de Cristo*. No se trata, por tanto, de la persona y oficio de Melquisedec, que aún siendo asuntos de gran importancia no son el tema de párrafo anterior, ni mucho menos de la Epístola cuyo núcleo central es Cristo mismo y su diverso ministerio. Melquisedec fue materia especulativa entre los judíos, como también lo fue luego entre los cristianos. Algunas proposiciones judías identificaban a Melquisedec con Sem, del que decían que sobrepasó al nacimiento de Abraham, lo que permitía entender –entre ellos- la veneración con que el patriarca trató a Melquisedec. Otra línea de pensamiento judío proponía que se trataba de una figura tipológica del gran sacerdote que había de venir, pero en alguna manera lo distinguían del Mesías anunciado en el Salmo 101. Una tercera posición entre los hebreos entendía que por cuanto Melquisedec bendijo a Abraham antes de bendecir a Dios (Gn. 14:9s), le fue retirado el sacerdocio del Dios Altísimo y transferido a Abraham, de cuya descendencia vendría más tarde la tribu de Leví y la familia sacerdotal de Aarón. Sin embargo, no dejan de ser todas estas y otras proposiciones sobre el enigmático personaje, meras especulaciones humanas. Debe insistirse nuevamente, ¿es de Melquisedec de quien quiere tratar y no puede por causa de la incapacidad de los creyentes? Así escribe F.F. Bruce:

"La persona y el oficio de Melquisedec son objetos de profunda importancia, dice, pero sus lectores pueden no estar en condiciones de captar lo que tiene que decirles a este respecto debido a que sus mentes son tan perezosas"[18]

.

Sin duda es una interpretación muy respetable, pero, el escritor no tiene interés en Melquisedec sino en Cristo. No es el personaje del pasado y su sacerdocio lo que se propone enseñar, sino que los usa como ilustración para referirse al sacerdocio de Cristo. No cabe duda que este sacerdocio perpetuo se establece conforme o según el *orden de Melquisedec*, pero en modo alguno está sino interesado en demostrar, hablar y enseñar sobre la definitiva superioridad del sacerdocio de Cristo.

Περὶ οὗ, *"acerca de el que"*, es decir, sobre el tema central que es el sacerdocio de Cristo, tiene πολὺς ἡμῖν ὁ λόγος... λέγειν, *"mucho que decir"*, esto es, la amplitud de la enseñanza es grande, y tendría que pronunciarse en un largo discurso. La expresión es una fórmula retórica usada habitualmente por los escritores para despertar el interés del lector en cuanto al tema que iba a tratar, recalcando su importancia y suscitando la avidez sobre el mismo. Pero, además de la extensión está también la dificultad: καὶ

[18] F. F. Bruce. o.c., pág. 108.

δυσερμήνευτος *"resulta difícil de explicar"*. La construcción gramatical de la expresión en el texto griego en muy enfática, *es difícil de explicar con palabras*.

Con todo, el problema no radica en la extensión del tema ni en la dificultad del mismo, sino en la condición de los lectores de la Epístola: ἐπεὶ νωθροὶ γεγόνατε ταῖς ἀκοαῖς, *"por cuanto os habéis hechos tardos para oír"*. Esta situación se alcanzó porque habían dejado el hábito de escuchar la enseñanza sólida, que en ocasiones tiene sus dificultades. Habían apartado el oído de la doctrina y se habían dedicado a asuntos de menor importancia. El problema consiste en que no se trata de una situación pasajera de los lectores, sino en algo que se había arraigado profundamente en ellos. Era difícil tratar temas profundos no tanto porque no fuesen capaces de entenderlos, sino porque no querían prestar la atención debida a ellos. En cierta medida se habían cansado del estudio de la Palabra que, como se aprecia en el siguiente versículo, había sido el deseo del tiempo pasado en su experiencia de vida cristiana.

12. Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido.

καὶ γὰρ ὀφείλοντες εἶναι διδάσκαλοι διὰ τὸν χρόνον,
Porque también tenéis obligación ser maestros por causa de el tiempo
πάλιν χρείαν ἔχετε τοῦ διδάσκειν ὑμᾶς τινὰ[1] τὰ στοιχεῖα τῆς ἀρχῆς
de nuevo necesidad tenéis de lo enseñar os alguien los rudimentos del principio
τῶν λογίων τοῦ Θεοῦ καὶ γεγόνατε χρείαν ἔχοντες γάλακτος
de las palabras - de Dios y habéis llegado a ser necesidad que tenéis de leche
καὶ οὐ στερεᾶς τροφῆς.
y no de sólido alimento.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1]La lectura como aparece en el texto griego más arriba τινὰ, está atestiguada en Ψ, 81, cop^{sa}, Euthalius, Ps-Oecumenius^{comm}.

En otra lectura aparece τίνα, *quien*, en B^{c}, D^{c}, K, 0122, 88, 104, 181, 326, 330, 436, 451, 614, 630, 1241, 1877, 1962, 1984, 1985, 2127, 2492, 2495, it$^{ar, c, d, dem, div, e, f, x, z}$, vg, syr$^{p, h}$, cop$^{sa, bo}$, arm, eth, Orígenes^{lat}, Jerónimo, Agustin.

Una tercera alternativa escribe τινα, *a uno*, en **p**^{46}, ℵ, A, B*, C, D*, P, 33.

Un extenso versículo que comienza con καὶ, en este caso adverbio de modo *asimismo, también;* seguido y vinculado con γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al adverbio y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*;

ὀφείλοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ὀφείλω, *deber, tener obligación*, aquí como *tenéis obligación*, *debéis*; εἶναι, presente de infinitivo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*; διδάσκαλοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo *maestros*; διὰ, preposición de acusativo *por*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; χρόνον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *tiempo*, relativo a un tiempo que puede medirse *cronométricamente*; πάλιν, adverbio *otra vez, además, de nuevo*; χρείαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *necesidad*; ἔχετε, segunda persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *tener, tener necesidad de*, aquí como *tenéis,* ya que antes está el sustantivo *necesidad*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *de lo*; διδάσκειν, presente de infinitivo en voz activa del verbo διδάσκω, *enseñar*; ὑμᾶς, caso acusativo del pronombre personal *os*; τινὰ, caso acusativo masculino singular del pronombre indefinido *alguien, alguno*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; στοιχεῖα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *fundamentos, rudimentos, principios iniciales*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ἀρχῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *comienzo*, *principio*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado declinado *de los*; λογίων, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *palabras, sentencias, dichos*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se usa en español al determinar a un nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Dios*; καὶ, conjunción copulativa *y*; γεγόνατε, segunda personal plural del perfecto de indicativo en voz activa del verbo γίνομαι, *llegar a ser, comenzar a existir*, aquí como *habéis llegado a ser*; χρείαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *necesidad, escasez, falta*; ἔχοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *tener, tener necesidad de*, aquí como *que tenéis*; γάλακτος, caso genitivo neutro singular del sustantivo declinado *de leche*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οὐ, adverbio de negación *no*; στερεᾶς, caso genitivo femenino singular del adjetivo que expresa la condición de lo que es *firme, sólido*; τροφῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *alimentos*.

Καὶ γὰρ ὀφείλοντες εἶναι διδάσκαλοι διὰ τὸν χρόνον. Los creyentes destinatarios de la Epístola no era gente recién convertida. Se afirma en el versículo que llevaban ya tiempo como cristianos. Debido a ese tiempo si hubiesen permanecido en la enseñanza progresiva de la Palabra, tendrían que ser capaces de enseñar a otros como maestros de recién convertidos, conocedores profundos de la doctrina bíblica, capaces de dar razón de la fe a todo aquel que lo demandase (1 P. 3:15). ¿Quiere decir esto que todos los creyentes por persistencia en el estudio de la Palabra deben ser ministros de la enseñanza como *maestros*? No es eso, ya que el don de maestro que capacita para ejercer el ministerio de la enseñanza (Ro. 12:7: 1 Co. 12:28; Ef. 4:11), se da soberanamente por el Espíritu a quienes quiere, pero no a todos. Una interpretación un tanto extrema es que el escritor se refiere a quienes debían haber recibido una acreditación de capacidad de otros maestros en la iglesia,

siguiendo la regla apostólica de capacitar unos maestros a otros en la cadena de enseñanza (2 Ti. 2:2). Esto ha servido a algunos[19] para identificar los destinatarios de la carta como los sacerdotes convertidos del judaísmo, de los primeros tiempos del cristianismo (Hch. 6:7). La palabra traducida como *maestros,* debe considerarse como algo genérico, que expresa la capacidad de los cristianos maduros para enseñar a los menos maduros, en una función general y no la específica del ministerio del maestro. El escritor dice que aquellos creyentes *tenían la obligación de ser maestros*, el verbo que utiliza expresa ese concepto. La razón que justifica esa obligación era el tiempo que tenían en el evangelio.

Sin embargo la necesidad era otra: πάλιν χρείαν ἔχετε τοῦ διδάσκειν ὑμᾶς τινὰ τὰ στοιχεῖα τῆς ἀρχῆς τῶν λογίων τοῦ Θεοῦ, *"tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar los primeros rudimentos de la Palabra de Dios"*. No se trata de que alcancen la comprensión sobre el tema que se está abordando, del sacerdocio de Cristo, sino que necesitan volver a estudiar para aprender los rudimentos, lo que suele llamarse el ABC de la doctrina bíblica. En un natural crecimiento físico, el niño recién nacido necesita un alimento suave o sencillo y a medida que pasa el tiempo, sus necesidades y capacidad lo conducen a una comida más sólida. Pero, la realidad es que los destinatarios de la Epístola eran incapaces de digerir cualquier cosa que fuese más fuerte que la leche, que es el alimento propio del niño recién nacido.

Aquellos tenían necesidad de ser enseñados en los τὰ στοιχεῖα τῆς ἀρχῆς, *primeros rudimentos*, es decir, en la doctrina fundamental de la fe. El texto puede ser entendido de dos formas: a) si se considera el pronombre indefinido *alguien, alguno*, como referido a maestros que tienen que enseñar a estos. En ese caso se requería que algunos vinieran para enseñar a todos estos que necesitaban ser instruidos en los rudimentos de la fe; b) si se une dicho pronombre con el verbo *enseñar*, como sujeto del mismo, no con el complemento *rudimentos*, lo que da el sentido de que no es que necesiten la enseñanza de *algunos rudimentos*, sino de todos ellos en general, como parece indicarlo la presencia del artículo determinado *los*. Esta segunda interpretación es la más consonante. La situación a que habían llegado exigía volver a estudiar *todos* los principios de doctrina básica, con que se inicia el aprendizaje de los *niños en Cristo*.

Καὶ γεγόνατε χρείαν ἔχοντες γάλακτος. El simbolismo de la *leche* en el Nuevo Testamento tiene dos aspectos. Por un lado sirve para referirse a la vianda ligera que corresponde al alimento de los niños en la fe, los recién

---

[19] Entre otros K. Bornhäyser, en *Empfänger und Verfassen des Briefes an die Habräer.* Gutersloh, 1932.

convertidos. En otro sentido tiene que ver con la pureza doctrinal de la enseñanza: *"desead como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación"* (1 P. 2:2). El creyente debiera anhelar la Palabra como un niño la leche. En el caso de la Epístola, la referencia tiene que ver con el alimento de recién convertidos. Aquellos creyentes había dejado el estudio de la Palabra, retrocediendo a la necesidad de alimentarse de algo liviano, cuando realmente debieran estar haciéndolo de στερεᾶς τροφῆς, como corresponde a quienes, por el tiempo, debieran haber dejado de ser niños.

13. Y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño.

πᾶς γὰρ ὁ μετέχων γάλακτος ἄπειρος λόγου δικαιοσύνης,
Porque todo el que participa de leche inexperto de palabra de justicia
νήπιος γάρ ἐστιν
porque niño es.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue la argumentación que precede con πᾶς, caso nominativo masculino singular del adjetivo indefinido, *todo*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al adjetivo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ὁ, caso nominativo masculino singular del pronombre relativo *el que*; μετέχων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo *participar, compartir, recibir, disfrutar,* aquí como *participa*; γάλακτος, caso genitivo neutro singular del sustantivo declinado *de leche*; ἄπειρος, caso nominativo masculino singular del adjetivo *inexperto*, *incompetente, sin práctica*; λόγου, caso genitivo masculino singular del sustantivo declinado *de palabra*; δικαιοσύνης, caso genitivo femenino singular del sustantivo *de justicia*; νήπιος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *niño*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al sustantivo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ἐστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *es*.

Dos asuntos recaban atención en el versículo. Por un lado está el concepto *maduro-inmaduro*; por el otro *niño-hombre*; ambos ligados o aplicados al creyente. Relacionado con el segundo aspecto *niño-hombre* está también *carnal-espiritual.* Aunque aparentemente pudieran considerarse sinónimos, sin embargo, no lo son, sobre todo en cuanto a carnal y espiritual. Un creyente puede ser espiritual desde el momento de su conversión, si ha rendido plenamente su vida al Señor y vive en la conducción y control del Espíritu. La madurez requiere siempre tiempo, estudio y experiencia en la vida cristiana.

Πᾶς γὰρ ὁ μετέχων γάλακτος ἄπειρος λόγου δικαιοσύνης, νήπιος γάρ ἐστιν. Los creyentes a quienes se escribe la Epístola llevaban tiempo en la vida cristiana. Pero, no habían alcanzado la madurez. Su inmadurez va ligada aquí al infantilismo espiritual, como consecuencia de no sentir avidez por la Palabra y haber abandonado el camino del estudio en profundidad de la Biblia. Una limitada asimilación de la enseñanza de la Escritura produce o mantiene al creyente en un infantilismo espiritual, que produce en él un debilitamiento y le lleva a la desorientación. El infantilismo produce creyentes inestables, que son fácilmente engañados y llevados de un lado a otro por los vientos de doctrina (Ef. 4:14). La consecuencia final es el retroceso en la perseverancia y compromiso de fe. Este era uno de los problemas que confrontaban los destinatarios de la Epístola, a quienes llama *inexpertos*. Estar sin experiencia en una doctrina es desconocerla, ignorarla o no haber comprendido el alcance de su verdad. ¿Por qué se les dice que son inexpertos en la *palabra de justicia?* ¿Debe entenderse que flaqueaban en la aplicación de la enseñanza sobre la justicia y sus formas de expresión en la vida cristiana? El término aquí debe tomarse en todo el amplio sentido que tiene en el Nuevo Testamento. La justicia se relaciona con todas las formas de la vida moral vivida conforme a las demandas que Dios establece en su Palabra. La doctrina de justicia demanda el abandono de la propia y personal para aceptar sólo la provista por Dios. Ese era el problema que sustentaban los fariseos mediante la hipocresía de sus vidas. Por lo que Jesús enseñó sobre una justicia mayor que la suya sin la cual no se puede entrar en el reino de los cielos (Mt. 5:20). El Señor llamó bienaventurados a los que tienen hambre y sed de justicia (Mt. 5:6). La justicia y su forma de vida están en Cristo mismo, como justicia de Dios y como ejemplo de ella. La vida conforme a las demandas de Dios producirá conflictos y persecuciones (Mt. 5:10). La justicia es la forma de vida que se inicia por la fe y se vive en ella. El término es más amplio y en general define todo aquello que enseña la Escritura que es manifestación de la justicia, por cuanto procede de Dios. Los inexpertos en la Palabra de justicia, son niños.

El infantilismo espiritual es propicio a la carnalidad. Se hace necesario entender también que hay creyentes espirituales y creyentes carnales. No se trata de genuinos creyentes y meros profesantes. El apóstol Pablo escribe a los corintios y por su comportamiento contrario a la enseñanza de la Palabra de justicia, estaban actuando y manifestándose como carnales, a quienes llama *niños en Cristo* (1 Co. 3:1). Un creyente es espiritual en la medida en que vive en la sujeción y conducción del Espíritu. Un creyente es carnal en la medida en que habiendo dejado de *andar en el Espíritu* (Gá. 5:16), viene a estar bajo el control e impulso de la carne, propia de su vieja naturaleza caída que permanece en el salvo hasta la glorificación. La vida del carnal es de mera apariencia de piedad, practicando una forma de existencia rodeada de rigidez e intransigencia, absteniéndose de cosas lícitas para recluirse en meras formas de sacrificio

establecidas por los hombres, que no tienen ningún valor contra los apetitos de la carne, porque son también carne al proceder de ella (Col. 2:20-23).

14. Pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal.

τελείων δέ ἐστιν ἡ στερεὰ τροφή, τῶν διὰ τὴν ἕξιν τὰ
Pero de maduros es el sólido alimento de los por causa de la práctica los
αἰσθητήρια γεγυμνασμένα ἐχόντων πρὸς διάκρισιν καλοῦ
sentidos ejercitados que tienen para discernimiento de bueno
τε καὶ κακοῦ.
tanto como de malo.

Notas y análisis del texto griego.

Concluye el argumento con τελείων, caso genitivo masculino plural del adjetivo declinado que denota lo que es *completo, perfecto, adulto,* de ahí *maduro*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; ἐστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser,* aquí como *es*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; στερεὰ, caso nominativo femenino singular del adjetivo que expresa la condición de lo que es *firme, sólido, constante*; τροφή, caso nominativo femenino singular del sustantivo *alimento, comida*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado, *de los*; διὰ, preposición de acusativo, aquí como *por causa de, por,* en expresión castellana *que por*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἕξιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *costumbre, ejercicio, práctica*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; αἰσθητήρια, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *sentidos*, aquí como equivalente a *capacidad de discernimiento*; γεγυμνασμένα, caso acusativo neutro plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo γυμνάζω, *ejercitarse, acostumbrarse*, aquí como *ejercitados*; ἐχόντων, caso genitivo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí como *que tienen*; πρὸς, preposición de acusativo *para*; διάκρισιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *discernimiento*, *distinción, interpretación*; καλοῦ, caso genitivo neutro singular del adjetivo declinado *de bien*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; κακοῦ, caso genitivo neutro del adjetivo declinado *de mal*.

Τελείων δέ ἐστιν ἡ στερεὰ τροφή. Los niños son inmaduros en la Palabra y necesitan, no importa el tiempo que lleven en el Señor, leche, esto es, los *rudimentos* de la doctrina. El contraste se establece comparándolos con los otros creyentes, sin importar tampoco el tiempo transcurrido desde su conversión, que han progresado al estado de madurez espiritual por asimilación

y conocimiento de la Escritura. Estos son capaces de ingerir –espiritualmente hablando- alimento sólido, enseñanza profunda.

Τῶν διὰ τὴν ἕξιν τὰ αἰσθητήρια γεγυμνασμένα ἐχόντων πρὸς διάκρισιν καλοῦ τε καὶ κακοῦ. Los que son espiritualmente maduros tienen capacidad de discernimiento, para sopesar, distinguir y seleccionar aquello que es bueno y lo que no lo es. El uso habitual de ese discernimiento, llamado aquí *sentidos*, los capacita, ya que por el uso están capacitados para distinguir entre lo bueno y lo malo.

Sin embargo, tanto el creyente más infantil como el de mayor madurez, retroceden en la capacidad de discernimiento cuando dejan de estudiar y meditar en la Palabra. Esa es la razón por la que antes se les dijo: *"os habéis vuelto tardos para oír"* (v. 11), es decir, tienen dificultades para aprender y, por tanto, para aplicar lo aprendido a la vida personal. La expresión en el texto griego traducida literalmente *"tardos para oír"* expresa la idea de personas que oían sin prestar atención a lo que se enseñaba. La consecuencia de mayor trascendencia es la incapacidad para ejercer un discernimiento claro entre lo que es bueno y aquello que no lo es. El discernimiento espiritual se informa en la Palabra. A menor conocimiento y comprensión de sus verdades, menor capacidad de discernimiento para seleccionar entre lo correcto y lo incorrecto. Esa capacidad se hace funcional cuando hay *hábito, costumbre, práctica* en hacerlo, por tanto, solo los maduros tienen adecuadas las facultades espirituales para *discernir*. No es de extrañar que algunos a los que se dirige la Epístola estuviesen indecisos entre perseverar en la fe cristiana o apartarse de ella.

Al concluir el capítulo será necesario recordar dos grandes lecciones que contiene. Primeramente lo relacionado con el Sacerdocio de Cristo y, sobre todo, con su trabajo de salvación que lo conduce a la agonía de Getsemaní. En el pórtico de entrada a esa sala de la gracia aparece grabado indeleblemente la disposición al servicio en la dimensión de la humildad. El sometimiento de la voluntad del individuo a la de Dios, es una evidencia admirable que debe tenerse en cuenta en el ejemplo supremo del Señor. El camino de la humildad y de la humillación se abre para cada seguidor de Jesús. Nadie que dice vivir a Cristo puede expresarlo de otro modo que manifestándolo en su propia vida. La humildad es la dimensión natural propia del creyente. Sin la humildad de Cristo, reproducida en nosotros por el Espíritu, es imposible servir adecuadamente a Dios. El servicio cristiano exige lo que fue manifestación del servicio de Cristo, renuncia expresa y entrega incondicional. Nada retuvo como podría hacer en pleno derecho, sino que se *"humilló a sí mismo, tomando forma de siervo"* (Fil. 2:6-7). En esa misma dimensión y en razón a ella, sufrió la muerte y muerte de cruz (Fil. 2:8). Cuando el Señor llama, exige una renuncia semejante a lo nuestro. Es necesario entender que la invitación al seguimiento se establece a

modo de mandamiento: *"Venid en pos de mí"* (Mt. 4:19). Ese seguimiento a Cristo demanda renuncia a todo, incluido el propio yo personal (Lc. 14:26, 33). Es la única manera de ser discípulo, que debe seguir al maestro *tomando su cruz* (Lc. 14:27). Tomar la cruz no es buscar el sufrimiento o entender que la vida cristiana comporta siempre un gran sufrimiento. La cruz es el gran signo de anulación al yo para asumir en su lugar el gran y gozoso Tú de Dios, en Cristo Jesús. Quien no renuncia a todo, en expresión suprema de humildad, no puede seguir a quien se calificó a sí mismo como *"manso y humilde de corazón"* (Mt. 11:29). Todo el que no considera la humildad como una forma válida de vida, nunca podrá encontrar *descanso para el alma*. Esa es una de las razones por las que muchos creyentes e iglesias viven experiencias inquietantes en lugar de ser como remanso de aguas.

CAPÍTULO VI

ADVERTENCIA Y CONFIANZA

Introducción.

La advertencia solemne dirigida a los creyentes que comenzó en el capítulo anterior (5:11), sigue en el presente. Por tanto, la referencia hecha a ella en la introducción anterior es válida también para ahora. Los creyentes destinatarios de la carta estaban pasando por dificultades y presiones. Algunos dudaban de perseverar en el cristianismo o retroceder al judaísmo, con lo que muchos de sus problemas concluirían. Para los más conocedores de la doctrina, el retroceso era impensable, pero para quienes se habían detenido en el progreso del estudio de la Palabra y sólo repasaban una y otra vez los *rudimentos* de la fe, el problema de regresar al judaísmo no era tan grave. Algunas verdades fundamentales de la fe cristiana, como la santificación, la justificación por fe, la doctrina de bautismos, la comunión entre hermanos, la resurrección de entre los muertos y el juicio eterno, eran, en cierta manera, verdades admitidas por el judaísmo. En el infantilismo espiritual de algunos de aquellos que no progresaban hacia un conocimiento más profundo de la fe, no representaba un problema tan grave la deserción del cristianismo. Esta posibilidad tal vez despertaba una pregunta inquietante entre los creyentes maduros: *¿Perderá la salvación quien retroceda al judaísmo?* A esta cuestión responde el escritor en medio de una seria amonestación (vv. 1-6). En estos textos se reitera de forma enfática la doctrina de la seguridad de salvación. Seguidamente, y en medio de la exhortación, aparece una advertencia sobre el riesgo de una vida que no lleve fruto a Dios (vv.7-8). Unas palabras de aliento sirven para suavizar la rigurosidad de las empleadas para la amonestación, conduciendo la mente de los lectores a las evidencias que la ponían de manifiesto la realidad de su salvación, especialmente en las obras de amor hacia los hermanos. Tales obras no pasaban desapercibidas para el Señor que daría la recompensa a cada uno conforme a sus obras (vv. 9-10). Al retomar de nuevo la exhortación enfatiza la necesidad de perseverar en la fe debido a la esperanza que cada creyente posee. El ejemplo de Abraham sirve de ilustración a la demanda establecida (vv. 11.18). Concluye el párrafo con palabras alentadoras sobre la seguridad que produce la realidad admirable de Cristo en la presencia de Dios, llevando a cabo las misiones sacerdotales a favor de los suyos (vv. 19-10).

El bosquejo para el estudio del capítulo es:

1. Necesidad de crecimiento (6:1-3).
2. La seguridad y disciplina del salvo (6:4-8).
3. La evidencia y bendición del salvo (6:9-12).

4. Ejemplo y certeza (6:13-20).

Necesidad de crecimiento (6:1-3).

1. Por tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección; no echando otra vez el fundamento del arrepentimiento de obras muertas, de la fe en Dios.

Διὸ ἀφέντες τὸν τῆς ἀρχῆς τοῦ Χριστοῦ λόγον ἐπὶ τὴν τελειότητα
Por lo cual dejando la del principio - de Cristo palabra hacia la madurez
φερώμεθα, μὴ πάλιν θεμέλιον καταβαλλόμενοι μετανοίας ἀπὸ
seamos llevados no otra vez fundamento asentando de arrepentimiento de
νεκρῶν ἔργων καὶ πίστεως ἐπὶ Θεόν,
muertas obras y de fe en Dios.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue la exhortación solemne con διὸ, conjunción *por lo cual*; ἀφέντες, caso nominativo masculino plural del participio aoristo segundo en voz activa del verbo ἀφίημι, *dejar*, aquí como *dejando*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*, masculino en español, *del*; ἀρχῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *principio*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se usa en español al vincularse a nombre propio; Χριστοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Cristo*; λόγον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *dicho, palabra, mensaje*; ἐπὶ, preposición de acusativo aquí con sentido de *hacia*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *el*; τελειότητα, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *perfección, acabamiento*, en ese sentido *madurez*; φερώμεθα, primera persona plural del presente de subjuntivo en voz pasiva volitivo del verbo φέρω, *llevar, arrastrar, traer, conducir,* en voz pasiva *dejare impulsar,* aquí como *seamos llevados*; μή, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*; πάλιν, adverbio *otra vez, además, de nuevo*; θεμέλιον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *fundamento, cimiento*; καταβαλλόμενοι, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz media del verbo καταβάλλω, en voz media *asentar*, aquí como *asentando*; μετανοίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de arrepentimiento*; ἀπὸ, preposición de genitivo *de*; νεκρῶν, caso genitivo neutro plural del adjetivo calificativo *muertos*; ἔργων, caso genitivo neutro plural del sustantivo *obras*, *trabajos, acciones, ocupaciones*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πίστεως, caso genitivo femenino singular declinado *de fe*; ἐπὶ, preposición de acusativo *en, sobre, con base en, referente a*; Θεόν, caso acusativo masculino singular del nombre propio *Dios*.

El versículo pone de manifiesto una necesidad, no como consecuencia de lo que ha dicho antes, sino de lo que va a decir seguidamente. Antes trató a los destinatarios de inmaduros que necesitaban la enseñanza elemental (5:12). Sin

embargo el conocimiento no era tanto de ignorancia como de adormecimiento. Esto, tal vez, en la mayoría, porque algunos de aquellos creyentes había alcanzado la madurez (5:14). Lo que el escritor pretende es *despertarles*, llevándoles de nuevo al alimento sólido que habían abandonado para conformarse con los *primeros rudimentos*.

Διὸ ἀφέντες τὸν τῆς ἀρχῆς τοῦ Χριστοῦ λόγον. En esa progresión tenían que dejar ya *"los rudimentos de la doctrina de Cristo"*, literalmente *"por lo cual dejando los principios* elementales *de la palabra de Cristo"*. El verbo *dejar* aquí expresa la idea de *dejar fuera* o *dejar atrás*. ¿Qué significa esta demanda de *dejar atrás* la doctrina de Cristo? Es dejar ya la enseñanza inicial sobre Cristo, que recibieron cuando habían sido convertidos. No significa esto, en modo alguno, que la doctrina básica fundamental sobre Cristo no deba ser repasada y considerada permanentemente. El apóstol Pablo estaba dispuesto a reiterar la enseñanza de la doctrina para que sirviera de seguridad a los creyentes (Fil. 3:1). El escritor procura que los destinatarios dejen de conformarse con la enseñanza elemental de las doctrinas bíblicas para pasar al estudio y profundización de temas más densos.

Las doctrinas fundamentales eran la base de instrucción cristiana a los recién convertidos (5:12). La reflexión sobre fundamentos debía dejar paso a doctrinas de mayor profundidad. Todos los creyentes han sido *iluminados* espiritualmente, por lo que están en condiciones de aprender y profundizar en la doctrina, por tanto, era necesario progresar hacia una doctrina y teología elevadas. Esa progresión tendría como consecuencia sacarlos de la situación en que se encontraban y motivarlos animándolos a crecer. Necesariamente la conformidad conduce a un infantilismo y produce inestabilidad espiritual, lo que permite que los creyentes en esa situación sean fácilmente llevados de un lado para otro por doctrinas no bíblicas (Ef. 4:14). Pasada la infancia espiritual deben dejar las cosas de los niños (cf. 1 Co. 13:11).

'Επὶ τὴν τελειότητα φερώμεθα. Ningún cristiano es perfecto, esto es, plenamente maduro. Los apóstoles estaban también incursos en esa situación, por lo que como todos los creyentes debía progresar hacia la madurez (Fil. 3:14). En este versículo el autor se une a los lectores cuando dice: *"vamos adelante a la perfección"*. Tanto él como los otros necesitaban progresar hacia la madurez, mediante el conocimiento y asimilación de la Escritura. El modo de hacerlo sería progresar en la doctrina, concretamente aquí en el estudio del sacerdocio de Cristo. Cuando un maestro y los que son enseñados por él estudian juntos la Palabra, todos ellos progresan juntos hacia la madurez espiritual, cada uno desde la medida en que se encuentren.

Μὴ πάλιν θεμέλιον καταβαλλόμενοι. En la progresión del conocimiento de la Escritura ha de dejar de *"echar otra vez el fundamento"*. No era preciso establecer de nuevo el cimiento de la fe que tenían necesidad de conocer como creyentes de tiempo (5:12). Es interesante apreciar que a los recién convertidos se les enseñaba *doctrina bíblica fundamental*. Este principio de instrucción fue establecido a modo de mandato por el Señor mismo: *"Id haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado"* (Mt. 28:18-20). Los apóstoles en la primera congregación de cristianos en Jerusalén se dedicaban cada día a la enseñanza doctrinal (Hch. 2:42). Con notorio énfasis el apóstol Pablo exhorta a Timoteo a que *"prediques la Palabra"* (2 Ti. 4:1-2). En la formación de los nuevos creyentes le instruye para que limite su enseñanza a todo lo que había oído de él a lo largo del tiempo en que fueron compañeros de misión (2 Ti. 2:2). Históricamente está demostrado que así comenzaba el proceso de la enseñanza, la catequesis, de los *niños en la fe*. Contrasta esto profundamente con la laxitud que se produce en muchas ocasiones en el tiempo actual en relación con la enseñanza bíblica, tanto a los recién convertidos como al resto de los creyentes.

Entre las enseñanzas fundamentales estaba el θεμέλιον καταβαλλόμενοι μετανοίας ἀπὸ νεκρῶν ἔργων *"fundamento del arrepentimiento de obras muertas"*. El término *arrepentimiento*[1] expresa la idea de un *cambio de mentalidad*. La nota semántica decisiva de la palabra es el cambio de actitud, tanto para el bien como para el mal. Aquí el término se refiere a un caso concreto el de *obras malas*, que repercutirá en una actitud que afecta a toda la existencia y que junto con la fe en Dios constituye el fundamento de la existencia cristiana. Un cambio de mentalidad en creación con el pecado es indispensable para la salvación y nadie puede salvarse sin el arrepentimiento, pero, éste va incluido en la fe y no debe separarse de ella, como si fuesen precisas dos cosas para la salvación, porque no es posible alcanzar el arrepentimiento al margen de la fe. El arrepentimiento como cambio de mentalidad está incluido y se produce en el momento de ejercer la fe salvífica. Este cambio de mentalidad es absolutamente imposible en aquel que está espiritualmente muerto. El cambo que produce el arrepentimiento está incluido dentro de la operación de salvación que es *don de Dios* (Ef. 2:8). El Espíritu Santo impulsa y capacita al pecador al arrepentimiento (Jn. 16:8-11). La mentalidad se cambia al entender el pecado de rebeldía y apartarse de él en el acto de creer. El arrepentimiento se hace visible en los frutos propios de él, como demandaba el Bautista a los fariseos y saduceos que venían a él para ser bautizados (Mt. 3:8). No se trataba de un arrepentimiento aparente sino de uno total que produce un cambio en la vida de las personas. No se trata de asuntos

---

[1] Griego μετανοία.

ceremoniales o religiosos, sino del regreso incondicional a Dios confesando el pecado y apartándose de él. El arrepentimiento genuino va siempre acompañado de frutos que lo manifiestan. Es semejante a la fe que salva y que por ello conduce a la experiencia no sólo de justificación, sino también de santificación, en un obrar propio de la verdadera fe que informa e impulsa la vida del convertido a Dios (Stg. 2:17). No cabe duda que a la luz de la verdad revelada, el hombre no se salva por obras, sino por gracia mediante la fe; pero, no es menos cierto que aunque nadie se salva por obras, todo salvo lo es para *obras*, es decir, la verdadera conversión se manifiesta en una nueva forma de vida. El mero deseo de bautizarse y el hecho de hacerlo, por sí mismo, no conduce a nada especial. El verdadero arrepentimiento, y el bautismo de Juan era expresión de aceptar la llamada al arrepentimiento y asumirlo sin limitación alguna, debía producir evidencias de que había sido una realidad en el corazón, ya que tanto la fe como el arrepentimiento se conciben en el corazón por la acción del Espíritu de Dios. No están verdaderamente arrepentidos aquellos que manifiestan pesar por el pecado, pero continúan cometiéndolo. Es necesario volver a recordar que hay quienes sienten remordimiento pero nunca llegan al arrepentimiento. La fe y el arrepentimiento no son actos puntuales sino actitudes continuadas que informan y condicionan la vida.

El arrepentimiento, como cambio de mentalidad que conduce a un cambio de actitud, exige el abandono de νεκρῶν ἔργων *"obras muertas"*. Es el modo natural de la vida cristiana que supera el poder de la carne (Gá. 5:16). La salvación limpia, en el creyente, la conciencia de νεκρῶν ἔργων, *"obras muertas"* (9:14). Entre otras cosas los pecados que contaminan al creyente. Son las obras naturales hechas al margen del poder del Espíritu, inútiles y estériles para la vida eterna. La vida cristiana se manifiesta en obras que evidencian la realidad del arrepentimiento. A los cristianos convertidos se les enseñaba, por tanto, la vida de santificación como propia del creyente. Entre las obras muertas que no pueden dar la justicia están las obras de la Ley, por la que se pone de manifiesto el pecado, pero no se aporta la solución para superarlo (Ro. 7:7-13). Este volverse y apartarse de las obras puramente naturales era en realidad una conversión a nueva vida, una conversión hacia Dios (1 Ts. 1:9-10). Es necesario recalcar como parte de la doctrina fundamental que el creyente que ha sido rescatado del poder del pecado, recibe por la acción sobrenatural del Espíritu la capacidad para vivir en santidad. No se trata de un estilo de vida que algunos cristianos asumen, sino el modo propio y natural de todos los que han sido verdaderamente convertidos a Dios. El apóstol Pedro lo enseñan con admirable precisión, al establecer que la santidad debe afectar a toda la forma de la vida del cristiano: *"sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir, porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo"* (1 P. 1:15-16). Como consecuencia del llamamiento santo, el creyente debe vivir santamente. La senda del vivir cristiano ofrece claramente

marcadas las pisadas que Jesús dejó en su *andar* en el mundo (1 P. 2:21), de modo que cada uno de sus seguidores, que han respondido al llamado de Dios, tienen que caminar por la misma senda. La santidad se manifiesta en todo lo que tiene que ver con la separación de las pasiones y del pecado. Una vida en esa dimensión produce un contraste con el antiguo comportamiento (1 P. 1:14). Dios es santo. Esa es una de las perfecciones divinas más destacables en la Escritura. Su santidad es proclamada en los cielos (Is. 6:3). Por tanto, el hijo de Dios debe ser santo, como manifestación de la vida de Dios en él. Santidad es el resultado de la vocación a la que cada cristiano fue llamado (Ef. 4:1). Todos aquellos que son escogidos para estar sentados en lugares celestiales con Cristo, deben recordar que lo que está en juego en la vida cristiana, es el honor de Dios. Por tanto, la santidad comprende y alcanza todos los aspectos de la vida: *"toda vuestra manera de vivir"*, de otro modo, *toda vuestra conducta.* La santidad se extiende a todas las esferas de la vida. Un creyente podrá estar más o menos cerca del Señor que otro, pero la norma es la misma para todos. La santidad ha de manifestarse en las relaciones con el mundo (1 P. 4:1ss); en el plano de la familia (1 P. 3:1ss); en la iglesia (1 P. 5:1ss). Ser santo no es una opción ya que se establece mediante un mandamiento divino (1 P. 1:16), expresado ya en la Ley (Lv. 11:44; 19:2; 20:7). Vivir santamente es una exigencia de la ética del reino (Mt. 5:48), por tanto, no es una opción, sino una condición. El verdadero creyente, puede ocasionalmente caer en el pecado, pero no puede vivir en la práctica del pecado (1 Jn. 3:6-9).

Junto con la enseñanza doctrina sobre *las obras muertas*, está también la de πίστεως ἐπὶ Θεόν *"fe en Dios"*. El arrepentimiento y la fe van siempre unidos (Mr. 1:15; Hch. 20:21). Es interesante notar que la doctrina se enseñaba a los creyentes, de ahí la extensión del significado doctrinal de la fe. La gracia es el medio de salvación y la fe el instrumento de salvación (Jn. 3:16; Hch. 8:12, 37; 10:43; 16:31; Ro. 5:1; Ef. 2:8-9; etc). No hay otra forma de ser justificado aparte de la fe (Gn. 15:16). La fe no es instrumento para justificación, sino modo natural de toda la vida de santificación, de modo que el creyente debe vivir en la fe (Hab. 2:14). La vida de fe es el único modo de agradar a Dios (He. 11:6). La fe es el estilo de vida cristiano (Gá. 2:20). A Dios que es razón de vida sobrenatural, nos acercamos por la fe, de ahí que la fe sea una enseñanza de doctrina fundamental

2. De la doctrina de bautismos, de la imposición de manos, de la resurrección de los muertos y del juicio eterno.

βαπτισμῶν διδαχῆς[1] ἐπιθέσεως τε χειρῶν, ἀναστάσεως τε νεκρῶν
De bautismos, de enseñanza, de imposición de manos, de resurrección de muertos,
καὶ κρίματος αἰωνίου
y de juicio eterno.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] La forma διδαχῆς, está atestiguada en א, A, C, D^{gr}, I, K, P, 0122, 33, 81, 88, 104, 181, 326, 330, 436, 451, 614, 629, 630, 1241, 1739, 1877, 1881, 1962, 1985, 2127, 2492, 2495, $it^{ar, c, dem, div, f, x, z}$, vg, $syr^{p, h}$, $cop^{sa, bo, fay}$, amr.

Aparece también la escritura διδαχὴν en **p**^{46}, B, 0150, it^{d}, syr^{pal}, Ambrosio.

Sin solución de continuidad sigue con βαπτισμῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo declinado *de bautismos*; διδαχῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *enseñanza*; ἐπιθέσεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *imposición*; τε, preposición propia, *de*; χειρῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo *manos*; ἀναστάσεως, caso femenino singular del sustantivo *resurrección*, τε, preposición propia, *de*; νεκρῶν, caso genitivo masculino plural del adjetivo *muertos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; κρίματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo declinado *de juicio*, αἰωνίου, caso genitivo neutro singular del adjetivo *eterno*.

En la relación de doctrinas fundamentales que se enseñaban a los recién convertidos, figura también βαπτισμῶν διδαχῆς, *la enseñanza de bautismos.* Sorprende un tanto el plural en este caso. ¿A qué bautismos se refiere? Pudiera tratarse de establecer una distinción entre el bautismo judaico, el de Juan y el cristiano. Sin embargo, como doctrina fundamental, debe entenderse mejor como expresión teológica del bautismo del Espíritu, el bautismo en Cristo y el bautismo de agua.

Es necesario entender las distinciones entre los tres bautismos conforme al contexto del Nuevo Testamento. Los pasajes en que el Espíritu Santo está relacionado con el bautismo se agrupan en dos divisiones: 1) Cristo como agente del bautismo, el creyente como sujeto del mismo y el Espíritu Santo como recipiente. 2) El Espíritu como agente del bautismo, el creyente como sujeto y Cristo como recipiente.

En el primer caso, Cristo como agente del bautismo en el Espíritu, está desarrollado en un grupo de pasajes (Mt. 3:11; Mr. 1:8; Lc. 3:16; Jn. 1:33; Hch. 1:5; 11:16). Por la autoridad de Cristo el Espíritu es dado a todos los que creen. Cada creyente viene a estar bajo la influencia y poder del Espíritu y todos, tanto individual como colectivamente, se convierten en *morada del Espíritu* (1 Co. 3:16; 6:19; Ef. 2:21-22). Este bautismo tuvo lugar una sola vez en el descenso del Espíritu y es irrepetible. Cada persona cuando cree es colocada bajo la influencia del Espíritu que ya ha sido enviado, dándosele a *beber* del Espíritu, en sentido incorporativo y residente de la tercera Persona Divina, de modo que quien no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Él (Ro. 8:9). En Pentecostés Cristo

fue el *agente bautizador* con el Espíritu, quien tomó entonces posesión del nuevo templo de Dios que es la Iglesia (1 Co. 3:16; 6:19; Ef. 2:21-22). Pentecostés es irrepetible y cada creyente viene a participar de aquella acción divina en el momento de creer.

El segundo aspecto del bautismo contempla al Espíritu como *agente* del bautismo, al creyente como sujeto y a Cristo como receptor. Los pasajes del segundo grupo son sumamente precisos en ese sentido (1 Co. 12:13; Gá. 3:27; Ro. 6:1-4; Col. 2:9-13; Ef. 4:4-6; 1 P. 3:21). En el texto de 1 Co. 12:13, la preposición *por*, equivale a *en*, esto es, el Espíritu bautiza al creyente en Cristo para la formación del cuerpo en Cristo que es la Iglesia. El resto de los pasajes indicados más arriba aclaran, complementan y expresan la verdad indicada. De igual forma que el bautismo considerado en el párrafo anterior, el bautismo del Espíritu en Cristo es irrepetible en la vida del cristiano, pero fundamental para principio de vida y para la concreción del proyecto de Dios en esa dispensación que es el de formar un solo cuerpo en Cristo. El bautismo del Espíritu *en Cristo* está íntimamente vinculado con la regeneración ya que implica un cambio de posición. Por esa acción divina el creyente es introducido en una nueva esfera de vida, que se desarrolla en Cristo, en plena identificación y comunión con Él y en Él. Esta identificación es imprescindible para recibir la vida eterna, resultado de la unión vital con el Señor, ya que en Él y solo en Él está la vida (Jn. 1:4). Por tanto, la vida es comunicada al creyente en razón de la unión vital con Cristo (1 P. 2:4-5). Por esta vinculación, la comunión con Dios se restaura, produciéndose la participación en la divina naturaleza (2 P. 1:4). La formación de este cuerpo en Cristo elimina toda división social, dejando de ser *judíos o gentiles*, en cuanto a que la distinción de pueblos se extingue en la incorporación de los salvos en la Iglesia. Cristo eliminó la pared intermedia de separación haciendo de los dos un solo y nuevo hombre (Ef. 2:15). Por el bautismo del Espíritu todos los creyentes constituyen en *solo cuerpo* (1 Co. 12:13; Gá. 3:28). De igual manera las barreras sociales desaparecen, por cuanto en la Iglesia no hay ya distinción alguna entre *esclavos y libres*. El objetivo del bautismo por el Espíritu es la formación de un cuerpo, característica única de la actual dispensación. El Señor habló de la obra del Espíritu antes de su ascensión como futura y como algo nuevo (Hch. 1:15).

El tercer aspecto relacionado con el bautismo, es el *ritual* o bautismo de agua, establecido por el Señor en la ordenanza para la iglesia (Mt. 28:19). El bautismo de agua no produce en sí cambio alguno en el cristiano, ni es preciso para la salvación. Se trata de una manifestación testimonial de un bautismo que ya se ha producido por el Espíritu en cada cristiano. Por cuya razón se determina que la ordenanza bautismal se aplique sólo a quienes han creído. Esa fue la respuesta que Felipe dio al etíope cuando le solicitó ser bautizado (Hch. 8:37). Los tres aspectos del bautismo se enseñaban en la doctrina en la Iglesia

de los tiempos apostólicos, de ahí que el escritor de la Epístola utilice el plural al referirse a la doctrina fundamental de *bautismos*.

Otra doctrina que considera fundamental en la enseñanza de los recién convertidos es la que llama aquí ἐπιθέσεως τε χειρῶν, *imposición de manos*. Sorprende un poco que se considere esto como una doctrina principal. Sin duda el contexto histórico favorece este pensamiento, pero, la imposición de manos está ampliamente citada en el Nuevo Testamento. Tiene como principal expresión la de identidad y comunión entre el que impone las manos y el que recibe la imposición. Ese significado estaba muy arraigado especialmente en el contexto histórico de los judíos, ya que uno de los rituales en el sacrificio era que el que lo ofrecía o el sacerdote que lo ministraba, según la clase de sacrificio, debía poner sus manos sobre la cabeza del animal en señal de identificación. La imposición de manos eraera una práctica habitual en la iglesia de los tiempos apostólicos. Se imponían las manos como identificación con el servicio en la congregación, como ocurre en el caso de la elección de los primeros diáconos (Hch. 6:6). Con ese simbolismo se manifestaba la identificación de toda la iglesia con el servicio que iban a realizar. Se habla de imposición de manos con motivo de la encomendación a la obra misionera de Pablo y Bernabé, desde la iglesia en Antioquia (Hch. 13:3). Igualmente s impusieron las manos con motivo de la designación de hermanos para ministerios específicos, como en el caso de Timoteo (1 Ti. 4:14; 2 Ti. 1:6). En el reconocimiento de ancianos se les imponían las manos (1 Ti. 5:22). Diferente sentido tenía la imposición de manos como señal de bendición; el que imponía las manos comunicaba la identidad para bendición con el que era bendecido, probablemente en ese sentido trajeron a Jesús un sordo y tartamudo rogándole que le impusiera las manos para sanidad (Mr. 7:32). Muchos ejemplos de esto hay en el Antiguo Testamento, pero, en forma más sensible aparece en el Nuevo relativo a bendición del Señor a los niños (Mt. 19:13). Hay una larga serie de referencias a una imposición especial y única de manos, con motivo de la incorporación de los distintos grupos de nuevos creyentes a la Iglesia (Hch. 8:17s; 19:6). En cualquier caso, la imposición de manos, tenía el sentido de comunión, por tanto, la comunión formaba parte de la doctrina para recién convertidos, como principio natural de la vida de relación entre hermanos (1 Jn. 1:3).

Igualmente se cita como una de las doctrinas fundamentales la de ἀναστάσεως τε νεκρῶν, *"resurrección de los muertos"*. La resurrección de Jesús dio validez de fundamental a esta doctrina enunciada ya en el Antiguo Testamento (cf. Is. 26:19; Dn. 12:2). La doctrina de la resurrección en el Nuevo Tstamento ampliaba y complementaba la enseñanza del Antiguo. Esta doctrina comprendía la resurrección de Cristo (1 Co. 15:3-4); el orden de resurrecciones en el programa establecido por Dios (1 Co. 15:23; 1 Ts. 4:16); y la resurrección

final de los muertos (Ap. 20:12). Sin resurrección no hay vida eterna, ni perdón de pecados, por cuanto el Señor resucitó para nuestra justificación (Ro. 4:25). La resurrección de los creyentes forma parte esencial de la esperanza que aguardamos (1 Ts. 4:16ss), como cumplimiento de la promesa del Señor de recoger a los creyentes para una perpetuidad de comunión y compañía con Él (Jn. 14:1-4).

La última de las doctrinas fundamentales tiene que ver con el κρίματος αἰωνίου, *juicio eterno.* El calificativo de eterno, referido al juicio, resulta también un tanto extraño, ya que el juicio tendrá ocasión en un tiempo histórico antes de la creación de cielos nuevos y tierra nueva, y siendo algo relacionado con hombres tendrá una determinada duración (Ap. 20:11-15). El término *eterno* puede aplicarse más bien a las consecuencias sempiternas del juicio, pero es difícil de entenderlo como referido al juicio mismo.

Los judíos unían la expectativa de resurrección vinculándola estrechamente al juicio, por tanto la proyección de una vida perpetua es el resultado de un juicio definitivo. El sentido de *eterno* puede entenderse como algo que se produce fuera del tiempo actual de los hombres, y como distintivo de un juicio apropiado a la era venidera, distinto de todos los juicios temporales de la era presente. Esta era una de las enseñanzas de la iglesia y se mencionaba en la proclamación del evangelio (Hch. 17:31; 26:20).

Algo que debe apreciarse en este versículo y en el anterior es que a los cristianos en la iglesia de los tiempos apostólicos se les adoctrinaba, es decir, se les enseñaba la doctrina bíblica. De la misma manera se observa también que algunos de los creyentes se quedaban en el ABC de la fe y no progresaban, con lo que no estaban en disposición de sopesar las cosas propias de la vida desde la óptica de Dios. Estos claudicaban y, faltos de entendimiento, podía fácilmente pensar en retroceder hacia posiciones más cómodas para ellos. La gran lección es la necesidad de enseñar la doctrina fundamental a los nuevos creyentes.

3. Y esto haremos, si Dios en verdad lo permite.

καὶ	τοῦτο	ποιήσομεν[1],	ἐάνπερ	ἐπιτρέπῃ	ὁ	Θεός.
Y	esto	haremos	con tal que	permita	-	Dios.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] ποιήσομεν, *haremos*, atestiguada en **p**[46], א, B, I, K, 0122, 33, 88, 614, 629, 630, 1241, 1739, 1881, 1984, 2127, 2492, it[ar, d, dem, e, f, x, z], vg, syr[p, h], cop[sa, bo, fay], Ambrosio, Crisóstomo, Teodoreto[txt], Teofilo.

Ποιήσωμεν, *hagamos,* aparece en A, C, D[gr], P, Ψ, 81, 104, 181, 326, 330, 436, 451, 1877, 1962, 1985, 2495, it[div], arm, Crisóstomo, Eutilios, Teodoreto[comm], Juan Damasceno.

El versículo se vincula con lo que antecede mediante καὶ, conjunción copulativa *y*; τοῦτο, caso acusativo neutro singular del pronombre demostrativo *esto*; ποιήσομεν, primera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo ποιέω, *hacer, crear, producir, realizar,* aquí como *haremos*; ἐάνπερ, conjunción que equivale a *si, con sólo, con tal que*, estableciendo aquí una condición de tercera clase; ἐπιτρέπῃ, tercera persona singular del presente de subjuntivo en voz activa del verbo ἐπιτρέπω, *permitir, conceder,* aquí como *permita*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se utiliza en español al determinar a un nombre propio; Θεός, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Dios*.

Καὶ τοῦτο ποιήσομεν, ἐάνπερ ἐπιτρέπῃ ὁ Θεός. La determinación de enseñar la doctrina fundamental, o por lo menos, recordarla prosiguiendo a un estudio más profundo, se anuncia aquí como una determinación. Significa que los cristianos a quienes se escribe la Epístola deben proseguir con la enseñanza bíblica que los lleve a la madurez. Descansando en la gracia, se propone continuar con una enseñanza más profunda que los *rudimentos* de la doctrina.

Los rudimentos de la fe expresados antes, podían permitir a un cristiano de origen judío retornar, por presiones externas, al judaísmo sin sentir que se abandonaba la fe, ya que los principios básicos del arrepentimiento, fe, bautismos, resurrección y juicio eterno eran enseñanzas del judaísmo. No ocurría así cuando el cristiano convertido del paganismo, renunciaba a la fe para volverse a los ídolos. La forma de mantenerlos en firmeza era progresar en la enseñanza. En el caso concreto de la Epístola, avanzar hacia el desarrollo de la enseñanza sobre el sacerdocio de Cristo. A este progreso en la enseñanza se propone en la medida que el Señor lo permita, es decir, establece una determinación pero descansa en la permisión divina y en su gracia para llevarla a cabo.

La seguridad y la disciplina del salvo (6:4-8).

Los versículos siguientes, especialmente del 4 al 6, tienen una cierta aparente dificultad interpretativa, según la óptica del intérprete. Habitualmente hay dos posturas ante ellos. Por un lado está la posición arminiana que considera que se trata de salvos que pierden su salvación por no perseverar en la fe, al apartarse de ella, entendiendo de este modo la expresión *"y recayeron"*. Esta forma interpretativa tiene aparejado el problema de la imposibilidad de volver a alcanzar la salvación una vez perdida. Una segunda forma de entender los textos es la que considera que se trata de *cristianos nominales*, es decir, de

quienes se llaman de este modo, practican las formas del cristianismo, estudian la Palabra como si fuesen cristianos, pero nunca nacieron de nuevo. Los que sostienen esta posición entienden que *gustar* equivale a *paladear*, pero que no se llega a *ingerir*, es decir, entienden lo que es la salvación, pero no se entregaron al Salvador. En cuanto a la expresión *"participes del Espíritu Santo"*, interpretan simplemente como estar bajo su influencia, aunque no lo hayan recibido, porque no son regenerados. Del mismo modo *"gustar de los poderes del siglo venidero"* es una referencia a señales hechas por no salvos (Hch. 7:22ss). Finalmente, otra forma de interpretar los versículos entiende que se trata de creyentes genuinos a quienes se les exhorta a progresar hacia la madurez. En este caso, *recaer* equivale a acciones propias de inmaduros, fácilmente llevados por todo viento de doctrina (Ef. 4:14). El autor podría estar tratando de responder a la inquietud de algunos creyentes en relación con un posible retorno de cristianos al judaísmo, lo que generaba la pregunta de si en tal circunstancia los que incurriesen en ello perderían su salvación. Esta última línea interpretativa es la más consonante con toda la Epístola, ya que se trata de un escrito dirigido a creyentes y no a inconversos.

La seguridad y la disciplina del salvo (6:4-8)

4. Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo.

᾿Αδύνατον γὰρ τοὺς ἅπαξ φωτισθέντας, γευσαμένους τε τῆς δωρεᾶς
Porque imposible a los una vez fueron iluminados, y gustaron del don
τῆς ἐπουρανίου καὶ μετόχους γενηθέντας Πνεύματος῾Αγίου
del celestial y partícipes llegaron a ser de Espíritu Santo.

Notas y análisis del texto griego.

Inicia el párrafo con ἀδύνατον, caso nominativo neutro singular del adjetivo *incapaz, imposible*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al adjetivo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; τοὺς, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *a los*; ἅπαξ, adverbio que equivale a *una vez, una sola vez, una vez para siempre*; φωτισθέντας, caso acusativo masculino plural del participio aoristo primero articular en voz pasiva del verbo φωτίζω, *iluminar*, aquí como *fueron iluminados*; γευσαμένους, caso acusativo masculino plural del participio aoristo primero en voz media del verbo γεύομαι, *gustar, comer*, τε, partícula conjuntiva, que puede construirse sola, pero generalmente está en correlación con otras partículas, aquí haciendo funciones de conjunción copulativa *y*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*, en español masculino *del*; δωρεᾶς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *regalo, don*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*, masculino en español *del*; ἐπουρανίου, caso genitivo femenino singular del adjetivo articular *celestial*; καὶ, conjunción copulativa *y*; μετόχους, caso acusativo masculino plural del

adjetivo *participes*; γενηθέντας, caso acusativo masculino plural del participio aoristo primero en voz pasiva del verbo γίνομαι, *llegar a ser, empezar a existir, hacerse*, aquí como *llegaron a ser*; Πνεύματος, caso genitivo neutro singular del nombre propio declinado, *Espíritu*, ῾Αγίου, caso genitivo neutro singular del adjetivo *Santo,* que califica a Espíritu, formando el nombre de la tercera Persona Divina.

El versículo comienza expresando una imposibilidad: ᾿Αδύνατον γὰρ τοὺς, *"porque es imposible que los que…"*. Es evidente que el autor se está refiriendo a creyente genuinos, por las características que de ellos da seguidamente. Son los mismos a quienes se refiere anteriormente (5:11, 12), es decir, no son meros profesantes o creyentes nominales. La expresión que establece la imposibilidad debe ligarse con el final de la oración que sigue (v. 6), de este modo: ᾿Αδύνατον γὰρ τοὺς… πάλιν ἀνακαινίζειν εἰς μετάνοιαν, *"porque es imposible que… sean renovados para arrepentimiento"*.

Es necesario prestar atención a las características de quienes no pueden ser renovados para arrepentimiento. La primera condición es que ἅπαξ φωτισθέντας, *"una vez fueron iluminados"*. La iluminación del Espíritu es el primer paso en el proceso de salvación. La iluminación no es dada para despertar pesar o remordimiento por el pecado, sino que dirige la atención a Cristo, revelando la grandeza de la obra de la cruz, generando una comprensión diferente a la que es propia del hombre no regenerado. Para el hombre natural la cruz es locura (1 Co. 1:18, 22, 23), en cambio para el regenerado es poder de Dios para salvación (1 Co. 1:24). El Agente que opera tal cambio es el Espíritu Santo (1 Co. 2:10-13). La Biblia enseña la ceguera espiritual del hombre no regenerado (2 Co. 4:3-4). No se trata solo de la condición natural a causa del pecado, sino que también los inconversos están cegados por la acción directa de Satanás, que coloca un *velo* sobre los que se pierden. Esa misma situación espiritual tiene que ver con Israel, conforme a la enseñanza del apóstol Pablo (2 Co. 3:14, 15). La acción de Satanás, *el dios de este siglo*, que equivale a amo y señor de esta era, que es por tanto señor de los mundanos (Lc. 4:6; Jn. 12:31; 14:30; 16:11; Ef. 2:2), actúa en las mentes de los incrédulos condicionándolos para que no capten el contenido del evangelio. Sin embargo, esa operación enceguecedora, es superada por la acción del Espíritu que brilla para los tales, no desde el exterior, sino desde el interior resplandeciendo en los corazones, *"para la iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo"* (2 Co. 3:6). Esta situación es propia y única de los creyentes, como escribe el profesor Nicolau:

"La conversión con toda el alma se hace una vez en la vida y no se repite al talante. La imposibilidad es para los que una vez fueron iluminados. La entrada en el cristianismo es salir de las tinieblas pasar a la admirable luz de

Dios (1 P. 2:9). La comparación de la luz es frecuente en el Nuevo Testamento. El Verbo es luz verdadera que viene a este mundo e ilumina a todo hombre (Jn. 1:9); la luz (φωτισμός) del evangelio de la gloria de Cristo no ilumina las mentes cias de los infieles (2 Co. 4:4); la luz con que fueron iluminados (φωτισθέντες) los destinatarios de la carta a los Hebreos les ayudó para sobrellevar en paciencia una gran lucha de padecimientos (10:32). Ya se entiende que es la luz de la instrucción cristiana que se desarrolla en la fe… La iluminación tuvo lugar una vez y ya no puede repetirse"[2].

La segunda característica de aquellos a quienes se está refiriendo el escritor es que γευσαμένους τε τῆς δωρεᾶς τῆς ἐπουρανίου, *"gustaron del don celestial"*. El verbo *gustar* debe entenderse aquí en el sentido de participar del *don celestial*. Se usa el mismo verbo en la Epístola para referirse a la experiencia de la muerte de Cristo (2:9). La muerte del Salvador no fue un mero *paladear*, sino una experiencia absoluta. El don celestial para la salvación es Cristo (Jn. 4:10). Ese don que es el pan de vida que da vida al que lo *come*, que simbólicamente equivale a incorporarlo a la vida, es el alimento dado por Dios para satisfacer el hambre espiritual del pecador (Jn. 6:32). Quien incorpora a Cristo en su vida por fe, es eternamente salvo ya que quien *come* del pan del cielo tiene vida eterna (Jn. 8:51). La salvación se otorga por gracia mediante la fe, por tanto es don divino (Ef. 2:8-9). La expresión, *gustaron del don celestial*, equivale a haber recibido a Cristo como Salvador personal. Todo don divino es irrevocable, incluido el don supremo para salvación (Ro. 11:29). Esta segunda característica sólo puede darse en creyentes.

Intentar buscar un significado distinto para aplicar los versículos a meros profesantes, exige buscar otras vías interpretativas. De ese modo algunos, teniendo en cuenta que el término usado aquí para *gustar*, es el mismo que aparece en la visita de Pablo a Troas al referirse al *partimiento del pan*, donde dice que *gustaron,* o *comieron*, sugieren que el *gustar el don celestial* equivale a participar en el partimiento del pan. Eso significaría que los meros profesantes participaban de la ordenanza como si fuesen verdaderos cristianos, pero no lo eran. Otros sugieren que se trata de participar en el bautismo, teniendo en cuenta que en la iglesia antigua se usaba el término *iluminado*, que aparece en la cláusula anterior, se usaba por los cristianos de entonces, especialmente por los de Roma en sentido de bautismo en la mitad del S. II. Justino[3] utiliza el verbo *iluminar*[4], y el sustantivo *iluminados*[5], para describir el bautismo, haciéndolo de forma que da a entender que los términos eran habituales entre los cristianos de

---

[2] Miguel Nicolau. o.c., pág. 74.
[3] *Primera Apología 61:12s; 65:1.*
[4] Griego φωτίζω.
[5] Griego φωτισμός.

su tiempo. Con todo, el uso de tales términos aplicados simbólicamente al bautismo a los bautizados, no aparecen relacionados con la ordenanza en ninguno de los escritos del Nuevo Testamento y probablemente se utilizaron en forma figurativa por algunos en la iglesia antigua.

La tercera característica de las personas a las que hace referencia es que καὶ μετόχους γενηθέντας Πνεύματος῾Αγίου *"fueron hechos participantes del Espíritu Santo"*. No es posible considerar esto como una manifestación de la gracia común. Algunos buscando una salida para vincular esto con los no creyentes vinculan esta *participación del Espíritu*, con dones que el Espíritu da como quiere (1 Co. 12:11). De este modo escribe F. F. Bruce:

"Resulta precario argumentar que no quiere significarse el Espíritu Santo personal con estas palabras, sino más bien sus dones u operaciones, viendo que en el griego falta el artículo definido. La presencia o ausencia del artículo no resulta en sí misma suficiente para decidir si lo que está en cuestión es el dador o sus dones. Lo que sí se ha cuestionado es si resulta posible que uno que ha sido partícipe del Espíritu Santo en cualquier sentido real pueda cometer apostasía, pero nuestro autor no tiene dudas de que es posible e este modo hacer afrenta al Espíritu de gracia (cap. 10:29). El pueblo que tiene en mente no sólo había sido bautizado y había recibido la Eucaristía, sino que había experimentado la imposición de manos. La historia apostólica primitiva presenta un registro de un notable personaje que creyó al oír el evangelio, fue bautizado, se unió al evangelista cuya predicación lo había convencido y, probablemente, recibió el Espíritu cuando se le impusieron las manos apostólicas; sin embargo, Simón el Mago fue descrito por Pedro como que estaba aún 'en hiel de amargura y en prisión de maldad' (Hch. 8:9ss, 18ss), y en las décadas siguientes se mostró como el más resuelto opositor al cristianismo apostólico. Si nos preguntamos en qué sentido un hombre así podría haber participado del Espíritu Santo, las palabras que continúan[6] *pueden apuntar el camino hacia una respuesta"*[7].

La cita anterior ofrece algunas dificultades para algunos que destacan la ausencia del artículo determinado en el texto griego en relación con el Espíritu. Pero, esto no constituye una novedad, ya que ocurre en otras ocasiones como, por ejemplo, en la referencia al Verbo en el Evangelio según Juan (Jn. 1:1).

El término griego traducido aquí como *participantes*[8], en su forma sustantiva equivale a *participante, compañero*. En el Nuevo Testamento aparece

[6] Se refiere a los versículos siguientes.
[7] F. F. Bruce. o.c., pág. 123.
[8] Griego μετόχους.

seis veces, de las que cinco se encuentran en esta Epístola (1:9; 3:1, 14; 6:4; 12:8). El sentido del término debe entenderse en el contexto general en que es usado en el escrito, que en todas las ocasiones tiene que ver con compañerismo con alguien próximo o cercano. De ese modo se dice que todos los verdaderos creyentes somos *"participantes del llamamiento celestial"* (3:1), por tanto, participantes de Cristo (3:14). La misma idea en relación con la disciplina del creyente en donde afirma que de *"la cual todos han sido participantes"* (6:14). Por tanto, a la vista de que todas las acepciones del término tiene que ver con una participación real en algo o la comunión de varios en una misma cosa, no debe buscársele otro sentido aquí sino que a quienes se refiere son aquellos que han venido a participar realmente en el Espíritu Santo, que se da solo a los que creen.

Debe, pues, referirse a la recepción del Espíritu por todos los creyentes en el momento del ejercicio real de la fe en el Salvador, como el apóstol Pablo pregunta a los gálatas: *"Eso solo quiero saber de vosotros: ¿recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oir con fe?"* (Gá. 3:2). Los creyentes todos son hechos partícipes del Espíritu en la conversión. La participación del Espíritu y en el Espíritu es experiencia única del que cree y sólo de él: *"Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo no es de Él"* (Ro. 8:9). Sólo el creyente es *partícipe* del Espíritu porque es también participante del sello divino de propiedad que Él da a todo el que cree (Ef. 1:13-14). Esta tercera característica sólo puede darse en creyentes.

5. Y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero.

καὶ	καλὸν	γευσαμένους	Θεοῦ	ῥῆμα	δυνάμεις	τε	μέλλοντος	αἰῶνος
Y	buena	gustaron	de Dios	palabra	y poderes		del venidero	siglo.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo con el desarrollo del tema lo vincula con lo que antecede mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*, seguida de καλὸν, caso acusativo neutro singular del adjetivo *bueno*; γευσαμένους, caso acusativo masculino plural del participio aoristo primero en voz media del verbo γεύομαι, *gustar, comer*, Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Dios*; ῥῆμα, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *palabra*; δυνάμεις, caso acusativo femenino plural del sustantivo *poderes, fuerzas*; τε, partícula conjuntiva, que puede construirse sola, como es este caso y que hace las funciones de la conjunción copulativa *y,* antecediendo en la construcción gramatical castellana al sustantivo; μέλλοντος, caso genitivo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo μέλλω, *estar a punto de, deber, haber de, ser futuro,* de ahí *venidero*, declinado *de venidero*; αἰῶνος, caso genitivo masculino singular del sustantivo *siglo, edad, tiempo.*

Otra característica de las personas a que se está refiriendo, se involucra de nuevo con el verbo *gustar*, usado antes en relación con el *don celestial.* De estos se dice que también καλὸν γευσαμένους Θεοῦ ῥῆμα *"gustaron la buena palabra de Dios"*. Otra vez parece dificultoso encontrar una interpretación consecuente con todo el párrafo. Algunos se decantan por el *gustar* del evangelio, en sentido de oír las buenas nuevas. Tal es el pensamiento del profesor Miguel Nicolau, que escribe:

"Todavía más: estos cristianos gustaron la buena palabra de Dios (καλὸν ῥῆμα). *La palabra de Dios buena es la buena nueva; es el Evangelio. Aquí se trata del Evangelio en su conjunto (*ῥῆμα, *sin artículo), que gustaron los cristianos y se asimilaron cuando les fue predicado"*[9].

Sorprendentemente el término *palabra* sin artículo determinado, debe ser considerado como la Palabra absoluta de Dios y no solo aspectos de ella, como pudiera ser la proclamación del Evangelio.

Otros, en la línea argumental de considerar a los destinatarios como meros profesantes, como es el caso de F. F. Bruce, escribe:

"Simón el Mago se dio cuenta de la bondad de la palabra de Dios cuando la oyó de los labios de Felipe, y se sorprendió ante las señales y los grandes poderes que acompañaban la proclamación y recepción del evangelio"[10].

El verbo gustar ya se ha considerado antes, por lo que es necesario prestar atención aquí al concepto καλὸν ῥῆμα *buena palabra.* El adjetivo calificativo no tiene ningún problema y se refiere a lo que es intrínsecamente bueno. No cabe dude que en el sentido absoluto, sólo hay uno bueno que es Dios (Mt. 19:17), siendo bueno en gran manera aquello que Él hace (Gn. 1:31), o aquello que da, que son también los dones perfectos que proceden del Padre de las lumbreras (Stg. 1:17) ¿En que medida se puede entender ese *gustar* de la buena palabra? Necesariamente debe seguirse aquí la misma forma de interpretación de las cláusulas anteriores. La buena palabra no es oída, sino *gustada*, esto es, incorporada plenamente al creyente. Esto se produce solo en la conversión verdadera en la que la palabra de Dios es *implantada* en el creyente (Stg. 1:21). El adjetivo que utiliza Santiago, traducido como *implantada*, equivale a *crecer dentro*, incluso *nacer dentro*. Es la única vez que aparece esta relación de la Palabra con el creyente en todo el Nuevo Testamento. La Palabra fue implantada en el cristiano en la regeneración. La salvación misma se produce como respuesta de la fe a la proclamación de la Palabra de la Cruz (Ro. 10:8-

[9] Miguel Nicolau. o.c., pág. 74s.
[10] F. F. Bruce. o.c., pág. 123.

10). El Sembrador Divino esparció la semilla de la Palabra en el corazón dispuesto de regenerado para que fructifique (Lc. 8:15). Por tanto, la Palabra ha sido *implantada*, esto es, plantada dentro del corazón converso. Esta es la palabra que debe morar en abundancia en el cristiano (Col. 3:16). La Palabra implantada debe habitar y controlar el corazón del creyente (Dt. 6:6). La acción de esa palabra es tal que *"puede salvar vuestras almas"*, es decir, tiene poder dinámico y operativo en el creyente, como se ha considerado antes en la Epístola (4:12). Esa *buena palabra* de Dios actúa en el nuevo nacimiento *"siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre"* (1 P. 1:23). La Palabra puede salvar en el sentido de canal para la vida de santificación de cada cristiano, como agente santificador (Jn. 17:17), haciendo firme su vocación y elección por la obediencia a la Palabra (2 P. 1:10). La *buena palabra* de Dios enraizada en el corazón del creyente promueve la santidad, consigue el crecimiento espiritual y produce las perfecciones que acompañan al testimonio de la salvación.

El escritor utiliza aquí *palabra* desde la forma griega[11] que designa casi siempre, por un lado el objeto de la acción de decir y depende del verbo *hablar*[12]; por otro designa el objeto del recuerdo, dependiendo de la percepción a través de los sentidos. En este caso, asociada con la procedencia que la califica de buena, indica que viene de Dios. En consonancia con esto el genitivo vinculado con el término *palabra* que es atributo de ella, indica el autor de lo que expresa el término y es únicamente Dios. El sentido del término *palabra*, indica aquello que fue dicho, coincidiendo muchas veces en el significado con el otro vocablo traducido también como *palabra*, que es el término *logos*. Ambos pueden referirse a una sentencia, a declaraciones e incluso a la totalidad de un mensaje. Por consiguiente la diferencia entre ambos términos que ocurre en el griego clásico, según la cual *logos* denota lo coherente, lo significativo y racional del lenguaje, mientras que *rema* tiene que ver con la expresión o sentencia particular, de modo que lo esencial en este término es el hecho de hablar, no tiene particular relevancia en el griego del Nuevo Testamento, al ser en muchas ocasiones palabras sinónimas. Por regla general, el apóstol Juan utiliza el término que estamos considerando en el texto griego en el versículo de la Epístola para referirse a las palabras de Jesús, dando a entender que pronuncia las palabras de Dios (Jn. 3:34; 8:47), que Él recibe y transmite (Jn. 17:8). Esto lleva a una conclusión que las palabras de Jesús, que son palabras de vida eterna, que son palabras que proceden de Dios, no son simplemente enunciados de asuntos o de enseñanzas, sino que son expresión de Él mismo, como una comunicación de Él, de otro modo, la palabra de Jesús, como Verbo,

---

[11] Griego ῥῆμα.
[12] Griego λαλεω.

es Él mismo. Jesús, el Salvador, Verbo encarnado, es implantado en el creyente por la regeneración, por tanto, el que tiene a Cristo, tiene también con Él la *buena palabra* de Dios. El *gustar de la buena palabra*, solo puede darse en creyentes.

La quinta y última característica que el autor vincula a quienes dirige la exhortación solemne es que también gustaron de δυνάμεις τε μέλλοντος αἰῶνος, *"los poderes del siglo venidero"*. Los términos *siglo venidero*, es una referencia al reino de Dios (2:5). Cristo habló del poder del siglo venidero en referencia a su reino (Mr. 9:1). Debe entenderse que el creyente verdadero, no el mero profesante, es el único que es trasladado del poder de las tinieblas al reino del Hijo (Col. 1:13). El poder en el reino está relacionado con el poder del Resucitado. El Señor habló a los suyos de la autoridad y poder supremo recibidos en la resurrección (Mt. 28:20). El admirable poder de Jesús pone bajo su autoridad a todos los seres, tanto los que están en el cielo, como en la tierra o en el lugar de los muertos (Fil. 2:9-11). Los creyentes viven en la esfera de poder por vinculación con Cristo. Por tanto, el poder del Resucitado es experimentado en aquellos que están identificados con Él, esto es, los creyentes (Fil. 3:9-10).

Algunos sostienen que los inconversos también hacen obras de poder en el nombre de Jesús, como escribe el profesor F. F. Bruce:

"Estos poderes u obras poderosas eran señales de que el siglo venidero ya había entrado en el siglo presente; las palabras de Jesús acerca de las obras poderosas de su ministerio continuaron siendo verdaderas para describir las obras poderosas hechas en su nombre en la era apostólica: 'si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios' (Mt. 12:28). Pero Jesús también habló de un día en que muchos iban a decirle 'Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?' sólo para que se les dijera 'nunca os conocí; apartaos de mi, hacedores de maldad' (Mt. 7:22ss). Las Escrituras contienen aliento más que suficiente para el creyente más débil, pero están llenas de advertencias solemnes para aquellos que piennsan que están seguros, no sea cosa que caigan. Una profesión creíble de fe debe ser aceptada como genuina, pero finalmente sólo el Señor sabe quiénes son de Él"[13].

Algunos que no son de Cristo pueden hacer obras poderosas en Su nombre sin ser reconocidos por Él como suyos, sin embargo, no reúnen las características de quienes se citan en el pasaje. En tal sentido, la última característica es aplicable también sólo a los que son verdaderamente creyentes.

[13] F. F. Bruce. o.c., pág.123s.

La interpretación de los dos versículos sobre la base de las características registradas en ellos debe aplicarse a creyentes.

6. Y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio.

καὶ παραπεσόντας, πάλιν ἀνακαινίζειν εἰς μετάνοιαν,
Y recayeron de nuevo renovar para arrepentimiento,
ἀνασταυροῦντας ἑαυτοῖς τὸν Υἱὸν τοῦ Θεοῦ καὶ παραδειγματίζοντας.
que crucifican ellos mismos al Hijo - de Dios y que exponen a vituperio.

Notas y análisis del texto griego.

Continua el desarrollo del párrafo con καὶ, conjunción copulativa *y*; παραπεσόντας, caso acusativo masculino plural del participio aoristo segundo en voz activa del verbo παραπίπτω, verbo compuesto de παρα *al lado* y πίπτω, *caer*, literalmente *caer al lado, caer en el propio camino, caer afuera*, en alguna ocasión para referirse a caer de la adhesión a realidades y a los hechos de fe, de ahí traducciones como *delinquir, caer, apostatar*, usado aquí en sentido absoluto y figurado para referirse a quienes ya creían y han vuelto a caer; πάλιν, adverbio *otra vez, además, de nuevo*; ἀνακαινίζειν, presente de infinitivo en voz activa del verbo ἀνακαινίζω, *renovar*; εἰς, preposición de acusativo, *a, hacia, para, dentro de, en, en relación con*; μετάνοιαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *arrepentimiento*; ἀνασταυροῦντας, caso acusativo plural del participio de presente en voz activa del verbo ἀνασταυρόω, *crucificar,* aquí como *que crucifican*; ἑαυτοῖς, caso dativo masculino plural en tercera persona del pronombre reflexivo que significa *ellos mismos*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; Υἱὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *hijo*, aquí como nombre propio de la segunda Persona Divina; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, no utilizado en castellano al determinar a nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Dios*; καὶ, conjunción copulativa *y*; παραδειγματίζοντας, caso acusativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo παραδειγματίζω, *exponer a pública ofensa, exponer al ridículo o a la burla, sacar a vergüenza, exponer a vituperio*, aquí como *que exponen a vituperio.*

Llegamos aquí al versículo más controvertido de los que forman el párrafo. Ya se ha indicado en la introducción al mismo algunas posiciones frente a él. Siguiendo lo que entendemos es la forma más consonante con la Epístola y con la enseñanza general sobre la salvación, consideramos que se trata de creyentes reales y no de meros profesantes por lo que antecede.

Se contempla aquí una situación espiritual expresada por la construcción verbal καὶ παραπεσόντας, *y recayeron*. En el griego el verbo tiene el sentido de *caer a un lado*, *caer en el camino*, es decir, se trata de caídas que se producen en el camino del creyente. Los que están en el camino de salvación

pueden tener caídas en el mismo, pero no *caer* en el sentido de perder el camino que es Cristo mismo (Jn. 14:6). Recaer, en el entorno del versículo puede referirse al retroceso de algunos creyentes en materia de fe, incluso hacia prácticas del judaísmo por haberse detenido para ellos el crecimiento espiritual hacia la madurez y haber dejado de progresar en el conocimiento más extenso de la fe. Esta situación es la que el escritor aborda antes (5:12-13).

Algunos consideran que esta caída o recaída es apostatar de la fe, por lo que supondría un pecado difícilmente o imposible de ser perdonado. De esa manera escribe el profesor Miguel Nicolau:

"Pues bien, de todos estos que han recibido tantos favores divinos y que han caído, se anuncia una grave dificultad. La palabra con que se indica esta caída παραπεσόντας, es del verbo παραπίπτω, que significa caer al lado; señalando una desviación. Se aplica también a as caídas de orden moral, que son una desviación de la ley y, con frecuencia, suponen una desviación intelectual. La voz παραπεσόντας, colocada en corte brusco después de la solemne enumeración de gracias recibidas, tiene algo de onomatopéyico. La caída que se señala no es la de simples pecados morales, que el Señor está siempre dispuesto a perdonar. La caída que aquí se dirá difícil o imposible de restaurar, es algo más; es renegar de la ley recibida y del dogma recibido, es renunciar voluntariamente (cf. He. 10:26) a esta luz y a este don, cuyo deseo estimula al arrepentimiento"[14].

Sin duda se aprecia el contexto en que el profesor Nicolau escribe. Con todo, en notable observar que quienes consideran que se trata de no creyentes o de apóstatas tienen que forzar el significado del verbo para hacerlo expresar una renuncia a la fe o, incluso, la afrenta voluntaria contra el Espíritu, cuando el sentido del mismo tiene que ver sólo con una caída en el camino, pero no como una *salida* de la fe que es el sentido de la apostasía.

En una línea semejante escribe el profesor F. F. Bruce:

"Porque es posible para la gente que pueda describirse con el lenguaje de los vv. 4 y 5 'caer' irremediablemente. Esta advertencia ha sido a la vez minimizada y exagerada en forma indebida. Ha sido minimizada indebidamente, por ejemplo, cuando K. S. Wuest nos asegura que 'recayeron' es 'un participio condicional que representa aquí un caso hipotético, un hombre de paja' y que el pecado en cuestión 'no puede cometerse hoy ya que no existen ni un templo ni los sacrificios y no hay ningún período de transición'. No se necesita un templo o sacrificios, ni un período de transición de la clase implicada en esta epístola, para que los hombres y mujeres que han

---

[14] Miguel Nicolau, o.c., pág.75.

tomado el nombre de Cristo para sí mismos, puedan cometer apostasía; y los escritores bíblicos (y el de Hebreos no es una excepción) no son dados a presentar hombres de paja. La advertencia de este pasaje era una advertencia real contra un peligro real, un peligro que aún está presente mientras un 'corazón malo de incredulidad' pueda 'apartarse del Dios vivo' (cap. 3:12).

Por otro lado, el sentido que le dio nuestro autor puede ser exagerado hasta el punto de distorsión, cuando se entiende que dice que no puede haber arrepentimiento de los pecados cometidos después del bautismo. 'El autor de Hebreos –escribió F. C. Burkitt- no permitirá perdón alguno para los pecadores cristianos. En esto, está siguiendo la interpretación rigorista de Tertuliano, que ita los versículos iniciales de He. 6 para probar que no puede haber ni perdón ni restauración a la comunión para los pecados posbautismales. Tertuliano tenía en mente un tipo particular de pecado, y uno que en realidad no entra en el argumento de nuestro autor aquí de acuerdo con Tertuliano, el escritor de este pasaje de advertencia (identificado por él como Bernabé), 'que aprendió esto de los apóstoles, y lo enseñó con los apóstoles, nunca supo de un segundo arrepentimiento prometido por los apóstoles para los adúlteros y los fornicarios'

Pero el escritor a los Hebreos mismo distingue (como lo hacía la ley del Antiguo Testamento) entre pecado inadvertido y pecado voluntario, y el contexto aquí muestra claramente que el pecado voluntario que tiene en mente es la apostasía deliberada. Aquellos que cometen este pecado, dice, no pueden ser traídos a arrepentimiento; al renunciar a Cristo se ponen n la posición de aquellos que, rechazando deliberadamene su afirmación de ser el Hijo de Dios, lo crucificaron y expusieron a vergüenza pública. Aquellos que repudian la salvación provista por Cristo no encontrarán otra en ninguna otra parte"[15]

La posición teológica del intérprete condiciona abiertamente la interpretación del versículo. La primera consideración que debe atenerse es el significado del verbo traducido por *recaer* que aparece como tal sólo en este lugar en todo el Nuevo Testamento, mientras que el sustantivo afín con el verbo[16], se traduce como *delito, transgresión, pecado, caída*, pero en ningún lugar de los que aparece se le vincula con apostasía o salida de la fe. ¿Cuál es la razón por la que deba forzar el significado del verbo hasta extremos semejantes? Realmente no hay motivo más que cuando el condicionante interpretativo requiere un énfasis verbal de esa naturaleza. Recaer es simplemente en el versículo el hecho de caer al lado, esto es, una caída más grande o más pequeña pero siempre en el contexto de la vida del verdadero cristiano.

[15] F. F. Bruce. o.c., pág. 124s.
[16] Griego παράπτωμα.

La siguiente expresión reviste también cierta dificultad interpretativa, ya que estos que *recayeron* o *cayeron*, entran en la imposibilidad, con que comienza el versículo, de que πάλιν ἀνακαινίζειν εἰς μετάνοιαν, *"sean renovados para arrepentimiento"*. La construcción gramatical que necesariamente vincula lo que es imposible con la renovación para arrepentimiento, expresa una imposibilidad absoluta. Esta expresión se repite en otros lugares de la Epístola, siempre en el mismo sentido (6:18; 10:4; 11:6). ¿Qué es aquí el sentido de μετάνοιαν, *arrepentimiento*? Sin lugar a duda se refiere a la fe para salvación. Quiere decir que ningún verdadero creyente, aunque caiga gravemente, puede ser *renovado* para salvación, porque ya es salvo y en modo alguno, siendo salvo, puede perder la salvación, ya que no existe para el cristiano un pecado imperdonable que le lleve a la pérdida de la salvación y a la imposibilidad de recobrarla, supuesto que pudiera perderla.

La razón de la imposibilidad es obvia: ἀνασταυροῦντας ἑαυτοῖς τὸν Υἱὸν τοῦ Θεοῦ καὶ παραδειγματίζοντας, *"crucificando para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio"*. El sacrificio expiatorio por el pecado se produjo una vez para siempre y es imposible que vuelva a repetirse en ningún sentido y en ninguna extensión. La aplicación del sacrificio expiatorio se hace una sola vez en el momento de la conversión, en que simbólicamente el salvo es *rociado con la sangre de Cristo*, en sentido de aplicación de la obra redentora para él (1 P. 1:2). En razón de la obra de Cristo, realizada una vez para siempre, el pecador creyente es eternamente purificado y todos sus pecados le son perdonados (Col. 2:13). Desde el momento de la conversión, el pecado que el creyente pueda cometer queda resuelto, no para una nueva experiencia de salvación, sino para la restauración de la comunión con Dios, mediante la confesión (1 Jn. 1:9). En ningún modo Dios llama de nuevo al que ha sido salvo al arrepentimiento para salvación de condenación porque se ha efectuado una y definitiva vez.

El versículo enseña que si hubiese necesidad e volver a la salvación equivaldría a reproducir plenamente el sacrificio del Calvario, ἀνασταυροῦντας ἑαυτοῖς τὸν, *"crucificando de nuevo para sí"*, esto es, individualmente, al Hijo de Dios, lo que supondría exponerlo a vituperio, que equivaldría a ponerlo nuevamente en pública vergüenza reproduciendo de nuevo la impresionante dimensión de la Cruz, en toda su extensión. Tal cosa es absolutamente imposible como se enseñará más adelante.

La posición de considerar aquí a no creyentes, sino a apóstatas, exige un razonamiento un tanto extremo, como escribe el profesor Miguel Nicolau:

"Estos que han caído con la apostasía, crucifican por su parte al Hijo de Dios. Su renuncia es equivalente a la de los judíos, cuando dijeron: 'Quítalo, quítalo; crucifícalo' (Jn. 19:15). Algunos (y también la Vg: rursum

crucifigentes) han traducido ἀνασταυροῦντας por un voler a crucificar. En realidad se le puede conservar el sentido clásico y etimológico de (ἀνα) elevar, es decir, oponer en cruz; aunque es verdad que el pecador, y, más en concreto, el apóstata, desecha a Cristo y, por su parte, vuelve a crucificarle. El ἑαυτοῖς (que la Vg traduce por sibimetipsis) podría sugerir la idea de crucifcar a Cristo, nl en la persona física de Cristo, sino en la persona de los pecadores, como algunos han querido, o sea, para disfavor de ellos mismos. Pero parece mejor traducirlo en este caso: por lo que hace a ellos, por su cuenta, cuanto es de su parte. Y poniéndole en ludibrio; porque esta renuncia a Cristo es ofenderle y despreciarle públicamente (cf. He. 10:29); como estaba en ludibrio y escarnio cuando, puesto en cruz, se mofaban de él los fariseos (Mt. 27:39-44)"[17].

En una línea semejante de interpretación se posiciona el profesor E. Trechard, cuando escribe:

"Todo el pasaje, pues, se refiere a los meros profesantes del grupo en cuestión, de quienes, seguramente, partía el impulso de volver al judaísmo, de la manera en que la multitud mezclada entre los israelitas en el desierto incitaba a todos a volver a Egipto. Todos necesitaban seguir adelante hasta la completa comprensión de la Persona y obra de Cristo, pero los hipócritas estaban en una posición de sumo peligro precisamente por la abundancia de luz que habían recibido. La lección queda para todos los tiempos, pues hemos de examinarnos a nosotros mismos para ver si estamos o no en la fe, puesto que ninguna profesión en sí, ni ningún proceso psicológico, ni ningún entusiasmo fácil, podrá sustituir la obra profunda de regeneración que viene tan sólo por un rendimiento entero al Salvador. Como predicadores del Evangelio debiéramos cuidar muy bien de subrayar la necesidad de la absoluta sumisión al Señor, que une la obediencia a la fe en entrega, con el fin de evitar en lo posible que conviva un Ismael con Isaac y un Esaú conjuntamente con Jacob en la familia de las iglesias locales"[18].

Con todo, es necesario recordar dos aspectos que vinculan la interpretación de este y todos los demás textos: 1) La Epístola no está escrita para incrédulos, sino para salvos, como lo demuestra la forma del escrito y la incorporación del autor al grupo a quien la dirige. 2) No se trata de un paréntesis, sino de un párrafo continuativo y exhortativo que comienza antes de este versículo. Procurar dividir el sentido del párrafo y orientarlo en otra dirección es hacer violencia al contexto próximo y lejano de la Epístola. La conclusión a que se debe llegar a la vista del texto, insertado en su contexto, es

---

[17] Miguel Nicolau. o.c., pág 75s.
[18] E. Trechard. o.c., pág. 80.

que no se trata de un llamamiento a salvación, lo que requeriría crucificar nuevamente el Hijo de Dios, ya que la eficacia anterior para los tales habría quedado sin efecto.

Lo que antecede no es una imposibilidad de salvación, sino una contundente afirmación de la seguridad de salvación. El texto griego establece esta afirmación con precisión: *"Es imposible que… sean renovados para arrepentimiento"*, porque es imposible que vuelva a repetirse el sacrificio salvíficio del Señor. Esa es la causa por la que no vuelve a enseñar ya sobre *"el fundamento del arrepentimiento y de la fe en Dios"*, a fin de que progresen a conocimientos más profundos y eviten un retroceso en la fe e incluso un deslizarse hacia el judaísmo de donde provenían. En resumen: la enseñanza aquí es sencilla: no es posible que un cristiano caiga de la gracia y pierda su salvación por alguna caída en el camino de la fe aunque sea grande o grave, por eso *es imposible que los que cayeron, sean renovados otra vez*. No puede darse marcha atrás en el tiempo de la historia personal de salvación. De la misma forma que aunque alguien quisiera enmendar su propia historia no podría retroceder en el tiempo para vivirla de nuevo, así tampoco, un creyente que es salvo puede volver al arrepentimiento para salvación, porque el ejercicio de la fe que conduce a la salvación se ha ejercido y depositada en el Salvador y no puede repetirse porque en ese mismo momento ha recibido todo cuanto tiene que ver con la aplicación del sacrificio de Cristo, que no puede volver a producirse.

7. Porque la tierra que bebe la lluvia que muchas veces cae sobre ella, y produce hierba provechosa a aquellos por los cuales es labrada, recibe bendición de Dios.

γῆ γὰρ ἡ πιοῦσα τὸν ἐπ᾽ αὐτῆς ἐρχόμενον πολλάκις ὑετὸν καὶ
Porque la tierra que bebe la sobre ella viene muchas veces lluvia y
τίκτουσα βοτάνην εὔθετον ἐκείνοις δι᾽ οὓς καὶ
produce planta provechosa para aquellos a causa de los cuales también
γεωργεῖται, μεταλαμβάνει εὐλογίας ἀπὸ τοῦ Θεοῦ·
es labrada recibe bendición de parte - de Dios.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue con la advertencia escribiendo γῆ, caso nominativo femenino singular del sustantivo *tierra*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al nombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; πιοῦσα, participio aoristo segundo articular en voz activa del verbo πίνω, *beber*, aquí como *que bebe*; τὸν, caso acusativo masculino singular, *el*; ἐπ᾽, preposición de genitivo *sobre*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *a ella*; ἐρχόμενον, caso acusativo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo

ἔρχομαι, *venir, llegar, aparecer, regresar, traer,* aquí como *viene*; seguido del adverbio πολλάκις, que equivale a *muchas veces, frecuentemente, a menudo*; ὑετὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *lluvia*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τίκτουσα, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo τίκτω, *dar a luz, producir*, aquí como *produce*; βοτάνην, caso acusativo femenino singular del sustantivo *planta*; εὔθετον, caso acusativo femenino singular del adjetivo *útil, apto, adecuado*; ἐκείνοις, caso dativo masculino plural del pronombre demostrativo declinado *para aquellos*; δι', forma contracta de la preposición de acusativo διά, aquí como *por medio, a causa de*; οὓς, caso acusativo masculino plural del pronombre relativo *los que* o *los cuales*; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; γεωργεῖται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz pasiva del verbo γεωργέω, *cultivar,* aquí como *es cultivada*, algunos traducen *labrada* vinculando el verbo con la tierra, en vez de las plantas; μεταλαμβάνει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo μεταλαμβάνω, *compartir, participar, encontrar, recibir, obtener,* aquí como *recibe*; εὐλογίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *bendición*; ἀπὸ, preposición de genitivo *de parte*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, no usado en castellano al estar vinculado con nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Dios.*

Una nueva confirmación de que la advertencia solemne está dirigida a creyentes se aprecia en la alegoría del versículo sobre la necesidad de que el creyente lleve fruto para Dios. Sólo el verdadero cristiano puede llevar fruto, el creyente nominal no puede producirlo al carecer del Espíritu Santo. La lluvia es figura de las bendiciones y dones de Dios, sin cuya acción no es posible llevar fruto para Él. El corazón del creyente es comparado con la tierra preparada para recibir la semilla y que ésta fructifique. La misma figura fue usada por Jesús en la parábola de la buena tierra (Lc. 8:15). Es fácil encontrar en la Escritura la comparación de creyentes o de Israel, en la antigua dispensación, como un huerto o una viña que Dios cultiva (Is. 5:1-7; Jn. 15:1-8; 1 Co. 3:6-9).

El propósito de Dios para el creyente es que lleve fruto, más fruto, mucho fruto (Jn. 15:2, 5). El Padre es glorificado cuando sus hijos llevan mucho fruto y reproducen por el poder del Espíritu a su Hijo en sus vidas, lo que es también evidencia de verdadero discipulado (Jn. 15:8). La acción del Espíritu es imprescindible para llevar fruto para Dios, ya que el fruto del creyente es el fruto del Espíritu en el creyente (Gá. 5:22ss). Es evidente que sólo el verdadero cristiano y no el nominal es el único que puede llevar fruto para Dios, porque para ello es preciso la identificación con Cristo (Jn. 15:3-4). El creyente recibe de Dios toda la provisión que necesita para que pueda llevar fruto. Es, por tanto, absolutamente ilógico que los versículos anteriores se refieran a *creyentes nominales*, lo que es igual a *no creyentes*, y pase luego a referirse a quienes pueden llevar fruto que son incuestionablemente verdaderos creyentes. Por ello reciben *"la bendición de Dios"*. La bendición divina hace fructífera la vida del creyente. Quien es dócil a Dios y a su provisión lleva fruto para Él. La

bendición hace posible que el creyente cumpla el propósito de Dios, que lleve –como se dice más arriba- fruto, más fruto y mucho fruto (Jn. 15:2, 5).

8. Pero la que produce espinos y abrojos es reprobada, está próxima a ser maldecida, y su fin es ser quemada.

ἐκφέρουσα δὲ ἀκάνθας καὶ τριβόλους, ἀδόκιμος καὶ κατάρας ἐγγύς,
Pero la que produce espinos y abrojos desechada y de maldición cerca
ἧς τὸ τέλος εἰς καῦσιν.
cuyo fin para quema.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue el desarrollo de la advertencia mediante un contraste que se establece con ἐκφέρουσα, caso nominativo femenino singular del participio de presente, participio condicional, del verbo ἐκφέρω, *sacar, producir*, aquí como *que produce*, supliéndose el artículo determinado *la*, implícito; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; ἀκάνθας, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *espinos, espinas, zarzas*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τριβόλους, caso acusativo masculino plural del sustantivo que denota *espino, abrojo*; ἀδόκιμος, caso nominativo femenino singular del adjetivo *que no tiene aprobación, que no pasa la prueba, depravado, inútil*; καὶ, conjunción copulativa *y*; κατάρας, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de maldición*; ἐγγύς, adverbio *cerca*; ἧς, caso genitivo femenino singular del pronombre relativo declinado *de la misma*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*; ambas palabras unidas pueden traducirse como una sola expresión, *cuyo*; τέλος, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *fin, destino, término, finalidad*; εἰς, preposición de acusativo *para*; καῦσιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota la *acción de quemar*, de ahí *quema*.

Nuevamente surge aquí una aparente dificultad ante las enérgicas palabras utilizadas en el versículo, que invitan a pensar, a primera vista, que sólo pueden ser aplicadas a inconversos cuyo destino, por el hecho de no haber creído es el de condenación eterna. El énfasis de autor es evidente: ἐκφέρουσα δὲ ἀκάνθας καὶ τριβόλους, ἀδόκιμος, *pero la que produce espinos y abrojos es desechada*, y añade el destino definitivo que le espera por la razón anterior: καὶ κατάρας ἐγγύς, ἧς τὸ τέλος εἰς καῦσιν, literalmente: *y cerca de maldición, cuyo fin es ser quemada.*

Sin embargo, de lo que se trata es de una acción de rebeldía, puesta de manifiesto en el hecho de negarse a llevar fruto. La tierra estaba perfectamente preparada, dotada de todos los elementos necesarios para fructificar, pero, metafóricamente se niega a hacerlo. Esto coincide plenamente con la enseñanza de Cristo, respecto a una acción semejante: *"Todo pámpano que en mi no lleva*

fruto, lo quitará…El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan al fuego, y arden” (Jn. 15:2, 6). En el texto griego se lee literalmente: *“Todo pámpano en mí que no lleva fruto”*, es decir, el pámpano está en la vid, pero se niega a fructificar, por tanto el destino es ser quitado del lugar en que puede dar fruto y es puesto en otro donde definitivamente ya no lo va a llevar. Lo que *arden* son los elementos que ponen de manifiesto el fruto que son los pámpanos.

Del mismo modo en el versículo que se considera, los que se niegan a llevar fruto, a pesar del cuidado y provisión divinos sobre ellos, no pierden su salvación, pero sí su vida de relación con Dios, por tanto, permanecen estériles a pesar de tener lo necesario para llevar fruto. Esa es también la misma enseñanza de Pablo: *“Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire, sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado”* (1 Co. 9:26-27). El término *eliminado* equivale a *descalificado*, en referencia a la posible pérdida del galardón que el creyente fiel recibirá en la presencia del Señor.

Se trata, pues, de una advertencia solemne para aquellos creyentes que debido a su estancamiento en la fe, pueden permanecer estériles y sin fruto para Dios. Aquellos que se conforman a una simple experiencia religiosa y que detienen el estudio de la Palabra en profundidad, porque han detenido el interés por ella. Tales personas no están bajo la influencia de la Palabra que como semilla germina en el campo preparado para recibirla (Lc. 8:15). Es posible que en algunos de aquellos se estuviese produciendo el efecto ilustrado en la parábola del sembrador de la semilla que cae entre pedregales (Lc. 8:13), crece por un tiempo pero no lleva fruto porque circunstancias adversas detienen el crecimiento haciendo improductiva la siembra en ellos.

La evidencia y bendición del salvo (6:9-12).

9. Pero en cuanto a vosotros, oh amados, estamos persuadidos de cosas mejores, y que pertenecen a la salvación, aunque hablamos así.

Πεπείσμεθα δὲ περὶ ὑμῶν, ἀγαπητοί, τὰ κρείσσονα καὶ
Pero hemos sido persuadidos acerca de vosotros amados los mejores y
ἐχόμενα σωτηρίας, εἰ καὶ οὕτως λαλοῦμεν.
que tienen de salvación aunque así hablamos.

Notas y análisis del texto griego.

Una variación en la advertencia comienza con πεπείσμεθα, primera persona plural del perfecto de indicativo en voz pasiva del verbo πείθω, *persuadir, convencer, ganarse,*

tranquilizar, aquí como *hemos sido persuadidos*, en un plural literario; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; περὶ, preposición de genitivo *acerca*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de vosotros*; ἀγαπητοί, caso vocativo masculino plural del adjetivo *amados*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; κρείσσονα, caso acusativo neutro plural del adjetivo comparativo *mejores*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐχόμενα, caso acusativo neutro plural del participio de presente en voz media del verbo ἔχω, *tener*, aquí como *que tienen*; σωτηρίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de salvación*; εἰ, conjunción condicional *si*; καὶ,conjunción copulativa *y*; ambas conjunciones jutas tienen el significado de *aunque*; οὕτως, adverbio de modo, *así, de esta manera*; λαλοῦμεν, primera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo λαλέω, *hablar, decir*, aquí como *hablamos.*

La advertencia solemne que acaba de formularse, pudo haber causado un profundo impacto en alguno de los lectores, verdaderos cristianos aunque estuviesen debilitados en su interés por la Escritura y detenidos en el estudio y profundización en ella. Las palabras del presente versículo sirven de aliento y estímulo a cada uno de los lectores, ya que no se hace distinción entre ellos, considerándolos incluido a todos ellos: περὶ ὑμῶν *"en cuanto a vosotros"*. Sin duda todos estaban expuestos a los peligros señalados antes, pero el autor πεπείσμεθα estaba *persuadido*, que expresa la idea de una convicción íntima respecto a los destinatarios de la Epístola, para quienes en lugar de fracaso y disciplina habrá éxito y victoria en su vida espiritual.

Τὰ κρείσσονα καὶ ἐχόμενα σωτηρίας. La esfera victoriosa se pone de manifiesto en las cosas en que estaban involucrados y que *"pertenecen a la salvación"*. Cada uno de ellos estaban en el *camino que lleva a la vida* (Mt. 7:14). En alguna medida estaban ocupándose en su salvación con reverencia (Fil. 3:12). Todos los lectores habían sido salvos, estaban en la experiencia de la santificación y alcanzarían –como todos los salvos- la glorificación conforme a la voluntad de Dios (13:20-21). La vida fructífera de los creyentes que tienen la salvación se gana en lugar de perderse. Que el escritor considera a los lectores como verdaderos creyentes se aprecia también en el calificativo que les da de ἀγαπητοί *"amados"*, expresión propia de creyentes entre sí, que se aman con amor fraternal y todos ellos son amados de Dios por vinculación con Cristo, el Hijo amado.

Εἰ καὶ οὕτως λαλοῦμεν. Con todo, no deja de apreciarse que la advertencia solemne está presentada enérgicamente. El autor había usado expresiones duras en la amonestación. El propósito era hacer reflexionar y despertar a los lectores. Pero, su interés era alentarlos en lugar de desanimarlos. La advertencia solemne no excluye el afecto cristiano, antes lo incluye. El amor

tiene siempre confianza en aquel a quien ama (1 Co. 7:13), como ocurre también aquí. El versículo puede traducirse como lo hace la versión Cantera-Iglesias: *"Pero aunque estamos hablando así, tenemos acerca de vosotros, queridos [hermanos], la convicción de que estáis en el buen camino y con garantías de salvación"*, La idea general del versículo es esta: *"Aunque me expreso de esta manera, queridos, estamos persuadidos de que vuestra condición espiritual es mucho mejor y conduce a la salvación"*.

10. Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndoles aún.

οὐ γὰρ ἄδικος ὁ Θεὸς ἐπιλαθέσθαι τοῦ ἔργου ὑμῶν καὶ τῆς
Porque no injusto - Dios para olvidar de la obra de vosotros y del mismo
ἀγάπης ἧς ἐνεδείξασθε εἰς τὸ ὄνομα αὐτοῦ, διακονήσαντες τοῖς
amor que mostrasteis hacia el nombre de Él habiendo servido a los
ἁγίοις καὶ διακονοῦντες.
santos y sirviéndoles.

Notas y análisis del texto griego.

En un giro de aliento escribe οὐ, adverbio de negación *no*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al pronombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ἄδικος, caso nominativo masculino singular del adjetivo *injusto*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, no utilizado en castellano en esta construcción al preceder a nombre propio; Θεὸς, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Dios*; ἐπιλαθέσθαι, aoristo segundo de infinitivo en voz media del verbo ἐπιλανθάνομαι, *olvidar, desatender*, aquí como *para olvidar*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *del, de lo,* femenino en español al referirse a obra *de la*; ἔργου, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *obra, acción, trabajo, actividad*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de vosotros*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*, masculino en español; ἀγάπης, caso genitivo femenino singular del sustantivo *amor*; ἧς, caso genitivo femenino singular del pronombre relativo declinado *del*; ἐνεδείξασθε, segunda persona plural del aoristo primero de indicativo en voz media del verbo δέξομαι, *recibir, aceptar, acoger*, aquí en sentido de mostrar como *mostrasteis*; εἰς, preposición de acusativo *hacia*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*; ὄνομα, caso acusativo neutro singular del sustantivo *nombre*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de él*; διακονήσαντες, caso nominativo masculino plural del participio aoristo primero del verbo διακονέω, *servir*, aquí como *habiendo servido*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado declinado *a los*; ἁγίοις, caso dativo masculino plural del adjetivo *santos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; διακονοῦντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo διακονέω, *servir*, aquí en sentido de *sirviéndoles.*

Dios conocía la condición personal de cada uno de los creyentes a quienes se dirige la Epístola. Sabe del grado de fidelidad y de la situación íntima de ellos. Los hombres podemos apreciar aspectos externos, pero Dios conoce el interior. Sin embargo, los creyentes a quienes se escribe manifiestan en obras realidades espirituales que exteriorizan lo que son. Nadie se salva por obras, pero todos los cristianos se salvan *para* obras. Estas obras son *obras de justicia*, porque proceden de quienes viven la vida del Justo en ellos. El Señor que conoce sus obras es también justo, por tanto οὐ γὰρ ἄδικος ὁ Θεὸς ἐπιλαθέσθαι τοῦ ἔργου ὑμῶν, *"Dios no es injusto para olvidar vuestra obra"*. Debe apreciarse aquí que el sustantivo *obra*, está en singular y no en plural. Las obras de los salvos son una sola manifestación de la obra de Dios en ellos (Fil. 2:13), aunque se expresa en distintas formas de las que cada una de ellas son obras. Estas están ya determinadas de antemano para que los verdaderos creyentes *anden* en ellas (Ef. 2:10). El buen obrar del santo evidencia la realidad del nuevo nacimiento. Esas obras vistas por los hombres son elemento glorificante para Dios (Mt. 5:48). Toda fe genuina produce obras conforme a Dios (Stg. 2:17-18). Hay personas con una fe mental, vacía, que disfrazan con algunas obras para aparentar una realidad que no existe. Por regla general, quienes hablan mucho de fe son los que la viven en una menor dimensión. Pero, la fe que no fructifica evidencia que está muerta. Una fe que no está enraizada en el corazón da fruto vano, como vana es también esa fe. Nadie puede manifestar la realidad de la fe sin vincularla con la realidad de las obras. La justicia de Dios impide que el trabajo en el Señor sea en vano (1 Co. 15:58). Para el fiel que vive la fe y manifiesta su condición por medio de obras propias de un cristiano genuino, Dios es justo para recompensar su labor conforme a sus promesas (Mt. 10:42; 25:40; 2 Ti. 4:18; Ap. 14:13; 22:12).

El escritor destaca que aquellos a quienes se dirige la Epístola servían al impulso del amor, ya que sus obras eran τῆς ἀγάπης ἧς ἐνεδείξασθε εἰς τὸ ὄνομα αὐτου, *"trabajo de amor, que habéis mostrado hacia Su nombre"*. El amor de Cristo constriñe e impulsa el servicio cristiano (2 Co. 5:14-15). Ese impulso para el servicio actúa en el creyente por la acción del Espíritu (Gá. 5:22). El amor al Señor es el vínculo común en cada nacido de nuevo (Ef. 6:24). Ese amor hacia Dios, en gratitud por la obra realizada de salvación, se manifiesta en obediencia (Jn. 14:15, 21, 23, 24). Pero, el amor que impulsa al servicio se orienta hacia algo tan práctico como servir a los hermanos. Así lo hace notar el versículo: διακονήσαντες τοῖς ἁγίοις καὶ διακονοῦντες, *"Habiendo servido a los santos y sirviéndoles aún"*. Los frutos de justicia se mostraban en la ayuda y dedicación a los hermanos en la fe. Tal expresión era propia en los relatos históricos de la iglesia primitiva (Ro. 15:25; 2 Co. 9:1, 12; 2 Ti. 1:18). Ese amor práctico hacia los de la familia de la fe es evidencia del nuevo nacimiento (1 Jn. 3:14). La realidad de la fe se manifiesta en el amor a

los hermanos (Stg. 2:14-17). El servicio a los hermanos es un mandamiento que el cristiano debe obedecer: *"Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros"* (Gá. 5:13). El amor verdadero es constante, en cualquier tiempo y en cualquier circunstancia, de ahí que se enfatiza en que el servicio hecho a los hermanos en el pasado continuaba en el presente: διακονήσαντες τοῖς ἁγίοις καὶ διακονοῦντες, *"Habiendo servido a los santos y sirviéndoles aún"*. Destaca en el texto que las obras hechas por el pueblo de Dios, al impulso del amor divino, son reconocidas como hechas para Dios. No es una enseñanza novedosa; el mismo Señor lo hizo notar cuando dijo: *"De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños a mí lo hicisteis"* (Mt. 25:40). De nuevo es preciso entender claramente que las obras no son elemento salvífico, pero que son expresión visible de salvación. Las obras de amor hacia los hermanos evidencian la verdadera fe (Stg. 2:14-16). Es necesario entender bien que lo que distingue a los verdaderos creyentes, no es la comprensión de las doctrinas, ni la identificación plena con un mismo criterio interpretativo, sino el amor. Jesús afirmó que el mundo conocería a los verdaderos discípulos suyos en la medida en que mostrasen amor los unos por los otros (Jn. 13:35). Cualquier manifestación de fe sin amor, es pura teoría intelectual pero nunca expresión de salvación. Los creyentes prestarán ayuda a todos los hermanos y especialmente a quienes estén en situaciones comprometidas, porque el amor de Dios ha transformado sus vidas y, de la misma manera que Jesús la dio por ellos en salvación, así también ellos la darán por sus hermanos (1 Jn. 3:16). Los creyentes en Cristo son una unidad espiritual, en una forma muy especial en la presente dispensación, pero continuamente son uno en el Señor. Cristo había enseñando el principio que ahora expresa en la parábola. Había dicho que el que recibiera a uno de sus enviados lo recibía a él mismo y que tendría recompensa por esa acción (Mt. 10:40-41). El dijo que incluso un sólo vaso de agua dado en su nombre tendría recompensa (Mt. 10:42). La distinción con los no creyentes es que éstos aborrecerían a los hijos de Dios (Mr. 13:13). Ese aborrecimiento pone de manifiesto la realidad de ser *justos*, es decir, declarados así por Dios a causa de un acto de fe personal en Él (Jn. 15:18-21). La primera gran lección que Pablo aprendió en el camino a Damasco fue la de la unidad de los creyentes en Cristo. Jesús le preguntó por qué causa le perseguía (Hch. 9:4); la realidad es que él no perseguía a Jesús, sino a sus seguidores, pero la identificación de ellos con el Salvador era de tal manera que cuanto se hiciese a uno de ellos se hacía también al Señor (Hch. 9:5). Ese padecimiento en la *carne* de los cristianos sirve como elemento que completa las aflicciones de Cristo por medio de su cuerpo, que es la iglesia (Col. 1:24). Jesús habló de hacer bien a uno de *"mis hermanos más pequeños"*. El cristiano no piensa en hacer bien sólo a los que pudieran llamarse o tenerse por *grandes,* sino en hermanos que aunque sean muy pequeños a los ojos de los hombres, son muy grandes a los ojos de Dios.

Dos sacrificios espirituales que el creyente debe ofrecer a Dios son los de *"hacer bien y de la ayuda mutua"* (He. 13:16). Hacer bien corresponde a la experiencia de la nueva vida en Cristo (Hch. 10:38). El creyente debe aprovechar toda oportunidad para hacer el bien, como escribe el Dr. Lacueva:

"Mientras tenemos vida terrena, tenemos tiempo, pero no siempre tenemos las oportunidades de hacer el bien, por lo que no deberíamos dejar escapar ninguna de esas oportunidades, las cuales nunca vuelven; podrán venir otras, ya similares ya diferentes, pero las que pasaron sin ser aprovechadas, nunca más volverán; y de ello se nos pedirán cuentas, conforme dice Jacobo" (Stg. 4:17)[19].

El bien no tiene destinatarios selectivos, es para hacer a todos. Es la expresión del amor de Cristo en la vida cristiana (Lc. 9:54, 55; 10:25-37; 17:11-19; Jn. 4:42; 1 Ti. 4:10). El creyente está llamado a hacer el bien a todos los hombre y mayormente a los de la familia de la fe (Gá. 6:10). Todos los creyentes constituimos una familia a la que debemos amor verdadero (1 Jn. 3:17, 18). No se puede hablar de ser cristiano desligándolo del amor entrañable y de entrega a los hermanos. Junto con el *bien hacer*, está también *la ayuda mutua*. El escritor de la carta a los Hebreos llama a este sacrificio *comunión*, (He. 13:16) lo que expresa la idea de *comunicar* con los demás, y que se estudiará más adelante. La acepción genérica tiene que ver con manifestar compañerismo y atención hacia los otros. Una de las mayores inconsecuencias es que un creyente sea tan devoto, es decir, tan dedicado a Dios que no le quede tiempo para ocuparse de su prójimo, que incluye también a su propia familia. A estos, el apóstol Pablo los califica como peores que los infieles que niegan la fe (1 Ti. 5:8). Otra expresión del amor tiene que ver con compartir los bienes con el hermano que tiene necesidad; por eso se usa para hablar de la ofrenda para los necesitados (Ro. 15:26). De esto hay ejemplos abundantes en el Nuevo Testamento, como el de las iglesias proporcionando ayuda para los hermanos necesitados en Jerusalén (2 Co. 8:4 ss.; 9:13). Pablo escribe a Timoteo para que exhorte a los creyentes pudientes a compartir con sus bienes a los necesitados (1 Ti. 6:18). El creyente no debe olvidarse de practicar la beneficencia con el prójimo, especialmente si es su hermano en Cristo (1 Jn. 3:16-18). La expresión de amor práctico a los hermanos es evidencia del amor a Dios (1 Jn. 4:20). No puede ser olvidado por quien tiene la vista puesta en Cristo (He. 12:1). De estos sacrificios se agrada Dios. No debe olvidarse que el cristianismo es sacrificial en toda su extensión y está fundado sobre el autosacrificio de Cristo.

11. Pero cada uno de vosotros muestre la misma solicitud hasta el fin, para plena certeza de la esperanza.

[19] F. Lacueva. *Matthew Henry. 2 Corintios-Hebreos.* pág. 119.

ἐπιθυμοῦμεν δὲ ἕκαστον ὑμῶν τὴν αὐτὴν ἐνδείκνυσθαι
Pero deseamos vivamente a cada uno de vosotros la misma muestre
σπουδὴν πρὸς τὴν πληροφορίαν τῆς ἐλπίδος ἄχρι τέλους,
solicitud con relación a la plena seguridad de la esperanza hasta fin.

Notas y análisis del texto griego.

Luego del aliento regresa a la exhortación solemne con ἐπιθυμοῦμεν, primera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ἐπιθυμέω, *desear vivamente, codiciar*, aquí como *deseamos vivamente*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; ἕκαστον, caso acusativo masculino singular del adjetivo indefinido declinado *a cada uno*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de vosotros*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; αὐτὴν, caso acusativo femenino singular del adjetivo intensivo, *misma, idéntico, no otra*; ἐνδείκνυσθαι, infinitivo de presente en voz media del verbo ἐνδείκνυμαι, *probar, demostrar, mostrar*, aquí como *muestre*; σπουδὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *solicitud, prisa, empeño*; πρὸς, preposición de acusativo, *a, hacia, por, con, con el fin de, con relación a*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; πληροφορίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *total seguridad, convicción, certeza*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ἐλπίδος, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *esperanza*; ἄχρι, preposición de genitivo*, hasta*; τέλους, caso genitivo neutro singular del sustantivo *fin, final, finalidad, término*.

Ἐπιθυμοῦμεν δὲ ἕκαστον ὑμῶν τὴν αὐτὴν ἐνδείκνυσθαι σπουδὴν πρὸς τὴν πληροφορίαν τῆς ἐλπίδος ἄχρι τέλους. El uso de la partícula δὲ traducida aquí como *pero*, hace las funciones de conjunción adversativa y sirve para poner en justo punto los elogios anteriores, volviendo de nuevo a la realidad de la situación que pretende abordar. El autor estaba seguro de la realidad espiritual de aquellos a quienes escribe, pero debían mantenerse vigilantes. Más que un reproche, o incluso una amonestación, expresa un deseo vehemente hacia los destinatarios de le Epístola. Cada uno de ellos debería mostrar la misma solicitud a la que hizo referencia en el versículo anterior, a lo largo de toda su vida. La perseverancia de los fieles no es para alcanzar la salvación, pero es la consecuencia de haberla alcanzado.

La experiencia de la salvación en obras hacia los hermanos, afirma la esperanza. El verdadero cristiano no pierde nunca su esperanza. Aquellos hermanos estaban pasando por pruebas, pero debían mantener su esperanza. Podrían estar como Elías en situación crítica, pero aún en aquellas circunstancias, el profeta no perdía su dependencia de Dios (1 R. 19:4). Al creyente se le llama en la profecía *"prisionero de esperanza"* (Zac. 9:12). Es necesario entender que no hay esperanza sin fe y no hay fe que no se convierta en fidelidad hasta el fin. La esperanza cristiana está vinculada no con

experiencias, sino con una persona que es Cristo (Col. 1:27). Ciertamente el cristiano espera cielos nuevos y tierra nueva donde mora la justicia, pero toda esperanza está en Cristo y se hace posible en Él y por Él. La vida victoriosa se alcanza por fe en Jesús (1 Jn. 5:4).

12. A fin de que no os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas.

ἵνα μὴ νωθροὶ γένησθε, μιμηταὶ δὲ τῶν διὰ πίστεως καὶ
Para que no indolentes os hagáis mas bien imitadores de los por medio de fe y
μακροθυμίας κληρονομούντων τὰς ἐπαγγελίας.
de longanimidad heredan las promesas.

Notas y análisis del texto griego.

Continua con el tema anterior escribiendo ἵνα, conjunción copulativa *que, para que, por que, a fin de que, de modo que*; μή, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*; νωθροὶ, caso nominativo masculino plural del adjetivo que denota *indolentes, perezosos*; γένησθε, segunda persona plural del aoristo segundo de subjuntivo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, hacerse*, aquí como *os hagáis*; μιμηταὶ, caso nominativo masculino plural del sustantivo *imitadores*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; διὰ, preposición de genitivo *por medio de*; πίστεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *fe*; καὶ, conjunción copulativa *y*; μακροθυμίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado que denota *de longanimidad*; κληρονομούντων, caso genitivo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo κληρονομέω, *heredar, recibir en herencia, poseer*, aquí como *heredan*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; ἐπαγγελίας, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota, *promesas*.

Ἵνα μὴ νωθροὶ γένησθε. Algunos de los creyentes, sino todos, se estaban volviendo perezosos en lo que se refiera a la vida cristiana, problema que les indicó antes (5:11-12). Posiblemente estaban contentos con lo que habían alcanzado y lo consideraban suficiente, sin darse cuenta que dejar el interés por la Palabra y el crecimiento hacia la madurez espiritual, trae problemas espirituales graves y debilita al creyente hasta el extremo de mantenerlo en el infantilismo espiritual, indefenso frente a las asechanzas diabólicas (Ef. 4:14). El crecimiento y fortalecimiento en la fe es uno de los motivos que requiere diligencia (Ro. 12:11). El carácter del perezoso merece la reprobación de Dios. La Biblia enseña que el perezoso no comienza nada y formulándose a sí mismo preguntas que justifiquen su desidia (Pr. 6:9, 10). Si alguna vez comienza algo nunca lo termina, cansándose siempre antes de concluirlo. Cualquier esfuerzo es demasiado grande para quien la Escritura

cataloga como *perezoso* (Pr. 20:4). Una situación semejante lleva a la insatisfacción personal, de ahí que, tal vez, los creyentes a quienes se dirige la Epístola estén propensos a dejar su compromiso cristiano, como se aprecia en algunos lugares del escrito. El verdadero cristiano es ferviente, diligente en el trabajo para el Señor y comprometido con la fidelidad, porque es impulsado por el Espíritu Santo. En contraste con la desidia del perezoso la dinámica del creyente espiritual es ferviente o fervorosa, en una demostración de la identificación con Cristo (Jn. 4:34).

Μιμηταὶ δὲ τῶν διὰ πίστεως καὶ μακροθυμίας κληρονομούντων τὰς ἐπαγγελίας. Los creyentes que se abandonan a sí mismos y entran en el camino de la desidia espiritual, dejan de ver a Jesús, como modelo supremo y, al mismo tiempo, abandonan la consideración sobre los ejemplos de fidelidad que el Espíritu dejó en la Palabra. En ese momento dejan de ser *imitadores* de quienes alcanzaron promesas de Dios en una vida de fidelidad consecuente con Sus demandas. Las promesas las alcanzaron mediante la fe. La fe produjo en ellos seguridad en relación con las promesas de Dios y certeza firme en que siendo fiel cumpliría lo que había prometido.

Esas promesas no vinieron, muchas veces, en forma inmediata, sino que llegaron tras una larga espera, que aquí llama μακροθυμία *paciencia*. La palabra griega utilizada en esa ocasión[20] tiene que ver con un *corazón grande*, equivalente a lo que es la *longanimidad*, es decir, la grandeza y constancia de ánimo en las adversidades, que capacita para aguantar en espera paciente el tiempo de Dios. Esto permite estar animados aún en medio de las mayores dificultades. La longanimidad es el resultado de la acción poderosa de Dios en la vida cristiana (Col. 1:11). Los hombres de Dios en los relatos de la historia bíblica son ejemplo a los creyentes de todos los tiempos, entre otras cosas, de la longanimidad (2 Ti. 3:10-11). El abandono de la reflexión en la Palabra, supone también la pérdida de perspectiva que los ejemplos de fe proyectan en ella. Es necesario que cada cristiano prestemos atención a los ejemplos de fidelidad, para que no desfallezcamos por las dificultades. Las promesas de Dios se experimentan por la fe y se alcanzan en la *paciencia*, de ahí la exhortación al final de la Epístola: *"Porque os es necesaria la paciencia, para que habi8endo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa"* (10:36).

Ejemplo y certeza (6:13-20).

13. Porque cuando Dios hizo la promesa a Abraham, no pudiendo jurar por otro mayor, juró por sí mismo.

---

[20] Griego μακροθυμία

Τῷ γὰρ ᾿Αβραὰμ ἐπαγγειλάμενος ὁ Θεός, ἐπεὶ κατ᾽ οὐδενὸς εἶχεν
- porque a Abraham al hacer la promesa - Dios ya que por ninguno tenía
μείζονος ὀμόσαι, ὤμοσεν καθ᾽ ἑαυτοῦ
mayor que jurar juró por sí mismo.

Notas y análisis del texto griego.

Se inicia un nuevo párrafo con τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se traduce en español por determinar a nombre propio; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al artículo y nombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*;᾿Αβραὰμ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Abraham*; ἐπαγγειλάμενος, caso nominativo masculino singular del participio aoristo primero en voz media del verbo ἐπαγγέλλομαι, *prometer, profesar*, aquí como *al hacer promesa*; seguido de ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεός, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Dios*; ἐπεὶ, conjunción causal, *puesto que, porque, ya que, de otra manera*; κατ᾽, forma escrita de la preposición κατά, *en*, por elisión ante vocal con espíritu suave; οὐδενὸς, caso genitivo masculino singular del pronombre indefinido *ninguno*; εἶχεν, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activo del verbo ἔχω, *tener*, aquí como *tenía*; μείζονος, caso genitivo masculino singular del adjetivo comparativo de *grande*, aquí como *mayor*; ὀμόσαι, infinitivo aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὀμνύω, *jurar,* aquí como *juró*; ὤμοσεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὀμνύω, *jurar*, aquí como *juró*; καθ᾽ forma de la preposición de genitivo κατά, por elisión y asimilación ante vocal con espíritu áspero, que equivale a *por*; ἑαυτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre reflexivo *sí mismo.*

Τῷ γὰρ ᾿Αβραὰμ ἐπαγγειλάμενος ὁ Θεός. Entre los que heredan las promesas y cuya fe es preciso imitar, está Abraham, espiritualmente hablando el *padre de los creyentes*. La fe del patriarca es ejemplar, creyendo a Dios que le prometía descendencia directa cuando ya le era, como hombre, imposible de alcanzar. El Espíritu Santo da testimonio de aquella fe cuando dice que *"creyó a Jehová, y le fue contado por justicia"* (Gn. 15:6; Ro. 4:3; Gá. 3:6). Es necesario apreciar que la fe de Abraham no era algo propio sino el ejercicio de un don de Dios, por lo que no es mérito humano. Abraham creyó a Dios, su llamado y sus promesas y esa fe le fue contada por justicia. Lo que Dios contó por justicia es lo que Abraham se apropió por la fe, la justicia de Cristo (Gn. 12:3). Él creía en la fidelidad de Dios que cumpliría su promesa.

La seguridad de la promesa de Dios se establece y apoya mediante juramento: ἐπεὶ κατ᾽ οὐδενὸς εἶχεν μείζονος ὀμόσαι, ὤμοσεν καθ᾽ ἑαυτοῦ, *"No pudiendo jurar por otro mayor, juró por Sí mismo"*. Las promesas de los hombres establecidas bajo juramento en el nombre de Dios, les aportan total credibilidad. Es evidente, pues, que los hombres juran poniendo a Dios por testigo de ser verdad aquello que dicen, en cuyo caso se trata de un

juramento asertivo, o de lo que prometen, siendo en este caso un *juramento promisorio*, colocándolo por testigo omnisciente que conoce plenamente la verdad de lo dicho, constituyéndolo en juez al estar sobre ellos. Con el juramento pretenden dar carácter definido a lo que aseguran o prometen, garantizados por Dios. El juramento establecido en la Ley, debía hacerse siempre en el nombre de Dios (Dt. 6:13). Al jurar Dios por sí mismo garantiza la promesa dada a Abraham asegurando el cumplimiento fiel de lo prometido. ¿Necesita Dios jurar para que sea creíble? El sentido de la expresión es fácilmente comprensible, tratándose de una formula antropomórficas, que equivale a establecer un decreto divino, firme e irrevocable. Cualquier promesa hecha por Dios mismo es absolutamente fiel, ya que Él no puede negarse a sí mismo (2 Ti. 2:13). En ese sentido es como si hubiese jurado por sí mismo, ya que no hay otro mayor que pudiera acreditar lo prometido. No jura Dios a Abraham para que sea creído, sino que su promesa es tan segura como pudiera serlo bajo juramento. La expresión da una mayor solemnidad a la promesa, ya que es imposible darle mayor certeza por cuanto procede de Dios mismo.

14. Diciendo: De cierto te bendeciré con abundancia y te multiplicaré grandemente.

λέγων· εἰ μὴν εὐλογῶν εὐλογήσω σε καὶ πληθύνων πληθυνῶ σε·
Diciendo: De cierto bendiciendo bendeciré te y multiplicando multiplicaré te.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo el mismo tema de la promesa cita el texto bíblico, λέγων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir,* aquí como *que dice*, traduciéndolo mejor al castellano como *diciendo*; εἰ, conjunción afirmativa *si*; μὴν, partícula intensiva que equivale a *sí, de veras*, unida a la conjunción afirmativa equivalen a *de cierto, ciertamente, con seguridad*; εὐλογῶν, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ευλογέω, *bendecir*, aquí como *que bendigo*, traduciéndolo mejor como *bendiciendo*, para mejor concordancia en español; εὐλογήσω, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo εὐλογήσω, *bendecir*, aquí como *bendeciré*; σε, caso acusativo singular del pronombre personal *te*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πληθύνων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo πληθύνω, *completar, acrecentar, crecer, aumentar*, de ahí *multiplicar*, en sentido de *acrecentar*, aquí como *que multiplico*, mejor seguir la traducción *multiplicando*; πληθυνῶ, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del mismo verbo anterior πληθύνω, *completar, acrecentar, crecer, aumentar*, de ahí *multiplicar*, en sentido de *acrecentar*, aquí como *multiplicaré*; σε, caso acusativo singular del pronombre personal *te*.

La promesa dada a Abraham, que aceptó por fe, era una amplia promesa de bendición en la que Dios decía: εἰ μὴν εὐλογῶν εὐλογήσω σε *"De cierto*

te bendeciré con abundancia", literalmente: *De cierto bendiciendo te bendeciré.* Esta bendición tenía que ver con la descendencia prometida a Abraham: καὶ πληθύνων πληθυνῶ σε, *"y te multiplicaré grandemente"*, literalmente *y multiplicando te multiplicaré.* Considerada y recordada aquí en consonancia con el pasaje histórico de la vida de Abraham. Primeramente en el llamamiento que Dios le hizo para dejar Ur, su lugar de residencia: *"Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición"* (Gn. 12:2). Una nueva confirmación ocurrió con motivo de la separación entre Abraham y Lot, en la que Dios promete territorio amplio para él: *"Y Jehová dijo a Abram, después que Lot se apartó de él: Alza ahora tus ojos y mira desde el lugar donde estás hacia el norte y el sur, y al oriente y al occidente. Porque toda la tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia para siempre"* (Gn. 13:14-15). Esa misma promesa de herencia terrenal le fue confirmada en la formalización del Abrahamico: *"Y le dijo: Yo soy Jehová, que te saqué de Ur de los caldeos, para darte a heredar esta tierra"* (Gn. 15:7). La primera promesa y las posteriores confirmaciones se produjeron cuando Abraham aun no había tenido hijos. Esas promesas eran imposibles desde el plano de los hombres, por la condición tanto de Abraham, entrado en años, como de su esposa Sara, que era estéril (Gn. 19:11; Ro. 4:19). Es más, la confirmación de la promesa se produjo cuando Abraham estaba ya, por edad, incapacitado para procrear (Ro. 4:18a; He. 11:11, 12). La promesa fue aceptada y creía por Él en base a que descansaba en la fidelidad de Dios, que como juramento constituía un decreto divino que se cumpliría inexorablemente (v. 13). La referencia al juramento de Dios en confirmación de la promesa está registrado también en la historia bíblica (Gn. 22:16-18).

15. Y habiendo esperado con paciencia, alcanzó la promesa.

καὶ	οὕτως	μακροθυμήσας	ἐπέτυχεν	τῆς	ἐπαγγελίας.
Y	así	aguardando pacientemente	alcanzó	la	promesa.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue el tema con καὶ, conjunción copulativa *y*; οὕτως, adverbio de modo, *así*. μακροθυμήσας, caso nominativo masculino singular del participio aoristo primero en voz activa del verbo μακροθυμέω, *tener paciencia, ser paciente*, aquí en sentido amplio como *aguardando pacientemente*; ἐπέτυχεν, tercera persona singular del aoristo segundo, efectivo, de indicativo en voz activa del verbo ἐπιτυγχάνω, *ser hecho partícipe, conseguir, alcanzar,* aquí como *alcanzó*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; ἐπαγγελίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *promesa*.

Καὶ οὕτως μακροθυμήσας ἐπέτυχεν τῆς ἐπαγγελίας. El tiempo de espera para Abraham no fue corto. El versículo enfatiza el hecho de aguardar con paciencia el tiempo del cumplimiento de la promesa. La espera fue de años.

Desde la formulación de la promesa, por parte de Dios, hasta el nacimiento de Isaac, el hijo prometido, pasaron no menos de veinticinco años. Abraham tenía setenta y cinco años cuando salió de Ur tras el llamado de Dios, esperando desde entonces el cumplimiento de la promesa dada (Gn. 12:4). Abraham tenía cien años cuando nación Isaac (Gn. 21:5). La promesa se demoraba excesivamente conforme a la perspectiva humana. El patriarca era un hombre viejo y, humanamente hablando, no tenía ninguna posibilidad de tener un hijo. Sin embargo, la promesa procedía de Dios y Abraham creían en Dios, por tanto, se dedicó a esperar μακροθυμήσας *pacientemente* el cumplimiento de lo que le había sido prometido. Es muy interesante notar que la espera del cumplimiento de la promesa no fue un tiempo de inquietud, sino de *paciente espera*. Esa es la forma mejor de traducir el verbo griego, que expresa la idea de paciencia. Abraham esperó con *longanimidad*, largueza y constancia de ánimo en situaciones adversas. Esa paciente espera descansa en el conocimiento de quien es Dios, por tanto la longanimidad, el ánimo ancho, convierte en gozoso el tiempo de espera.

La espera dio paso a la alegría, ya que quien esperaba pacientemente, alcanzó la promesa. En primer lugar el cumplimiento tuvo que ver con el nacimiento de Isaac, el hijo prometido (Gn. 21:5). En segundo lugar, y más tarde, en la seguridad de la preservación de la vida de ese hijo de donde vendría la descendencia prometida que haría de Abraham el padre de multitudes (He. 11:19). Dios le permitió ver el cumplimiento potencial de la promesa al dejarle ver el nacimiento de sus nietos, uno de los cuales, Jacob, elegido por Dios, daría origen a toda la nación hebrea. Jacob nació cuando Isaac tenía sesenta años (Gn. 25:26) y Abraham murió cuando tenía ciento setenta y cinco años (Gn. 25:7), por lo que estaba vivo cuando nació Jacob. Finalmente Dios le permitió ver en visión personal –no sabemos de que manera- el día del Mesías (Jn. 8:56), en quien alcanzarían bendición todas las gentes de la tierra. Este Jesús, el Salvador del mundo, era descendiente suyo en cuanto a humanidad (Mt. 1:1; Ro. 9:5). Sin duda Abraham interpretó la promesa de Dios en sentido de que de la descendencia de Isaac llegaría aquel por medio de quien Dios bendeciría a todas las naciones. La muerte de Abraham fue en fe, viendo de lejos el cumplimiento de las promesas, acogiéndolas como cumplidas, y saludándolas en la distancia. De este modo se gozo al ver el día de salvación para los hombres.

16. Porque los hombres ciertamente juran por uno mayor que ellos, y para ellos el fin de toda controversia es el juramento para confirmación.

ἄνθρωποι γὰρ κατὰ τοῦ μείζονος ὀμνύουσιν, καὶ πάσης αὐτοῖς
Porque hombres por el mayor juran y de todo de ellos
ἀντιλογίας πέρας εἰς βεβαίωσιν ὁ ὅρκος·
discusión término para confirmación el juramento.

Notas y análisis del texto griego.

Retomando el tema del juramento escribe ἄνθρωποι, caso nominativo masculino plural del sustantivo genérico *hombres, personas*; seguido, como es propio en griego de γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al nombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; κατὰ, preposición de genitivo *por*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el,* aunque en esta construcción griega podría reemplazarse por el indeterminado *uno*; μείζονος, caso genitivo masculino singular del adjetivo comparativo de grande, *mayor*; ὀμνύουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ὀμνύω, *jurar*, aquí como *juran*; seguido de καὶ, conjunción copulativa *y*; πάσης, caso genitivo femenino singular del adjetivo indefinido declinado *de toda*; αὐτοῖς, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos*; ἀντιλογίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *discusión, contienda, contradicción, disputa*; πέρας, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *término*, *intento, prueba, experiencia, fin, límite*; εἰς, preposición de acusativo *para*; βεβαίωσιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *confirmación*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ὅρκος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *juramento*

῎Ανθρωποι γὰρ κατὰ τοῦ μείζονος ὀμνύουσιν. Retomando nuevamente la referencia al juramento, se detiene para expresar la solidez que le confiere a una afirmación. Los hombres apelan a Dios, τοῦ μείζονος, *el mayor,* como se lee literalmente en el texto griego para establecer el juramento. Él dispuso en su Ley que el juramente se hiciese en su nombre (Dt. 6:13). Abraham mismo, a quien se está haciendo referencia en el pasaje, juró por Dios (Gn. 14:22; 21:23, 24) y recabó también el mismo juramento a otros, cuando quiso tener seguridad de que se haría conforme a lo prometido (Gn. 24:3). Cuando alguien juraba por Dios se sometía incondicionalmente al juicio divino que corresponde al perjuro.

Καὶ πάσης αὐτοῖς ἀντιλογίας πέρας εἰς βεβαίωσιν ὁ ὅρκος. Cualquier discusión o juicio concluía cuando se interponía juramento, ya que es un modo de reconocer a Dios como Juez supremo y apelar a su justicia en caso de no ser verdad aquello que se afirmaba o lo que se prometía.

17. Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento;

ἐν ᾧ περισσότερον βουλόμενος ὁ Θεὸς ἐπιδεῖξαι τοῖς κληρονόμοις
Por lo cual más abundantemente queriendo - Dios mostrar a los herederos
τῆς ἐπαγγελίας τό ἀμετάθετον τῆς βουλῆς αὐτοῦ ἐμεσίτευσεν ὅρκῳ,
de la promesa lo inmutable de la resolución de Él interpuso juramento.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo el tema establece una conclusión con ἐν, preposición de dativo, *por*; seguida de ᾧ, caso dativo neutro singular del pronombre relativo *lo cual*; περισσότερον, adverbio, que es el neutro del grado comparativo de περισσος, con sentido de *sobrante, de más, en abundancia*, aquí con significado de *mucho más que* o también *más abundantemente*; βουλόμενος, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo βούλομαι, *querer, desear, decidir*, aquí como *queriendo*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se usa en castellano al determinar a nombre propio; Θεὸς, caso nominativo masculino singular del nombre de *Dios*; ἐπιδεῖξαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo ἐπιδείκνυμι, intensivo con ἐπί, *sobre*, y δείκνυμι, *mostrar*, aquí sería *sobremostrar,* de ahí *demostrar*, el verbo expresa aquí la idea de una *súper demostración*, de algo; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado declinado *a los*; κληρονόμοις, caso dativo masculino plural del sustantivo que denota *herederos*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ἐπαγγελίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *promesa*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; ἀμετάθετον, caso acusativo neutro singular del adjetivo *inmutable*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; βουλῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *plan, resolución, decisión, propósito, intención*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de él*; ἐμεσίτευσεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo μεσιτεύω, en el griego clásico *estar en medio, intervenir, mediar,* en koiné con las connotaciones de *confirmar, garantizar*, aquí siguiendo la acepción del griego clásico como *interponer*, en sentido de *interpuso*; ὅρκῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo, instrumental, *juramento*.

᾿Εν ᾧ περισσότερον βουλόμενος ὁ Θεὸς ἐπιδεῖξαι. El propósito de Dios es determinante y su designio se cumple siempre en plenitud. El escritor retoma nuevamente la figura del juramento, relacionándolo con las promesas inmutables de Dios, en el sentido de que procuraba mostrar lo irrevocable de sus promesas. La forma verbal ἐπιδεῖξαι traducida como *mostrar* es un intensivo en el griego[21], que equivaldría a *supermostrar,* y de ahí *demostrar*, como añadir algo a aquello que se muestra. El sentido del juramento de Dios comprende una superdemostración de la promesa hecha. La inmutabilidad del designio de Dios es demostrada confirmándolo por Él mismo. Por tanto, la palabra de Dios es garantía por sí sola, pero, confirmada por Él, le confiere plena seguridad y la hace doblemente segura.

Τοῖς κληρονόμοις τῆς ἐπαγγελίας. Los *herederos de la promesa*, incluía en el tiempo de la Epístola, a los destinatarios de ella, que pudieran ser de aquellos que habían sido convertidos por la predicación de los apóstoles (Hch. 4:32). Ellos mismos que habían sido salvos, eran ya evidencia del

[21] Griego: ἐπιδείκνυμι.

cumplimiento de la promesa. Igualmente incluía la esperanza escatológica que todo creyente tiene.

La acción de Dios se detalla al decir que ἐμεσίτευσεν ὅρκῳ *"interpuso juramento"*. El verbo *interponer*, traslada aquí la idea que expresa en el griego clásico de *estar en medio*, como si dijese literalmente *"Dios estuvo en medio con juramento"*, referencia al ceremonial de la confirmación de la promesa a Abraham (Gn. 15:8ss). Ese era el ceremonial propio para la confirmación de los pactos (Jer. 34:18-19). Dios manifiesta su presencia en el ritual indicado a Abraham de los animales seccionados en dos, a la caída de la tarde, donde se produjo un profundo sueño en el patriarca, unido a un temor reverente, consciente de la presencia de Dios en el lugar. Una nueva prueba de fe le fue impuesta a Abraham que hubo de esperar todo el día mientras Dios difería el aparecerse para la confirmación de la promesa. El tiempo en que vino fue *"a la caída del sol"*, lo que enseña que Dios mantiene a los suyos, en muchas ocasiones, por tiempo en espera de las bendiciones prometidas, para probar y con ello afianzar su fe; es posible que las promesas y la respuesta a la oración –Abraham había pedido confirmación (Gn. 15:8)- pueden demorarse, pero siempre llegan con seguridad. Allí, caminando entre los animales muertos, en la representación del horno humeante y de la antorcha de fuego, eran la confirmación del pacto que Dios había hecho con él a modo de promesa. Allí le comunicó a su siervo la profecía tocante a los cuatrocientos años de esclavitud de sus descendientes en Egipto, confirmándole que a la cuarta generación serían liberados y en ellos se cumplirían las promesas referentes a la tierra prometida y a las bendiciones como pueblo que le había conferido antes. En este sentido Dios se comprometía a actuar como garante de la promesa hecha. La propia fidelidad de Dios le obliga al cumplimiento de la promesa; lo contrario sería *"negarse a Sí mismo"* (2 Ti. 2:13).

18. Para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros.

ἵνα διὰ δύο πραγμάτων ἀμεταθέτων, ἐν οἷς ἀδύνατον
Para que por medio de dos actos inmutables en los que imposible
ψεύσασθαι τὸν Θεόν, ἰσχυρὰν παράκλησιν ἔχωμεν οἱ
que mienta - Dios fuerte consuelo tengamos los
καταφυγόντες κρατῆσαι τῆς προκειμένης ἐλπίδος
que buscamos refugio para asirnos de la puesta delante esperanza.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo el argumento escribe ἵνα, conjunción final, *para que*; διὰ, preposición de genitivo *por medio de*; δύο, caso genitivo neutro singular del adjetivo numeral cardinal declinado *de dos*; πραγμάτων, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota

asunto, cosa, suceso, litigio, acto, acción hecho realizado, obligación, empresa, etc. aquí como *actos*; ἀμεταθέτων, caso genitivo neutro plural del adjetivo *inmutable*; ἐν, preposición de dativo *en*; οἷς, caso dativo neutro plural del pronombre relativo *los que*; ἀδύνατον, caso nominativo neutro singular del adjetivo *imposible*; ψεύσασθαι, primer aoristo de infinitivo en voz media del verbo ψεύδομαι, *mentir,* aquí como *mienta,* o *que mienta*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se usa en español al determinar a nombre propio; Θεόν, caso acusativo masculino singular del nombre de *Dios*; ἰσχυρὰν, caso acusativo femenino singular del adjetivo *fuerte*, *poderoso*; παράκλησιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *consuelo*; ἔχωμεν, primera persona plural del presente de subjuntivo en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí como *tengamos*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; καταφυγόντες, caso nominativo masculino plural del participio aoristo segundo, articular, del verbo καταφεύγω, *huir, buscar refugio*, aquí como *que buscamos refugio*; κρατῆσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo κρατέω, *agarrar, tomar, retener, asir, aferrar,* aquí declinado como *para asirnos*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; προκειμένης, caso genitivo femenino singular del participio de presente en voz pasiva del verbo πρόκειμαι, *estar puesto delante, estar presente*, aquí como *puesta delante*; ἐλπίδος, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *esperanza.*

Ἵνα διὰ δύο πραγμάτων ἀμεταθέτων. Las dos bases del compromiso divino vuelven a ser enfatizadas para remarcar la seguridad absoluta de las palabras de Dios. La primera es la misma promesa de Dios, que hace siempre honor a Su palabra. Dios es imposible que mienta, por tanto, cuando afirma algo lo cumple (2 Co. 1:20). Ciertamente todas las promesas de Dios tienen, para los creyentes, cumplimiento perfecto y absoluto en Cristo, quien más que el amén de Dios, es Dios en estado de amén. El cumplimiento alcanza no a algunas sino a todas las promesas. Con Él y en Él, Dios da al creyente todas las cosas (Ro. 8:31). La segunda base del compromiso divino es el juramento interpuesto que, como se consideró antes, certifica y garantiza el cumplimiento de lo prometido: ἐν οἷς ἀδύνατον ψεύσασθαι τὸν Θεόν, *en los que es imposible que Dios mienta.*

Estas dos razones producen en el creyente ἰσχυρὰν παράκλησιν ἔχωμεν, *"un fortísimo consuelo"*, porque la seguridad del cumplimiento de cuanto Dios ha prometido, supera en todo a las mayores dificultades y a la paciente espera en la experiencia de la vida de los creyentes. La palabra *consuelo* tiene que ver con *venir al lado*, de manera que las promesas de Dios vienen al lado del cristiano para darle el aliento necesario en las tribulaciones.

El aliento es para οἱ καταφυγόντες κρατῆσαι τῆς προκειμένης ἐλπίδος, *"los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros"*. No hay duda alguna que esto comprende y alcanza colectiva e individualmente a cada creyente. Sólo los que creen en Dios y creen a Dios

pueden ser considerados como *refugiados* en la esperanza, que es el sentido que tiene en el texto griego el verbo traducido como *asirnos*. La idea que expresa es la de *huir* de algo para refugiarse en otra cosa. Los creyentes huyen del mundo para refugiarse en el puerto de la esperanza. La esperanza propuesta y expresa en las promesas, es el refugio para el creyente. En esa huida hacia lo seguro, el creyente se *aferra* a la esperanza, descansando y sustentándose en ella, seguros de que Dios cumple lo que promete. Esta esperanza es el recurso necesario para superar las dificultades y seguir adelante en el camino hacia la perfección en el encuentro con Jesús.

19. La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo.

ἣν ὡς ἄγκυραν ἔχομεν τῆς ψυχῆς ἀσφαλῆ τε καὶ βεβαίαν καὶ
La cual como ancla tenemos del alma segura y también firme y
εἰσερχομένην εἰς τὸ ἐσώτερον τοῦ καταπετάσματος,
que entra hasta lo interior del velo.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue la argumentación con ἣν, caso acusativo femenino singular del pronombre relativo *la que, la cual*; ὡς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; ἄγκυραν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *ancla*; ἔχομεν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí como *tenemos*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ψυχῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *alma*; ἀσφαλῆ, caso acusativo femenino singular del adjetivo *segura*; τε, partícula conjuntiva, que puede construirse sola, pero generalmente está en correlación con otras partículas, en este caso, al preceder a καὶ, conjunción copulativa *y*, adquieren juntas el sentido de *como con, tanto como, no solamente, sino también, y también*; βεβαίαν, caso acusativo femenino singular del adjetivo *firme*; καὶ, conjunción copulativa *y*; εἰσερχομένην, caso acusativo femenino singular del participio de presente en voz media del verbo εἰσέρχωμαι, *entrar, llegar hasta,* aquí como *que entra*; εἰς, preposición de acusativo *hasta*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; ἐσώτερον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *interior*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *de lo*, masculino en castellano *del*; καταπετάσματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *velo, cortina*.

Ἣν ὡς ἄγκυραν ἔχομεν τῆς ψυχῆς ἀσφαλῆ τε καὶ βεβαίαν. La esperanza es ahora comparada con un barco azotado por el temporal que se mantiene sin ser arrastrado gracias a la solidez del ancla. El ancla es firme porque no resbala. La palabra traducida como *segura* está relacionada con ese concepto. La firmeza está vinculada con *el alma*, que este contexto equivale a *persona*. Cada creyente tiene firme seguridad en la esperanza, porque *no*

resbala, es decir, no se escapa de las manos, sino que se mantiene firme porque descansa en promesas de Dios.

Además la base de la esperanza en que εἰσερχομένην εἰς τὸ ἐσώτερον τοῦ καταπετάσματος, *"penetra hasta dentro del velo"*. El ancla de la esperanza está asegurada en algo inamovible que es Dios mismo. La referencia al *velo* adquiere aquí el sentido de lo que era la cortina que dividía el santuario en las dos partes, el Lugar Santo y el Santísimo, en donde estaba el arca y en cuyo lugar se manifestaba de forma especial la presencia de Dios (Ex. 23:33). A ese lugar sólo accedía una vez al año en sumo sacerdote (Ex. 30:10; Lv. 16:2, 12; He. 9:7, 25). La figura del ancla es sumamente interesante: por un lado está firmemente establecida en el creyente y por el otro segura en Dios mismo. Un ancla sobre arena superficial no es garantía de seguridad, pero sí lo es cuando está firmemente sujeta a la roca. El ancla no se ve, pero se siente firme porque retiene al alma. De este modo, sujetos en la esperanza, los creyentes no resbalan ni son llevados a la deriva (2:1, 2). La figura establece también un contraste: el ancla de un navío lo sujeta desde el fondo del mar, el ancla de la fe cristiana sujeta al creyente desde arriba, desde el mismo cielo, donde está sentado el Señor a la diestra deDios.

La esperanza del creyente es mucho más que promesas, es Dios mismo. El apóstol Pablo enseña que la esperanza del cristiano es Cristo (Col. 1:27). La vinculación con Cristo de quien es y procede todo, tanto en el presente con el futuro, constituye la esperaza cierta para el cristiano. Cada creyente está unido vitalmente al Señor, de modo que la vida ya gloriosa de Cristo, es la vida comunicada del creyente. Siendo Jesús una realidad consumada, lo será también de cada uno de los que estamos vinculados a Él (Ef. 4:13; 1 Ti. 1:1). La presencia del Señor en cada uno de los suyos es ya esperanza de gloria, conforme a Su propia enseñanza (Jn. 11:25-26). La gloria escatológica descansa en el recogimiento de los suyos, no a un lugar, sino a Él mismo (Jn. 14:1-4). La vida eterna es una admirable esperanza de gloria por cuanto no tiene término y esta vida se alcanza sólo en Cristo (1 Jn. 5:12). Tal es la relación de la esperanza con nuestro Señor que el apóstol Juan afirma: *"Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando El se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es"* (1 Jn. 3:2). La herencia eterna que forma parte del contexto de la gloria que esperamos y que le corresponde a Él, ya que todo fue hecho en Él, por Él y para Él, nos corresponde a los santos por estar en Él (Col. 1:12). Además, la seguridad de gloria está unida el hecho de que por la gracia que salva tenemos la certeza de que seremos presentados ante su gloria (Col. 1:22, 28). La esperanza de gloria está siempre unida a Cristo (Ro. 5:2; 8:18-23; 1 Co. 15:12 ss.; Fil. 3:20, 21; Col. 3:4, 24; 1 Ts. 2:19; 3:13; 4:13-17; 2 Ts. 1:10; 2 Ti. 1:12; 4:8; Tit. 2:13). Con todo, la esperanza no tiene que ver sólo con los

acontecimientos y tiempo escatológicos, sino con el presente y la realidad de cotidiana. La esperanza para la iglesia es Cristo mismo con su compromiso de edificarla cada día (Mt. 16:18). Los recursos de poder están en Él (Fil. 4:13). Las lágrimas del creyente, las dificultades del camino, los sufrimientos, las angustias y tribulaciones, no se confrontan en soledad, sino en la compañía del Señor que provee de aliento, consuelo, calma y esperanza. Nunca estamos solos, porque Él está con nosotros todos los días hasta el fin (Mt. 28:20). Podrá ser que aparentemente pasemos desapercibidos para muchos; acaso nos parezca que en las grandes dificultades estamos solos; pero, el Señor está siempre a nuestro lado y su gracia, como bálsamo del cielo, hace provisión para cuantas heridas se produzca y su misericordia, como fiel medicina celestial, cura nuestros males, su mirada de amor y el contacto de su mano nos dice a cada uno en nuestra circunstancia personal, las mismas palabras que dio a su siervo Josué: *"Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente; no temas ni desmayes, porque Jehová tu Dios estará contigo en donde quiera que vayas"* (Jos. 1:9). Esa es la razón por la que podemos ver el presente con seguridad y el futuro con esperanza que nos permite dar *"a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús"* (2 Co. 2:14).

20. Donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.

ὅπου πρόδρομος ὑπὲρ ἡμῶν εἰσῆλθεν Ἰησοῦς, κατὰ τὴν τάξιν
Donde precursor por nosotros entró Jesús según el orden
Μελχισέδεκ ἀρχιερεὺς γενόμενος εἰς τὸν αἰῶνα.
De Melquisedec sumo sacerdote hecho hasta el siglo.

Notas y análisis del texto griego.

La conclusión a todo cuanto antecede se expresa con seguido del adverbio relativo ὅπου, *donde*; πρόδρομος, caso acusativo masculino singular del adjetivo *precursor*; ὑπὲρ, preposición de genitivo *por*; ἡμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal *nosotros*; εἰσῆλθεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἔρχομαι, *entrar*, aquí como *entró*; Ἰησοῦς, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Jesús*; κατὰ, preposición de acusativo *según*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; τάξιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *orden*; Μελχισέδεκ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Melquisedec*; ἀρχιερεὺς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *sumo sacerdote*; γενόμενος, caso nominativo masculino singular del participio aoristo segundo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, empezar a existir, hacerse, ser hecho,* aquí como *hecho*; εἰς, preposición de acusativo *hasta*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; αἰῶνα, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *siglo, época, tiempo, eternidad.*

῞Οπου πρόδρομος ὑπὲρ ἡμῶν εἰσῆλθεν Ἰησοῦς. Jesús, que es la esperanza cristiana, entró tras el velo del santuario celestial para preparar el lugar que concretará Su promesa para el creyente (Jn. 14:1-4). Resucitado de entre los muertos, fue ascendido al trono de la Majestad en las alturas entrando en el Lugar Santísimo del cielo, no tanto *como* precursor –forma de traducción del texto en la mayoría de las versiones- sino *precursor* en sí mismo. Es decir, Jesús entró tras el velo abriendo un camino que será seguido luego por todos los que son suyos. El camino cristiano es fácil de seguir por cuanto está indeleblemente marcado por los pasos de Jesús (1 P. 2:21). El creyente sigue a Jesús en la senda del sufrimiento, pero también en la del triunfo victorioso. Todo es posible para los cristianos en el poder del Resucitado (Fil. 4:13). Este camino, dificultoso a los ojos de los hombres, en el tramo terrenal, accede a la presencia de Dios en la gloria, constituyéndose en esperanza real para cada uno. El primer hombre, el gran *precursor,* entró tras el velo por la resurrección y desde entonces un hombre glorificado está en el cielo, revestido de gloria e inmortalidad (1 Co. 15:20; Col. 1:18). Ascendido está sentado a la diestra de Dios (1:3). En semejanza a Él y siguiendo las pisadas que como precursó dejó marcadas, siguen los demás que son suyos en unidad de vida y de esperanza.

Quien es nuestra esperanza, es también nuestra bendición, porque el que es precursor y entró en el cielo, es κατὰ τὴν τάξιν Μελχισέδεκ ἀρχιερεὺς γενόμενος εἰς τὸν αἰῶνα, *"hecho Sumo Sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec"*. El precursor entró *por nosotros*, es decir, en relación con los cristianos. El oficio sacerdotal tiene que ver con los creyentes. La entrada del sumo sacerdote garantiza la entrada de los suyos al trono de la gracia. Sentado en la Majestad de las alturas actúa a favor de los suyos, como intercesor (7:25) y como representante (Ef. 2:6).

Así escribe el profesor Nicolau:

"Los cristianos tienen en Cristo su áncora, que les fija firmemente sin desfallecimientos en Dios. Él es la esperanza que los sostiene con su función mediadora y sacerdotal, que continúa en los cielos. Allí está el Pontífice, según el alto orden de Melquisedec, que inmediatamente se va a explicar. Allí está para anunciarnos e introducirnos; no como el sumo sacerdote aaronítico, que sólo entraba él. Allí está; no como el sumo sacerdote, que entraba una vez al año y salía. Allí está sin desmayos ni vaivenes, con fijeza perpetua, para asegurar a los que asen de esta esperanza. Allí está para siempre"[22].

Si El que está allí es precursor de su pueblo, se abre la certeza de la admisión de todos los suyos al lugar donde Él está. Es el Sumo Sacerdote,

---

[22] Miguel Nicolau. o.c., pág. 81.

según el orden de Melquisedec, por tanto, luego de un largo paréntesis exhortativo, se retoma el tema del sacerdocio de Cristo que explicará en el siguiente capítulo.

Dos sencillas reflexiones sugieren el capítulo que se ha considerado. La primera tiene que ver con el crecimiento de cada creyente hacia la madurez espiritual. El único medio para ello está en leer, meditar, amar y obedecer la Palabra. Conformarse con el alimento sencillo de los *rudimentos doctrinales* es condenarse a un continuo *infantilismo* espiritual, que debilita al creyente hasta dejarlo en la condición de *niño en Cristo*, fácilmente llevado lejos de la verdad (Ef. 4:14). Cristo relacionó a los discípulos con la Palabra en su ministerio. En la oración del Señor la Palabra es el elemento conductor de la vida cristiana, conforme a su pensamiento (Jn. 17:6, 8, 14, 17). Hay quienes consideran que saben lo suficiente de la Palabra y se quedan ahí. Para los tales es la advertencia solemne que se ha considerado antes (6:11-14). Muchos creyentes están caminando sin luz que oriente sus pasos porque no están relacionándose y viviendo a la luz de la Palabra que ilumina el camino (Sal. 119:105). Algunos viven desorientados en su vida y conducta porque han dejado la Palabra. La santidad de cada creyente, especialmente la de los jóvenes, tiene que ver con la Palabra (Sal. 119:9). Es más, las amistades edificantes, las que son propias para el creyente están determinadas por la relación con la Palabra, como decía el salmista: *"Compañero soy yo de todos los que te temen y guardan tus mandamientos"* (Sal. 119:63). No es posible buscar aspectos espirituales para la vida cristiana, como puede ser la oración, si se deja la vinculación y dependencia de la Palabra ya que *"el que aparta su oído para no oír la Ley, su oración también es abominación"* (Pr. 28:9). El capítulo llama a cada uno a una pregunta personal: *¿Qué es la Biblia para mí, y donde está en mi vida?* Los líderes en la obra deben enfatizar la enseñanza bíblica en las iglesias, de modo que se predique la Palabra. Individualmente cada uno debiéramos estar dando tiempo a la lectura, estudio y meditación de la Biblia. En una sociedad tecnificada, debemos recordar que los libros hacen científicos, pero solo la Biblia hace sabios.

La segunda tiene que ver con la vinculación del creyente con Cristo. La vida cristiana no es tanto *hablar* de Cristo, sino vivir a Cristo (Fil. 1:21). No se puede vivir conforme a la voluntad de Dios sin vivir a Cristo mismo en el poderoso medio de la crucifixión y resurrección con Él (Gá. 2:20). El único modo de firmeza y consuelo es mantenerse asido de Él, que es la única esperanza (Col. 1:27). Cristo enseñó a los suyos que *separados de Él nada se puede hacer* (Jn. 15:5). Los recursos de poder proceden del Señor (Ef. 4:13). La vida victoriosa es la vida de fe, en plena dependencia de Cristo.

CAPÍTULO VII

SUPREMACÍA SACERDOTAL DE CRISTO

Introducción.

Dejando la tercera exhortación solemne, el escritor pasa a retomar el tema sobre el sacerdocio de Cristo, que ocupará desde ahora la mayor parte de la Epístola. El pasaje enlaza directamente con 5:10, como se aprecia en la simple lectura. El tema del sacerdocio de Cristo es sumamente profundo y extenso, como ya indicó antes (5:11). Sin embargo, aunque las circunstancias personales de muchos de los lectores hacían difícil una profunda comprensión de tema, el autor sigue adelante progresando en los distintos aspectos que componen el conjunto doctrinal que considera. Retoma el tema aludiendo nuevamente a la persona de Melquisedec, como tipo de Cristo, para establecer la preeminencia de su sacerdocio en relación con el levítico, aplicándolo al sacerdocio de Jesucristo. En la progresión del desarrollo del tema, comienza dando unas breves pinceladas –todo cuanto la Biblia revela- sobre el personaje de Melquisedec, dando razones para establecer la superioridad de éste sobre Abraham, a quien los judíos consideraban como el hombre más grande, presentándolo como figura o *tipo* de Cristo (vv. 1-3). Seguidamente se extiende en las evidencias sobre la preeminencia de Melquisedec, haciendo notar que Abraham le dio diezmos y que Leví, potencialmente en Abraham, lo hizo también (vv. 4-10). La situación de temporalidad del sacerdocio levítico debía concluir para dar paso a uno permanente y perfecto. Esto lo aborda explicando la imperfección del sacerdocio aaronítico sustentado por una ley que, aunque perfecta en sí misma, no podía llevar a la perfección a quienes pretendiesen cumplirla (vv. 11-19). Finalmente la superioridad del sacerdocio de Cristo se evidencia en razón de su perpetuidad, ya que la inmortalidad del Sumo Sacerdote hace innecesaria la sucesión. Concluyendo con la seguridad de una salvación absoluta y de un perpetuo ministerio de intercesión a favor de los creyentes (vv. 20-28).

El bosquejo para el análisis del capítulo se establece, conforme al *Bosquejo del Libro*, de la siguiente manera:

1. Supremacía de Cristo en su sacerdocio (7:1-8:13).
   1.1. La figura de Melquisedec (7:1-3).
   1.2. La preeminencia de Melquisedec (7:4-10).
   1.3. La necesidad de un cambio de sacerdocio (7:11-19).
   1.4. La perpetuidad del sacerdocio de Cristo (7:20-28).

Supremacía de Cristo en su sacerdocio (7:1-8:13).

La figura de Melquisedec (7:1-3).

1. Porque este Melquisedec, rey de Salem, sacerdote del Dios Altísimo, que salió a recibir a Abraham que volvía de la derrota de los reyes y le bendijo.

Οὗτος γὰρ ὁ Μελχισέδεκ, βασιλεὺς Σαλήμ, ἱερεὺς τοῦ Θεοῦ τοῦ
Porque este - Melquisedec rey de Salem sacerdote del Dios del
ὑψίστου, ὁ συναντήσας ᾿Αβραὰμ ὑποστρέφοντι ἀπὸ τῆς κοπῆς
Altísimo el que vino a encontrarse con Abraham que vuelve de la derrota
τῶν βασιλέων καὶ εὐλογήσας αὐτόν,
de los reyes y que bendijo le.

Notas y análisis del texto griego.

Inicia el párrafo sobre Melquisedec con οὗτος, caso nominativo masculino singular del pronombre demostrativo *este*; seguido de γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al pronombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se usa en español al determinar a nombre propio; Μελχισέδεκ, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Melquisedec*; βασιλεὺς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *rey*; Σαλήμ, caso genitivo femenino singular del nombre propio de ciudad, declinado, *de Salem*; ἱερεὺς, caso nominativo masculino singular del sustantivo *sacederdote*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Dios*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*, no suele usarse en español al preceder a un adjetivo calificativo; ὑψίστου, caso genitivo masculino singular del adjetivo superlativo *altísimo*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; συναντήσας, caso nominativo masculino singular del participio aoristo primero en voz activa del verbo συναντάω, *venir hacia, encontrarse con,* aquí como *que vino a encontrarse con*; ᾿Αβραὰμ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Abraham*; ὑποστρέφοντι, caso dativo masculino singular con el participio de presente en voz activa del verbo ὑποστρέφω, *regresar, volver, apartarse,* aquí como *que vuelve*, mejor traducirlo como *que volvía*, para mayor concordancia temporal de la expresión; ἀπὸ, preposición de genitivo *de*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; κοπῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *derrota, matanza,* aquí como *derrota*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *de los*; βασιλέων, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *reyes*; καὶ, conjunción copulativa *y*; εὐλογήσας, caso nominativo masculino singular con el participio aoristo primero en voz activa del verbo εὐλογέω, que expresa la idea de *alabar, ensalzar, exaltar, bendecir, recitar oración de alabanza*, que en sentido absoluto es un semitismo con el significado especial de *bendecir* aquí como *que bendijo*; αὐτόν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *le*.

Al retomar el tema en referencia a Melquisedec, recuerda algunos aspectos personales. A fin de diferenciarlo de cualquier otro que pudiera

llamarse con el mismo nombre, enfatiza la persona mediante el uso del pronombre demostrativo οὗτος *este*, en sentido del único, οὗτος ὁ Μελχισέδεκ *"este Melquisedec"*, no es otro, sino el mencionado anteriormente.

De la referencia al Salmo 5:6, pasa ahora al único relato histórico sobre Melquisedec. Los datos personales que apunta en el versículo están tomados de la narración del Pentateuco (Gn. 14:18-20). Se trata de la ocasión y el incidente que se produjo por la actuación de la coalición de reyes capitaneados por Quedorlaomer (Gn. 14:8-9). Los reyes elamitas coaligados, recorriendo las Transjordania y el Neguev, guerreando contra las ciudades estados del circuito del Jordán. Entre los derrotados estaba el rey de la ciudad de Sodoma, donde residía Lot, el sobrino de Abraham, que fue llevado cautivo por aquellos reyes. Abraham intervino contra ellos derrotándolos, liberando a Lot y tomándoles un gran botín de guerra. Es al retorno de la acción contra los reyes coaligados, cuando aparece por primera vez la figura de Melquisedec.

Se dice que era βασιλεὺς Σαλήμ, rey de Salem. Tanto Eusebio como Jerónimo opinan que Salem debe identificarse con *Salim*, donde Juan bautizaba (Jn. 3:23). Jerónimo escribía sobre las ruinas del palacio de Melquisedec, a unas ocho millas de este lugar[1]. Pero, siguiendo más bien la tradición judía, debe identificarse con Jerusalén. En los Salmos aparece el nombre Salem en referencia directa a Jerusalén, en paralelismo con Sión, abreviatura poética de Jerusalén (Sal. 76:2). La referencia a Jerusalén encuadraría perfectamente con la ruta que, con toda probabilidad, usó Abraham para regresar desde el área de Damasco hasta Hebrón. *Salem*, tiene la raíz de *paz*, por tanto su título equivale a *Rey de paz*.

El escritor dice también que era ἱερεὺς τοῦ Θεοῦ τοῦ ὑψίστου, *"sacerdote del Dios altísimo"*, el término hebreo *l*^{as}*ël Elyôn*, traducido literalmente por *El Altísimo.* El título divino *´El*, equivale al genérico *Deidad* y frecuentemente expresado en el Antiguo Testamento con los calificativos ^{a}*Ôläm, Shadday,* aquí aparece con el calificativo de *Altísimo*, aplicado siempre y exclusivamente al verdadero Dios y a Él solo (Nm. 24:16; Dt. 32:8; Is. 14:14), o también unido al nombre *Yahweh*, otro excluyente nombre de Dios sólo (Sal. 47:2) y también a *´Elöhîm*, nombre del Creador (Sal. 57:2; 78:56), incluso también al nombre ´El (Sal. 78:35), por tanto el título *Altísimo* corresponde al Dios de Israel, el único y verdadero Dios. El término expresa la idea de quien es el *más alto Dios*, ya que *Elyôn*, equivale simplemente a *"el más alto"*. En el caso de Abraham se aprecia el significado de forma muy especial, al salir a su encuentro Melquesidec, presentado como auténtico *sacerdote* (heb. *Köhën*) *"del*

[1] Citado por Miguel Nicolau. o.c., pág. 82.

Dios Altísimo", que le bendice en el nombre de quien siendo *El Altísimo*, es poseedor de los cielos y de la tierra. Es interesante que un rey gentil, pero con una revelación especial de Dios, reconocía al Dios de Abraham como *El Altísimo* y era su sacerdote, que es, por su condición suprema de poseedor de cielos, capaz de *"hacer heredar a las naciones, cuando hizo dividir a los hijos de los hombres y estableció los límites de los pueblos según el número de los hijos de Israel"* (Dt. 32:8). Siendo *El Altísimo*, tiene y ejerce autoridad tanto en los cielos como en la tierra (Dn. 4:35). Es notable que en el relato del encuentro de Abraham con Melquisedec, se mencione tres veces a Dios en el mismo capítulo con el título de *El Altísimo* (Gn. 14:18-20). Se trata, pues, de Dios, el Creador de cielos y tierra (Gn. 14:19).

El encuentro con Abraham se produjo cuando ὁ συναντήσας ʼΑβραὰμ ὑποστρέφοντι ἀπὸ τῆς κοπῆς τῶν βασιλέων, *"salió a recibir a Abraham que volvía de la derrota de los reyes"*. Esto mismo se dice del rey de Sodoma (Gn. 14:17), pero el primer encuentro de Abraham fue con Melquisedec. Por el versículo que estamos considerando de la Epístola sabemos que vino al encuentro de Abraham ya que el relato del Génesis guarda silencio sobre esto. La acción de Melquisede fue propia de un sacerdote: καὶ εὐλογήσας αὐτόν *"y le bendijo"*. Esto ocurrió antes de encontrarse con el rey de Sodoma, que le propuso un acuerdo que Abraham rechazó (Gn. 14:21ss). La bendición al patriarca fue hecha en el nombre del Dios Altísimo de quien Melquisedec era sacerdote. Algunos pretenden ver en el pan y el vino que Melquisedec ofreció a Abraham un aspecto sacrificial o cultual, pero más bien eran los elementos habituales para el refrigerio de las tropas, o incluso forma de expresar genéricamente comida y bebida. El hecho de que Melquisedec sea tipo de Cristo no obliga a usar como tipológicas todas las acciones reseñadas en el relato bíblico, con lo que supone una extralimitación tal aplicación al pan y al vino, presentados a Abraham.

Así escribe F. F. Bruce:

"Pocos tipologistas del cristianismo primitivo o de épocas más recientes hubiesen resistido una oportunidad tan obvia para extraer una inferencia eucarística de estas palabras. (cf. Cipriano, Epístola 62:4: 'Porque, ¿quién es más sacerdote del Dios Altísimo que nuestro Señor Jesucristo, que ofreció un sacrificio a Dios el Padre y ofreció lo mismo que Melquisedec había ofrecido, es decir pan y vino, su cuerpo y su sangre?')"[2].

La bendición de Dios sobre Abraham por medio de Melquisedec, tenía una doble provisión: Por un lado el refrigerio para su cuerpo, con el alimento y

[2] F. F. Bruce. o.c., pág. 137.

la bebida. Por otra el aliento para su alma, con la bendición en el nombre del Altísimo. Pero, también la bendición es doble: ya que está la bendición para Abraham: *"Bendito sea Abrám del Dios Altísimo, creador de los cielos y de la tierra"*; y también está la glorificación y bendición del Altísimo: *"Y bendito sea el Dios Altísimo, que entregó tus enemigos en tu mano"* (Gn. 14:19-20).

2. A quien asimismo dio Abraham los diezmos de todo; cuyo nombre significa primero Rey de justicia, y también Rey de Salem, esto es, Rey de paz.

ᾧ καὶ δεκάτην ἀπὸ πάντων ἐμέρισεν ᾿Αβραάμ, πρῶτον μὲν
Al que también diezmo de todo repartió Abraham primero ciertamente
ἑρμηνευόμενος βασιλεὺς δικαιοσύνης ἔπειτα δὲ καὶ βασιλεὺς Σαλήμ,
teniendo el significado rey de justicia y después también rey de Salem
ὅ ἐστιν βασιλεὺς εἰρήνης,
lo que es rey de paz.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad prosigue con ᾧ, caso dativo masculino singular del pronombre relativo declinado *al que*; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; δεκάτην, caso acusativo femenino singular del adjetivo numeral ordinal *décima*, aquí en sentido de *diezmo*, es decir, *una décima parte*; ἀπὸ, preposición de genitivo *de*; πάντων, caso genitivo neutro plural del adjetivo indefinido *todo*; ἐμέρισεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo μερίζω, *dividir, repartir, distribuir*, aquí como *repartió*;᾿Αβραάμ, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Abraham*; πρῶτον, caso acusativo neutro singular del adjetivo numeral ordinal *primero*, o también del adverbio de tiempo *primeramente*; μὲν, partícula afirmativa que se coloca siempre inmediatamente después de la palabra expresiva de una idea que se ha de reforzar o poner en relación con otra idea y que, en sentido absoluto tiene oficio de adverbio de afirmación, como *ciertamente, a la verdad*; ἑρμηνευόμενος, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz pasiva del verbo ἑρμενεύω, *interpretar, traducir, dar el significado,* aquí como *teniendo el significado*; βασιλεὺς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *rey*; δικαιοσύνης, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de justicia*; ἔπειτα, adverbio de tiempo o de lugar, *después*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; βασιλεὺς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *rey*; Σαλήμ, caso genitivo femenino singular del nombre propio de lugar declinado, *de Salem*; ὅ, caso nominativo neutro singular del pronombre relativo *lo que*; ἐστιν, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *es*; βασιλεὺς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *rey*; εἰρήνης, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado que denota *de paz.*

ᾯ καὶ δεκάτην ἀπὸ πάντων ἐμέρισεν Ἀβραάμ. De la bendición recibida al reconocimiento prestado, conforme al relato del Génesis. Abraham dio diezmos a Melquisedec. El verbo griego traducido por *dio*, tiene la raíz de *porción*[3], en sentido de separar algo en partes. En el entorno histórico de la época patriarcal se solía diezmar a los dioses, aunque sin duda, no puede aplicarse a Abraham una costumbre pagana en relación con Melquisedec a quien reconocía como el sacerdote del Altísimo, entregándole el diezmo de todo. La ofrenda y más concretamente el diezmo no es un asunto de la Ley, como algunos consideran, sino que antecede a ella. Es evidente que Dios acepta el diezmo como medida de ofrenda cuando luego lo establece en la Ley.

El nombre de Melquisedec tiene un significado del que se ocupa el autor en el versículo: πρῶτον μὲν ἑρμηνευόμενος βασιλεὺς δικαιοσύνης ἔπειτα δὲ καὶ βασιλεὺς Σαλήμ, ὅ ἐστιν βασιλεὺς εἰρήνης, *“cuyo nombre significa primeramente Rey de justicia, y también Rey de Salem, esto es, Rey de paz”*. Una doble interpretación del nombre del sacerdote del Altísimo. El nombre en hebreo *Malkî-sedeq*, podría ser *mi rey justicia* o *mi rey Sedec*, pero la iota de *malkî* aparece muchas veces como desinencia causal en estado constructo, lo que el nombre equivale a *Rey de justicia”*. Tanto Josefo como Filón, hacen esta interpretación. La segunda acepción del nombre se obtiene al vincularlo con la ciudad *Salem*, como equivalencia a *shalom*, que significa *paz*. El orden interpretativo de *justicia y paz*, corresponde notoriamente al orden de la salvación en el mensaje del evangelio, donde la paz con Dios es consecuencia del resultado de la justicia de Dios (cf. Is. 32:17; Ro. 5:1).

3. Sin padre, sin madre, sin genealogía; que ni tiene principio de días, ni fin de vida, sino hecho semejante al Hijo de Dios, permanece sacerdote para siempre.

ἀπάτωρ ἀμήτωρ ἀγενεαλόγητος, μήτε ἀρχὴν ἡμερῶν μήτε ζωῆς τέλος
sin padre, sin madre, sin genealogía, ni principio de días ni de vida fin
ἔχων, ἀφωμοιωμένος δὲ τῷ Υἱῷ τοῦ Θεοῦ, μένει ἱερεὺς εἰς τὸ
que tiene y siendo hecho semejante al Hijo - de Dios, permanece sacerdote a lo
διηνεκές.
perpetuo.

Notas y análisis del texto griego.

Continúa la misma oración con ἀπάτωρ, caso nominativo masculino singular del adjetivo *sin padre*, compuesto por el sustantivo precedido de α privativa; ἀμήτωρ, caso nominativo femenino singular del adjetivo *sin madre*; ἀγενεαλόγητος, caso

[3] Griego μέρος.

nominativo masculino singular del adjetivo *sin genealogía*; μήτε, conjunción copulativa que denota negación y que corresponde a *ni, y no*; ἀρχὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *principio*; ἡμερῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo declinado *de días*; μήτε, nuevamente la conjunción copulativa que denota negación y que corresponde a *ni, y no*; ζωῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de vida*; τέλος, caso acusativo neutro singular del sustantivo *fin*; ἔχων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí como *que tiene*, o *teniendo*; ἀφωμοιωμένος, caso nominativo masculino singular del participio perfecto en voz pasiva del verbo ἀφομοιόω, *hacer semejante, reproducir la imagen*, aquí como, *siendo hecho semejante*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; Υἱῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo *hijo*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, no traducible en español al corresponder a nombre propio; Θεοῦ, caso dativo masculino singular del nombre propio declinado *de Dios*; μένει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo μένω, *permanecer, quedarse, vivir, habitar, aguardar,* aquí como *permanece*; ἱερεὺς, caso nominativo masculino singular del sustantivo *sacerdote*; εἰς, preposición de acusativo *para*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; διηνεκές, caso acusativo neutro singular del adjetivo *perpetuo*; la expresión εἰς τὸ διηνεκές, equivale a *para siempre, a perpetuidad.*

El silencio de la genealogía de Melquisedec se pone de manifiesto y se enfatiza radicalmente para concretar el tipo que era de Jesucristo. Es habitual en la literatura bíblica indicar junto con el personaje su ascendencia, y en ocasiones también su descendencia. Siendo *tipo* de Cristo, la Palabra guarda silencio sobre los antepasados de Melquisedec. Nada dice la Biblia de la procedencia del Rey de Salem. Sin duda el silencio es intencionado y debe entenderse en el sentido propio de un pasaje inspirado con un determinado propósito tipológico. Al afirmar que Melquisedec era ἀπάτωρ ἀμήτωρ ἀγενεαλόγητος, *"sin padre, sin madre, sin genealogía"*, no está diciendo que no tuviera padres, ni ascendencia alguna. Mucho menos puede significar que fuera hijo de un padre incógnito, ni referirse a un hijo ilegítimo. No hay tampoco justificación para que se entienda como un milagro biológico, ni como una manifestación angélica corporizada. Es más, algunos entienden esto como una *Teofanía*, como escribe J. B. McCaul:

"Cunaeus… cree, como lo hace Ewald, y yo también, que Melquisedec era la segunda Persona de la siempre bendita Trinidad, el Divino Ángel del Señor, quien continuamente se les aparecía a los Padres bajo la dispensación del Antiguo Testamento… si Melquisedec era sin principio de días ni fin de vida, sino que permanece sacerdote para siempre, ¿cómo se puede creer que

era un mero mortal?... Melquisedec, como el Logos divino, existía desde la eternidad"[4].

En el orden sacerdotal levítico, se tenía sumo cuidado en cuanto a la ascendencia y descendencia, ya que cada sacerdote debía acreditar como necesaria su vinculación con la familia sacerdotal de Aarón, la elegida por Dios para el sacerdocio (Nm. 17:5, 7-10) y casarse con una israelita (Lv. 21:13-14). En la historia de Israel quienes no pudieron acreditar su condición sacerdotal por descendencia del primer sumo sacerdote, fueron excluidos del sacerdocio (Neh. 7:61, 64). El silencio en torno a Melquisedec es necesario para afirmar el carácter perpetuo de su sacerdocio. Melquisedec tenía genealogía humana como cualquier hombre, pero, siendo tipo de Cristo, la Escritura la mantiene oculta, de ahí que se lea ἀπάτωρ ἀμήτωρ ἀγενεαλόγητος, *"sin padre, sin madre, sin genealogía"*, no porque no la tuviese, sino porque conviene a los propósitos divinos de la revelación.

El silencio sobre el tiempo de Melquisedec complementa también al silencio genealógico: μήτε ἀρχὴν ἡμερῶν μήτε ζωῆς τέλος ἔχων, *"que ni tiene principio de días, ni fin de vida"*. En el mismo sentido no debe tomarse literalmente, sino como un dato que la Escritura no revela. No se dice la fecha de su nacimiento y se reserva también la de su muerte. Del personaje en cuestión la Palabra se reserva los datos sobre sus antecesores, la fecha de su nacimiento y la de su muerte. Tal silencio hace extensible a perpetuidad su sacerdocio. En el levítico, el nacimiento y la muerte, marcaban el principio y el fin de la humanidad del sumo sacerdote, y por tanto la temporalidad de su ministerio. Al guardar silencio sobre esto, en cuanto a Melquisedec, lo único que se manifiesta es su condición de sacerdote, por tanto, su sacerdocio, al no estar limitado por la muerte del sacerdote, adquiere un carácter de permanencia.

En base a todo ello Melquisedec es tipo de Cristo: ἀφωμοιωμένος δὲ τῷ Υἱῷ τοῦ Θεοῦ, *"hecho semejante al Hijo de Dios"*. La expresión no permite considerarlo como una *Teofanía*, esto es, la manifestación personificada de la segunda Persona Divina, en el Antiguo Testamento, ya que Melquisedec fue, como se afirma, *hecho semejante* al Hijo de Dios. La expresión verbal traducida como *hecho semejante*, traslada el participio perfecto de un verbo que equivale a reproducir algo mediante copia. Es necesario apreciar la construcción gramatical del texto griego en donde la partícula traducida por *y*, adquiere carácter de conjunción adversativa *sino* y que sirve para introducir la frase, señalando a Melquisedec como un tipo del Hijo de Dios. La semejanza en la Escritura entre Melquisedec y Cristo, tiene que ver con la expresión μήτε

---

[4] McClau, J. B., *The Epistke ti the Hebrews*. Londres, 1871.

ἀρχὴν ἡμερῶν μήτε ζωῆς τέλος, *"sin principio de días, ni fin de vida"*. El escritor está enfatizando la naturaleza del Hijo de Dios, que siendo divina es, por tanto, sin origen. Jesucristo es sin principio de días, en el plano de su Persona Divina, por tanto antecede a Abraham (Jn. 8:58) y anterior también a Melquisedec, contemporáneo de Abraham. Este es el objetivo principal del escritor al referirse a la semejanza entre Melquisedec y Jesús.

Otro énfasis que se busca en el planteamiento tipológico es el de la permanencia del sacerdocio: μένει ἱερεὺς εἰς τὸ διηνεκές, *"permanece sacerdote para siempre"*. Al no mencionarse en la Escritura sucesores, es la mejor figura para referirse al sacerdocio perpetuo de Jesucristo. Nuestro Señor, en cuando a su Deidad no tiene *principio ni fin*, es *atemporal* porque es eterno. Sin duda la historia temporal de la segunda Persona Divina es posible en el plano de su humanidad, que tuvo comienzo en la encarnación. Este Jesús, exaltado a la diestra de Dios, permanece sacerdote para siempre. Es sumamente interesante apreciar aquí que no es el *tipo* el que condiciona al *antitipo*, es decir, no es Melquisedec y los detalles de su vida quien condiciona el cumplimiento en Jesús, sino al revés, Melquisedec se establece como *tipo*, al ser ἀφωμοιωμένος δὲ τῷ Υἱῷ τοῦ Θεου, *"hecho semejante al Hijo de Dios"*. De otro modo, Jesús no es conformado al modelo de Melquisedec, sino que es Melquisedec el que ha sido conformado a Jesús. Si el sacerdocio es *perpetuo*, esto es *para siempre*, definitivo, quiere decir que el sacerdocio y el sacerdote son únicos.

La preeminencia de Melquisedec (7:4-10).

4. Considerad, pues, cuán grande era éste, a quien aun Abraham el patriarca dio diezmos del botín.

Θεωρεῖτε δὲ πηλίκος οὗτος, ᾧ καὶ δεκάτην ᾿Αβραὰμ ἔδωκεν ἐκ
Y considerad cuan grande éste al que y diezmo Abraham dio de
τῶν ἀκροθινίων ὁ πατριάρχης.
lo de botín el patriarca.

Notas y análisis del texto griego.

Una llamada de atención inicia el nuevo párrafo con θεωρεῖτε, segunda persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo θεωρέω, *mirar, observar, contemplar como espectador, considerar,* aquí como *considerad*, puede ser también –y tal vez deba considerarse así- la segunda persona plural del presente de imperativo en voz activa del mismo verbo; deV, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; πηλίκος, caso nominativo masculino singular del adjetivo interrogativo *¿cuan grande? ¿de que tamaño?*, puede considerarse también como pronombre relativo en exclamaciones, *¡que grande!*, este debe ser el sentido en

este caso; οὗτος, pronombre demostrativo masculino singular *éste*; ᾧ, caso dativo masculino singular del pronombre relativo declinado *al que*; καὶ, conjunción copulativa *y*, puede tratarse de una interpolación ya que no es necesaria en la construcción gramatical; δεκάτην, caso acusativo femenino singular del adjetivo numeral ordinal *décima*, en sentido de *diezmo*; ᾿Αβραὰμ, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Abraham*, ἔδωκεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar, entregar, conceder*, aquí como *dio*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *los*; ἀκροθινίων, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *botín*, expresando la idea de *lo más alto*, tal vez *lo mejor* del botín, ya que el sustantivo está compuesto con ακρός, *lo más alto* y θις, *montón*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; πατριάρχης, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *patriarca.*

Θεωρεῖτε δὲ πηλίκος οὗτος. Luego de dar los datos bíblicos generales sobre Melquisedec, se hace un llamado de atención invitando al lector a una consideración necesaria. El verbo traducido por *considerad*, puede ser un presente de indicativo o también un presente de imperativo. Posiblemente sea mejor considerarlo de esta última forma para dar un mayor énfasis a la atención requerida. El autor desea que los lectores presten atención no tanto a los asuntos curiosos sobre Melquisedec, sino a la grandeza del personaje. Para ello dará dos elementos que la evidencian: 1) Los diezmos que recibió de Abraham; 2) La bendición que dio a Abraham (v. 7).

La primera manifestación de la dignidad de Melquisedec consistió en que ᾧ καὶ δεκάτην ᾿Αβραὰμ ἔδωκεν ἐκ τῶν ἀκροθινίων ὁ πατριάρχης, *"aun Abraham el patriarca dio diezmos del botín"*. Sobre los diezmos, legalmente establecidos, tratará en el próximo versículo, pero, se recalca aquí no sólo el hecho de haber dado los diezmos de todo el botín, sino los diezmos de lo más escogido de él. El sustantivo traducido como *botín*, es un compuesto de dos palabras: la primera tiene que ver con *lo que está más alto*, la segunda literalmente con un *montón*, las dos palabras al formar juntas el sustantivo le confieren la idea de lo más importante o lo más elevado del botín de guerra. Abraham dio los diezmos, escogiendo la parte mejor para esa ofrenda. No solo dio el diezmo, sino que lo dio de *lo mejor de botín*. Abraham era un hombre grande, para sus allegados era un *príncipe de Dios* (Gn. 23:6), por tanto, si dio diezmos a Melquisedec quiere decir que lo consideraba como mayor que él. Esta acción se llevó a cabo por *el patriarca*, marcando un énfasis muy especial en la construcción gramatical griega al situarla al final de la oración. Es decir, el *padre* de todo Israel, ofreció el mejor diezmo, reconociendo la superioridad que sobre él representaba la figura de Melquisedec.

5. Ciertamente los que de entre los hijos de Leví reciben el sacerdocio, tienen mandamiento de tomar del pueblo los diezmos según la ley, es decir,

de sus hermanos, aunque estos también hayan salido de los lomos de Abraham.

καὶ οἱ μὲν ἐκ τῶν υἱῶν Λευὶ τὴν ἱερατείαν λαμβάνοντες
Y ciertamente los de los hijos de Leví el ministerio sacerdotal que reciben
ἐντολὴν ἔχουσιν ἀποδεκατοῦν τὸν λαὸν κατὰ τὸν νόμον, τοῦτ᾽
mandamiento tienen de tomar diezmos al pueblo según la ley esto
ἔστιν τοὺς ἀδελφοὺς αὐτῶν, καίπερ ἐξεληλυθότας ἐκ τῆς ὀσφύος
es a los hermanos de ellos a pesar de que han salido del lomo
᾽Αβραάμ·
de Abraham.

Notas y análisis del texto griego.

Continua la argumentación con καὶ, conjunción copulativa *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; μὲν, partícula afirmativa que se coloca siempre inmediatamente después de la palabra expresiva de una idea que se ha de reforzar o poner en relación con otra idea y que, en sentido absoluto tiene oficio de adverbio de afirmación, como *ciertamente, a la verdad*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; tw`n, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; υἱῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *hijos*; Λευὶ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Leví*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἱερατείαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *oficio sacerdotal, ministerio sacerdotal*; λαμβάνοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo λαμβάνω, *tomar, coger, recibir, agarrar, tomar posesión*, aquí como *que reciben*; ἐντολὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *norma, mandamiento*; ἔχουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí como *tienen*; ἀποδεκατοῦν, infinitivo de presente en voz activa del verbo ἀποδεκατόω, *tomar el diezmo, exigir el diezmo, recibir el diezmo*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; λαὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *pueblo*; κατὰ, preposición de acusativo *según*; τὸν, caso acusativo masculino singular *el*; νόμον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *mandato, mandamiento, ley*; τοῦτ᾽, caso nominativo neutro singular del pronombre demostrativo *esto,* con el grafismo propio ante vocal; e[stin, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *es*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado declinado *a los*; ἀδελφοὺς, caso acusativo masculino plural del sustantivo que denota *hermanos*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos*; καίπερ, conjunción formada de καί y περ, con sentido de *aunque, bien que, a pesar de*; ἐξεληλυθότας, caso acusativo masculino plural del participio perfecto en voz activa del verbo ἐξέρχομαι, *salir, proceder*, aquí como *que han salido*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; ὀσφύος, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *entrañas, centro del poder generativo, lomos*; ᾽Αβραάμ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Abraham.*

Dios estableció y reguló los diezmos en la Ley, de manera que existe un mandamiento establecido para ello. El pueblo entero, sin excepción, debía dar los diezmos al Señor. Los levitas eran los encargados de recogerlos conforme a lo establecido en la Ley (Dt. 12:17-19; 14:22-29; 26:12-15). Estos diezmos se destinaban y permitían el sustento de la tribu sacerdotal como *"herencia de Dios"* (Nm. 18:21). Un décimo de ese diezmo general era para el sostenimiento de los sacerdotes, de la familia de Aarón (Nm. 18:26ss). El pueblo de Israel quedaba sometido a la ley y por ella a los hijos de Leví, en el sentido de ser los recaudadores establecidos por Dios para recoger el diezmo de la nación y, a su vez, ellos también lo estaban a la ley del diezmo. Por tanto, la referencia a la enseñanza tomada de lo establecido en la ley es: 1) Los levitas recibieron el mandamiento de tomar diezmos del pueblo καὶ οἱ μὲν ἐκ τῶν υἱῶν Λευὶ τὴν ἱερατείαν λαμβάνοντε ἐντολὴν ἔχουσιν ἀποδεκατοῦν τὸν λαὸν. 2) Esto estaba establecido en la Ley κατὰ τὸν νόμον.

Sin embargo, todos los israelitas incluidos los levitas, eran descendientes de Abraham. La expresión ἐξεληλυθότας ἐκ τῆς ὀσφύος Ἀβραάμ *"estaban en los lomos de Abraham"* es un hebraísmo para referirse a la descendencia potencial de Abraham. Todos los hijos de Israel, procedían del patriarca, por tanto, estaban en *sus entrañas*, o en sus *lomos*, como suele traducirse la expresión ya que todos procedían de él. En ese sentido todo lo que Abraham hacía afectaba –en alguna medida- a su descendencia que ya estaba potencialmente en él. De igual manera ocurre con la transmisión del pecado de Adán que alcanza a toda su descendencia (Ro. 5:12), transmitiéndole la genética espiritual que nos hace a todos pecadores. El alcance de la situación es que todos los hijos de Israel quedan sometidos a la Ley y con ello, en cuanto a la entrega y recogida de los diezmos, a los de Leví; los sacerdotes aaroníticos quedan asimismo sometidos también a la Ley, porque todos estaban potencialmente en Abraham.

6. Pero aquel cuya genealogía no es contada de entre ellos, tomó de Abraham los diezmos, y bendijo al que tenía las promesas.

ὁ δὲ μὴ γενεαλογούμενος ἐξ αὐτῶν δεδεκάτωκεν ᾿Αβραὰμ καὶ
Pero el no siendo contado en la genealogía de ellos tomó diezmos de Abraham y
τὸν ἔχοντα τὰς ἐπαγγελίας εὐλόγηκεν.
al que tiene las promesas bendijo.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue el tema con ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; seguido de δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; que precede a μὴ, partícula negativa que hace las

veces de adverbio de negación condicional *no*, que negativiza a γενεαλογούμενος, caso nominativo masculino singular del participio de presente articular en voz pasiva del verbo γενεαλογέω, *descender, contar en la genealogía,* aquí como *siendo contado en la genealogía*; ἐξ, forma que adopta la preposición de genitivo ἐκ, delante de vocal y que significa *de*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *ellos*; δεδεκάτωκεν, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo δεκατόω, *recibir diezmos*, *tomar diezmos*, aquí como *tomó diezmos*; Ἀβραὰμ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Abraham*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; ἔχοντα, caso acusativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, tener, aquí como *que tiene*, mejor *que tenía* para adecuar la temporalidad de la expresión; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; ἐπαγγελίας, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *promesas*; εὐλόγηκεν, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo εὐλογέω, *bendecir*, aquí como *bendijo*.

Un contraste se establece en el versículo en donde se lee literalmente: ὁ δὲ μὴ γενεαλογούμενος ἐξ αὐτῶν *"pero el no contado en la genealogía de ellos"*, en alusión directa y clara a Melquisedec, que no era de la ascendencia y, mucho menos, de la descendencia de Abraham, por tanto, no podía estar incluido o contarse en la genealogía del patriarca, bien sea colectivamente como el pueblo hebreo, bien individualmente como perteneciente a su sacerdocio. Este contraste establece la primera manifestación de superioridad sobre Abraham, porque δεδεκάτωκεν Ἀβραὰμ *"tomó de él los diezmos"*. De la misma manera que la tribu de Leví tomaba los diezmos de sus hermanos, conforme a lo establecido en la Ley, así también ocurrió con Melquisedec. El Rey de Salem tomó los diezmos de Abraham, el patriarca del pueblo hebreo, con lo que éste y su progenitor reconocen la superioridad de Melquisedec. El sacerdocio conforme al orden de Melquisedec aparece como disfrutando de una superioridad sobre el levítico, como recalcará más adelante (v. 9).

La segunda manifestación de superioridad es la bendición de Melquisedec sobre Abraham, que se considera en el siguiente versículo. La acción de Melquisedec en la bendición al patriarca se expresa mediante un verbo en perfecto de indicativo que indica una acción cumplida permanentemente, τὸν ἔχοντα τὰς ἐπαγγελίας εὐλόγηκεν, *"al que tenía las promesas bendijo"*, es decir, a quien era destinatario de las promesas que Dios le había otorgado, para él y su descendencia, como *"heredero del mundo"* (Ro. 4:13). Dios había hecho promesa a Abraham mediante pacto, tanto de descendencia (Gn. 13:16; 15:5), como de herencia terrenal (Gn. 12:7; 13:14-18; 15:18-21; 17:4-8). Sin embargo es notoria la afirmación del apóstol Pablo sobre que sería *"heredero del mundo"*. Dios dio al primer hombre, el mundo como posesión (Gn. 1:28-30). Por la derrota del hombre a causa del pecado, *cedió* el dominio a Satanás, pasando a ser del maligno los reinos del mundo (Lc. 4:6). El mundo actual está

sujeto a los ángeles, a causa del problema del pecado (He. 2:5), pero el reino futuro estará en manos del hombre como es propósito de Dios (He. 2:6-8). El Rey de reyes y Señor de señores, que reinará en el mundo y lo tendrá como *herencia suya* (Sal. 2:7-8), es de la descendencia de Abraham, según la carne (Ro. 9:5) por cuya razón se considera al patriarca como *heredero del mundo*.

7. Y sin discusión alguna, el menor es bendecido por el mayor.

χωρὶς δὲ πάσης ἀντιλογίας τὸ ἔλαττον ὑπὸ τοῦ κρείττονος
Y fuera de toda controversia lo más pequeño por lo superior
εὐλογεῖται.
es bendecido.

Notas y análisis del texto griego.

La conclusión primera a que se llega está expresada con χωρὶς, preposición de genitivo *aparte de, sin, separado de, fuera de*; seguida nuevamente por δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; πάσης, caso genitivo femenino singular del adjetivo que expresa totalidad, aquí declinado como *de toda*; ἀντιλογίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *discusión, controversia*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*; ἔλαττον, caso nominativo neutro singular del adjetivo comparativo *que es menor, mas pequeño*; ὑπὸ, preposición de genitivo *por*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *lo*; κρείττονος, caso genitivo neutro singular del adjetivo comparativo *más elevado, superior,* equivalente al adverbio *mejor*, aquí como *superior*; εὐλογεῖται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz pasiva del verbo εὐλογέω, *bendecir*, aquí como *es bendecido*.

Lo que sigue no puede ser materia de discusión porque está fuera de toda duda: τὸ ἔλαττον ὑπὸ τοῦ κρείττονος εὐλογεῖται, *“el menor es bendecido por el mayor”*, concretamente en el texto griego se utilizan neutros y adjetivos comparativos *“lo más pequeño es bendecido por lo que es más grande”*. Abraham era τὸ ἔλαττον, *lo menor* delante de lo que era superior representado por Melquisedec. La evidencia de su superioridad está en que bendijo al que tenía las promesas. El haber recibido las promesas, hacía que Israel considerase a Abraham como el mayor de los hombres, porque fue con quien Dios hizo el pacto. Sin embargo, el argumento bíblico-teológico en relación con Abraham es que uno mayor que él le bendijo y a él, reconociéndolo como superior por lo que representaba, le dio los mejores diezmos del botín de guerra. El bendecir a otro es invocar los favores y gracias divinas sobre ese otro, por lo que τὸ ἔλαττον *lo menor* es siempre bendecido por ὑπὸ τοῦ κρείττονος, *lo que es mayor*, en ese sentido se pone de manifiesto la superioridad de Cristo, de quien Melquisedec es figura, sobre Abraham y su pueblo.

8. Y aquí ciertamente reciben los diezmos hombres mortales; pero allí, uno de quien se da testimonio de que vive.

καὶ ὧδε μὲν δεκάτας ἀποθνῄσκοντες ἄνθρωποι λαμβάνουσιν,
Y aquí ciertamente diezmos mortales hombres reciben,
ἐκεῖ δὲ μαρτυρούμενος ὅτι ζῇ.
mas allí de quien se da testimonio que vive.

Notas y análisis del texto griego.

Continúa el desarrollo argumental vinculando con lo que antecede mediante καὶ, conjunción copulativa *y*; ὧδε, adverbio de lugar, *aquí*; μὲν, partícula afirmativa que se coloca siempre inmediatamente después de la palabra expresiva de una idea que se ha de reforzar o poner en relación con otra idea y que, en sentido absoluto tiene oficio de adverbio de afirmación, como *ciertamente, a la verdad*; δεκάτας, caso acusativo femenino plural del adjetivo numeral ordinal *décimos*, en sentido de *diezmos*; ἀποθνῄσκοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ἀποθνῄσκω, *morir*, aquí como *que mueren*, de ahí *mortales*; a[nqrwpoi, caso nominativo masculino del sustantivo genérico *hombres, seres humanos, personas*; λαμβάνουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo λαμβάνω, *recibir, aceptar, tomar posesión*, aquí como *reciben*; ἐκεῖ, adverbio de lugar, *allí*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; μαρτυρούμενος, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz pasiva del verbo μαρτυρέω, *testificar, declarar, dar testimonio*, aquí en construcción personal del verbo como *siendo testificado*, es decir, *de quien se da testimonio*; ὅτι, conjunción causal, *que, porque, de modo que, puesto que*; ζῇ, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ζάω, *vivir,* aquí como *vive.*

Καὶ ὧδε μὲν δεκάτας ἀποθνῄσκοντες ἄνθρωποι λαμβάνουσιν. En referencia directa al sacerdocio levítico se menciona uno de los ministerios de la tribu sacerdotal que era recibir los diezmos. Estos diezmos eran recibidos por quienes, como hombres, morían. Por esa causa el sustantivo *diezmos*, está en plural, ya que la acción de diezmar se repetía continuamente a lo largo del tiempo, por quienes recibían el sacerdocio de sus antecesores y lo transmitían a quienes les sucedían. Tanto los diezmadores como los que recibían los diezmos, eran hombres que pasaban, de ahí que se repetía continuamente la entrega y la recepción del diezmo. Los sacerdotes perdían su oficio sacerdotal por la muerte, teniendo que transmitirlo a sus descendientes. El diezmo prescrito en la Ley era pagado y recibido por hombres mortales.

En un nuevo contraste entre el sacerdocio levítico y el de Melquisedec, se dice, en referencia al diezmo dado por Abraham, ἐκεῖ δὲ μαρτυρούμενος ὅτι ζῇ, *"pero allí, uno de quien se da testimonio de que vive"*. Al no registrarse en la Biblia la muerte de Melquisedec, no porque no se hubiera

producido sino porque la Escritura registra sólo su vida, se puede afirmar que el testimonio que se tiene de él es de vida y, por tanto, no se recoge la transmisión de su sacerdocio, como ocurre con el levítico. Siendo *tipo* de Cristo, allí está uno que vive para siempre, sin que tenga que transmitir a otros su sacerdocio. Debe entenderse claramente que el escritor está refiriéndose a la tipología bíblica en la que Melquisedec es tipo de Cristo, el Sumo Sacerdote perpetuo porque no muere. Sin duda el Rey de Salem murió como todos los hombres, pero lo que la Palabra registra de él, no es su muerte sino su vida, presentándolo como vivo y dejando sin citar todo lo que tiene que ver con su origen y su fin.

9. Y por decirlo así, en Abraham pagó el diezmo también Leví, que recibe los diezmos.

καὶ ὡς ἔπος εἰπεῖν, δι’ ’Αβραὰμ καὶ Λευὶ ὁ
Y en vista de palabra dicha por medio de Abraham también Leví el
δεκάτας λαμβάνων δεδεκάτωται
que diezmo recibe ha pagado diezmo.

Notas y análisis del texto griego.

Una nueva conclusión se establece mediante καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de ὡς, en este caso conjunción con significado de *en vista de*; ἔπος, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *palabra, dicho*, *lo que se dice*; εἰπεῖν, aoristo segundo de infinitivo en voz activa del verbo ei[pon, usado como tiempo aoristo de λέγω, *hablar*, aquí equivalente a *decir*; la expresión καὶ ὡς ἔπος εἰπεῖν, es un giro idiomático del griego antiguo que aparece sólo aquí en todo el N. T. y que equivale a *"y por decirlo así"*; δι’ forma contracta de la preposición de genitivo διά, aquí como *por medio de*;’ Αβραὰμ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Abraham*; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; Λευὶ, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Leví*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; δεκάτας, caso acusativo femenino plural del adjetivo numeral ordinal *décimas*, referido a *diezmos*; λαμβάνων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo λαμβάνω, *recibir, aceptar, tomar posesión*, aquí como *que recibe*; δεδεκάτωται, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz pasiva del verbo δεκατόω, *pagar diezmo*, aquí como *ha pagado diezmo*.

Mediante un giro idiomático propio del griego antiguo que puede traducirse como καὶ ὡς ἔπος εἰπεῖν *y por decirlo así* o también *en cierto modo* y que el autor usa para suavizar una expresión que por su audacia lo exige. Pero, el giro idiomático antes mencionado pudiera usarse también para enfatizar lo dicho con anterioridad en cuyo caso equivaldría a *dicho en una palabra*. Sea cual sea el sentido de la expresión, con ella alcanza una nueva conclusión en la demostración de la superioridad del sacerdocio de Melquisedec, que como tipo de Cristo le servirá luego para aplicarlo al sacerdocio de nuestro Señor, sobre el sacerdocio levítico.

La deducción a que llega es que Leví, que da origen a la tribu sacerdotal y cuyo cometido, entre otros, era la recaudación de los diezmos en la nación de Israel, los pagó en Abraham a Melquisedec. El autor podría usar, como se dice antes, la expresión idiomática en sentido de suavizar la conclusión a que llega en sentido de que Leví pagó, *en cierto modo,* los diezmos a Melquisedec. Pero, conociendo la firmeza de la Epístola, más bien se debiera entender como una afirmación enfática, breve y terminante, como resumen de todo lo que viene diciendo: καὶ ὡς ἔπος εἰπεῖν, δι’ ’Αβραὰμ καὶ Λευὶ ὁ δεκάτας λαμβάνων δεδεκάτωται *"en una palabra, Leví, el que recibe diezmos, por medio de Abraham los dio"*.

10. Porque aún estaba en los lomos de su padre cuando Melquisedec le salió al encuentro.

ἔτι γὰρ ἐν τῇ ὀσφύϊ τοῦ πατρὸς ἦν ὅτε συνήντησεν αὐτῷ
Porque aún en el lomo del padre estaba cuando salió al encuentro le
Μελχισέδεκ.
Melquisedec.

Notas y análisis del texto griego.

Continua el argumento con e[ti, adverbio de tiempo *aún, todavía*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al adverbio y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ἐν, preposición de dativo *en*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; ὀσφύϊ, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *origen reproductor, entrañas,* generalmente traducido por *lomos*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; πατρὸς, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *padre*; ἦν, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *estar*, aquí como *estaba*; ὅτε, conjunción temporal *cuando*; συνήντησεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo συναντάω, *encontrase con,* literalmente *encontrarse junto con*, aquí como *salió al encuentro*; αὐτω, caso dativo masculino singular del pronombre personal *le*; Μελχισέδεκ, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Melquisedec*.

El principio de solidaridad moral con Abraham se establece aquí en relación con su descendiente Leví. La solidaridad de Israel con Abraham es evidente, ya que de él proceden los israelitas, a través de su hijo Isaac y de su nieto Jacob. El argumento es sencillo, pero contundente: Si los israelitas eran herederos de las promesas hechas por Dios a Abraham, y con él y en él participaban de la bendición de Dios expresada en el pacto, lo eran también de lo que Abraham había reconocido como superior, esto es Melquisedec, a quien por ese reconocimiento dio los diezmos del botín (Gn. 12:2ss; 22:17; He. 6:14). Por tanto, en Abraham, el padre del pueblo hebreo, Leví diezmó a Melquisedec. La vinculación que se establece es clara: ἔτι γὰρ ἐν τῇ ὀσφύϊ τοῦ πατρὸς

ἦν, *"Porque aún estaba en los lomos de su padre"*, es decir, potencialmente estaba en Abraham cuando dio los diezmos. De manera que el argumento es claro: Si Leví que recibía los diezmos del pueblo, pagó diezmos a Melquisedec, el sacerdocio levítico era inferior al del Rey de Salem.

La necesidad de un cambio en el sacerdocio (7:11-19).

11. Si, pues, la perfección fuera por el sacerdocio levítico (porque bajo él recibió el pueblo la ley), ¿qué necesidad habría aún de que se levantase otro sacerdote, según el orden de Melquisedec, y que no fuese llamado según el orden de Aarón?

Εἰ μὲν οὖν τελείωσις διὰ τῆς Λευιτικῆς ἱερωσύνης ἦν,
Si - pues perfección por medio del levítico oficio sacerdotal fuese,
ὁ λαὸς γὰρ ἐπ᾽ αὐτῆς νενομοθέτηται, τίς ἔτι χρεία κατὰ τὴν τάξιν
porque el pueblo en base de él ha recibido la ley ¿qué aún necesidad según el orden
Μελχισέδεκ ἕτερον ἀνίστασθαι ἱερέα καὶ οὐ κατὰ τὴν τάξιν ᾿Ααρὼν
de Melquisedec otro se levantase sacerdote y no según el orden de Aarón
λέγεσθαι.
ser nombrado.

Notas y análisis del texto griego.

El nuevo párrafo comienza con una condición de segunda clase con eij, conjunción *si*; μὲν, partícula afirmativa que se coloca siempre inmediatamente después de la palabra expresiva de una idea que se ha de reforzar o poner en relación con otra idea y que, en sentido absoluto tiene oficio de adverbio de afirmación, como *ciertamente, a la verdad*, en ocasiones, como este caso, no se traduce; οὖν, conjunción continuativa *pues*; τελείωσις, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *perfección*; διὰ, preposición de genitivo *por medio*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *del*; Λευιτικῆς, caso genitivo femenino singular del adjetivo *levítico*; ἱερωσύνης, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *oficio sacerdotal*; ἦν, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *fuese*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; λαὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *pueblo*; seguido de γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al nombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ἐπ', forma que adopta la preposición de genitivo ἐπί, con el grafismo por elisión de la ι final ante vocal o diptongo sin aspiración, que equivale a *por, sobre, en base*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del artículo declinado *de la*; νενομοθέτηται, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz pasiva del verbo νομοθετέω, *legislar*, en voz pasiva aquí como *había recibido la ley*; mediante τίς, caso nominativo femenino singular del pronombre interrogativo *qué*, introduce una pregunta reflexiva seguida de ἔτι, adverbio de tiempo *aún, todavía*; creiva, caso nominativo femenino singular del sustantivo *necesidad*; κατὰ, preposición de acusativo, *según*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; τάξιν, caso acusativo femenino singular

del sustantivo que denota *orden*; Μελχισέδεκ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Melquisedec*; ἕτερον, caso acusativo masculino singular del adjetivo indefinido *otro*; ἀνίστασθαι, presente de infinitivo en voz media del verbo ἀνίστημι, *levantar, suscitar,* aquí como *se levantase*; ἱερέα, caso acusativo masculino singular del sustantivo *sacerdote*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οὐ, adverbio de negación *no*; κατὰ, preposición de acusativo *según*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; τάξιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *orden*; Ἀαρὼν, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Aarón*; λέγεσθαι, presente de infinitivo en voz pasiva del verbo λέγω, *hablar, decir, nombrar*, aquí como *ser nombrado.*

La necesidad de un cambio se hace evidente a causa del estado imperfecto del sacerdocio levítico, que como hombres que lo llevaban a cabo no alcanzaba la perfección. La realidad se expresa mediante una cláusula condicional: Εἰ μὲν οὖν τελείωσις διὰ τῆς Λευιτικῆς ἱερωσύνης ἦν, *"si, pues, la perfección fuese por el sacerdocio levítico"*. Este sacerdocio no alcanzó nunca la perfección a causa de la condición propia de los sacerdotes, rodeados de debilidad y ellos mismos sujetos a ella. Aquel sacerdocio no podía llegar a la perfección de una relación personal completa con Dios (4:14-16). Era, por tanto, un sacerdocio para una determinada época en la historia de los hombres y concretamente en la historia de Israel, ὁ λαὸς γὰρ ἐπ' αὐτῆς νενομοθέτηται, *"porque bajo él recibió el pueblo la ley"*.

La Ley por sí misma tampoco podía llevar a la perfección porque carecía de poder eficaz para ello. Simplemente denunciaba el pecado, manifestaba la transgresión, pero no comunicaba poder espiritual para superarla ni remedio para la justificación. La Ley demandaba el ofrecimiento de sacrificios por los pecados y el orden sacerdotal tendría que perpetuarse para llevar a cabo las exigencias legales por el pecado. El pueblo, por tanto, ofrecía continuamente sacrificios porque continuamente caía en el pecado. La Ley, tenida en alta estima por los judíos, estaba apoyada sobre el sacerdocio levítico.

Una situación semejante hacía necesaria una renovación, que el autor de la Epístola plantea mediante una pregunta retórica, argumentando que si el sacerdocio levítico fuese el perfecto, el Mesías debía venir de ese orden sacerdotal: τίς ἔτι χρεία κατὰ τὴν τάξιν Μελχισέδεκ ἕτερον ἀνίστασθαι ἱερέα καὶ οὐ κατὰ τὴν τάξιν Ἀαρὼν λέγεσθαι, *"¿qué necesidad habría aún de que se levantase otro sacerdote, según el orden de Melquisedec, y que no fuese llamado según el orden de Aarón?"*

Sin embargo, el sacerdote que se levanta era de una línea sacerdotal diferente. El adjetivo indefinido ἕτερον *otro* que aparece en el texto griego indica más que uno diferente en la línea de sucesión sacerdotal a uno que es de otra base sacerdotal distinta a la que existía, es decir, diferente al orden

sacerdotal levítico. El sacerdote que Dios levanta en lugar de los sacerdotes levíticos tenía otras cualidades y propiedades totalmente diferentes, que le hacen único. El sacerdocio según el orden de Melquisedec se presentará en la Epístola como *perpetuo*, es decir, con absoluta continuidad, no fragmentario y caduco como el levítico. Implica, pues, el final del sacerdocio levítico, y es la abrogación definitiva de éste. De ahí el argumento que está utilizando: al no obtenerse por medio del antiguo sacerdocio la perfección que se necesitaba, cesa éste y da paso a otro. La imperfección sacerdotal hace necesario que el sistema sacerdotal antiguo llegue a su fin definitivo. El sistema sacerdotal antiguo, aunque haya actuado en mediación entre Dios y los hombres en orden a hacer expiación por los pecados (5:1), no es suficiente para llevar acabo la obra que necesariamente debe concluir en la unión espiritual de los creyentes con Dios, por la que alcanzan la condición de *santos*, es decir, separados para Dios, dejando de ser del mundo (Jn. 17:16). El antiguo ministerio sacerdotal no podía superar el nivel necesario para la santificación del pueblo, cuya santidad se llevaba a cabo en una instrumentación meramente legal, que como tal era impotente para comunicar la santidad interna de la justicia interior, como una pura sombra de los bienes futuros de la nueva dimensión del ejercicio sacerdotal pleno en Cristo.

12. Porque cambiando el sacerdocio, necesario es que haya también cambio de ley.

μετατιθεμένης γὰρ τῆς ἱερωσύνης ἐξ ἀνάγκης καὶ νόμου μετάθεσις
Porque siendo trasladado el oficio sacerdotal de fuerza también de ley remoción
γίνεται.
se hace.

Notas y análisis del texto griego.

La primera conclusión del párrafo se expresa con μετατιθεμένης, caso genitivo femenino singular del participio de presente en voz pasiva del verbo μετατίθημι, *llevar a otro lugar, trasladar, convertir*, en voz pasiva *cambiarse, abandonar*, aquí como *siendo trasladado*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al verbo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; ἱερωσύνης, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *oficio sacerdotal*; ἐξ, forma que adopta la preposición de genitivo ἐκ, delante de vocal y que significa *de*; ἀνάγκης, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *coacción lógica*, *fuerza, necesidad forzosa de hacer algo*, ya que el verbo ἀναφκάζω expresa la idea de *forzar a alguien a hacer algo*, de ahí la traducción del sustantivo en este caso como *fuerza*; seguido de καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; νόμου, caso genitivo masculino singular del sustantivo declinado *de ley*; μετάθεσις, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *cambio, traslado, transferencia, remoción*; γίνεται, tercera persona singular del

presente de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, empezar a existir, hacerse, ser hecho*, aquí como *se hace.*

Μετατιθεμένης γὰρ τῆς ἱερωσύνης. El cambio de sacerdocio requiere también un cambio de ley. Dios escoge otra línea sacerdotal para su Hijo, con lo que se produce necesariamente un cambio en el oficio sacerdotal. La razón del cambio es por μετατιθεμένης, *transferencia, traslado*, pasando del orden sacerdotal levítico a otro.

El texto griego enfatiza profundamente el cambio que ocurre en el sacerdocio. El Sumo Sacerdote no es, como se dice antes, meramente uno más del orden general, lo que equivaldría a una sucesión entre dos cosas. Es algo totalmente diferente y distinto, con características propias que se oponen al anterior y que hacen imposible la coexistencia entre ambos. La mayor diferencia está en la continuidad sacerdotal, que en el nuevo orden que sustituye al levítico se expresa en la perpetuidad del Sumo Sacerdote y de su ministerio, que no es ya temporal, ni fragmentario, ni caduco como el anterior sistema.

᾿Εξ ἀνάγκης καὶ νόμου μετάθεσις γίνεται. El sacerdocio aaronítico estaba instituido e integrado bajo la ley mosaica, por tanto, un cambio de sacerdocio implicaba también un cambio de la ley que lo regulaba y establecía. En otro sentido el apóstol Pablo llega a la misma conclusión en la argumentación que desarrolla en la Epístola a los Gálatas, donde enseña que la Ley fue nuestro *"ayo, para llevarnos a Cristo"* (Gá. 3:24, 25). La Ley era una dispensación temporal, válida mientras no se inauguraba en Cristo, el Sumo Sacerdote eterno, la perfección propia de esta presente dispensación. El cambio queda hecho en la proclamación del Mesías como sacerdote perpetuo según el orden de Melquisedec.

13. Y aquel de quien se dice esto, es de otra tribu, de la cual nadie sirvió al altar.

ἐφ᾿ ὃν γὰρ λέγεται ταῦτα, φυλῆς ἑτέρας μετέσχηκεν, ἀφ᾿ ἧς
Porque sobre el que se dice estas cosas de tribu otra ha participado de la que
οὐδεὶς προσέσχηκεν τῷ θυσιαστηρίῳ·
nadie se ha ocupado del altar.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue la argumentación con ἐφ᾿ forma que adopta la preposición ἐπί por elisión de la ι final y asimilación de la π ante vocal o diptongo con aspiración, y que significa *sobre, a, en, junto a, ante, con base en, referente a, durante, además de, de, para, por, contra*; seguido de ὃν, caso acusativo masculino singular del pronombre relativo *el que*; con γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al pronombre y que en español lo precede

actuando como *conjunción coordinativa*; λέγεται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz pasiva del verbo λέγω, *hablar, decir,* aquí como *se dice*; ταῦτα, caso nominativo neutro plural del pronombre demostrativo *estos*, en sentido de *estas cosas*; φυλῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado que denota *de tribu*; ἑτέρας, caso genitivo femenino singular del adjetivo indefinido *otra*; μετέσχηκεν, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo μετέχω, *participar, tomar parte*, aquí *ha participado* en sentido de *tener parte*; ἀφ' forma que adopta la preposición ἀπό, por elisión de la ι final y asimilación de la π ante vocal o diptongo con aspiración, y que significa *de, desde, lejos de, proceder de, por causa de, por medio de, con, contra*, aquí como *de*; ἧς, caso genitivo femenino singular del pronombre relativo *la que*; οὐδεὶς, caso nominativo masculino singular del pronombre indefinido *nadie*; προσέσχηκεν, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo προσέχω, *atender, prestar atención, tener cuidado, ocuparse de*, aquí como *se ha ocupado*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado declinado *del*; θυσιαστηρίῳ, caso dativo neutro singular del sustantivo que denota *altar*.

De la misma manera que el cambio de oficio sacerdotal exigía el cambio de ley que lo establece y regula, así también ocurre con la tribu sacerdotal haciéndose necesario también un cambio de tribu.

Ἐφ' ὃν γὰρ λέγεται ταῦτα, φυλῆς ἑτέρας μετέσχηκεν. El Sumo Sacerdote perpetuo no era de la tribu de Leví, ya que nuestro Señor pertenecía a la de Judá, eso hace necesario el cambio de tribu porque el cuerpo sacerdotal anterior no estaba vinculada con esta tribu, sino con la de Leví. La profecía sobre el Mesías-Sacerdote hace necesario un cambio en la tribu sacerdotal (Sal. 110:4). El Mesías tenía que ser hijo de David, y éste era de la tribu de Judá (Mt. 1:1, 3). Pero, ninguno de la tribu de Judá había sido sacerdote, es más, les estaba vedado el ejercicio sacerdotal a cualquier descendiente de otro que no fuese Leví. Cuando alguno de otra tribu quiso asumir sin derecho el sacerdocio o sus funciones, fue castigado por Dios, como ocurrió con el rey Saúl cuando no esperó al profeta Samuel y ofreció él mismo el sacrificio del holocausto (1 S. 13:13-14). Quiere decir esto que ninguno de la tribu real de Judá había sido constituido sacerdote en el antiguo orden. En algún pasaje se atribuyen sacrificios al mismo rey, de modo que se lee que David ofreció sacrificios con motivo del traslado del arca (2 S. 6:13, 17, 18) y también con motivo de la detención de la plaga por causa del censo, se dice que levantó un altar en la era de Arauna y sacrificó holocaustos y ofrendas de paz (2 S. 24:25). De la misma manera se habla de los sacrificios que ofrecía Salomón en Gabaón (1 R. 3:4), o con motivo de la dedicación del templo (1 R. 8:26, 27). Sin embargo, debe entenderse que se atribuyen los sacrificios a quienes traían las víctimas, como se hace también con todo el pueblo (1 R. 8:5).

La tribu a la que pertenece el nuevo Sacerdote perpetuo es una tribu ἀφ᾿ ἧς οὐδεὶς προσέσχηκεν τῷ θυσιαστηρίῳ, *"de la cual nadie sirvió al altar",* expresión que hace referencia a la dedicación sacerdotal para ofrecer los sacrificios sobre el altar. Ese era el oficio propio de los sacerdotes levíticos, por tanto, la desvinculación con el antiguo sacerdocio es absoluta, sirviendo para enfatizar la ruptura total entre ambos sistemas. El levítico desaparece, cesando por imperfecto, para dar paso a uno nuevo y definitivo en el que hay tanto cambio de sacerdocio, como de ley que lo regula, como de tribu sacerdotal de donde, según la genealogía humana, procede el nuevo y definitivo Sumo Sacerdote, Jesús.

14. Porque manifiesto es que nuestro Señor vino de la tribu de Judá, de la cual nada habló Moisés tocante al sacerdocio.

πρόδηλον γὰρ ὅτι ἐξ ᾿Ιούδα ἀνατέταλκεν ὁ Κύριος ἡμῶν, εἰς ἣν
Porque manifiesto que de Judá ha venido el Señor de nosotros; de la cual
φυλὴν περὶ ἱερέων οὐδὲν Μωϋσῆς ἐλάλησεν.
tribu acerca de sacerdotes nada Moisés habló.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue el argumento con πρόδηλον, caso nominativo neutro singular del adjetivo que equivale a *manifiesto, muy evidente, conocido por todos*; con γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al adjetivo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; ἐξ, forma que adopta la preposición de genitivo ἐκ, delante de vocal y que significa *de*; ᾿Ιούδα, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Judá*; ἀνατέταλκεν, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo ἀνατέλλω, *salir el sol, aparecer el sol,* de ahí el sentido de *proceder, salir, nacer*, aquí como *ha venido*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Κύριος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *señor,* en este caso como título de Jesucristo; ἡμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de nosotros*; εἰς, preposición de acusativo *de*; ἣν, caso acusativo femenino singular del pronombre relativo *la cual*; φυλὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *tribu*; περὶ, preposición de genitivo *acerca de*; ἱερέων, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *sacerdotes*; οὐδὲν, caso acusativo neutro singular del pronombre indefinido *nada*; Μωϋσῆς, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Moisés*; ἐλάλησεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo λαλέω, *hablar*, aquí como *habló*.

Reforzando el argumento vuelve a referirse a la procedencia de quien es Sacerdote perpetuo según el orden de Melquisedec, haciendo énfasis en la evidencia o notoriedad de ella: πρόδηλον γὰρ, *"Porque es manifiesto"*. Todos sabían que Jesús de Nazaret, a quien el escritor llama ὁ Κύριος ἡμῶν *"nuestro Señor"*, procedía genealógicamente hablando de la tribu de Judá, por

tanto el cambio de sacerdocio hacía necesario el cambio de tribu de donde procede humanamente hablando el Sacerdote. El hecho de que llama a Jesús ὁ Κύριος ἡμῶν *"nuestro Señor"*, comprende tanto al escritor como a los lectores, lo que refuerza el argumento histórico de que la Epístola está escrita a creyentes y no a inconversos o a cristianos meramente nominales.

Πρόδηλον γὰρ ὅτι ἐξ Ἰούδα ἀνατέταλκεν ὁ Κύριος ἡμῶν. Las genealogías demuestra que Jesús, procede de la tribu de Judá (Mt. 1:1ss; Lc. 3:23-38). Así había sido anunciado proféticamente por Jacob uno de los antepasados de la nación, en la bendición a sus hijos: *"No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a Él se congregarán los pueblos"* (Gn. 49:10). Del mismo modo el profeta Miqueas anunció que el Mesías nacería en Belén, situada dentro del territorio de la tribu de Judá (Mi. 5:2). El apóstol Juan en la descripción de la visión celestial hace notar que uno de los ancianos se refiere al Señor llamándole *"León de Judá"* y *"raíz de David"* (Ap. 5:5). El Señor procede en su humanidad de Judá. Es interesante notar que el verbo griego que el escritor usa para referirse a la procedencia de Jesús[5], se usa para referirse a la salida del sol, de modo que podría traducirse muy literalmente *"ha amanecido"*. Esto concuerda con el canto de Zacarías, el padre de Juan el Bautista, que refiriéndose a la visitación divina en gracia para salvación por medio de Jesucristo dice que *nos visitó desde lo alto la aurora"*. El nacimiento de Jesús es como el amanecer del Sol de justicia, anunciado por el profeta (Mal. 4:2).

De este definitivo Sacerdote perpetuo, nada se dice en la Ley, dada por medio de Moisés ya que de la tribu de Juda: *"nada habló Moisés tocante al sacerdocio"*. Es decir, cuando Moisés estableció el sacerdocio y determinó sus funciones en el nombre del Señor, no reservó ninguna función sacerdotal a la tribu de Judá.

El párrafo ofrece un resumen del sacerdocio en cuanto a Cristo y que será bueno sintetizar aquí, mediante tres condiciones que se expresan en él: 1) Era un sacerdocio de otro orden (v. 11); 2) Era un sacerdote de otra ley (v. 12); Era un sacerdote de otra tribu (v. 13). Esas tres condiciones se cumplen plenamente en Jesucristo: 1) Un sacerdote de otro orden: según el de Melquisedec; 2) De otra ley: la perfecta ley de Cristo; 3) De otra tribu: la de Judá.

15. Y esto es aun más manifiesto, si a semejanza de Melquisedec se levanta un sacerdote distinto.

---

[5] Griego ἀνατέλλω.

καὶ περισσότερον ἔτι κατάδηλον ἐστιν, εἰ κατὰ τὴν ὁμοιότητα
Y en grado mucho mayor aún evidente es si conforme a la semejanza
Μελχισέδεκ ἀνίσταται ἱερεὺς ἕτερος,
de Melquisedec se levanta sacerdote otro.

Notas y análisis del texto griego.

Da continuidad con lo que antecede mediante καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de περισσότερον, adverbio comparativo de περισσός, *lo que sobrepasa, lo que es sobreabundante,* aquí como *en grado mucho mayor*; ἔτι, adverbio de modo *aún*; κατάδηλον, caso nominativo neutro singular del adjetivo *evidente*, *manifiesto*; ἐστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *es*; εἰ, conjunción afirmativa *si*; κατὰ, preposición de acusativo *conforme a, de acuerdo con*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ὁμοιότητα, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *semejanza, lo que es parecido*; Μελχισέδεκ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Melquisedec*; ἀνίσταται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo ἀνίστημι, *levantarse, surgir,* aquí como *se levanta*; ἱερεὺς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *sacerdote*; ἕτερος, caso nominativo masculino singular del adjetivo indefinido *otro*, en sentido de *diferente*.

Καὶ περισσότερον ἔτι κατάδηλον ἐστιν. Todo cuanto se ha dicho antes se hace más evidente en el nuevo sacerdocio. El nuevo orden sacerdotal es lo más evidente, para el autor de la Epístola. El nuevo sacerdote se califica como *otro*, no uno más, sino otro diferente, conforme al sentido del adjetivo en el texto griego[6], esto es, totalmente distinto. El hecho de que se ἀνίσταται, *levante* indica necesariamente, conforme a la enseñanza anterior sobre el sacerdocio, que es Dios mismo quien lo levanta. De la manera que hizo así con el sacerdocio levítico, poniéndolo en el ministerio sacerdotal por determinación soberana, así también el nuevo contenido y expresado en Jesucristo, quien no se hizo a sí mismo sacerdote, sino que Dios lo constituyó como tal (3:2; 5:1, 4, 5).

Con mayor énfasis aún y con mayor claridad se presenta al nuevo sacerdote como el *antitipo* del que Melquisedec era *tipo.* La construcción griega del versículo es muy precisa. El autor utiliza un adjetivo[7], que es un *hapax legomena*, en el Nuevo Testamento, con un claro matiz de evidencia que se alcanza por inferencia, mientras que anteriormente utilizó una palabra semejante[8], que se usa en relación con una evidencia histórica. Lo que está diciendo es que hay una evidencia todavía mayor si surge, porque es puesto, ἀνίσταται ἱερεὺς ἕτερος, otro sacerdote, totalmente distinto de cualquier

[6] Griego ἕτερος.
[7] Griego κατάδηλον.
[8] Griego πρόδηλον.

anterior porque es según la semejanza de Melquisedec. De nuevo es preciso recalcar que Melquisedec tiene τὴν ὁμοιότητα, *la semejanza*, la figura, mientras que la realidad *el antitipo*, es el nuevo Sumo Sacerdote, Jesucristo, nuestro Señor.

16. No constituido conforme a la ley del mandamiento acerca de la descendencia, sino según el poder de una vida indestructible.

ὃς οὐ κατὰ νόμον ἐντολῆς σαρκίνης γέγονεν ἀλλὰ κατὰ
El que no según ley de mandamiento carnal ha llegado a ser sino según
δύναμιν ζωῆς ἀκαταλύτου.
poder de vida imperecedera.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad sigue el argumento con ὃς, caso nominativo masculino singular del pronombre relativo *el que*; οὐ, adverbio de negación *no*; κατὰ, preposición de acusativo *según*; νόμον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *ley*; ἐντολῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de mandamiento*; σαρκίνης, caso genitivo femenino singular del adjetivo que expresa lo que es propio de la carne, *carnal*; γέγονεν, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo γίνομαι, *llegar a ser, empezar a existir,* aquí como *ha llegado a ser*; ἀλλὰ, conjunción adversativa *sino*; κατὰ, preposición de acusativo, *según*; δύναμιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *poder, potencia, fuerza*; ζωῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de vida*; ἀκαταλύτου, caso genitivo femenino singular del adjetivo *indestructible, imperecedero.*

Una de las características del nuevo sacerdocio vuelve a recalcarse aquí y tiene que ver con la ley distinta que lo regula y establece. El nuevo Sacerdote no venía como descendiente de los anteriores en la línea sacerdotal sustituyéndolos. Por tanto, no accede al sacerdocio en razón de ἐντολῆς σαρκίνης, un *mandamiento carnal*, en sentido de ser un mandamiento establecido para una determinada descendencia. Es preciso entender que el término *carne* tiene varios significados, uno de los cuales está relacionado con la condición propia de los hombres (Jn. 1:14) y con ella vinculado a una descendencia natural de cada persona. El nuevo Sacerdote no viene a esa condición como consecuencia de la descendencia humana, propia de la carne, de modo que la diferencia notoria es que la ley de sucesión sacerdotal no tiene que ver con este nuevo orden. Nada tiene que ver esto, y constituye una notoria y diferencial característica, con la forma en que en el orden levítico se recibían las funciones sacerdotales ligadas a la herencia y a la sucesión de padres a hijos. Esta era una ley *carnal*, como se dice antes, en el sentido de una sucesión según el parentesco natural propio de la familia. Pero, también la ley sacerdotal antigua tenía necesariamente que mirar al aspecto *carnal*, en sentido de

naturaleza pecaminosa propia de todos los hombres, incluidos los sacerdotes. Las determinaciones legales en cuanto a la purificación del pecado afectaban primeramente a la limpieza sacerdotal, teniendo que ofrecer primeramente sacrificios por sus propios pecados.

El nuevo Sacerdote no viene por descendencia humana y vinculación a una determinada familia sacerdotal, ἀλλὰ κατὰ δύναμιν ζωῆς ἀκαταλύτου, *"sino según el poder de una vida indestructible"*. Según la muerte era denominador común del antiguo sacerdocio, la vida indestructible está ligada al nuevo de forma indisoluble. El poder es la potencia interna que trae de procedencia divina, porque divino es también el mismo Sacerdote. Este orden sacerdotal es perfecto porque descansa en el poder de Dios. El Sacerdote eterno opera una obra de salvación que se proclama a los hombres en el mensaje de la Cruz, que es *poder de Dios* (1 Co. 1:18) que salva a todo aquel que cree (Ro. 1:16). Ese poder perfecciona al pueblo de Dios bajo el nuevo orden sacerdotal dándole los recursos de poder y sabiduría que necesitan (1 Co. 1:24). La fe de los creyentes en la nueva dispensación, bajo el sacerdocio de Jesucristo, está asentada no en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios (1 Co. 2:5). La perfección de la obra está vinculada a la vida ἀκαταλύτου, *indestructible* del Sacerdote puesto por Dios. Los sacerdotes levíticos tenían continuidad sobre la base de sustituir a los que morían, el nuevo sacerdocio supera en todo al antiguo porque se asienta en el poder de una vida indestructible, imperecedera, inmortal. Esa vida se asienta en el mismo Sacerdote que como Hijo de Dios tiene en sí mismo la vida eterna que es una vida indestructible e indisoluble (Jn. 1:4; 5:26; 11:25; 1 Jn. 5:11, 12). Es más, aun en la vida humana de su naturaleza asumida tiene potestad para dejarla y tiene potestad para volverla a tomar (Jn. 10:18). El mismo Sacerdote es la resurrección y la vida (Jn. 11:25). Siendo esta vida la eterna de Dios mismo, nada tiene que ver con la temporal, propia de los hombres. Luego de su muerte sacrificial, por la resurrección de entre los muertos, la humanidad del Sacerdote quedó revestida de inmortalidad. Por tanto, todo el nuevo orden sacerdotal que sustituye al antiguo está vinculado con la vida en pleno poder, contrastando con la temporalidad del antiguo sacerdocio a causa de la muerte.

17. Pues se da testimonio de Él:
Tú eres sacerdote para siempre,
Según el orden de Melquisedec.

μαρτυρεῖται γὰρ ὅτι
Porque atestiguado es -
σὺ ἱερεὺς εἰς τὸν αἰῶνα
Tú sacerdote hasta el siglo
κατὰ τὴν τάξιν Μελχισέδεκ.
según el orden de Melquisedec.

Notas y análisis del texto griego.

En confirmación de lo que argumenta apela al registro bíblico; μαρτυρεῖται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz pasiva del verbo μαρτυρέω, *testificar, atestiguar, declarar*, aquí como *es atestiguado*; seguido de γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al verbo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*, no traducible en este caso al español, por redundancia. La segunda cláusula es una cita del libro de Salmos, comenzando con σὺ, caso nominativo singular del pronombre personal *tú*; ἱερεὺς, caso nominativo masculino singular del sustantivo *sacerdote*; εἰς, preposición de acusativo *hasta*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; αἰῶνα, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *siglo*; κατὰ, preposición de acusativo *según*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; τάξιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *orden*; Μελχισέδεκ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Melquisedec*.

La mejor argumentación es la que descansa en el escrito bíblico, por lo que el autor apela nuevamente a la Palabra, μαρτυρεῖται γὰρ ὅτι, *porque atestiguado es,* citando otra vez el libro de los Salmos (Sal. 110:4), como testimonio sobre Cristo en el Antiguo Testamento.

Todo cuanto tenía que ver con el sacerdocio antiguo estaba marcado por la temporalidad o transitoriedad. Los sacerdotes morían y tenían que ser sustituidos por otros en forma continuada a lo largo del tiempo. Ningún sacerdote descendiente de Aarón podía ser llamado como ἱερεὺς εἰς τὸν αἰῶνα *"sacerdote para siempre",* ya que cada uno de aquellos en el antiguo orden sacerdotal murió en su tiempo. En contraste, el nuevo sacerdocio, instaurado en Jesucristo conforme al orden de Melquisedec, es perpetuo y definitivo: σὺ ἱερεὺς εἰς τὸν αἰῶνα *"tú eres sacerdote para siempre"*. Este nuevo sacerdocio está vinculado por potencialidad de vida a la vida *indisoluble*, que es incorruptible e imperecedera, en donde no hay transitoriedad si perpetuidad definitiva. Todo cuanto está relacionado con el nuevo sacerdocio de Cristo tiene sello de permanencia definitiva. Juan enseña que la vida está en el Verbo desde el principio (Jn. 1:4), que es principio y razón de vida, porque es vida en sí mismo, hasta el punto que tiene autoridad para *ponerla* y tiene autoridad *para volverla a tomar* (Jn. 10:18). La vida vinculada al Verbo hace que este Sacerdote perpetuo, κατὰ τὴν τάξιν Μελχισέδεκ, según el orden de Melquisedec, sea también Él mismo *"la resurrección y la vida"* (Jn. 11:25).

18. Queda, pues, abrogado el mandamiento anterior a causa de su debilidad e ineficacia.

ἀθέτησις	μὲν γὰρ	γίνεται	προαγούσης	ἐντολῆς	διὰ	τὸ
Porque derogación	ciertamente	se hace	de que precede	mandamiento	a causa de	lo

αὐτῆς ἀσθενὲςκαὶ καὶ ἀνωφελές–
de la debilidad e inutilidad.

Notas y análisis del texto griego.

La cláusula establece una conclusión con ἀθέτησις, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *derogación, abrogación, cancelación*; seguido de μὲν, partícula afirmativa que se coloca siempre inmediatamente después de la palabra expresiva de una idea que se ha de reforzar o poner en relación con otra idea y que, en sentido absoluto tiene oficio de adverbio de afirmación, como *ciertamente, a la verdad*; con γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta nombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; γίνεται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo γινομάι, *llegar a ser, empezar a existir, hacerse,* aquí como *se hace*; προαγούσης, caso genitivo femenino singular del participio de presente en voz activa declinado del verbo προάγω, *ir delante de, preceder, adelantarse, anticiparse*, aquí como *de que precede*; ἐντολῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *mandamiento*; διὰ, preposición de acusativo, *por medio, a causa de*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal declinado *de la*; ἀσθενὲςκαὶ, caso acusativo neutro singular del adjetivo que expresa *lo que es débil*, sustantivado por *debilidad*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἀνωφελές, caso acusativo neutro singular del adjetivo que expresa la condición de lo que *no es útil*, sustantivándolo también como *inutilidad.*

᾽Αθέτησις μὲν γὰρ γίνεται προαγούσης ἐντολῆς. El antiguo sistema, por sus peculiaridades, tiene que ser abrogado. La declaración del Salmo abroga la ley que constituyó el orden sacerdotal levítico. El antiguo orden no permitía un acceso, en el sentido de proximidad, continuo a Dios, para quienes lo desearan, por medio del ritual levítico, por tanto debía ser abrogado por su propia inutilidad. El sustantivo *abrogación*[9], es equivalente a *poner a un lado*. Esa misma palabra aparecerá más adelante (9:26), en sentido de quitar algo del lugar que ocupa.

La causa de esa *abrogación* es la αὐτῆς ἀσθενὲςκαὶ καὶ ἀνωφελές, *debilidad* e *ineficacia* del sistema legal que regulaba los principios del sacerdocio levítico y su servicio. Se le dan dos calificativos a la ley sacerdotal: *debilidad e inutilidad*. Los sustantivos en la versión española, son adjetivos en el texto griego, que califican a la ley del sacerdocio. Era débil por cuanto no había perfección en el sacerdocio levítico y, por tanto, en el sistema establecido sobre aquella ley, pero, sobre todo, era débil a causa de la venida del nuevo sacerdocio, que superaba plenamente al anterior y cumplía definitiva y perpetuamente las causas que lo sustentaban. La abrogación no se produjo porque fuera malo el mandato que estableció el sacerdocio levítico, ni mucho

[9] Griego ἀθέτησις.

menos porque fuera pernicioso, sino por su propia debilidad que lo hacía ineficaz.

19. (Pues nada perfeccionó la ley), y de la introducción de una mejor esperanza, por la cual nos acercamos a Dios.

οὐδὲν γὰρ ἐτελείωσεν ὁ νόμος– ἐπεισαγωγὴ δὲ κρείττονος ἐλπίδος
Porque nada perfeccionó la ley más bien introducción de mejor esperanza
δι' ἧς ἐγγίζομεν τῷ Θεῷ.
por medio de la que nos acercamos - a Dios.

Notas y análisis del texto griego.

Prosigue la argumentación con οὐδὲν, caso acusativo neutro singular del pronombre indefinido *nada*; seguido de γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al pronombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ἐτελείωσεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo τελειόω, *completar, cumplir, llevar a término, perfeccionar*, aquí como *perfeccionó*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; νόμος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota, *norma, principio, ley*; ἐπεισαγωγὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo *introducción*, en sentido de *dar cabida*; que antecede a δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ, que en castellano debiera preceder al sustantivo; κρείττονος, caso genitivo femenino singular del adjetivo comparativo declinado *de mejor*; ἐλπίδος, caso genitivo femenino singular del sustantivo *esperanza*; δι' forma contracta de la preposición de genitivo διά, aquí como *por medio, a causa*; ἧς, caso genitivo femenino singular del pronombre relativo declinado *de la que*; ἐγγίζομεν, primera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ἐγγίζω, *acercarse, aproximarse*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*, no usado en castellano al preceder y determinar a nombre propio; Θεῷ, caso dativo masculino singular del nombre propio declinado *a Dios*.

Οὐδὲν γὰρ ἐτελείωσεν ὁ νόμος. La afirmación sobre la imperfección de la Ley, no en lo que es en sí misma ya que procedente de Dios es santa, justa y buena (Ro. 7:12), incluso en lo que afecta a la ley ceremonial que establecía el sistema sacerdotal, pero que se hace ineficaz a causa de la incapacidad humana para cumplirla y de las debilidades sacerdotales que, a causa de la muerte de los sacerdotes y de su condición humana, no permitía alcanzar la perfección, hace necesaria la reiteración sobre su inutilidad que el autor hace. Además, la Ley no llevó nada a la perfección porque por medio de los sacrificios rituales no llegaba a producir paz en la conciencia humana. A estos dos aspectos debe añadirse un tercero que confirma la incapacidad de la ley, ya que por medio de ella ningún pecador podía acercarse a Dios, es decir, la ley resultaba incapaz aproximar el hombre a Dios. Toda la ley ceremonial estaba orientada a los sacerdotes y solo

ellos podían acceder al Santuario. Tan solo entraba una vez por año al Lugar Santísimo el sumo sacerdote. El hombre no podía acceder a la presencia d edios según el reglamento de la ley.

Existe un aparente cuestionamiento en la afirmación anterior, ya que en la Escritura se lee sobre la bienaventuranza del que sabe perdonada su transgresión y cancelada la responsabilidad penal de su pecado: *"Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad"* (Sal. 32:1-2). Es más, se lee también de el bien que consiste en acercarse a Dios: *"Pero en cuanto a mí, el acercarme a Dios es el bien"* (Sal. 73:28). El acceso a la presencia de Dios era posible al hombre de fe. Sin embargo, las dos experiencias que tienen que ver con salvación y comunión con Dios, no se llevaban a cabo en el ceremonial levítico establecido en la Ley por cuyo medio ningún hombre se salva (Ro. 3:20). En la historia humana, la salvación se alcanzó tan sólo por gracia mediante la fe (Ro. 4:3), por cuya misma forma y razón el creyente alcanza las promesas de Dios (Ro. 4:13). Desde una observación desprejuiciada, la ley tenía como objetivo principal denunciar la condición pecaminosa del hombre (Ro. 3:20), por tanto, en cierta medida, al denunciar la pecaminosidad humana distancia al hombre de Dios, manteniéndolo alejado de Él, en lugar de acercarlos.

Sin embargo, la imperfección de la Ley, ἐπεισαγωγὴ δὲ κρείττονος ἐλπίδος *introduce una mejor esperanza.* La perfección se alcanza por el mensaje de gracia, proclamado en el Evangelio y resuelto plenamente en Cristo, que el hombre puede acercarse a Dios, como se estudiará más adelante (10:19-22). Los cristianos tienen más y mejor medio de perfeccionamiento, con una sólida esperanza que se apoya en el nuevo Sacerdote, Jesús, y en su obra, en quien descansa la profesión de una genuina y plena esperanza (10:23). Es necesario entender bien el alcance de este aspecto en el versículo: δι᾽ ἧς ἐγγίζομεν τῷ Θεῷ, *"por la cual nos acercamos a Dios".* Es por medio de la esperanza que nos acercamos a Dios, pero, esta esperanza no puede tratarse de algo prometido que se espera, puesto que ninguna promesa en sí misma produce la capacidad y cambio en el pecador que le permita acercarse a Dios. Necesariamente esta esperanza por la que nos acercamos, es la gloriosa persona del Sumo Sacerdote, nuestro Señor y Salvador Jesucristo. La Persona del Hijo de Dios se hace esperanza cierta, no desde el exterior del creyente, sino desde su presencia íntima en él, que hace que la esperanza, que es Él mismo, esté en nosotros (Col. 1:27). No se trata de promesas cuyo cumplimiento esperamos, sino de Jesús que es nuestra esperanza y en quien y por quien podemos acercarnos a Dios: *"Porque por medio de Él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre"* (Ef. 2:18). Posicionados en Cristo los

creyentes entran con verdadera familiaridad (He. 4:16). En nuestro Señor Jesucristo, el cristiano está ya posicionalmente en la presencia de Dios (Ef. 2:6).

La perpetuidad del sacerdocio de Cristo (7:20-28).

20. Y esto no fue hecho sin juramento.

Καὶ καθ' ὅσον οὐ χωρὶς ὁρκωμοσίας·
Y por lo que no sin juramento.

Notas y análisis del texto griego.

El escritor establece la vinculación con lo que antecede mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de καθ' forma de la preposición de acusativo κατά, por elisión y asimilación ante vocal con espíritu áspero, que equivale a *por*; que precede a ὅσον, caso acusativo neutro singular del pronombre relativo *lo que*; con οὐ, adverbio de negación *no*; χωρὶς, preposición de genitivo, aquí con equivalencia de *sin*; ὁρκωμοσίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *juramento*.

La división de los versículos no es consecuente en este caso, que debería extenderse hasta la mitad del versículo siguiente, pero, para seguir la división del texto castellano Reina Valera, se considera esta primera cláusula como si se tratase de un versículo completo, siguiendo luego la consideración de la segunda en el siguiente.

Καὶ καθ' ὅσον οὐ χωρὶς ὁρκωμοσίας. El autor establece la primera evidencia de la superioridad del sacerdocio de Cristo, al afirmar que fue establecido con juramento, al ser proclamado solemnemente por Dios, acompañándolo de juramento: *"Juró el Señor y no se arrepentirá"* (Sal. 110:4), cuya cita aparece como apoyo en el versículo siguiente. Lo dicho anteriormente para Abraham (6:13ss) vale también aquí. La palabra de Dios es absoluta y definitivamente segura sin que necesite juramento alguno de confirmación, pero Dios quiso establecerlo como algo sumamente firme, lo que equivale a establecer la determinación divina con juramento.

21. Porque los otros ciertamente sin juramento fueron hechos sacerdotes; pero éste, con el juramento del que le dijo:
Juró el Señor, y no se arrepentirá;
Tú eres sacerdote para siempre,
Según el orden de Melquisedec.

οἱ μὲν γὰρ χωρὶς ὁρκωμοσίας εἰσὶν ἱερεῖς γεγονότες,
Porque ciertamente ellos sin juramento son sacerdotes habiendo llegado a ser
ὁ δὲ μετὰ ὁρκωμοσίας διὰ τοῦ λέγοντος πρὸς αὐτόν·
pero el con juramento por medio de el que dice a Él:

ὤμοσεν Κύριος
juró el Señor
καὶ οὐ μεταμεληθήσεται·
y no se arrepentirá:
σὺ ἱερεὺς εἰς τὸν αἰῶνα.
Tú sacerdote hasta el siglo

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual.

En ningún mss fiable aparece la expresión final κατὰ τὴν τάξιν Μελχισέδεκ *"según el orden de Melquisedec"* y que, probablemente se ha tomado de la cita anterior (v. 17), en alguna copia de menor fidelidad.

La primera cláusula οἱ μὲν γὰρ χωρὶς ὁρκωμοσίας εἰσὶν ἱερεῖς γεγονότες, *"porque los otros sin juramento son sacerdotes habiendo llegado a ser"* debiera estar incluida en el versículo anterior. En ella escribe οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; seguido de μὲν, partícula afirmativa que se coloca siempre inmediatamente después de la palabra expresiva de una idea que se ha de reforzar o poner en relación con otra idea y que, en sentido absoluto tiene oficio de adverbio de afirmación, como *ciertamente, a la verdad*; que precede a γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al artículo y a la partícula y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*, por lo que la traducción ordenada en español es: *Porque ciertamente ellos*; χωρὶς, preposición de genitivo, aquí con equivalencia de *sin*; ὁρκωμοσίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *juramento*; εἰσὶν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *es*; ἱερεῖς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *sacerdote*; γεγονότες, caso nominativo masculino singular del participio perfecto en voz activa del verbo γίνομαι, *llegar a ser*, que es un perfecto perifrástico de indicativo, por lo que en castellano debiera preceder al verbo *ser* anterior, con lo que la traducción sería: *"por lo que habiendo llegado a ser, son sacerdotes"*. La cláusula siguiente se inicia con ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; μετὰ, preposición de genitivo *con*; ὁρκωμοσίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *juramento*; διὰ, preposición de genitivo *por medio de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; λέγοντος, caso genitivo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *decir, hablar,* aquí como *que dice*; πρὸς, preposición de acusativo *a*; αὐτόν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal declinado *a él*. Sigue la cláusula con la referencia al texto del Antiguo Testamento: ὤμοσεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὀμνύω, *jurar, afirmar con juramento, prometer, hacer un juramento,* aquí como *juró*; Κύριος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *señor*, que en este caso corresponde al título divino, por lo que se complementa con el artículo determinado *el*; seguido de καὶ, conjunción copulativa *y*; que precede a οὐ, adverbio de

negación *no*, que negativiza a μεταμεληθήσεται, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz pasiva del verbo μεταμέλομαι, *arrepentirse*, aquí como *se arrepentirá*; σὺ, caso nominativo singular del pronombre personal *tú*; ἱερεὺς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *sacerdote*; εἰς, preposición de acusativo *hasta*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; αἰῶνα, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *siglo*; la expresión final equivale a *para siempre.*

Οἱ μὲν γὰρ χωρὶς ὁρκωμοσίας εἰσὶν ἱερεῖς γεγονότες. Un notable contraste con el antiguo sacerdocio tiene que ver con el modo mismo de constituirse el sacerdocio levítico, que no fue con juramento, sino por mandamiento. La institución sacerdotal de la antigua dispensación descansaba simplemente en un mandato que expresaba la resolución de Dios: *"Harás llegar delante de ti a Aarón tu hermano, y a sus hijos consigo, de entre los hijos de Israel, para que sean mis sacerdotes"* (Ex. 28:1). Los antiguos sacerdotes no fueron constituidos mediante juramento de Dios. Ὁ δὲ μετὰ ὁρκωμοσίας διὰ τοῦ λέγοντος πρὸς αὐτόν, en contraste, el sacerdocio de Cristo se establece bajo juramento divino. Esto evidencia notoriamente la superioridad del sacerdocio según el orden de Melquisedec.

Ὤμοσεν Κύριος καὶ οὐ μεταμεληθήσεται σὺ ἱερεὺς εἰς τὸν αἰῶνα. Para enfatizar este contraste acude nuevamente a la Escritura, volviendo a citar de los Salmos (Sal. 110:4). Exprimiendo la interpretación del texto bíblico hasta las últimas consecuencias, para apoyar mediante ella la dignidad superior del sacerdocio de Melquisedec. Este se proclama solemnemente mediante el juramento de Yahwe, cosa que no ocurre en el sacerdocio aaronítico. El contraste es notorio: *"Pues los otros fueron hechos sacerdotes sin juramente, más éste con juramento"*.

Así escribe el profesor Nicolau:

"Ya conocemos (6:13-18) el significado de esta manera antropomórfica de hablar acerca de Dios. Se quiere señalar con ello la decisión irrevocable de Yahvé, el decreto definitivo y último, absoluto y no sujeto a mudanzas, acerca de este sacerdote de la Nueva Ley. Lo que ya quedaría suficientemente indicado con la expresión "juró el Señor", se recalca todavía más y se precisa en su sentido con lo que sigue: "Y no se arrepentirá". Este sacerdocio es un don y una vocación de Dios; y, como en el caso de la vocación y llamamiento de Israel, no hay revocación ni penitencia en Dios (cf. Ro. 11:29). El sacerdocio de Melquisedec es perpetuo"[10].

[10] Miguel Nicolau. o.c., pág. 89.

El juramento divino expresa una posición inamovible de Dios respecto a lo que ha determinado en relación con el sacerdocio de Cristo. La expresión καὶ οὐ μεταμεληθήσεται *“y no se arrepentirá”* es un antropomorfismo de confirmación en la determinación divina. Como ha jurado lo determinado, no es posible una regresión y mucho menos una cancelación de ese sacerdocio perpetuamente establecido en la persona de Jesucristo. La perpetuidad se determina también, en la lectura literal: σὺ ἱερεὺς εἰς τὸν αἰῶνα *“Tú sacerdote para siempre”*. En contraste con la temporalidad del antiguo sacerdocio éste, establecido en la gloriosa persona de nuestro Señor, alcanza la dimensión definitiva en el oficio de intercesión perpetua que lleva a cabo en la presencia de Dios por los suyos.

22. Por tanto, Jesús es fiador de un mejor pacto.

κατὰ	τοσοῦτο	καὶ	κρείττονος	διαθήκης	γέγονεν	ἔγγυος	Ἰησοῦς.
Por	tanto	también	de mejor	pacto	ha llegado a ser	fiador	Jesús.

Notas y análisis del texto griego.

La frase establece una conclusión con κατὰ, preposición de acusativo *por*; τοσοῦτο, caso acusativo neutro singular del adjetivo demostrativo *tanto, tan grande, de calidad, tamaño*; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; κρείττονος, caso genitivo femenino singular del adjetivo comparativo declinado, *de mejor*; διαθήκης, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota, *alianza, promesa, testamento*, aquí en sentido de *pacto*; γέγονεν, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo γίνομαι, *llegar a ser, comenzar a existir,* aquí como *ha llegado a ser*; ἔγγυος, caso nominativo masculino singular del adjetivo, *garantizador, fiador,* en el sentido del que responde por alguno; Ἰησοῦς, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Jesús*.

La consecuencia de cuanto se ha dicho antes se establece aquí con la fórmula κατὰ τοσοῦτο, *“por tanto”*, que a su vez sirve de introducción para un nuevo concepto en la Epístola, el de *pacto*. Este vocablo[11] se usa aquí por primera vez en el escrito. El sustantivo denota *poner las cosas en su sitio*. Al proceder de Dios mismo, es καὶ κρείττονος διαθήκης, *también mejor pacto.* Cuando se habla de *pacto*, generalmente se entiende en el sentido de una *alianza*, o de un *convenio*, que en este caso sería entre Dios y los hombres. Sería considerarlo como un *pacto* bilateral, que obliga al pueblo que entra en los vínculos del pacto a un determinado comportamiento para con Dios, mientras que por otro lado, Dios se compromete a la conducción, protección y bendición de los suyos. Sin embargo, el pacto o los pactos de Dios no pueden equipararse a relaciones bilaterales propias de los hombres. El divino procede de la libre

[11] Griego διαθήκης.

iniciativa de Dios que establece y determina sus relaciones con los hombres. Los pactos de Dios son incondicionales y unilaterales, mientras que los humanos son bilaterales, colectivos y con intervención de ambas partes. El pacto divino es establecido por Dios en su totalidad incluyendo las condiciones que el hombre debe aceptar y cumplir. El pacto no puede forzar a Dios ni obligarlo en el sentido oneroso que determinan las relaciones pactadas entre hombres. Las expresiones del lenguaje humano son siempre limitadas y muchas veces parciales cuando se usan para determinar acciones o relaciones divinas. Al hablar de *pacto* en relación con Dios, se debe entender que el convenio que lo regula, nace y procede enteramente de Él, que lo convierte en *donación*, es decir, en un regalo que la gracia divina hace para los que integra Él mismo en los términos del convenio. En este sentido el término *pacto* alcanza el sentido de *regalo de la gracia*. En el pacto establecido bajo el nuevo orden sacerdotal de Melquisedec, Dios nos enriquece en Cristo (1 Co. 1:5), basándolo en la alianza sellada con la sangre de Cristo (Lc. 22:20).

Γέγονεν ἔγγυος ᾿Ιησοῦς. Es, por tanto, Jesús el garante del nuevo pacto. Pero, además, es *fiador*[12], que significa el que garantiza y ocupa el lugar de otro. Etimológicamente tiene que ver con el que responde personalmente por otro, sea con su vida o con su patrimonio. Cristo es constituido fiador en lugar del creyente. Su muerte garantiza plenamente la cancelación de toda penalidad en relación con la justicia divina. La vinculación con Él le confiere al cristiano la vida eterna, que lo establece en una relación de disfrute de la misma vida divina en la dimensión de su naturaleza comunicable (2 P. 1:4). Las demandas de santidad para la forma de vida natural le son posibles en razón de la propia presencia divina que se hace operante en el creyente (Fil. 2:13). Dios es el que otorga el pacto, pero, Jesús garantiza el cumplimiento a favor de los suyos. Jesús ha cumplido todas las demandas y estas son trasladadas a la experiencia de todo aquel que está en Él. Esa seguridad es consecuencia de la función de único Mediador entre Dios y los hombres, que es Jesucristo hombre (1 Ti. 2:5). A diferencia del antiguo pacto, el nuevo se cumple en plenitud por la obra y persona de Jesús, por tanto, nada tiene que ver ya con las limitaciones, imperfecciones y fracasos propios de la antigua alianza, imposible de cumplirse a causa de las propias debilidades de los hombres.

23. Y los otros sacerdotes llegaron a ser muchos, debido a que por la muerte no podían continuar.

Καὶ οἱ μὲν πλείονες εἰσιν γεγονότες ἱερεῖς διὰ τὸ θανάτῳ
Y los ciertamente más numerosos son llegados a ser sacerdotes a causa de por la muerte
κωλύεσθαι παραμένειν·
ser impedidos de continuar.

[12] Griego ἔγγυος.

Notas y análisis del texto griego.

La vinculación con lo que antecede se establece mediante καὶ, conjunción copulativa *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; μὲν, partícula afirmativa que se coloca siempre inmediatamente después de la palabra expresiva de una idea que se ha de reforzar o poner en relación con otra idea y que, en sentido absoluto tiene oficio de adverbio de afirmación, como *ciertamente, a la verdad*; πλείονες, caso nominativo masculino plural del adjetivo comparativo, que puede ser aquí comparativo de πολύς, o también de πλείων, e incluso de πλεῖστος, superlativo de πολύς, en sentido de *mayor*, se trata de un adjetivo predicado comparativo con sentido de *mas de uno*, en sucesión y no simultáneamente, generalmente en sentido de intensificación gradual y de superioridad cualificante, como *mayor, más abundante,* el sustantivado πλείονες, que este caso, se usa como concepto que expresa un conjunto, como *mayoría*, aquí como *más numerosos*; εἰσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *son*; γεγονότες, caso nominativo masculino plural del participio perfecto de indicativo en voz activa del verbo γίνομαι, en acepción de *llegar a ser*, aquí como *llegados a ser*; ἱερεῖς, caso nominativo masculino plural del sustantivo *sacerdotes*; διὰ, preposición de acusativo, *por causa de, por*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; θανάτω, caso acusativo neutro singular del sustantivo *muerte*.

Καὶ οἱ μὲν πλείονες εἰσιν γεγονότες ἱερεῖς διὰ τὸ θανάτῳ κωλύεσθαι παραμένειν. La segunda evidencia de la superioridad del sacerdocio de Cristo está en la multiplicidad que se hacia necesaria en los sacerdotes del antiguo orden. El antiguo régimen sacerdotal tenía la continuidad de la descendencia que sustituía a todos los sacerdotes que iban muriendo. Ningún sacerdote del sistema levítico podía cumplir la profecía de *"un sacerdote para siempre"*. La sucesión como continuidad se produjo ya en vida del primer sumo sacerdote de Israel. Aarón llevó a cabo su ministerio sacerdotal durante la peregrinación por el desierto y tuvo que ser remplazado por su hijo a causa de su muerte. En vida de Moisés fue este quien retiró las vestiduras de sumo sacerdote a Aarón y se las vistió a su hijo Eleazar, muriendo el primer sumo sacerdote en el monte al que habían subido los tres (Nm. 20:28). Pero también queda registrada en la Biblia la muerte de Eleazar, el segundo sumo sacerdote después de Aarón (Jos. 24:33), a quien sucedió su hijo Finees. Los sacerdotes fueron muchos porque la muerte impedía su continuidad. Conforme a la historia secular de Israel, hubo ochenta y tres sumo sacerdotes desde Aarón hasta la destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C.[13] El antiguo sacerdocio se transmitía de generación en generación.

24. Mas éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable.

---

[13] Josefa. *Antigüedades*, XX.227.

ὁ δὲ διὰ τὸ μένειν αὐτὸν εἰς τὸν αἰῶνα ἀπαράβατον ἔχει τὴν
Mas el a causa de - permanecer Él hasta el siglo intransferible tiene el
ἱερωσύνην·
sacerdocio.

Notas y análisis del texto griego.

Un contraste se establece con el sacerdocio mediante la misma forma del versículo anterior, con ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, para una mayor claridad se suele traducir en español el artículo por el adjetivo demostrativo *éste*; que precede a δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ, que en la construcción castellana precede al artículo; διὰ, preposición de acusativo, *por causa de, por*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*, que no se traduce al castellano en esta construcción; μένειν, presente de infinitivo en voz activa del verbo μένω, *permanecer, quedarse,* aquí como *permanecer*; αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *él*; εἰς, preposición de acusativo *hasta*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; αἰῶνα, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *siglo, tiempo*; la expresión anterior es una figura del lenguaje que equivale a *perpetuidad, eternidad*; ἀπαράβατον, caso acusativo femenino singular del adjetivo que expresa la condición de lo que es *permanente, intransferible*; ἔχει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἐχω, *tener*, aquí como *tiene*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἱερωσύνην caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *sacerdocio, oficio sacerdotal.*

῾Ο δὲ διὰ τὸ μένειν αὐτὸν εἰς τὸν αἰῶνα ἀπαράβατον ἔχει τὴν ἱερωσύνην. La inmutabilidad de Cristo hace intransferible el sacerdocio. Mientras que en el antiguo orden debía transferirse a causa de la muerte, en el nuevo, conforme al de Melquisedec, se hace innecesaria la transmisión por cuanto el Sumo Sacerdote no muere. Cristo es Dios, por tanto, goza de la eterna permanencia divina. En razón de que no muere, su sacerdocio no pasa de unos a otros, como ocurría en el sistema levítico. Los contemporáneos de Cristo conocían que según la Ley, el Cristo permanecería para siempre (Jn. 12:34), por tanto, el cumplimiento profético se manifiesta en Aquel que, habiendo resucitado de entre los muertos ya no muere más.

Esta es la razón por la que el nuevo orden sacerdotal se hace ἀπαράβατον intransferible, ya que el paso de unos a otros obedece a la muerte de quien había recibido el ministerio sacerdotal. Dios estableció a su Hijo como Sumo Sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec, en el cual no se produce la transferencia porque la vida del Sumo Sacerdote es eterna, por tanto, al no morir, permanece para siempre.

25. Por lo cual también puede salvar perpetuamente a los que por Él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.

ὅθεν καὶ σῴζειν εἰς τὸ παντελὲς δύναται τοὺς
Por consiguiente también salvar hasta lo completo puede a los
προσερχομένους δι' αὐτοῦ τῷ Θεῷ, πάντοτε ζῶν εἰς τὸ
que se acercan por medio de Él - a Dios, siempre que vive a fin -
ἐντυγχάνειν ὑπὲρ αὐτῶν.
de interceder por ellos.

Notas y análisis del texto griego.

Como consecuencia de lo anterior se estable una conclusión, con ὅθεν, adverbio, *donde, de donde, por eso, por consiguiente*; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; σῴζειν, presente de infinitivo en voz activa del verbo *salvar*; εἰς, preposición de acusativo *a*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; παντελὲς, caso acusativo neutro singular del adjetivo que expresa la condición de lo que es *entero, completo, hasta lo sumo, de modo pleno*, la traducción *perpetuamente*, de RV, sigue a la Vulgata *in perpetuur*, pero, la idea corresponde más que a perpetuidad o extensión de tiempo, a la de lo que es completo; δύναται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo δύναμαι, *poder, ser capaz, tener poder*, aquí como *puede*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado declinado *a los*; προσερχομένους, caso acusativo masculino plural del participio de presente en voz media del verbo προσέρχομαι, *llegarse a, aproximarse, acercarse,* aquí como *que se acercan*; δι' forma contracta de la preposición de genitivo διά, aquí como *por medio*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se traduce en castellano en este construcción gramatical al estar vinculado a nombre propio; Θεῷ, caso dativo masculino singular del nombre de *Dios*; pavntote, adverbio *en todo tiempo, siempre*; ζῶν, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ζάω, *vivir,* aquí como *que vive*, en sentido de *viviendo*; εἰς, preposición de acusativo *para, a fin*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; ejntugcavnein, presente de infinitivo en voz activa del verbo ἐντυγχάνω, con significado primario de *encontrarse con, a fin de conversar*, de ahí *interceder, rogar a favor de alguien,* aquí como *interceder*; ὑπὲρ, preposición de genitivo *por*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre persona *ellos*.

Se llega aquí a la conclusión lógica de cuanto antecede: ὅθεν *"por lo cual"*; porque Cristo tiene un sacerdocio inmutable es posible llegar a la conclusión que sigue, consistente primero en la seguridad de salvación. La salvación de Dios no es temporal, sino perpetua. En ella está involucrada la dotación de vida eterna (Jn. 3:16), por tanto, a la experiencia del regalo de la vida eterna, corresponde, en la limitación del hombre, el acceso a la perpetuidad de esa salvación en su propia experiencia. El poder salvador de Cristo no merma ni desaparece porque el que salva y provee de sacrificio expiatorio por el pecado, vive eternamente.

Καὶ σῴζειν εἰς τὸ παντελὲς δύναται. Sin embargo, en esta primera cláusula de la conclusión, no se tiene en mente la extensión temporal que hace perpetua la salvación, sino el alcance pleno de la misma, no es tanto *salvar perpetuamente*, sino más bien *salvar hasta lo sumo.* Nuestro Señor puede salvar porque hizo todo lo necesario para hacer posible la salvación de los pecadores, es decir, *puede salvar hasta el extremo*, no hay nada que falte por hacer en la economía de la salvación, lo que indica la idea de perfección y culminación[14]. Nada queda por añadir a la salvación, que se otorga al creyente en toda la dimensión posible de su gloriosa grandeza.

La función sacerdotal de ofrecer sacrificio por el pecado, se ha consumado en el sacrificio del Calvario, hecho una vez para siempre (9:25-28; 10:10-14), lo que añade al concepto de salvación plena, el de temporalidad, en el sentido de que lo que es completo es también perpetuo. El alcance de la obra de redención se considerará al comentar los pasajes citados. La salvación –como se dice más arriba- provee de *vida eterna* (Jn. 3:16). Esa vida eterna, única en Dios y que sólo Él puede dar como don a todo aquel que cree, fluye al salvo por el único Mediador entre Dios y los hombres, que es Jesucristo hombre (1 Ti. 2:5). La salvación es de alcance universal: τοὺς, *a los*, es decir, a todos los que προσερχομένους δι᾽ αὐτοῦ τῷ Θεω *se acercan a Dios, por medio de Él.* Sólo hay vida eterna en identificación con Dios, por medio de su Hijo, de ahí que la condición sea *acercarse* y tan solo es posible ese acercamiento vital por medio de Jesucristo (Jn. 14:6). La gran verdad es que no hay salvación fuera de Jesús (Hch. 4:12).

Πάντοτε ζῶν εἰς τὸ ἐντυγχάνειν ὑπὲρ αὐτῶν. La seguridad de salvación que queda establecida en el don de la vida eterna, que Dios otorga a todo aquel que cree, se complementa por la acción intercesora del Sumo Sacerdote que vive para siempre. No se trata de algo ocasional o puntual, sino de un ministerio perpetuo. El que murió también resucitó y ascendió a la diestra de Dios para establecer, como corresponde a su oficio sacerdotal, la intercesión comprometida de antemano en la oración sacerdotal (Jn. 17:9). La presencia de su santa humanidad entregada en sacrificio expiatorio por nuestro pecado, presenta continuamente ante el Padre la obra redentora y con ella la extinción definitiva de la responsabilidad penal por el pecado de los creyentes, de tal manera que ya no es posible la condenación para quienes han sido puestos en Él (Ro. 8:1). Las señales de su obra en la Cruz, las marcas en sus manos y en su costado, son exhibidas continuamente en la Majestad de las alturas, ya que así las conserva después de la resurrección (Jn. 20:25-27; Ap. 5:6). Esa intercesión descansa en dos grandes principios: por un lado el deseo que Jesús pide al Padre

[14] La misma frase en Lc. 13:11, en el texto griego.

a favor de los suyos; y por otro en la eficacia absoluta de su irrepetible y definitivo sacrificio para salvación. El ministerio de intercesión es permanente en los cielos hasta que los redimidos sean trasladados a la presencia del Señor (10:13). El Señor vive ahora en continua intercesión para aquellos que se acercan a Dios por medio de Él. La continuidad del ministerio intercesor se aprecia en la posición del Cordero en los cielos, puesto en pie (Ap. 5:6), culminando perpetuamente la forma del antiguo sacerdocio que permanecía en pie mientras oraba por el pueblo. Nadie puede acusar para condenación a los escogidos de Dios (Ro. 8:33-39). La intercesión perpetua de Cristo es Su misma presencia a la diestra de Dios, por lo que su misma vida en el poder de la resurrección es la oración de intercesión ante Dios. Como escribe F. Bruce:

"Su autosacrificio, completado una vez, es infinitamente aceptable y eficaz; su contacto con el Padre es inmediato e ininterrumpido; su ministerio sacerdotal a favor de su pueblo nunca termina y, por lo tanto, la salvación que les asegura es absoluta"[15].

El versículo enfatiza la realidad de la proximidad con Dios de todos los creyentes, que pueden acercarse por medio de Jesucristo. En su ministerio se refirió a sí mismo como *"el camino"* (Jn. 14:6). Ese camino está permanente abierto para acercarse a Dios, porque el mismo que es camino, está en la presencia de Dios como Sumo Sacerdote que hace algo más que representar a su pueblo, lo lleva en sí mismo a la presencia de Dios, haciéndolo sentar, posicionalmente con Él en los lugares celestiales (Ef. 2:6). Por su condición divino-humana, Dios se acerca al hombre en la deidad de su Hijo, y el hombre se acerca a Dios en la humanidad del Señor, con la seguridad de acceso constante e inmediato. Él es Sumo Sacerdote para hacer la propiciación por el pecado de su pueblo (2:17s.) y también para compadecerse de nuestras debilidades, proveyendo para todos los suyos de la provisión necesaria para el tiempo de conflicto (4:15s.). Aquí la función sacerdotal se expresa en términos de intercesión: πάντοτε ζῶν εἰς τὸ ἐντυγχάνειν ὑπὲρ αὐτῶν *"viviendo siempre para interceder por ellos"*. El ministerio de intercesión formaba parte de la confesión de fe de la Iglesia, en tiempos de los apóstoles: *"¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica; ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dos, el que también intercede por nosotros"* (Ro. 8:33-34). El Siervo profetizado se anuncia como intercesor *"orando por los transgresores"* (Is. 53:12). Aquel que rogó por Pedro para que su fe no faltase (Lc. 22:32), lo hace ahora en la presencia de Dios a favor de todo su pueblo. Debe entenderse esto también como el Sumo Sacerdote, entronizado a la diestra

[15] F. F. Bruce. o.c., pág. 158.

de Dios, que como Hijo amado recibe todo cuanto pide al Padre, en este caso, a favor de los suyos.

26. Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos.

Τοιοῦτος γὰρ ἡμῖν καὶ ἔπρεπεν ἀρχιερεύς, ὅσιος ἄκακος
Porque tal a nosotros también convenía Sumo Sacerdote: Santo, inocente,
ἀμίαντος, κεχωρισμένος ἀπὸ τῶν ἁμαρτωλῶν καὶ ὑψηλότερος
incontaminado, que ha sido separado de los pecadores y más encumbrado
τῶν οὐρανῶν γενόμενος,
de los cielos hecho.

Notas y análisis del texto griego.

La conclusión se extiende a lo que antecede con τιοῦτος, caso nominativo masculino singular del adjetivo demostrativo *tal, de tal naturaleza, semejante, tan grande,* γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al adjetivo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ἡμῖν, caso dativo plural del pronombre personal declinado *a nosotros*; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; ἔπρεπεν, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo πρέπω, *convenir, ser apropiado,* que aparece en la construcción impersonal πρέπει, aquí como *convenía, era propio*; ἀρχιερεύς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *sumo sacerdote*. La siguiente cláusula expresa, mediante adjetivos calificativos, sus características: ὅσιος, caso nominativo masculino singular del adjetivo *santo*; ἄκακος, caso nominativo masculino singular del adjetivo *inocente*; ἀμίαντος, caso nominativo masculino singular del adjetivo *incontaminado*, *sin mácula*; κεχωρισμένος, caso nominativo masculino singular del participio perfecto en voz pasiva del verbo χωρίζω, *separarse, alejarse, partir*, aquí como *que ha sido separado*; ἀπὸ, preposición de genitivo *de*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; ἁμαρτωλῶν, caso genitivo masculino plural del adjetivo *pecadores,* es decir, quienes pecan; kaiV, conjunción copulativa *y*; ὑψηλότερος, caso nominativo masculino plural del adjetivo comparativo *más alto, más exaltado, más sublime, más encumbrado*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; οὐρανῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo *cielos*; γενόμενος, caso nominativo masculino singular con el participio aoristo segundo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, empezar a existir, hacerse, ser hecho*, aquí como *hecho*.

El versículo anterior establece un nexo entre lo que antecede y esta parte final del capítulo. La conjunción causal γὰρ, *porque* introduce a la reflexión sobre el poder salvador del Sumo Sacerdote hasta la perfección total. Un ἀρχιερεύς, Sumo Sacerdote τοιοῦτος, así, ἡμῖν καὶ ἔπρεπεν *"nos convenía"*. El verbo expresa la idea de *estar en su punto*, también *lo que es*

propio para algo[16]. Esta forma verbal aparece antes en la Epístola (2:10). En la ocasión anterior se refiere a lo que es propio de Dios, en su forma de actuar, aquí a lo que es propio para el hombre en su necesidad. Si la razón del sacerdocio son los hombres, éste era el que convenía a las necesidades de ellos. Poseedor de naturaleza humana puede ser nuestro representante y por su condición divina garantiza la eterna salvación de los suyos. Este es el Sumo Sacerdote que *nos convenía* y fue constituido como tal para nosotros. Como quiera que la razón del sacerdocio son los hombres en un ministerio a favor de ellos delante de Dios, esa es la conveniencia a nuestro favor de tal Sumo Sacerdote.

Además de las condiciones generales a las que se hizo referencia, se resaltan algunas otras que lo hacen único. Él es ὅσιος, *santo*. No llegó a esa condición, sino que le es eternamente propia, en grado infinito, porque es Dios. En su condición de hombre (Jn. 14:1), se presenta como consagrado plenamente a Dios y apartado para llevar a cabo el ministerio sacerdotal en relación con el pecado, a fin de santificar en Él a quienes Dios llama a salvación. En la anunciación se dijo a María que el que iba a nacer de ella sería *lo santo*, no un *ser santo*, como traduce RV, sino lo sublime e infinitamente santo (Lc. 1:35), condición aplicable únicamente a Dios. Debe notarse que en el texto griego se lee: *"lo santo que nacerá"*, lo que está enfatizando el sentido de santidad absoluta, que sólo corresponde a Dios. La santidad inherente al niño que nacería descansa en la presencia de la segunda Persona divina que santifica la naturaleza humana que subsiste en su Persona. Jesús no vino a ser Hijo de Dios por haber sido concebido por el Espíritu Santo, sino que lo es eternamente. El Espíritu Santo que concibe puede santificar el embrión concebido, pero la santidad absoluta sin contaminación de pecado la aporta la Persona Divina que se encarna (Jn. 1:14). La naturaleza humana de Jesús es semejante a la de los hombres, pero distinta de ella (Fil. 2:7). Es igual al hombre porque es hombre, pero distinto en cuanto a vinculación con la Deidad, ya que es el único hombre en la historia de los hombres unido a la Persona Divina del Verbo en hipóstasis de naturaleza. Distinto también a los hombres en cuanto a incontaminación con el pecado. En María toma naturaleza humana y se inserta en el mundo, con todo cuanto los humanos llegamos a ser, salvo en cuanto al pecado (Ro. 1:3). La humanidad que surge por la acción del Espíritu está tocada por la presencia y comunicación absoluta de Dios y por ello es absolutamente divina y suya, a la vez que esa naturaleza humana es la expresión suprema de la criatura, con lo que está plenamente vinculado a Dios por la deidad y a los hombres por la humanidad. Dios presente desde el mismo instante de la concepción fue llevado, en vinculación con la naturaleza humana, durante la gestación en María hasta el

[16] Ver algunos ejemplos donde aparece el verbo en esta forma (Mt. 3:15; 1 Co. 11:13; Ef. 5:3; 1 Ti. 2:10; Tit. 2:1; He. 2:10).

alumbramiento. La historia de Jesús es la historia de Dios manifestado en carne. Para llegar a una comprensión del término que se considera, en relación con el adjetivo *santo* que califica a la persona del Sumo sacerdote, es necesario enfatizar un poco más en su condición personal, aun a costa de extenderse, en cierta medida, en términos cristológicos. Jesús no sólo es Dios, y no sólo es hombre, pero tampoco es Dios y hombre, como si fuesen dos personas y dos personalidades diferentes, sino que es Dios-hombre[17]. La admirable y sublime novedad en la revelación actual de Dios en Cristo es que en Jesucristo, Dios y el hombre, Logos y carne, se han unido para siempre. La vinculación que esto tiene en relación con el sacerdocio es palpable ya que el Logos, que estaba junto al Padre, el eterno e impasible, ha nacido, padecido y muerto como hombre, permitiéndole llevar a cabo el sacrificio que hace perfectos a quienes por medio de Él se acercan a Dios. La consecuencia de esta unión es *unus*, un sujeto personal único con dos naturalezas subsistentes en su única Persona. Este sujeto único, que es el Sumo Sacerdote del nuevo orden, en cuanto a humanidad, ha sido engendrado en María, y ella ha tenido respecto de él la misma colaboración biológica que toda madre tiene respecto de su hijo. Por tanto a este Sumo Sacerdote que nos conviene, le es tan esencial y propio lo que recibe de María en cuanto a humanidad, como lo que recibe de Dios en cuanto a deidad. En un misterio de gracia, Jesús es consustancial con María que lo vincula a los hombres, por generación humana en concepción divina y es consustancial con el Padre que lo vincula a la Deidad, por generación eterna. Este Sumo Sacerdote es único e irrepetible y con consecuencias también únicas, ya que siendo el Verbo encarnado, es Dios-hombre y sus operaciones se denominan Teándricas o Teantrópicas, esto es, divino-humanas. Se trata de una unión hipostática que, como se dijo antes, no sólo es personal, sino que se realiza en el núcleo mismo de la persona. Esto define también la *personalidad* del Sumo Sacerdote en el plano de su humanidad, teniendo en cuenta que personalidad no es un elemento más de la naturaleza, sino el sujeto de atribución y responsabilidad del ser personal. La unión de las dos naturalezas es una unión sustancial, que a su vez es hipostática, porque ambas naturalezas se unen en la Persona, la cual ya preexistía. Por esa razón, nuestro Sumo Sacerdote habla siempre de sí mismo como un solo Yo que se dirige al Padre como un Tú. Toda la acción salvadora y luego intercesora de Jesucristo la hizo una sola Persona. En cuanto a las acciones de omnipotencia procedía por medio de la naturaleza divina. Mientras que las propias del hombre procedían por medio de la naturaleza humana. Los milagros de Jesucristo procedían de su Persona por medio de sus dos naturalezas, la divina como principal y la humana como instrumental. Por tanto, de una sola y misma Persona de Jesús se afirma atributos, poderes, dignidades, acciones, etc. que convienen a una de las dos naturalezas, e incluso se imputan a Cristo los atributos de una naturaleza cuando su Persona es designada con

---

[17] Griego θεανθρωπος.

atributos de la otra (Lc. 1:43; Jn. 1:14; 3:13; 6:52; Hch. 20:28; Ro. 1:3, 4; 8:3, 32; 9:5; 1 Co. 2:8; Gá. 4:4, 5; Ef. 1:22, 23; 4:10; Fil. 2:6-11; Col. 1:13, 14; 1 Ti. 2:5; 3:16; He. 1:2, 3; 2:14; 1 P. 3:18; 1 Jn. 4:2-3). La naturaleza humana de Jesucristo no es in-personal, sino en-personal, puesto que aunque carece de personalidad propia, subsiste en la Persona del Hijo de Dios, que extiende a su humanidad su razón de sujeto responsable y de término de atribución. Todo lo que tiene razón de energía agente o de elemento constituyente, incluidas la conciencia y la voluntad, es doble en Cristo, conforme a la dualidad de naturalezas, aunque la persona del Verbo asume la última responsabilidad de las decisiones. Esa unión de las dos naturalezas en la Persona es indisoluble, de tal manera que desde la concepción las dos naturalezas subsisten en la Persona Divina del Hijo de Dios, con una consecuencia principal que es la *comunicación de propiedades*, esto es la mutua intercomunicación de términos y cualidades, ya esenciales, ya operativas entre lo divino y lo humano en todo lo que afecta a la persona de Cristo, que se hace a través de la única Persona del Dios-hombre, pero no directamente de una a otra naturaleza sin pasar por la Persona. Por esta causa podemos decir que nuestro Sumo Sacerdote Jesús es a la vez omnipotente y débil; eterno y temporal. En tal situación la humanidad de Jesús tiene la relación y vinculación con un sujeto personal que es el Hijo encarnado, y la complejidad propia de su constitución Divino-humana. En Él está presente y activa la naturaleza divina personalizada en el Hijo, a la vez que la naturaleza humana individualizada por el sujeto concreto de hijo de María, que lo vincula con la humanidad y el cosmos, de los cuales es solidario cada hombre. Jesús tiene vida intelectiva, afectiva y desiderativa correspondiente a su humanidad. Su alma como la de todo hombre, tiene los límites propios de un hombre del tiempo y del espacio, pero a la vez la dotación necesaria para cumplir la misión que le había sido encomendada. Frente a esto surge la pregunta de como era la existencia de Jesús en orden a conciencia y libertad. Ese límite debe ser prudentemente respetado ya que la unión hipostática es un misterio que desborda la capacidad de comprensión humana y de la misma manera la constitución de la conciencia de Jesús es otro misterio. Sin embargo, la realidad psicológica de Jesús debe ser afirmada aunque no se pueda explicar totalmente, ya que lo contrario sería negar la integridad de la humanidad de Jesús y las consecuencias de la encarnación (Jn. 1:14). Con todo no es posible compararla para comprenderla con nuestra humanidad, que aunque común tiene serias diferencias, como también se ha considerado antes, tales como distinto origen, ya que Jesús es el Hijo de Dios encarnado, y asimismo distinta misión porque sólo Él es Mediador de la salvación y representante de toda la humanidad salva delante de Dios. Tal posición y condición la hace su humanidad diferente a la nuestra y, aunque tenemos que comprenderla y pensarla desde nuestra percepción de lo que es el hombre, nunca podremos mediarla por nosotros ni reducirla a lo que es la nuestra. Debe llegarse a una conclusión definitiva en este sentido: Todo cuanto se hace operativo o incluso volitivo en cualquiera de sus

dos naturalezas, afectan a la Persona Divina el Hijo de Dios. La conciencia de Jesús es unificada, por ello no se puede contraponer el alma de Jesús al Verbo, como si fueran separables; ni el hombre Jesús al Hijo; ni la humanidad creada a la Deidad eterna. Nuestro Sumo Sacerdote, el que nos convenía, es siempre Hijo y ninguna solidaridad con los hombres rompe la unión, conciencia, amor e intimidad absoluta con el Padre en el seno trinitario. Esto nos permite entender que la operatividad del Sumo Sacerdote en el ministerio de intercesión se establece en base a que el sujeto de la acción está plenamente integrado en sí, ordenado a ese fin y capaz alcanzarlo y vinculado absolutamente a él. Esa es la razón de la confianza cristiana y es la gran base desde la que se puede decir que *"tal Sumo Sacerdote nos convenía"*. El valor de la redención llevada a cabo en la Cruz exigía la unidad de Persona, junto con la dualidad de naturalezas. Como ya se dijo antes, sólo quien fuese hombre podía ser nuestro representante y sustituto, y sólo quien fuese Dios podía tener un valor infinito el precio de su vida (Jn. 12:27; Hch. 3:18; Ef. 2:16-18; He. 2:11-18; 4:15ss; 7:26, 28; 9:22; 1 P. 1:19; 1 Jn. 2:2).

El término griego que se usa aquí[18] significa lo que es recto, santo, en oposición a lo torcido o contaminado. Es un concepto que va asociado a la rectitud. Expresa esencialmente la condición propia del carácter santo que se manifiesta al exterior como una verdadera piedad. En cierto sentido podría decirse que este Sumo Sacerdote es *piadoso*. Por tanto, nada podía impedir Su acceso a la presencia de Dios, porque como santo cumple el requisito establecido para ello (Sal. 24:3, 4). Cristo es santo en su ministerio sacerdotal, con la santidad ontológica que corresponde a su condición Divino-humana. El servicio de quien es santo en sí mismo, no puede ser sino también santo, como corresponde a quien vive en el cumplimiento fiel de lo que el Padre le había encomendado. En esta misma Epístola se hizo referencia a su temor reverente que culminó la obra de redención (5:7). La pureza de condición del Señor, considerada ya antes (4:15), permite poner a Jesús, como hombre perfecto en sentido de un verdadero milagro moral para la humanidad. El salmista le llama *el santo de Dios* (Sal. 16:10). Es el *Logos* encarnado, impecable, porque es Dios.

El Sumo Sacerdote es también ἄκακος, *inocente*. Porque siendo Dios procede también con simplicidad y, por tanto, con absoluta rectitud (Sal. 25:21). El sustantivo *inocente*[19] tiene el sentido de lo que es sin malicia. El término aparece sólo dos veces en todo el Nuevo Testamento[20] y en los dos casos contiene ese sentido, que alcanza incluso la condición del que es confiado

[18] Griego ὅσιος.
[19] Griego ἄκακος.
[20] La otra referencia está en Romanos 16:18.

porque no piensa en la maldad de otros. La santidad absoluta de la Persona Divina del Señor comunica tal condición a su naturaleza humana, haciendo que Jesús sea irreprochable en todo. Nade podía redargüirle de pecado, porque era impecable (Jn. 8:46).

Otra de sus perfecciones es la condición de ser ἀμίαντος, *incontaminado*, traducido como *sin mancha*. Es el Sumo Sacerdote que *nos conviene* porque anduvo entre los hombres recorriendo el camino que nos es propio por nuestra condición humana, pero ninguna de nuestras contaminaciones afectó a su pureza. La incontaminable dimensión de su Persona había sido antes profetizada: *"Nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca"* (Is. 53:9). Quienes vivieron a su lado en el tiempo de su ministerio dan el mismo testimonio como la realidad de su vida (1 P. 2:22). Nunca se alejó de los pecadores en el sentido de la relación con ellos, caminando nuestros caminos, compartiendo nuestras limitaciones, experimentando nuestros dolores, llorando nuestras lágrimas y muriendo nuestra muerte. Pero, la absoluta santidad del Sumo Sacerdote, en su condición de Emmanuel, Dios con los hombres, mantuvo incontaminada la humanidad que no era ajena a su Persona Divina, sino subsistente en ella.

Esa es la razón por la que se añade que fue κεχωρισμένος ἀπὸ τῶν ἁμαρτωλῶν, *"apartado de los pecadores"*. El término indica no un distanciamiento o alejamiento de la relación con ellos, sino en el sentido de *exceptuado*, es decir, de una clase diferente a la de los hombres pecadores. Nunca se dice en la Escritura que el Señor Jesús es *igual* a los hombres, sino semejante a ellos. Vino a nuestro encuentro en *"semejanza de carne de pecado"* (Ro. 8:3), nuestras limitaciones fueron las suyas al hacerse carne (Jn. 1:14), pero la impecabilidad de su condición le distancia absolutamente de los hombres haciéndole el único hombre exceptuado de pecado, por tanto, puede afirmarse en ese sentido que era *apartado de los pecadores*. La frontera de la impecabilidad de Jesús le mantiene distanciado de la condición pecadora propia y natural de todos los hombres. Sólo su humanidad está exenta del pecado, tanto de origen como de comisión, porque nuestro Señor no sólo no tuvo pecado, sino que tampoco lo pudo tener. La absoluta separación con el pecado es infranqueable en su ser, a causa de que Jesús es la Persona Divina de Dios el Verbo. Nuestro Sumo Sacerdote está alejado de los pecadores en el sentido moral, pero no en el físico ya que vino a buscarlos (Lc. 19:10). En contraste con los religiosos de su tiempo que se separaban físicamente de quienes ellos llamaban *pecadores*, pero que mostraban en sí mismos una corrupción moral mayor que la de ellos (Mt. 21:31, 32).

El Sumo Sacerdote que nos convenía es ὑψηλότερος τῶν οὐρανῶν γενόμενος, *"hecho más sublime que los cielos"*. Aunque en la construcción

gramatical del texto griego *los cielos* está en genitivo, que permitiría entender que el Señor fue hecho el *más encumbrado* en los cielos, es decir, la Persona más gloriosa de todas las que están en los cielos, el término *los cielos*, es realmente un ablativo, después del adjetivo comparativo *más sublime*, por tanto, debe considerarse como un absoluto que se refiere no a *alguien* en los cielos, sino a los mismos cielos con todo cuanto comprenden. Jesús fue hecho más elevado, glorioso y sublime que los mismos cielos. El Salvador, Hijo-Sacerdote, por la glorificación se encumbró sobre ellos mismos (Fil. 2:8-11). El nombre glorioso recibido por la resurrección de los muertos, le sitúa en la gloriosa dimensión de soberanía absoluta sobre cuanto está en los cielos, en la tierra y aún debajo de la tierra. En su ascensión *traspasó* los cielos, que en el sentido de comprensión hebrea supone situarse sobre todos los cielos al sentarse a la diestra de Dios (He. 4:14; 8:1). Exaltado sobre todo, situado por encima de todo, comparte el trono de Dios sentado a la derecha de la Majestad. Éste es, sin duda, el Sumo Sacerdote que nos convenía, el que nos es propio para un ministerio sacerdotal perpetuo.

27. Que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo.

ὃς οὐκ ἔχει καθ᾽ἡμέραν ἀνάγκην, ὥσπερ οἱ ἀρχιερεῖς, πρότερον
El que no tiene cada día necesidad como los sumos sacerdotes primero
ὑπὲρ τῶν ἰδίων ἁμαρτιῶν θυσίας ἀναφέρειν ἔπειτα τῶν τοῦ λαοῦ·
por los propios pecados sacrificios ofrecer después los del pueblo;
τοῦτο γὰρ ἐποίησεν ἐφάπαξ ἑαυτὸν ἀνενέγκας.
porque esto hizo una sola vez a sí mismo ofreciendo.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad con el versículo anterior escribe ὃς, caso nominativo masculino singular del pronombre relativo *el que*; seguido de οὐκ, adverbio de negación *no*, que negativiza al verbo ἔχει, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí como *tiene*; καθ' forma de la preposición de acusativo κατά, por elisión y asimilación ante vocal con espíritu áspero, que equivale a *cada*; ἡμέραν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *día*; ἀνάγκην, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *necesidad*, *obligación*; ὥσπερ, adverbio de modo equivalente a *como, así como, lo mismo que, del mismo modo que*, aquí *como*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἀρχιερεῖς, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *sumos sacerdotes*; πρότερον, adverbio que equivale a *primero*, en el sentido de *antes*; ὑπὲρ, preposición de genitivo *por*; τῶν, caso genitivo femenino plural del artículo determinado *las*; ἰδίων, caso genitivo femenino plural del adjetivo *propios*, en sentido de *algo de uno*; ἁμαρτιῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo que denota *pecados, faltas, extravíos*; θυσίας, caso acusativo femenino plural del sustantivo

sacrificios, ofrendas; ἀναφέρειν, presente de infinitivo en voz activa del verbo ἀναφέρω, *ofrecer*; ἔπειτα, adverbio *luego, después,* en sentido de secuencia de orden; τῶν, caso genitivo femenino plural del artículo determinado *las*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; λαοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *pueblo*; τοῦτο, caso acusativo neutro singular del pronombre demostrativo *esto*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al pronombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ἐποίησεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ποιέω, *hacer*, aquí equivale a *hizo*; ἐφάπαξ, adverbio que es la forma intensificada con ἐπί de ἅπαξ, *una vez*, expresando lo que es radicalmente definitivo e irrepetible, aquí como *una vez por todas, una vez para siempre*; ἑαυτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre reflexivo declinado *a sí mismo*; ἀνενέγκας, caso nominativo masculino singular del participio aoristo primero en voz activa del verbo ἀναφέρω, *ofrecer,* aquí como *que ofreció*, mejor *ofreciendo.*

Ὃς οὐκ ἔχει καθ᾽ἡμέραν ἀνάγκην, ὥσπερ οἱ ἀρχιερεῖς. La superioridad del sacerdocio de Cristo sobre el levítico, se enfatiza relacionándola nuevamente con la realización de un solo y definitivo sacrificio por el pecado, a diferencia de los múltiples sacrificios que tenían que ofrecerse en el antiguo sistema sacerdotal. Pero, sobre todo esto, la santidad absoluta de Jesucristo, hacía innecesario que πρότερον ὑπὲρ τῶν ἰδίων ἁμαρτιῶν θυσίας ἀναφέρειν, ofreciese un sacrificio por Él mismo, como ocurría con los sacerdotes del sistema levítico, que tenían que purificarse ellos mismos antes de presentar ofrendas ἔπειτα τῶν τοῦ λαοῦ, por los pecados del pueblo. Como ya se ha considerado antes, en el día de la expiación habían de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados (Lv. 16:6). Además, debían presentar una ofrenda por sus pecados cuando concurriese en su propia vida una acción pecaminosa, como había de hacerse con cualquier otra persona del pueblo (Lv. 4:3). Esta ofrenda ocasional por el pecado debía estar en la mente del escritor de la Epístola, aunque algunos comentaristas entienden la expresión *cada día* como *en cada ocasión en que debía ofrecerse el sacrificio de expiación*[21], sin embargo es más propio considerarlo como una referencia a cada ocasión en que el sacerdote pecase, para purificación personal de su pecado. Jesús, el Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec no necesita la limpieza porque es absolutamente santo, separado de cualquier aspecto relacionado con el pecado.

Τοῦτο γὰρ ἐποίησεν ἐφάπαξ ἑαυτὸν ἀνενέγκας. El sacrificio de Cristo supera en todo a los sacrificios del orden levítico, por cuanto los cumple, como antitipo de todos ellos, en el mismo. Los sacrificios diarios y los ocasionales por el pecado del pueblo concluyen con el sacrificio único que Jesucristo presentó una vez para siempre por los que por Él se acercan a Dios. Nuestro Señor no necesitaba presentar un sacrificio diario, ni uno anual como el

[21] Miguel Nicolau. o.c., pág. 93.

antiguo orden. El presentó un sacrificio que es perpetuamente válido, al ofrecer su propia vida de infinito valor, que es ofrenda definitiva y eficaz que no necesita repetición. El sacrificio por los pecados de los hombres lo hizo ofreciéndose a Sí mismo, en una ofrenda perfecta y absolutamente definitiva (2:14ss.). Debe prestársele atención al término[22] que usa el autor en el texto griego para referirse al sacrificio que Jesús hizo ofreciéndose a sí mismo y que tiene que ver con *hacer subir*, poner sobre el altar. En este caso, esa *subida* al altar tuvo lugar en la Cruz, donde el sacerdote se convierte a Él mismo en sacrificio. El Señor subió a la Cruz, tanto en la condición de sacerdote como de víctima. Allí se ofreció el único sacrifico que por ser ofrenda de la vida de Dios en su naturaleza humana es perfecto e irrepetible. Ese sacrificio hace posible *"la purificación de nuestros pecados"* (1:3), mediante la ofrenda de sí mismo, como ya estaba anunciado proféticamente: *"Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado"* (Is. 53:10). Esa es la razón por la que el Señor dijo que Él había venido *"a dar su vida en rescate por muchos"* (Mr. 10:45), y que su sangre era derramada por esos muchos (Mr. 14:24), presentándose a sí mismo a Dios en sacrificio por su pueblo. Voluntariamente se ofreció a Sí mismo (Jn. 10:11, 15, 17, 18; He. 9:12). Su sacrificio aceptado por Dios cancela para el pecador creyente toda culpa de pecado (Ro. 8:1). Ningún sacrificio del antiguo orden sacerdotal alcazaba tal dimensión, por tanto, queda evidenciado que supera en todo al antiguo sistema, tanto sacrificial como sacerdotal.

28. Porque la ley constituye sumos sacerdotes a débiles hombres pero la palabra del juramento, posterior a la ley, al Hijo, hecho perfecto para siempre.

ὁ νόμος γὰρ ἀνθρώπους καθίστησιν ἀρχιερεῖς ἔχοντας ἀσθένειαν,
Porque la ley a hombres constituye sumos sacerdotes que tienen debilidad,
ὁ λόγος δὲ τῆς ὁρκωμοσίας τῆς μετὰ τὸν νόμον Υἱὸν εἰς τὸν αἰῶνα
pero la palabra del juramento - posterior a la ley a Hijo para el siglo
τετελειωμένον.
habiendo sido perfeccionado.

Notas y análisis del texto griego.

La conclusión del párrafo se establece con ὁ caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; νόμος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *ordenamiento legal, norma, ley*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al sustantivo y al artículo y que en español los precede, actuando como *conjunción coordinativa*; ἀνθρώπους, caso acusativo masculino plural del sustantivo declinado *a hombres*; καθίστησιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo καθίστημι, *colocar, poner al frente, constituir,* aquí como *constituye*; ἀρχιερεῖς, caso acusativo masculino plural del sustantivo *sumos sacerdotes*; ἔχοντας,

[22] Griego ἀνενέγκας.

caso acusativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí como *que tienen*; ἀσθένειαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *debilidad*, *enfermedad*; seguido de ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; λόγος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota, *palabra, mensaje, discurso, mandato*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ, que en castellano precede al artículo y sustantivo; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ὁρκωμοσίας, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *juramento*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; μετὰ, preposición de acusativo *detrás de, después de*, *posterior a*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; νόμον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *norma, ley, ordenamiento legal*; Υἱὸν, caso acusativo masculino singular del nombre declinado *a Hijo*; εἰς, preposición de acusativo *para*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; αἰῶνα, caso acusativo masculino singular del sustantivo *siglo, tiempo, perpetuidad*; la expresión final sería *a Hijo para siempre*; τετελειωμένον, caso acusativo masculino singular del participio perfecto pasivo en voz pasiva del verbo τελειόω, *completar, cumplir, llevar a término, perfeccionar, llevar a la perfección*, aquí como *habiendo sido perfeccionado.*

Ὁ νόμος γὰρ ἀνθρώπους καθίστησιν ἀρχιερεῖς ἔχοντας ἀσθένειαν. La conclusión final remarca la superioridad del Hijo sobre el sistema sacerdotal antiguo. La Ley constituía sumos sacerdotes a meros hombres. Como tales están rodeados de debilidad, tanto en su naturaleza corporal como moral, todos ellos contaminados por el pecado que, como hombres, heredan. Tales sacerdotes son hombres que sujetos a debilidad están también sujetos a muerte, por lo que tenían que morir y así ocurría. Su debilidad moral está manifestada en el contraste con la inocencia y pureza del nuevo Sumo Sacerdote, apartado de los pecadores y hecho más sublime que los cielos, quien habiendo ofrecido el sacrificio definitivo y perfecto por el pecado, resucitó de entre los muertos y vive para siempre. La perfección de su Persona se expresa al usar en el griego un verbo[23], que expresa la abundancia de su perfección o la dimensión suprema de su perfeccionamiento, que lo hace único y definitivo para el ministerio sacerdotal a favor de los suyos. El Mesías, Hijo de Dios, establece su condición de Sumo Sacerdote, sobre la base de un sacrificio perfecto.

Ὁ λόγος δὲ τῆς ὁρκωμοσίας τῆς μετὰ τὸν νόμον Υἱὸν εἰς τὸν αἰῶνα τετελειωμένον. La decisión divina confirmada por juramente hace definitivo el nuevo orden sacerdotal en Cristo. El Mesías está equipado, para ser el perfecto y eterno Sumo Sacerdote (2:10). Éste no es un mero hombre, sino el Hijo de Dios. Tal Sumo Sacerdote no está sujeto a la fragilidad del hombre. Es

[23] Griego

el sacerdote que llena en plenitud las necesidades de Su pueblo. Es, en resumen, la expresión definitiva de Dios que establece el nuevo sacerdocio conforme a su promesa y determinación, poniendo al Hijo, plenamente perfecto como Sumo Sacerdote para siempre.

Una sola palabra final. Si el Sumo Sacerdote, nuestro Señor y Salvador, es perfecto e infinitamente santo, quienes están en Él, son todos sin excepción sacerdotes para Dios en una vida santa (1 P. 2:9). Por identificación con Cristo, cada sacerdote espiritual debe ser semejante en comportamiento y santidad a Él, como respeto y compromiso con esa posición sacerdotal que exige una vida santa (1 P. 1:13-16). La santidad de vida no es una opción, sino la forma natural y propia de quienes, sacados del mundo, son sacerdotes para Dios. La correspondencia de cada creyente agradecido por la posición que alcanza en Cristo, debiera ser la entrega personal y sin reserva para la gloria de Dios (Ro. 12:1).

CAPÍTULO VIII

EL NUEVO PACTO

Introducción.

En el desarrollo de las evidencias que ponen de manifiesto la superioridad del sacerdocio de Cristo sobre el del antiguo orden, en el capítulo anterior se hizo un contraste sobre el sacerdocio en sí mismo. Ahora se consideran los aspectos fundamentales de todo ejercicio sacerdotal: 1) Que tenga un santuario donde ofrecer los sacrificios; 2) que esas ofrendas estén relacionadas con un pacto, conforme al que se efectúan.

Es evidente que el sacerdocio está relacionado íntimamente con el sacrificio, es decir, no es posible hablar de sacerdocio sin hablar también de sacrificio. De tal manera que la dignidad y superioridad del nuevo orden sacerdotal cuyo Sumo Sacerdote es Cristo mismo, se puede conocer por la superioridad de Su sacrificio que está por encima de todos los sacrificios de la antigua dispensación. La argumentación que se sigue en el pasaje se establece de la misma manera que anteriormente, contrastándolo con lo que pudiera tener importancia o relieve en el pensamiento judío.

En el presente capítulo se demuestra la superioridad de Cristo en las dos mismas bases que se citan en el primer párrafo. Primero en cuanto a la supremacía absoluta del santuario actual sobre el antiguo (vv. 1-5). En segundo lugar se enfatiza la superioridad del nuevo pacto sobre el antiguo (vv. 6-13). Con esta nueva argumentación se establecen ya tres elementos que superan en todo al antiguo orden sacerdotal: 1) un sacrificio superior; 2) un santuario superior; 3) un pacto superior.

Al introducir la argumentación se hace necesario considerar los aspectos generales sobre el Nuevo Pacto, para lo cual el escritor apela a un extenso pasaje de la profecía de Jeremías donde se establecen los principios fundamentales del Nuevo Pacto, que se profetiza como para la casa de Israel y de Judá. Dichos aspectos generales anticipan -en cierta medida- las circunstancias que concurrirán en los súbditos que entrarán al Reino de los Cielos, en la etapa milenial del mismo y luego en el definitivo y eterno estado del Reino de Dios, o Reino de los Cielos. Sin embargo, el Nuevo Testamento relaciona a la Iglesia con el Nuevo Pacto, permitiendo a los creyentes de esa dispensación el disfrute de las bendiciones del mismo, sin menoscabo de las expresiones futuras del Reino de Dios y sin que ello suponga la sustitución de Israel por la Iglesia, en el sentido de cumplimiento de las promesas pendientes aun, que Dios cumplirá como consecuencia de Su fidelidad. El Nuevo Pacto

pone de manifiesto lo que Dios hace con el salvo y la transformación personal de quienes han sido trasladados, en un acto de gracia, al reino del amado Hijo de Dios (Col. 1:13).

El argumento del pasaje es sencillo: todo sacerdote debe tener algo que ofrecer (v. 3) y un lugar donde hacerlo. Cristo no estaba cualificado para acceder al ejercicio sacerdotal en el santuario terrenal, porque no pertenecía a la tribu sacerdotal. Por tanto, Su santuario ha de ser distinto, como efectivamente lo es, y más glorioso ya que no es uno terrenal, procedente del hombre, sino celestial, de Dios mismo.

La división para el estudio ya se estableció antes en el bosquejo de la Epístola, y es como sigue:

1. Sacerdocio y santuario (8:1-5).
2. Esbozo del Nuevo Pacto (8:6-13).

Sacerdocio y Santuario (8:1-5).

1. Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos.

Κεφάλαιον δὲ ἐπὶ τοῖς λεγομένοις, τοιοῦτον ἔχομεν ἀρχιερέα,
Pero el punto principal sobre lo que se está diciendo: Tal tenemos sumo sacerdote
ὃς ἐκάθισεν ἐν δεξιᾷ τοῦ θρόνου τῆς μεγαλωσύνης ἐν τοῖς
el que se sentó en diestra del trono de la Majestad en los
οὐρανοῖς.
cielos.

Notas y análisis del texto griego.

Se introduce el nuevo párrafo con κεφάλαιον, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *punto principal*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto, ahora bien*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; seguido de ἐπὶ, preposición de dativo, *sobre*; τοῖς, caso dativo neutro plural del artículo determinado *lo*; λεγομένοις, caso dativo neutro plural del participio de presente en voz pasiva del verbo λέγω, *decir, hablar,* aquí como *que se está diciendo*. La segunda cláusula comienza con τοιοῦτον, caso acusativo masculino singular del adjetivo demostrativo *tal*; ἔχομεν, primera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí como *tenemos*; ἀρχιερέα, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *sumo sacerdote*; ὃς, caso nominativo masculino singular del pronombre relativo *el que*; ἐκάθισεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo καθίζω, *sentarse*, aquí como *se sentó*; ἐν,

preposición de dativo, *en*, aquí en sentido de *a la*; δεξιᾷ, caso dativo femenino singular del adjetivo *derecha*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; θρόνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *trono*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; μεγαλωσύνης, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *Majestad*; ἐν, preoposición de dativo *en*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado *los*; οὐρανοῖς, caso dativo masculino plural del sustantivo que denota *cielos*.

Κεφάλαιον δὲ ἐπὶ τοῖς λεγομένοις. En una lectura superficial da la impresión de que el autor va a recapitular lo que viene diciendo anteriormente. Sin embargo, el sustantivo[1] con que introduce la cláusula en el texto griego, se refiere a *cabeza*, la parte más elevada del individuo y se usa también en el griego como *la suma de cantidades*, de ahí que aunque el término pudiera sugerir la idea de *resumen*, el autor no va a proceder a una síntesis de lo dicho, sino que introducirá nuevas consideraciones sobre el tema. El autor desea destacar lo más notorio de cuanto antecede para proseguir con la enseñanza, señalando *"el punto principal"*, que como se dice antes al estar enraizado con *cabeza*, desea enfatizar la parte principal dominante, esto es, la cumbre de cuanto ha dicho antes. No se trata, por tanto, del resumen de una doctrina que se concluye, porque se extenderá aún en otras consideraciones. El autor pretende destacar lo más elevado de cuanto ha escrito hasta ahora. No es el resumen de lo escrito, sino algo que prosigue y aumenta. El resumen de lo que va a tratar se desarrolla en la Epístola de ese modo: 1) El mejor pacto (8:7-13); 2) El mejor santuario (9:1-12); 3) El mejor sacrificio (9:13-10:18); 4) Las mejores promesas (10:19-12:3).

Τοιοῦτον ἔχομεν ἀρχιερέα. Lo destacable *"es que tenemos tal Sumo Sacerdote"*. Ese *tal* es correlativo de lo que sigue, esto es, uno de tal naturaleza que está entronizado en los cielos. El autor va a poner a consideración de los lectores los cinco aspectos que evidencian la superioridad de este Sumo Sacerdote: 1) Es mejor que Aarón, considerado ya desde 4:16 a 7:28; 2) Ministra en un santuario mejor (vv. 2, 5); 3) Tiene mejor ofrenda (vv. 3-4); 4) Su obra descansa sobre mejores promesas (v. 6); 5) Tiene mejor ministerio (v. 6).

El lugar de la morada del glorioso Sumo Sacerdote es ἐν δεξιᾷ τοῦ θρόνου τῆς μεγαλωσύνης ἐν τοῖς οὐρανοῖς, *"la diestra del trono de la Majestad en los cielos"*. Esta expresión ya fue utilizada antes (1:3), añadiéndole en esta ocasión el sustantivo *trono*. No es un trono elevado, sino el trono absoluto que está en los cielos y que corresponde sólo a Dios. Jesús no es solamente Sumo Sacerdote, es también Rey, de otro modo, es Sacerdote-Rey.

[1] Griego κεφάλαιον.

Ambos oficios corresponden a Jesucristo. El sacerdocio del Señor se está considerando ampliamente en la Epístola, pero, como en Él concurren dos aspectos sobre el reino. Por un lado está la condición de heredero de los derechos al trono de David, como descendiente suyo (Mt. 1:1), titular de las promesas del pacto davídico (2 S. 7:12, 16). Por otro lado es el Rey que Dios ha establecido y anunciado por medio de los profetas (Sal. 2:6), cuyo reino trasciende al milenial y se proyecta al reino eterno de Dios en la nueva creación.

Ὃς ἐκάθισεν. La posición del Sumo Sacerdote-Rey, *sentado* y entronizado en los cielos, es el lugar de honor supremo y de suprema autoridad que le es confirmado después de la obra sacrificial de la Cruz y de la resurrección de entre los muertos. Está *sentado* porque la obra que se le había encomendado, la de salvar a los perdidos, se ha realizado definitivamente. En ese proceso tiene el *"nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre"* (Fil. 2:10-11). El nombre de autoridad suprema le fue dado, concedido, como el nombre vinculado a la obra de gracia en salvación. Es un nombre supremo que ha de relacionarse necesariamente con la deidad de Jesucristo. Este es, por tanto, el nombre humano del Verbo de Dios encarnado, dado por Dios mismo. Jesús fue el nombre dado por Dios para su Hijo aun antes de ser concebido que, como hombre, nacería en Belén (Mt. 1:21; Lc. 1:31). Jesús significa *Yahwe salva*, es, por tanto, un nombre divino, ya que la salvación es de Jehová (Sal. 3:8; Jon. 2:9). De Jesús se dice que *"Él salvará a su pueblo de sus pecados"* (Mt. 1:21). Con todo, el hombre Jesús fue considerado como alguien sin atractivo, esto es un hombre sin importancia ni estimable (Is. 53:2). Cuando Jesús declaró su deidad fue amenazado de muerte por los hombres (Jn. 10:33). Fue el nombre de burla en la crucifixión (Mt. 27:37, 39). Sin embargo, Jesús es Dios bendito (Jn. 1:1; Ro. 9:5). En el lugar que ocupa en el trono de Dios, su autoridad divina hace que ante Él se doble toda rodilla. Quienes se inclinaron en burla ante Jesús de Nazaret crucificado, habrán de hacerlo ante el mismo Jesús glorificado, reconociéndole como Dios. Es algo profetizado ya en el Antiguo Testamento (Is. 45:23, 24). Jesús no es un hombre elevado o un Dios rebajado, sino el infinito y eterno Dios hecho hombre (Jn. 1:14). La autoridad de ese nombre hará que todos confiesen que Él es Señor. El Sumo Sacerdote del Nuevo Pacto está entronizado y reina a la diestra de Dios. Este supremo contenido de cuanto se ha dicho antes, pone de manifiesto en forma inequívoca que el Sumo Sacerdote-Rey es también Dios en la unidad del Ser Divino, con el Padre y el Espíritu, ya que solo Dios puede ocupar el trono que corresponde únicamente a la Deidad. Ministra en el santuario celestial el oficio de Sumo Sacerdote, con lo que la consecuencia es evidente: El sacerdocio de Cristo es infinitamente superior a cualquier otro, porque es más excelso y más eficaz.

2. Ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre.

τῶν ἁγίων λειτουργὸς καὶ τῆς σκηνῆς τῆς ἀληθινῆς, ἣν ἔπηξεν ὁ
De los santos ministro y del tabernáculo el verdadero el que erigió el
Κύριος, οὐκ ἄνθρωπος.
Señor no hombre.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue la argumentación con τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *de los*, ἁγίων, caso genitivo neutro plural del adjetivo *santos*, con connotación del servicio sacerdotal en el santuario; λειτουργὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *ministro*, *servidor en el santuario*, *ministro del culto*; καὶ, conjunción copulativa *y*; que precede a τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; σκηνῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *tienda, tabernáculo,* de ahí que los artículos de la cláusula estén todos en femenino, mientras que serán masculinos en español si se traduce por *tabernáculo*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ἀληθινῆς, caso genitivo femenino singular del adjetivo *verdadera*; ἣν, caso acusativo femenino singular del pronombre relativo *de la*; ἔπηξεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo πήγνυμι, *establecer*, aquí como *estableció, erigió*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Κύριος, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Señor*, referido a Dios; οὐκ, adverbio de negación *no*; ἄνθρωπος, caso nominativo masculino singular del sustantivo genérico *hombre.*

Τῶν ἁγίων λειτουργὸς. El Señor es *ministro* en el santuario. La palabra traducida como *ministro*[2], se usaba en el griego común para referirse a un oficial de algún servicio público. En el Nuevo Testamento se vincula al servicio en culto público (cf. Hch. 13:2; Ro. 15:16). El servicio de este Sumo Sacerdote es un ministerio de intercesión por los suyos (7:25b). Literalmente se lee en el texto griego: τῶν ἁγίων λειτουργὸς, *"de los santos ministro"*, en sentido de sinónimo de templo, referido específicamente a lo que los hebreos conocían como los lugares Santo y Santísimo en el santuario terrenal, figura y símbolo de las cosas verdaderas en el santuario procedente de Dios.

Καὶ τῆς σκηνῆς τῆς ἀληθινῆς. Al santuario se le da el calificativo de *verdadero*, en el sentido de lo que es *definitivo*. Es la realidad del tipo que representaba el santuario terrenal en el orden levítico, este nuevo santuario no es una imitación o reproducción del antiguo, sino el verdadero del que el antiguo era sombra. Es el santuario adecuado a la eternidad del Dios vivo y verdadero que mora en él, y al reino inconmovible al que se hará referencia más adelante

[2] Griego λειτουργὸς.

(12:28). La principal característica de este santuario que el autor quiere destacar es que se trata de un santuario ἣν ἔπηξεν ὁ Κύριος, οὐκ ἄνθρωπος, *puesto* o *erigido* por el Señor y no por los hombres. El tabernáculo terrenal fue erigido por los hombres y era figura del celestial (v. 5). Con todo, debe tenerse en cuenta que aunque el tabernáculo fue construido por manos de hombres, el diseño y la planificación de la obra correspondía a lo que Dios había dicho a Moisés. No se trataba de invención humana, sino de una figura del celestial que el mismo Señor había hecho ver a su siervo en el monte (Ex. 25:9). En el santuario terrenal se manifestaba la presencia de Dios. En el Lugar Santísimo se guardaba el arca desde donde se hacía presente el Señor (Ex. 33:7-10). No cabe duda que en la dedicación del tabernáculo, la gloria de Dios llenó la casa y con ello ponía de manifiesto que el Señor de la gloria se hacía presente en forma especial en el santuario que los hombres, conforme al diseño celestial, le habían levantado (Ex. 40:34).

El santuario, al que se hace referencia en el versículo es definitivo, y lugar de la presencia de Dios. Esa es la razón por la que se debe calificar como *verdadero*. El santuario es levantado por Dios mismo, sin intervención de hombres. El verbo que se usa[3] expresa la idea de *consolidar, fijar, erigir*, dando en el sentido de un santuario establecido sólo por Dios. Es, por tanto, un santuario celestial y, en cierta medida, es Dios mismo en quien vive y habita Cristo. En el santuario celestial, Cristo está en el seno del Padre (Jn. 1:18). Este Jesús es el santuario en donde Dios se hace presente entre los hombres (Jn. 1:14), poniendo su tienda de campaña para revelar su presencia entre los hombres y en su misma humanidad. Por esa causa es el santuario auténtico y genuino, como es también en el mismo sentido la vid verdadera (Jn. 15:1). Es el verdadero porque es el primario, modelo para los otros santuarios en la historia del pueblo de Dios, tanto en el desierto con Moisés, como en la tierra con Salomón. Todos los demás santuarios son sombra de este que es el verdadero. Allí está la tienda que Dios levantó, el tabernáculo perfecto y eterno, en el que ministra el Sumo Sacerdote del Nuevo Pacto. Este santuario, del cual Cristo es ministro, está en los cielos, porque es en los cielos donde podemos considerar ahora a Cristo (v. 1).

3. Porque todo sumo sacerdote está constituido para presentar ofrendas y sacrificios, por lo cual es necesario que también éste tenga algo que ofrecer.

Πᾶς γὰρ ἀρχιερεὺς εἰς τὸ προσφέρειν δῶρα τε καὶ θυσίας
Porque todo sumo sacerdote para - ofrecer ofrendas como sacrificios
καθίσταται· ὅθεν ἀναγκαῖον ἔχειν τι καὶ τοῦτον ὃ
es constituido: Por lo cual necesario tener algo también Éste lo que

[3] Griego πήγνυμι.

προσενέγκῃ.
haya ofrecido

Notas y análisis del texto griego.

En progresión argumental escribe πᾶς, caso nominativo masculino singular del adjetivo indefinido *todo*; seguido de γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al pronombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ἀρχιερεὺς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *sumo sacerdote*; con εἰς, preposición de acusativo *para*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; προσφέρειν, presente de infinitivo en voz activa del verbo προσφέρω, *ofrecer, presentar,* aquí como *ofrecer*; δῶρα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *don, dádiva, ofrenda*; τε, partícula conjuntiva, que puede construirse sola, pero generalmente está en correlación con otras partículas, en este caso, al preceder a καὶ, conjunción copulativa *y*, adquieren juntas el sentido de *como con, tanto como, no solamente, sino también*; θυσίας, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *sacrificios*; καθίσταται·, tercera persona singular del presente de indicativo en voz pasiva del verbo καθίστημι, *colocar, constituir, poner al frente*, aquí como *es constituido*. Una segunda cláusula expresa la conclusión con ὅθεν, adverbio *de donde, de que lugar, por lo cual*; ἀναγκαῖον, caso nominativo neutro singular del adjetivo *necesario,* como lo que forzosamente ha de suceder; ἔχειν, presente de infinitivo en voz activa del verbo ἔχω, *tener*; τι, caso acusativo neutro singular del pronombre indefinido *algo*; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; τοῦτον, caso acusativo masculino singular del pronombre demostrativo *éste*; ὃ, caso acusativo neutro singular del pronombre relativo *lo que*; προσενέγκῃ, tercera persona singular del segundo aoristo de subjuntivo en voz activa del verbo προσφέρω, *ofrecer, llevar, presentar*, aquí como *ofrezca.*

Πᾶς γὰρ ἀρχιερεὺς εἰς τὸ προσφέρειν δῶρα τε καὶ θυσίας καθίσταται. Sacerdocio y sacrificio están estrechamente vinculados. El sacerdote está constituido para que presente ofrendas y sacrificios (5:1). Especialmente, en relación con el antiguo orden sacerdotal, ofrendas y sacrificios por el pecado. Es imprescindible que el sacerdote tenga algo que ofrecer, en razón del oficio para que fue constituido. La extensión a Cristo es evidente.

᾿Αναγκαῖον ἔχειν τι καὶ τοῦτον ο προσενέγκῃ. Si realmente ha sido constituido como Sumo Sacerdote del Nuevo Pacto, es necesario que tenga también algo que ofrecer. Literalmente en razón de modo verbal, *algo que haya ofrecido*, vinculándolo en el tiempo pasado al único sacrificio realizado por Él mismo y de Él mismo, al haberse ofrecido voluntariamente en expiación por el pecado (7:27). El verbo, al expresar un hecho consumado, excluye toda idea reiterativa del sacrificio, enfatizando el hecho de que Cristo, como Sumo Sacerdote, también ofreció un sacrificio (Ef. 5:2). Este sacrificio, por superior y definitivo, no admite parangón con los del sacerdocio levítico, que por su

condición necesariamente habían de ser reiterativos (7:27). La naturaleza de esta ofrenda se considerará más adelante (9:14).

4. Así que, si estuviese sobre la tierra, ni siquiera sería sacerdote, habiendo aún sacerdotes que presentan las ofrendas según la ley.

εἰ μὲν οὖν ἦν ἐπὶ γῆς, οὐδ᾽ ἂν ἦν ἱερεύς, ὄντων τῶν
Si ciertamente pues estuviese sobre tierra y ni sería sacerdote habiendo de los
προσφερόντων κατὰ νόμον τὰ δῶρα·
que ofrecen según ley las ofrendas.

Notas y análisis del texto griego.

En la progresión del argumento relativo al sacerdocio de Cristo, escribe: εἰ, conjunción *si*; μὲν, partícula afirmativa que se coloca siempre inmediatamente después de la palabra expresiva de una idea que se ha de reforzar o poner en relación con otra idea y que, en sentido absoluto tiene oficio de adverbio de afirmación, como *ciertamente, a la verdad*; οὖν, conjunción causal *pues*; ἦν, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *estar*, aquí como *estuviese*; ἐπὶ, preposición de genitivo, *sobre*; γῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tierra*; οὐδ᾽ forma que adopta el adverbio οὐδέ por elisión de la ε final ante vocal o diptongo con aspiración, y que significa *y no*; seguido de ἂν, partícula que no empieza nunca frase y que da a ésta carácter condicional o dubitativo, o expresa una idea de repetición. Se construye con todos los modos verbales menos el imperativo y acompaña a los pronombres relativos para darles un sentido general; en algunas ocasiones no tiene traducción; ἦν, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *sería*; ἱερεύς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *sacerdote*; ὄντων, caso genitivo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo εἰμί, *haber,* aquí como *habiendo*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; προσφερόντων, caso genitivo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo προσφέρω, *ofrecer, presentar*, aquí como *que ofrecen*; κατὰ, preposición de acusativo, *según, de acuerdo con*; νόμον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *principio, norma, ley*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*, femenino en español; δῶρα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *ofrendas.*

Εἰ μὲν οὖν ἦν ἐπὶ γῆς, οὐδ᾽ ἂν ἦν ἱερεύς. Nuevamente vuelve a recalcarse la problemática del sacerdocio de Cristo en relación con el antiguo orden levítico. De tal manera que si estuviese sobre la tierra, no podría ser sacerdote, es decir, no podría establecerse otro sistema en el orden humano y temporal porque ya había un sacerdocio de esa manera. El mismo, en el plano de su humanidad, no hubiese podido ejercer el sacerdocio en el santuario terrenal propio de la antigua dispensación, ya que había un orden sacerdotal establecido y quienes siendo sacerdotes en ese orden ofrecían sacrificios: ὄντων τῶν προσφερόντων κατὰ νόμον τὰ δῶρα, literalmente, *habiendo de los*

que ofrecen según ley las ofrendas. Para eso estaban los sacerdotes de la tribu de Leví, que ministraban conforme a la Ley.

Las principales razones que impedían el ejercicio del sacerdocio a Jesús eran primeramente que había un cuerpo sacerdotal establecido y ejerciendo las funciones propias de su ministerio. Ese sistema sacerdotal estaba –con toda probabilidad- funcionando en el tiempo en que se escribió la Epístola, como se desprende por el presente del verbo[4]. En segundo lugar, Cristo no pertenecía a la tribu y familia sacerdotal como se consideró antes (7:14), ya que no era de la tribu de Leví, sino de la de Judá. El sumo sacerdocio estaba confiado a una determinada familia, la de Aarón, a la que Jesús no estaba vinculado. Nuestro Señor en la tierra fue un hombre del pueblo, excluido de toda función sacerdotal. En tercer lugar porque el santuario donde Cristo ejerce el sumo sacerdocio no está en la tierra sino en los cielos (8:1), y su sacerdocio depende para el ejercicio de un sacrificio perfecto ofrecido una vez para siempre y la eterna dimensión del Sumo Sacerdote, sentado a la diestra de la Majestad en los cielos.

5. Los cuales sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales, como se le advirtió a Moisés cuando iba a erigir el tabernáculo, diciéndole: Mira, haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte.

οἵτινες ὑποδείγματι καὶ σκιᾷ λατρεύουσιν τῶν ἐπουρανίων, καθὼς
Los cuales para copia y sombra sirven de las cosas celestiales Cómo
κεχρημάτισται Μωϋσῆς μέλλων ἐπιτελεῖν τὴν σκηνήν· ὅρα γάρ
ha sido advertido Moisés que estaba a punto de erigir el tabernáculo. Porque mira,
φησιν, ποιήσεις πάντα κατὰ τὸν τύπον τὸν δειχθέντα σοι ἐν τῷ ὄρει·
dice, harás todo conforme al modelo el mostrado a ti en el monte.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad sigue con οἵτινες, caso nominativo masculino plural del pronombre relativo *los cuales*; ὑποδείγματι, caso dativo neutro singular del sustantivo declinado *para copia*; καὶ, conjunción copulativa *y*; σκιᾷ, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *sombra*; λατρεύουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo λατρεύω, *servir,* aquí como *sirven*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *de lo*, femenino en español; ἐπουρανίων, caso genitivo neutro plural del adjetivo *celestiales*, aquí en sentido de *las cosas celestiales*; καθὼς conjunción, *lo mismo que, según que, como,* desempeña a veces funciones de partícula comparativa; κεχρημάτισται, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz pasiva del verbo χρηματίζω, *avisar, instruir,* en voz

[4] Esta es una evidencia que permite establecer una datación de la Epístola anterior a la destrucción del templo en Jerusalén que ocurrió en el año 70 d.C.

pasiva como en este caso *recibir un aviso o instrucción divino*; Μωϋσῆς, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Moisés*; μέλλων, caso nominativo masculino singular del participio presente del verbo μέλλω, *estar a punto de, tener intenciones de,* aquí como *que estaba a punto de*; ἐπιτελεῖν, presente de infinitivo en voz activa del verbo ἐπιτελέω, *realizar, llevar a cabo, cumplir, terminar, alcanzar la meta,* aquí en relación con el tabernáculo, *erigir*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; σκηνήν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *tienda, tabernáculo*; ὅρα, segunda persona singular del presente de imperativo en voz activa del verbo ὁράω, *ver, mirar, notar, observar, cuidarse*, aquí como *mira*, en sentido de advertencia; seguido de γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al verbo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; φησιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo φήμι, *decir*, aquí como *dice*; ποιήσεις, segunda persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo ποιέω, *hacer, fabricar, crear, producir,* aquí como *harás*; πάντα, caso acusativo neutro plural del adjetivo indefinido *todo*; κατὰ, preposición de acusativo *de acuerdo con, según*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; τύπον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *tipo, modelo*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; δειχθέντα, caso acusativo masculino singular del participio aoristo primero en voz pasiva del verbo δείκνυμι, *mostrar, presentar, hacer ver,* aquí como *mostrado*; σοι, caso dativo singular del pronombre personal declinado *a ti*; ἐν, preposición de dativo *en*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado *el*; ὄρει, caso dativo neutro singular del sustantivo que denota *monte*.

Οἵτινες ὑποδείγματι καὶ σκιᾷ λατρεύουσιν τῶν ἐπουρανίων. Los sacerdotes levíticos sirven en el santuario terrenal, hecho por hombres, que es figura del santuario verdadero, el celestial. El santuario de la antigua dispensación y su ministerio sacerdotal fueron diseñados para ser *figura* y *sombra* de la realidad celestial. Todo lo relativo al culto y sacerdocio eran figura y sombra de la realidad espiritual del sacerdocio y sacrificio de Cristo. El antiguo orden era un *bosquejo* o *boceto* de la realidad. El término utilizado[5] significa literalmente *lo que está por debajo* de la realidad. El antiguo sistema era también una *sombra*[6], que como tal sólo permite intuir la realidad de lo que se proyecta. El santuario terrenal y su sacerdocio eran un atisbo de la gloria del santuario celestial a donde Cristo entró para ministrar. El sacerdocio aaronítico ministra en lo que es una imagen, o una copia reducida del modelo real, prestando culto en el tabernáculo material, trasunto del celestial. De esta *sombra* que era el culto mosaico del verdadero culto celestial del que Jesús en ministro y Sumo Sacerdote se tratará más adelante (10:1).

Καθὼς κεχρημάτισται Μωϋσῆς μέλλων ἐπιτελεῖν τὴν σκηνήν. Por esta misma razón, porque el santuario terrenal era sombra y figura del

---

[5] Griego ὑποδείγματι.
[6] Griego σκιᾷ.

celestial, se le hizo una solemne advertencia a Moisés cuando estaba dedicado a la construcción del tabernáculo. Dios advirtió a su siervo de la temporalidad del santuario que iba a levantar conforme a las instrucciones divinas. Jehová confirmó esta condición de temporalidad cuando llegó el momento en que Moisés iba a levantar el santuario totalmente[7], es decir, colocarlo en funcionamiento, levantando la tienda y estableciendo los muebles en el interior conforme al diseño divino. El santuario terrenal era una maqueta del celestial (Ex. 25:40). Quiere decir esto que las instrucciones para la construcción del tabernáculo no consistían en mandamientos verbales, sino que se le hizo ver un modelo para que las instrucciones dadas de palabra sirvieran como un comentario complementario de lo que había de hacer.

῞Ορα γάρ φησιν, ποιήσεις πάντα κατὰ τὸν τύπον τὸν δειχθέντα σοι ἐν τῷ ὄρει. Debe entenderse bien el texto del Éxodo, no es que Dios mostrara el diseño de cada mueble y cada utensilio del culto, que sin duda también hizo, sino que llamó a Moisés al monte para enseñarle la realidad futura del santuario celestial y recibió la advertencia divina de dar expresión material a lo que había visto en el cielo (Ex. 25:9; 26:30; 27:8). En el monte Dios dio instrucciones precisas sobre las medidas y formas para el tabernáculo (Ex. 25-30). Con toda probabilidad Dios anticipó a Moisés una visión de la morada celestial, para que comprendiese el amplio significado de las cosas materiales que iban a representar a las celestiales. El tabernáculo sería la morada para Dios en medio de su pueblo, pero, la realidad futura tenía que ver con la morada celestial de Dios, de ahí la necesidad de que Moisés entendiera bien lo que estaba construyendo. Captando esa idea escribe F. F. Bruce:

"La manera en que un platinista verdadero puede manejar el modelo que Moisés vio en el monte Sinaí, se ve en el tratamiento que Filón le da al pasaje de Éxodo: Moisés 'vio con el ojo del alma las formas inmateriales de los objetos materiales que iban a fabricarse, y de acuerdo con esas formas debían producirse copias perceptibles para los sentidos, como de un dibujo arquetípico, y modelos concebidos en la mente'. Moisés, en otras palabras, estaba capacitado para captar con su mente las ideas invisibles que estaban eternamente en el lugar por encima de los cielos (así como Platón tuvo la visión de un modelo de su república en el cielo de tal manera que era una cuestión de importancia menor si una copia terrenal de ella se hacía alguna vez visible o no), y fue ordenado a dar expresión material de estas ideas en un tabernáculo en la tierra"[8].

[7] Griego ἐπιτελέω, que expresa la idea de algo acabado plenamente.
[8] F. F. Bruce. o.c., pág. 170.

Los sacerdotes levíticos ejercían el ministerio en el santuario terrenal que era figura del celestial donde Cristo ministra como sumo sacerdote. El orden antiguo era *"sombra de los bienes venideros"* (10:1). De ahí que una de las advertencias que Moisés recibió le hacia considerar la temporalidad del santuario terrenal frente a lo eterno y definitivo del celestial. No levantaba un santuario que iba a perpetuarse, sino uno que representando una figura de algo venidero, tenía que terminar cuando la realidad estuviese presente.

Esbozo del Nuevo Pacto (8:6-13).

El párrafo que sigue trata de la superioridad del Nuevo Pacto y de su excelencia sobre el antiguo.

6. Pero ahora tanto mejor ministerio es el suyo, cuanto es mediador de un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas.

Νυνὶ δὲ διαφορωτέρας τέτυχεν λειτουργίας, ὅσῳ καὶ κρείττονος
Pero ahora más excelente ha obtenido ministerio cuanto también de mejor
ἐστιν διαθήκης μεσίτης, ἥτις ἐπὶ κρείττοσιν ἐπαγγελίαις
es pacto mediador el que sobre más excelentes promesas
νενομοθέτηται.
ha sido legislado.

Notas y análisis del texto griego.

La argumentación sobre el mejor ministerio de Jesús se introduce en el versículo con νυνὶ, adverbio de tiempo sinónimo de υῦν, *ahora*, con el sufijo demostrativo ι, que sirve para dar un mayor énfasis; que precede a δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; seguido de διαφορωτέρας caso genitivo femenino singular del adjetivo comparativo *superior, excelente, más excelente*; τέτυχεν, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo τυγχάνω, *alcanzar, obtener, encontrarse*, aquí como *ha obtenido*; λειτουργίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *servicio, servicio cultual, ministerio*; ὅσῳ, caso dativo neutro singular del pronombre relativo de cantidad declinado *cuanto*; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; κρείττονος, caso genitivo femenino singular del adjetivo comparativo declinado *de mejor*; ἐστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *es*; διαθήκης, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *pacto, alianza*; μεσίτης, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *mediador, garante*; ἥτις, pronombre relativo femenino singular *la que*; ἐπὶ, preposición de dativo *sobre*; κρείττοσιν, caso dativo femenino plural del adjetivo comparativo *mas excelentes*; ἐπαγγελίαις, caso dativo femenino plural del sustantivo *promesas*; νενομοθέτηται, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz pasiva del verbo νομοθετέω, *promulgar la ley, proveer de ley, legislar*, aquí como *ha sido legislado.*

Νυνὶ δὲ διαφορωτέρας τέτυχεν λειτουργίας. Jesucristo tiene un mejor ministerio, siempre comparado con el ministerio sacerdotal de la antigua dispensación. El texto sirve de enlace entre lo que antecede y lo que sigue. La expresión inicial νυνὶ δὲ, *"pero ahora"*, introduce una cláusula de contraste con el ministerio terrenal de Moisés y de los sacerdotes de la alianza anterior y el de Cristo. La palabra clave en la Epístola es *mejor*[9], literalmente *más excelente,* o *más excelso.* Jesús no ministra en el plano de los hombres desde un santuario terrenal, sino desde el mismo lugar de la habitación de Dios, por tanto, si su santuario es excelso, su ministerio tiene también que ser *mejor*.

῞Οσῳ καὶ κρείττονος ἐστιν διαθήκης μεσίτης. La superioridad y excelencia del ministerio de Jesús está relacionado ahora con el *pacto*. Él es μεσίτης, *mediador*, una palabra que expresa la idea de alguien que se pone en medio para llevar a cabo una labor entre dos partes, indicando la condición de un árbitro. Ya en la antigüedad Job deseaba encontrar un árbitro entre Dios y él, y no lo hallaba entonces según su percepción (Job 9:33). Ahora nuestro Señor y Salvador es el Mediador entre Dios y los hombres en el establecimiento de una nueva alianza (1 Ti. 2:5). Anteriormente se le denominó *fiador*, en el sentido de *garante* del pacto *mejor* (7:22). Es Mediador en el sentido de *reconciliador* supremo uniendo la tierra y el cielo, los hombres y Dios. Como Mediador perfecto toma a su cargo los intereses de las dos partes que se unen en Él mismo. La Deidad y la humanidad son naturalezas de su Persona Divina, por tanto, está capacitado para mediar entre las dos partes, la divina y la humana, en el establecimiento de la nueva alianza. Es el Mediador de la salvación ante el único Dios, en orden a la redención de los pecados. Cristo reúne y reencabeza la nueva creación, restaurándola y vivificándola al levantarla de la condición de deshecho a causa del pecado y mediándola hacia el Padre, es decir, reorientándola nuevamente hacia Dios. A partir de su sacrificio en la Cruz, el Mediador es un hombre, el hombre único en esa dimensión y excelencia, que es Jesús, que ha de ser vista especialmente en relación con el pecado y situada en la muerte de cruz.

Pero, el concepto de *mediador*, implica también el de *garante* del Nuevo Pacto. Es Dios mismo quien otorga la justicia necesaria para incorporar al pecador al pacto, a causa de la obra sustitutoria llevada a cabo por Cristo en la Cruz, que debe ser entendida como el lugar donde se produjo el juicio y condenación del pecado del mundo. En relación con la mediación de Cristo deben considerarse cuatro aspectos: En primer lugar la mediación en sentido *metafísico*, como Cristo en medio del ser, siendo su principio[10] y su modelo[11].

---

[9] Griego διαφορωτέρας.
[10] Griego ἀρχη.
[11] Griego εἰκών.

En segundo lugar en sentido *óntico*, en Cristo convergen deidad y humanidad, al ser la Persona del Verbo quien sustenta hipostáticamente la naturaleza divina y la humana en su Persona. En tercer lugar la mediación de Cristo adquiere el sentido de *mediación ontológica*, ya que Jesucristo transmite la vida de Dios a los hombres y se hace solidario de los hombres delante de Dios. En cuarto lugar la *mediación histórica*, en donde el sacrificio de Cristo es por cada hombre y especialmente vicario para quienes creen. Jesucristo no es mediador simplemente como *medio*, bien sea objeto o intermediario que en cualquier caso sería ajeno a los dos sujetos del pacto, Dios y los hombres, sino que su Persona es comunicante con ambos. De otro modo, Dios se hace hombre en Cristo y los hombres alcanzan la vida divina en Él, que se hace garante porque es también nuestro hermano. Siendo Cristo Dios-hombre, supera en sí mismo la infinita distancia que media entre el Creador y la criatura, acercándolos en Él, posicionándolos en Él y reconciliándolos en Él.

Este Nuevo Pacto se establece sobre ἥτις ἐπὶ κρείττοσιν ἐπαγγελίαις, *"mejores promesas"* que se desarrollan en la larga cita profética de los versículos siguientes. Sin duda alguna las promesas del antiguo pacto son inferiores a las bendiciones sobrenaturales del nuevo (Dt. 29:9-29). Las bendiciones del Nuevo Pacto son definitivas e insuperables, porque nadie puede alcanzar mayor grandeza que ser hecho participante de la divina naturaleza (2 P. 1:4). El Pacto Nuevo es superior al antiguo por su condición eterna y no temporal, y por su carácter de economía estable y de salvación segura exenta de toda condenación para el creyente (Ro. 8:1).

7. Porque si aquel primero hubiera sido sin defecto, ciertamente no se hubiera procurado lugar para el segundo.

Εἰ γὰρ ἡ πρώτη ἐκείνη ἦν ἄμεμπτος, οὐκ ἂν δευτέρας ἐζητεῖτο
Porque si el primero aquel fuese sin defecto no de segundo se habría buscado
τόπος.
lugar.

Notas y análisis del texto griego.

Continúa la argumentación con εἰ, conjunción *si*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta a la primera conjunción y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; πρώτη, caso nominativo femenino singular del adjetivo numeral ordinal *primera*; ἐκείνη, caso nominativo femenino singular del pronombre demostrativo *aquella*; ἦν, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *fuese*; ἄμεμπτος, caso nominativo femenino singular del adjetivo *sin defecto*; οὐκ, adverbio de negación *no*, seguido de ἂν, partícula que no empieza nunca frase y que da a ésta carácter condicional o dubitativo, o expresa una idea de repetición. Se construye con todos los modos menos el imperativo y

acompaña a los pronombres relativos para darles un sentido general; en algunas ocasiones no tiene traducción; δευτέρας, caso genitivo femenino singular del adjetivo *segunda*; ἐζητεῖτο, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz pasiva del verbo ζητέω, *buscar, intentar, querer,* aquí como *se habría buscado*; τόπος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *lugar*.

Εἰ γὰρ ἡ πρώτη ἐκείνη ἦν ἄμεμπτος. Implícitamente se reconoce que la antigua alianza, el antiguo pacto, no alcanzaba la perfección. Esto se ha venido demostrando a lo largo de todo lo que antecede en la Epístola. Aquel antiguo sistema establecido en el viejo pacto, no era capaz de borrar las culpas de los hombres y quitar definitivamente de ellos la responsabilidad penal del pecado, a lo que se unía el carácter transitorio y umbrátil que le era propio. El pacto antiguo no era definitivo y, por tanto, no era estable en el sentido de perpetuidad. Esa situación demandaba establecer el Nuevo Pacto, una nueva alianza, genuina y definitiva conforme al plan de Dios.

El sentido de perfección ya se consideró en relación con el sacerdocio (7:11, 18). Lo que Dios hace es siempre perfecto, pero en el caso del primer pacto no era capaz de perfeccionar a los que se incluían en él, borrando la conciencia de pecado, por su carácter transitorio.

Οὐκ ἂν δευτέρας ἐζητεῖτο τόπος. El Nuevo Pacto tiene necesariamente que ser superior al antiguo por cuanto Dios retira el primero para establecer el segundo. La conclusión lógica a que tiene que llegarse es que si el primer pacto hubiera sido perfecto, no habría necesidad de colocar en su lugar a otro, el Nuevo. Éste ha de ser mejor que el antiguo en el hecho de que lo sustituye y, como nada se remplaza sino por algo superior, la sustitución del antiguo pacto por el Nuevo, pone de manifiesto la superioridad del segundo sobre el primero.

8. Porque reprendiéndolos dice:
He aquí vienen días, dice el Señor,
En que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto.

μεμφόμενος γὰρ αὐτοὺς[1] λέγει·
Pues reprochando a ellos dice:
ἰδοὺ ἡμέραι ἔρχονται, λέγει Κύριος,
He aquí días vienen, dice [el] Señor
καὶ συντελέσω ἐπὶ τὸν οἶκον Ἰσραὴλ
y estableceré sobre la casa de Israel
καὶ ἐπὶ τὸν οἶκον Ἰούδα διαθήκην καινήν,
y sobre la casa de Judá pacto nuevo.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Alternativa de lectura.

[1] αὐτοὺς, *a ellos*, atestiguada en א*, A, D*, I, K, P, Ψ, 33, 81, 88, 436, 2127, 2495, it[ar, c, d, dem, div, e, f, x, z], vg, cop[sa, bo, fay], arm, Crisóstomo, Eutilio, Teodoro.

Otra alternativa αὐτοῖς, *de ellos*, como aparece en **p**[46], א[c], B, D[c], 104, 181, 330, 451, 614, 629, 639, 1241, 1739, 1877, 1881, 1962, 1984, 1985, 2492, Origen, Crisóstomo, Juan Damasceno.

La primera cláusula es introductoria a la larga cita del A. T. con μεμφόμενος, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo μένφομαι, que expresa la idea de *reprochar, censurar, hacer objeciones*, aquí como *reprochando*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al verbo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; αὐτοὺς, caso acusativo masculino plural del pronombre personal declinado *a ellos*; λέγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *decir, hablar, expresarse*, aquí como *dice*. La segunda cláusula inicia una larga cita del A. T. con ἰδοὺ, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz media del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* con uso adverbial equivale a *he aquí, sucedió que, ved, ahora,* etc. podría traducirse como una expresión de advertencia enfática como *¡Mira!*, incluso podría leerse a modo de interrogación como *y ¿sabéis?*, es en la práctica como una partícula demostrativa, que se usa para animar el discurso avivando la atención del lector, algunos modernos la identifican como interjección; ἡμέραι, caso nominativo femenino plural del sustantivo *días*; ἔρχονται, tercera persona plural del presente de indicativo en voz media del verbo ἔρχομαι, *llegar, venir, aparecer*, aquí como *vienen*; λέγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *decir, hablar, expresarse*, aquí como *dice*; Κύριος, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Señor*, que correspondiente a Dios debe ir precedido del artículo determinado *el*; καὶ, conjunción copulativa *y*; συντελέσω, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo συντελέω, *terminar, acabar, cumplir, ejecutar,* aquí mejor como *concertaré*, en sentido de establecer un pacto; ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; οἶκον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *casa, comunidad, familia*; ᾿Ισραὴλ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Israel*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; οἶκον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *casa, comunidad, familia*; ᾿Ιούδα, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Judá*; διαθήκην, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *convenio, pacto*; καινήν, caso acusativo femenino singular del adjetivo calificativo *nuevo.*

El autor apela nuevamente a la historia de Israel y a la Palabra escrita de los profetas, para recordar la promesa del Nuevo Pacto como algo anunciado ya por Dios. El escritor va a apelar a una extensa cita del Antiguo Testamento, tomada del profeta Jeremías (Jer. 31:31-34). El sujeto de la proclamación

profética es el mismo que da la profecía, esto es Dios. Al escritor le importa sólo el origen y la autoría de la profecía que aunque fue proclamada por medio de Jeremías, fue un mero instrumento en manos de Dios, autor de la misma. De ahí la afirmación del profeta: *"Así dice el Señor"*. Los lectores eran conocedores del Antiguo Testamento y familiarizados con la profecía.

Μεμφόμενος γὰρ αὐτοὺς. La cita profética se establece a modo de *reprensión, advertencia, reproche, censura, hacer objeciones*, como es la idea del verbo utilizado en el texto griego[12]. El pacto que había sido establecido en la antigua alianza era bueno, pero quienes debían guardarlo no lo hicieron, por tanto, eran reprensibles y Dios podía reprocharles, censurarles y tal vez mejor, advertirles mediante la objeción hecha a sus vidas. La ineficacia del antiguo pacto se evidencia en que los beneficiarios no se perfeccionaban, por tanto, necesitaban ser reprendidos.

La Ley fue introducida para revelar el pecado del hombre y evidenciar su condición pecaminosa (Ro. 3:19-20). Quienes estaban bajo la ley, el pueblo de la promesa y del pacto quedaron manifiestamente como transgresores de la Ley (Ro. 2:17, 23). Por tanto, toda boca debía cerrarse, es decir, no pueden manifestar disculpa alguna por no haber cumplido las demandas. Aquellos que se gloriaban en las ordenanzas del antiguo pacto, quienes de algún modo se estuvieron justificando a ellos mismos, debían guardar silencio ya que la evidencia es incuestionable. Por la antigua alianza ninguno llega a perfeccionarse porque nadie alcanza la justificación al ser incapaz de cumplir lo que la normativa divina establece. La misma Ley de Dios manifiesta también la incapacidad del hombre y la incapacidad de la misma ley para curar esa condición pecaminosa (Ro. 7:7-16). La reprensión del pueblo bajo la antigua alianza era por causa de sus imperfecciones y rebeldía, como el profeta Jeremías expresa en palabra de Dios: *"Porque dos males ha hecho mi pueblo: me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para si cisternas, cisternas rotas que no retienen agua"* (Jer. 2:13). La rebeldía contra Dios alcanzó en el pueblo durante la antigua dispensación cotas muy altas, de ahí que el Señor les reproche: *"Yo preguntaba: ¿Cómo os pondré por hijos, y os daré la tierra deseable, la rica heredad de las naciones? Y dije: Me llamaréis: Padre mío, y no os apartaréis de en pos de mí. Pero como la esposa infiel abandona a su compañero, así prevaricasteis contra mi oh casa de Israel, dice Jehová"* (Jer. 3:19-20). Una larga reprensión por muy diversos pecados quedaba registrada en la profecía (Jer. 6): Se les acusa de malignidad en alto grado (v. 7); de incapaces para oír a Dios y obedecerle, despreciando su Palabra (v. 10); de avariciosos y engañadores (v. 13); de engañar al pueblo despreciando las advertencias de Dios (v. 14); de rebeldía (vv. 16:17). Esa es la razón por la que el escritor de la

---

[12] Griego μένφομαι.

Epístola dice que lo que sigue de la cita profética está en un contexto de reprensión por parte de Dios.

La condición para la eficacia del antiguo pacto estaba en la obediencia: *"Mas esto les mandé, diciendo: Escuchad mi voz, y seré a vosotros por Dios, y vosotros me seréis por pueblo; y andad en todo camino que os mande, para que os vaya bien"* (Jer. 7:23). La dificultad en el pacto no estaba de parte de Dios cuya Ley es santa y justa (Ro. 7:12). El problema consistía en que el pueblo que prometió cumplir los términos de la alianza evidencia su fracaso incluso en el tiempo en que Jeremías escribe en nombre del Señor. Dios envió profeta tras profeta recordando al pueblo el compromiso inicial (Ex. 24:1-8). Un ejemplo de la historia de Israel, en cuanto a la rebeldía continua del pueblo contra Dios quebrantando su pacto, se aprecia en el compromiso de restauración espiritual que hizo el rey Josías renovando el pacto (2 R. 23:2-3), que sería quebrantado poco tiempo después en el reinado del mismo rey (Jer. 3:6). Dios tiene que reprender a su pueblo en relación con el pacto quebrantado.

Sin embargo, en aquel mismo tiempo de conflicto espiritual, Dios anuncia al pueblo que es amonestado y reprendido el establecimiento de un Nuevo Pacto, mediante la expresión ἡμέραι ἔρχονται, *vienen días*, que va precedida de ἰδοὺ, una llamada de advertencia al lector para que preste atención a lo que sigue: *"He aquí"*. El profeta anuncia un evento escatológico. El mensaje dado por Jeremías anticipaba lo que ocurriría en un futuro para el pueblo de Israel que había quebrantado el antiguo pacto. La decisión del evento futuro procede del Señor, que soberanamente lo anuncia y lo ejecutaría en el tiempo que había determinado para hacerlo.

Los primeros destinatarios de la promesa profética se definen con toda claridad: καὶ συντελέσω ἐπὶ τὸν οἶκον Ἰσραὴλ καὶ ἐπὶ τὸν οἶκον Ἰούδα διαθήκην καινήν *"En que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto"*. La profecía tiene que ver con el futuro mesiánico de Israel, en forma típica de Jeremías (cf. Jer. 7:32; 9:25; 16:14; 19:6; 23:5, 7; 30:3; 48:12; 49:2). El Nuevo Pacto está propuesto por Dios para Israel. La expresión *"casa de Israel y casa de Judá"* es un modo de referirse a toda la nación de Israel, tanto a las diez tribus del norte como a las dos del sur. Consideraremos un poco más adelante el modo como la Iglesia entra en el disfruto del Nuevo Pacto. Este Nuevo Pacto en relación con la nación de Israel tendrá cumplimiento en la salvación nacional del remanente escogido por gracia (Ro. 9:27), en el tiempo inmediatamente anterior a la instauración del reino milenial de Jesucristo (Ro. 11:26).

9. No como el pacto que hice con sus padres
El día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto;

Porque ellos no permanecieron en mi pacto,
Y yo me desentendí de ellos, dice el Señor.

οὐ κατὰ τὴν διαθήκην, ἣν ἐποίησα τοῖς
No según el pacto el que hice a los
πατράσιν αὐτῶν
padres de ellos.
ἐν ἡμέρᾳ ἐπιλαβομένου μου τῆς χειρὸς αὐτῶν
en día que así yo de la mano de ellos
ἐξαγαγεῖν αὐτοὺς ἐκ γῆς Αἰγύπτου,
sacando a ellos de tierra de Egipto
ὅτι αὐτοὶ οὐκ ἐνέμειναν ἐν τῇ διαθήκῃ μου,
pues ellos mismos no permanecieron en el pacto de mí
καγὼ ἠμέλησα αὐτῶν, λέγει Κύριος·
y yo desatendí de ellos dice [el] Señor.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue la cita de la profecía con οὐ, adverbio de negación *no*; al que sigue κατὰ, preposición de acusativo *según*; τὴν, caso acusativo femenino singular *la*; διαθήκην, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *pacto, convenio, alianza*; ἣν, caso acusativo femenino singular del pronombre relativo *la que*; ἐποίησα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ποιέω, *hacer, realizar,* aquí como *hice*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado declinado *a los*; πατράσιν, caso dativo masculino plural del sustantivo que denota *padres*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos*; ἐν, preposición de dativo *en*; ἡμέρᾳ, caso dativo femenino singular del sustantivo *día*; ἐπιλαβομένου, caso genitivo masculino singular del participio aoristo segundo en voz media del verbo ἐπιλαμβάνομαι, *sostener, tomar (de la mano), asir,* aquí como *que así*; μου, caso genitivo singular del pronombre personal *yo*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; χειρὸς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *mano*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos*; ἐξαγαγεῖν, aoristo segundo de infinitivo en voz activa del verbo ἐξάγω, *sacar fuera,* aquí como *sacando*; αὐτοὺς, caso acusativo masculino plural del pronombre personal declinado *a ellos*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; γῆς, caso genitivo masculino singular del nombre *tierra*; Αἰγύπτου, caso genitivo femenino singular del nombre propio declinado *de Egipto*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; αὐτοὶ, caso nominativo masculino plural del pronombre personal intensificado *ellos mismos*; οὐκ, adverbio de negación *no*, que negativiza a ἐνέμειναν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἐμμένω, *permanecer fiel, quedarse, cumplir fielmente*, *perseverar en*, aquí como *perseveraron*, o *permanecieron*; ἐν, preposición de dativo *de*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; διαθήκῃ,

caso dativo femenino singular del sustantivo *pacto*; μου, caso genitivo singular del pronombre personal declinado *de mí*; καγὼ, palabra formada por crasis[13] de la conjunción καὶ, y el pronombre personal ἐγώ, y que equivale a *y yo*; ἠμέλησα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo del verbo ἀμελέω, *desatender, descuidar,* aquí como *desatendí*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos*; λέγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *decir, hablar, expresarse*, aquí como *dice*; Κύριος, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Señor,* que al referirse a Dios debe llevar antepuesto el artículo determinado *el*.

Οὐ κατὰ τὴν διαθήκην, ἣν ἐποίησα τοῖς πατράσιν αὐτῶν. El profeta hace referencia al antiguo pacto, que había sido establecido con los padres de la nación. Ese pacto está incluido dentro de la obra de gracia que lo hizo posible, mediante un acto salvador de Dios, sacándolos de la esclavitud en Egipto. La iniciativa de salvación corresponde siempre a Dios (Sal. 3:8; Jon. 2:9). Esa obra de salvación y el pacto que establece con el pueblo es una manifestación que tiene su origen en el amor de Dios, expresándose la relación con los destinatarios del pacto, con la figura de un padre que toma de la mano a su hijo para librarlo de un peligro. En el hebraísmo se aprecia la debilidad del pueblo, que no podía hacer nada para salir de la situación de esclavitud, y el afecto divino que lo saca de aquella situación no solo con poder, sino con una admirable expresión de amor. En la hermosa figura hebrea, Israel se compara a un niño incapaz de caminar por sí mismo, que recibe el cuidado bondadoso del padre, para guiarlo y sostenerlo en sus pasos. Por esa misma razón, en la misericordia divina, el Padre del cielo establece una relación pactada en la que introduce a aquel pueblo, dándoles las instrucciones necesarias para que viviesen en armoniosa relación con Él y pudiesen disfrutar de las bendiciones que, sin merecerlo, en gracia, les serían otorgadas. La única manera de permanecer en el pacto era la obediencia a Dios que lo establecía, como siempre, en forma incondicional.

᾿Εν ἡμέρᾳ ἐπιλαβομένου μου τῆς χειρὸς αὐτῶν ἐξαγαγεῖν αὐτοὺς ἐκ γῆς Αἰγύπτου. Los israelitas quebrantaron el pacto al que se habían comprometido con Dios. El quebrantamiento del compromiso expresa la incapacidad espiritual del pueblo para mantenerlo, debido a su condición de pecadores. Pero, el pecado de transgresión del pacto, pone de manifiesto también la ingratitud de la nación hacia su Redentor, que los había sacado de la esclavitud en que se encontraban. La realidad fue que αὐτοὶ οὐκ ἐνέμειναν ἐν τῇ διαθήκῃ μου, *que ellos mismos no permanecieron en el pacto.*

---

[13] *Crasis*, palabra griega que equivale a *unión de fuerzas*, en general *unión de elementos*.

Καγὼ ἠμέλησα αὐτῶν, λέγει Κύριος. La consecuencia es sumamente grave, ya que, quebrantado el pacto, Dios se *desatendió* de ellos, dejándolos en las consecuencias resultantes de su pecado. El verbo[14] expresa la idea de desatención y de abandono. El término apareció ya anteriormente en la Epístola (2:3). La decisión divina condujo a la nación al cautiverio en tiempos de Jeremías. Las amonestaciones de Dios hechas a lo largo del tiempo por medio de los profetas no fueron atendidas, por tanto, el juicio vino sobre ellos a causa de su reiterado y voluntario pecado contra Dios. Todavía más grave es la situación a la que el pueblo de Israel llegó en tiempos de Jesús, que trajo como consecuencia el endurecimiento judicial que pesa sobre la nación por el rechazo voluntario del Señor (Jn. 12:39-40). El endurecimiento judicial queda resuelto parcialmente en la elección por gracia de un remanente que va siendo salvo en la presente dispensación, hasta que llegue la salvación nacional cuando vuelvan sus ojos por fe al que crucificaron, que ocurrirá en el tiempo inmediatamente anterior a la segunda venida de Jesucristo (Ro. 11:5, 25, 26).

10. Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel
Después de aquellos días, dice el Señor:
Pondré mis leyes en la mente de ellos,
Y sobre su corazón las escribiré;
Y seré a ellos por Dios,
Y ellos me serán a mí por pueblo.

ὅτι αὕτη ἡ διαθήκη, ἣν διαθήσομαι τῷ οἴκῳ Ἰσραὴλ
Pues este el pacto el que otorgaré para la casa de Israel
μετὰ τὰς ἡμέρας ἐκείνας, λέγει Κύριος·
después de los días aquellos, dice [el] Señor.
διδοὺς νόμους μου εἰς τὴν διάνοιαν αὐτῶν
que doy leyes de Mí a la mente de ellos
καὶ ἐπὶ καρδίας αὐτῶν ἐπιγράψω αὐτούς,
y sobre corazón de ellos inscribiré las
καὶ ἔσομαι αὐτοῖς εἰς Θεόν,
y seré a ellos por Dios
καὶ αὐτοὶ ἔσονται μοι εἰς λαόν·
y ellos mismos serán a Mí por pueblo.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue la cita del profeta con ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; αὕτη, caso nominativo femenino singular del pronombre demostrativo *esta*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; διαθήκη, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *pacto, convenio, alianza*; ἣν, caso acusativo femenino singular del pronombre relativo *la que*; διαθήσομαι, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz media del verbo διατίθεμαι, *disponer,*

[14] Griego ἀμελέω.

establecer, otorgar, aquí como *otorgaré*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado declinado *para el*; οἴκῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo que denota *familia, casa*; ᾿Ισραὴλ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Israel*; μετὰ, preposición de acusativo *después de*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; ἡμέρας, caso acusativo femenino singular del sustantivo *dias*; ἐκείνας, caso acusativo femenino plural del pronombre demostrativo *aquellas*; λέγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *decir, hablar, expresarse*, aquí como *dice*; Κύριος, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Señor,* que al referirse a Dios debe llevar antepuesto el artículo determinado *el*; διδοὺς, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo δίδωμι, *dar, conceder, permitir, entregar, producir,* aquí como *que doy*; νόμους, caso acusativo masculino plural del sustantivo que denota *normas, leyes*; μου, caso genitivo singular del pronombre personal declinado *de mí*; εἰς, preposición de acusativo *a*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; διάνοιαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *mente*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; καρδίας, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *corazón*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos*; ἐπιγράψω, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo ἐπιγράφω, *escribir sobre, epigrafiar, inscribir,* aquí como *inscribiré*; αὐτούς, caso acusativo masculino plural del pronombre personal *los*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔσομαι, primera persona singular del futuro de indicativo en voz media del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *seré*; αὐτοῖς, caso dativo masculino plural del pronombre personal declinado *a ellos*; εἰς, preposición de acusativo *por*; Θεόν, caso acusativo masculino singular del nombre *Dios*; καὶ, conjunción copulativa *y*; αὐτοὶ, caso nominativo masculino singular del pronombre intensivo *ellos mismos*; ἔσονται, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz media del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *serán*; μοι, caso dativo singular del pronombre personal declinado *para mí*; εἰς, preposición de acusativo *por*; λαόν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *pueblo*.

La determinación de Dios está anunciada escatológicamente como lo que tendrá lugar μετὰ τὰς ἡμέρας ἐκείνας, *"después de aquellos días"*. Es una expresión típica de la profecía para referirse a acontecimientos futuros (Jl. 2:29). Apunta a un tiempo posterior a la dispensación de la Iglesia, que ocurrirá en el tiempo de la tribulación. Lo profetizado será cumplido en plenitud porque es designio del Señor que lo determina y establece, llevándolo al cumplimiento en su tiempo.

Διδοὺς νόμους μου εἰς τὴν διάνοιαν αὐτῶν καὶ ἐπὶ καρδίας αὐτῶν ἐπιγράψω αὐτούς. La entrada al disfrute del Nuevo Pacto se produce por el *nuevo nacimiento*, resultado de la regeneración por el Espíritu Santo de todo pecador creyente. El nuevo nacimiento o la regeneración es un tema tratado ampliamente en el Antiguo Testamento. Moisés anunció al pueblo que sería Dios quien *circuncidaría* el corazón de su descendencia para que amase

plenamente al Señor (Dt. 30:6), indicando con ello una acción divina operada en el núcleo de la persona humana, que produciría una transformación para que fuesen obedientes a Dios. El profeta Jeremías, en el pasaje que se está citando en la Epístola (Jer. 31:31-34), insiste en una conversión a Dios que conduce al verdadero *conocimiento* de Él (v. 34), por cuyo conocimiento, en sentido de unión con Dios por fe, se alcanza el perdón de pecados. La regeneración, según Jeremías, dotaría el hombre de un corazón nuevo, que estaría orientado a Dios en un temor reverente y en obediencia incondicional (Jer. 32:39-40). Ezequiel reitera la misma enseñanza de Jeremías (Ez. 11:19-20), anunciando un cambio de orientación en la vida del regenerado que lo conduce a una esfera de fidelidad y obediencia a Dios. Más adelante, el mismo profeta, anuncia la dotación de un corazón nuevo y reitera literalmente el anuncio anterior (Ez. 36:25-27). Resulta extraño que los maestros de Israel en el tiempo de Jesús, desconocieran el significado del nuevo nacimiento, como ocurrió con Nicodemo, a quién el Señor preguntó si no conocía la enseñanza sobre este asunto (Jn. 3:10), indicándole que sólo por medio del nuevo nacimiento se puede acceder al reino de Dios (Jn. 3:3, 5). En toda la enseñanza sobre el nuevo nacimiento en el Antiguo Testamento se aprecia como la dotación de un corazón nuevo, conduce a la reducción de la condición rebelde, propia de la naturaleza adámica, cambiándola y orientándola hacia la obediencia a Dios en el cumplimiento de sus preceptos, cosa que no había sido posible a lo largo de la historia de Israel, por pretender llevar a cabo las demandas de Dios en el esfuerzo personal del hombre.

La regeneración es una obra de renovación plena y dotación de una nueva naturaleza, operada por el Espíritu Santo en todo aquel que cree (Tit. 3:5). Esa fue también la enseñanza de Jesús a Nicodemo (Jn. 3:5-8). Antes de que un pecador caído pueda entrar al reino de Dios y pasar a ser de condición celestial, Dios tiene que obrar una transformación en Él. La transformación es tal que sólo puede compararse con un nuevo nacimiento. La necesidad de regeneración es evidente teniendo en cuenta la condición del hombre natural (Jn. 3:6). No importa cual sea la condición personal de cada hombre, la necesidad es la misma, siendo interesante recordar que las palabras de Jesús estaban dirigidas a un líder y maestro del pueblo de Israel. La imposibilidad de estar en la presencia de Dios, es decir, en comunión con Él, es la consecuencia de la condición natural del hombre (Sal. 24:3-4). Esa naturaleza caída hace imposible la obediencia a los mandatos divinos, porque el pecado ha introducido en la genética espiritual del hombre el estado de desobediencia, en cuya esfera vive. Téngase en cuenta que el hombre no es desobediente porque desobedece, sino que desobedece porque es desobediente. La vida eterna, como vida propia del regenerado solo es posible para los que han sido resucitados en Cristo (Ef. 2:6), pero en modo alguno es alcanzable por quien está muerto es sus delitos y pecados (Ef. 2:2).

La regeneración hace posible la comunicación de la vida eterna. La promesa de Dios para el salvo es que tenga vida eterna (Jn. 3:16). La vida eterna es la vida de Dios, ya que sólo Él es poseedor de vida eterna, en el sentido de una vida que no tiene principio ni fin. Es la vida propia de quien vive en la eternidad, esto es, en la *atemporalidad*, sin principio ni fin. Esta vida, propia de Dios, que se comunica al hombre en la comunión con la divina naturaleza (2 P. 1:4), está en el Hijo (Jn. 1:4). Jesús afirma que Él es la vida (Jn. 14:6). Cristo dijo que había venido para que el pecador pueda tener vida eterna (Jn. 10:10). Mediante la regeneración del Espíritu, Cristo es implantado en el creyente (Col. 1:27). Esta identificación con Cristo permite al creyente tener vida eterna. La regeneración, por tanto, produce una resurrección espiritual (Ef. 2:1, 4, 5). El que estaba espiritualmente muerto a causa de su pecado, viene a la vida por unión vital con el Resucitado, que se hace por la resurrección *espíritu vivificante* (1 Co. 15:45), es en esa unión con Jesucristo que se otorga al pecador que cree la vida eterna y Cristo se hace en él esperanza de vida, con la seguridad de que en Jesucristo todos serán vivificados (1 Co. 15:22). La resurrección espiritual es posible por la acción vinculante del pecador creyente con Cristo, por medio del Espíritu que lo toma y lo *sumerge*, en sentido de *introducirlo* en Cristo para la formación de un cuerpo con Él (1 Co. 12:13). La vida que recibe el creyente no es otra que la vida del Cristo resucitado (Jn. 10:10; 14:6; Ro. 6:23; Col. 1:27).

La regeneración dota de una nueva naturaleza como principio de vida. Ese es el resultado de la participación en la naturaleza divina (2 P. 1:4). De modo que en esa nueva dimensión espiritual se produce una nueva y radicalmente diferente forma de vida (Ro. 6:3-4). El creyente ha sido *bautizado en Cristo*, o tal vez mejor, bautizado *hacia* Cristo, para entrar en una nueva posición *en* Cristo. Antes de alcanzar esa nueva dimensión de vida tiene que producirse la liberación del pecado mediante la identificación con el Salvador. El creyente es puesto en una relación personal con la muerte de Cristo, por la que la relación de esclavitud que el pecado producía es cancelada y recibe el poder para una vida fuera de esa esfera de esclavitud. La identificación con la muerte de Cristo introduce al creyente en una vida de libertad. Esa es la posición que ha de ser mantenida con firmeza (Gá. 5:1). La identificación con la muerte de Cristo libera al pecador creyente de las cadenas de esclavitud que le impedían una vida conforme a la voluntad de Dios. El esclavizante *yo* personal queda reducido a la impotencia para que quede bajo el control del *Tú* de Dios (Gá. 2:20). La cadena de esclavitud de la *carne*, que conduce inexorablemente a obras contrarias a la voluntad de Dios, queda impotente por la potencialidad de la Cruz (Gá. 5:24). La condición esclavizante del mundo, esfera en la que se desarrolla la vida espiritual del pecador, queda reducida a la impotencia por la misma obra de la Cruz (Gá. 6:14). La liberación sobre el poder del pecado se produce para todo creyente, por tanto, ya no hay excusa para vivir conforme a la

vida antigua. Pero, la identificación con Cristo es también en su sepultura y resurrección para novedad de vida. Cristo comunica vida a la nueva humanidad en Él, como *espíritu vivificante* (1 Co. 15:45). Por tanto, quien ha sido puesto en Cristo, es una nueva criatura, una nueva creación (2 Co. 5:17). La esfera de la regeneración es un mundo nuevo.

Καὶ ἐπὶ καρδίας αὐτῶν ἐπιγράψω αὐτούς. La regeneración dota también al regenerado de un corazón nuevo. El núcleo de la voluntad, de los afectos y de las intenciones personales es una nueva creación de Dios. No se trata de un arreglo religioso de la condición pecaminosa del hombre y de su corazón engañoso y perverso (Jer. 17:9). La salvación involucra una transformación radical y completa obrada por Dios en el corazón del hombre (Ro. 12:2; Ef. 4:23). La transformación es operada por el Espíritu Santo de Dios (Ef. 4:24; Tit. 3:5). En virtud de ella se llega al nuevo nacimiento y, por tanto, a ser *hombres nuevos* (Ef. 4:24; Col. 3:10). La regeneración o nuevo nacimiento, permite al pecador regenerado dejar de conformarse al mundo, como le era propio en su naturaleza caída (Ro. 12:2). La creación en Cristo conduce a los regenerados, según la imagen de Dios en conocimiento y santidad de la verdad (Ef. 4:24; Col. 3:10; Ro. 12:2). El nuevo nacimiento produce profundos cambios en el individuo. Cambia el egocentrismo sin ley y sin Dios a la obediencia a Dios, conformando la vida a las disposiciones de Sus mandamientos. Ilumina también la mente ciega para que pueda discernir las realidades espirituales, antes vetadas por la condición propia del pecador (1 Co. 2:14-15; 2 Co. 4:6; Col. 3:10). El nuevo nacimiento permite la experiencia de libertad para que el creyente pueda, en esa libertad, servir a Dios. De modo que de una voluntad sujeta a la esclavitud del pecado y, por tanto, desobediente, pasa a una obediencia real y voluntaria que le permite cumplir lo que Dios demanda de él y hacerlo con gozo (Ro. 6:14, 17-22). La obediencia y la acción de la voluntad de Dios deja de ser un esfuerzo humano imposible de alcanzarlo, para disfrutar de una acción divina en el interior del nuevo corazón, ya que *"Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad"* (Fil. 2:13).

El nuevo nacimiento es un cambio definitivo, cancelando la vieja vida y pasando a ser una nueva criatura en Cristo. El creyente es sepultado con Cristo y puesto fuera del alcance de la condenación, y resucitado con Él a una nueva vida de justicia (Ro. 6:3-11; 2 Co. 5:17; Col. 3:9-11). El nuevo nacimiento es una operación absolutamente divina, que ejecuta Dios en el hombre, en Su omnipotencia y soberanía (Jn. 3:6). No es causada ni inducida por esfuerzo humano, ni por méritos personales (Jn. 1:12-13; Tit. 3:3-7). En el Antiguo Testamento se describe el nuevo nacimiento como una obra de Dios que renueva el corazón, escribiendo en él su Ley y capacitando para que los

regenerados amen y obedezcan como nunca antes habían hecho (Dt. 30:6; Jer. 31:31-34; 32:39-40; Ez. 11:19-20; 36:25-27).

La primera bendición del Nuevo Pacto es que Dios pone sus διδοὺς νόμους μου εἰς τὴν διάνοιαν αὐτῶν, *"leyes en la mente de ellos"*. En ese sentido se describe la Ley de Dios llenando la mente del creyente. El intelecto del regenerado queda controlado y orientado por la Palabra de Dios. Una evidencia del nuevo nacimiento es la prioridad que se da a la Escritura en la vida personal (Sal. 119:11, 30, 32, 34, etc.). La Biblia se convierte en la delicia de quien ha nacido de nuevo y dedica tiempo a meditar en ella (Sal. 1:2). Esa es la *buena parte* en la vida que nadie puede quitar del salvo, como el Señor dijo de María (Lc. 10:42). El interés intelectual, es decir, una mente orientada hacia la lectura y meditación de la Palabra, denota un interés por Dios mismo, pero no significa necesariamente que lo establecido por Dios en ella, se ponga por obra. Hay intelectuales de la Biblia que la estudian como mera investigación profesional; conocen la Biblia pero desconocen la obediencia y sujeción a ella.

La segunda bendición es que Dios pone sus mandamientos καὶ ἐπὶ καρδίας αὐτῶν ἐπιγράψω αὐτούς, escribiéndolos *sobre el corazón*. La Ley escrita *sobre* el corazón expresa el sentido de controlar plenamente el centro de los afectos y voluntad del hombre. La Palabra está puesta como ejerciendo *señorío* sobre la vida del regenerado. Implica una vida conducida por Dios y sujeta totalmente a Su palabra (Dt. 6:6-9). La enseñanza a los hijos estará conducida por lo que la Biblia determina, comenzando por entender que los hijos son un regalo de Dios y que, siendo su herencia, han de ser tratados y conducidos conforme a lo que Él establece en la Palabra (Sal. 127:3-4). La Palabra conduce al creyente en las decisiones del hogar, de ahí que Dios diga que *"hablarás de ellas estando en tu casa"* (Dt. 6:7). Quiere decir, que el hogar, la marcha de la familia, los intereses de la casa, se establecen conforme a lo que Dios determina en su Palabra, comenzando por el amor de entrega de los unos hacia los otros. Añade también el Señor que la Palabra ha de condicionar *el camino* (Dt. 6:7). Camino es la esfera del testimonio visible ante el mundo. Quien anda por el camino se hace visible a todos los que transitan por él o lo observan. Quiere decir que el testimonio ante el mundo ha de responder a las enseñanzas bíblicas. En una sociedad cambiante, la ética de Dios no cambia. De tal manera que el testimonio del creyente es un motivo de alabanza para Dios (Mt. 5:16). Añade también que la Palabra debe estar presente en los momentos de finalizar el día, *"al acostarse"*, y al tiempo de iniciar la jornada, *"y cuando te levantes"* (Dt. 6:7). La voz de Dios oída antes de entregarse al descanso, será motivo de meditación cuando se produzcan momentos de insomnio. Ningún pensamiento impuro controlará la mente del hombre que está saturada de la Palabra de Dios. El Señor manda también que la palabra esté *"atada como una señal en tu mano"* (Dt. 6:8). Si el camino es figura de testimonio, las manos son

símbolo de servicio. No importa si el servicio es *litúrgico*, es decir, servicio en el culto a Dios, o si se trata de las labores propias para el sustento cotidiano, ambas cosas y todas ellas, corresponden a un servicio a Dios, ya que el creyente no es suyo, sino que ha sido comprado por precio (1 Co. 6:20). La vida cristiana no tiene aspectos espirituales y terrenales en los que Dios no interviene, sino que es una unidad en la que Dios está siempre presente y debe desarrollarse en todo conforme a Su voluntad. Esa es la enseñanza de Pablo para el mundo laboral haciendo entender que el trabajo se lleva a cabo no para agradar a los hombres, sino como sirviendo a Dios que es el verdadero dueño de cada creyente (Col. 3:22-24). Añade también el Señor que la Palabra suya debe estar *"como frontales entre tus ojos"* (Dt. 6:8), enseñando que la orientación de la forma de ver la vida, debe estar controlada por la Palabra, que orienta la mirada del creyente hacia las cosas transitorias del mundo. De la misma manera para el regenerado la Biblia debe estar escrita *"en los postes de tu casa, y en tus puertas"* (Dt. 6:9). Algunos entienden el texto en la más absoluta literalidad y llenan las paredes de sus casas con porciones de la Palabra. En modo alguno tengo ningún reparo personal en esto, sino todo lo contrario, pero, no se trata de colgar la Biblia de las paredes, ya que el versículo hace referencia a *los postes y a las puertas*, en sentido de aquello que sustenta la casa y lo que guarda de peligro la morada. De esa manera la firmeza del hogar y la protección de la casa se alcanzan por obediencia a la Palabra de Dios. Hay algunos que tienen la Biblia en sus paredes pero la Biblia no los tiene a ellos. En la bendición del Nuevo Pacto, la Palabra no está sólo en la mente, sino que está escrita, *implantada*, en el corazón (Stg. 1:21). La evidencia del nuevo nacimiento está íntimamente ligada a la obediencia a la Escritura (Ez. 36:26-27). El pueblo en la antigua dispensación había recibido la ley, pero no las fuerzas para guardarla, ahora Dios mismo lo impulsa y hace prosperar su propósito por su propio poder, ya que Él mismo afirma en el anuncio del Nuevo Pacto: *"Yo haré"* (Ez. 36:27). Esa es la experiencia del creyente en el Nuevo Testamento, porque Dios es el que produce tanto el querer como el hacer por su voluntad (Fil. 2:13).

Lo que antes era débil se torna en poderoso por la acción del Espíritu (Ro. 8:3). El creyente tiene escrita la Ley divina, es decir, el deseo de obedecerla, establecido por Dios mismo en el nuevo corazón con que fue dotado. La consecuencia es evidente en un comportamiento acorde con las demandas divinas (Mt. 12:34). El regenerado ama la ley de Dios (Sal. 119:97). La vida de santificación se produce al influjo de la Palabra y su obediencia (Sal. 119:11).

La relación espiritual dentro del Nuevo Pacto entre Dios y los que introduce en la relación pactada se determina así: καὶ ἔσομαι αὐτοῖς εἰς Θεόν, καὶ αὐτοὶ ἔσονται μοι εἰς λαόν, *"y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a Mí por pueblo"*. La fórmula se repite a la semejanza de la establecida para la antigua alianza en el tiempo de la liberación de Egipto: *"Y os*

tomaré por mi pueblo y seré vuestro Dios" (Ex. 6:7). La misma relación se reitera en Levítico relacionándola con la fidelidad a Dios, apartándose de la contaminación idolátrica en cuya condición era posible la comunión con Dios: *"Y pondré mi morada en medio de vosotros, y mi alma no os abominará; y andaré entre vosotros, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo"* (Lv. 26:11-12). Cuando el pueblo estaba próximo a entrar en la tierra de Canaán, Dios volvió a recordar esa misma relación, como consecuencia de la promesa del pueblo de cumplir los mandamientos, decretos y estatutos de Dios: *"Y Jehová ha declarado hoy que tú eres pueblo suyo, de su exclusiva posesión, como te lo ha prometido, para que guardes todos sus mandamientos"* (Dt. 26:18). Nuevamente la relación espiritual trae como consecuencia la obediencia a lo que Dios establece en su Palabra. Esa misma relación se aplica a la iglesia en la presente dispensación: *"Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi propio pueblo"* (2 Co. 6:16). La santidad que conduce a la obediencia y separación para Dios, es el vínculo que mantiene la comunión dentro del Nuevo Pacto en la presente dispensación. Esa comunión es la relación con Dios como resultado de la regeneración en el nuevo nacimiento (Ez. 36:26-27). El regenerado y justificado puede venir a la experiencia de comunión y relación con Dios, impedida antes a causa del pecado. Esa relación de comunión se proyectará eternamente en la nueva creación (Ap. 21:3).

11. Y ninguno enseñará a su prójimo,
Ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor;
Porque todos me conocerán.
Desde el menor de ellos hasta el mayor de ellos.

καὶ οὐ μὴ διδάξωσιν ἕκαστος τὸν πολίτην[1] αὐτοῦ
Y jamás enseñarán cada uno al conciudadano de él
καὶ ἕκαστος τὸν ἀδελφὸν αὐτοῦ λέγων·
y cada uno al hermano de él diciendo:
γνῶθι τὸν Κύριον,
conoce al Señor
ὅτι πάντες εἰδήσουσιν με
Pues todos sabrán de Mí,
ἀπὸ μικροῦ ἕως μεγάλου αὐτῶν,
desde pequeño hasta grande de ellos.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Alternativas de lectura.

[1] πολίτην, *conciudadano*, atestiguada en **p**[46], ℵ, A, B, D, K, 33, 88, 181, 330, 451, 614, 1241, 1739, 1877, 1881, 1962, 1984, 2127, 2492, 2495, it[d, e], syr[p, h], cop[sa, bo, fay], arm, Crisóstomo, Teodoreto, Juan Damasceno.

Πλησίον, *prójimo*, atestiguada en P, 81, 194, 326, 436, 629, 640. 1985, it[ar, c, dem, div, f, z], vg, syr[hmg], eth, Crisóstomo, Cirilo, Eutilio, Teofilo. Se omite la frase πολίτην αὐτοῦ καὶ ἕκαστος τὸν, en it[x].

Continua la referencia profetica con καὶ, conjunción copulativa *y*; οὐ, adverbio de negación *no*; μή, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*; ambas negaciones unidas expresan un sentido absoluto como *de ningún modo, jamás*; διδάξωσιν, tercera persona plural del aoristo primero de subjuntivo en voz activa, futurista, del verbo διδάσκω, *enseñar*, aquí como *enseñaron,* mejor traducirlo como futuro *enseñarán*; ἕκαστος, caso nominativo masculino singular del adjetivo indefinido *cada uno, cada, cada cual*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; πολίτην, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *conciudadano*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de él*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἕκαστος, caso nominativo masculino singular del adjetivo indefinido *cada uno, cada, cada cual*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; ἀδελφὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *hermano*; αὐτοῦ caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de él*; λέγων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir,* aquí como *que dice*, mejor traducirlo como *diciendo*; γνῶθι, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz activa del verbo γινώσκω, *conocer*, aquí como *conoce*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; Κύριον, caso acusativo masculino singular del nombre *Señor*, aquí nombre propio al referirse a Dios; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; πάντες, caso nominativo masculino plural del adjetivo indefinido *todos*; εἰδήσουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo οἶδα, *saber, conocer, entender, comprender,* aquí como *conocerán*; με, caso acusativo singular del pronombre personal declinado *a mí*; ἀπὸ, preposición de genitivo *desde*; μικροῦ, caso genitivo masculino singular del adjetivo *pequeño, menor*; ἕως, preposición de genitivo *hasta*; μεγάλου, caso genitivo masculino singular del adjetivo *mayor, grande*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos*.

Καὶ οὐ μὴ διδάξωσιν ἕκαστος τὸν πολίτην αὐτοῦ καὶ ἕκαστος τὸν ἀδελφὸν αὐτοῦ λέγων γνῶθι τὸν Κύριον. La segunda bendición dentro del Nuevo Pacto tiene que ver con el conocimiento pleno, un conocimiento personal y de relación con Dios. Ese conocimiento a que se refiere el texto no es meramente intelectual, sino el de la relación vivencial con Dios. Se trata de un conocimiento que conduce a la regeneración y a la vida eterna (Jn. 17:3). El reino de los cielos es sólo para los que han sido regenerados. Tal fue el problema personal que llevó a Nicodemo a acudir a Jesús (Jn. 3). De ese modo los que están en el reino en el tiempo presente han tenido que *conocer* a Dios para salvación (Col. 1:13). De igual manera los que entren al disfrute del reino milenial de Cristo habrán tenido que haber nacido de nuevo. De la misma forma los que accedan al reino eterno de los cielos nuevos

y de la tierra nueva, serán los regenerados en el nuevo nacimiento. Sólo quien conoce a Dios es también conocido por Él (Gá. 4:9). Esa es la garantía de salvación (2 Ti. 2:19).

῞Οτι πάντες εἰδήσουσιν με ἀπὸ μικροῦ ἕως μεγάλου αὐτῶν. Dentro del Nuevo Pacto existe un pleno conocimiento de Dios. En el reino de los cielos el conocimiento de Dios llenará el mundo (Is. 11:9). Debe tenerse en cuenta que el alcance del Nuevo Pacto tiene que ver con la Iglesia en la presente dispensación que por el nuevo nacimiento introduce a cada cristiano en la esfera del reino de Cristo (Col. 1:13), pero, también tiene relación con el Israel salvo en el reino milenial, en donde Dios mismo enseñará a los suyos (Is. 54:13). Aquel que es enseñado por Dios acude a Cristo para salvación (Jn. 6:44-45). Todo verdadero creyente es enseñado por Dios. La misión de enseñanza en la presente dispensación está encomendada al Espíritu Santo, de ahí que el apóstol Juan escriba: *"Pero la unción que vosotros recibisteis de Él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en Él"* (1 Jn. 2:27). El Espíritu Santo ayuda a distinguir la verdad del error (Jn. 16:13). La Persona del Espíritu reside en el creyente desde el mismo instante de la conversión. Si alguien no tiene el Espíritu de Cristo no puede ser de Él (Ro. 8:9). El que no vive en la plenitud del Espíritu es fácilmente conducido de un error a otro. El mismo Espíritu asigna tareas de enseñanza a quienes capacita para ello dándoles el don de pastor y maestro (Ef. 4:11-14), para que pueda hacer la obra de enseñanza en la iglesia. El conocimiento del Señor es un conocimiento experimental, de modo que Dios conoce a los creyentes como *su pueblo* y ellos lo conocen a Él como *su Dios*.

12. Porque seré propicio a sus injusticias,
Y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades.

ὅτι ἵλεως ἔσομαι ταῖς ἀδικίαις αὐτῶν
Pues propicio seré a las injusticias de ellos.
καὶ τῶν ἁμαρτιῶν αὐτῶν οὐ μὴ μνησθῶ ἔτι.
Y de los pecados de ellos jamás me acordaré ya.

Notas y análisis del texto griego.

Concluye la cita del Antiguo Testamento con ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; ἵλεως, caso nominativo masculino singular del adjetivo *compasivo, propicio*; ἔσομαι, primera persona singular del futuro de indicativo en voz media del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *seré*; ταῖς, caso dativo femenino plural del artículo determinado declinado *a las*; ἀδικίαις, caso dativo femenino plural del sustantivo que denota *injusticias*, *malas acciones, iniquidades*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τῶν, caso genitivo femenino plural del artículo determinado declinado *de*

las; ἁμαρτιῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo que denota *pecados*; αὐτῶν caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos*; οὐ, adverbio de negación *no*; μή, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*; ambas negaciones unidas expresan un sentido absoluto como *de ningún modo, jamás*; μνησθῶ, primera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz pasiva, volitivo, del verbo μιμνῄσκομαι, *acordarse, recordar, tener en cuenta*, aquí como *me acordaré*; ἔτι, adverbio de tiempo *ya*.

La tercera bendición en el Nuevo Pacto es el resultado de la propiciación llevada a cabo en la Cruz: ὅτι ἵλεως ἔσομαι ταῖς ἀδικίαις αὐτῶν, *"Seré propicio a sus injusticias"*. La obra del Sumo Sacerdote lleva a cabo en plenitud el sacrificio de propiciación delante de Dios. Es más, Jesús es tanto *propiciación*, en cuanto a que es sacrificio, como *propiciador*, ya que es el sacerdote que ofrece el sacrificio, como *propiciatorio*, puesto que Él mismo penetró en los cielos y se sentó a la diestra de Dios para interceder por los salvos. La propiciación indica, en el entorno griego, aplacar la ira mediante una ofrenda. La ofrenda se colocaba en un lugar llamado *propiciatorio.* El concepto pagano de propiciación consistía en ofrecer a un dios enojado un regalo que le devolviera el contentamiento con el que le había ofendido. Siempre, en la propiciación pagana, la ofrenda procedía del esfuerzo del ofensor. Este concepto es absolutamente contrario a la verdad bíblica. En el Antiguo Testamento Dios había establecido un sacrificio anual de expiación por el pecado del pueblo (Lv. 16:9). La sangre del sacrificio era llevada por el sumo sacerdote al interior del Lugar Santísimo, en el santuario, y colocada sobre la plancha de oro de la cubierta del arca, llamada el propiciatorio (Lv. 16:9, 14-15). Sobre el propiciatorio, en la cubierta del arca, estaban colocados dos querubines, cuyos rostros miraban hacia él (Ex. 25:20). Los querubines son ángeles que velan por la santidad y justicia de Dios, impidiendo que todo pecador pueda acceder a Su presencia a causa del pecado personal (Gn. 3:24). La Ley de Dios, que acusa al hombre de pecado, estaba guardada en el interior del arca, bajo su cubierta. Los querubines, simbólicamente, miraban permanentemente el propiciatorio y la sangre del sacrificio de la expiación que *cubría* el pecado del pueblo. En base al sacrificio expiatorio, Dios era propicio al pueblo y en esa base oraba y fue justificado el publicano (Lc. 18:13). El sacrificio de la Cruz satisface todas las demandas de Dios en cuanto al juicio por el pecado. Cristo mismo es, como se dice más arriba, *propiciación, propiciatorio y propiciador*. Esa enseñanza se considerará más adelante en la Epístola (9:11, 12, 26). El Resucitado tiene en sí las señales del sacrificio realizado (Lc. 24:40; Jn. 20:20, 27; Ap. 5:6). Para el creyente, el trono de juicio se transforma por el sacrificio de Cristo, en un trono de gracia (He. 4:16). Al encontrarse con Dios en Cristo, el creyente experimenta completa confianza (Ro. 8:33). La propiciación pone de manifiesto dos aspectos (1 Jn. 2:2). Por un lado el aspecto *potencial*, en el sentido que Dios es propicio a todo pecador sobre la base de la redención y expiación provista por Cristo. Por otro lado el *virtual*, en cuanto a que la propiciación es eficaz para todo aquel

que cree. El creyente tiene derecho a acercarse a Dios y entrar confiadamente en Su presencia (He. 4:16). El creyente que haya pecado puede acercarse a Dios en confianza para confesar y obtener la restauración a la plena comunión con Él (1 Jn. 1:9), ya que al trono de gracia ha de llegarse en limpieza espiritual (Heb. 10:19-22). La muerte de Cristo como acto de obediencia plena a la Ley que los pecadores quebrantaron, constituye una propiciación o satisfacción de todas las justas demandas que Dios estableciera sobre el pecador por su pecado (1 Jn. 2:2; 4:10). Por la redención y propiciación hay plena seguridad para el creyente en el sentido de que la deuda por su pecado y con ello la responsabilidad penal del mismo ha sido plenamente cancelada, y no hay ya para él ninguna condenación (Ro. 8:1).

El perdón pleno en el Nuevo Pacto se expresa con toda claridad: καὶ τῶν ἁμαρτιῶν αὐτῶν οὐ μὴ μνησθῶ ἔτι, *"y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades"*. No acordarse o acordarse del pecado era algo más que un asunto mental; llevaba aparejada una determinada actuación divina. En el caso de Cornelio, *la memoria* fue para salvación (Hch. 10:4, 31; 11:13), pero para la Gran Babilonia, el *recuerdo* será para juicio (Ap. 16:19). Bajo el antiguo pacto había un sacrificio anual como consecuencia de la *memoria* que Dios tenía de los pecados, trayéndolos simbólicamente a juicio en la figura de ese sacrificio anual (10:3). Tanto pecados como iniquidades no estarán más *presentes* delante de Dios para el salvo, en sentido de responsabilidad penal, como consecuencia del sacrificio de Cristo (He. 7:27). La ira divina por el pecado queda fuera para quienes entran en el vinculo del Nuevo Pacto (Ro. 8:1).

Las tres grandes promesas del Nuevo Pacto, resumidas son: 1) *"Pondré mis leyes en la mente y el corazón"*; 2) *"Todos me conocerán"*; 3) *"Nunca más me acordaré de sus pecados"*.

13. Al decir: Nuevo pacto, ha dado por viejo al primero; y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer.

ἐν τῷ λέγειν καινὴν πεπαλαίωκεν τὴν πρώτην· τὸ δὲ παλαιούμενον
Al decir nuevo ha declarado viejo al primero. Y lo que se hace viejo
καὶ γηράσκον ἐγγὺς ἀφανισμοῦ.
y que se envejece cerca de desaparición.

Notas y análisis del texto griego.
La conclusión final se establece como sigue: ἐν, preposición de dativo *a*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado *el*; λέγειν, presente de infinitivo en voz activa del verbo λέγω, *decir*; καινὴν, caso acusativo femenino singular del adjetivo *nuevo*; πεπαλαίωκεν, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo παλαιόω, *hacer viejo, declarar viejo (obsoleto)*, aquí como *ha declarado viejo*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado declinado *a la*;

πρώτην, caso acusativo femenino singular del adjetivo numeral ordinal *primera*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; παλαιούμενον, caso nominativo neutro singular del participio de presente en voz pasiva del verbo παλαιόω, *hacer viejo, declarar viejo (obsoleto)*, aquí como, *que se envejece*; καὶ, conjunción copulativa *y*; γηράσκον, caso nominativo neutro singular del participio de presente en voz activa del verbo γηράσκω, *envejecer, debilitarse por la edad, ir muriendo*, aquí como *que se envejece*; ἐγγὺς, adverbio de tiempo, *cerca*; ἀφανισμοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo declinado *de desaparición*, *de destrucción*.

᾿Εν τῷ λέγειν καινὴν πεπαλαίωκεν τὴν πρώτην. En base a todo cuanto antecede se establece una conclusión final, expresada en una acción definitiva y completa. El antiguo pacto se da por concluido en el momento de proclamar el nuevo. El verbo[15] utilizado aquí expresa claramente la idea de *declarar viejo* algo. Aquello que es anticuado es inútil para el tiempo presente. Dios mismo es quien declara obsoleto el viejo pacto. Aquel que lo declaró activo cuando lo estableció, lo declara ahora inútil al establecer, Él mismo, uno nuevo.

Τὸ δὲ παλαιούμενον καὶ γηράσκον ἐγγὺς ἀφανισμοῦ. No cabe duda que aquello que es declarado viejo, se hace inútil por razón del mismo envejecimiento. No es algo *antiguo* que con el tiempo adquiere más valor, sino *viejo* que con el tiempo se hace inútil y debe ser desechado. Viejo, tiene también el sentido peyorativo de caduco o decrépito. Por tanto, no se trata de arrinconar algo válido, sino de desechar lo que por no poder seguir usándose, debido a la vejez, se deteriora por sí mismo hasta desaparecer.

El antiguo pacto concluyó en el tiempo del sacrificio de Cristo. En la última cena, el Señor habló del Nuevo Pacto en su propia sangre (Mt. 26:28; Mr. 14:24; Lc. 22:20; 1 Co. 11: 25). En el momento de la muerte del Señor, el velo del templo se rompió de arriba abajo (Mt. 27:51), quedando al descubierto los elementos reservados en la intimidad que correspondían al antiguo pacto. Ahora, las bendiciones alcanzadas por Cristo se extienden y alcanzan a cada uno de los que entran en la relación del Nuevo Pacto.

Por gracia el creyente entra en las bendiciones prometidas para el Nuevo Pacto. La justificación que hace posible una nueva relación con Dios es posible por la obra de la Cruz. La comunión con Dios se establece sin límites para el regenerado hasta la participación en la divina naturaleza (2 P. 1:4). Esa regeneración hace posible una vida de obediencia a las demandas del Señor, es

[15] Griego παλαιόω.

más, el creyente bajo el Nuevo Pacto ha sido trasladado de una esfera de desobediencia a una nueva de obediencia, por lo que esta es la forma propia y natural de la vida del salvo. El creyente en el Nuevo Pacto es llamado a vivir en la dimensión de la plena libertad en el Espíritu, que le permite servir a Dios sin condicionamiento alguno. El verdadero secreto de vida en el Nuevo Pacto consiste en una dinámica de obediencia a Dios en el poder del Espíritu.

CAPÍTULO IX

EL SUPREMO SACERDOCIO

Introducción.

Los profundos contrastes entre lo *antiguo* y lo *nuevo*, entre el antiguo pacto y el Nuevo Pacto, entre el sacerdocio levítico y el nuevo sacerdocio en Cristo, entre el santuario terrenal y el celestial, es el desarrollo temático que el autor de la Epístola está desarrollando y que continúa en el pasaje que se considera, extendiéndose hasta 10:25. En el primer párrafo del presente capítulo va a tratar sobre el santuario terrenal del antiguo orden levítico, para seguir luego con los sacrificios que se ofrecían en él.

El santuario propio de la antigua dispensación, que el escritor tiene en mente, es el Tabernáculo que Moisés levantó en el desierto, por mandato de Dios mismo. Tal santuario era una representación simbólica del *verdadero*, esto es, del *definitivo* en el cual ministra Cristo como Sumo Sacerdote del nuevo orden. El antiguo sistema se establecía en razón de un pacto, que por su ineficacia quedó cancelado, ya que no podía perfeccionar a quienes por medio del sistema establecido en la Ley quisieran acercarse a Dios. Superficialmente se mencionó el sacrificio que garantiza el Nuevo Pacto, pero a lo que ahora dedica el escritor una atención especial y detalla ampliamente en el pasaje. Para ello retornará al Tabernáculo como símbolo, en donde el orden sacerdotal antiguo ministraba, describiendo algunas particularidades del mismo (vv. 1-5), y de la función sacerdotal (vv. 6-10). Lo que aparentemente debiera resultar sencillo en la interpretación del texto, se hace un tanto complejo debido a la poca atención que suele prestarse al Pentateuco, especialmente a lo que tiene que ver con el simbolismo del mobiliario del Tabernáculo y también a los distintos sacrificios establecidos por Dios y descritos pormenorizadamente por Moisés en el libro de Levítico. Todos los distintos aspectos, tanto de los muebles del Tabernáculo como de los sacrificios prescritos para ofrecerse en él, eran las sombras de la realidad absoluta y perfecta de Cristo y su obra, que cumple todo cuanto indicaban los tipos de la antigua dispensación. Los aspectos descritos de las funciones sacerdotales están claramente vinculados con el *Día de la Expiación*, cuando se ofrecía un sacrificio por los pecados de ignorancia del pueblo y se enviaba al desierto el macho cabrío que se había seleccionado en suertes, para figurar *la remisión* de los pecados. En la descripción de algunos muebles del Tabernáculo, el escritor señala la dificultad de entrar en el Lugar Santísimo, que sólo una vez por año le era permitido al sumo sacerdote del orden levítico, como evidencia de que no había sido abierto el camino de acceso a la presencia de Dios. Todo ello le permite establecer un contraste con el sacrificio y sacerdocio de Cristo, que ofrece redención eterna (vv. 11-14). Por

este perfecto sacrificio se establece la garantía del Nuevo Pacto, que asegura la entrada a la presencia de Dios y la herencia eterna para quienes estén incorporados a él por gracia, mediante la fe en Jesucristo (vv. 15-22). Finalmente se presenta a Cristo como Sumo Sacerdote ejerciendo las funciones propias de ese ministerio en la presencia de Dios, sobre la base de un sacrificio perfecto y definitivo, irrepetible ya para siempre. A causa de esa obra, el creyente no siente miedo al juicio ni a la muerte, cuyas consecuencias espirituales han sido superadas en Cristo mismo y hechas eficaces para él por aplicación de esa obra, para producir un cambio de actitud frente al futuro, apoyado en la esperaza gloriosa de la segunda venida del Señor (vv. 23-28).

La división del pasaje para su estudio se establece conforme al bosquejo:

1. La supremacía de Cristo en su ministerio sacerdotal (9:1-10:18).
    1.1. El sacerdocio terrenal (9:1-10).
        1.1.1. El santuario (9:1-5)
        1.1.2. El ministerio sacerdotal (9:6-10)
    1.2. El sacerdocio de Cristo (9:11-14).
    1.3. El Mediador el Nuevo Pacto (9:15-18).
    1.4. La purificación por el sacrificio perfecto de Cristo (9:19-28).

La supremacía de Cristo en su ministerio sacerdotal (9:1-10:18).

El sacerdocio terrenal (9:10).

El santuario (9:1-5).

1. Ahora bien, aun el primer pacto tenía ordenanzas de culto y un santuario terrenal.

Εἶχε μὲν οὖν καὶ ἡ πρώτη δικαιώματα λατρείας τό τε
Tenía a la verdad pues también el primero normas de culto así como lo
ἅγιον κοσμικόν.
santo de este mundo.

Notas y análisis del texto griego.

Introduce el nuevo párrafo con εἶχε, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí como *tenía*; seguido de μὲν, partícula afirmativa que se coloca siempre inmediatamente después de la palabra expresiva de una idea que se ha de reforzar o poner en relación con otra idea y que, en sentido absoluto tiene oficio de adverbio de afirmación, como *ciertamente, a la verdad*; οὖν, conjunción causal *pues, así que, de modo que, por consiguiente, por cuanto*; la traducción de la expresión que enfatiza lo que tenía el santuario puede traducirse como

ahora bien más concordante con la estructura gramatical castellana; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; πρώτη, caso nominativo femenino singular del adjetivo numeral ordinal *primera*; δικαιώματα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *normas, reglas, mandatos, prescripciones*; λατρείας, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de culto*; τό, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; τε, partícula conjuntiva, que puede construirse sola, pero generalmente está en correlación con otras partículas, en este caso, al seguir al artículo adquieren juntos el sentido de *como con, tanto como, no solamente, sino también*, lo que daría una expresión *así como el*; ἅγιον, caso acusativo neutro singular del adjetivo *santo*, que en relación con el templo debe traducirse como *santuario*; κοσμικόν, caso acusativo neutro singular del adjetivo *mundano, de este mundo*.

Εἶχε μὲν οὖν καὶ ἡ πρώτη. Mediante una expresión de continuidad: μὲν *a la verdad, pues, ahora bien*, pasa a considerar otro aspecto del tema general. Podría traducirse también como *por su parte*, lo que permite establecer un contraste entre lo antiguo y lo nuevo. El segundo elemento del contraste se introducirá más adelante con la expresión *"pero estando ya presente Cristo"* (v. 11). Aquella vieja alianza tenía el santuario terrenal, donde ministraban los sacerdotes del antiguo sistema sacerdotal, que tenía ordenanzas para regular la forma del culto y el modo de realizarlo. Es interesante apreciar que el verbo *tenía*, está en imperfecto de indicativo que expresa la condición de algo pasado que ya no tiene vigencia. El culto, dentro del santuario, se desarrollaba conforme a las normas que Dios había dado a Moisés. De forma especial el contenido de la regulación cultual está desarrollado en el libro de Levítico, donde se establece el modo de llevar a cabo cada una de las formas propias de aquel sistema.

Δικαιώματα λατρείας τό τε ἅγιον κοσμικόν. El santuario donde se ofrecían los sacrificios y se practicaba el culto, era terrenal. Es interesante apreciar que en el texto griego no se utiliza el sustantivo *santuario*, sino el adjetivo *santo*, precedido de artículo determinado, que a su vez precede al adjetivo κοσμικόν, *mundano* o *de este mundo*. Quiere decir que *lo santo*, era el santuario que al ser un adjetivo articular indica que sólo aquel santuario era el lugar establecido para el culto en el orden de la antigua dispensación. Ese lugar estaba en el *mundo* y era *del mundo*, erigido en un lugar de la tierra, construido por manos de hombres, todo lo cual contrasta abiertamente con el santuario del Nuevo Pacto, que es celestial. La característica destacable del antiguo santuario era el *ser terrenal*. Aunque el adjetivo *mundano* y el sustantivo *mundo*, se utilizan para referirse a un determinado sistema ordenado en oposición a Dios, no debe entenderse, en modo alguno, como algo propio de este *mundo* y su sistema, sino establecido en el mundo, o en la tierra. Está estableciendo el escritor el primer elemento de contraste, ya que el santuario terrenal se vinculaba con asuntos terrenales, mientras que el celestial, a donde Cristo entró

(vv. 23-24), no tiene que ver nada con elementos temporales. La construcción del santuario de la tierra fue obra de hombres, aun siendo la ejecución de un modelo divino, en contraste con el santuario celestial (v. 11).

2. Porque el tabernáculo estaba dispuesto así: en la primera parte, llamada el Lugar Santo, estaban el candelabro, la mesa y los panes de la proposición.

σκηνὴ γὰρ κατεσκευάσθη ἡ πρώτη ἐν ᾗ ἥ τε λυχνία καὶ ἡ
Porque tabernáculo fue dispuesto el primero en el que el - candelabro y la
τράπεζα καὶ ἡ πρόθεσις τῶν ἄρτων, ἥτις λέγεται Ἅγια·
mesa y la proposición de los panes el que es dicho Santo.

Notas y análisis del texto griego.

Citando elementos dentro del santuario escribe: σκηνὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *tienda, tabernáculo*; seguido de γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al nombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; κατεσκευάσθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo κατασκευάζω, *preparar, disponer, construir*, aquí como *fue dispuesto* o *fue preparado*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; πρώτη, caso nominativo femenino singular del adjetivo articular numeral ordinal *primera*; ἐν, preposición de dativo *en*; ᾗ, caso dativo femenino singular del pronombre relativo *la que*; ἥ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; τε, partícula conjuntiva, que puede construirse sola, pero generalmente está en correlación con otras partículas, aquí en modo expletivo, no se traduce; λυχνία, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *candelabro*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; τράπεζα, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *mesa*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; πρόθεσις, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *proposición, propósito, plan designio*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; ἄρτων, caso genitivo masculino singular del sustantivo *panes*; ἥτις, caso nominativo femenino singular del pronombre relativo declinado *de la que*; λέγεται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz pasiva del verbo λέγω, *hablar, decir*, aquí como *es dicho*, en sentido de *llamado*; Ἅγια, caso nominativo neutro plural del adjetivo *santo*.

Σκηνὴ γὰρ κατεσκευάσθη. El santuario terrenal que levantó Moisés en el desierto por indicación divina, se conocía con el nombre del Tabernáculo (Ex. 25:1ss). En ese santuario terrenal era figura del celestial, por tanto el simbolismo de su estructura y de su modo de la distribución de sus muebles era más preciso que los templos posteriores, comenzando con el de Salomón, luego el de Esdras e incluso el de Herodes. Sin embargo, cualquiera de los santuarios pudiera servir para el argumento que está elaborando el escritor. El Tabernáculo tenía un determinado orden, no sólo para el culto, sino también en cuanto a

forma y distribución interna. La colocación de los muebles y la división de la tienda habían sido establecidos por Dios (cf. Ex. 25-26).

La tienda o Tabernáculo en sí, tenía dos divisiones, que en el texto griego aparecen al principio y final de la oración, de modo que el texto debe conectarse así: ἡ πρώτη… ἥτις λέγεται Ἅγια, *"el primero… el que es dicho Santo"*. El primer compartimiento de la división interna se llamaba el *Lugar Santo*. Tenía unas dimensiones de veinte codos de largo, por diez de ancho y diez de alto (Ex. 26:1-37; 36:8-38). Cada codo bíblico era aproximadamente de cincuenta centímetros, lo que en conversión a metros daría aproximadamente unas medidas de diez metros de largo por cinco de ancho y cinco de alto. El cierre perimetral del santuario se establecía por medio de tablas, en un total de cuarenta y ocho, cuyo extremo inferior estaba en forma de dos espigos que se introducían en basamentos de plata, en el momento de levantar el Tabernáculo. El detalle de esas tablas aparece en el libro del Éxodo (Ex. 26:15-25). Eran de madera de acacia y estaban recubiertas de oro, ligadas entre sí por cinco barras, cuatro exteriores y una interior transversal a todas las tablas. Todo ello figura de Jesucristo, la madera como figura de su humanidad y el oro como figura de su deidad. Tipo expresivo de Aquel que siendo Dios eternamente, tomó una naturaleza humana haciéndose hombre (Jn. 1:14). En Cristo se cumple plenamente la figura del santuario, por cuanto en Él habita corporalmente la plenitud de la deidad (Col. 1:19). Cubriendo el santuario había varias cortinas. La exterior era de cuero de tejones (Ex. 26:14), que protegía al santuario de las inclemencias del tiempo. Su color oscuro era también una figura de Jesucristo a quien vieron sin atractivo para desearlo (Is. 52:14; 53:2). La siguiente, en orden externo interno, era de cueros de carnero teñidos de rojo (Ex. 26:14), figura de consagración hasta la muerte que se cumple definitivamente en Jesucristo, el que se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz (Fil. 2:6-8). La tercera era de pelo de cabra (Ex. 26:7-13). El sacrificio diario de expiación llevaba aparejada la muerte de un macho cabrío (Nm. 28:13), igualmente el anual de la expiación (Lv. 16). Figura del sacrificio de Cristo que limpia de todo pecado (1 P. 1:18-20). Finalmente una cuarta cortina estaba confeccionada de lino fino, con bordados de azul, púrpura y carmesí, con figuras de querubines (Ex. 26:1-6), que era la única visible a los sacerdotes durante su ministerio en el interior del Lugar Santo. Los elementos son figuras de Jesucristo: El lino fino, blanco, orienta el pensamiento hacia la santidad inmaculada del Señor; el azul hacia su condición celestial, Aquel que descendió del cielo enviado del Padre para nuestra salvación; la púrpura orienta el pensamiento hacia su naturaleza humana y su condición real, como Rey de reyes y Señor de señores; finalmente el color carmesí, simboliza la gloria de su obra expiatoria. Los querubines protectores de la santidad divina, ven cumplida –en el simbolismo del Tabernáculo- toda demanda legal por el pecado, por tanto, los sacerdotes humanos podían ministrar al Dios santo en su presencia. El acceso al Lugar Santo estaba

reservado sólo para los sacerdotes, en el ejercicio de las distintas funciones sacerdotales de cada día. Cualquier otra persona que no perteneciese al orden sacerdotal no podía entrar en el Santuario.

Ἐν ᾗ ἥ τε λυχνία καὶ ἡ τράπεζα καὶ ἡ πρόθεσις τῶν ἄρτων. En la referencia al Lugar Santo se hace mención de los muebles que había en esa parte del Tabernáculo. No está refiriéndose a *todos* los muebles que había en ese compartimiento de la tienda, ya que no se menciona el altar de oro, o altar del incienso, que estaba situado delante del velo que separaba el Lugar Santo del Lugar Santísimo (Ex. 37:25-28; 40:5, 6). No pretende el escritor una descripción detallada de cada aspecto de los dos lugares internos del Santuario, sino señalar genéricamente lo que había en ellos para una correcta identificación por los lectores de la Epístola.

El primer mueble que cita es el λυχνία candelabro (heb. *M^{e}nöräh*). Este era el único mueble del que no se dan medidas, colocado al sur dentro del Lugar Santo (Ex. 25:31ss; 37:17ss). El mueble estaba construido con oro puro, y pesaba un talento. Convertido el peso a kilos, suponía aproximadamente unos treinta y cinco kilos. La tradición judía transmite como medidas de ese mueble, dos metros y medio en la parte horizontal superior, por un metro con veinticinco centímetros de altura. El mueble estaba formado por un brazo central, llamado caña, del que salían y se sustentaban tres brazos a cada lado. Había sido labrado a martillo, y adornado en cada uno de sus brazos por formas de copas en forma de manzana y semejantes a flores de almendro y rematado con una copa en forma de esa flor. Probablemente los seis brazos alcanzaban la altura del brazo central, y sobre cada uno de ellos se había elaborada una lamparilla de oro, en las que se ponía el aceite y la mecha para producir luz. Las lámparas eran despabiladas cada mañana y cada tarde a fin de que siempre hubiese luz sin humo en el santuario. El mueble del antiguo Tabernáculo simbolizaba también a Jesús en su condición divina que es la luz del mundo (Jn. 8:12). La Biblia enseña que Dios es luz (1 Jn. 1:5). Esa luz de Dios se hace visible en el mundo, por medio del santuario que es Jesucristo mismo, que *acampó* entre los hombres (Jn. 1:14), y cuya luz está en Cristo y vino con Él (Jn. 1:9). El oro puro del mueble es símbolo de la deidad del Señor. Los adornos de flores de almendro son símbolo de la resurrección del Salvador, ya que el almendro es el primer árbol que florece después de invierno. El aceite es símbolo del Espíritu Santo. La luz de Dios alumbra el Santuario definitivo en la dispensación nueva, como el candelabro alumbraba en el Lugar Santo durante la antigua dispensación. Los brazos entroncados con el central son un símbolo de todos los creyentes, que unidos en Cristo (1 Co. 12:12-13), son convertidos con Él y en Él en luminares en el mundo (Fil. 2:15). El hecho de haber sido labrado a martillo es figura de los sufrimientos del Redentor (He. 2:14).

El segundo mueble que se describe en el Lugar Santo era la τράπεζα καὶ ἡ πρόθεσις τῶν ἄρτων, *mesa de los panes de la proposición* (Ex. 25:23-30; 37:10-16). Era un mueble construido con madera de acacia y recubierto de oro. Medía aproximadamente unos cuarenta centímetros de ancho por unos setenta de alto. La mesa estaba situada al sur, según se mira desde la entrada del Lugar Santo. Alrededor de todo su borde había una moldura de oro, hecha a mano, a modo de cornisa. Sobre ella estaban permanentemente colocados doce panes delante de Dios, en representación de cada una de las doce tribus de Israel, que se renovaban cada semana. Los panes retirados eran para comida de los sacerdotes. Cada tribu, no importaba su tamaño, tenía su representación sobre la mesa. Este mueble es también figura de Cristo. La madera representa su humanidad y el oro su deidad. Pero, es un mueble en que se aprecian dos aspectos simbólicos: por un lado el orientado hacia Dios, de la que toda la mesa es símbolo de Jesucristo; por otro el orientado hacia el hombre, representado en un pan santo ante Dios. Este pan que proveía de alimento al sacerdocio representa también a Cristo resucitado, que como Dios-hombre ascendió a los cielos y está glorificado a la diestra del Padre. Los panes representan, como se dijo antes, a cada una de las doce tribus de Israel, de modo que Dios veía a su pueblo sustentado sobre la mesa. En ese sentido también el creyente es bendecido y acepto ante Dios, no por lo que él es, sino por la posición que ocupa en Cristo, siendo *acepto en el Amado* (Ef. 1:6). Cada creyente en el Nuevo Pacto está continuamente delante del rostro de Dios en Cristo. La cornisa de oro nos rodea e impide la caída de la posición de la gracia, que rodea continuamente al pueblo de Dios (Ro. 8:35-39). El compromiso del Padre es el de sustentarnos de modo que nunca caigamos de la gracia (Jud. 24-25). Dios provee para su pueblo de las bendiciones que surgen del pan de su presencia. En el altar el sacerdote era un dador, en la mesa también recibía. No es posible extenderse más aquí en la tipología del mueble y de los panes, pero, será suficiente con la lectura de la provisión de Dios expresada en el Salmo: *"Aderezas mesa delante de mí, en presencia de mis angustiadores"* (Sal. 23:5). En los momentos de mayor intensidad de conflicto, en la angustia y depresión, allí está el Señor con su provisión de gracia sustentante. Aun en la más intensa soledad, cuando parece que todos se alejan y que nadie piensa en nosotros, cuando todos nos abandonan, Dios está a nuestro lado (Sal. 27:10). Sólo la contaminación espiritual y el pecado sin confesar pueden impedir la comunión con Dios, simbolizada en los panes sustentados sobre la mesa (Lv. 22:4).

Esta parte del Santuario estaba establecida tras ἡ πρώτη, *el primer velo*, es decir, luego del velo que cerraba el acceso al santuario a modo de puerta, que solo podían traspasar los sacerdotes que se encontraban en el ejercicio del ministerio sacerdotal, pero había otro lugar en la continuación separado también por otro velo que se llama *el segundo.*

3. Tras el segundo velo estaba la parte del tabernáculo llamada el Lugar Santísimo.

μετὰ δὲ τὸ δεύτερον καταπέτασμα σκηνὴ ἡ λεγομένη Ἅγια Ἁγίων,
Y detrás del segundo velo estancia la que se llama Santo de Santos.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue la descripción del santuario con μετὰ, preposición de acusativo *detrás de*; seguida por δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ, que debiera, en la construcción gramatical castellana, preceder a la preposición; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; δεύτερον, caso acusativo neutro singular del adjetivo numeral ordinal *segundo*; καταπέτασμα, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *velo, cortina*, literalmente *lo que es extendido antes*; σκηνὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo *estancia, habitación*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; λεγομένη, caso nominativo femenino singular del participio de presente en voz pasiva del verbo λέγω, *hablar, decir, referirse, denominar, llamar*, aquí como *que se llama*; Ἅγια, caso nominativo neutro plural del adjetivo *santos*; Ἁγίων, caso genitivo neutro plural del adjetivo declinado *de los santos*.

Μετὰ δὲ τὸ δεύτερον καταπέτασμα. El detalle de la segunda habitación en el Tabernáculo se relaciona con lo que había tras el *segundo velo*. Era una cortina de separación entre las dos partes interiores del santuario (Ex. 26:31; 36:25). Se le llama aquí *el segundo* porque el primero, que también era de lino fino y blanco, estaba a la entrada del Lugar Santo, a modo de cierre (Ex. 26:36). Se había hecho de lino fino, bordada con querubines en colores azul, púrpura y carmesí, de la misma forma que la primera cortina contada desde el interior del Tabernáculo. Era una obra primorosamente bordada, en la que había figuras de querubines. Los querubines se presentan en la Biblia como los custodios de la santidad divina y habían sido puestos por Dios en Edén a causa del pecado, para impedir el acceso del pecador el árbol de la vida (Gn. 3:24). El velo estaba sostenido por cuatro columnas de madera de acacia, forradas de oro y apoyadas, como el resto de las columnas sobre bases de plata. Este velo que dividía en dos partes el interior de la tienda propiamente dicha, impedía el paso a los sacerdotes al lugar donde estaba el arca y en donde se manifestaba de una forma especial la presencia de Dios, consistente en una habitación cúbica de diez codos por cada una de las medidas. Sólo una vez al año accedía al lugar el sumo sacerdote, portando parte de la sangre del sacrificio de expiación. El velo es figura de Cristo, según la interpretación que la propia Epístola da del simbolismo del velo (10:20). El velo tenía que ser roto para abrir el camino, antes impedido, a la presencia de Dios, cosa que se produjo en el tiempo de la muerte del Señor (Mt. 27:51), de manera que el salvo puede entrar sin impedimento alguno a la presencia de Dios, en base a la obra de la Cruz (Ef.

2:13). Cristo llevó sobre sí el castigo por el pecado (Is. 53:5). La ira divina cayó sobre Él y por su sangre hay remisión de pecados y eterna salvación (1 P. 3:18). El lugar al Santísimo, reservado sólo para el sumo sacerdote una vez por año, portando parte de la sangre del sacrificio de expiación, es abierto ahora en Cristo para quienes por su sangre son hechos cercanos a Dios (Ef. 2:13). A la segunda parte del Tabernáculo, la habitación situada tras el segundo velo, σκηνὴ ἡ λεγομένη Ἅγια Ἁγίων, se le llamaba el *Lugar Santísimo*, literalmente en el texto griego *"Santo de Santos"*. Era denominado de esta manera porque en él se manifestaba la presencia de Dios.

4. El cual tenía un incensario de oro y el arca del pacto cubierta de oro por todas partes, en la que estaba una urna de oro que contenía el mana, la vara de Aaron que reverdeció, y las tablas del pacto.

χρυσοῦν ἔχουσα θυμιατήριον καὶ τὴν κιβωτὸν τῆς διαθήκης
De oro que tiene incensario y el arca del pacto
περικεκαλυμμένην πάντοθεν χρυσίῳ, ἐν ᾗ στάμνος χρυσῆ ἔχουσα
recubierta totalmente de oro en la que urna de oro que tiene
τὸ μάννα καὶ ἡ ῥάβδος Ἀαρὼν ἡ βλαστήσασα καὶ αἱ πλάκες τῆς
el maná y la vara de Aarón la que retoñó y las tablas del
διαθήκης,
pacto.

Notas y análisis del texto griego.

En la descripción de los muebles del Lugar Santísimo escribe: χρυσοῦν, caso acusativo neutro singular del adjetivo que expresa la condición de lo que es *de oro*; ἔχουσα, caso nominativo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *tener,* aquí como *que tiene*, traducido mejor en tiempo pasado como *que tenía*; θυμιατήριον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *incensario*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; κιβωτὸν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *arca*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; διαθήκης, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *convenio, parco, alianza*; περικεκαλυμμένην, caso acusativo femenino singular del participio perfecto en voz pasiva del verbo πέρικαλύπτω, compuesto de περί, *alrededor*, y καλύπτω, *cubrir, tapar*, de ahí *recubierta*; πάντοθεν, adverbio *por todas partes*; χρυσίῳ, caso dativo neutro singular del adjetivo *de oro*; ἐν, preposición de dativo *en*; ᾗ, caso dativo femenino singular del pronombre relativo *la que*; στάμνος, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *urna*; χρυσῆ, caso nominativo femenino singular del adjetivo *de oro*; ἔχουσα, caso nominativo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí como *que tiene*, mejor traducirlo en pasado para mejor correlación temporal *que tenía*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; μάννα, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *maná*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; ῥάβδος, caso nominativo femenino

singular del sustantivo que denota *vara*; ᾿Ααρὼν, caso dativo masculino singular del nombre propio declinado *de Aarón*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; βλαστήσασα, caso nominativo femenino singular del participio de aoristo primero en voz activa del verbo βλαστάνω, *germinar, crecer, florecer, producir, reverdecer*, aquí como *que reverdeció*; καὶ, conjunción copulativa *y*; αἱ, caso nominativo femenino plural del artículo determinado *las*; πλάκες, caso nominativo femenino plural del sustantivo que denota *tabla*, *paqueta*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; διαθήκης, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *convenio, ordenanza, alianza, pacto*.

Una notable dificultad surge del mismo texto al tratar de determinar a que se está refiriendo el autor cuando habla de χρυσοῦν ἔχουσα θυμιατήριον, *"un incensario de oro"*. Debía esperarse una referencia al altar del incienso en la mención de los muebles del Lugar Santo. Tal vez el autor está relacionándolos con los que se mencionan en el primer detalle para la construcción del Tabernáculo (Ex. 25:1ss).

Para algunos intérpretes se trata de una forma de referirse al altar de oro, donde se quemaba el incienso en el Tabernáculo. De ese modo lo traduce la Biblia de Jerusalén (Ex. 30:1-10; 37:25-29). El mueble estaba situado delante del velo en el Lugar Santo. Era de madera de acacia cubierto totalmente de oro y con una corona de oro alrededor en la parte superior. Sobre él se quemaba diariamente incienso (Ex. 30:7). Es figura de Jesucristo glorificado y ascendido a la Majestad suprema (Ap. 1:12ss). La madera es símbolo de su humanidad y el oro de su deidad. La corona ha sido aplicada también al Señor glorificado en el contenido de esta Epístola (2:9). Por medio de Él el creyente ofrece sacrifico de alabanza (13:15). La iglesia eleva oraciones a Dios, tanto de adoración como de intercesión y ruego, que son como incienso que sube a la presencia de Él. La adoración continua del cristiano, sacerdote de Dios en el Nuevo Pacto y su continua alabanza son como el humo del incienso (Sal. 71:6; Ef. 5:20). El fuego para quemar el incienso era tomado del altar del sacrificio. Cualquier otro fuego para encender el incienso estaba prohibido y una acción semejante traía juicio sobre el sacerdote que se atrevía a usarlo (Lv. 10:1). La adoración según la Escritura ha de llevarse a cabo en espíritu y en verdad (Jn. 4:23-24). Es decir, bajo el impulso del Espíritu de Dios y en plena comunión con la verdad que es Cristo mismo (Jn. 14:6). La adoración a Dios es sólo posible en Cristo, quien en la figura del altar de oro sostiene el incienso que se quema para gloria de Dios. Nuestra adoración y alabanza, junto con nuestras súplicas, acceden a la presencia de Dios, no por lo que nosotros somos, sino por Cristo que las sustenta en sí mismo. La religiosidad sin el impulso del Espíritu y en plena comunión con el Señor es mera hipocresía que Dios no acepta (Is. 29:13).

El problema subsiste en una doble dimensión: Por un lado, el texto griego enfáticamente utiliza el sustantivo que tiene que traducirse por *incensario* y no por *altar del incienso*. Por la simple lectura de la referencia a su colocación en Éxodo, podría situarse tanto en el Lugar Santo, como en el Lugar Santísimo (Ex. 30:6). Sin embargo, en razón de que debía ser utilizado diariamente por el sumo sacerdote, a la mañana y a la tarde, no permite colocarlo sino en el Lugar Santo, porque al Santísimo estaba vedada la entrada todos los días, salvo para el sumo sacerdote en el de la expiación, y esto era una vez al año (Ex. 30:7-8). Sin duda el *altar del incienso* tenía una relación muy especial en el día de la expiación. No entraba el sumo sacerdote al Lugar Santísimo sin un incensario que contenía incienso tomado del altar del perfume (Lv. 16:12, 13). Ese altar era también uno de los muebles en donde se ponía parte de la sangre de la expiación (Ex. 30:10; Lv. 16:15).

Tratando de resolver la dificultad, debe apreciarse que en el texto griego, no dice que *había* un incensario en el Lugar Santísimo, sino que allí ἔχουσα, *estaba*, uno. El sumo sacerdote entraba una vez al año a esa parte del santuario, llevando consigo, como se dice antes, un incensario de oro que contenía incienso del que se quemaba en el altar del perfume (Lv. 16:12). En el libro no inspirado de Macabeos se hace alusión al incensario que utilizaba el sumo sacerdote (4 Mac. 7:11). El incensario que el sumo sacerdote llevaba consigo al Lugar Santísimo, no se describe como un incensario distinto de los que generalmente se usaban. Posiblemente el autor esté refiriéndose al incensario que el sumo sacerdote utilizaba el día de la expiación para introducir el incienso en el Lugar Santísimo. El incensario de oro estaba en el Lugar Santísimo cuando entraba a dicho lugar el sumo sacerdote. El incensario que el sumo sacerdote utilizaba se guardaba con el resto de los utensilios para el culto, pero no dentro del Lugar Santísimo (1 R. 7:49, 50; 2 Cr. 4:20-22). Como quiera que era un instrumento que se utilizaba en el Lugar Santísimo, el autor lo vincula y asocia con ese lugar.

Sobre esta dificultad y siguiendo el mismo punto de vista escribe el Dr. Lacueva:

"Que tenía un incensario de oro". El griego thumiatérion significa incensario, no altar del incienso, como muchas versiones se empañan en traducir, con lo que añaden así una dificultad que no debería existir. Un compañero mío, licenciado en Sagrada Escritura, decía que el autor de Hebreos se había equivocado aquí. La Biblia de Jerusalén, sin llegar a tanto, dice que Hebreos sigue una tradición litúrgica diferente. Es cierto que el altar de oro de los perfumes estaba delante del velo y, por tanto, fuera del Lugar Santísimo. También el incensario de oro era guardado, como las demás cosas que se mencionan en 1 Reyes 7:49, 50; 2 Crónicas 4:20-22, en el Lugar Santo.

Pero el texto sagrado de Hebreos 9:4 no dice que había un incensario de oro en el Lugar Santísimo, sino que el Lugar Santísimo tenía un incensario de oro, ya que sólo era usado por el sumo sacerdote cuando entraban en el Lugar Santísimo el Día de la Expiación (Lv. 16:12, 13). Aunque se conservaba en el Lugar Santo, su función se cumplía en el Lugar Santísimo, por lo que bien se puede decir que el Lugar Santísimo lo tenía"[1].

Καὶ τὴν κιβωτὸν τῆς διαθήκης. Lo que si *tenía* el Lugar Santísimo era el arca del pacto. Se le llamaba también el *arca del testimonio* (Ex. 25:16, 21; 40:21). Era el lugar donde se manifestaba particularmente la presencia de Dios en medio de Su pueblo. Estar delante del arca era sinónimo de estar en la presencia de Dios (Ex. 16:33). El mueble era de singular importancia y se describe con detalle entre los muebles del tabernáculo (Ex. 25:10-22). Era el único mueble dentro del Lugar Santísimo. Sus medidas, convertidas en metros eran aproximadamente de un metro y veintidós centímetros de largo y sesenta y un centímetros de alto. Estaba construido en madera de acacia y, como el resto, περικεκαλυμμένην πάντοθεν χρυσίῳ, *totalmente cubierto de oro puro*, por dentro y por fuera. En la parte superior del mueble tenía una cornisa de oro. La tapa del arca era de oro macizo y se le llamaba *el propiciatorio*. Sobre la tapa, con las alas extendidas y mirando hacia ella estaban dos querubines, también de oro macizo. Una vez al año, en el Día de la Expiación, el sumo sacerdote entraba en el Lugar Santísimo y extendía una porción de la sangre del sacrificio de la expiación sobre el propiciatorio, mediante cuyo acto simbólico, Dios miraría propicio al pueblo hasta el tiempo del próximo sacrificio de expiación. En base a ese sacrificio, el publicano oraba en el templo, confesando su condición de pecador, y aceptando por fe lo que Dios había establecido para la solución del pecado, por lo que descendió justificado, ya que descansaba en fe sobre la propiciación manifestada en la presencia de Dios (Lc. 18:14). Sobre el arca, moraba la Shekinah, manifestación de la gloria de Dios que hacia reconocible Su presencia. El simbolismo es evidente: Cristo es Emmanuel, Dios-hombre, representado en cuanto a humanidad por la madera y en cuanto a deidad por el oro que cubría el arca totalmente, tanto por dentro como por fuera. Cristo manifestó en Sí mismo la gloria de Dios en plenitud (Jn. 1:14; Col. 2:9). Al mismo tiempo, como se ha dicho con anterioridad, El fue el sacrificio de la propiciación, pero también es el *propiciatorio*, lugar donde se exhibe el resultado del sacrificio de la propiciación (Ro. 3:25). Dios es propicio al pecador en base a la obra de la Cruz (1 Jn. 2:2). El fue enviado en propiciación por nuestros pecados (1 Jn. 4:10).

'Εν ᾗ στάμνος χρυσῆ ἔχουσα τὸ μάννα. En el arca, conforme al escritor, había *"una urna que contenía una muestra del maná"*. Dios había

[1] F. Lacueva. o.c., pág. 538.

establecido que se tomase una pequeña porción, concretamente *un gomer,* aproximadamente unos tres kilos y se *introdujera* delante de Jehová (Ex. 16:33-34). No se establecía que se pusiera *dentro* del arca, sino *en su presencia*, esto es, delante del arca en el Lugar Santísimo. Sin embargo el escritor coloca el *gomer* de maná dentro del arca. En tiempos de Salomón, cuando se abrió el arca, solo había en el interior las tablas de la alianza: *"Y en el arca ninguna cosa había sino las dos tablas de piedra que allí había puesto Moisés en Horeb, donde Jehová hizo pacto con los hijos de Israel, cuando salieron de la tierra de Egipto"* (1 R. 8:9). El texto hace penar que tal vez hubo anteriormente otras cosas en el interior del arca. Sin embargo, la tradición rabínica enseñaba que la vasija del maná y la vara de Aarón no estaban en el arca, sino a su lado, junto con el cofre que contenía las joyas de oro que los filisteos habían enviado cuando devolvieron el arca a Israel (1 S. 6:4, 8, 11, 15). ¿Abrieron los filisteos el arca y retiraron lo que había en el interior salvo las tablas de piedra? Cualquier posición no deja de ser mera especulación, ya que la Biblia no aporta texto alguno que pudiera probarlo o negarlo.

Καὶ ἡ ῥάβδος ᾿Ααρὼν ἡ βλαστήσασα. De igual manera que con el maná, la vara de Aarón fue también puesta *delante* de la presencia del Señor: *"Y Jehová dijo a Moisés: Vuelve la vara de Aarón delante del testimonio, para que se guarde por señal a los hijos rebeldes, y harás cesar sus quejas de delante de mí, para que no mueran"* (Nm. 17:10). La vara de Aarón reverdeció echando flores y frutos en una noche, como señal de aprobación divina a su condición sacerdotal (Nm. 17:7-9). Al establecer el Señor que se pusiera *delante* de su presencia en el Lugar Santísimo, donde estaba sólo el arca, da pie para suponer que se había introducido dentro de ella. También se supone que se guardaron en el interior del arca para mayor seguridad y que se perdieron en algún momento, posiblemente en el tiempo en que estuvo en poder de los filisteos. Hay ciertas dificultades en relación con la vara que estaba en la presencia de Jehová, ya que más adelante, con motivo de la rebelión del pueblo de Israel contra Moisés y Aarón ante la falta de agua en el desierto de Zin (Nm. 20:1ss), Dios mandó a Moisés que tomara la vara y hablase a la piedra, en cuyo relato se lee: *"Entonces Moisés tomó la vara de delante de Jehová"* (Nm. 20:9), lo que permitiría suponer que la vara que tomó no era la suya, sino la de Aarón que estaba en la presencia de Dios y con la que golpearía la peña. Sin embargo la evidencia es muy superficial, por lo que es mejor entender que la vara era la que Moisés usaba habitualmente y con la que hizo los milagros desde antes de la liberación de Egipto; la vara que tenía en el monte cuando fue comisionado por Dios (Ex. 4:1ss).

Καὶ αἱ πλάκες τῆς διαθήκης. Lo que si estaba dentro del arca, eran las *"tablas del pacto"*, las dos tablas de piedra que contenían esculpidos los diez mandamientos. Sin duda se trataba de las segundas tablas, ya que las

primeras, escritas directamente por el dedo de Dios, esto es, por el Espíritu Santo[2] (Dt. 9:10), esas dos primeras tablas fueron rotas por Moisés al bajar del monte ante el pecado de idolatría en que había caído el pueblo (Ex. 32:19; Dt. 9:15-17). Dios mismo dio a Moisés instrucciones para que labrase otras dos piedras como las primeras, escritas también por Dios mismo (Dt. 10:1-4). Dios mismo dio a las tablas con el decálogo, el calificativo de *testimonio* (Ex. 25:16, 21; 31:18; 32:15). Las tablas, conforme a la instrucción personal de Dios a Moisés, fueron colocadas dentro del arca (Ex. 25:16; 40:20) y son el único objeto que había en el arca en tiempos de Salomón (1 R. 8:9). La tradición rabínica coloca también en el arca un ejemplar de la Ley, la *Torah*, posiblemente basándose en la referencia histórica del Deuteronomio (Dt. 31:26), sin embargo, también aquí se hace referencia a la Ley puesta *al lado del arca*, pero no dentro de ella. El calificativo de *testimonio*, en relación con las dos tablas que contenían el decálogo, se le da en el sentido de testificar a favor o en contra del pueblo en relación con el compromiso que habían contraído delante de Dios de obedecer sus demandas (Ex. 24:7). Las bendiciones y la disciplina del pacto eran la consecuencia de la obediencia o de la rebeldía del pueblo.

El simbolismo es muy grande y no cabe en este comentario extenderse en lo que tiene que ver con la interpretación de las figuras del Tabernáculo, sólo recordar que la Ley manifiesta el pecado y, por consiguiente, la responsabilidad del transgresor que, por ser pecado, llevaba aparejada la muerte. La sangre puesta sobre el propiciatorio del arca, permitía a Dios ser propicio, a pesar del pecado del pueblo. La propiciación aceptada por fe era la base de la confianza con que el pueblo pecador podía acercarse a Dios.

5. Y sobre ella los querubines de gloria que cubrían el propiciatorio; de las cuales cosas no se puede ahora hablar en detalle.

ὑπεράνω δὲ αὐτῆς Χερουβὶν δόξης κατασκιάζοντα τὸ ἱλαστήριον·
Y por encima de ella querubines de gloria que cubrían con su sombra el propiciatorio.
περὶ ὧν οὐκ ἔστιν νῦν λέγειν κατὰ μέρος.
acerca de lo cual no es ahora decir cada parte.

Notas y análisis del texto griego.

Como continuación a la referencia sobre el arca continúa con ὑπεράνω, preposición de genitivo *por encima de*; δὲ, conjunción *de, y, pero, por otra parte*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal declinado *de ella*; Χερουβὶν, caso

[2] La evidencia de ser un escrito directamente del Espíritu Santo, es que el término *dedo de Dios*, se aplica en el evangelio para referirse a los milagros mesiánicos de Jesucristo (Lc. 11:20), que en el paralelo de Mateo se refiere al Espíritu Santo (Mt. 12:28).

genitivo femenino singular del sustantivo que denota *querubines*; δόξης, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de gloria*; κατασκιάζοντα, caso nominativo neutro plural del participio de presente en voz activa del verbo κατασκιάζω, literalmente *sombrear abajo*, de ahí *cubrir con su sombra*, aquí como *que cubrían con su sombra*; τὸ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *el*; ἱλαστήριον, caso acusativo neutro plural del sustantivo *propiciatorio.* Sigue una segunda cláusula con περὶ, preposición de genitivo, *acerca de*; ὧν, caso genitivo neutro plural del pronombre relativo *lo que, lo cual*; οὐκ, adverbio de negación *no*; ἔστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *es*; νῦν, adverbio, *ahora, al presente, actualmente*; λέγειν, presente de infinitivo en voz activa del verbo λέγω*, decir, hablar*; κατὰ, preposición de acusativo *cada*; μέρος, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota, *parte, región, lado, pedazo, asunto, punto.*

Ὑπεράνω δὲ αὐτῆς Χερουβὶν δόξης. Sobre el propiciatorio estaban colocados dos *"querubines de gloria"*. Eran la representación de dos querubines con las alas extendidas y los rostros mirando hacia el propiciatorio, que cubrían con sus alas la tapa del arca (Ex. 25:18-22; 37:7-9). Sobre el propiciatorio, en medio de los querubines se manifestaba la presencia de Dios que *"moraba entre los querubines"* (1 S. 4:4). Debido a esta colocación simbólica se les llama aquí *"querubines de gloria"*, porque allí se manifestaba la gloria de Dios, que estaba en medio de su pueblo (Ex. 29:43; 40:34). Dios gobernaba a su pueblo e instruía a Moisés en el modo de gobierno desde el propiciatorio, en medio de los querubines (Ex. 25:21-22). Ese es el sentido en que debe entenderse que Moisés hablaba con Dios *"cara a cara"* (Ex. 33:11).

Los querubines son ángeles de uno de los dos grupos que sirven directamente en relación con el trono de Dios. Junto con los querubines están, en este grupo de ministerio en relación con el trono, también los serafines, que a diferencia de los querubines su ministerio parece que tiene que ver sólo con el entorno del trono de Dios, proclamando continuamente la santidad del que está en el trono (Is. 6:1-3). Los querubines se mencionan varias veces en la Escritura (Gn. 3:24; Ex. 25:18; 37:7; 1 S. 4:4; 2 S. 22:11; 2 Cr. 3:10; Sal. 18:10; Ez. 10:3; 28:16; He. 9:5). Tienen un ministerio directamente vinculado con el Trono de Dios, como custodios de Su santidad, de ahí que se diga que κατασκιάζοντα τὸ ἱλαστήριον, *cubrían con su sombra el propiciatorio*. La apariencia de los querubines es variable, según sea necesaria para el propósito divino en cada ocasión. La Biblia los sitúa junto a Dios, de tal modo que se dice que Él cabalgó sobre un querubín (2 S. 22:11; Sal. 18:10). Dios está sentado sobre querubines, en el sentido de que ellos custodian la santidad del Trono de Dios. En ese sentido simboliza que nada impuro puede acceder a su presencia (Sal. 24:3-4). Quien se acerca a Dios ha de hacerlo en santidad, de ahí que Dios pusiera querubines en el acceso al árbol de la vida después de la caída del hombre (Gn. 3:24). Esa es también la razón por la que se dice que Dios está entre querubines

(Sal. 80:1; 99:1). Debe tenerse en cuenta que las enseñanzas espirituales se dan en lenguaje y formas humanas (antropomorfismos) para comprensión de los hombres. Por esta misma razón se colocan querubines sobre el propiciatorio en el arca de la alianza (Ex. 25:17-20). Los querubines habían sido hechos de oro y estaban mirando hacia el propiciatorio donde se colocaba una porción de la sangre del sacrificio anual de expiación por el pecado del pueblo. La santidad de Dios quedaba preservada a causa de la justicia divina tipológicamente ejercida en el simbolismo del sacrificio que apuntaba directamente al que efectuaría Cristo (Ro. 3:24-26).

Luego de especificar algunos de los objetos propios de Lugar Santo y del Lugar Santísimo, el escritor se da cuenta de lo extenso de la enseñanza, que excede a la extensión que requeriría, pero que es suficiente a los propósitos de contraste que está buscando en relación con el santuario terrenal del antiguo pacto y el celestial del nuevo. Por esa causa dice: περὶ ὧν οὐκ ἔστιν νῦν λέγειν κατὰ μέρος *"de las cuales cosas no se puede ahora hablar en detalle"*. El objetivo del escrito no es detallar, sino simplemente mencionar esas cosas. Como hebreos conocían bien todo lo relacionado con el Tabernáculo. Aquí se les señalan algunas cosas de lo que había en el santuario y del culto antiguo, para recordarles lo glorioso de su simbolismo.

El ministerio sacerdotal (9:6-10).

6. Y así dispuestas estas cosas, en la primera parte del tabernáculo entran los sacerdotes continuamente para cumplir los oficios del culto.

Τούτων δὲ οὕτως κατεσκευασμένων εἰς μὲν τὴν πρώτην σκηνὴν
Y estos así habiendo sido preparados ciertamente a la primera estancia
διὰ παντὸς εἰσίασιν οἱ ἱερεῖς τὰς λατρείας ἐπιτελοῦντες,
en todo tiempo entran los sacerdotes los servicios de culto que llevan a cabo.

Notas y análisis del texto griego.

El versículo introduce un párrafo referido al ejercicio del sacerdocio; τούτων, caso genitivo neutro plural del pronombre demostrativo *estos*, que precede a δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; la expresión debe complementarse traduciéndola como *y estas cosas*, o tal vez aun mejor *y estos elementos*, referidos a los muebles del tabernáculo; οὕτως adverbio de modo *así*; κατεσκευασμένων, caso genitivo neutro plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo κατασκευάζω, *preparar, disponer, construir,* aquí como, *habiendo sido preparados*; εἰς, preposición de acusativo *a*; μὲν, partícula afirmativa que se coloca siempre inmediatamente después de la palabra expresiva de una idea que se ha de reforzar o poner en relación con otra idea y que, en sentido absoluto tiene oficio de adverbio de afirmación, como *ciertamente, a la verdad*, y que en la construcción

gramatical castellana debe preceder a la preposición; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; πρώτην, caso acusativo femenino singular del adjetivo numeral ordinal *primera*; σκηνὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *estancia, departamento*; διὰ, preposición de genitivo que en sentido temporal significa la extensión durante un período de tiempo hasta el fin, equivalente *a lo largo de, durante*; παντὸς, caso genitivo neutro singular del adjetivo indefinido *todos*; de ahí que la locución se traduzca como *siempre, continuamente*, dando la idea de *en todo momento, en todo tiempo*; εἰσίασιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἴσειμι, compuesto con εἰς, *hacia dentro*, y εἰμί, *ir*, de ahí *entrar*, aquí como *entran*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἱερεῖς, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *sacerdotes*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; λατρείας, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *liturgias, servicios de culto*; ἐπιτελοῦντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ἐπιτελέω, *completar, llevar a cabo, concluir*, aquí como *que llevan a cabo.*

Τούτων δὲ οὕτως κατεσκευασμένων εἰς μὲν τὴν πρώτην σκηνὴν διὰ παντὸς εἰσίασιν οἱ ἱερεῖς. En el Tabernáculo, debidamente ordenadas todas las cosas y dispuestas estas conforme a las instrucciones que Moisés había recibido de Dios, se establecía el culto oficiado por los sacerdotes que continuamente entraban en el santuario para ello. El Lugar Santo estaba en uso continuo para el culto. El texto griego es enfático: διὰ παντὸς, *"en todo tiempo"*, es decir, día a día, sin restricción alguna. Al Lugar Santo, sólo tenían acceso los sacerdotes. Cuando el número de sacerdotes era muy elevado, el servicio se sorteaba entre ellos, para designar a quienes entrarían en el santuario. Así ocurrió, por ejemplo, en los días de la anunciación de Juan el Bautista, en que su padre Zacarías estaba en el templo porque le había correspondido en suertes (Lc. 1:9). Dios no sólo había dispuesto los muebles e instrumentos para el culto, sino el modo de actuar los sacerdotes.

Estos εἰσίασιν, *entran*, dice el texto griego, que pudiera tomarse como un argumento a favor de la datación de la epístola antes del año setenta, porque el sacerdocio estaba practicando su ministerio sacerdotal, lo que evidenciaría que el templo no había sido destruido. Pero, también puede ser tomada como una expresión en forma de presente histórico, al estar tratando del sistema sacerdotal que se llevaba a cabo, no tanto en el templo sino en el Tabernáculo, santuario en el que está pensando y describiendo en el pasaje.

Las funciones sacerdotales en el lugar santo se consideran como algo hecho τὰς λατρείας ἐπιτελοῦντες, *"para cumplir los oficios del culto"*, literalmente traducido *liturgias*. Los sacerdotes entraban al santuario para quemar incienso, que se hacía dos veces cada día, sobre el altar de oro, situado delante del velo que dividía el Lugar Santo del Lugar Santísimo (Ex. 30:7-8). Inicialmente fue el ministerio encomendado al sumo sacerdote, posteriormente

los sacerdotes ministraban también en este aspecto del culto diario (1 Cr. 6:40), como también lo confirma el ejercicio sacerdotal de quemar el incienso en el caso de Zacarías el padre de Juan el Bautista (Lc. 1:9). Otro de los servicios que correspondía a los sacerdotes en el santuario era mantener las lámparas del candelero encendidas todo el tiempo. El sumo sacerdote debía mantener limpias las mechas, recortando lo quemado con tijeras de oro, llamadas *despabiladeras* (Ex. 25:38; 37:23). Igualmente los sacerdotes debían atender a la reposición semanal de los panes de la proposición, que cada sábado eran sustituidos por panes nuevos (Lv. 24:8-9). A estas labores en el Lugar Santo, llama el escritor τὰς λατρείας ἐπιτελοῦντες, *"oficios del culto"*, las liturgias que los sacerdotes llevaban a cabo, día tras día, en el santuario. Todo el ministerio sacerdotal es figura del ministerio perfecto y definitivo del Sumo Sacerdote, Jesucristo, en el Nuevo Pacto, si bien no es objeto de estudio en la Epístola.

7. Pero en la segunda parte, sólo el sumo sacerdote una vez al año, no sin sangre, la cual ofrece por sí mismo y por los pecados de ignorancia del pueblo.

εἰς δὲ τὴν δευτέραν ἅπαξ τοῦ ἐνιαυτοῦ μόνος ὁ ἀρχιερεύς, οὐ χωρὶς
Pero a la segunda una vez del año sólo el sumo sacerdote no sin
αἵματος ὃ προσφέρει ὑπὲρ ἑαυτοῦ καὶ τῶν τοῦ λαοῦ ἀγνοημάτων,
sangre lo que ofrece por de sí mismo y los del pueblo ignorancias.

Notas y análisis del texto griego.

En relación con el ministerio sacerdotal en la segunda sección interior del Tabernáculo escribe: εἰς, preposición de acusativo *a*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ, y que en la construcción castellana debiera anteceder a la preposición; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; δευτέραν, caso acusativo femenino singular del adjetivo numeral ordinal *segunda*; ἅπαξ, adverbio *una sola vez, de una vez por todas*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; ἐνιαυτοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *año*; μόνος, caso nominativo masculino singular del adjetivo *solo*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἀρχιερεύς, caso nominativo masculino singular del sustantivo *sumo sacerdote*; οὐ, adverbio de negación *no*; χωρὶς, preposición de genitivo *aparte de, sin, separado de*; αἵματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *sangre*; ὃ, caso acusativo neutro singular del pronombre relativo *lo que*; προσφέρει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo προσφέρω, *ofrecer*, aquí como *ofrece*; ὑπὲρ, preposición de genitivo *por*; ἑαυτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre reflexivo *sí mismo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado declinado *de los*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; λαοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo *pueblo*;

ἀγνοημάτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *ignorancias, faltas por ignorancia*.

Εἰς δὲ τὴν δευτέραν ἅπαξ τοῦ ἐνιαυτοῦ μόνος ὁ ἀρχιερεύς. El acceso a la segunda división del Tabernáculo, llamada el Lugar Santísimo, estaba reservado exclusivamente al sumo sacerdote, que era el único que podía ministrar en ese espacio del interior de la tienda. Las vestiduras habituales del sumo sacerdote consistían en un efod de lino fino trabajado con oro, púrpura, carmesí o materiales similares. Este se sujetaba con dos bandas del mismo material que se sostenían sobre los hombros y se ataban a la cintura (Ex. 39:1-26). Era sin mangas y estaba formado por dos piezas, una que cubría la espalda y otra la parte delantera del cuerpo. Sobre las hombreras llevaba dos piedras de ónice montadas en engastes de oro, con grabaduras de sello con los nombres de los hijos de Israel.

Sobre el efod se situaba lo que se llama el *pectoral de juicio* (Ex. 28:15-20). Era una pieza con una base tejida de la misma manera que el efod, cuadrado, de unos veintitrés centímetros de lado, sobre el que se sujetaban los engarces de doce piedras, establecidos en cuatro hileras, montadas sobre oro, sobre las que se habían grabado los nombres de las doce tribus de Israel, una en cada piedra. Iba sujeto al efod y colocado sobre el pecho del sumo sacerdote, mediante cadenillas de oro, que se suspendían de las hombreras del efod, retenido el pectoral por la parte inferior mediante un cordón azul sujeto sobre el cinto del efod. Simbólicamente el sumo sacerdote sostenía sobre sus hombros al pueblo de Israel en la presencia de Dios y sobre su pecho en misión de amor personal por los suyos (Ex. 28:30). El pectoral de juicio que era doble (Ex. 28:16) debía ser como una especie de bolsa en la que estaban también, posiblemente dos piedras, que se denominan Urim y Tumim. El significado de las dos palabras *luces* y *perfección*, no permiten determinar las funciones ni la condición de las mismas. Tal vez se tratase de dos piedras de alto valor. Incluso algunos piensan que podría tratarse de las piedras para determinar la voluntad de Dios en ciertos momentos especiales (Nm. 27:21; 1 S. 28:6).

Bajo en efod se vestía el *manto* (Ex. 28:31-35). Estaba también el manto tejido con los colores antes citados, con granadas bordadas que orillaban el manto (Ex. 39:24-25), y entre cada una de ellas iba sujeta una campanilla de oro (Ex. 28:34). Este manto debía llevarlo cuando ministrase en el Lugar Santísimo de modo que podía oírse el sonido de las campanillas mientras ministraba. Este manto alcanzaba un poco más debajo de las rodillas.

La cabeza del sumo sacerdote estaba cubierta por la mitra, o turbante de lino fino que se enrollaba alrededor de la cabeza (Ex. 28:36-38). En el frontal de

la mitra había una placa de oro con una inscripción grabada en ella que decía: *"Santidad a Jehová"*.

La entrada al Lugar Santísimo estaba reservada para el sumo sacerdote en el *día de expiación*, el día santo más solemne de los judíos, que se celebraba el décimo día del mes séptimo. El ceremonial de esa celebración está plenamente establecido (Lv. 16). Una de las condiciones para el ministerio del sumo sacerdote consistía en quitarse las vestiduras habituales para utilizar solamente una sencilla túnica de lino blanco. Tomaba luego una porción de la sangre del becerro de la expiación (Lv. 16:3), y el incensario de oro, encendido con el fugo del altar (Lv. 16:12) y entraba al Lugar Santísimo rociando siete veces con su dedo la sangre del sacrificio sobre el propiciatorio, mientras el humo de incienso se extendía sobre el propiciatorio. Con esta ceremonia purificaba el santuario y expiaba los pecados del sacerdocio. Luego tomaba una porción de la sangre del sacrificio del macho cabrío, en expiación por el pueblo, y la introducía en el Lugar Santísimo, extendiéndola sobre el propiciatorio (Lv. 16:15). La entrada a ese lugar reservado del santuario en cualquier otra ocasión, acarrearía la muerte del infractor, aunque fuera el sumo sacerdote (Lv. 16:2).

Οὐ χωρὶς αἵματος. Una condición esencial es que la entrada al Lugar Santísimo no podía hacerse *"sin sangre"*, refiriéndose, como se indica antes, al sacrificio del *día de expiación*. No podía entrar sin sangre porque sólo por ella había expiación y remisión de pecados (Lv. 17:11). Esa sangre extendida sobre el propiciatorio, ponía a los ojos de los querubines, custodios de la santidad de Dios, que las demandas de la ley, depositada en las tablas bajo el propiciatorio en el interior del arca, habían sido satisfechas, simbólicamente por la muerte del animal ofrecido sustitutoriamente por los pecados de ignorancia del pueblo y aún de él sumo sacerdote.

Ὃ προσφέρει ὑπὲρ ἑαυτοῦ καὶ τῶν τοῦ λαοῦ ἀγνοημάτων. La necesidad de purificación del sumo sacerdote y del sacerdocio en general ya se consideró antes en la Epístola (5:1-3). La expiación era para un determinado tipo de pecado: ἀγνοημάτων *"de ignorancia"*. Tenía que ver con toda la congregación (Nm. 15:30, 31). Estos eran los pecados cometidos en ignorancia o en debilidad, en contraste con el pecado de rebeldía, *"con soberbia"* (Nm. 14:30, 31), para el que no había sacrificio expiatorio (He. 10:27). El sacrificio debía repetirse anualmente, por lo que no era un sacrificio definitivamente eficaz, que es uno de los datos que interesan en la argumentación del escritor.

8. Dando el Espíritu Santo a entender con esto que aún no se había manifestado el camino al Lugar Santísimo, entre tanto que la primera parte del tabernáculo estuviese en pie.

τοῦτο δηλοῦντος τοῦ Πνεύματος τοῦ Ἁγίου, μήπω πεφανερῶσθαι
Esto que revela del Espíritu el Santo que aun no había sido manifestado
τὴν τῶν ἁγίων ὁδὸν ἔτι τῆς πρώτης σκηνῆς ἐχούσης στάσιν,
el de los santos camino aun la primera estancia que está en pie.

Notas y análisis del texto griego.

Completando los detalles sobre el ministerio sacerdotal, continúa: τοῦτο, caso acusativo neutro plural del pronombre demostrativo *esto*; δηλοῦντος, caso genitivo neutro singular del participio de presente en voz activa del verbo δελόω, *manifestar, informar, revelar*, aquí como *que revela*, o también *revelando*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *del*; Πνεύματος, caso genitivo neutro singular del nombre propio *Espíritu*, referido al Espíritu de Dios; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *el*; Ἁγίου, caso genitivo neutro singular del genitivo articular *Santo*, que califica a *Espíritu* y forma el nombre completo de la Tercera Persona de la Deidad: μήπω, adverbio equivalente a *todavía no*; πεφανερῶσθαι, perfecto de infinitivo en voz pasiva del verbo φανερόω, *manifestar, dar a conocer*, aquí como *había sido manifestado*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado declinado *de los*; ἁγίων, caso genitivo neutro plural del adjetivo *santos*; ὁδὸν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *senda, camino*; ἔτι, adverbio de tiempo *aún, todavía, más*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; πρώτης, caso genitivo femenino singular del adjetivo numeral ordinal *primera*; σκηνῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *estancia, habitación, apartamento, tienda*; ἐχούσης, caso genitivo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *estar*, aquí como *que está*, o tal vez mejor, en este caso, *estando*; στάσιν, caso nominativo femenino singular del sustantivo de la misma raíz de ἵσθημι, *hacer estar en pie*, de ahí que aquí se traduzca como *en pie*.

Τοῦτο δηλοῦντος τοῦ Πνεύματος τοῦ Ἁγίου, μήπω πεφανερῶσθαι τὴν τῶν ἁγίων ὁδὸν. La lección que el Espíritu quiere enseñar en todo cuanto antecede es la de un camino cerrado. Fue el Espíritu quien estableció los reglamentos del culto, registrados en los escritos bíblicos inspirados por Él (2 Ti. 3:16; 2 P. 1:21). Las enseñanzas contenidas en las figuras del antiguo culto, proceden directamente de Dios por medio de su Espíritu. Esta enseñanza pone claramente de manifiesto que el acceso a Dios, representado por Su presencia en el Lugar Santísimo, estaba impedido incluso a los sacerdotes y al mismo sumo sacerdote que podía entrar una vez por año, llevando consigo la sangre del sacrificio de la expiación. Tal impedimento evidencia que ni el orden sacerdotal que ministraba, ni los mismos sacrificios establecidos perfeccionaban para poder acceder a la presencia de Dios. En el antiguo pacto no había camino abierto para que el hombre entrara al lugar donde Dios se manifestaba.

El tiempo de esa situación permanecía mientras estuviese en pie el primer Tabernáculo. No cabe duda que se extendía también a los templos que

sustituyeron al Tabernáculo, comenzando con el de Salomón. La expresión τῆς πρώτης σκηνῆς ἐχούσης στάσιν, *“la primera parte del tabernáculo”,* no se refiere, en este caso, al Lugar Santo, sino al santuario en sí mismo. Es decir, mientras el santuario, propio del antiguo pacto en el que se oficiaba el culto conforme al ritual levítico, estuviese en pie, o en funcionamiento, no había posibilidad de acceder, sino con las limitaciones establecidas, al Lugar Santísimo. La vigencia de aquel primer sistema tenía que cesar para permitir el acceso libre y definitivo del creyente a la presencia de Dios.

9. Lo cual es símbolo para el tiempo presente, según el cual se presentan ofrendas y sacrificios que no pueden hacer perfecto, en cuanto a la conciencia, al que practica ese culto.

ἥτις παραβολὴ εἰς τὸν καιρὸν τὸν ἐνεστηκότα, καθ’ ἣν δῶρα
La cual símbolo para el tiempo el presente por la que ofrendas
τε καὶ θυσίαι προσφέρονται μὴ δυνάμεναι κατὰ συνείδησιν
como también sacrificios son ofrecidos no pueden de acuerdo con conciencia
τελειῶσαι τὸν λατρεύοντα.
perfeccionar al que practica el culto.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo el desarrollo del argumento escribe: ἥτις, caso nominativo femenino singular del pronombre relativo *la que, la cual*; παραβολὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *parábola, ilustración, símbolo*; εἰς, preposición de acusativo *para*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; καιρὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *tiempo, espacio de tiempo, ocasión*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἐνεστηκότα, caso acusativo masculino singular del participio perfecto en voz activa del verbo ἐνίστημι, *estar presente, hacerse presente, llegar*, aquí como *presente*; καθ’ forma de la preposición de acusativo κατά, por elisión y asimilación ante vocal con espíritu áspero, que equivale a *por*; ἣν, caso acusativo femenino singular del pronombre relativo *la que*, en castellano *lo que, lo cual*; δῶρα, caso nominativo neutro plural del sustantivo *regalo, ofrenda, don*, τε, partícula conjuntiva, que puede construirse sola, pero generalmente está en correlación con otras partículas, en este caso, al preceder a καὶ, conjunción copulativa *y*, adquieren juntas el sentido de *como con, tanto como, no solamente, sino también*; θυσίαι, caso nominativo femenino plural del sustantivo *ofrendas, sacrificios*; προσφέρονται, tercera persona plural del presente de indicativo en voz pasiva del verbo προσφέρω, *ofrecer, presentar, llevar*, aquí como *se presentan*; μὴ, partícula negativa que hace funciones de adverbio de negación *no*, que negativiza a δυνάμεναι, caso nominativo femenino plural del participio de presente en voz media del verbo δύναμαι, *poder, tener poder*, aquí como *pueden*; κατὰ, preposición de acusativo *de acuerdo con*; συνείδησιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *conciencia*; τελειῶσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo τελείοω, *acabar, cumplir, perfeccionar, terminar*, aquí como *perfeccionar*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado

declinado *al*; λατρεύοντα, caso acusativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo λατρεύω, *servir, ministrar en el culto, practicar el culto*, aquí como *que practica el culto*.

Ἥτις παραβολὴ εἰς τὸν καιρὸν τὸν ἐνεστηκότα. La liturgia, esto es, el ceremonial del culto levítico llevado a cabo en el santuario era un παραβολη, *símbolo*, literalmente en el texto griego se lee *parábola*, como sombra de la realidad espiritual en el Nuevo Pacto. Es una alegoría simbólica en la que se desarrolla a modo de ejemplo lo que es definitivo y perfecto. Los símbolos del antiguo ministerio sacerdotal, sus prácticas, sacrificios, lavamientos y, en general, todas las formas establecidas para el culto son símbolos εἰς τὸν καιρὸν τὸν ἐνεστηκότα, *"para el tiempo presente"*. Esta expresión es una referencia a la actual dispensación y al establecimiento del Nuevo Pacto. Sin duda no puede referirse al tiempo histórico de la epístola aunque estuviese funcionando todavía el santuario, sino a la presente dispensación de *la gracia*. Los sacrificios, todo el ceremonial y aun el mismo santuario no podían entenderse sino a la luz de la obra de Cristo. Sobre todo en cuanto al libre acceso a la presencia de Dios, que en el antiguo orden estaba vedado absolutamente y permitido una vez al año para el sumo sacerdote, en el día de la expiación.

Καθ' ἣν δῶρα τε καὶ θυσίαι προσφέρονται μὴ δυνάμεναι κατὰ συνείδησιν τελειῶσαι τὸν λατρεύοντα. Las limitaciones insuperables en la antigua alianza, como se viene remarcando a lo largo de la Epístola, todos los sacrificios y el ritual del culto, μὴ δυνάμεναι, no podía τελειῶσαι, *"hacer perfecto"* al creyente de entonces. Lo fundamental, κατὰ συνείδησιν, que era *"limpiar la conciencia"* acusatoria de pecado y de condenación por él, no era posible con todo lo que estaba en actividad, incluidos los mismos sacrificios, que eran sombras y figuras del sacrificio perfecto y definitivo que Jesús, nuestro Sumo Sacerdote, llevó a cabo en la Cruz. Por medio del antiguo ceremonial se obtenía una purificación legal pero no una remisión definitiva del pecado, que se manifestaba en la conciencia acusadora. Este elemento de la parte espiritual del hombre, examinaba la conducta y constantemente acusaba de pecado, por tanto, era preciso continuar ofreciendo los sacrificios prescritos en la Ley para la purificación legal del pecado. Sólo una conciencia purificada, esto es, una conciencia que se sabe limpia de toda responsabilidad penal de pecado (Ro. 8:1), ha sido *perfeccionada* y hace sentirse libre al pecador creyente.

10. Ya que consiste sólo de comidas y bebidas, de diversas abluciones, y ordenanzas acerca de la carne, impuestas hasta el tiempo de reformar las cosas.

μόνον ἐπὶ βρώμασιν καὶ πόμασιν καὶ διαφόροις βαπτισμοῖς[1],
Sólo sobre alimentos y bebidas y diversas abluciones
δικαιώματα σαρκὸς μέχρι καιροῦ διορθώσεως ἐπικείμενα.
normas de carne hasta tiempo de reforma que estaban impuestos.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] βαπτισμοῖς δικαιώματα, *bautismos, normas*, apoyada en **p**[46], ℵ*, A, I, P, 33, 81, 104, 436, 1739, 1881, 2127, syr[p], cop[sa, bo, fayvid], arm, Origenes, Cirilo, Eutilio.

Otra alternativa βαπτισμοῖς καὶ δικαιώματα, *bautismos y normas*, atestiguada en ℵ[c], B, 451, 2492.

Una tercera lectura βαπτισμοῖς καὶ δικαιώμασιν, *bautismos y normas*, se lee en D[c], K, 88, 181, 325, 330, 614, 629, 630, 1241, 1877, 1962, 1984, 1985, it[ar, e, dem, div, f, x, z], vg, syr[h], Crisóstomo, Teodoreto, Juan Damasceno.

Sin solución de continuidad con el versículo anterior sigue con μόνον, adverbio de modo *sólo, solamente*; ἐπὶ, preposición de dativo *sobre*; βρώμασιν, caso dativo neutro plural del sustantivo que denota *comestibles, alimentos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πόμασιν, caso dativo neutro plural del sustantivo *bebidas*; καὶ, conjunción copulativa *y*; διαφόροις, caso dativo masculino plural del adjetivo *diversos*; βαπτισμοῖς, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *bautismos, abluciones*; δικαιώματα, caso nominativo neutro plural del sustantivo *normas, reglamentos, mandatos, prescripciones*; σαρκὸς, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de carne*, *cuerpo físico, naturaleza humana*; μέχρι, preposición *hasta,* con idea de lugar o de tiempo; καιροῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo *tiempo, época*; διορθώσεως, caso genitivo femenino singular declinado del sustantivo *de reformas*, *institución definitiva*; ἐπικείμενα, caso nominativo neutro plural del participio de presente en voz pasiva del verbo ἐπίκειμαι, *estar colocado encima, estar impuesto*, aquí como *que estaban impuestos*.

En el culto del antiguo pacto estaban regulados todos los aspectos en la Ley. No sólo se establecían preceptos y normas para los sacrificios, sino que se regulaban también otros muchos detalles y aspectos, incluso de la vida cotidiana. Una de las regulaciones tenía que ver con las comidas: μόνον ἐπὶ βρώμασιν καὶ πόμασιν, *sobre alimentos y bebidas*. La Ley establecía lo que se podía comer y los alimentos que estaban prohibidos. Baste la lectura de las prohibiciones que se regulaban en el libro de Levítico (Lv. 11:4-19). La normativa tenía una razón: *"Esta es la ley acerca de las bestias, y las aves, y todo ser viviente que se mueve en las aguas, y todo animal que se arrastra sobre la tierra, para hacer diferencia entre lo inmundo y lo limpio, y entre los animales que se pueden comer y los animales que no se pueden comer"* (Lv. 11:46-47). No cabe duda que había muchas razones higiénicas en las

prohibiciones tratándose de animales que sin la profilaxis sanitaria correspondiente podrían extender serias enfermedades entre el pueblo. Pero, lo espiritualmente destacable es que la participación de los animales prohibidos, no contaminaba materialmente al hombre, sino que lo hacía espiritualmente *no apto*, es decir *inmundo*, contaminado, lo que demandaba una restauración legal. Las prohibiciones nada tienen que ver con la comida en sí, sino con la obediencia a Dios que lo establecía, por lo que la prohibición material se elevaba a asuntos religiosos por la misma razón (Lv. 7:15-27). La ley sobre lo que no se podía comer, era estatuto perpetuo mientras estuviese en pie el antiguo ordenamiento legal, mientras durase el tiempo de la economía de la antigua alianza. Pero, bajo la gracia en el Nuevo Pacto, quedó expresamente abrogado como Dios mismo hizo notar a Pedro (Hch. 10:15), cuando le mostró un lienzo que descendía del cielo sujeto con cuerdas por las cuatro esquinas y en el que había mucha variedad de animales. No todos los animales eran de los considerados como inmundos, pero había una abundante cantidad de ellos en el lienzo. Ante la negativa de Pedro a tomar de aquellos animales para satisfacer su hambre, Dios le enseña que las cuestiones legales que producían limitaciones en los alimentos como asunto de contaminación legal, habían quedado anuladas como consecuencia de la obra de la Cruz. La Ley y sus preceptos condenatorios fueron clavados en la Cruz, para que dejasen de ser adversarios para quienes creen en Jesús y, por su sacrificio único e irrepetible, son declarados como justos delante de Dios (Col. 2:14). Es en el Nuevo Pacto, donde sabemos que la comida no nos hace más o menos aceptos delante de Dios (Col. 2:16) y entendemos también que nada es inmundo en sí mismo (Ro. 14:14). Lo que contamina al hombre no es aquello que ingiere de los alimentos, sino lo que sale de la boca procedente de un corazón pecaminoso (Mt. 15:11). Esta es una de las manifestaciones de la libertad que los cristianos tenemos en Cristo y a cuya libertad se demanda prestar atención y mantenerse firme en ella (Gá. 5:1). Dios nos enseña que lo importante no es el aspecto externo de las cosas, sino las realidades internas del creyente. La lección es reiterada a lo largo de la escritura, para que dejemos de sustentarnos en principios religiosos legalistas y descansemos plenamente en la gracia. No cabe duda que los sistemas legales son acariciados por los que no viven en la plenitud del Espíritu, cuyo sistema espiritual descansa en cuestiones exteriores tales como *no vayas, no toques, no gustes*, etc. etc., cosas que tienen una mera apariencia de piedad, por cuanto suponen renunciar a cosas en una experiencia de estoicismo religioso, pero que no tienen ningún valor contra la vieja naturaleza porque proceden de ella misma (Col. 2:20:23). Estemos firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres (Gá. 5:1). Como dice el Dr. Lacueva: *"Seamos estricta y concienzudamente moderados en el uso de las buenas cosas que nos permite Dios. La naturaleza*

se contenta con poco; la gracia, con menos; pero la concupiscencia, con nada"[3].

Además de las prohibiciones legales sobre la comida, también estaban reglamentadas las διαφόροις βαπτισμοῖς *diversas abluciones*. Especialmente reglamentadas para los sacerdotes en el ejercicio de su ministerio sacerdotal y de su propia condición como ministros del santuario. Los sacerdotes no podían beber vino ni sidra cuando estuvieran ministrando, a fin de que el alcohol no les hiciera perder de vista la distinción entre lo que es sagrado y lo que es profano, así como para que estuviesen con la mente despejada para responder cualquier consulta que se les hiciera sobre asuntos de la vida cotidiana del pueblo, aclarándoles lo que Dios establecía en su Palabra para esas situaciones (Lv. 10:8-11). Además de prohibición para los sacerdotes, también la había, en ese mismo sentido, para quienes hicieran voto de nazareo (Nm. 6:3). La prohibición queda vinculada a la Ley. En el Nuevo Pacto, el uso del vino es lícito con la moderación propia de quienes andan en el Espíritu y no en la carne (Gá. 5:16). No cabe duda que Jesús, nuestro Señor, usó el vino con la moderación propia de quien no hizo maldad nunca (1 P. 2:22). Esa es la razón por la que los judíos, buscando desprestigiarle, le llamaban *comilón y bebedor* (Mt. 11:19). Sin duda ni en comida ni en bebida Cristo cometió exceso alguno. Cualquier cosa incorrecta no podía ser cometida por Él, por su santidad esencial. El mensaje de Jesús era mucho más amplio que el de Juan, y la expresión menos enfática. Las palabras de sus enseñanzas estaban revestidas de su propia autoridad Divino-humana que impactaban a quienes le escuchaban. Lo lógico hubiera sido que aquellos que renunciaron a prestar atención a Juan por su mensaje y su forma de vida, aceptasen sin reservas el mensaje de Jesús, por su forma diferente y su distinto modo de vida, pero, en lugar de eso buscaron una nueva disculpa para no prestarle atención. Si Juan era un loco, Jesús era un comilón y un bebedor, en cuanto a conducta personal y socialmente despreciable, porque mantenía contacto con publicanos y pecadores. A los líderes en la iglesia no se les exige que sean abstemios, sino que *"no sean dados al vino"* (1 Ti. 3:3). Todo el liderazgo, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento han de estar sobrios para poder desempeñar su oficio sin el peligro de *"desvariar con el vino"* (Is. 28:7). Deben estar seguros de su sobriedad para que puedan distinguir lo que es sagrado y lo que es profano en el ejercicio ministerial. Sin duda la limitación para no usar el vino en ningún caso, depende del entorno en que se desenvuelva la vida del ministro, la situación social y los problemas de ejemplo que pudieran causar un escándalo para la vida de otros. El apóstol Pablo habla de las limitaciones de la libertad personal en aquella frontera donde empieza la conciencia del hermano (1 Co. 8:13).

---

[3] Francisco Lacueva. Matthew Henry. Levítico. Edit. Clie. Terrasa, 1983, pág. 525.

Junto con la comida y la bebida, la Ley disponía de lavamientos ceremoniales, *abluciones*, literalmente *bautismos*[4] como se lee en el texto griego. Estos lavamientos para purificación legal estaban recogidos minuciosamente en la Ley. Los instrumentos, cualquiera que fuesen, que entrasen en contacto con animales inmundos, debían ser sumergidos en agua Lv. 11:32). Quien comiese del cadáver de un animal, tenía que lavar sus vestidos (Lv. 11:40). En la purificación del leproso se incluía un baño tanto de la ropa como del cuerpo del que había sido leproso (Lv. 14:8-9). Un ceremonial semejante tenía que ver con quienes estaban en contacto con un lecho en el que se acostase un hombre con flujo (Lv. 15:5). El sumo sacerdote no podía vestir las vestiduras santas para el día de la expiación, sin que primeramente se bañase (Lv. 16:4), y de igual modo para volver al uso de las vestiduras ordinarias (Lv. 16:24). También el sacerdote que fuese elegido para quemar los restos del animal del sacrificio de la expiación, fuera del campamento, tenía que lavar su cuerpo con agua antes de entrar nuevamente al campamento (Lv. 16:27-28). Estos ceremoniales establecidos en la Ley, fueron incrementados con otros que se enseñaban como si fuesen de la Ley, dentro del sistema conocido como la *tradición de los ancianos* (Mt. 15:2). Éste había establecido *abluciones* y *lavamientos*, que más que asuntos higiénicos se habían convertido en aspectos legalistas, dándoles la misma categoría que la normativa bíblica. En tiempos de Jesús las gentes tenían a los escribas, especialmente los que enseñaban en Jerusalén, como los intérpretes de las Escrituras y quienes decían lo que se debía hacer o dejar de hacer. Eran conocedores de la Palabra, pero desconocían absolutamente el espíritu de ella. La ciencia sin amor enorgullece (1 Co. 8:1), por tanto, estos eran maestros arrogantes se mostraban orgullosos delante de quienes estaban sujetos por temor a quebrantar la ley y las tradiciones conforme a las enseñanzas de aquellos maestros. Esta fue la razón de la acusación formulada contra los discípulos de Jesús (Mt. 15:2) y, por consiguiente, contra el Maestro que los instruía, acusándolos de no conformar su conducta con las enseñanzas tradicionales que todos cumplían. No estaban acusándolos de quebrantar algún mandamiento de la ley, sino las costumbres que se enseñaban como si tuviesen la misma autoridad de la ley. La acusación tenía que ver con la costumbre de lavarse las manos antes de comer.

Sobre las *tradiciones de los ancianos*, define el profesor del Páramo:

"La expresión tradiciones o mandamientos de los antiguos responde a la frase hebrea dibrê y zeqenîn*, palabras de los ancianos, que, por oposición a la Torá, o ley escrita de Moisés, y aun a toda la Escritura, era el conjunto de sentencias, enseñanzas y decisiones de los rabinos, que, con el pasar de los años y de los siglos, formaron un cúmulo inmenso de prescripciones*

[4] Griego βαπτισμοῖς.

minuciosas, ridículas a veces, las cuales no sólo se equiparaban a la ley misma, sino que frecuentemente se las juzgaba superiores"[5].

En el entorno religioso que regulaba la vida de Israel en los tiempos de Jesús, había una enorme cantidad de preceptos procedentes del pasado a los que daban el mismo carácter de la Palabra de Dios y tan obligatorios como ella, porque para aquellos maestros constituían la correcta interpretación de la ley y como debía ser aplicada a la vida cotidiana. Estas enseñanzas tradicionales tenían dos graves problemas: uno era que normalmente iban más allá de lo que Dios determinaba en la ley; el segundo quebrantaban el sentido espiritual y la gracia contenida en la ley. Este es el caso de la acusación formulada en que la enseñanza tradicional excedía en todo a lo que Dios había establecido en la ley. ¿En que se basaba? Posiblemente en un exceso de celo por la *santidad experimental*. No cabe duda que un corazón santo manifiesta un comportamiento santo en el exterior. Los ancianos habían visto como en algunas ocasiones los lavamientos externos correspondían a una demanda especial de santidad. Así ocurrió en el Sinaí cuando Dios se manifestó al pueblo, que hubo una demanda de limpieza, ordenando a los israelitas que lavaran sus vestidos (Ex. 19:10). El mismo sumo sacerdote y los sacerdotes debían lavarse las manos antes de ejercer las funciones en el santuario (Ex. 30:17-21). En determinadas circunstancias especiales se establecía en la ley un lavamiento de manos para el pueblo (cf. Lv. 15:11; Dt. 21:6). Pero la ley no establecía en ningún lugar el lavamiento de manos de cada persona antes de cada comida. Esto era algo prescrito por alguna razón por los ancianos, sin apoyo alguno en la Palabra de Dios, pero que los fariseos hacían asunto de vital importancia.

Cabe preguntarse como se produjo este lamentable énfasis en tradiciones y de que manera fueron dándoseles el mismo valor de la Escritura. Las raíces se establecen con motivo de la deportación del pueblo en cautividad a Babilonia y la destrucción de Jerusalén y el templo. Cuando esto ocurrió las gentes se dieron cuenta que lo que los profetas habían anunciado de juicio a causa del pecado había tenido lugar. Entendieron que Dios no podía admitir la adoración a ídolos y que demandaba una vida de compromiso con Él y de obediencia a la Palabra que aquellos antecesores al cautiverio no habían cumplido. Lo que quedó de la nación desde los líderes hasta los más sencillos entendieron que la única manera de superar la situación y de ser bendecidos en el futuro se produciría por arrepentimiento y obediencia a Dios y su Palabra (Jer. 29:13). Lo que la Escritura establecía debía ser obedecido y, de forma muy especial, todo lo que estaba contenido en la Ley que Moisés había dado al pueblo en nombre de Dios. En el exilio los escribas dedicaron los años de destierro al estudio de la Ley,

[5] Severiano del Páramo. o.c., pág. 169.

profundizando en ella y buscando el contenido espiritual que estaba escrito en ella. Cuando regresaron del destierro, se dice de Esdras, uno de los líderes del retorno a Jerusalén, que era un *"escriba preparado en la ley de Moisés"* (Esd. 7:6, 11). La ley fue estudiada y enseñada en la sencillez de su contenido y puesta en práctica por el pueblo después del regreso del cautiverio. En aquel tiempo comenzó el germen de lo que iba a dar lugar a los *fariseos*, separados, comprometidos con la Ley y el estudio de la misma. Eran, en cierta medida, verdaderos Bibliólatras, adoradores de la Palabra, en lugar de sencillos hacedores de ella. Clasificaron, dividieron, establecieron pautas, buscaron explicaciones a cosas que no la tenían, y establecieron normas, en principio sencillas, tendentes a una mejor aplicación de las enseñanzas de la ley. Sin embargo, con el tiempo se especializaron en *normativa*, y su afición les llevó a hacer de la normativa una especialidad, dictando reglas y estableciendo parámetros tan solo por el placer de hacerlo. Estas reglas pasaban de generación a generación y constituían lo que se llamaba *la tradición de los ancianos*. Con el tiempo estas reglas pasaron a las sinagogas, en ellas, los maestros, escribas, enseñaban al pueblo y a los alumnos de las escuelas rabínicas la interpretación de la ley, no desde la misma ley, sino desde las tradiciones de los ancianos. La enseñanza consistía en que el maestro daba la lección y el alumno la repetía hasta memorizar el contenido de ella. La normativa establecida por los ancianos fue alcanzando un tremendo volumen –porque no se detuvo la lamentable costumbre de normativizar todo- de manera que hubo necesidad de poner coto a esto y registrar por escrito la *tradición de los ancianos*. Esto se llevó a cabo pacientemente por un rabino, el Rabí Jehuda, cuyo trabajo llevó a cabo sobre el año 200 d. C. produciendo lo que se llama la *Mishnah*, título procedente de la raíz hebrea para *repetir*. La estructura de la *Mishnah* agrupa las decisiones de los maestros y también algunos comentarios o aclaraciones a textos del Pentateuco. Está agrupada por temas, establecidos en seis órdenes: Semillas, Fiestas, Mujeres, Perjuicios, Cosas Santas y Lavamientos. A su vez, cada una de estas divisiones establece una serie de subdivisiones, por tanto, lo que tiene que ver con el lavamiento tiene una sección destinada al lavamiento de las manos. Ahora bien, como quiera que las *tradiciones* de los hombres necesitan ser *aclaradas y comentadas*, se hizo preciso un nuevo texto añadido a la *Mishna*, que se llama *Gemara*, cuyo nombre está vinculado a la raíz hebrea *completar*. Algunas escuelas rabínicas siguieron con su *atractivo oficio* de legislar y completar, uniendo los dos textos de enseñanzas tradicionales para dar origen a lo que se llama el *Talmud*, uno de los más destacados es el *Talmud de Jerusalén*. La escuela rabínica de Babilonia elaboró el *Talmud Babilónico*, muchísimo más extenso que el de Jerusalén y que tiene una gran autoridad en el judaísmo. El nombre *Talmud*, está ligado con la raíz del verbo *aprender*. Los materiales de la *Mishnah* y del *Talmud*, son abiertamente diferentes en cuanto a carácter. De tal manera que debe distinguirse entre *Halakah* derivado de un verbo que significa *caminar*, y que contiene las normas de comportamiento, en

donde se basan las verdaderas *tradiciones*; y *Haggedah*, derivado de un verbo que significa *decir*, y que contiene enseñanza sobre lo que se dice como mera ilustración, todo lo que no tiene carácter *halákico*. En esta parte se puede encontrar una miscelánea de cosas, tales como poesía, leyendas, cánticos, instrucciones sobre folklore, ciencias, música, etc. En medio de todo esto hay buenas cosas de alta sabiduría que se mezclan con asuntos simples y absurdos, algunos de los cuales se consideraban como normas de obligado cumplimiento en los tiempos de Jesús.

Junto con los lavamientos o abluciones, el antiguo ordenamiento establecía una normativa δικαιώματα σαρκὸς, *"acerca de la carne"*. La expresión es una referencia al cuerpo, o algún ritual que afecta a lo externo y material, que proporcionaba una limpieza ceremonial, pero no limpiaba el interior, contaminado por el pecado.

Μέχρι καιροῦ διορθώσεως ἐπικείμενα. Todo este ceremonial ritual había sido *impuesto*. El verbo griego[6], significa literalmente *yacer encima*, que implica el sentido de todo aquello que es oneroso y que constituía una carga que gravitaba sobre cada uno de los que estaban en el antiguo orden. Los aspectos legales eran, en cierto modo, una carga, porque llevaban aparejada la obligación de cumplirlas. Pero, todo el orden de la antigua dispensación, con su culto y ceremonial tenía un límite temporal μέχρι καιροῦ διορθώσεως, *"hasta el tiempo de reformar las cosas"*, literalmente *hasta la reformación*. Éste último término[7], tiene el sentido de *enderezar, poner en orden, rectificar*, indicando que el tiempo de reformar todo el ceremonial levítico sería el del tiempo en que Cristo entrase en el tabernáculo celestial. En ese momento el culto cambiaría radicalmente, como dijo Jesús: *"Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren"* (Jn. 4:23). La importancia del sistema religioso antiguo que establecía ceremoniales, prohibiciones de comidas y bebidas, lavamientos, etc. daría paso a la adoración expresada por sacerdotes espirituales cuyas conciencias limpias de pecado, adorarían conducidos por el Espíritu y en comunión con la verdad. Con Cristo se rasgó el velo del tempo de arriba abajo (Mt. 27:51), y con él, cesó definitivamente la adoración ceremonial. La adoración dejó de ser externa y material, para convertirse en interna y espiritual, una adoración conducida e impulsada por el mismo Dios. La carga en el Nuevo Pacto no es ya aquella incapaz de ser soportada (Hch. 15:10). La carga legal dejaría paso a la suave carga de Cristo (Mt. 11:29).

---

[6] Griego ἐπίκειμαι.
[7] Griego διόρθωσις.

El sacerdocio de Cristo (9:11-14).

11. Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación.

Χριστὸς δὲ παραγενόμενος ἀρχιερεὺς τῶν γενομένων[1] ἀγαθῶν διὰ
Pero Cristo habiéndose presentado sumo sacerdote de los llegados bienes por
τῆς μείζονος καὶ τελειοτέρας σκηνῆς οὐ χειροποιήτου, τοῦτ᾽ ἔστιν
el de mayor y más perfecto tabernáculo no hecho a mano esto es
οὐ ταύτης τῆς κτίσεως,
no de esta - creación.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Alternativas de lectura.

1 γενομένων *llegados*, atestiguada en B, D*, 1739, it[d, e], syr[p, h, pal], Orígenes, Cirilo de Jerusalén, Crisóstomo[gr, lat].

Otra alternativa muestra μελλόντων, *venideros*, como se lee en א, A, D[c], I[vid], K, P, 33, 81, 88, 104, 191, 326, 330, 436, 451, 614, 629, 630, 1241, 1877, 1881, 1962, 1984, 1985, 2127, 2492, 2495, it[ar, c, dem, div, f, x, z], vg, syr[hmg], cop[sa, bo, fay], arm, eth, Eusebio, Efraim, Cirilo de Jerusalén, Crisóstomo, Cirilo, proles, Eutilio, Teodoreto, Ps-Anastasio, Juan Damasceno.

Con el versículo se introduce un nuevo párrafo: Χριστὸς, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Cristo*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; παραγενόμενος, caso nominativo masculino singular del participio aoristo segundo en voz media del verbo παραγίνομαι, *venir, llegar, presentarse*, aquí como *habiéndose presentado*; ἀρχιερεὺς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *sumo sacerdote*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *de los*, γενομένων, caso genitivo neutro plural del participio aoristo segundo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, empezar a existir, hacerse, ser hecho,* aquí como *llegados*; ἀγαθῶν, caso genitivo neutro plural del adjetivo *bueno, bienhechor, bien,* aquí como *bienes*; διὰ, preposición de genitivo *por medio de, por*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*, que no se usa en castellano en esta construcción; μείζονος, caso genitivo femenino singular del adjetivo comparativo *más grande, de mayor*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τελειοτέρας, caso genitivo femenino singular del adjetivo comparativo *más perfecto*; σκηνῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *tabernáculo*; οὐ, adverbio de negación *no*, que negativiza a χειροποιήτου, caso genitivo femenino singular del adjetivo *hecho a mano*; τοῦτ᾽, caso nominativo neutro singular del pronombre demostrativo *esto*; ἔστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *es*; οὐ, adverbio de negación *no*, que negativiza a; ταύτης, caso genitivo femenino

singular del pronombre demostrativo declinado *de esta*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*, que no se usa en castellano en esta construcción; κτίσεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *creación*.

Nuevamente se establecen notables contrastes en el versículo, entre sombras y realidades. El tiempo de la reforma llegó con Cristo, el sumo sacerdote en orden a bienes espirituales y sobrenaturales. Por eso el escritor comienza con Χριστὸς δὲ, *"pero Cristo"*, esto es, una Persona, παραγενόμενος ἀρχιερεὺς, sobrevino como *Sumo Sacerdote* de los bienes futuros, que anulan definitivamente los relativos, del sistema ceremonial y sacerdotal antiguo. En lugar de figuras y sombras temporales, están ya presentes en Cristo mismo τῶν γενομένων ἀγαθῶν, *los bienes venideros*. Se trata de una acción sacerdotal y mediadora de Jesucristo en relación con los bienes espirituales y sobrenaturales propios de los últimos tiempos y aún de los escatológicos. Los bienes que están vinculados al Nuevo Pacto y a los tiempos futuros del Mesías, a quien se le denomina proféticamente *"Padre eterno"*, es decir, *padre del siglo venidero o futuro* (Is. 9:6). El sacerdocio de Cristo provee de bienes eternos que son ya realidad en el tiempo actual y se disfrutan en Él mismo.

Διὰ τῆς μείζονος καὶ τελειοτέρας σκηνῆς οὐ χειροποιήτου. Una nueva contraposición se hace notar entre el Tabernáculo que fue construido por manos humanas, aunque bajo la dirección de Dios, conforme a todo lo que había mandado a su siervo Moisés, para dar paso a un santuario *mas amplio*, como traduce la Vulgata, dándole el sentido de tamaño y medida en todos los aspectos. Si bien el adjetivo comparativo *más amplio*[8], no se refiere tanto al tamaño en sí y las medidas propias del santuario terrenal, sino con su sentido espiritual. El nuevo Tabernáculo es más perfecto[9] porque es *completo*, es decir, *sin defecto*. Dios no habita en templos hechos con manos (Hch. 7:48; 17:24). El santuario más perfecto no es hecho por los hombres, ni pertenece a creación terrenal, como ya se ha considerado anteriormente. El mismo Señor habló del tiempo cuando el santuario de Jerusalén sería sustituido por uno οὐ χειροποιήτου, *hecho sin mano* (Mr. 14:58), aunque realmente se refería al santuario de su cuerpo, pero, esa relación tendría repercusiones sobre el santuario terrenal, que también sería derribado (Mt. 24:2). El nuevo santuario que sustituiría al antiguo estaba ya profetizado (Is. 66:1s). Además el Sumo Sacerdote que es Cristo entró ya en el santuario celestial y en Él los creyentes ya gozan de esa posición (Ef. 2:6). Nuestro Señor accedió al santuario celestial atravesando los cielos (He. 4:14) y elevándose sobre ellos (He. 7:26). Este tabernáculo es mejor y más perfecto.

---

[8] Griego μείζονος.
[9] Griego τέλειος.

12. Y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención.

οὐδὲ δι' αἵματος τράγων καὶ μόσχων διὰ δὲ τοῦ ἰδίου
Ni por medio de sangre de machos cabríos y de becerros pero por medio de la propia
αἵματος εἰσῆλθεν ἐφάπαξ εἰς τὰ ἅγια αἰωνίαν λύτρωσιν
sangre entró de una vez por todas en los santos eterna redención
εὑράμενος.
habiendo obtenido.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo el argumento escribe: οὐδὲ, conjunción copulativa *ni*; δι' forma contracta de la preposición de genitivo διά, aquí como *por medio, a causa*; αἵματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo *sangre*; τράγων, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *machos cabríos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; μόσχων, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *terneros, toros, becerros, novillos*; διὰ, preposición de genitivo *por medio de*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *lo*; ἰδίου, caso genitivo neutro singular del adjetivo *propio*; αἵματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *sangre*; εἰσῆλθεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἔρχομαι, *entrar*, aquí como *entró*; ἐφάπαξ, adverbio que es la forma intensificada con ἐπί de ἅπαξ, *una vez*, expresando lo que es radicalmente definitivo e irrepetible, aquí como *una vez por todas, una vez para siempre*; εἰς, preposición de acusativo *en*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; ἅγια, caso acusativo neutro plural del adjetivo *santos*; αἰωνίαν, caso acusativo femenino singular del adjetivo *eterna*; λύτρωσιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *redención*; εὑράμενος, caso nominativo masculino singular del participio aoristo primero en voz media (indirecta) del verbo εὑρίσκω, *encontrarse, alcanzar, obtener*, aquí como *habiendo obtenido*.

Οὐδὲ δι' αἵματος τράγων καὶ μόσχων. El contraste dentro de las actividades sacerdotales, y siguiendo la argumentación sobre el sacerdocio de Cristo, pasa a establecerlo entre el sacrificio de los animales, que los sacerdotes ofrecían en el altar del santuario, al sacrificio perfecto de Jesús. La entrada al Lugar Santísimo iba precedida de dos sacrificios mencionados en el texto y ofrecidos en el día anual de la expiación. En el primero se sacrificaba un novillo, un becerro para la expiación y también un cordero para el holocausto (Lv. 16:3). Es importante apreciar que el mismo sumo sacerdote, no era

perfeccionado por los sacrificios, ya que debía repetir cada año el de la expiación por sus propios pecados. Todos ellos eran sombras y figuras del gran sacrificio expiatorio de Jesucristo. En relación con esto escribe C. H. Macintosh:

"Aquí tenemos de nuevo los dos grandes aspectos de la obra expiatoria de Cristo, poniendo a salvo y manteniendo la gloria divina y respondiendo perfectamente a las mayores necesidades del hombre. No se menciona en todos los servicios de este día único y solemne, ni una ofrenda de presente, ni un sacrificio de paces. Ni la vida humana perfecta del Señor, ni la comunión del alma con Dios en consecuencia de su obra cumplida, se encuentra aquí presentada. En una palabra, el único objeto de este capítulo es la expiación, y está en un doble aspecto; primero, satisfaciendo todos los derechos de Dios; derechos de su naturaleza, de su carácter, de su trono; y después, expiando perfectamente la culpabilidad del hombre, y respondiendo a todas sus necesidades. Debemos recordar estos dos puntos si queremos formarnos una idea clara de la verdad presentada en este capítulo, o de la doctrina del gran día de las expiaciones. 'Con esto entrará Aarón en el santuario' con la expiación que respondía a la gloria de Dios, bajo todos los conceptos, sea en cuanto a sus planes de amor redentor hacia la Iglesia, hacia Israel y hacia la creación entera; sea en cuanto a los derechos del gobierno moral de su pueblo; y con la expiación que respondía perfectamente a la condición perversa y miserable del hombre. Estas dos fases de la expiación se nos presentarán constantemente en el estudio de este capítulo; de modo que por mucha que se les conceda, nunca les daremos demasiada importancia"[10].

El segundo sacrificio de expiación era el de un macho cabrío sobre el que recaía la suerte por Jehová (Lv. 16:5). En relación con este sacrificio no esta la figura de los pecados del pueblo que debían ser perdonados, ni tampoco la expresión final de la gracia de Dios en el sacrificio redentor de su Hijo. El simbolismo representa la muerte de Cristo en la que Dios ha sido glorificado respecto al pecado en general.

De este modo escribe Mackintosh:

"Pues bien, la muerte de Cristo ha vindicado a Dios en todos sus derechos; ha glorificado a Dios en el mismo lugar donde se le ha ofendido. Ha vindicado perfectamente la majestad, la verdad, la santidad, el carácter de Dios; ha satisfecho divinamente las exigencias de su trono; ha expiado el pecado; ha administrado un remedio divino a todo el mal que el pecado ha

---

[10] C. H. Mackintosh. *Estudios sobre el libro de Levítico*. Editorial Buenas Nuevas. California, 1975.

introducido en el universo; ha puesto la base sobre la cual Dios puede obrar en gracia, en misericordia y en amor hacia la humanidad. Garantiza la expulsión y la perdición eternas del príncipe de este mundo; pone el fundamento imperecedero del gobierno moral de Dios. En virtud de la cruz, Dios puede obrar según su propia soberanía. Puede desplegar las glorias incomparables de su carácter y los atributos adorables de su naturaleza. En el ejercicio de una justicia inflexible hubiera podido destinar la familia humana al lago de fuego con el diablo y sus ángeles, pero en este caso ¿Dónde estaría su amor, su gracia, su misericordia, su longanimidad, su compasión, su paciencia y su perfecta bondad?"[11].

Es evidente que los sacrificios del ritual levítico eran incapaces de perfeccionar, por lo que debían repetirse anualmente. Portando parte de la sangre del sacrificio, el sumo sacerdote accedía al Lugar Santísimo. Aquellos sacrificios hacían una purificación ritual o legal. En contraste, el sacrificio de Cristo es perfecto y definitivo, por cuanto limpia de todo pecado, siendo por tanto irrepetible (Ef. 1:7; Col. 1:18-19). Jesús es el Cordero inmolado por nosotros (Is. 53:7; Ap. 5: 9, 12). Mientras que el sumo sacerdote en la antigua alianza ofrecía un sacrificio ajeno, esto es, tomando un animal para sacrificarlo, Cristo se ofreció a Sí mismo, sin macha a Dios (Gá. 1:4; 2:20; Ef. 5:2, 25; 1 Ti. 2:6; Tit. 2:14; He. 7:27; 9:14). El Sumo Sacerdote del Nuevo Pacto es a la vez víctima sacrificial. Este sacrificio que conlleva su muerte, se transforma en sacrificio definitivo por la resurrección, que permite al Resucitado entrar en el santuario celestial, sentarse a la diestra de Dios e iniciar el ministerio intercesor por los suyos, de modo que también estos, en Él y por Él, pueden acceder al Lugar Santísimo de Dios en su Santuario Celestial.

Διὰ δὲ τοῦ ἰδίου αἵματος εἰσῆλθεν ἐφάπαξ εἰς τὰ ἅγια αἰωνίαν λύτρωσιν εὑράμενος. El contraste es evidente también en la temporalidad: *"entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención"*. En virtud del sacrificio ofrecido en la Cruz, Jesús entró a los cielos, como representante y Sumo Sacerdote de Su pueblo (Is. 53:7; Jn. 1:36; Ap. 5:9, 12, 13). Esa entrada para el oficio sacerdotal se produce ἐφάπαξ, *"una vez por todas"*, o *"una vez para siempre"*[12], en contraste con la necesaria reiteración anual del sacrifico, que permitía al sumo sacerdote del viejo sistema entrar en el Lugar Santísimo del santuario terrenal. El sacrificio de Cristo es irrepetible, porque proporciona αἰωνίαν λύτρωσιν εὑράμενος, *"eterna redención"*. El rescate es obtenido de una manera definitiva y eterna, conforme a lo previsto y predeterminado por Dios en el plan de redención (1 P. 1:18-20). Este Sumo Sacerdote, entrando una vez en el Lugar Santísimo, queda ya allí, por cuanto su

[11] C. H. Mackintosh. o.c., pág. 215.
[12] Griego ἐφάπαξ.

sacrificio es de valor eterno e irrepetible. Esa es la razón por la que se le llama en la Epístola *"autor de eterna salvación"* (5:9).

El término griego traducido aquí por *redención*[13], implica no solo la acción de redimir, sino las consecuencias de ella, esto es, liberar mediante el pago de un precio, lo que implica la liberación misma. Esta acción es resultado y consecuencia de la obra realizada por Cristo (Mt. 20:28). Es el cumplimiento en el tiempo de los hombres del eterno Plan de Redención y que abre un amplísimo panorama que comprende aspectos diferentes y todos ellos complementarios que expresan una misma y única operación salvífica. Algunos de ellos adquieren un contraste tan profundo con la lógica del pensamiento humano, que desde la dimensión de los hombres serían de todo punto imposibles. Tal es la realidad de la muerte del Hijo de Dios como sustituto por los pecadores. Esa experiencia le llevó a gustar la muerte en toda la dimensión de su alcance, ya que Jesucristo no sólo fue sustituto de los pecadores en la muerte física, que es consecuencia de la muerte espiritual, sino en ella misma. Es Dios el que pone su vida desde su naturaleza humana en propiciación por los pecados. La misma condición santísima del Salvador, hace ininteligible a la mente humana la grandeza de una sustitución tal que el Santo Dios-hombre, es hecho pecado, para que los pecadores lleguen a ser en Él, justicia de Dios (2 Co. 5:21). Jesús habló a los suyos en la brevedad de la expresión del texto que recoge Mateo que su obra es una operación redentora y sustitutoria. Entender el concepto de redención requiere entender primeramente la situación de esclavitud en que el pecador se encuentra a causa del pecado (Ro. 6:17), bajo el poder y control de Satanás (1 Jn. 5:19), sin posibilidad alguna para conseguir la liberación espiritual por carecer de deseo y fuerzas propias para llevarlo a cabo. Sólo puede alcanzar la libertad mediante la acción que otro realice a su favor. La obra de la Cruz hace esa provisión para todo aquel que cree (Ro. 6:18) cambiando la situación de esclavitud por una nueva experiencia de libertad en el reino de Dios (Col. 1:13). El término tiene que ver con la acción de desatar o liberar, en relación con la acción liberadora del pecado. Cristo anuncia que había venido para dar su vida en rescate por muchos. El rescate de Cristo no tiene únicamente un carácter propiciatorio, sino también liberador. La liberación no es simplemente de la culpa del pecado, sino también de sus consecuencias: Corrupción, muerte y juicio. En ese sentido el hombre Jesucristo, se entregó a sí mismo como precio de libertad. Cristo era esperado como el liberador de su pueblo Israel (Lc. 24:21). La obra de la cruz fue necesaria para poder libertar a los creyentes del poder esclavizante del pecado que lleva al hombre a cometer toda clase de iniquidad (Tit. 2:14). Pedro enseña que la liberación del poder del pecado, heredado desde los primeros padres, se produce en razón de una obra que se substancia con la muerte del liberador, como Cordero de Dios

---

[13] Griego λύτρωσις.

predestinado (1 P. 1:18). El Cristo que había de venir era esperado por algunos, como el libertador que Dios enviaría, conforme a Su promesa (Lc. 2:38). El Redentor ofreció un sacrificio de valor eterno que hace posible la liberación del pecador (He. 9:12). La palabra redención en sentido específico identifica la obra de la Cruz como operando una redención general que comprende muchos aspectos. Tiene también un sentido específico de compra de un esclavo y su liberación (1 P. 1:18, 19). Es preciso entender también el aspecto de rescate. En este sentido el Antiguo Testamento utiliza una amplia serie de términos. El verbo *ga'al* implica el rescate para devolver a su dueño objetos, cosas o personas (cf. Ex. 6:6; Lv. 25:25; Rut 4:4,6; Sal. 72:14; 106:10; Is. 43:1). Del término deriva *ga'al* que se usa para designar al pariente redentor, el que por proximidad tenía los derechos para adquirir (p. ej. Los parientes de Rut la moabita; Rut. 4). En tal sentido Cristo se hace pariente cercano a los pecadores, mediante su encarnación (He. 2:11-14). Él es el Redentor perfecto, por cuanto puede cumplir las demandas establecidas para ello en la ley: a) Ser pariente; b) Ser capaz de pagar el precio (Hch. 20:28); c) Estar libre de la situación de quien tenía que ser rescatado (Jn. 8:46; He. 4:15; 7:25; 1 P. 2:22); d) Estar en la disposición de hacerlo (He. 10:5-7). El término *paraq*, que implica rescatar rompiendo las ataduras del esclavo (Sal. 136:24). El sustantivo *ge'ullah* (procedente del verbo *ga'al*), tiene la idea de rescate o derecho al rescate (Lv. 25:24, 26, 29, 31, 48, 51, 52; Rut. 4:6, 7; Jer. 32:7). El término *ganah*, que equivale a redimir comprando algo por precio (Neh. 5:8; Is. 11:11). El sentido de redención en el texto de Mateo tiene que ver con poner en libertad mediante rescate (Tit. 2:14; 1 P. 1:18). Aunque Dios hace libre al que era esclavo, lo sitúa en la posición de ser suyo por compra, incorporándolo a su casa y familia (Ef. 2:19), mediante la adopción (Gá. 4:3) y capacitándolo para servirle a Él (Ro. 6:17, 22).

El alcance de una obra de salvación y libertad es de proyección sempiterna, de ahí que, puesto que trasciende al tiempo y al presente y se proyecta al reino eterno de Dios, se utiliza el término *eterno* para referirse a la obra redentora. Es verdaderamente una operación eterna, por cuanto nace en la eternidad antes de la creación del mundo (1 Ti. 2:6), se ejecuta en el tiempo histórico de los hombres pero en obediencia al tiempo eternamente determinado (Gá. 4:4), y se proyecta a la eternidad, por cuanto la recepción de vida para todo aquel que cree, es la de vida eterna (Jn. 3:16). El rescate del pecador y la salvación de sus pecados se producen de una forma definitiva y eterna, por la operación sacrificial de Cristo. El vino a dar Su vida (Mt. 20:28), redimiéndonos con Su sangre (Ap. 5:9), por tanto, en Él tenemos remisión de pecados y redención eterna por Su sangre (Ef. 1:7; Col. 1:14).

13. Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne.

εἰ γὰρ τὸ αἷμα τράγων καὶ ταύρων καὶ σποδὸς δαμάλεως
Porque si la sangre de machos cabríos y de becerros y ceniza de ternera
ῥαντίζουσα τοὺς κεκοινωμένους ἁγιάζει πρὸς τὴν τῆς σαρκὸς
que rocía a los que han sido contaminados santifica para la de la carne
καθαρότητα,
purificación.

Notas y análisis del texto griego.

Una condicional de primera clase se establece en la argumentación del versículo con εἰ, conjunción *si*, con que se denota condición o suposición en virtud de lo cual un concepto depende de otros; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al pronombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*; αἷμα, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *sangre*; τράγων, caso genitivo masculino plural del sustantivo declinado *de machos cabríos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ταύρων, caso genitivo masculino plural del sustantivo declinado *de toros, de novillos, de becerros*; καὶ, conjunción copulativa *y*; σποδὸς, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *ceniza*; δαμάλεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de ternera, de novilla*; ῥαντίζουσα, caso nominativo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo ῥαντίζω, *rociar, purificar por medio de una aspersión*, aquí como *que rocía*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado declinado *a los*; κεκοινωμένους, caso acusativo masculino plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo κοινόω, *hacer impuro, considerar impuro, profanar*, aquí como *que han sido contaminados*; ἁγιάζει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἁγιάζω, *santificar, apartar para,* aquí como *santifica*; πρὸς, preposición de acusativo *para*; τὴν, τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; σαρκὸς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *carne*; καθαρότητα, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *purificación.*

Εἰ γὰρ τὸ αἷμα τράγων καὶ ταύρων. La atención del escritor se centra aquí en el ritual de la purificación levítica y en el efecto purificador de aquel ceremonial. La eficacia de los sacrificios de animales en el antiguo pacto tenía una efectividad externa, produciéndose con ellos la remoción de la contaminación ceremonial, que estaba establecida en la Ley. Pero, todos esos sacrificios no tenían efecto alguno sobre la conciencia acusadora del transgresor. Servían externamente para contrarrestar la contaminación por el pecado. De esos sacrificios se consideró antes en este mismo sentido.

Junto con los sacrificios se hace alusión a καὶ σποδὸς δαμάλεως ῥαντίζουσα τοὺς κεκοινωμένους, *"las cenizas de la becerra rociadas a los*

inmundos". Corresponde esto al ritual para la remoción de la impureza ceremonial (Nm. 19:1-13). El ceremonial descrito se circunscribía a la muerte de una becerra, que en el texto de RV se traduce como alazana, palabra castellana procedente del árabe *al-az'ar*, adjetivo que hace referencia a un color más o menos rojizo o tal vez parecido al de la canela. No sabemos a ciencia cierta a que tipo de raza se esta refiriendo, algunos entienden que era una raza especial de ganado de color rojizo diferente al resto del ganado vacuno propio de los tiempos de Israel. Esa becerra no podía haber sido utilizada en el trabajo, por cuanto no debía haber llevado nunca un yugo. Ese animal se sacrificaba fuera del real, es decir, del campamento, en presencia del sumo sacerdote, quien esparcía siete veces su sangre hacia el santuario. Luego, el animal se quemaba enteramente y sus cenizas se guardaban depositándolas en un lugar limpio, fuera del campamento, para que, mezcladas con agua, sirviesen para la purificación de toda impureza ceremonial, rociándolas sobre el contaminado, como era el caso de alguien que se hubiese contaminado tocando a un cadáver. El ritual era figura de la limpieza de contaminación que se produce en la experiencia de un creyente por contacto espiritual con el mundo. No debe olvidarse que la obra del Calvario no solo redime al creyente de toda responsabilidad penal en cuanto al pecado, que fue extinguida para siempre en Cristo, sino que también establece un elemento de poder que nos liberta del presente siglo malo, como enseña el apóstol Pablo: *"El cual se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos del presente siglo malo, conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre"* (Gá. 1:4). El primer aspecto, la resolución de la responsabilidad penal por el pecado, produce un perfecto reposo en la conciencia del creyente que sabe que *"ya no hay ninguna condenación"* para él (Ro. 8:1). El segundo aspecto es la liberación de las influencias que arrastran a la vida propia del mundo y a su pecaminosidad, rompiendo los lazos de esclavitud que nos unía a la vieja forma propia de la naturaleza caída. Dios no solo ha provisto para los pecados pasados, sino también para las manchas actuales, a fin de que pudiésemos estar delante de Él sin mancha ni contaminación. No hay duda que cuando el creyente *anda en luz*, siente la realidad de que *"la sangre de Jesucristo, nos limpia de todo pecado"* (1 Jn. 1:7). Pero, si no andamos en luz y caemos en el pecado ¿de que modo se restablecerá la comunión con Dios? Mediante confesión (1 Jn. 1:9). Esto resultará en el reconocimiento que la sangre de Cristo, entendida en el sentido de la obra redentora, nos limpia, no solo del pecado en el pasado, sino de cada uno de los pecados en el presente, es decir, no se necesita una nueva conversión, sino la confesión que afirma ante Dios lo que Él mismo establece para la vida cristiana y siente que cualquier pecado ha sido cancelado y, por tanto, no hay ya condenación. Nótese que ese es especialmente lo que se expresa en el tipo de las cenizas de la vaca alazana. No se aplica al inmundo la sangre del sacrificio, que se presenta siete veces, símbolo de perfección, delante de la presencia de Dios hacia su Tabernáculo, sino las cenizas del animal sacrificado mezcladas con

agua. No se trata de la aspersión de la sangre de Cristo, sino del recuerdo de su muerte que limpia de todo pecado, al corazón contrito y humillado. La intención de Dios es que sus hijos sean purificados de toda iniquidad y que anden en separación de este presente siglo malo. Cada creyente debe entender que la relación con el mundo y sus cosas ha sido cancelada por la identificación con Cristo en su muerte, por la que *"el mundo me es crucificado a mí y yo al mundo"* (Gá. 6:14). Esta enseñanza llama la atención hacia la necesidad de una vida santa como experiencia propia de cada creyente.

Sobre esto escribe C. H. Mackintosh:

"Es cosa muy seria tener que ver con Dios, andar con Él diariamente en medio de un mundo corrompido y corruptor. Dios no puede tolerar ninguna impureza en aquellos con los cuales se digna andar y en los cuales habita. El puede perdonar y quitar los pecados, purificar y restaurar; pero no puede tolerar en su pueblo un mal que no sea juzgado. Si lo hiciera sería renegar de su nombre y de su naturaleza. Esta verdad a la par que solemne, es animadora. Es nuestro gozo tener que ver con Aquel cuya presencia reclama y asegura la santidad. Atravesamos un mundo en el cual estamos rodeados de influencias corruptoras. Es cierto que una mancilla no se contrae actualmente por tocar un cadáver, o cualquier hueso humano o un sepulcro. Tales cosas, como sabemos, son símbolos de cosas morales y espirituales con las cuales estamos en peligro de estar en contacto en cualquier momento. No dudamos que los que andan muy ocupados con las cosas de este mundo, sienten, de una manera penosa, la inmensa dificultad de salir de ellas con manos puras. De ahí la necesidad de una santa vigilancia en todas nuestras costumbres y en nuestras relaciones, por miedo de contraer impurezas que interrumpían nuestra comunión con Dios. Quiere tenernos en un estado digno de Sí mismo: 'Sed santos, porque yo soy santo"[14].

Un notable contraste se aprecia en el versículo, en donde el escritor hace referencia al ceremonial del rociamiento con el agua y las cenizas de la vaca alazana, como relacionado con ἁγιάζει πρὸς τὴν τῆς σαρκὸς καθαρότητα, *"la purificación de la carne",* quiere decir que se trataba de una purificación externa. En la Epístola se denota el aspecto externo del hombre en contraste con su ser interior, su conciencia. En este caso se aprecia que la eficacia del ritual era meramente legal y externa, como ocurría con la limpieza del propio santuario (Lv. 16:16). Todo esto contrasta abiertamente con la purificación interna de las conciencias mediante la aplicación de la obra de Cristo (v. 14).

[14] C. H. Mackintosh. *Estudios sobre el libro de los Números*. Editorial Buenas Nuevas. California 1975, pág. 278.

14. ¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?

πόσῳ μᾶλλον τὸ αἷμα τοῦ Χριστοῦ, ὃς διὰ πνεύματος αἰωνίου
¡Cuánto más la sangre de Cristo ¡ El que por medio de Espíritu eterno
ἑαυτὸν προσήνεγκεν ἄμωμον τῷ Θεῷ, καθαριεῖ τὴν συνείδησιν
a sí mismo ofreció intachable - a Dios, purificará la conciencia
ἡμῶν[1] ἀπὸ νεκρῶν ἔργων εἰς τὸ λατρεύειν Θεῷ ζῶντι.
de vosotros de muertas obras para el servir a Dios que vive.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] ἡμῶν, *de vosotros*, aparece en A, D*, K, P, 451, 1739*, 1877, 1984, 2492, it$^{d, dem, div, e, gig}$, vg^{cl}, syr^{p}, cop^{bomas}, Atanasio, Ambrosio, Crisóstomo^{lat}, Cirilo, Efrain, Eutilio, Teodoreto.

Otra alternativa de lectura contiene ὑμῶν, *de nosotros*, atestiguada en א, D^{c}, 33, 81, 88, 1º4, 181, 326, 330, 436, 629, 630, 1241, 1739^{c}, 1881, 1962, 2127, 2495, *Lec. Biz.* It$^{ar, c, f, t, x, z}$, vg^{ww}, syr$^{h, pal}$, cop$^{sa, bomas}$, arm, Atanasio, Dídimo, Macario, Crisóstomo, Juan Damasceno.

Con el versículo alcanza la conclusión de la argumentación sobre el sacerdocio de Cristo, donde escribe: πόσῳ, caso dativo neutro singular del adjetivo interrogativo, que realmente se usa como adverbio interrogativo *cuanto*, o incluso como pronombre interrogativo en interrogativas directas e indirectas, si bien en este caso debiera convertirse en una expresión admirativa en lugar de interrogativa: *¡Cuánto más!*; μᾶλλον, adverbio comparativo *más*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*; αἷμα, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *sangre*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*, que no se usa en la construcción castellana por determinar a nombre propio; Χριστοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Cristo*; ὃς, caso nominativo masculino singular del pronombre relativo *el que*; διὰ, preposición de genitivo *por medio de*; πνεύματος, caso genitivo neutro singular del nombre *espíritu*, posiblemente nombre propio referido al Espíritu Santo; αἰωνίου, caso genitivo neutro singular del adjetivo *eterno*; ἑαυτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre reflexivo *a sí mismo*; προσήνεγκεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo προσφέρω, *ofrecer, presentar*, aquí como *ofreció*; ἄμωμον, caso acusativo masculino singular del adjetivo *irreprochable, intachable*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*, no utilizable en castellano al preceder a nombre propio; Θεῷ, caso dativo masculino singular del nombre declinado *a Dios*; καθαριεῖ, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo καθαρίζω, *purificar, limpiar, declarar puro*, aquí como *purificará*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; συνείδησιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *conciencia*; ἡμῶν, caso genitivo plural del

pronombre personal declinado *de vosotros*; ἀπὸ, preposición de genitivo *de*; νεκρῶν, caso genitivo neutro plural del adjetivo *muertos*; ἔργων, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *acciones, trabajos, obras*; εἰς, preposición de acusativo *para*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; λατρεύειν, presente de infinitivo del verbo λατρεύω, *servir, servir en el culto*; Θεῷ, caso dativo masculino singular del nombre declinado *a Dios*, ζῶντι, caso dativo masculino singular con el participio de presente en voz activa del verbo ζάω, *vivir, estar vivo,* aquí como *que vive.*

Considerados los rituales de la purificación ceremonial, se alcanza la conclusión definitiva en base al sacrificio perfecto de Cristo. De tal manera que si aquellas actividades sacrificiales y de lavamientos, siendo imperfectos como se manifiesta la necesidad de reiteración de los mismos, permitían la limpieza ceremonial de la contaminación legal, mucho más el sacrificio perfecto de Jesús, que limpia la conciencia alcanzará una definitiva perfección.

Πόσῳ μᾶλλον τὸ αἷμα τοῦ Χριστου. Aunque en el texto griego la presencia del adjetivo interrogativo demanda establecer una pregunta retórica que debe ser respondida por el lector, tal vez sería mejor, ya que se trata de una contundente conclusión establecer la frase bajo signos de admiración: *¡Cuánto más la sangre de Cristo!* El argumento alcanza una conclusión de mayor a menor. Por un lado está la sangre de Cristo que tiene un valor infinito y purifica eternamente a los que por Él se acercan a Dios, y por otro, el mismo Cristo que se ofrece a sí mismo voluntariamente en sacrificio, contrastando con las víctimas de los sacrificios que eran llevadas forzadamente al sacrificio.

No cabe duda alguna que quien se ofreció es Jesucristo (Jn. 10:11, 15, 17, 18). Tras la entrega está el cumplimiento de la profecía del siervo que ofrece su vida en expiación por muchos (Is. 53:11). Esta es a la ofrenda que se está refiriendo el autor de la Epístola (v. 28). La expresión τὸ αἷμα, *la sangre* debe entenderse en sentido de la muerte sacrificial del Salvador, que entrega su vida, que simbólicamente está representada en la sangre.

Ὃς διὰ Πνεύματος αἰωνίου ἑαυτὸν προσήνεγκεν. Nuestro Señor Jesucristo se ofreció *"mediante el Espíritu eterno"*. En la interpretación de la expresión hay notables diferencias entre los exegetas. Algunos entienden que se trata de Su propio espíritu personal, en cuanto a Persona Divina, que por esa condición es también eterno. En este caso sería una referencia a la disposición de Su espíritu personal que acepta y asume la responsabilidad de entregar su vida en conformidad con lo que se establecía en el Plan de Redención, a favor y para la redención de los pecadores. El Πνεύματος αἰωνίου, *Espíritu eterno*, aparece sin artículo en el original, lo que favorece la interpretación de estar refiriéndose al Espíritu Santo. Como Persona Divina le corresponde exclusivamente el calificativo de *eterno.* El Espíritu Santo condujo toda la

acción mesiánica de Jesucristo, tal como había sido profetizado: *"He aquí mi siervo yo le sostendré; mi escogido en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre Él mi Espíritu; Él traerá justicia a las naciones"* (Is. 42:1). La acción santificante que el Espíritu hizo en relación con Jesús no sólo tuvo que ver con su nacimiento, sino que continuó con su vida e incluso con su muerte (Jn. 3:34), lo que sería la interpretación correcta para el versículo que se está considerando.

Se aprecia también la voluntariedad de la ofrenda, ya que ἑαυτὸν προσήνεγκεν, *"se ofreció a Sí mismo"*. Las víctimas de la antigua dispensación, aunque animales, no se ofrecían voluntariamente, sino que eran llevadas al sacrificio. En contraste, la ofrenda de la vida de Jesús, fue absolutamente voluntaria (Jn. 10:11, 15, 17, 18). El mismo Señor dijo que *para eso había venido* (Jn. 4:34; 6:38). La entrega voluntaria alcanza una expresión admirable en Getsemaní, donde se evidencia la sumisión a la voluntad divina (Lc. 22:42). La misma Epístola relaciona la humanidad de Cristo con la muerte por el pecado (2:14).

Las ofrendas y sacrificios de la antigua dispensación sólo podían llevarse a cabo con animales que no tuviesen defecto alguno (Ex. 29:1; Lv 1:3, 10). La inmaculada condición de Cristo se expresa en el plano de la absoluta superioridad sobre cualquier otro ser ya que quien se ofreció voluntariamente lo hizo también ἄμωμον τῷ Θεω *"sin mancha a Dios"*. El Cordero de Dios *"nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca"* (Is. 53:9). Jesucristo es impecable, por su condición divino-humana. El pecado nunca afectó a Jesús. Sobre este asunto se han hecho varias consideraciones en el comentario, baste con recalcar aquí que la impecabilidad se establece primeramente en el hecho de la entrega voluntaria en obediencia al Padre para llevar a cabo su misión salvífica (Ef. 2:6-11). Una entrega voluntaria a Dios es la imposibilidad absoluta de pecar, ya que el pecado es el rechazo de Dios como Dios. Es la contradicción a Dios desde la base de nuestro yo absolutista, de modo que en la unión absoluta del Hijo con el Padre (Jn. 14:11), queda ya excluida tota posibilidad de pecar. El no poder pecar en Cristo descansa también en el hecho de que el *sujeto de atribución* de las acciones de su naturaleza humana es la Persona Divina del Hijo, por tanto cuanto pudiera haber hecho contrario a la voluntad divina, repercutiría en el sujeto único que hay en Jesús y que siendo una Persona Divina, no puede pecar. Sobre todo, debe considerarse la impecabilidad de Cristo en relación con la unión hipostática. El hecho real de que Jesús no cometió pecado es una afirmación específica del Nuevo Testamento. Que el que es *sin pecado* e *incontaminado*, participase de nuestra situación de pecadores para rescatarnos de ella, no significa que el pecado imputado contaminase al Salvador. El que es bendito como Hijo, se responsabilizó de nuestra condición de malditos, para que cayendo sobre Él

nuestra maldición, nosotros pudiésemos ser hechos benditos de Dios en Él (Ro. 8:3; 2 Co. 5:21; Gá. 3:13). Es necesario entender que en Jesucristo debe mantenerse la *impecancia*, es decir, la carencia real de pecado, tanto como la *impecabilidad*, que es la imposibilidad de pecar. Este es el resultado de la unión hipostática, que lleva necesariamente a la unidad de voluntad con el Padre y de las determinaciones de su naturaleza humana que por ser la naturaleza humana del Hijo, esté en comunión y sintonía absoluta de deseo y voluntad con la del Padre. Es necesario entender bien que las naturalezas son los principios de los que proceden las acciones, pero el sujeto al que deben atribuirse la responsabilidad final es la persona, que les confiere el último y definitivo sentido de la acción. El Hijo no podía, como sujeto de acción, ponerse en contradicción absoluta con su santidad inmanente, por tanto no hubiera podido pecar sin negarse a sí mismo, que equivaldría a negar su propio ser y relación filial en el Ser Divino. Por tanto, la santidad de Cristo es resultante de su constitución personal como Hijo. Esta relación se afirma por medio de su naturaleza divina, tanto como por medio de su naturaleza humana. En Jesús está presente la santidad precedente y constituyente de su propia Persona. Al ser el Hijo de Dios encarnado, en cuanto a que es Dios, la santidad le es propia. El relato de la anunciación le declara ya santo (Lc. 1:35). A lo largo de su historia humana, es también santificado por el Espíritu Santo, en su concepción, decurso de vida humana, sacrificio redentor y resurrección. Este es el concepto que se expresa en la Epístola en una sola palabra: *inmaculado* o *sin mancha*. En la Cruz era santísimo, igual que antes de encarnarse, y como lo es también ahora glorificado. Este santísimo Hijo en su naturaleza humana, se ofreció a Dios, en el sentido de pagar la deuda por el pecado contraída ante la justicia divina.

El resultado de esa obra trae una consecuencia definitiva: καθαριεῖ τὴν συνείδησιν ἡμῶν ἀπὸ νεκρῶν ἔργων εἰς τὸ λατρεύειν Θεῷ ζῶντι, *"limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo"*. La conciencia del salvo queda limpia de obras muertas. La sangre de Cristo purifica al pecador en lo íntimo y no en lo externo, como ocurría con los ceremoniales de la antigua alianza, dándole una dotación de vida nueva en Cristo, donde la conciencia acusadora queda despojada del elemento de acusación (Ro. 8:1). Las obras muertas son todas aquellas acciones de aspecto ceremonial y ritual que se viven fuera de la conducción del Espíritu. Esta limpieza permite al creyente *servir* a Dios. De nuevo se utiliza aquí el verbo servir[15], que tiene connotaciones con servir en culto a Dios, pudiendo traducirse como *rendir culto*. El culto del creyente ya no es conducido por normas legales sino por el Espíritu (Jn. 4:23, 24). Esa es la razón por la que no aparece en el Nuevo Testamento la *forma* práctica de cómo realizar el culto. Los sistemas y las formas cúlticas o cultuales son aspectos litúrgicos establecidos por los

---

[15] Griego λατρεύω.

creyentes para hacerlas más ordenadas, expresivas, o reglamentadas, pero, aunque es necesario un orden en el culto congregacional, la enseñanza del Nuevo Testamento no impone formas para llevarlo a cabo, salvo la dependencia del Espíritu y la comunión con Cristo. Lo que el ceremonial del antiguo pacto era incapaz de obtener, una conciencia limpia que le permitiera entrar en el santuario para servir a Dios, se alcanza en el Nuevo Pacto por la obra de Cristo. El creyente, libre de esclavitud, rinde culto a Dios sirviéndole en cualquier medida. El culto por tanto no es una *actividad*, sino una *actitud*. De ahí que el apóstol Pablo hable de culto como de la entrega incondicional y sin reservas del creyente a Dios, ofreciéndole el servicio mediante la expresión corporal en sus muchas formas (Ro. 12:1).

El creyente en el Nuevo Pacto debe entender que está sirviendo, rindiendo culto al *Dios vivo*, o al *Dios viviente*. Esto indica la capacidad operativa de Dios. Si es vivo puede actuar, en contraste con los ídolos que son, en ellos mismos inoperantes por ser dioses muertos. En razón de que puede actuar, debe reverenciársele por su santidad (10:31). Debe entenderse que Dios se opone al pecado, por tanto, su disciplina puede alcanzar altas cotas con el pecado voluntario del cristiano (10:26). Es necesario comprender claramente que nuestro Dios santo, está en comunión con un pueblo santo.

El Mediador del Nuevo Pacto (9:15-18).

15. Así que, por eso es mediador de un nuevo pacto para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna.

Καὶ διὰ τοῦτο διαθήκης καινῆς μεσίτης ἐστίν, ὅπως θανάτου
Y por causa de esto de pacto nuevo mediador es, de modo que de muerte
γενομένου εἰς ἀπολύτρωσιν τῶν ἐπὶ τῇ πρώτῃ διαθήκῃ παραβάσεων
ocurrida para redención de las contra el primer pacto transgresiones
τὴν ἐπαγγελίαν λάβωσιν οἱ κεκλημένοι τῆς αἰωνίου
la promesa reciban los que han sido llamados de la eterna
κληρονομίας.
herencia.

Notas y análisis del texto griego.

Se introduce un nuevo párrafo en el que se considera al mediador del Nuevo Pacto, en el que se lee καὶ, conjunción copulativa *y*; διὰ, preposición de acusativo *por causa de*; τοῦτο, caso acusativo neutro singular del pronombre demostrativo *esto*; διαθήκης, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de alianza, de promesa, de testamento, de pacto*; καινῆς, caso genitivo femenino singular del adjetivo, *nuevo, no usado*; μεσίτης, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *mediador, garante*; ἐστίν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz

activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *es*; ὅπως, conjunción que equivale a *de modo que, a fin de que, para que*; θανάτου, caso genitivo masculino singular del sustantivo declinado *de muerte*; γενομένου, caso genitivo masculino singular del participio aoristo segundo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, empezar a existir, hacerse, ser hecho, suceder, ocurrir*, aquí como *ocurrida*; εἰς, preposición de acusativo *para*; ἀπολύτρωσιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *redención*; τῶν, caso genitivo femenino plural del artículo determinado declinado *de las*; ἐπὶ, preposición de dativo *contra*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; πρώτῃ, caso dativo femenino singular del adjetivo numeral ordinal *primera*; διαθήκῃ, caso dativo femenino singular que denota *alianza, promesa, testamento, pacto*; παραβάσεων, caso genitivo femenino plural del sustantivo que denota *desobediencia, transgresiones*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἐπαγγελίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *promesa*; λάβωσιν, tercera persona plural del aoristo segundo de subjuntivo en voz activa del verbo λαμβάνω, *tomar, coger, agarrar, recibir, aceptar,* aquí como *reciban*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; κεκλημένοι, caso nominativo masculino plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo καλέω, *llamar*, aquí como *han sido llamados*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; αἰωνίου, caso genitivo femenino singular del adjetivo *eterna*; κληρονομίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *herencia, posesión.*

Καὶ διὰ τοῦτο διαθήκης καινῆς μεσίτης ἐστίν. El desarrollo del tema introduce, lo que ya se citó antes, sobre Cristo como mediador del Nuevo Pacto. El sacrificio de Cristo es la base de la mediación. Jesús es el mediador conforme a la profecía de Jeremías, cuya referencia apareció antes (8:8). El pecador que cree entra en los vínculos del Nuevo Pacto porque Cristo pagó el precio para liberarlo de su pecado. Dios puso a Cristo como propiciación para manifestar su justicia (Ro. 3:25). Moisés fue mediador de la antigua alianza, como Cristo lo es de la nueva. El Nuevo Pacto es definitivamente superior al antiguo porque descansa en mejores promesas (8:6). Se constituye bajo una mejor promesa de Dios a Su pueblo: *"porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado"* (Jer. 31:34). Este Nuevo Pacto es posible y se hace efectivo porque descansa sobre la muerte de Cristo. Cristo mismo ha establecido la ordenanza de la Cena del Señor, en la que se hace mención expresa a esto en la institución: *"Y les dijo: Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada"* (Mr. 14:24). El apóstol Pablo en la formulación de la ordenanza del Partimiento del Pan, en la primera Carta a los Corintios escribe también: *"Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de Mí"* (1 Co. 11:25).

El segundo aspecto que se destaca en el versículo tiene que ver con la remisión de las transgresiones: ὅπως θανάτου γενομένου εἰς ἀπολύτρωσιν τῶν ἐπὶ τῇ πρώτῃ διαθήκῃ παραβάσεων, *"Para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto".*

La primera alianza proveía de un sistema sacrificial para los pecados de aquellos que quebrantaban la Ley. Ésta era parte integral del pacto con los descendientes de Abraham. Las transgresiones suponían el quebrantamiento de aquella ley que regulaba el funcionamiento de la vida de quienes estaban incorporados al pacto del que Moisés fue mediador. En base al sistema imperfecto de la antigua dispensación, debían repetirse continuamente los sacrificios a causa de la reiteración del quebrantamiento de la Ley. En contraste, el sacrificio de Cristo cubre todos los pecados (Ro. 3:25), tal como se había anunciado en la profecía sobre el Nuevo Pacto: *"porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado"* (Jer. 31:34). La muerte sustitutoria de Cristo libera a los que están en el Nuevo Pacto de la responsabilidad penal por el pecado (Ro. 8:1). El sacrificio de Cristo tuvo como propósito la *"remisión de pecados"* (Mt. 26:28). Jesús mismo da la significación y alcance de la ordenanza. La copa es una metonimia del sujeto, al ponerse éste en lugar de algo que le pertenece, en este caso el continente por el contenido. Esta figura es muy habitual, de manera que se dice siempre "bebo un vaso de agua", cuando realmente lo que se bebe es el agua del vaso. En este sentido cuando se habla de la copa, se está significando el vino contenido en ella. El Señor afirma que el vino de la copa es el símbolo de su sangre en el nuevo pacto. El concepto de Nuevo Pacto es sumamente importante, como ya se ha considerado. Es el pacto que había de sustituir a las obras (Is. 61:8; Jer. 31:31-34). El nuevo pacto es mejor que el mosaico, no moralmente, sino en cuanto a eficacia (He. 7:19; Ro. 8:3, 4). El nuevo pacto está establecido sobre mejores promesas que lo hace incondicional. En el pacto mosaico Dios decía *"Si guardaréis"* (Ex. 19:5), en el nuevo pacto Dios dice: *"Yo haré"* (He. 8:10-12). En el pacto mosaico, la obediencia era producida por el temor (2:2; 12:25-27). En el nuevo es el resultado de una obra del Espíritu Santo que produce una mente y corazón voluntarios en identificación con Cristo (8:10). El nuevo pacto garantiza el completo olvido de los pecados, dejando al creyente exento de toda responsabilidad penal (Ro. 8:1; He. 8:12; 10:17). El nuevo pacto ofrece el descanso de una redención totalmente consumada (Mt. 26:27, 28; 1 Co. 11:25; He. 9:11-12, 18-23). Ese nuevo pacto garantiza también la salvación futura de Israel (Jer. 31:31-40). La sangre derramada garantiza el nuevo pacto que es incondicional. La frase de Cristo puede ser parafraseada de este modo *"Esta copa es el nuevo pacto y me cuesta la sangre"*. El simbolismo de la ordenanza es concreto. Pan y vino fue usado en el Antiguo Testamento para simbolizar las provisiones de Dios para su pueblo. El vino es usado en el Antiguo Testamento como símbolo de alegría y gozo en la manifestación del reino mesiánico. En la copa, entendiendo el vino contenido en ella que es el verdadero símbolo, Jesús enfatiza que su sangre es la base para el Nuevo Pacto. El énfasis está primariamente en la sangre derramada. Con la sangre vertida está el simbolismo de la vida puesta en precio de redención (Lv. 17:11). La nueva alianza es la realidad profética anunciada antes (Jer. 31:31-34), en donde Dios promete el

perdón de los pecados. Sin el derramamiento de sangre no hay remisión de pecados (He. 9:22; cf. Ef. 1:7), asunto esencial para una nueva relación del pecador con Dios. La reconciliación con Dios exige la sangre de un sacrificio expiatorio por el pecado y, puesto que el hombre es incapaz de ofrecer tal sacrificio, se requiere uno sustitutorio, aceptado por fe (Is. 53:6, 8, 10, 12; Mt. 20:28; Mr. 10:45; Jn. 3:16; 6:51; Ro. 4:25; 8:32; 2 Co. 5:20, 21; Gá. 2:20; 3:13; 1 P. 2:24). Por esa razón Jesús dice que la copa representa o simboliza Su sangre vertida que permite el establecimiento del Nuevo Pacto. De otro modo, el pacto necesita de sangre para hacerse efectivo. Con este Nuevo Pacto, Dios da por terminado el tiempo de la Ley, y con ello finaliza el antiguo pacto mosaico. Los que participan del vino puesto en la copa, expresan su pertenencia al Nuevo Pacto, y lo hacen recordando la sangre derramada por el Salvador, que hace posible la incorporación a este convenio que Dios establece incondicionalmente y del que hace partícipe a todo el que recibe a su Hijo como Salvador, por medio de la fe.

Los rituales y ceremonial de la antigua alianza, con sus sacrificios y demás operaciones no podían limpiar la conciencia de pecado, es decir, no producía una auténtica satisfacción y dotación de una vida nueva. Más bien era ocasión para una seducción del pecado (Ro. 7:11). Es por la muerte de Cristo y no por su vida que se hace nuestro sustituto y se convierte en sacrificio expiatorio por nuestros pecados. La impecabilidad de Cristo hace que su vida sea apropiada para ser el sacrificio por el pecado, pero sólo con su muerte se hace eficaz.

Τὴν ἐπαγγελίαν λάβωσιν οἱ κεκλημένοι. El versículo atiende también a los beneficiarios en el Nuevo Pacto, a quienes califica como *"los llamados"*. Estos son los que ha sido objeto del llamamiento celestial, porque son escogidos en Cristo (Ef. 1:4). Se está refiriendo, pues, a los salvos que son aquellos a quienes el Padre llama a salvación (Ro. 8:30). El llamado del Padre es condición indispensable para que el pecador acuda a Cristo. El mismo Señor dijo: *"Ninguno puede venir a mi, si el Padre que me envió no le trajere"* (Jn. 6:44). El que es traído, ciertamente llega y aquel a quien el Padre trae, el Hijo salva. Estos salvos que lo son por gracia mediante la fe, son los llamados que pasan a disfrutar de las bendiciones del Nuevo Pacto.

El versículo considera de la misma manera el beneficio alcanzado: τὴν ἐπαγγελίαν λάβωσιν… τῆς αἰωνίου κληρονομίας, *"reciban la promesa de la herencia eterna"*. La promesa se hereda como don gratuito en base a la muerte del Mediador (6:12). Los israelitas fueron herederos de las promesas dadas a Abraham, que heredó la tierra de Canaán (11:8), aun cuando nunca la hubiera poseído durante su vida. El pueblo de Israel heredó lo mismo, como Dios mismo dijo: *"Pero a vosotros os he dicho: Vosotros poseeréis la tierra de*

ellos, y yo os la daré para que la poseáis por heredad, tierra que fluye leche y miel. Yo Jehová vuestro Dios, que os he apartado de los pueblos" (Lv. 20:24). ¿En qué sentido debe entenderse en el versículo de la Epístola el término *herencia*? Es aquello que se identifica con el objeto de la promesa aunque no se hubiera hecho efectiva (6:15; 11:33). La característica de la herencia en el Nuevo Pacto es su eternidad. La herencia que Dios otorga en la nueva alianza es eterna, como consecuencia natural de un Nuevo Pacto que es también eterno. Las promesas de tierra y posesión dadas a los del antiguo pacto son siempre temporales. No cabe duda que Dios cumplirá con ellos las promesas incumplidas aún y lo hará en el reino milenial de Jesucristo, pero, una vez cumplidas esas promesas, el pueblo de Dios, que es uno sólo al haberse derribado por la muerte de Jesús la pared intermedia de separación y creado en Él mismo un solo y nuevo hombre haciendo la paz (Ef. 2:14-15), disfrutará de las promesas eternas del Nuevo Pacto en el reino eterno de Dios. Esto es posible porque el sacrificio de Jesús ha provisto de eterna salvación (5:9).

16. Porque donde hay testamento es necesario que intervenga muerte del testador.

Ὅπου γὰρ	διαθήκη,	θάνατον	ἀνάγκη	φέρεσθαι	τοῦ	διαθεμένου·
Porque donde	pacto	muerte	necesidad	ser producida	de lo	pactado.

Notas y análisis del texto griego.

Continua el tema comenzado en el versículo anterior con ὅπου, adverbio relativo indefinido de lugar *donde*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al adverbio y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; διαθήκη, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *pacto, testamento, alianza*; θάνατον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *muerte*; ἀνάγκη, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *necesidad, obligación, fuerza*; φέρεσθαι, presente de infinitivo en voz pasiva del verbo φὲρω, *llevar, traer, arrastrar, producir,* aquí como *ser producida*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; διαθεμένου, caso genitivo masculino singular del participio aoristo segundo articular en voz media del verbo διατίθεμαι, *disponer, establecer, otorgar*, en el sentido de *otorgar o establecer un pacto*, aquí como *pactado*.

Una notoria dificultad surge en las traducciones del texto griego, al cambiar el significado de la palabra *pacto*, por la de *testamento*, siendo la misma en los dos versículos. El versículo puede traducirse de la siguiente manera: Ὅπου γὰρ διαθήκη, θάνατον ἀνάγκη φέρεσθαι τοῦ διαθεμένου, *"Porque donde hay pacto es necesario que se produzca muerte que confirma el pacto"*. Otra traducción es la propuesta por Ryrie: *"Porque donde hay pacto, es menester que conste la muerte de aquello sobre lo que se estipuló el pacto"*, esta es casi una paráfrasis del versículo, pero está dando el

sentido de lo que se expresa en el texto griego. La Biblia Textual tiene, posiblemente, la mejor traducción, por lo menos la más ajustada al texto griego: *"Porque donde hay un pacto, es necesario que intervenga la muerte de lo pactado"*. La palabra *testamento*[16], es la misma que la empelada para *pacto* en el versículo anterior. La voz griega que tiene la misma raíz del verbo[17] que tiene la equivalencia de *repartir* o *distribuir*. El sentido etimológico fundamental es el de disponer, organizar, poner en orden. En el sentido traslaticio equivale a *reglamentar, convenir, disponer los bienes* bien sea por venta o incluso por testamento. Pero en el uso bíblico de la palabra en los LXX no significa nunca *testamento*, sino *pacto* (cf. Ex. 19:3-5; 24:7-8; Nm. 18:19; 25:12.13; 2 R. 11:17; Is. 42:6-7; Jer. 31:31; Ez. 37:26; Mal. 2:4-6). Los usos de esta palabra en el Nuevo Testamento pueden ser analizados de la siguiente manera[18]: 1) Para expresar una promesa o compromiso divino o humano (cf. Gá. 3:15). 2) Para referirse a una promesa o compromiso de parte de Dios (cf. Lc. 1:72; Hch. 3:25; Ro. 9:4; 11:27; Gá. 3:17; Ef. 2:12; He. 7:22; 8:6, 8, 10; 10:16). 3) En sentido de un pacto, un compromiso mutuo entre Dios e Israel, descrito como un mandamiento (cf. He. 7:18; 8:9; 9:20). 4) Por metonimia para referirse al registro del pacto (cf. 2 Co. 3:14; He. 9:4). 5) Para denotar la base establecida por la muerte de Cristo sobre la que se consigue la salvación de los hombres (cf. Mt. 26:28; Mr. 14:24; Lc. 22:20; 1 Co. 11:25; 2 Co. 3:6; He. 10:29; 12:24; 13:20). No existe, por tanto, razón alguna para variar la traducción de la palabra en el versículo y verterla al español como *testamento*, cambiando así el sentido de *pacto*.

El escritor se refiere a la confirmación del pacto cuando escribe: ὅπου γὰρ διαθήκη, θάνατον ἀνάγκη φέρεσθαι τοῦ διαθεμένου, *"porque donde hay pacto es necesario que intervenga muerte"*. En la concertación de un pacto se acostumbraba a sacrificar una víctima, como ocurrió en el concertado con Abraham, en donde Dios mandó que una becerra de tres años, una cabra de tres años, una tórtola y un palomino, fueron sacrificados y partidos por la mitad y puestos cada parte frente a la otra, pasando Dios, que se hizo visible en una antorcha de fuego por medio de los animales divididos y dice el texto bíblico que : *"En aquel día hizo Jehová un pacto con Abraham"* (Gn. 15:9-18). Una referencia semejante se encuentra en la amonestación de Dios a su pueblo, por medio de Jeremías, en donde se habla de un pacto establecido y de la confirmación mediante el paso del pueblo por entre las partes en que se dividió un becerro (Jer. 34:17-18). El que hacía un pacto lo concertaba por medio de una vida. Es preciso que como en los pactos antiguos se sacrificaba una víctima

[16] Griego διαθήκη.
[17] Griego διατίθεμαι.
[18] Tomado de W. E. Vine. *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento.* Editorial Clie. Terrassa, 1988.

para confirmarlo, así también en el Nuevo Pacto se establece la confirmación mediante el sacrificio personal de Cristo, el Cordero de Dios, en cuya sangre se confirma el pacto. Cristo no murió para que pudiera transmitirse una herencia a unos herederos, en cuyo caso en lugar de pacto debiera leerse *testamento*, sino que la víctima es *"mediador de un nuevo pacto"* (v. 15), que es el sentido general de todo el contexto próximo. El hilo de versículo anterior protege sin interrupción en el presente.

El condicionante de una traducción que equivale a *testamento*, trae una seria consecuencia y es que ha de traducirse la segunda cláusula en consonancia con la primera, como ocurre en RV: *"es necesario que intervenga la muerte del testador"*. Aquí se complica aún más el sentido interpretativo del versículo, ya que el sustantivo *testador*, es el genitivo del participio segundo del aoristo articular en voz media del verbo[19] considerado antes. El autor del Nuevo Pacto es el Padre, por tanto, sería teológicamente un error -incluso una herejía- además de una imposibilidad absoluta que se produjese la muerte del testador, que sería Dios el Padre. Si se refiriese a la muerte de Cristo, no hubiera sido posible la distribución de lo estipulado en el testamento porque *el testador*, cuya muerte sería precisa para que entrasen los herederos en la disposición testamentaria, resucitó de los muertos y está vivo, lo que impediría la transmisión de la herencia como consecuencia de la muerte del testador.

La conclusión interpretativa a la que debe llegarse es que ha de traducirse la palabra por *pacto* y no por *testamento*. La muerte no se refiere al testador, sino a la víctima que es inmolada para la formalización del pacto. En este sentido concuerda plenamente con la muerte de Cristo como *garante* y *mediador* del Nuevo Pacto, sustentado en *su sangre* (Lc. 22:20). El texto debe entenderse así:῞Οπου γὰρ διαθήκη, θάνατον ἀνάγκη φέρεσθαι τοῦ διαθεμένου, *"Porque donde hay pacto es menester que conste la muerte de aquello sobre lo que se estableció"*.

17. Porque el testamento con la muerte se confirma, pues no es válido entre tanto que el testador vive.

διαθήκη γὰρ ἐπὶ νεκροῖς βεβαία, ἐπεὶ μήποτε ἰσχύει ὅτε ζῇ ὁ
Porque pacto sobre muertas firme, ya que nunca es válido cuando vive el
διαθέμενος.
que establece un pacto.

Notas y análisis del texto griego.

[19] Griego διατίθεμαι.

Continuando con el mismo tema de los versículos anteriores, escribe: διαθήκη, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *alianza, convenio, pacto*; seguido de γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al sustantivo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ἐπὶ, preposición de dativo *sobre*; νεκροῖς, caso dativo masculino plural del adjetivo *muertos*; βεβαία, caso nominativo femenino plural del adjetivo *válido, firme*; ἐπεὶ, conjunción causal, *puesto que, porque, ya que, de otra manera*; μήποτε, es un adverbio que se usa en cláusulas negativas de propósito, que equivale a *nunca, jamás*; ἰσχύει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἰσχύω, *ser fuerte, estar sano, servir, valer,* aquí como *es válido*; ὅτε, conjunción subordinada *cuando*; ζῇ, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ζάω, *vivir,* aquí como *vive*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; διαθέμενος, caso nominativo masculino singular del participio aoristo segundo en voz media del verbo διατίθεμαι, *hacer una alianza, establecer un pacto*, aquí como *que establece un pacto.*

Reafirmando el sentido dado en el versículo anterior, el escritor dice que un pacto se hace firme con la muerte de la víctima confirmatoria. El problema surge, como en el versículo anterior, si se traduce *testamento*, en lugar de *pacto*, lo que implicaría que mientras el testador viva no es posible la transmisión del testamento a sus herederos o destinatarios. Sin embargo, volviendo al sentido del contexto y usando el término como *pacto*, el escritor dice que todo pacto se confirma con un sacrificio. Los pactos del Antiguo Testamento a que se hacen referencia en la Epístola, se establecieron con sacrificios. Así ocurrió con el abrahámico y también con el sinaítico (Ex. 24:4-8). La referencia en el escrito es a ambos, de ahí que el Nuevo Pacto, siguiendo el argumento, necesita establecerse también sobre un sacrificio, que en este caso, al ser el sacrificio de Cristo, en único y perfecto (7:27). Añadiendo los complementos necesarios al texto griego para expresar la plenitud de la idea, la traducción del versículo sería: διαθήκη γὰρ ἐπὶ νεκροῖς βεβαία, ἐπεὶ μήποτε ἰσχύει ὅτε ζῇ ὁ διαθέμενος, *“porque el pacto sobre víctimas muertas es firme, ya que nunca tiene valor cuando vive la víctima sobre la que se establece”*. Esta idea coincide plenamente con la enseñanza general del Nuevo Pacto, que se establece en la *sangre* de Cristo, por tanto no era posible hacerlo efectivo entre tanto que la victima, el Cordero de Dios, viviese. El Nuevo Pacto es firme porque ha sido sacrificada la victima que lo establece.

18. Donde ni aun el primer pacto fue instituido sin sangre.

ὅθεν	οὐδὲ	ἡ	πρώτη	χωρὶς	αἵματος	ἐγκεκαίνισται·
Por lo cual	ni	el	primer	sin	sangre	ha sido inaugurado.

Notas y análisis del texto griego.
Siguiendo la argumentación establece: ὅθεν, adverbio *de donde, de que lugar, por lo cual*; seguido de la conjunción οὐδε, *ni*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; πρώτη, caso nominativo femenino singular del adjetivo

numeral ordinal *primera*; χωρὶς, preposición de genitivo *aparte de, sin, separado de*; αἵματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *sangre*; ἐγκεκαίνισται, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz pasiva del verbo ἐγκαινίζω, *inaugurar,* aquí como *ha sido inaugurado.*

Ὅθεν οὐδὲ ἡ πρώτη χωρὶς αἵματος ἐγκεκαίνισται. El mismo hilo conductor continúa en el texto. La primera alianza se instituyó con sangre. El pacto expresado en la Ley y desarrollado en todas las leyes ceremoniales que la integraban, fue dado a conocer por Moisés a todo el pueblo de Israel. El pueblo aceptó el compromiso de obedecer a todo lo que Dios había establecido (Ex. 24:3). Por lo que se edificó un altar y se ofrecieron holocaustos, como sacrificios de paz (Ex. 24:5). La sangre de aquellos sacrificios fue rociada por Moisés hacia el pueblo, como *"la sangre del pacto que Jehová ha hecho con vosotros sobre todas estas cosas"* (Ex. 24:8). Lo que el pacto requería no era la muerte del pactante, sino de la víctima que confirmaba el pacto. Moisés roció las normas del pacto con la sangre del sacrificio de expiación (v. 19). Rociar la sangre del sacrificio hacia el pueblo, era un modo de expresar la consolidación del pacto que los introducía bajo sus condiciones (Ex. 24:3-8).

La purificación por el sacrificio perfecto de Cristo (9:19-28).

19. Porque habiendo anunciado Moisés todos los mandamientos de la ley a todo el pueblo, tomó la sangre de los becerros y de los machos cabríos, con agua, lana escarlata e hisopo, y roció el mismo libro y también a todo el pueblo.

λαληθείσης γὰρ πάσης ἐντολῆς κατὰ τὸν νόμον ὑπὸ Μωϋσέως
Porque habiendo sido hablado todo mandamiento según la ley por Moisés
παντὶ τῷ λαῷ, λαβὼν τὸ αἷμα τῶν μόσχων[1] καὶ τῶν τράγων
a todo el pueblo, tomó la sangre de los becerros y de los machos cabríos
μετὰ ὕδατος καὶ ἐρίου κοκκίνου καὶ ὑσσώπου αὐτό τε τὸ βιβλίον
con agua y lana escarlata e hisopo y él el libro
καὶ πάντα τὸν λαὸν ἐρράντισεν
y a todo el pueblo roció.

Notas y análisis del texto griego.

Critica textual. Lecturas alternativas.

[1] μόσχων καὶ τῶν τράγων, *becerros y de los machos cabríos*, atestiguada en א, A, C, 81, 326, 436, 451, 629, 2492, cop^{sa}, Eutilio, Teodoreto.

τράγων καὶ τῶν μόσχων, *machos cabríos y de los becerros*, como figura en D, 365, it$^{d, e}$.

Una tercera alternativa: μόσχων καὶ τράγων, *becerros y machos cabríos*, en P, 33, 88, 104, 330, 614, 630,1962, 2127, *Lect. Biz.* Cop[bo, fay], Teodoreto, Juan Damasceno. Otra lectura: μόσχων, *becerros*, atestiguada en **p**[46], ℵ[c], K, L, Ψ, 181, 1241, 1739, 1877, 1984, 1985, 2495, syr[p, h, pal], Orígenes, Crisóstomo.

Continúa con el tema anterior escribiendo: λαληθείσης, caso genitivo absoluto femenino singular del participio aoristo primero en voz pasiva del verbo λαλέω, *hablar, decir*, aquí como *habiendo sido hablado*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al verbo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; πάσης, caso genitivo femenino singular del adjetivo *todo*; ἐντολῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *mandamiento, orden, instrucción*; κατὰ, preposición de acusativo *según, conforme a*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; νόμον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *ley*; ὑπὸ, preposición de genitivo *por*; Μωϋσέως, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Moisés*; παντὶ, caso dativo masculino singular del adjetivo declinado *a todo*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; λαῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo que denota *pueblo*; λαβὼν, caso nominativo masculino singular del participio aoristo segundo en voz activa del verbo λαμβάνω, *tomar, recibir,* aquí como *tomó*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; αἷμα, caso acusativo neutro singular del sustantivo *sangre*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; μόσχων, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *becerros*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; τράγων, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *machos cabríos*; μετὰ, preposición de genitivo, *con*; ὕδατος, caso genitivo neutro singular del sustantivo *agua*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐρίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *lana*; κοκκίνου, caso genitivo neutro singular del adjetivo *escarlata*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὑσσώπου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *hisopo*; αὐτό, caso acusativo neutro singular del pronombre personal *él*; τε, partícula conjuntiva, que puede construirse sola, pero generalmente está en correlación con otras partículas, que tiene muchas veces el sentido de *y,* en castellano debería preceder al pronombre; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; βιβλίον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *libro*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πάντα, caso acusativo masculino singular del adjetivo indefinido declinado *a todo*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; λαὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *pueblo*; ἐρράντισεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ῥαντίζω, *rociar*, aquí como *roció*.

Λαληθείσης γὰρ πάσης ἐντολῆς κατὰ τὸν νόμον ὑπὸ Μωϋσέως παντὶ τῷ λαῷ. El argumento sobre la necesidad de un sacrificio confirmatorio para establecer un pacto, conduce nuevamente al ceremonial de la confirmación de la antigua alianza llevado a cabo por Moisés en presencia de todo el pueblo. En primer lugar se hizo la lectura del contenido del pacto, *"todos los mandamientos"* (Ex. 24:3, 7). La Ley era la norma reguladora de las obligaciones del pacto. Esa Ley manifestaba claramente la condición pecadora

de los mismos integrantes en el pacto. De ahí que hubiera necesidad de efectuar sacrificios de paz, que simbólicamente mantenían al pueblo en la forma de relación con Dios establecida en el pacto. La sangre del sacrificio fue esparcida, parte sobre el altar y parte sobre el pueblo (Ex. 24:5-8).

Αὐτό τε τὸ βιβλίον καὶ πάντα τὸν λαὸν ἐρράντισεν. Aquí surge la alternativa de lectura en la que aparece la aspersión de sangre también sobre el libro, en lugar de sobre el altar. Se especula sobre el origen de la variante, sin embargo es mejor dejarlo en el sentido de aclaración del Espíritu al relato del Éxodo. Tanto el altar, como el libro, pueden representar a Dios como autor del pacto. Si es el altar, tiene que ver con el modo por el cual el sistema levítico simbólicamente mediante sacrificios, permitía a Dios pasar por alto los pecados del pueblo, en vista al sacrificio perfecto y definitivo del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Si es del libro, pone de manifiesto la expresión de la voluntad de Dios establecida en el pacto, cuyas demandas incumplidas se satisfacían por el simbolismo de la sangre de los sacrificios por el pecado.

Λαβὼν τὸ αἷμα τῶν μόσχων καὶ τῶν τράγων μετὰ ὕδατος καὶ ἐρίου κοκκίνου καὶ ὑσσώπου. En referencia al dato histórico al que se está refiriendo, recuerda que tomó la sangre de los becerros y de los machos cabríos, con agua, lana escarlata e hisopo para rociarla sobre el pueblo como vinculado al pacto, quienes aceptaban el compromiso del mismo (Ex. 24:3b, 7). Un complemento al relato del Éxodo aparece aquí también sobre el modo de haberlo llevado a cabo, con agua, lana, escarlata y lino. Todo ello tiene íntima relación con la pureza exigida por Dios para el pueblo incorporado al pacto. El agua es símbolo de elemento de purificación como se establece en muchos pasajes de la regulación legal del ceremonial de la antigua alianza. Algunos de estos aspectos se han considerado en los versículos anteriores de este capítulo. En segundo lugar se menciona la ἐρίου κοκκίνου, *lana escarlata*, cuyo color representa también la sangre, pero aquí en el sentido de que toda gloria humana queda cancelada para obediencia exclusiva y excluyente a la voluntad de Dios. En aplicación actual, el apóstol Pablo hace referencia a la Cruz como el medio por el cual la gloria personal del creyente queda eliminada para vivir sólo para la gloria de Dios (Gá. 6:14). El creyente se retira del mundo para vivir en el mundo para la adoración en servicio a Dios. El pacto en relación con Israel lo constituía en un tesoro especial de Dios como pueblo suyo entre las naciones. El verdadero creyente es un extranjero en la tierra porque es un ciudadano de cielo (Fil. 3:20). La lana escarlata se utilizaba para la purificación ceremonial del leproso (Lv. 14:4). Es la sangre de Cristo que hace limpio al creyente y que estaba figurada en el ceremonial de la confirmación de la antigua alianza. Por su parte, el hisopo fue usado para extender la sangre del cordero pascual en Egipto sobre los postes y los dinteles de las puertas (Ex. 12:22). Esta pequeña planta olorosa se unía en manojos para el ritual de la aspersión de la sangre. El hisopo

fue usado en la crucifixión para alcanzar vinagre hasta los labios del Señor (Jn. 19:29).

Todo el pueblo y todo lo que tuvo relación con la confirmación del pacto antiguo fue rociado con la sangre de los sacrificios que hacían efectivo el pacto que Dios había establecido. Lo que viene a confirmar la enseñanza de que sin sacrificio no era posible dar vigencia al pacto.

20. Diciendo: Esta es la sangre del pacto que Dios os ha mandado.

λέγων· τοῦτο τὸ αἷμα τῆς διαθήκης ἧς ἐνετείλατο πρὸς ὑμᾶς
Diciendo: Esta la sangre del pacto del que mandó a vosotros
ὁ Θεός.
- Dios.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad con el versículo anterior, escribe: λέγων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir,* aquí como *que dice*, o tal vez mejor en la forma castellana *diciendo*; τοῦτο, caso nominativo neutro singular del pronombre personal *esto*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*; αἷμα, caso nominativo neutro singular del sustantivo *sangre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *del*; διαθήκης, caso genitivo femenino singular del sustantivo *pacto, alianza, convenio*; ἧς, caso genitivo femenino singular del pronombre relativo *de la que*; ἐνετείλατο, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz media del verbo ἐντέλλομαι, *mandar, dar órdenes*, aquí como *mandó*; πρὸς, preposición de acusativo *a*; ὑμᾶς, caso acusativo plural del pronombre personal *vosotros*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se usa en castellano al vincularse con nombre propio; Θεός, caso nominativo masculino singular del nombre *Dios*.

Τοῦτο τὸ αἷμα τῆς διαθήκης ἧς ἐνετείλατο πρὸς ὑμᾶς ὁ Θεός. La conclusión es definitiva al referirse a un texto de la Escritura (Ex. 24:8). Moisés cerró el acto inaugural del pacto que Dios establecía con el pueblo, diciendo al pueblo que con aquel ceremonial Dios daba por válido y ponía en vigor el pacto que había establecido con ellos. Con una frase semejante también inauguró Cristo el Nuevo Pacto en la ordenanza del Partimiento del Pan: *"Porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados"* (Mt. 26:28).

Es interesante apreciar también que en el versículo el verbo utilizado para referirse al hecho del pacto en sí, no es el verbo *pactar*[20], es decir, no se dice en

---

[20] Griego διέθετο.

el texto que Dios *pactó*, sino que se utiliza el verbo *prescribir*[21], con sentido de *establecer*, quiere decir que Dios mismo fue el que *prescribió* o *estableció* el pacto, siendo por tanto un pacto incondicional porque procede de Él mismo, sin otro igual con quien pactase. En esto se destaca la iniciativa divina que actúa en soberanía, anticipándose a todo y estableciendo la alianza, y por otro lado, se aprecia el peso que la alianza hacía gravitar sobre los israelitas.

21. Y además de esto, roció también con la sangre el tabernáculo y todos los vasos del ministerio.

καὶ τὴν σκηνὴν δὲ καὶ πάντα τὰ σκεύη τῆς λειτουργίας τῷ
También el Tabernáculo así como todos los utensilios del ministerio con la
αἵματι ὁμοίως ἐρράντισεν.
sangre de modo semejante roció.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue con la misma argumentación escribiendo: καὶ, aunque pudiera ser la conjunción copulativa *y*, más bien encaja el adverbio de modo *asimismo, también*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; σκηνὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *tienda*, *tabernáculo*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; seguida de καὶ, conjunción copulativa *y*; ambas, partícula y conjunción pueden traducirse por *así como*; πάντα, caso acusativo neutro plural del adjetivo indefinido *todo*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; σκεύη, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *utensilios, aparejos, objetos, recipientes, instrumentos*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; λειτουργίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *liturgia, ministerio, servicio de culto*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado *lo*; αἵματι, caso dativo neutro singular del sustantivo que denota *sangre*; ὁμοίως, adverbio de modo, *de modo semejante, de la misma manera*; ἐρράντισεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ῥαντίζω, *rociar,* aquí como *roció*.

Καὶ τὴν σκηνὴν δὲ καὶ πάντα τὰ σκεύη τῆς λειτουργίας τῷ αἵματι ὁμοίως ἐρράντισεν. En la consagración del Tabernáculo y de los utensilios para el culto, también se utilizó la purificación mediante la sangre. Es verdad que no se lee de este ceremonial en la inauguración del santuario, sin embargo se establece como purificación en el libro de Levítico (Lv. 16:16). Era necesario el ritual de la purificación del santuario para enseñar la limpieza de todo aquello que tenía que ver con el culto a Dios. El tabernáculo debía estar protegido de las inmundicias del pueblo por los recursos de la expiación. Dios

[21] Griego ἐνετείλατο.

cuidaba de su propia gloria que está siempre vinculada con su santidad. Los sacerdotes debían conocer claramente que el ministerio en un santuario santificado requería también la santificación de los que ministraban en él. En la consagración del Tabernáculo hubo también unción con aceite (Ex. 40:9-11; Lv. 8:10s; Nm. 7:1). El sacerdocio seguía también el mismo ceremonial, santificándose con la unción con aceite y la aplicación de la sangre del carnero de la consagración (Lv. 8:23, 24, 30). Puede inferirse que el Tabernáculo y sus utensilios, que se santificaban al mismo tiempo, seguían el mismo procedimiento que para los sacerdotes. La tradición rabínica recogida por Josefo hace alusión a una semana como el tiempo que llevó a Moisés la consagración del sacerdocio y del santuario[22]. La conclusión es que todos los instrumentos para el culto, que incluían los muebles del Tabernáculo eran purificados con sangre, comenzando por el altar de los sacrificios o altar de bronce, que estaba situado fuera del santuario, en el atrio que lo circundaba (Ex. 24:6; 29:12), hasta llegar al mismo propiciatorio en el Lugar Santísimo (Lv. 16:14), pasando también por el altar de oro, situado al final del Lugar Santo, delante del velo de separación de los dos compartimentos (Lv. 16:18, 19).

22. Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión.

καὶ σχεδὸν ἐν αἵματι πάντα καθαρίζεται κατὰ τὸν νόμον καὶ χωρὶς
Y casi en sangre todo es purificado según la ley y sin
αἱματεκχυσίας οὐ γίνεται ἄφεσις.
efusión de sangre no se hace remisión.

Notas y análisis del texto griego.

Prosigue con el argumento de la purificación, escribiendo: καὶ, conjunción copulativa *y*; σχεδὸν, adverbio de cantidad, *casi*; ἐν, preposición de dativo *en*; αἵματι, caso dativo neutro singular del sustantivo *sangre*; πάντα, caso nominativo neutro plural del adjetivo indefinido *todos*; καθαρίζεται, tercera persona de singular del presente de indicativo en voz pasiva del verbo καθαρίζω, *purificar*, aquí como *es purificado*; κατὰ, preposición de acusativo *según*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; νόμον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota, *ley* καὶ, conjunción copulativa *y*; χωρὶς, preposición de genitivo *aparte de, sin, separado de*; αἱματεκχυσίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *derramamiento de sangre, efusión de sangre,* un *hapax legomena* de un sustantivo establecido por el escritor de la Epístola, compuesto de αἷμα, *sangre* + ἐκ, fuera + χυρσισ, *derramar, verter*; οὐ, adverbio de negación *no*, que negativiza a γίνεται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, existir, hacerse, ser hecho*, *ser, estar*, aquí como *se hace*;

[22] Josefo. Antigüedades III. 206.

ἄφεσις, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *cancelación, remisión.*

Καὶ σχεδὸν ἐν αἵματι πάντα καθαρίζεται κατὰ τὸν νόμον. La purificación legal era hecha con sangre. Casi todas las cosas se purificaban de este modo, salvo pocas excepciones reguladas. Tal era el caso de quien no tenía lo suficiente para traer ni tan siquiera dos tórtolas, podía presentar como ofrenda una décima parte de un efa de flor de harina (Lv. 5:11). También se hizo expiación por la congregación utilizando incienso en el caso de la rebelión de los hijos de Coré (Nm. 16:46). Los objetos de oro capturados en combate eran purificados por medio de fuego. Los jefes de Israel en lucha contra Madián hicieron purificación por medio de ofrendas de oro (Nm. 31:50).

Καὶ χωρὶς αἱματεκχυσίας οὐ γίνεται ἄφεσις. Sin embargo, como nota general, la sangre se había establecido para la remisión de los pecados. El texto de Levítico es clave: *"Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona"* (Lv. 17:11). La sangre se consideraba como sede de la vida, de modo que la efusión de la sangre era como la destrucción de una vida que es el modo de cancelar la demanda penal por el pecado y el juicio que merece la ofensa contra Dios que siempre alcanza una gravedad infinita. No quedaba, en el simbolismo levítico, sino destruir la vida en un animal, como representación vicaria de la vida del pecador.

Esa es la razón por la que se enuncia como principio fundamental que sin efusión de sangre no se hace remisión. Por el hilo conductor de la argumentación, el escritor debía tener en mente la acción santificadora del sacrificio de Cristo, representada en figura por la purificación con sangre en el Antiguo Testamento. Como aplicación general de esta enseñanza, la paga del pecado es la muerte (Ro. 6:23). Jesús, el Sumo Sacerdote, identificado plenamente con el hombre, tomó su lugar y dio su vida, vertiendo Su sangre y haciendo, de una vez para siempre, expiación por el pecado. Sin la efusión de la sangre de Cristo no hay remisión en el Nuevo Testamento, ni la hubo tampoco en el antiguo pacto. De ahí que el principio mencionado en el versículo es universalmente válido para todos los casos. Por esa razón, Jesucristo, es hecho para nosotros *"justificación, santificación y redención"* (1 Co. 1:30).

23. Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales fuesen purificadas así; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que estos.

’Ανάγκη οὖν τὰ μὲν ὑποδείγματα τῶν ἐν τοῖς οὐρανοῖς τούτοις
Necesidad, pues, ciertamente a los modelos de lo en los cielos con estos
καθαρίζεσθαι, αὐτὰ δὲ τὰ ἐπουράνια κρείττοσιν θυσίαις παρὰ
purificarse pero las mismas celestiales con mejores sacrificios que

ταύτας.
estas.

Notas y análisis del texto griego.

En otro apartado relacionado con el tema de la purificación escribe: ἀνάγκη, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *necesidad*; οὖν, conjunción causal *pues*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; μὲν, partícula afirmativa que se coloca siempre inmediatamente después de la palabra expresiva de una idea que se ha de reforzar o poner en relación con otra idea y que, en sentido absoluto tiene oficio de adverbio de afirmación, como *ciertamente, a la verdad*; ambas palabras juntas vienen a significar *ciertamente a los*; ὑποδείγματα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *ejemplo, modelo, imagen, figuras*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado declinado *de lo*; ἐν, preposición de dativo *en*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado *los*; οὐρανοῖς, caso dativo masculino plural del sustantivo que denota *cielos*; τούτοις, dativo neutro plural del pronombre demostrativo *estos*; καθαρίζεσθαι, presente de infinitivo en voz pasiva del verbo καθαρίζω *purificar*, aquí como *purificarse*; αὐτὰ, caso acusativo neutro plural del pronombre personal *esto*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; ἐπουράνια, caso acusativo neutro plural del adjetivo *celestiales*; κρείττοσιν, caso dativo femenino plural del adjetivo comparativo *con mejores*; θυσίαις, caso dativo femenino plural del sustantivo, *ofrendas, sacrificios*; παρὰ, preposición de acusativo *que*; ταύτας, caso acusativo femenino plural del pronombre demostrativo *estas*.

᾽Ανάγκη οὖν τὰ μὲν ὑποδείγματα τῶν ἐν τοῖς οὐρανοῖς τούτοις καθαρίζεσθαι. Es evidente la necesidad de un mejor sacrificio que los utilizados para purificar los objetos propios del culto en la antigua alianza. Todos aquellos utensilios y el Tabernáculo mismo eran figuras de las cosas celestiales. Aquellos elementos, muebles, útiles y tienda, se santificaban limpiándolas mediante todo aquel ceremonial para que fuesen aptas para el culto a Dios. Sin embargo, todo aquello no removía la contaminación real o interna a causa del pecado. Todo el sistema de limpieza del santuario y los objetos del culto se hacía por medio de la sangre de los sacrificios de animales que no eran más que figuras, ejemplos o modelos de las realidades espirituales que se establecían en el Nuevo Pacto en Cristo. Los sacrificios ceremoniales tenían que ser repetidos año tras año, por lo que la continua reiteración de los sacrificios y la necesidad de repetir continuamente la purificación evidencian la imperfección del sistema.

La superioridad de las cosas celestiales exigen un sacrificio superior: αὐτὰ δὲ τὰ ἐπουράνια κρείττοσιν θυσίαις παρὰ ταύτας. *"Pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que estos"*. Un problema

interpretativo surge aquí al tener que definir que son *las cosas celestiales*. Para algunos se trata de la dedicación o consagración del santuario celestial. El primer santuario fue purificado con sangre antes de comenzar su uso, tanto cosas como personas, como fueron los mismos sacerdotes. El simbolismo tiene que ver con que el nuevo santuario, el celestial fue purificado, tanto en sus aspectos generales, como en cual al sacerdocio espiritual, con la sangre del definitivo sacrificio expiatorio, habiendo entrado Cristo en el Lugar Santísimo con su propia sangre.

En relación con las diferentes interpretaciones, escribe el profesor Miguel Nicolau:

"Parece extraño que se hable de una purificación de las cosas celestiales allí donde no entra nada inmundo ni manchado. Por esto no pocos intérpretes entienden por las cosas celestiales la Iglesia militante, que es susceptible de purificación y es imagen de la Iglesia celestial. Algún otro entiende la Iglesia triunfante. Otros, la destrucción de los principios de iniquidad (demonios) con lo cual se purifica la Iglesia triunfante. Santo Tomás dice que así como se purificaba el santuario antiguo, no porque estuviera sucio, sino porque se quitaban ciertas irregularidades que impedían acercarse a él y entrar en él, así los pecados, que impiden el acceso al cielo, son los que se purifican, y por esto se dicen purificarse las cosas celestiales. Parece más satisfactoria la interpretación que da Spicq. Porque aquí se trata de purificación de cosas celestiales, no de personas, que son las que tienen pecados. La purificación (que no dice expresamente el autor con esta palabra; nosotros la hemos sobreentendido) puede ser sencillamente equivalente a dedicación, consagración del santuario, que es la idea de la palabra ἐγκαινίζεσθαι, del v. 18. Y, en efecto, en 1 Mac. 4:36ss se encuentran asociadas las ideas de purificación con las de dedicación. Si se acepta esta interpretación, las cosas celestiales quedan dedicadas y consagradas. Y lo son con mejores sacrificios (plural genérico o de categoría; así como antes νεκροῖς, en el v. 17), es decir, con el sacrificio único de Cristo"[23].

La idea central del versículo es que la superioridad de las cosas celestiales exige un sacrificio superior. ¿Se trataría aquí de la purificación de las personas salvas? Así lo considera el Dr. Lacueva:

"¿Qué cosas celestiales son esas que necesitan ser purificadas? No olvidemos que el contraste es entre cosas materiales del santuario terrestre y las realidades espirituales del santuario celeste, y que así como la purificación de las cosas que eran esbozo y sombra (V. 8:5) tenía que ver con la

---

[23] Miguel Nicolau. o.c., pág. 114.

contaminación legal, así la purificación de las realidades celestes tiene que ver con la contaminación interior de la conciencia. Por tanto (y téngase en cuenta que estamos entre símbolos y metáforas), las cosas celestiales que necesitan purificación son, con la mayor probabilidad, las leyes divinas violadas, contaminadas por las irregularidades que impiden el acceso al trono de la gracia. Esas irregularidades son, pues, los pecados de los hombres, ya que esos, globalmente, son los elementos que impiden el acceso al trono de Dios y el objetivo que el sacrificio de Cristo tenía a la vista (v. 26, al final)"[24].

Tendría que ver entonces con las conciencias que quedan purificadas, como ya apuntó en este mismo contexto (v. 14). Esto sería una *aplicación* a quienes son ahora *"el santuario de Dios"* su morada en Espíritu (Ef. 2:20-22). Es el mismo pensamiento de la enseñanza del apóstol Pedro, coincidiendo también con la *aplicación* (1 P. 2:5). Éstos, para ser morada de Dios, tuvieron que ser rociados -en el sentido de aplicación- con la sangre de Cristo (1 P. 1:2, 19, 22ss). Al ser dotados de una nueva naturaleza son un pueblo de condición celestial tanto en cuanto a su ciudadanía (Fil. 3:20-21), como en cuanto a su posición (Ef. 2:6). En cierta medida esta es también la idea del profesor Bruce:

"Frecuentemente se ha preguntado en qué sentido las cosas celestiales necesitan limpieza; pero nuestro autor ha provisto la respuesta en el contexto. Lo que necesitaba limpieza era la conciencia contaminada de hombres y mujeres; esta es la purificación que corresponde a la esfera espiritual. El argumento del v. 23 puede ser parafraseado diciendo que, mientras que el ritual de purificación es adecuado para el orden material, que no es sino una figura terrenal del orden espiritual, se necesita una clase mejor de sacrificio para efectuar una purificación en el orden espiritual. Si vemos la morada celestial de Dios en algo así como términos materiales (y, rodeados como estamos por el universo material, es difícil evitar hacerlo), nos encontraremos tratando de explicar la necesidad de su purificación de maneras que se alejan de la intención de nuestro autor. Pero ya hemos tenido razones para enfatizar que el pueblo de Dios es la morada de Dios, que su lugar de habitación está en su medio. Ellos son los que requieren purificación interior, no sólo para que su acercamiento a Dios pueda estar libre de contaminación, sino también para que sean una habitación adecuada para Él. Así como el tabernáculo en el desierto, junto con su mobiliario, tenían que ser ungidos y santificados para que Dios pudiera manifestar su presencia allí entre su pueblo y para que pudieran servirle allí, así el mismo pueblo de Dios necesitaba estar limpio y santificado a fin de llegar a ser morada de Dios en Espíritu (Ef. 2:22). La misma enseñanza esencial vuelve a aparecer en 1 P. 2:5, donde se describe a los creyentes en Cristo como edificados como casa espiritual y sacerdocio

[24] F. Lacueva. o.c., pág. 544.

santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo. Pero para poder ser una morada espiritual de esta clase deben haber experimentado regeneración y purificación y haber sido rociados con la sangre de Jesucristo (1 P. 1:2, 19, 22s.)[25] *".*

Sin duda ambas cosas, el sentido de purificación de los creyentes y el sentido de inauguración del santuario celestial, pueden estar presentes y ser una correcta interpretación del pensamiento del escritor en relación con este asunto. Con todo, la idea de interpretar todo esto en relación con la iglesia, como morada de Dios en Espíritu, no está en el contexto próximo, e incluso en el general de la Epístola. Es cierto que más adelante invitará a los creyentes a acercarse al trono de la gracia (10:22), pero esa es una bendición consecuente de la obra de Cristo. En el contexto general de la argumentación no está refiriéndose tanto a la iglesia como al sacerdocio de Jesucristo. Por tanto, siguiendo la argumentación general, como el santuario terrenal fue inaugurado previo un ministerio de purificación tanto de los objetos del culto y del mismo santuario, así como de los sacerdotes que ministraban en él, teniendo en cuenta que un sacrificio fue necesario para autentificar y poner en vigencia el pacto, así también, en el Nuevo Pacto, el sacrificio de Jesucristo lo establece, por un lado y simbólicamente santifica el santuario celestial para que sea desde su ascensión a los cielos por cuya operación, como Sumo Sacerdote, entró en el santuario celestial para su ministerio sacerdotal, ese sacrificio *inaugura* el oficio sacerdotal desde el santuario celestial. Nunca antes el cielo de Dios había tenido un Sumo Sacerdote en intercesión por su pueblo, ni un Sumo Sacerdote que habiendo ofrecido el sacrificio de sí mismo, ha alcanzado para los salvos una eterna redención.

Una nueva dificultad en el texto está en la expresión κρείττοσιν θυσίαις, *"con mejores sacrificios"*. ¿Cuáles son esos sacrificios? En la Epístola se reitera continuamente que Cristo ofreció un solo y definitivo sacrificio, que es irrepetible porque es suficiente y de infinito valor para operar salvación, tanto en el sentido de redención del pecado, como de purificación de la conciencia, para hacer a su nuevo pueblo libre de toda conciencia acusadora. En este mismo capítulo se afirma la unicidad del sacrificio de Jesucristo (vv. 26, 28), pero también en otros lugares (cf. 7:27; 10:10, 12, 14). Ahora bien, el sacrificio de Cristo es la realidad absoluta de todos los sacrificios establecidos en el Antiguo Testamento. Por tanto, el plural aquí debe entenderse como un plural genérico o de categoría, en el sentido de que el único sacrificio de Cristo supera en todo a cada uno de los sacrificios anteriores, por ello, la realidad de un único sacrificio es también una pluralidad de sacrificios que concurren en él.

---

[25] F. F. Bruce. o.c., pág. 221s.

24. Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios.

οὐ γὰρ εἰς χειροποίητα εἰσῆλθεν ἅγια Χριστός, ἀντίτυπα
Porque no en hecho por mano de hombre entró santo Cristo copia
τῶν ἀληθινῶν, ἀλλ᾽ εἰς αὐτὸν τὸν οὐρανόν, νῦν ἐμφανισθῆναι τῷ
de lo verdadero sino en el mismo del cielo ahora presentándose de la
προσώπῳ τοῦ Θεοῦ ὑπὲρ ἡμῶν·
presencia - de Dios por nosotros.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue la argumentación escribiendo: οὐ, adverbio de negación *no*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al adverbio y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; εἰς, preposición de acusativo *en*; χειροποίητα, caso acusativo neutro plural del adjetivo *hecho por mano de hombre*; εἰσῆλθεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἔρχομαι, *entrar*, aquí como *entró*; ἅγια, caso acusativo neutro plural del adjetivo *santos*; Χριστός, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Cristo*; ἀντίτυπα, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *antitipo, realidad de un tipo, realidad prefigurada, copia, reproducción*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *de lo*; ἀληθινῶν, caso genitivo neutro plural del adjetivo *verdadero*; ἀλλ᾽ forma escrita ante vocal de la conjunción adversativa ἀλλά que significa *pero*, *sino*; εἰς, preposición de acusativo *en*; αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal intensivo *el mismo*; τὸν, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; οὐρανόν, caso genitivo masculino singular del sustantivo *cielo*; νῦν, adverbio de tiempo *ahora*; ἐμφανισθῆναι, aoristo primero de infinitivo en voz pasiva del verbo εμφαινίζω, *mostrar, manifestar, revelar,* en pasivo *presentarse*, aquí como *se presentó*, o también *presentándose*; τῷ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; προσώπῳ, caso dativo neutro singular del sustantivo que denota *apariencia, superficie, faz, rostro*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se usa en castellano al determinar a nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre declinado *de Dios*; ὑπὲρ, preposición de genitivo *por*, aquí en sentido de *a favor de*; ἡμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de nosotros*.

Οὐ γὰρ εἰς χειροποίητα εἰσῆλθεν ἅγια Χριστός. Cristo entró al santuario celestial. El Sumo Sacerdote celestial no entró a un santuario terrenal, es decir, a un templo hecho por mano de hombre. Ni siquiera hubiera podido hacerlo en su tiempo, por cuanto la entrada al santuario estaba reservada sólo a los sacerdotes del orden levítico. En la antigua dispensación, el santuario terrenal era figura o sombra de las realidades celestiales del nuevo santuario al que entró Jesús, el Sumo Sacerdote para siempre. El santuario celestial es el verdadero, el terreno, la imagen, copia o reproducción de aquel.

El lugar a donde entró el Sumo Sacerdote del Nuevo Pacto es εἰς αὐτὸν τὸν οὐρανόν *"al cielo mismo"*. El término aquí se refiere a un determinado lugar, la presencia de Dios. Convenía que fuera así para quien es *"santo, inocente y sin mancha"* (7:26). Sólo Él, en esa condición, tiene derecho a estar y entrar a la presencia de Dios, y sentarse en el monte de Dios, conforme a la expresión del Salmo (Sal. 24:3-4). Es más, el lugar donde se manifiesta la presencia de Dios le corresponde a Él por cuanto es Dios, manifestado en carne (Jn. 1:14). Sólo Él reúne en Sí mismo las condiciones para acceder a la presencia de Dios por derecho propio, sentándose en donde se manifiesta la perfecta y absoluta santidad de Dios.

Νῦν ἐμφανισθῆναι τω προσώπῳ τοῦ Θεοῦ ὑπὲρ ἡμῶν. En ese lugar ministra como Sumo Sacerdote, a favor de otros: *"por nosotros"*. El Sumo Sacerdote es el Mediador único entre Dios y los hombres, siendo Él mismo el representante ante Dios de todos los creyentes (4:14-16). Pero, todavía más, por Él, tienen entrada a la misma presencia de Dios todos los creyentes (Ef. 2:18). Para ellos hizo posible la purificación de los pecados, por la aplicación personal de su sacrificio expiatorio para todo el que cree. La santidad de Dios no queda mancillada por la presencia de hombres pecadores, porque en el sacrificio expiatorio único de Jesucristo, quedó resuelta no sólo la demanda penal por el pecado, sino la santificación personal de cada creyente. Éstos pueden entrar sin limitación alguna porque el Sumo Sacerdote, en su perfecto sacrificio hace posible la purificación de los pecados de ellos. La comparecencia de Jesucristo en la presencia de Dios, no es algo fugaz como era la entrada en el Lugar Santísimo del sumo sacerdote del Antiguo Testamento, sino definitivo y perpetuo. El texto griego utiliza aquí un antropomorfismo hebreo muy usual al decir literalmente que entró para ἐμφανισθῆναι τῷ προσώπῳ τοῦ Θεοῦ *"comparecer ante el rostro de Dios"*, expresión que equivale a la presencia real de Dios. Cristo no entra y sale del santuario celestial, sino que entró y se sentó a la diestra de Dios (Sal. 110:1). Como Mediador, su ministerio sacerdotal en la presencia de Dios, en el santuario celestial se ejerce *a favor*, que es el sentido aquí de la preposición griega[26] que aparece en el texto. El ejerce el ministerio intercesor para aquellos en cuyo favor fue constituido Sumo Sacerdote (5:1). Su presencia ante Dios, exhibe las marcas del sacrificio expiatorio, por el que obtiene eterna redención para quienes creen en Él. El Sumo Sacerdote, es propiciatorio, esto es, lugar donde se exhibe la consecuencia del sacrificio, y víctima, en una manifestación eterna delante del Dios de justicia, por cuya obra no hay condenación para quienes están en Él (Ro. 8:1).

25. Y no para ofrecerse muchas veces, como entra el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo cada año con sangre ajena.

[26] Griego ὑπὲρ.

οὐδ᾽ ἵνα πολλάκις προσφέρῃ ἑαυτόν, ὥσπερ ὁ ἀρχιερεὺς εἰσέρχεται
Ni para muchas veces ofrecerse a sí mismo, como el sumo sacerdote entra
εἰς τὰ ἅγια κατ᾽ ἐνιαυτὸν ἐν αἵματι ἀλλοτρίῳ,
en el Santísimo cada año con sangre ajena.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad con el versículo anterior añade: οὐδ᾽ forma que adopta la conjunción οὐδέ por elisión de la ε final ante vocal o diptongo con aspiración, y que significa *ni*; ἵνα, conjunción final *para que, a fin de que, de modo que, que;* πολλάκις, adverbio *muchas veces*; προσφέρῃ, tercera persona singular del presente de subjuntivo en voz activa del verbo προσφέρω, *ofrecer, presentar,* aquí como *ofrecerse*; ἑαυτόν, caso acusativo masculino singular del pronombre reflexivo declinado *a sí mismo*; ὥσπερ, adverbio *como, del mismo modo*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἀρχιερεὺς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *sumo sacerdote*; εἰσέρχεται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo εἰσέρχομαι, *entrar, llegar hasta,* aquí como *entra*; εἰς, preposición de acusativo *en*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; ἅγια, caso acusativo neutro plural del adjetivo *santos*; κατ᾽, forma escrita de la preposición de acusativo κατά, *cada*, por elisión ante vocal con espíritu suave; ἐνιαυτὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *año*; ἐν, preposición de dativo *con*; αἵματι, caso dativo neutro singular del sustantivo *sangre*; ἀλλοτρίῳ, caso dativo neutro singular del adjetivo *ajenos, extraños*.

Οὐδ᾽ ἵνα πολλάκις προσφέρῃ ἑαυτόν. La ofrenda de Cristo, su sacrificio, ha sido perfecto, por tanto, no entra en el santuario celestial para ofrecerse muchas veces, como era propio en el antiguo sistema sacerdotal. El sacrificio de Cristo es definitivo, porque es la realidad de las sombras que representaban los sacrificios del antiguo pacto. La idea es que el Sumo Sacerdote perfecto, que es Cristo, no entró en el cielo para salir nuevamente de él y volver a repetir su sacrificio. Ese sacrificio no tiene repetición posible porque ha sido un sacrificio perfecto y consumado definitivamente. Estos aspectos se enseñarán mas adelante en la Epístola. De ahí el contraste que establece entre el sacrificio de Cristo y los de la antigua alianza: ὥσπερ ὁ ἀρχιερεὺς εἰσέρχεται εἰς τὰ ἅγια κατ᾽ ἐνιαυτὸν ἐν αἵματι ἀλλοτρίῳ, *como el sumo sacerdote entre en el Santísimo cada año, con sangre ajena.* Mientras que el sacrificio en el tabernáculo y luego en el templo debía hacerse cada año, el sacrificio perfecto de Cristo no puede ser repetido.

El concepto de *sacrificio eterno* debe entenderse como la expresión definitiva de la gracia eterna de Dios y su eterna eficacia, pero en modo alguno debe entenderse como si Cristo se estuviese ofreciendo eternamente a Sí mismo en el cielo.

26. De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado.

ἐπεὶ ἔδει αὐτὸν πολλάκις παθεῖν ἀπὸ καταβολῆς κόσμου· νυνὶ δὲ
Porque debería él muchas veces padecer desde fundación del mundo. Pero ahora
ἅπαξ ἐπὶ συντελείᾳ τῶν αἰώνων εἰς ἀθέτησιν τῆς ἁμαρτίας
una sola vez en consumación de los siglos para anulación del pecado
διὰ τῆς θυσίας αὐτοῦ πεφανέρωται.
por medio de el sacrificio de Él ha sido manifestado.

Notas y análisis del texto griego.

La estructura de la primera cláusula con ἐπει, es un típico uso elíptico de la conjunción que debe completarse con *en tal caso*, y que es una prótasis de condición de segunda clase supuestamente errónea. El versículo en el texto griego se lee: ἐπεὶ, conjunción *puesto que, porque, ya que, pues si no*; ἔδει, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo δεῖ, *ser necesario, deber*, aquí como *debería*; αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *él*; πολλάκις, adverbio *muchas veces*; seguido de παθεῖν, aoristo segundo de infinitivo en voz activa del verbo πάσχω, *padecer, sufrir, vivenciar, experimentar, soportar,* aquí como *padecer*; ἀπὸ, preposición de genitivo *desde*; καταβολῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *fundamentación, fundación,* en sentido de *creación*; κόσμου, caso genitivo masculino singular del sustantivo declinado *del mundo*. La segunda cláusula se inicia con νυνὶ, adverbio de tiempo *ahora,* que cuando va acompañado de δὲ, establece una enfática contraposición; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; ἅπαξ, adverbio *una vez, una sola vez*; ἐπὶ, preposición de dativo *en*; συντελείᾳ, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *consumación, final*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; αἰώνων, caso genitivo masculino singular del sustantivo *siglos, edades*; εἰς, preposición de acusativo *para*; ἀθέτησιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *anulación, supresión, invalidación*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ἁμαρτίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *pecado*; διὰ, preposición de genitivo *por medio de*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; θυσίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *ofrenda, sacrificio*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *del*; πεφανέρωται, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz pasiva del verbo φανερόω, *manifestar, dar a conocer, mostrar, revelar,* aquí como *ha sido manifestado*.

Ἐπεὶ ἔδει αὐτὸν πολλάκις παθεῖν ἀπὸ καταβολῆς κόσμου. El contraste entre el antiguo y el Nuevo Pacto se mantiene también en este versículo, que comienza con una cláusula condicional. De modo que si el sacrificio de Cristo fuese como los sacrificios del sistema levítico, habría tenido

necesidad de morir muchas veces desde el principio del mundo. El primer pecado del hombre requirió ya un sacrificio expiatorio, de manera que desde Adán en adelante el sacrificio por el pecado tendría haberse producido continuamente. Pero, Jesús, como hombre sólo podía morir una vez, como Dios mismo había establecido para el hombre (v. 27). Cristo era semejante en todo a sus hermanos, por tanto, limitada su muerte -en el plano de la humanidad- a una sola ocasión, no podía ni puede morir más veces.

El sacrificio expiatorio y sustitutorio se produjo en el tiempo que Dios había determinado para ello: νυνὶ δὲ… ἐπὶ συντελείᾳ τῶν αἰώνων, *"Pero ahora, en la consumación de los siglos"*. De otro modo, como escribe el apóstol Pablo: *"Cuando vino el cumplimiento del tiempo"* (Gá. 4:4). El Plan de Redención había sido establecido por Dios desde antes de la creación (2 Ti. 1:9), y en él se determinaba el tiempo que en la historia de la humanidad había sido establecido para llevarlo a cabo. No se produjo el hecho antes ni después, sino en el momento que Dios había predeterminado. La expresión es similar a la de Jesús sobre *"el fin del siglo"* (Mt. 13:39, 49; 24:3; 28:20), o la de Pablo *"los fines de los siglos"* (1 Co. 10:11), o también a la de Pedro *"los postreros tiempos"* (1 P. 1:20). Cristo estaba destinado como Cordero de Dios, desde antes de la fundación del mundo, para manifestarse en el tiempo histórico de los hombres conforme a la determinación divina (1 P. 1:20). La *"consumación de los siglos"* alude al tiempo del sacrificio redentor de Jesucristo. Esta *consumación* pone fin a la espera del sacrificio expiatorio por el pecado y suspende los sacrificios rituales que eran sus figuras. En la συντελείᾳ τῶν αἰώνων *"consumación de los siglos"* Dios carga sobre Cristo los pecados que Él había pasado por alto antes, en base a ese sacrificio (Ro. 3:25).

27. Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio.

καὶ καθ' ὅσον ἀπόκειται τοῖς ἀνθρώποις ἅπαξ ἀποθανεῖν, μετὰ δὲ
Y como lo que esta destinado a los hombres una sola vez morir y después de
τοῦτο κρίσις,
esto juicio.

Notas y análisis del texto griego.

El texto establece determinaciones divinas: καὶ, conjunción copulativa *y*; καθ' forma de la preposición de acusativo κατά, por elisión y asimilación ante vocal con espíritu áspero, que equivale a *por*; ὅσον, caso acusativo neutro singular del pronombre relativo *lo que*; ἀπόκειται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz pasiva del verbo ἀπόκειμαι, *estar guardado, estar destinado, estar reservado*, aquí como *está destinado*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado declinado *a los*; ἀνθρώποις, caso dativo masculino plural del sustantivo genérico *hombres, personas, seres humanos*; ἅπαξ, adverbio que equivale a *una sola vez*; ἀποθανεῖν, aoristo

segundo de infinitivo en voz activa del verbo ἀποθνήσκω, *morir, exponerse a la muerte, ser mortal*, aquí como *morir*; μετὰ, preposición de acusativo, *después de*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ, en castellano debiera preceder a la preposición; τοῦτο, caso acusativo neutro singular del pronombre demostrativo *esto*; κρίσις, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *juicio, condenación, castigo*.

Καὶ καθ' ὅσον ἀπόκειται τοῖς ἀνθρώποις ἅπαξ ἀποθανειν. La soberanía divina se pone de manifiesto en todos los aspectos, tanto en el hecho de determinar el modo de la salvación y el tiempo de llevar a cabo el sacrificio redentor, como en cuanto a lo que está establecido inexorablemente para la vida de todos los hombres. Esta enseñanza no está aislada del contexto general sobre la unicidad del sacrificio de Jesucristo, vinculando la imposibilidad de repetirlo por cuanto, como hombre, estaba sujeto a la misma dinámica que Dios había establecido para los hombres. El énfasis de la acción soberana, viene expresado en el verbo *determinar*, o *establecer*[27]. El Creador estableció un destino que alcanza por igual a todos los humanos, sin excepción alguna. Esa determinación fue comunicada al hombre en el momento de pecar: *"con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás"* (Gn. 3:19). En el tiempo del primer pecado y por consecuencia del mismo, Adán perdió el don preternatural de la inmortalidad, reservándoles Dios a los hombres, de ahí en adelante, que mueran una sola vez. La muerte como consecuencia del pecado ya había sido la advertencia divina al primer hombre (Gn. 2:17). En ese sentido, en el instante mismo de la caída, el hombre murió espiritualmente y, posteriormente a su término de vida sobre la tierra, morirá físicamente, pasando a un estado de muerte segunda o muerte perpétua para aquellos que no hayan creído en el Salvador. A causa de la universalidad del pecado todos los hombres mueren (Ro. 5:12). La resurrección de algunos durante el ministerio de Cristo, no significa un quebrantamiento de esta determinación, simplemente se produjo una situación de muerte física no definitiva y que entraba en el designio de Dios como manifestación visible de la realidad de que Jesús era el Mesías. Sin embargo, el versículo alude a la muerte que universalmente alcanza a todos los hombres, tras de la que sólo queda la resurrección para vida o para muerte.

Μετὰ δὲ τοῦτο κρίσις. Junto con la muerte establecida, está también el juicio para todos los hombres. La rendición de cuentas que manifestará la perfecta justicia de Dios en el destino definitivo de los humanos. El resultado del juicio será condenatorio para quienes no hayan recibido la salvación por gracia mediante la fe (Ap. 20:11-15). En el sentido de un juicio para condenación, que se producirá al final de los tiempos para todos los incrédulos,

---

[27] Griego ἀπόκειμαι.

el creyente está exento, puesto que todo su pecado fue juzgado ya en Cristo, llevándolo sobre Él a la Cruz (1 P. 2:24). Por su muerte, nosotros tenemos vida y vida eterna. Sin embargo, la determinación divina se cumple también para los creyentes, no en sentido condenatorio pero si en el de rendición de cuentas. Esto tiene que ver con el tribunal de Cristo (2 Co. 5:10).

28. Así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan.

οὕτως καὶ ὁ Χριστὸς ἅπαξ προσενεχθεὶς εἰς τὸ πολλῶν
Así también - Cristo una sola vez ofrecido para de los muchos
ἀνενεγκεῖν ἁμαρτίας ἐκ δευτέρου χωρὶς ἁμαρτίας ὀφθήσεται τοῖς
llevar sobre sí pecados por segundo sin pecado se aparecerá a los
αὐτὸν ἀπεκδεχομένοις εἰς σωτηρίαν.
que le esperan para salvación.

Notas y análisis del texto griego.

Sin interrupción del argumento sitúa la conclusión del antecedente del versículo anterior escribiendo: οὕτως, adverbio de modo *así*; seguido de καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se usa en español al acompañar a nombre propio; Χριστὸς, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Cristo*; ἅπαξ, adverbio que tiene el sentido de *una sola vez*; προσενεχθεὶς, caso nominativo masculino singular del participio aoristo primero de indicativo del verbo προφέρω, *ofrecer, presentar*, aquí como *ofrecido*; εἰς, preposición de acusativo *para*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *los*; πολλῶν, caso genitivo masculino plural del adjetivo declinado *de muchos*; ἀνενεγκεῖν, aoristo segundo de infinitivo en voz activa del verbo ἀναφέρω, *hacer subir*, en sentido sacrificial *llevar sobre sí*, que es el sentido aquí; ἁμαρτίας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *pecados, transgresiones*; ἐκ, preposición de genitivo *por*; δευτέρου, caso genitivo masculino singular del adjetivo numeral ordinal *segundo*; χωρὶς, preposición de genitivo *aparte de, sin, separado de*; ἁμαρτίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *pecado*; ὀφθήσεται, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz pasiva del verbo ὁράω, en voz pasiva *aparecerse, ser visto*, aquí como *se aparecerá* o *será visto*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado declinado *a los*; αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *le*; ἀπεκδεχομένοις, caso dativo masculino plural del participio de presente en voz media del verbo ἀπεκδέχομαι, *esperar*, aquí como *que esperan*, introduciendo el sentido del *una espera ansiosa*, como intensifica la preposición antecedente; εἰς, preposición de acusativo *para*; σωτηρίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *salvación.*

Como lo establecido para los hombres es que mueran *una sola vez*, οὕτως καὶ ὁ Χριστὸς, así también Cristo. El Salvador ἅπαξ προσενεχθεὶς, fue ofrecido una sola vez como sacrificio expiatorio por el

pecado (2 Co. 5:21). El impecable Salvador es puesto por Dios mismo como víctima expiatoria. Sobre Él, el Padre cargó nuestros pecados (Is. 53:5, 6), condenándolo a la muerte de un maldito (Gá. 3:13), descargando sobre Él la pena por los pecados (Is. 53:10). La consecuencia de esa acción redentora es que el pecador creyente llega a ser declarado justificado por Dios (Ro. 5.1). Dios no *hace* justo al injusto, pero sí lo *declara* como justo. La justificación constituye exento de deuda al pecador delante de Dios (Ro. 5:19). Dios coloca al pecador que cree en condiciones de poder tener plena comunión con él. El contraste se produce también aquí: del mismo modo que Cristo, no siendo pecador fue hecho pecado, es decir, le fue imputado el pecado del mundo, así el pecador que cree le es imputada la justicia de Dios que es Cristo. El Señor fue entregado por determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios (Hch. 2:23). La Cruz se produjo como cumplimiento de la soberanía determinante de Dios (Hch. 4:28). El Padre entregó a su Hijo por el pecado del mundo, pero, no es menos verdad que el Hijo se entregó voluntariamente a sí mismo (Jn. 10:18). El Señor llevó sobre Sí, en Su cuerpo sobre el madero, el pecado del mundo (1 P. 2:24). La razón de su muerte fue la de εἰς τὸ πολλῶν ἀνενεγκεῖν ἁμαρτίας *"llevar los pecados de muchos"*, que es el cumplimiento profético: *"murió por muchos"* (Is. 53:12).

Esta limitación en el alcance de la muerte de Cristo, exige una precisión necesaria. La pregunta: *¿Por quienes murió Cristo, por todos o por muchos?* vuelve a estar presente aquí. Es inevitable posicionarse respecto al alcance de la muerte de Jesús. Para ello debe tenerse presente un doble aspecto en la expiación. Por un lado esta la *expiación potencial*, en ese sentido el pecado *de todos*, es imputado a Cristo (Is. 53:6, 10). Nótese el singular relacionado con el pecado. Por esa obra expiatoria, Dios puede hacer *salvable* a todo hombre y *reconcilia consigo al mundo* (2 Co. 5:18-19), de modo que puede extender, sin menoscabo alguno a su justicia la invitación universal del evangelio (Mt. 11:28). Cualquier persona que al llamado del Padre vaya a Cristo y ejerza la fe que el Espíritu genera en él, depositándola en el Salvador, será salvo. Nadie, en juicio final podrá decir a Dios, *no has hecho bastante por mí*. Pero, la efectividad de la expiación, es *virtual*, es decir, eficaz sólo para los que creen (Is. 53:5, 11). Nótese el plural en este caso relacionado con el pecado. Cristo llevó *potencialmente* el pecado de todos (Jn. 3:16), pero llevó *virtualmente*, el pecado de muchos, tomándolos, expiándolos y llevándolos solidaria y sustitutoriamente para los que creen, obteniendo para ellos eterna salvación. La redención *limitada* no la encuentro severamente afirmada en la Escritura, mientras que sí existen afirmaciones contundentes sobre la *redención ilimitada*, ya que el apóstol Pablo afirma que *"Cristo murió por todos"* (2 Co. 5:14-15), *"dándose a sí mismo en rescate por todos"* (1 Ti. 2:6). Ese es el *"Salvador de todos los hombres, especialmente de los creyentes"* (1 Ti. 4:10).

La conclusión tiene proyección escatológica: ἐκ δευτέρου χωρὶς ἁμαρτίας ὀφθήσεται τοῖς αὐτὸν ἀπεκδεχομένοις εἰς σωτηρίαν, *"y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan"*. Esta frase debe ser entendida en un contexto hebreo. Cuando el sumo sacerdote entraba en el Lugar Santísimo, el pueblo entero estaba expectante hasta que reaparecía fuera del santuario, lo que indicaba que el sacrificio había sido aceptado por Dios. Así el escritor piensa en la reaparición del Sumo Sacerdote, Cristo Jesús, como evidencia de haber logrado una salvación eterna. La segunda venida de Cristo es parte de la fe cristiana y esperanza de los creyentes desde que ascendió a los cielos. La promesa de su regreso para recoger a los suyos a Él mismo, es suya y, por tanto, es cierta y firme (Jn. 14:1-4). La primera manifestación, o primera venida de Cristo, estaba relacionada con el pecado, en el sentido de que había venido para dar Su vida en expiación por el pecado. El llevaría las iniquidades de muchos (Is. 53:12), y por su conocimiento justificaría también a muchos (Is. 53:11). En su primera aparición la obra de redención quedó concluida definitivamente y ya no hay más sacrificio por el pecado. La segunda aparición del Salvador, está relacionada con el tercer nivel de salvación de los creyentes, que es la glorificación. La última y definitiva etapa del proceso de salvación (Tit. 2:13). Los creyentes estamos expectantes ante ese acontecimiento. De ahí que esa aparición del Salvador está relacionada con aquellos que le esperan. El verbo[28] es muy intensivo, y establece la idea de una espera intensa y paciente[29].

Al concluir el capítulo, lo que antecede debe llevar nuestros pensamientos a la posición que como creyentes hemos alcanzado en Cristo. Pero, sobre todo, es necesario tener delante el costo de una obra como la que el Salvador hizo por nosotros. No solamente murió a nuestro favor, sino que lo hizo sustituyéndonos. La muerte que era nuestra fue asumida por Él. En un largo proceso de compañerismo, se hizo nuestro prójimo, no sólo *aproximándose a nosotros*, sino *aprojimándose*, al hacerse nuestro amigo y compañero. Nuestras miserias fueron suyas, nuestras lágrimas sus lágrimas, nuestras tentaciones las suyas y Él mismo murió nuestra muerte. La muerte sustitutoria de Jesucristo alcanzó no solo a la muerte física sino también a la muerte espiritual, para que en su resurrección pueda ser nuestra esperanza y comunicador de vida eterna. La cruz debiera estar presente en nuestra reflexión. Sólo cuando es una realidad espiritual en nuestras vidas, las glorias personales quedan eclipsadas por ella, el *yo* caído cambiado por el *tu* de Dios y el anhelo más ferviente para el cristiano que vive a la sombra de la Cruz, es el alcanzar tan solo la condición que le permita ser llamado *siervo de Dios* (1 Co. 4:1). Cuando la gloria de la Cruz

---

[28] Griego ἀπεκδέχομαι.

[29] Citas donde aparece el verbo: Ro. 8:19, 23, 25; 1 Co. 1:7; Gá, 5:5; Fil. 3:20; He. 9:28; 1 P. 3:20.

desaparece se hace ver la gloria personal del creyente que no es sino escoria ante los ojos de Dios. Es necesario que cada uno de nosotros nos acerquemos una vez más a la Cruz de Jesús para entender el alcance de la obra redentora hecha a nuestro favor. Tal vez sea bueno recordar los versos del conocido poema sobre la Cruz, que se atribuye a Teresa de Jesús:

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

Ante la Cruz, nadie puede ser lo mismo que ha sido antes.

CAPÍTULO X

SACERDOCIO Y PECADO VOLUNTARIO

Introducción.

El desarrollo del tema sobre el sacerdocio de Cristo, continúa sin interrupción en la primera parte de este capítulo. El ministerio sacerdotal de Jesucristo como superior al levítico, se ha considerado ya en lo que antecede de la carta. En la primera parte de este capítulo (vv. 1-14), y dentro del mismo desarrollo, se considera la superioridad del sacrificio de Cristo, como parte de su oficio sacerdotal. Anteriormente se trató sobre el santuario terrenal y el modo del culto en la anterior dispensación, así como de lo que hacía, en aquel orden, el sumo sacerdote, comparándolo con el ministerio perfecto de Cristo en el santuario celestial, donde permanece (9:24). La argumentación de la supremacía de Cristo sobre el antiguo sacerdocio, se completa en el pasaje considerando algunos aspectos de los sacrificios propios de la antigua alianza, en comparación con el perfecto sacrificio de Jesús (vv. 1-4). Ese sacrificio pudo llevarse a cabo en razón de la encarnación del Verbo de Dios, cuyo alcance y significado se establece en el pasaje (vv. 5-10). Finalmente, en cuanto al sacrificio de Cristo, el que siendo sacerdote es también víctima, aparece entronizado definitivamente en el santuario celestial, habiendo obtenido por su sacrificio el perdón eterno para quienes están bajo su alcance (vv. 11-18).

Aprovechando la conclusión de la argumentación, el escritor introduce una nueva *advertencia solemne* (vv. 19-32), que es la cuarta de las que aparecen en la Epístola. Esta exhortación comienza con una introducción que se inicia haciendo mención al privilegio que tiene todo creyente para entrar en el Lugar Santísimo; privilegio que no existía en la antigua dispensación (vv. 19-22). Esta bendición exige que se proceda consecuentemente en una vida que se corresponda en santidad a la esfera a donde el creyente puede entrar, que es la misma presencia de Dios, infinitamente santo. Estas bendiciones deben ser celosamente mantenidas (v. 23), y condicionan la nueva relación de cada creyente con sus hermanos y con la iglesia (vv. 24-25). Sobre estas bases, se pasa a hacer una advertencia solemne sobre el peligro del *pecado voluntario* en la vida cristiana, lo que constituye un verdadero desprecio a Cristo y su obra (vv. 26-31). Tal situación -si se produce- sólo puede acarrear *juicio*, esto es, disciplina en un alto grado, procedente de Dios. Tal disciplina no es para condenación, pero trae serias consecuencias para quien la experimenta. Finalmente, las palabras de aliento cierran el pasaje, ya que toda la Escritura junto con la responsabilidad y consecuencia de un modo incorrecto de vida, trae el aliento necesario para progresar hacia la madurez espiritual (vv. 32-39).

Siguiendo el *bosquejo del libro*, se establece la siguiente división del texto para su estudio:

1. La imperfección de los sacrificios legales (10:1-4).
2. La perfección del sacrificio de Cristo (10:5-18).
    2.1. La preparación del sacrificio (10:5-10).
    2.2. La realidad en Cristo del sacrificio perfecto (10:11-18).
3. Advertencia solemne (10:19-39).
    3.1. La exhortación (10:19-25).
    3.2. La advertencia sobre el pecado voluntario (10:26-31).
    3.3. El aliento (10:32-39).

La imperfección de los sacrificios legales (10:1-4).

1. Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan.

Σκιὰν γὰρ ἔχων ὁ νόμος τῶν μελλόντων ἀγαθῶν, οὐκ[1] αὐτὴν τὴν
Porque sombra que tiene la ley de los venideros bienes, no la misma la
εἰκόνα τῶν πραγμάτων, κατ᾽ ἐνιαυτὸν ταῖς αὐταῖς θυσίαις ἃς
imagen de las cosas, cada año los mismos sacrificios los que
προσφέρουσιν εἰς τὸ διηνεκὲς οὐδέποτε δύναται τοὺς
ofrecen dentro de lo continuo nunca puede a los
προσερχομένους τελειῶσαι·
que se acercan perfeccionar.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Alternativas de lectura.

[1] οὐκ αὐτὴν, *no la misma*, en א, A, C, D, H, K, P, Ψ, 33, 81, 88, 104, 181, 326, 330, 436, 451, 614, 629, 630, 1241, 1739, 1877, 1881, 1962, 1984, 2127, 2492, 2495, *Lect. Biz.* It[ar, c, dem, div, f, r, x, z], vg, syr[p, h], cop[sa, bo, fay].

Otra lectura: οὐκ αὐτῶν, *no de ellos,* en 1908. καὶ οὐκ αὐτὴν, *y no la misma*, atestiguada en arm.

Continúa sin interrupción con el argumento del capítulo anterior, escribiendo: σκιὰν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *sombra*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al nombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ἔχων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí como *que tiene,* o también *teniendo*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; νόμος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota, *reglamento, ordenanza, ley*;

τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado declinado *de los*; μελλόντων, caso genitivo neutro plural del participio de presente en voz activa del verbo μέλλω, *estar a punto de, haber de,* en relación con el futuro *esperados,* de ahí *venideros, que están a punto de venir, que vienen, venideros*; ἀγαθῶν, genitivo neutro plural del adjetivo *bienes*; οὐκ, adverbio de negación *no*; αὐτὴν, caso acusativo femenino singular del pronombre intensivo *la misma*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; εἰκόνα, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *figura, imagen*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado declinado *de los*, femenino en español; πραγμάτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *asunto, cosa;* κατ', forma escrita de la preposición de acusativo κατά, por elisión ante vocal con espíritu suave, que equivale a *cada*; ἐνιαυτὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *año*; ταῖς, caso dativo femenino plural del artículo determinado *las*; αὐταῖς, caso dativo femenino plural del pronombre intensivo *las mismas*; θυσίαις, caso dativo femenino plural del sustantivo que denota, *sacrificios, ofrendas*; ἃς, caso acusativo femenino plural del pronombre relativo *las que*; προσφέρουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo προσφέρω, *ofrecen*; εἰς, preposición de acusativo *dentro de*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; διηνεκὲς, caso acusativo neutro singular del adjetivo, *continuo, siempre*; οὐδέποτε, adverbio de tiempo *nunca*, *jamás*; δύναται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo δύναμαι, *poder, tener poder,* aquí como *puede*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado declinado *a los*; προσερχομένους, caso acusativo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo προσέρχομαι, *acercarse,* aquí como *que se acercan*; τελειῶσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo τελλειόω, *completar, cumplir, llevar a término, perfeccionar,* aquí en esta última acepción.

Σκιὰν γὰρ ἔχων ὁ νόμος τῶν μελλόντων ἀγαθῶν, οὐκ αὐτὴν τὴν εἰκόνα τῶν πραγμάτων. Si el santuario terrenal era una *sombra* o *figura* del celestial, los sacrificios que se ofrecían en el culto que se llevaba a cabo en él, no podían ser sino también figuras del sacrificio perfecto de Cristo. Todo el ceremonial del culto y del ministerio sacerdotal estaba regulado en la Ley. Esta, en relación con dicho ceremonial *tenía* también *sombra o figura*. En otros lugares se usa esa palabra para referirse a los aspectos de la ley ceremonial en cuanto a restricciones en comidas y establecimiento de días especiales (Col. 2:17). Es necesario apreciar que el versículo no dice que la Ley *era* una sombra, sino que ἔχων, *tenía* la sombra de los bienes venideros. La sombra es lo que produce un cuerpo por interposición con una fuente de luz. No toda la ley ceremonial era tipo de los bienes venideros, pero en aquella parte que era figura, lo era a modo de una sombra proyectada por la imagen verdadera. El contraste, pues, se establece entre la *sombra* y la *realidad* de los bienes venideros, que en el pasaje la realidad está vinculada con el sacrificio de Cristo, que es Sumo Sacerdote de los bienes venideros (9:11).

Aquella sombra proyectada en la ley, tenía una realidad que la producía y que eran τῶν μελλόντων ἀγαθῶν, *"los bienes venideros"*. La expresión utilizada por el apóstol Pablo era para referirse a la vida plena en el reino del Hijo de Dios al que han sido trasladados los creyentes (Col. 1:13). En esta Epístola, la referencia anterior a *los bienes venideros*, tenía que ver con el sacrificio irrepetible de Cristo y su ministerio sumosacerdotal que provee de eterna salvación y acceso a Dios para adorarle (9:11ss). Estas son la expresión de la perfección que en la antigua dispensación no podían alcanzarse. En general τῶν μελλόντων ἀγαθῶν, los *bienes venideros* es la plenitud que la salvación en Cristo provee para el creyente, comenzando por la justificación y proyectándose a la experiencia de vida eterna, no sólo en este tiempo, sino también la presencia eterna de Dios en la nueva creación, muchas de cuyas cosas estaban prefiguradas en las figuras del santuario y de los sacrificios, y anunciadas proféticamente.

Sobre el sentido de los *bienes venideros*, escribe Calvino:

"Estos, a mi juicio, son las cosas eternas. Concedo que el reino de Cristo, ahora está presente con nosotros, pero anteriormente fue proclamado como futuro. Las palabras del Apóstol[1] *significan que nosotros tenemos una imagen de las futuras bendiciones. El entiende pues ese modelo espiritual, cuyo pleno goce queda postergado hasta la resurrección y la vida futura. Al mismo tiempo, declaro nuevamente que estas cosas buenas comenzaron a ser reveladas al principio del reino de Cristo; mas lo que el escritor ahora pretende es esto: que éstas no sólo son bendiciones futuras respecto al Antiguo Testamento, sino también respecto a nosotros, que aún las esperamos"*[2].

A la limitación del antiguo sistema, que no podía perfeccionar a quienes practicaban su culto y cumplían sus ordenanzas, se añade aquí otra limitación que es la imprecisión, ya que los sacrificios regulados en la ley ceremonial eran *sombra*, esto es, las formas imprecisas de la realidad que la producía. El escritor de la Epístola utiliza la palabra εἰκόνα, *imagen*, que expresa una réplica exacta de la realidad, negativizándola ya que la precede del adverbio de negación *no*, para enfatizar la imprecisión ya que la ley tenía *sombra*, pero que, por perfecta que sea, no es la realidad misma. Pablo habla de Cristo como la *imagen*[3] de Dios, utilizando la misma palabra para expresar identidad absoluta (2 Co. 4:4; Col. 1:15). Cristo hace visible al Invisible en forma absoluta y plena. Quienes vieron a Jesús vieron a Dios y vieron al Padre (Jn. 14:9). Cristo era la *imagen*,

---

[1] Calvino consideraba como autor de la Epístola al apóstol Pablo.
[2] Juan Calvino. *Epístola a los Hebreos.* Editorial, Subcomisión Literatura Cristiana de la Iglesia Reformada. Grand Rapids, 1977, pág. 200.
[3] Griego εἰκόνα.

es decir, la expresión visible de Dios, mientras que los sacrificios regulados en la ley no eran *la imagen*, sino *la sombra* de la realidad futura del sacrificio de Cristo.

Κατ’ ἐνιαυτὸν ταῖς αὐταῖς θυσίαις ἃς προσφέρουσιν εἰς τὸ διηνεκὲς. Aquella limitación del antiguo sistema requería la presentación de muchos sacrificios regulados en la ley ceremonial. Estos *muchos* sacrificios eran ofrecidos por *muchos* sacerdotes y se ofrecían incesantemente a lo largo de *muchos* años. Tal reiteración -como se ha considerado anteriormente- evidencia la incapacidad del sistema levítico y su fracaso en cuanto a perfeccionar al creyente. En el texto griego se enfatiza abiertamente la incapacidad legal mediante el uso del adverbio de tiempo[4] *nunca, jamás.* Es decir, su incapacidad comprendía todo el tiempo y también todos los tipos de sacrificio que se ofrecían. El alcance de la incapacidad se determina por quienes no logran τελειῶσαι, perfeccionarse que eran ἃς προσερχομένους, *“los que se acercan”*, es decir, los que venían al santuario para rendir culto a Dios. No podían estos perfeccionarse en cuanto a su conciencia de pecado, ni tampoco en cuanto a la verdadera adoración que Dios demandaba. Todo sacrificio reiterado en el tiempo manifiesta en sí mismo la ineficacia de hacer expiación eficaz y definitiva, sólo la ofrenda de Cristo, hecha una vez para siempre, es eficaz para perfeccionar a todos los que por Él se allegan a Dios.

2. De otra manera cesarían de ofrecerse, pues los que tributan este culto, limpios una vez, no tendrían ya más conciencia de pecado.

ἐπεὶ οὐκ ἂν ἐπαύσαντο προσφερόμεναι διὰ τὸ μηδεμίαν ἔχειν
Puesto que ¿no - habrían cesado ser ofrecidos? A causa de - ninguna tener
ἔτι συνείδησιν ἁμαρτιῶν τοὺς λατρεύοντας ἅπαξ
ya conciencia de pecado los que rinden culto una sola vez
κεκαθαρισμένους
habiendo sido purificados.

Notas y análisis del texto griego.

La estructura gramatical del texto griego presenta una elipsis de condición después de ἐπει, con la conclusión de la condición de segunda clase con ἂν y el aoristo del verbo, lo que para una mejor comprensión permite traducirla como interrogativa para reforzar la condición dubitativa de la partícula ἂν. En el versículo se lee: ἐπεὶ, conjunción *puesto que, ya que, en vista de*, que precede a οὐκ, adverbio de negación *no*; seguido de ἂν, partícula que no empieza nunca frase y que da a ésta carácter condicional o dubitativo, o expresa una idea de repetición. Se construye con todos los modos menos el imperativo y acompaña a los pronombres relativos para darles un sentido general; en algunas ocasiones no tiene traducción; ἐπαύσαντο, tercera persona plural del aoristo

[4] Griego οὐδέποτε.

primero de indicativo en voz media del verbo παύω, *hacer cesar, tranquilizar*, en voz media *cesar*, aquí por el sentido condicional de ἂν como *habrían cesado*; προσφερόμεναι, caso nominativo femenino plural del participio de presente en voz pasiva del verbo προσφέρω, *ofrecer,* aquí como *ser ofrecidos*; διὰ, preposición de acusativo *a causa de*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; μηδεμίαν, caso acusativo femenino singular del adjetivo indefinido *ninguna*; ἔχειν, presente de infinitivo en voz activa del verbo ἔχω, *tener*; ἔτι, adverbio de tiempo *ya*; συνείδησιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *conciencia*; ἁμαρτιῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo declinado *de pecados*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; λατρεύοντας, caso acusativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo λατρεύω, *servir*, *rendir culto*, aquí como *que rinden culto*; ἅπαξ, adverbio que significa *una sola vez*; κεκαθαρισμένους, caso acusativo masculino plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo καθαρίζω, *limpiar, purificar, declarar purificado*, aquí como *habiendo sido purificados.*

La persistencia en la práctica de la ley ceremonial, especialmente en la repetición de los sacrificios ponía de manifiesto la ineficacia del sistema en relación con la conciencia acusadora de pecado. El israelita sabía que por su pecado había cumplido las demandas que la Ley establecía en relación con la purificación legal, pero íntimamente, su conciencia le acusaba continuamente de pecado, por tanto, tenía que volver a ofrecer una y otra vez los mismos sacrificios a lo largo de los años de su vida. La incapacidad para perfeccionar exigía la reiteración de los sacrificios.

La argumentación sobre la evidencia de la imperfección de la antigua alianza se establece mediante una construcción gramatical un tanto difícil de traducir literalmente al español. La idea es establecer un planteamiento que lleve al lector a entender que si la antigua alianza tuviese capacidad para perfeccionar, no hubiese necesidad de repetir los sacrificios continuamente. La idea argumental podría entenderse mejor mediante una pregunta reflexiva, que el texto griego permite establecer, de modo que se podría traducir así: ἐπεὶ οὐκ ἂν ἐπαύσαντο προσφερόμεναι διὰ τὸ μηδεμίαν ἔχειν ἔτι συνείδησιν ἁμαρτιῶν τοὺς λατρεύοντας ἅπαξ κεκαθαρισμένους. *“Por tanto, ¿No habrían cesado de ser ofrecidos? Ya que no quedaría conciencia alguna del pecado a los que rinden culto, habiendo sido purificados definitivamente”*. La pregunta retórica exigiría una respuesta afirmativa del lector. Los sacrificios del sistema levítico, si tuviesen capacidad de limpiar la conciencia, habrían dejado de ofrecerse, porque no tendría ya razón de ser. De otro modo, si el sistema de sacrificios fuese capaz de *“hacer perfectos”* a quienes se acercaban a Dios, removiendo la barrera levantada por su pecado, habrían dejado de ofrecerse.

La ineficacia declarada consistía en que no eran capaces de limpiar la conciencia. De ahí que el oferente tenía que repetirlos continuamente. Si aquellos sacrificios pudieran quitar los pecados, cesarían de ofrecerse, y no se repetirían más. La ineficacia consistía en que eran incapaces de hacer ἅπαξ κεκαθαρισμένους *“limpios de una vez”*, es decir, definitivamente, a quienes venían con la ofrenda por el pecado. Tal seguridad de limpieza definitiva sólo es posible para el cristiano, como Jesús dijo: *“El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio, y vosotros limpios estáis”* (Jn. 13:10). El nuevo nacimiento implica una purificación del corazón. Los que ahora están limpios no requieren ninguna repetición de la limpieza, sólo la confesión cotidiana para superar la dificultad en la comunión con Dios que se genera por las imperfecciones espirituales ocasionadas por el pecado (1 Jn. 1:9).

3. Pero en estos sacrificios cada año se hace memoria de los pecados.

ἀλλ᾽ ἐν αὐταῖς ἀνάμνησις ἁμαρτιῶν κατ᾽ ἐνιαυτόν·
Pero en ellos recuerdo de pecados cada año

Notas y análisis del texto griego.

Intensificando el argumento de la incapacidad de los sacrificios del antiguo sistema, escribe: ἀλλ᾽ forma escrita ante vocal de la conjunción adversativa ἀλλά que significa *pero*, *sino*; ἐν, preposición de dativo *en*; αὐταῖς, caso dativo femenino plural del pronombre personal *las*; ἀνάμνησις, caso nominativo femenino plural del sustantivo que denota, *recuerdo*; ἁμαρτιῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo declinado *de pecados*; κατ', forma escrita de la preposición κατά, *en*, por elisión ante vocal con espíritu suave; ἐνιαυτόν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *año*.

᾽Αλλ᾽ ἐν αὐταῖς ἀνάμνησις ἁμαρτιῶν κατ᾽ ἐνιαυτόν. Un complemento a la evidencia de las limitaciones del sistema levítico tiene que ver con el recuerdo de los pecados. En cada uno de los sacrificios cada año *“se hace memoria de los pecados”*. Especialmente en el sacrificio anual de la expiación, se traían a memoria los pecados. En relación con el significado del concepto *traer a la memoria*, escribe F. F. Bruce:

“Esta memoria (como lo es regularmente en el uso bíblico) es más que un recuerdo: implica alguna forma apropiada de acción. La memoria de los pecados puede implicar arrepentimiento de ellos (Dt. 9:7), o puede implicar persistencia en ellos”[5].

[5] F. F. Bruce. o.c., pág. 231.

Por parte de Dios, el *recuerdo* o el *traer a la memoria* el pecado implicaba generalmente la acción divina de retribución. Tal era el sentido de esta expresión cuando Elías estuvo en casa de la viuda de Sarepta y su hijo estuvo a punto de morir y la viuda le dijo: *"¿Qué tengo yo contigo, varón de Dios? ¿Has venido a mí para traer a memoria mis iniquidades, y para hacer morir a mi hijo?"* (1 R. 17:18). Ella consideraba que el *recordar* su pecado traía como consecuencia la enfermedad de su hijo. La misma idea aparece en relación con Babilonia, en el Apocalipsis, cuando escribe el apóstol Juan: *"Y la gran ciudad fue dividida en tres partes, y las ciudades de las naciones cayeron; y la gran Babilonia vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino del ardor de su ira"* (Ap. 16:19). Cada año, en el día de la expiación, el pueblo traía a la memoria la realidad del pecado que el sacrificio del año anterior no había podido quitar, y en la memoria del pecado, estaba también la provisión que Dios hacía mediante la remoción temporal del pecado como consecuencia del simbolismo que representaba el derramamiento de sangre del animal del sacrificio expiatorio.

¡Que diferencia tan notable al instituir Jesús el recuerdo simbólico en la ordenanza del Partimiento del Pan, en relación con el Nuevo Pacto! El sacrificio que lo constituía no era otra cosa que la remisión de pecados (Mt. 26:28). Quiere decir, que remitida la culpa y satisfecha la demanda, los pecados del creyente nunca más vienen a la memoria de Dios para visitarlo en juicio, por cuanto el castigo de nuestra paz fue sufrido por Jesús (Is. 53:4-5). Es por esa razón que el creyente dentro del Nuevo Pacto, puede mirar el trono de Dios, no como un trono de juicio sino como un trono de gracia, y la provisión de paz con Dios es de tal dimensión que *"ya no hay ninguna condenación para los que están en Cristo Jesús"* (Ro. 8:1). En la ordenanza del Nuevo Pacto, el recuerdo no es de los pecados sino del Señor que los llevó sobre Él y los expió para nosotros en la Cruz. Los sacrificios del Antiguo Testamento traían a la memoria del creyente de entonces el recuerdo de que era pecador y que era necesaria reiterar la ofrenda de sacrificios a causa de que aquellos ni *quitaban* el pecado, sino que era una provisión de remoción temporal de los mismos en vista al futuro y perfecto sacrificio de Cristo. En el antiguo pacto el recuerdo estaba en los pecados, ahora está en la víctima que redime quitando de todo pecado y que limpia la conciencia acusadora de los mismos. Es necesario entender bien que cuando la iglesia cumple la ordenanza del Partimiento del Pan, el recuerdo a que los creyentes somos llamados en esa ocasión no es el de la muerte de Cristo. Cristo no mandó *recordar su muerte*, y el apóstol Pablo tampoco. En la ordenanza detallada por el apóstol Pablo se lee claramente: *"La muerte del Señor anunciáis"* (1 Co. 11:26). La víctima del sacrifico en el Nuevo Pacto, no está muerta, como ocurría con los animales del antiguo orden, sino que resucitado por el Padre, vive para siempre. No venimos a llorar a un muerto, sino a proclamar a un vivo. La muerte del Redentor, aunque revista una

profunda emoción para el creyente por lo que significa de amor y entrega, no puede producir tristeza, sino gozo. Los pecados fueron llevados por Cristo, que nos sustituyó vicariamente en la Cruz ocupando nuestro lugar, para que por su muerte nosotros tengamos vida y vida eterna.

4. Porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados.

ἀδύνατον γὰρ	αἷμα	ταύρων	καὶ	τράγων	ἀφαιρεῖν	ἁμαρτίας.
Porque incapaz	sangre	de becerros	y	de machos cabríos	quitar	pecados.

Notas y análisis del texto griego.

Una conclusión se expresa con: ἀδύνατον, caso nominativo neutro singular del adjetivo *imposible*, en el sentido de *incapaz*, *inválido*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al adjetivo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; αἷμα, caso acusativo neutro singular del sustantivo *sangre*; ταύρων, caso genitivo masculino plural del sustantivo declinado *de becerros, de toros*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τράγων, caso genitivo masculino plural del sustantivo declinado que denota *de machos cabríos*; ἀφαιρεῖν, presente de infinitivo en voz activa del verbo ἀφαιρέω, *quitar, hacer desaparecer, suprimir*, aquí como *quitar*; ἁμαρτίας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *pecados.*

᾿Αδύνατον γὰρ αἷμα ταύρων καὶ τράγων ἀφαιρεῖν ἁμαρτίας. La imperfección de los sacrificios del sistema levítico se pone de manifiesto en la conclusión a que llega el escritor. Aquellos sacrificios no podían quitar los pecados. La afirmación expresa una verdad evidente. La sangre como medio material, no puede remover la contaminación espiritual. El valor de los sacrificios antiguos residía en el hecho de ser *sombras* de la realidad del sacrificio del Calvario. Así lo entendía ya David cuando dice: *"Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí… Porque no quieres sacrificio, que yo daría; no quieres holocausto. Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás Tú, oh Dios"* (Sal. 51:10, 16, 17). La misma verdad en el escrito del profeta Miqueas: *"¿Con qué me presentaré ante Jehová, y adoraré al Dios Altísimo? ¿Me presentaré ante Él con holocaustos, con becerros de un año? ¿Se agradará Jehová de millares de carneros, o de diez mil arroyos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma?"* (Mi. 6:6-7). El medio externo no es suficiente: *"Aunque te laves con lejía, y amontones jabón sobre ti, la mancha de tu pecado permanecerá aún delante de Mí, dijo Jehová el Señor"* (Jer. 2:22).

Solo en el Nuevo Pacto hay solución definitiva a la provisionalidad de los sacrificios de animales establecidos en el Antiguo Testamento, por la muerte del

Cordero de Dios que quita, toma, lleva y retira definitivamente el pecado (Jn. 1:29). Ese es el gran tema de los siguientes versículos, con un notable contenido cristológico al que debe prestarse mucha atención.

La perfección del sacrificio de Cristo (10:5-18).

La preparación del sacrificio perfecto (10:5-10).

5. Por lo cual, entrando en el mundo dice:
Sacrificio y ofrenda no quisiste;
Mas me preparaste cuerpo.

Διὸ εἰσερχόμενος εἰς τὸν κόσμον λέγει·
Por lo cual entrando en el mundo dice:
θυσίαν καὶ προσφορὰν οὐκ ἠθέλησας,
sacrificio y ofrenda no quisiste
σῶμα δὲ κατηρτίσω μοι·
mas cuerpo preparaste a mí.

Notas y análisis del texto griego.

Introduce la perfección del sacrificio de Cristo presentando su venida y apelando a la Escritura para manifestar la razón, escribiendo: Διὸ, conjunción, *por eso, por lo cual*; εἰσερχόμενος, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo, εἰσέρχομαι, *llegar hasta, entrar*, aquí como *entrando*; εἰς, preposición de acusativo *en*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; κόσμον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *mundo*; λέγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *hablar, expresarse, decir*, aquí como *dice*: La siguiente cláusula está tomada del texto griego del A. T. θυσίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *sacrificio*; καὶ, conjunción copulativa *y*; προσφορὰν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *ofrenda*; οὐκ, adverbio de negación *no*, que negativiza a ἠθέλησας, segunda persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo θέλω, *querer, desear, encontrar satisfacción*, aquí como *quisiste*; σῶμα, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *cuerpo*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; κατηρτίσω, segunda persona singular del aoristo primero de indicativo en voz media del verbo καταρτίζω, *preparar,* aquí como *preparaste*; μοι, caso dativo singular del pronombre personal declinado *a mí*.

Διὸ εἰσερχόμενος εἰς τὸν κόσμον λέγει. El versículo introduce la presencia en el mundo del Cordero de Dios que hará posible el sacrificio expiatorio perfecto, por cuya obra, no sólo se alcanzará el perdón de pecados, sino la purificación de la conciencia acusadora. La utilización del verbo *entrar*,

aquí como *entrando* en el mundo, va precedida de διὸ una conjunción[6], que sirve para establecer la razón de la *entrada* de Cristo, y que significa *por tanto, por lo cual*. La causa por la que el Hijo de Dios entra en el mundo es la impotencia de los sacrificios del ceremonial levítico para resolver el problema del pecado. El Salvador viene para redimir al mundo mediante su sacrificio perfecto y definitivo.

La entrada de Cristo en el mundo tiene una enorme dimensión, ya que se trata de la entrada de Uno de la Trinidad en la experiencia de las limitaciones de la criatura mediante su encarnación. No se trata de una relación en la intimidad con los hombres mediante la incorporación de la Deidad a una humanidad, sino el hecho admirable de la encarnación de Dios, mediante cuyo hecho, la naturaleza humana vino a ser una de las dos naturalezas de la Persona Divina del Verbo eterno. El proceso de este misterio de piedad se describe aquí mediante la apelación al texto bíblico que ya lo anunciaba, tomado una vez más de los Salmos (Sal. 40:6-8). Este es uno de los Salmos llamados *mesiánicos*, porque están relacionados y profetizan aspectos relativos al Mesías. El cumplimiento del Salmo excede absolutamente a la experiencia de David y tiene que aplicarse al Hijo prometido.

En la profecía del Salmo, el orden sacrificial regulado y establecido en la ley ceremonial, es puesto a un lado. Las palabras son concisas y precisas: θυσίαν καὶ προσφορὰν οὐκ ἠθέλησας, *"sacrificio y ofrenda no quisiste"*. Los dos términos, *sacrificio y ofrenda*, es una nueva forma de referirse a los distintos sacrificios establecidos en el antiguo orden, para la purificación del pecado. Posiblemente David tenía en mente el gran sacrificio anual de la expiación. Οὐκ ἠθέλησας, *"no quisiste"* no significa que Dios los repudiara, puesto que Él mismo los había establecido en su Ley. Es una expresión para indicar el verdadero deseo de Dios en relación con el sacrificio definitivo. En otros lugares de la Escritura y en un contexto diferente se habla también de que los sacrificios no son requeridos por Dios e incluso está *hastiado* de ellos (Is. 1:11-12), pero esto era a causa de la incorrecta vida del que los ofrecía, ya que como hipócritas que eran se mantenían en la desobediencia y la impiedad tratando, por medio de los sacrificios pacificar a Dios. Los profetas rechazaron los sacrificios no por los sacrificios en sí mismos, sino por la forma de llevarlos a cabo. Sin embargo, el οὐκ ἠθέλησας, *"no quisiste"* en el versículo expresa la voluntad de Dios que se había establecido desde que se concretó el Plan de Redención, en el que se asignaba ya la acción redentora al sacrificio del Salvador (1 P. 1:18-20). El mismo David, autor del salmo que se cita, había adorado a Dios y ofrecido sacrificios. No le era lícito dejar de hacer aquello que el Señor había establecido para todo su pueblo. Pero, proféticamente, miraba

---

[6] Griego διὸ.

más allá de su tiempo y de su propia experiencia personal, al impulso del Espíritu hacia un sacrificio que trascendería al tiempo y alcanzaría la dimensión de eternidad. La entrada en el mundo del Verbo de Dios en carne humana obedece al cumplimiento del tiempo previsto para la obra de redención (Gá. 4:4).

La capacitación para llevar a cabo el sacrificio que Dios establecía se establece mediante la expresión: σῶμα δὲ κατηρτίσω μοι, *"me preparaste cuerpo"*. De esta manera se hace referencia a la intervención de Dios en la consecución del cuerpo para el sacrificio perfecto. Este cuerpo preparado por Dios se le devuelve a Él ofrecido en sacrificio perfecto por el pecado. El cuerpo en sí, como referencia a la humanidad que expresa, es entregado voluntariamente como ofrenda expiatoria por el pecado. La dotación de una naturaleza humana a la Persona Divina del Hijo, la encarnación de la Deidad (Jn. 1:14) es el resultado de la operatividad conjunta de las tres Personas Divinas. La encarnación, por concepción sobrenatural en el seno de la Virgen, es operación directa del Espíritu Santo (Lc. 1:35), pero no es menos cierto que es la Segunda Persona la que se encarna y, a su vez, es donación amorosa del Padre que *da* a su Hijo y hace posible la entrada de la Segunda Persona Divina en la esfera de la humanidad, como hombre.

La lectura del texto hebreo es diferente. En el Salmo se lee: *"has abierto mis oídos"*. Se han intentado varias soluciones para esta diferencia. Algunos proponen un error de traslado en la traducción, como hace referencia el profesor Nicolau:

"El texto hebreo lee: me has formado oídos abiertos, me has abierto oídos, indicando la prontitud en oír, la docilidad y obediencia pronta que Dios le ha preparado. Sin embargo, la mayoría de los códices (LXX) lee σῶμα (cuerpo). Traducen oídos (ὠτία) las versiones de Aquila, Símmaco, Todoción. Es fácil la confusión de una palabra con la otra tratándose de letras unciales θελησα ΣΩΤΙΑ, ΣΩΜΑ. Pero aquí no cabe duda de que el texto griego del hebreo lee y escribe σωμα. Es el cuerpo de Cristo el que ha preparado Dios, y preparado para el sacrificio"[7].

¿Cómo reconciliar ambas citas? El concepto de *obediencia* va íntimamente ligado al de *oír*, como de la misma raíz en el hebreo. Por el oído entra el mandamiento que se ejecuta por medio del cuerpo. El sentido sacrificial de la redención exigía la entrega del Redentor sin reserva alguna, para hacerse *"obediente hasta la muerte y muerte de cruz"* (Fil. 2:8). De tal manera el sacrificio de Jesús exigía obediencia incondicional al Padre para la ejecución de la obra (Jn. 10:17-18). La determinación de la redención es antecedente a la

[7] Miguel Nicolau. o.c., pág. 120.

caída y, por tanto, anterior a la encarnación (2 Ti. 1:9). Pero, toda obediencia determina una posición subordinada. En la sola naturaleza divina del Hijo de Dios, se toma la *decisión* de obedecer *hasta la muerte*, pero, la Segunda Persona divina no puede entrar en la experiencia de obediencia en razón de la igualdad entre Él y el Padre en el seno de la deidad. Hacerse obediente implica entrar en el *estado de humillación*. Debe entenderse claramente esto para distinguir bien la diferencia entre *limitación* y *humillación*. Cuando Dios se encarna haciéndose hombre, *no se humilla*, simplemente *se limita*, es decir, el Verbo se hace carne (Jn. 1:14), viniendo a la experiencia -mediante su naturaleza humana- de las limitaciones propias de los hombres, experimentando el sueño, el cansancio, las tentaciones, llorando nuestras lágrimas y muriendo nuestra muerte. Sin embargo el estado de *humillación*, se alcanza en la *forma de siervo*. El contraste entre las dos *formas* es evidente: Quien existe eternamente en *forma* de Dios, viene en el tiempo a tomar *forma* de siervo. El vehículo que le permite llegar a esa *forma*, es su humanidad, *"hecho semejante a los hombres"* (Fil. 2: 7). El problema de la *"obediencia hasta la muerte"* queda resuelto mediante la *preparación de cuerpo*, a la que se refiere el versículo.

Esta expresión y, sobre todo, la palabra σῶμα, *cuerpo*, pudiera dar lugar a una falsa interpretación, como si Dios se limitara a buscar un cuerpo, es decir, una *forma humana* para hacerse visible. Tal pensamiento es una formulación herética llamada *docetismo*. La influencia helenística en relación con el concepto de deidad y relación de esta con la humanidad lleva a algunos a pensar en una epifanía de lo divino, pero nunca en la encarnación de Dios. Los hombres paganos de los tiempos apostólicos consideraban a la vista del milagro de los apóstoles en la curación de un paralítico en Listra que *"dioses bajo la semejanza de hombres han descendido a nosotros"* (Hch. 14:11). Esta influencia cultural conduce a la grave consecuencia de asignar a Cristo formas no carnales de corporeidad. Estos se preguntaban cuando descendió el Cristo trascendente sobre el hombre Jesús y cuando lo abandonó. Los gnósticos Valentín, Marción y Apeles -entre otros- establecen un sentido docético a Jesús, ya que para ellos era una *apariencia* humana, ya que por un lado su humanidad es *espiritual* y su carne *pneumática*, por tanto su muerte se convierte en una apariencia. Esto lleva a una conclusión platónica que se introduce en la cristología: *"Dios no se mezcla con los hombres"*[8]. Para este razonamiento el Eterno no puede ser temporal ni el Impasible venir a la experiencia del padecimiento. La materia y lo divino son dos aspectos antagónicos e irreconciliables. Engendrar, gestar, nacer, sufrir y morir, son acontecimientos que nunca pueden ser predicados de Dios. La encarnación de Dios ponía en peligro, para esta forma de pensamiento, la misma realidad de Dios. Pero, estos no tenían en cuenta que Dios *no se convierte* en hombre, no puede haber

[8] Platón. *Simposio 203ª; República 2:20.*

transmutación para quien es eterno en Sí mismo, pero es cierto que Dios se *encarna* y *se hace* hombre, que no significa perder nada de cuanto le corresponde anteriormente, sino asumir otra naturaleza vinculándola íntima y definitivamente a la deidad. Dios puede suscitar una realidad distinta en Él, identificarse con la criatura humana y *hacerse* hombre en todo permaneciendo inmutable en Sí mismo. Es necesario, pues, entender que el término *cuerpo* que el escritor utiliza en el versículo, expresa y es sinónimo de *hombre* en absoluta plenitud, sin limitación alguna, salvo en lo que tiene que ver con el pecado asumido por concepción, del que Jesús está libre.

Según el apóstol Pablo, el proceso que deriva en la encarnación de Dios sigue un admirable orden: Primeramente el Hijo, en una admirable expresión de libertad, declina su derecho a ser solamente Dios no aferrándose a esa condición. En segundo lugar se *anonada* a Sí mismo, en una entrega plena a la voluntad del Padre para ejecutar la redención. En tercer lugar entra en la experiencia de la humillación tomando *forma de siervo*, para lo cual, como vehículo expresivo asume en su Persona Divina dándole subsistencia personal, una naturaleza humana, para venir a ser perpetuamente una Persona Divino-humana, es decir, Dios-hombre (Fil. 2:6-8). Engendrado por el Padre eternamente, comienza una existencia humana al ser engendrado de María. No *surge* al ser concebido, porque su Persona es eterna y, por tanto, antecedente en todo al hecho histórico de la encarnación. Simplemente el que era Hijo eterno en unidad con el Padre, comienza a ser hombre, tomando nuestra forma de existencia haciéndose *carne*. De otro modo: Cristo llega a ser como hombre lo que era eternamente como Hijo.

La encarnación implica a las tres Personas como término final de esa acción, aunque el único principio personalizador y sujeto de la encarnación, es el Hijo. El Padre lo da o entrega, no sólo para ser Salvador, sino también para ser hombre, puesto que no podía ser lo primero sin hacerse lo segundo (Jn. 3:16). El Hijo es quien se encarna (Jn. 1:14). El Espíritu Santo lleva a cabo la encarnación (Lc. 1:35). Por tanto, la encarnación es el resultado histórico del envío del Hijo por el Padre, con el propósito salvador de los hombres. De modo que por la operatividad desde su humanidad en la obra de salvación, Dios hace partícipes a los hombres de la filiación del Hijo, rescatándolos del estado de perdición e introduciéndolos por adopción en su misma familia (Gá. 4:4-5), dándoles derecho de ser llamados sus hijos (Jn. 1:12) y haciéndolos participantes de la divina naturaleza (2 P. 1:4). La encarnación es el único camino a la salvación (Ro. 1:1-4; 2 Co. 5:21; 8:9; Gá. 3:13; 4:4-5; Fil. 2:6-11). Es necesario entender con precisión que quien se hizo carne fue el Hijo, sin perder tal condición (Jn. 1:14). El Logos esta eternamente junto a Dios (Jn. 1:1); por Él fueron creadas todas las cosas (Jn. 1:3); Él es la luz que alumbra a todos los hombres y que brilla en las tinieblas hasta disolverlas (Jn. 1:4-5, 9). Este es

quien ha tomado carne y ha morado entre nosotros. Es hombre sin deponer su Ser Divino. La fe cristiana tiene como contenido la realidad de que Jesucristo es Dios venido en carne (1 Jn. 4:2). La entrada en el mundo de los hombres de la Persona Divina del Logos, tiene lugar por el nacimiento de María virgen. La encarnación conlleva necesariamente el nacimiento de mujer (Gá. 4:4). El nacimiento virginal fue la forma que Dios escogió para ser hombre (Mt. 1:18-21; Lc. 1:26-38). El comienzo de la existencia temporal de Jesús no es su comienzo absoluto, inexistente en Él puesto que como Dios es eterno. La deidad de Jesús no tiene nada que ver con el nacimiento virginal. La concepción virginal es el origen de su naturaleza humana, presupuesta ya la filiación divina de Hijo y la eterna preexistencia como Dios. El término *encarnación* es sinónimo de *humanación*. Debe excluirse absolutamente como herejía que el Hijo, Logos, asumió sólo el cuerpo, es decir, la carne, con exclusión de los distintos elementos que forman la parte espiritual del hombre, como el alma y el espíritu. La encarnación, mediante la cual Dios le apropia de cuerpo, designa la unión del Verbo con la humanidad, en una naturaleza creada por el Espíritu Santo mediante concepción en el seno de la bienaventurada (Lc. 1:45, 48) y bendita (Lc. 1:28) virgen María, quien es instrumento en manos de Dios, por elección, para llegar a ser la madre de Jesús, que es también nuestro Señor manifestado en carne (Lc. 1:35). Esta humanidad concebida por obra del Espíritu Santo, es personalizada por el Hijo en cuya naturaleza expresa su filiación eterna. De esa unión del Verbo con una naturaleza humana, creada y asumida en el mismo acto, resulta el hombre Jesús. Desde la perspectiva divina, la encarnación es la auto-donación de Dios al hombre. Cristo es la expresión visible de la vida trinitaria de Dios en un hombre y la incardinación, en sentido de incorporación, del hombre en Dios. La encarnación permite a Dios insertarse en la historia atrayendo al hombre hacia Sí mismo, acogiendo dentro de Él a la criatura de una forma tal que, perdurando la diferencia entre Deidad y humanidad, el hombre es acogido dentro de Dios. En la encarnación se prolonga al hombre la realidad eterna del Hijo que se expresa visiblemente por medio de esa humanidad. La identidad con el hombre es tal que Cristo llega a ser hombre en la misma condición en que los hombres lo somos, no sólo en el momento de la concepción, ni solo en el de la gestación, ni solo en el alumbramiento, sino en el decurso de vida que expresa lo que es realmente el hombre. El hombre es hombre por concepción, nacimiento, vida y muerte. La encarnación de Cristo es plena, tanto biológica como histórica. Por la encarnación Dios se vincula a la criatura y abre camino a la criatura para vincularla con Él. Jesús es tanto Dios como hombre, mejor dicho, es Dios-hombre, una Persona Divino-humana, en cuya humanidad se realiza la *kénosis*, el *vaciamiento*, la *humillación* del Hijo, que por su muerte da vida eterna a todo el que cree. Es en su humanidad que el Hijo puede verter lágrimas y orar con gran clamor (He. 5:7). Todo ello no es signo de una forma que degrada a Dios, sino la manera en que Dios se manifiesta definitivamente entre los hombres, para expresarles la autorevelación

suya con todo lo que son hechos y formas de hombres. La revelación de Dios en la humanidad de Jesús es la única forma propia de la gracia que es auténticamente divina en entrega de amor. Por esa obra admirable Dios es el Dios de los hombres y el Padre de los creyentes.

El σῶμα δὲ κατηρτίσω μοι, *"me apropiaste cuerpo"* permite entrar todavía más en el sentido de *obediencia* en relación con Dios. La humanidad permite a Cristo ser víctima obediente. El Salmo, de donde se toma la cita en el versículo, habla de *abrir el oído*, equivalente a *escarbar el oído*, lo que supone *horadar las orejas*. Esto era la fórmula visible del compromiso del que deseaba ser *esclavo voluntario* en el año séptimo en que debía ser liberado. El esclavo voluntario, luego de su testimonio y deseo de vinculación con el amo, en una relación de obediencia y sumisión, era llevado a la puerta del juicio en la ciudad y con una lesna se le horadaba el lóbulo de su oreja derecha quedando, desde entonces, convertido en esclavo voluntario (Ex. 21:5-7). Esto es aplicado proféticamente a Jesús en la profecía del siervo: *"Jehová el Señor me abrió el oído, y yo no fui rebelde, ni me volví atrás. Di mi cuerpo a los heridores y mis mejillas a los que me mesaban la barba; no escondí mi rostro de injurias y de esputos. Porque Jehová el Señor me ayudará, por tanto no me avergoncé; por eso puse mi rostro como un pedernal, y sé que no seré avergonzado"* (Is. 50:5-7). La dotación de cuerpo, que es sinónimo de encarnación y humanidad, es la forma de expresar la sumisión plena de Cristo al Padre para hacer su voluntad (Sal. 40:7-8). Jesús vino para hacer la voluntad de Dios. Jamás hizo su propia voluntad: *"Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió"* (Jn. 6:38). Esa es la razón por la que el apóstol Pablo dice que el Señor se hizo *siervo* (Fil. 2:7).

6. Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron.

ὁλοκαυτώματα καὶ περὶ ἁμαρτίας
Holocaustos y por pecado
οὐκ εὐδόκησας.
no te agradaron.

Notas y análisis del texto griego.

Continúa sin interrupción con la referencia al Salmo, en donde se lee: ὁλοκαυτώματα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *holocaustos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; περὶ, preposición de genitivo *por*; ἁμαρτίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *pecados*; οὐκ, adverbio de negación *no*; εὐδόκησας, segunda persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo εὐδοκέω, *complacerse, tener complacencia, tener a bien, querer, encontrar agrado*, aquí como *te agradaron.*

῾Ολοκαυτώματα καὶ περὶ ἁμαρτίας. En el texto del Salmo se mencionan cuatro tipos de sacrificios. Se hace referencia genérica al *sacrificio* (Sal. 40:4), que es una referencia a todo tipo de sacrificio por el pecado, especialmente en relación con la ofrenda de paz. Se escribe también sobre *ofrenda* (Sal. 40:6), que tiene relación especial con la ofrenda vegetal (Lv. 2:1ss). Luego se cita el *holocausto* (Sal. 40:6), referencia a las ofrendas que eran totalmente quemadas. Finalmente se habla allí de *expiaciones* (Sal. 40:6), referencia la ofrenda por el pecado establecidas en la legislación levítica y que incluía el sacrificio anual de expiación. En el versículo se busca hacer una referencia general a todos los sacrificios que se establecían en la Ley. Es interesante notar lo genérico de la segunda parte de la cláusula en el texto griego en donde literalmente se lee καὶ περὶ ἁμαρτίας *"y por pecado"*, como referencia general a todo tipo de sacrificio por el pecado que no fuese holocausto. Esta expresión elíptica es conocida en otros lugares (Lv. 5:6), en el texto de la LXX.

La ineficacia de los sacrificios los hacía inservibles, por tanto, no es de extrañar las siguientes palabras tomadas del Salmo: οὐκ εὐδόκησας, *"no te agradaron"*, que indican que no los aprobaba como algo definitivo. Se hace necesario recordar el alcance de este *no te agradaron*, del que ya se dijo algo anteriormente. No es que los sacrificios no fueran correctamente establecidos y aun correctamente realizados según la prescripción ceremonial del culto. Lo que ocurre es que debido a su ineficacia, dejan de ser del agrado de Dios, por lo que han de ser sustituidos por el perfecto sacrificio de Cristo. Es más, Dios mismo no rechaza los sacrificios hechos por Su pueblo antiguo en el ceremonial establecido en la Ley, como se lee en el Salmo: *"No te reprenderé por tus sacrificios, ni por tus holocaustos, que están continuamente delante de mí"* (Sal. 50:8). Sin embargo, tales sacrificios eran ineficaces en sí mismos para obtener la salvación, de ahí que más adelante, en el mismo Salmo, se lea: *"El que sacrifica alabanza me honrará; y al que ordenare su camino, le mostraré la salvación de Dios"* (Sal. 50:23). Quienes se conformaban con ofrecer simplemente un sacrificio ritual y descansaban en que esa ceremonia y la muerte del animal expiaban definitivamente su pecado mientras seguían practicando el mal, hacían abominables delante de Dios los mismos sacrificios ofrecidos.

7. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí.

τότε εἶπον·
Entonces dije:
ἰδοὺ ἥκω,
He aquí vengo

ἐν κεφαλίδι βιβλίου γέγραπται περὶ ἐμοῦ,
en cabecera del libro escrito acerca de mí.
τοῦ ποιῆσαι ὁ θεὸς τὸ θέλημα σου.
de lo hacer - Dios la voluntad de Ti.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue citando el Salmo escribiendo: τότε, adverbio de tiempo *entonces*; εἶπον primera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἔίπον, verbo arcaico usado como tiempo aoristo de λέγω que expresa el sentido de *decir, hablar,* aquí *dije*, *he dicho*; ἐν, preposición de dativo *en*; ἰδοὺ, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz media del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* con uso adverbial equivale a *he aquí, sucedió que, ved, ahora,* etc. podría traducirse como una expresión de advertencia enfática como *¡Mira!*, incluso podría leerse a modo de interrogación como *y ¿sabéis?*, es en la práctica como una partícula demostrativa, que se usa para animar el discurso avivando la atención del lector, algunos modernos la identifican como interjección; ἥκω, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἥκω, *haber llegado, haber venido, estar, sobrevenir,* aquí como *vengo*; ἐν, preposición de dativo *en*; κεφαλίδι, caso dativo femenino singular del sustantivo diminutivo *cabecita, o cabecera*, al relacionarse con un libro; βιβλίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo declinado *del libro*; γέγραπται, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz pasiva del verbo γράφω, *escribir*, aquí como *está escrito*; περὶ, preposición de genitivo *acerca de*; ἐμοῦ, caso genitivo singular del pronombre personal *mi*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *de lo*; ποιῆσαι, aoristo primero articular de infinitivo de propósito del verbo ποιέω, *hacer*, aquí como *hacer*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, no utilizado en español al relacionarse con nombre propio; Θεὸς, caso nominativo masculino singular del nombre *Dios*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; θέλημα, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *voluntad*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal declinado *de ti*.

Τότε εἶπον· ἰδοὺ ἥκω, Las palabras del versículo aunque son de David, sólo pueden aplicarse en plenitud a Cristo, quien vino para hacer la voluntad suprema del Padre. Así lo expresó claramente: *"Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió"* (Jn. 6:38). No existe en esto contraposición de voluntades, sino absoluta igualdad en ellas. La voluntad de Cristo coincide plenamente con la del Padre, de modo que quien se opone a la de Él se opone a la del Padre. Con todo, la prioridad que Cristo daba a Su misión como enviado por el Padre para la salvación del mundo, es evidente: *"Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra"* (Jn. 4:34). Jesús había venido para conducir la obra a su meta predestinada. La obra terminada en plenitud está presente en la oración hecha a su Padre después de la última cena (Jn. 17:4). La penúltima palabra de la Cruz tenía que ver con la culminación de la obra encomendada, mediante un último y

definitivo *"Consumado es"* (Jn. 19:30), a una obra absolutamente cumplida (Jn. 19:28). Todo su ministerio estaba vinculado a la obediencia al Padre, como enseña al término de la cena con los discípulos: *"Mas para que el mundo conozca que amo al Padre, y como el Padre me mandó, así hago"* (Jn. 14:31). Es el preludio a la entrega voluntaria de su vida a la muerte de Cruz (Jn. 10:11), que no deja de ser una realización concordante entre Él y el Padre. Pero, en su condición de siervo, enviado del Padre, la voluntad del que lo envió prevalece sobre todo: *"Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad"* (Mt. 26:42). En esta segunda oración al Padre, el Señor expresa la total sumisión a la voluntad del Padre. La sumisión al Padre le llevaría a beber la copa que le era presentada. Sin duda hay cierta dificultad en determinar si las palabras recogidas por Mateo, *"sin que yo la beba"* es una expresión condicional de tercera clase indeterminada, o se trata -mejor esto último- de una condicional de primera clase supuesto como cierto, como si dijese *"ya que no es posible que pase"*, entonces hágase tu voluntad. El mandato que como siervo había recibido, la encomienda entregada para que la cumpliese cuando fue enviado al mundo, era la de dar su vida (Jn. 10:18). El morir entregando su vida no fueron simples experiencias en la vida de Jesús, sino actos de obediencia y amor perfectos, orientados a un determinado fin. La obediencia plena se expresaba en la disposición de entrega sin reservas a la voluntad divina de salvación del pecador perdido, que llevaría a cabo en Su sacrificio (Jn. 19:30).

Un alto significado está en la segunda parte del versículo: ἐν κεφαλίδι βιβλίου γέγραπται περὶ ἐμοῦ, τοῦ ποιῆσαι ὁ θεὸς τὸ θέλημα σου. *"Como en el rollo del libro está escrito de Mí, para hacer Tu voluntad"*. El sentido se clarifica con el resto del texto no trasladado aquí, en donde se lee: *"El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado y tu ley está en medio de mi corazón"* (Sal. 40:8). El rollo del libro es una referencia a la Ley de Dios en toda su extensión, que revela la disposición del Siervo a la plena obediencia al Señor. En este sentido hay un significado de obediencia plena a la Palabra de Dios, como había enseñado en el Sermón del Monte (Mt. 5:17-18). El Señor tenía en alta estima a la Ley y los profetas. Sus escritos eran parte de la Palabra inspirada de Dios, que Cristo amaba, respetaba y obedecía. Continuamente apelaba a la Escritura para basar su enseñanza. Cuando se enfrentó a los líderes religiosos de aquellos días les acusó de invalidar la ley con su tradición, recordándoles el mandamiento que Dios establecía en su Palabra (Mr. 7:9-10). Incluso después de su resurrección con motivo del camino con los discípulos a Emaús, el Señor les recordó que todos los acontecimientos de su vida que incluía la muerte y la resurrección se produjeron como consecuencia del cumplimiento profético (Lc. 24:27, 44). Todo cuanto ocurrió en su vida fue el cumplimiento de lo anunciado anticipadamente por los profetas (Lc. 4:18-21). Su muerte en la cruz y la resurrección es el cumplimiento del mensaje profético

(Mt. 26:56; Lc. 18:31; 24:25-27, 44). El Hijo de Dios no había venido para abrogar sino para cumplir la ley, porque también había *"nacido bajo la ley"* (Gá. 4:4). En el absoluto cumplimiento de las demandas de la ley, Cristo se hizo vicario sustituto del pecador, que a causa de su pecado era considerado como objeto de maldición, llevando Él sobre su cuerpo en el madero toda la responsabilidad penal que establecía la ley para el pecado, hasta el extremo de la suprema experiencia de ser *"hecho por nosotros maldición"* (Gá. 3:13-14). En el libro de Dios se profetizó, hasta los más mínimos detalles, la obra de Jesucristo y su sacrificio expiatorio, todo lo cual se cumplió a la perfección (Hch. 4:28). Nuestro Señor afirmó que era necesario que se cumpliera todo cuanto estaba anunciado en relación con Él, en la ley y en los profetas (Lc. 24: 7, 26, 27). La sujeción a la voluntad de Dios marcó su vida dando fiel cumplimiento todo lo profetizado incluso en los momentos finales de su vida (Mr. 14:49). En el cumplimiento de la voluntad del Padre, debe recordarse continuamente la identidad coincidente con la voluntad del Hijo, que la manifiesta en su propia elección espontánea.

8. Diciendo primero: Sacrificio y ofrenda y holocaustos y expiaciones por el pecado no quisiste, ni te agradaron (las cuales cosas se ofrecen según la ley).

ἀνώτερον λέγων· ὅτι **θυσίας καὶ προσφορὰς** καὶ **ὁλοκαυτώματα**
Más arriba diciendo: Puesto que sacrificios y ofrendas y holocaustos
καὶ περὶ ἁμαρτίας οὐκ ἠθέλησας οὐδὲ εὐδόκησας, αἵτινες κατὰ
y por pecados no quisiste ni te agradaron, los que según
νόμον προσφέρονται.
ley son ofrecidos.

Notas y análisis del texto griego.

Se inicia aquí una recapitulación y aplicación del Salmo, en la que se lee: ἀνώτερον, caso acusativo neutro singular del adjetivo comparativo *más arriba*; λέγων·, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *decir*, aquí como *que dice*, o *diciendo*; ὅτι, conjunción copulativa *que, de modo que, puesto que*; θυσίας, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *sacrificios*; καὶ, conjunción copulativa *y*; προσφορὰς, caso acusativo femenino plural del sustantivo *ofrendas*; καὶ, conjunción copulativa, *y*; ὁλοκαυτώματα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *holocaustos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; περὶ, preposición de genitivo *por*; ἁμαρτίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *pecados*; οὐκ, adverbio de negación *no*, que negativiza a ἠθέλησας, segunda persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo θέλω, *querer, desear, encontrar satisfacción*, aquí como *quisiste*; οὐδὲ, conjunción copulativa *ni*; εὐδόκησας, segunda persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo εὐδοκέω, *complacerse, tener complacencia, tener a bien, querer, encontrar agrado*, aquí como *te agradaron*; αἵτινες, caso nominativo

femenino plural del pronombre relativo *las que*; κατὰ, preposición de acusativo *según*; νόμον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *reglamento, ley*; προσφέρονται, tercera persona plural del presente de indicativo en voz pasiva del verbo προσφέρω, *ofrecer*, aquí como *son ofrecidos*.

Ἀνώτερον λέγων· ὅτι θυσίας καὶ προσφορὰς καὶ ὁλοκαυτώματα καὶ περὶ ἁμαρτίας. La recapitulación del Salmo se introduce mediante la expresión, traducida por *primero*, pero que realmente significa *más arriba*, para referirse a la primera parte del pasaje del Salmo, cuyas palabras han sido puestas en boca de Cristo. Los sacrificios regulados por la ley y establecidos en ella, se mencionan aquí en su totalidad como *sacrificio, ofrenda, holocausto y expiaciones por el pecado*. Estos no han sido satisfactorios por su incapacidad, como se ha considerado antes, de ahí que οὐκ ἠθέλησας οὐδὲ εὐδόκησας, *"no quisiste ni te agradaron"*. Anteriormente se hizo referencia a ellos. El sentido dado aquí a la relación de sacrificios no es tanto la enumeración de ellos, sino la utilización en forma general para referirse a la totalidad de los establecidos en la ley ceremonial. Todos estos sacrificios αἵτινες κατὰ νόμον προσφέρονται, se ofrecían conforme a la ley. Sin embargo, por la imperfección de los mismos entraban dentro de lo que debía ser sustituido por algo definitivo que sería del agrado de Dios, en sentido de algo que fuese perfecto.

9. Diciendo luego: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad; quita lo primero, para establecer esto último.

τότε εἴρηκεν· ἰδοὺ ἥκω τοῦ ποιῆσαι τὸ θέλημα σου. ἀναιρεῖ τὸ
Entonces ha dicho: He aquí vengo de lo hacer la voluntad de Ti. Quita lo
πρῶτον ἵνα τὸ δεύτερον στήσῃ,
primero para lo segundo establecer.

Notas y análisis del texto griego.

Continuado sin interrupción el tema del versículo anterior, se lee: τότε, adverbio de tiempo *entonces*; εἴρηκεν, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir*, aquí como *ha dicho*; ἰδοὺ, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz media del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* con uso adverbial equivale a *he aquí, sucedió que, ved, ahora,* etc. podría traducirse como una expresión de advertencia enfática como *¡Mira!*, incluso podría leerse a modo de interrogación como *y ¿sabéis?*, es en la práctica como una partícula demostrativa, que se usa para animar el discurso avivando la atención del lector, algunos modernos la identifican como interjección; ἥκω, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἥκω, *haber llegado, haber venido, estar, sobrevenir,* aquí como *vengo*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *de lo*; ποιῆσαι, aoristo primero articular de infinitivo de propósito del verbo ποιέω, *hacer*, aquí como *hacer*; τὸ, caso acusativo neutro

singular del artículo determinado *lo*; θέλημα, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *voluntad*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal declinado *de ti*. Una segunda cláusula lee: ἀναιρεῖ, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἀναιρέω, *matar, ajusticiar, aniquilar, dejar sin valor, quitar, hacer desaparecer, destruir, derogar, abolir*, aquí como *quita*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; πρῶτον, caso acusativo neutro singular del adjetivo numeral ordinal *primero*; ἵνα, conjunción final *para que*, *a fin de que*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; δεύτερον, caso acusativo neutro singular del adjetivo numeral ordinal *segundo*; στήσῃ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa transitivo del verbo ἵστημι, *colocar, poner, presentar, determinar, instituir, establecer*, aquí como *establecer*.

La segunda parte expresa la acción del Hijo de Dios para quitar de en medio lo que no satisfacía plenamente el propósito de Dios, en cuanto a perfeccionar al pecador. Τότε *"entonces"*, en vista del desagrado divino, debía establecerse lo segundo que tiene que ver con el Nuevo Pacto, que descansa sobre el sacrificio perfecto y definitivo de Jesucristo. Esta obra había sido planificada por Dios antes de la existencia del hombre y antes de que el tiempo se pudiera medir (2 Ti. 1:9). La actitud de Cristo se hace manifiesta en el sentido de hacer la voluntad del Padre, que sería la razón de su vida en la tierra, cuando dice: Ἰδοὺ ἥκω, *"He aquí que vengo"*, cuya expresión podría traducirse como *"he aquí que he venido"* en sentido perfecto. Es interesante recordar que uno de los nombres del Mesías tiene que ver con esta misma expresión: *"El que viene"* o *"El que había de venir"*, con artículo determinado, que señala a una persona (Mal. 3:1; Mt. 11:3). Éste que viene lo hace con el propósito de consumar la voluntad divina, es decir, lo que Dios había determinado para solventar el problema del pecado en el hombre, por eso el texto del Salmo es preciso es precisa: τοῦ ποιῆσαι τὸ θέλημα σου, *para hacer Tu voluntad.*

Ἀναιρεῖ τὸ πρῶτον ἵνα τὸ δεύτερον στήσῃ.Su venida, vinculada con su sacrificio, permite a Dios eliminar el antiguo sistema para establecer el Nuevo Pacto. El que viene enviado por el Padre, concluye la obra encomendada y permite a Dios quitar lo primero, esto es, la primera alianza y los sacrificios de su culto ceremonial, para establecer, en forma definitiva *"esto último"*, el Nuevo Pacto y el sacrificio que lo establece y sustenta. El sujeto de la oración, el que habla en el versículo es el Hijo mismo. Los sacrificios de animales tenían que ser quitados a causa del sacerdocio de Cristo, ya que no tenían nada que ver con éste. El Nuevo Pacto es absolutamente incompatible con el Antiguo, por tanto el primero tiene que ser eliminado, para establecer definitivamente el segundo.

10. En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre.

ἐν ᾧ θελήματι ἡγιασμένοι ἐσμὲν διὰ τῆς προσφορᾶς τοῦ
En la cual voluntad santificados estamos por medio de la ofenda del
σώματος Ἰησοῦ Χριστοῦ ἐφάπαξ.
cuerpo de Jesucristo una vez para siempre.

Notas y análisis del texto griego.

El versículo hace referencia a la voluntad divina con: ἐν, preposición de dativo *en*; ᾧ, caso dativo neutro singular del pronombre relativo *lo cual*; θελήματι, caso dativo neutro singular del sustantivo que denota *voluntad*; ἡγιασμένοι, caso nominativo masculino singular del participio perfecto en voz pasiva del verbo ἁγιάζω, *santificar*, aquí como *santificados*; ἐσμὲν, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *estar*, aquí como *estamos*; διὰ, preposición de genitivo, *por medio de*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; προσφορᾶς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *ofrenda*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *del*; σώματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *cuerpo*; Ἰησοῦ Χριστοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Jesucristo*; ἐφάπαξ, adverbio que es la forma intensificada con ἐπί de ἅπαξ, *una vez*, expresando lo que es radicalmente definitivo e irrepetible, aquí como *una vez por todas, una vez para siempre.*

Ἐν ᾧ θελήματι ἡγιασμένοι ἐσμὲν. Después de haber aplicado a Cristo y su obra las palabras del Salmo, aplica el contexto para el propósito que tiene de manifestar la perfección del sacrificio de Cristo por los resultados que comporta. Los creyentes, incorporados ahora al Nuevo Pacto, somos santificados en razón a una determinada voluntad. ¿Qué voluntad es esta, la del Padre o la humana de Jesucristo de la que ha hecho referencia? El contexto exige que se relacione esta voluntad con la de Dios el Padre, de quien partió la iniciativa de salvación (Jn. 3:16) y cuya voluntad salvífica fue cumplida fielmente por su Hijo, Jesucristo. Fue el Padre quien escogió para salvación a los creyentes en Cristo desde antes de la fundación del mundo (Ef. 1:4). También es del Padre, en expresión de amor, la entrega y envío de su Hijo al mundo para morir por los pecadores (Gá. 4:4). Asimismo procede del Padre el llamamiento a los pecadores para salvación, sin cuyo llamamiento nadie puede acudir a Jesús (Jn. 6:37, 44, 45). Esa voluntad que salva, necesariamente ha de santificar a los salvos, separándolos para Dios como sus hijos (Jn. 1:12) y separándolos del mundo aunque transiten en él (Jn. 17:14).

Pero la causa que posibilita la santificación es διὰ τῆς προσφορᾶς του σώματος Ἰησοῦ Χριστοῦ, *"mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo"*. Sobre la base del sacrificio de Jesucristo es posible santificar al creyente. Debe

apreciarse aquí la intensidad de referencia a la muerte sacrificial de Cristo en la expresión τῆς προσφορᾶς του σώματος, *"la ofrenda del cuerpo"*, que establece el elemento material del sacrificio. En el antiguo pacto se sacrificaban animales continuamente (v. 4). En el Nuevo Pacto, es el Cordero de Dios quien se ofrece como sacrificio expiatorio por el pecado, rescatando y separando a un pueblo para Dios, mediante la entrega en sacrificio sustitutorio por cada uno de los que son salvos (1 P. 1:18-20). El término σώματος, *cuerpo* aquí es equivalente a *vida*. Al entregar el cuerpo, se estaba entregando Él mismo y al derramar su sangre, estaba haciendo realidad las figuras de los sacrificios del orden levítico. La idea de *derramar la sangre* es equivalente a entregar una vida, como se enseña en la Ley: *"Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona"* (Lv. 17:11). En esa misma equivalencia de *cuerpo* como sinónimo de *vida*, es utilizada por el apóstol Pablo para exhortar a cada creyente a entregarse plenamente y sin reservas a Dios, presentando el *cuerpo*, que es su vida plena, a Dios en sacrificio vivo, santo y agradable, como manifestación de culto, es decir, de adoración (Ro. 12:1). En Cristo, esto es, en Él mismo, en su cuerpo, en su sangre, que equivalen a Su vida, el creyente es santificado, y Dios hace a Jesús no sólo la base de la justificación, sino también de la santificación (1 Co. 1:30).

Los sacrificios de la antigua dispensación no tenían capacidad para santificar definitivamente a quienes los ofrecían. En cambio, el sacrificio perfecto de Jesucristo es único e irrepetible. Este sacrificio se hizo ἐφάπαξ, *una vez para siempre*. La presentación de la vida del Señor es un sacrificio tan perfecto que no puede repetirse jamás. Tal sacrificio lo fue de *olor fragante*, por lo cual fue aceptado plenamente por Dios (Ef. 5:2). La presentación de la vida de nuestro Señor es un sacrificio tan perfecto que no puede repetirse jamás. En este sacrificio concurren, por tanto, dos elementos: una eficacia absoluta en cuanto a valor redentor, y una extensión infinita en cuanto a tiempo. La expresión ἐφάπαξ, *"una vez para siempre"* es en el texto griego una sola palabra[9], que colocada al final de la oración le confiere un carácter de énfasis en el pensamiento, como elemento destacable. El sacrificio perfecto permite la purificación interior del pecado y la capacitación para estar en la presencia de Dios. Ese sacrificio es perfecto y la santificación también, esto es, irrepetible y se produce ἐφάπαξ, *una vez para siempre*. Este es uno de los pilares sobre los que descansa la seguridad de salvación.

La realidad en Cristo del sacrificio perfecto (10:11-18).

---

[9] Griego ἐφάπαξ.

11. Y ciertamente todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados.

Καὶ πᾶς μὲν ἱερεὺς[1] ἕστηκεν καθ’ ἡμέραν λειτουργῶν καὶ τὰς
Y ciertamente todo sacerdote está en pie cada día ministrando y los
αὐτὰς πολλάκις προσφέρων θυσίας, αἵτινες οὐδέποτε δύνανται
mismos muchas veces ofreciendo sacrificios, los que nunca pueden
περιελεῖν ἁμαρτίας,
suprimir pecados.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] ἱερεὺς, *sacerdote*, atestiguada en $\mathbf{p}^{13, 46}$, ℵ, D, K, Ψ, 33, 81, 326, 330, 629, 1241, 1739, 1881, 1984, 2495, *Lect. Biz.* $\text{It}^{ar, c, d, dem, div, e, f, r1, x, z}$, syr^{h}, cop^{bo}, Efraín, Crisóstomo, Eutilio, Teodoreto^{comm}, Juan Damasceno.

ἀρχιερεύς, *sumo sacerdote*, como se lee en A, C, P, 88, 104, 181, 436, 451, 614, 630, 1877, 1962, 2127, 2492, $\text{syr}^{p, h}$, $\text{cop}^{sa, fay}$, arm, eth, Cirilo, Teodoreto^{txt}, Cosmas.

Una realidad se expresa en el versículo con: καὶ, conjunción copulativa *y*; πᾶς, caso nominativo masculino singular del adjetivo indefinido *todo*; μὲν, partícula afirmativa que se coloca siempre inmediatamente después de la palabra expresiva de una idea que se ha de reforzar o poner en relación con otra idea y que, en sentido absoluto tiene oficio de adverbio de afirmación, como *ciertamente, a la verdad*; las tres palabras deben traducirse como *y ciertamente todo*; ἱερεὺς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *sacerdote*; ἕστηκεν, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz activa intransitivo del verbo ἵστημι, *estar de pie, quedarse, presentarse,* aquí como *está en pie*; καθ’ forma de la preposición de acusativo κατά, por elisión y asimilación ante vocal con espíritu áspero, que equivale a *cada*; ἡμέραν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *día*; λειτουργῶν, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo λειτουργέω, *ministrar, oficiar culto, servir,* aquí como *que ministra, o ministrando*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; αὐτὰς, caso acusativo femenino plural del adjetivo intensivo *mismas*; πολλάκις, adverbio *muchas veces*; προσφέρων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo προσφέρω, *ofrecer*, aquí como *que ofrece, ofreciendo*; θυσίας, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *sacrificio, ofrenda*; αἵτινες, caso nominativo femenino plural del pronombre relativo *las cuales*; οὐδέποτε, adverbio de tiempo *nunca*, *jamás*; δύνανται, tercera persona plural del participio de presente en voz media del verbo δύναμαι, *poder, tener poder*, aquí *pueden*; περιελεῖν, aoristo segundo de infinitivo en voz activa del verbo περιαιρέω, *quitar, suprimir, soltar, abandonar*, aquí como *quitar*; ἁμαρτίας, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *pecados*.

En el alcance de su objetivo para demostrar la superioridad del sacerdocio de Cristo, vuelve a reiterarse aspectos de las funciones sacerdotales de la antigua alianza. El sacerdocio levítico ministraba continuamente. Es interesante el uso en el griego aquí de ἕστηκεν, un verbo[10] que expresa la idea de permanecer en pie. En ese sentido, los sacerdotes se mantenían en pie en el santuario, porque su ministerio sacerdotal requería la continua presentación de sacrificios. No había ocasión para descansar o sentarse, porque ministraban continuamente. Estos καὶ πᾶς μὲν ἱερεὺς ἕστηκεν καθ' ἡμέραν, *estaban en pie cada día*, como se lee en el griego del versículo; evidencia clara de que sus funciones sacerdotales no cesaban nunca, teniendo que ser repetidas día tras día. Por tanto, las actividades del ministerio sacerdotal nunca estaban completas, ni alcanzaban a perfeccionar a los creyentes, por lo que era necesario reiterar los sacrificios continuamente. El sacrificio anual de la expiación se repetía cada año, *"continuamente cada año"* (9:25; 10:1). Los otros se ofrecían cada día. El servicio sacerdotal consistía en repetir τὰς αὐτὰς, *los mismos* sacrificios. La reiteración y continuidad de los sacrificios se enfatiza en el versículo: καθ' ἡμέραν λειτουργῶν καὶ τὰς αὐτὰς πολλάκις προσφέρων θυσίας, *"cada día, muchas veces, los mismos sacrificios"*.

La razón para este proceder era que aquellos sacrificios αἵτινες οὐδέποτε δύνανται περιελεῖν ἁμαρτίας, *"nunca pueden quitar los pecados"*. La principal dificultad no estriba en el ofrecimiento de *los mismos sacrificios* continuamente, sino en la necesidad de repetirse por incapacidad para solucionar el problema del pecado.

Así escribe F. F. Bruce:

"Pero sea que la repetición fuera anual o diaria, el punto principal es que la repetición era necesaria: ninguno de esos sacrificios podía remover el pecado o purificar la conciencia con efecto permanente. El completamiento de un sacrificio sólo significaba que debía ofrecerse otro similar a su debido tiempo, y así indefinidamente. De conformidad con esto fue que los sacerdotes del antiguo orden nunca se sentaban en la presencia de Dios cuando se había presentado un sacrificio ante Él"[11].

Los sacrificios de la antigua dispensación no podían περιελεῖν, *quitar*, literalmente *despojar*, ya que el verbo griego[12] tiene la literalidad de *quitar alrededor*, lo que equivale a quitar totalmente o suprimir, es decir, como si el hombre, en base al sacrificio pudiera quitarse algo que lo oprimía alrededor y

---

10 Griego ἵστημι.
11 F. F. Bruce. o.c., pág. 242.
12 Griego περιαιρέω.

que es el pecado. A pesar de los sacrificios seguían teniendo conciencia de que el pecado les afectaba.

12. Pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios.

οὗτος δὲ μίαν ὑπὲρ ἁμαρτιῶν προσενέγκας θυσίαν εἰς τὸ διηνεκὲς
Y este uno por pecados ofreció sacrificio para - siempre
ἐκάθισεν ἐν δεξιᾷ τοῦ Θεοῦ,
se sentó a derecha - de Dios.

Notas y análisis del texto griego.

El contraste se establece con el versículo anterior al escribir: οὗτος, caso nominativo masculino singular del pronombre demostrativo *éste*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; μίαν, caso acusativo femenino singular del adjetivo numeral cardinal *uno*; ὑπὲρ, preposición de genitivo *por*; ἁμαρτιῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo que denota *pecados*; προσενέγκας, caso nominativo masculino singular con el participio aoristo segundo en voz activa, con terminación de aoristo primero ας, en lugar de ον, del verbo προσφέρω, *ofrecer, traer, llevar, presentar*, aquí como *ofreció*; θυσίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *sacrificio*; εἰς, preposición de acusativo *a*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; διηνεκὲς, caso acusativo neutro singular del adjetivo de tiempo, *continuo, siempre*; ἐκάθισεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo καθίζω, *sentarse*, aquí como *se sentó*; ἐν, preposición de dativo, *en*, aquí en sentido de *a la*; δεξιᾷ, caso dativo femenino singular del adjetivo *derecha*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se traduce en español al acompañar a nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Dios*.

Οὗτος δὲ μίαν ὑπὲρ ἁμαρτιῶν προσενέγκας θυσίαν. En contraste con los sacrificios reiterados del sacerdocio levítico, el sacrificio de Cristo es definitivo y, por tanto, irrepetible. Se lee *habiendo ofrecido*, o también *ofreció* como algo que fue realizado y concluyó definitivamente, ya que lo hizo εἰς τὸ διηνεκὲς, *para siempre.*

᾿Εκάθισεν ἐν δεξιᾷ τοῦ Θεοῦ. La culminación del sacrificio perfecto deja sin efecto cualquier otro ministerio sacerdotal en que se vea involucrado el presentar cualquier sacrificio. De otro modo, el Sumo Sacerdote, Jesucristo, ofreció un sacrificio perfecto, irrepetible y definitivo, por tanto, ἐκάθισεν, *está sentado*, porque ya no ministrará más en acto sacrificial. A diferencia de los sacerdotes del antiguo orden que estaban continuamente en pie en el santuario terrenal porque tenían que ofrecer sacrificios cada día, Éste al no tener nada más

que ofrecer en cuanto a sacrificio, se ha sentado en el santuario al haber concluido definitivamente esa labor sacerdotal. Jesús se ha sentado ἐν δεξιᾷ τοῦ Θεοῦ, *"a la diestra de Dios"*. No sólo entró a la presencia de Dios, sino al lugar de honor que Dios mismo otorga. Luego de presentar el sacrificio de su propio cuerpo, lo que significa la entrega sacrificial de su vida, por la resurrección y exaltación, recibió el nombre que expresa su derecho a sentarse en el mismo trono de Dios y recibir el honor que Dios mismo le confiere, expresado en el nombre que es sobre todo nombre, ante el cual se dobla toda rodilla en cielos, tierra y bajo tierra (Fil. 2:9-11). De la vergüenza y oprobio de la cruz, se elevó al lugar de máximo honor, autoridad y gloria.

13. De ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies.

τὸ λοιπὸν ἐκδεχόμενος ἕως τεθῶσιν οἱ ἐχθροὶ αὐτοῦ ὑποπόδιον
Lo restante aguardando hasta que sean puestos los enemigos de Él escabel
τῶν ποδῶν αὐτοῦ.
de los pies de Él.

Notas y análisis del texto griego.

Continúa sin interrupción con el mismo tema que antecede escribiendo: τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; λοιπὸν, caso acusativo neutro del adjetivo λοιπός, que significa *restante, que queda, que se cuenta además*, usado como adverbio que equivale a *lo que resta, lo demás*; ἐκδεχόμενος, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἐκδέχομαι, *esperar, aguardar,* aquí como *que aguarda,* o *aguardando*; ἕως, conjunción con significado de *hasta que*; τεθῶσιν, tercera persona plural del aoristo primero de subjuntivo en voz pasiva del verbo τίθημι, *poner, colocar,* aquí como *sean puestos*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἐχθροὶ, caso nominativo masculino plural del adjetivo articular que expresa la condición de *enemigo*, el que es odiado y detestado; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de él*; ὑποπόδιον, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *escabel*, *soporte para pies, estrado*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; ποδῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo *pies*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de él*.

Τὸ λοιπὸν ἐκδεχόμενος ἕως τεθῶσιν οἱ ἐχθροὶ αὐτοῦ ὑποπόδιον τῶν ποδῶν αὐτοῦ. Jesucristo se ha sentado a la diestra de Dios. La obra de redención concluida no necesita más trabajo en la ofrenda de sacrificios. Sin embargo la posición de nuestro Sumo Sacerdote no es de inactividad, sino todo lo contrario. Sentado a la diestra de Dios lleva a cabo el ministerio de intercesión por los suyos. Con todo, el escritor señala una espera para que se llegue a una situación escatológica, en la que los enemigos de Cristo sean

puestos por ὑποπόδιον τῶν ποδῶν αὐτοῦ, *"estrado de sus pies"*. Esta referencia es también una alusión profética a otro Salmo mesiánico en donde se lee: *"Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies"* (Sal. 110:1).

No se trata de una espera tensa y ansiosa, sino tranquila. Corresponde a una victoria alcanzada ya en la cruz sobre los enemigos (Col. 2:14, 15). Estos enemigos suyos y, por tanto, enemigos de Dios, potencialmente derrotados, no han dejado de estar activos. Están derrotados y sentenciados, pero no están sujetos, ni la sentencia ejecutada aún. Al principio de la Epístola se hizo alusión a la actividad de ellos en el presente tiempo, en el que el orden mundial está *sujeto a ángeles* (2:5). Pero, llegará un momento, en el futuro del mundo en que la situación se revierta absolutamente para que el dominio y el reino pasen a ser llevados a cabo por quien es también el Sumo Sacerdote. Todos los enemigos suyos, tanto ángeles caídos, como hombres perdidos y rebeldes, tendrán que doblar sus rodillas y reconocer que Él es el Señor (Fil. 2:11). El nombre de Jesús fue considerado como el de alguien sin atractivo, esto es, un hombre sin importancia ni estimable (Is. 53:2). Cuando Él declaró su deidad fue amenazado de muerte por los hombres (Jn. 10:33). Fue el nombre de burla en la crucifixión (Mt. 27:37, 39). Sin embargo Jesús es Dios bendito con absoluto y eterno poder sobre todo y todos (Jn. 1:1; Ro. 9:5). La autoridad suprema se manifestará en el hecho de que todos los enemigos *"doblarán sus rodillas"*, en un reconocimiento universal de su deidad y, por tanto, de su señorío. Quienes se inclinaron en burla ante Jesús de Nazaret en la crucifixión, habrán de hacerlo ante el mismo Jesús glorificado, reconociéndole como Dios. Es algo profetizado ya en el Antiguo Testamento por los profetas, además de la referencia al Salmo citado antes (Is. 45:23, 24).

Jesús no es un hombre elevado o Dios rebajado, sino el infinito y eterno Dios encarnado (Jn. 1:14). La autoridad de ese nombre quedó ya evidenciada en su ministerio mediante los milagros hechos por Él y los que se hicieron también bajo su autoridad (cf. Hch. 3:6; 9:34; 16:18). Nadie podrá oponerse a Él. Quienes no hayan querido reconocer la deidad de Jesús y doblar sus rodillas voluntariamente, tendrán que hacerlo en reconocimiento universal de su deidad. Todos los enemigos confesarán, que implica un reconocimiento convencido aunque no sea aceptado, de quien es eternamente Señor. Todo el universo declarará proclamando que Jesús es el Señor. Ese acontecimiento final está determinado por el Padre, que promete a su Hijo en el trono, a Su diestra, que pondrá a sus enemigos bajo sus pies. Tal culminación llevará gloria a Dios por la obra realizada en plenitud (Fil. 2:11). El mismo apóstol Pablo trata esto en la Carta a los Corintios, como acontecimientos relacionados con el fin de los tiempos (1 Co. 15:24-28). El final de todo comienza con la resurrección del último grupo de hombres que estén muertos, expresado como *"luego el fin"*,

esto es, el final del programa de resurrecciones anunciado en el capítulo (1 Co. 15:23). Allí, al final del tiempo, en los albores de la creación de cielos nuevos y tierra nueva, Dios llamará a juicio a los impíos (Ap. 20:12). Los juzgados aquí no son salvos ya que sus nombres no están en el libro de la vida (Ap. 20:15). El destino de los juzgados será el *lago de fuego* (Ap. 19:20; 20:10, 14, 15; 21:8). Eso da paso a una situación definitiva en la que el Señor, Mediador y Salvador, Sumo Sacerdote y Rey de reyes, entregará el reino al Dios y Padre, restaurando la suprema autoridad de Dios y concluyendo con la obra encomendada al Hijo. La oposición de los enemigos quedará totalmente suprimida: *"cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y toda potencia"* (1 Co. 15:24), esto es, la supresión eterna de toda forma de poder que se opone a la voluntad de Dios. No cabe duda que están relacionados aquí también los poderes diabólicos de actuación contra Dios (Ro. 8:38-39). Pero, al final, la razón de toda la acción divina tiene que ver con que el Sumo Sacerdote sea también el Rey: *"Porque peciso es que Él reine"* (1 Co. 15:25). El primer Adán derrotado en la tentación y caída, entregó el control del reino terrenal al tentador, como el mismo Satanás afirmó ante Jesús (Lc. 4:6). Los reinos del mundo pasaron a estar, por esa causa, bajo el control de Satanás (Lc. 4:6; 1 Jn. 5:19), estando bajo el control de los demonios (Ez. 28:2). El proyecto divino para el reino en donde estarán los enemigos bajo los pies de Jesús, tendrá una primera manifestación en el milenio (He. 2:5). Todo ello *"es necesario"*, dice el apóstol Pablo. Del mismo modo que fue necesaria su muerte y resurrección (Lc. 24:26, 44), así también es necesario la victoria final del Señor sobre todos sus enemigos. El reino está establecido por Dios para su Hijo (Sal. 2:6-9), por tanto, el *segundo Adán*, restaura lo que perdió el primero. Esta determinación del Padre, conforme al texto de la Epístola que estamos considerando, tendrá la participación del Hijo que la hará posible. Pablo afirma que es el mismo Hijo de Dios quien pondrá a todos sus enemigos bajo sus pies. Tanto una cosa como la otra son verdades absolutas, ya que es Dios en Tres Personas el que lleva a cabo el plan eterno hasta la consumación. Esta posición de victoria, sustanciada en la figura de poner los pies sobre los enemigos, supera el reino milenial y alcanza el reino eterno en la nueva creación de Dios. Satanás será arrojado al lago de fuego (Ap. 20:10). Las máximas potestades humanas que se oponían a Dios, el anticristo y el falso profeta, serán arrojados al mismo lugar (Ap. 19:20). Los ejércitos de las naciones destruidos definitivamente (Ap. 20:9). Los rebeldes al plan de Dios serán situados a perpetuidad en el infierno (Ap. 20:15). El último enemigo, que es la muerte será abatido, quedando inoperante porque en el reino eterno de Dios no habrá muerte. Todo ello declarará eternamente la victoria del Sumo Sacerdote que entregó su vida en sacrificio por el pecado, para restaurar todo a Dios, conforme al propósito del Creador. En esa razón todas las cosas han sido sujetadas bajo los pies de Cristo en razón del decreto divino que así lo estableció (Sal. 8:6). Para que, luego que todas las cosas le estén sujetas (1 Co. 15:28), restituirá todo bajo la autoridad divina. La función mediadora para

salvación y restauración habrá cumplido plenamente el objetivo previsto por Dios, restaurando todo en plenitud a causa de la obra sacerdotal realizada en la entrega de su misma vida.

14. Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados.

μιᾷ γὰρ προσφορᾷ τετελείωκεν εἰς τὸ διηνεκὲς τοὺς
Porque con una sola ofrenda ha perfeccionado para - siempre a los
ἁγιαζομένους.
santificados.

Notas y análisis del texto griego.

Avanzando en la progresión del sacerdocio de Cristo dice: μιᾷ, caso dativo femenino singular del adjetivo numeral cardinal *una*, expresa muchas veces condición unitaria que se traduce por *una sola*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al adjetivo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; προσφορᾷ, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *ofrenda*; τετελείωκεν, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo τελειόω, *hacer perfecto, perfeccionar, completar, llevar a término,* aquí como *ha perfeccionado*; εἰς, preposición de acusativo *para*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; διηνεκὲς, caso acusativo neutro singular del adjetivo *continuo, duradero;* en la construcción gramatical griega se lee literalmente *para lo duradero*, de ahí la equivalencia aquí al adverbio de tiempo *siempre*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado declinado *a los*; ἁγιαζομένους, caso acusativo masculino plural del participio de presente articular en voz pasiva del verbo ἁγιάζω, *santificar, consagrar, purificar,* aquí como *santificados*.

Μιᾷ γὰρ προσφορα. Lo que los miles de sacrificios ofrecidos a lo largo de siglos no fueron capaces de conseguir, lo logró Cristo con uno solo, suyo y definitivo sacrificio. El énfasis en la victoria del Señor y en la eficacia de su sacrificio redentor y santificador vuelve a insistirse aquí. Su sacrificio es el único capaz de limpiar la conciencia de pecado, asunto imposible para los sacrificios del viejo orden. Por medio de él, cada creyente está capacitado para una permanente y correcta relación con Dios.

Se insiste una y otra vez en la condición única del sacrificio de Cristo, porque μιᾷ γὰρ προσφορα *"con una sola ofrenda"*, irrepetible y única en esa condición, τετελείωκεν *"ha hecho perfectos"*, en una forma definitiva, εἰς τὸ διηνεκὲς, *para siempre,* como obra absolutamente consumada τοὺς ἁγιαζομένους, a los santificados. Este perfeccionamiento tiene que ver con una conciencia que no acusa de responsabilidad penal en cuanto a pecado (v. 1), y con una posición personal que los hace aptos para acercarse a Dios (4:16). Esta nueva relación es la de santificación, que aparta, separa, a los creyentes

para Él. Es interesante apreciar que en el texto griego *"los santificados"*[13] es la traducción del presente articular pasivo del verbo santificar, lo que da una condición de continuidad temporal a la expresión equivalente a *los que van siendo santificados*.

La santificación alcanza tres niveles, al igual que la salvación. En el acto del ejercicio de la fe depositada en el Salvador, se produce la *santificación posicional* de creyente definitivamente alcanzada en Cristo (1 Co. 1:30); en el decurso de la vida cristiana va produciéndose la *santificación experimental* o *práctica*, con el auxilio del Espíritu Santo que santifica al creyente para una vida libre del poder del pecado, capacitándole para servir a Dios (Ro. 8:29); finalmente la *santificación final,* que ocurrirá en la glorificación, donde ya eternamente los santificados vivirán en plena santidad al haber sido separado de ellos de la presencia del pecado. Esta acción alcanza una continuidad absoluta como se manifiesta en la expresión εἰς τὸ διηνεκὲς, *"para siempre"*, sin ninguna interrupción, ni hiato alguno, con alcance perdurable, a pesar de cualquier circunstancia en la transitoriedad y definitiva en la gloria sin tiempo. Todo ello pone de manifiesto la admirable dimensión de la obra sacerdotal de Cristo.

15. Y nos atestigua lo mismo el Espíritu Santo; porque después de haber dicho:

Μαρτυρεῖ δὲ ἡμῖν καὶ τὸ Πνεῦμα τὸ ἅγιον· μετὰ γὰρ τὸ
Y nos atestigua también el Espíritu el Santo: Porque después de -
εἰρηκέναι·
haber dicho.

Notas y análisis del texto griego.

Dos cláusulas introductorias a una nueva regencia del Antiguo Testamento, la primera se lee: μαρτυρεῖ, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo μαρτυρέω, *dar testimonio, ser testigo, declarar,* aquí como *testifica*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; ἡμῖν, caso dativo plural del pronombre personal *nos*; las tres palabras se traducen alteradamente en la construcción castellana como *y nos da testimonio,* o también *y nos testifica*; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*; Πνεῦμα, caso nominativo neutro singular del nombre *Espíritu*, referido a la tercera Persona Divina; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*; ἅγιον, caso nominativo neutro singular del adjetivo articular *santo*, en este caso como parte segunda del nombre correspondiente al Espíritu Santo. La segunda cláusula se refiere a palabras del espíritu

[13] Griego: τοὺς ἁγιαζομένους.

con μετὰ, preposición de acusativo *después de*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta a la preposición y que en español la precede actuando como *conjunción coordinativa*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*; εἰρηκέναι, perfecto de infinitivo en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir*, aquí como *haber dicho*.

Μαρτυρεῖ δὲ ἡμῖν καὶ τὸ Πνεῦμα τὸ ἅγιον. El escritor vuelve a apelar a la Escritura para basar su argumentación, haciendo aquí una introducción al texto de la profecía que va a citar. Lo registrado en la profecía escrita es atribuido directamente al Espíritu Santo. Esta es una de las pruebas bíblicas sobre la inspiración plenaria de la Escritura. El Espíritu Santo actuó en los profetas comunicándoles el mensaje, custodiando la expresión del mismo para que se ajuste plenamente a la comunicación de Dios, e instruyéndolos para que los escribiesen. Esa es la verdad enseñada por el apóstol Pedro cuando escribe: *"Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo"* (2 P. 1:21). Es la segunda vez en la Epístola que el escritor vincula las palabras de la profecía con el Espíritu Santo, autor de ella (3:7). El mensaje del Antiguo Testamento era el hablar del Espíritu Santo, por medio de los profetas (Hch. 28:25). Como se dijo antes, es necesario entender bien la inspiración plenaria de la Escritura, sobre todo, en momentos en que se cuestiona firmemente esta verdad. Cuando se habla de inspiración se está haciendo referencia a la operación divina ejercida sobre los autores humanos, por la cual Dios les revela el mensaje a escribir, custodia su trabajo para que no haya errores, pero sin alterar su propio estilo personal en la confección del original, comunicando luego al trabajo hecho su aliento divino para que todo el escrito original sea absolutamente Palabra de Dios, viva y eficiente u operante. La inspiración de la Escritura es, por tanto, verbal o plenaria, esto es, que el Espíritu de Dios guió al autor humano en la elección de todas las palabras (*verbal*) usadas en los escritos originales, de modo que cada palabra usada por el autor humano, lo es también por Dios e inspirada por Él (*plenaria*), siendo *toda la Escritura*, Palabra de Dios. Al reconocer la intervención sobrenatural de Dios como el comunicador del mensaje y el controlador y supervisor del escrito bíblico, no por dictado sino por conducción, reconoce la inerrancia de toda la Biblia.

16. Este es el pacto que haré con ellos
Después de aquellos días, dice el Señor:
Podré mis leyes en sus corazones,
Y en sus mentes las escribiré.

αὕτη ἡ διαθήκη ἣν διαθήσομαι πρὸς αὐτοὺς,
Este el pacto el que estableceré con ellos
μετὰ τὰς ἡμέρας ἐκείνας, λέγει Κύριος·
después de los días aquellos, dice [el] Señor

διδοὺς νόμους μου ἐπὶ καρδίας αὐτῶν
dando leyes de Mí sobre corazones de ellos
καὶ ἐπὶ τὴν διάνοιαν αὐτῶν ἐπιγράψω
y sobre la mente de ellos inscribiré.
αὐτούς,
las.

Notas y análisis del texto griego.

Inicia aquí la cita tomada del Antiguo Testamento: αὕτη, caso nominativo femenino singular del pronombre demostrativo *esta*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; διαθήκη, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *ordenanza, reglamento, ley*; ἣν, caso acusativo femenino singular del pronombre relativo *la que*, *la cual*; διαθήσομαι, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz media del verbo διατίθεμαι, *disponer, establecer, otorgar,* aquí como *estableceré*; πρὸς, preposición de acusativo *con*; αὐτοὺς, caso acusativo masculino plural del pronombre personal *ellos*; μετὰ, preposición de acusativo *después de*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; ἡμέρας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *días*; ἐκείνας, caso acusativo femenino plural del pronombre demostrativo *aquellas*; λέγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir,* aquí como *dice*; Κύριος, caso nominativo masculino singular del nombre *Señor*, aplicado a Dios, por tanto debe complementarse con el artículo determinado *el*, que lleva implícito; διδοὺς, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo δίδωμι, *dar, conceder, permitir, entregar, confiar,* aquí como *que doy,* o *dando*; νόμους, caso acusativo masculino plural del sustantivo *leyes*; μου, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Mí*; ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; καρδίας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *corazones*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; διάνοιαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *mente,* en sentido de *pensamiento, entendimiento, manera de sentir, disposición*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos*; ἐπιγράψω, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo ἐπιγράφω, *escribir sobre, epigrafiar, inscribir,* aquí como *inscribiré*; αὐτούς, caso acusativo masculino plural del pronombre personal *los.*

Αὕτη ἡ διαθήκη ἣν διαθήσομαι πρὸς αὐτοὺς, μετὰ τὰς ἡμέρας ἐκείνας, λέγει Κύριος διδοὺς νόμους μου ἐπὶ καρδίας αὐτῶν καὶ ἐπὶ τὴν διάνοιαν αὐτῶν ἐπιγράψω αὐτούς. El texto está tomado de la profecía de Jeremías (Jer. 31:33) y fue citado antes en relación con el nuevo pacto (8:10-11). En aquella cita se analizó el texto, remitiendo al lector a dicho pasaje. El Espíritu Santo da testimonio en relación con el modo de resolver la imperfección del hombre, consistente en producir una renovación espiritual interna que se llama en la Palabra *nuevo nacimiento*. Como se dijo antes, el nuevo nacimiento es una obra de renovación plena y dotación de una nueva

naturaleza, operada por el Espíritu Santo en todo aquel que cree (Tit. 3:5). Esa fue también la enseñanza de Jesús a Nicodemo (Jn. 3:5-8). Antes de que un pecador caído pueda entrar al reino de Dios y pasar a ser de condición celestial, Dios tiene que obrar una transformación en él. La transformación es tal que sólo puede compararse con un nuevo nacimiento. La necesidad de regeneración es evidente teniendo en cuenta la condición del hombre natural (Jn. 3:6). No importa cual sea la condición personal de cada hombre, la necesidad es la misma, siendo interesante recordar que las palabras de Jesús estaban dirigidas a un líder y maestro del pueblo de Israel. La imposibilidad de estar en la presencia de Dios, es decir, en comunión con Él, es la consecuencia de la condición natural del hombre (Sal. 24:3-4). Esa naturaleza caída hace imposible la obediencia a los mandatos divinos, porque el pecado ha introducido en la genética espiritual del hombre el estado de desobediencia, en cuya esfera vive. Téngase en cuenta que el hombre no es desobediente porque desobedece, sino que desobedece porque es desobediente. La vida eterna, como vida propia del regenerado solo es posible para los que han sido resucitados en Cristo (Ef. 2:6), pero en modo alguno es alcanzable por quien está muerto es sus delitos y pecados (Ef. 2:2). La regeneración dota también al regenerado de un corazón nuevo. El núcleo de la voluntad, de los afectos y de las intenciones personales es una nueva creación de Dios. No se trata de un arreglo religioso de la condición pecaminosa del hombre y de su corazón engañoso y perverso (Jer. 17:9). La salvación involucra una transformación radical y completa obrada por Dios en el corazón del hombre (Ro. 12:2; Ef. 4:23). La transformación es operada por el Espíritu Santo de Dios (Ef. 4:24; Tit. 3:5). En virtud de ella se llega al nuevo nacimiento y, por tanto, a ser *hombres nuevos* (Ef. 4:24; Col. 3:10). La regeneración o nuevo nacimiento, permite al pecador regenerado dejar de conformarse al mundo, como le era propio en su naturaleza caída (Ro. 12:2). La creación en Cristo conduce a los regenerados, según la imagen de Dios en conocimiento y santidad de la verdad (Ef. 4:24; Col. 3:10; Ro. 12:2). El nuevo nacimiento produce profundos cambios en el individuo. Cambia el egocentrismo sin ley y sin Dios a la obediencia a Dios, conformando la vida a las disposiciones de Sus mandamientos. Ilumina también la mente ciega para que pueda discernir las realidades espirituales, antes vetadas por la condición propia del pecador (1 Co. 2:14-15; 2 Co. 4:6; Col. 3:10). El nuevo nacimiento permite la experiencia de libertad para que el creyente pueda, en esa libertad, servir a Dios. De modo que de una voluntad sujeta a la esclavitud del pecado y, por tanto, desobediente, pasa a una obediencia real y voluntaria que le permite cumplir lo que Dios demanda de él y hacerlo con gozo (Ro. 6:14, 17-22). La obediencia y la acción de la voluntad de Dios deja de ser un esfuerzo humano imposible de alcanzarlo, para disfrutar de una acción divina en el interior del nuevo corazón, ya que *"Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad"* (Fil. 2:13).

Ahora bien, ¿por qué volver aquí nuevamente a la cita de la profecía de Isaías? En la ocasión anterior está claro el sentido en que se usa destacar las imperfecciones del antiguo sistema y demostrar que era necesario que el antiguo sistema fuese quitado para dar paso al Nuevo Pacto, con lo que quedarían superadas las flaquezas propias de la antigua alianza. Sin embargo la intención aquí es otra, porque concluye con la referencia al *olvido* que Dios hace de los pecados como consecuencia del sacrificio perfecto de Jesucristo, por lo que no hay ya más necesidad de repetir las ofrendas del antiguo sistema legal, como se aprecia en los dos versículos siguientes.

17. Añade:
Y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones.

καὶ τῶν ἁμαρτιῶν αὐτῶν καὶ τῶν ἀνομιῶν αὐτῶν
y de los pecados de ellos y de las iniquidades de ellos
οὐ μὴ μνησθήσομαι ἔτι.
jamás me acordaré ya mas.

Notas y análisis del texto griego.

La última cita de la profecía se traslada aquí con: καὶ, conjunción copulativa *y*; τῶν, caso genitivo femenino plural del artículo determinado declinado *de las*; ἁμαρτιῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo *pecados*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τῶν, caso genitivo femenino plural del artículo determinado declinado *de las*; ἀνομιῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo que denota *alegalidades, iniquidades*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos*; οὐ, adverbio de negación *no*; μὴ, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional *no*; ambos juntos, el adverbio y la partícula, expresan una negación absoluta enfática como *jamás, de ninguna manera*; μνησθήσομαι, primera persona singular del futuro de indicativo en voz pasiva del verbo μιμνῄσκομαι, *recordar, acordarse, traer a cuenta*, aquí como *me acordaré*; ἔτι, adverbio que en construcción negativa equivale a *ya más*.

Καὶ τῶν ἁμαρτιῶν αὐτῶν καὶ τῶν ἀνομιῶν αὐτῶν οὐ μὴ μνησθήσομαι ἔτι. En códices muy limitados aparece la lectura *añade*[14], entre la cita de la profecía en el versículo anterior y en este, pero que por su limitada importancia no se tiene en cuenta en esta ocasión. Al trasladar esta última cita profética incide en enfatizar la perfección del sacrificio de Cristo. Los sacrificios anuales del sacerdocio levítico traían cada año a la memoria la realidad del pecado. Dentro del Nuevo Pacto, en base al sacrificio perfecto de Cristo, Dios no los trae más a cuenta, recordándolos para juicio. Es la gran bendición que alcanza definitivamente a quienes están en el Nuevo Pacto por el

---

[14] Griego ὕστερον λέγει.

nuevo nacimiento. Ese es el alcance de las palabras del apóstol Pablo que son el mejor colofón y exégesis para este versículo: *"Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús"* (Ro. 8:1). El texto enfatiza la consecuencia de una sentencia condenatoria que ha sido extinguida porque no queda nada pendiente de pago. De la condenación por el pecado no queda deuda alguna. El sacrificio de Cristo cancela toda deuda de pecado, porque al creyente se le perdonaron en Cristo todos sus pecados (Col. 1:14; 2:13). La justificación es asunto definitivo para quienes están en Cristo, revestidos de su justicia (2 Co. 5:21). Dios ha puesto al creyente en un lugar de victoria que es Cristo mismo. Quienes están en Él gozan del poder santificador del Espíritu controlando su vida.

18. Pues donde hay remisión de éstos, no hay más ofrenda por el pecado.

ὅπου δὲ ἄφεσις τούτων, οὐκέτι προσφορὰ περὶ ἁμαρτίας.
Y donde remisión de estos no más ofrenda por pecado.

Notas y análisis del texto griego.

La conclusión final del párrafo se expresa con ὅπου, ὅπου, adverbio relativo indefinido de lugar *donde*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; ἄφεσις, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *cancelación, remisión, perdón, liberación*; τούτων, caso genitivo femenino plural del pronombre demostrativo declinado *de estas*; οὐκέτι, adverbio negativo de tiempo, que significa *no más, nunca más, jamás*; προσφορὰ, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *ofrenda*; περὶ, preposición de genitivo *por*; ἁμαρτίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *pecado.*

῞Οπου δὲ ἄφεσις τούτων, οὐκέτι προσφορὰ περὶ ἁμαρτίας. El futuro de la expresión *"no me acordaré más"* del versículo anterior, se complementa aquí con la extinción definitiva de cualquier sacrificio por el pecado. Si Dios ya no trae a memoria el pecado para juzgarlo, no se necesita ya más sacrificio expiatorio. Donde hay perdón no hay más memoria y, por tanto, no hay necesidad de más ofrendas por el pecado. El sacrificio de Cristo permite a Dios *perdonar* los pecados. El perdón es completo, absoluto e ilimitado. Dios perdona los pecados tanto los pasados como los presentes y aun los futuros. Un pensamiento coincidente plenamente con la enseñanza del apóstol Pablo (Col. 2:13). El sacrificio de Cristo permite a Dios olvidar el pecado, de otro modo, en lenguaje coloquial, no quiere acordarse más de él. El perdón es un don de la gracia que se alcanza mediante la fe (Ef. 2:8-9) y, como cualquier don divino, es irrevocable (Ro. 11:29).

La conclusión es inevitable. Como ya no hay deuda pendiente y se ha efectuado un perdón definitivo; donde hay remisión de pecados, ya no puede haber más sacrificio por ellos, cuando todos han sido perdonados. No hay ninguna razón para seguir ofreciendo sacrificios por el pecado, si todos ellos han sido ya perdonados. Con esta conclusión da por terminada toda la argumentación sobre la inutilidad del antiguo sistema, para establecer definitivamente el Nuevo Pacto como la culminación definitiva del propósito divino.

Advertencia solemne (10:19-39)

La exhortación (10:19-25).

19. Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo.

῎Εχοντες οὖν, ἀδελφοί, παρρησίαν εἰς τὴν εἴσοδον τῶν ἁγίων ἐν τῷ
Teniendo, pues, hermanos confianza para la entrada a los santos por la
αἵματι ᾽Ιησοῦ,
sangre de Jesús.

Notas y análisis del texto griego.

Comienza este nuevo párrafo exhortativo escribiendo: ῎Εχοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí como *que tenemos*, o *teniendo*; οὖν, conjunción causal *pues*; ἀδελφοί, caso vocativo masculino singular del sustantivo que denota *hermanos*; παρρησίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *confianza*; εἰς, preposición de acusativo *para*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; εἴσοδον, caso acusativo femenino singular del sustantivo *entrada*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado declinado *a los*; ἁγίων, caso genitivo neutro plural del adjetivo articular *santos*; ἐν, preposición de dativo *por*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado *el, lo*; αἵματι, caso dativo neutro singular del sustantivo *sangre*; ᾽Ιησοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Jesús.*

῎Εχοντες οὖν, ἀδελφοί, παρρησίαν εἰς τὴν εἴσοδον τῶν ἁγίων ἐν τῷ αἵματι ᾽Ιησοῦ. Este párrafo parenético comienza haciendo una referencia a la suprema libertad del creyente, como preparación a las palabras de aliento que siguen, antes de comenzar la exhortación solemne que confronta al cristiano con la firmeza en la fe que le impide caer en el pecado voluntario. La bendición para el creyente es consecuencia de tres grandes elementos vinculados a la obra de Cristo: La ofrenda de su vida (v. 19); la apertura del camino (v. 20); y el ministerio sacerdotal de Jesucristo en la presencia de Dios (v. 21).

La introducción se hace mediante una expresión condicional: οὖν, *"así que"*, que abre la parénesis vinculándola con lo que antecede y como consecuencia de cuanto se ha tratado hasta aquí. Las palabras están dirigidas a creyentes, a quienes llama ἀδελφοί, *hermanos*. Es importante entender que todo lo que sigue no cambia de destinatario, de manera que el extenso párrafo exhortativo está todo él dirigido a creyentes en todo su contenido. Los *hermanos,* que lo son porque todos son hijos por adopción en Cristo del Padre del cielo (Gá. 4:5). Estos son miembros de la familia de Dios (Ef. 2:19) y por la obra de redención son dotados de ἔχοντες παρρησίαν εἰς τὴν εἴσοδον τῶν ἁγίων, literalmente *teniendo confianza para la entrada a los santos,* es decir, plena confianza para acercarse a Dios en virtud del sacrificio de Jesucristo, a lo que para el salvo es el trono de gracia (4:16). El término παρρησίαν, traducido por *libertad*, es realmente *confianza*. Esta es una de las notas destacadas en la Epístola (cf. 3:6; 4:16; 10:19, 35). Esta confianza expresa la seguridad y también la audacia en la forma de actuar. El ánimo para llevar a cabo la acción no está en el creyente, sino en la confianza que procede de la obra que Dios realizó a su favor.

Un nuevo contraste se aprecia aquí. Los antiguos no tenían confianza, y, por tanto, no eran libres para entrar en el Lugar Santísimo. En el antiguo pacto las restricciones generaban temor que limitaban la confianza. Aquellos, en su represente el sumo sacerdote, no podía entrar siempre al Lugar Santísimo, tan sólo una vez por año. Había un temor, más que de respeto de miedo, que les hacía estar expectantes a la salida del sumo sacerdote, para saber si el sacrificio había sido acepto.

El creyente confiadamente es invitado y entra al τῶν ἁγίων, *Lugar Santísimo*, literalmente *en los santos*, ya que en el texto griego está en plural, lo que sirve para aludir a la totalidad del santuario de Dios. En el antiguo Tabernáculo, los sacerdotes sólo entraban en el Lugar Santo y el sumo sacerdote una vez por año en el Lugar Santísimo. Aquí se considera el santuario celestial como un todo en donde Dios está presente. El término hace alusión al lugar donde Dios manifiesta su presencia y también su gloria. El creyente tiene, por tanto, libertad, en el sentido de segura confianza para acceder a la misma presencia de Dios.

Esa confianza se sustenta en el objeto formal en que se confía: ἐν τῷ αἵματι Ἰησοῦ. *"Por la sangre de Jesús"*. Este es el nombre único que aparece en el texto griego, aunque alguna versión como RV60 traduzca *Jesucristo*. El Sumo Sacerdote, Jesús, entró una vez para siempre en el santuario celestial por su propia sangre (9:12). Por esa misma sangre que expresa la realidad de Su sacrificio perfecto, otorga igual derecho a quienes son suyos y están en Él. Posicionalmente ya están sentados en los lugares celestiales (Ef.

2:6). La misma vida personal de cada uno, comunicada por identificación con Cristo, el Mediador de la vida y en quien está la vida de Dios comunicable al hombre creyente, está escondida con Él en Dios (Col. 3:3). En base al sacrificio de Cristo, el cristiano es purificado (9:14) y santificado (10:10). Separados como pueblo para Dios, tienen derecho legal, sin impedimento alguno para acercarse a quien se acercó primero en Cristo, viniendo a buscarlos y salvarlos (Lc. 19:10). Ningún impedimento hay para que puedan acceder a la presencia de Dios. Es cierto que al santuario donde Dios se manifiesta sólo pueden acceder los *"limpios de manos y puros de corazón, los que no han elevando su alma a cosas vanas"* (Sal. 24:4), pero esta es la condición de *"la generación de los que buscan a Dios, de los que buscan su rostro"* (Sal. 24:6). Perfeccionado en Cristo, su pueblo tiene libertad y derecho para entrar en el santuario, por tanto, pueden hacerlo con confianza. El pueblo de Dios ha venido a serlo por conversión, lo que supone el acto de obediencia y humildad en que se reconoce incapaz e indigno para alcanzar por su esfuerzo esa posición y la recibe por gracia mediante la fe. La aplicación de la obra de Cristo se da al que viene en humildad para recibirla por fe, que es un acto de entrega absoluta a Dios que llama a un encuentro personal con el Salvador. Estos son los *"pobres en espíritu"* a quienes el Maestro llama bienaventurados, porque no teniendo nada y sintiéndose nada acuden a la gracia y reciben el don extendiendo la mano de fe. Son humildes porque son hijos en el Hijo, que se definió a Sí mismo como *manso y humilde de corazón* (Mt. 11:29). Es en esa condición en la que la intimidad con Dios es posible y el modo en que puede acercarse a Dios y Él habitar con su pueblo, como enseña el profeta: *"Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu"* (Is. 57:15). Todo esto abre la perspectiva de lo que significa ahora el sacerdocio universal del cristiano. Sacerdotes que pueden y deben ministrar adoración y culto en el santuario celestial. Cada creyente, sin distinción alguna, es un sacerdote espiritual y su condición se determina por el hecho de ser hermano del Sumo Sacerdote, que los santifica para serlo en el Nuevo Pacto.

20. Por el camino nuevo y vivo que Él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne.

ἣν ἐνεκαίνισεν ἡμῖν ὁδὸν πρόσφατον καὶ ζῶσαν διὰ τοῦ
La cual inauguró nos camino recién abierto y vivo a través del
καταπετάσματος, τοῦτ᾽ ἔστιν τῆς σαρκὸς αὐτοῦ,
velo esto es de la carne de Él.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue sin interrupción con el tema del versículo anterior, escribiendo: ἣν, caso acusativo femenino singular del pronombre relativo *la que,* o *la cual*; ἐνεκαίνισεν,

tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἐγκαινίζω, *renovar, consagrar,* tiene el sentido de *inaugurar, instituir*, aquí como *inauguró*; ἡμῖν, caso dativo plural del pronombre personal *nos*; ὁδὸν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *senda, camino*; πρόσφατον, caso acusativo femenino singular del adjetivo *reciente, nuevo*, aquí con sentido de *recién abierto*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ζῶσαν, caso acusativo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo ζάω, *vivir*, aquí como *que vive, vivo*; διὰ, preposición de genitivo *a través de*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *el*; καταπετάσματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *velo, cortina*; τοῦτ' caso nominativo neutro singular del pronombre demostrativo *esto,* con el grafismo que adopta por elisión de la o final ante vocal o diptongo sin aspiración, que equivale a *esto*; ἔστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *es*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; σαρκὸς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *carne*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre persona declinado *de Él.*

El acceso al santuario celestial donde Dios manifiesta su presencia, es posible a través de un camino singular, definido aquí como ὁδὸν πρόσφατον καὶ ζῶσαν, *"camino nuevo y vivo".* El primer calificativo, πρόσφατον *nuevo*, tiene el sentido de algo recién hecho, o tal vez mejor, un camino *acabado de hacer*. Es la única vez que sale la palabra en el Nuevo Testamento y que literalmente significa *recién muerto.* Sobre este significado escribe el Dr. Lacueva:

"Es una lástima que las versiones pierdan gran parte del especial sabor que el original ofrece en el v. y que comienza literalmente como sigue: 'la cual (entrada v. 19) inauguró para nosotros, (como) un camino recién matado (gr. prosfhaton) y viviente…' Si apuramos un poco más la etimología de 'prosphaton', veremos que significa recién degollado y nos recuerda la forma en que se confirmaba un pacto solemne (V. Gn. 15:10, 17): partiendo las víctimas por la mitad y pasando los contratantes por en medio, es decir, por la sangre que afluía al centro. Era, pues, 'un camino recién sacrificado' que daba la seguridad de las bendiciones garantizadas por el pacto' (Trenchard)"[15]

Este camino de entrada a la presencia de Dios fue inaugurado por Cristo para nosotros y corresponde al Nuevo Pacto, por tanto, es tan nuevo como el pacto al que pertenece. El camino fue inaugurado por Cristo y Él mismo es el camino (Jn. 14:6). La idea de inauguración solemne de la entrada fue oficiada por el Sumo Sacerdote del Nuevo Pacto (v. 21). Ese camino πρόσφατον, *nuevo*, que como se indica en la cita del Dr. Lacueva, equivale a *lo recientemente matado*, no obstante a la alusión de muerte, está presente la vida,

[15] F. Lacueva. o.c., pág. 552s.

porque el camino nuevo es también un camino viviente. Por dos razones es vivo o viviente este camino. Primeramente porque el que es camino está vivo. No cabe duda que había estado muerto. La nueva alianza se produce como resultado de su muerte. El sacrificio expiatorio que solemniza el pacto, lo hace también posible santificando a quienes Dios incorpora en él. Sin esa muerte no habría santificación de lo que anteriormente se ha venido hablando. En segundo lugar porque ese es el único camino que lleva a la vida (Mt. 7:14). Ningún otro camino permite la experiencia de la vida eterna. Este camino es vivo en él mismo, ya que quien murió también resucitó de entre los muertos. El camino es firme porque está establecido en el Mediador único que es Jesucristo (1 Ti. 2:5), quien, al venir al mundo, estableció el puente entre el cielo y la tierra. Este camino comienza ahora en la tierra y termina, como único destino en el cielo. Por esa razón, Jesús dijo que Él es el camino único que lleva a los que transitan por él, a la presencia del Padre, esto es, al santuario celestial donde Cristo mismo entró (Jn. 14:6). Ese camino que sin duda se define por tres sustantivos: *camino, verdad y vida,* puede adjetivarse para adecuar las palabras de Jesús a la figura de este nuevo acceso como un camino que es *vivo y verdadero.* Al camino nuevo y vivo que es Cristo se accede por Él mismo, que dijo: *"Yo soy la puerta, el que por mí entrare será salvo"* (Jn. 10:9). Nadie puede estar en el camino que penetra hasta el santuario celestial sin acceder por la puerta de la gracia mediante la fe en el Salvador (Ef. 2:8-9). Solo quien tiene o está en el Hijo, tiene la vida (Jn. 3:36), y derecho de acceder a la presencia de Dios.

Este camino de entrada διὰ του καταπετάσματος, atraviesa o pasa por el *velo*, que evoca el acceso en el Tabernáculo al Lugar Santísimo, separado del Santo por una cortina o velo que impedía acceder al lugar donde Dios manifestaba su presencia y gloria de una forma especial. Aquel velo que cerraba el paso fue rasgado por Dios mismo en el momento de producirse la muerte de Jesús (Mt. 27:51). El velo denso y bordado sería, prácticamente imposible de ser rasgado. Sin embargo, Mateo dice que en el momento de la muerte del Señor, aquel pesado velo se rasgó totalmente, dividiéndose en dos partes. Lo interesante de todo esto es que el rasgado se hizo de arriba abajo. Nadie sino Dios mismo pudo hacer aquello. Tal suceso era una manifestación del libre paso de todos los creyentes a Dios por medio de Jesucristo. Ya no había, en adelante, más separación establecida en la Ley, porque había sido resuelta en la muerte del Salvador. De ese modo enseña la carta a los Hebreos la realidad simbolizada en la rotura del velo: *"Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro"* (He. 4:16). Es notable observar que aquel Lugar Santísimo, donde en figura estaba el trono de Dios, no era un lugar de gracia, antes de la Cruz, sino de juicio; es decir, nadie podía entrar en Él, sin que muriese. El escritor a los Hebreos habla de un *trono de gracia*, tal es el cambio operado por la obra de Jesús. El verbo que usa tiene que ver con venir cerca de algo; el creyente no

solo *puede* acercarse, sino que se le exhorta a hacerlo. La aproximación a la presencia de Dios no reviste inquietud alguna, por lo que debe hacerse con confianza; con la seguridad y presencia de ánimo que comunica la cancelación del problema del pecado. El Sumo Sacerdote, Jesús, hizo la expiación por el pecado personal del creyente (1 Jn. 2:1-2), por tanto puede acercarse al trono de Dios, que es trono de gracia. En esa confianza de una propiciación hecha, se presentaba ante Dios el publicano en la antigua dispensación y cuando oraba y decía: *"Dios se propicio a mí, pecador"* (Lc. 18:13), lo hacía sabiendo que dentro del Lugar Santo estaba una porción de la sangre del sacrificio expiatorio por lo que Dios le era propicio. El eterno Sumo Sacerdote esta sentado en ese trono celestial e interesado y capacitado para *compadecerse* de las debilidades y flaquezas personales (He. 1:3, 13; 4:15).

El camino de entrada es a través del velo, esto es, de τοῦτ᾽ ἔστιν τῆς σαρκὸς αὐτου, *"su carne"*. Es necesario determinar si σαρκὸς αὐτοῦ, *su carne* califica al velo abierto, o al camino abierto. Indudablemente el respaldo mayoritario se alcanza en un sentido epexegético del *velo*. El autor está explicando repetidas veces que el acceso a Dios obedece al sacrificio perfecto de Cristo. La santificación se produce a causa del *cuerpo de Jesucristo* (v. 10). La entrada al Santísimo se abre por *"la sangre de Cristo"* (v. 19). Es lo más natural que entre las expresiones *cuerpo y sangre* utilice aquí la figura de *carne*, como referencia a Su vida humana ofrecida en sacrificio a Dios, que hace posible la consagración e inauguración de un camino nuevo y vivo hacia Dios. Aquel velo rasgado es figura de la suprema liberad del creyente. Antes había prohibición de entrar, ahora hay libertad para hacerlo. Tienen acceso *los hermanos*, esto es, los que son familia espiritual de Aquel que murió en la Cruz, miembros de su familia, como hijos del mismo Padre (Ef. 2:19). Libertad, como se dijo antes, expresa confianza; no solo hay libertad para entrar, sino plena confianza para hacerlo. En contraste con las restricciones y temor de los antiguos, el creyente de la actual dispensación tiene libertad, porque tiene confianza. En la antigua alianza no podían entrar todos, sólo una vez al año el sumo sacerdote. Había un temor, más que de respeto de miedo, que les hacía estar expectantes esperando la salida del sumo sacerdote, para saber si el sacrificio era acepto. Es más, se dice que solían atar una cuerda al tobillo del sumo sacerdote para poder sacarlo del Lugar Santísimo, en caso que de muriese en él. El lugar a que accede el creyente con libertad es al Santísimo, referencia al lugar donde Dios manifiesta su presencia y gloria. El creyente tiene, por tanto, libertad para acceder a la misma presencia de Dios. La razón de la libertad para el acceso descansa en la *"sangre de Jesucristo"*. El Sumo Sacerdote, Jesús, entró una vez para siempre en el santuario celestial por su propia sangre (He. 9:12) y por esa misma sangre que expresa la realidad de su sacrificio perfecto, otorga a los suyos igual derecho. En razón de ese sacrificio el creyente es purificado (He. 9:14). Perfeccionado en Cristo, su pueblo tiene

libertad y derecho para entrar en el santuario. Su pueblo ha venido a serlo en razón de la conversión, lo que supone el acto de obediencia y humildad en que se reconoce incapaz e indigno para alcanzar esa posición y la recibe por gracia mediante la fe.

El camino al Lugar Santísimo es singular, porque es πρόσφατον καὶ ζῶσαν, *nuevo y vivo*; es tan nuevo el camino como el pacto al que pertenece. Es un camino inaugurado por Cristo, y es Él mismo (Jn. 14:6), y que podría adjetivarse como *camino vivo y verdadero*. El camino conduce al Santuario Celestial, y da acceso a la presencia de Dios, porque Jesús dijo: *"nadie viene al Padre sino por mí"* (Jn. 14:6). La salvación que da libre acceso y con ella la confianza para hacerlo es el resultado de *acceder por Cristo* (Jn. 10:9). Una vez abierta la vía de acceso para los creyentes, no se cerrará jamás para ellos. El escritor a los Hebreos afirma que el velo roto es *"su carne"*. La santificación del creyente se produce en razón de la ofrenda del *cuerpo de Jesucristo* (He. 10:10) y la entrada al Santísimo se abre por *la sangre de Cristo* (He. 10:19). Ambos términos, *cuerpo y sangre*, expresan la figura de *carne*, como referencia a la vida humana del Verbo de Dios, ofrecida en sacrificio sobre la Cruz. La obra sólo es posible desde su humanidad, que hace posible la presencia entre los hombres del Verbo de Dios encarnado (Jn. 1:14). Esa es la forma porque se puede ofrecer a Sí mismo en sacrificio expiatorio que abre acceso al creyente a la presencia de Dios (2:14, 7:27; 9:14, 28; 10:10).

21. Y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios.

καὶ	ἱερέα	μέγαν	ἐπὶ	τὸν	οἶκον	τοῦ	Θεοῦ,
Y	sacerdote	grande	sobre	la	casa	-	de Dios.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad se sigue leyendo: καὶ, conjunción copulativa *y*; ἱερέα, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *sacerdote*; μέγαν, caso acusativo masculino singular del adjetivo *grande*; ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; οἶκον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *casa, comunidad familiar, familia*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre declinado *de Dios*.

Καὶ ἱερέα μέγαν ἐπὶ τὸν οἶκον τοῦ Θεοῦ. La confianza se ve acrecentada por la presencia del Sumo Sacerdote. El camino ya no está cerrado, sino inaugurado y en la casa de Dios, el santuario celestial al que tenemos confianza en libertad o, si se prefiere mejor, una libertad confiada para entrar, está el que hace posible la entrada con su sacrificio. En la casa de Dios está ya quien es el ἱερέα μέγαν, *Sacerdote Grande*. Este calificativo se le dio ya

anteriormente en la Epístola (4:14). Es grande porque está sobre la casa de Dios. Y es también grande porque es el *Gran Pastor de las ovejas* (13:20). Este admirable Sumo Sacerdote, no esta incapacitado por su condición divina para compartir e identificarse con los problemas del pueblo, puesto que Él también es hombre y voluntariamente asumió gustar de las limitaciones y experimentar los quebrantos de los hombres. El gran Sumo Sacerdote en la culminación de su obra redentora, habiendo ofrecido el sacrificio por los pecados del mundo consistente en dar su propia vida en la Cruz, ascendió a los cielos *traspasándolos*. Esto es, subió hasta lo más encumbrado de los cielos, antes referido como la diestra de la Majestad en las alturas (1:13; 2:9). Los cielos que Jesús traspasó son las regiones celestiales hasta alcanzar el trono de Dios. De la grandeza sublime de Jesús, nuestro Sumo Sacerdote, se ha considerado también en otro lugar (7:26). Es tan grande que es mas sublime que los cielos. En su ascensión *traspasó* los cielos, que en el sentido de comprensión hebrea supone situarse sobre todos los cielos al sentarse a la diestra de Dios (He. 4:14; 8:1). Exaltado sobre todo, situado por encima de todo, comparte el trono de Dios sentado a la derecha de la Majestad. Éste es, sin duda, el Sumo Sacerdote que nos convenía, el que nos es propio para un ministerio sacerdotal perpetuo.

Su grandeza produce gran confianza porque es un sacerdote que comprende plenamente a quienes se acercan a Dios por medio de Él (4:15). Quien es sublime en gloria, el que es infinito en condición, es también grande en gracia y misericordia comprensiva y compasiva hacia quienes somos creyentes y hombres débiles por propia condición. Este admirable sacerdote en la presencia de Dios vive eternamente para interceder por los suyos (7:25). Por esta razón podemos entrar con mayor motivo de confiada libertad porque Él está en el lugar a donde se nos invita a acceder.

Este Gran Sacerdote ἐπὶ τὸν οἶκον τοῦ Θεοῦ, está *sobre* la casa de Dios. El término utilizado para casa denota *familia, casa, comunidad familiar*. El término sale también en Efesios, cuando el apóstol Pablo dice que somos *"familiares"* de Dios (Ef. 2:19). Sobre la comunidad de creyentes, como pueblo y familia de Dios está Jesús, a quien el Padre ha colocado como cabeza sobre todas las cosas en la Iglesia (Ef. 1:22-23). La admirable dimensión de la gracia produce aquí una paradoja admirable: Quien está sobre toda la casa, la familia, de Dios como Señor, es a su vez hermano de cada uno de los que son miembros de esa familia como hijos adoptados en el Hijo. De tal manera que el mismo Sacerdote Grande forma parte de esa familia (2:11-13).

22. Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia y lavados los cuerpos con agua pura.

προσερχώμεθα μετὰ ἀληθινῆς καρδίας ἐν πληροφορίᾳ πίστεως
Acerquémonos con verdadero corazón en plena certeza de fe,
ῥεραντισμένοι τὰς καρδίας ἀπὸ συνειδήσεως πονηρᾶς καὶ
habiendo sido rociados los corazones de conciencia malvada y
λελουσμένοι τὸ σῶμα ὕδατι καθαρῷ·
lavado el cuerpo con agua pura.

Notas y análisis del texto griego.

La primera exhortación se expresa con προσερχώμεθα, primera persona plural del presente de indicativo en voz media del verbo προσέρχομαι, *acercarse,* aquí como *acerquémonos*; μετὰ, preposición de genitivo *con*; ἀληθινῆς, caso genitivo femenino singular del adjetivo *genuino, verdadero*; καρδίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *corazón*; ἐν, preposición de dativo *en*; πληροφορίᾳ, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *plenitud, convicción, certeza, plena seguridad, plena certeza*; πίστεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de fe*; ῥεραντισμένοι, caso nominativo masculino plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo ῥαντίζω, *rociar, asperjar,* aquí como *habiendo sido rociados*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; καρδίας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *corazones*; ἀπὸ, preposición de genitivo *de*; συνειδήσεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *conciencia*; πονηρᾶς, caso genitivo femenino singular del adjetivo *malvado, maligno, perverso*; καὶ, conjunción copulativa *y*; λελουσμένοι, caso nominativo masculino plural del participio perfecto en voz media del verbo λούω, *lavar, bañar*, aquí como *lavados*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*; σῶμα, caso acusativo neutro singular del sustantivo *cuerpo*; ὕδατι, caso dativo neutro singular del sustantivo declinado, bien locativo *en agua*, o mejor instrumental *con agua*; καθαρῷ, caso dativo neutro singular del adjetivo *puro, limpio.*

La parénesis comienza con un llamado a los creyentes para que se *acerquen*: προσερχώμεθα, *acerquémonos.* Anteriormente se refirió al camino para hacerlo y a la seguridad que da la presencia del Gran Sacerdote que está en el lugar a donde los creyentes debemos acercarnos. No se trata tanto de un mandamiento sino de una exhortación para que voluntariamente los creyentes se acerquen, en el privilegio que tienen para ello. La invitación para *acercarnos* obedece a la posibilidad de hacerlo porque el camino ha sido ya inaugurado por quien es al mismo tiempo el camino (Jn. 14:6) y la puerta de acceso (Jn. 10:7). El verbo[16] se vincula con el ejercicio sacerdotal para el culto en el santuario (cf. 4:16; 7:25; 10:1; 11:6; 12:18, 22). El llamamiento a la proximidad de Dios es una bendición dispuesta para quienes han sido ya hechos cercanos por la sangre de Cristo (Ef. 2:13). No hay limitaciones, condiciones ni impedimentos, como ocurría en la antigua dispensación. El camino al Santísimo está abierto por el

---

[16] Griego, προσέρχομαι.

cuerpo de Jesucristo, por tanto todo creyente es invitado a acceder al lugar abierto definitivamente para él.

Sin embargo, este *acercamiento* requiere una determinada manera para hacerlo. La primera condición para acercarse es μετὰ ἀληθινῆς καρδίας, *"con corazón sincero"*. El adjetivo ἀληθινῆς, traducido por *sincero*[17], tiene vinculación con *verdadero*, es por tanto un corazón *genuino, auténtico, verdadero*, y tiene la connotación de algo que no oculta nada. Los orificios hechos en la madera se cubren con cera para ocultarlos, pero el orificio está ahí, sólo que tapado con cera. La sinceridad pone al descubierto el corazón que no oculta nada delante de Dios. Es un equivalente a *corazón limpio*. Esa es la única forma para acercarse a Dios (Sal. 24:4). El verdadero culto a Dios, que todo ser tributa en Su presencia no está en las formas para hacerlo, sino en el fondo, es decir en el corazón que orienta la acción (Is. 29:13). El culto en el Nuevo Pacto no está sujeto a normas preestablecidas, sino a un corazón movido por el Espíritu (Jn. 4:23-24). El antiguo orden tenía todos los aspectos del culto regulados y las normas para las ofrendas establecidas. Ahora, abolido el sistema de la antigua alianza, entra en vigor la nueva manera de un culto que se tributa a Dios en una entrega personal del que adora, que se convierte en sacerdote y sacrificio, como lo fue también nuestro Gran Sacerdote, Jesús (Ro. 12:1).

La segunda condición para acercarse es ἐν πληροφορίᾳ πίστεως, *"en plena certidumbre de fe"*. El sustantivo traducido por *plena certidumbre*[18], es un tanto difícil de traducir en una equivalencia precisa en español, a causa de su doble sentido de *llenar completamente* y de *estar firmemente convencido*. Es necesario dar varios significados para establecer el alcance del término, con el doble significado de *plenitud y de firme convicción, suprema certeza.* Esta plenitud de fe no puede referirse a la fe salvífica mediante la cual se alcanza la salvación (Ef. 2:8), sino a la certeza de la realidad y eficacia del sacrificio de Cristo. El creyente siente la seguridad de que puede acercarse a Dios en base a la obra del Sumo Sacerdote.

La tercera condición establecida para *acercarse* a Dios es la purificación del pecado: ῥεραντισμένοι τὰς καρδίας ἀπὸ συνειδήσεως πονηρᾶς *"purificados los corazones de mala conciencia"*. La sangre de Cristo aplicada al creyente purifica la conciencia de pecado (10:2, 14). Santificados en Cristo hay acceso libre a la presencia de Dios. Sólo el salvo puede entrar para rendir culto a la presencia de Dios, puesto que ha sido justificado (2 Co. 5:21), ya que el Justo ha muerto por los injustos para llevarlos a Dios (1 P. 3:18).

---

[17] Griego ἀληθινός.
[18] Griego πληροφορίᾳ.

Una cuarta condición se establece también: λελουσμένοι τὸ σῶμα ὕδατι καθαρῷ, *"y lavados los cuerpos con agua pura"*, que tiene que ver con la limpieza espiritual. En la mente del escritor estaría posiblemente la purificación de los sacerdotes en el día de su consagración. Uno de los ceremoniales consistía en lavar los cuerpos con agua pura antes de que vistiesen las ropas sacerdotales y se les permitiese entrar en el santuario para el ministerio (Lv. 8:6). El cuerpo es la expresión visible de la condición del corazón. Así se entiende la demanda del apóstol Pablo a los romanos (Ro. 12:1); de ese mismo modo se comprenden las palabras de Jesús: *"De la abundancia del corazón habla la boca"* (Lc. 6:45). Esta cuarta demanda debe entenderse en la figura de la limpieza cotidiana en la vida del creyente (2 Co. 7:1). La entrada al santuario para acercarse a Dios requiere limpieza, ya que implica cercanía y comunión con Él. Esa fue una de las enseñanzas que Cristo enfatizó a los discípulos con motivo del lavamiento de los pies (Jn. 13:8-10). El creyente está limpio de todo por la aplicación de la obra santificadora de Cristo, pero, en el decurso de la vida, la contaminación del camino por donde transita, mancha sus pies, y es preciso lavar la suciedad para que pueda existir una verdadera comunión con quien es incontaminado. El modo de la limpieza es la confesión personal del pecado (1 Jn. 1:9), no para salvación, sino para restauración. Lo contrario sería un culto ritual y sin valor espiritual, que puede llegar a ser incluso abominable para Dios (Am. 5:21-23).

23. Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió.

κατέχωμεν	τὴν	ὁμολογίαν	τῆς	ἐλπίδος	ἀκλινῆ	πιστὸς γὰρ	ὁ
Retengamos	la	confesión	de la	esperanza	sin vacilaciones	porque fiel	el

ἐπαγγειλάμενος,
que prometió.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue la exhortación con: κατέχωμεν, primera persona plural del presente de subjuntivo en voz activa del verbo κατέχω, *retener, conservar,* aquí como *retengamos*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ὁμολογίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *confesión,* mejor que *profesión*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ἐλπίδος, caso genitivo femenino singular del sustantivo *esperanza*; ἀκλινῆ, caso acusativo femenino singular del adjetivo *sin vacilaciones*, compuesto de α privativa y κλίνω, *inclinarse, declinar, rechazar*, por tanto *sin inclinarse, sin rechazar, sin titubeos, sin vacilaciones*; πιστὸς, caso nominativo masculino singular del adjetivo *fiel*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al adjetivo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἐπαγγειλάμενος, caso nominativo masculino singular del

participio aoristo primero en voz media del verbo ἐπαγγέλλομαι, *prometer, profesar*, aquí como *que prometió.*

La exhortación se hace ahora con un llamamiento a la firmeza. Es interesante recordar la incorporación del autor a la exhortación: κατέχωμεν τὴν ὁμολογίαν τῆς ἐλπίδος ἀκλινῆ, *"mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza"*, lo que confirma reiteradamente que la Epístola es un escrito dirigido a creyentes en toda la extensión de la misma. Si antes se demandó decisión confiada para acercarse a Dios, aquí se pide firmeza en la fidelidad. Se exhorta a permanecer en un testimonio indeclinable de la fe cristiana. El adjetivo que se traduce como ἀκλινῆ *sin fluctuar*, es en el griego[19] una expresión privativa de *inclinarse*, por tanto la idea es la de firmeza en materia de fe y en la conducta consecuente con ella. Es el mantenimiento firme del reconocimiento del señorío de Cristo, aceptada ya en el momento de la conversión (Ro. 10:9, 10). El cristiano mantiene firmeza en la fe en todo momento (1 Ti. 6:13) y está dispuesto a presentar defensa de la fe ante todo el que se lo demande (1 P. 3:15). La vida del creyente es un testimonio visible de su fe.

Unida inseparablemente a la fe está la esperanza. Aquí se exhorta a mantener con firmeza la profesión de la esperanza, que constituye el estímulo y, sobre todo, la orientación de la vida cristiana. Esa esperanza establece valores eternos y celestiales, en contraste con los atractivos terrenales y del mundo. Todo aquel que ha resucitado con Cristo, que está vinculado al Sumo Sacerdote del Nuevo Pacto, y que está en Él, busca las cosas de arriba donde está Cristo sentado a la diestra de Dios (Col. 3:1-3). El modo de vivir la esperanza corresponde a la nueva ciudadanía celestial del nacido de nuevo (Fil. 3:20-21). Sin embargo, es necesario precisar algo más en relación con la esperanza. Generalmente se relaciona la esperanza con cosas venideras y herencia eterna. No cabe duda que todo eso forma parte de *lo que esperamos*. Creemos que todo ello se producirá en el momento que Dios tiene dispuesto y que entraremos en el disfrute de la herencia de los santos en luz (Col. 1:12). No cabe duda que Jesús prepara, conforme a su promesa, un lugar para los salvos (Jn. 14:1-4). Es también cierto que la profecía describe la Jerusalén Celestial con todo el esplendor y la gloria que la rodeará (Ap. 21:1ss). Todos los creyentes, seguros de que Dios es fiel y cumplirá lo que promete, vemos las glorias eternas y las saludamos en la distancia asumiéndolas por fe y disfrutando ya de lo que aquello supondrá. Pero, la esperanza en la que debe asentarse toda firmeza no está relacionado con cosas futuras, sino con la gloriosa persona de nuestro Sumo Sacerdote, Jesús, que traspasando los cielos está sentado a la diestra de Dios. Esa es la verdadera esperanza, como dice el apóstol Pablo: *"Cristo es en*

---

[19] Griego ἀκλινῆ.

vosotros esperanza de gloria" (Col. 1:27). Es Jesús quien hará posible todas las glorias futuras, pero, Él mismo enfatiza que la esperanza no consiste en el lugar que prepara para nosotros, sino en el hecho de *recogernos a Sí mismo* (Jn. 14:3). Mantener firme la confesión de la fe, es mantener sin reservas la fidelidad a Cristo mismo. Algunos de los lectores de la Epístola se encontraban en una situación fluctuante en relación con la esperanza, por tanto, en relación con el Señor.

La razón para mantener sin vacilaciones la firmeza de la fe en la esperanza, descansa en la fidelidad de Dios: πιστὸς γὰρ ὁ ἐπαγγειλάμενος, *"Porque fiel es el que prometió"*. El creyente da testimonio inequívoco de la fe porque descansa en la fidelidad de quien es fiel a su palabra y cumple siempre cuanto promete. Quien hace las promesas relacionadas con la salvación es fiel, no puede negarse a sí mismo (2 Ti. 2:13). Además quien es nuestra esperanza es también la garantía del cumplimiento de *lo que esperamos*. Todas las promesas de Dios son *sí y amén* en Cristo (2 Co. 1:20). De ahí que se le llame a Jesús, *el Amén* (Ap. 3:14) Éste, como los restantes títulos, va precedido del artículo determinado, por tanto, indica dos aspectos: primeramente la unicidad, nadie es así, sólo Dios y, por tanto, solo Jesús como Dios-hombre; en segundo lugar la sustantividad, ya que se trata de nombres que Jesucristo se asigna a Él mismo. El primer título, precedido de artículo es *"el Amén"*. En el Antiguo Testamento hay una referencia al *"Dios del amén"*, que la LXX traduce como *"el Dios de la verdad"*, el Dios verdadero, o el único que es verdad (Is. 65:16). Jesús es Aquel en quien la revelación de Dios con todas sus promesas, advertencias y decretos tienen perfecto desarrollo y cumplimiento (2 Co. 1:19-21). La palabra *amén*, significa, por tanto, firme, fiel y como adverbio, *ciertamente, así es, así sea*. Cristo es, pues, la garantía absoluta de la verdad divina en su condición de Mediador único entre Dios y los hombres (1 Ti. 2:5). Frente a la inseguridad de los hombres y a su firmeza, el *Amén*, de Dios, que es Cristo mismo, garantiza todos los compromisos divinos. La idea del título que Jesús se atribuye a Él mismo no es sólo la veracidad de Dios, sino la confiabilidad de Dios, que le hace digno de ser creído y de quien se debe y puede estar seguro que guardará su pacto con su pueblo. Cristo que es nuestra esperanza es también el Amén, que garantiza la esperanza con todo cuanto comporta. Tal vez mejor, Jesús no es sólo Amén, es Dios en estado de amén. De esa forma expresa el creyente su firme convicción con las promesas de Dios: *"Acuérdate de la palabra dada a tu siervo, en la cual me has hecho esperar"* (Sal. 119:49). El ejemplo de hombres de fe, como el apóstol Pablo, ante la muerte es de notoria esperanza (2 Ti. 4:6-8).

24. Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras.

καὶ κατανοῶμεν ἀλλήλους εἰς παροξυσμὸν ἀγάπης καὶ καλῶν ἔργων,
Y consideremos unos a otros para estimulo de amor y de buenas obras.

Notas y análisis del texto griego.

Prosigue la exhortación vinculándola con lo que antecede mediante καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de κατανοῶμεν, primera persona plural del presente de subjuntivo en voz activa del verbo κατανοέω, *advertir, fijarse, observar, considerar*, aquí como *consideremos*; ἀλλήλους, caso acusativo masculino plural del pronombre recíproco *unos a otros*, equivale a la forma adverbial *recíprocamente*; εἰς, preposición de acusativo *para*; παροξυσμὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *estímulo,* literalmente *al paroxismo*, que es la exaltación extrema de los afectos y las pasiones; ἀγάπης, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *del amor*; καὶ, conjunción copulativa *y*; καλῶν, caso genitivo neutro plural del adjetivo declinado *de buenas*; ἔργων, caso genitivo neutro plural del sustantivo *obras, acciones.*

Καὶ κατανοῶμεν ἀλλήλους. En esta primera parte de la exhortación se sigue una progresión notable. Primeramente se hace un llamamiento a la manifestación confiada de la fe (v. 22); luego a la confesión de la esperanza (v. 23); ahora a la expresión del amor. Esta manifestación de amor se evidencia mediante la *consideración* de unos a otros. La construcción gramatical en el texto griego utiliza un verbo[20] en presente de subjuntivo volitivo, que destaca la acción voluntaria a que conduce el amor mutuo. El verbo se usó antes para exhortar a *considerar* a Jesús (3:1). Nada tiene que ver con la *consideración* con que deben ser tratados los hermanos, sino con una acción hacia cada uno de ellos. El verbo aparece catorce veces en el Nuevo Testamento y en todas ellas tiene el sentido de *prestar atención.* El escritor está invitando a los creyentes para que presten atención a sus hermanos. Es, en un alto contenido, una acción pastoral de cuidado de los unos hacia los otros. Se hace preciso un correcto entendimiento en lo que es la función pastoral específica de los *pastores* en el ejercicio del don, y la labor de ayuda, conducción y cuidado que los creyentes debemos tener hacia cada uno de nuestros hermanos. Dejar la responsabilidad personal sobre el ejercicio pastoral hace agotadora la labor de los pastores y sirve para acallar la conciencia de los creyentes. No es tema ni ocasión para extenderse aquí en este aspecto, pero, es preciso recordar el énfasis que se hace en la Biblia del cuidado de un hermano hacia otro. Contrariado con esa responsabilidad personal que cada miembro de la familia, bien sea terrenal o espiritual, tiene hacia los demás, respondió Caín a Dios diciendo: *"¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?"* (Gn. 4:9). De esa misma manera se coloca la ayuda y exhortación al hermano que ha cometido una falta, no sólo sobre los pastores en la iglesia, sino sobre cada uno de los hermanos de la congregación, que han de prestarse individualmente para exhortar a quien ha caído en una falta

[20] Griego κατανοέω.

(Gá. 6:1). Ya anteriormente había sido esa la enseñanza de Jesús: *"Por tanto, si tu hermano peca contra ti, vé y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano"* (Mt. 18:15). La exhortación al hermano que ha ofendido debe hacerse, en primera instancia en forma privada y personal; el Señor es muy enfático: *"estando tú y el solos"*. El hermano que conoce o que recibe la ofensa busca al ofensor en un aparte personal, sin la presencia de nadie más que de los dos. La falta conocida no se divulga, se mantiene en la intimidad del que la conoce, con la intención sana de ayudar a la restauración y rectificación del ofensor. Para evitar el escándalo de la mala acción y velar por la fama del hermano que ha ofendido, la corrección fraterna se hace con todo amor y delicadeza, sin testigos, como corresponde a una acción de amor entre hermanos y que buscan sinceramente el bien común. La consecuencia de ese modo de actuar es de esperar que produzca la consecuencia espiritual en el que ha cometido la falta, de arrepentimiento y rectificación. El Señor indica que cuando se consigue esto se *"ha ganado al hermano"*. El hermano no es un elemento aislado sino algo propio y personal. Los hermanos conforman la realidad del único cuerpo en Cristo y son algo propio porque todos los salvos están integrados como miembros en un mismo cuerpo (1 Co. 12:12). El dolor que produce en el cuerpo físico el problema de uno de sus miembros, afecta a todo el conjunto, y los miembros sanos ayudan a la restauración del enfermo para beneficio de todo el cuerpo. Cuando la exhortación privada ha surtido el efecto deseado y el que ha ofendido rectifica el modo de comportamiento, reconociendo y confesando al Señor su pecado, el problema ha quedado resuelto satisfactoria y definitivamente. Como la falta no ha sido divulgada, en buen nombre del hermano no se ha visto afectado y el problema sigue siendo ignorado para todos. La divulgación de faltas ajenas no edifica a nadie y mucho menos a la iglesia. El que ha exhortado al que cometió la falta fue un instrumento en manos de Dios para la restauración del hermano. Esa forma de proceder es señal y evidencia de madurez espiritual, por eso dice el proverbio: *"El fruto del justo es árbol de vida; y el que gana almas es sabio"* (Pr. 11:30); de ahí la exhortación de Pablo a la restauración del que ha sido sorprendido en una falta (Gá. 6:1). Mientras que el legalista mira al pecado para reprender al pecador, causándole serios daños –a veces irreparables- delante de sus hermanos, el espiritual mira al pecador para restaurarlo.

El propósito aquí de la *consideración* hacia el hermano no es para descubrir sus defectos o hacerlo compañero de maledicencia, sino para estimularlo en una determinada dirección: εἰς παροξυσμὸν ἀγάπης καὶ καλῶν ἔργων, *"para estímulo al amor y a las buenas obras"*. El creyente genuino presta atención a sus hermanos para estimularlos hacia esas dos perfecciones cristianas que son expresión visible y natural de quien vive realmente a Cristo. Lamentablemente las versiones suelen traducir los substantivos por verbos cuando se trata de orientar a una acción o de situar en

un determinado contexto[21], pero el escritor aquí no utiliza un verbo sino un sustantivo. No se trata de considerar para *estimular*, sino de considerar para estímulo, es decir, la acción nuestra sirve de estímulo incitándole a una determinada acción. El término *estímulo*[22], es literalmente *paroxismo*, que es la exaltación extrema de los afectos y las pasiones. Esa misma palabra aparece en el caso de la discusión extrema entre Pablo y Bernabé por causa de Juan Marcos (Hch. 15:39). La idea del versículo es que cada hermano preste atención a los demás para excitar en ellos al máximo la práctica del amor y de las buenas obras. El término *paroxismo* se usaba en el griego clásico para expresar una fiebre intensa, de modo que el estímulo para que los hermanos amen y vivan vidas ejemplares procede del *fervor* del corazón y es, por tanto, una obra que nace del Espíritu. De otro modo, el cristiano debe ser *ferviente* para ser estímulo a los hermanos hacia el bien.

El orden lógico del estímulo es el amor y las buenas obras. El amor verdadero conduce a buenas acciones. En la misma medida que la fe se evidencia por las obras, así también el bien obrar aquí es una manifestación impulsiva del verdadero amor. Jesús descendió del cielo para realizar su obra redentora en la forma de siervo, al impulso del amor. Dios envió a su Hijo al mundo movido por amor (Jn. 3:16). Hay una solemne advertencia sobre la pretensión de un buen obrar al margen del amor en la enseñanza del apóstol Pablo: *"Si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve"* (1 Co. 13:3). Sobre la base del amor y al impulso de este, surgen las verdaderas manifestaciones del bien obrar, que esencialmente conllevan la idea de entrega, al modo de cómo Jesús hizo con nosotros. El amor de Dios en el cristiano conduce a buenas acciones. Estimular a los hermanos en otra dirección es pernicioso, pecaminoso y no corresponde a cristianos.

25. No dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuando veis que aquel día se acerca.

μὴ ἐγκαταλείποντες τὴν ἐπισυναγωγὴν ἑαυτῶν, καθὼς ἔθος τισίν,
No abandonando la congregación de vosotros como costumbre algunos
ἀλλὰ παρακαλοῦντες, καὶ τοσούτῳ μᾶλλον ὅσῳ βλέπετε ἐγγίζουσαν
sino exhortándoos y tanto más cuando que veis que se acerca
τὴν ἡμέραν.
el día.

[21] Tal ocurre en la traducción *"para obedecer"*, cuando el griego lee *"para obediencia"* en 1 P. 1:2.
[22] Griego παροξυσμὸν.

Notas y análisis del texto griego.

Sin interrupción en la exhortación continúa con: μή, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*; ἐγκαταλείποντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo εγ̓καταλείπω, *dejar, abandonar, dejar atrás, desamparar,* aquí como *que abandonan* o *abandonando*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἐπισυναγωγὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *reunión, junta, congregación*; ἑαυτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre declinado *de vosotros*; καθὼς conjunción, *lo mismo que, según que, como,* desempeña a veces funciones de partícula comparativa; ἔθος, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *costumbre, práctica*; τισίν, caso dativo masculino plural del pronombre indefinido *algunos*; ἀλλὰ, conjunción adversativa que significa *pero*, *sino*; παρακαλοῦντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo παρακαλέω, *hablar cortésmente, llamar, invitar, pedir, consolar, animar, exhortar*, aquí como, *exhortándoos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τοσούτῳ, caso dativo neutro singular del adjetivo *tan grande, tan numeroso, tanto*; μᾶλλον, adverbio de comparación *más*; ὅσῳ, caso dativo neutro singular del pronombre relativo de cantidad, *cuanto*; βλέπετε, segunda persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo βλέπω, *ver, mirar, fijarse,* aquí como *veis*; ἐγγίζουσαν, caso acusativo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἐγγίζω, *acercarse, llegar*, aquí como *que se acerca*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἡμέραν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *día*.

La exhortación adquiere aquí un matiz congregacional, invitando a los creyentes a no abandonar las reuniones. Μὴ ἐγκαταλείποντες, *"No dejando"*, podría traducirse más enfáticamente como *no abandonando*, o incluso algunos lo hacen como *no desertando* de τὴν ἐπισυναγωγὴν ἑαυτῶν las reuniones eclesiales. Ese mismo verbo lo utiliza el apóstol Pablo para referirse a quienes le habían abandonado cuando era juzgado y lo habían dejado solo (2 Ti. 4:10, 16). El verbo en el griego aparece en participio de presente, lo que expresa algo que se hacía costumbre. No se trata de una ausencia ocasional a la reunión, sino de la costumbre de faltar a ella. Se trata, pues, de un alejamiento continuo. El mismo verbo ocurre en otros lugares con ese significado (cf. Mt. 27:46; Mr. 15:34; 2 Ti. 4:10, 16).

Καθὼς ἔθος τισίν, *como algunos tienen costumbre.* Es evidente que había un problema espiritual que afectaba a algunos. No se dice si eran muchos o pocos, pero evidencia una fe vacilante en quienes abandonaban las reuniones. No se dice con cuanta periodicidad se celebraban las reuniones. Se sabe que en Jerusalén, en la primera etapa del establecimiento de la iglesia cristiana se hacían diariamente, concurriendo al templo, con toda seguridad al atrio, para la celebración de las reuniones (Hch. 2:46). En otros lugares, como ocurría en Troas, se congregaban el domingo, en cuya reunión se cumplía la ordenanza del

Partimiento del Pan (Hch. 20:7). No tiene tanta importancia la periodicidad de las reuniones, como el hecho que se hizo costumbre en algunos de no asistir a ellas. Posiblemente esta ausencia de algunos los había conducido a un infantilismo espiritual que los hacía vulnerables a causa del desconocimiento de doctrina fundamental (5:11-14). No se dicen las razones por las que no asistían. Es posible que se tratase de las persecuciones a que estaban sometidos. Incluso podría tratarse de un acto de soberbia que rehuye el trato con hermanos a quienes considera en menor valor o dignidad, como ocurría en algún lugar al que se refiere Santiago en su epístola (Stg. 2:2-6). Pero, lo que es cierto, es que quienes abandonaban las reuniones eran los que más necesitaban de ellas para ser animados al amor y a las buenas obras. En las reuniones de la iglesia se animan los creyentes por el estudio y aplicación de la Palabra, por el fervor del Espíritu y por el aliento que se comunican los hermanos entre sí, para ir adelante sin declinar en el testimonio y en la fe, a pesar de las dificultades. Un creyente espiritual, es decir, controlado por el Espíritu, asiste y persiste en las reuniones. El ejemplo más notable es el de la iglesia en Jerusalén, en los albores del cristianismo, en la que los creyentes persistían en reunirse cada día (Hch. 2:46).

Si los creyentes se mantienen separados unos de los otros, nunca podrán estimularse mutuamente al amor y a las buenas obras (v. 24). El apóstol Pablo exhortaba a los creyentes en Roma a darse la bienvenida mutuamente, recibiéndose como Cristo les había dado la bienvenida recibiéndolos también (Ro. 15:7). Es más fácil determinar las consecuencias de la falta a las reuniones que tratar de determinar aquí cuales eran las causas que motivaban la deserción, cosa prácticamente imposible y que se reducen a meras especulaciones. Como una propuesta poco habitual escribe el profesor F. F. Bruce:

"Podemos encontrar una clave en la palabra traducida 'congregarnos'. Básicamente, es la palabra que conocemos en su forma castellana como 'sinagoga', pero aquí lleva el prefijo epi, que en este lugar es concebible que tenga la fuera de 'en adición', como si la palabra debiera traducirse 'episinagoga'. Si este significado fuera aceptado entonces podemos pensar en un grupo de judíos creyentes en Jesús que aún no habían interrumpido su conexión con la sinagoga en la cual habían sido educados, pero que, además de los servicios de la sinagoga, tenían reuniones especiales propias 'como apéndice cristiano de la sinagoga judía', como lo dice William Manson. En este caso, nuestro autor teme que la discontinuidad de sus reuniones cristianas especiales significará su completa inmersión en la vida de la comunidad judía más amplia, con la pérdida de su fe y su visión cristianas distintivas"[23].

---

[23] F. F. Bruce. o.c., pág. 257.

En estas circunstancias se requiere una acción necesaria: ἀλλὰ παρακαλοῦντες, *“sino exhortándonos”*. La exhortación tiene que ver siempre con aliento y ánimo. Los creyentes debían fijarse en sus hermanos, especialmente en los que habían tomado la costumbre de ausentarse de las reuniones eclesiales, para alentarnos y animarlos a fin de que retornaran a congregarse nuevamente con sus hermanos. Un sentido de vanagloria alcanza a algunos creyentes, en todos los tiempos, que creen en el autoengaño de ser capaces de edificarse solos, al margen de la congregación. Tal modo de pensar lleva a algunos a abandonar las reuniones, especialmente aquellos que consideran que una sola reunión dominical ya es suficiente para mostrar identificación cristiana. Tales creyentes necesitan el apoyo de otros que los animen a sentir lo contrario.

Además, el escritor da una razón poderosa para persistir en congregarse: καὶ τοσούτῳ μᾶλλον ὅσῳ βλέπετε ἐγγίζουσαν τὴν ἡμέραν, *“y tanto más, cuando veis que aquel día se acerca”*. El término *día*, es la referencia a la venida del Señor para recoger a su Iglesia (1 Co. 3:13; Fil. 1:10). Ese día se acerca rápidamente (Ro. 13:11-12). La seguridad de la inminencia de la venida del Señor es firme. Él mismo anunció su venida para tomar a los suyos para estar con Él (Jn. 14:1-4). El tiempo presente es comparado con la noche, tiempo en donde reinan las tinieblas del pecado. Una época controlada por los *gobernadores de las tinieblas* (Ef. 6:12). Espacio de tiempo en donde el pecado se manifiesta poderosamente en las gentes (Col. 1:13). El momento de la noche espiritual es ya avanzado. Esta época está llegando a su fin para la experiencia del creyente, para quien ἐγγίζουσαν τὴν ἡμέραν, *“se acerca el día”*. La aparición de Jesucristo es inminente. De la misma manera que se dice que *“el reino de los cielos se ha acercado”*, porque estaba Cristo presente, así también el día se acerca por la venida del Señor está próxima. El cristiano debe estar preparado para recibir al Señor, ocupándose en su reino y manteniendo continua comunión con sus hermanos. El Señor está cerca (Fil. 4:5), y esa proximidad inminente debiera condicionar nuestra actitud hacia sus cosas, en detrimento de las cosas transitorias y pasajeras que, en muchos casos nos hacen desertar del compromiso con Él y de la comunión con los hermanos.

El pecado voluntario (10:26-310).

26. Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados.

Ἑκουσίως γὰρ ἁμαρτανόντων ἡμῶν μετὰ τὸ λαβεῖν τὴν
Porque si voluntariamente pecando nosotros después de - de haber recibido el
ἐπίγνωσιν τῆς ἀληθείας, οὐκέτι περὶ ἁμαρτιῶν ἀπολείπεται
pleno conocimiento de la verdad no más por pecados queda

θυσία
sacrificio.

Notas y análisis del texto griego.

Comienza el versículo con una expresión condicional con el genitivo absoluto y el participio de presente del verbo, leyéndose en el texto como sigue: ἑκουσίως, adverbio de modo, *voluntariamente*; γὰρ conjunción causal *porque*, pospuesta al adverbio y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; la forma gramatical condicional exige añadir un *si* intensificativo, quedando la traducción: *porque si voluntariamente*; ἁμαρτανόντων, caso genitivo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ἁμαρτάνω, *pecar, cometer pecado*, aquí como *que pecamos*, o mejor *pecando*; ἡμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal *nosotros*; μετὰ, preposición de acusativo *después de*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; λαβεῖν, aoristo segundo de infinitivo en voz activa del verbo λαμβάνω, que denota *tomar, coger, tomar posesión*, aquí como *haber recibido*; τὴν, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la,* ἐπίγνωσιν, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *conocimiento pleno, plenitud de conocimiento*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ἀληθείας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *verdad*; adverbio negativo de tiempo οὐκέτι, que significa *no más, nunca más, jamás*; περὶ, preposición de genitivo *por*; ἁμαρτιῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo *pecados*; ἀπολείπεται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz pasiva del verbo ἀπολείπω, *abandonar, dejar atrás,* en pasivo*, quedar,* aquí como *queda*; θυσία, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *sacrificio, ofrenda.*

Es necesario establecer a quienes se dirigen las palabras del autor en estos versículos. Para una gran mayoría está señalando a apóstatas en el sentido de personas que estuvieron en medio del pueblo de Dios y que se apartaron de la fe cristiana para volverse al judaísmo, en cuyo caso se trataría de personas que no eran creyentes.

Este es el parecer del profesor F. F. Bruce, escribiendo:

"Este pasaje estuvo destinado a tener repercusiones en la historia cristiana más allá de lo que nuestro autor podía haber entrevisto. Con 'pecáremos voluntariamente' quiere decir algo así como pecar 'con soberbia' para lo cual no había perdón provisto en la ley de expiación del Antiguo Testamento. Ya ha enfatizado el hecho de que despreciar el mensaje de salvación hablado por el Hijo de Dios debe acarrear penalidades aún más severas que las sanciones que se adjuntaban a la ley de Moisés, 'la palabra dicha por medio de los ángeles' (cap. 2:2); y repite el mismo argumento aquí. El contexto sugiere que tiene en su mente algo mucho más serio que lo que Pablo llama a ser 'sorprendido en alguna falta' -después de todo, él ha

señalado más de una vez que en Jesús los cristianos tienen un sumo sacerdote que puede socorrerlos cuando son tentados, simpatizar con ellos en su falta de firmeza y tratarlos con gentileza cuando se apartan del camino por ignorancia. Lo que tiene en mente es en realidad ese 'apartarse del Dios vivo' del que habló en el cap. 3:12, esa renuncia al cristianismo en contra de la cual advirtió a sus lectores en el cap. 6:4-8. Haber recibido el conocimiento de la verdad y luego rechazarlo es abandonar el único camino de salvación. 'Ya no queda más sacrificio por los pecados' que pueda hacerse por aquellos que deliberadamente han abandonado la dependencia del sacrificio perfecto de Cristo. A partir del lenguaje del v. 29 resulta claro que aquí se está hablando de apostasía abierta; del hombre que ha cometido este pecado voluntario se dice que pisoteó al Hijo de Dios, profanó la sangre de la Alianza que le santificó, y 'ultrajó al Espíritu de gracia"[24].

Dos problemas surgen en esta interpretación: El primer tiene que ver con la persona que comete este pecado. Aparentemente da la impresión de que se trata de un creyente que se aparta del Dios vivo. Si se trata de un creyente, se genera aquí un conflicto serio sobre seguridad de salvación, ya que ninguno que haya nacido de nuevo, haya recibido el perdón de sus pecados y la vida eterna, y haya sido puesto en Cristo, podrá perder su salvación, ya que para los tales no hay ninguna condenación (Ro. 8:1). Si se trata de un mero profesante, la condenación no es tanto por el pecado voluntario, sino por su condición espiritual: Quien no tiene al Hijo no tiene la vida (1 Jn. 5:12), y el que *"rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él"* (Jn. 3:36). Si esta es el contexto interpretativo que hay que dar a la advertencia solemne, surge una pregunta: ¿Por qué introducir aquí una amonestación para inconversos si la Epístola está dirigida a creyentes?

De un modo semejante escribe Juan Calvino:

"Los que pecan, mencionados por el Apóstol, no son los que en alguna forma ofenden, sino los que abandonan la Iglesia, y completamente se alejan de Cristo. Pues Él no habla aquí de este o de aquel pecado, sino que condena por nombre a los que deliberadamente han renunciado al compañerismo de la Iglesia. Empero hay una enorme diferencia entre las caídas particulares y una completa deserción de la fe, por la cual enteramente nos apartamos de la gracia de Cristo. Y como este no puede ser el caso con alguno, excepto que ya haya sido iluminado, él añade, Si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad; que es como si dijera: 'Si a sabiendas y voluntariamente renunciamos a la gracia que hemos alcanzado"[25]

---

[24] F. F. Bruce. o.c., pág. 261s.
[25] Juan Calvino. o.c., pág. 214.

Sorprende también la interpretación de Juan Calvino, que a pesar de su posición doctrinal en la gracia y de la firme creencia y defensa del don irrevocable de salvación para los que creen, elegidos eternamente por Dios, pueda haber alguno de ellos, que caiga en un pecado voluntario cuya consecuencia sea *caer de la gracia*, haciendo inútil el trabajo del Padre en la custodia de los salvos para que eso no ocurra (Jud. 24-25).

En esta misma línea interpretativa escribe Ernesto Trenchard:

“El uso de ‘nosotros’ aquí no identifica al escritor con la horrenda posibilidad que señala, sino que se refiere a la esfera de la profesión cristiana de quienes (como antes detallamos) habían recibido el conocimiento de la verdad. No se trata tampoco de la caída en el pecado por inadvertencia o por descuido del creyente por otra parte fiel, pues amplia provisión se señala para tal caso en 1ª Juan 1:5-2:2 y otras Escrituras, sino del pecado de apostasía, de haber conocido la verdad y haberla rechazado voluntariamente, persistiendo luego en este pecado. Recordemos siempre las circunstancias históricas, y que algunos sugerían a los hebreos que se librasen de la persecución por medio de un retorno al Judaísmo: el sistema que crucificó al Señor y no quiso admitir el valor de su preciosa Sangre. Para el apóstata que rechaza conscientemente el Sacrificio Único no queda otro al cual puede acudir, ni hay ninguna posibilidad de una repetición del tremendo ‘Día de las Expiaciones’ del Calvario”[26].

La pregunta surge nuevamente: ¿Se trata de inconversos que conviven con los creyentes? si la respuesta es afirmativa, el pecado voluntario del que se trata no es una *novedad* que les hace culpables, sino la condición de rechazo que impide entregarse a Cristo. ¿Son creyentes que han retornado al sistema judaico? En este caso, habría más de un pecado que no tiene perdón.

De este mismo modo escribe A. B. Rudd, citando a *The Century Bible*:

“Esta profunda y solemne admonición contra los peligros de la apostasía, es más severa aun que la del capítulo 6, aunque es muy parecida a ella, y ha de ser interpretada precisamente del mismo modo. La línea de argumento en los versículos 28, 29 hace recordar la de 2:1-4, con la diferencia de que aquí la referencia no es tanto al descuido de la revelación dada en el Hijo, como al insultante rechazamiento de su sacrificio. Lo que hace tan desesperado el caso es que los que cometen el pecado de referencia han sido cristianos, y luego pecan después de haber recibido el conocimiento de la

[26] Ernesto Trenchard. o.c., pág. 146.

verdad. El pecado voluntario del cual habla el autor es el de deliberada apostasía del Cristianismo"[27]

En este caso nos encontramos también con el problema de la pérdida de salvación que se ha hecho notar en ocasiones anteriores. Sin embargo, para que el lector tenga valoraciones interpretativas suficientes antes de pasar al estudio del texto bíblico, añadimos alguna referencia más. A causa de las dificultades de interpretar el versículo en el contexto general de la Epístola como dirigido a creyentes, se suele hacer el consabido paréntesis en la exhortación para una interpretación consecuente, como ocurre con la interpretación del Dr. Chafer:

"Este pasaje particular (He. 10:26-29) forma un paréntesis; no es continuación del tema expuesto en el versículo anterior. El versículo 25 va dirigido a creyentes, mientras que el pasaje presente se dirige a judíos indecisos que vacilan en establecer una correcta relación con Cristo. Pecar voluntariamente indica la forma de pecado que el Antiguo Testamento designa como pecado que no procede de ignorancia. El pecado voluntario necesita un perdón divino basado en un sacrificio cruento. Esta advertencia recuerda al judío la nueva situación en la que los sacrificios mosaicos no tienen ya vigencia y, por tanto, sólo queda una alternativa entre el sacrificio de Cristo y el juicio. Pecar ahora, después que Cristo ha muerto, es algo más serio. El pecado ya no es solamente un insulto a la santidad y al gobierno de Dios, sino que se torna también un rechazo directo de Cristo. Por cuanto Cristo ha muerto por los hombres, estos quedan clasificados, o separados, como aquellos por quienes Él murió, lo cual es una santificación según el sentido primordial de este término. Ningún pasaje del Nuevo Testamento describe tan claramente la malicia del pecado en esta época como éste; pero no es una advertencia dirigida a cristianos, ni implica la seguridad de éstos. El Dr. James H. Brookes ha hecho del pasaje aludido (He. 6:4-6) la siguiente descripción.

'Quizás no hay otro texto en las Sagradas Escrituras que haya causado a cristianos verdaderos tanto apuro como esta declaración alarmante. Enseguida se preguntan a sí mismo si es posible, después de todo, que nuestra salvación sea algo incierto. ¿Es posible llegar a la apostasía y perderse al fin? ¿Es posible que todas las seguridades de estar salvo desde ahora y perfectamente y que todas las promesas de vida eterna dirigidas los creyentes, se queden en nada? ¿No dice el Señor viviente que Él da a Sus ovejas vida eterna, y que no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de Su mano? ¿Cómo es, pues, que por este texto parece que hay peligro de que perezcan? Para la conciencia delicada y el angustiado corazón de un verdadero hijo de Dios, la admonición del Apóstol suena como una sentencia de perdición; pero no es un creyente el destinatario de tan seria advertencia; no hay que olvidar que esta Epístola está

---

[27] A. B. Rudd. *La Epístola a los Hebreos.* Editorial Clie. Terrassa, 1986.

dirigida a hebreos profesantes de la fe cristiana y a hebreos que de nuevo 'se habían sujetado al yugo de esclavitud'

Es preciso recordar que Israel sufre una ceguera peculiar con relación al Evangelio y a esta ceguera se refirió Cristo al decir: 'Para juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados' (Jn. 9:39), y esta ceguera fue predicha por Isaías: ¿Y dijo: Anda, y di a este pueblo: Oíd bien, y no entendáis; ved por cierto, mas no comprendáis. Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos, para que no vea con sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda ni se convierta y haya para el sanidad' (Is. 6:9-10). El Apóstol vuelve a referirse a esto en 2 Corintios 3:14-16, Por tanto, no es extraño que judíos no regenerados sufran dificultades y perplejidades"[28].

En este caso sigue manteniéndose la dificultad de entender por qué causa en un escrito dirigido a creyentes, y en una sección que se introduce a una referencia a la reunión congregacional de los cristianos, se introduce un paréntesis tan enfático para personas que serían meros profesantes del cristianismo o, lo que aún es peor, claudicantes entre el sistema mosaico y el cristianismo.

En una línea semejante está también gran parte del mundo católico como es la posición del profesor Miguel Nicolau:

"La mención del día del Señor, que acaba de hacer, facilita el tránsito para hablar de los castigos reservados a la apostasía. El autor quiere también, en orden a su exhortación, servirse de la amenaza de estos castigos. Lo primero es la imposibilidad en que se pone al apóstata de la fe para que se le puedan perdonar sus pecados acudiendo a la fuerza expiatoria del sacrificio de Cristo. Hebreos pondera esta clase de pecados de apostasía. Se trata de pecados después de recibir el conocimiento de la verdad.

Estos cristianos han sido 'iluminados' en el bautismo (cf. He. 6:4), para lo cual hicieron su profesión de fe. Además 'han gustado el don celeste y han sido hechos partícipes del Espíritu Santo (ibid. v. 5). Han podido conocer la verdad y la han conocido. Por esto, en su pecado de deserción, hay una particular voluntariedad y malicia. No es un mero pecado en que la ignorancia o la inadvertencia excusen o mitiguen la falta. Hay en esta deserción una particular voluntariedad. Por esto dice: 'si voluntariamente pecamos'. Y el autor recalca esta voluntariedad colocando al principio esta palabra ἑκουσίως γὰρ ἁμαρτανόντων ἡμῶν *(la misma palabra en 1 P. 5:2, que la Vg traduce spontanee). Un tal pecado de apostasía, tan voluntario, tan*

---

[28] Lewis Sperry Chafer. *Teología Sistemática.* Vol. 1. Editorial Publicaciones Españolas. Dalto, Georgia, 1974. pag. 1127s.

contumaz, después de ser iluminados y conocer la verdad, sería pecar contra la verdad, contra la luz. Sería resistir a la misma gracia del Espíritu Santo y pecado contra el Espíritu Santo; de los pecados que se dicen que no serán perdonados (Mt. 12:32; Lc. 12:10). Y, en efecto, se comprende fácilmente que mientras permanece este pecado de voluntaria resistencia a la verdad, mientras voluntariamente quieran desertar de la religión cristiana y desconocer su auténtico sacrificio con valor de expiación por los pecados, en este estado y condición no querrán acudir a la víctima inmolada y al sacrificio propiciatorio; y así, en esta hipótesis, in sensu composito de ella, ya no queda sacrificio por los pecados. No es que todo pecado no pueda perdonarse. Es que tal pecado y en tales condiciones de resistencia, de hecho no se perdonará, ni se acudirá al valor propiciatorio del sacrificio de Cristo, mientras perseveren tales condiciones. Por el contrario, tal pecador considerará cosa común y sin ningún valor la sangre de la alianza (v. 29)"[29].

En todas las referencias anteriores se aprecia una línea común de pensamiento que descansa bien en la apostasía de profesantes, o bien en la condición de inconversos. Sorprendentemente hay también una estrecha vinculación con el pasaje del capítulo 6:4-6, que también consideran como un paréntesis para inconversos y que en el comentario a dicho párrafo hemos podido apreciar que está dirigido para creyentes que es a quienes escribe la Epístola.

Una simple observación imparcial permite definirse en la posición de que la exhortación solemne, a pesar de las aparentes dificultades, está dirigida también aquí a los creyentes, a quienes se está escribiendo. Las evidencias son precisas y se estudiarán más detenidamente en el comentario a cada versículo, citándolas aquí como mera introducción: La primera evidencia es la incorporación del propio autor al establecer la posibilidad del pecado voluntario entre los creyentes, de manera que escribe: Ἑκουσίως γὰρ ἁμαρτανόντων ἡμῶν, *"porque si voluntariamente pecando nosotros"*. La segunda es que se trata de aquellos que lo hacen μετὰ τὸ λαβεῖν τὴν ἐπίγνωσιν τῆς ἀληθείας, *"después de haber tenido pleno conocimiento ¡de la verdad"*, en el sentido de conocimiento pleno, no sólo intelectual. La tercera es que a todos ellos les fue aplicada la sangre santificadora del Pacto, aspecto que solo es posible a los creyentes (v. 29). En cuarto lugar se les llama *"pueblo de Dios"*, título reservado exclusiva y excluyentemente a los creyentes (v. 30).

Los destinatarios de la Epístola son creyentes y las exhortaciones del capítulo son para ellos, no estableciéndose variaciones temáticas en el pasaje. Pretender separar la exhortación a no abandonar la congregación de lo que sigue

---

[29] Miguel Nicolau. o.c., pág. 129s.

en exhortación sobre el pecado voluntario es sumamente difícil, a la luz del texto griego en que el párrafo que empezó en el v. 19 sigue hasta la terminación del capítulo. Orientar esta parte (vv. 26-39) en otro sentido y para otros destinatarios es forzar el contexto general del párrafo.

La consecuencia de lo que antecede se enlaza con lo que sigue mediante una expresión condicional que empieza por la conjunción γὰρ, *porque,* incluida en la cláusula verbal como se observa seguidamente. La conjunción causal es coordinativa y sirve al escritor no sólo para vincular la exhortación con lo antecedente, sino para introducir mediante ella una solemne advertencia. En el entorno textual inmediato se ha hecho referencia a pecados que pueden manifestarse en los creyentes: Una vida pecaminosa que genera mala conciencia y que necesita la restauración para una correcta comunión con Dios (v. 22); La falta de compromiso en la fe y la fluctuación en la vida cristiana (v. 23); la deserción de las reuniones (v. 25). El escritor enlaza lo dicho sobre el pecado con lo que sigue, estableciendo una cláusula condicional, que no afirma que ocurra o que esté ocurriendo pero abre la posibilidad de que pudiera darse: *"porque si…"*.

Se trata de una persistencia voluntaria en el pecado: Ἑκουσίως γὰρ ἁμαρτανόντων ἡμῶν, *"Porque si pecáremos voluntariamente"*. La cláusula en el texto griego es un genitivo absoluto con el participio de presente en voz activa del verbo griego[30] que equivale a *pecar*, y que el presente lo determina como una acción continuada, de ahí que pueda traducirse como *si continuamos pecando* o también *si persistimos en pecar*. Ya es un serio problema la práctica habitual del pecado, pero mayor gravedad reviste este al que se califica como *voluntario,* usando el adverbio ἑκουσίως, *voluntariamente* para complementar la acción del verbo. Debe tenerse en cuenta aquí que la Epístola está dirigida a creyentes que conocían bien las disposiciones levíticas sobre el pecado y el modo previsto en ellas para la expiación de la culpa en cada caso. No se trata aquí de alguno de los pecados cometidos involuntariamente, esto es, por debilidad espiritual o por ignorancia, sino aquel que es manifestado en forma consciente y voluntaria (Nm. 15:30-31). Para entender el alcance de esta situación es necesario recurrir a la Ley y al sistema legal, al que está apelando el escritor continuamente, y detenerse en el versículo que sigue a las disposiciones legales registradas en la cita anterior, en donde se lee: *"Mas la persona que hiciere algo con soberbia, así el natural como el extranjero, ultraja a Jehová; esa persona será cortada de en medio de su pueblo"* (Nm. 15:30). Mientras que para cualquier pecado por yerro había sacrificio establecido, para el voluntario, hecho con soberbia, no hay sacrificio prescrito, sino la condena a muerte del pecador. No se trata de un pecado cometido por error, sino un pecado voluntario

[30] Griego ἁμαρτάνω.

hecho -como se lee textualmente en el hebreo- *"hecho con altiva mano"*, de otro modo, con brazo remangado y puño extendido contra Dios, que violenta y conscientemente le injuria. Que el escritor está pensando en este contexto del libro de Números es evidente puesto si se compara el versículo con la cita de Números. Por tanto *pecar voluntariamente*, aquí equivale a *actuar con soberbia* en la referencia del Antiguo Testamento. El pecado voluntario es el cometido por quien sabiendo que peca lo hace con determinación de pecar. La gravedad del pecado voluntario consistía en el acto de soberbia arrogante que desafía a Dios. Ese pecado ultraja al Señor y trae sobre el pecador tan graves consecuencias que debía ser *cortado* de entre el pueblo de Dios (Nm. 15:30b).

Una de las condiciones para la comisión de pecado voluntario está en el conocimiento amplio que tiene el pecador del acto arrogante que está llevando a cabo, ya que se comete μετὰ τὸ λαβεῖν τὴν ἐπίγνωσιν τῆς ἀληθείας, *"después de haber recibido el conocimiento de la verdad"*. El versículo en el griego utiliza aquí un sustantivo[31] que está enfatizado por una preposición antecedente que le da condición de plenitud, como si dijese: *después de haber recibido el pleno conocimiento de la verdad.* Quiere decir que los que cometen el pecado voluntario son conscientes por el pleno conocimiento que tienen de la acción contraria a la voluntad de Dios. Sólo el creyente puede llegar al *pleno conocimiento de la verdad*, que no es sólo intelectual, sino personal y experimental, en donde el conocedor se hace parte del objeto conocido, influenciándole poderosamente. Sólo los *elegidos*, sinónimo de creyentes, alcanzan ese conocimiento, como escribe el apóstol Pablo, utilizando la misma palabra para referirse al conocimiento pleno de los salvos: *"Pablo, siervo de Dios y apóstol de Jesucristo, conforme a la fe de los escogidos de Dios y el conocimiento de la verdad que es según piedad"* (Tit. 1:1). Ese pleno conocimiento se usa con distintas connotaciones en el Nuevo Testamento: con referencia al desconocimiento que el impío tiene relativo a Dios, no queriendo tenerlo en cuenta, literalmente en *pleno conocimiento* (Ro. 1:28). Lo usa el mismo apóstol para referirse al conocimiento intelectual de los judíos, pero no el *pleno conocimiento* (Ro. 10:2). Vuelve a ser utilizado por Pablo en la petición por los creyentes en Éfeso para que Dios les de el *pleno conocimiento* de Él (Ef. 1:17). Vuelve a aparecer también en la oración por los colosenses para que Dios les de crecimiento en el *pleno conocimiento* de Dios (Col. 1:10). De igual modo utiliza el apóstol Pedro ese término, para referirse al *pleno conocimiento* que Dios da al creyente (2 P. 1:3). La palabra es usada con relación a Dios y Cristo en la bendición para los cristianos (2 P. 1:2). Se encuentra también en referencia a Cristo, en el deseo que el apóstol Pablo tiene de que todos los creyentes lleguen al *conocimiento pleno* del Hijo de Dios (Ef. 4:13); haciendo igual uso el apóstol Pedro sobre el crecimiento hacia el *conocimiento pleno* de los creyentes

[31] Griego ἐπίγνωσιν.

en Cristo (2 P. 1:8). El término aparece relacionado con la voluntad de Dios, a la que accede el cristiano en *pleno conocimiento* (Col. 1:9). De igual manera el uso de la palabra se relaciona con la verdad; así Pablo escribe que Dios no quiere que los hombres se pierdan, sino que vengan al *pleno conocimiento* de la verdad (1 Ti. 2:4). Es sólo el que se arrepiente que llega al *pleno conocimiento* de la verdad (2 Ti. 2:25). Por el contrario quienes tienen apariencia de piedad nunca llegan al *pleno conocimiento* de la verdad (2 Ti. 3:7). La evidencia de las citas que anteceden es clara: *el pleno conocimiento* de la verdad no es para meros profesantes, sino reservado sólo a verdaderos creyentes. Sólo el hombre nuevo se renueva hasta un conocimiento pleno (Col. 3.10). Los creyentes son libres porque llegan al *conocimiento pleno* (Jn. 8:32). En modo verbal la expresión indica que se trata de un conocimiento que une al sujeto con el objeto (1 Co. 13:12). Es evidente que sólo el creyente llega a este *conocimiento* de la verdad, haciéndose parte en ella, viviendo en la verdad y viviendo *la* verdad.

La consecuencia del pecado voluntario en el creyente es clara: οὐκέτι περὶ ἁμαρτιῶν ἀπολείπεται θυσία, *"Ya no queda más sacrificio por los pecados"*. La expresión debe entenderse a la luz de lo que la Ley establecía en relación con el pecado voluntario. Todos los pecados resultantes de ignorancia, inadvertencia, debilidad, etc. tenían un sacrificio establecido para ser expiados (Nm. 15:24-29). Pero, los que pecaban con soberbia, esto es, quienes lo hacían conscientemente en un acto de orgullo contra Dios, despreciándolo y ultrajándolo, no tenían sacrificio expiatorio. Los que pecaban voluntariamente debía *"ser cortados"* del pueblo, esto es, debían ser muertos a causa del pecado voluntario cometido (Nm. 15:30, 31). Esto no afectaba su salvación, en caso de ser salvos, pero sí a su vida. Su pecado no les permitía continuar contándose visiblemente con el pueblo de Dios. De la misma manera el creyente confesando sus faltas o pecados no voluntarios, restaura su comunión con Dios mediante confesión (1 Jn. 1:9), pero no hay restauración para quien peca voluntariamente. Sobre este aspecto escribe el Dr. Lacueva:

"Recordemos lo dicho en el comentario a 3:19. Los israelitas salidos de Egipto eran salvos por fe en la eficacia de la sangre del Cordero Pascual, con la que se habían rociado los postes y el dintel de las casas respectivas, pues esa sangre tipificaba la del Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo (Jn. 1:29). Las rebeldías posteriores no quitaban la salvación eterna, una vez adquirida, aunque en casos como el que llevamos entre manos, exigiesen la imposición de la pena capital. Por tanto, ser cortado de en medio del pueblo no equivale a ser condenado eternamente. Así pues, también en He. 10:26, el no quedar más sacrificio no equivale a que hayan sido excluidos del valor que la obra de la Cruz tuvo para salvación eterna de ellos (comp. el v. 29 con 6:6b). De lo contrario, probaría demasiado (lo mismo que en 6:4), ya que para un falso profesante siempre queda abierto el acceso al perdón, con tal de que, en

algún momento, escuche la invitación del Salvador (V. Jn. 6:35; Ap. 22:17) y cambie de mentalidad"[32].

Esto se sigue desarrollando en los siguientes versículos.

27. Sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios.

φοβερὰ δέ τις ἐκδοχὴ κρίσεως καὶ πυρὸς ζῆλος ἐσθίειν μέλλοντος
Mas bien terrible una expectación de juicio y de fuego ardor consumir ha de
τοὺς ὑπεναντίους.
a los adversarios.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo sobre las consecuencias del pecado voluntario escribe: φοβερὰ, caso nominativo femenino singular del adjetivo *terrible, terrorífico, espantoso temible*; que precede a δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ, y que en castellano precedería al adjetivo; τις, caso nominativo femenino singular del adjetivo indefinido *una*; ἐκδοχὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *expectación*; κρίσεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *juicio, resolución condenatoria*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πυρὸς, caso genitivo neutro singular del sustantivo declinado *de fuego*; ζῆλος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *celo, ira manifiesta, ardor*; literalmente *un fuego de celo*; ἐσθίειν, presente de infinitivo en voz activa del verbo ἐσθίω, *comer, devorar, consumir*; μέλλοντος, caso genitivo neutro singular del participio de presente en voz activa del verbo μέλλω, *estar a punto de, haber de, deber,* aquí como *ha de*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado declinado *a los*; ὑπεναντίους, caso acusativo masculino plural del adjetivo *adversarios.*

La aplicación reviste un carácter muy solemne, ya que lo que debe esperar quien peca voluntariamente es φοβερὰ δέ τις ἐκδοχὴ κρίσεως, *"una horrenda expectación de juicio"*. El creyente que comete el pecado voluntario queda expuesto al juicio de Dios. No implica esto condenación, que no hay ya para el salvo (Ro. 8:1), pero sí el juicio que Dios determina disciplinario para esta situación.

Καὶ πυρὸς ζῆλος ἐσθίειν μέλλοντος τοὺς ὑπεναντίους. El alcance del juicio sobre el pecado voluntario se describe aquí como una acción de fuego que devora a los adversarios. De otro modo, Dios intervendrá *cortando* a los tales de entre Su pueblo en la tierra, como había hecho con los rebeldes en

[32] F. Lacueva. o.c., pág. 556.

tiempos de la antigua dispensación. Los hebreos tenían claras referencias historias con hechos concretos. Esa fue la acción de Dios sobre el pecado voluntario cometido por Nadab y Abiú, los sacerdotes, hijos de Aarón, cuando se atrevieron a ofrecer el incienso contra lo dispuesto por Dios, de modo que *"salió fuego de delante de Jehová y los quemó, y murieron delante de Jehová"* (Lv. 10:2). La acción judicial de Dios que actuó en juicio mediante el fuego, quitó de en medio del pueblo a los dos que habían cometido el pecado, pero no significa que hubieran perdido su salvación, si habían sido salvos. El mismo ejemplo con el caso de los doscientos cincuenta hombres que ofrecían el incienso y que habían cometido el pecado voluntario de levantarse contra el liderazgo puesto por Dios en Israel, saliendo fuego y consumiéndolos a todos ellos (Nm. 16:35). La razón que Dios mismo da para tal acción es que habían *pecado contra sus almas* (Nm. 16:38).

Una enseñanza semejante está en la parábola que el Señor refirió sobre el pámpano que estando en la vid no lleva fruto (Jn. 15:2-6). El pámpano –en el simbolismo de la parábola- se *niega* voluntariamente a llevar fruto a pesar de estar unido a la vid y tener todo lo necesario para cumplir su misión que es la de fructificar, por tanto, ese acto de rebeldía contra el propósito de Dios tiene una consecuencia, ser cortado, echado fuera y quemado.

Una lección histórica sobre el pecado voluntario y sus consecuencias en el Nuevo Testamento es la acción divina que había producido algunas muertes entre los que conociendo la voluntad de Dios en relación con la unidad de su Iglesia, habían producido divisiones en la congregación de Corinto (1 Co. 11:30). De ese mismo modo ocurrió también con el incestuoso de la misma iglesia. Sin duda conocía bien que Dios había prohibido definitivamente en su Ley la unión del hijo con la mujer del padre, que no se refiere a su madre, sino a la esposa del padre, la madrastra. Tal pecado conllevaba la muerte del transgresor, cosa que ocurrió sin duda al ser entregado a Satanás para la muerte en la carne (1 Co. 5:4-5). Incluso en un caso de tal gravedad no se dice que perdiera la salvación, sino todo lo contrario, la disciplina aplicada tenía la intención de que no pereciera tal persona, sino que su espíritu fuera salvo en el día del Señor Jesús (1 Co. 5:5). La muerte física es la privación del alma para el cuerpo, la muerte eterna es la privación del espíritu para el alma como medio de comunión con Dios. La destrucción de la carne sería como consecuencia del pecado voluntario. No se trata de una expiación del pecado que ya fue hecha para el creyente en Cristo (Ro. 8:1). La gracia de Dios priva de la vida a un creyente que peca voluntariamente para presentarlo *salvo* en el pleno sentido de purificación ante el tribunal de Cristo. El apóstol Juan enseñan que hay pecados que conducen inexorablemente a la muerte del pecador: *"Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida. Toda injusticia es pecado; pero hay pecado no de muerte"* (1 Jn. 5:16-17). El apóstol Pablo dice que algunos

creyentes serán salvos, *"más así como por fuego"* (1 Co. 3:15). Dios puede cortar de Su pueblo al rebelde, en el ejercicio de una drástica pero necesaria disciplina. Indudablemente queda la pregunta de si quien peca voluntariamente es creyente, ya que el creyente *no practica* el pecado (1 Jn. 3:6). Pero, una cosa es la práctica habitual del pecado como forma natural de vida y otra la comisión de un pecado que, en ocasiones, por su condicionante recibirá un juicio disciplinario de Dios. No cabe duda que en algunas manifestaciones de pecado, puede caer el creyente fácilmente (v. 25).

28. El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente.

ἀθετήσας τις νόμον Μωϋσέως χωρὶς οἰκτιρμῶν ἐπὶ δυσὶν ἢ τρισὶν
Que violó alguno ley de Moisés sin compasión en base a dos o tres
μάρτυσιν ἀποθνῄσκει
testigos muere.

Notas y análisis del texto griego.

La argumentación pasa por las consecuencias que se producían en el rebelde: ἀθετήσας, participio aoristo primero en voz activa del verbo ἀθετέω, *hacer inválido, declarar inválido,* significa propiamente *hacer algo ilegal*, de ahí *contrariar, rechazar, despreciar, renegar, violar la ley*, aquí como *que violó*; τις, caso nominativo masculino singular del pronombre personal indefinido *alguno*; νόμον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *ley*; Μωϋσέως, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Moisés*; χωρὶς, preposición de genitivo, *sin*; οἰκτιρμῶν, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *compasión, misericordia*; ἐπὶ, preposición de dativo *sobre, ante, con base en, en base a*; δυσὶν, caso dativo masculino plural del adjetivo numeral ordinal declinado *de dos*; ἢ, conjunción disyuntiva *o*; τρισὶν, caso dativo masculino singular del adjetivo numeral cardinal *tres*; μάρτυσιν, caso dativo masculino plural del sustantivo que denota *testigos*; ἀποθνῄσκει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἀποθνῄσκω, *morir, exponerse a la muerte,* aquí como *muere.*

ʼΑθετήσας τις νόμον Μωϋσέως χωρὶς οἰκτιρμῶν ἐπὶ δυσὶν ἢ τρισὶν μάρτυσιν ἀποθνῄσκει. La sentencia de la Ley sobre determinados pecados conllevaba la pena capital. La violación voluntaria de la Ley atestiguada fehacientemente por dos o tres testigos acarreaba la muerte del transgresor. Es necesario entender que se trata de pecados voluntarios. Estos pecados están bien especificados en el ordenamiento legal de la antigua alianza. Uno de ellos era el pecado voluntario o pecado de soberbia, cometido con mano alzada contra Dios (Nm. 15:30). Otro era el pecado de blasfema contra Dios (Lv. 24:13-16). Otros pecados contra la moral sexual llevaban aparejado la sentencia de muerte, como era el adulterio, el incesto, la homosexualidad practicada y el bestialismo (Lv. 20:11-17). Asimismo la usurpación del

ministerio profético hablando en nombre de Dios cuando el pseudo-profeta no había sido llamado por Él, debía morir (Dt. 18:20). El homicidio voluntario con premeditación estaba en la lista de estos pecados (Nm. 35:30). Y, finalmente, el pecado de idolatría (Dt. 13:7-12; 17:2-7). El criminal debía ser acusado por más de un testigo que hubiere presenciado la comisión del pecado. En base al testimonio de aquellos era condenado a muerte y ejecutado. El texto es muy enfático, ya que no había compasión para tal persona aunque fuese un familiar (Dt. 13:6-11).

29. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia?

πόσῳ δοκεῖτε χείρονος ἀξιωθήσεται τιμωρίας ὁ τὸν Υἱὸν τοῦ Θεοῦ
¿Cuánto pensáis de peor será tenido por digno de castigo el al Hijo - de Dios
καταπατήσας καὶ τὸ αἷμα τῆς διαθήκης κοινὸν ἡγησάμενος ἐν ᾧ
pisoteó y la sangre del pacto inmunda consideró en la que
ἡγιάσθη, καὶ τὸ Πνεῦμα τῆς χάριτος ἐνυβρίσας
fue santificado y al Espíritu de la gracia insultó.

Notas y análisis del texto griego.

Una pregunta reflexiva establece la aplicación de lo que antecede, escribiendo: πόσῳ, caso dativo neutro singular del adjetivo interrogativo, que realmente se usa como adverbio interrogativo *cuanto*, o incluso como pronombre interrogativo en interrogativas directas e indirectas; δοκεῖτε, segunda persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo δοκέω, *pensar, considerar, parecer,* aquí como *pensáis*; χείρονος, caso genitivo femenino singular del adjetivo comparativo χείρων, usado también como comparativo de κακός, *malo*, aquí declinado *de peor*; ἀξιωθήσεται, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo ἀξιόω, *evaluar, poner precio, juzgar digno, apreciar, estimar, juzgar conveniente*, aquí como *será tenido por digno*; τιμωρίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *castigo, penalidad*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; Υἱὸν, caso acusativo masculino singular del nombre *Hijo*, que en este caso es el propio de la segunda Persona Divina; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre declinado *de Dios*; καταπατήσας, caso nominativo masculino singular del participio aoristo primero en voz activa del verbo καταπατέω, *pisotear, hollar con los pies*, aquí como *pisoteó*, o *halla pisoteado*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; αἷμα, caso acusativo neutro singular del sustantivo *sangre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; διαθήκης, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *alianza, pacto, convenio*; κοινὸν, caso acusativo neutro singular del adjetivo *común, inmunda*; ἡγησάμενος, caso nominativo masculino singular del participio aoristo primero en voz media del verbo ἡγέομαι, *considerar, pensar, juzgar,* aquí como *consideró, tuvo por*;

ἐν, preposición de dativo *en*; ᾧ, caso dativo neutro singular del pronombre relativo *lo cual, lo que*; ἡγιάσθη, aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo ἁγιάζω, *santificar*, aquí como *fue santificado*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado declinado *al*; Πνεῦμα, caso acusativo neutro singular del nombre *Espíritu*, referido al nombre propio de la tercera Persona Divina; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; χάριτος, caso genitivo femenino singular del sustantivo *gracia*; ἐνυβρίσας, caso nominativo masculino singular del participio aoristo primero en voz activa del verbo ἐνυβρίζω, *insultar, ultrajar*, aquí como *insultó o ha insultado.*

La admonición entra en un plano más personal mediante una pregunta reflexiva que ha de ser respondida por el lector y que se introduce mediante el adjetivo interrogativo o pronombre interrogativo πόσῳ *cuanto*. Incluso la forma interrogativa podría trasladarse por una admirativa: πόσῳ δοκεῖτε χείρονος ἀξιωθήσεται τιμωρίας, *¡Cuánto mayor castigo, pensáis que tendrá…!* que introduciría al lector a una profunda reflexión.

El escritor apela al sentido de justicia de los destinatarios de la Epístola para que se sitúen en un plano de equidad al juzgar los hechos correspondientes a la comisión del pecado voluntario. Anteriormente les había recordado que quien quebrantaba conscientemente algunos mandamientos de la Ley, debía morir inexorablemente. Aquella Ley, había sido entregada por Dios mismo y tenía que ser respetada y obedecida como algo que ha salido de la mano de Dios y que no podía quebrantarse. Pero, en el pecado voluntario, no solo se manifiesta la transgresión sino que se avanza a hechos de gran perversidad, no contra una ley, sino contra Dios mismo. Para tales acciones Dios establece un juicio disciplinario para el que se usa una palabra en el texto griego[33] que se traduce por *castigo*, que tiene que ver con la defensa del honor[34]. Es, por tanto, la acción divina en defensa del propio honor de Dios. Esa palabra denotaba al principio venganza y se utiliza también para referirse a una acción correctiva que haga entrar a alguien en razón. Se usa para referirse a un castigo que obligue a una determinada conducta (cf. Hch. 26:11). La palabra utilizada habitualmente en griego para castigo como pena por algo es otra distinta[35] y se emplea en varios lugares para referirse al castigo de condenación eterna (Mt. 25:46). Esta misma palabra es una evidencia más para entender que la disciplina tiene que ver con creyentes y no con incrédulos o meros profesantes.

La primera consecuencia que produce el pecado voluntario es que quien lo comete está ὁ τὸν Υἱὸν τοῦ Θεοῦ καταπατήσας, *pisoteando* al Hijo de Dios. La palabra aparece en dos lugares con este mismo sentido: en uno de ellos

[33] Griego τιμωρίας.
[34] Compuesto de τιμη, *valor* y οὗρος, *defensor, protector, guardian.*
[35] Griego κόλασις.

se usa para referirse a la sal que haciéndose insípida no vale sino para ser *hollada*, *pisoteada* por las personas porque ha perdido la razón de ser (Mt. 5:13); en otro pasaje se utiliza en relación con los cerdos que *pisotean* las perlas (Mt. 7:6). El que comete pecado voluntario manifiesta una ofensa despreciativa hacia la segunda Persona Divina. Es un desprecio manifiesto al sacrificio de Cristo, que equivale a pisotearle como algo despreciable. Es el tremendo pecado de despreciar al Salvador. Es despreciar la obra que realizó para perdón de pecados, que le llevó a morir, como si no tuviera importancia practicar aquello por lo que Cristo dio su vida.

Καὶ τὸ αἷμα τῆς διαθήκης κοινὸν ἡγησάμενος ἐν ᾧ ἡγιάσθη, textualmente: *y consideró inmunda la sangre del pacto en que fue santificado.* La segunda consecuencia del pecado voluntario está directamente relacionada con la primera Persona Divina. Fue el Padre el que santificó y apartó para Sí al creyente para ser Su pueblo. Esta es otra evidencia más de que el texto está dirigido a creyentes, porque nadie es santificado aplicándole el sacrificio redentor más que aquel que ha creído y, por tanto, es salvo. Esta acción de santificación no es algo que se puede llevar a cabo, sino algo que se realizó consumadamente, como indica el aoristo del verbo. La consumación de la santificación es experiencia única de creyentes. La sangre del pacto aplicada al creyente es el único medio para su limpieza espiritual que le capacita para entrar a la presencia de Dios y para tener una nueva relación con Él en el Nuevo Pacto (9:14; 10:10, 14, 19, 20). Quien establece el pacto garantizado con la sangre de Cristo es el Padre. Pecar voluntariamente es tener por inmunda la sangre de la alianza y considerar el sacrificio de Cristo como algo común y sin valor, en cierta medida es tener esa bendita sangre como despreciable.

Καὶ τὸ Πνεῦμα τῆς χάριτος ἐνυβρίσας. Una tercera consecuencia del pecado voluntario ofende a la tercera Persona de la Deidad. En este caso el término es muy preciso: *"hiciere afrenta"*, literalmente se burlase, término que significa tratar contumazmente, insultar al Espíritu de gracia. Es posible traducir el nombre dado aquí al Espíritu como *Espíritu de gracia*, o también *Espíritu de la gracia*. Ambas formas se refieren a la operación que el Espíritu Santo hace en la salvación. Es el Espíritu que santifica al pecador capacitándole para obediencia, sin cuya capacitación no podría obedecer al llamado de Dios y ser salvo (1 P. 1:2). Además el Espíritu santifica a cada creyente para que ser templo santo para Dios (Ef. 2:21). Es el Espíritu de gracia quien reproduce a Cristo en el cristiano (2 Co. 3:18), para llevar a cabo el propósito del Padre que cada uno de sus hijos sean conformados a la imagen del Hijo (Ro. 8:29). Este Espíritu que regenera e implanta a Cristo es afrentado, insultado, al oponerse abiertamente a su labor santificadora y despreciando el poder para la vida santa en el tramo terrenal de la santificación.

30. Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez; El Señor juzgará a su pueblo.

οἴδαμεν γὰρ τὸν εἰπόντα·
Porque conocemos al que dijo:
ἐμοὶ ἐκδίκησις, ἐγὼ ἀνταποδώσω.
Mía venganza, yo retribuiré.
καὶ πάλιν·
Y de nuevo:
κρινεῖ Κύριος τὸν λαὸν αὐτοῦ.
Juzgará el Señor al pueblo de Él.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad escribe: οἴδαμεν, primera persona plural del perfecto de indicativo en voz activa del verbo οἶδα, *conocer*, que es un tiempo perfecto con sentido de presente, que sugiere la idea de conocimiento pleno, aquí como, *conocemos*; acompañado de γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al verbo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; εἰπόντα, caso acusativo masculino singular del participio aoristo segundo en voz activa del verbo εἶπον, aoristo de λέγω, *decir,* aquí como *que dijo*. La segunda cláusula apela al A.T. con ἐμοὶ, dativo singular del pronombre personal *mío*; ἐκδίκησις, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *retribución, castigo, venganza*; ἐγὼ, caso nominativo singular del pronombre personal *yo*; ἀνταποδώσω, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo ἀνταποδίδομι, *retribuir*, este verbo compuesto derivado del simple δίδωμι, adquiere mediante el prefijo ἀντί, el carácter de lo que es definitivo e irrevocable, aquí como *retribuiré*. La siguiente cláusula hace una nueva apelación a la Escritura: καὶ, conjunción copulativa *y*; πάλιν, adverbio *de nuevo, otra vez*; κρινεῖ, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo κρίνω, *juzgar, emitir juicio, condenar, llamar a juicio*, aquí como *juzgará*; Κύριος, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Señor*, en este caso *el Señor*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; λαὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *pueblo*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él.*

La exhortación continúa refiriéndose al conocimiento que los creyentes tienen de Dios y, por tanto, de su modo de actuar. Los cristianos conocen a Dios y conocen también su fidelidad. Es inmutable en sus determinaciones y en el ejercicio de su propósito. La retribución que exigen los actos del hombre, entre ellos los de cada creyente, ha sido establecida por Él y se llevará a cabo inequívocamente en cada caso (Gá. 6:7). Dios, que es fiel, hace honor a su Palabra, cumpliendo todo lo que establece en ella. Esa es la causa de la afirmación con que se inicia el versículo: οἴδαμεν γὰρ τὸν εἰπόντα, *porque conocemos al que dijo*, en clara alusión a Dios mismo.

᾿Εμοὶ ἐκδίκησις, ἐγὼ ἀνταποδώσω. El escritor apela aquí a una porción de la Escritura que enseña la disciplina a que se hace acreedor el que peca. La porción está tomada del Pentateuco (Dt. 32:35). El término *venganza*, en relación con Dios, no tiene nada que ver con el espíritu vengativo del hombre. El término significa literalmente *lo que viene*, siendo sinónimo de retribución procedente del ejercicio de la más absoluta justicia. El término ἐκδίκησις, v*enganza* relacionado con Dios es sinónimo de *hacer justicia*. Por tanto, la Biblia enseña que esta acción de justa retribución pertenece sólo a Dios (Ro. 12:19). En este sentido la ἐκδίκησις, *venganza* de Dios se aplica a quienes se hacen acreedores de su juicio, bien sean los creyentes o también los incrédulos. Los primeros para disciplina, los segundos para condenación (2 Ts. 1:8). Sin embargo la *venganza* de Dios está desprovista de *vengatividad*, ya que tan solo es la aplicación de su estricta justicia. El versículo es muy enfático y se puede traducir literalmente como: ἐμοὶ ἐκδίκησις, ἐγὼ ἀνταποδώσω, *"A mí la venganza; yo daré el pago"*. Dios dará el pago, equitativo y justo conforme a las acciones que lo determinen. Nadie debe esperar que un pecado voluntario quede sin la justa retribución que le corresponde.

Una segunda afirmación tomada también del mismo libro orienta el pensamiento de los lectores hacia quienes se está refiriendo como hipotéticos hacedores de un pecado voluntario, que son creyentes ya que el versículo dice que κρινεῖ Κύριος τὸν λαὸν αὐτοῦ, *"Dios juzgará a su pueblo"* (Dt. 32:36). Dios es el que juzga y Su pueblo, es decir los creyentes que le pertenecen, son los juzgados. Quien hace siempre justicia porque es eterna y perfectamente justo, se sienta para juzgar el comportamiento de su propio pueblo, de quienes son suyos porque son salvos. A lo largo de la Epístola y de la historia bíblica, hay evidencias en continuas referencias a que el hecho de ser pueblo de Dios no exime de estar bajo la justicia divina. Este aspecto confirma también que la parénesis está destinada a creyentes y no a inconversos.

31. ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!

φοβερὸν	τὸ	ἐμπεσεῖν	εἰς	χεῖρας	Θεοῦ	ζῶντος.
Terrible	el	caer	en	manos	de Dios	que vive.

Notas y análisis del texto griego.

La advertencia alcanza aquí una enfática advertencia: φοβερὸν, caso nominativo neutro singular del adjetivo *que causa terror, espantoso, terrible*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*; ἐμπεσεῖν, infinitivo aoristo segundo articular del verbo ἐμπίπτω, *caer*; εἰς, preposición de acusativo *en*; χεῖρας, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *manos*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre declinado *de Dios*; ζῶντος, caso genitivo masculino singular del

participio de presente en voz activa del verbo ζάω, *vivir*, aquí como *que vive*, *viviente, vivo.*

Φοβερὸν τὸ ἐμπεσεῖν εἰς χεῖρας Θεοῦ ζῶντος. La gravedad del pecado voluntario demanda una atención enfática a las consecuencias que derivan de él. El escritor utiliza φοβερὸν, un adjetivo que expresa una situación de terror y que puede traducirse como *terrible.* La expectación de juicio ya produce terror en la descripción hecha anteriormente (v. 27). Pero, aquí se enfatiza la ejecución de la sentencia del juicio. Quien juzga retribuye y ejecuta lo que ha determinado sobre el transgresor que comete pecado voluntario, en desafiante acción contra Dios mismo.

La situación del que es juzgado por Dios se describe en términos muy elocuentes, es cosa terrible τὸ ἐμπεσεῖν εἰς χεῖρας Θεοῦ ζῶντος, *caer en las manos de Dios vivo.* El infinitivo que se utiliza aquí el verbo traducido por *caer*[36], un verbo compuesto que literalmente significa *caer dentro,* o *caer entre.* Se usa metafóricamente para referirse a caer dentro de las manos de Dios que ejecutan juicio. Las manos ejecutoras de la sentencia por el pecado voluntario, no son sino las de Θεοῦ ζῶντος, *Dios vivo,* o *del Dios que vive*, indicando con ello la capacidad de operar sus designios y ejecutar su voluntad. No es un ídolo muerto que no puede actuar, sino el omnipotente Dios que vive para obrar lo que su justicia ha dictado. La sentencia de Su juicio lo ejecuta con *"sus manos"*, instrumentos de la omnipotencia divina, por tanto, nadie puede detenerlo en esa acción. Esto debiera hacer reflexionar al creyente, en el sentido de que no crea que por ser hijo de Dios puede pecar voluntariamente, sin esperar la disciplina de Dios sobre él. Sin embargo, aunque la disciplina por el pecado alcance cotas muy altas, es bueno saber que *caer en las manos de un Dios vivo*, es caer en las manos de la gracia, que no transige en el pecado pero ama y restaura al pecador. Así lo entendía David: *"En grande angustia estoy; caigamos ahora en mano de Jehová, porque sus misericordias son muchas, más no caiga yo en manos de hombres"* (2 S. 24:14).

El aliento (10:32-39).

32. Pero traed a la memoria los días pasados, en los cuales, después de haber sido iluminados, sostuvisteis gran combate de padecimientos.

᾿Αναμιμνῄσκεσθε δὲ	τὰς πρότερον	ἡμέρας,	ἐν	αἷς	φωτισθέντες
Pero recordad	los pasados	días	en	los que	habiendo sido iluminados

πολλὴν	ἄθλησιν	ὑπεμείνατε	παθημάτων,
mucho	combate	soportasteis	de sufrimientos.

[36] Griego ἐμπίπτω.

Notas y análisis del texto griego.

Luego de la exhortación solemne siguen palabras de aliento, leyéndose: ᾿Αναμιμνῄσκεσθε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz activa del verbo ἀναμιμνῄσκω, *recordar*, aquí como *recordad*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; πρότερον, adverbio *antes, anteriormente, pasados*; ἡμέρας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *días*; ἐν, preposición de dativo *en*; αἷς, caso dativo femenino plural del pronombre relativo *las que*; φωτισθέντες, participio aoristo primero en voz pasiva del verbo φωτίζω, *iluminar,* aquí como *habiendo sido iluminados*; πολλὴν, caso acusativo femenino singular del adjetivo *mucho, numeroso, grande, fuerte*; ἄθλησιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *lucha, combate*; ὑπεμείνατε, segunda persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὑπομένω, *quedar atrás, aceptar sobre sí, mantenerse firme, soportar, resistir, aguantar*, aquí como *soportasteis*; παθημάτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo declinado *de sufrimientos.*

Siendo un escrito destinado a creyentes la exhortación a la firmeza en la fe que les es necesaria comienza por el recuerdo de los acontecimientos en la historia pasada de aquellos cristianos. Después de una exhortación tan solemne, vienen las palabras de aliento que eviten un sentimiento de derrota. Los lectores, que estaban expuestos a resbalar en la fe, son llamados al recuerdo de su experiencia anterior. El escritor les instruye a modo de mandamiento, llamándolos a recordar experiencias anteriores: ᾿Αναμιμνῄσκεσθε δὲ τὰς πρότερον ἡμέρας, *recordad los pasados días.* El verbo en imperativo adquiere la condición de mandato, por tanto, está demandando de aquellos que atiendan a la historia pasada. La expresión ἀναμιμνῄσκεσθε, *recordad,* o también *traed a la memoria*, tiene que ver más con el corazón que con la mente, ya que el término castellano *recordar*, procede del latín *recordari* que equivale a pasar nuevamente por el corazón. El pasado para aquellos creyentes tenía un aprecio especial, por cuanto se había producido como consecuencia de una fe genuina que les identificaba con Cristo, tanto en la conversión como en los padecimientos, ambos manifestaciones de la gracia (Fil. 1:29).

El primer recuerdo a que son invitados es el de la experiencia de la salvación: ἐν αἷς φωτισθέντες, *"fuisteis iluminados"*. Ya se ha considerado antes que esta iluminación es la que corresponde a verdaderos creyentes (6:4). Por tanto, el recuerdo debía centrarse en los días del nuevo nacimiento. Eran los días en que aún siendo niños en Cristo estaban sustentados por una fe sólida en Él que iba acrecentándose. Eran los tiempos en que todos asistían a las reuniones congregacionales y no había deserción en el compañerismo y la comunión, a pesar de las dificultades e incluso peligros que aquello arrostraba.

El segundo recuerdo tenía que ver con πολλὴν ἄθλησιν ὑπεμείνατε παθημάτων, *"el gran combate de padecimientos"* que habían experimentado. Los cristianos habían pasado por la persecución a causa de su fe en Cristo y de la identificación con Él. Jesús había dicho a los suyos que en el mundo tendría aflicción (Jn. 16:33). El sufrimiento y la persecución producidos por el mundo forman parte de la experiencia de quien ha nacido de nuevo y quiere vivir piadosamente (2 Ti. 3:12). No debe extrañar a nadie que los conflictos se produzcan, sino que ha de entenderlos como algo natural a causa de la incompatibilidad entre la vida nueva del creyente y la propia del mundo (1 P. 4:12-13). Las dificultades y tribulaciones forman parte de la experiencia del pueblo de Dios en todo el mundo (Fil. 1:29-30). El recuerdo de las luchas y tribulaciones del pasado, debieran servir a los creyentes a quienes se dirige la Epístola, como motivo de ánimo para las luchas del presente. Como el Señor había estado con ellos entonces también lo estaría en el presente y en el futuro. Es muy posible que las luchas y persecuciones que atravesaban los cristianos en aquel momento fuesen grandes, sin embargo no había ocasionado el martirio o muerte de ninguno de ellos (12:4).

33. Por una parte, ciertamente, con vituperios y tribulaciones fuisteis hechos espectáculo; y por otra, llegasteis a ser compañeros de los que estaban en una situación semejante.

τοῦτο μὲν ὀνειδισμοῖς τε καὶ θλίψεσιν θεατριζόμενοι, τοῦτο δὲ
Esto ciertamente a ultrajes tanto como a tribulaciones hechos espectáculo y esto
κοινωνοὶ τῶν οὕτως ἀναστρεφομένων γενηθέντες.
compañeros de los así eran tratados hechos.

Notas y análisis del texto griego.

El versículo continúa ininterrumpidamente con la idea del anterior, escribiendo: τοῦτο, caso acusativo neutro singular del pronombre demostrativo *esto*, con sentido de *por una parte*, ya que más adelante repite el mismo pronombre vinculado a un segundo aspecto; μὲν, partícula afirmativa que se coloca siempre inmediatamente después de la palabra expresiva de una idea que se ha de reforzar o poner en relación con otra idea y que, en sentido absoluto tiene oficio de adverbio de afirmación, como *ciertamente, a la verdad*; ὀνειδισμοῖς, caso dativo masculino plural del sustantivo declinado *a ultrajes*, *insultos, reproches*; τε, partícula conjuntiva, que puede construirse sola, pero generalmente está en correlación con otras partículas, en este caso, al preceder a καὶ, conjunción copulativa *y*, adquieren juntas el sentido de *como con, tanto como, no solamente, sino también*; θλίψεσιν, caso dativo femenino plural del sustantivo declinado *a opresión, a tribulaciones, a aflicción, a angustia*; θεατριζόμενοι, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz pasiva del verbo θεατρίζω, vinculado con *teatro*, adquiere el sentido de *hacer espectáculo, exponer públicamente,* aquí como *hechos espectáculo*; τοῦτο, caso acusativo neutro singular del pronombre demostrativo

esto, con sentido de *por otra parte*, ya que antes se usó el mismo pronombre vinculado a un primer aspecto; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; κοινωνοὶ, caso nominativo masculino plural de sustantivo que denota *compañeros, partícipes, solidarios, los que comparten*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; οὕτως, adverbio, *así, de igual manera*; ἀναστρεφομένων, caso genitivo masculino plural del participio de presente articular en voz pasiva del verbo ἀναστρέφω, en pasivo *caminar, conducirse, modo de vivir,* aquí como *eran tratados*, su estilo de vida era de aflicciones provocadas, *estaban en una situación semejante*; γενηθέντες, caso nominativo masculino plural del participio aoristo primero en voz pasiva del verbo γίνομαι, *llegar a ser, empezar a existir, hacerse, ser hecho*, aquí como *hechos.*

Los padecimientos por el testimonio del evangelio y por la firmeza de fe había producido un profundo conflicto que algunos de los creyentes o tal vez todos, estaban sufriendo. Estos ultrajes son propios de quienes viven en la fe (11:24-26). En el versículo se mencionan dos ejemplos de estas confrontaciones por las que estaban pasando los creyentes. Así se lee τοῦτο μὲν, *"por una parte"*, sentido que tiene aquí el pronombre demostrativo que aparece como primera palabra en el texto griego del versículo y que al repetirse luego se establecen como acusativo de referencia general para contraste. Aquellos estaban sufriendo ὀνειδισμοῖς, *vituperios*, o *ultrajes*[37], que tienen el sentido de afrentas, injurias y burlas, tal vez, los sufrimientos que rodeaban entonces a quienes era acusados de malhechores y encarcelados, situación de la que se hablará más adelante (v. 34). Otro aspecto de las aflicciones se expresa mediante la palabra que se traduce como θλίψεσιν, *tribulaciones*[38], que tiene el sentido de algo que produce opresión y angustia. En relación con el contexto siguiente pudiera estar refiriéndose a una situación de *despojo de bienes* (v. 34). Los cristianos estaban sufriendo en muchos lugares del mundo romano grandes persecuciones por el hecho de ser cristianos.

Las situaciones de persecución no era algo desconocido para la gente del pueblo. Tales aflicciones eran hechas públicamente en muchos casos, de tal manera que los cristianos habían venido a ser θεατριζόμενοι, un espectáculo público para la gente. El texto griego utiliza aquí un verbo[39], cuya raíz da origen a la palabra castellana *teatro*, aquellos cristianos con sus aflicciones eran un espectáculo para todos. Este ejemplo tan figurativo fue utilizado también por el apóstol Pablo en relación con el sufrimiento y conflicto de los apóstoles (1 Co. 4:9). La situación de sufrimiento y problemas eran contemplados con admiración por todos, como si de un espectáculo se tratara. Un detalle extenso

[37] Griego, ὀνειδισμοῖς.
[38] Griego, θλίψεσιν.
[39] Griego, θεατρίζω.

de los conflictos que aquellos cristianos experimentaban se describe muy gráficamente por el apóstol Pablo (2 Co. 4:8-10).

Τοῦτο δὲ κοινωνοὶ τῶν οὕτως ἀναστρεφομένων γενηθέντες. En este tremendo sufrimiento y conflicto los creyentes a quienes se escribe no estaban solos, sino que formaban parte de un gran conjunto de hermanos unidos en la comunión del sufrimiento. Eran compañeros de otros muchos en otras partes que estaban sufriendo el mismo asedio por ser cristianos. El creyente como pueblo y como familia participa en comunión con sus hermanos, no sólo en las bendiciones de la gracia, sino también en las aflicciones que son concesión de ella (Fil. 1:29). Los perseguidos de la epístola eran compañeros de otros muchos perseguidos en otros lugares (Fil. 1:7; 4:14; 1 Ts. 2:14). El sentido tiene mayor alcance ya que los creyentes no perseguidos se solidarizaban con quienes estaban en tribulación. La comunión cristiana exige gozarse con los que se gozan y llorar con los que lloran (Ro. 12:15). El creyente nunca está solo, aislado de sus hermanos, porque todos formamos el mismo cuerpo.

34. Porque de los presos también os compadecisteis, y el despojo de vuestros bienes sufristeis con gozo, sabiendo que tenéis en vosotros una mejor y perdurable herencia en los cielos.

καὶ γὰρ τοῖς δεσμίοις[1] συνεπαθήσατε καὶ τὴν ἁρπαγὴν τῶν
Porque también de los presos simpatizabais y la rapiña de las
ὑπαρχόντων ὑμῶν μετὰ χαρᾶς προσεδέξασθε γινώσκοντες ἔχειν
posesiones de vosotros con gozo aceptasteis conociendo tener
ἑαυτοὺς κρείττονα ὕπαρξιν καὶ μένουσαν.
vosotros mismos mejor posesión y que permanece.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] δεσμίοις, *de presos*, se lee en A, D^{gr*}, H, 33, 1739, 2127, l^{1357}, $it^{ar, c, dem, div, f, x}$, vg, $syr^{p, h, pal}$, arm Efrain, Crisóstomo, Eutilio, Varerio, Antioco, Juan $Damasceno^{comm}$.

Otra lectura: δεσμοῖς, *ataduras, prisiones*, atestiguada en $\mathbf{p}^{46}$, Ψ, 104, Orígenes. Se lee también δεσμοῖς μου, *prisiones de mí*, en א, D^{c}, K, P, 88, 181, 326, 330, 436, 614, 629, 630, 1241, 1877, 1881, 1962, 1984, 2495, *Lec. Biz.* Eth, Clemente, Orígenes, Eutilio, $Teodoreto^{txt}$, Juan $Damasceno^{txt}$, $Ps\text{-}Oecumenius^{txt}$, $Teófilo^{txt}$.

Otra alternativa es τοὺς δεσμούς μου, *las prisiones de mí*, como se lee en 451, 2492.

Finalmente la alternativa δεσμοῖς αὐτῶν, *prisiones de ellos,* que aparece en $it^{d, e, z*}$.
ἑαυτοὺς, *vosotros mismos*, se lee en $\mathbf{p}^{13, 46}$, א, Ψ, A, H, 33, 81, 88, 436, 1739, 1962, 2127, 2495, l^{1365}, $it^{ar, c, d, dem, div, e, f, r1, t, x, z}$, vg, arm. Clemente, Orígenes, Eutilio, Cosmas.

ἑαυτοῖς, *por si mismos*, se lee en D[gr], K, 104, 181, 326, 330, 451, 614, 630, 1241, 1877, 1984, 2492, *Lec. Biz.* Crisóstomo, Isidoro, Teodoreto, Juan Damasceno. Otra lectura εν ἑαυτοῖς, *en sí mismos*, atestiguada en 1, 467, 489, 1881, *l*[598], Antioco.

El análisis textual es como sigue: καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al pronombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado, dentro de un caso instrumental asociativo *con los*; δεσμίοις, casi dativo masculino singular del sustantivo que denota *presos*; συνεπαθήσατε, segunda persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo συμπαθέω, *compadecerse, compartir el sufrimiento*, aquí como *compadecisteis*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἁρπαγὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *despojo con violencia, rapiña, arrebatamiento*, aquí como *la rapiña*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado declinado *de los*; ὑπαρχόντων, caso genitivo neutro plural del participio de presente articular en voz activa del verbo ὑπάρχω, *poseer,* empleado aquí como sustantivo *posesiones*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de vosotros*; μετὰ, preposición de genitivo*, con*; χαρᾶς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *alegría, gozo*; προσεδέξασθε, segunda persona plural del aoristo primero de indicativo en voz media (indirecta) del verbo προσδέχομαι, *acoger, aceptar*, aquí como, *aceptasteis*; γινώσκοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo γινώσκω, *conocer, aprender, entender, darse cuenta, reconocer*, aquí como *conociendo*; ἔχειν, presente de infinitivo en voz activa del verbo ἔχω, *tener*; ἑαυτοὺς, caso acusativo masculino plural del pronombre reflexivo *vosotros mismos*; κρείττονα, caso acusativo femenino singular del adjetivo comparativo *mejor*; ὕπαρξιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *bienes, posesiones*; καὶ, conjunción copulativa *y*; μένουσαν, caso acusativo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo μένω, *permanecer, quedarse, habitar, aguardar*, aquí como *que permanece, permanente.*

Καὶ γὰρ τοῖς δεσμίοις συνεπαθήσατε. Los cristianos que estaban expuestos al sufrimiento por el testimonio de su fe, simpatizaban con los que estaban sufriendo como ellos. Es la simpatía propia de los miembros del mismo cuerpo, *"de manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él"* (1 Co. 12:26). Cada uno de los miembros siente ansiedad por los otros, que tiene como consecuencia y propósito el buen funcionamiento del cuerpo. Cada miembro debe compartir los pesares de los otros porque está ligados entre sí (Ro. 12:15; 1 Co. 10:24). Este afecto de simpatía los unos por los otros que se produce instintivamente en el cuerpo físico ayudándose unos miembros a otros en caso de problemas, debe producirse también en el cuerpo espiritual en el que todos estamos integrados. La compasión hacia los que estaban presos se manifestaría, probablemente, visitándoles en las prisiones donde se encontraban. Visitar al encarcelado por amor es hacerlo como si se tratase del Señor mismo. Así lo dijo Jesús: *"en la cárcel, y vinisteis a mí"* (Mt. 25:36). No

cabe duda que las obras de amor son el testimonio propio de quien ha sido regenerado y es salvo. Jesús había enseñando que la verdadera piedad que expresa la condición del creyente se manifiesta en obras de misericordia y generosidad (Mt. 5:7, 43-48; 8:17; 9:36; 11:28-30; 12:7, 20, 21; 14:16, 34-36; 15:32; 18:1-6, 22, 35; 19:13-15; 20:28; 22:9, 37-39; 23:37). Las acciones naturales y sencillas de la vida cotidiana son testimonio de la condición personal del que es realmente un creyente y seguidor de Jesús. Estas virtudes expresadas en tantas formas distintas son una bendición para el que las hace, hasta el punto de ser llamado *bendito* por Dios mismo. La verdadera vida cristiana no consiste en grandes logros y en tremendas empresas de fe, sino en cosas sencillas y naturales que expresan el carácter que Dios implantó por su Espíritu en quien ha sido salvo. Las obras son evidencia de la fe. Es decir, no nos salvamos por obras, pero nos salvamos para obras. Por esa misma razón Santiago afirma que la fe sin obras es muerta en ella misma (Stg. 2:17). Una persona que afirme tener fe y no muestre su transformación en obras nuevas de justicia, sólo puede ser considerada como profesante, pero no como convertido a Cristo. Tal vez el énfasis que se ha hecho sobre la gracia y la fe en la Iglesia Evangélica, en contra de la salvación por obras que otros predican, ha traído como consecuencia que las obras han perdido cierta importancia y aun interés entre los cristianos evangélicos. Sin fe es imposible agradar a Dios (He. 11:6), pero no es menos cierto que quien tiene fe la expresa en obras, única manera de hacer visible la fe (Stg. 2:18).

Καὶ τὴν ἁρπαγὴν τῶν ὑπαρχόντων ὑμῶν μετὰ χαρᾶς προσεδέξασθε. En medio de la persecución se manifiesta el gozo. Algunos habían pasado por la experiencia de la confiscación de sus propiedades. No hay alegría en la pérdida, pero no desaparece el gozo aun en las más graves circunstancias. El ejemplo de Pablo y Silas es elocuente: castigados con violencia, presos sin juicio, puestos sus pies en el cepo como vulgares delincuentes, el gozo profundo que el Espíritu producía en ellos los impulsaba a cantar (Hch. 16:25). El gozo no es asunto de bonanza externa, sino del resultado de la obra que el Espíritu lleva a cabo en el corazón cristiano, en la reproducción del carácter de Jesús (Gá. 5:22). El sufrimiento por Cristo es gozoso, al ser tenidos por dignos de sufrir por Él (Hch. 5:41). La persecución fortalece al creyente al descubrir que son dignos de padecer por Cristo. Lo que para el mundo es una deshonra, para el cristiano es un honor. Al impulso del Espíritu las aflicciones se vuelven en gozoso triunfo (Fil. 1:29; 3:10).

Γινώσκοντες ἔχειν ἑαυτοὺς κρείττονα ὕπαρξιν καὶ μένουσαν. Aquellos tenían *conocimiento* de tener mejores posesiones que las que perdían. La perspectiva cristiana se levanta de las situaciones temporales, donde la aflicción y la persecución se manifiestan, para elevarse a la perpetuidad del encuentro con Jesús en la gloria. Los bienes temporales pueden perderse, pero

para el cristiano están reservados los eternos. El apóstol Pedro enseña que la orientación del creyente es *"para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros"* (1 P. 1:4). En contraste con los bienes terrenales que son confiscados, la herencia celestial es eterna y está reservada para los creyentes. El tesoro celestial no se deteriora y destruye como los terrenales (Mt. 6:20). No es una herencia cualquiera, sino la herencia de Dios, que no puede marchitarse y que corresponde a quienes, por ser hijos, son herederos de Dios y coherederos con Cristo (Ro. 8:17). Esa herencia es segura, porque quien la reserva como herencia, reserva también a los herederos para que la alcancen. De otro modo, si la herencia no se pierde, los herederos tampoco. Los cristianos en medio de las pruebas son guardados por el poder de Dios, en una vida de fe eficaz que los guarda gozosos en medio de las pruebas. La fe nos permite ya saborear los bienes venideros (He. 11:1). Un breve repaso a la enseñaza general bíblica sobre la herencia será suficiente para entender el gozo de la esperanza en medio de las pruebas, ya que la herencia que tendremos hará posible disfrutar de plena comunión con el Señor (Col. 1:12; 1 Jn. 3:2; Ap. 22:4). Será una experiencia de descanso que contrasta profundamente con la inquietud de las pruebas (Ap. 14:13). En la experiencia gloriosa de los bienes eternos existirá un conocimiento pleno (1 Co. 13:12). La santidad, tan limitada en la experiencia actual, será plena (Ap. 21:27). El gozo que nos hace superar las angustias presentes, se manifestará en plenitud (Ap. 21:4). Habrá allí, en el disfrute eterno, una vida de abundancia sin límites (Ap. 21:6). De ahí que las pruebas y las aflicciones momentáneas, transitorias de la vida actual, producen en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria (2 Co. 4:17).

En algunas traducciones, como ocurre con RV, se añade la expresión *en los cielos*, al referirse a la herencia, que no está en el original y que es un añadido de complemento para dar sentido a la frase. Cristo enseño en la bienaventuranza de la persecución por causa de su nombre, que habría para ellos un galardón grande reservado en los cielos (Mt. 5:12). El Señor orienta la visión de los oyentes a los lugares celestiales haciéndoles notar que el sufrimiento queda plenamente superado por la esperanza de la provisión que Dios tiene para los suyos. En medio de la prueba y aflicciones por el testimonio del Señor, el creyente puede alegrarse y regocijarse. No está feliz con el sufrimiento, pero sabe que es la puerta a una dimensión gloriosa que no termina jamás. Las dificultades son momentáneas y pasajeras, no pueden durar en la mayor extensión que el tiempo de vida del que las sufre. Pero, más allá de esta vida, se abre una perpetua en la presencia del Señor. Allí Dios ha dispuesto de *galardón*, para quienes le han servido en medio del sufrimiento. El Señor llamó bienaventurados a quienes sufren como consecuencia de su identificación con Él. Así lo entendió Santiago y por eso escribe: *"Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman"* (Stg. 1:12). Los

sufrimientos momentáneos y finalmente la muerte física, abre para el creyente la puerta a la experiencia de una vida perdurable, en donde recibirá la recompensa por su fidelidad. El Señor demanda a cada cristiano una entrega semejante a la suya, pero ofrece también la corona que expresa la victoria en medio del conflicto: *"Se fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de victoria"* (Ap. 2:10). El galardón será dado en el día del Señor Jesús, en la revelación de su gloria (1 P. 4:13). Las lágrimas de las pruebas serán enjugadas para siempre en los cielos; esta es la promesa: *"Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron"* (Ap. 21:4). Esta esperanza ha hecho posible que el creyente supere el sufrimiento y sienta gozo en medio de las pruebas. El ejemplo de Cristo hace posible que las pruebas no detengan el regocijo que el Espíritu produce en el alma cristiana (He. 12:2). Cuando las lágrimas se derraman y las dificultades se producen, cuando Satanás procura debilitar la fe y hacer retroceder al creyente en su camino de testimonio, el cristiano tiene un remedio eficaz: *"Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar"* (He. 12:3). Por esa razón la aflicción momentánea, en lugar de producir desaliento, genera una profunda esperanza y un cada vez más excelente y eterno peso de gloria, porque la vista del cristiano no se asienta sobre lo que es pasajero, sino sobre lo que es eterno (2 Co. 4:17-18). Así puede entenderse el sentido de la expresión del apóstol Pablo: *"Nos gloriamos en las tribulaciones"* (Ro. 5:3). El cristiano no debe buscar la tribulación, pero debe aprender a gloriarse en ella. La herencia eterna es de tal dimensión que cualquier pérdida, aún con violencia, producida en la terrenal, carece de importancia.

35. No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón.

Μὴ ἀποβάλητε οὖν τὴν παρρησίαν ὑμῶν, ἥτις ἔχει μεγάλην
No desechéis pues la confianza de vosotros la que tiene grande
μισθαποδοσίαν.
recompensa.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo el argumento anterior expresa una frase de exhortación con μή, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*; ἀποβάλητε, segunda persona plural del aoristo segundo de subjuntivo en voz activa del verbo ἀποβάλλω, *arrojar, despojarse, desechar, tirar, perder*, aquí *desechéis*; οὖν, conjunción continuativa *pues*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; παρρησίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *confianza*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal *de vosotros*; ἥτις, caso nominativo femenino singular del pronombre relativo *la que*; ἔχει, tercera persona singular del presente de

indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí como *tiene*; μεγάλην, caso acusativo femenino singular del adjetivo *grande*; μισθαποδοσίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *retribución, salario, recompensa.*

Μὴ ἀποβάλητε οὖν τὴν παρρησίαν ὑμῶν. La identificación con el sufrimiento y el sufrimiento en sí, pueden llegar a producir agotamiento que debilite la firmeza de la fe y minusvalore la gloria de la esperanza celestial. Sobre este peligro exhorta a los lectores para que no se despojen, no pierdan, no echen de sí, la confianza que tienen. Como si el escritor dijera *"está bien que perdáis los bienes, pero no perdáis la confianza"*[40]. Quiere decir esto que algunos estaban en el proceso de perderla, de ahí el desaliento. Perdiendo la confianza se pierde el galardón. No se trata aquí, y esto debe tenerse muy en cuenta, la *herencia* reservada en los cielos, sino el galardón prometido al que sea fiel hasta la muerte (Ap. 2:10). El propósito de toda aquella acción que desembocaría en dura persecución, tenía el propósito de que los creyentes *fuesen probados*. La acción sería completa. El verbo en aoristo establece algo realizado totalmente. La prueba, aunque suponía aflicción y dificultades, tenía que ver con dar solidez a la fe del probado. El propósito de Satanás es avieso, para que el creyente caiga y flaquee en su fidelidad. Eso lo intentó siempre, como ocurrió con Job en la antigüedad. En tiempos apostólicos, los judíos, como hizo Saulo de Tarso, procuraban acosar a los cristianos intentando que maldijesen el nombre del Señor Jesucristo (Hch. 26:11). La fe cristiana sale fortalecida en medio de las pruebas. Es el crisol espiritual que robustece y mejora la calidad de la fe. El apóstol Pedro enseña esta verdad cuando escribe: *"En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo"* (1 P. 1:6-7). Las pruebas y aflicciones vienen a la experiencia del creyente por permisión divina. Las pruebas tienen el propósito de aquilatar la fe, siendo piedras de toque que manifiestan la calidad de fe del creyente. La vida de fe es comparada con un metal precioso y se demuestra que es más valiosa que el oro que *perece*, es decir, se desgasta. El segundo objetivo de la prueba es *purificar la fe*, que siendo *"mucho más preciosa que el oro"* ha de ser purificada por medio del fuego de las pruebas. El resultado final de la prueba de la fe es que *"sea hallada en alabanza, gloria y honra"*. La misma verdad fue enseñada también por el Señor (Mt. 5:11-12).

Esa es la razón por la que el autor escribe: ἥτις ἔχει μεγάλην μισθαποδοσίαν, *la que tiene grande recompensa.* La alabanza gloria y honra será, primeramente para Dios mismo, pero también para el creyente que recibirá

[40] Frase de F. Lacueva. o.c., pág. 559.

coronas. El Señor les conmina a ser *"fieles hasta la muerte"*. No se trata de un ruego, sino de una demanda, no es una súplica a la fidelidad, sino un mandamiento a ser fieles. El verbo en presente de imperativo implica un sentido de continuidad durante la tribulación, como si el Señor les dijese: *"persistid en venir a ser fieles"*. La fidelidad es una entrega incondicional y absoluta, puntualizada en la expresión *"hasta la muerte"*, en sentido de disposición a entregarse a la fidelidad aunque ello suponga tener que dar la vida. El escritor de la carta a los Hebreos utiliza otra forma para expresar lo mismo: *"resistir hasta la sangre"* (He. 12:4). La idea no es tanto la de ser *fiel hasta que se muera*, sino más bien la de ser *fiel aunque se tenga que morir.* No cabe duda que la vida del cristiano se conforma en todo a la imagen de Jesucristo (Ro. 8:29). Durante su ministerio el Señor anunció repetidas veces a los suyos que subiría a Jerusalén y allí sería entregado en manos de los pecadores y sería muerto. En ningún momento el Señor, que pudo evitarlo puesto que lo conocía de antemano, hizo otra cosa sino afirmar su rostro, es decir, tomar la determinación de asumir aquello para lo que había venido al mundo. El Salvador se hizo hombre para poder morir por los hombres (He. 2:14). La fidelidad manifestada al Padre que le había enviado para hacer la obra, fue expresada por Jesús con aquella enfática afirmación: *"mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra"* (Jn. 4:34). La expresión de la fidelidad consistió en hacerse obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Fil. 2:8). Puesto que el padeció en su vida a causa de la fidelidad a la obra que el Padre le había encomendado, así también los creyentes debemos estar en la misma disposición de perder la vida en la expresión natural de la fe. La fe cotidiana vincula al creyente con Cristo y le permite vivir experimentalmente su vida (Gá. 2:20). Un creyente fiel no estima su vida preciosa para él mismo, sino que su objetivo es cumplir lo que el Señor determinó para él en la esfera del testimonio (Hch. 20:24). La fidelidad que puede llegar a la muerte, recibirá una recompensa. Dice el Señor *"yo te daré la corona de la vida"*. No se trata de alcanzar la vida por medio del martirio, porque la vida eterna es un don de Dios (Ef. 2:8-9). La vida eterna se recibe por medio de la fe en Cristo (Jn. 3:16; Ro. 6:23; 1 Jn. 5:12). Corona de vida es el galardón que el Señor dará a los creyentes fieles. El término *corona* está referido en el griego a la corona que el vencedor ganaba en una prueba. Cristo tiene determinada una corona para el vencedor en el estadio de la vida y en la carrera del testimonio. Algunos de aquellos tendrían que morir por la fe, pero el Señor les alienta en el trance de la muerte dándoles la seguridad de una recompensa en la vida perdurable, después de la muerte. Todos los creyentes disfrutaremos de la herencia de Dios en Cristo, porque en nuestra condición de hijos de Dios en el Hijo, somos *"herederos de Dios y coherederos con Cristo"* (Ro. 8:17). La herencia que está reservada en los cielos está preparada para quienes son *guardados* por Dios para disfrutarla (1 P. 1:5), sin embargo, unos recibirán coronas de vida y otros recibirán otras coronas (siempre entendido esto como un simbolismo que

expresa recompensa) conforme a lo que han hecho en su vida como resultado de vivir la experiencia de fe, que capacita para llevar a cabo acciones sobrenaturales o sobrehumanas, como es aceptar la tribulación y la muerte con gozo. Cuando Cristo sea manifestado, esto es, en el tribunal de Cristo, el Señor será entonces galardonador de los suyos (1 Co. 4:5), como Él mismo prometió (Ap. 22:12). Los que hayan muerto por el testimonio de la fe, recibirán una corona de vida. La recompensa gloriosa será aliciente y estímulo para aquellos que en medio de la persecución tendrían que sellar el testimonio con su propia vida. Con todo, sobre la idea limitada de una recompensa por la fidelidad, está la realidad absoluta de que después de la muerte, aunque sea violenta, el creyente recibirá un trofeo de victoria que es la misma *vida*. El que pierde la vida por causa de Jesús, gana la vida, en sentido de que la obra tiene réditos eternos y no temporales.

36. Porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa.

ὑπομονῆς γὰρ ἔχετε χρείαν ἵνα τὸ θέλημα τοῦ Θεοῦ ποιήσαντες
Porque de paciencia tenéis necesidad para la voluntad - de Dios haciendo
κομίσησθε τὴν ἐπαγγελίαν.
recibáis la promesa.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad sigue escribiendo: ὑπομονῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de paciencia*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al sustantivo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ἔχετε, segunda persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí como *tenéis*; χρείαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *necesidad*; ἵνα, conjunción, *para que, a fin de que*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; θέλημα, caso acusativo neutro singular del sustantivo *voluntad*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se usa en castellano al estar relacionado con nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Dios*; ποιήσαντες, caso nominativo masculino plural con el participio aoristo primero en voz activa del verbo ποιέω, *hacer*, aquí como *habiendo hecho*; κομίσησθε, segunda persona plural del aoristo primero de subjuntivo en voz media del verbo κομίζω, *recibir, recuperar*, aquí como *recibáis*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἐπαγγελίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *promesa.*

Aunque sea lleno de esperanza, los sufrimientos pueden causar un efecto de inquietud que introduzca en la impaciencia. La exhortación va orientada hacia la *paciencia*: ὑπομονῆς γὰρ ἔχετε χρείαν, *porque tenéis necesidad de paciencia.* En medio de las dificultades y pruebas, la pregunta: *¿Por qué?* no solo es natural, sino que es propia en las tribulaciones. Cuando un cristiano no

entiende la causa del conflicto tiene toda la autoridad bíblica para preguntarse el por qué de las cosas y preguntárselo también a Dios. La idea de que no debemos preguntar el por qué, sino el para que, es sin duda una gran manifestación de fe, pero para quienes tenemos una fe más pequeña y débil, la pregunta *¿Por qué, Señor?* es plenamente lícito, como enseña Santiago: *"Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundante y sin reproche, y le será dada"* (Stg. 1:5). La sabiduría aquí no es para otra cosa que para entender las pruebas que vienen a la vida del creyente.

Aquí el término paciencia[41] quiere decir capacidad de aguante para resistir pacientemente debajo de una carga. No es el corazón ancho que es capaz de sentarse con calma a esperar el tiempo, sino el que hace eso, pero, además, soporta bajo la carga si desertar de ella. Bajo la presión de las circunstancias y pruebas el creyente descansa en el poder de Dios y soporta la aflicción, estando firmes bajo el peso de la prueba. Las pruebas obedecen a un propósito de Dios, de ahí que soportar bajo ellas es alcanzar el término del propósito divino: ἵνα τὸ θέλημα τοῦ Θεοῦ ποιήσαντες κομίσησθε τὴν ἐπαγγελίαν, *"habiendo hecho la voluntad de Dios, recibáis la promesa"*. Es la misma enseñanza de Santiago (Stg. 1:2-4). El creyente nunca será probado más allá de sus fuerzas (1 Co. 10:13). En medio de las pruebas, la visión de la fe eleva los ojos del entorno del sufrimiento para hacerlos descansar en la recompensa que Dios determina para el suyo en la aflicción (1 P. 1:4-11).

37. Porque aún un poquito,
Y el que ha de venir vendrá y no tardará.

ἔτι γὰρ μικρὸν ὅσον ὅσον,
Porque aún !que poco¡ !que poco¡
ὁ ἐρχόμενος ἥξει καὶ οὐ χρονίσει·
el que viene habrá llegado y no tardará.

Notas y análisis del texto griego.

Apelando nuevamente a la Palabra, escribe: ἔτι, adverbio de tiempo *aún, todavía*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al adverbio y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; μικρὸν, caso acusativo neutro singular del adjetivo *poco*; ὅσον, adverbio relativo que en expresiones de tiempo se convierte en exclamativo *¡que poco!* ὅσον, *¡que poco!*, en sentido del superlativo *poquísimo*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἐρχόμενος, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo ἔρχομαι, *venir, aparecer, llegar, regresar* aquí como *que viene*; ἥξει, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo ἥκω, *haber llegado, haber*

[41] Griego ὑπομονή.

venido, llegar, sobrevenir, aquí como *habrá llegado*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οὐ, adverbio de negación *no,* que negativiza a χρονίσει, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo χρονίζω, *ser lento, tardar, prologar la duración*, aquí como *tardará*.

La esperanza cristiana descansa en promesas de Dios. Evidentemente la esperanza se cimenta en una persona que es Cristo (Col. 1:27). Sin embargo, muchas promesas de gloria y bendición eterna aparecen en la Escritura para nuestra consolación y esperanza. El escritor apela nuevamente a la Palabra para tomar esta promesa, que el profeta Habacuc recibe de Dios mismo relativo a la visión profética (Hab. 2:3). El profeta reivindicó la acción de la justicia divina sobre la opresión de su pueblo y recibió como respuesta la demanda de una paciente espera. Debía aguardar el tiempo de Dios, que en la mayoría de las veces no coincide con el tiempo del hombre. Aquí el escritor aplica a Cristo lo que el profeta aplica a Jehová. El tiempo de la prueba parece largo y aun más largo parece el tiempo en que Dios intervenga o venga a buscar a los suyos, con lo que saldrán de la esfera de las tribulaciones. Sin embargo, el profeta dice: ἔτι γὰρ, μικρὸν ὅσον ὅσον, *porque será muy poco*, o tal vez más expresivamente: *Porque aún !que poco¡ !que poco¡*. Nos parece mucho, pero es muy poco.

El título ὁ ἐρχόμενος, *"el que viene"*, o *"el que está llegando"* es el que se utiliza para referirse a la llegada del Mesías (cf. Mt. 11:3; 21:9; 23:39; Mr. 11:9, 10; Lc. 7:19, 20; 13:34; Jn. 1:27; Ap. 1:4, 8; 4:8). Aplicado a los creyentes de esta dispensación se convierte en una llamada de aliento que produce el saber que Jesús está próximo a venir. El tiempo de prueba pasa pronto y el Señor viene. La iglesia como conjunto y cada creyente individualmente debe vivir en la expectación constante del retorno inminente de Jesús. Es interesante apreciar que en los tiempos apostólicos la inminencia del regreso de Cristo era la fe de los cristianos. No había que esperar ningún tipo de señal que anunciase su venida, solo había que esperarlo a Él. De la misma manera hoy, luego de tantos siglos transcurridos, el cumplimiento de su promesa (Jn. 14:1-4) se hará realidad en cualquier momento. El que viene, ἥξει καὶ οὐ χρονίσει, *habrá llegado*, la espera habrá concluido. Las pruebas pasan y el Señor viene para proyectarnos a una eterna dimensión de dicha en su presencia, donde las lágrimas serán enjugadas (Ap. 21:4). Esa perspectiva permite en medio de las lágrimas gozarnos con esperanza (1 Ts. 4:18).

38. Mas el justo vivirá por fe;
Y si retrocediere,
No agradará a mi alma.

ὁ δὲ δίκαιος μου ἐκ πίστεως ζήσεται,
Mas el justo de Mí en virtud de fe vivirá.
καὶ ἐὰν ὑποστείληται,
Y si se vuelve atrás
οὐκ εὐδοκεῖ ἡ ψυχή μου ἐν αὐτῷ.
No se complace el alma de mí en él.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Alternativas de lectura. δίκαιος μου ἐκ πίστεως, *mas el justo de Mí en virtud de fe vivirá*, atestiguada en **p**[46], ℵ, A, H*, 33[vid], 257, 383, 1175, 1739, 1831, 1875, it[ar, e, dem, div, f, r1, x], vg, cop[sa], arm, Clmente, Teodoreto, Primasio, Sedulios-Scotus. Otra alternativa es: δίκαιος ἐκ πίστεώς μου, que aparece en D*, a518, 1611, it[d, e], syr[p, h], Eusebio. Se lee δίκαιος ἐκ πίστεως, *el justo por fe*, en **p**[13], D[c], H[c], K, P, Ψ, 81, 88, 104, 181, 326, 330, 436, 451, 614, 629, 630, 1241, 1877, 1881, 1962, 1984, 2127, 2492, 2495, *Lec. Biz.* It[t, z*], syr[pal], cop[bo], eth, Crisóstomo, Eutilio, Teodoreto, Juan Damasceno.

Sigue la apelación a la Escritura con ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; δίκαιος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *justo*; μου, caso genitivo singular del pronombre personal *de Mí*; ἐκ, preposición de genitivo *por, en base a, en virtud de*; πίστεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de fe*; ζήσεται, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz media del verbo ζάω, *vivir*, aquí como *vivirá*. Una segunda cláusula continúa con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐὰν, conjunción que expresa condición, en este caso de tercera clase, *si*; ὑποστείληται, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz media del verbo ὑποστέλλω, *retirar*, en la voz media *echarse atrás, recelarse de*, aquí como *se vuelve atrás*; ούκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada, que negativiza a εὐδοκεῖ, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εὐδοκέω, *complacerse, tener su complacencia, tener a bien, querer, encontrar agrado*, aquí como *se complace*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; ψυχή, caso nominativo femenino singular del sustantivo *alma*; μου, caso genitivo singular del pronombre personal declinado *de mi*; ἐν, preposición de dativo *en*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal *el*.

El modo de vida cristiana es el de firmeza en la fe. Es por un acto de fe que el cristiano comienza su vida y alcanza la justificación (Ro. 5:1; Ef. 2:8-9). Ahora se aplica la profecía tomando también las palabras de Habacuc: ὁ δὲ δίκαιος μου ἐκ πίστεως ζήσεται, *"mas el justo por su fe vivirá"* (Hab. 2:4). El texto es usado tres veces en el Nuevo Testamento. En una ocasión el énfasis recae sobre el justo: *"Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá"* (Ro. 1:17). La justificación por fe introduce a la experiencia de vida eterna al que

siendo pecador e injusto acepta la justicia de Dios obrada por Cristo en la Cruz. En otra ocasión el énfasis recae sobre la fe: *"Y que por la ley ninguno se justifica para con Dios, es evidente, porque: El justo por la fe vivirá"* (Gá. 3:11). Es la fe el instrumento que permite alcanzar la justificación al margen de toda obra legal. En el versículo que se considera el énfasis está en relación con el modo de vida del que ha sido justificado. Quien ha nacido de nuevo por medio de la fe, no puede vivir la vida cristiana si no es en dependencia de la misma fe. La victoria del creyente sobre el mundo es por fe (1 Jn. 5:4).

El texto cierra las palabras de aliento y sirve de introducción al gran tema de la fe que se desarrollará en el capítulo siguiente. La fe salvífica que permite la justificación es también la fe santificante, que permite llevar a cabo la vida cristiana en las demandas que el Señor estableció para ella. El creyente vive en la fe del Hijo de Dios (Gá. 2:20), es decir, no solo creyente en el Hijo de Dios, sino dependiente del Hijo de Dios. La dinámica de vida de Jesús, se hace dinámica de vida del cristiano que se sustenta en Él por medio de la fe.

Sin embargo, la fe muchas veces flaquea. Incluso puede llegar a debilitarse de tal modo que aparentemente esté perdida. Un creyente que claudica en su fe está retrocediendo en el camino de la vida victoriosa. Por esa razón el escritor toma el texto de la profecía conforme a la versión LXX, que difiere notablemente del texto hebreo con este propósito parenético: καὶ ἐὰν ὑποστείληται, οὐκ εὐδοκεῖ ἡ ψυχή μου ἐν αὐτῷ, *"Y si retrocediere, no agradará a mi alma"*. El creyente que se salva por gracia mediante la fe, única forma que agrada a Dios, porque es declinar todo lo personal para aceptar la provisión de la gracia divina, sólo puede agradar a Dios en la vida de santificación por medio de la fe. De esto se tratará abundantemente en el próximo capítulo. De modo que los que se retiran en la perseverancia de la vida de fe, no sólo desagradan a Dios, sino que su vida se hace estéril y perdida. Los que se *retiran*, predicado genitivo del verbo griego[42], son aquellos que *retroceden* en la carrera de la fe. Quienes se retiran en lugar de *ganar* la vida, la *pierden* (Mt. 10:39; 16:25). Jesús enseñó lo que es una aparente contradicción. La expresión *hallar su vida*, puede ser equivalente a *hallarse a sí mismo*, de ahí la posibilidad de intercambiar los dos conceptos. Es notable observar que la pérdida o la ganancia de la vida se establecen en relación con Jesús mismo, como Él dice: *por causa de mí*. Como contraste al *mí* de Cristo está el *yo* del hombre, expresado en su forma de vida. Sólo se puede *ganar* la vida según el mundo cuando se renuncia a Cristo. Por eso el Señor dice que todo aquel que *halla*, es decir, gana la vida conforme al pensamiento del mundo, la pierde para Dios. Por el contrario quien *pierde* la vida conforme al criterio del mundo, la gana para Dios. Perder la vida equivale a *tomar la cruz*, y seguir al Crucificado

[42] Griego ὑποστέλλω.

en la senda que trazó para sus discípulos. Estos que pierden la vida la recuperan para vida eterna. El que se vuelve atrás, manifiesta lo contrario de quien tiene valentía y paciencia para perseverar a pesar de las dificultades (v. 36). La únca vida que agrada a Dios es la vida de fe (11:6).

39. Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma.

ἡμεῖς δὲ οὐκ ἐσμὲν ὑποστολῆς εἰς ἀπώλειαν ἀλλὰ πίστεως εἰς
Pero nosotros no somos de retirada para destrucción sino de fe para
περιποίησιν ψυχῆς
conservación del alma.

Notas y análisis del texto griego.

La conclusión se establece: ἡμεῖς, caso nominativo plural del pronombre personal *nosotros*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; οὐκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada, que negativiza a ἐσμὲν, primera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *somos*; ὑποστολῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de retirada*; εἰς, preposición de acusativo *para*; ἀπώλειαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *destrucción*; ἀλλὰ, conjunción adversativa *sino*; πίστεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de fe*; εἰς, preposición de acusativo *para*; περιποίησιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *conservación*; ψυχῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *del alma.*

Ἡμεῖς δὲ οὐκ ἐσμὲν ὑποστολῆς εἰς ἀπώλειαν ἀλλὰ πίστεως εἰς περιποίησιν ψυχῆς. La conclusión final de todo el largo párrafo exhortativo es sencilla: Hay un grupo que se vuelve atrás, pero otro permanece firmemente anclado en la fe, llevando adelante en victoria la vida cristiana, en medio de los sufrimientos y las pruebas. El hecho de que el autor se una aquí al grupo de creyentes, es una prueba más de que todo el párrafo, así como toda la carta, está escrita para cristianos, por tanto, ningún pasaje está dirigido a inconversos, o meros profesantes no nacidos de nuevo.

El escritor anima a los lectores a la perseverancia en la fe, incluyéndose entre ellos. Los que se retiran en la perseverancia de la vida de fe, no sólo desagradan a Dios, sino que su vida es una completa pérdida. Quienes retroceden, como se ha dicho antes, en lugar de ganar la vida la pierden (Mt. 16:25). De ahí el aliento a los lectores indicándoles que ellos, juntamente con el que escribe la Epístola, no pertenecen al grupo de los que se retiran.

Por tanto, hay otro grupo que persevera. Estos, en una vida de fe, alcanzan la περιποίησιν, *preservación* del alma. Es la misma enseñanza de Jesús: *"Todo el que procure salvar su vida, la perderá; y todo el que la pierda, la salvará"* (Lc. 17:33). La situación de provecho para la eternidad depende de la resolución de seguir o no seguir a Jesús. Debe tenerse en cuenta que no está refiriéndose a perdida de salvación, sino a pérdida de recompensa (v.35). Alguno tiene como prioridad actual *salvar* su vida, en sentido de vida temporal, vida en el tiempo de su historia terrenal. La vida del hombre sobre la tierra, *"debajo del sol"*, en expresión del Eclesiastés, es corta y efímera. Muchos ejemplos de esto aparecen en la Escritura al compararla con un correo o naves veloces que pasan de largo (Job 9:25-26); a una flor de primavera que nace y en el mismo día es cortada (Job. 14:2); a la niebla del principio del día que se desvanece pronto con el sol de la mañana; al rocío de la madrugada que sigue el mismo curso; a una mota de hierba que el viento arrojó sobre una era; al humo que sale de la chimenea y desaparece en el aire (Os. 13:3). Sin duda la vida presente del ser humano es corta y termina. Todo cuanto se alcance en ella deja de ser válido a la muerte de la persona. Jesús establece un contraste entre la vida temporal y la vida eterna. La vida temporal es como un punto en el arranque de una línea que llega al infinito que es la vida eterna. Algunos centran todo su interés en la vida temporal, pasajera y efímera, procurando *salvarla* ellos mismos, es decir, darle un valor y dimensión temporal cómoda y provechosa para el *yo* de la persona. El único modo de *salvar* la vida de este modo es renunciar a seguir a Jesús. Estos dejarán de darle contenido a la verdadera vida, que es la que se proyecta con orientación de eternidad, retrocediendo en el camino de la fe. Estos son los *cobardes*, que por egoísmo propio renuncian al sufrimiento y conflicto que ocasiona el seguir a Jesús. Algunos han salvado la vida que dura un momento, renunciando al seguimiento de Jesús por temor a la muerte, por tanto, pierden la vida que dura para siempre y se introducen en la experiencia de una vida perdida sin recompensa ni beneficio eterno alguno. Por el contrario hay algunos que están decididos al seguimiento del crucificado Señor y pierden la vida temporal, para recuperarla de nuevo en una dimensión gloriosa y disfrutarla con Cristo por toda la eternidad. En estos que renuncian a su vida por seguir a Jesús viven en el espíritu de Jesucristo mismo (2 Co. 8:9). Para el que persevera en la paciencia manteniendo la fe le está reservada la corona de victoria. El Señor ha puesto al creyente para que la alcance (1 Ts. 5:9).

CAPÍTULO XI

LA FE, EL ESTILO DE VIDA

Introducción.

La advertencia solemne del capítulo anterior, dio paso a unos textos de aliento con los que se cerró el pasaje. En esa misma línea de estímulo, necesario para la vida del creyente, el escritor se ocupa del modo natural en que esta ha de desarrollarse: la vida en la esfera de la fe. La deserción, el volverse atrás, se produce a causa de una debilidad en la fe. La vida de victoria solo es posible en la medida en que la fe vincule al creyente con Cristo, en plena dependencia de su poder. Ese es el único modo natural en que es posible llevar a cabo la vida cristiana conforme al propósito de Dios. La Escritura establece para el creyente que viva *"en la fe del Hijo de Dios"* (Gá. 2:20). El escritor podría muy bien haber concluido la exhortación anterior con las palabras con que empieza este largo párrafo sobre la fe: *"Por tanto… corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante"*. No obstante se detiene para mostrar ejemplos de creyentes que vivieron vidas de fe, para proveer de referencias alentadoras que sirvan de alientos a quienes en su carrera se encuentran con serias dificultades, recordándoles con las referencias a creyentes de otros tiempos, que eran bien conocidos para los lectores de la Epístola, que es posible vivir en la dimensión de la fe. Aquellos que antecedieron en la carrera de la fe, no tenían otro elemento de estímulo para el compromiso de vida que las promesas de Dios, en las cuales descansaban. No tuvieron evidencia visible del cumplimiento de las mismas, pero aquellas promesas eran todo para ellos, de modo que sus vidas quedaron orientadas en base a lo que esperaban alcanzar, conforme al compromiso de Dios.

Las promesas están relacionadas con asuntos futuros, pero aquellos actuaron como si fuesen ya realidades presentes. La causa estaba en que ellos creían firmemente en la fidelidad y soberanía de Dios. El Señor les hacía promesas porque quería y podía cumplirlas. Eran hombres y mujeres creyentes, por tanto, eran hombres y mujeres de fe. La evidencia de su fe consistió en confiar plenamente en las palabras de Dios y vivir conforme a ellas. Por consiguiente, las cosas futuras eran ya como presentes y las invisibles eran como visibles a los ojos de la fe.

La fe verdadera demanda un modo de vida. El creyente manifiesta su condición en base a las obras que evidencian la realidad de su fe. No se salva por obras, pero se salva para obras. Esta fe condiciona la vida hasta el punto de permitir el vituperio y aún la muerte a causa de ella. La fe no es algo de una determinada época que se expresa en las vidas de los creyentes de aquel tiempo,

sino la característica común a cualquier creyente en cualquier dispensación. El autor toma para demostrarlo ejemplos de creyentes a lo largo del tiempo, comenzando por los antediluvianos y siguiendo luego por los de la antigua alianza. Cada uno de los seleccionados es un ejemplo, y su vida una lección específica para el tiempo presente.

El pasaje anterior concluyó con la afirmación de que el verdadero creyente se mantiene o persevera firme en la fe (10:39). Aquí va a desarrollar la verdad expresada en la brevedad de una frase. Primero dando una descripción de lo que es la fe (v. 1), luego poniendo ejemplos que ilustran la vida en la esfera de la fe, comenzando por los creyentes anteriores al diluvio (vv. 2-7), para continuar con el ejemplo de la fe de Abraham (vv. 8-20), pasando después a seleccionar aspectos de la fe de los patriarcas (vv. 21-22) y siguiendo con el ejemplo de la fe de Moisés (vv. 23-29). Esto le permite entrar en la dinámica de la historia presentando a la fe como causa por la que se llegó a la conquista de Canaán (vv. 30-31), para terminar con unas pinceladas entresacadas de varios ejemplos históricos (vv. 32-40).

El bosquejo analítico para el estudio del capítulo es el que se presentó en la introducción:

1. La supremacía de la vida en Cristo (11:1-13:19).
    1.1. La superioridad de la vida de fe (11:1-40).
        1.1.1. La especificación de la fe (11:1-3).
        1.1.2. Los ejemplos de la fe (11:4-38).
            A) Abel (11:4).
            B) Enoc (11:5-6).
            C) Noé (11:7).
            D) Abraham (11:8-19).
            E) Isaac (11:20).
            F) Jacob (11:21).
            G) José (11:22).
            H) Moisés (11:23-29).
            I) Josué y el pueblo (11:30).
            J) Rahab (11:31).
            K) Otros ejemplos de fe (11:32-38).
        1.1.3. Una mejor provisión (11:39-40).

La supremacía de la vida en Cristo (11:1-13:19).

La superioridad de la vida de fe (11:1-40).

La especificación de la fe (11:1-3).

1. Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.

῎Εστιν δὲ πίστις ἐλπιζομένων ὑπόστασις, πραγμάτων ἔλεγχος
Y es fe de lo que se espera base segura de realidades prueba convincente
οὐ βλεπομένων.
no de lo que se ven.

Notas y análisis del texto griego.

Se introduce el nuevo párrafo detallando lo que es la fe: ῎Εστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser,* aquí como *es*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ, en construcción gramatical castellana debe preceder al verbo; πίστις, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *fe*; ἐλπιζομένων, caso genitivo neutro plural del participio de presente en voz pasiva del verbo ἐλπίζω, *esperar*, aquí como *de lo que se espera*; ὑπόστασις, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *base, fundamento, cimiento, firmeza, constancia,* expresa la *acción de ponerse debajo*, de ahí la traducción *base segura*, o *base firme*; πραγμάτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *hecho realizado, acto, circunstancia, acontecimiento,* de ahí *cosas*, *realidades*; ἔλεγχος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota, *verificación, certeza, prueba, demostración, motivo de convicción*, de ahí la traducción *prueba convincente*; οὐ, adverbio de negación *no*; βλεπομένων, caso genitivo neutro plural del participio de presente en voz pasiva del verbo βλέπω, *ver, mirar, fijarse*, aquí como *de lo que se ve*.

La Biblia no es un libro de definiciones, sino de afirmaciones, como ocurre con este primer versículo, donde no se está definiendo la fe, sino afirmando lo que es. Esta afirmación vincula a la fe con una determinada manifestación de la vida cristiana al relacionarla con *"las cosas que se esperan"*. Esto no comprende todo el aspecto de la fe, sino uno puntual, dejando otras muchas vinculaciones en materia de fe. Por esa razón no se puede considerar la expresión del versículo como definitoria, sino como manifestante. La fe es una realidad de la que va a proponer ejemplos que lo evidencian. Este versículo debe ser bien analizado. Una traducción literal procedente del análisis textual griego, ῎Εστιν δὲ πίστις ἐλπιζομένων ὑπόστασις, πραγμάτων ἔλεγχος οὐ βλεπομένων, podría ser: *"Y es la fe la firme seguridad de las realidades que se esperan, la prueba convincente de lo que no se ve"*. La versión Cantera-Iglesias traduce así: *"Y la fe es una forma de poseer lo que se espera, un medio de conocer las cosas que no se ven"*[1]. De esta manera traduce la versión RVA: *"La fe es la constancia de las cosas que se esperan y la*

[1] Cantera-Iglesias. *"Sagrada Biblia"*, Editorial BAC. Madrid, 1975. pág. 1390.

comprobación de los hechos que no se ven"[2]. En una misma línea traduce el Dr. Juan Straubinger: *"La fe es la sustancia de lo que se espera, la prueba de lo que no se ve"*[3].

La fe es, pues, una firme seguridad. El sustantivo que se utiliza en el texto griego[4], se deriva de una preposición[5] que equivale a *debajo*, y de un verbo intransitivo[6] que expresa la idea de *colocar, poner*, por tanto el sentido es *colocar una base* sobre la que asentar algo, es decir, *lo que sirve de base* a las cosas que se esperan. Sobre este significado escribe el profesor Miguel Nicolau:

"La fe se dice ser convicción (ὑπόστασις). *Esta palabra griega, que etimológicamente quiere decir sub-stantia, lo que está debajo, lo que sirve de base y fundamento, significa lo que da base y realidad subsistente a las cosas que esperamos.*

Si en geología puede significar 'sedimento', y en filosofía el sujeto de los accidentes, o sea la substancia, la naturaleza de los individuos (en este sentido cf. La misma palabra en He. 1:3), en esta carta a los Hebreos (3:14) ha adoptado el significado de lo que está en el fondo del alma, con el sentido de seguridad, confianza y garantía de las cosas que se esperan. Con idéntico sentido en 2 Co. 9:4; 11:17). En el griego clásico, y también frecuentemente en el griego de los LXX, significa asimismo lo que en latín quiere decir 'substantia', entendido este término por hacienda, posesión y por derecho de posesión. Por esto algunos entienden por ὑπόστασις, *la posesión anticipada o garantía objetiva de los bienes que se esperan; y así la fe sería esta posesión anticipada y garantía de lo que va a venir. No pocos traducen 'expectación firme' o 'confianza sólida' (Erasmo y muchos modernos). Otros (v.gr. Estío, Westcott, Médebielle, Bonsirven), siguiendo a los Padres griegos, entienden que la fe es lo que da subsistencia a los bienes celestes en nuestra alma, lo que nos da seguridad de su existencia, y como que ya nos los hace ver. Por esto alguno ha traducido 'actualización' de los bienes celestes. Para Santo Tomás, como 'substancia' es el primer principio de las cosas, la fe 'substantia rerum spedarum' es su primer principio o 'prima inchoatio rerum speradarum', es decir, el primer principio de la vida eterna"*[7].

---

[2] *Santa Biblia*. Editorial Mundo Hispano. 1989.
[3] *Sagrada Biblia.* Mons. Dr. Juan Straubingue. Editorial Prensa Católica. México 1958.
[4] Griego ὑπόστασις.
[5] Griego ὑπό.
[6] Griego ἵστημι.
[7] Miguel Nicolau. o.c., pag. 137s.

El término se utiliza en esta Epístola para referirse al ser real de Dios (1:3), usándose también para referirse a los creyentes que retienen firme hasta el fin la confianza (3:14). En general el sentido que debe aplicarse a este sustantivo en este lugar es el equivalente directo a la palabra latina *sub-stantia*, lo que está debajo, la base de sustentación de algo, como se traduce literalmente en RV 1920. Se utiliza en el griego para referirse a la solidez de un contrato. En ese sentido podría traducirse la expresión del texto griego como: *"La fe es el título de propiedad de las cosas que se esperan"*[8]. Sin embargo, tal sentido es difícil ya que la fe en sí misma no es un derecho de posesión anticipada de los bienes que esperamos. Ciertamente la esperanza del creyente se sustancia en la fe, pero la esperanza no es la fe sino la persona de Cristo en quien descansa la fe (Col. 1:27).

En ese sentido escribe el profesor Nicolau:

"La interpretación que creemos más fundamentada es la de los Padres griegos, seguidos también por otros. Sin duda que la fe, como dice Santo Tomás, es el 'primer principio o incoación' de la vida de la gracia y de la vida eterna. Pero aquí se trata de ver cuál es el sentido de la palabra ὑπόστασις, *en el pasaje que estudiamos. No creemos tan afortunado el sentido de 'posesión anticipada' o 'derecho de posesión' de los bienes que se esperan. Porque, aunque la palabra* ὑπόστασις, *adopte en el lenguaje clásico el significado de 'posesión' y 'derecho de posesión', aquí no parece daría, en primer lugar, un sentido exacto; porque la fe, la sola fe, no es un derecho de posesión ni una posesión anticipada de los bienes celestes. El derecho de posesión a ellos y su posesión anticipada lo da la gracia santificante o la caridad. La esperanza daría una posesión anticipada, pero no un derecho de posesión. Tampoco parece feliz traducir 'expectación firme o confianza sólida', porque esto se refiere a la esperanza. Parece, por consiguiente, mejor entender* ὑπόστασις, *como aquello que da base y fundamento a las cosas que se esperan y a las cosas que no se ven"*[9]

La fe, por tanto, da solidez o firmeza en medio de la movilidad cambiante de todo lo que rodea a la experiencia humana. En la Epístola se refiere a todo lo que está en el corazón del creyente dando seguridad y garantía de las cosas que se esperan. La fe, como se dice antes, no es en sí misma la esperanza, pero nos vincula a Cristo que es esperanza plena, ya que todo cuanto ocurra en el futuro y las cosas que se produzcan están, no solo bajo su control, sino que se desarrollan conforme a su soberanía. De ahí que las promesas que anhelamos sean ya una realidad potencial al aceptarlas por la fe, ya que todas ellas *"son en*

---

[8] Archibald Robert Thomas, citando a Moulton y Milligan. o.c., pág. 450.
[9] Miguel Nicolau. o.c., pág. 138.

Él sí, y en el Amén" (2 Co. 1:20). Jesucristo, el Sumo Sacerdote, es el *"Amén de Dios"* (Ap. 3:14). Tal vez mejor que *El Amén*, se entienda como *Dios en estado de amén*. La fe consolida y sostiene la esperanza al estar depositada en aquel que es fiel y que no puede volverse atrás de sus promesas. Esto da a la fe el sentido objetivo de realidad, en contraste con lo que tiene una mera apariencia de serlo. Tiene el significado de confianza o seguridad, de ahí la traducción *certeza* o mejor *firme seguridad*. El creyente sabe quien es el que hace las promesas y la fe da seguridad y confianza plena en la realidad de las mismas. En ese sentido testifica el apóstol Pablo: *"Por lo cual asimismo padezco esto; pero no me avergüenzo, porque yo se a quien he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día"* (2 Ti. 1:12). La fe es un principio activo en la vida del creyente y procede de Dios mismo como regalo de la gracia (Ef. 2:8-9). Esta fe que sirve de *medio* para la justificación, es el mismo *medio* para la santificación, consolidando la esperanza en el corazón creyente. El Espíritu Santo es *"las arras"* (2 Co. 1:22; 5:5) de la herencia venidera que los creyentes esperan, y de Él procede la fe que sustancia esas promesas. El Espíritu potencia la fe en la esperanza (Ro. 8:23). El Espíritu se nos da como garantía interna de la herencia, que alcanzaremos en disfrute eterno en el momento de la *"redención de la posesión adquirida"* (Ef. 1:14), es decir, en el tiempo del traslado de la Iglesia a la presencia del Señor. La fe es la ἐλπιζομένων ὑπόστασις, *base sólida* de *"lo que se espera"*. El verbo está en participio de presente continuativo. Por tanto lo que se espera no son utopías, sino realidades, fundadas en las promesas que Dios hace y que se revelan en su Palabra. La esperanza cristiana descansa en las promesas que Dios ha hecho y que, como suyas, se cumplirán absolutamente.

Además la fe es también πραγμάτων ἔλεγχος οὐ βλεπομένων, *"la convicción de lo que no se ve"*. Lo que *no se ve* son *realidades*. El sustantivo que usa el escritor en el texto griego[10], como una realidad y no como una teoría. No son conjeturas que conducen a un creer ciego, sino realidades evidentes que se substancian por la fe. La fe es el instrumento que aporta las *pruebas convincentes* de lo que no se ve. De otro modo, esto que da base firme dentro del alma cristiana a las cosas que se esperan y que, por cuanto se esperan, aún no se ven, es la *convicción* que tenemos de su existencia. El término griego se relaciona con *convencer* o *redargüir* (cf. Jn. 3:20; 8:9, 46; 16:8; 2 Ti. 3:16). En otros lugares se traduce como *dejar convicto* o *quedar convicto* (cf. Stg. 2:9; Jud. 14). La idea principal de la palabra es la de aportar pruebas que no admiten duda alguna. Esto produce una notable paradoja: La fe presenta pruebas convincentes de lo que no se ve. Por tanto, la fe sustancia la esperanza. Las cosas que hasta ahora no tienen existencia, se hacen reales y verdaderas en el ejercicio de la fe. De otro modo, la fe es la garantía de que existen esas cosas,

[10] Griego ἔλεγχος.

conociéndolas por las promesas de Dios y aceptándolas por la fe. Debemos recordar que hay dos clases de certeza: por un lado la certeza *científica*, de modo que cuando la realidad es patente al observador se hace incompatible con la fe. Por otro lado la certeza *de fe* cuando la realidad se impone, no por los sentidos, sino por la autoridad de quien lo afirma que es Dios mismo, que siendo infalible no puede engañarse y siendo verdadero no puede engañar. La fe es el órgano de visión espiritual que capacita al creyente para ver el orden invisible (v. 27). El apóstol Pedro afirma que la profecía, que son cosas que se esperan, no se establece en suposiciones, sino en realidades que han sido contempladas anticipativamente (2 P. 1:16-18).

Un sustantivo importante en este primer versículo es el que se traduce por πραγμάτων, *las cosas*[11], tiene un sentido muy vago y general en el griego. En este caso adquiere el significado de *todo cuanto* se espera. El término es raíz para la palabra castellana *práctico*, como una realidad y no como una teoría. Es decir lo que se espera son realidades que se hacen visibles por medio de la fe. No se trata de suposiciones o posibilidades sino de aquello que Dios ha establecido y que para Él es ya presente, mientras que para nosotros, bajo las leyes del tiempo aún son futuras.

2. Porque por ella alcanzaron buen testimonio los antiguos.

ἐν ταύτῃ γὰρ ἐμαρτυρήθησαν οἱ πρεσβύτεροι.
Porque por esta fueron acreditados los antiguos.

Notas y análisis del texto griego.

Estableciendo referencias a lo que es la fe, escribe ἐν, preposición de dativo *por*; ταύτῃ, caso dativo femenino singular del pronombre demostrativo *esta*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al pronombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ἐμαρτυρήθησαν, tercera persona plural del aoristo primero en voz pasiva del verbo μαρτυρέω, *atestiguar,* aquí en sentido de *acreditar*, como *fueron acreditados*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; πρεσβύτεροι, caso nominativo masculino plural del adjetivo articular comparativo *ancianos, viejos, antiguos*.

᾿Εν ταύτῃ γὰρ ἐμαρτυρήθησαν. El versículo es consecuencia y está vinculado al que antecede como lo demuestra el uso de la conjunción causal *porque*[12]. Quiere decir esto que la vida de los antiguos se sustancia en la misma fe que la de los creyentes de la actual dispensación. La fe de los antepasados creyentes es la misma fe de los actuales y de los futuros. Por tanto, este

[11] Griego πρᾶγμα.
[12] Griego γὰρ.

versículo es una explicación y razón consecuente del anterior. Las realidades que expresa la palabra y se sustancia por la fe son tan convincentes, que los antiguos se acreditaron en ella e hicieron de la fe la razón fundamental de su existencia. Por esta clase de fe los antiguos recibieron la acreditación divina del beneplácito de Dios con ellos, ya que sin fe es imposible agradar a Dios (v. 6).

El adjetivo plural articular οἱ πρεσβύτεροι *los antiguos*, es una referencia a la condición de creyentes de otras dispensaciones, no solo de la antigua alianza relativa especialmente al pueblo de Israel, sino de todos los de tiempos anteriores desde el principio de la humanidad. Estos antiguos son también los antepasados de Israel, los *padres*, de quienes se habla en la introducción de la Epístola (1:1). Son también los *patriarcas* y, en general, los antecesores del pueblo hebreo. Los antiguos, desde el origen de la humanidad, se acreditaron por creer lo que no se veía y vivir en consonancia con ello.

El testimonio que alcanzaron no procede de los hombres, sino de Dios mismo: ἐμαρτυρήθησαν, *acreditados* por Él. A estos califica Dios de *perfectos, rectos, temerosos de Él y apartados del mal* (Job 1:1). La revelación que aquellos tenían era mucho más limitada que la nuestra, las promesas menos numerosas, pero la fe que las sustanciaba es la misma. Para confirmar esto se darán los ejemplos que siguen de vidas tomadas de aquellos tiempos, comenzando por los antediluvianos. La fe para salvación y la vida de fe, comienzan con la historia del primer humano salvo por gracia mediante fe. Todas las personas de fe han conseguido testimonio, que se trata de una alabanza procedente de Dios mismo. No se trata de alabanza humana. Hay algunos que practican incluso una autoalabanza que es en sí misma pecaminosa, de la que el apóstol Pablo dice: *"Porque no nos atrevemos a contarnos ni a compararnos con algunos que se alaban a sí mismos; pero ellos, midiéndose a sí mismo por sí mismo, y comparándose consigo mismos, no son juiciosos"* (2 Co. 10:12). De modo que *"no es aprobado el que se alaba a sí mismo, sino aquel a quien Dios alaba"* (2 Co. 10:18). Estos todos son acreditados por Dios y reciben de Él la alabanza, en sentido de elogiar o dar testimonio fidedigno de su condición de personas de fe.

3. Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía.

Πίστει νοοῦμεν κατηρτίσθαι τοὺς αἰῶνας ῥήματι Θεοῦ, εἰς τὸ
Por fe entendemos haber sido ordenados los mundos por palabra de Dios, de modo que
μὴ ἐκ φαινομένων τὸ βλεπόμενον γεγονέναι.
no de lo que se ve lo que se ve ha llegado a ser.

Notas y análisis del texto griego.

Continúa escribiendo: Πίστει, caso dativo femenino singular instrumental del sustantivo declinado *por fe*; νοοῦμεν, primera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo νοέω, *conocer intelectualmente*, *entender* aquí como *entendemos*; κατηρτίσθαι, perfecto de infinitivo en voz pasiva del verbo καταρτίζω, *poner en orden, preparar*, aquí como *haber sido ordenados*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; αἰῶνας, caso acusativo masculino plural del sustantivo que denota *edades, tiempo, eternidad, mundo,* vinculado a la comprensión del tiempo, en este caso en plural *los mundos* o también *el universo*; ῥήματι, caso dativo neutro singular del sustantivo *palabra*, *dicho*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre declinado *de Dios*; εἰς, preposición de acusativo *en relación con, para, de modo que*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; μή, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; φαινομένων, caso genitivo neutro plural del participio de presente en voz media del verbo φαίνω, *aparecer, aparecerse*, *lo que se hace visible* aquí como *lo que se ve*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; βλεπόμενον, caso acusativo neutro singular del participio de presente en voz pasiva del verbo βλέπω, *mirar, fijarse,* de ahí *lo que se ve*; γεγονέναι, perfecto de infinitivo en voz activa del verbo γίνομαι, *llegar a ser, empezar a existir*, aquí como *ha llegado a ser*.

Πίστει νοοῦμεν κατηρτίσθαι τοὺς αἰῶνας ῥήματι Θεοῦ. La fe da un claro entendimiento al creyente sobre la *organización del universo.* El escritor afirma que por la fe νοοῦμεν, *entendemos*, que como presente de indicativo en voz activa expresa un acto continuado, quiere decir, que continuamente entendemos. La raíz del verbo está vinculada a *intelecto*, *mente*, por tanto se refiere a una acción comprensiva plenamente por la mente. La fe permite hacer una expresión formal sobre el origen del universo. Aunque la fe es creer, la verdadera fe es también *razonable*, ya que Dios revela como se produjeron las cosas. La razón humana infiere la existencia del Creador al contemplar la creación (Ro. 1:20).

El creyente entiende que τοὺς αἰῶνας, *el universo*, traducción que se da aquí a la palabra griega[13] que literalmente tiene que ver con tiempo, edades, siglos, de modo que a través de la comprensión del tiempo del mundo como una enorme extensión de tiempo en el que se producen y discurren las cosas, se llega al significado del propio mundo, en este caso del universo creado, que literalmente sería *las edades*, en el texto griego, que expresa al *universo* en cuanto a espacio y tiempo.

El universo fue *constituido*[14], utilizando un verbo que significa *equipar, perfeccionar*, por tanto, el universo no es un caos sino un cosmos, esto es, una

[13] Griego αἰών.
[14] Griego καταρτίζω.

perfecta organización, que ha sido puesto en orden, tanto en el sentido de origen como de orden después del origen. El universo, los mundos creados por Dios, han sido organizados en forma absoluta, estable y permanente por el mismo Creador. En ese sentido el concepto tiene que ver más que con la creación en sí, esto es, el acto creador, todo cuanto rodea como adorno y perfección a aquello que fue creado. Es decir, el escritor tiene en mente la *organización* de lo creado, más que el hecho mismo de la creación en sí, por lo que no usa el verbo *crear*, sino el verbo *organizar*. La palabra expresa la idea más que de la creación primera, esto es, de la venida a la existencia de cuanto antes no existía, el ornato de la creación y su orden divinamente establecido.

El universo surgió ῥήματι Θεοῦ, por la palabra de Dios. Es interesante apreciar que el término griego aquí es *dicho*[15], lo que tiene que ver con las palabras que definen una idea. En ese sentido, el *sea* de la creación expresa la plenitud absoluta de la idea concebida en la mente divina que es ejecutada con absoluta precisión. La voz que hace oír la determinación divina corresponde al Logos, que como expresión exhaustiva del pensamiento de Dios, establece en el mandato soberano lo que debe producirse, por cuya autoridad omnipotente viene a la existencia cuando antes no existía. El universo surgió por la palabra de Dios. La voz de Dios y su omnipotencia hicieron el milagro (cf. Gn. 1:3, 4, 9, 11, 20, 24, 26). Pero, no sólo las cosas surgieron a la voz de Dios, sino que Dios mismo organizó hasta lo más mínimo su existencia, dando pleno orden a lo que de otra manera hubiera sido *caos* y no *cosmos* (Gn. 1:2). Aunque la referencia a la Palabra de Dios no tiene que ver esencialmente con el Logos, sino con la expresión de la voluntad divina, es absolutamente cierto que sin la intervención del Hijo no hubiera podido producirse la creación, ya que la palabra autoritativa de Dios se expresa por la voz del Hijo (1:2). El apóstol Juan expresa también esa misma verdad: *"Todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho"* (Jn. 1:3). De la misma manera la enseñanza del apóstol Pablo: *"Porque en Él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de Él y para Él"* (Col. 1:16). La creación tuvo lugar en Cristo, fue hecha por medio de Él y está destinada a Él. Esa es la causa por la que a Jesús se le llama *"el primogénito de toda creación"* (Col. 1:15), en el sentido no de su origen o principio de vida personal, sino del elemento causante y fundante por lo que todo lo creado vino a la existencia, siendo *"el principio de la creación de Dios"* (Ap. 3:14). Sin embargo, el escritor no está tan interesado en vincular la creación con el Hijo, sino que más bien expresa la declaración divina que hizo posible la existencia del universo.

---

[15] Griego ῥῆμα.

La creación ha sido un acto soberano que hizo posible cuanto existe: εἰς τὸ μὴ ἐκ φαινομένων τὸ βλεπόμενον γεγονέναι, *"de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía"*. El universo entero surgió de un acto creador de Dios por medio del Hijo (1:2). En el acto creador vino a la existencia aquello que antes no existía: *"Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca... Porque Él dijo, y fue hecho; Él mandó y existió"* (Sal. 33:6, 9). No es que Dios utilizase algo que no se veía para producir lo que se ve, sino que ese *"no se veía"* es la palabra de autoridad que el Creador pronunció y trajo a la existencia lo que ahora se ve, cuando antes no existía nada. De otro modo, la existencia vino a sustituir a la no existencia, esto es, *creatio ex nihilo.* La creación de todas las cosas como apareciendo donde no había nada es una idea aceptada por el pensamiento judío en general basada en la Biblia. Esa es la verdad expresada por el profeta: *"Así dice Jehová, tu Redentor, que te formó desde el vientre: Yo Jehová, que lo hago todo, que extiendo solo los cielos, que extiendo la tierra por mí mismo"* (Is. 44:24). Los mismos escritos piadosos de los libros apócrifos contemplan esta verdad: *"Te suplico, hijo, que, mirando al cielo y a la tierra, y viendo todo lo que hay en ellos, sepas que Dios no los ha hecho de seres existentes, y que lo mismo ocurre con la raza de los hombres"* (2 Mac. 7:28). La creación incluye tanto la aparición de las cosas, como el orden que las gobierna. Los mundos creados han sido organizados definitivamente por Dios, de modo que el orden visible surge también de lo invisible, esto es de la Palabra de Dios. Esa es una de las verdades consideradas antes en esta Epístola (1:3). Las cosas visibles que componen el universo y el orden cósmico que lo gobierna, son la expresión de la invisible soberanía de Dios. Estas cosas invisibles que hacen surgir los mundos, son la expresión de las ideas divinas sobre lo que había de ser creado, y manifiestan la omnipotencia de Dios que se produce en razón a su palabra. Todo esto lo conocemos de hecho por medio de la fe que descansa en la Palabra revelada. Nadie estuvo en el origen de las cosas y en el modo como se produjeron. La Biblia describe esos hechos desde la revelación divina que es aceptada en fe por cada creyente.

La fe no es una mera credulidad, sino una aceptación *lógica*, que da contenido a lo que Dios afirma en su Palabra. El incrédulo busca vías que sustituyan al Creador. Desde la evolución, hasta la explosión cósmica, son algunas propuestas que el hombre hace para eliminar a Dios detrás de la existencia de las cosas. Incluso un pseudo-creacionismo que es más bien un *evolucionismo teísta*, como son las propuestas de Teillard de Chardín, en donde Dios origina y luego deja que la evolución haga la obra hasta alcanzar la plena dimensión en el punto omega que es un revertir a Dios, distorsiona la verdad de la intervención plena y soberana que trae a la existencia cuanto antes no existía. Especialmente dificultosa la teoría de Teillard, en cuanto a la creación del hombre, inventando la figura de la *persona colectiva*, en donde Dios creó un ser

bisexual que luego, por evolución dividió en dos seres diferentes, masculino y femenino, basándose en textos tomados fuera de contexto (cf. Gn. 5:2), no distinguiendo el nombre Adán en su concepto colectivo de *humanidad*, y el individual de la persona, y generando con ello intencionadamente la negación de la creación individualizada del hombre, primero del varón y luego de la mujer. El creyente genuino que cree en la inerrancia bíblica acepta por fe lo único que es verdad, la creación del universo por la palabra de Dios, con todo su orden, funcionamiento actual y proyecto de una nueva y futura creación (2 P. 3:10-13).

Los ejemplos de la fe (11:4-38).

Abel (11:4).

4. Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín, por lo cual alcanzó testimonio de que era justo, dando Dios testimonio de sus ofrendas; y muerto, aún habla por ella.

Πίστει πλείονα θυσίαν Ἅβελ παρὰ Κάϊν προσήνεγκεν τῷ
Por fe más grande sacrificio Abel en comparación con Caín ofreció -
Θεῷ, δι᾽ ἧς ἐμαρτυρήθη εἶναι δίκαιος, μαρτυροῦντος ἐπὶ τοῖς
a Dios por medio del que fue testificado ser justo dando testimonio sobre los
δώροις αὐτοῦ τοῦ[1] Θεοῦ, καὶ δι᾽ αὐτῆς ἀποθανὼν ἔτι λαλεῖ.
dones de él mismo - Dios y por medio de ella habiendo muerto aún habla.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] τῷ Θεῷ, *con Dios,* atestiguada en ℵ, A, D, K, P, Ψ, 33, 81, 88, 104, 181, 326, 330, 436, 614, 629, 630, 1241, 1739, 1877, 1962, 1984, 2127, 2492, 2495, *Lec. Biz.* It$^{ar, c, d, dem, div, e, f, r1,x, z}$, vg, syr$^{p, h}$, cop$^{sa, bo}$, arm.

Omitido totalmente en **p**^{13} y Clemente.

αὐτοῦ τοῦ Θεοῦ, *de él mismo, de Dios*, aparece en **p**$^{13*, 46}$, ℵ^{c}, D^{c}, K, P, Ψ, 81, 88, 104, 181, 330, 436, 451, 514, 629, 630, 1241, 1739, 1877, 1962, 1984, 2127, 2492, 2495, *Lec. Biz.* It$^{ar, c, dem, div, f, rq, x}$, vg, syr$^{p, h}$, cop^{bo}, Orígenes, Crisóstomo, Eutilio^{msc}, Teodoreto, Juan Damasceno.

αὐτοῦ τῷ Θεῷ, *de él mismo, a Dios*, se lee en ℵ*, A, D^{gr*}, 33, 326, arm, eth, Eutilio^{ms*}.

αὐτῷ τοῦ Θεοῦ, *de él, de Dios,* atestiguado en **p**^{13c}, cop^{sa}, Clemente.

Para el primer ejemplo de fe escribe: Πίστει, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *fe*; πλείονα, caso acusativo femenino singular del adjetivo comparativo, *más, mayor,* es el comparativo de πολύς, *mucho*, aquí como *más grande*; θυσίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *sacrificio, ofrenda*; Ἄβελ, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Abel*; παρὰ, preposición de acusativo *en comparación con*; Κάϊν, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Caín*; προσήνεγκεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo προσφέρω, *ofrecer, presentar*, aquí como *ofreció*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεῷ, caso dativo masculino singular del nombre declinado *a Dios*; δι' forma contracta de la preposición de genitivo διά, aquí como *por medio, a causa, por*; ἧς, caso genitivo femenino singular del pronombre relativo declinado *de la que*; ἐμαρτυρήθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo μαρτυρέω, *testificar*, aquí como *fue testificado*; εἶναι, presente de infinitivo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*; δίκαιος, caso nominativo masculino singular del adjetivo *justo*; μαρτυροῦντος, genitivo absoluto con el participio de presente en voz activa del verbo μαρτυρέω, *testificar*, aquí como *que testifica, dando testimonio, testificando*; ἐπὶ, preposición de dativo *sobre*; τοῖς, caso dativo neutro plural del artículo determinado *los*; δώροις, caso dativo neutro plural del sustantivo que denota *dones, regalos, ofrendas*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre intensivo declinado *de él mismo*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre *Dios*; καὶ, conjunción copulativa *y*; δι' forma contracta de la preposición de genitivo διά, aquí como *por medio, a causa, por*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal declinado *de ella*; ἀποθανὼν, caso nominativo masculino singular del participio aoristo segundo en voz activa del verbo ἀποθνήσκω*, morir,* aquí como *muerto,* o *habiendo muerto*; ἔτι, adverbio de tiempo *aún, todavía*; λαλεῖ, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λαλέω, *hablar, decir*, aquí como *habla.*

Πίστει πλείονα θυσίαν Ἄβελ παρὰ Κάϊν προσήνεγκεν τῷ Θεῷ. El primer ejemplo sobre la vida en la fe se toma de lo más antiguo de la historia humana, representado en la figura de Abel. Fue el segundo de los hijos mencionados en la Biblia de Adán y Eva (Gn. 4:2). Pudiera ser que se tratase de gemelos por la forma del relato en que se da sucesión a dos alumbramientos pero una sola mención a la concepción (Gn. 4:1). Su actividad fue el pastoreo, posiblemente de ganado menor, como son las ovejas, su trabajo lo vincula con una vida nómada, en el sentido de pastorear en diferentes lugares a su rebaño. Su hermano Caín, primogénito de Adán y Eva, fue labrador. Tal vez siguiendo el oficio de su padre que había sido colocado por Dios en Edén para que labrara el huerto y lo cuidase (Gn. 2:15). Ambos hijos recibieron la misma educación de sus padres y la información de lo que había ocurrido en el huerto, con la caída y la muerte de los primeros animales para cubrir la desnudez, que ponía en evidencia la realidad del pecado, de los primeros pecadores en la historia humana (Gn. 3:21). La idea de un sacrificio expiatorio por el pecado estaba presente ya en los primeros albores de la humanidad. No es de extrañar que el

primer libro escrito de los de la Biblia, el de Job, haga mención de los sacrificios presentados por el creyente en relación con la comisión de pecado de sus hijos (Job 1:5).

El escritor de la Epístola hace mención a dos hombres y a dos ofrendas. Los sacrificios son diferentes. Caín trajo del fruto de la tierra y Abel de lo mejor de sus ovejas (Gn. 4:3-4). No hay ninguna base bíblica para pensar que Caín ofreció de lo peor que encontró en el campo, o trajo ofrenda vegetal sin prestar atención a lo que traía. Sin duda, lo mismo que Abel, trajo una ofrenda de lo más selecto de sus cosechas. ¿Por qué, pues, la distinción entre los sacrificios? ¿Por qué Dios aceptó el de Abel y rechazó el de Caín? Se han dado muchas respuestas a este asunto desde la perspectiva del intérprete. Sin embargo la razón de la aceptación y del rechazo está claramente expresada en el relato del Génesis: *"Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda; pero no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya"* (Gn. 4:4-5). La condición interna del corazón de ambos fue lo que hizo distinción en las ofrendas que traían. De otro modo, Dios miró la intención de cada uno y así consideró las ofrendas que traían. En modo alguno debe pensarse que la ofrenda vegetal sería rechazada por Dios por el hecho de que no había derramamiento de sangre. Las ofrendas vegetales se establecieron siglos más tarde en la Ley que regulaba las ofrendas, concretamente para la ofrenda de paz se presentaban tortas de harina de primera calidad amasada con aceite (Lv. 7:12). Caín trajo a Dios una ofrenda a su modo, desde su criterio personal, desde el esfuerzo de la obra humana. En ese sentido fue la primera ofrenda que pretendía una justificación por obras y no por fe. Abel siguió otra pauta, la de la fe, en dependencia absoluta de la gracia que se manifestaba en el sacrificio que le sustituía en relación con la expiación del pecado. La aceptación o rechazo de aquellas ofrendas fue *la fe*, o la *falta de fe*. Dios no se fija en apariencias, sino que ve el corazón.

Δι᾽ ἧς ἐμαρτυρήθη εἶναι δίκαιος, μαρτυροῦντος ἐπὶ τοῖς δώροις αὐτοῦ τοῦ Θεοῦ. La ofrenda de Abel, expresión de un acto de fe, apoyada en la gracia, ponía de manifiesto que el oferente traía la ofrenda como expresión de su fe en Dios que perdona al pecador. Dios mismo da testimonio de su fe, expresada en las ofrendas que trajo Siglos más tarde David escribiría sobre el sacrificio que Dios acepta: *"Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado, al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios"* (Sal. 51:17). En el sacrificio, Abel aceptaba por fe la sustitución y venía a Dios amparado no en sus virtudes, sino en la gracia. La actuación de Abel es la propia de un justo, es decir, del que vive por fe. Cristo mismo llamó *justo* a Abel (Mt. 23:35). La fe de Abel era una realidad que se manifiesta en la aceptación de su sacrificio, ya que *"sin fe es imposible agradar a Dios"* (v. 6). La asociación entre justicia y fe es evidente ya que Abel fue justificado por el único medio posible que es la fe, porque *"el justo vivirá por fe"* (10:38). El sacrificio ofrecido por Abel pone de

manifiesto también la adoración genuina de un hombre de fe que viene a Dios apoyado en su obra y gracia, y le adora conforme a lo establecido por Él, esto es, en obediencia, en Espíritu y en verdad (Jn. 4:24). La adoración no es una actividad, sino una actitud. El sacrificio no fue aceptado por ser un sacrificio, sino por la actitud del que lo ofrecía. A Dios se le adora continuamente con la vida personal del creyente que se entrega a sí mismo en sacrificio vivo (Ro. 12:1).

Καὶ δι᾽ αὐτῆς ἀποθανὼν ἔτι λαλεῖ. La fe verdadera transciende al tiempo y se perpetúa en los ejemplos de quienes la poseyeron en el tiempo. La fe de Abel sigue hablando aún después de su muerte, ocurrida hace milenios. La muerte del creyente en los albores de la humanidad se originó como consecuencia de su vida de fe, que molestó al impío. No debemos olvidar la condición personal de Caín que estaba sujeto a la influencia del maligno (1 Jn. 3:10-12), por cuya condición mató a su hermano, ya que el Diablo es homicida (Jn. 8:44). El primer homicidio ocurrido en la historia de la humanidad expresa la reacción del religioso frente al creyente genuino. La religión descansa en apariencias externas. Cuando alguno no sigue las formas establecidas, es rechazado, cuestionado, odiado y, en ocasiones muere por vivir la verdadera libertad. Sin embargo, la sangre vertida por el testimonio de la fe pide una intervención divina en justicia (Gn. 4:10). La fidelidad, que es la manifestación visible de la fe en compromiso de entrega y dependencia a Dios, exige la disposición de dar la propia vida (Ap. 2:10). Esto es la consecuencia natural de una fe que conduce a *vivir a Cristo*, quien se entregó a sí mismo por nosotros, derramándose en sacrificio expiatorio por el pecado (2 Co. 5:21). Millones de creyentes experimentaron el conflicto, la persecución e incluso la muerte por vivir en la fe (Ap. 6:9-10). Dios demanda también para cada uno de nosotros en esta dispensación, el espíritu de entrega a Él, aceptando sólo su voluntad (Ro. 12:1).

Enoc (11:5-6).

5. Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios; y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios.

Πίστει Ἑνὼχ μετετέθη τοῦ μὴ ἰδεῖν θάνατον, καὶ οὐχ ηὑρίσκετο
Por fe Enoc fue trasladado para no ver muerte y no fue hallado
διότι μετέθηκεν αὐτὸν ὁ Θεός. πρὸ γὰρ τῆς μεταθέσεως
porque trasladó a él - Dios. Porque antes de la traslación
μεμαρτύρηται εὐαρεστηκέναι τῷ Θεῷ·
ha obtenido testimonio de haber agradado - a Dios.

Notas y análisis del texto griego.

Un segundo ejemplo de la fe del tiempo antediluviano se manifiesta escibiendo: Πίστει, caso instrumental de πίστις, dativo femenino singular del sustantivo, *fe*, aquí como *por fe*; Ἑνὼχ, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Enoc*; μετετέθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo μετατίθημι, *llevar a otro lugar, cambiar, trasponer, trasladar*, aquí como *fue trasladado*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *de lo*; μή, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*; τοῦ, con el infinitivo expresa generalmente propósito, pero en este caso manifiesta resultado, de ahí la traducción *para no*; ἰδεῖν aoristo segundo de infinitivo en voz activa del verbo εἶδον, utilizado como tiempo aoristo segundo de ὁράω, *mirar, ver*, aquí como *ver*; θάνατον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *muerte*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ούκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada, que negativiza a ηὑρίσκετο, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz pasiva del verbo εὑρίσκω, *hallar, encontrar, obtener*, aquí como *fue hallado*; διότι, conjunción causal *porque*; μετέθηκεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo μετατίθημι, *llevar a otro lugar, cambiar, trasponer, trasladar*, aquí como *trasladó*; αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal declinado *a él;* ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεός, caso nominativo masculino singular del nombre *Dios*; πρὸ, preposición de genitivo *delante de, antes, antes de*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta a la preposición y que en español la precede actuando como *conjunción coordinativa*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; μεταθέσεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *traslado, traslación*; μεμαρτύρηται, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz pasiva del verbo μαρτυρέω, *testificar, testimoniar,* aquí como *ha obtenido testimonio*; εὐαρεστηκέναι, perfecto de infinitivo en voz activa del verbo εὐαρεστέω, *agradar,* aquí como *de haber agradado*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεῷ, caso dativo masculino singular del nombre declinado *a Dios.*

Πίστει Ἑνὼχ. El segundo ejemplo en la vida de fe corresponde a otro antediluviano llamado Enoc. Este hombre es descendiente de Adán por la línea de Set. Su padre se llamó Pared (Gn 5:19). Enoc es a su vez padre de Matusalén (Gn. 5:21), quien fue padre de Lamec (Gn. 5:26), y éste padre de Noé (Gn. 5:28). Enoc, por tanto, era bisabuelo de Noé. El mundo de Enoc era de absoluta corrupción y pecaminosidad y en medio de un mundo semejante vivió un hombre que era creyente y, por tanto, vivía por fe. Posiblemente este hombre tuvo una experiencia personal con Dios, de la que no se dan datos bíblicos salvo que se dice: *"Y caminó Enoc con Dios, después que engendró a Matusalén, trescientos años, y engendró hijos e hijas"* (Gn. 5:22). Dos veces se dice que *"caminó con Dios"* (Gn. 5:22, 24). Dios dio a Enoc revelaciones especiales sobre el juicio divino que vendría por causa del pecado como enseña Judas (Jud. 14-15). Esa revelación divina debió producir en él un verdadero deseo de vivir en santidad y en fe. Enoc manifestó su fe viviendo santamente en medio de un mundo impío. La vida de fe solo es posible en la práctica de la santidad, ya que

sin ella no puede haber comunión íntima con el Señor (Sal. 24:3-4). Este hombre *"caminó con Dios"*, en ese sentido además de santidad exige un compromiso con la paz y la justicia, como Dios testificaría más adelante por medio de Malaquías acerca de Leví: *"La ley de verdad estuvo en su boca, e iniquidad no fue hallada en sus labios; en paz y en justicia anduvo conmigo, y a muchos hizo apartar de la iniquidad"* (Mal. 2:6). La santidad es inseparable de la vida de fe, todo verdadero creyente tiene la santidad, no como opción, sino como forma de vida. En cualquier circunstancia el creyente vive en santidad porque Dios, en quien cree y sobre quien deposita su fe, es santo (1 P. 1:14-17).

Μετετέθη τοῦ μὴ ἰδεῖν θάνατον. La acción de Dios traspuso a Enoc con el propósito de que no viese muerte. El verbo que se utiliza para esta acción[16] expresa la idea de un cambio de posición. En este caso concreto un traslado de la tierra, donde vivía caminando con Dios, a la presencia de Aquel con quien caminaba. Como si en una de las ocasiones en que Enoc caminaba con Dios, el Señor le dijese: *"Hoy has llegado más cerca de mi casa que de la tuya, quédate conmigo"*. Por esa causa καὶ οὐχ ηὑρίσκετο διότι μετέθηκεν αὐτὸν ὁ Θεός, *no fue hallado porque le trasladó Dios.*

Πρὸ γὰρ τῆς μεταθέσεως μεμαρτύρηται εὐαρεστηκέναι τῷ Θεῷ. Antes de producirse la traslación de Enoc, el escritor afirma que *"tuvo testimonio de haber agradado a Dios"*. No aparece en el texto bíblico ninguna referencia específica que sustente esta afirmación. Se trata, sin duda, de la deducción que se aprecia en relación con una vida que complacía a Dios. El testimonio de Enoc ante el mundo se hizo visible por medio de su propia vida, caminando durante trescientos años en comunión con Dios. Dios dio testimonio a Enoc del juicio que vendría sobre una generación pecaminosa, lo que evidencia que él estaba en el *agrado* de Dios, por la revelación que le comunicaba. Semejante es al testimonio de Elías, al que Dios tomó y trasladó al cielo en un carro de fuego, antes de que viniese el juicio que había anunciado sobre Israel (2 R. 2:11). Enoc fue llevado por Dios antes de que se produjera el juicio sobre el mundo, evidencia de que su vida había agradado al Señor. El apócrifo Eclesiástico dice de Enoc: *"Enoc agradó al Señor, y fue trasladado, ejemplo de conversión para las generaciones"* (Eclo. 44:16). Es también muy interesante el relato que se hace de la vida de Enoc en el apócrifo de Sabiduría, en donde se lee: *"Por se agradable a Dios fue amado, viviendo entre pecadores fue trasladado, fue arrebatado para que la malicia no cambiase su inteligencia, ni la falsedad sedujese su alma; pues la fascinación de la frivolidad obnubila lo bueno, y el frenesí del deseo socava el espíritu inocente. Convirtiéndose en perfecto en poco tiempo llenó largos años. Por ser su vida agradable al Señor, por eso le sacó con urgencia de en medio de la maldad. Los pueblos lo vieron y*

[16] Griego μετατίθημι.

no comprendieron, ni se metieron en su corazón que hay favor y misericordia con sus elegidos, y visitación para sus santos" (Sab. 4:10-15). Se hace evidente que a Enoc se le considera como justo delante de Dios, por tanto es ejemplo de fe que compromete al creyente en una vida de santidad personal que la fe impulsa.

De igual modo la fe de los creyentes en Cristo, provee de salvación y genera en cada uno la esperanza de ser trasladados también a la presencia de Dios, conforme a la promesa del Señor (Jn. 14:1-4), antes de que el juicio de Dios sobre el mundo pecador se produzca. En cierta medida la traslación de Enoc y de Elías es una referencia en la antigüedad de la promesa generalizada para los creyentes en esta dispensación (1 Ts. 4:15-17).

6. Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan.

χωρὶς δὲ πίστεως ἀδύνατον εὐαρεστῆσαι· πιστεῦσαι γὰρ δεῖ
Pero sin fe imposible agradar. Porque creer es necesario
τὸν προσερχόμενον τῷ Θεῷ ὅτι ἔστιν καὶ τοῖς ἐκζητοῦσιν αὐτὸν
al que se acerca - a Dios que existe y a los que buscan a Él
μισθαποδότης γίνεται.
remunerador se hace.

Notas y análisis del texto griego.

Un principio general y una argumentación concluyente se expresan en el versículo: χωρὶς, preposición de genitivo *sin*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ, que en castellano debería preceder a la preposición; πίστεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *fe*; ἀδύνατον, caso nominativo neutro singular del adjetivo *imposible, imposibilidad*; εὐαρεστῆσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo εὐαρεστέω, *ser agradable a*, aquí como *agradar*. La conclusión se escribe: πιστεῦσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo πιστεύω, *creer*, aquí como *creer*; γὰρ, conjunción causal *porque*, actuando como *conjunción coordinativa*; δεῖ, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo impersonal δεῖ, cuya conjugación está constituída por las terceras personas de singular de los tiempos de δέω, que designa una necesidad absoluta, los enunciados que se forman con este verbo tienen carácter absoluto, *faltar necesitar, hace falta, se necesita*, aquí como *es necesario*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; προσερχόμενον, caso acusativo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo προσέρχομαι *acercarse*, aquí como *que se acerca*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεῷ, caso dativo masculino singular del nombre *Dios*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de*

modo que, puesto que; ἔστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *es*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado declinado *a los*; ἐκζητοῦσιν, caso dativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ἐκζητέω, *buscar, pedir cuentas, indagar, requerir,* aquí como *que busca*; αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal declinado *a Él*; μισθαποδότης, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *premiador, galardonador, remunerador*; γίνεται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, hacerse, ser hecho, convertirse en*, aquí como *se hace.*

El versículo establece un principio general χωρὶς δὲ πίστεως ἀδύνατον εὐαρεστῆσαι, *"sin fe es imposible agradar"*. La afirmación se establece después del ejemplo de Enoc, como hombre de fe. La fe de Enoc fue el modo de *agradar a Dios*, al igual que cualquier otro creyente en cualquier tiempo. La conclusión establecida alcanza tanto al versículo en sí como al anterior: Enoc que le agradó es porque tenía y vivía en fe. En el texto griego del versículo no se lee *"agradar a Dios"*, simplemente está escrito *"es imposible agradar"*, pero se sobreentiende que el sujeto al que se agrada es Dios mismo, con quien había caminado Enoc. La fe que se deposita en Dios para salvación, es la misma fe que dinamiza y conduce la vida del creyente luego de la justificación, en el tiempo de la santificación práctica. Esta vida de fe descansa plenamente en Dios entendiendo que todas sus promesas serán cumplidas porque es absolutamente fiel. La fe conduce a una dependencia del Señor, que le agrada. El creyente está llamado a una vida nueva en una esfera nueva, consistente en *vivir* en la fe (Gá. 2:20). Muchas veces los creyentes son capaces de *definir* la fe, pero incapaces de *vivir* la fe. Lo que agrada a Dios no son conocimientos intelectuales, sino una vivencia consistente en una vida que depende continuamente de Él y vive a Jesucristo en la dinámica de la fe, haciendo que el Señor sea la razón absoluta de la vida (Fil. 1:21).

Πιστεῦσαι γὰρ δεῖ τὸν προσερχόμενον τῷ Θεῷ ὅτι ἔστιν καὶ τοῖς ἐκζητοῦσιν αὐτὸν μισθαποδότης γίνεται. Luego de establecer el principio general, alcanza la conclusión aplicativa a todo creyente. La primera manifestación de la vida en la fe consiste en conocer experimentalmente la propia existencia de Dios, es decir, que Dios existe como el único y sabio Dios (1 Ti. 1:17). No se trata de aceptar crédulamente la existencia de Dios, sino que la fe hace visible al Invisible (Ro. 1:20). Cristo en cada salvo hace visible a quien nadie, de otro modo, hubiera podido *ver* ni conocer (Jn. 1:18; 14:9). La fe establece una relación de dependencia continua con aquel que habita en luz inaccesible (1 Ti. 6:16). Es imposible acercarse a este Dios infinito e invisible para rendirle culto y servicio, sin que se crea que existe, no sólo como Dios absoluto sobre todo, sino como Dios personal que puede tener comunión con la criatura. La segunda manifestación de la fe en Dios, junto con su existencia, es

la aceptación de que es *remunerador*, en bendiciones para quienes le buscan. Esta fe firme en Dios se hace extensiva a su Palabra. En ella hay promesas de galardón, como ya se ha considerado anteriormente, para quienes le buscan o para quienes se acercan a Él, que sólo es posible mediante la fe. Esta fe firme se hace extensiva a su Palabra. No hay diferencia la Palabra de Dios es fiel porque procede de Dios y sus promesas se cumplirán sin ningún tipo de duda porque son promesas de Él. En la Palabra hay promesas de galardón para quienes le buscan o se acercan a Él, que solo es posible mediante la fe. Esa es la verdad conocida desde antiguo. Y manifestada por Dios mismo a Abraham: *"Después de estas cosas vino la palabra de Jehová a Abram en visión, diciendo: No temas, Abram; yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande"* (Gn. 15:1).

Es cierto que para gozar la amistad y comunión con Dios y de las bendiciones que conlleva, es necesario creer que esa amistad y comunión existen, eso es de pura lógica. Sin embargo, el versículo tiene otro alcance mucho mayor, que se descubre desde una traducción más literal: Πιστεῦσαι γὰρ δεῖ τὸν προσερχόμενον τῷ Θεῷ ὅτι ἔστιν καὶ τοῖς ἐκζητοῦσιν αὐτὸν μισθαποδότης γίνεται, *"Pero sin fe imposible agradar. Porque creer es necesario al que se acerca a Dios, que existe, y a los que le buscan, remunerador se hace"*. Es decir, el que se acerca a Dios tiene que ser creyendo, esto es, en fe. Pero, no es tanto creer que existe, sino que su existencia es una verdad incuestionable. El que se acerca a Dios, se acerca a Dios *que existe* y que además *se hace remunerador* para los tales. El que se acerca a Dios se acerca al Dios vivo, que existe, y al Dios que remunera, da el pago en justicia, no sólo al que se acerca, sino a todos (Gá. 6:7). Estas dos verdades condicionan el respeto reverente que debe tenerse cuando en fe nos acercamos a Dios. Como entonces, el creyente de esta dispensación cree en el amor personal que Dios le manifiesta (1 Jn. 4:16). La fe provee de convicción para aceptar y vivir en esa relación. Esa es la principal causa por la que el creyente *"se acerca"* a Dios, porque no sólo le ofrece Su amistad, sino también le otorga en gracia, sin mérito alguno, las bendiciones que traen aparejadas la vida de fe.

Noé (11:7).

7. Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca en que su casa se salvase; y por esa fe condenó al mundo, y fue hecho heredero de la justicia que viene por la fe.

Πίστει χρηματισθεὶς Νῶε περὶ τῶν μηδέπω βλεπομένων, εὐλαβηθεὶς
Por fe siendo avisado Noé acerca de lo que aún no se ven siendo reverente
κατεσκεύασεν κιβωτὸν εἰς σωτηρίαν τοῦ οἴκου αὐτοῦ δι' ἧς
preparó arca para salvación de la casa de él por medio de la que

κατέκρινεν τὸν κόσμον, καὶ τῆς κατὰ πίστιν δικαιοσύνης ἐγένετο
condenó al mundo y de la según fe de justicia vino a ser
κληρονόμος.
heredero.

Notas y análisis del texto griego.

Un nuevo ejemplo de la vida de fe en la figura de Noé, escribiendo: Πίστει, de nuevo caso instrumental de πίστις, aquí como dativo femenino singular del sustantivo *fe*; χρηματισθεὶς, caso nominativo masculino singular del participio aoristo primero en voz pasiva del verbo χρηματίζω, *dar instrucciones, revelar, instruir, recibir aviso*, aquí como *siendo avisado*; Νῶε, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Noé*; περὶ, preposición de genitivo *acerca*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado declinado *de lo*; μηδέπω, adverbio *aún no, ni una vez*; βλεπομένων, caso genitivo neutro plural del participio de presente en voz pasiva del verbo βλέπω, *ver, mirar, fijarse,* aquí como *que se ven*; la traducción al español de la expresión sería: *que aún no se ven*; εὐλαβηθεὶς, caso nominativo masculino singular del participio aoristo primero en voz pasiva del verbo εὐλαβέομαι, *tener temor reverente, tener temor religioso,* aquí como *siendo reverente*; κατεσκεύασεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo κατασκευάζω, *preparar, disponer, construir,* aquí como *preparó*, o *construyó*; κιβωτὸν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *cofre, arca*; εἰς, preposición de acusativo *para*; σωτηρίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *salvación*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; οἴκου, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *casa, comunidad familiar, familia*, aquí como *casa*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de él*; δι' forma contracta de la preposición de genitivo διά, aquí como *por medio, a causa*; ἧς, caso genitivo femenino singular del pronombre relativo declinado *de la que*; κατέκρινεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo κατακρίνω, *condenar*, aquí como *condenó*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; κόσμον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *mundo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; κατὰ, preposición de acusativo *según*; πίστιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *fe*; δικαιοσύνης, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de justicia*; ἐγένετο, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, originarse, venir a ser,* aquí como *vino a ser*; κληρονόμος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *heredero.*

Πίστει χρηματισθεὶς Νῶε. El tercer personaje que toma como ejemplo de la vida de fe es Noé. Éste fue biznieto de Enoc, citado antes. Es también el último de los diez patriarcas antediluvianos. Su padre Lamec tenía ciento ochenta y dos años cuando nació Noé (Gn. 5:28-29). La Biblia lo califica como *varón justo* (Gn. 6:9), alcanzando la salvación por gracia que halló ante el Señor (Gn. 6:8). Por esa razón fue un *"varón perfecto en sus generaciones"*, es decir,

de testimonio fiel y de vida conforme a la voluntad de Dios. La comunión con Dios en la vida de fe se pone de manifiesto en el hecho de que, como su bisabuelo Enoc, también *"caminó con Dios"* (Gn. 6:9).

Los tiempos en que vivió Noé eran de alta expresión de pecado y maldad entre los hombres. Anteriormente Dios había observado la intimidad de aquella sociedad, dictando un testimonio elocuente: *"Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal"* (Gn. 6:5). Es muy posible que la influencia diabólica en la sociedad de aquel mundo se manifestase en muchos modos. Posiblemente algunos de los ángeles caídos, se habían materializado y habían entrado en relación con las mujeres engendrándoles hijos (Gn. 6:2). Relación que Dios prohibió luego poniendo a esos ángeles en prisiones reservándoles para el día del juicio (Jud. 6). Una de las características de aquella sociedad era su incredulidad al mensaje de Dios, por tanto a Dios mismo. Ninguno de aquel tiempo aceptó que el juicio de Dios se avecinaba sobre el mundo, a causa del pecado, y perecieron todos en el diluvio. Era un tiempo de absoluto olvido de Dios. Vivía en una sociedad que maquinaba maldades permanentemente (Gn. 6:5). Era un tiempo que anticipaba la ira de Dios sobre la maldad de los hombres, ya que Dios había determinado un período de gracia para aquella humanidad de ciento veinte años que se cumplieron en el comienzo del diluvio (Gn. 6:3). No era que Dios limitaba la vida del hombre a sólo ciento veinte años, como algunos interpretan, sino que le concedía ciento veinte años para que aquella sociedad dejara el pecado y volviera a Dios. Los tiempos de Noé eran de una violencia generalizada, como atestigua Moisés: *"Y se corrompió la tierra delante de Dios, y estaba la tierra llena de violencia"* (Gn. 6:11). La inmoralidad era la tónica de comportamiento humano de entonces, practicando aberrantes pecados que corrompían la tierra (Gn. 6:12). Pero, también era un tiempo en donde la gracia de Dios aún se manifestaba; Noé hallo gracia y el mundo de entonces tuvo en Nóe, como pregonero de justicia, un tiempo de ciento veinte años para arrepentirse (Gn. 6:8; 2 P. 2:5).

Dios hizo una revelación a Noé sobre el futuro que se avecinaba: Πίστει χρηματισθεὶς Νῶε περὶ τῶν μηδέπω βλεπομένων *"cuando fue advertido por Dios acerca de las cosas que aún no se veían"*. El verbo que se utiliza aquí y que se traduce como *advertir*[17], se usa en otros lugares para referirse a comunicados que Dios da a alguna persona advirtiéndole de algo e indicándole lo que debía hacer, como es el caso del aviso que José, el marido de María, recibió del ángel indicándole que Herodes pretendía matarlo e instruyéndolo para que fuese a Egipto, y su posterior regreso (Mt. 2:12, 22). Dios comunicó a

---

[17] Griego χρηματίζω.

Noé un mensaje de juicio sobre el mundo. Tuvo revelación directa de los planes divinos para destruir la humanidad y del modo en que podrían salvarse los que creyesen al mensaje divino que advertía del juicio. El objeto de fe se deja ver en la expresión περὶ τῶν μηδέπω βλεπομένων, *"las cosas que aún no se veían"*. Estos acontecimientos futuros, que tenían que ver con el diluvio, debían ser aceptados por fe, como palabra proveniente de Dios. El verdadero creyente acepta convencido el mensaje que Dios da para el futuro, en razón de la fe, que no solo lleva a aceptar la palabra en sí, sino que le da consistencia y sustancia, como se indica antes (11:1).

La reacción de la fe es evidente: εὐλαβηθεὶς κατεσκεύασεν κιβωτὸν εἰς σωτηρίαν τοῦ οἴκου αὐτοῦ, *"Con temor preparó el arca en que su casa se salvase"*. Noé era *temeroso de Dios*, es decir, era un hombre piadoso que conocía a Dios y le creía en todas sus palabras. Como creyente en la fidelidad de Dios, comenzó a construir el arca, medio de salvación según la voluntad divina (Gn. 6:13-16). Dios demanda algo contrario a la lógica y razón humana, que solo se acepta y ejecuta actuando por fe. Algunos traducen el calificativo dado a Noé como *devoto*, aunque realmente implica el ser *piadoso, o temeroso de Dios.* Quien es reverente ante Dios, es creyente en la fidelidad de Dios. Por esa razón, a pesar de lo *ilógico* que pudiera ser para la perspectiva humana, Noé comenzó a construir el arca.

La fe de Noé trajo una consecuencia para el mundo: δι᾽ ἧς κατέκρινεν τὸν κόσμον, *"Y por esa fe condenó al mundo"*. Aquel hombre de fe antediluviano fue llamado por Dios a evangelizar a su generación. Dios envió a los de aquel entonces un *pregonero de justicia* (2 P. 2:5). Esta referencia bíblica sitúa a Noé como evangelizador en su tiempo. Era predicador de un mensaje de buenas noticias que advertía por un lado del juicio que se avecinaba sobre el mundo a causa del pecado, y anunciaba el elemento de salvación para aquellos que era refugiarse en el arca que estaba construyendo. El arca es figura de Jesucristo, en quien hay salvación, como único medio dispuesto por Dios (Hch. 4:12). Era un mensaje que tenía que ver con la justicia de Dios y la denuncia del pecado. Los oyentes del mensaje tenían que recibirlo por medio de la fe, puesto que nada hacía presagiar -humanamente hablando- el juicio de Dios. El mensaje era respaldado por el propio testimonio de vida del predicador Noé, que era un hombre justo (Gn. 7:1), y era perfecto, en contraste con los impíos de su tiempo (Gn. 6:5-6, comp. 6:9). Si era predicador del evangelio -no importa la forma de hacerlo en aquel tiempo, ni el contenido del mensaje que podía expresar- tenía que tener el auxilio del Espíritu de Dios para dar fuerza al mensaje y tocar el corazón de los oyentes. Ese es el testimonio bíblico: *"Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en Espíritu, en el cual también fue y predicó a los espíritus encarcelados, los*

que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua" (1 P. 3:18-20). Quiere decir que Noé, en el poder del Espíritu, predicó el evangelio a los hombres de su generación antes del diluvio, mientras trabajaba en la construcción del arca. Aquel mismo trabajo ya constituía un verdadero mensaje que advertía del juicio venidero y del medio de salvación que se estaba aparejando. Los antediluvianos resistieron, no al mensaje de Noé, sino al de Dios por medio de Noé. Noé predicó, pero sin éxito, ya que nadie de aquel entonces, salvo él y su familia se salvaron por fe, entrando en el arca antes de que se iniciara el diluvio. Fue, pues, una resistencia al Espíritu Santo que actuaba con el *pregonero de justicia*. Aquellos rebeldes que murieron anegados por las aguas, son ahora *espíritus encarcelados*, sin posibilidad de salvación, a quienes aguarda el juicio final ante el trono blanco que establecerá su destino eterno en la condenación (Ap. 20:11-15). Noé condenó al mundo por incredulidad al mensaje que él predicaba en nombre de Dios.

Sólo él y su familia fueron hechos καὶ τῆς κατὰ πίστιν δικαιοσύνης ἐγένετο κληρονόμος, *"herederos de justicia que viene por la fe"*. La fe de Noé se expresaba visiblemente en el compromiso con Dios (Gn. 6:22). El término *heredero*[18], define al que recibe algo prometido, por tanto, como la justificación delante de Dios se alcanza sólo por la fe, Noé fue heredero de justicia porque creyó a Dios. La fe como *medio* para alcanzar la salvación es una enseñanza bíblica sumamente clara y enfática (cf. Hab. 2:4; Ro. 1:17; Gá. 3:11; He. 10:38). Dios testifica de la justificación de quien Dios declara como justo delante de Él en su generación (Gn. 7:1). Como justo, por sí mismo, no hay ni siquiera uno (Ro. 3:10). Por tanto, Noé era considerado por Dios como justo a causa de su fe (Ro. 5:1).

El testimonio más evidente de la consecuencia de la fe en relación con Dios, es el pacto que Él estableció con Noé (Gn. 9:11-17). Este pacto establecía una nueva administración en la tierra que se conoce como del *gobierno humano*. En este orden el hombre es responsable de gobernar el mundo para Dios. Los elementos del pacto con Noé son los siguientes: Se confirma el orden que Dios establece sobre la naturaleza a perpetuidad (Gn. 8:22); se establece el gobierno humano (Gn. 9:1-6); se garantiza que la tierra no volvería a sufrir otro diluvio (Gn. 8:21; 9:11). La garantía del pacto se estableció mediante el *arco*, *arco iris*, que se mostraría en el cielo, cuando vinieran nubes de tormenta y descargaran agua sobre la tierra (Gn. 9:14). Dios bendice al hombre de fe.

---

[18] Griego κληρονόμος.

Abraham (11:8-19).

8. Por fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba.

Πίστει καλούμενος ᾿Αβραὰμ ὑπήκουσεν ἐξελθεῖν εἰς τόπον ὃν
Por fe siendo llamado Abraham obedeció para salir a lugar al que
ἤμελλεν λαμβάνειν εἰς κληρονομίαν, καὶ ἐξῆλθεν μὴ ἐπιστάμενος
había de recibir por herencia, y salió no sabiendo
ποῦ ἔρχεται.
a donde iba.

Notas y análisis del texto griego.

Introduce la larga cita sobre Abraham escribiendo: Πίστει, caso instrumental de πίστις, aquí como dativo femenino singular del sustantivo declinado *por fe*; καλούμενος, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz pasiva del verbo καλέω, *llamar,* aquí como *siendo llamado*; ᾿Αβραὰμ, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Abraham*; ὑπήκουσεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὑπακούω, *obedecer, ser obediente*, aquí como *obedeció*; ἐξελθεῖν, aoristo de infinitivo en voz activa del verbo ἐξέρξομαι, salir, aquí como *salir*, mejor en el sentido de la expresión *para salir*; εἰς, preposición de acusativo *a*; τόπον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *lugar*; ὃν, caso acusativo masculino singular del pronombre relativo declinado *al que*; ἤμελλεν, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo μέλλω, *estar a punto de, haber de,* aquí como *había de*; λαμβάνειν, presente de infinitivo en voz activa del verbo λαμβάνω, *recibir*; εἰς, preposición de acusativo *por*; κληρονομίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *herencia*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐξῆλθεν tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἐξέρχομαι, *salir* aquí como *salió*; μή, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*; ἐπιστάμενος, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo ἐπίσταμαι, *saber, entender,* aquí como *sabiendo*; ποῦ, adverbio interrogativo *donde, adónde*, aunque en castellano puede convertirse den adverbio relativo *adonde,* como traducen la mayoría; ἔρχεται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo ἔρχομαι, *ir, salir,* aquí como *iba*.

Πίστει καλούμενος ᾿Αβραὰμ. Después del diluvio, Abraham es uno de los mayores ejemplos de fe. La fe del patriarca se pone de manifiesto en la obediencia al llamado de Dios. Abraham era descendiente de Noé por la línea de su segundo hijo Sem, (Gn. 5:32; 10:1). Su padre se llamaba Taré y era un hombre idólatra que vivía en un mundo idólatra (Jos. 24:2). No es de extrañar que, en alguna medida, Abraham estuviese involucrado en las mismas formas y costumbres de su padre. Taré tuvo tres hijos: Abraham, Harán, y Nacor (Gn. 11:26). Harán a su vez tuvo una hija, Milca (Gn. 11:29) que se casó con su tío

Nacor, hermano de Abraham. Abraham se casó con su media hermana Sara, hija de su padre Taré, pero no de su madre (Gn. 20:12). Era una mujer muy bella, de modo que cuando fue a Egipto, por temor a que lo matasen a causa de su esposa, la hizo pasar por hermana suya.

Su residencia era Ur, cuyas ruinas se encuentran situadas en el promontorio llamado Tell el-Miqaiyar, a unos trescientos cincuenta y cuatro kilómetros al sudeste de Bagdad. Posiblemente en tiempos de Abraham estuviese casi al borde el Eufrates, aunque hoy en día está a unos dieciséis kilómetros de ese río. Como era costumbre en las ciudades antiguas tenía en un promontorio un ziggurat, o torre del templo con su área sagrada alrededor. Este promontorio dedicado el templo, estaba hecho de ladrillos y betún, y cubría un área de ciento ochenta y tres por ciento treinta y siete metros y sesenta y cuatro de altura. Las excavaciones efectuadas en el montículo desenterraron, entre otras cosas, las tumbas reales que datan de unos dos mil seiscientos años a.C. Dichas tumbas arrojan mucha luz sobre las costumbres y, sobre todo, sobre la opulencia de la ciudad. Se estima en más de medio millón de habitantes la población de la ciudad en tiempos de Abraham. Entre los objetos desenterrados en las excavaciones apareció un yelmo de oro, y dagas del mismo metal. Joyas personales de finas filigranas de oro, vasos de oro para agua, arpas y liras de oro y plata decoradas con cabezas de animales, son elementos descubiertos y desenterrados en el montículo de las ruinas de la ciudad.

No cabe duda que Abraham vivía en un lugar de alto nivel en relación con la civilización y el mundo de la antigüedad, lo que hace aún más sorprendente el hecho de abandonar el lugar de su residencia, donde tenía su forma de vida y en donde era, posiblemente, un hacendado rico. La primera manifestación de fe le lleva a abandonar su hogar por uno que desconocía, saliendo sin saber su lugar de destino (Gn. 12:1-3). La evidencia de la fe se manifiesta en obediencia: Πίστει... ὑπήκουσεν, *"por fe… obedeció"*. La costumbre natural de enfatizar a los que consideramos como grandes, impide ver en la vida de Abraham, la lógica de la fe. Antes, el escritor enseñó que la fe da sustancia y establece firmeza para lo que se espera y pone en evidencia aquello que aún no se ve porque procede de promesas de Dios. La fe admirable de Abraham que deja todo cuanto le rodea para ir hacia un lugar desconocido simplemente porque Dios le llamó, no surge simplemente de un llamado que Abraham oyó de alguna manera y que entendió que era voz de Dios. Esteban en su discurso ante el Sanedrín establece la clave para esa obediencia, ya que el llamado se produjo después de que el Dios de la gloria se le apareciese (Hch. 7:2-5). Abraham salió porque ya conocía por revelación al *"Dios de la gloria"* y confiaba en sus promesas. La gloria de Ur, las riquezas, la posición social, eran mucho menores que la gloria de Dios que se le había aparecido. Cualquier cosa que el glorioso Dios le demandara podía asumirlo confiadamente porque no había gloria

humana que pudiera compararse con Su gloria. La fe en Dios le llevaba a dejar Ur, centro de la civilización de entonces, para salir hacia lo desconocido: ἐξελθεῖν εἰς τόπον ὃν ἤμελλεν λαμβάνειν εἰς κληρονομίαν, *para salir al lugar que había de recibir por herencia*. La fe se evidencia en la prontitud de al obediencia. Aquella fe se manifiesta como genuina, por cuanto: *"Creó a Jehová, y le fue contado por justicia"* (Gn. 15:6). Abraham que había depositado su fe en Dios, ya no anhelaba o tenía como objetivo lo que la sociedad rica de entonces pudiera darle, sino que esperaba promesas procedentes de Dios que serían cumplidas, mucho mayores que cualquier magnificencia temporal de los hombres. Sin embargo, la promesa de una herencia mucho mayor que todo lo que tenía, no le fue dada en el primer llamado, sino después de la separación de su sobrino Lot (Gn. 13:14ss). Realmente aunque Abraham salió καὶ ἐξῆλθεν μὴ ἐπιστάμενος ποῦ ἔρχεται, *"sin saber a donde iba"*, no era para él un camino hacia lo desconocido sino hacia el lugar que preparaba para él el Dios de la gloria. No conocía el lugar, pero conocía a quien le llamaba y podía confiar en Él.

9. Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa.

Πίστει παρῴκησεν εἰς γῆν τῆς ἐπαγγελίας ὡς ἀλλοτρίαν ἐν
Por fe vivió como extranjero en tierra de la promesa como ajena en
σκηναῖς κατοικήσας μετὰ ᾿Ισαὰκ καὶ ᾿Ιακὼβ τῶν συγκληρονόμων
tiendas morando con Isaac y Jacob los coherederos
τῆς ἐπαγγελίας τῆς αὐτῆς·
de la promesa - misma.

Notas y análisis del texto griego.

Prosigue la referencia a la fe de Abraham escribiendo: Πίστει, caso instrumental de πίστις, aquí como dativo femenino singular del sustantivo declinado *por fe*; παρῴκησεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo παροικέω, *vivir al lado, vivir como extranjero, adoptar residencia como extranjero*, el verbo es un tecnicismo en la LXX para designar a los extranjeros que vivían en Israel sin tener derecho de ciudadanía, aquí como *habitó como extranjero*; εἰς, preposición de acusativo *en*; γῆν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *tierra*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ἐπαγγελίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *promesa*; ὡς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; ἀλλοτρίαν, caso acusativo femenino singular del adjetivo *ajena*; ἐν, preoposición de dativo *en*; σκηναῖς, caso dativo femenino plural del sustantivo que denota *tiendas, tabernáculos*; κατοικήσας, caso nominativo masculino singular del participio aoristo primero en voz activa del verbo κατοικέω, *morar, residir en un lugar*, aquí como *morando*; μετὰ, preposición de genitivo *con*; ᾿Ισαὰκ, caso nominativo masculino

singular del nombre propio *Isaac*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ᾿Ιακὼβ, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Jacob*; τῶν, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *los*; συγκληρονόμων, caso genitivo masculino plural del adjetivo *coheredero*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ἐπαγγελίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *promesa*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del adjetivo *idéntica, misma, no otra*.

Πίστει παρῴκησεν εἰς γῆν τῆς ἐπαγγελίας ὡς ἀλλοτρίαν. La vida en la esfera de la fe conlleva la condición de peregrino en el creyente. En el llamamiento a Abraham, Dios le había prometido hacer de él una nación grande, pero fue más adelante cuando le prometió darle la tierra a donde iba (Gn. 15:7). Abraham salió por el llamado de Dios y llegó a Canaán (Gn. 12:5). Allí, dice el texto bíblico, *"plantó su tienda"* (Gn. 12:8). Aquella tierra sería la tierra de la promesa, pero el escritor recalca que παρῴκησεν, *"habitó como extranjero"*, quiere decir que estaba morando como peregrino en lo que sería su heredad. Aquella era la tierra de la promesa, pero no tuvo posesión ninguna en ella durante toda su vida. Era ya su *pertenencia* que la aceptaba por fe, como promesa de Dios, pero no había de ser su *posesión*. Aunque potencialmente toda aquella tierra podía considerarla como suya porque Dios se la había prometido, tuvo que comprar una pequeña porción en lo que era su heredad, para enterrar en ella a su esposa Sara (Gn. 23:14).

᾿Εν σκηναῖς κατοικήσας μετὰ ᾿Ισαὰκ καὶ ᾿Ιακὼβ τῶν συγκληρονόμων τῆς ἐπαγγελίας τῆς αὐτῆς· La condición de peregrino era compartida también por sus descendientes Isaac y Jacob, que, por ser hijos de Abraham, era coherederos de la misma promesa. Estos moraban como su padre en tiendas, forma propia de quien es un peregrino y no un residente. Eran los tres forasteros en tierra propia, morando como si fuesen extranjeros autorizados a residir en un país fuera del suyo. La condición de un peregrino se reduce a dos cosas: una tienda y un altar. Abraham edificó altar a Dios al llegar a la tierra de su peregrinación (Gn. 12:7).

La fe convierte en peregrino al que antes era ciudadano del mundo. Esa es la condición que destaca el apóstol Pedro para el creyente: *"Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos"* (1 P. 2:11). Como Abraham tenemos promesas de Dios sobre un lugar que Jesús prepara para nosotros. Antes éramos del mundo, pero ahora somos extranjeros que peregrinamos por el mundo buscando la ciudad celestial conforme a la promesa del Señor (Jn. 14:1-4). La orientación del creyente es, por causa del llamado, una orientación celestial (Col. 3:1), y la ciudadanía de quien vive por fe es también celestial (Fil. 3:20). Una morada transitoria y un altar de entrega de vida (Ro. 12:1), son los

elementos que conforman aquí la condición de quienes somos peregrinos. La gran demanda de la fe es haber colocado en segundo lugar los privilegios temporales para alcanzar las bendiciones eternas. El apóstol Pablo lo recuerda en propia experiencia: *"Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo… a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a Él en su muerte"* (Fil. 3:8, 10). La gloria de Dios se hace de tal manera admirable en la Cruz de Cristo que cualquier gloria personal queda cancelada ante ella, como el mismo apóstol dice: *"Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo"* (Gá. 6:14).

10. Porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios.

ἐξεδέχετο γὰρ τὴν τοὺς θεμελίους ἔχουσαν πόλιν ἧς τεχνίτης καὶ
Porque aguardaba a la los fundamentos que tiene ciudad de la que arquitecto y
δημιουργὸς ὁ Θεός.
constructor - Dios.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad añade: ἐξεδέχετο, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz media del verbo ἐκδέχομαι, *esperar, aguardar,* aquí como *aguardaba*, seguido de γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al verbo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado declinado *a la*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; θεμελίους, caso acusativo masculino plural del sustantivo que denota *cimientos, fundamentos*; ἔχουσαν, caso acusativo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí como *que tiene*; πόλιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *ciudad*; ἧς, caso genitivo femenino singular del pronombre relativo declinado *de la que*; τεχνίτης, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *arquitecto, diseñador*; καὶ, conjunción copulativa *y*; δημιουργὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo *constructor*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, no utilizable en castellano cuando precede a nombre propio; Θεός, caso nominativo masculino singular del nombre *Dios*.

Ἐξεδέχετο γὰρ τὴν τοὺς θεμελίους ἔχουσαν πόλιν ἧς τεχνίτης καὶ δημιουργὸς ὁ Θεός. La visión del hombre de fe se establece en una esperanza fundamentada. No es tanto el regalo de tierra, sino las bendiciones celestiales que anhela. Para Abraham y sus hijos la tienda de campaña era sólo algo transitorio y provisional, él tenía un llamamiento divino y, por tanto, celestial. La razón por la que se consideraban como extranjeros y peregrinos,

aunque la tierra donde estaban le había sido prometida por Dios mismo, por tanto, podían ya considerarla como suya, era la fe que motivaba su vida y la elevaba a planos superiores a lo que Salomón llama *la vida debajo del sol.* La tierra prometida era un símbolo de la otra herencia celestial, ya que la fe les hacía desear la ciudad con fundamentos cuyo arquitecto y constructor es Dios mismo.

Este punto de vista celestial, afecta en gran medida al *dispensacionalismo extremo*, que vincula las promesas para Israel como terrenales y las de la iglesia como celestiales. Esto obliga a hacer distinciones en relación con el reino de Dios y el reino de los cielos, considerando el primero como algo genérico y el segundo como específicamente establecido para Israel y concretado al gobierno del Mesías en la tierra. Las promesas hechas a Abraham, Isaac y Jacob en cuanto a tierra, las extensivas luego a David en cuanto a reino terrenal, serán cumplidas, como promesas fieles de Dios en el tiempo del reino milenial de Jesucristo, pero las distinciones entre Israel e Iglesia en cuanto a esperanza alcanzada por medio de la fe, no tienen distinción alguna. El apóstol Pablo enseña que luego de la Cruz, se ha derribado la pared divisoria entre judíos y gentiles para integrarse ambos en un solo hombre, haciendo la paz (Ef. 2:15). Quiere decir que la fe que justifica y salva, congrega a todos los salvos en una única unidad como pueblo de Dios. La radicalización de las divisiones de pueblos se extingue en la nueva creación de Dios. La ciudad Santa, lugar prometida a la iglesia (Jn. 14:1-4), era también promesa aceptada por la fe para los antiguos. El concepto de dos esposas: Israel la esposa de Dios y la Iglesia esposa de Cristo, no se sustenta en base bíblica. Ambos pueblos, los genuinos pueblos de Dios, que son los salvos por fe y no los descendientes biológicos de una determinada persona, son considerados tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, en una relación de intimidad con Dios que se establece en la figura de esposa y Esposo. Ambos pueblos hechos uno en el conjunto único de los salvos que como Abraham -y los anteriores a él- son de la misma familia de la fe, están vinculados con Dios en la plena intimidad que descansa en la justificación y adopción, y que sólo es comparable con la relación de los esposos en el matrimonio.

Los creyentes de esta dispensación esperan promesas celestiales, aún cuando disfrutarán de la gloriosa realidad futura del reino de Dios en la tierra. Estos, como los antiguos, son ciudadanos celestiales porque son de proyección eterna a causa de la salvación por gracia mediante la fe. La ciudadanía de los creyentes es siempre celestial (Fil. 3:20). El llamamiento de los creyentes es un llamamiento celestial (He. 3:1). Por esa razón el creyente Abraham tenía una esperanza firme. La ciudad que esperaba tenía fundamentos sólidos, no se trataba de una ciudad temporal, por grande que fuese como era el caso de Ur, que con el tiempo se extingue y queda en el olvido. Esa ciudad no era

comparable tampoco con la tienda en que habitaba. El *arquitecto* es celestial, y el sentido que tiene el término griego utilizado[19] no se refiere sólo a un técnico capaz de construir una ciudad, sino a un artista que la decora y ultima embelleciéndola hasta en el más mínimo detalle. De esta ciudad celestial se considerará más ampliamente en el próximo capítulo, dejando para ese lugar los detalles sobre la ciudad celestial (12:22). Este que es el τεχνίτης *artífice*, diseñador divino de la ciudad, es también δημιουργὸς, *constructor* de ella. El sustantivo que se utiliza en el texto griego[20] significa literalmente *hacedor*, expresa la idea de alguien que trabaja para el público, un artesano o un constructor. Quiere dar el sentido de que la ciudad celestial será una absoluta realidad divina que sólo Dios trae a la existencia, diseñándola y construyéndola Él mismo. Es una ciudad propia del *Dios vivo* que lo había llamado. La ciudad era conocida, deseada y esperada por la fe. Por tanto, las dificultades, aflicciones, incomodidades de la vida del peregrino se superan sin problemas porque la fe sustancia en el creyente la gloria de la ciudad celestial. Cada prueba en la vida de fe genera un cada vez más excelente y eterno peso de gloria, porque el creyente no mira *"las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas"* (2 Co. 4:17-18).

11. Por la fe también la misma Sara, siendo estéril, recibió fuerza para concebir; y dio a luz aun fuera del tiempo de la edad, porque creyó que era fiel quien lo había prometido.

Πίστει[1] καὶ αὐτὴ Σάρρα στεῖρα δύναμιν εἰς καταβολὴν σπέρματος
Por fe también la misma Sara estéril poder para concepción de descendencia
ἔλαβεν καὶ παρὰ καιρὸν ἡλικίας, ἐπεὶ πιστὸν ἡγήσατο τὸν
recibió también fuera de tiempo de edad puesto que fiel consideró al
ἐπαγγειλάμενον.
que había prometido.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica Textual. Lecturas alternativas.

[1] Πίστει καὶ αὐτὴ Σάρρα στεῖρα δύναμιν, *por fe también la misma Sara estéril poder,* atestiguada en **p**[46], D*, Ψ, it[ar, c, d, dem, div, e, f, z], vg, syr[p].

Πίστει καὶ αὐτὴ Σάρρα δύναμιν, *por fe también la misma Sara poder*, aparece en **p**[13vid], א, A, D[c], D, 33, 181, 326, 330, 451, 614, 629, 630, 1877, 2492, *Lec. Biz.* Cristóstomo, Teodoreto, Juan Damasceno.

[19] Griego τεχνίτης.
[20] Griego δημιουργὸς.

Πίστει καὶ αὐτὴ Σάρρα ἡ στεῖρα δύναμιν, *por fe también la misma Sara, la estéril, poder*, se lee en Db[vid], 81, 88, 1241, 1739, 1881, 1962, cop[sa, bo], Eutilio.

Πίστει καὶ αὐτὴ Σάρρα στεῖρα οὖσα δύναμιν, *por fe también la misma Sara que estaba en esterelidad*, atestiguada en P, 104, 436, 1984, 2127, syr[h], arm, eth, Teofilo.

Introduciendo el ejemplo de la esposa de Abraham, escribe: Πίστει, καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; αὐτὴ, pronombre intensivo femenino singular *la misma*; Σάρρα, caso nominativo femenino singular del nombre propio *Sara*; στεῖρα, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *estéril*; δύναμιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *poder, potencia, fuerza, capacidad*; εἰς, preposición de acusativo *para*; καταβολὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *concepción*; σπέρματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo declinado, *de descendencia*; ἔλαβεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo λαμβάνω, considerado antes que equivale a *tomar, recibir*, aquí como *recibió*; καὶ, adverbio *también*; παρὰ, preposición de acusativo, *fuera*; καιρὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *tiempo*; ἡλικίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de edad*; ἐπεὶ, conjunción *puesto que*; πιστὸν, caso acusativo masculino singular del adjetivo *fiel*; ἡγήσατο, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz media del verbo ἡγέομαι, *considerar, pensar, juzgar*, aquí como *consideró*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; ἐπαγγειλάμενον, caso acusativo masculino singular del participio aoristo primero en voz media del verbo ἐαγγέλλομαι, *prometer,* aquí como *que había prometido.*

Πίστει καὶ αὐτὴ Σάρρα. Junto con Abraham se pone como ejemplo de fe a su esposa Sara. Un aspecto destacable en el texto es la referencia a la esterilidad de Sara, que fue motivo de constante reproche para ella, quien entregó a su esposo a la sierva Agar para que fuese su concubina y le diese descendencia, de modo que alcanzase la promesa de Dios en cuanto al nacimiento de un hijo suyo. Cuando Dios prometió a Abraham el nacimiento de su hijo, no solamente la esterilidad de Sara persistía, sino que ya no hubiera podido concebir debido a su edad de noventa años (Gn. 17:17). El mismo Abraham era ya, por edad, fisiológicamente incapaz de concebir un hijo como confirma también el apóstol Pablo diciendo que ya era como muerto (Ro. 4:19). Dios había anunciado tiempo antes a Abraham el nacimiento de un hijo por medio de su esposa Sara (Gn. 17:15-16). La situación de edad de ambos y las circunstancias que concurrían en Sara en cuanto a esterilidad, hicieron que Abraham se riese, no porque dudara que Dios podía hacerlo, sino por lo imposible que humanamente resultaba. Es más, hay cierto atisbo de debilidad en la fe de Abraham porque a su risa une el deseo de que se mantuviera vivo su hijo Ismael: *"Y dijo Abraham a Dios: Ojalá Ismael viva delante de ti"* (Gn. 17:18). Fue tiempo después cuando en la tienda de Abraham, mientras dialogaba con tres varones que pasaban delante de su tienda en el encinar de

Manre (Gn. 18:1), uno de los cuales era Jehová mismo, Sara oyó la promesa que antes había sido dada a su marido Abraham, de que ella concebiría y daría a luz un hijo (Gn. 18:10). Sara había abandonado su tienda y había ido a la de su esposo, quedándose tras la cortina, para no hacerse visible como era costumbre de los orientales. La promesa que oyó sobre su futura concepción y alumbramiento la llevó a la misma situación que ocurrió antes con su esposo: *"Se rió, pues, Sara entre sí, diciendo: ¿Después que he envejecido tendré deleite, siendo también mi señor ya viejo?"* (Gn. 18:12). Ambos entendían, humanamente hablando, la imposibilidad del cumplimiento de la promesa en la situación en que ambos se encontraban. Algunos -tal vez porque Sara era mujer- son inclinados a pensar que la risa de Abraham no fue de incredulidad sino de gozo, mientras que la de Sara era de desconfianza. Se olvidan quienes así piensan que mientras Sará solamente se rió, Abraham manifestó su duda pidiendo que Dios preservara con vida a su hijo Ismael. No había cosa imposible para Dios y aquella era una de ellas en las que la promesa, harto difícil desde la lógica humana, era algo posible para Dios. Es cierto que Sara, sintiéndose descubierta en su risa de imposibilidad, acompañó también la negación a la realidad, negando que se hubiera reído, como consecuencia del miedo que se apoderó de ella cuando aquel, que aparentemente era un hombre solamente, había descubierto los pensamientos íntimos de su alma y visto la sonrisa de su rostro tras la cortina que la ocultaba. La mentira de Sara no se puede disculpar, pero no nos permite juzgar la intimidad de aquella mujer que negaba la verdad.

Seguramente que Sara creía en la omnipotencia de Dios, al igual que Abraham y sabía también que no había nada imposible para Él. Con seguridad esta fue la base sólida para la fe de Sara, rectificando su incredulidad manifestada por medio de su risa. Tanto Abraham como Sara, ante la promesa de Dios, sabiendo de quien procedía la aceptaron por fe.

Esta fe viva de Sara culminó en la realización de la promesa divina en ella, ya que el escritor vincula en el versículo ambas cosas: δύναμιν εἰς καταβολὴν σπέρματος ἔλαβεν καὶ παρὰ καιρὸν ἡλικίας, ἐπεὶ πιστὸν ἡγήσατο τὸν ἐπαγγειλάμενον, *"y dio a luz aun fuera del tiempo de la edad, porque creyó que era fiel quien lo había prometido"*. Las consideraciones personales que se puedan hacer sobre la debilidad de la fe de Sara, quedan anuladas por la afirmación bíblica de este versículo inspirado. Con toda claridad se afirma que Sara creó que Dios era fiel para cumplir su promesa. Ambos, tanto Abraham como Sara, creyeron a Dios. Sin embargo, sorprende que algunos traten de alejar a Sara de un contexto de fe, haciendo recaer como verdadero creyente sólo a Abraham, incluso en este versículo al establecer el sujeto de la oración del texto sobre Abraham, forzando la lectura de este modo:

"Por fe Abraham, recibió fuerza para concebir de la misma Sara". Sin embargo no hay ningún códice que atestigüe una lectura semejante.

Es interesante trasladar aquí un párrafo del profesor Bruce:

"El único argumento firme en contra de tomar el v. 11 como una afirmación de la fe de Sara radica en el hecho de que la frase traducida ¿recibió fuerza para concebir' no significa aquello: se refiere a la parte del padre en el proceso generativo, no a la de la madre. Una traducción literal sería 'para deposición de simiente'; no denota la recepción o concepción de simiente. Esta es una cuestión clara del sentido natural de una palabra griega, y si no hubiese sido por la presencia aparente de Sara como sujeto de la oración nadie hubiese pensado en encontrar aquí una referencia a la concepción. El profesor Tasker describe esta objeción a la interpretación tradicional como una 'dificultad notoria'; pero añade; '¿sabemos lo suficiente acerca del uso griego de aquella época para decir definitivamente que un sustantivo activo de esta clase no podría también llevar un sentido pasivo?' Todo lo que sabemos el uso de este sustantivo griego en aquella época hace que sea sumamente improbable que se lo utilizara en el sentido de 'concepción', especialmente por alguien tan sensible al uso griego como es nuestro autor. Pero el profesor Tasker está probablemente en lo cierto al decir que la solución propuesta por el profesor Zuntz y otros 'parece un corte demasiado drástico del nudo'. Ellos sugieren que la palabras ¿la misma Sara' deberían rechazarse como una adición muy primitva al texto; el versículo tendría que traducirse entonces: 'Por la fe también (Abraham), siendo estéril recibió fuerza para concebir; y dio a luz aun fuera del tiempo de la edad, porque creyó que era fiel quien lo había prometido'. Pero no es necesario sacar 'la misma Sara' del texto; todo lo que se requiere es construir las palabras en el caso dativo en lugar del nominativo, y entonces el versículo sería ¿por la fe (Abraham) también, junto con Sara, recibió fuerza para concebir aun fuera del tiempo de la edad, porque creyó que era fiel quien lo había prometido', y el versículo 12 continúa muy naturalmente"[21].

Para eliminar el ejemplo de la fe de Sara se requiere modificar plenamente el texto griego en todos los códices en que aparece el versículo. La fe de ambos y la unidad de Sara y de Abraham es algo común en la Escritura. El apóstol Pablo coloca la situación de ambos cónyuges en un mismo nivel de imposibilidad para concebir un hijo, citando a ambos juntos (Ro. 4:19). Igualmente concreta la promesa vinculándola también con Sara y no solo con Abraham, que si bien no podía físicamente engendrar un hijo, tampoco Sara podía concebirlo (Ro. 9:9). Debe recordarse una segunda risa de Sara, exultante

[21] F. F. Bruce. o.c., pág. 304s.

de gozo cuando alumbró a su hijo Isaac (Gn. 21:6). Por tanto, Sara es también ejemplo de fe, como lo es Abraham.

12. Por lo cual también, de uno, y ése ya casi muerto, salieron como las estrellas del cielo en multitud, y como la arena innumerable que está a la orilla del mar.

διὸ καὶ ἀφ’ ἑνὸς ἐγεννήθησαν, καὶ ταῦτα νενεκρωμένου,
Por esa razón también de uno nacieron y esto siendo muerto
καθὼς τὰ ἄστρα τοῦ οὐρανοῦ τῷ πλήθει καὶ ὡς ἡ ἄμμος ἡ παρὰ τὸ
como las estrellas del cielo lo multitud y como la arena la junto a la
χεῖλος τῆς θαλάσσης ἡ ἀναρίθμητος.
orilla del mar la innumerable.

Notas y análisis del texto griego.

De la digresión hacia Sara, retorna nuevamente a Abraham: διὸ, conjunción *por eso, por esa razón,* que también pudiera ser un adverbio por δἰ ὅ, *Por lo cual, en consecuencia*; καὶ, adverbio *también*; ἀφ’ forma que adopta la preposición ἀπό, por elisión de la ι final y asimilación de la π ante vocal o diptongo con aspiración, y que significa *de, desde, lejos de, proceder de, por causa de, por medio de, con, contra*; ἑνὸς, caso genitivo masculino singular del adjetivo numeral cardinal no declinado *uno*; ἐγενήθησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo γίνομαι, *llegar a ser, empezar a existir, hacerse, ser hecho, nacer*, aquí como *nacieron*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ταῦτα, caso acusativo neutro plural del pronombre demostrativo *esto* (referido a la capacidad de engendrar); νενεκρωμένου, caso genitivo masculino singular del participio perfecto en voz pasiva del verbo νεκρόω, *morir,* aquí como *siendo muerto*; καθὼς conjunción, *lo mismo que, según que, como,* desempeña a veces funciones de partícula comparativa; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*; ἄστρα, caso nominativo neutro plural del sustantivo que denota *astros, estrellas, constelaciones*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; οὐρανοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo *cielo*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado *lo*; πλήθει, caso dativo neutro singular del sustantivo que denota *multitud, muchedumbre, pueblo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὡς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἄμμος, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *arena*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; παρὰ, preposición de acusativo *junto a*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; χεῖλος, caso acusativo neutro singular del sustantivo *playa, orilla*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; θαλάσσης, caso genitivo femenino singular del sustantivo *mar*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἀναρίθμητος, caso nominativo femenino singular del adjetivo articular *innumerable.*

La consecuencia de la fe de Abraham se pone de manifiesto ante la multitud que surge de un imposible humano. διὸ καὶ, *"por lo cual"*, como respuesta a la fe Dios cumplió su promesa que implicaba una acción milagrosa de hacer surgir un pueblo de dos ancianos incapaces ya para engendrar hijos. ἀφ' ἑνὸς ἐγεννήθησαν, καὶ ταῦτα νενεκρωμένου, *de uno nacieron y esto siendo muerto.* Abraham estaba ya *"casi muerto"*, es decir, muerto en sus funciones de reproducción. El escritor quiere enfatizar la imposibilidad humana, utilizando para ello una hipérbole para referirse a la situación de Abraham en su edad avanzada. Pablo une a la situación de Abraham la esterilidad de Sara (Ro. 4:19). Abraham mismo llegó a la conclusión de la imposibilidad natural para procrear una descendencia (Gn. 17:17). Cuando recibió la última confirmación de la promesa del nacimiento de un hijo suyo por medio de su esposa Sara, tenía ya cien años. A pesar de toda imposibilidad humana creyó a Dios, que como Dios vivo y omnipotente tenía capacidad de operar un milagro, aceptando por fe la promesa que recibía de Él. La fe supera los obstáculos, tanto el de la edad fisiológica de Abraham y de Sara, como la esterilidad de ella. El cumplimiento fiel de la promesa y la abundancia de bendición se expresa aquí por medio de dos figuras hiperbólicas: las estrellas del cielo y la arena del mar, para enfatizar la multitud que salió de su descendencia: καθὼς τὰ ἄστρα τοῦ οὐρανοῦ τῷ πλήθει καὶ ὡς ἡ ἄμμος ἡ παρὰ τὸ χεῖλος τῆς θαλάσσης ἡ ἀναρίθμητος, *"salieron como las estrellas del cielo en multitud, y como la arena innumerable que está a la orilla del mar".* Esto mismo había formado parte de la expresión de la promesa: *"Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar. Y le dijo: Así será tu descendencia"* (Gn. 15:5). Más tarde volvería Dios a recurrir a las dos figuras, la de las estrellas y la de la arena, para confirmar la grandeza de su descendencia, al haber estado dispuesto a sacrificar al hijo de la promesa, Isaac, conforme a lo que Dios le había demandado: *"De cierto te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar"* (Gn. 22:17). La promesa de formación de un pueblo numerosísimo procedente de él, es la bendición que alcanzó por fe. Tanto materialmente, en su descendencia biológica por medio de su hijo y de su nieto Isaac y sus doce hijos, que fueron los patriarcas del pueblo hebreo, como también en su descendencia espiritual, ya que todos los creyentes a lo largo del tiempo somos espiritualmente hablando hijos suyos en relación con su fe (Ro. 4:16s.).

13. Conforme a la fe murieron todos estos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra.

Κατὰ	πίστιν	ἀπέθανον	οὗτοι	πάντες,	μὴ	λαβόντες	τὰς
Conforme a	fe	murieron	estos	todos	no	habiendo recibido	las

ἐπαγγελίας ἀλλὰ πόρρωθεν αὐτὰς ἰδόντες καὶ ἀσπασάμενοι καὶ
promesas sino desde lejos las habiendo visto y habiendo saludado y
ὁμολογήσαντες ὅτι ξένοι καὶ παρεπίδημοι εἰσιν ἐπὶ τῆς γῆς.
habiendo confesado que extranjeros y peregrinos son sobre la tierra.

Notas y análisis del texto griego.

Continúa la argumentación sobre la fe y sus consecuencias, escribiendo: Κατὰ, preposición de acusativo *conforme a*; πίστιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *fe*; ἀπέθανον, tercera persona plural del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἀποθνήσκω, *morir,* aquí como *murieron*; οὗτοι, caso nominativo masculino plural del pronombre demostrativo *estos*; πάντες, caso nominativo masculino plural del adjetivo *todos*; μή, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*; λαβόντες, caso nominativo masculino plural con el participio aoristo segundo en voz activa del verbo λαμβάνω, *recibir, tomar*, aquí como *habiendo recibido*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; ἐπαγγελίας, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *promesas*; ἀλλὰ, conjunción adversativa *sino*; πόρρωθεν, adverbio *de lejos*; αὐτὰς, caso acusativo femenino plural del pronombre personal *las*; ἰδόντες, caso nominativo masculino plural del participio aoristo segundo en voz activa del verbo ὁραω, *mirar*, aquí como *habiendo visto*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἀσπασάμενοι, caso nominativo masculino plural del participio aoristo primero en voz media del verbo ἀσπάζομαι, *saludar, visitar, despedirse,* aquí como *habiendo saludado*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὁμολογήσαντες, caso nominativo masculino plural del participio aoristo primero en voz activa del verbo ὁμολογέω, *confesar*, aquí como *confesaron*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que, que* después del verbo *decir*, en este caso *confesar*; ξένοι, caso nominativo masculino plural del adjetivo *extranjeros*; καὶ, conjunción copulativa *y*; παρεπίδημοι, caso nominativo masculino plural del adjetivo *peregrinos, transeúntes, forasteros*; εἰσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *son*, traducido mejor como *eran*, para mayor correspondencia de tiempo; ἐπὶ, preposición de genitivo *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tierra.*

Κατὰ πίστιν ἀπέθανον οὗτοι πάντες. Quienes vivieron por fe, murieron en fe. *"Todos ellos"* οὗτοι πάντες, es una referencia a los que fueron considerados en el pasaje, pero, especialmente a Abraham y sus descendientes directos, su hijo Isaac y su nieto Jacob. Las promesas dadas por Dios no llegaron a cumplir en sus días. Dios probó la fe de ellos retardando el cumplimiento de las promesas, de modo que ninguno de ellos llegó a ver el cumplimiento real de ellas, pero, no desesperaron ni fueron incrédulos, sino que la fe les daba sustento y les hacía disfrutar ya en el tiempo presente de las bendiciones futuras. Sin embargo, la fe no se debilitó con la demora de recibir las promesas, sino que κατὰ πίστιν ἀπέθανον *"conforme a la fe murieron"*, es decir, la fe que sustentó sus vidas les acompañó hasta el momento de su

muerte física, haciéndoles acariciar ya el cumplimiento de aquello que se produciría más adelante, en el tiempo de Dios, porque El que había prometido era fiel. Sin embargo, el versículo destaca que οὗτοι πάντες, μὴ λαβόντες τὰς ἐπαγγελίας *estos todos, no habiendo recibido las promesas.* Pero, la fe hacía realidad para ellos las promesas que se cumplirían más adelante, puesto que la fe es *"la certeza de lo que se espera"* (v. 1). Aquellas bendiciones esperadas eran ya como una realidad para ellos, ἀλλὰ πόρρωθεν αὐτὰς ἰδόντες καὶ ἀσπασάμενοι, de modo que las veían en la distancia y las *saludaban*. Como si vieran un amigo que se aproximaba y aún lejos del encuentro, mientras se aproximaba, lo saludaban, así sentían la realidad de las promesas venideras. La fe daba por realizado lo que Dios había prometido, aunque demorase algo más en el tiempo de los hombres. Jesús dijo que Abraham ya se había gozado con la promesa lejana de la venida del Salvador (Jn. 8:56). La promesa que había recibido de que en su descendencia serían bendecidas las naciones de la tierra, le hacía aceptarlo por fe, de modo que el gozo de lo que sería realidad mucho más allá de su muerte, producía en él un exultante saludo de aceptación a lo que se produciría porque fiel era el que prometía. Para Isaac aún no se había cumplido la promesa dada a Abraham su padre de que su descendencia sería tan numerosa como las estrellas del cielo o las arenas del mar, tan sólo dos hijos había sido su descendencia, sin embargo, la fe le hacía *saludar* de lejos esa realidad, de modo que antes de morir, cuando despedía a Jacob que huía de su hermano Esaú, le dijo: *"Y el Dios omnipotente te bendiga, y te haga fructificar y te multiplique, hasta llegar a ser multitud de pueblos; y te dé la bendición de Abraham, y a tu descendencia contigo, para que heredes la tierra en que moras, que Dios dio a Abraham"* (Gn. 28:3-4). De igual manera Jacob, que aunque había tenido ya una numerosa descendencia estaba muy lejos de ser una gran nación, bendecía, antes de morir, a su hijo Judá saludando la venida de Aquel cuyo cetro de autoridad estaría en su mano y reinaría sobre todas las naciones (Gn. 49:10).

Por esa razón, en base a la fe que saturaba la vida de aquellos hombres de la antigüedad y les hacía saludar de lejos las promesas, dándolas como realizadas, ellos confesaban ὁμολογήσαντες ὅτι ξένοι καὶ παρεπίδημοι εἰσιν ἐπὶ τῆς γῆς, *"que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra"*. Como ya se ha considerando antes, eran extranjeros y peregrinos sobre *su propia tierra*, que por las promesas dadas por Dios, ya les pertenecían aunque no hubiesen tomado posesión de ellas todavía. La fe producía en ellos un cambio de orientación, si eran peregrinos aun en su propia tierra, es que su ciudadanía era celestial y no terrenal. Ellos mismos se consideraban así y así lo confesaban. Dios había dicho a Abraham: *"Y te daré a ti, y a tu descendencia después de ti, la tierra en que moras, toda la tierra de Canaán en heredad perpetua; y seré el Dios de ellos"* (Gn. 17:8), sin embargo, tiempo después hablando con los hijos de Het para comprarles la cueva de Macpela donde enterraría a su esposa Sara,

el testifica: *"Extranjero y forastero soy entre vosotros"* (Gn. 23:4). De la misma manera se reconocía Jacob, cuando ante Farón dijo: *"Los días de los años de mi peregrinación son ciento treinta años"* (Gn. 47:9). No eran simplemente los años de su vida, sino los años de su peregrinación. Ellos esperaban la ciudad celestial, que ya veían por la fe y la saludaban desde lejos. El hombre de fe vive siempre con la vista puesta en el cielo, mientras transita como peregrino sobre la tierra (1 P. 2:11).

14. Porque los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria.

οἱ γὰρ τοιαῦτα λέγοντες ἐμφανίζουσιν ὅτι πατρίδα ἐπιζητοῦσιν.
Porque los que tal dicen manifiestan que patria buscan.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue con el argumento del testimonio de los antiguos, escribiendo: οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al artículo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; τοιαῦτα, caso acusativo neutro plural del adjetivo demostrativo *tal*; λέγοντες, caso acusativo masculino plural del participo de presente en voz activa del verbo λέγω, *decir, hablar,* aquí como *que dicen*; ἐμφανίζουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ἐμφανίζω, *mostrar, revelar, notificar,* con sentido de *manifestar,* aquí como *manifiestan*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*, *que* después de los verbos *saber, decir, manifestar, etc.*; πατρίδα, caso acusativo femenino singular del sustantivo *patria*; ἐπιζητοῦσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ἐπιζητέω, *buscar, pretender*, aquí como *buscan,* mejor traducirlo en pasado *buscaban*, para dar concordancia temporal a la cláusula.

Οἱ γὰρ τοιαῦτα λέγοντες ἐμφανίζουσιν ὅτι πατρίδα ἐπιζητοῦσιν. La esperanza del peregrino se pone de manifiesto en el hecho de que los que esperaban promesas se manifestaban como extranjeros y peregrinos en tierra prometida. Sus ojos estaban puestos en otra dirección. No era el anhelo de tierras, propiedades, recursos temporales lo que llenaba su corazón, sino algo definitivo. La patria que Abraham buscaba no era la tierra de Canaán, y mucho menos la de Caldea, de donde había salido por causa del llamado de Dios. Abraham había sido llamado por el *Dios de la gloria* que se le había aparecido (Hch. 7:2), por tanto, cualquier gloria terrenal no era comparable con la gloria celestial que Dios le había mostrado al aparecérsele. Lo temporal había dejado de tener un valor definitivo, para trasladarlo, por la fe, a un plano muy superior reflejado en una patria celestial y perpetua. Canaán no era el lugar definitivo de su anhelo. Mas adelante se hablará de lo que era realmente su esperanza.

15. Pues si hubiesen estado pensando en aquella de donde salieron, ciertamente tenían tiempo de volver.

καὶ εἰ μὲν ἐκείνης ἐμνημόνευον ἀφ᾽ ἧς ἐξέβησαν, εἶχον ἂν
Y si ciertamente de aquella se acordasen de la que salieron tenían -
καιρὸν ἀνακάμψαι·
tiempo (de) volver.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad vincula lo que sigue con lo que antecede por medio de καὶ, conjunción copulativa *y*; εἰ, conjunción condicional *si*; μὲν, partícula afirmativa que se coloca siempre inmediatamente después de la palabra expresiva de una idea que se ha de reforzar o poner en relación con otra idea y que, en sentido absoluto tiene oficio de adverbio de afirmación, como *ciertamente, a la verdad*; ἐκείνης, caso genitivo femenino singular del pronombre demostrativo declinado *de aquella*; ἐμνημόνευον, tercera persona plural del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo μνημονεύω, *recordar, acordarse*, aquí como *se acordaban*; ἀφ᾽ forma que adopta la preposición ἀπό, por elisión de la ι final y asimilación de la π ante vocal o diptongo con aspiración, y que significa *de, desde, lejos de, proceder de, por causa de, por medio de, con, contra*, aquí como *de*; ἧς, caso genitivo femenino singular del pronombre relativo *la que*; ἐξέβησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἐκβαίνω, *venir o ir fuera, salir*, aquí como *salieron*; εἶχον, tercera persona plural del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí como *tenían*; ἂν, partícula que no empieza nunca frase y que da a ésta carácter condicional o dubitativo, o expresa una idea de repetición. Se construye con todos los modos menos el imperativo y acompaña a los pronombres relativos para darles un sentido general; en algunas ocasiones no tiene traducción; καιρὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *tiempo*; ἀνακάμψαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo ἀνακάμπτω, *doblar hacia atrás, volver*, aquí como *de volver*.

Καὶ εἰ μὲν ἐκείνης ἐμνημόνευον ἀφ᾽ ἧς ἐξέβησαν, εἶχον ἂν καιρὸν ἀνακάμψαι. La patria que anhelaban no era la que habían tenido y habían dejado. Si su deseo hubiera estado centrado en el lugar de donde habían salido, en relación con Abraham, de Ur de los caldeos, les hubiera sido suficiente con regresar a ella. Sin embargo, cuando el siervo de Abraham salió para buscar esposa para Isaac, recibió una seria advertencia para que no hacer regresar a su hijo a la tierra de donde había salido (Gn. 24:6). Aquellos se mantuvieron como peregrinos en lo que había de ser su posesión terrenal, por tanto, no estaban deseando lo que antes habían poseído en la tierra de su nacimiento.

16. Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad.

νῦν δὲ κρείττονος ὀρέγονται, τοῦτ᾽ ἔστιν ἐπουρανίου. διὸ οὐκ
Pero ahora de mejor aspiran esto es celestial. Por lo cual no
ἐπαισχύνεται αὐτοὺς ὁ Θεὸς Θεὸς ἐπικαλεῖσθαι αὐτῶν·
se avergüenza a ellos - Dios Dios ser llamado de ellos
ἡτοίμασεν γὰρ αὐτοῖς πόλιν.
Porque preparó les ciudad.

Notas y análisis del texto griego.

Continúa la argumentación escribiendo: νῦν, adverbio de tiempo *ahora*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; κρείττονος, caso genitivo femenino singular del adjetivo comparativo declinado *de mejor*; ὀρέγονται, tercera persona plural del presente de indicativo en voz media del verbo ὀρέγομαι, que literalmente significa *estirarse hacia, alcanzar, tender los brazos hacia, desear, apetecer,* aquí como *aspiraban*; τοῦτ᾽, caso nominativo neutro singular del pronombre demostrativo *esto*; ἔστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *es*; ἐπουρανίου, caso genitivo femenino singular del adjetivo *celestial*. La siguiente cláusula sigue con διὸ, conjunción *por eso, por lo cual*; οὐκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada, que negativiza a ἐπαισχύνεται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo ἐπαισχύνομαι, forma intensificada del verbo αἰσχύνω, *sentir vergüenza,* aquí como *se avergüenza*; αὐτοὺς, caso acusativo masculino plural del pronombre personal *a ellos*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεὸς, caso nominativo masculino singular del nombre *Dios*; Θεὸς, caso nominativo masculino singular del nombre *Dios*; ἐπικαλεῖσθαι, presente de infinitivo en voz pasiva del verbo ἐπικαλέω, forma intensificada del verbo καλέω, *llamar*, que equivale a *poner un sobrenombre, ser llamado por nombre*, aquí como *ser llamado*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos*; ἡτοίμασεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἑτοιμάζω, *preparar, disponer*, aquí como *preparó*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al pronombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*, αὐτοῖς, caso dativo masculino plural del pronombre personal declinado *a ellos*, *les*; πόλιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *ciudad*.

Νῦν δὲ κρείττονος ὀρέγονται, τοῦτ᾽ ἔστιν ἐπουρανίου. La patria que anhelaban todos los hombres de fe que se mencionan como ejemplos no era terrenal sino celestial. La mirada de aquellos, al impulso de la fe, se orientaba a valores permanentes y no temporales. Como se dijo ya antes, Abraham no esta ilusionado con la patria que había dejado en Caldea, sino con la que corresponde al Dios de la gloria que se le había aparecido (Hch. 7:2). La tierra

donde moró como extranjero y peregrino acompañado por sus descendientes, era un lugar transitorio para quienes se consideraban peregrinos en ella. El deseo ferviente de ellos era extenderse hacia algo definitivo y perpetuo. Esa es la misma esperanza para el creyente de hoy (Fil. 3:20).

Διὸ οὐκ ἐπαισχύνεται, por esa misma razón Dios no siente vergüenza, no tiene reparo, no sólo en αὐτοὺς ὁ Θεὸς Θεὸς ἐπικαλεῖσθαι αὐτῶν, *llamarse Dios de ellos*, sino, como enfatiza el texto griego, en que otros le den el sobrenombre de *Dios de ellos*. Con frecuencia en la Escritura se llama a Dios, *"Dios de Abraham"* o *"Dios de Isaac"* o también *"Dios de Jacob"* (Gn. 26:24; Ex. 3:6: 32:13; Hch. 3:13; etc.) Dios permite que los hombres le reconozcan como el Dios de aquellos creyentes de la antigüedad. La Escritura como Palabra inspirada, utiliza los términos que el Espíritu permitió. Aquellos honraron a Dios depositando su fe en Él, por eso Dios les honra a ellos siendo su Dios y permitiendo ser llamado de esa manera. Aquellos hombres de fe tuvieron sus fracasos personales, pero tenían un alto concepto de los valores espirituales. Aún después de muertos, Dios mismo no se avergüenza al presentarse como su Dios personal (Gn. 26:24; 28:13; Ex. 3:6, 15; 4:5). Ese es el cumplimiento de la promesa de Dios: *"Yo honraré a los que me honran"* (1 S. 2:30). La condición celestial de los patriarcas, no impidió que tomases opciones terrenales, según la necesidad, sin dejar de ver las promesas celestiales y saludarlas. Abraham intervino contra ejércitos que devastaban la tierra en donde él estaba como extranjero y peregrino, a pesar de anhelar y saludar su patria celestial (Gn. 14:18ss).

La evidencia de aceptación departe de Dios a la fe de aquellos hombres es que, conforme a sus deseos de patria celestial, ἡτοίμασεν γὰρ αὐτοῖς πόλιν, *"les ha preparado una ciudad"*. Para el cumplimiento de la promesa les preparó un lugar superior a la tierra de Canaán, que se considerará en el siguiente capítulo. El escritor afirma que la ciudad que esperaban está preparada para ellos. Posiblemente se trate aquí de un *pasado profético* que es un futuro que se da por realizado a causa de la fidelidad de quien prometió. La misma promesa está establecida por Cristo para todos los creyentes de la Iglesia en esta dispensación, prometiendo prepararles un lugar (Jn. 14:1-4). No hay distinción en cuanto a fe y salvación en las dispensaciones. Toda persona que se salva por gracia mediante la fe, anhela un lugar celestial, aunque pueda tener de Dios promesas terrenales y temporales. Cualquier cosa transitoria escapa a los límites de la esperanza en la vida de la fe.

17. Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac; y el que había recibido las promesas ofrecía a su unigénito.

Πίστει προσενήνοχεν ᾿Αβραὰμ τὸν ᾿Ισαὰκ πειραζόμενος καὶ τὸν
Por fe ha ofrecido Abraham - a Isaac siendo probado y al
μονογενῆ προσέφερεν, ὁ τὰς ἐπαγγελίας ἀναδεξάμενος,
unigénito ofrecía el las promesas había recibido.

Notas y análisis del texto griego.

Retomando el ejemplo de la fe de Abraham enfatiza: Πίστει caso instrumental de πίστις, aquí como dativo femenino singular del sustantivo declinado *por fe*; προσενήνοχεν, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo προσφέρω, *ofrecer, llevar, presentar*, aquí como *ha ofrecido*; ᾿Αβραὰμ, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Abraham*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; ᾿Ισαὰκ, caso acusativo masculino singular del nombre propio declinado *a Isaac*; πειραζόμενος, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo πειράζω, *poner a prueba,* aquí como *siendo probado*; *que es probado*; *siendo puesto a prueba*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; μονογενῆ, caso acusativo masculino singular del adjetivo *único*; προσέφερεν, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo προσφέρω, *ofrecer*, aquí como *ofreció*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; ἐπαγγελίας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *promesas*; ἀναδεξάμενος, caso nominativo masculino singular del participio aoristo primero en voz media del verbo ἀναδέξομαι; *había recibido*.

Πίστει προσενήνοχεν ᾿Αβραὰμ τὸν ᾿Ισαὰκ πειραζόμενος. La fe se hace más sólida cuando es sometida a prueba. Dios había hecho promesa a Abraham en relación directa con Isaac su hijo, habido cuando ya no tenía posibilidad de engendrar, ni Sara de concebirlo. El Señor había prometido que la gran descendencia de Abraham vendría por medio de Isaac (Gn. 21:12). El patriarca había tenido otros hijos, pero ninguno de ellos era el que haría realidad la promesa de descendencia (Ro. 9:7). Esa es la razón por la que se le llama aquí μονογενη *unigénito*. El término griego[22] que se usa aquí indica el que es *único en su clase*, equivalente a *hijo único*, el que es absolutamente singular, aquí Isaac es hijo único de Abraham en el sentido de que es el único de la promesa. Aunque Abraham había engendrado de Agar a Ismael (Gn. 15:3s; 17:22-25) y tenía de Queturá otros seis hijos (Gn. 25:1s), ninguno de ellos era como Isaac a quien Dios había elegido para ser el heredero y realizador de las promesas. Sólo en él se concentraba la realidad de la promesa de descendencia.

La fe de Abraham fue puesta a prueba en el mandamiento divino de ofrecer a su unigénito (Gn. 22:2). Un hombre que vivía en fe y por fe, descansaba confiadamente en que Dios cumpliría lo prometido, por tanto, la fe

[22] Griego μονογενῆς.

que vive la confianza, se expresa en la obediencia absoluta y sin reservas a la voluntad de Dios. La obediencia del hombre de fe, fue de tal manera que aunque no llegó a inmolar a su hijo Isaac, sí llegó a ofrecerlo: τὸν μονογενῆ προσέφερεν, *"ofreció a su unigénito"*, ὁ τὰς ἐπαγγελίας ἀναδεξάμενος, *en el que había recibido las promesas.* La fe demanda entrega plena y en la acción de llevar a su hijo y colocarlo sobre el altar disponiéndose a sacrificarlo, estaba ofreciendo la muerte de todas sus esperanzas. El sacrificio de Isaac fue iniciado, pero interrumpido luego por Dios, de modo que potencialmente se produjo como acto de obediencia que la fe demanda. El sacrificio había sido realizado en el interior del corazón de Abraham que no rehusaba entregar todo cuanto era su esperanza en relación con las promesas, a Aquel que había prometido.

18. Habiéndosele dicho: En Isaac te será llamada descendencia.

πρὸς ὃν	ἐλαλήθη	ὅτι	ἐν	Ἰσαὰκ	κληθήσεται	σοι	σπέρμα,
Respecto del que	fue dicho	porque	en	Isaac	será llamada	te	descendencia.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad escribe: πρὸς, preposición de acusativo *con relación a, respecto de*; ὃν, caso acusativo masculino singular del pronombre relativo declinado *al que*; ἐλαλήθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo λαλέω, *hablar, decir*, aquí como *fue dicho*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; ἐν, preposición de dativo *en*; Ἰσαὰκ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Isaac*; κληθήσεται, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz pasiva del verbo καλέω, *llamar*, aquí como *será llamada*; σοι, caso dativo singular del pronombre personal *a ti*, *te*; σπέρμα, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *descendencia*, literalmente *simiente reproductiva.*

Πρὸς ὃν ἐλαλήθη ὅτι ἐν Ἰσαὰκ κληθήσεται σοι σπέρμα. La promesa de descendencia dada a Abraham venía sólo por medio de Isaac y de su descendencia. Dios lo había determinado y establecido de ese modo (Gn. 21:12). Ninguno de los otros hijos de Abraham tenían relación con la promesa salvo Isaac, que era el *unigénito*. Era, por tanto, el único e irremplazable hijo en relación con la descendencia prometida. Lo que el escritor está procurando hacer notar en que el cumplimiento de las promesas de Dios dependían de que Isaac sobreviviese hasta que de él naciesen los que seguirían la línea de la descendencia de Abraham. La supervivencia de Isaac era vital para el cumplimiento de la promesa. Si moría no podrían llevarse a cabo, conforme a lo que Dios le había anunciado y revelado. Aquí es donde la fe toma la dimensión suprema de la confianza. Dios había prometido, por tanto, la muerte en sacrificio de Isaac, no era asunto de Abraham sino asunto de Dios. Abraham no

podía reconciliar ambas cosas, muerte y cumplimiento de las promesas, pero la fe le daba fortaleza para confiar en que Dios iba a hacer honor a su promesa.

19. Pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir.

λογισάμενος ὅτι καὶ ἐκ νεκρῶν ἐγείρειν δυνατὸς ὁ Θεός, ὅθεν
Considerando que también de entre muertos levantar poderoso - Dios de donde
αὐτὸν καὶ ἐν παραβολῇ ἐκομίσατο.
le también en sentido figurado recibió.

Notas y análisis del texto griego.

Continuando el mismo argumento que en el versículo anterior sigue escribiendo: λογισάμενος, caso nominativo masculino singular del participio aoristo primero en voz media del verbo λογίζομαι, *considerar, tener en cuenta*, aquí como *considerando*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que, que* después de algunos verbos; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; ἐκ, preposición de genitivo *de entre*; νεκρῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo *muertos*; ἐγείρειν presente de infinitivo en voz activa del verbo ἐγείρω, *levantar, despertar, resucitar,* aquí como *levantar*; δυνατὸς, caso nominativo masculino singular del adjetivo *poderoso, capaz, con capacidad de obrar*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεός, caso nominativo masculino singular del nombre *Dios*; ὅθεν, adverbio *de donde*; αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *le*; καὶ, adverbio *también*; ἐν, preposición de dativo *en*; παραβολῇ, caso dativo femenino singular del sustantivo *parábola*, aquí como *en sentido figurado*; ἐκομίσατο, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz media del verbo κομίζω, en voz media *recibir, recuperar*, aquí como *recibió.*

La fe es firme en la medida en que se conozca la omnipotencia de Dios, de ahí el λογισάμενος, *considerando*, con que se inicia el versículo. Este es el punto más relevante en el versículo, sobre la fe de Abraham. Según el texto bíblico cuando le fue demandada la entrega de Isaac, el unigénito y heredero de las promesas, el pensamiento, sin duda contradictorio de Abraham, fue ὅτι καὶ ἐκ νεκρῶν ἐγείρειν δυνατὸς ὁ Θεός, *"que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos"*, es decir, si su hijo debía morir, no quería decir eso que la promesa de Dios no se cumpliera. Abraham era un ferviente creyente en Dios y, por tanto, en su omnipotencia, no sólo capaz de crear, sino también capaz de comunicar vida y, por ello, de resucitar de entre los muertos.

No cabe duda que Abraham estaba reflexionando íntimamente sobre la demanda que Dios le había hecho relativa al sacrificio de su hijo. El mandamiento de Dios se oponía -aparentemente- a la promesa de Dios. La fe no acepta sólo algunas de las perfecciones de Dios, sino todas ellas. Abraham cría que Dios era fiel, pero también lo reconocía como omnipotente. Aceptaba sin

reserva las promesas de Dios y las daba por hechas, saludándolas en la distancia desde su momento histórico hasta su cumplimiento. Ese Dios fidelísimo es el Dios de la soberanía y de la omnipotencia. Nada de cuanto existe vino a la existencia sino por el poder autoritativo de su palabra, por tanto, nada es imposible para Él. Aquello que pudiera parecer una contradicción y que resulte incomprensible a la mente humana, es absolutamente natural desde la mente divina del Señor. Simplemente, cuando eso ocurre, es la evidencia de que el pensamiento de Dios, infinito, no es asumible en la mente finita del hombre. Pero, eso no quiere decir, que no se vaya a producir conforme a su voluntad. Abraham tenía experiencia persona sobre eso. Había considerado como imposible concebir un hijo, había habilitado la forma humana para que se produjese una descendencia y en ella se cumpliesen las promesas divinas, pero esa acción no correspondía a la determinación de Dios, por tanto, como Él había establecido, así se produjo en el tiempo de Dios, no en el tiempo de Abraham. En aquellos momentos de la prueba de la fe, Dios demandaba la entrega en sacrificio de su unigénito, el hijo de la promesa, por tanto, la mano de Abraham no tembló ni la demanda fue discutida o rehusada ya que conocía quien era Dios y como actuaba. De la misma manera que Dios pedía la vida de Isaac, así tenía poder para devolvérsela, levantándolo de los muertos. El apóstol Pablo revela las reflexiones íntimas de Abraham, que se había fiado de Dios, que vivifica a los muertos y llama a las cosas que no son como si fueran (Ro. 9:17). La fe profunda de Abrahan se descubre en las palabras dadas a sus siervos que le acompañaron, junto con Isaac, hasta el límite del monte donde debía ofrecerlo en sacrificio: *"Adoraremos y volveremos a vosotros"* (Gn. 22:5). No sabía como, pero sabía que sería así.

Las consecuencias de esa fe son evidentes: ὅθεν αὐτὸν καὶ ἐν παραβολῇ ἐκομίσατο *"De donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir"*. Si Isaac iba a ser ofrecido en sacrificio, sólo podría volver a tomarlo mediante la resurrección después de muerto. La ejecución se iba a llevar a cabo, resolviéndose por la intervención de Dios que llamó a Abraham para que no la realizase (Gn. 22:11-12), cuando ya estaba el altar preparado y el hijo puesto para ser degollado (Gn. 22:9-10). Así, en sentido figurado, fue como una resurrección. Isaac vino a ser *tipo* de Cristo en su sacrificio por los pecadores y en su resurrección de entre los muertos. Ofrecido por el Padre (Jn. 3:16), resucitado y reconocido como el unigénito por el Padre (He. 1:5). La fe genuina no rehúsa nada a Dios. Aquel hijo era doblemente suyo, primero por ser el prometido y dado por Dios, y en segundo lugar por haberlo recibido como un regalo semejante al de una resurrección después de muerto. El verdadero creyente supedita todo a la fidelidad de Dios (Lc. 14:26, 27, 33).

Isaac (11:20).

20. Por la fe bendijo Isaac a Jacob y a Esaú respecto a cosas venideras.

Πίστει καὶ περὶ μελλόντων εὐλόγησεν Ἰσαὰκ τὸν Ἰακὼβ καὶ
Por fe también a cerca de cosas venideras bendijo Isaac a Jacob y
τὸν Ἠσαῦ.
A Esaú.

Notas y análisis del texto griego.

De la fe de Abraham se traslada a la de los patriarcas, poniendo el ejemplo de la fe de Isaac: Πίστει caso instrumental de πίστις, aquí como dativo femenino singular del sustantivo declinado *por fe*; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; περὶ, preposición de genitivo *acerca de*; μελλόντων, caso genitivo neutro plural del participio de presente en voz activa del verbo μέλλω, *estar a punto de*, se emplea con propósito de algo seguro que viene por lo que se utiliza para designar acontecimientos futuros y es como una construcción perifrástica para expresar futuro, de ahí la traducción *de cosas venideras*; εὐλόγησεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo εὐλογέω, compuesto con εὖ, *bien* y λόγος, *palabra*, literalmente *hablar bien*, de ahí *bendecir*, aquí como *bendijo*; Ἰσαὰκ, caso nominativo masculino singular del nombre propio Isaac; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *al*, no utilizable en español al vincularse a nombre propio; Ἰακὼβ, caso acusativo masculino singular del nombre propio declinado *a Jacob*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *al*, no utilizable en español al vincularse a nombre propio; Ἠσαῦ, caso acusativo masculino singular del nombre propio declinado *a Esaú*.

Πίστει καὶ περὶ μελλόντων εὐλόγησεν Ἰσαὰκ τὸν Ἰακὼβ καὶ τὸν Ἠσαῦ. La bendición de Isaac sobre sus hijos fue también un acto de fe. Sin duda el entorno histórico en que se produce la bendición es sumamente dramático e intenso. La intriga, por parte de Rebeca, para que obtuviese de cualquier manera la bendición de la primogenitura, por la que, conforme al pensamiento antiguo, se accedía a la herencia de las promesas, rodea aquella bendición de un padre casi ciego y próximo a la muerte. Fue un engaño del hijo segundo, haciéndose pasar por su hermano primogénito, engañando a su padre al vestirse con los vestidos de su hermano y recubriendo su cuello y brazos con las pieles de los cabritos que le cocinó su madre como si se tratase de la caza que su hermano Esaú iba a cazar a petición de su padre. No cabe disculpa alguna en una actitud semejante, aun cuando supiera Jacob que él recibiría la bendición conforme al propósito de Dios, no podía valerse de engaño para obtenerla. Con todo, la determinación divina se establecía en ese caso mediante la soberanía ejercida en elección. Contra los derechos usuales que trasladaría la bendición principal al primogénito, Dios había elegido al menor en lugar del mayor. Esta elección divina antecede al nacimiento de ambos (Ro. 9:11-13). No

hubiera podido aplicarse aquí lo que hubiera podido hacerse con el nacimiento de Ismael e Isaac. Ismael había sido engendrado mediante una actuación totalmente humana (Gn. 16:4), en cambio, en el caso de Esaú y Jacob, los dones son el resultado de la respuesta a una oración de Isaac a Dios, pidiendo la fertilidad para su esposa Rebeca, que era estéril (Gn. 25:21). Tampoco aquellos dos hijos habían actuado de ningún modo, porque no *"habían hecho ni bien ni mal"*. Dios había decidido conforme a su soberanía, eligiendo entre ellos y, a causa del propósito divino, permanecería sobre cualquier cosa la elección divina que había tomado la decisión. Dios había seleccionado, escogiendo entre aquellos que no habían nacido y, por tanto, tampoco habían actuado en ningún modo. Esa elección es hecha para que permaneciese la voluntad de quien llama y no de quien obra. La línea de gracia se sigue manifestando también en ese caso. Dios había comunicado su decisión a los padres: *"El mayor servirá al menor"* (Gn. 25:23). El apóstol Pablo apela a la escritura *"A Jacob amé, a Esaú aborrecí"* (Mal. 1:2). La elección lleva aparejado el amor directo de Dios hacia el elegido, pero, debe entenderse que *aborrecer*, no implica una reprobación para condenación, sino simplemente colocarlo en segundo lugar. Es preciso entender que la enseñanza del apóstol no está vinculada con salvación, sino con promesas. Las promesas de Dios son conducidas mediante canales de elección, estableciéndose bajo el principio de soberanía y no de condiciones humanas.

La fe de Isaac, no importa tanto el entorno que se considera antes, se aprecia en que las bendiciones dadas a sus hijos tenían que ver con cosas venideras, como se aprecia en la lectura del pasaje que contiene la bendición de Isaac (Gn. 27:28-40). Las *cosas venideras* tenían que ver con el futuro de ambos. Los hijos bendecidos no se mencionan en el orden que establece la elección divina sobre ambos (Gn. 25:23). La bendición obedece al futuro de los dos que corresponde a un acto de soberanía manifestado en elección. A pesar del engaño a que fue sometido por Jacob, cuando lo conoció, Isaac no revocó la bendición, sino que la confirmó (Gn. 27:33). Sentía que aquella era la voluntad de Dios que había elegido al menor en lugar del mayor.

Jacob (11:21).

21. Por la fe Jacob, al morir, bendijo a cada uno de los hijos de José, y adoró apoyado sobre el extremo de su bordón.

Πίστει ’Ιακὼβ ἀποθνῄσκων ἕκαστον τῶν υἱῶν ’Ιωσὴφ εὐλόγησεν
Por fe Jacob que muere a cada uno de los hijos de José bendijo
καὶ προσεκύνησεν ἐπὶ τὸ ἄκρον τῆς ῥάβδου αὐτοῦ.
Y adoró sobre el extremo del bordón de él.

Notas y análisis del texto griego.

En los ejemplos de vida de fe menciona ahora a Jacob: Πίστει, caso instrumental de πίστις, aquí como dativo femenino singular del sustantivo declinado *por fe*; ᾿Ιακὼβ, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Jacob*; ἀποθνῄσκων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἀποθνῄσκω, *morir, exponerse a la muerte,* aquí como *que muere*; ἕκαστον, caso acusativo masculino singular del adjetivo indefinido declinado *a cada uno*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; υἱῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *hijos*; ᾿Ιωσὴφ, caso nominativo masculino singular del nombre propio *José*; εὐλόγησεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo εὐλογέω, compuesto con εὖ, *bien* y λόγος, *palabra*, literalmente *hablar bien*, de ahí *bendecir,* aquí como *bendijo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; προσεκύνησεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo προσκυνέω, *adorar*, aquí como *adoró*; ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; ἄκρον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *extremo, punta*, dícese del *límite extremo o del final*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; ῥάβδου, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *palo, vara, bastón, cetro, bordón*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de él.*

Πίστει ᾿Ιακὼβ. Jacob era un fiel creyente que consideraba fieles las promesas que Dios había dado, por lo que establece que su cuerpo fuese enterrado en la tierra de la promesa y no en Egipto, a donde había ido con su familia a causa del hambre en la tierra (Gn. 47:31). Aquel que por ser padre del segundo en el reino después de Faraón hubiese podido ser enterrado con honores y boato, determina que sea trasladado a la tierra que Dios había prometido a su abuelo Abraham. Él no tenía en cuenta el poderío de los hombres, ni la condición del imperio más grande de aquel tiempo; su mirada se extendía más allá del tiempo presente y veía de lejos y saludaba las promesas hechas por Dios, dándolas por cumplidas como corresponde a la verdadera fe que sabe quien las había dado.

Πίστει ᾿Ιακὼβ ἀποθνῄσκων ἕκαστον τῶν υἱῶν ᾿Ιωσὴφ εὐλόγησεν. La bendición a sus dos nietos Manasés y Efraín, se hizo conforme a la revelación tomada por fe (Gn. 48:17-20). Contra la costumbre de entonces, de bendecir primero al mayor y luego al menor, y colocar la mano derecha sobre el primogénito para bendecirlo, Jacob cambia el orden aun cuando su hijo José le advirtió de lo que aparentemente era un error (Gn. 48:17-18). La bendición de Jacob es una verdadera manifestación de fe, haciendo descansar en sus nietos parte de la bendición prometida de formar un gran pueblo, junto con la realidad de la inmutabilidad divina, siendo su Dios el mismo que fue el de sus padres. La bendición que Jacob entrega a sus nietos descansa plenamente en Dios, como corresponde a quien vive en fe.

La vida de fe es también una vida de adoración. El último acto que se destaca en el texto en relación con Jacob es que προσεκύνησεν ἐπὶ τὸ ἄκρον τῆς ῥάβδου αὐτοῦ, *“adoró apoyado sobre el extremo de su bordón”*. Hay cierta dificultad entre la traducción de la LXX que corresponde a la traducción del texto de la Epístola en griego, el masorético que traduce: *“adoró apoyado sobre el extremo de la cama”*. La traducción del texto hebreo dice que *“Entonces Israel se inclinó sobre la cabecera de la cama”* (Gn. 47:31). El escritor de la Epístola dice de Jacob *“que muere”*, es decir, se estaba muriendo. Es lógico que estuviese en cama y que se apoyara en el extremo de ella para adorar a Dios. Es posible que los traductores de la Septuaginta leyeran *“mittah”* en hebreo *cama*, como si fuese *“matteh”*, en hebreo *bordón*. La confusión no es difícil, teniendo en cuenta que los antiguos en Egipto solían jurar inclinándose hacia el bastón oficial del magistrado. Sin embargo esta traducción produjo dificultades mayores cuando en el Nuevo Testamento latino se traduce que *“adoró la cabeza del bordón”*[23]. Otros traducen aquí *“hizo reverencia a la punta de la vara de José”*[24]. Bien pudiera ser que Jacob se inclinó sobre el borde de su cama y se apoyó en el bordón para adorar a Dios. El que había tenido tantos fracasos personales, a pesar de ellos, era un hombre de fe que creía en Dios y creía en sus promesas, poniendo a sus descendientes bajo la protección del Todopoderoso, seguro de que cumpliría las promesas hechas a sus antecesores y confirmadas también a él. La bendición que dejó a sus nietos, que serían cabezas de dos de las tribus de Israel, fue por fe.

José (11:22).

22. Por la fe José, al morir, mencionó la salida de los hijos de Israel, y dio mandamiento acerca de sus huesos.

Πίστει ᾿Ιωσὴφ τελευτῶν περὶ τῆς ἐξόδου τῶν υἱῶν ᾿Ισραὴλ
Por fe José que termina acerca de la salida de los hijos de Israel
ἐμνημόνευσεν καὶ περὶ τῶν ὀστέων αὐτοῦ ἐνετείλατο.
recordó y acerca de los huesos de él mandó.

Notas y análisis del texto griego.

Introduciendo otro personaje en los ejemplos de fe, escribe: Πίστει, caso instrumental de πίστις, aquí como dativo femenino singular del sustantivo declinado *por fe*; ᾿Ιωσὴφ, caso nominativo masculino singular del nombre propio *José*; τελευτῶν, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo τελευτάω, *terminar, finalizar, morir,* aquí como *que termina*; περὶ, preposición de

[23] Vg. *“adorauit fastigium uirgae eius*, En Gn. 47 :31, Jerónimo traduce del hebreo : *“adorauit Israel Deum, conuersus ad lectuli caput”.*
[24] F. F. Bruce, citando a R. A. Knox. o.c., pág. 317, nota p.p. 160.

genitivo *acerca de*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; ἐξόδου, caso genitivo femenino singular del sustantivo *salida*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; υἱῶν, caso genitivo masculino singular del sustantivo *hijos*; ᾿Ισραὴλ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Israel*; ἐμνημόνευσεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo μνημονεύω, *recordar, acordarse, hacer mención*, aquí como *mencionó*; καὶ, conjunción copulativa *y*; περὶ, preposición de genitivo *acerca de*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *los*; ὀστέων, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *huesos*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de él*; ἐνετείλατο, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz media del verbo ἐντέλλομαι, *mandar, dar órdenes*, aquí como *mandó*.

Πίστει ᾿Ιωσὴφ τελευτῶν περὶ τῆς ἐξόδου τῶν υἱῶν ᾿Ισραὴλ. Las últimas palabras de José tienen que ver con acontecimientos futuros relacionados con el pueblo de Israel. Dios había revelado a Abraham que su descendencia sería esclava por cuatrocientos años: *"Entonces Jehová dijo a Abram: Ten por cierto que tu descendencia morará en tierra ajena, y será esclava allí, y será oprimida cuatrocientos años"* (Gn. 15:13). José conocía, sin duda, la profecía que su bisabuelo había recibido de Dios. La misma profecía pareciera, a ojos humanos, que no se cumpliría. José era el segundo en el reino. Su familia había sido recibida con privilegios muy singulares en Egipto, admirada y reconocida como correspondía a la familia del más alto dignatario después de Faraón. ¿Cómo podía pensarse en que fuesen esclavizados en Egipto? Sin embargo, lo que desde la perspectiva humana no era posible, lo sería desde la determinación divina que lo había anunciado como cierto: *"Ten por cierto"*, le había dicho a Abraham, por tanto, aquello se cumpliría aun sin lógica para el pensamiento humano. José sabía que las circunstancias anunciadas tendrían que producirse en el entorno donde estaban, esto es, en Egipto. De la tierra de su esclavitud saldrían al cabo de cuatrocientos cincuenta años, con abundancia de riquezas (Gn. 15:14).

᾿Εμνημόνευσεν καὶ περὶ τῶν ὀστέων αὐτοῦ ἐνετείλατο, José sabía que Dios cumpliría sus promesas, por tanto, en un ejercicio de fe, habla ya de la salida de Israel de Egipto, cumplido el tiempo de esclavitud que Dios mismo había determinado que sucediera. Egipto era la temporalidad y la expresión de la providencia de Dios para aquel pueblo, sin embargo, no era el lugar definitivo para la que sería una nación tiempo después. Canaán era la tierra prometida, la que Dios había dicho a Abraham que le daría a él y a su descendencia. Aquella era la tierra que la fe le hacía ver a José como el lugar definitivo en la tierra para su pueblo. La convicción de José era clara: *"Y José dijo a sus hermanos: Yo voy a morir; mas Dios ciertamente os visitará, y os hará subir de esta tierra a la tierra que juró a Abraham, a Isaac y a Jacob"* (Gn. 50:24). Estaban en Egipto, pero aquel no era su lugar. La fe hacía desear a

José el lugar de la promesa, por tanto, dio instrucciones sobre sus huesos, expresando el deseo de ser enterrado en la tierra de la promesa: *“E hizo jurar José a los hijos de Israel, diciendo: Dios ciertamente os visitará, y haréis llevar de aquí mis huesos”* (Gn. 50:25). Por esa causa no se levantó una fastuosa sepultura al estilo egipcio, sino que simplemente su cuerpo fue embalsamado y colocado en un ataúd en Egipto (Gn. 50:26). Sería Moisés quien llevaría el cadáver de José a Canaán con la salida del pueblo, luego del tiempo de esclavitud (Ex. 13:19). En enterramiento de los restos de José tuvo lugar en Siquem, en el campo que Jacob había comprado cuando regresaba de Padan-aram (Gn. 33:18-19). Aquel, lo mismo que su abuelo Abraham, no habían tenido en posesión nada de Canaán, salvo las pequeñas parcelas compradas, pero la fe les hacía considerar las promesas como algo que sería cumplido en su tiempo, tal como ocurrió conforme al propósito de Dios. Los antecesores habían comprado la tierra que les había sido prometida, pero los restos de José descansaron en la tierra que les había sido dada.

Moisés (11:23-29).

23. Por la fe Moisés, cuando nació, fue escondido por sus padres por tres meses, porque le vieron niño hermoso, y no temieron el decreto del rey.

Πίστει Μωϋσῆς γεννηθεὶς ἐκρύβη τρίμηνον ὑπὸ τῶν πατέρων
Por fe Moisés nacido fue escondido tres meses por los padres
αὐτοῦ, διότι εἶδον ἀστεῖον τὸ παιδίον καὶ οὐκ ἐφοβήθησαν τὸ
de él porque vieron hermoso el niño y no temieron el
διάταγμα τοῦ βασιλέως.
decreto del rey.

Notas y análisis del texto griego.

Un nuevo ejemplo de fe en la persona de Moisés. Πίστει, caso instrumental de πίστις, aquí como dativo femenino singular del sustantivo declinado *por fe*; Μωϋσῆς, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Moisés*; γεννηθεὶς, caso nominativo masculino singular del participio aoristo primero en voz pasiva del verbo γεννάω, en voz pasiva *nacer*, aquí como *nacido*; ἐκρύβη, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz pasiva del verbo κρύπτω, *ocultar, esconder,* aquí como *fue escondido*; τρίμηνον, caso acusativo neutro singular del adjetivo *tres meses, trimestre*; ὑπὸ, preposición de genitivo *por*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; πατέρων, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *padres*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de él*; διότι, conjunción causal *porque*; εἶδον, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, *ver*, aquí como *vieron*; ἀστεῖον, caso acusativo neutro singular del adjetivo *hermoso*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; παιδίον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *niño*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οὐκ, forma del adverbio de

negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada, que negativiza a ἐφοβήθησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo φοβέω, en esta forma expresa la idea de *manifestar miedo,* aquí como *temieron*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; διάταγμα, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *orden, decreto*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; βασιλέως, caso genitivo masculino singular del sustantivo *rey.*

Πίστει Μωϋσῆς. Si Abraham era respetado por los hebreos como el hombre que Dios escogió para la fundación de la nación, no menos importancia tenía para ellos aquel que Dios usó para darles la Ley y librarles de la esclavitud en Egipto, que fue Moisés. La introducción del personaje como ejemplo de fe, comienza por un entorno en donde también se aprecia la fe en sus progenitores. Su padre fue Amrán, descendiente de Coat (Ex. 6:18) y de Jocabed (Ex. 6:20), pertenecía, por tanto, a la que sería más tarde la tribu sacerdotal de Leví. Amrán tuvo tres hijos: Miriam (Nm. 26:59), Aarón y Moisés (Ex. 6:23). Jocabed era hija de Leví y nacida en Egipto (Nm. 26:59), por lo que era tía de Amrán, con quien se casó (Gn. 6:20), aunque la BJ traduce aquí como *prima*.

Πίστει Μωϋσῆς γεννηθεὶς ἐκρύβη τρίμηνον ὑπὸ τῶν πατέρων αὐτοῦ, διότι εἶδον ἀστεῖον τὸ παιδίον. En el tiempo del nacimiento de Moisés y debido al incremento numérico del pueblo de Israel en Egipto, se había decretado por el Faraón que todo hijo varón de los hebreos debía ser muerto en su nacimiento, arrojándolo al río Nilo (Ex. 1:22). La promesa de crecimiento del pueblo de Israel se estaba cumpliendo conforme a lo que Dios había establecido, y de igual manera la esclavitud que también había sido anunciada a Abraham, por tanto, no es de extrañar que los padres de Moisés fueran creyentes fieles viendo la confirmación de cada acontecimiento que Dios había revelado a los antepasados. Los padres de Moisés conocían lo que significaba un niño como don divino. Esa comprensión se recogerá siglos más tarde en el libro de los Salmos (Sal. 127:3; 128:3-4). Por esa causa, el hijo que había nacido era para ellos *algo hermoso*: εἶδον ἀστεῖον τὸ παιδίον, *vieron hermoso al niño*. Muy probablemente también lo fuera físicamente. Sin embargo, era realmente hermoso para sus padres, por lo que, si Dios les había dado el don de un hijo, la fe les impulsaba a conservarlo aunque para ello fuese necesario exponerse a los peligros que suponía contravenir lo establecido en el decreto imperial. Si Dios les había dado un hijo, sólo Él podría quitar la vida a ese hijo.

Καὶ οὐκ ἐφοβήθησαν τὸ διάταγμα τοῦ βασιλέως. La fe de aquellos padres les hacía entender que aunque el poder del Faraón parecía ser omnímodo, mayor era el poder de Dios para proteger al niño y protegerles a ellos que desobedecían la orden del emperador. Este ejemplo de fe, tuvo que

haber influido positivamente en la fe de Moisés, ya que de padres de fe es muy probable que surjan hijos de fe (2 Ti. 1:5). Durante tres meses lo tuvieron escondido, pero suponía un peligro notable que siguiesen teniéndolo en casa. Para desencadenarse luego, conforme a la provisión de Dios, la colocación del niño en una cestilla calafateada y colocada en un carrizal del río, donde sería encontrado por la hija de Faraón.

24. Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón.

Πίστει Μωϋσῆς μέγας γενόμενος ἠρνήσατο λέγεσθαι υἱὸς θυγατρὸς
Por fe Moisés grande hecho rehusó ser llamado hijo de la hija
Φαραώ,
De Faraón.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo con Moisés como ejemplo de fe, continúa: Πίστει, caso instrumental de πίστις, aquí como dativo femenino singular del sustantivo declinado *por fe*; Μωϋσῆς, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Moisés*; μέγας, caso nominativo masculino singular del adjetivo *grande*; γενόμενος, caso nominativo masculino singular con el participio aoristo segundo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, empezar a existir, hacerse, ser hecho*, aquí como *hecho*; ἠρνήσατο, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz media del verbo ἀρνέομαι, *negar, renunciar, repudiar, rechazar, rehusar*, el verbo expresa la actitud de rechazo frente a una exigencia, aquí como *rehusó*; λέγεσθαι, presente de infinitivo en voz pasiva del verbo λέγω, *llamar*, aquí como *ser llamado*; υἱὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo *hijo*; θυγατρὸς, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de hija*; Φαραώ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Faraón*.

Moisés había llegado a alcanzar una alta dignidad en Egipto. Había sido adoptado por la hija de Faraón, de ahí el calificativo que tenía como υἱὸς θυγατρὸς Φαραώ, *"hijo de la hija de Faraón"*, que expresaba no solo un hecho familiar histórico, sino el título de dignidad en Egipto. El dueño absoluto de Egipto, el que gobernaba todo el imperio con poderes absolutos era el Faraón. Junto con él estaba, en importancia social, la reina, la *gran esposa real*, con su casa y sus propiedades personales, ocupaba un lugar destacadísimo en la corte. Las reinas de Egipto eran emparentadas siempre con el mismo Faraón, ya que los faraones se casaban con sus hermanas. La importancia de la reina como transmisora de la legitimidad es indudable en la historia de Egipto, que culmina en la figura de Hatshepsut (1501-1480), sin olvidarse de nombres tales como Nefertiti, Nefertari -la esposa de Ramsés II- y otras muchas más. Existe la posibilidad de que Hatshepsut, que fue princesa y reina regente de la dinastía décimo octava, hija de Tutmosis I, fuese la princesa que adoptó a Moisés, en

cuyo caso, como hijo mayor hubiera podido llegar al trono de Egipto. No es de extrañar que el hijo adoptado por la hija de Faraón, fuese educado y tratado como un príncipe de sangre real en Egipto. Algunos piensan que Moisés hubiera podido llegar a ser el heredero del trono si su madre adoptiva se hubiese fuese la esposa de Faraón. Dejando a un lado las hipótesis que no pueden probarse, el hecho concreto es que la posición de Moisés en Egipto revestía una alta dignidad en el contexto social de entonces. Éste fue, sin duda, educado conforme a los criterios de entonces, especializándolo en las ciencias de los egipcios, en las leyes y en la administración tanto política como militar (Hch. 7:22). Sin embargo, en una posición tan elevada, μέγας γενόμενος, *hecho ya grande*, por alguna razón especial ἠρνήσατο λέγεσθαι υἱὸς θυγατρὸς Φαραω, *"rehusó ser llamado hijo de la hija de Faraón"*. Ser llamado es tener esa condición, rehusar a ser llamado equivale a rechazar tal condición social. Parece ser que en el corazón de Moisés nunca había desaparecido el afecto y la identidad hacia su pueblo, que con seguridad le fue enseñado por sus padres durante el tiempo de crianza, antes de ponerlo en manos de su madre adoptiva, la hija de Faraón. El sufrimiento del pueblo, su pueblo, fue el detonante que pudo haber establecido preferencias sólo admisibles en la fe, como era rehusar a su dignidad social en Egipto para identificarse plenamente con el pueblo de esclavos.

25. Escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado.

μᾶλλον ἑλόμενος συγκακουχεῖσθαι τῷ λαῷ τοῦ Θεοῦ ἢ
Mas bien escogiendo ser maltratado con el pueblo - de Dios que
πρόσκαιρον ἔχειν ἁμαρτίας ἀπόλαυσιν,
por algún tiempo tener del pecado disfrute.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue sin discontinuidad con el ejemplo de la fe de Moisés, escribiendo: μᾶλλον, adverbio comparativo de μάλα, *muy, mucho, completamente*, aquí como *más, más bien, mejor*; ἑλόμενος, caso nominativo masculino singular del participio aoristo segundo en voz media del verbo αἱρέομαι, *preferir, elegir, escoger*, aquí como *escogiendo*; συγκακουχεῖσθαι, presente de infinitivo en voz media del verbo συγκακουχέομαι, *sufrir adversidad con, ser maltratado con*, aquí como *ser maltratado con*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; λαῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo *pueblo*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, no utilizable en castellano por vincularse a nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Dios*; ἢ, conjunción copulativa *que*; πρόσκαιρον, caso acusativo femenino singular del adjetivo *que dura algún tiempo, momentáneo, pasajero*; ἔχειν, presente de infinitivo en voz activa del verbo ἔχω, *tener*; ἁμαρτίας, caso genitivo femenino singular del

sustantivo declinado *del pecado*; ἀπόλαυσιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *disfrute*.

Μᾶλλον ἑλόμενος συγκακουχεῖσθαι τῷ λαῷ τοῦ Θεοῦ. Con toda seguridad Moisés conocía su origen y salvamento milagroso, así como las promesas dadas a sus antepasados sobre el pueblo de Israel. Su propia vida era evidencia del poder y fidelidad de Dios, por lo que debía creer sus promesas. La fe demanda la renuncia de lo temporal para asumir valores eternos (Fil. 3:7-11). La fe común de todos los creyentes es también motivo de identificación entre ellos. Los hermanos de Moisés, del pueblo hebreo, estaban sufriendo, por tanto Moisés sintió identificación con sus sufrimientos y decidió sufrir con ellos. Es decir, Moisés prefirió aguantar juntamente los males con el pueblo de Dios, que vivir la bonanza licenciosa de la sociedad egipcia y de la posición que había alcanzado en ella. Para Moisés, como creyente fiel, Israel era el pueblo de la promesa, mientras que Egipto era la nación que oprimía a los del pueblo de Dios. La renuncia de Moisés no tiene que ver con honores que pudiera alcanzar en el pueblo de Israel cuando fuera liberado, sino en el deshonor que supondría para él continuar vinculado a Egipto. No tardaría mucho en que esto se cumpliese realmente en él, como consecuencia de la muerte del egipcio para evitar que maltratase a uno de sus congéneres, que provocó la ira de Faraón y procuraba matarlo, por lo que tuvo que huir de Egipto pasando a la tierra de Madián (Ex. 2:11-15). La situación de privilegio dio paso a la de peligro; la de lujos, a la de pobreza total; de tener todo, a no tener nada; de ser respetado, a la de ser perseguido.

Todo esto, dice el texto bíblico, se produjo por *elección* de Moisés, que prefirió el desprecio a la práctica del pecado. La vida en la corte egipcia se califica aquí como πρόσκαιρον ἔχειν ἁμαρτίας ἀπόλαυσιν *"gozar de los deleites temporales del pecado"*. No quiere decir que el hecho de ser un alto dignatario en la política de un país sea de suyo pecaminoso, pudiendo incluso ser utilizados en bien de los hombres y de los hermanos en la fe, como ocurrió con Daniel. Aparentemente Moisés pudo haber hecho mucho por sus hermanos siguiendo en su posición privilegiada en Egipto, sin tener que integrarse en el grupo de los esclavos y de los oprimidos sin ningún tipo de derecho personal. Pero, para Moisés, que había sentido el deber de ayudar a la liberación de sus hermanos, permanecer en su posición social hubiera sido un pecado, lo que se llama aquí πρόσκαιρον ἔχειν ἁμαρτίας ἀπόλαυσιν, *"los goces temporales del pecado"*. No quiere decir esto que Moisés hubiese practicado el pecado propio de los egipcios en sus muchas maneras, sino simplemente que permanecer allí no hubiera provenido de la fe, y lo que no es de fe es pecado (Ro. 14:23). Los goces que el mundo provee son por poco tiempo, la fe otorga valores y galardón eternos. No se dice cuando ocurrió esto, pero, Esteban en su defensa dice que fue a los cuarenta años (Hch. 7:23). Fue Dios quien hizo nacer

en el corazón de Moisés el deseo de identificación y servicio a su pueblo. La renuncia a las cosas temporales por las eternas, a los goces del pecado por el maltrato como pueblo de Dios, sólo es comprensible desde la dinámica de la fe. Cuando Moisés renunció a todo cuanto tenía no veía delante sino dificultades, peligros y pobreza. Pero la visión de la fe le daba la confianza necesaria para hacerlo sabiendo que Dios había prometido que su pueblo sería liberado de la esclavitud y recibiría las promesas de una tierra que Dios había determinado, conforme a lo prometido a los antecesores de Israel.

26. Teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón.

μείζονα πλοῦτον ἡγησάμενος τῶν Αἰγύπτου θησαυρῶν τὸν
Mayor riqueza teniendo que los de Egipto tesoros el
ὀνειδισμὸν τοῦ Χριστοῦ· ἀπέβλεπεν γὰρ εἰς τὴν
vituperio - de Cristo porque tenía la mirada puesta en el
μισθαποδοσίαν.
galardón.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue con las evidencias que ponen de manifiesto la fe de Moisés, diciendo: μείζονα, caso acusativo masculino singular del adjetivo comparativo de μεγας, *grande*, aquí como *mayor*; πλοῦτον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *riquezas*; ἡγησάμενος, caso nominativo masculino singular del participio aoristo primero en voz media del verbo ἡγέομαι, *considerar, pensar, juzgar,* aquí como *considerando, teniendo*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*, que es el caso ablativo después del comparativo μείζονα, por tanto *que los*; Αἰγύπτου, caso genitivo femenino singular del nombre propio declinado *de Egipto*; θησαυρῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo *tesoros*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; ὀνειδισμὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *insulto, injuria, reproche*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, no traducible en castellano al estar vinculado con nombre propio; Χριστοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Cristo*; ἀπέβλεπεν, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo ἀποβλέπω, *tener la mirada puesta en*, aquí como *tenía puesta la mirada puesta, ponía la mirada*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al verbo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; εἰς, preposición de acusativo, *en*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *el*; μισθαποδοσίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo, *retribución, premio.*

Μείζονα πλοῦτον ἡγησάμενος τῶν Αἰγύπτου θησαυρῶν τὸν ὀνειδισμὸν τοῦ Χριστοῦ. Las riquezas de la fe no coinciden tampoco con las riquezas del mundo. Moisés tenía como mayor riqueza que la vida próspera y confortable de los egipcios, el vituperio de Cristo. Una cierta dificultad aparece

en la identificación de Moisés con el ὀνειδισμὸν τοῦ Χριστου, vituperio de Cristo ¿en qué sentido debe entenderse Cristo aquí? Aunque había promesas para la venida del Mesías, la revelación sobre los acontecimientos de su vituperio no eran tan extensas como se manifestarían en los mensajes proféticos anteriores al exilio, como Isaías. El término Cristo equivale a *Ungido de Dios*, término que se aplica a todo el pueblo de Israel en el Masquil de Etán ezraíta (Sal. 89:51). En el sufrimiento del pueblo de Israel había una identificación del Mesías ya que *"en toda la angustia de ellos Él fue angustiado"* (Is. 63:9). El vituperio de Israel era, en cierta medida, como consecuencia de la identificación de Dios con su pueblo, el vituperio de Dios mismo. Dios se identifica con el pueblo de Israel en la antigua dispensación como Padre, de ahí la indicación a Faraón: *"Israel es mi hijo, mi primogénito"* (Ex. 4:22). Por esta causa algunos eruditos consideran que en este versículo *Cristo* equivale a *ungido* y que es una referencia al pueblo de Israel, como se dice antes. Uno de los argumentos que suele utilizarse es la identificación de aspectos relativos a Israel que se cumplen en Cristo, como ocurre con el período de esclavitud en Egipto y la salida de ella de la que habla Oseas: *"Cuando Israel era muchacho, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo"*, que se aplica luego a Cristo en el Nuevo Testamento (Mt. 2:15). La profecía de Oseas es una profecía de amor. Dios amando a su pueblo a pesar de sus muchos pecados y transgresiones. Con claridad dice Oseas: *"cuando Israel era muchacho, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo"*. No hubiera sido posible en buena hermenéutica aplicar el texto de Oseas a Jesús desde el contexto de la profecía, sin embargo la interpretación no es de Mateo sino del Espíritu que condujo el pensamiento del evangelista. No cabe duda que Israel, en el contexto profético del pasaje de donde Mateo tomó el texto, está representando a Jesús, el siervo perfecto y el Hijo amado de Dios. El Verbo hecho carne es el Hijo de Dios (Jn. 1:14), pero además es también, en el plano de su humanidad, el siervo perfecto de Dios. De la misma forma que Faraón intento destruir el pueblo de Dios, así también Herodes intentó destruir al Hijo de Dios. Sin embargo como Dios intervino en su providencia en tiempo de Faraón para proteger a su pueblo, así también lo hizo en tiempo de Herodes para proteger a su Hijo Jesús. El éxodo de Israel tendría cumplimiento pleno en el éxodo de Jesús desde Egipto, donde sería llamado por Dios para regresar a su tierra y cumplir el ministerio que le había sido encomendado. Es interesante lo que escribe Hendriksen sobre este simbolismo entre Israel y Jesús:

"Sin embargo, no es suficiente decir que Israel era un tipo de Cristo. El vínculo entre los dos es más estrecho que lo implicado en la palabra 'tipo'. Cristo vendría de Israel en su naturaleza humana. Si Israel hubiese sido destruido en Egipto, las profecías mesiánicas (Gn. 22:18; 26:4; 28:14; 49:10) no se habrían cumplido. Por lo tanto, es muy cierto que cuando Israel fue efectivamente llamado de Egipto, Cristo también fue llamado. Por eso Mateo tiene todo el derecho de decir: 'para que se cumpliese lo que dijo el Señor a

través del profeta cuando dijo: De Egipto llamé a mi hijo'. Entre los asombrosos pasajes en que Cristo y su pueblo se ponen en una estrecha unión está Hch. 22:7: 'Saulo, Saulo, ¿por qué me *persigues?"*[25].

La propia genealogía de Mateo establece un vínculo de unión ascendente entre Cristo y los antepasados suyos hasta David y Abraham. En alguna medida el Señor estaba en su pueblo como descendiente natural desde su humanidad de los patriarcas (Ro. 9:5). En Abraham, potencialmente, estaba toda la descendencia de la nación hebrea, entre ellos Jesús el Cristo. Las palabras aplicables a Israel por el profeta son aplicables a Jesús como perteneciente a Israel según la carne. Y de la misma manera las palabras que Dios puso en boca de Moisés cuando habló con Faraón reclamando la liberación de Israel y diciéndole: *"Israel es mi hijo, mi primogénito"* (Ex. 4:22), son tan aplicables a Jesús personalmente como a Israel corporativamente. El oprobio y vituperio de Israel fueron consumadas también en el Ungido de Dios, nuestro Señor y Cristo, ya que las palabras del salmista que expresa la angustia de uno del pueblo: *"Porque me consumió el celo de tu casa; y los denuestos de los que te vituperaban cayeron sobre mí"* (Sal. 69:9), será aplicado por el apóstol Pablo a Cristo mismo (Ro. 15:3). El oprobio que padeció Israel era también oprobio de Cristo, lo mismo que el que padecen los cristianos ahora, lo es también (Fil. 3:10). En la vida de fe persiste la identidad y la bendición de la fe sigue siendo la misma, no importa en que dispensación (1 P. 4:13-14). Como por medio de la fe es la salvación, concesión de la gracia, así también el padecimiento por la fe es concesión de la gracia (Fil. 1:29). La identificación de los padecimientos del creyente con Cristo es una enseñanza del Nuevo Testamento, que produce gozo en medio de la aflicción, como escribe el apóstol Pablo: *"Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia"* (Col. 1:25). Las aflicciones en la vida de fe, son transitorias y momentáneas, pero producen en el creyente un cada vez más excelente y eterno peso de gloria (2 Co. 4:17).

La visión de la fe hace superar la situación del oprobio, porque la mirada se extiende al galardón: ἀπέβλεπεν γὰρ εἰς τὴν μισθαποδοσίαν, *porque tenía la mirada puesta en el galardón.* La fe pone los ojos espirituales en lo que es definitivo y no en lo temporal. Esa enseñanza se ha considerado ya antes (10:35). Algunos de los creyentes a quienes se dirige la Epístola estaban dudosos entre mantener la firmeza de la fe en medio de las dificultades o claudicar par evitar el oprobio. El ejemplo de Moisés, a quienes los hebreos respetaban de un modo especial, sirve de ejemplo y estímulo que quienes, siendo de su mismo pueblo en cuanto a raza, estaban pasando también por padecimientos a causa de Cristo, para que como aquel hombre de fe en la

[25] Guillermo Hendriksen. Mateo, pág. 190.

antigua dispensación, rehusó cualquier privilegio para asumir el oprobio en identificación con el pueblo y con Dios, así también lo hagan los creyentes de la actual dispensación. Ningún resumen mejor para esta enseñanza que las palabras del apóstol Pablo: *"Que estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos… Por tanto, no desmayamos;… no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas"* (2 Co. 4:8-10, 16, 18).

27. Por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey; porque se sostuvo como viendo al Invisible.

Πίστει κατέλιπεν Αἴγυπτον μὴ φοβηθεὶς τὸν θυμὸν τοῦ βασιλέως·
Por fe abandonó Egipto no temiendo la ira del rey
τὸν γὰρ ἀόρατον ὡς ὁρῶν ἐκαρτέρησεν.
porque al Invisible como viendo se mantuvo firme

Notas y análisis del texto griego.

Continúa dando ejemplos de la fe de Moisés y escribe: Πίστει, caso instrumental de πίστις, aquí como dativo femenino singular del sustantivo declinado *por fe*; κατέλιπεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo καταλείπω, *dejar, descuidar, abandonar*, aquí como *dejó*; Αἴγυπτον, caso acusativo femenino singular del nombre propio *Egipto*; μή, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*, negativizando a φοβηθεὶς, caso nominativo masculino singular con el participio aoristo primero en voz pasiva del verbo φόβος, *tener miedo*, *temer*, aquí como *teniendo miedo*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *al*; θυμὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *ira, furor*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; βασιλέως, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *rey*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al artículo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ἀόρατον, caso acusativo masculino singular del adjetivo *invisible*; ὡς, conjunción causal acompañando al verbo, *como*; ὁρῶν, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ὁράω, *ver,* aquí como *viendo*; ἐκαρτέρησεν, caso tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo καρτερέω, *mantenerse firme*, aquí como *se mantuvo firme*.

Πίστει κατέλιπεν Αἴγυπτον μὴ φοβηθεὶς τὸν θυμὸν τοῦ βασιλέως. El descanso de la fe produce la valentía del creyente. Moisés fue un creyente en peligro. El escritor hace referencia a la κατέλιπεν Αἴγυπτον, salida de Egipto sin temer a la ira del rey. ¿A qué salida se está refiriendo aquí?

¿Se trata del momento en que a consecuencia de la muerte del egipcio tuvo que salir de Egipto huyendo de la ira de Faraón? (Ex. 2:11-15). Pudiera ser este el suceso que tenía en mente. En esa *salida* definitiva de Moisés, el que sería utilizado cuarenta años después para conducir a Israel en la salida de Egipto y liderarlo a lo largo de otros cuarenta años por el desierto hasta el límite de Canaán, fue probado por Dios en la dependencia de la fe. Si hay algún relato con un gran dramatismo es el que contempla el paso de los cuarenta años en Madián, pastoreando las ovejas de su suegro Jetro (Ex. 3:1), donde el tiempo iba sucediéndose sin que Moisés pasara de ser un extranjero en aquella tierra, sin ningún futuro -humanamente hablando- que pudiera darle algún motivo de esperanza. Sólo dependía por fe de aquel que siendo Dios era capaz de cumplir sus promesas y liberar a su pueblo. Con todo, si se considera esta como la salida de Egipto hay una cierta dificultad cuando dice que salió μὴ φοβηθεὶς τὸν θυμὸν τοῦ βασιλέως, *"no temiendo la ira del rey"*, ya que el relato del Éxodo afirma que *"Moisés tuvo miedo"* (Ex. 2:14).

Tal vez sea mejor entender esto como una referencia al tiempo del Éxodo, la salida de Egipto, en donde se enseña que Moisés no tuvo miedo a la reacción de Faraón que salió tras los israelitas persiguiéndolos hasta el Mar muerto, diciendo al pueblo: *"No temáis; estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros; porque los egipcios que hoy habéis visto, nunca más para siempre los veréis, Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos"* (Ex. 14:13-14). El miedo de la anterior ocasión, la salida huyendo hacia Madián, se producía como consecuencia de una acción humana, al pretender la liberación de uno de los suyos mediante el uso de la fuerza personal, matando al egipcio. En la ocasión del Éxodo, no hay ninguna expresión de fuerza humana, sólo la dependencia por fe del Dios omnipotente que salvaba a su pueblo. Algunos entienden que no es posible conciliar la salida de Egipto con la celebración de la pascua que se produjo antes y que en el ejemplo de la fe de Moisés, viene después (v. 28). Sin embargo, el escritor no está tan interesado en la cronología de la historia, como en los ejemplos selectivos que sirven al propósito de la realidad y consecuencias de la fe en la vida del creyente. El hecho de que el escritor sitúe el acontecimiento anterior a otro históricamente posterior, vuelve a producirse más adelante con los ejemplos de los jueces, reyes y profetas, que tampoco siguen un orden histórico-cronológico. Un argumento más que favorece la posición de que se trata del Éxodo es que el versículo dice que *"dejó"* Egipto, lo que implica una salida definitiva. En la primera, con motivo de la huida a Madián, Moisés regresaría cuarenta años después para libertar al pueblo, mientras que cuando se produjo el Éxodo fue una salida definitiva en la que dejaba Egipto para no regresar más a él. Es verdad que la referencia concreta a la *ira* de Faraón está más relacionada con la muerte del egipcio que con la salida del pueblo luego de la muerte de los primogénitos. Sin embargo, la reacción de Faraón fue propia de un acto de ira al

ver como perdía a los esclavos que trabajaban para él, organizando una acción militar contra ellos (Ex. 14:5ss).

La confianza de la fe tenía una provisión, ya que se sostenía τὸν γὰρ ἀόρατον ὡς ὁρῶν ἐκαρτέρησεν *"como viendo al Invisible"*. El término hace referencia al Dios trascendente, el inmortal, *"el que habita en luz inaccesible, a quién nadie ha visto ni puede ver jamás"* (1 Ti. 1:17). El Invisible se le había manifestado en Horeb en la zarza que ardía sin consumirse (Ex. 3:2). En aquella ocasión pudo oír su voz, pero no podía ver a Dios. Este Invisible se hace visible por la fe. Ese Dios invisible fue el que sostuvo a Moisés en la soledad de sus años en Madián. Como antes hizo con Abraham que se le manifestó como el Dios de la gloria, lo hizo luego con Moisés, mostrándole la gloria de su presencia, que trajeron fuerzas renovadas y firmeza para iniciar el trabajo de sacar a Israel de Egipto (Ex. 3:7-4:17). De nuevo triunfaba aquí la fe en Dios y, por medio de esa fe, confiando en sus promesas y en su palabra, abandonaba Egipto iniciando un largo período de peregrinación descansando en cada jornada del camino, en la magnificencia, providencia y omnipotencia de Dios.

28. Por la fe celebró la pascua y la aspersión de la sangre, para que el que destruía a los primogénitos no los tocase a ellos.

Πίστει πεποίηκεν τὸ πάσχα καὶ τὴν πρόσχυσιν τοῦ αἵματος, ἵνα μὴ
Por fe ha hecho la Pascua y la aspersión de la sangre para que no
ὁ ὀλοθρεύων τὰ πρωτότοκα θίγῃ αὐτῶν.
el que extermina a los primogénitos tocase de ellos.

Notas y análisis del texto griego.

Una referencia a la celebración de la Pascua, manifiesta también la fe de Moisés. Πίστει, caso instrumental de πίστις, aquí como dativo femenino singular del sustantivo declinado *por fe*; πεποίηκεν, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo ποιέω, *hacer, crear, producir, realizar,* aquí como *ha hecho*, en sentido de *ha celebrado*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; πάσχα, caso acusativo neutro singular del sustantivo *pascua*, celebración de *cena pascual*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; πρόσχυσιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *aspersión*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *de lo*; αἵματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo *sangre*; ἵνα, conjunción, *para que, a fin de que*; μή, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ὀλοθρεύων, caso nominativo masculino singular del participio de presente articular en voz activa del verbo ὀλοθρεύω, *exterminar*, aquí como *que extermina*, que al ser articular adquiere el sentido de *exterminador,* es español debiera traducirse como un pasado *que exterminaba*, para una mejor relación temporal de un

hecho ya ocurrido; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado declinado *a los*; πρωτότοκα, caso acusativo neutro plural del adjetivo *primogénitos*; θίγῃ, tercera persona singular del aoristo segundo de subjuntivo en voz activa del verbo θιγγάνω, *tocar*, aquí como *tocase*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos*.

En la experiencia de Moisés en la vida de fe, la Pascua adquiere una singular importancia. La referencia aquí es al episodio de la primera Pascua (Ex. 12). El escritor dice que πίστει πεποίηκεν τὸ πάσχα, *por la fe celebró* la Pascua, literalmente *hizo*[26], *llevó a cabo*, indicando que con esa primera ocasión de celebración se establece, para el antiguo orden, la continuidad en el rito simbólico permanente. Dios estableció el modo de la celebración. Debía realizarse el día diez del mes hebreo de Nisán, que corresponde con Marzo-Abril en nuestro calendario (Ex. 12:3), sacrificando un cordero por familia. En caso de que la familia fuese pequeña para comer el cordero, podían unirse con otra para esa celebración (Ex. 12:4). El animal para la Pascua tenía que ser un cordero o un cabrito, macho de un año, bien sea de las ovejas o de las cabras (Ex. 12:5). Este animal había de ser apartado del rebaño y puesto en un lugar para él solo desde el día diez del mes hasta el catorce, en que sería sacrificado. El simbolismo de la redención y liberación descansa en el hecho de un animal que se sacrificaba, dispuesto desde antes de la muerte para ese fin. En el simbolismo aparece la gloriosa dimensión de la obra de Cristo destinado, separado para el fin de la redención desde antes de la creación del universo, como el apóstol Pedro dice: *"ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manfiestadoen los postreros tiempos por amor de vosotros"* (1 P. 1:20). El cordero pascual debía ser *"sin defecto"* (Ex. 12:5), figura también de Aquel que fue absolutamente santo y apartado de los pecadores, nuestro Señor y Salvador Jesucristo. En el día determinado, el cordero sería sacrificado, *inmolado*, por todo el pueblo, es decir, por cada familia del pueblo entre las dos tardes (Ex. 12:6).

El autor añade: τὴν πρόσχυσιν τοῦ αἵματος, ἵνα μὴ ὁ ὀλοθρεύων τὰ πρωτότοκα θίγῃ αὐτῶν *"y la aspersión de la sangre, para que el que destruía a los primogénitos no los tocase a ellos"*. La sangre del animal serviría, en esa primera vez, para ponerla en los dos postes y en el dintel de las casas de cada una de las familias de Israel (Ex. 12:7). La sangre puesta en la entrada de la casa, sería la señal que Dios establecía para que el *exterminador* que enviaba para matar a todos los primogénitos en Egipto, pasara por alto las casas de los creyentes de Israel. (Ex. 12:13). La paz estaba asegurada para quienes por fe se refugiaban bajo la sangre del cordero de la Pascua. Las familias que comían el cordero debían hacerlo en disposición de marcha, con

[26] Griego, πεποίηκεν.

cinturones apretados para sujetar bien la ropa y que no estorbara al caminar, con los pies bien calzados y el bastón de ayuda en la mano. Comerían además apresuradamente (Ex. 12:11). Dos elementos de fe se aprecian en el simbolismo. El primero en relación con Dios, que habiendo determinado juzgar el pecado de desobediencia reiterada de los egipcios con la muerte de sus primogénitos, resolvía la exigencia de su justicia sin necesidad en relación con los creyentes de Israel. La sangre del cordero inocente, *sustituía* en figura la vida del primogénito que se amparaba bajo la sangre del cordero inmolado. De esa misma manera, el creyente en Cristo puede ver el futuro del juicio de Dios sobre el hombre a causa del pecado, absolutamente resuelto en cuanto a penalidad, por la muerte sustitutoria del Cordero de Dios, de modo que con toda confianza en fe puede decir: *"Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús"* (Ro. 8:1). La Pascua era un acto de fe, con plena seguridad en que la señal de la sangre impediría que el exterminador actuara dentro del lugar que estaba bajo ella. La segunda medida de fe se determina en el hecho de que los esclavos comían la Pascua dispuestos para la partida. No había ninguna razón humana que permitiera tal esperanza. Los esclavos judíos estaban en situación de absoluta inferioridad. Ninguno de ellos, ni todos ellos juntos, podrían revertir la situación. Estaban esclavizados por la mayor potencia militar de aquella época y ellos eran simplemente esclavos, cuyas armas consistían sólo en la fuerza de sus brazos. Pero, Dios había dicho a Moisés que aquella noche saldrían de Egipto liberados por Él y eso ocurrió. La fe descansaba firmemente en las promesas de Dios. Moisés que estableció lo necesario para la primera Pascua, manifiesta su fe creyendo que la provisión de Dios para librar de la muerte y para librar de la esclavitud, iban a cumplirse conforme a su palabra. El israelita no veía la sangre, ya que él estaba dentro y la sangre fuera, pero era vista por Dios. Por tanto todo aquello, liberación de la muerte y libertad de la esclavitud, eran alcanzadas por fe.

Aquello era la Pascua, (heb. *Phase*), es decir, el tránsito del Señor. El Señor *pasaría* sobre Egipto y heriría a todo primogénito, pero *pasaría* también sobre las casas signadas con sangre. El primer *pasar* de Dios era de juicio y maldición, el segundo era de gracia y benevolencia. Para realizar lo que Dios había ordenado era necesario hacerlo sobre la fe en su Palabra. Moisés lo hizo por la fe. La Pascua no era sólo para el día de la liberación de la esclavitud, sino que se extendía anualmente como una permanente llamada a la vida de fe. Aquel cordero pascual y aquel rito, debía servir de recordatorio de lo que Dios había hecho por ellos y como evangelización a quienes no había vivido la dimensión de la esclavitud, de modo que entendieran también que Dios es fiel y misericordioso, y que es poderoso, capaz, para librar a los suyos (Ex. 12:24-27).

29. Por la fe pasaron el Mar Rojo como por tierra seca; e intentando los egipcios hacer lo mismo, fueron ahogados.

Πίστει διέβησαν τὴν ἐρυθρὰν θάλασσαν ὡς διὰ ξηρᾶς γῆς, ἧς
Por fe atravesaron el rojo mar como a través de seca tierra de la que
πεῖραν λαβόντες οἱ Αἰγύπτιοι κατεπόθησαν.
tentativa intentando los egipcios fueron tragados.

Notas y análisis del texto griego.

Una prueba más de la fe de Moisés fue la celebración de la Pascua: Πίστει, caso instrumental de πίστις, aquí como dativo femenino singular del sustantivo declinado *por fe*; διέβησαν, tercera persona plural del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo διαβαίνω, *cruzar, pasar, atravesar*, aquí como *atravesaron*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἐρυθρὰν, caso acusativo femenino singular del adjetivo calificativo *roja*; θάλασσαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *mar*; ὡς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; διὰ, preposición de genitivo *a través de*; ξηρᾶς, caso genitivo femenino singular del adjetivo *seca*; γῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *tierra*; ἧς, caso genitivo femenino singular del pronombre relativo declinado *de la que*; πεῖραν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *prueba, tentativa*; λαβόντες, caso nominativo masculino plural con el participio aoristo segundo en voz activa del verbo λαμβάνω, aquí en sentido de *intentar*, como *intentando*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; Αἰγύπτιοι, caso nominativo masculino plural del adjetivo articular *egipcios*; κατεπόθησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo καταπίνω, *tragar, devorar, absorber,* aquí como *fueron tragados.*

La victoria de la fe se pone de manifiesto en el paso del Mar Rojo. Es el último acontecimiento en la referencia a la fe de Moisés. El paso de aquel obstáculo fue el triunfo de la fe ya que πίστει διέβησαν τὴν ἐρυθρὰν θάλασσαν ὡς διὰ ξηρᾶς γῆς, *"por la fe pasaron el Mar Rojo como por tierra seca"*. Moisés condujo a los israelitas desde el lugar de la esclavitud en Egipto hacia el desierto, pero no por iniciativa propia sino siguiendo la columna de nube que Dios enviaba para conducir al pueblo (Ex. 13:20-23). Dios llevó a todo el pueblo a acampara delante de Pi-hahirot, delante del mar (Ex. 14:2). Dios endureció nuevamente el corazón de Faraón para que saliera en persecución del pueblo esclavo que había partido de Egipto (Ex. 14:5), quien tomó él mismo el mando de la expedición militar contra los israelitas, con la elite de su ejército de caballería con él (Ex. 14:6-7), alcanzándolos en el lugar donde estaban acampados. La reacción de los israelitas no se hizo esperar y, como en muchas otras ocasiones, comenzaron a murmurar contra Moisés culpándole de aquella situación y recordándole que le habían dicho que hubiera sido mejor seguir sirviendo a los egipcios (Ex. 14:11-12). La situación era, humanamente hablando, desesperada para los esclavos salidos de Egipto. Por el frente el mar era una barrera natural insalvable para ellos, por la retaguardia se había acercado el ejército egipcio. Sin embargo, la fe de Moisés se aprecia al tratar de calmar al pueblo haciéndoles notar la confianza que debían tener en

Dios: *"Y Moisés dijo al pueblo: No temáis; estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros; porque los egipcios que hoy habéis visto, nunca más para siempre los veréis. Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos"* (Ex. 14:13-14). Sin duda Moisés no sabía como había de resolver Dios el problema, pero sabía lo que haría. La fe de Moisés se puso nuevamente a prueba en medio de aquella situación, cuando el Señor le ordenó avanzar: *"Di a los hijos de Israel que marchen"* (Ex. 14:15). Dios ordena a Moisés usar el instrumento en por el que se manifestaba el poder de Dios, que era su vara, dándole instrucciones de alzar la vara extendiéndola con su mano sobre el mar, para dividirlo y hacer paso seguro en seco para el pueblo (Ex. 14:16). El paso del pueblo fue como por un camino seco, al separarse el mar dejando un paso entre las aguas situadas a modo de muros a un lado y a otro. Dios utilizó un viento recio para separar las aguas y secar el camino, por donde todo el pueblo pasó al otro lado (Ex. 14:21-22). El escritor de la Epístola recuerda ese primer aspecto de la victoria de la fe diciendo que πίστει διέβησαν τὴν ἐρυθρὰν θάλασσαν ὡς διὰ ξηρᾶς γῆς, *"por la fe pasaron el Mar Rojo como por tierra seca"*. Moisés creyó a Dios y se puso en marcha ante un mar que cerraba el paso por delante y un ejército enemigo que lo hacía por detrás. Se puso en marcha cuando aún no se había producido el milagro de la separación de las aguas. La admirable provisión de la omnipotencia divina abriendo el camino para todo el pueblo y separando el mar para que cruzasen por tierra firme, fue la respuesta de Dios a la fe de Moisés. La fe se manifestó en aceptar la voluntad de Dios, poniéndose en marcha sólo como respuesta a Su palabra. Ante una situación semejante Moisés se sostuvo, una vez más, como viendo al Invisible.

῏Ης πεῖραν λαβόντες οἱ Αἰγύπτιοι κατεπόθησαν. No sólo pasó el pueblo al otro lado del Mar Rojo, sino que la fe concedió una victoria plena sobre los enemigos. Éstos intentaron pasar como lo hizo Israel. Debe tenerse en cuenta que la nube del poder de Dios se situó antes a espaldas del pueblo suyo, impidiendo que los egipcios pudieran alcanzarlos (Ex. 14:19). El mar abierto y el paso por tierra firme fue una tentación para los egipcios que no creían en Dios como Moisés. El escritor de la Epístola dice que los egipcios λαβόντες *intentaron* cruzar como los hebreos. La palabra que usa tiene que ver con tentación[27]. Aquel camino que fue provisión de Dios por la fe, es lazo de tentación a los incrédulos egipcios. Lo que fue olor de vida para los creyentes, se convirtió en olor de muerte para los incrédulos. Para los perseguidores era una verdadera tentación ξηρᾶς γῆς, *la tierra seca* por donde habían pasado los israelitas, que les invitaba también a ellos a entrar entre los dos muros de mar para darles alcance. Tratar de entrar en el camino de las bendiciones de Dios sin la dependencia de la fe, es revertir en maldición las bendiciones, por lo que Dios destruyó bajo el mar, en el camino aparentemente seguro a los perseguidores,

[27] Griego, πεῖρα.

actuando así a favor de Su pueblo. Dios fue exaltado en alabanzas porque fue Él quien echó al mar el jinete y el caballo (Ex. 15:1).

Los mismos incrédulos de hoy en día cuestionan como una leyenda la destrucción de los egipcios y el paso del Mar Rojo. No es lugar aquí, ni ocasión para concretar los pormenores del lugar donde se produjo esto, que corresponde al análisis textual sobre el Éxodo. Sin embargo, los incrédulos liberales, que dicen creer en Dios pero no creen en su Palabra, consideran que el problema no fue de la acción de Dios, sino que el paso del mar para los israelitas por tierra firme se debió a la fuerza del viento que literalmente abrió el mar, y que cesó en el momento en que los egipcios entraron en el camino abierto por él. Además dicen que como el fondo del mar era lodoso, los carros de Faraón y sus caballos no pudieron circular por el sendero abierto y las aguas vinieron sobre ellos ahogándolos. Sin embargo, aún en su incredulidad que busca respuestas lógicas desde el entendimiento humano a la fe, no pueden dejar de entender que el fenómeno no pudo deberse a un simple elemento atmosférico sin intervención alguna sobrenatural departe de Dios. El pasaje inspirado da la solución de la victoria de Israel, como consecuencia de la confianza en Dios, y la derrota de los egipcios como resultado de la incredulidad.

Josué y el pueblo (11:30).

30. Por la fe cayeron los muros de Jericó después de rodearlos siete días.

Πίστει τὰ τείχη Ἰεριχὼ ἔπεσαν κυκλωθέντα ἐπὶ ἑπτὰ ἡμέρας.
Por fe los muros de Jericó cayeron rodeándolos durante siete días.

Notas y análisis del texto griego.

Siguen los ejemplos de fe pasando a la etapa de la conquista de Canaán. Πίστει, caso instrumental de πίστις, aquí como dativo femenino singular del sustantivo declinado *por fe*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*; τείχη, caso nominativo neutro plural del sustantivo que denota *murallas, muros de ciudad*; Ἰεριχὼ, caso genitivo masculino singular del nombre propio de ciudad declinado *de Jericó*; ἔπεσαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo πίπτω, *caer, precipitarse* aquí como *cayeron*; κυκλωθέντα, caso nominativo neutro plural del participio aoristo primero en voz pasiva del verbo κυκλόω, *rodear, cercar*, aquí como *rodeándolos*; ἐπὶ, preposición de acusativo *durante*; ἑπτὰ, adjetivo numeral cardinal *siete*; ἡμέρας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *días*.

Πίστει τὰ τείχη Ἰεριχὼ ἔπεσαν κυκλωθέντα ἐπὶ ἑπτὰ ἡμέρας. Entre los ejemplos de fe se sitúa aquí la conquista de Jericó. Se trataba de una de las ciudades-estado, más importantes de Canaán. Una peculiaridad notable es

que se trata de una de las ciudades más antiguas de todas las mencionadas en el Antiguo Testamento. El relato de la toma de Jericó está en el libro de Josué (Jos. 6) y es conducido por el Espíritu para hacer resaltar la grandeza de Dios, que se hizo presente en la historia de la ocupación de Canaán como el *"Príncipe del ejército de Jehová"* (Jos. 5:14). Dios condujo al pueblo en este primer encuentro con sus enemigos de un modo sobrenatural, mediante un sistema totalmente opuesto a la forma de los hombres, hasta entregar a Su pueblo una ciudad amurallada y bien equipada, sin que éste hubiera tenido que hacer nada más que ocuparla, sin ninguna confrontación armada para ello. La historia se hace teología al presentar la omnipotencia de Dios a través del relato bíblico, o si se prefiere mejor, la teología se transforma en historia ya que esta es la consecuencia de lo que Dios había antes determinado que sucediera. El que hizo promesas que tenían que ver con un territorio definido, se ocupa luego de mover los elementos para hacerlas posibles, mientras que el registro histórico es un simple testigo que lo manifiesta. El pueblo de Israel es, en la conquista de Jericó, un instrumento en las manos de Dios para la ejecución de sus propósitos y como beneficiario de las promesas que él había hecho siglos antes a su primer antepasado Abraham. Dios prometió a Josué el éxito de la empresa (Jos. 6:1-5), al mismo tiempo que ponía a prueba a su pueblo ejercitando su paciencia durante una semana, aproximándose a la ciudad cada día y rodeándola (Jos. 6:6-15).

Cabe una pregunta en la lectura del versículo: *¿por la fe de quien cayeron los muros de Jericó?* La respuesta es múltiple: Por un lado cayeron por la fe de Josué, que creyó y obedeció cuanto le mandó hacer el *Príncipe del ejército de Jehová* (Jos. 5:14). Pero, junto con la fe de Josué, estuvo presente también la de todo el pueblo. Josué y el pueblo creyeron las palabras de Dios (Jos. 5:2-5). Contra toda lógica humana, el hecho de rodear cada día la ciudad durante seis días y hacerlo siete veces el séptimo, sin ninguna otra intervención, supone una notoria manifestación de fe. ¿Por qué tanto tiempo? ¿Por qué no avanzar ya desde el primer día, combatir a Jericó y conquistar la ciudad? Simplemente porque Dios lo determinaba a su manera que siempre es contra toda lógica humana. El resultado que se destaca aquí como respuesta a la fe es que por ella *"cayeron los muros de Jericó, después de rodearlos siete días"*. En el séptimo día de los que Dios había mandado rodear la ciudad, dice Josué que *"entonces el pueblo gritó, y los sacerdotes tocaron las bocinas; y aconteció que cuando el pueblo hubo oído el sonido de la bocina, gritó con gran vocería, y el muro se derrumbó"* (Jos. 6:20). Tal como habían sido instruidos por Josué, el pueblo prorrumpió en un grito de guerra (heb. *t^{e}rû^{a}ä g^{e}dôlä*), que fue creciendo hasta hacerse atronador, por el vocería. Entonces se produjo un nuevo milagro de Dios, actuando sobre el valuarte de la ciudad: *"el muro se derrumbó"* aquella muralla que había impresionado anteriormente a los israelitas, que fue observada con cierta natural preocupación por Josué, que aparentemente ofrecía

un seguro refugio a los de Jericó, se desplomó sobre ella misma. El relato en el texto hebreo describe no un derrumbe, cuyos materiales se esparcirían en muchas direcciones, dificultando el acceso de los hebreos al interior de la ciudad, ya que tendrían que hacerlo saltando sobre los grandes bloques de piedra en absoluto desorden, sino de un hundirse de las murallas, como si la tierra de sus basamentos se hubiera separado para alojar en su lugar las piedras de la construcción del muro. Eso explica que construcciones más modernas aparezcan en las excavaciones por debajo de otras más antiguas y corridas lateralmente a ellas. El propio muro en pendiente adosado a la primitiva construcción se hundió con el resto de la muralla, enterrándose sus materiales más profundamente, en algunos lugares, que las piedras de la muralla de construcción más antigua. No hay explicación posible a este hecho sobrenatural, a no ser la de una acción de la omnipotencia divina actuando en el ejercicio de Sus propósitos soberanos. Diversas suposiciones se han presentado para justificar con la lógica de los hombres un hecho que sólo obedece a la acción sobrenatural de Dios. Así se pronuncia el profesor Felix Asensio:

“Explicar la caída de la muralla como efecto del paso natural de los israelitas sobre ella, confundirla con una simple estratagema militar o interpretarla como sinónima de rendición a base de hechos con efectos mágicos (‘grito de guerra’, ‘sonido de trompetas’), es salirse del relato bíblico, minimizar o desconocer en él la presencia activa de Dios, negarle por sistema su valor histórico con el tan socorrido recurso a las etiologías. De frente al relato, es imposible cerrar los ojos a una intervención sobrenatural que texto y contexto suponen, pero que en absoluto (aunque no parece el caso) pudiera explicarse con el fenómeno natural de un terremoto, siempre que se le encuadre en circunstancias escogidas por Dios”[28].

La admirable sencillez del relato bíblico, sin duda narrado por un testigo presencial del hecho, no se dirige a las causas de la caída de los muros sino al hecho mismo de haberse producido. Quienes proponen la acción de elementos naturales como pudiera ser un terremoto, como la causa del desplome de la muralla, no menguan en nada la acción de la providencia divina. Nada se dice en el texto bíblico que los muros hubieran sido demolidos por la acción de los ejércitos de Josué, que por otro lado no hubieran podido hacerlo. No fue un asalto repentino e irresistible de Israel, sino la acción admirable del Dios de Israel. La ciudad de Jericó no se rendía a las tropas de los hebreos, sino que era entregada a ellos por Dios mismo en cumplimiento de Su promesa. Otras muchas de las conquistas de Canaán supondrían un esfuerzo grande a los israelitas, pero en esta primera ocasión era Dios mismo quien les entregaba en sus manos una de las ciudades fortificadas de aquella tierra. El relato bíblico

[28] Felix Asensio. *Josué*. Editorial BAC, pág. 33.

considera la conquista de la ciudad desde la perspectiva teológica; aquello había sido una demostración del poder de Dios que peleaba por ellos. Sin baluartes, la ciudad estaba a merced de los hombres de guerra de Israel. Cada uno se dirigió frente al lugar donde se encontraba, para tomar posesión de lo que había sido derrotado para ellos. Los arqueólogos identificaron los restos del muro D, como la muralla de los tiempos de Josué, perteneciente al Bronce III, y aceptada como una construcción destruida por un cataclismo sobre el año 1400 a.C. Sólo la crítica liberal con su afán de una datación posterior a la que es consecuente bíblicamente, tuvo que recurrir a supuestas destrucciones anteriores a Josué que no han podido demostrarse documentariamente, suponiendo también como desaparecidas por la acción de elementos atmosféricos y acciones humanas a lo largo de los siglos, las murallas de los tiempos de Josué. Sobre aquellos muros convertidos en puentes de paso, el ejército israelita entró a la toma bien ordenada de la ciudad. Probablemente la resistencia de los sitiados fue mínima. Atemorizados interiormente por el trabajo divino, cansados por las noches en vela, aterrorizados por el derrumbe de sus murallas defensivas, fueron presa fácil para las tropas de Josué.

La fe había actuando en aquella ocasión, aceptando la promesa de Dios y haciéndola efectiva en el momento oportuno. Esa fue el arma poderosa que el pueblo de Dios utilizó entonces. Así testifica el Espíritu en este versículo: Πίστει τὰ τείχη Ἰεριχὼ ἔπεσαν κυκλωθέντα ἐπὶ ἑπτὰ ἡμέρας, *"por la fe cayeron los muros de Jericó después de rodearlos siete días".* Aunque la fe fue de Josué, ya que sin duda era un hombre de fe, tal vez su fe descansaba más eficazmente que la del resto del pueblo a causa de haber estado dialogando personalmente con el Príncipe del ejército de Jehová. No obstante el pasaje involucra a todo el pueblo. En este sentido escribe el profesor Bruce:

"... ¿Por la fe de quién cayeron los muros de Jericó? Primariamente por la de Josué: creyó y obedeció las instrucciones divinas que se le dieron cuando vio al ángel 'Príncipe del ejército de Jehová'. Pero también estuvo comprometida la fe del pueblo, porque llevaron a cabo fielmente las instrucciones que Josué le comunicó hasta que la ciudad cayó. Pero ellos no podían darse cuenta de cómo iban a caer; a primera vista, nada podía parecer más necio que el que hombres adultos marcharan alrededor de una sólida fortaleza durante siete días, guiados por siete sacerdotes tocando bocinas de cuerno de carnero. ¿Quién oyó alguna vez de una fortaleza que fuera capturada de ese modo? Sin embargo, cuando marcharon alrededor de la ciudad siete veces el día séptimo y escucharon el último sonido de cuerno, el pueblo gritó con gran vocería, y el muro se derrumbó. El pueblo subió luego a la ciudad, cada uno derecho hacia adelante, y la tomaron"[29].

---

[29] F. F. Bruce. o.c., pág. 330.

El énfasis de Israel como pueblo es evidente en el libro de Josué. De la mima manera la fe individual es la base de la vida cristiana. Sin embargo, la iglesia es el conjunto de todos los creyentes salvos por gracia, unidos en Cristo para ser uno en Él. Como pueblo, la iglesia se enfrenta con dificultades en su caminar que sólo pueden ser superadas por la fe de aquellos que la integran. La colectividad cristiana es una colectividad de fe. Sólo es concebible una iglesia triunfante cuando todos sus miembros viven en la esfera de la fe. Lo mismo que entonces, el creyente de hoy que ama a Dios, obedece a su Palabra como manifestación de su fe (Jn. 14:15, 21, 23, 24).

Rahab (11:31).

31. Por la fe Rahab la ramera no pereció juntamente con los desobedientes, habiendo recibido a los espías en paz.

Πίστει ῾Ραὰβ ἡ πόρνη οὐ συναπώλετο τοῖς ἀπειθήσασιν
Por fe Rahab la ramera no pereció junto con los que desobedecieron
δεξαμένη τοὺς κατασκόπους μετ᾽ εἰρήνης.
habiendo acogido a los espías con paz.

Notas y análisis del texto griego.

De la fe de Josué y el pueblo, pasa al ejemplo de fe de Rahab: Πίστει, caso instrumental de πίστις, aquí como dativo femenino singular del sustantivo declinado *por fe*; ῾ραὰβ, caso nominativo femenino singular del nombre propio *Rahab*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; πόρνη, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *ramera, prostituta*; οὐ, adverbio de negación *no*; συναπώλετο, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo συναπόλλυμαι, *morir junto con, perecer junto con*, aquí como *pereció junto con*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἀπειθήσασιν, caso dativo masculino plural con el participio aoristos primero, articular, del verbo ἀπειθέω, *desobedecer,* aquí como *que desobedecieron*; δεξαμένη, caso nominativo femenino singular del participio aoristo primero en voz media del verbo δέχομαι, *recibir, aceptar, acoger*, aquí como *habiendo acogido*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado declinado *a los*; κατασκόπους, caso acusativo masculino plural del sustantivo que denota, *espías*; μετ᾽ forma escrita de la preposición de genitivo μετά, por elisión ante vocal con espíritu suave, *con*; εἰρήνης, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *paz*.

Πίστει ῾Ραὰβ. Un nuevo ejemplo de fe se establece en relación con una mujer, Rahab, que no pertenecía al pueblo de Israel. Se aprecia también en este ejemplo que al escritor de la Epístola no le interesa tanto la cronología sino la ejemplaridad de la fe, que es lo que está buscando. Rahab debiera aparecer, cronológicamente hablando, antes del ejemplo de fe de Josué y el pueblo en la conquista de Jericó, ya que en el libro de Josué aparece antes y en la conquista -

históricamente hablando- fue salva por haber confiando en Dios y a consecuencia del compromiso de los espías enviados por Josué para reconocer Jericó. Pareciera que la *condición* de esa mujer, llamada aquí ἡ πόρνη, *prostituta*, no sería lo mejor para ilustrar la vida de fe. Tanto aquí como en el libro de Josué se le da el mismo calificativo. Se dice, en el libro de Josué, que los espías enviados por él para reconocer a Jericó, luego de atravesar el Jordán, entraron en la ciudad y se hospedaron en casa de una mujer ramera, de nombre Rahab. El término usado para calificar la condición de aquella mujer, es muy preciso en el hebreo (*zônä*)[30], que significa prostituta o meretriz. Llevados por un notorio afán de suavizar la condición de aquella mujer, algunos escritores judíos, como Josefo y el Tragum hablan de *posada* y *posadera*[31]. Tal coincidieran ambas cosas en relación con Rahab. Pudiera haber sido una prostituta sagrada en el templo de Asera, y que en razón de los favores y atenciones que muchas de ellas alcanzaban en la práctica de su actividad en el templo de la diosa, llegó a disponer de una hospedería en la ciudad, en la que tal vez se consentía la práctica de la prostitución. Algunas características personales de aquella mujer son evidentes. Primeramente era una *gentil*. Ni ella ni sus antepasados habían tenido origen hebreo. En su ascendencia no había ningún vínculo con el pueblo de Israel y, por tanto, no tenía derecho alguno a las promesas que Dios le había otorgado; ajena a los pactos, no le alcanzaban las bendiciones provistas para el pueblo según el pacto con Abraham (Gn. 17:7-8). En segundo lugar era una mujer *moralmente reprobable*. Las prostitutas eran consideradas mujeres de vida dudosa aun entre los paganos. La práctica de la prostitución es una actividad pecaminosa que quebranta directa y abiertamente la voluntad de Dios para el hombre, ya que Él dispuso como única relación sexual lícita la que tiene lugar en el marco del matrimonio (Gn. 2:24). La promiscuidad sexual es un pecado considerado a lo largo de la Escritura en sus dos exponentes: La fornicación y el adulterio. La primera es una de las expresiones que evidencian el pecado humano (Ro. 1:29). Con igual gravedad el segundo, que tal vez se consentía en aquella casa y que había sido practicado por aquella mujer. El Señor condena resueltamente el adulterio en su ley, con un mandamiento concreto: *"No cometerás adulterio"* (Ex. 20:14). Las consecuencias para los transgresores del mandamiento se expresan en la Escritura (Pr. 2:19; 5:3-5; 7:21-23). Pero aún más, Dios había establecido para Su pueblo que la comisión de adulterio traería como consecuencia la muerte de los adúlteros (Lv. 20:10). Es cierto que tal pecado era práctica habitual entre los paganos, pero no deja de ser un grave pecado contra la voluntad de Dios. En tercer lugar Rahab era ciudadana de una tierra cuyos habitantes *estaban sentenciados por Dios a muerte*, debido a su persistencia en el pecado. Es interesante apreciar que en la Epístola se le da el calificativo de τοῖς

---

[30] Derivado del hebreo *zänä*, *fornicar*.
[31] F. Asensio. *Josué*. Editorial BAC. Madrid, 1958. Pág. 11.

ἀπειθήσασιν, *desobedientes*, o *los que desobedecieron*, lo que implica un acto de rebeldía contra Dios en la práctica del pecado. Aquellos pueblos tenían sobre sí la sentencia del juicio divino que había determinado su destrucción a causa de los límites a que habían llegado en su pecado. De la misma manera que los contemporáneos de Noé fueron destruidos por Dios a causa de su perversión pecaminosa, también los pueblos de Canaán, por sus abominaciones, se habían hecho acreedores del juicio de Dios. Sin embargo la fe de aquella mujer permitió que ella pereciese con los demás conciudadanos de ella: οὐ συναπώλετο τοῖς ἀπειθήσασιν, *no pereció con los deseobedientes.*

¿Dónde está el ejemplo de fe en aquella mujer, al que apela el escritor de la Epístola? Rahab era una mujer creyente en Dios, en un entorno pecaminoso. Ante los espías testifico que reconocía que el Dios de los hebreos era el único Dios en cielos y tierra *"...porque Jehová vuestro Dios es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra"* (Jos. 2:11). Aquella mujer reconocía la soberanía de Dios, que estaba actuando sobre los reyes de la tierra, por tanto, estaba por encima de ellos. La salvación del hombre es un acto de la soberanía divina y aquella mujer creía profundamente en la soberanía de Dios. No había otro dios, sino el Dios de Israel en el que ella creía firmemente. Rahab creía no sólo en la soberanía de Dios, sino también en Su misericordia y fidelidad, pidiendo a los espías que jurasen por Jehová que no matarían a ella y su familia cuando conquistasen Jericó (Jos. 2:12-13). El Espíritu le había iluminado para alcanzar un conocimiento real del Señor. La fidelidad, el poder y la soberanía de Dios, eran parte de la fe de Rahab en el Dios de Israel. La confesión de aquella mujer manifiesta claramente que reconocía y confiaba en la misericordia de Dios. No demandaba nada a cambio de lo que ella había hecho por los espías, solo ruega por su vida y la de sus familiares. Si Dios había determinado darles la ciudad de Jericó y ello llevaba aparejada la muerte de sus habitantes, Dios mismo para que pudiera ser salvada ella y los suyos, había de mostrarse misericordioso. No tiene derecho alguno, por tanto, se acoge a la misericordia. No es la recompensa del favor hecho a aquellos hombres y el trato que les había dado lo que pone delante de ellos, simplemente ruega por la misericordia. No tiene nada que pudiera servir para quedar excluida de la muerte junto con el resto de sus conciudadanos, tan solo apela a la gracia para salvar la vida, lo que confirme la verdadera fe en ella para salvación (Ef. 2:8-9). Al pedir un juramento por Jehová, reconocía que el Señor es fiel y, en esa certeza, descansaba su confianza. Sabía con toda seguridad que sólo la misericordia de Dios y su compromiso le haría estar segura de salvar su vida y la de los suyos cuando Jericó fuese destruida y entregada en manos de los hebreos. Rahab viene literalmente temblando ante Dios, como había expresado su temor antes (Jos. 2:9), ahora apela solo a la gracia como único medio de salvación. La profesión de fe de una pecadora le permitió recibir la salvación, mientras que los

desobedientes, es decir, los que no se *dejaron persuadir*, por tanto menospreciadores de la fe, perecieron.

La evidencia de la fe se pone de manifiesto en obras: δεξαμένη τοὺς κατασκόπους μετ᾽ εἰρήνης, *"habiendo recibido a los espías en paz"*. Los enemigos de Jericó fueron acogidos y bien recibidos en la casa de Rahab. Es más, ocultados para quienes les buscaban por ella misma y hechos salir de la casa cuando fue posible. Santiago menciona a Rahab como ejemplo de la fe que actúa en obras (Stg. 2:25). La fe genuina de aquella mujer la llevó a un trato amable hacia quienes eran ya sus hermanos en la misma fe del mismo Dios. Rahab actuó consecuentemente en su relación con quienes eran para ella enviados de Dios: *"Entonces ella los hizo descender con una cuerda por la ventana; porque su casa estaba en el muro de la ciudad, y ella vivía en el muro. Y les dijo: Marchaos al monte, para que los que fueron tras vosotros no os encuentren; y estad escondidos allí tres días, hasta que los que os siguen hayan vuelto, y después os iréis por vuestro camino"* (Jos. 2:15-16). El verdadero creyente actúa favoreciendo a sus hermanos en la fe. La realidad de la fe de Rahab se descubre por medio de obras hacia los hijos de Dios. Su casa estaba apoyada contra el muro de la ciudad, adosada a la pared (heb. *beqîr hahömâ*) y alguna de sus ventanas se asomaba sobre el mismo. A través de ella se prepara y ejecuta la huida segura de los espías que habían estado escondidos en el terrado. Una cuerda los descolgaría desde la ventana hasta el suelo, al borde del muro, para facilitarles la huida al campo. Las puertas de la ciudad habían sido cerradas y, sin duda, estarían fuertemente vigiladas; la única ruta de salida era aquella ventana tan providencialmente colocada sobre el muro de la ciudad. Juntamente con la huida está el consejo sabio para protegerles de quienes los estaban buscando. Pero ¿cuando tuvo lugar ese diálogo entre ella y los espías? El texto dice que ella los descolgó atados con una cuerda por la parte exterior de la muralla. ¿Hablarían antes de iniciar el descenso? ¿Ocurrió el diálogo cuando ellos llegaron al pie del muro? Lo más lógico es pensar que el diálogo final y la despedida tuvo lugar en el mismo momento en que iban a ser descolgados desde la ventana de aquella casa. En este sentido el pasaje podría entenderse así: *"Y cuando ella los iba a hacer descender con una cuerda por la ventana..."*. Eran los últimos instantes para un breve y definitivo coloquio. Tanto ella como los espías querían dejar claro el compromiso a que habían llegado, recordando algunos términos y haciendo las últimas precisiones. El consejo para ellos tenía que ver con ocultarse en el monte. Sus perseguidores regresarían a la ciudad y al no encontrarlos, tal vez volvieran a la casa de Rahab para buscarlos en ella. Habían de emboscarse en las montañas. Quienes los buscaban seguían una ruta totalmente opuesta que les conducía hacia los vados del Jordán, los lugares más apropiados para cruzar el río por donde ellos esperarían que intentaran pasar los espías. La conversa Rahab estaba interesada en preservar la vida de aquellos que habían venido a ser sus hermanos en la fe, puesto que todos creían y

confesaban al mismo Dios. La segura confianza de Rahab en el desenlace final del episodio es también evidente. El tiempo de emboscarse en el campo sólo duraría tres días, para seguir después, sin problemas el camino de regreso al campamento de Israel. Aquella mujer sabía que la protección de Dios se iba a manifestar sobre quienes eran de Su pueblo. Entendía también claramente que no habría enemigos que pudieran hacer fracasar los planes de Dios en relación con Israel.

La verdadera fe se manifiesta en obras, tanto antes como ahora. La Escritura presenta la acción de Rahab como ejemplo de una fe viva y actuante: *"Asimismo también Rahab, la ramera, ¿no fue justificada por obras, cuando recibió a los mensajeros y los envió por otro camino?"* (Stg. 2:25). No puede, pues, disociarse las obras de la fe. Aquellas son la expresión genuina de esta. Algunos piensan en la fe únicamente como el medio para recibir la salvación, olvidándose de las consecuencias reales y prácticas que ha de producir en la vida cotidiana del creyente. Este desconocimiento afecta seriamente al testimonio. La vida cristiana es un desarrollo espiritual continuo en la esfera de la fe. Con toda claridad lo enseña Pablo: *"Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí"* (Gá. 2:20). La vida de fe y en la fe, es la forma y razón para la vida del creyente. Esa vida de fe y en la fe se manifiesta en obras consecuentes con ella, especialmente evidentes en el amor por los hermanos. Cuando Juan trata de la realidad del nuevo nacimiento, pone el amor por los hermanos como su máxima expresión (1 Jn. 3:14). El Espíritu, en la esfera de la vida de fe, genera el amor divino en el corazón del creyente (Gá. 5:22), el cual impulsa al amor hacia el prójimo y de forma especial hacia aquellos que forman parte del mismo pueblo espiritual, los hermanos en Cristo. Este amor predispone para dar la propia vida por ellos, a la semejanza de lo que el Señor Jesús, el hermano mayor, hizo por cada uno (1 Jn. 3:16). El que ha nacido de nuevo lo evidencia en obras de amor, por lo que su fe queda manifestada por obras que la revelan como genuina. La verdadera fe actúa por el amor (Gá. 5:6), que es su máxima expresión. El creyente, al impulso del amor, busca el bien de todos pero mayormente el de los que son *"de la familia de la fe"* (Gá. 6:10). La mejor forma de determinar la realidad de la conversión es observar el comportamiento en relación con los hermanos. La medida de la espiritualidad de un cristiano se determina del mismo modo. El creyente carnal, que actúa bajo la influencia de la carne y no del Espíritu, crea problemas y divisiones en el seno de la congregación tal y como ocurría en el caso de la iglesia en Corinto, a los que Pablo llama carnales y niños en Cristo (1 Co. 3:1-4); mientras que el creyente espiritual, el que "*anda en el Espíritu"* (Gá. 5.16), procura la ayuda positiva y restauradora de todos los hermanos (Gá. 6:1). En ese sentido, se pone a Rahab como ejemplo de la fe, que se muestra genuina en el actuar (Stg. 2:20, 26).

Otros ejemplos de fe (11:32-38).

32. ¿Y qué más digo? Porque el tiempo me faltaría contando de Gedeón, de Barac, de Sansón, de Jefté, de David, así como de Samuel y de los profetas.

Καὶ τί ἔτι λέγω ἐπιλείψει με γὰρ διηγούμενον ὁ χρόνος περὶ Γεδεών,
¿Y que mas digo? Porque faltará me contando el tiempo acerca de Gedeón,
Βαράκ, Σαμψών, Ἰεφθάε, Δαυίδ τε καὶ Σαμουὴλ καὶ τῶν προφητῶν,
de Barac, de Sansón, de Jefté, de David sino también de Samuel y de los profetas.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue añadiendo ejemplos de fe, citando a personajes del Antiguo Testamento, muy conocidos para los lectores, vinculando a lo que antecede al escribir: καὶ, conjunción copulativa *y*, que vincula con lo antecedente e introduce una nueva cláusula, seguida de τί, forma neutra del pronombre interrogativo, equivalente a *qué*, *por qué, cual*; ἔτι, adverbio comparativo que denota idea de exceso, aumento, ampliación o superioridad en comparación expresa, aquí como *más*; λέγω, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir,* aquí como *digo*; ἐπιλείψει, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo ἐπιλείπω, *faltar*, aquí como *faltaría*; με, caso acusativo singular del pronombre personal *me*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al verbo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; διηγούμενον, caso acusativo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo διηγέομαι, *contar, narrar, relatar*, aquí como *contando*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; χρόνος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *tiempo*; περὶ, preposición de genitivo *acerca de*; Γεδεών, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Gedeón*; Βαράκ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Barac*; Σαμψών, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Sansón*; Ἰεφθάε, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Jefté*; Δαυίδ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de David*; τε, partícula conjuntiva, que puede construirse sola, pero generalmente está en correlación con otras partículas, en este caso, al preceder a καὶ, conjunción copulativa *y*, adquieren juntas el sentido de *como con, tanto como, no solamente, sino también*; Σαμουὴλ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Samuel*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de los*; προφητῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *profetas.*

Los ejemplos de fe son tantos y tan grandes que no quedaría tiempo, es decir, no habría espacio para disponerlos todos. La introducción del versículo con la interrogativa καὶ τί ἔτι λέγω *"¿Qué más digo?"*, es una expresión basada en el presente deliberativo del verbo *decir*, que aparece como un modo habitual de oratoria. El escritor seleccionó algunos ejemplos de fe y añadirá otros más, pero seguirán siendo una muestra de los muchos que podrían citarse

a lo largo de la historia. Si pusiera otros o simplemente todas las manifestaciones de fe de los que cita, ἐπιλείψει με γὰρ διηγούμενον ὁ χρόνος, no tendría espacio suficiente para ello. Va a citar muy de pasada algunos ejemplos de fe que los lectores conocían sobradamente. El elemento común a todos ellos es la manifestación de fe que los sostiene e impulsa por la misma fuerza sobrenatural que procede de Dios y se hace realidad en la vida del creyente.

El primer ejemplo citado es el de περὶ Γεδεών Gedeón, literalmente, *acerca de Gedeón*, tomado del difícil tiempo del período de los Jueces, en donde Israel se había apartado de Dios, viviendo según sus propios intereses, quebrantando la voluntad divina y, por ello, eran objeto de dificultades, tribulación e incluso muerte, a manos de sus enemigos. Pero, aun así, en tiempos de oscuridad espiritual, Dios tenía un remanente fiel que utilizaba en sus propósitos de restauración para los suyos. Ese era el tiempo en que vivió Gedeón, con un nuevo fracaso espiritual de Israel (Jue. 6:1). Dios había *entregado* a su pueblo en manos de los madianitas. Ese pueblo que provenía de uno de los hijos que Abraham tuvo con su concubina Cetura (Gn. 25:1-2). El pueblo de Madián se formó por cinco familias, correspondientes a cada uno de los hijos de Abraham, antes mencionados. Abraham los había alejado de su casa enviándolo, hacia el este (Gn. 25:6). Los madianitas se asentaron y habitaron los lugres desérticos fronterizos en Transjordania, desde Moab hasta más allá de Edón. Eran habitantes del desierto, relacionados con los ismaelitas y los madianitas, en los días de José, cuando fue vendido por sus hermanos (Gn. 37:28, 29). Israel había pasado de ser un pueblo fuerte en la conquista a ser un pueblo debilitado. El pecado había impedido que Dios cumpliera sus promesas de victoria sobre los enemigos. Era tal la situación que los israelitas habían tenido que huir a las montañas, viviendo en cuevas para habitar más seguros. Aquella situación había traído como consecuencia que el hambre se asentara entre los descendientes de Abraham. Mientras Israel se empobrecía, Madián se enriquecía. Dios llamó a un joven que era Gedeón para librar a su pueblo de la opresión enemiga. El nombre de aquel hombre significa *valentón*. El padre de Gedeón era un idólatra que practicaba el culto a Baal (Jue. 6:25). La fe de Gedeón se pone de manifiesto al cumplir el mandato recibido de Dios en relación con los ídolos que había en casa de su Padre (Jue. 6:25). Era algo sumamente delicado, en la situación en que se vivía en aquellos tiempos. La fe le impulsó a la obediencia y su compromiso con Dios le hizo exponer su propia vida (Jue. 6:28-30). Dios mismo guarda al hombre que confía en él, preservando la vida de Gedeón que había sido puesta en peligro (Jue. 6:31). La fe de Gedeón le lleva a la dependencia total de Dios para librar una batalla contra los enemigos que asolaban Israel. El ejército que seleccionó era de treinta y dos mil hombres (Jue. 7:2), un número muy pequeño frente a las fuerzas de Madial. Sin embargo, Dios quería probar la fe de Gedeón, haciéndole disminuir el número

de los hombres de guerra, hasta quedar reducidos a sólo trescientos (Jue. 7:6). Además, el equipamiento de aquel puñado de hombres era, si se permite el término, ridículo, o incluso inútil. Sus armas principales eran un cántaro vacío donde ardía en el interior una tea, y una trompeta en la otra (Jue. 7:16). Dios había dicho a Gedeón que él libraría a su pueblo de la opresión de sus enemigos (Jue. 6:14); él creyó sus palabras y la fe obró en él de modo que afrontó la acción contra un ejército numeroso confiando sólo en la provisión de Dios. La fe descansa confiadamente en Dios para obtener, no los triunfos personales del creyente, sino los de Dios por medio de él. El creyente de fe es instrumento en la mano de Dios para llevar a cabo Su obra. Gedeón había manifestado la realidad de su fe en el reconocimiento de su incapacidad para vencer por sí mismo sobre los enemigos, necesitando para ello la fuerza de Dios (Jue. 6:15). El Espíritu de Dios invistió de poder a Gedeón para que llevase a cabo las acciones que Dios había establecido, lo que debe ser tomado como evidencias de la fe de Gedeón (Jue. 6:34).

El segundo ejemplo en la fe es el de Βαράκ, Barac. Una vez más se aprecia que el interés al citar los ejemplos es simplemente poner de manifiesto la fe en hombres de Dios en el pasado y no en la cronología de los hechos, ya que Gedeón fue posterior a Barac. La opresión de los israelitas en tiempo de Barac provenía de los cananeos. La causa era la misma que producía tales resultados en el tiempo de los jueces, el abandono de Dios y la obediencia a sus preceptos (Jue. 4:1). El rey cananeo se llamaba Jabín. Coincide con el mismo nombre de otro derrotado por Josué, en la conquista de la tierra (Jos. 11:1). La capital del reino de Jabín había sido arrasada por los ejércitos de Israel (Jos. 11:13), se había reconstruido, así como su ejército que tenía novecientos carros herrados (Jue. 4:3). La opresión de Israel duraba ya veinte años (Jue. 4:4). Los hombres de Jabín, el rey cananeo, asaltaban y robaban a los que transitaban los caminos, como había ocurrido antes en tiempos de Samgar (Jue. 5:8), de modo que vivían temerosos e incluso desterrados de sus posesiones (Jue. 5:7a). El miedo era tan grande que incluso el general de los ejércitos de Israel había huido a las montañas. El ejercicio gubernamental y judicial estaba en manos de Débora, una mujer que juzgaba a Israel (Jue. 4:4-6). Esta mujer fue el primer instrumento en manos de Dios para la liberación de su pueblo. Era una profetisa que comunicaba mensajes de Dios al pueblo, pero, sobre todo, interpretaba y aplicaba la palabra (Jue. 4:4). Era una mujer prudente y sabia (Jue. 4:5). Su sabiduría provenía de un profundo conocimiento de Dios y su Palabra, lo que hace verdaderamente sabio al creyente (Pr. 7:1). Era una mujer con profundo discernimiento espiritual (Jue. 4:6, 8): Conoce la situación del pueblo y acude en su ayuda; sabe cual es la razón por la que el pueblo estaba en aquella situación. Es una mujer humilde (Jue. 4:6). Reconoce que Barac es el indicado para liderar el ejército y le busca para que ocupe la misión. Es también una mujer positiva (Jue. 4:6, 14): no se lamenta ni critica, sino que estimula y

alienta. Una mujer colaboradora (Jue. 4:8-9a). Sin embargo, el escritor no habla de la fe de Débora, sino de Barac que creyó a las palabras de la profetisa Débora, considerándolas como de Dios y actuó en consecuencia (Jue. 4:6-8). La insistencia de mantener a Débora a su lado en la batalla contra Sísara, puede ser considerada como una manifestación de fe, ya que con ello reconocía que Dios había hablado por medio de ella y que él creía a la palabra de Dios. La fe de Barac se vio honrada en la derrota definitiva de sus enemigos (Jue. 4:23-24).

El siguiente ejemplo en la vida de fe corresponde a Σαμψών, Sansón. El relato histórico de este juez es uno de los más extensos del Libro de Jueces (Jue. 13:24-16:31). A penas si, desde el punto de vista humano, podría considerarse a Sansón como ejemplo de fe, ya que su biografía está saturada de desacatos a la voluntad de Dios, de fracasos personales y de prácticas pecaminosas. Cuando nació, Israel estaba pasando por una intensa opresión por parte de los filisteos. Otro de los pueblos que habían sido derrotados en la conquista de la tierra, pero que volvieron a hacerse fuertes. El período de opresión fue largo, cuarenta años (Jue. 13:1ss). Su madre era una mujer estéril. Muchas personas de renombre en la Escritura fueron hijos habidos de madres estériles, como Isaac, José, Samuel y Juan el Bautista (Gn. 16:1-2; 17:15-19; 25:21; 30:1-2; 1 S. 1:2-20; Lc. 1:7). Sansón había sido dedicado para el Señor desde antes de su nacimiento (Jue. 13:5). Dios le había destinado para que salvase a Israel de la mano de los filisteos (Jue. 13:5). Sansón mostró un profundo desprecio por la Ley de Dios, ya que el primer paso en el relato histórico describe como quiso casarse con una mujer filistea, enemigos permanentes del pueblo de Dios (Jue. 14:1-3). La única razón que tenía para cometer esa acción prohibida por Dios, era su propio deseo personal: *"Porque ella me agrada"*. Al mismo tiempo el carácter personal de Sansón lo sitúa también como un hijo que no escucha el consejo de su padre (Jue. 14:3). Dios usó los fracasos de Sansón para sus propósitos en relación con los filisteos, de modo que cada una de las acciones que los filisteos planearon contra Sansón terminaron en graves derrotas de los enemigos de Israel, como el pago que tuvo que hacer por la adivinanza propuesta en su boda, en que mató a treinta hombres pagando con los vestidos de aquellos (Jue. 14:19). Sin embargo el mayor fracaso de Sansón tuvo lugar con la relación ilícita con la prostituta Dalila (Jue. 16:1ss), que le costó la pérdida de sus ojos, la prisión, el trabajo forzado y la burla de los filisteos. La fe de Sansón se pone de manifiesto en dos aspectos: Primeramente en atreverse sólo en tantas ocasiones contra un número grande de enemigos que buscaban su vida, confiando sólo en las fuerzas que Dios le daba y descansando en ese poder excepcional que él sabía que provenía de Dios; en segundo lugar en el arrepentimiento final, cuando prisionero volvió a Dios en un acto de contrición de corazón, pidiendo gracia una vez mas y buscando las columnas del templo de Dagón, aunque ciego y sin saber si sus fuerzas estarían recuperadas, para hacer fuerza en ellas, confiando sólo en Dios,

y derribar el templo matando con ello a un número considerable de filisteos (Jue. 16:23, 24).

De Sansón retrocede en el tiempo y pasa a señalar como ejemplo de fe a ᾿Ιεφθάε, Jefté, anterior a Sansón, un nuevo ejemplo del nulo interés por la cronología de los personajes, interesándose sólo por su fe. Fue, como todos los demás jueces, un hombre escogido por Dios (Jue. 11:1). Su nombre significa *Dios abre*, que en sí es ya indicativo de una provisión de Dios. Era natural de Galad, referencia a una región delimitada por el río Jaboc en el norte, el Jordán al oeste, el río Arnón al sur, y Amón al este (Jue. 11:13). Era un hombre esforzado, que no le asustaba el trabajo, y valiente, que no temía fácilmente a nadie. Había nacido como consecuencia de un acto pecaminoso; su madre fue una ramera. Era, realmente un doble pecado, ya que estaba el acto de prostitución, condenado por la Ley (Dt. 23:17), y el de adulterio, ya que su padre era un hombre casado (Ex. 22:14). A consecuencia de su condición fue un hombre rechazado y desheredado (Jue. 11:2), expulsado de la familia y de la tierra por los hijos legítimos de su padre, que le negaron toda parte en la herencia de su progenitor. Era también un hombre huido (Jue. 11:3). Posiblemente sus hermanos se levantaron contra él, por lo que amenazado por ellos se vio forzado a huir de su tierra, convirtiéndose en jefe de un grupo de salteadores. La restauración de Jefté se produjo por la situación que vivía Israel, sin tener nadie capaz de enfrentarse a la opresión de sus enemigos, en aquel tiempo, los amonitas. Tal vez la fama de las acciones de este hombre y su valentía habían llegado a los oídos de los ancianos de Galaad que enviaron a buscarle (Jue. 11:5-6). Aquella fue la hora de la reivindicación de Jefté (Jue. 11:7), alcanzando con él el acuerdo de que los dirigiera en la guerra y los mandara en la paz (Jue. 11:8). Solemnizando un convenio con él que le garantizaba lo que había pedido (Jue. 11:10-11). Jefté puso de manifiesto su fe en la dependencia de Dios y obediencia a Sus instrucciones (Jue. 11:29). El mensaje que envió al rey de Amón, donde relata las acciones de Dios en la historia de Israel y su poder para actuar nuevamente en su tiempo, es una evidencia de la genuina fe de Jefté (Jue. 11:14-27). Esa es la razón por la que está colocado aquí entre los personajes de fe ejemplar.

Dejando los jueces cita al único rey del período de la monarquía hebrea, Δαυίδ, David. Es el único rey que menciona por nombre. Sigue un orden homogéneo, colocando primero los jueces, luego la referencia a los reyes y, finalmente la mención a los profetas. Por lo conocido del personaje no hace falta dedicar tiempo a algún aspecto de su biografía. Sólo recordar que fue el rey conforme al corazón de Dios (1 S. 13:14). A veces esa frase se usa en modo interpretativo equivocado como si David fuese una persona que se mantuvo siempre conforme al pensamiento y voluntad de Dios, cuando lo que realmente indica es que Dios había escogido a este hombre para que fuese rey en Israel, en

lugar de Saúl que había sido concedido por Dios conforme al corazón del pueblo. Como todo personaje humano David tuvo sus graves pecados, desde el adulterio al homicidio. Son todo, a pesar de sus caídas, fue un hombre de fe. La continua dependencia de Dios lo evidencia. Era el que podía acudir al combate contra el filisteo confiando en el poder de Dios y actuando en Su nombre (1 S. 17:45-47). Como hombre de fe reconoció sus pecados y los confesó delante de Dios, buscando la restauración y comunión con Él (2 S. 12:13). Nadie que lea sus Salmos puede poner en duda la realidad de la fe del rey David.

Τε καὶ Σαμουὴλ. Un solo profeta es citado en la lista de los nombres de profetas ejemplos de fe, que es Samuel. Un personaje que figura entre los grandes en Israel. Nacido milagrosamente por provisión divina en respuesta a la petición de su madre Ana (1 S. 1:10), fue dedicado al servicio del Señor en el santuario, conviviendo con el sumo sacerdote Elí, en un entorno de corrupción sacerdotal como nunca había existido antes en Israel. Por la fe en Dios se mantuvo en un servicio fiel y su conducta fue consecuente con ella (1 S. 12:3-4). La época de Samuel cierra la de los jueces y en ella aparecen comunidades de profetas (1 S. 10:5, 10, 11; 19:20). Esta circunstancia histórica la utiliza el escritor para introducir acciones de los profetas como ejemplos de fe.

33. Que por fe conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones.

οἳ διὰ πίστεως κατηγωνίσαντο βασιλείας, εἰργάσαντο
Los que por fe conquistaron reinos efectuaron
δικαιοσύνην, ἐπέτυχον ἐπαγγελιῶν, ἔφραξαν στόματα λεόντων,
justicia alcanzaron promesas taparon bocas de leones.

Notas y análisis del texto griego.

Sin interrupción del versículo anterior sigue: οἳ, caso nominativo masculino plural del pronombre relativo *los que*; διὰ, preposición de genitivo, *por medio de, por*; πίστεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo *fe*; κατηγωνίσαντο, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz media del verbo καταγωνίζομαι, *conquistar*, aquí como *conquistaron*; βασιλείας, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *reinos*; εἰργάσαντο, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz media del verbo ἐργάζομαι, *trabajar, efectuar, llevar a cabo, ocuparse*, aquí como *efectuaron, llevaron a cabo*; δικαιοσύνην, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *justicia*; ἐπέτυχον, tercera persona plural del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἐπιτυγχάνω, *obtener, alcanzar,* aquí como *alcanzaron*; ἐπαγγελιῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo que denota *promesas*; ἔφραξαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo φράσσω, *cerrar, tapar, silenciar,* aquí como *taparon*; στόματα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *bocas*; λεόντων, caso genitivo masculino plural del sustantivo declinado *de leones.*

Las obras poderosas efectuadas por fe en Dios, no pueden atribuirse a un determinado personaje de los citados antes, jueces, reyes y profetas, ni a los que siguen. Las conquistas de reinos: οἳ διὰ πίστεως κατηγωνίσαντο βασιλείας, *los que por fe conquistaron reinos*, descansando en el poder de Dios, comenzó ya antes de entrar en la tierra prometida con la derrota de los reyes de Amón y Moab, Sehón y Og (Nm. 21:10-35). Las conquistas de los reinos de Canaán continuaron durante el tiempo de la ocupación de la tierra, conforme al relato del Libro de Josué. Igualmente David conquistó reinos (cf. 2 S. 5:17; 8:2; 10:12). No importan cuantos y cuales fueron, simplemente está el hecho de que las conquistas de todos los reinos fueron alcanzadas, no por el poder de Israel, ni de sus líderes, sino por la acción de Dios que luchaba por ellos.

Además de conquistas εἰργάσαντο δικαιοσύνην, *"hicieron justicia"*. Los hombres de fe que Dios levantó, practicaron y establecieron justicia en su zona de influencia. Muy notable fue la actuación de los jueces en tiempos de conflicto, opresión, abandono del compromiso con Dios y desobediencia contra Él. En general los creyentes de aquella dispensación viviendo vidas justas, fueron testimonio en medio de naciones con comportamientos injustos. La verdadera fe depositada y dependiente de Dios, vive vidas conforme al pensamiento, acción y voluntad de Dios. No se puede hablar de fe, sin hablar de justicia, amor, ayuda, gracia, etc. etc. Porque la fe conduce al creyente a vivir conforme a Dios. Es más, en la actual dispensación la fe conduce no solo a vivir conforme a Dios, sino a vivir a Dios mismo (Gá. 2:20; Fil. 1:21).

Estos que vivieron en fe ἐπέτυχον ἐπαγγελιῶν, *"alcanzaron promesas"*. Expresadas en tantas ocasiones en que Dios mostró su fidelidad a quienes esperaban en Él. Promesas dadas por Dios tuvieron fiel cumplimiento a lo largo del tiempo, la experiencia de los creyentes de fe confirman la fidelidad de Dios en el cumplimiento de lo que había prometido. Promesas que humanamente hablando no podían ser realizadas, se hicieron realidad porque la fe descansando en la fidelidad de Dios las alcanzó, no por derecho personal, sino por confianza dependiente.

De igual modo ἔφραξαν στόματα λεόντων, *"taparon bocas de leones"*. Este hecho se menciona en varias ocasiones. Sansón, uno de los jueces citados antes como hombre de fe, mató por sí mismo a un león con las fuerzas que Dios le había concedido (Jue. 14:5). También el rey David tuvo la experiencia de matar leones en la defensa de las ovejas que como pastor cuidaba (1 S. 17:34). Sin duda una especial mención a este hecho de fe, tiene que ver con el suceso en la vida del profeta Daniel, cuando por fidelidad a Dios fue condenado y echado al foso de los leones, enviando Dios un ángel que lo

protegió de la boca de ellos (Dn. 6:22). La fe, actuando en dependencia y confianza, alcanza milagros singulares.

34. Apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros.

ἔσβεσαν δύναμιν πυρός, ἔφυγον στόματα μαχαίρης, ἐδυναμώθησαν
Apagaron poder de fuego, escaparon a bocas de espada, fueron fortalecidos
ἀπὸ ἀσθενείας, ἐγενήθησαν ἰσχυροὶ ἐν πολέμῳ, παρεμβολὰς ἔκλιναν
desde debilidad se hicieron fuertes en guerra, a ejércitos rechazaron
ἀλλοτρίων.
de extranjeros.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad sigue describiendo las proezas de la fe: ἔσβεσαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo σβέννυμι, *extinguir, apagar,* aquí como *apagaron*; δύναμιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *poder, fuerza, capacidad operativa*; πυρός, caso genitivo neutro singular del sustantivo declinado *de fuego*; ἔφυγον, tercera persona plural del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo φεύγω, *huir, escapar*, aquí como *escaparon*; στόματα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *bocas*; μαχαίρης, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *espada*, *machete corto*; ἐδυναμώθησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo δυναμόω, *fortalecer*; ἀπὸ, preposición de genitivo, *desde*; ἀσθενείας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *debilidad, enfermedad*; ἐγενήθησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo γίνομαι, *hacer*, aquí como *se hicieron*; ἰσχυροὶ, caso nominativo masculino plural del adjetivo *poderoso, fuerte*; ἐν, preposición de dativo *en*; πολέμῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo que denota *conflicto, batalla*, *guerra*; παρεμβολὰς, caso acusativo femenino plural del sustantivo declinado *a ejércitos*; ἔκλιναν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo κλίνω, *rechazar,* aquí como *rechazaron*; ἀλλοτρίων, caso genitivo masculino plural del adjetivo *extranjeros*.

Los hechos portentosos de fe se ponen aquí como ejemplo, sin concreción específica, simplemente puntualizándolos. Los creyentes de la antigua alianza, en el ejercicio de la fe ἔσβεσαν δύναμιν πυρός, *"apagaron fuegos impetuosos"*, como ocurrió en el caso de los compañeros de Daniel (Dn. 3:23-24). Habían manifestado su fe en la negativa a contaminarse con la comida de la casa de Nabucodonosor (Dn. 1:8ss), por tanto Dios honró aquella determinación nacida en un acto de fe en Él.

Otros ἔφυγον στόματα μαχαίρης, *"evitaron filo de espada"*. Varios personajes son ejemplo de esto, como ocurrió con Moisés, que llamó a su segundo hijo Eliezer (Ex. 18:4), como recuerdo de la acción de Dios librándolo de la espada de Faraón, cuando peligraba su vida a causa de la muerte del egipcio y, posiblemente en otros momentos como fue la persecución de los ejércitos egipcios en la salida de Israel. Igualmente fue experiencia de David, cuando Saúl arrojo contra el su lanza pensando clavarlo contra la pared (1 S. 18:11; 19:10), tiempo después recordaría la protección de Dios en uno de sus salmos: *"Tú, el que da victoria a los reyes, el que recata de maligna espada a David su siervo"* (Sal. 144:10). El profeta Elías, por fe en Dios, se libró de la orden de muerte dictada por Jezabel contra todos los profetas del Señor (1 R. 19:1-3). Un mismo ejercicio de protección por parte de Dios se aprecia en el ministerio de Eliseo, desplegando los ejércitos angelicales sobre los montes en protección del profeta y su asistente (2 R. 6:17).

En una forma, tal vez genérica, se dice que por la fe, ἐδυναμώθησαν ἀπὸ ἀσθενείας, *fueron fortalecidos desde la debilidad*, o como traduce RV, *"sacaron fuerzas de debilidad"*. Aquellos que eran verdaderamente débiles, porque, como en el caso de Elías, estaba solo frente a todos, fueron fortalecidos para llevar a cabo la misión que Dios les había encomendado. Una nueva manifestación de la fe consistió en la capacidad para ἐγενήθησαν ἰσχυροὶ ἐν πολέμῳ *"hacerse fuertes en batallas"*. Una larga relación de ejemplos aparecen en la Escritura, como ocurrió con Gedeón frente a los madianitas, donde un puñado de hombres se mantuvo firme ante el ejército madianita (Jue. 7:21). Destacable también la fortaleza de Sansón ante los filisteos, hiriendo a un número grande de ellos (Jue. 15:8) y más adelante matando él solo a mil hombres (Jue. 15:16). Esa fortaleza en la batalla sirvió a David para matar al gigante Goliat (1 S. 17:51), y a los ejércitos de Israel antes atemorizados para vencer a los filisteos (1 S. 17:52). Las hazañas de David en la derrota de los filisteos, de los moabitas y los arameos del norte de Damasco (2 S. 8:1-6), o en la derrota de los amonitas (2 S. 10:15). Podrían citarse muchos otros ejemplos en donde se aprecia, como en estos, que la fe fortaleció para ganar batallas. La enseñanza general de la Escritura es que la fe obtiene fuerzas en la debilidad, porque es entonces cuando sólo depende de la fuerza de Dios (2 Co. 12:10; Ap. 3:8).

La siguiente referencia al ejercicio de la fe se relaciona con quienes fueron capaces de παρεμβολὰς ἔκλιναν ἀλλοτρίων, *poner en fuga ejércitos extranjeros*, o lo que es igual *rechazaron las invasiones de extranjeros*. Ese fue el caso de Eliseo obstruyendo la invasión de los sirios (2 R. 6:8ss). Las proezas de aquellos creyentes, descansaban en el poder de Dios, ya que todos ellos sabían que el Señor podía salvar con muchos o con pocos (1 S. 14:6). Las

batallas no eran de ellos sino de Dios y la fe operaba las proezas de Dios en los sencillos instrumentos humanos.

35. Las mujeres recibieron sus muertos mediante resurrección; mas otros fueron atormentados, no aceptando el rescate, a fin de obtener mejor resurrección.

Ἔλαβον γυναῖκες ἐξ ἀναστάσεως τοὺς νεκροὺς αὐτῶν· ἄλλοι δὲ
Recibieron mujeres por resurrección a los muertos de ellas. Pero otros
ἐτυμπανίσθησαν οὐ προσδεξάμενοι τὴν ἀπολύτρωσιν, ἵνα κρείττονος
fueron torturados no aceptando el rescate para mejor
ἀναστάσεως τύχωσιν·
resurrección alcanzar.

Notas y análisis del texto griego.

Continúan los ejemplos de obras de fe, escribiendo: Ἔλαβον, tercera persona plural del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo λαμβάνω, *recibir*, aquí como *recibieron*; γυναῖκες, caso nominativo femenino plural del sustantivo que denota *mujeres*; ἐξ, preposición de genitivo *por*; ἀναστάσεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *resurrección*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado declinado *a los*; νεκροὺς, caso acusativo masculino plural del adjetivo *muertos*; αὐτῶν, caso genitivo femenino plural del pronombre personal declinado *de ellas*. Una segunda cláusula se inicia con ἄλλοι, caso nominativo masculino plural del pronombre indefinido *otros*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; ἐτυμπανίσθησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo τυμπανίζω, *torturar*, aquí como *fueron torturados*; οὐ, adverbio de negación *no*; προσδεξάμενοι, caso nominativo masculino plural del participio aoristo primero en voz media del verbo προσδέχομαι, *esperar, acoger, aceptar*, aquí como *aceptando*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἀπολύτρωσιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *redención, rescate*; ἵνα, conjunción *para que, en orden a, a fin de que, para*; κρείττονος, caso genitivo femenino singular del adjetivo comparativo *mejor*; ἀναστάσεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *resurrección*; τύχωσιν, tercera persona plural del aoristo segundo de subjuntivo en voz activa del verbo τυγχάνω, *alcanzar*.

Ἔλαβον γυναῖκες ἐξ ἀναστάσεως τοὺς νεκροὺς αὐτῶν· La fe permitió a mujeres recuperar mediante la resurrección a quienes habían fallecido. Un ejemplo es el de la viuda de Sarepta de Sidón (2 R. 17:17ss). En esa ocasión la fe no fue de la viuda, que incluso acusó al profeta Elías de haber venido para disciplinarla con la muerte el hijo, pero sí fue la fe del profeta que clamó con fe a Dios y Él devolvió la vida al hijo muerto (2 R. 17:20). Un milagro semejante se produjo en el tiempo del ministerio de Eliseo, el sucesor de Elías, con la mujer de Sunem a quien había muerto su hijo, que acudió al

profeta pidiendo ayuda. Sin duda era una mujer de fe, como lo era también Eliseo, la respuesta divina a la oración del profeta y a la fe de la mujer trajo como consecuencia la resurrección del niño muerto (2 R. 17:36).

En cambio otros creyentes fieles ἄλλοι δὲ ἐτυμπανίσθησαν *"fueron atormentados"*, negándose a aceptar el rescate por su vida: οὐ προσδεξάμενοι τὴν ἀπολύτρωσιν, *"no aceptando el rescate"*. Es difícil determinar a quienes se está refiriendo el escritor, pero pudiera muy bien estar pensando en el tiempo de los Macabeos, en donde el escribe Eleazar murió golpeado por negarse a comer carne de cerdo, habiéndole propuesto la liberación mediante un simulacro, consistente en comer carne limpia como si fuese la del animal inmundo que el rey había determinado (2 Mac. 6:18ss). La fe miraba más allá de la vida transitoria, poniendo los ojos en la resurrección que esperaban: ἵνα κρείττονος ἀναστάσεως τύχωσιν, *para alcanzar una mejor resurrección.*

36. Otros experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles.

ἕτεροι δὲ ἐμπαιγμῶν καὶ μαστίγων πεῖραν ἔλαβον, ἔτι δὲ δεσμῶν καὶ
Y otros de vituperios y de azotes prueba recibieron, y aun de cadenas y
φυλακῆς·
de cárcel.

Notas y análisis del texto griego.

Sin interrupción continua con los ejemplos de fidelidad escribiendo ἕτεροι, caso nominativo masculino singular del adjetivo indefinido *otros*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; ἐμπαιγμῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo declinado que denota *de vituperios, de burlas, de escarnios*; καὶ, conjunción copulativa *y*; μαστίγων, caso genitivo femenino plural del sustantivo declinado *de azotes*; πεῖραν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *prueba*; ἔλαβον, tercera persona plural del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo λαμβάνω, *cobrar, recibir, llevar*, *tomar*, aquí como *recibieron*; ἔτι, adverbio de tiempo *aún, todavía*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; δεσμῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *ataduras, cadenas*; καὶ, conjunción copulativa *y*; φυλακῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *cárcel.*

Algunas otras manifestaciones del compromiso de fidelidad, como consecuencia de una vida de fe, fueron las *burlas y desprecios*, que muchos de ellos tuvieron que soportar. Literalmente escribe: ἕτεροι δὲ ἐμπαιγμῶν καὶ μαστίγων πεῖραν ἔλαβον, *otros fueron probados con vituperios y azotes.* No

se puede dar un determinado nombre para vincularlo como ejemplo de burlas y desprecios porque el creyente fiel los ha sufrido continuamente. Es el resultado de vivir y seguir a Jesús que también le maldecían y experimentó en sí mismo el sufrimiento como consecuencia de una vida de santidad y compromiso con el propósito de Dios (1 P. 2:23). Al escarnio acompaña en ocasiones los *azotes*, siendo golpeado el inocente sin ninguna razón, como fue el caso de Jeremías, a quien mandó azotar Pasar, encargado del orden en el templo (Jer. 20:1).

Junto con las burlas y los desprecios algunos tienen que experimentar ἔτι δὲ δεσμῶν καὶ φυλακῆς, *prisiones y cárceles*. En todos los tiempos ocurrió también esta situación que, sin duda, es consecuencia de un abuso de autoridad hacia los que son inocentes. Ocurrió con José que por su vida de santidad y fidelidad fue enviado a la cárcel por Potifar, su dueño, consecuente de la falsa acusación de su esposa (Gn. 39:20). Esa situación fue experimentada también por el profeta Jeremías que además de azotado fue puesto en el cepo de la prisión (Jer. 20:2). Aquella experiencia se repitió más adelante cuando los príncipes se airaron contra el profeta y le azotaron, poniéndole en prisión en la casa del escriba Jonatán, convertida en cárcel (Jer. 37:15). En la dispensación de la Iglesia, los apóstoles fueron tratados de esta misma manera. Ejemplos abundantes de tales afrentas aparecen en Hechos de los Apóstoles, contra Pedro, Pablo y otros muchos compañeros suyos de ministerio.

37. Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados.

ἐλιθάσθησαν, ἐπρίσθησαν[1], ἐν φόνῳ μαχαίρης ἀπέθανον, περιῆλθον
fueron apedreados, aserrados, en homicidio de espada murieron deambularon
ἐν μηλωταῖς, ἐν αἰγείοις δέρμασιν, ὑστερούμενοι, θλιβόμενοι,
en pieles de oveja, en de cabra pieles, pasando necesidad siendo atribulados
κακουχούμενοι,
maltratados.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Alternativas de lectura.

1 ἐπρίσθησαν, *aserrados,* atestiguado en **p**^{46}, 1241, 1984, *l*$^{44, 53}$, syr^{p}, eth$^{ro, pp}$, Orígenes$^{gr\ 2/7,\ lat}$, Eusebio, Acacio, Efraim, Jerónimo, Sócrates, Ps-Agustín, Teofilo.

ἐπειράσθησαν, *puestos a prueba,* se lee en vg^{ms}, Clemente.

ἐπρίσθησαν, ἐπειράσθησαν, *aserrados, puestos a prueba,* lectura en A, D^{c}, K, Ψ, 88, 104, 181, 330, 436, 451, 614, 629, 630, 1739, 1877, 1881, 1962, 2127, 2492, *Lec.*

Biz. It^ar, c, dem, div, f, t, z^, vg (syr^pal^), cop^bo^, arm, Origenes^gr5/7, lat^, Efraim, Ambrosio, Crisóstomo, Teodoreto, Juan Damasceno.

ἐπειράσθησαν, ἐπρίσθησαν, *puestos a prueba, aserrados,* aparece en א, P, 33, 81, 326, 2495, syr^p, h^, cop^boms^, Eutilio.

Continúan los ejemplos de fe escribiendo: ἐλιθάσθησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo λιθάζω, *apedrear*, aquí como *fueron apedreados*; ἐπρίσθησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo πρίζω, *aserrar*, aquí como *aserrados*; ἐν, preposición de dativo *en*; φόνῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo que denota, *asesinato, homicidio*; μαχαίρης, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de espada*; la expresión equivale a *muertos a espada*; ἀπέθανον, tercera persona plural del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἀποθνήσκω, *morir,* aquí como *murieron*; la cláusula equivale a *muertos a espada*; περιῆλθον, tercera persona plural del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo περιέρχομαι, *deambular, andar de un lado para otro*, aquí como *deambularon*; ἐν, preposición de dativo *en*; μηλωταῖς, caso dativo femenino plural del sustantivo que denota *pieles de ovejas*; ἐν, preposición de dativo *en*; αἰγείοις, caso dativo femenino plural del adjetivo *de cabras*; δέρμασιν, caso dativo neutro plural del sustantivo que denota *pieles*; ὑστερούμενοι, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz pasiva del verbo ὑστερέω, *pasar necesidad*, aquí como *pasando necesidad*; θλιβόμενοι, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz pasiva del verbo θλίβω, *atribular*, *afligir*, aquí como *siendo atribulados*; κακουχούμενοι, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz pasiva del verbo κακουχέομαι, *maltratar,* aquí como *maltratados.*

Algunos de los fieles creyentes fueron ἐλιθάσθησαν, *apedreados*, así ocurrió con Nabot, el que se negó a dar su heredad a Acab, acusado por testigos perversos (1 R. 21:13). Otros -se lee en el texto griego- ἐπρίσθησαν, *fueron aserrados* y aunque no hay referencia bíblica a un hecho semejante, según la tradición judía, de ese modo se produjo la muerte del profeta Isaías, durante el reinado de Manasés. *Puestos a prueba*, no está en los mss más seguros, pudiendo ser una reiteración a consecuencia de una copia incorrecta de *aserrados*, ya que resulta un contraste intenso poner en medio de un *aserramiento* a una simple *prueba*, para seguir luego con ἐν φόνῳ μαχαίρης ἀπέθανον, *la muerte a espada,* literalmente *en homicidio por espada murieron.* En base a ello se sugiere que pudiera tratarse de un verbo[32] que traducido equivale a *ser quemados*, como ocurrió con el primero de los siete hermanos Macabeos, que después de ser mutilado fue frito en una sartén (2 Mac. 7:4). La muerte *"a filo de espada"* no fue tampoco algo extraño para quienes se mantuvieron firmes en su fe; varios ejemplos en la Escritura y otros muchos fuera de ella, ratifican la fidelidad de muchos creyentes muriendo de

[32] Griego ἐπρήσθησαν.

esta forma profetas en tiempos de Elías (2 R. 19:10); de la misma manera ocurrió con el profeta Urías (Jer. 26:20-23).

Los fieles anduvieron περιῆλθον, *deambulando* sin lugar fijo, muchas veces huyendo, como muy figurativamente traduce RV *"de acá para allá"*, vistiendo pobremente, ἐν μηλωταῖς, ἐν αἰγείοις δέρμασιν, *con pieles de ovejas y cabras*, como era el vestido de Elías (2 R. 1:8), ὑστερούμενοι, padeciendo necesidad, pasando por θλιβόμενοι, tribulaciones, recibiendo maltrato continuamente. Lo que es ejemplo en la antigua dispensación lo es también en la actual, como el caso de los apóstoles. El mejor comentario posible a la situación descrita en el versículo, son las palabras del Apóstol Pablo: *"…como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias; en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos; en pureza, en ciencia, en longanimidad, en bondad, en el Espíritu Santo, en amor sincero, en palabra de verdad, en poder de Dios, con armas de justicia a diestra y a siniestra; por honra y por deshonra, por mala fama y por buena fama; como engañadores, pero veraces; como desconocidos, pero bien conocidos; como moribundos, mas he aquí vivimos; como castigados, más no muertos; como entristecidos, mas siempre gozosos; como pobres, mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo"* (2 Co. 6:4-10).

38. De los cuales el mundo no era digno; errando por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las cavernas de la tierra.

ὧν οὐκ ἦν ἄξιος ὁ κόσμος, ἐπὶ ἐρημίαις πλανώμενοι καὶ ὄρεσιν
De los que no era digno el mundo, por desiertos andando errantes y montañas
καὶ σπηλαίοις καὶ ταῖς ὀπαῖς τῆς γῆς.
y cuevas y las cavernas de la tierra.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo la descripción de los sufrimientos por causa de una vida de fe, escribe: ὧν, caso genitivo masculino plural del pronombre relativo declinado *de los que*; οὐκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada, que negativiza a ἦν, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *era*; ἄξιος, caso nominativo masculino singular del adjetivo *digno*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; κόσμος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *mundo*; ἐπὶ, preposición de dativo, *en, sobre*; ἐρημίαις, caso dativo femenino plural del sustantivo que denota *desiertos, lugares poco habitados*; πλανώμενοι, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz pasiva del verbo πλανάω, que en voz pasiva equivale a *perderse, extraviarse, andar errante*, aquí como, *andando errantes*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὄρεσιν, caso dativo neutro plural del sustantivo *montes, montañas*; καὶ, conjunción copulativa *y*; σπηλαίοις, caso dativo neutro plural del sustantivo *cuevas*;

καὶ, conjunción copulativa *y*; ταῖς, caso dativo femenino plural del artículo determinado *las*; ὀπαῖς, caso dativo femenino plural del sustantivo que denota *cavidades, cavernas*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; γῆς, caso dativo femenino singular del sustantivo *tierra*.

῟Ων οὐκ ἦν ἄξιος ὁ κόσμος. La vida de fe produce un impacto que resulta contradictorio y, por tanto, molesto en el mundo. Cuando esto ocurre, el creyente se convierte en algo molesto, a quienes el mundo considera como indignos de estar en la sociedad y hará todo cuando sea preciso para eliminar semejantes referencias. Sin embargo quien no era digno de tales personas era el mundo. Ellos eran, son, y serán siempre más valiosos que el mismo mundo. El creyente no vive en el desenfreno y pecaminosidad del mundo, por tanto, al mundo *"le parece cosa extraña que no corran en el mismo desenfreno de disolución y los ultraja"* (1 P. 4:4). Esto mismo ocurrió con Jesús, cuya luz, brillando en las tinieblas, puso de manifiesto la perversidad de los hombres, por tanto, el mundo procuró apagar la luz de Dios que brillaba, haciéndolo morir en una cruz.

᾽Επὶ ἐρημίαις πλανώμενοι καὶ ὄρεσιν καὶ σπηλαίοις καὶ ταῖς ὀπαῖς τῆς γῆς. La opresión a que se ven sometidos los creyentes les lleva a huir, convirtiéndose en errantes por los lugares poco poblados y refugiándose en cuevas y cavernas. Esa fue la experiencia de los profetas en los días de la malvada reina Jezabel (1 R. 18:4). Esa fue la experiencia de David (1 S. 22:1). Una cueva fue la habitación del profeta Elías cuando la persecución arreció contra él (1 R. 19:1ss).

Una mejor provisión (11:39-40).

39. Y todos estos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido.

Καὶ οὗτοι πάντες μαρτυρηθέντες διὰ τῆς πίστεως οὐκ
Y estos todos habiendo obtenido testimonio por medio de la fe no
ἐκομίσαντο τὴν ἐπαγγελίαν,
recibieron la promesa.

Notas y análisis del texto griego.

Luego de los ejemplos sobre la fe, se establece una conclusión: Καὶ, conjunción copulativa *y*, que establece una vinculación con lo que antecede y sigue; οὗτοι, caso nominativo masculino plural del pronombre demostrativo *estos*; πάντες, caso nominativo masculino plural del adjetivo indefinido *todos*; μαρτυρηθέντες, caso nominativo masculino plural del participio aoristo primero en voz pasiva del verbo μαρτυρέω, *testificar,* aquí como *habiendo obtenido testimonio*; διὰ, preposición de

genitivo *por medio de*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; πίστεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo *fe*; οὐκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada, que negativiza a ἐκομίσαντο, tercera persona plural del aoristo primero en voz media del verbo κομίζω, *recibir*, aquí como *recibieron*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἐπαγγελίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *promesa*.

Καὶ οὗτοι πάντες μαρτυρηθέντες διὰ τῆς πίστεως. Los ejemplos de fe sirvieron de acreditación para los que vivieron vidas de fe. Este testimonio alcanzado como de creyentes fieles, provino de Dios mismo. Desde el primer de los registrados en la Escritura, la mención de su nombre obedece a la realidad de su fe.

Οὐκ ἐκομίσαντο τὴν ἐπαγγελίαν. Todos ellos vivieron vidas de fe y, por tanto, creían en las promesas que Dios había determinado. Las aflicciones de este mundo les hacía desear el alcance de las promesa de descanso y bendición, las mismas que Abraham había esperado, la ciudad que tiene fundamento, cuyo arquitecto y constructor es Dios (11:10). Es la respuesta de la fe a las circunstancias adversas en la vida cristiana (2 Co. 4:17). Aquellos pasaban por difíciles pruebas, angustia y muerte, pero no miraban a todo aquello como algo agobiante, sino transitorio, porque tenían puesta la vista en lo que no se ve, que es la expresión definitiva de las promesas de Dios (4:18). Sin embargo, todos estos, que han conseguido testimonio de ser fieles, οὐκ ἐκομίσαντο τὴν ἐπαγγελίαν, no recibieron la promesa. La promesa tiene firmeza absoluta de cumplimiento, porque es promesa de Dios. Su cumplimiento quedó diferido en el tiempo histórico de los *héroes de la fe*, tanto los de antaño como los actuales y los futuros. Sin embargo, todos la podemos ver y saludarla por fe en la distancia del tiempo en que Dios la hará realidad, dándola ya como hecha, porque es promesa de Dios, que es fiel (v.13).

40. Proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros.

τοῦ Θεοῦ περὶ ἡμῶν κρεῖττον τι προβλεψαμένου, ἵνα μὴ χωρὶς
- Dios acerca de nosotros algo mejor habiendo previsto para que no aparte
ἡμῶν τελειωθῶσιν.
de nosotros fuesen perfeccionados.

Notas y análisis del texto griego.

El versículo alcanza la conclusión final del largo pasaje sobre la fe: τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se usa en castellano al determinar a nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre *Dios*; περὶ,

preposición de genitivo *acerca de*; ἡμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal *nosotros*; κρεῖττον, caso acusativo neutro singular del adjetivo comparativo *mejor*; τι, caso acusativo neutro singular del adjetivo indefinido *algo*; προβλεψαμένου, caso genitivo masculino singular del participio primero aoristo en voz media del verbo προβλέπω, que en voz media significa *prever,* aquí como *habiendo previsto*; ἵνα, conjunción *para que*; μή, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*; χωρὶς, preposición de genitivo *aparte*; ἡμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de nosotros*; τελειωθῶσιν, tercera persona plural del aoristo primero de subjuntivo en voz pasiva del verbo τελειόω, *perfeccionar,* aquí como *fuesen perfeccionados.*

Τοῦ Θεοῦ περὶ ἡμῶν κρεῖττον τι προβλεψαμένου, ἵνα μὴ χωρὶς ἡμῶν τελειωθῶσιν. Los hombres de fe de la antigüedad tenían la promesa, pero Dios la difirió en el tiempo para que fuese alcanzada por todos los creyentes a la vez. Los de la antigua dispensación tenían la esperanza de recibir una patria mejor, celestial, lo mismo que nosotros. La promesa es para cualquier creyente en cualquier dispensación. La misma promesa es para los creyentes en la dispensación de la Iglesia a quienes Jesús prometió personalmente preparar un lugar (Jn. 14:1-4).

El texto, sin embargo habla de *perfeccionamiento*: τελειωθῶσιν, *fuesen perfeccionados*, que tiene que ver, en gran medida con el Nuevo Pacto, ya que en el antiguo no se alcanzó jamás la perfección necesaria, permaneciendo la conciencia de pecado, que los sacrificios de animales no lograban remitir. Aquellos saludaban de lejos el día de Cristo, viéndolo por fe, como ocurrió con Abraham (Jn. 8:56). Esa promesa de redención se ha cumplido y por la obra sacrificial y sacerdotal de Cristo, tanto ellos como nosotros hemos alcanzado la perfección. Esta promesa de salvación se produjo en el tiempo histórico nuestro, en *los últimos días* (1 P. 3:19) de modo que ellos no fueron perfeccionados χωρὶς ἡμῶν antes de nosotros.

El alcance de ese κρεῖττον τι, *algo mejor* para nosotros, se ha venido desarrollando a lo largo de la Epístola, habiendo obtenido *mejor esperanza* (7:19), *mejor pacto* (7:22), *mejores promesas* (8:6), *mejor sacrificio* (9:23), *mejor herencia* (10:34), y finalmente *mejor resurrección* (11:35).

Escribe el profesor F. F. Bruce:

"Pero ahora la promesa ha sido cumplida; la era del nuevo pacto ha amanecido; el Cristo, cuyo día anhelaban, ha venido y por su ofrenda de Sí mismo y Su ministerio sumosacerdotal en la presencia de Dios, ha obtenido la perfección para ellos y para nosotros. Dios, teniéndonos en cuenta a nosotros había dispuesto algo mejor, para que solamente en unión con nosotros fueran ellos hechos perfectos. Ellos y nosotros, juntos, ahora disfrutamos el acceso

irrestricto a Dios a través de Cristo, como conciudadanos de la Jerusalén celestial. Ese 'algo mejor' que Dios había hecho incluye la mejor esperanza, las mejores promesas, el mejor pacto, los mejores sacrificios, la posesión mejor y permanente, y la resurrección mejor que es su herencia y la nuestra"[33].

Los lectores de la epístola estaban pasando por serias dificultades, conflictos, persecuciones y graves consecuencias en el mundo de entonces a causa de su fe. Los ejemplos de fe de creyentes a lo largo del tiempo debieran servir de aliciente para un compromiso firme en la vida de ellos, a pesar de las dificultades. El principio general del modo de vivir una vida del agrado de Dios, es por medio de la fe (11:6). Esta vida de conflictos pero de victoria es posible en la medida de la identificación con Cristo (Gá. 2:20). El compromiso del creyente tiene que ver con un cambio profundo de mentalidad, que considera las cosas desde la perspectiva del mismo sentimiento que había en Jesús (Fil. 2:5). Esa es la realidad de la vida de fe. El mundo actual necesita menos discursos sobre la fe y más vivencia de fe en la vida ejemplar de los cristianos. La advertencia de Santiago debiera despertar nuestra determinación en esa dirección, ya que la fe sólo es posible manifestarla mediante el ejemplo de las obras que produce en el creyente. Lo contrario, cuando la fe es discurso sin obras, es una fe muerta, estéril e incluso hipócrita (Stg. 2:17-20). El verdadero creyente supedita todo a la fidelidad de Dios (Lc. 14:16, 27, 33). Las vidas de tales personas son los ejemplos de fe que Dios demanda (Jn. 4:23). El cumplimiento de la promesa dada a los antiguos, alcanza a los creyentes en la actualidad (11:40). Esto acrecienta nuestra responsabilidad, como personas de fe más beneficazas que las de la antigua dispensación. Ellos tenían promesas y esperaban el cumplimiento. Nosotros, junto con aquellos, las alcanzamos ya en Cristo. Es preciso que reflexionemos sobre la necesidad de un compromiso real con la fe, en una vida ejemplar ante el mundo que nos rodea.

[33] F. F. Bruce. o.c., pág. 347.

CAPÍTULO XII

DISCIPLINA Y VIDA DE FE

Introducción.

La vida de fe es el resultado de la identificación con Cristo, que se manifiesta en un compromiso sincero y en el ajuste de la misma a las demandas establecidas por el Señor. Los hombres de fe, en cualquier dispensación, vivieron en base a las promesas de Dios, que habían recibido y aceptado como ciertas a causa de la fidelidad de quien las formuló. La fe del creyente no es solamente un asunto mental de creer o no creer, intelectualmente hablando, sino de una experiencia vivencial, por tanto la realidad de la verdadera vida de fe, o vida en la fe se manifiesta externa y visiblemente en las obras del creyente. El cristiano no se salva por obras, pero se salva para obras. Los ejemplos dados en el capítulo anterior ponen de manifiesto la realidad de una fe que obra, y han de servir como elemento de contraste con la vida personal de quienes viven hoy por fe. Todos ellos son comparables a una *"nube de testigos"* que rodea a quien está corriendo la carrera de la fe (v. 1). Cada cristiano tiene ejemplos admirables en ellos, pero, el ejemplo máximo y supremo es Cristo mismo, en quien debe fijarse la mirada del que corre la carrera de la fe, para determinar el modo correcto en que debe llevarse a cabo (v. 2).

La vida cristiana descansa en el *poder de la esperanza*, con lo que se introduce un nuevo párrafo que comprende todo el presente capítulo. La esperanza cristiana no está vinculada a cosas que se esperan, aunque también las comprende, sino a la gloriosa persona del Salvador que se hace esperanza viva en la comunión íntima con cada creyente (Col. 1:27b). Esa esperanza condiciona el modo de vida de quién la posee, viviendo en la fe del Hijo de Dios (Gá. 2:20). La carrera cristiana requiere una disciplina constante, a fin de que discurra conforme a lo establecido por Dios, de ahí que el escritor dedique el contenido del capítulo para enseñar la necesidad de la disciplina, las razones que la motivan y el modo de aplicarla. El capítulo trata primeramente del modo de la vida cristiana (vv. 1-2); sigue las demandas para ese modo de vida (vv. 3-11); a continuación la dirección para ella (vv. 12-17): luego la orientación (vv. 18-24); y concluye con la responsabilidad en la vida cristiana (vv. 25-29).

La división para el estudio del pasaje se ajusta a la dada en el Bosquejo del libro:

1. La superioridad de la vida con Cristo (12:1-29).
   1.1. La visión para la vida (12:1-2).
   1.2. La disciplina para la vida (12:3-11).

1.3. La orientación para la vida (12:12-17).
1.4. El aliento para la vida (12:18-24).
1.5. La responsabilidad para la vida (12:25-29)

La superioridad de la vida con Cristo (12:1-29).

La visión para la vida (12:1-2).

1. Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante.

Τοιγαροῦν καὶ ἡμεῖς τοσοῦτον ἔχοντες περικείμενον ἡμῖν
Asi que, por tanto también nosotros tan grande teniendo en derredor de nosotros
νέφος μαρτύρων, ὄγκον ἀποθέμενοι πάντα καὶ τὴν εὐπερίστατον[1]
nube de testigos impedimento despojados de todo y del que asedia
ἁμαρτίαν, δι’ ὑπομονῆς τρέχωμεν τὸν προκείμενον ἡμῖν
pecado por medio de paciencia corramos la puesta delante de nosotros
ἀγῶνα
lucha.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Alternativa de lectura.
[1] Εὐπερίστατον, *que asedia*, atestiguada en **p**^{12}, ℵ, A, D^{gr}, K, P, Ψ, 33, 81, 88, 104, 181, 326, 330, 436, 451, 614, 629, 630, 1241, 1877, 1881, 1962, 1984, 2127, 2492, 2495, *Lec. Biz.* It$^{ar, c, dem, div, f, t}$, vg, syr^{h}, cop$^{sa, bo}$.

Εὐπερίσπαστον, *que distrae,* aparece en **p**^{46}, 1739.

La división de capítulos debía incluir los tres primeros versículos del 12 como los tres últimos del 11, ya que en ellos se alcanza la conclusión definitiva de los ejemplos de fe. Τοιγαροῦν, partícula adverbial o conjuntiva compuesta de τοὶ, γάρ, ουν, situada de ordinario al comienzo de una frase, *por eso, por tanto, por lo que, pues bien, así pues, así que por tanto*; καὶ, καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; ἡμεῖς, caso nominativo plural del pronombre personal *nosotros*; τοσοῦτον, caso acusativo neutro singular del adjetivo demostrativo *tan grande, tan numeroso, tan*; ἔχοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí como *que tenemos*, *teniendo*; περικείμενον, caso acusativo neutro singular del participio de presente en voz pasiva del verbo περίσκειμαι, *tener puesto alrededor, estar atado, estar rodeado*, aquí como *rodeándonos*, para traducción *alrededor*; ἡμῖν, caso dativo plural del pronombre personal declinado *de nosotros*; νέφος, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *nube (hapax en el N. T.)*; μαρτύρων, caso genitivo masculino plural del sustantivo declinado *de testigos*; ὄγκον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *impedimento*; ἀποθέμενοι, caso nominativo masculino singular del participio aoristo segundo en voz media, indirecto de

nosotros, del verbo ἀποτίθημι, *despojarse de*; πάντα, caso acusativo masculino singular del adjetivo indefinido *todo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; εὐπερίστατον, caso acusativo femenino singular del adjetivo *de lo que se enreda fácilmente, de lo que cautiva,* aquí en el sentido de *asediar*; ἁμαρτίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *pecado*; δι' forma contracta de la preposición de genitivo διά, aquí como *por medio, a causa*; ὑπομονῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de paciencia*; τρέχωμεν, tercera persona plural del presente de subjuntivo en voz activa (volitivo) del verbo τρέχω, *correr, esforzarse,* aquí como *corramos*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; προκείμενον, caso acusativo masculino singular del participio de presente en voz pasiva del verbo πρόκειμαι, *estar puesto delante*, aquí como *puesto delante*; ἡμῖν, caso dativo plural del pronombre personal declinado *de nosotros*; ἀγῶνα, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *combate, carrera, lucha.*

Τοιγαροῦν καὶ ἡμεῖς. Con una expresión adverbial conjuntiva, sigue sin interrupción lo que antecede. Como se dice en el análisis del texto griego, la división de versículos y capítulos no hace honor aquí al párrafo ya que estos tres primeros versículos tienen que ver con la conclusión definitiva de las consideraciones hechas sobre la fe en el capítulo anterior, es decir, debieran ser el cierre del anterior y no el principio de este. Sin embargo, el tema sigue, y la vida en la fe se compara aquí a una carrera y una lucha. El escritor utiliza aquí una partícula en el texto griego, que liga lo que antecede con lo que sigue, de modo que lo que viene es consecuencia de cuanto se dijo antes.

Τοσοῦτον ἔχοντες περικείμενον ἡμῖν νέφος μαρτύρων. El lenguaje figurado sitúa al creyente corriendo una carrera -tal vez el pensamiento esté relacionado con un competidor en un estadio- rodeado de un número tan grande de personas que se las describe como una νέφος μαρτύρων, *nube de testigos.* Estos están rodeando al creyente mientras desarrolla las etapas de su carrera cristiana. ¿En qué sentido rodean al creyente? En primer lugar debe entenderse esto como una metáfora ya que nada tiene que ver con la hipotética presencia de los espíritus de los santos rodeando al creyente. Por otro lado, la figura utilizada aquí es la de una atleta corriendo en un estadio abarrotado de espectadores, de ahí que pudiera considerarse que están ahí con el propósito de animar a los que corren. Estos testigos son, sin duda, los que se han mencionado por nombre o han quedado registrados simplemente por sus hechos, en el capítulo anterior. Aquellos todos recibieron testimonio de Dios mismo sobre la realidad de su fe. ¿Para qué están ahora? Pudiera pensarse que están ahí en el estado de la carrera de la fe para animar al que va a correr su propia carrera, como escribe Miguel Nicolau:

"Esta nube de testigos se refiere a la multitud que asiste a las corridas para ser testigo del esfuerzo de los corredores y para darles ánimo con su

aplauso y sus voces de alabanza. Estos testigos de la fe, de que ha hablado en el c. 11, de los cuales Dios ha dado testimonio de su fe (v. 2, 4, 5, 39), ellos a su vez son testigos de ella, y testigos muy cualificados con su paciencia y perseverancia en ella. El mártir atestigua la verdad de la doctrina por la que padece; la atestigua con su afirmación, y con sus torturas, y dando su vida. Su testimonio tiene entonces un valor excepcional. Doble razón de testimonio en esos testigos que ahora contempla a los que van a correr. Atestiguan la fe y quieren atestiguar el buen combate de los que van a correr hacia la meta[1].

Lo más probable es que la figura exprese esa gran multitud de creyentes que a lo largo del tiempo recibieron testimonio de haber agradado a Dios en su vida de fe (11:2, 4, 5, 39) y están rodeando a cada creyente a fin de servirle de ejemplo y de estímulo. No son tanto espectadores que ven la carrera de otros que, como la de ellos antes se desarrolla en el estadio de la vida, sino una *nube* de ejemplos que enseñan a quien está corriendo su carrera de fe, que es posible una vida semejante. Son campeones cualificados que han recibido testimonio de su fe. El término *testigo* es literalmente *mártir* en el griego, y muchas veces el martirio está unido a la vida de fe (Hch. 22:20). Jesús demanda un compromiso hasta la muerte a sus seguidores que viven la vida de fe (Ap. 2:13). Estos testigos no estimaron preciosa su vida para ellos mismos (Hch. 20:24). Todos ellos son ejemplos de entrega total y dedicación a Dios.

La carrera en la fe tiene un modo único para llevarla a cabo. Nuevamente la figura de los juegos olímpicos está presente en la metáfora. El apóstol Pablo la usó varias veces en sus escritos (cf. 1 Co. 9:24-27; Gá. 2:2; Fil. 2:16; 3:12-14; 1 Ti. 6:12; 2. Ti. 2:5)[2]. La primera demanda para cumplir bien la carrera es deponer todo lastre, literalmente ὄγκον ἀποθέμενοι πάντα *despojémonos de todo impedimento*. El verbo griego[3] traducido de ese modo se usa para referirse a la acción de despojarse de ropas viejas (cf. Col. 3:8-9). Expresa aquí la necesidad de arrojar cualquier cosa que represente peso y que impida correr libremente, *"todo peso"*. Una referencia a ropa ampulosa que dificulte o impida la libertad de movimientos. Pueda aplicarse también al exceso de grasas que aumenta el peso propio del atleta. La carrera cristiana no se puede correr bien con ropas holgadas, espiritualmente hablando, sino con prendas ceñidas (Ef. 6:14). Se refiere, pues, a todo aquello que produzca una carga adicional, como podrían ser las tradiciones, costumbres, e incluso pecado interno sin confesar.

---

[1] Miguel Nicolau. o.c., pág. 163.

[2] Esto pudiera utilizarse como un argumento que favoreciera la autoría paulina de la Epístola.

[3] Griego ἀποτίθημι.

La segunda condición es correr la carrera de la fe en *santidad*. La parénesis se refiere al καὶ τὴν εὐπερίστατον ἁμαρτίαν, *pecado que asedia*. Quiere decir que el pecado no está dentro del que corre sino fuera. El adjetivo[4] traducido aquí como *que asedia*, tiene que ver con aquello que se enreda fácilmente, o también de lo que cautiva, lo que fácilmente cerca, lo que estrechamente cerca. Por tanto, la condición exige una separación de todo cuanto predispone para el pecado, como enseña el apóstol Juan: *"Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo"* (1 Jn. 2:16). Es todo aquello que se conoce espiritualmente como *las cosas del mundo*. Debe tenerse muy en cuenta no tratar de *materializar* el texto de Juan, en el sentido de determinar las *cosas del mundo*, como asuntos materiales que el mundo ofrece o que están físicamente hablando en el mundo, tales como espectáculos, lecturas, actividades, etc. Las cosas del mundo son asuntos espirituales, incluyendo todo lo que tiene que ver con los deseos de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia del modo de vida. Estas cosas rodean al creyente que corre la carrera cristiana y atrae el peso de la concupiscencia del individuo distrayéndole del verdadero objetivo de la carrera e incluso deteniendo su marcha.

La tercera condición para la carrera de la fe el armarse de paciencia: δι᾽ ὑπομονῆς, *"Con paciencia"*. La palabra griega utilizada aquí para *paciencia*[5] es un término compuesto[6] que literalmente significa *permanecer debajo*. El término expresa la condición de vida perseverante tanto en el trabajo como incluso en la prueba. Esta paciencia impide el desaliento cuando las circunstancias son difíciles. La paciencia puede ser pasiva, en el sentido de soportar bajo las pruebas (2 Co. 6:4; 12:12; 2 Ti. 3:10). Sin embargo, en este caso la paciencia es activa, que lleva a permanecer corriendo sin que se produzca ningún desánimo. Esta condición permite correr τρέχωμεν τὸν προκείμενον ἡμῖν ἀγῶνα *"corramos la carrera que tenemos delante"*. Es una carrera de compromiso. El creyente se ha comprometido en la vida de fe y ya no puede retroceder. El medio por el cual se alcanza la salvación que es la fe (Ro. 5:1; Ef. 2:8-9), ya no se separa de la experiencia del creyente, porque no existe otro modo de llevar a cabo la vida cristiana más que en la esfera de la fe. La identificación con Cristo para salvación, lo es también para santificación y para glorificación. Si el creyente ha entrado en contacto vital con Jesús por medio de la fe, así también vive la experiencia de la nueva vida en Cristo, en la misma fe (Gá. 2:20). Es una exhortación alentadora a persistir y dedicarse a la carrera con todo el interés y la constancia necesaria. El ejemplo de miles de otros creyentes en otros tiempos, son la referencia para correr de la misma

---

[4] Griego εὐπερίστατος.
[5] Griego ὑπομονή.
[6] De ὑπο, *bajo* y μένω *permanecer*.

manera, porque, aunque aparentemente sea muy difícil esa carrera, es posible alcanzar la meta como todos los testigos anteriores a nosotros lo han hecho.

2. Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de Él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios.

ἀφορῶντες εἰς τὸν τῆς πίστεως ἀρχηγὸν καὶ τελειωτὴν Ἰησοῦν,
Fijando la mirada en el de la fe adalid y consumador Jesús,
ὃς ἀντὶ τῆς προκειμένης αὐτῷ χαρᾶς ὑπέμεινεν σταυρὸν αἰσχύνης
el que ante el puesto delante de Él gozo soportó cruz ignominia
καταφρονήσας ἐν δεξιᾷ τε τοῦ θρόνου τοῦ Θεοῦ κεκάθικεν.
despreciando y en diestra del trono - de Dios se ha sentado.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo la conclusión escribe: ἀφορῶντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ἀφοράω, *tener la mirada fija en*, aquí como *fijando la mirada*; εἰς, preposición de acusativo *en*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; πίστεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo *fe*; ἀρχηγὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *líder, pionero, adalid, originador*, de ahí *autor*, en general *el que va delante marcando un camino*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τελειωτὴν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *consumador, perfeccionador*, el término griego se halla atestiguado sólo en escritos cristianos;Ἰησοῦν, caso acusativo masculino singular del nombre propio *Jesús*; ὃς, caso nominativo masculino singular del pronombre relativo *el que*; ἀντὶ, preposición de genitivo *por*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; προκειμένης, caso genitivo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo πρόκειμαι, *estar puesto delante, estar presente,* aquí como *puesto delante*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal *el*; χαρᾶς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *gozo*; ὑπέμεινεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὑπομένω, *soportar, resistir*, aquí como *soportó*; σταυρὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *cruz*; αἰσχύνης, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *ignominia*, *vegüenza, deshonra*; καταφρονήσας, caso nominativo masculino singular del participio aoristo primero del verbo καταφρονέω, *despreciar,* aquí como *que despreció, despreciando*; ἐν, preposición de dativo *en*; δεξιᾷ, caso dativo femenino singular del adjetivo *diestra, derecha*; τε, partícula conjuntiva, que puede construirse sola, pero generalmente está en correlación con otras partículas, aquí como *y*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; θρόνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *trono*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, no traducible en español al acompañar a nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre declinado *de Dios*; κεκάθικεν, tercera persona singular del

perfecto de indicativo en voz activa del verbo καθίζω, *sentar, hacer sentar, sentarse*, aquí como *se ha sentado.*

᾿Αφορῶντες εἰς τὸν τῆς πίστεως ἀρχηγὸν καὶ τελειωτὴν ᾿Ιησοῦν. Si una de las condiciones para correr la carrera de la fe es dejar de mirar a lo que rodea o asedia, o también en otra acepción a aquello que distrae, la exhortación establece la solicitud del creyente en cuanto a la orientación de su visión: La aparta del entorno para fijarla en la meta que es Cristo mismo. El cristiano corre en la vida de fe para encontrarse finalmente en la meta con Jesús. Por eso se demanda que el corredor en la carrera de la fe ponga *sus ojos en Jesús.* Nuestro Señor es final de la etapa de vida, pero es también el camino único que conduce a la victoria final (Jn. 14:6). Toda vía más, el que es camino, verdad y vida, ha dejado marcada con sus propios pasos la senda en donde el creyente corre la carrera de la fe: *"... dejándonos ejemplo para que sigáis sus pisadas"* (1 P. 2:21). No hay posibilidad de alcanzar el triunfo final en la vida de la fe a no ser que la mirada del creyente esté puesta fijamente en Cristo, como meta, senda y ejemplo a seguir. La exhortación tiene dos aspectos: Por un lado está la demanda de ἀφορῶντες, *mirar a lo lejos*, como se traduce *"puestos los ojos"*, al premio de la fe. Por otro está la demanda de apartar la vista de todo lo que pueda distraer para fijarla solo en Jesús. No es una novedad que se establece aquí, porque ya se pusieron antes ejemplos de la vida victoriosa en la carrera de la fe, de quienes se sostuvieron *"como viendo al Invisible"* (11:27). El Invisible se hace visible para el cristiano en Jesús, que aunque no se ve con los ojos naturales, sí se ve con los de la fe. Este mirar a Jesús constituye el ejemplo supremo en la vida de la fe, del que no se puede desviar la atención si se desea alcanzar la victoria, porque todo creyente es *"más que vencedor"* por medio de Él (Ro. 8:37). El secreto del triunfo se alcanza sólo en la vinculación con Cristo, *"Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús"* (2 Co. 2:14). La advertencia del Señor también es firme: *"Separados de mí, nada podéis hacer"* (Jn. 15:5). No importa cual sea el discurrir de la senda en la carrera de la fe, si el creyente descansa firmemente en Jesús y vive la vida de Él por medio de la fe, siempre tiene a disposición los recursos para una vida victoriosa, pudiendo decir como el apóstol Pablo: *"Todo lo puedo en Cristo que me fortalece"* (Fil. 4:13). El final de la carrera de la fe en la disposición establecida para llevarla a cabo, garantiza el triunfo final, que puede expresarse en las palabras del mismo apóstol: *"He peleado la batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe"* (2 Ti. 4:7). El creyente legalista pierde el gozo de alcanzar con éxito el final de su carrera cristiana porque sus ojos están puestos en el *pecado que rodea*, para prestarle atención permanente, buscando una santificación personal por su esfuerzo o prestando atención a los que corren su carrera en la fe, buscando en ellos faltas que denunciar, por lo que descuida la atención necesaria que resulta de la vista puesta en Jesús. De la

misma manera el cristiano carnal, no puede correr con éxito la carrera cristiana, porque el pecado le asedia y la fortaleza espiritual no se manifiesta en él.

Es necesario *mirar* a Jesús, porque aunque los ejemplos de muchos de los creyentes sirven de estímulo y referencia, ninguno de ellos alcanza la dimensión absoluta de Jesús. Los ejemplos de fe en los creyentes que se han citado no alcanzan al ejemplo supremo que es Jesús, ya que el es el ἀρχηγὸν, *autor, líder, adalid*, el que va delante en la carrera cristiana, abriendo el camino para correrla y mostrando el modo de hacerlo. Es Jesús el que fue delante abriendo y marcando el camino de la vida de fe, dejando ejemplo personal a Sus seguidores e imprimiendo en el camino del mundo las huellas personales de sus pisadas, esto es, de su propia experiencia como hombre.

Debe apreciarse aquí que el título que se da al objeto de la fe y de la visión del creyente es el de᾿Ιησοῦν, *Jesús*. Este es el título representativo para la humanidad del Verbo encarnado. El ángel había dicho a María: *"Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús"* (Lc. 1:31). La razón de ese nombre es que *"Él salvará a su pueblo de sus pecados"* (Mt. 1:21). Jesús es Dios en encuentro con el hombre, en plena aproximación y aprojimación a él. Se hace nuestro compañero de camino y recorre una senda semejante a la nuestra, salvo en lo que tiene que ver con el pecado personal. Las limitaciones y angustias de los hombres fueron propias de Él, y sus acciones naturales y propias de los hombres. Por medio de la encarnación el Verbo eterno se hizo hombre y habitó entre nosotros (Jn. 1:14). Sin embargo en la encarnación se prolonga a la condición de hombre la realidad y relación eterna del Hijo de Dios. El Verbo ha devenido hombre y sólo Él pudo realizar tal acción. El decirse inmanente de Dios en su eterna plenitud y deidad, se expresa y manifiesta en la humanidad del Verbo eterno. Si bien el sujeto de la encarnación es el Hijo, no cabe duda que se hizo hombre, y que desde la naturaleza humana subsistente en su Persona Divina, se hace ejemplo humano en perfección divina para que los humanos caminemos conforme a Dios en el camino de Dios que es Jesús mismo. La comunicación de propiedades hace posible que desde la limitación humana se manifiesten los atributos esenciales de la deidad en la medida que fue necesario a la misión humana y redentora del Hijo encarnado, pero desde su humanidad limitada como la nuestra, ya que se hizo carne (Jn. 1:14), se hace camino y marca la senda de la fe con su propio ejemplo personal (Jn. 14:6; 1 P. 2:21). De ahí la importancia de la expresión inspirada por el Espíritu: ἀφορῶντες εἰς…᾿Ιησοῦν, *"Puestos los ojos en Jesús"*, que entraña la expresión divina desde la condición humana, haciendo posible desde la vivencia humana las demandas divinas. Jesús no solo es *imitable*, es *vivible*, puesto que se hace vida en el creyente. Seguir la senda de la fe es posible desde la plena identificación con quien la trazó y la hizo posible para el hombre: *"Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas*

vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gá. 2:20).

Tὸν τῆς πίστεως ἀρχηγὸν καὶ τελειωτὴν. A causa de su propia humanidad, Jesús va delante abriendo y marcando el camino de la vida de fe, dejando ejemplo a Sus seguidores (1 P. 2:21). En la Epístola se le llamó anteriormente *"autor de la salvación"* (2:10), utilizando en aquella ocasión la misma palabra que aquí para ἀρχηγὸν, *autor* de la fe. Jesús es el que provee de ejemplo para correr la carrera de la fe. Pero, junto con la condición de *líder* de la fe, está también el de τελειωτὴν, *consumador* de la fe. Es Jesús quien llena plenamente de contenido todas las demandas de la vida de fe, que no es otra cosa que una vida de obediente compromiso con Dios, haciendo Su voluntad. Jesús, por tanto, llevó la fe a la máxima expresión de compromiso, entregando su propia vida en obediencia a la disposición de Dios, para la que había sido enviado (Gá. 4:4). Los mismos enemigos de Jesús reconocían que él *"confió en Dios"* (Mt. 27:43). Esa afirmación estaba envuelta en la acusación más sutil que pudo haber recibido en la expresión de Su dependencia de Dios. Para que desde su humanidad sea ejemplo perfecto a quienes siguiendo la senda de la fe, padecen persecución y sufren conflictos por ella. Con toda seguridad esta fue la expresión más hiriente de todos los denuestos. Los enemigos de Jesús están procurando hacerle dudar del amor que siempre dijo que le manifestaba el Padre. Si realmente Él amaba al Padre y era el amado del Padre ¿por qué no venía ahora en su ayuda? ¿Cómo podía entenderse que su Hijo estuviese sufriendo el tormento de la Cruz y que su Padre del cielo no viniese a socorrerle? Jesús había reclamado para sí la condición de Hijo de Dios, en un sentido único y singular. Esta afirmación de ser el Hijo de Dios la había hecho repetidas veces durante su ministerio (Mt. 7:21-23; 11:25; 16:17). Jesús se había gozado en esta relación de intimidad con el Padre (Mt. 11:27). La suprema afirmación de vinculación en la relación paterno-filial de Cristo con el Padre es contundente al decir *"Yo y el Padre uno somos"* (Jn.10:30). Aún más el Señor había dicho a los discípulos que *"he aquí la hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado, y me dejaréis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo"* (Jn. 16:32). La vinculación con el Padre había sido manifestada en sus palabras: *"Todo me ha sido entregado por mi Padre; y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar"* (Jn. 11:25). Jesús no hablaba entonces de interpretaciones teológicas o escriturales, ni siquiera de la paternidad del Padre, sino de la unión que existe entre el Padre y el Hijo, que es del orden metafísico y personal, y no sólo histórico y funcional. Porque el conocimiento entre el Padre y el Hijo es mutuo, puede el Hijo revelar al Padre. Cristo estaba al límite de lo que Dios puede revelar por medio de un Hombre a los hombres, y este límite lo alcanza Jesús porque es Hijo. El título Hijo de Dios está arraigado en la enseñanza de Jesús y forma parte de su propia autoconciencia y

autorevelación. Allí en la Cruz, Jesús vive su historia en la dimensión de Dios encarnado, en la que la obediencia al Padre, la oración –conque comienza el tiempo anterior a la cruz y los momentos iniciales de ella- y la fidelidad son la clave de su realización como hombre, en cuya vida el Señor ha vivido, orado y obedecido como Hijo. Será en la resurrección donde Dios proclamará cósmicamente que aquel Resucitado, que había muerto es verdaderamente su Hijo. El Padre había dado testimonio de la vinculación con Jesús como su Hijo, en el bautismo (Mt. 3:17). La condición de Hijo y, si podemos llamarla así, la categoría de Hijo reúnen hacia si toda la relación intratrinitaria por cuanto apela a una forma suprema de relación de Jesús con el Padre. De ahí la autoridad de sus palabras y la fuerza de su enseñanza, en las que se remite a sí mismo y plantea a los hombres la disyuntiva de seguirle con un poder sorprendente cual ningún otro ha podido mostrar jamás. El juicio de Dios sobre los hombres se ejercerá en razón del comportamiento de los hombres hacia Él. En su relación con el Padre, reclama para sí mismo la potencialidad reveladora suprema de Dios (Jn. 1:17; He. 1:2). En la Cruz, por esa misma relación entregando su vida, derramando su sangre de infinito valor, tiene poder de vida donde sólo había antes poder de muerte. Jesús está manifestando la realidad de Hijo en la donación suprema del amor de Dios hacia los hombres, que habiéndolo dado el Padre (Jn. 3:16), se da a sí mismo como Hijo en expresión reveladora del amor sublime de Dios a los hombres. En su condición de Hijo encarnado, el Señor se entregó a la vinculación en destino de los hombres con Dios, su Padre, identificándose con el hombre, asumiendo su responsabilidad penal, para vincular a los hombres en una relación filial con el Padre, no como la suya eternamente única, sino por medio de la adopción en Él (Gá. 4:4-5). Cristo desde su condición de Hijo, a quien se le encomienda la misión redentora, se entregó a la predicación del Reino, al que Dios llama a los hombres, en una *proexistencia activa*, que alcanza la suprema consumación en la misma *proexistencia pasiva* de la muerte en la Cruz.

Sin embargo, el desprecio dirigido a Jesús, le haría sentir, en el plano de su humanidad, la pregunta que los justos en sufrimiento se han hecho a lo largo de la historia humana: *"¿Por qué sufre el justo y prospera el impío?"*. Allí, sobre la Cruz, en tremendo sufrimiento el Justo, mofándose los impíos. El Justo aparentemente desamparado del Padre de quien es Hijo y a quien había obedecido en todo, mientras que los impíos procuran hacerle sentir como fracasado en esa relación. De alguna manera le estaban preguntando: *"¿Dónde está tu Dios?"*. Le estaban despreciando e injuriando con las palabras del Salmo (22:8). Realmente Jesús estaba, como también dice el Salmo, rodeado de enemigos (22:12-13). No hay respuesta humana a la pregunta del sufrimiento del justo, pero sí la hay desde la perspectiva divina. Aquellos sufrimientos del Redentor abrirían la puerta de esperanza para quienes serían redimidos en aquella obra. Necesariamente tenía que pasar por toda la angustia de ellos para

ser su Salvador (Is. 63:9). Aquellos desprecios calaban profundamente en su alma produciéndole un gran sufrimiento moral. De algún modo puede expresarse el sufrimiento moral de Jesús usando también las palabras del salmista: *"Como quien hiere mis huesos, mis enemigos me afrentan, diciéndome cada día: ¿Donde está tu Dios?"* (Sal. 42:10). Aquello era un verdadero conflicto entre la angustia y la fe. En la poesía hebrea los huesos tienen sentido de todo el organismo, considerándolos como la armazón del cuerpo y son considerados como asiento del dolor. Aquellos preguntaban a Jesús, donde estaba su Padre, puesto que Él era el Hijo, en el alma y mente humana de Jesús, la respuesta sería, como dice el profeta: *"Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegaran. Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti"* (Is. 43:2). La promesa de Dios para los justos es definitiva: *"Con Él estaré yo en la angustia"* (Sal. 91:15), por tanto, también con el Justo absoluto, que es el Hijo de su amor. El alma humana, abatida por los improperios y los insultos, soportando la acción de los sufrimientos físicos a través del cuerpo, recibiría del Espíritu, que se le había dado sin medida, el aliento de la Palabra aplicada a aquella situación: *"¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te turbas dentro de mi? Espera en Dios; porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío"* (Sal. 42:11). En todo el Señor es el consumador de la fe y ejemplo para quienes transitan su propia carrera cristiana. Los que no habían llegado a dar *"hasta la sangre"* (12:4), debían fijar su vista en Aquel que había llegado a ello, para dejar ejemplo a todos los creyentes.

El gozo acompaña el momento de máximo compromiso en la carrera de la fe. Así ocurrió en el ejemplo del Señor, ὃς ἀντὶ τῆς προκειμένης αὐτῷ χαρᾶς ὑπέμεινεν σταυρὸν αἰσχύνης καταφρονήσας, *"El cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio"*. El gozo puesto delante de Él no era escapar a la cruz, sino cumplir la obra que le había sido encomendada por el Padre (Is. 53:10; Jn. 10:18; Hch. 2:23; 1 P. 1:20). La preposición griega[7], traducida aquí como *por* el gozo, algunos consideran que correspondería mejor traduciéndola como *en lugar de,* o *a causa de*, o *a manera de*. Así escribe el profesor Trenchard:

"Literalmente la frase 'el cual por el gozo que le fue propuesto, sufrió pacientemente la cruz' quiere decir en lugar del gozo que le fue propuesto, que, a la manera del pasaje análogo de 5:7-10, vuelve a situarnos en espíritu en el Huerto de Getsemaní, donde, por un acto voluntario, el Señor tomó de las manos de su Padre la copa de dolor en vez de posesionarse enseguida de la gloria que era suya por derecho propio. Si bien Abraham abandonó su ciudad de Ur para seguir el camino del peregrino y Moisés despreció las riquezas de

[7] Griego ἀντὶ.

Egipto para asociarse con un pueblo de esclavos, el Adalid escogió voluntariamente la angustia infinita de la cruz despreciando la vergüenza, para llevar a un pueblo espiritual a los lugares celestiales"[8].

Sin duda la preposición puede significar tanto *por* como *en lugar de*, pero, la idea de una proposición de gozo rechazada voluntariamente para asumir una de dolor y sufrimiento, aunque cautivadora por lo que expresa de amor, es difícil de relacionar correctamente con el propósito y voluntad salvífica que el Hijo de Dios, Jesús, asumió desde antes de la fundación del mundo (2 Ti. 1:9). El Señor había venido a la tierra para hacer la voluntad del Padre, que era también la suya personal. El hecho de ser Hijo, implica una relación, no solo de obediencia sino de sentimiento igual al de Padre, y al ser Verbo expresa en acciones el pensamiento de Dios sobre la realización de la redención del mundo. Cristo vino voluntariamente para hacer la obra que Dios le había encomendado. Aun en el momento supremo de Getsemaní, al que sin duda está aludiendo también aquí el escritor de la Epístola, la volunta del Hijo es la misma voluntad del Padre. No es posible, a causa de la relación parterno-filial en el seno Trinitario pensar supuestamente en voluntades contrapuestas que se asumen en un acto de entrega. La voluntad de Dios es tanto la del Padre como la del Hijo y esta consistía en la redención del mundo, para lo que el Cordero de Dios en enviado y Él desciende para morir (2:14-15). No había dos opciones que Jesús podía tomar: una la de aceptar el gozo y despreciar la Cruz, y otra la de aceptar la Cruz despreciando el gozo. El gozo es el resultado de la obra de la Cruz y no paralelo a ella. El entorno textual exige que la preposición sea traducida como *por,* o *a causa de*, en sentido de que el gozo puesto ante Él fue infinitamente superior al vituperio de la Cruz. Esa obra producía el gozo de Dios mismo porque permitía la salvación del pecador, lo que es una victoria gozosa de Dios (Lc. 15:7, 10). Ese gozo se manifestó en toda su dimensión en Getsemaní. La referencia al Huerto donde agonizó el Señor se ha considerado antes, expresada de forma sumamente gráfica, mencionando el clamor y las lágrimas en que se envolvía la oración de Jesús (5:7). En medio del tremendo conflicto producido en el alma humana de Jesús ante la experiencia de su *muerte espiritual*, motivada por la *separación* del Padre en las horas de tinieblas de la Cruz, a causa de la transferencia de la penalidad de nuestro pecado al Salvador, el Padre envía un ángel para confortar a Jesús. Nadie sabe que es lo que el ángel comunicó al Señor para servirle de ayuda. Cualquier propuesta no deja de ser una mera hipótesis sin sustento bíblico, pero el ángel puso delante del Señor el estímulo que la psicología humana de Jesús necesitaba para llevar a cabo la obra de la Cruz, no solo en un acto de obediencia en entrega sacrificial, sino en el de una entrega voluntaria y gozosa. No era el sufriente que muere irremisiblemente obligado a morir, sino el Buen Pastor que da su vida voluntariamente para

---

[8] E. Trechard. o.c., pág. 183.

alcanzar a sus ovejas perdidas. No sabemos que dijo el ángel a nuestro Señor que agonizaba, pero el gozo puesto delante de Él, le animó -como hombre que es- y sirvió de estímulo para el trabajo supremo de dar su vida, que como hombre necesitaba. La salvación del pecador perdido formó parte, sin duda, del gozo puesto delante de él, como ya estaba profetizado: *"Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada. Verá el fruto de la aflicción de su alma y quedará satisfecho"* (Is. 53:10b-11a). El gozo también de ver realidad la promesa más difícil que Dios había formulado al hombre, de vencer definitivamente sobre el tentador que con su tentación introdujo el pecado en la esfera del hombre (Gn. 3:15). Pero también pudo haber el consuelo de saber que el Padre contestaría su oración y no permitiría que entrase en la experiencia de la muerte física sin producirse la restauración a la comunión con Él, siguiendo luego su muerte física y posteriormente la resurrección que permitiría la glorificación y entronización a la Majestad de Dios (Fil. 2:8-11). Por esta razón *"menospreció el oprobio"*, representado en la muerte ignominiosa de cruz, con todo cuanto comportó el desprecio, la burla, los golpes, los latigazos, los clavos y, finalmente la muerte. El gozo puesto delante de Él fue suficiente para despreciar lo que significaba la cruz.

El resultado de la entrega en el ejemplo de lo que es la vida de fe, en dependencia de Dios es que ἐν δεξιᾷ τε τοῦ θρόνου τοῦ Θεοῦ κεκάθικεν, *"se sentó a la diestra del trono de Dios"*. El mejor compendio de todo lo que se da en el versículo en relación con la obra de Jesucristo, el párrafo cristológico del apóstol pablo (Fil. 2:6-11). El tema de la exaltación suprema de Jesucristo se consideró ya en otros lugares de la Epístola (cf. 1:3; 8:1; 10:12). Gozo supremo al significar el triunfo absoluto y definitivo del proyecto salvífico de Dios.

La disciplina para la vida (12:3-11).

3. Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar.

ἀναλογίσασθε γὰρ τὸν τοιαύτην ὑπομεμενηκότα ὑπὸ τῶν
Considerad, pues, al que tal ha soportado por causa de los
ἁμαρτωλῶν εἰς ἑαυτὸν ἀντιλογίαν, ἵνα μὴ κάμητε ταῖς ψυχαῖς
pecadores para sí mismo contradicción para que no canséis a las almas
ὑμῶν ἐκλυόμενοι.
de vosotros desfalleciendo.

Notas y análisis del texto griego.

Un llamamiento a la atención perseverante, escribiendo: ἀναλογίσασθε, segunda persona plural del aoristo primero de imperativo en voz media del verbo ἀναλογίζομαι, *pensar, comparar, considerar, ponderar*, aquí como *considerad*; γὰρ, conjunción causal *pues*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; τοιαύτην, caso acusativo femenino singular del adjetivo demostrativo *tal*, ὑπομεμενηκότα, caso acusativo masculino singular del participio de perfecto en voz activa del verbo ὑπομένω, *soportar, resistir*, aquí como *ha soportado*; ὑπὸ, preposición de genitivo *por causa*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; ἁμαρτωλῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *pecadores*; εἰς, preposición de acusativo *para*; ἑαυτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre reflexivo *sí mismo*; ἀντιλογίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *controversia, discusión, contradicción*; ἵνα, conjunción *para que*; μή, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*; κάμητε, segunda persona plural del aoristo segundo de subjuntivo en voz activa del verbo, κάμνω, *rendirse, estar enfermo, estar fatigado, cansarse,* aquí como *canséis*; ταῖς, caso dativo femenino plural del artículo determinado declinado *a las*; ψυχαῖς, caso dativo femenino plural del sustantivo que denota *almas*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de vosotros*; ἐκλυόμενοι, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz pasiva del verbo ἐκλύω, *desfallecer, desmayarse*, aquí como *desfalleciendo.*

᾽Αναλογίσασθε γὰρ τὸν τοιαύτην ὑπομεμενηκότα ὑπὸ τῶν ἁμαρτωλῶν εἰς ἑαυτὸν ἀντιλογίαν. La vida en la fe trae aparejado el conflicto. Jesús mismo lo anunció cuando dijo: *"En el mundo tendréis aflicción"* (Jn. 16:33). En la experiencia de la vida comprometida en la fe de los destinatarios de la Epístola, se había producido el conflicto que los afectaba en muchas maneras (10:34). Estas aflicciones podían hacer flaquear a algunos en la determinación de la vida de fe, claudicando de la fidelidad en el seguimiento a Cristo. Toda aflicción adquiere una profunda subjetividad en base a que es una experiencia personal que afecta al individuo que la sufre. No es la objetividad de quien describe un acontecimiento, sino la subjetividad de quien padece un problema. El escritor exhorta a quienes están en dificultades a una reflexión personal, a fin de que dejando de considerarse a ellos mismos centren su atención el Aquel que es el autor y consumador de la fe. La exhortación adquiere aquí un énfasis mayor, alcanzando la condición de mandamiento puesto que el verbo aparece en aoristo de imperativo: ἀναλογίσασθε, lo que debe entenderse como si dijese: *"considerad de una vez por todas"*. La Escritura enseña a reflexionar en el tiempo de la dificultad, como se lee en Eclesiastés: *"en el día de la adversidad considera"* (Ecl. 7:14).

La primera consideración a que debe conducir las dificultades es a la búsqueda de la comprensión necesaria para entender el propósito de ellas y ver en cualquier circunstancia la mano amorosa del Padre que por medio de la aflicción perfecciona la fe del creyente para hacerla consistente y más valiosa

que el oro puro (1 P. 1:6-7). Un segundo aspecto en la reflexión o consideración es que Dios mismo permitió que pasara por el conflicto a su propio Hijo amado perfeccionándolo, como se consideró ya, para ser el Salvador perfecto de quienes son llevados a la gloria (2:10; 5:9). Por tanto, el centro de la reflexión que se demanda tiene que ver fundamentalmente con Jesús, quien sostuvo una verdadera contradicción de pecadores contra Él mismo. Nuestro Señor *sufrió* pero lo hizo con *paciencia*. El verbo que se usa en el griego[9] tiene relación con la raíz de *paciencia*, en el sentido de capacidad para estar bajo el peso de la prueba manteniéndose firme. La reflexión sobre Jesús alcanza el sentido de voluntariedad y aceptación frente al sufrimiento. Lo que Él experimentó lo hizo viviendo la experiencia pacientemente, con capacidad de mantenerse bajo la carga sin abandonar la situación por la que estaba pasando, en ese sentido la expresión adquiere el sentido de *"el que ha tolerado"*. La tolerancia está relacionada con el sufrimiento producido por la máxima hostilidad de los pecadores. Desde el principio de su vida terrenal, el Hijo de Dios encarnado, sufrió a manos de los pecadores. Inmediato a su nacimiento se produjo la persecución de Herodes que mató a todos los niños menores de dos años que había en Belén y sus alrededores, con la intención de matar también con ellos a Jesús (Mt. 2:16). La acción de los judíos representó una continua contradicción de pecadores. El término traducido como *contradicción*[10] tiene también el sentido de *hablar mal*, discutir e incluso calumniar. Los judíos viendo las señales mesiánicas que hacía, le pedían señal (Jn. 2:18-21). Por su afecto hacia los necesitados buscando la restauración y la sanidad de ellos, haciéndolo muchas veces en el día del sábado, los judíos procuraban matarle, no por las acciones de piedad, sino porque las hacía en el día de reposo (Jn. 5:16ss). Los mismos discípulos, no del grupo de los doce sino de los otros que le acompañaban al principio de su ministerio, *murmuraban* de sus palabras (Jn. 6:60-65). Aquel cuya vida fue modelo de santidad y de piedad delante de Dios y de los hombres, fue acusado de endemoniado (Jn. 7:20). Los líderes religiosos de Jerusalén procuraban prenderle para que no siguiese enseñando (Jn. 7:32). Cuando respondió a la pregunta de si era el Cristo e hizo énfasis en la relación de unidad en el Seno Divino con el Padre, los judíos tomaron piedras para apedrearle (Jn. 10:30-31). Continuamente procuraban prenderle para impedir su ministerio (Jn. 10:39). La condena a muerte y la consecución de la sentencia crucificándole fue el resultado de la unión de los impíos, tanto judíos como la dinastía ilegítima de Herodes, como los representantes del poder romano, contra Él (Hch. 4:27). Al considerar el ejemplo de Jesús se alcanza el estímulo necesario para mantenerse en firmeza en la vida de fe, perseverando sin inquietud bajo la prueba, sin importar la intensidad que alcance.

[9] Griego ὑπομένω.
[10] Griego ἀντιλογία.

Ἵνα μὴ κάμητε ταῖς ψυχαῖς ὑμῶν ἐκλυόμενοι. El desaliento se supera con el ejemplo del Señor, de modo que el ánimo *"no se cansa hasta desmayar"*. El verbo traducido en RV como *desmayar*[11] tiene que ver más con el desfallecimiento, una situación de falta de fuerzas que impide avanzar y mantenerse. En el contexto está referido a la falta de esfuerzo para perseverar. Ningún creyente ha llegado jamás a los límites del Maestro, quien frente a las circunstancias que conocía y que cerrarían su ministerio terrenal con la muerte de cruz, puso firmeza en el alma para seguir adelante a pesar de cuanto suponía lo que tendría que experimentar (Lc. 9:51). De ahí la importancia que el creyente tenga su vista fija en Cristo. La vida cristiana es una carrera y un combate, por tanto, el desaliento o el desánimo traen como consecuencia la derrota. Cristo es, por tanto, la fuente de inspiración para su pueblo. El que sufrió contradicción de pecadores hasta la muerte es el ejemplo a todos aquellos a quienes, en la vida de fe, siguiendo las pisadas del Maestro, están llamados a la disposición de una experiencia semejante si fuese preciso: *"Se fiel hasta la muerte"* (Ap. 2:10). No se trata de un ruego, sino de una demanda, no es una súplica a la fidelidad, sino un mandamiento a ser fieles. El verbo en presente de imperativo implica un sentido de continuidad durante la tribulación, como si el Señor les dijese: *"persistid en venir a ser fieles"*. La fidelidad es una entrega incondicional y absoluta, puntualizada en la expresión *"hasta la muerte"*, en sentido de disposición a entregarse a la fidelidad aunque ello suponga tener que dar la vida. La idea no es tanto la de ser *fiel hasta que se muera*, sino más bien la de ser *fiel aunque se tenga que morir*. No cabe duda que la vida del cristiano se conforma en todo a la imagen de Jesucristo (Ro. 8:29). Durante su ministerio el Señor anunció repetidas veces a los suyos que subiría a Jerusalén y allí sería entregado en manos de los pecadores y sería muerto. En ningún momento el Señor, que pudo evitarlo puesto que lo conocía de antemano, hizo otra cosa sino afirmar su rostro, es decir, tomar la determinación de asumir aquello para lo que había venido al mundo. El Salvador se hizo hombre para poder morir por los hombres (2:14). La fidelidad manifestada al Padre que le había enviado para hacer la obra, fue expresada por Jesús con aquella enfática afirmación: *"mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra"* (Jn. 4:34). La expresión de la fidelidad consistió en hacerse obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Fil. 2:8). Puesto que el padeció en su vida a causa de la fidelidad a la obra que el Padre le había encomendado, así también los creyentes debemos estar en la misma disposición de perder la vida en la expresión natural de la fe. La fe cotidiana vincula al creyente con Cristo y le permite vivir experimentalmente su vida (Gá. 2:20). Un creyente fiel no estima su vida preciosa para él mismo, sino que su objetivo es cumplir lo que el Señor determinó para él en la esfera del testimonio (Hch. 20:24).

---

[11] Griego ἐκλύω.

4. Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado.

Οὔπω μέχρις αἵματος ἀντικατέστητε πρὸς τὴν ἁμαρτίαν
Aún no hasta sangre resististeis contra el pecado
ἀνταγωνιζόμενοι.
combatiendo.

Notas y análisis del texto griego.

Introduciendo el tema de la disciplina escribe: Οὔπω, adverbio *aún no, todavía no, de ninguna manera*; μέχρις, preposición propia *hasta*; αἵματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *sangre*; ἀντικατέστητε, segunda persona plural del aoristo segundo de indicativo (intransitivo) en voz activa del verbo ἀντικαθίστημι, *resistir,* aquí *resististeis*; πρὸς, preposición de acusativo *contra*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἁμαρτίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *pecado*; ἀνταγωνιζόμενοι, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz media del verbo ἀνταγονίζομαι, verbo intensificado compuesto de ἀντί, *contra*, y ἀγωνίζομαι, *luchar*, literalmente *luchar contra*, aquí como *luchando.*

Οὔπω μέχρις αἵματος ἀντικατέστητε πρὸς τὴν ἁμαρτίαν ἀνταγωνιζόμενοι. La dimensión de la prueba en la vida cristiana de fe es siempre benigna en comparación con la que Jesús experimentó en sí mismo. Cualquier prueba es siempre menor que la del ejemplo del Señor. Los lectores de la Epístola no habían sufrido heridas o muerte. Estaban en medio de pruebas que exigían una paciencia y resistencia limitadas. No cabe duda que las dificultades habían afectado a muchos de ellos, que habían sufrido la pérdida de sus bienes, habían sido cuestionados en su credibilidad personal, había sido alterada su paz en la sociedad, e incluso habían llegado al vituperio personal (10:32-34). Pero, ninguno había tenido que *resistir* hasta verter su sangre o dar su vida. El verbo *resistir*[12], expresa la idea de estar en pie frente al oponente en la primera línea de una batalla. Pudiera ser que más adelante algunos tuvieran que dar su vida por el testimonio del evangelio, pero eso aún no se había producido: Οὔπω, *"aún no…"*. De otro modo, en un lenguaje más coloquial, estaban en medio de una batalla difícil, pero aún no había corrido la sangre. Esta figura era muy conocida para los creyentes del mundo griego, ya que en las luchas atléticas e incluso en el combate de gladiadores, solía llegarse *a la sangre*, es decir, a heridas que producían pérdida de de sangre y en las luchas de gladiadores terminaban en muchas ocasiones con la muerte de uno de los contendientes. De ahí que la expresión μέχρις αἵματος, *llegar a la sangre*, es equivalente, en el contexto del mundo romano- a *llegar a la muerte*. Todo

[12] Griego ἀντικαθίστημι.

cuanto ellos habían pasado era poco en comparación con Cristo, por tanto no había razón para desfallecer en el combate de la fe.

El ejemplo supremo de un combate hasta la muerte se produjo en la experiencia de Jesús. Ellos habían resistido mucho, pero no era comparable con lo que tuvo que pasar el Señor resistiendo hasta la Cruz (v. 2). La muerte de Cristo trajo como consecuencia el derramamiento de su sangre, que equivale a la entrega de su vida. Nadie puede entender una dimensión semejante porque ningún hombre, aun el más comprometido en la carrera de la fe, e incluso al que el Señor le permitiera pasar por el más arduo de los conflictos, podría alcanzar la dimensión que supone la *muerte de Cruz* en relación con Cristo, ya que no se trata de una simple crucifixión, sino del conflicto supremo contra el pecado, expresado tanto en el hecho de la sustitución, como en el de la confrontación contra principados y potestades, para vencer sobre ellos (Col. 2:15). El apóstol Pablo escribió sobre el conflicto del Salvador: *"Haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz"* (Fil. 2:8). En su muerte se ofreció a sí mismo, siendo a la vez víctima y sacerdote, por el pecado (Is. 53:10). Esa era la única manera de obtener la victoria en el combate contra la causa de la muerte espiritual y segunda para los hombres. La entrega personal a la muerte era un acto de obediencia incondicional al Padre, compartida en cuanto a voluntad eterna por el Hijo, y expresión suprema del compromiso de dependencia de Dios (Jn. 10:17-18). El hacerse hombre tenía por objeto poder luchar contra el pecado y derrotarlo en la cruz, como se ha considerado antes (2:18). Esa muerte, en conflicto abierto, era una obra sustitutoria, manifestación de la gracia (2:9). El Señor entró en conflicto *hasta la muerte*, gustándola por todos, tanto en su sentido físico (Lc. 23:46; Jn. 19:30) como espiritual, al ocupar el lugar del pecador (Sal. 22:1; Mt. 27:45-46; Mr. 15:34). El gran combate de Cristo fue *"hasta la muerte y muerte de cruz"*. La crucifixión era el modo de muerte reservado a sediciosos, rebeldes y esclavos. Era una muerte infamante, por la exposición vergonzosa del reo, desnudo totalmente a la vista del pueblo para ser injuriado; por el sufrimiento que soportaba; y por la tremenda agonía que producía, ya que el ajusticiado moría por asfixia. El escritor recordó antes que Jesús necesitó el aliento divino para vencer la resistencia natural y moral del hombre a esa forma de muerte (Lc. 22:43; He. 9:14). La muerte de cruz fue una expresión admirable de su entrega voluntaria, soportando el conflicto en abierta lucha, como lo pone de manifiesto el hecho de que siendo Dios y pudiendo descender de la cruz, se mantuvo en ella, librando el conflicto de los siglos para obtener en su victoria eterna redención. El Señor resistió *hasta la sangre*, en la dimensión suprema que ningún otro creyente podrá experimentar aun dando su vida en testimonio de fe. El creyente nunca podrá perder la bendición de ser hijo de Dios y ser hecho maldición delante de Él, pero, esa fue la experiencia de Jesús que fue hecho maldición para abrir al hombre la puerta de la bendición eterna (Gá. 3:13). Cristo no pudo llegar a un mayor abatimiento y humillación,

llegado en su experiencia de combate hasta la muerte, hasta descender a las *“partes más bajas de la tierra”* (Ef. 4:9), en el sentido de descender hasta el lugar del más vil de los pecadores para hacer salvable a todo hombre. El ejemplo de Cristo que aguantó hasta la muerte y muerte de cruz, es el estímulo ejemplarizante que cada uno de los creyentes necesitan en sus conflictos propios de la vida de fe, πρὸς τὴν ἁμαρτίαν ἀνταγωνιζόμενοι, *“combatiendo contra el pecado”*. Nadie podrá llegar a la dimensión que nuestro Señor alcanzó, por tanto cualquier conflicto que el cristiano tenga que experimentar, cualquier lucha aun μέχρις αἵματος, *hasta la sangre*, será siempre menor que la que el Salvador confrontó por nosotros.

5. Y habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo:

Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor,
Ni desmayes cuando eres reprendido por él;

καὶ ἐκλέλησθε τῆς παρακλήσεως, ἥτις ὑμῖν ὡς υἱοῖς διαλέγεται·
Y olvidasteis de la exhortación la que os como hijos es dirigida:
υἱέ μου, μὴ ὀλιγώρει παιδείας Κυρίου
Hijo de mí, no menosprecies disciplina del Señor
μηδὲ ἐκλύου ὑπ’ αὐτοῦ ἐλεγχόμενος·
ni desfallezcas por Él siendo amonestado.

Notas y análisis del texto griego.

Derivando la argumentación hacia la disciplina de Dios vinculado las dos partes mediante καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐκλέλησθε, segunda persona plural del perfecto de indicativo en voz media del verbo ἐκλανθάνομαι, *olvidarse*, aquí *olvidasteis*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; παρακλήσεως, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *exhortación, aliento, consuelo*; ἥτις, caso nominativo femenino singular del pronombre relativo *la que*; ὑμῖν, caso dativo plural del pronombre personal *os*; ὡς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; υἱοῖς, caso dativo masculino plural del sustantivo que denota *hijos*; διαλέγεται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo διαλέγομαι, *dialogar, discutir, hablar,* aquí *es dirigida*. La segunda cláusula traslada un texto bíblico del A. T. υἱέ, caso vocativo masculino singular del sustantivo *hijo*; μου, caso genitivo singular del pronombre personal declinado *de mí*; μή, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*; ὀλιγώρει, segunda persona singular del presente de imperativo en voz activa del verbo ὀλιγωρέω, *tener en poco, rechazar, descuidar, mostrar negligencia*, *menospreciar,* aquí *menosprecies*; παιδείας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *disciplina*; Κυρίου, caso genitivo masculino singular del sustantivo declinado *de Señor*; μηδὲ, partícula negativa *ni, ni aun, tampoco*; ἐκλύου, segunda persona singular del presente de imperativo en voz pasiva del verbo ἐκλύω, *desfallecer, desanimar,* aquí *desfallezcas*; ὑπ’ forma que toma la preposición

de genitivo ὑπό ante vocal con espíritu suave, aquí *por*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *Él*; ἐλεγχόμενος, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz pasiva del verbo ἐλέγχω, *amonestar, convencer, redargüir*, aquí *siendo amonestado.*

El escritor va a enseñar sobre las pruebas como una bendición en la vida del cristiano por los resultados a que conducen. Algunos de los lectores habían olvidado la enseñanza bíblica sobre ellas: καὶ ἐκλέλησθε τῆς παρακλήσεως, ἥτις ὑμῖν ὡς υἱοῖς διαλέγεται *"y habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige"*. Tal vez la enseñanza tradicional judía de que al justo le rodea la bendición de Dios y es para el impío a quien está reservada la maldición y las dificultades, les hacía confundir la razón benéfica que tienen las pruebas en la vida del creyente. Esa había sido la posición de los amigos de Job que dudaban de la fidelidad de su amigo, considerando la situación por la que estaba pasando como un castigo por el pecado. Esa tradición judaica afectaba profundamente el modo de pensar de la gente de aquellos días, como lo demuestra la pregunta que los discípulos hicieron al Señor sobre si la razón de la ceguera del ciego de nacimiento se debía a su propio pecado o al de sus padres (Jn. 9:2). La idea de Dios como *castigador* del pecado de su pueblo es una absurda concepción de Dios mismo, que surge del legalismo, como si Dios fuese un justiciero en lugar del Dios de la gracia. Posiblemente la influencia judía hacía pensar a aquellos creyentes que las persecuciones y dificultades por las que algunos estaban pasando era el resultado de la justicia de Dios sobre algún tipo de pecado personal. El escritor va a recordarles que la providencia divina para sus hijos conlleva aparejada la amonestación o disciplina divina con un propósito saludable como enseñará más adelante (v. 10).

Las pruebas permitidas por Dios en la vida de fe, no son un castigo por el pecado, sino una παρακλήσεως, *exhortación* divina, dirigida por el Padre del cielo a sus hijos adoptados en su familia por Jesucristo (Gá. 4:4-5). Un sentido pietista extremo también ha servido para deteriorar y tergiversar el sentido de παρακλήσεως, *exhortación.* Muchos creyentes en iglesias de corte pietista-conservador han identificado el verbo *exhortar* como sinónimo de *reprender*. No es difícil encontrar todavía creyentes que hablando de un sermón reprensivo digan que han sido exhortados, cuando lo que realmente ha ocurrido es que han sido golpeados sin piedad por quienes se sienten satisfechos cuando azotan a las ovejas del Buen Pastor, creyéndose ellos dueños del rebaño. Estos son los que entienden que el Salmo del Pastor, cuando habla de la *vara y del cayado* es figura de instrumentos para golpear a quienes, desde su perspectiva, no andan correctamente. Debemos recordar aquí que el término *exhortar*[13] y sus derivados tienen la componente radical en el griego de *venir al lado para*

[13] Griego παρακλῆσις.

ayudar. Es sinónimo de *consolación* y de *aliento*. La disciplina divina que en su providencia permite las pruebas en la vida cristiana son modos de *ayuda* y consuelo divino. No se trata de una represión sino del consuelo de una advertencia dada para hacer reaccionar al que lo necesita. La palabra está vinculada a uno de los calificativos bíblicos para el Espíritu Santo, el *Consolador*[14].

Algunos de los cristianos a quienes se escribe se habían olvidado de muchas cosas, como consecuencia de no profundizar, meditar y examinar la Escritura (5:11-14). Eran inmaduros, o habían retrocedido a un estado de inmadurez espiritual, por tanto, como corresponde a *niños en Cristo*, se amedrentaban ante las pruebas y no podían entender como el Padre Celestial permitía que viniesen a su vida. Entre otras cosas se habían olvidado de leer el libro de Proverbios de donde el escritor de la Epístola toma la referencia bíblica para enseñar sobre la razón de la disciplina divina en la vida cristiana, donde el sabio Salomón dice: *"Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por Él"* (Pr. 3:11). Las pruebas son una obra de amor de Padre a hijo. La primera comprensión que el creyente tiene que tener en sus pruebas y conflictos es que quien permite estas circunstancias es el Padre. La segunda reflexión que debe hacerse en la prueba es el carácter mismo de ella. La Escritura citada cataloga la prueba como *disciplina*. El término griego[15], está vinculado con una raíz que forma las palabras que se refieren a la educación de un niño. Es el entrenamiento que mejora, moldea y fortalece el carácter. La disciplina es siempre algo positivo, para fortalecimiento espiritual y refuerzo de la obediencia. No se trata de un castigo por causa del pecado, que plenamente ha quedado satisfecho por Cristo en la Cruz, sino el modo divino de conducir en rectitud a quien es hijo, para que sea cada vez más semejante al Padre. El castigo es aniquilador, la disciplina puede ser muy severa pero nunca será aniquiladora, por eso, hablando de cómo disciplinar a un niño, la Escritura dice: *"Castiga a tu hijo en tanto que hay esperanza; mas no se apresure tu alma para destruirlo"* (Pr. 19:18). Las consecuencias de las pruebas permitidas por Dios en la vida de los apóstoles son descritas así: *"Como castigados, mas no muertos"* (2 Co. 6:9). Es la experiencia de quien ha tenido que soportar una alta disciplina de Dios, que al final tiene que testificar: *"Me castigó gravemente JAH, mas no me entregó a la muerte"* (Sal. 118:18). Un pecado notorio puede exigir una disciplina divina que comprenda la muerte física, pero incluso en este caso, no se trata de castigar y aniquilar al que peca, sino de un acto de gracia para que no sea condenado con el mundo (1 Co. 5:5). Ocurre de modo semejante en el caso de quienes estaban causando divisiones en la iglesia en Corinto, algunos de los cuales habían muerto o estaban debilitados y enfermos

---

[14] Griego παράκλητος.
[15] Griego παιδεία.

como resultado de la disciplina divina, para la rectificación de conducta y la limpieza de la iglesia (1 Co. 11:30).

Υἱέ μου, μὴ ὀλιγώρει παιδείας Κυρίου. Un peligro notorio es *menospreciar* la disciplina de Dios, que por el contrario debe ser recibida con profundo respeto y gratitud. El verbo traducido aquí como *menospreciar*[16], tiene el sentido de *tener en poco, rechazar, descuidar, mostrar negligencia*. Un posicionamiento semejante ante la disciplina divina es propio del necio o del ignorante, ya que *"el que ama la instrucción ama la sabiduría, mas el que aborrece la reprensión es ignorante"* (Pr. 12:1). Aquel que menosprecia la disciplina de Dios y, por tanto, no permite que opere en su vida rectificando lo necesario para caminar conforme a la voluntad del Señor, andará en forma errada, porque *"Camino a la vida es guardar la instrucción; pero quien desecha la reprensión, yerra"* (Pr. 10:17). Cuando alguien decide dejar el camino de la fidelidad y Dios, como buen Padre, le envía la disciplina que le conviene, se siente molesto porque *"la reconvención es molesta al que deja el camino"* (Pr. 15:10). La disciplina bien entendida debe ser motivo de ánimo y no de desaliento ya que es algo en que está involucrada la providencia de Dios. Así lo entendía Elifaz, aunque equivocadamente en relación con Job: *"Bienaventurado es el hombre a quien Dios castiga; por tanto, no menosprecies la corrección del Todopoderoso. Porque Él es quien hace la llaga, y Él la vendará; Él hiere, y sus manos curan"* (Job 5:17-18).

Μηδὲ ἐκλύου ὑπ᾽ αὐτοῦ ἐλεγχόμενος. El creyente ejercitado en las pruebas adquiere madurez, por tanto, no debe desalentarse. La enseñanza complementaria está en las palabras de Santiago (Stg. 1:2-5). En lugar de abatirse, entristecerse o desalentarse, el cristiano debe experimentar *"sumo gozo"* porque la operatividad de las pruebas actúa para fortalecer la fe y consolidar la paciencia, ambas cosas imprescindibles para la vida cristiana victoriosa. La paciencia ejercita y perfecciona al creyente. La única actitud en medio de las pruebas es demandar a Dios sabiduría para entender la razón de las mismas (Stg. 1:5). Es interesante observar la tendencia existente en la teología-filosófica del mundo evangélico pietista, que consideran como impropio, cuando no pecaminoso, preguntar a Dios el por qué de las circunstancias adversas. Ellos creen que un cristiano verdadero no debe pregunta el por qué de las pruebas, sino el *para qué* de ellas. Es decir, no la razón sino la función de la prueba. Admiro a quienes son tan firmes en la fe que en medio de las olas que azotan y anegan el barco de la vida, pueden, sin inquietarse por nada preguntar a Dios que les haga saber el propósito final que va a obtenerse de ella. Mi fe es mucho más pequeña, en comparación con la grandeza de fe de aquellos. Sin

[16] Griego ὀλιγωρέω. *tener en poco, rechazar, descuidar, mostrar negligencia, menospreciar*

duda la fe de ellos es importante de modo que no le permite tambalearse en nada y cantar en su camino sin importarle las circunstancias; pero, la mía, es mucho más frágil, es como un pábilo humeante, casi extinto; es como una caña cascada que no sirve para apoyarse en ella. ¿Hago mal en preguntar a Dios *por qué*? Indudablemente no, ya que Santiago enseña en el pasaje inspirado que cuando no sea capaz, por falta de sabiduría, de entender la prueba, pida a Dios ese discernimiento y Él me lo dará sin reproche (Stg. 1:5). Este es Dios, el que actúa y permite la prueba como disciplina procedente de su amor para el bien de los suyos.

6. Porque el Señor al que ama, disciplina,
Y azota a todo el que recibe por hijo.

ὃν γὰρ ἀγαπᾷ Κύριος παιδεύει,
Porque al que ama (el) Señor disciplina
μαστιγοῖ δὲ πάντα υἱὸν ὃν παραδέχεται.
y azota a todo hijo al que acoge.

Notas y análisis del texto griego.

Continúa con la cita del Antiguo Testamento: ὃν, caso acusativo masculino singular del pronombre relativo declinado *al que*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al pronombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ἀγαπᾷ, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἀγαπάω *amar*, aquí *ama*; Κύριος, caso nominativo masculino singular del nombre *Señor*, que en traducción ha de complementarse con el artículo determinado *el*; παιδεύει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo παιδεύω, *instruir, disciplinar, corregir*, aquí *disciplina*; μαστιγοῖ, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo μαστιγόω, *azotar, castigar,* aquí *azota*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; πάντα, caso acusativo masculino singular del adjetivo indefinido declinado *a todo*; υἱὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *hijo*; ὃν, caso acusativo masculino singular del pronombre relativo declinado *al que*; παραδέχεται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo παραδέχομαι, *recibir, aceptar, acoger*, aquí *acoge*.

La disciplina es un acto de amor de parte de Dios: ὃν γὰρ ἀγαπᾷ Κύριος παιδεύει, *"porque el Señor al que ama, disciplina"*. La referencia bíblica afirma enfáticamente que la disciplina es enviada por el Señor sobre aquel al que ama. El creyente, por tanto, es disciplinado en un acto de amor. Esta debiera ser la primera valoración del cristiano frente al sufrimiento. Quien permite la prueba para corrección o fortalecimiento, es Dios mismo. Todo cuanto ocurre en la vida de un creyente es conducido por Dios para su bendición personal, como enseña el apóstol Pablo: *"Y sabemos que a los que aman a*

Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Ro. 8:28). La exhortación en ambos casos es semejante. El creyente *sabe*, por experiencia propia y por revelación bíblica de esta acción amorosa de Dios para corregir las desviaciones que se produzcan en la vida y ajustar esta al propósito de Dios. Dios ha estado haciendo esto a lo largo de la historia con otros creyentes. Tal fue el caso de José, que luego del tiempo de prueba en Egipto entendió que lo que aparentemente había sido una etapa de sufrimiento, era el modo como Dios realizaba el propósito establecido para él y su familia (Gn. 45:4-8). El decurso de la vida de Jacob, con todas las aflicciones y dificultades fue reconducida por Dios para bendición (Gn. 48:3-4). Así hizo Dios con todo el pueblo de Israel para llevarlos a la experiencia de bendición (Jos. 24:1-13). David, paso para las experiencias difíciles de soledad y persecución para forjar su carácter de modo que fuese instrumento útil en la mano de Dios. Estas dificultades son permitidas por Dios y reconducidas por Él para la vida de sus hijos. Es interesante apreciar que son *algunas cosas* que les ayudan a bien, sino *todas* ellas. Unido al amor del Padre hacia sus hijos, está el aspecto de la soberanía de Dios que tiene a Su servicio todas las cosas (Sal. 119:91). Por tanto, las pruebas y el sufrimiento son para bien de los suyos (Ro. 8:18; Stg. 1:3-5). Las cosas más adversas son conducidas para bien al generar una más intensa esperanza de gloria (2 Co. 4:17). Dios conduce todas las cosas en una operación de Su providencia para el bien de los suyos, que incluyen las intenciones de los malos, como reconoce José (Gn. 50:20); igualmente era la experiencia de Nehemías, desbaratando el consejo de los enemigos contra él (Neh. 4:15); o el cuidado hacia Daniel librándolo de la boca de los leones (Dn. 6:1ss). En momentos de dificultades debemos recordar que nunca estamos solos, puesto que Dios ha determinado que los ángeles estén al servicio de los santos (He. 1:14). Las intenciones satánicas contra el creyente están bajo el control de Dios (Job 1:12; 2:6). La naturaleza que está bajo el control y al servicio del Creador, actúa conforme al propósito de Dios como instrumento al servicio de los creyentes (1 S. 12:18-20). Por tanto, no hay nada que no sea conducido por Dios para el bien de los suyos. Sin embargo, en medio de la disciplina que Él opera para provecho de quienes son sus hijos, estos deben considerar que de parte de Dios sólo proceden buenas dádivas (Stg. 1:17). Del concepto que el creyente tenga de Dios así tendrá también el concepto sobre la disciplina.

La amonestación de Dios, si trabajo disciplinario puede alcanzar niveles dolorosos, humanamente hablando, ya que μαστιγοῖ δὲ πάντα υἱὸν ὃν παραδέχεται,*“azota al que recibe por hijo”*. El verbo utilizado y que se traduce como *azota*[17], tiene la misma razón que el sustantivo *látigo*. Por tanto, la idea es de un acto disciplinario que puede alcanzar un nivel muy elevado,

[17] Griego μαστιγόω.

pero siempre positivo. No se trata de un castigo justo y mucho menos injusto, sino de la acción paternal que reconduce al buen camino al hijo que es verdaderamente amado. El amor racional nunca está reñido con la corrección. Esa es la razón por la que se lee: *"Mejor es represnión manifiesta que amor oculto"* (Pr. 27:5) y toda vía más: *"Fieles son las heridas del que ama; pero importunos los besos del que aborrece"* (Pr. 27:6). Quien ama verdaderamente procura corregir con amor al que no vive correctamente. La afirmación del Señor mismo es clara: *"Yo reprendo y castigo a todos los que amo"* (Ap. 3:19). Para reconducir a los creyentes al buen camino, el Señor actúa como lo haría un padre que ama a sus hijos, mediante la reprensión. El padre que ama a su hijo lo reprende por su propio bien (Pr. 13:24). No se ama convenientemente a quien no se reprende para recuperarlo de una situación incorrecta y peligrosa en que se encuentre. Quien establece la acción para corrección o fortalecimiento, es el Señor mismo, que dio su vida en un acto de infinito desprendimiento en gracia por cada uno de los creyentes. Pablo podía decir que *"el Señor me amó y se entregó a sí mismo por mí"* (Gá. 2:20). El amor racional nunca está reñido con la corrección. Por esa razón el Señor añade que no sólo reprende, sino que también *castiga* a sus hijos. La falta de disciplina es una evidencia de aborrecimiento en lugar de amor (Pr. 13:25). Esa disciplina de Dios debe ser *soportada*, mucho más que *sufrida*, por el creyente. Es decir, el cristiano que sabe que Dios está actuando en su beneficio es capaz de soportar aquello que el Señor envía o permite con la seguridad de estar recibiendo un beneficio de Su mano.

7. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina?

εἰς παιδείαν ὑπομένετε, ὡς υἱοῖς ὑμῖν προσφέρεται ὁ Θεός. τίς γὰρ
Para disciplina soportáis como hijos os trata - Dios. Porque ¿que
υἱὸς ὃν οὐ παιδεύει πατήρ
hijo al que no disciplina (el) padre?

Notas y análisis del texto griego.

Es necesario distinguir bien las tres cláusulas del versículo: La primera es afirmativa, escribiendo: εἰς, preposición de acusativo *para*; παιδείαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *pedagogía, disciplina, corrección*; ὑπομένετε, segunda persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ὑπομένω, *soportar, resistir*, aquí *soportáis*, en sentido de *sufir*; la cláusula podría traducirse así: *"Para disciplina sufrís"*. La segunda cláusula es confirmativa: ὡς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; υἱοῖς, caso dativo masculino plural del sustantivo *hijos*; ὑμῖν, caso dativo del pronombre personal *os*; προσφέρεται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz pasiva del verbo προσφέρω, *tratar*, aquí *trata*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεός, caso

nominativo masculino singular del nombre *Dios*. La tercera cláusula se establece como una interrogativa reflexiva, empezando con τίς, caso nominativo masculino singular del adjetivo y pronombre interrogativo *que*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al pronombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; υἱὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *hijo*; ὃν, caso acusativo masculino singular del pronombre relativo *el que*; οὐ, adverbio de negación *no*; παιδεύει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo παιδεύω, *instruir, disciplinar, corregir*, aquí *corrige*; πατήρ, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *padre.*

El versículo expresa tres razones para aceptar con gozo, como una bendición de Dios, la disciplina que Él permite. La primera cláusula del texto expresa una verdad: εἰς παιδείαν ὑπομένετε, *"Si soportáis la disciplina"*. La traducción en modo condicional, no expresa el énfasis del texto griego, en el que literalmente se lee: *"Para disciplina soportáis"*, como traduce la BA: *"Es para vuestra corrección que sufrís"*. La forma del verbo en el griego[18] puede tomarse como presente de indicativo o como presente de imperativo. Tomada como presente de indicativo, se convierte en una exhortación que equivale a: *"Soportad la disciplina"*, y el tiempo verbal expresa la idea de continuidad. De manera que el escrito exhorta a los lectores a que estén dispuestos a sufrir, sin límite de tiempo, siempre que Dios lo determine, las aflicciones. Si se considera como presente de imperativo, aumenta el rango convirtiéndose en un mandamiento: *"Soportad siempre la disciplina"*. Posiblemente se deba considerar más como exhortación que como mandamiento. La enseñanza es precisa: *"sufrid para vuestra formación"*. La intención que Dios tiene cuando permite las aflicciones en la vida del creyente es la educación formativa del mismo, la corrección y la mejoría de vida para adecuarla al propósito de Dios. No debe olvidarse que el nivel de vida que Dios ha establecido para los suyos es el de reproducir la imagen de su Hijo: *"Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo"* (Ro. 8:29). Es una cuestión inexorable, ya que se trata de una determinación soberana que Dios establece para todo creyente, se trata, literalmente, de un acto de *predestinación* para que cada creyente sea conformado a la imagen de Jesús. Es el proceso que se desarrolla a lo largo de la santificación y que permite al mundo *ver* a Cristo en cada cristiano. Dios está llevando a cabo una transformación en cada cristiano para realizar Su propósito (2 Co. 3:18). La imagen de Dios, deteriorada por el pecado, es restaurada en Cristo, imagen perfecta y absoluta de Dios (2 Co. 4:4; Col. 1:15). Este perfeccionamiento tiene que ver con la imagen moral del Señor, reproducida por el Espíritu en el creyente (Gá. 5:22-23). La transformación es progresiva y requiere, en muchas ocasiones, de experiencias difíciles desde el punto de vista

[18] Griego ὑπομένετε.

humano (Ro. 12:2; 2 Co. 4:8-5:2; Fil. 3:10; Col. 3:10). El propósito se cumplirá definitivamente en la glorificación de los santos (Fil. 3:21). El escritor de la Epístola exhorta a cada cristiano: *"Sufrid para vuestra formación"*. Los que estaban pasando por dificultades en el tiempo del escrito y que tal vez se intranquilizasen por aquella situación, debían entender que los sufrimientos en la vida cristiana son una manifestación del amor del Padre, que está *perfeccionando* a sus hijos. La intención de Dios es la educación de sus hijos. En ese sentido Dios se conduce como Padre, cuando disciplina a sus hijos. La falta de disciplina es aborrecimiento en lugar de amor (Pr. 13:24).

La segunda cláusula del versículo es *confirmativa*, debido a la experiencia en los sufrimientos y dificultades, como permisión de Dios, se alcanza la seguridad de ser Sus hijos. Taxativamente escribe: ὡς υἱοῖς ὑμῖν προσφέρεται ὁ Θεός, *"Dios os trata como a hijos"*. Esa es la razón por la que anteriormente trasladó la referencia del Antiguo Testamento: *"No menosprecies, hijo mío, el castigo de Jehová, ni te fatigues de su corrección; porque Jehová al que ama castiga, como el padre al hijo a quien quiere"* (Pr. 3:11-12). La pruebas son manifestación de la condición de hijos, es decir, la corrección divina hace entender al creyente que Dios es verdaderamente el Padre, que se manifiesta en la corrección al hijo a quien ama.

La tercera cláusula es *reflexiva*, estableciéndola mediante una pregunta retórica que exige una respuesta del lector: τίς γὰρυἱὸς ὃν οὐ παιδεύει πατήρ, *"porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina?"*. El hijo es educado cuidadosamente porque también es el heredero. El padre que verdaderamente ama al hijo, le corrige para que se perfeccione: *"Castiga a tu hijo en tanto que hay esperanza; mas no se apresure tu alma para destruirlo"* (Pr. 19:18). El concepto de *castigo* no significa necesariamente azotes, es más, cuando en Proverbios se lee sobre la *vara*, el término hebreo utilizado se repite varias veces en el Antiguo Testamento y todas ellas, salvo una no se trata de una vara, un instrumento para azotar, sino que es figura de disciplina seria para corrección. La idea bíblica no es *pegar* al hijo, sino *corregir*, reorientar al hijo para educación. Un hijo consentido, esto es, sin disciplina es generalmente una vergüenza para los padres: *"La vara y la corrección dan sabiduría; mas el muchacho consentido avergonzará a su madre"* (Pr. 29:15). De ahí la solemne advertencia: *"Mejor es reprensión manifiesta que amor oculto. Fieles son las heridas del que ama; pero inoportunos los besos del que aborrece"* (Pr. 27:5-6). La consecuencia lógica en el argumento es que si el padre terrenal, siempre imperfecto, corrige al hijo, cuanto más lo hará el Padre del Cielo, infinitamente perfecto, justo, sabio y bueno.

8. Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos.

εἰ δὲ χωρίς ἐστε παιδείας ἧς μέτοχοι γεγόνασιν πάντες, ἄρα
Mas si estáis sin disciplina de la que partícipes han sido hechos todos entonces
νόθοι καὶ οὐχ υἱοί ἐστε.
bastardos y no hijos sois.

Notas y análisis del texto griego.

Desarrollando el argumento escribe: εἰ, conjunción *si*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καί; χωρὶς, preposición de genitivo *aparte de, sin, separado de*, *fuera de*; ἐστε, segunda persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *estar*, aquí *estáis*; παιδείας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *disciplina*; ἧς, caso genitivo femenino singular del pronombre relativo declinado *de la que*; μέτοχοι, caso nominativo masculino singular del adjetivo *participes*; γεγόνασιν, tercera persona plural del perfecto de indicativo en voz activa del verbo γίνομαι, *llegar a ser, empezar a existir, ser hecho*, aquí *han sido hechos*; πάντες, caso nominativo masculino plural del adjetivo indefinido *todos*; ἄρα, segunda persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí *sois*.

Εἰ δὲ χωρίς ἐστε παιδείας ἧς μέτοχοι γεγόνασιν πάντες. La evidencia de la relación paterno-filial del creyente con Dios, es que todos los creyentes pasan por Su disciplina. En base a la argumentación y exposición bíblica anterior, todo creyente, como hijo de Dios, pasa por un trato disciplinario de su Padre Celestial. Es un hecho universal que el padre terrenal corrige a sus hijos, por tanto, cuando el creyente está siendo sometido a disciplina es señal inequívoca de que verdaderamente es hijo del Padre del cielo. La disciplina divina no es para algunos, sino para todos. Todos los creyentes verdaderos, hijos de Dios, son disciplinados, en alguna medida, por el Padre del cielo y ninguno ha dejado de pasar por esa experiencia.

Εἰ δὲ χωρίς ἐστε παιδείας… ἄρα νόθοι καὶ οὐχ υἱοί ἐστε. La ausencia de disciplina cuestiona la realidad de ser hijo, es decir, quien no es disciplinado por el Padre tampoco es hijo. En tiempos del escrito, el hijo legítimo era el heredero de todas las riquezas del padre, por tanto debía ser educado para que pudiera administrar y utilizar la herencia que iba a recibir, como lo había hecho el padre que la adquirió. El padre natural no tenía tanto interés en hijos ilegítimos porque no heredaban de su padre. Cristo enseñó que quienes no son hijos de Dios, lo son del diablo (Jn. 8:44). A estos no disciplina Dios, porque no son sus hijos. Tales personas pueden aparentemente, desde la perspectiva humana, progresar en el mundo e incluso no sufrir contrariedades, porque son de este orden y no de Dios (Sal. 37; 73). Dios no entra a ordenar

familia ajena, sino la suya propia. Quien nunca recibió la disciplina de Dios, debe preguntarse si realmente es su hijo.

9. Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos?

εἶτα τοὺς μὲν τῆς σαρκὸς ἡμῶν πατέρας εἴχομεν παιδευτὰς καὶ
Luego a los ciertamente de la carne de nosotros padres teníamos correctores y
ἐνετρεπόμεθα· οὐ πολὺ δὲ μᾶλλον ὑποταγησόμεθα τῷ Πατρὶ τῶν
respetábamos ¿No mucho y mejor nos someteremos al Padre de los
πνευμάτων καὶ ζήσομεν
espíritus y viviremos.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad escribe: εἶτα, adverbio *luego*, que incluso hace función de conjunción ilativa, y que sirve para introducir un nuevo argumento, equivalente aquí a *además*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; μὲν, partícula afirmativa que se coloca siempre inmediatamente después de la palabra expresiva de una idea que se ha de reforzar o poner en relación con otra idea y que, en sentido absoluto tiene oficio de adverbio de afirmación, como *ciertamente, a la verdad*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; σαρκὸς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *carne*; ἡμῶν, caso genitivo plural del pronombre declinado *de nosotros*; πατέρας, caso acusativo masculino plural del sustantivo *padres*; εἴχομεν, primera persona plural de imperfecto de indicativo en voz activa del verbo εἴχω, *tener*, aquí *tuvimos*; παιδευτὰς, caso acusativo masculino plural del sustantivo *maestros, pedagogos, correctores, disciplinantes*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐνετρεπόμεθα, primera persona plural del imperfecto de indicativo en voz pasiva del verbo ἐντρέπω, en voz pasiva *respetar*, aquí *respetábamos*. La siguiente cláusula interrogativa reflexiva comienza con οὐ, adverbio de negación *no*; πολὺ, caso acusativo neutro singular del adverbio *mucho*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; μᾶλλον, adverbio comparativo de μάλα, *más, más bien, mejor*; ὑποταγησόμεθα, primera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo ὑποτάσσω, *someterse*, aquí *someteremos*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; Πατρὶ, caso dativo masculino singular del nombre *Padre*, en este caso propio de la Primera Persona divina; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado declinado *de los*; πνευμάτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *espíritus*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ζήσομεν, primera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo ζάω, *vivir*, aquí *viviremos.*

εἶτα τοὺς μὲν τῆς σαρκὸς ἡμῶν πατέρας εἴχομεν παιδευτὰς καὶ ἐνετρεπόμεθα. Un nuevo argumento se incorpora para confirmar la enseñanza, vinculando con lo que antecede y sigue mediante el adverbio εἶτα *luego*, que

aquí toma el sentido de *además*, *por otra parte*, para referirse a los padres naturales y a las funciones de disciplina y corrección que les son propias. Éstos actuaban como *pedagogos*, en el sentido de *correctores*, como maestros instructores o educadores. La misma palabra es la que el apóstol Pablo utiliza para referirse a los expertos en la Ley a quienes llama *instructores de indoctos* (Ro. 2:20). La ética exige que los padres sean respetados por los hijos. Dios mismo estableció este principio de respeto y obediencia en su Ley (Ex. 20:12; Dt. 5:16; 27:16). Esta es una demanda ampliamente amparada por la Escritura: *"Guarda, hijo mío, el mandamiento de tu padre, y no dejes la enseñanza de tu madre"* (Pr. 6:20). El mandato al respeto alcanza cualquier momento de la vida del hijo hacia sus padres: *"Oye a tu padre, a aquel que te engendró; y cuando tu madre envejeciere, no la menosprecies"* (Pr. 23:22). El hijo creyente respeta a sus padres *en el Señor* (Ef. 6:1-2), esto es, como los que viven unidos a Cristo y viven a Cristo, quien fue ejemplo también en esto (Lc. 2:51). Todavía algo más: *"porque esto agrada al Señor"* (Col. 3:20). Pablo añade: *"Porque esto es justo"*. La obediencia a los padres es una de las expresiones de la práctica de justicia en la vida del creyente. Sin duda alguna corresponde también al padre creyente, que vive conforme a la voluntad del Padre celestial, no imponer a sus hijos otra cosa que no sea aquello que tenga que ver con la moral y las buenas costumbres. Un padre que caprichosamente hace andar a sus hijos en aspecto contrario al tiempo actual y a los estilos de modas que corresponden al tiempo de sus hijos -siempre que no seas asuntos escandalosos- está ejerciendo un abuso de autoridad sobre los suyos que no se corresponde con lo que el Padre del Cielo hace, provocando a ira a sus hijos y generando en ellos un estado de rebeldía que se manifestará en cuanto le sea posible al hijo que ha sufrido el abuso de autoridad del padre. No es de extrañar que muchos hijos de creyentes puritanos, se hayan alejado de la iglesia y, lo que es más grave, del Señor, como consecuencia del rechazo que generaron en él los impedimentos sin base alguna que sus padres le impusieron.

La consecuencia a que se llega es lógica: οὐ πολὺ δὲ μᾶλλον ὑποταγησόμεθα τῷ Πατρὶ τῶν πνευμάτων καὶ ζήσομεν, *"¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus y viviremos?"*. Los padres terrenales transmiten la vida biológica a sus descendientes. El Padre Celestial es el Padre de los espíritus, que alentó por primera vez la vida insuflándola por su Espíritu en *la nariz* del hombre, para que llegase a ser un ser viviente (Gn. 2:7; comp. Nm. 16:22; 27:16; Ec. 12:7). Respetando, reverenciando, prestando acatamiento al Padre Celestial, viviremos, es decir, la vida adquiere proyección y alcance trascendente. Será *vivir* porque lo será conforme al estilo de vida que Dios establece para sus hijos. Se trata de una vida en plena comunión con Él, que es la única realidad de vida. Es interesante el contraste que se aprecia entre *los padres terrenales* y el τῷ Πατρὶ τῶν πνευμάτων, *Padre de los espíritus.* No se trata aquí de una alusión a los ángeles como espíritus creados por Dios,

sino al que genera, al que otorga, al que hace posible el *espíritu*, hálito de vida, en el hombre. Es una referencia al Padre como Creador de la vida y de los hombres. El padre puede transmitir vida biológica, pero sólo Dios puede dar la vida espiritual y luego también, por fe en su Hijo, la vida eterna (Jn. 3:16).

10. Y aquellos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad.

οἱ μὲν γὰρ πρὸς ὀλίγας ἡμέρας κατὰ τὸ δοκοῦν αὐτοῖς
Porque ciertamente aquellos para pocos días según lo que parece les
ἐπαίδευον, ὁ δὲ ἐπὶ τὸ συμφέρον εἰς τὸ μεταλαβεῖν τῆς
disciplinaban mas este para lo que es provechoso para - ser participantes de la
ἁγιότητος αὐτοῦ.
santidad de Él.

Notas y análisis del texto griego.

Continúa la comparación con los padres terrenales y el celestial: οἱ, caso nominativo masculino plural del pronombre personal *ellos*, que aquí adquiere la condición de pronombre demostrativo *aquellos*, en oposición con ὁ; μὲν, partícula afirmativa que se coloca siempre inmediatamente después de la palabra expresiva de una idea que se ha de reforzar o poner en relación con otra idea y que, en sentido absoluto tiene oficio de adverbio de afirmación, como *ciertamente, a la verdad*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al artículo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; πρὸς, preposición de acusativo *para*; ὀλίγας, caso acusativo femenino plural del adjetivo *pocas*; ἡμέρας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *días*; κατὰ, preposición de acusativo *según*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; δοκοῦν, caso acusativo neutro singular del participio de presente articular en voz activa del verbo δοκέω, *pensar, considerar, parecer*, aquí como *que parece*, para mejor sentido temporal *que parecía*; αὐτοῖς, caso dativo masculino plural del pronombre personal *les*; ἐπαίδευον, tercera persona plural del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo παιδεύω, *instruir, enseñar, corregir,* aquí *disciplinaban*; ὁ, caso nominativo masculino singular del pronombre personal *él*, que en oposición con μὲν, adquiere la condición de pronombre demostrativo *este*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; ἐπὶ, preposición de acusativo *para*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; συμφέρον, caso acusativo neutro singular del participio de presente en voz activa del verbo συμφέρω, *convenir, ser provechoso*, aquí *que es provechoso*; εἰς, preposición de acusativo *para*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; μεταλαβεῖν, aoristo segundo de infinitivo articular en voz activa del verbo μεταλαμβάνω, *recibir participación, ser hecho partícipe, obtener*, aquí *ser participantes*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ἁγιότητος, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota

santidad; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de él*.

Οἱ μὲν γὰρ πρὸς ὀλίγας ἡμέρας κατὰ τὸ δοκοῦν αὐτοῖς ἐπαίδευον. Los padres terrenales disciplinaban a sus hijos. La disciplina de ellos era algo limitado, no solo en el sentido propio del tiempo de ejercitarla, sino también de los resultados obtenidos. Aquellos disciplinaban πρὸς ὀλίγας ἡμέρας *"por pocos días"* y esa disciplina aunque marcase carácter permanente en el hijo disciplinado, solo alcanzaba a su tiempo de vida. La disciplina paterna, desde la perspectiva humana, es tan efímera y temporal como la vida misma, que siempre es de poca duración. Aún más, la obediencia que el hijo debía a su padre duraba sólo el tiempo en que podía ejercer la patria-potestad sobre él, pero cesaba en cuanto el hijo adquiría mayoría de edad y se independizaba de la tutela del padre. Esa disciplina paterna obedecía al criterio personal de los padres que la ejercían κατὰ τὸ δοκοῦν αὐτοῖς, *"según les parecía"*. Sin duda estaba sujeta a equivocaciones por cuanto los padres son personas, con sus limitaciones de comprensión y de acción. La disciplina estaba, pues, sujeta a los lógicos errores propios de los humanos.

Ὁ δὲ ἐπὶ τὸ συμφέρον εἰς τὸ μεταλαβεῖν τῆς ἁγιότητος αὐτοῦ. En contraste está la disciplina del Padre Celestial. Dios tiene un correcto criterio y una absoluta justicia al aplicar la corrección paterna, en contraste con las equivocaciones propias y naturales de los padres terrenales. Pero, además, la disciplina divina tiene un propósito revelado, cuyo primera causa es la del provecho personal del disciplinado. No se trata, como ya se ha reiterado antes, de un castigo, sino de la acción correctora que conduce a una perfección de vida cada vez más elevada.

El segundo objetivo de la disciplina divina es que sus hijos μεταλαβεῖν τῆς ἁγιότητος αὐτοῦ, *"participemos de Su santidad"*. La santidad es una perfección divina que hace a Dios absolutamente separado del pecado, porque *"Dios es luz, y en él no hay ningunas tinieblas"* (1 Jn. 1:5). En ese sentido solo Dios es santo (Ap. 15:4). El sólo es infinita e inmutablemente santo. Dios es proclamado en la Biblia mayormente por su santidad, como hacen los serafines ante Su trono (Is. 6:1-3). A Dios se le llama más veces santo que omnipotente, ya que Él es *"magnífico en santidad"* (Ex. 15:11). Por eso el profeta testifica: *"Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio"* (Hab. 1:13). Dios es santo, esa es una de sus más gloriosas perfecciones hasta el punto de que la Biblia nunca habla de su *omnipotente nombre*, pero sí lo hace de su *santo nombre*. Dios mismo jura por su santidad (Sal. 89:35) porque esta es la expresión más plena de sí mismo. Por esa causa se exhorta a que sus santos le cante y celebren la memoria de su santidad (Sal. 30:4). La santidad de Dios se manifestó notoriamente en la Cruz. Cuando nuestro Señor, después de las horas

de tinieblas recitó el Salmo 22, aunque audiblemente sólo fuesen las primeras palabras de ese Salmo, junto con las palabras que se refieren al desamparo, se explica la razón del mismo: *"Pero Tú eres santo"* (Sal. 22:3). El clamor del desamparado era consecuencia de la santidad de Dios, que extinguía la responsabilidad penal del pecado transfiriéndolo a su Hijo crucificado, para que por su obra expiatoria, extinguida la responsabilidad penal del pecado en cada creyente, puedan, los que somos impíos por herencia, ser llamados santos y serlo realmente delante de Él. Debido a su santidad, *"Jehová abomina al perverso"* (Pr. 3:32), a causa de sus pensamientos: *"Abominación son a Jehová los pensamientos del malo"* (Pr. 15:26). Esta santidad infinita de Dios hace imposible que el hombre pueda llegar a tener comunión íntima con él y participar de la santidad que le es propia a Dios sobre la base de su propio esfuerzo personal y de sus propias obras. El creyente viene a *participar* de la santidad de Dios, del mismo modo que viene a participar *de la divina naturaleza* (2 P. 1:4). Jesús es hecho para el creyente *santificación* (1 Co. 1:30), en Él somos considerados *santos*. No por merecimiento propio, que nunca alcanzaría la santidad, sino por la participación de la vida de Dios, que fluyendo por el único Mediador entre Dios y los hombres, que es Jesucristo hombre (1 Ti. 2:5) lo hace posible. De la misma manera que por identificación y posición en Cristo se alcanza la vida eterna, que siendo privativa y potestativa de Dios se comunica al hombre que cree por unión vital con quien siendo Hijo es también vida (Jn. 1:4), así también la santidad natural de Dios se le comunica al creyente haciéndole participante de ella por la misma vinculación con quien siendo Dios-hombre tiene en sí mismo la santidad comunicable de Dios. Esa en la causa por la que el creyente tienen acceso al *trono de Dios*, porque estando en Cristo es declarado santo. La santidad en la vida cristiana no es opcional sino la única forma de vida (1 P. 1:15). Ese es el mandamiento a todos los cristianos escrito por el apóstol Pedro: *"Sed santos, porque yo soy santo"* (1 P. 1:16). Sin embargo, aunque potencialmente Dios hizo la obra para vernos santos *posicionalmente* en Cristo, la vieja naturaleza que está en nosotros hasta la glorificación, debe ser sujeta por el poder del Espíritu, que actúa en esa área en la medida en que el creyente deje de *"andar en la carne"* (Gá. 5:16). La corrección paterna es necesaria para que cada cristiano alcance una mayor dimensión en la santidad de vida, para ello es preciso la disciplina suya para que el creyente venga a la experiencia de la participación en la santidad de Dios, y el mundo vea a Cristo, revelador de Dios (Jn. 1:18) en la vida santa de los cristianos. Esa es la razón por la que el apóstol Juan dice, refiriéndose al creyente en relación con su testimonio ante el mundo que *"como Él es, así también nosotros en el mundo"* (1 Jn. 4:17). No es tan importante que el creyente pueda definir la santidad de Dios y expresar la teología de ella con todo detalle y profundidad, lo verdaderamente importante es que viva en su propia experiencia la santidad de Dios. Es necesario dejar de *hablar* de las

perfecciones de Dios, para expresar esas perfecciones por medio de la obra del Espíritu Santo en la realización del fruto suyo en cada cristiano (Gá. 5:22-23).

La disciplina corrige al creyente para identificarlo más con la santidad de Dios. De la misma manera que Dios está absolutamente separado del pecado, así también el creyente progresa hacia la separación real por la acción de la disciplina de Dios. La vida del creyente ha sido separada del mundo por Dios y destinada para Él. Para que cada creyente sea cada vez más parecido al Padre y testigo suyo en la tierra (1 P. 1:14-17). Esa es la misión del cristiano en el mundo.

11. Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados.

πᾶσα δὲ παιδεία πρὸς μὲν τὸ παρὸν οὐ δοκεῖ χαρᾶς εἶναι ἀλλὰ
Pero toda disciplina ciertamente al presente no parece de gozo ser sino
λύπης, ὕστερον δὲ καρπὸν εἰρηνικὸν τοῖς δι᾽ αὐτῆς
de tristeza pero más tarde fruto apacible a los que mediante ella
γεγυμνασμένοις ἀποδίδωσιν δικαιοσύνης.
han sido ejercitados da de justicia.

Notas y análisis del texto griego.

Concluyendo el párrafo de la disciplina para la vida escribe: πᾶσα, caso nominativo femenino singular del adjetivo indefinido *toda*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ, y que en español precedería al adjetivo; παιδεία, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *enseñanza, corrección, disciplina*; πρὸς, preposición de acusativo *para*; μὲν, partícula afirmativa que se coloca siempre inmediatamente después de la palabra expresiva de una idea que se ha de reforzar o poner en relación con otra idea y que, en sentido absoluto tiene oficio de adverbio de afirmación, como *ciertamente, a la verdad*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; παρὸν, caso acusativo neutro singular del participio de presente en voz activa del verbo πάρειμι, *estar presente, presentarse, venir*, aquí *presente*; la expresión es una forma idiomática del griego clásico que significa: *al presente*; οὐ, adverbio de negación *no*; δοκεῖ, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo δοκέω, *pensar, considerar, parecer*, aquí *parece*; χαρᾶς, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de gozo*; εἶναι, presente de infinitivo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*; ἀλλὰ, conjunción adversativa *sino*; λύπης, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de tristeza*; ὕστερον, caso acusativo neutro singular del adjetivo comparativo, que aparece siempre en forma neutra y es usado como adverbio *más tarde, finalmente*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καί, en castellano precedería al adverbio; καρπὸν,

caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *fruto*; εἰρηνικὸν, caso acusativo masculino singular del adjetivo *apacible*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado, en funciones de pronombre demostrativo *a los que*; δι' forma contracta de la preposición de genitivo διά, aquí como *por medio, a causa*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal declinado *de ella*; γεγυμνασμένοις, caso dativo masculino plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo, γυνμάζω, *ejercitar*, aquí *han sido ejercitados*; ἀποδίδωσιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἀποδίδωμι, *dar*, aquí *da*; δικαιοσύνης, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de justicia.*

Πᾶσα δὲ παιδεία πρὸς μὲν τὸ παρὸν οὐ δοκεῖ χαρᾶς εἶναι ἀλλὰ λύπης. Un marcado contraste entre gozo y tristeza. Lo que aparentemente produce la disciplina es tristeza. Cuando es aplicada no parece que sea motivo de gozo. Sin duda se está refiriendo a las experiencias personales, propias del hombre, en el tiempo en que le es aplicada la disciplina correctora. Mas bien esa acción produce tristeza. Especialmente marcado en el efecto inmediatamente penoso en el que está siendo corregido. La corrección es más dolorosa si va acompañada de acciones que afectan a algo propio y personal. En los designios de Dios es buena, pero desde la perspectiva humana *"no lo parece"*. Antes se ha citado la tristeza que produce la corrección divina, ilustrándola con el ejemplo del escrito que el apóstol Pablo envió a la iglesia en Corinto y que produjo una profunda tristeza que fue necesaria para rectificar el rumbo equivocado en que habían incurrido, tristeza que condujo al arrepentimiento, por tanto había sido saludable (2 Co. 7:8-10).

Ὕστερον δὲ καρπὸν εἰρηνικὸν τοῖς δι' αὐτῆς γεγυμνασμένοις ἀποδίδωσιν δικαιοσύνης. El resultado de la disciplina es la bendición producida por la tristeza (2 Co. 7:10). Finalmente la acción y propósito de la disciplina es producir fruto εἰρηνικὸν *apacible* de justicia. Es interesante apreciar el verbo[19] que el escritor utiliza para referirse al resultado final ἀποδίδωσιν, *da*, literalmente *devuelve*. Se siembra la disciplina en el campo del alma y devuelve fruto de justicia. La disciplina enviada por Dios tiene la virtud de desligar al hombre de las cosas temporales y transitorias y hacerlo depender de Dios, alcanzando con ello la paz que produce la orientación hacia Él y sus cosas. Un alma que está turbada e inquieta por seguir un camino incorrecto, mediante la disciplina que es provisión de Dios, se acalla delante de Él como un niño que depende sólo de su padre (Sal. 131:2). La tristeza que produce arrepentimiento y confesión, genera paz interior. El fruto εἰρηνικὸν, *apacible* es el propio y limpio del creyente. Dios actúa para ello limpiando cada sarmiento de la vid verdadera para que de mucho fruto (Jn. 15:2). El fruto de justicia es apacible porque va colmado de paz y produce paz, lo que equivale al disfrute de toda bendición. La siembra de la disciplina produce luego fruto

[19] Griego ἀποδίδωμι.

apacible de justicia. Ciertamente la justicia es el camino propio de Dios, por tanto al adaptarse a la senda de Dios el creyente viene a ser ejemplo de justicia que forma parte expresiva del testimonio de Dios.

La orientación para la vida (12:12-17).

12. Por lo cual, levantad las manos caídas y las rodillas paralizadas.

Διὸ	τὰς	παρειμένας	χεῖρας	καὶ	τὰ	παραλελυμένα	γόνατα
Por lo cual	las	fatigadas	manos	y	las	paralizadas	rodillas

ἀνορθώσατε,
enderezad.

Notas y análisis del texto griego.

Introduciendo un nuevo párrafo exhortativo escribe: Διὸ, conjunción coordinativa, *por lo cual*, que sirve de enlace entre el párrafo anterior y el actual, y que en el griego clásico es un adverbio compuesto por δι᾽ y ὅ, con el mismo significado; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; παρειμένας, caso acusativo femenino plural del participio perfecto articular en voz pasiva del verbo παρίημι, *omitir, descuidar, dejar caer*, en la voz pasiva *debilitarse, cansarse*, aquí *caídas*; χεῖρας, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *manos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; παραλελυμένα, caso acusativo neutro plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo παραλύω, *paralizar, encoger,* aquí *paralizadas*; γόνατα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *rodillas*; ἀνορθώσατε, segunda persona plural del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo ἀνορθόω, *enderezar, reparar, fortalecer*, aquí *enderezad.*

La vida de fe es una vida de acción. Si la fe no produce obras es muerta en sí misma (Stg. 2:17). No es suficiente con hablar sobre la fe, sino que es preciso expresar la fe. La fe, que vincula al creyente con Jesús, le conduce a una actuación semejante a la suya. La disciplina es el elemento que Dios utiliza para el fortalecimiento de la fe, a fin de que la paciencia, necesaria para el camino de la fe, se consolide y se haga perfecta. El creyente ejercitado en la disciplina de Dios, manifiesta la realidad de la vida de fe en acciones concretas. Los creyentes a quienes primariamente se destina la Epístola estaban pasando por dificultades y, según parece por todo el contexto, algunos estaban claudicando en la firmeza que exige la vida de fe. El desánimo comenzaba por dejar de sentir interés por el estudio de la Palabra (5:11-6:2); en la ausencia a las reuniones de la iglesia (10:25); en el estímulo al amor y a las buenas obras (10:24), y en algunos otros aspectos que se detectan en la lectura. La exhortación que sigue tiene que ver con la restauración de cada creyente a una práctica real de la vida de fe.

Aparentemente hay dos necesidades, la primera necesidad consistía en παρειμένας χεῖρας ἀνορθώσατε *"levantar las manos caídas",* y la segunda en levantar también las rodillas paralizadas. La traducción del texto en RV es más bien una construcción idiomática del traductor para establecer dos cláusulas en el texto, la primera referida a la solución de unas manos caídas que lógicamente sería *levantarlas* y la segunda en relación con unas rodillas *paralizadas*, a las que no se da solución, aunque podría valer el mismo verbo *levantar*. Sin embargo la exhortación comprende a un *todo*, usando lenguaje figurado en donde se lee textualmente: Διὸ τὰς παρειμένας χεῖρας καὶ τὰ παραλελυμένα γόνατα ἀνορθώσατε, *"por lo cual, las fatigadas manos y las paralizadas rodillas enderezad"*. En la mente del escritor está la figura de un atleta que tiene que usar las manos y las rodillas para desarrollar la actividad atlética y correr bien la carrera que tiene por delante. La vida de fe se trata tanto de una lucha como de una carrera, por tanto, los que corren la vida de fe tienen que fortalecer las manos para la lucha y las rodillas para poder correr convenientemente.

El contexto profético donde aparecen palabras prácticamente idénticas, aclara mucho el sentido del versículo: *"Fortaleced las manos cansadas, afirmad las rodillas endebles. Decid a los de corazón apocado: Esforzaos, no temáis"* (Is. 35:3-4). La fortaleza era necesaria para que desapareciera la sensación de frustración y fracaso que convertía al creyente en gentes con corazones *apocados*. El verbo final utilizado para la acción ejercer tanto con las manos como con las rodillas está en modo imperativo, lo que constituye un mandato que requiere obediencia y acción. Ese verbo[20] expresa la idea de *reconstruir, levantar de nuevo, restaurar, restablecer, corregir, reformar*, de modo que el mandato tiene que ver con renovar la situación de los dos miembros, manos y rodillas para que sean útiles de nuevo para la acción. No hay cabida en la vida de fe para unas manos *vacilantes, caídas*, es necesario renovarlas para que estén dispuestas a la lucha en la batalla de la fe. No hay tampoco cabida para las rodillas *paralizadas*, que se han agarrotado debido a la falta de ejercicio y no son capaces de soportar el peso del cuerpo para que pueda correr. Es una exhortación a dejar la postura de la duda para afirmarse en la de la fe. Las tradiciones y el sistema de las formas anquilosan los miembros espirituales del creyente, de modo que ninguna cosa de estas valen para la vida de fe. Es más, anteriormente el escritor se ha referido a los sistemas propios de la Ley ritual, y de las señales correspondientes al antiguo pacto, como eran la circuncisión y las formas de vida en la ley ceremonial. El apóstol Pablo enseña que nada de eso tiene sentido y razón de ser, ya que lo único verdaderamente necesario es *"la fe que obra por el amor"* (Gá. 5:6). Anteriormente se enseñó a

[20] Griego ἀνορθόω.

despojarse de todo peso y del pecado para poder correr la carrera cristiana (v. 1). Aquí se exhorta a trabajar para la restauración de los miembros para que sean aptos para la vida de fe. El peso impide también correr la carrera y lucha la batalla de la fe por el impedimento que suponen. Es, pues, preciso liberarse del lastre legalista que muchas veces gravita sobre el creyente y le impide llevar a cabo la experiencia de la fe, que se cimienta sólo en la comunión con Cristo y en la unión vital con Él. Las tradiciones y los sistemas humanos conducen al agotamiento del creyente, que deja de tener interés por correr con firmeza y valentía la carrera de la fe. El desaliento es propio del creyente carnal, y ser un creyente carnal no tiene que ver con la práctica de pecados manifiestamente violentos, sino con el asirse de las tradiciones y de los rudimentos del mundo como si fuesen mandamientos de Dios (Col. 2:20, 23).

La renovación espiritual no solo es una necesidad, sino también un mandamiento: *"No os conforméis a este siglo, sino trasformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento"* (Ro. 12:2). El término que se usa para referirse a *transformación* expresa un cambio en la misma esencia de la persona, un cambio interior. Tan distintivo como el de una oruga que se convierte en mariposa. El creyente puede adoptar la forma externa del mundo, pero el mundo nunca podrá vivir la transformación del cristiano. No se trata de sustituir una forma exterior por otra, no es la expresión de una piedad aparente (2 Ti. 3:5). El verbo en subjuntivo no es tanto el *transformaos* vosotros, sino el *dejaos transformar"*. La transformación que restaura las manos y las rodillas paralizadas en una operación del Espíritu Santo. El creyente es llevado de gloria en gloria por la operación del Espíritu (2 Co. 3:18). El modo de operar la transformación es por medio de una renovación. Una forma de pensamiento distinto al que antes había. Esta renovación mental es obra del Espíritu Santo (Tit. 3:5). La renovación es íntima y corresponde a la parte espiritual, que comprende toda la parte consciente del cristiano. La idea es que en la carrera de la fe, los miembros estén habilitados de modo que se conformen a la imagen de Jesús. Sujetando todo pensamiento a la obediencia de Cristo (2 Co. 10:5).

13. Y haced sendas derechas para vuestros pies, para que lo cojo no se salga del camino, sino que sea sanado.

καὶ τροχιὰς ὀρθὰς ποιεῖτε τοῖς ποσὶν ὑμῶν, ἵνα μὴ τὸ χωλὸν
y sendas derechas haced para los pies de vosotros para que no lo cojo
ἐκτραπῇ, ἰαθῇ δὲ μᾶλλον.
se desvíe pero sea sanado más bien.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo con la exhortación vincula lo que sigue con lo que antecede mediante καὶ, conjunción copulativa *y*; τροχιὰς, caso acusativo femenino plural del sustantivo que

denota *camino, senda, carril*; ὀρθὰς, caso acusativo femenino plural del adjetivo calificativo *derechas, rectas*; ποιεῖτε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz activa del verbo ποιέω, *fabricar, crear, producir, hacer,* aquí *haced*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado declinado *para los*; ποσὶν, caso dativo masculino plural del sustantivo *pies*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de vosotros*; ἵνα, conjunción *para que*; μή, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*; χωλὸν, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *cojo*; ἐκτραπῇ, tercera persona singular del aoristo segundo de subjuntivo en voz pasiva del verbo ἐκτρέπω, en voz pasiva *volverse, desviarse*, aquí *se desvíe*; ἰάθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo ἰάομαι, *sanar*, aquí como *sea sanado;* δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto,* como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; μᾶλλον, adverbio *más bien*.

Καὶ τροχιὰς ὀρθὰς ποιεῖτε τοῖς ποσὶν ὑμῶν. Restaurados los miembros -espiritualmente hablando- del creyente, que estaban debilitados, en disposición de volver a la lucha y carrera de la fe, se inicia nuevamente el estilo de caminar que corresponde a esa vida. La exhortación ahora tiene que ver con el estilo de caminar y está establecida desde las palabras de la Escritura: *"Examina la senda de tus pies, y todos tus caminos sean rectos. No te desvíes a la derecha ni a la izquierda; aparta tu pie del mal"* (Pr. 4:26-27). La senda derecha tiene que ver con el testimonio visible y personal del cristiano. Una senda tortuosa, en el contexto de los libros de sabiduría, equivale a caminos de impíos, mientras que una senda recta es la propia del camino del justo. La disciplina en que se ejercita al creyente tiene el propósito de afirmarlo y conducirlo a la santidad (v. 10). Anteriormente ya se ha considerado aspectos generales de la santidad como principio general de vida de cada creyente. El cristiano es santo, no por mandamiento, sino por comunión con Cristo. Si Jesús, el Hijo de Dios fue inmaculadamente santo y se hace vida en cada creyente (Fil. 1:21), el cristiano es santo en la medida en que viva a Jesús. Quien es ejercitado en la disciplina de Dios alcanza por ese ejercicio un testimonio visible, que se equipara figurativamente con la rectitud de un camino sin obstáculos en el que no es fácil caer a causa de un tropiezo. El modo de hacer rectas las sendas tiene que ver también con el compromiso fiel que aguanta pacientemente las pruebas sin desalentarse y sin desertar.

La razón para hacer sendas rectas a los pies es ἵνα μὴ τὸ χωλὸν ἐκτραπῇ, ἰαθῇ δὲ μᾶλλον, *"para que lo cojo no se salga del camino, sino que sea sanado"*. Debe entenderse esto como una tarea para que las rodillas antes resentidas no se disloquen. El verbo que se traduce como *salir* del

camino[21], tiene el sentido de *salirse del sitio, desviarse*, pero en el lenguaje médico del tiempo de la Epístola, se refería a un miembro dislocado, que sale de su sitio y, por tanto, no permite el uso habitual de ese miembro. En el contexto inmediato el miembro cojo, o el que tiene las rodillas paralizadas es el cristiano débil y desfallecido que puede tropezar fácilmente y dislocar sus rodillas lo que le impediría seguir adelante en el camino de la fe. Solo en el camino llano y recto le es posible seguir adelante. De esa forma, *lo cojo* en lugar de dislocarse se curará definitivamente y caminará con firmeza.

Sin embargo, también permite una interpretación orientada hacia el ejemplo nocivo para creyentes débiles producido por quienes se conducen por sendas tortuosas y no rectas como corresponde a santos. *Lo cojo* con artículo neutro extiende la aplicación hacia quienes no tienen firmeza en el caminar. Es el modo característico de andar de un niño que camina con dificultad y puede fácilmente tropezar y lastimarse. La senda del creyente debe allanarse para evitar la caída de quienes andan cojeando. Probablemente entre los lectores de la Epístola había niños vacilantes que no eran capaces de superar las aflicciones y conflictos de la vida de fe, y había también *hombres maduros*, *creyentes fuertes* para quienes la senda y el conflicto de la vida de fe no representaban graves problemas. Estos son ejemplo para los débiles, por tanto, la senda de quienes están firmes, espiritualmente hablando, debe ser consecuente con la vida de fe, siendo ejemplo positivo para los más débiles. La exhortación, por tanto, tiene la aplicación aplicado al testimonio personal como referencia a la vida de los creyentes más débiles. Los que *cojean* en una senda no llana, pueden *desviarse*, dislocarse de la vida de fe. La responsabilidad de cada creyente es evitar que su ejemplo pueda extraviar al débil en la fe, como Jesús enseñó: *"Y cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar"* (Mt. 18:6). Es evidente que *niño* aquí debe entenderse como un *pequeño*, espiritualmente hablando, porque *cree en mí.* Son pequeños por el poco tiempo desde su nacimiento espiritual, pero son personas capaces de creer en Él. El Señor hace una seria advertencia sobre la conducta de quienes puedan constituirse en piedra de tropiezo para *alguno* de los recién convertidos. El pecado es suficiente con que se cometa contra uno solo de ellos. Está advirtiendo a todos los que con sus palabras, sus obras o incluso su ejemplo escandalicen, esto es, sean ocasión para hacer caer a uno de los pequeños que creen en Él. El énfasis sobre el horrendo pecado de hacer caer a un recién convertido puede entenderse por el alcance de lo que sigue. El Señor utiliza una terminología muy significativa, como si dijese: *"Antes de ser piedra de tropiezo es preferible que se le mate"*. La frase del Señor es muy elocuente y dura, al decir que es mejor que a tal persona se le ate alrededor del cuello una

[21] Griego ἐκτρέπω.

piedra de molino, no de las pequeñas de la que pudiera desembarazarse, sino de las grandes piedras de molino de grano movidas por animales, concretamente en este caso por un asno, y luego sea llevada a un lugar del mar donde haya mucha profundidad y se le arroje allí, de modo que ya no pueda regresar. Esto evitaría el daño irreparable que puede hacérsele a un niño en Cristo. El Señor está advirtiendo solemnemente a no ser piedra de tropiezo a un creyente débil.

El apóstol Pablo recalcaría también esta enseñanza cuando escribe a los romanos: *"Así que, ya no nos juzguemos más los unos a los otros, sino más bien decidid no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano"* (Ro. 14:13). Cada cristiano debe tener muy en cuenta el pecado que señaló Jesús y tomar una determinación personal de no ser ocasión de tropiezo para ninguno de ellos. Ser tropiezo equivale a poner un obstáculo en el camino de un hermano. Esto es especialmente grave en relación con la conciencia o reparo de los que se llaman *débiles*, esto es, quienes no han alcanzado madurez espiritual y les afectan cosas que a otros maduros en Cristo no les afectarían. La actitud de un creyente puede ser causa de tropiezo para otro. El Señor está advirtiendo de esto tan solemnemente que es como si dijese: *"es preferible morir que llegar a ser tropiezo a otro hermano"*. Especialmente grave tiene que ver con llevar a otros a prácticas pecaminosas por el mal ejemplo dado. El que induce a otro a pecar es un instrumento en manos de Satanás (1 Ti. 6:9). El límite de la libertad cristiana concluye donde comienza el problema espiritual para la conciencia del débil. La fórmula favorita de algunos es semejante a la de los corintios: *"todo me es lícito"* (1 Co. 6:12). El derecho personal al ejercicio de la libertad concluye cuando las acciones son causa de pecado para los hermanos. El cuidado espiritual hacia los débiles es prueba de ser un verdadero cristiano (1 Jn. 2:10). La verdadera vida de fe considera la debilidad del hermano, evitando toda acción que pueda servirle de tropiezo (Ro. 14:1-6; 15:1-2; 1 Co. 8:9-11). Esa es la consecuencia lógica de actuación en la vida de fe (10:24).

Con todo es preciso entender que el cuidado para no hacer tropezar o caer al débil se circunscribe a este tipo de hermanos. Hay muchos carnales que fingen debilidad espiritual y escándalo personal para mantener la tozudez de sus pretensiones. Son aquellos que se oponen a cualquier cambio en las formas del culto, en la marcha de la iglesia, en la manera de hacer nuevas orientaciones, siempre necesarias y en cualquier tipo de renovación, alegando que eso les escandaliza. Realmente son débiles para aceptar el pensamiento ajeno, pero fuertes para mantener sus criterios. Estos son un verdadero peligro para la iglesia, en su afán egoísta de mantener su propia forma de ver las cosas, impidiendo, luchando y obstaculizando la marcha de la obra de Dios. Con su aparente debilidad, que no es sino egoísmo disfrazado de piedad, imponen sus caprichos personales y son un verdadero obstáculo para el desarrollo de una iglesia. Con el intransigente no cabe otra forma que ser intransigente. Pero, con

el verdadero débil, se requiere un camino llano, en vidas ejemplares que les ayude a superar su propia debilidad espiritual.

14. Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor.

Εἰρήνην διώκετε μετὰ πάντων καὶ τὸν ἁγιασμόν, οὗ χωρὶς οὐδεὶς
Paz perseguid con todos y la santificación sin la cual nadie
ὄψεται τὸν Κύριον,
verá al Señor.

Notas y análisis del texto griego.

Una nueva exhortación sobre la paz y la santidad: Εἰρήνην, caso acusativo femenino singular del sustantivo *paz*; διώκετε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz activa del verbo διώκω, *perseguir, apremiar,* aquí *perseguid*; μετὰ, preposición de genitivo *con*; πάντων, caso genitivo masculino plural del adjetivo indefinido *todos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἁγιασμόν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *santificación, dedicación*; οὐ, adverbio de negación *no*; χωρὶς, preposición de genitivo *aparte de, sin, separado de*; equivalente en español a *sin la cual*, al referirse a santificación; οὐδεὶς, caso nominativo masculino singular del pronombre indefinido *nadie*, *ninguno*; ὄψεται, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz media del verbo ὁράω, *ver*, aquí *verá*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; Κύριον, caso acusativo masculino singular del nombre *Señor*, referido a Dios.

Dos manifestaciones esenciales definen la realidad de la vida de fe y del camino en rectitud. La primera de ellas es la paz con todos: Εἰρήνην διώκετε μετὰ πάντων. El mandamiento tiene que ver con una insistente *persecución* de la paz, hasta alcanzarla. El verbo utilizado en el texto griego[22] traducido como *seguid* es un verbo fuerte que literalmente significa *perseguir,* en el griego clásico se usaba para referirse a una partida de caza en la que los cazadores perseguían a la pieza hasta darle alcance. El creyente ha sido introducido en la esfera de la paz. Primeramente en la paz de la relación con Dios, de la que Jesús habló a los suyos en la última cena, cuando dijo: *"la paz os dejo"* (Jn. 14:27). Esa paz se obtuvo por Cristo mediante la obra de la Cruz y se alcanza en experiencia personal por medio de la fe (Ro. 5:1). Pero quien vive en paz con Dios, vive también en paz con los hombres. Cristo calificó al verdadero creyente como un *pacificador*, llamándole también *bienaventurado*: *"Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios"* (Mt. 5:9). En el mundo podrán encontrarse algunos que excepcionalmente son personas pacíficas. Esto es, los que huyen de los conflictos, los que nunca entablarían un pleito con nadie. Los enemigos de las

[22] Griego διώκω.

guerras y de las disputas. Este es el concepto que la sociedad suele tener de lo que es ser un *pacificador*. Sin embargo, el texto va mucho más allá de ese simple concepto. El pacificador es aquel que *vive la paz* y, por tanto, la busca insistentemente. Es el que procura y promueve la paz. Paz en el concepto bíblico tiene que ver con una correcta relación con Dios. Es la consecuencia de la relación establecida para el creyente con Dios en Cristo. Es el disfrute consecuente de haber obtenido la reconciliación con Dios (2 Co. 5:18-19). El que ha sido justificado por medio de la fe, está en plena armonía con Dios y siente la realidad de una paz perfecta que sustituye a la relación de enemistad anterior a causa del pecado (Ro. 5:1). El Señor vino al mundo con el propósito de *matar las enemistades* y anunciar las *buenas nuevas de paz* (Ef. 2:16-17). La demanda para el creyente en una vida de vinculación con Jesús, no puede ser otra que su mismo sentir (Fil. 2:5). Por tanto, la paz es una consecuencia y una experiencia de la unión vital con Cristo. La identificación con Él convierte al creyente en algo más que un pacífico, lo hace un *pacificador*. Esto es la forma natural de quien vive la vida que procede del Dios de paz (1 Co. 14:33). El desarrollo visible de su testimonio discurre por una senda de paz, por cuanto sus pies han sido calzados con el apresto del evangelio de paz (Ef. 6:15). La santificación adquiere la dimensión de la vida de paz, por cuanto es una operación del Dios de paz (1 Ts. 5:23). No se trata de aspectos religiosos o de teología intelectual, sino de una experiencia vivencial y cotidiana, que se expresa en muchas formas y hace visible en ellas esa realidad. El pacificador manifiesta esa condición porque anhela la paz con todos los hombres. Hace todo cuanto le sea posible por estar en paz con todos (Ro. 12:18); siente la profunda necesidad de *seguir* la paz (He. 12:14). El *pacificador* anhela predicar a todos el Evangelio de la paz (Ef. 6:15); siente que Dios le ha encomendado anunciar a todos la paz que Él hizo en la Cruz, y procura llevarlo a cabo (2 Co. 5:20). Modela su vida conforme al Príncipe de paz que busca a los perdidos (Lc. 19:10); y restaura al que ha caído, ensuciando parcialmente su vida espiritual (Jn. 13:12-15).

La bendición tiene una razón de ser: *"Bienaventurados los pacificadores porque ellos serán llamados hijos de Dios"*. Un título de honor superior a cualquier otro. Dios reconoce a todo el que cree en el Hijo, como hijo suyo (Jn. 1:12). Pero, a estos a quienes Dios reconoce como sus hijos, el mundo debe *conocerlos*, por su conducta pacificadora que expresa la participación en la divina naturaleza, como hijos del Dios de paz (2 P. 1:4). Quienes los observan deben descubrir en ellos el carácter del Dios de paz (1 Jn. 4:17b). Éstos, que experimentan en ellos la nueva vida de que fueron dotados en la regeneración, buscan y viven lo que Dios hizo en ellos, esto es, la verdadera paz. Son creyentes que tal vez hablan poco de paz, pero viven la experiencia de la paz. No son conflictivos, buscando agradarse a ellos mismos, sino que son capaces de renunciar a sus derechos con tal de mantener la paz. No transigen con el

pecado, pero buscan al que ha caído para restaurarlo a la comunión con el Príncipe de paz. La paz de Dios se ha hecho vida en ellos, gozándose en esa admirable experiencia. No hay dificultad ni problema que logre inquietarlos en su vida cristiana, por tanto, al no estar ellos inquietos, no son medio para inquietar a otros, sino todo lo contrario. El que ha experimentado la realidad de la paz de Dios en su vida es un *pacificador*. Si no procura la paz y la sigue, debe preguntarse si ha tenido alguna experiencia personal con el Dios de paz. La diferencia entre un cristiano normal y un pacificador es que el primero suele hablar de Dios y su obra de paz, el segundo vive al Dios de paz de tal modo que no necesita palabras para hablar de su paz.

Seguir o mejor εἰρήνην διώκετε, *perseguir* la paz es sólo posible por quienes son hijos del Padre Celestial a quien se le llama *"Dios de paz"* (13:20). Seguir la paz es la condición natural de quienes son hijos de Dios (1 Co. 14:33; Ef. 6:15; 1 Ts. 5:23). Es también la condición propia de quienes proclaman el evangelio de la paz (Ef. 6:15). Este modo de vida debe caracterizar a los cristianos que viven *"solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz"* (Ef. 4:3). La paz entre los cristianos es también expresión visible del trabajo interno del Espíritu Santo en cada uno de ellos (Gá. 5:22). Por el contrario los pleitos, iras y contiendas son expresiones visibles de la carnalidad (Gá. 5:20). La exhortación es general en todo el Nuevo Testamento. El creyente debe procurar la paz con todos los hombres, en todo lo que de él dependa (Ro. 12:18). Quien alcanzó la paz con Dios, vive en paz con los hombres. El fruto de la justicia se manifiesta en paz (Stg. 3:18). La convivencia en paz debe alcanzar a todos los hombres, por tanto, es incomprensible desde el punto de vista de una vida de fe en el poder del Espíritu, las contiendas entre creyentes. La actitud del cristiano debe favorecer siempre la paz (Pr. 15:1). El carácter iracundo suscita contiendas (Pr. 15:18), por tanto la paz consiste en manifestar amor (Pr. 10:12). El *altivo* no crea nunca un ambiente de paz (Pr. 28:25). El verdadero cristiano busca una relación de paz con los hermanos (Ro. 14:19). Algunos buscan una excusa para sus contiendas con los hermanos en arras a una supuesta defensa de la doctrina, que no les permite admitir a una relación hermanable a quien no piensa de la misma manera. Estos son *adoradores de la doctrina*, a la que han levantado un altar sobre el que son capaces de sacrificar la paz. Saben la teología de la paz, pero ignoran la eficacia de ella.

Junto con la paz está también la santidad καὶ τὸν ἁγιασμόν, literalmente, *"y la santificación"*. Si la paz vincula al creyente en una relación paterno filial con Dios, la santidad lo vincula en la experiencia de la relación de comunión con Él. La vida del cristiano debe discurrir por sendas santas, como ya se ha considerado antes. Santidad aquí tiene que ver con la santidad práctica, esto es, con la santificación que es literalmente el sustantivo que aparece en el texto griego del versículo. Por tanto, la exhortación es a separarse de todo

cuanto es pecaminoso. El creyente debe persistir en la santificación haciendo de ella un objetivo prioritario en su vida (Fil. 2:12). La santificación es la voluntad de Dios para todo aquel que es salvo: *"pues la voluntad de Dios es vuestra santificación; que os apartéis de fornicación"* (1 Ts. 4:3). El carácter santo es una posesión individual en la que debe progresarse día a día, como resultado de la obediencia a la Palabra y del seguimiento fiel a Cristo (Mt. 11:29; Jn. 13:15; Ef. 4:20; Fil. 2:5). Ambas cosas se demandan en la Epístola: Conocimiento, obediencia y amor por la Palabra (5:11-6:3); seguimiento fiel a Cristo (12:1-2).

La consecuencia de no vivir santamente está claramente expresada: οὗ χωρὶς οὐδεὶς ὄψεται τὸν Κύριον, *"sin la cual nadie verá al Señor"*. La santidad -como se dijo antes- no es una opción, sino la razón de la vida cristiana. La mejor interpretación del versículo está en la sexta bienaventuranza que el Señor pronunció en el Sermón del Monte: *"Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios"* (Mt. 5:8). Jesús liga la santidad con *ver a Dios.* La limpieza de corazón está estrechamente relacionada con la comunión que permite *ver a Dios*. Ante la santidad de Dios sólo puede estar presente aquel que es *"limpio de manos y puro de corazón; el que no ha elevado su alma a cosas vanas, ni jurado con engaño"* (Sal. 24:4). Corazón limpio o puro es aquel que no está contaminado con el pecado y no actúa bajo su control. Esta situación no es asunto ocasional, sino la experiencia de vida absoluta. Cuando la más mínima falta se comete en la experiencia de vida, ya ha dejado de ser *limpio de manos y puro de corazón*. Nadie hay en la historia de la humanidad desde Adán, que pueda estar comprendido dentro de esta condición, ya que *"engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso"* (Jer. 17:9). A causa del pecado heredado el corazón del hombre está orientado al mal (Gn. 6:5). Como quiera que no hay nadie que no haya nacido con la herencia del pecado, así tampoco hay ninguno que pueda aparecer delante de Dios con un corazón inmaculado y unas manos absolutamente limpias. Tan sólo Jesús, el Santo de los santos, pudo decir a quienes le acusaban: *"¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?"* (Jn. 8:46). Sólo Jesús fue quien no *"hizo pecado, ni se halló engaño en su boca"* (1 P. 2:22). En el contexto de la enseñanza de Jesús en el *Sermón del Monte,* se trata de un corazón donde no hay hipocresía. Los fariseos ponían su confianza en aspectos externos de santidad, que no dejaba de ser una santidad aparente, o una piedad aparente. Se esforzaban porque todos pudiesen ver en ellos vidas intachables, especialmente en todo cuanto se relacionaba con el cumplimiento literalista de las demandas de la ley, fundamentalmente en todo aquello que tenía que ver con la ley ceremonial. Sin embargo, sus corazones estaban contaminados por la hipocresía de su comportamiento. Procuraban aparentar lo que realmente no eran. Mentían con su apariencia que engañaba a los hombres. Aquellos fariseos limpiaban lo externo, lo de afuera del vaso, pero la contaminación interna era claramente visible para Dios (Lc. 11:39). Ellos creían que Dios estaba satisfecho con su

comportamiento y que se agradaba con su modo de proceder. Se consideraban a sí mismos como superiores en conducta y santidad al resto de los hombres, pretendiendo alcanzar la justificación delante de Dios por medio de sus esfuerzos humanos. Jesús tiene que insistir en la mentira de su condición llamándoles hipócritas. Mientras por fuera aparentaban limpieza, por dentro estaban llenos de robo y de injusticia. Eran semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera se muestran hermosos, pero por dentro están llenos de corrupción (Mt. 23:25-28). La preocupación de Nicodemo tenía que ver con esto mismo. Él había observado lo que Jesús hacía y, a la luz de la Escritura, se dio cuenta que sólo el Mesías podía obrar de aquella manera. Sus acciones eran el reflejo de la profecía. Jesús anunciaba, como había hecho antes Juan, que el reino de los cielos se había acercado. Nicodemo sabía también que para entrar en el reino, Dios haría pasar a su pueblo por los vínculos del pacto y los mediría con la vara de su justicia (Ez. 20:37). Por esa causa acudió a Jesús para estar seguro que daría la medida necesaria para entrar al reino. Cristo enseñó al maestro fariseo que sólo mediante el nuevo nacimiento podía acceder al reino, porque sólo desde la regeneración espiritual es posible presentarse limpio de manos y puro de corazón (Jn. 3:3, 5). La regeneración no *repara* el viejo corazón endurecido, sino que crea y dota de un corazón nuevo para que se produzca, de ahí en adelante, una forma de vida totalmente nueva, en la que la santidad sea no una demanda, sino el principio general de vida (Ez. 36:26, 27). David pide a Dios ese corazón para que pueda actuar en sintonía con Él y hacer su voluntad (Sal. 51:10). Limpio de corazón es aquel que es guiado conforme al consejo de Dios (Sal. 73:24). Dios que es bueno, esto es, perfecto, está en comunión con los *"limpios de corazón"* (Sal. 73:1). La senda de rectitud es el camino de limpio de manos y puro de corazón. Su confianza está en la dependencia de Dios, ante quien dice: *"me guiarás por sendas de justicia, por amor de tu nombre"* (Sal. 23:3). En cada momento Dios conducirá sus pasos y su vida discurrirá conforme a la justicia de Dios. Son los que viven en el Espíritu y manifiestan los nueve aspectos de su fruto (Gá. 5:22-23). El corazón del limpio de manos y puro de corazón está en perfecta sintonía con Dios. No significa que sea impecable, no quiere decir que nunca tropiece, pero su deseo íntimo está en ser santo, no por imposición sino por condición de vida. Es santo porque su Padre celestial es también santo (1 P. 1:16). Está viviendo a Cristo en el poder del Espíritu, y la santidad esencial del Señor se hace vida en él, por lo que también su comportamiento, en lo que humanamente puede experimentar, es santo. No se conforma con apariencia, sino que vive la realidad. No es santo porque cumple una serie de normas establecidas o porque practica del mejor modo las formas religiosas propias del grupo donde está. Es santo por necesidad más que por mandamiento. Está en el seguimiento de Cristo; su senda es la misma que el Señor dejó marcada, por tanto, es santo por identificación con Él. La razón de la felicidad la apunta también el Maestro: *Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.* No hay aquí nada que sustente la idea de lo que

algunos llaman *visión beatífica*. Ver a Dios, relativo al Padre, está vedado a los hombres. Al Padre nadie ha visto, ni puede ver jamás (Jn. 1:18). Pablo hace una afirmación enfática sobre la imposibilidad de *ver*, en el sentido literal de la palabra, al Padre, porque es el *"único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver"* (1 Ti. 6:16). A Dios se le ve en el Hijo. El Señor le recordó esto a Felipe cuando le pidió *ver al Padre* (Jn. 14:9). Cuando Jesús pronunció estas palabras, todos los presentes podían verlo. Allí en aquella reunión de enseñanza, no estaban sólo los perfectos, sino también muchos abiertamente pecaminosos. Había hipócritas, y otros con un corazón contaminado, pero todos ellos podían ver a Jesús. No podía, pues, estar refiriéndose a una visión literal, sino que se trataba de una relación espiritual. En el tiempo presente equivale a disfrutar de una comunión sin interrupción con Dios. Es equivalente a la comunión íntima con Dios. Esta visión debe ser cotidiana y transformadora: *"por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor"* (2 Co. 3:18). En contraste con la vida del no regenerado que va de mal en mal, la del creyente es conducida de gloria en gloria. La transformación es visible. Delante del cristiano está la imagen de Jesús, con sus perfecciones morales (Gá. 5:22-23). Los ojos se ponen primero en Él (He. 12:2), luego se ve en el espejo de la Palabra y aprecia que se va pareciendo más a Jesús. Este *ver* al Señor, alcanzará la plenitud en el disfrute eterno con Él (Ap. 22:4). Entonces será un definitivo *"ver cara a cara"* (1 Co. 13:12). Habrá un tiempo en que todos los creyentes verán personalmente y sin impedimento al Señor: *"Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es"* (1 Jn. 3:2). En la carta a los Hebreos, el autor afirma que sin *"santidad nadie verá al Señor"* (He. 12:14). La vida de fe discurre por caminos de santidad. La santidad cotidiana tiene que ver con la santificación, la experiencia de llevar a la vida diaria la condición de santo que se alcanza en el nuevo nacimiento. Tiene que ver con separarse de todo lo pecaminoso propio de la vida vieja. El creyente ha de persistir en la santificación haciendo de ello un objetivo prioritario (Fil. 2:12). La santificación es la voluntad de Dios para el salvo (1 Ts. 4:3). La santificación fue el propósito de Dios al llamar al pecador a salvación (1 Ts. 4:7). El carácter santo es una posesión individual en la cual debe progresarse cada día, como resultado de la obediencia a la Palabra y del seguimiento fiel a Jesucristo (Mt. 11:29; Jn. 13:15; Ef. 4:20; Fil. 2:5). El que no lleve una vida santa no puede ver, en el sentido de estar en comunión con Dios. Nada tiene que ver esto con una hipotética posición en la gloria que permita al creyente estar en ella pero no ver al Señor. En la gloria la Iglesia forma una unidad corporativa, como esposa del Cordero, y todos los redimidos estarán delante de Él. Juan afirma que todos *le veremos* (1 Jn. 3:2).

El *ver a Dios,* ὄψεται τὸν Κύριον, *verá al Señor,* en el versículo de la Epístola debe considerarse como sinónimo de comunión íntima y personal con Dios. Quien no vive una vida de separación del pecado no puede gozar de esta bendición, del favor y del trato personal con quien es absoluta, perfecta e infinitamente santo. Quien ha nacido de nuevo, ha sido purificado y limpiado con agua pura en la regeneración, ha recibido una vida nueva y con ella la disposición inherente en contra del pecado. Quien practica el pecado de forma habitual y siente en ello satisfacción, manifiesta no haber conocido a Dios, ni haberle visto con mirada de fe para salvación (1 Jn. 1:6; 3:6-9). Los que disfrutan de la comunión íntima de Dios, tienen ya el cielo en la tierra. Sólo los limpios de corazón son capaces de ver a Dios. Sólo ellos sienten profundo deseo de verlo. ¿Qué interés podría tener un corazón sucio en la comunión con quien rechaza y manifiesta su ira contra el pecado? La bendición de la santidad, lo que produce la felicidad íntima para el que es santo por posición y vive la santidad por condición, es la continua presencia de Dios en su vida, el permanente ver al Señor a su lado, disfrutando de su favor en intimidad admirable con Él.

Es más, quien practica el pecado, lo contrario a la santidad, manifiesta no haber conocido a Dios, ni haberle *visto* con mirada de fe para salvación (1 Jn. 1:6; 3:5-9). Quien no es hijo de Dios, tampoco verá al Señor. La santificación es un fruto que conduce a un fin (Ro. 6:22). La santificación práctica evidencia la condición de ser cristiano.

15. Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados.

ἐπισκοποῦντες μή τις ὑστερῶν ἀπὸ τῆς χάριτος τοῦ Θεοῦ, μή
Vigilad no alguno esté falto de la gracia - de Dios no
τις ῥίζα πικρίας ἄνω φύουσα ἐνοχλῇ καὶ δι᾽ αὐτῆς
ninguna raíz de amargura hacia arriba brotando cause dificultades y a causa de ella
μιανθῶσιν πολλοί,
sean contaminados muchos.

Notas y análisis del texto griego.

Introduce aquí la quinta advertencia solemne de la Epístola escribiendo: ἐπισκοποῦντες, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἐπισκοπέω, literalmente *ver por encima, mirar sobre, sobrever,* de ahí el sentido de *vigilar*, *observar atentamente*; μή, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*; τις, caso nominativo masculino singular del pronombre indefinido *alguno*; ὑστερῶν, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ὑστερέω, *faltar, tener necesidad,* aquí en sentido de *estar falto*; ἀπὸ, preposición de genitivo *de*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; χάριτος, caso genitivo femenino singular del

sustantivo *gracia*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*, no utilizado en castellano por relacionarse con nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre *Dios*; μή, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*; τις, caso nominativo masculino singular del pronombre indefinido *alguno*; ῥίζα, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *raíz*; πικρίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de amargura*; ἄνω, adverbio *hacia arriba*; φύουσα, caso nominativo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo, φύω, *germinar, crecer, brotar*, aquí *que brota*, *brotando*; ἐνοχλῇ, tercera persona singular del presente de subjuntivo en voz activa del verbo ἐνοχλέω, *atormentar, molestar*, *causar dificultades,* aquí como *cause dificultades*; καὶ, conjunción copulativa *y*; δι' forma contracta de la preposición de genitivo διά, aquí como *por medio, a causa*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal declinado *de ella*; μιανθῶσιν, tercera persona plural del aoristo primero de subjuntivo en voz pasiva del verbo μιαίνω, *contaminar*, aquí *sean contaminados*; πολλοί, caso nominativo masculino plural del adjetivo *muchos*.

De nuevo, como en las cuatro veces anteriores, el escritor inserta un paréntesis parenético solemne que comienza en este versículo y concluye en el último de este capítulo. La exhortación comienza con un llamamiento solemne a prestar atención, ἐπισκοποῦντες, que algunas versiones traducen como *"Mirad bien"*, aunque literalmente el verbo usado aquí[23] expresa la idea de *mirar por encima, sobrever,* de ahí que se traduzca el énfasis verbal como *observar atentamente, vigilad*. La parénesis tiene que ver con prestar mucha atención sobre alguna cosa. El participio de presente en que aparece el verbo expresa también una acción continuada como si reclamase atención permanente. La idea es la de una inspección ocular profunda como la que haría un centinela atisbando desde una atalaya. La atención de esta *mirada* es correcta, ya que se trata de *mirar bien*. Es la actividad propia del oficio de anciano o presbítero, que debe estar vigilante sobre la grey para detectar cualquier peligro para el rebaño (1 P. 5:2). La exhortación es primeramente personal, pero puede incluir también el *sobrever* sobre los hermanos.

La razón de esta demanda de atención es para μή τις ὑστερῶν ἀπὸ τῆς χάριτος τοῦ Θεοῦ, *"que no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios"*. Una expresión semejante se ha considerado antes (4:1). No quiere decir que el creyente pueda caer de la gracia y perder la salvación. La advertencia tiene que ver con las bendiciones propias de la salvación que pueden dejar de alcanzarse en la vida cristiana. Vivir bajo un sistema legalista, vincularse a los principios que regían la antigua alianza, supone desvincularse de la gracia (Gá. 5:4), de ahí que los recursos que Dios concede al que vive en el Nuevo Pacto, dejan de ser efectivos para quienes buscan otra vía que no sea la vida de fe en

[23] Griego ἐπισκοπέω.

dependencia plena de Dios. Quienes han muerto a la ley están libres de ella para vivir bajo el régimen nuevo del Espíritu, en libertad y poder. Anteriormente se ha considerado como el pecado puede privar al creyente de toda bendición y enfrentarle con el mayor grado de disciplina (2:3; 3:7ss; 5:11ss; 10:26ss). El escritor vuelve a reafirmarse en esa misma enseñanza y enfatiza la misma consecuencia.

En esta ocasión la advertencia sobre apartarse de la vida en la gracia, que no es otra cosa que la vida en la fe, trae aparejada la consecuencia primaria que ocasiona y que es la pérdida del gozo sustituida por raíces de amargura: μή τις ῥίζα πικρίας ἄνω φύουσα ἐνοχλῇ, *"que ninguna raíz de amargura brotando cause dificultad"*. Las palabras que definen la situación están tomadas de una referencia del Antiguo Testamento: *"No sea que haya en medio de vosotros raíz que produzca hiel y ajenjo"* (Dt. 29:18b), siguiendo, como es normal, la lectura de la versión LXX. Esto sería, en el texto del Pentateuco, la consecuencia para quienes dejasen a Jehová y siguiesen a otros dioses. La amargura fructifica en el corazón del creyente en donde brota. La contaminación comienza amargando al creyente en donde ha brotado la raíz de amargura, pero no queda el problema en él sólo, sino que, como planta venenosa se extiende y contamina a otros. La santidad no se contagia, pero el pecado sí. Un pecado íntimo y personal se extiende luego a la congregación afectando a muchos. La pérdida del gozo que se transforma en experiencia de amargura es el resultado de dejar a un lado la gracia, es decir, la vida en dependencia y bajo el control del Espíritu. Jesús vino con el propósito de producir, con su presencia en el cristiano, una vida de gozo abundante en donde antes había sólo -como dice Eclesiastés- vanidad y aflicción de espíritu. El mismo lo afirmó: *"Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia"* (Jn. 10:10). En esa abundancia de vida está necesariamente presente el gozo de Jesús en la vida de sus seguidores: *"Estas cosas os he hablado para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido"* (Jn. 15:11). La provisión de la gracia produce efectos contrarios a las raíces amargas: *"Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido"* (Jn. 16:24). En la oración intercesora, nuestro Señor pidió por el gozo completo de cada creyente: *"Pero ahora voy a ti; y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos"* (Jn. 17:13). La bendición divina en la gracia produce paz y gozo en la vida cristiana (Ro. 15:13). Sin embargo, todo lo que tiene que ver con gozo, tiene que ver con la acción del Espíritu Santo en la vida cristiana, ya que *"el fruto del Espíritu es…gozo"* (Gá. 5:22). Una raíz de amargura que brota es evidencia clara de la falta de acción del Espíritu Santo en la vida del creyente.

Pero, esta disfunción espiritual no afecta sólo al que la padece, sino que contamina y corrompe su entorno: καὶ δι᾽ αὐτῆς μιανθῶσιν πολλοί, *y a*

causa de ella muchos sean contaminados. Un cristiano amargado es amargura al resto de los hermanos. La influencia perniciosa de un amargado ocasiona desaliento y desánimo en quienes están en contacto con él. La raíz de amargura inicia su acción brotando desde el interior del creyente y amargándolo a él y a su propia vida, pero su acción alcanza a otros, ya que *"de la abundancia del corazón habla la boca"* (Lc. 6:45), transmitiéndoles en palabras y acciones la amargura que brotó en el corazón, contaminando a todo aquel que pueda estar bajo su zona de influencia.

16. No sea que haya algún fornicario, o profano, como Esaú, que por una sola comida vendió su primogenitura.

μή τις πόρνος ἢ βέβηλος ὡς Ἠσαῦ, ὃς ἀντὶ βρώσεως μιᾶς ἀπέδετο
No alguno fornicario o profano como Esaú el que por comida una entregó
τὰ πρωτοτόκια ἑαυτοῦ.
la primogenitura de él mismo.

Notas y análisis del texto griego.

Introduce aquí un nuevo ejemplo tomado de la historia antigua de Israel, escribiendo: μή, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*; τις, caso nominativo masculino singular del pronombre indefinido *alguno*; πόρνος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *fornicario*; ἢ, conjunción disyuntiva *o*; βέβηλος, caso nominativo masculino singular del adjetivo *profano*; ὡς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; Ἠσαῦ, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Esaú*; ὃς, caso nominativo masculino singular del pronombre relativo *el que*; ἀντὶ, preposición de genitivo, *por*; βρώσεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo *comida*; μιᾶς, caso genitivo femenino singular del adjetivo numeral cardinal *una*, con sentido de *una sola*; ἀπέδετο, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo ἀποδίδωμι, *dar, entregar,* aquí *entregó*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *lo*; πρωτοτόκια, caso acusativo neutro plural del sustantivo *primogenitura*; ἑαυτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre reflexivo declinado *de él mismo*.

La exhortación pretende llamar la atención sobre el pecado de deserción, estableciéndolo aquí bajo el calificativo de πόρνος *fornicario*: μή τις πόρνος, *"No sea que haya algún fornicario"*. Pudiera ser que se tratase de un pecado de fornicación literalmente hablando, pero el contexto demanda entenderlo más bien como una expresión figurada para referirse al pecado de deserción en la fe, apartándose de Dios para retroceder a sistemas humanos. Los dos pecados están relacionados con Esaú, a quien pone de ejemplo. El hijo de Isaac, se casó con mujeres heteas, conocidas por su permisividad moral y que fue de disgusto para sus padres (Gn. 26:34-35). Pudiera ser que en ese sentido el escritor aluda a Esaú como un *fornicario*, por cuanto dejó al Dios de sus padres

para seguir su propio camino. El término πόρνος, *fornicario* en griego tiene la misma raíz que *vender*, de ahí que la mujer que se *vende,* la prostituta, se le llame en griego con una palabra que tiene la misma raíz[24]. Algunos entre los destinatarios de la Epístola estaban claudicando sobre la firmeza en la fe o el retorno a sistema religioso antiguo del que habían salido.

Βέβηλος ὡς ᾿Ησαυ. Lo que sí es bíblicamente comprobable es que Esaú es ejemplo de un βέβηλος *profano*, en el sentido de no dar importancia a las cosas sagradas, considerándolas como comunes, por tanto sin que merezcan un respeto especial. Esaú fue un despreciador de las bendiciones y derechos divinos por su condición de primogénito. El hijo mayor tenía privilegios especiales sobre el resto de los hijos, con una mayor porción de herencia, la bendición paterna especial, el liderazgo familiar, etc. Esos privilegios sólo se perdían por faltas graves que hubiera cometido el primogénito, como ocurrió con Rubén (Gn. 35:22). En el contexto israelita el primogénito ocupaba un lugar especial y siendo varón pertenecía al Señor (Ex. 13:2; Nm. 3:13). Esaú, pese a ser el primogénito y con derecho a la herencia, la bendición y las promesas que Dios había confirmado a su padre, despreció todo esto, teniéndolo por menos que un solo plato de comida: ὃς ἀντὶ βρώσεως μιᾶς ἀπέδετο τὰ πρωτοτόκια ἑαυτοῦ: *el que por una comida entregó su primogenitura.* No se trataba de alcanzar el sostenimiento que necesitara de por vida, sino para poner remedio a un momento de debilidad física con ganas de comer. Profanador de lo sagrado al rebajar a menos importante su condición y las bendiciones de Dios que un plato de comida. Carecía de la más mínima capacidad de valoración espiritual. Retroceder en la carrera de la fe y despreciarla era un acto de extrema pecaminosidad que lo equiparaba a ser un profano como había ocurrido con Esaú.

17. Porque ya sabéis que aun después, deseando heredar la bendición, fue desechado, y no hubo oportunidad para el arrepentimiento, aunque la procuró con lágrimas.

ἴστε γὰρ ὅτι καὶ μετέπειτα θέλων κληρονομῆσαι τὴν εὐλογίαν
Porque sabéis que también después queriendo heredar la bendición
ἀπεδοκιμάσθη, μετανοίας γὰρ τόπον οὐχ εὗρεν καίπερ μετὰ
fue rechazado porque de arrepentimiento lugar no halló aunque con
δακρύων ἐκζητήσας αὐτήν.
lágrimas buscó la.

Notas y análisis del texto griego.

[24] Griego πόρνη.

Enfatizando las consecuencias del pecado escribe: ἴστε, segunda persona plural del perfecto de indicativo en voz activa del verbo οἶδα, *saber, conocer, comprender, entender*, aquí *sabéis*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al verbo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; καὶ, καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; μετέπειτα, adverbio de tiempo, *más tarde, después*; θέλων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo θέλω, *querer, desear*, aquí *queriendo*; κληρονομῆσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo κληρονομέω, *heredar*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; εὐλογίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *bendición*; ἀπεδοκιμάσθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo ἀποδοκιμάζω, *rechazar,* aquí *fue rechazado*; μετανοίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado que denota *de arrepentimiento*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al sustantivo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; τόπον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *lugar*; οὐχ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada; εὗρεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo εὑρίσκω, *hallar*, aquí *halló*; καίπερ, conjunción *aunque; bien que; a pesar de*; μετὰ, preposición de genitivo *con*; δακρύων, caso genitivo neutro plural del sustantivo *lágrimas*; ἐκζητήσας, caso nominativo masculino singular del participio aoristo primero en voz activa del verbo ἐκζητέω, *buscar, pedir cuentas, indagar,* aquí como *buscó*; aquí *buscó*; αὐτήν, caso acusativo femenino singular del pronombre personal *la*.

Ἴστε γὰρ ὅτι καὶ μετέπειτα θέλων κληρονομῆσαι τὴν εὐλογίαν ἀπεδοκιμάσθη. La acción de Esaú, cuando realmente se dio cuenta de lo que había perdido con su acción profana era algo bien conocido de los lectores, muchos de los cuales conocían el relato bíblico, puesto que eran judíos. Luego que Esaú supo lo ocurrido y la acción de su hermano Jacob que con engaño había obtenido la bendición que su padre le había otorgado, creyendo que era el primogénito, intentó por todos los medios que su padre rectificase lo que había hecho pero ya no había ocasión para hacerlo (Gn. 27:19-40). Especial intensidad se aprecia en el relato bíblico cuando Isaac descubrió el engaño de su hijo menor Jacob y ya había dado su bendición: *"Yo le bendije, y será bendito"* (Gn. 27:33). Sin duda la acción de Jacob es reprobable, engañar, mentir, usurpar, no en vano era ese el significado de su nombre, con todo, no debe dejar de entenderse también la acción profana de Esaú, que había *vendido* a su hermano su primogenitura por un solo plato de comida. Se aprecia la condición degradada, espiritualmente hablando, de aquellos dos hermanos. Cuando Esaú buscó la bendición, dice el escritor, ἀπεδοκιμάσθη, *"fue rechazado"*, utilizando para ello un verbo[25] que expresa la idea de desechar a alguien o algo. Esaú fue rechazado en su pretensión de recibir la bendición del primogénito por su padre Isaac. En la lectura del relato del Génesis sobre la bendición que

[25] Griego ἀποδοκιμάζω.

obtuvo Jacob con engaño, no debe perderse de vista que Dios había establecido anteriormente que la bendición que correspondería al primogénito fuese del segundo, como había manifestado a su madre Rebeca: *"Dos naciones hay en tu seno, y dos pueblos serán divididos desde tus entrañas; El un pueblo será más fuerte que el otro pueblo, y el mayor servirá al menor"* (Gn. 25:23). Dios había de hacer llegar la bendición correspondiente a Jacob, sin que este la hubiera tomado por engaño. Con todo, la soberanía de Dios y su determinación se cumplen siempre.

Esaú buscó luego la rectificación: μετανοίας γὰρ τόπον οὐχ εὗρεν *"y no hubo lugar para el arrepentimiento"*. La expresión debe ser bien entendida en correcta exégesis. En modo alguno se trata de una imposibilidad de arrepentimiento para Esaú, es decir, que aunque lo pretendiese no podría arrepentirse del mal que hizo despreciando la primogenitura, se trata de la imposibilidad de *arrepentimiento* en el sentido de cambiar de pensamiento y, por tanto, de acción, rectificando lo hecho anteriormente por Isaac su padre, ya que no podía bendecir a Esaú como primogénito porque lo había hecho con Jacob. Esaú procuró que su padre rectificara lo hecho otorgándole la bendición de la primogenitura, pero ya no era posible. Isaac no podía ni quería retirar la bendición pronunciada sobre Jacob, a pesar del ruego de Esaú (Gn. 27:34). Vino a suplicar el profano, pero ya no había remedio para las consecuencias de su acción.

En las puntualizaciones que hace el escritor usando el relato histórico, dice que Esaú intentó que su padre rectificase pero no pudo ser καίπερ μετὰ δακρύων ἐκζητήσας αὐτήν, *"aunque la procuró con lágrimas"*. Es una de las precisiones históricas del relato del Génesis: *"Y Esaú respondió a su padre: ¿No tienes más que una sola bendición, padre mío? Bendíceme también a mí, padre mío. Y alzó Esaú su voz, y lloró"* (Gn. 27:38). Procuró con lágrimas y llanto, ya que se dice que *alzó su voz*, que su padre cambiase y rectificase, otorgándole la bendición, pero ni el ruego, ni las lágrimas, podían cambiar la situación. Esaú es ejemplo de quien comete pecado voluntario despreciando las cosas de Dios. Podría preguntarse si hay algún pecado que no tenga perdón. La respuesta bíblica es precisa: el arrepentimiento y la confesión obtienen el perdón del pecado. Si se trata de un pecador perdido, no hay pecado que no sea cancelado al creer en Jesucristo y entregarse a Él, como Salvador personal. Si se trata de un creyente, cualquier pecado confesado (1 Jn. 1:9), restaura la comunión con Dios. Pero, es preciso entender que el pecado deja *cicatrices* morales y espirituales que no desaparecen con la confesión, ni por el paso del tiempo. De la misma manera que una acción imprudente puede originar una lastimadura en el cuerpo humano que puede curarse, sin embargo, las cicatrices de esa herida permanecen visibles a lo largo del tiempo. El pecado deja huella en la persona. No impide la restauración y el servició, pero quedan las

lastimaduras permanentemente a lo largo de la historia del creyente. Ese fue el caso de David, que aunque su pecado con Betsabé fue confesado y perdonado, nunca más fue como había sido y las circunstancias personales y familiares cambiaron notablemente desde entonces hasta su muerte.

El aliento para la vida (12:18-24).

18. Porque no os habéis acercado al monte que se podía palpar, y que ardía en fuego, a la oscuridad, a las tinieblas y a la tempestad.

Οὐ γὰρ προσεληλύθατε ψηλαφωμένῳ[1] καὶ κεκαυμένῳ πυρὶ καὶ
Porque no os habéis acercado a palpable y ardiendo a fuego y
γνόφῳ καὶ ζόφῳ καὶ θυέλλῃ
a oscuridad y a tiniebla y a torbellino.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.
[1] ψηλαφωμένῳ, *a palpable*, atestiguado en **p**^{46}, ℵ, A, C, 048, 33, it$^{ar, c, dem, div, f, t}$, vg^{ww}, syr^{p}, cop$^{sa, bo}$, eth, Orígenes^{lat}, Crisóstomo^{comm}, Eutilio, Primasio.

ψηλαφωμένῳ ὄρει, *a palpable monte*, como se lee en D^{gr}, K, Ψ, 88, 614, 629, 630, 1881, 1962, 1984, 2127, 2492, 2496, *Lec. Biz.* Vg^{cl}, Orígenes^{lat}, Atanasio, Efraín, Teodoreto, Ps-Atanasio, Juan Dasmasceno, Ps-Oecumenius.

ὄρει ψηλαφωμένῳ, lectura en 69, 255, 462, syr^{h}, arm. Crisóstomo.

Siguiendo con la argumentación escribe: Οὐ, adverbio de negación *no*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al adverbio y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; προσεληλύθατε, segunda persona plural del perfecto de indicativo en voz activa del verbo προσέρχομαι, *acercarse*, aquí *os habéis acercado*; ψηλαφωμένῳ, caso dativo neutro singular del participio de presente en voz activa declinado del verbo ψηλαφάω, *tocar, buscar a tientas,* aquí *a palpable*; καὶ, conjunción copulativa *y*; κεκαυμένῳ, caso dativo neutro singular del participio de presente en voz activa declinado del verbo καίω, *encender, arder,* aquí *ardiendo*; πυρὶ, caso dativo neutro singular declinado del sustantivo que denota *a fuego*; καὶ, conjunción copulativa *y*; γνόφῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo declinado *a oscuridad*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ζόφῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo declinado *a tiniebla*; καὶ, conjunción copulativa *y*; θυέλλῃ, caso dativo femenino singular del sustantivo declinado *a tormenta, huracán, torbellino.*

Un cierto problema surge en la utilización del texto griego, ya que el término *monte* no aparece en los mss más seguros. De modo que probablemente el escritor esté refiriéndose a Dios mismo, más que al monte donde se había manifestado su presencia. Con todo, aunque esta sea la forma más probable del texto, no cabe duda que la presencia de Dios hizo formidable el lugar donde se

había manifestado que era el monte Sinaí. En un sentido hay una figura entre el Sinaí, como ejemplo del monte donde se había dado la ley con el miedo que producía la presencia de Dios en su dimensión gloriosa de poder y majestad, y el contraste en la figura de la Jerusalén celestial, lugar donde los creyentes estarán en plena y perpetua relación con Dios viviendo en su misma presencia. El contraste aquí estaría entre el monte Sinaí y el monte de Sión. La intención del escritor es que sirva de estímulo al amor y a las buenas obras. El Sinaí inspiraba terror y distanciaba, el de Sión invita al acercamiento y a la intimidad.

La referencia a Dios en la manifestación del texto es también una referencia velada al monte Sinaí. El texto afirma: οὐ γὰρ προσεληλύθατε ψηλαφωμένῳ *"porque no os habéis acercado al monte que se podía palpar"*, literalmente se lee: *"porque no os habéis acercado al que se busca a tientas"*, en una referencia muy directa a Dios mismo conforme a lo que declara el apóstol Pablo en su discurso en Atenas: *"Para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros"* (Hch. 17:27). Esta admirable dimensión de Dios se hizo presente en el monte Sinaí, donde se dio la Ley. Lo que sigue corresponde a la descripción bíblica de los acontecimientos que rodearon la entrega de la Ley (Ex. 19:16-19; 20:18-21). En ese sentido, el monte no era algo espiritual, sino un lugar palpable, es decir, real.

La primera característica de aquella manifestación de Dios en el monte es κεκαυμένῳ πυρὶ, *"ardía en fuego"*, el verbo usado en el griego[26] es un participio perfecto que expresa la idea de *algo que quema*. Era un monte que quemaba, una montaña humeante: *"Todo el pueblo observaba el estruendo y los relámpagos, y el sonido de bocina, y el monte que humeaba"* (Ex. 20:18). El aspecto del monte expresión visible de la presencia de Dios en él, llenaba de terror al pueblo, por tanto, nadie tenía intención, ni podía acercarse a ese lugar, donde se manifestaba la presencia de Dios en su gloria. Además en aquel lugar había γνόφῳ καὶ ζόφῳ καὶ θυέλλῃ *"tinieblas y tempestad"*, literalmente *a oscuridad, tinieblas y torbellino,* eso mismo se dice del Sinaí: *"Y os acercasteis y os pusisteis al pie del monte; y el monte ardía en fuego hasta en medio de los cielos con tinieblas, nube y oscuridad"* (Dt. 4:11). Dios dio su Ley en medio de un entorno como el descrito: *"Estas palabras habló Jehová a toda vuestra congregación en el monte, de en medio del fuego, de la nube y de la oscuridad, a gran voz"* (Dt. 5:22). Toda esa manifestación de la presencia de Dios se veía como una expresión de la ira de Dios cuya santidad no puede permitir el pecado. Dios hablaba desde el torbellino, o desde la tempestad, o desde la tormenta (Job 38:1). Esa visión de fuego y tormenta es la forma en que el profeta describe la venida del Señor para *"descargar su ira con furor, y su*

---

[26] Griego καίω.

reprensión con llama de fuego” (Is. 66:15). La idea que subyace en el contexto es que la Ley fue dada en medio de una manifestación de Dios que impedía a los hombres aproximarse a Él, llenándolos de terror.

19. Al sonido de la trompeta, y a la voz que hablaba, la cual los que la oyeron rogaron que no se les hablase más.

καὶ σάλπιγγος ἤχῳ καὶ φωνῇ ῥημάτων, ἧς οἱ ἀκούσαντες
Y de trompeta a sonido y a voz de palabras la que los que oyeron
παρῃτήσαντο μὴ προστεθῆναι αὐτοῖς λόγον,
rogaron que no fuese añadida a ellos palabra.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue el relato de la presencia de Dios en el Sinaí, recordándoles: καὶ, conjunción copulativa *y*; σάλπιγγος, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de trompeta*; ἤχῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo declinado que denota *a sonido*; καὶ, conjunción copulativa *y*; φωνῇ, caso dativo femenina singular del sustantivo declinado *a voz, a grito, a sonido, a ruido, a lenguaje,* aquí *a voz*; ῥημάτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo declinado *de palabras*; ἧς, caso genitivo femenino singular del pronombre relativo *la que*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἀκούσαντες, caso nominativo masculino plural con el participio aoristo primero en voz activa del verbo ἀκούω, *oír*, aquí como *que oyeron*; παρῃτήσαντο, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz media del verbo παραιτέομαι, *rogar*, aquí *rogaron*; μή, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*; προστεθῆναι, aoristo primero de infinitivo en voz pasiva del verbo προστίθημι, *añadir, aumentar,* aquí *fuese añadida*; αὐτοῖς, caso dativo masculino singular del pronombre personal declinado *a ellos*; λόγον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *palabra.*

La manifestación de la presencia de Dios en el Sinaí iba acompañada de σάλπιγγος ἤχῳ *sonido de trompeta*, o tal vez mejor de bocina, un sonido ronco semejante al que producía el cuerno de animal usado como instrumento de viento, aquel sonido de bocina se hacía cada vez más intenso, mientras Moisés hablaba con Dios y Él le respondía *“con voz tronante”* (Ex. 19:16-19). De ahí la referencia también a la καὶ φωνῇ ῥημάτων *“voz que hablaba”* como se lee literalmente en el texto griego de este versículo. Con esa misma voz y rodeado de aquel impresionante despliegue de sonidos, oscuridad, torbellinos, en sentido de aparente tormenta, Dios promulgó la Ley y la entregó a Moisés para que por ella se rigiera el pueblo: *“Y habló Jehová con vosotros de en medio del fuego; oísteis la voz de sus palabras, mas a excepción de oír la voz, ninguna figura visteis. Y Él os anunció su pacto el cual os mandó poner por obra; los diez mandamientos, y los escribió en dos tablas de piedra”* (Dt. 4:12, 13).

La consecuencia de aquellas manifestaciones que evidenciaban la presencia de Dios en el monte, fue la de producir terror en el pueblo, como recuerda Moisés en el relato del acontecimiento: *“y se estremeció todo el pueblo que estaba en el campamento”* (Ex. 19:16b), *“Todo el pueblo observaba el estruendo y los relámpagos, y el sonido de la bocina, y el monte que humeaba, y viéndolo el pueblo, temblaron, y se pusieron de lejos”* (Ex. 20:18). Ese terror estaba también en la mente del escritor de la Epístola al escribir: ἧς οἱ ἀκούσαντες παρῃτήσαντο μὴ προστεθῆναι αὐτοῖς λόγον, *“La cual los que la oyeron rogaron que no se les hablase más”*. El pueblo pedía que Dios no les hablara más por el modo espantoso de hacerlo. Todo el pueblo pedía a Moisés que fuera él quien les representara en el diálogo con Dios: *“Y dijeron a Moisés: Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos; pero no hable Dios con nosotros, para que no muramos”* (Ex. 20:19).

20. Porque no podían soportar lo que se ordenaba: Si aún una bestia tocare el monte, será apedreada, o pasada con dardo.

οὐκ ἔφερον γὰρ τὸ διαστελλόμενον· κἂν θηρίον θίγῃ τοῦ ὄρους,
Porque no podían lo que era mandado: Aún si bestia tocase el monte
λιθοβοληθήσεται·
será apedreada.

Notas y análisis del texto griego.

Sin interrupción continúa con las referencias a la manifestación de Dios, escribiendo: οὐκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada, que negativiza a ἔφερον, tercera persona plural del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo φέρω, *soportar,* aquí *soportaban*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al adverbio y al verbo, y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; διαστελλόμενον, caso acusativo neutro singular del participio de presente en voz pasiva del verbo διαστέλλω, *ordenar, mandar,* aquí *que era mandado*; κἂν, adverbio *aun sí, y aunque*, que establece una condición de tercera clase con el verbo; θηρίον, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *animal salvaje, bestia, fiera*; θίγῃ, tercera persona singular del aoristo segundo de subjuntivo en voz activa del verbo θιγγάνω, *tocar,* aquí *tocase*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *el*; ὄρους, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *monte*; λιθοβοληθήσεται, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo λιθοβολέω, *apedrear*, aquí como *será apedreada*.

Οὐκ ἔφερον γὰρ τὸ διαστελλόμενον· κἂν θηρίον θίγῃ τοῦ ὄρους, λιθοβοληθήσεται. Dios había establecido un límite de separación entre el pueblo y el monte que en modo alguno podía traspasarse. Dios había regulado incluso lo que debía hacerse con los animales que traspasaran los lindes: *“Y señalarás término al pueblo en derredor, diciendo: Guardaos, no subáis al*

monte, ni toquéis sus límites; cualquiera que tocare el monte, de seguro morirá. No lo tocará mano, porque será apedreado o asaeteado; sea animal o sea hombre, no vivirá” (Ex. 19:12-13). En el texto griego no aparece la expresión *asaeteada,* o *pasada con dardo*, que está en RV. En la disposición para evitar que nadie traspasara el límite establecido en torno al monte, es lógico que se determinara también el asaetamiento para cualquier animal que entrase en el perímetro y se mantuviera en él, porque quien ejecutara el mandamiento de darle muerte no podía hacerlo de otro modo para que no entrara dentro de los límites establecidos. El distanciamiento entre el hombre y Dios a causa de la condición del hombre y de la santidad de Dios, hacía necesaria una separación semejante. Que persistía en las disposiciones del antiguo pacto, por cuanto sólo el sumo sacerdote podía entrar una vez al año al Lugar Santísimo para ministrar en el día de la expiación.

21. Y tan terrible era lo que se veía, que Moisés dijo: Estoy espantado y temblando.

καί, οὕτω φοβερὸν ἦν τὸ φανταζόμενον, Μωϋσῆς εἶπεν· ἔκφοβος εἰμι
Y tan terrible era lo que se dejaba ver Moisés dijo: Aterrado estoy
καὶ ἔντρομος.
y tembloroso.

Notas y análisis del texto griego.

Sin interrupción en el relato concluya la referencia vinculando ambas partes con καί, conjunción copulativa *y,* seguida de οὕτω, adverbio de cantidad, apócope de *tanto*, aquí *tan*; φοβερὸν, caso nominativo neutro singular del adjetivo *terrible, aterrador*; ἦν, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí *era*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*; φανταζόμενον, caso nominativo neutro singular del participio de presente articular en voz pasiva del verbo φαντάζω, *aparecer, hacer visible*, aquí *que se veía*; Μωϋσῆς, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Moisés*; εἶπεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo εἶπων, aoristo de λέγω, *decir,* aquí *dijo*; ἔκφοβος, caso nominativo masculino singular del adjetivo, *aterrado*, o *aterrorizado*; εἰμι, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *estar*, aquí *estoy*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔντρομος, caso nominativo masculino singular del adjetivo *tembloroso*.

Καί, οὕτω φοβερὸν ἦν τὸ φανταζόμενον, Μωϋσῆς εἶπεν· ἔκφοβος εἰμι καὶ ἔντρομος. La presencia de Dios y los acontecimientos del Sinaí, producían temor no sólo en el pueblo, sino también en Moisés. Esta es una revelación del Nuevo Testamento sobre un dicho de Moisés del que no hay constancia en los escritos del Antiguo. Una referencia semejante está recogida en el discurso de defensa de Esteban delante del Sanedrín, si bien en aquella ocasión hacía referencia al suceso de la zarza ardiendo, en donde se le apareció

Dios para enviarle a libertar al pueblo esclavo en Egipto (Hch. 7:32). La única manifestación bíblica del terror de Moisés se produjo ante la ira de Dios por el pecado del pueblo en el acto idolátrico del becerro de oro (Dt. 9:19). En la ocasión de la zarza ardiendo Moisés cubrió su rostro para no mirar directamente al lugar donde se manifestaba la presencia de Dios (Ex. 3:6). Por esa razón se formó una tradición en relación con el terror que la presencia de Dios producía en Moisés y que hay que considerarla como verdadera, por cuanto a ella se refiere el escritor de la Epístola, en un escrito inspirado por Dios, que lo hace inerrante. Esta referencia permite entender el miedo del pueblo, ya que Moisés que hablaba con el Señor directamente y estaba en su presencia en el monte estaba aterrorizado y tembloroso, cuanto más el pueblo que nunca había estado en la intimidad con Dios como era la experiencia de su siervo. Todo esto establece un notable contraste con lo que sigue. Los que vivían en la dispensación de la Ley no podía acercarse a Dios, pero será diferente a los del Nuevo Pacto.

22. Sino que os habéis acercado al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles.

ἀλλὰ προσεληλύθατε Σιὼν ὄρει καὶ πόλει Θεοῦ ζῶντος,
Mas bien os habéis acercado a Sión monte y a ciudad de Dios vivo
Ἰερουσαλὴμ ἐπουρανίῳ, καὶ μυριάσιν ἀγγέλων, πανηγύρει
a Jerusalén celestial, y a millares de ángeles asamblea festiva.

Notas y análisis del texto griego.

Introduce el contraste escribiendo: ἀλλὰ, conjunción adversativa *sino*, *más bien*; προσεληλύθατε, segunda persona plural del perfecto de indicativo en voz activa del verbo προσέρχομαι, *acercarse,* aquí como *os habéis acercado*; Σιὼν, caso dativo femenino singular del nombre propio declinado *a Sion*; ὄρει, caso dativo neutro singular del sustantivo *monte*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πόλει, caso dativo femenino singular del sustantivo *ciudad*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre declinado *de Dios*; ζῶντος, caso genitivo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ζάω, *vivir*, aquí *vivo*; Ἰερουσαλὴμ, caso dativo femenino singular del nombre propio declinado *a Jerusalén*; ἐπουρανίῳ, caso dativo femenino singular del adjetivo *celestial*; καὶ, conjunción copulativa *y*; μυριάσιν, caso dativo femenino plural del sustantivo *millares*; ἀγγέλων, caso genitivo masculino plural del sustantivo declinado *de ángeles*; πανηγύρει, caso dativo femenino plural del sustantivo *asamblea festiva*.

Ἀλλὰ προσεληλύθατε Σιὼν ὄρει καὶ πόλει Θεοῦ ζῶντος. Si el primer monte, Sinaí, establecía distanciamiento, separación terror y temblor que impedía a los creyentes acercarse a la presencia de Dios, el segundo por el contrario va a expresar proximidad, comunión y compañerismo de los creyentes con Dios mismo. Este monte se identifica con Sion y es impalpable desde la

experiencia actual del hombre, porque es expresión de las bendiciones celestiales. Monte de Sion es equivalente a la ciudad del Dios vivo, que aquí se le llama la Ἰερουσαλὴμ ἐπουρανίῳ, *Jerusalén celestial*. El monte de Sion está relacionado en el Antiguo Testamento con el lugar donde Dios manifiesta su presencia de un modo especial y pleno y se le relaciona incluso con las promesas para el reino futuro y eterno (Sal. 2:6).

Los creyentes se προσεληλύθατε, *han acercado* ya a este lugar. No es, por tanto una situación futura, sino presente, pero, también se trata de una situación posicional en Cristo con quien los creyentes ya están sentados en lugares celestiales, aunque sean visiblemente peregrinos en la tierra (Ef. 2:6). Los cristianos se han acercado a Dios por medio de Jesucristo. A estos se les ha exhortado antes en la Epístola para que se *acerquen* a la intimidad de Dios con corazones sinceros y en plena certidumbre de fe (10:22). Se acercan para participar de la comunión, disfrutar de su presencia y recibir sus bendiciones.

Al Σιὼν ὄρει, monte de Sión se le hace sinónimo de Ἰερουσαλὴμ ἐπουρανίω, *Jerusalén celestial*, expresando la condición de ella, al llamarle a la ciudad del *Dios viviente*: πόλει Θεοῦ ζῶντος, literalmente *ciudad del Dios vivo,* por ser Dios mismo su arquitecto y constructor (11:10). Esa es la ciudad que los creyentes de la antigua dispensación esperaban. El mismo nombre es el que el apóstol Pablo le da en la Epístola a los Gálatas (Gá. 4:26). Es uno de los nombres dados al lugar que Cristo prepara para los suyos y que Él mismo prometió para los creyentes (Jn. 14:1-4). El Dios vivo es el Dios de la gracia y de las promesas, no el que aterrorizaba el pueblo en la manifestación de su presencia en el monte Sinaí. Es el lugar que alienta la esperanza del creyente como peregrino (13:14). No se trata de algo temporal, por glorioso que pudiera resultar, sino de una ciudad con perspectiva trascendente y dimensión eterna. Dios mismo prepara un lugar para quienes son suyos, como hijos y como pueblo de la fe.

A esta ciudad, se le llama Ἰερουσαλὴμ ἐπουρανίῳ, *Jerusalén la celestial*. Corresponde a una esfera celestial, en donde está el Señor, esperanza del creyente. *Jerusalén*, como nombre, parece estar vinculado con *paz*, lo que concuerda plenamente con la relación del creyente y la paz expresada en el capítulo. En el mundo sólo existe inquietud y ausencia de paz, tanto entre los que no conocen a Dios, como en la experiencia del creyente que padece por causa de no ser del mundo (Jn. 16:33). Sin embargo, para quienes han alcanzado en Cristo la paz con Dios por la fe (Ro. 5:1) y a quienes experimentan la paz de Jesús en ellos mismos por la acción del Espíritu (Jn. 14:27; Gá. 5:22), Dios prepara un lugar en donde la paz será la forma natural de la vida. Esta ciudad recibe distintos nombres en el Nuevo Testamento: Aquí en Hebreos *Jerusalén celestial*; también *Jerusalén de arriba* (Gá. 4:26); *La ciudad de mi Dios* (Ap.

3:12); *La nueva Jerusalén* (Ap. 3:12); *La ciudad santa* (Ap. 21:2) y *La gran ciudad santa* (Ap. 21:10). El Nuevo Testamento da detalles amplios sobre las características de esa ciudad.

El primer aspecto destacable de la Jerusalén celestial son sus dimensiones. El apóstol Juan la describe como una ciudad establecida en cuadro con sus dimensiones de longitud, altura y anchura iguales, lo que sugiere la idea de un cubo perfecto o incluso de una pirámide (Ap. 21:16). Entre los griegos el cuadrado era símbolo de perfección, de tal manera que las ciudades más importantes de oriente, tenían forma cuadrangular. Juan vio una ciudad con una simetría perfecta. Cuatro es el número simbólico para referirse a la tierra, que tiene cuatro puntos cardinales, la ciudad tiene cuatro ángulos y estará asentada en la tierra. Todo lo de la ciudad tiene relación con el hombre, en comunión con Dios, en la experiencia de vida en una nueva creación, donde habrá una nueva tierra y un nuevo cielo. La ciudad misma destaca el sentido de perfección. La revelación en Apocalipsis da también sus medidas: *"ciento cuarenta y cuatro codos"* (Ap. 21:17). El ángel midió la ciudad con la caña de medir que tenía en su mano. Algunos consideran que la medición final era el perímetro total de la ciudad[27], sin embargo, el texto griego exige entender que las medidas correspondían a cada uno de los lados del cuadrado perfecto de la ciudad. La medida arrojó la cifra de doce mil estadios. Es necesario convertir estas medidas a metros para tener una idea aproximada de la dimensión del área de la ciudad. La dificultad está en determinar la equivalencia del estadio, medida que utiliza Juan. Cada estadio tenía cuatrocientos codos y cada codo, ordinario, que se llamaba *de hombre*, medía cuarenta y cinco centímetros. El codo real o antiguo (Ez. 40:5), tenía cincuenta y dos centímetros y medio. Aquí debe aplicarse el codo ordinario, ya que el mismo pasaje lo indica (v. 17). Hecha la conversión daría:

1 estadio x 400 codos x 45 cm. = 180 m.
12000 estadios x 180 m = 2.160.000 m. = 2.160 Km.

La superficie de la ciudad, siendo un cuadrado sería 2.160 Km. x 2.160 Km. = 4.665.600 Km^2. algo menos de la mitad de la superficie de Europa.

Pero, todavía más, el versículo afirma que la *"longitud, la altura y la anchura de ella son iguales"*, introduciéndonos aquí a dimensiones de volumen. Supondría que:

2.160 Km. de longitud x 2.160 Km. de anchura x 2.160 Km. de altura = 10.077.696 Km^3.

[27] Entre otros Sebastián Bartina. Editorial BAC. *Apocalipsis.* pág. 833.

La dimensión de superficie es asombrosamente grande para una ciudad, pero supone algo inconcebible la dimensión de volumen, ya que la altura equivaldría a 2.160 Km. cuando el monte más alto de la tierra es un poco menor de 9 Km. de altura. Aunque algunos consideran que la forma de la ciudad es piramidal, la interpretación literal del texto bíblico no faculta para entender una estructura que no sea cúbica. Con toda claridad se lee en el texto griego que las tres medidas, longitud, anchura y altura son iguales. La nueva Jerusalén será el lugar donde Dios manifiesta, de un modo singular y especial, su presencia, como lo hacía también en el Lugar Santísimo, primero del tabernáculo y luego del templo de Salomón. Las medidas de ese departamento eran cúbicas e iguales, tanto de largo, como de ancho y de alto. Es cierto que nadie puede en la actualidad suponer una construcción con 2.160 Km. de altura, sin embargo, ¿qué es esa medida comparada con el volumen total de la tierra actual? ¿No se está tratando de una nueva creación que Dios traerá a la existencia en sustitución de la actual? ¿Quién puede dudar que el Creador que ha hecho un universo actual con dimensiones sobrecogedoras, construya una ciudad semejante a la que Juan describe? El Señor hizo una afirmación notable en relación con la realidad de esa ciudad: *"En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis"* (Jn. 14:2-3). El Creador de todas las moradas que hay en la casa del Padre, referidas estas palabras a la creación actual con sus millones de galaxias, han sido hechas por el mismo Señor Jesucristo (Jn. 1:3; Col. 1:16). Además, la creación actual con asombrosas dimensiones, se sustenta en el orden cósmico establecido, por la palabra autoritativa y soberana de Jesucristo (He. 1:3). Por tanto, quien ha podido crear todo cuanto existe y sustentarlo, puede hacer algo más pequeño en dimensiones, como será la Ciudad Celestial. No hay, pues, razón alguna para buscar argumentos que humanamente hagan posible esto y formas que se ajusten al subjetivismo propio del hombre. La profecía revela, por medio de Juan, que la Ciudad Santa, tendrá unas medidas que la harán apropiada para recoger dentro de ella a los millones de santos que han sido salvos por gracia, mediante la fe, a lo largo del tiempo transcurrido de la historia humana. La idea que se hace relevante en las dimensiones de la ciudad, va complementando la imagen que el pasaje da de ella, que junto con la belleza de su luminosidad, estarán las dimensiones enormes para la habitabilidad de todos los salvos. Téngase en cuenta, que aun cuando la vida en la esfera de la glorificación, varía absolutamente los parámetros físicos de los cuerpos actuales, los salvos resucitados y glorificados no serán espíritus, sino cuerpos glorificados que ocuparán lugar en el espacio. El Señor hizo énfasis en esto cuando dijo a los discípulos, que contemplaban asombrados su cuerpo resucitado: *"Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene*

carne ni huesos, como veis que yo tengo" (Lc. 24:39). Quienes vivimos en ciudades muy pobladas, nos damos cuenta de las incomodidades de vida en una población concentrada en un espacio pequeño; al mirar al futuro, la nueva Jerusalén, ofrece la confortable visión de un espacio tan amplio que no habrá posibilidad de insuficiencia en ningún sentido.

Otro elemento de la ciudad es la belleza. La descripción en Apocalipsis la detalla como rodeada de un muro de jaspe, con doce puertas, sustentado tanto el muro como la ciudad sobre cimentación hecha con piedras preciosas, siendo las puertas equiparables a perlas y las construcciones y calles de la ciudad de oro puro (Ap. 21:12, 18-21). El material del muro se equipara al jaspe, que no equivale necesariamente a la actual piedra llamada de ese modo que es una variedad de la calcedonia opaca, intensamente colorada, compacta y de fractura concoide, o que también puede ser un tipo de mármol veteado. En tiempos de la Epístola podría tratarse incluso del diamante. Todo ello dirige la mente a entender, aunque muy distantemente de la realidad que será, la gloria de la Ciudad en sus más mínimos aspectos y en la totalidad de la misma, que superará en todo a la realización de los más grandes deseos humanos. El profeta hablando inspirado en relación con el pueblo de Dios en el futuro del reino de los cielos dice: *"Pobrecita, fatigada con tempestad, sin consuelo; he aquí que yo cimentaré tus piedras sobre carbunclo, y sobre zafiros te fundaré. Tus ventanas pondré de piedras preciosas, tus puertas de piedras de carbunclo, y toda tu muralla de piedras preciosas"* (Is. 54:11-12). Los hombres de fe en la antigua dispensación esperaban una ciudad de esta manera, como canta Tobías, en el apócrifo del mismo nombre[28]: *"Porque reconstruirá Jerusalén y en ella su templo por los siglos… Las puertas de Jerusalén serán reconstruidas con zafiros y esmeraldas y todos sus muros con piedras preciosas. Las torres de Jerusalén serán edificadas con oro y sus baluartes con oro fino. Las calles de Jerusalén serán pavimentadas con rubís y piedras de Ufir"* (Tob. 13:17-18). El material del muro de la ciudad que Juan vio era como una piedra preciosa, concordando en todo con las revelaciones proféticas anteriores a la de él. Lo más externo de la ciudad será tan glorioso como el resto de ella. Toda la ciudad, desde los muros, reflejará la gloria de Dios. Bien pudiera ser, a la luz de la profecía, que la muralla de la ciudad fuese una incrustación de piedras preciosas traslúcidas o trasparentes que brillarán continuamente por la luz de la presencia de Dios en la ciudad. El material constructivo en la ciudad se compara con el oro puro, es decir, oro finísimo. Es notable observar que en la descripción que se hace de la ciudad en el Apocalipsis, la construcción gramatical del texto griego al referirse a la ciudad en sí, no dice en *genitivo* que era *de* oro, sino que lo expresa en un nominativo que expresa la idea de lo que es absolutamente *oro*.

---

[28] Se debe entender que los libros *apócrifos* no son escritos inspirados, pero en ellos se descubren las esperanzas y la fe de creyentes de la antigua dispensación.

Sorprende también que ese oro, absolutamente puro, es también, según Juan, *transparente*, semejante al *vidrio limpio*. El vidrio, en tiempos de Juan, era también un objeto precioso. El oro, como metal, no es transparente, sino opaco, si bien, cuando es oro pulido refleja admirablemente la luz. ¿Es transparente la ciudad? Más bien la idea que aparece en el texto bíblico es que toda la ciudad está diseñada para que refleje la luz de la presencia de Dios, por medio de los materiales constructivos de ella. El oro es, en la Biblia, figura de la deidad, por tanto, la idea es que se trata de una construcción que sólo el Arquitecto divino podrá llevar a cabo y con materiales que proceden de Él mismo. Por otro lado, el cristal puro, expresa la idea de limpieza absoluta; será una ciudad sin mancha. La inmaculada pureza que Juan vio era tal que se *asemejaba* al vidrio limpio. La suciedad se pone de manifiesto inmediatamente cuando se ve un vidrio al trasluz. El apóstol está utilizando símiles de lo más glorioso y perfecto que el hombre conoce para poder transmitir las glorias que aprecia en la visión de la Ciudad Celestial. En Apocalipsis se describe también la cimentación de la ciudad, comparándola a doce piedras preciosas (Ap. 21:19-20). La visión describe los cimientos que corren a lo largo de la ciudad y que se dejan ver por debajo de los muros, establecidos sobre piedras preciosas. El texto griego dice que *habían sido adornados*, es decir, los cimientos no sólo eran sólidos para dar sustentación del muro, sino que fueron puestos para embellecer la ciudad, es decir, eran hermosos. Para el adorno se utilizaron piedras preciosas que se mencionan tres veces en la Biblia: La primera mención ocurre al describir el pectoral del sumo sacerdote (Ex. 28:15-20); la segunda en las vestiduras del más grande querubín creado por Dios, que luego vino a ser Satanás (Ez. 28:13); la tercera vez en los cimientos de la nueva Jerusalén. En cada ocasión y también en esta, como todo cuanto hay en la ciudad describen la gloria y hermosura de lo que está íntimamente relacionado con Dios. Los cimientos del muro de la ciudad son singularmente únicos, nada comparable con ellos en cuanto a belleza y singularidad (Ap. 21:19-20). El primer cimiento era *jaspe*. El nombre de las piedras preciosas en el Nuevo Testamento no coincide siempre con lo que supondrían en la actualidad. De ahí que resulte un tanto difícil precisar, sin lugar a error, las características de cada uno de ellos. En este sentido, el primer fundamento, sería idéntico al del material utilizado para la construcción del muro, que podría ser una piedra como traslúcida como el cuarzo, o también semejante al ágata, una variedad de calcedonia formada por capas concéntricas de varios colores, debidas a los óxidos metálicos y a la interposición de otros minerales, lo que le daría tonalidades rojas, marrones, amarillas, verde o incluso grises. Podría ser también un ónice, un ágata blanca o listada de colores alternativamente claros y oscuros. Más bien, siguiendo la interpretación general dada antes, se trataría de una piedra semejante al cuarzo transparente o al diamante. El segundo cimiento era *zafiro*, una piedra preciosa mencionada varias veces en el Antiguo Testamento (cf. Ex. 24:10; Is. 54:11; Ez. 1:26; 10:1). Es una variedad azul del corindón, que es el oxido de aluminio romboédrico,

incoloro o teñido de azul, rojo, amarillo, etc. Es una piedra preciosa muy apreciada en joyería, destacando el *leucozafiro,* incoloro y transparente, el *zafiro oriental*, de color verde, el *topacio oriental*, de color amarillo. El zafiro de tonalidades azules oscuras, es una piedra preciosa de gran valor. Algunos eruditos consideran que esta piedra, pudiera ser también un *lapislázuli,* que es la forma propia de la *lazurita*, de color azul intenso. El tercer fundamento era *calcedonia*, algunos traducen como *ágata,* una variedad de calcedonia formada por capas concéntricas de varios colores, debidas a los óxidos metálicos y a la interposición de otros minerales, lo que le daría tonalidades rojas. La calcedonia es una variedad de sílice microcristalina, a menudo traslúcida y que por lo general toma un veteado de colores vivos muy vistosos. En este caso podría tratarse de tonalidades rojizas o marrón-rojizas. En cuarto lugar aparece la *esmeralda*. Una variedad de berilo noble, de color verde debido al óxido de cromo, que contiene. Es una piedra preciosa que, una vez tallada, presenta un brillo intenso. Funde difícilmente al soplete y es inatacable por los ácidos. Una de las piedras preciosas más destacables. Figura en quinto lugar la *sardónica*. Se trata de un ónice o ágata listada de colores claros y oscuros, generalmente en tonos terrosos. Está compuesta por cuarzo cristalizado y sílice amorfa. El sexto cimiento era una piedra de *sarda*, o *cornalina*. Es una variedad de la calcedonia que se destaca por su color *rojo sangre*. Se compara el séptimo cimiento con el *crisólito*, cuyo nombre significa *piedra de oro*, por su color dorado, aunque en ocasiones la coloración cambia hasta el verde oliva. Es una piedra con brillo vítreo, transparente y traslúcido. En el octavo lugar en la lista de los fundamentos del muro está el *berilo*. Es el crisosilicato de aluminio y berilio, diversamente coloreado, muy apreciada en joyería como piedra preciosa de gran valor. Las coloraciones varían, pero son destacables la *aguamarina*, de color verde mar, la *morganita*, de color rosado, y el *Heliodoro*, amarillo verdoso, o también verde azulado. El siguiente fundamento, en noveno lugar, es el *topacio*. Es un mineral del grupo de los nesosilicatos, cristalizado en sistema rómbico, de alto brillo al ser pulido, se presenta generalmente coloreado en tonos verde-amarillos. Son piedras preciosas de considerable valor. En décimo lugar se menciona el *crisopraso*. Probablemente el *crisoberilo*, oxido de aluminio y berilio, de color verdoso, o verde amarillento. El undécimo fundamento se identifica con el *jacinto*. Es una variedad de cuarzo de color rojo a pardo, generalmente purpúreo o morado. Por último el duodécimo fundamento es la *amatista.* Otra variedad de cuarzo que tiene diferentes tonalidades, que van del violeta al rojo rubí. Habitualmente tiene tono violeta. Una variedad de colores que van del azul, pasando por los verdes, luego los rojos y el amarillo, componen la diversidad de tonalidades para los cimientos del muro de la ciudad. Es dudoso que haya algún significado en los fundamentos y sus colores, más allá de describir con palabras humanas la impresionante belleza de la ciudad. Esto añade un elemento más a las glorias de la construcción que Dios creará para su pueblo. Las puertas de acceso se comparan con perlas. Estas

puertas son el complemento perfecto a la belleza de la ciudad y de la muralla que la rodea. Las puertas, en las ciudades antiguas amuralladas estaban enclavadas generalmente en una torre, que recibía, junto con la puerta en sí misma, el nombre de *puerta*. Sea la puerta sola o la torre-puerta, el Espíritu esta dando una comparación admirable cuando dice que cada una de las doce puertas era una perla. La palabra *perla*, para los antiguos, podía extenderse al nácar, al coral o a algún otro producto marino valioso. Sea lo que sea, se está dando una comparación fuera de toda comprensión humana, porque no existe referencia alguna a algo de la belleza de una perla y la dimensión que tendrán las puertas de la ciudad. Si se comparan con la altura del muro de, aproximadamente, sesenta y cinco metros, se puede tener una idea del tamaño enorme de esas puertas. Perlas de semejante dimensión están lejos de toda imaginación. En la descripción de los detalles de la ciudad, se aprecia también la calle principal, o la plaza principal de la ciudad (Ap. 21:21). No quiere decir que la Ciudad Celestial tenga una sola calle, pero evidentemente esta es la arteria principal de la ciudad, que Juan vio. Pudiera tratarse también de la plaza principal, lugar de reunión en las ciudades antiguas. Esa calle o plaza se describe como de oro puro, tan bruñido que parece una pavimentación de vidrio, brillante, sin mancha alguna, que reluce como si se tratase de un espejo que refleja la luz, no del sol, sino de Dios mismo, presente en la ciudad. Aunque, como se dice, debe tratarse de la calle principal por cuanto va precedida de artículo, no significa que no haya otras calles en la ciudad y, por extensión, todas ellas serán semejantes, ya que el material constructivo es el oro. La transparencia que Juan aprecia en la calle enfatiza el aspecto de limpieza, enseñando con ello que no habrá nada que obstaculice el paso de la luz. El Espíritu condujo la mente de Juan para que describiera la visión de la gloriosa Ciudad Celestial, la nueva Jerusalén, comparándola con los materiales más impresionantes, como las piedras preciosas, las perlas, el oro, el vidrio limpio y transparente. Nada menos saldrá de la mano del Creador, para el lugar residencia de aquellos por quienes Cristo dio su sangre en precio por sus pecados. Esa promesa de Jesús (Jn. 14:1-4), es de tal dimensión que estas comparaciones utilizadas por el profeta, quedarán cortas ante lo que será la realidad de un lugar semejante.

Además esta también un tercer aspecto de la ciudad, que unido al de sus dimensiones y al de su belleza, completan la impresionante dimensión de algo que excede en todo a la comprensión e imaginación humana. El tercer aspecto destacable es el de las condiciones morales en la misma ciudad (Ap. 21:4). De la compañía en la ciudad a las condiciones morales dentro de ella. La primera manifestación es la acción divina que *enjugará* las lágrimas para siempre. El texto griego es muy enfático: *"Enjugará Dios cada lágrima fuera de los ojos de ellos"*. No solo se limpian las lágrimas, sino que Dios retirará definitivamente cuanto externamente las pueda producir. Por tanto, en la Ciudad Celestial no habrá más pruebas, ni tristezas, para que no se puedan producir las lágrimas, es

decir, el llanto producido por todas esas cosas. Las lágrimas son expresión de las tragedias del orden actual. Habrá una forma transformada de existencia en la cual, las dificultades del antiguo orden desaparecerán para siempre. Habrá una forma transformada de existencia en la cual, las dificultades del antiguo orden desaparecerán para siempre. La Escritura afirma también que allí *"no habrá muerte"*. La muerte habrá sido lanzada al lago de fuego (Ap. 20:14). Una sociedad para la que la muerte, no solo no existe, sino que no es posible. La inmortalidad indica la no afectación por la muerte. La muerte es una situación extraña y absolutamente ajena al pueblo de Dios en la dimensión de vida de la nueva creación. Un estado permanente, donde la separación de los seres queridos y de los amigos, no tendrá lugar jamás. El último enemigo destruido será la muerte (1 Co. 15:26). La reunión eterna en la presencia de Dios, no será truncada para nadie por la muerte, de ahí que el apóstol diga que desde el momento de recogimiento de la Iglesia y en proyección de eternidad, *"estaremos siempre con el Señor"* (1 Ts. 4:17). ¿Quién no tiene la experiencia de una separación que produce dolor, tristeza, y lágrimas? Esa experiencia absolutamente ingrata, quedará anulada para siempre en la experiencia de los que estemos en la Ciudad Celestial. Es verdad que la esperanza y certeza del encuentro eterno mitiga la tristeza natural de los creyentes que ven partir a alguno de sus seres queridos, sin embargo, el creyente no solo derrama lágrimas por esa situación, sino que ninguna prohibición bíblica hay para que no lo haga. Algunos creen que no llorar por quienes parten con el Señor, es un testimonio eficaz de esperanza delante de los que no creen. Este pensamiento se sustenta en una mala interpretación de las palabras del apóstol Pablo, que exhorta a los creyentes a no entristecerse como los que no tienen esperanza (1 Ts. 4:13), pero, en ningún modo prohíbe expresar la tristeza natural de la ausencia del ser querido, manifestándola con lágrimas, teniendo en cuenta que el mismo Señor, conmovido en espíritu por la separación que la muerte de Lázaro producía en el hogar de Betania, también lloró (Jn. 11:33, 35). Una segunda condición moral de la Jerusalén Celestial, es que *"no habrá mas llanto"*. El llanto es producido por los problemas que genera el pecado. Las lágrimas son producidas por el pecado y sus consecuencias, bien sea pecado propio o bien el actuar pecaminoso de otros (Ex. 2:23; Sal. 6:6; 32:3; 38:8). Estando libres del pecado y habiendo alcanzado el último nivel de redención, no experimentaremos ya más aquello de que el Salvador nos libró por su obra (Is. 53:4; 2 Co. 5:14, 21; 1 Ti. 2:6; He. 2:14). Las circunstancias difíciles, propias de la vida en un mundo condicionado y contaminado por el pecado, concluirá para siempre y el llanto, producto de las adversidades dará paso al gozo eterno en la presencia de Dios. Tampoco habrá *clamor*. El clamor es la expresión de un alma que sufre injusticias. Son las múltiples formas de injusticia las que conducen al clamor. El clamor se manifestó desde el principio de la historia humana, cuando la sangre inocente de Abel clamaba a Dios desde la tierra por la acción injusta y homicida de su hermano Caín (Gn. 4:10); fue el hambre en la tierra de Egipto que produjo el

clamor de todo el pueblo (Gn. 41:55); de igual manera la pobreza injusta sobre algunos produce clamor (Job. 34:28; Pr. 21:13); es la angustia de impotencia del pecador que le conduce a clamar a Dios (Sal. 34:6; 107:6); es el resultado de el abuso del rico que retiene el salario del trabajador (Stg. 5:4). Todas las injusticias sociales habrán terminado para quienes vivan en la Ciudad Santa, lejos para siempre de la situación natural de injusticia que se produce en el mundo por la presencia del pecado en sus múltiples manifestaciones. Las injusticias que pertenecen al viejo orden, no existirán en la nueva creación de Dios. El *dolor* habrá desaparecido también, ya que es el producto de la enfermedad y ésta resultado del pecado. Eliminada la causa, que es el pecado, desaparecen las consecuencias. Antes se dijo que *"no habrá muerte"*, por tanto, tampoco habrá enfermedad que es el preludio de la muerte. La enfermedad forma parte de la experiencia del hombre desde la caída. El dolor viene a ser experiencia generalizada en todos los hombres, bien sea ocasional o puntual, bien continuada o permanente. La impresionante y admirable dimensión moral de la ciudad, llena de gozo y consuelo al que la espera por fe. Cualquier creyente en circunstancias difíciles o en medio del dolor y de la prueba intensa, puede levantar los ojos por fe a la Ciudad Celestial y disfrutar ya la gloriosa dimensión que esperamos y saludamos ya en la distancia. La razón de ese estado es que *"las primeras cosas pasaron"*. El antiguo orden ya no existirá más, con todos los problemas y angustias que lo comporta. Habrá una nueva situación de felicidad eterna, y no sólo de gozo y paz, que en cierta medida se pueden disfrutar ya ahora por la acción del Espíritu en la intimidad del salvo, como consecuencia de la presencia de Dios en la Ciudad y de la plena comunión con Él.

Un segundo elemento que el escritor de la Epístola considera en relación con la Jerusalén la celestial, es que en ella hay una compañía de καὶ μυριάσιν ἀγγέλων, πανηγύρει *"muchos millares de ángeles, asamblea festiva"*. Es la consecuencia lógica de la presencia de Dios en la ciudad, que se manifiesta, como en otros muchos lugares de la Escritura, rodeado de ángeles: *"Jehová vino de Sinaí y de Seir les esclareció; resplandeció desde el monte de Parán, y vino de entre diez millares de santos"* (Dt. 33:2). Los ejércitos de Dios *"se cuentan por veintenas de millares de millares; El Señor viene de Sinaí a su santuario"* (Sal. 68:17). Una expresión semejante aparece en la Epístola de Judas: *"He aquí, vino el Señor son sus santas decenas de millares"* (Jud. 14). No debe ser tomado el número de los ángeles literalmente, sino como la expresión de un gran número de ellos en la ciudad. Jerusalén la celestial será el lugar de residencia de los *"herederos de salvación"*, por lo que los miles de ángeles estarán en el servicio de la ciudad, como servidores de los santos (1:14). Es necesario atender a la expresión que se utiliza en relación con los ángeles, a quienes literalmente llama πανηγύρει, *"congregación jubilosa"* o *"congregación gozosa"*, destacando con ello el gozo que produce en los

ángeles la realidad de miles de salvos por gracia, que son el resultado de la operación de salvación que Dios mismo hizo. Los ángeles se gozan por cada pecador que se salva (Lc. 15:7, 20). La presencia de los salvos en la ciudad será una manifestación clara de la victoria definitiva de Dios y del resultado final de la ejecución de su eterno propósito de salvación.

23. A la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos.

καὶ ἐκκλησίᾳ πρωτοτόκων ἀπογεγραμμένων ἐν οὐρανοῖς καὶ κριτῇ
Y a iglesia de primogénitos que están inscritos en cielos y juez
Θεῷ πάντων καὶ πνεύμασι δικαίων τετελειωμένων
a Dios de todos y a espíritus de justos hechos perfectos.

Notas y análisis del texto griego.

Continúa con referencias a la Jerusalén celestial uniendo lo que sigue a lo que antecede mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐκκλησίᾳ, caso dativo femenino singular del sustantivo declinado *a iglesia*; πρωτοτόκων, caso genitivo masculino plural del adjetivo declinado *de primogénitos*; ἀπογεγραμμένων, caso genitivo masculino plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo ἀπογράφω, *inscribir*, con sentido de *inscribir en un censo*, aquí *están inscritos*; ἐν, preposición de dativo *en*; οὐρανοῖς, caso dativo masculino plural del sustantivo *cielos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; κριτῇ, caso dativo masculino singular del sustantivo Juez; Θεῷ, caso dativo masculino singular del nombre declinado *a Dios*; πάντων, caso genitivo masculino plural del adjetivo indefinido declinado *de todos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πνεύμασι, caso dativo neutro plural del sustantivo declinado *a espíritus*; δικαίων, caso genitivo masculino plural del adjetivo declinado *de justos*; τετελειωμένων, caso genitivo masculino plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo τελειόω, *completar, cumplir, llevar a término, perfeccionar, llevar a la perfección*, aquí *hechos perfectos*.

Los grupos residentes en la ciudad se concretan en tres: Primeramente se hace mención ἐκκλησίᾳ πρωτοτόκων ἀπογεγραμμένων ἐν οὐρανοῖς, *"a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos"*. Una clara referencia a la Iglesia de Jesucristo. La idea de inscripción en el libro de la vida se asocia con personas salvas por gracia. El verdadero gozo del cristiano es saber que su nombre está inscrito en los cielos (Lc. 10:20). Esto afecta sólo a salvos (Ap. 21:27). El hecho de que estén relacionados como una *congregación*, literalmente *iglesia*, no define al grupo, ya que debe usarse aquí en el sentido conceptual de la palabra que equivale a *llamados fuera*, de modo que pudiera, en ese sentido referirse a cualquier grupo de salvos desde el principio del mundo. Pero, unido al término de congregación está el de *primogénitos*, calificativo aplicado a Cristo como *"el primero entre muchos hermanos"* y el

primero de entre los muertos (Ro. 8:29; Ap. 1:5). A cada creyente en el tiempo de la dispensación de la Iglesia, Dios ha establecido un destino definitivo consistente en ser hechos semejantes a la imagen de su Hijo, moldeados conforme a la imagen del Señor. Dios opera esa transformación por su Espíritu (2 Co. 3:18). La imagen de Dios deteriorada por el pecado es restaurada en Cristo, imagen perfecta y absoluta de Dios (2 Co. 4:4; Col. 1:15). La imagen a la que deben asemejarse los creyentes es la condición moral de Jesús, hecha realidad en ellos mediante el fruto del Espíritu (Gá. 5:22-23). La transformación es progresiva hasta el momento de la glorificación (Ro. 12:2; Ef. 4:32-5:2; Fil. 3:10; Col. 3:10). Por esa razón Cristo es el *primogénito* entre muchos hermanos. Los creyentes son miembros de la familia de Dios e hijos suyos, adoptados en Cristo (Gá. 4:5). Los hijos deben ser conformes a la condición del Padre (1 P. 1:15-16). El Señor Jesús es el primer miembro, a la vez que absolutamente distinto por ser eternamente el *unigénito del Padre*, mientras que los hijos de la salvación son adoptados en el Hijo, sin embargo Jesús como primero de de este numeroso grupo de hijos de Dios permite que a quienes están en Él, se les de también el calificativo de *primogénitos*. A este grupo Jesús llama *sus hermanos* (2:11). Un dato identificativo más es que Santiago llama a la iglesia *"primicias de sus criaturas"* (Stg. 1:18). Tipológicamente la Iglesia cumple la figura de los primogénitos del Antiguo Testamento. Los primogénitos de Israel eran consagrados a Dios para Sí mismo (Ex. 13:2, 12, 13, 15; 34:19; Lv. 27:26; Nm. 8:16, 17; 18:14; Lc. 2:33). Todo creyente en esta dispensación es consagrado a Dios (Ro. 12:1; 1 P. 2:5-10). Simbólicamente la Iglesia cumple la figura. A este grupo de creyentes en esa dispensación el Señor Jesús hizo la promesa de preparar un lugar para ellos (Jn. 14:1-4), que se cumple en la ciudad llamada aquí *Jerusalén la celestial*. Por tanto, el primer grupo establecido en la ciudad celestial podría identificarse con la Iglesia, en el sentido de los salvos en la dispensación actual.

La presencia de Dios en la ciudad es la gloriosa realidad: καὶ κριτῇ Θεῷ πάντων, *"a Dios el Juez de todos"*. El título aparece así en el Antiguo Testamento, dado por Abraham cuando intercedía por Sodoma, llamándolo allí *"Juez de toda la tierra"* (Gn. 18:25). Ese calificativo expresa dos ideas de bendición: 1) El Juez de todos no causa ya miedo al creyente, porque su causa está sobreseída y las demandas de la justicia han sido plenamente cumplidas para cada uno en Cristo. Este grupo puede estar gozoso en la presencia del Juez justísimo, que en justicia ya no puede condenar porque Jesús realizó la satisfacción plena de las demandas de la justicia sobre el pecado, por lo que puede decir: *"Ninguna condenación hay ya para los que están en Cristo Jesús"* (Ro. 8:1). Porque Dios es Juez y es justo, el creyente disfruta gozosamente de su compañía, con gran respeto y reverencia porque es Dios, pero sin miedo alguno porque la sentencia por el pecado ha sido cumplida en plenitud. 2) La bendición de la compañía de Dios. El texto podría ser traducido de este modo: *"os habéis*

allegado al Juez, que es Dios de todos". El que es Juez, es también Dios personal de cada uno de los creyentes. Este Padre de todos los creyentes, al ser constituidos hijos suyos en Cristo, ha dado todo poder de juicio a su Hijo, que siendo Juez, es también el salvador personal de cada uno de ellos (Jn. 5:22). La presencia de Dios en la ciudad es una de las revelaciones más notables del Apocalipsis (Ap. 21:3; 22:3-4). Dios ha llegado a la plena comunión con los hombres, con quienes viene a morar. En el Antiguo Testamento, Dios habitaba en medio de su pueblo durante la marcha por el desierto desde Egipto a Canaán, acampando con ellos en una tienda de campaña que mandó construir a Moisés y que se conoce como el Tabernáculo (Lv. 26:11-12). El mensaje divino advierte que Dios extiende su tabernáculo, la lona de su tienda –siempre en lenguaje figurado- para dar cabida a todo su pueblo con Él. La Ciudad Santa, será el tabernáculo, la tienda de campaña para residir, en la que Dios morará eternamente con su pueblo. Es necesario apreciar la presencia de Dios con quienes son su pueblo. La primera parte del mensaje proclamado por la voz poderosa, expresa un hecho extraordinario, que casi es un portento desde la perspectiva humana, consistente en que la tienda de Dios, lugar de su morada, estará con los hombres; de otro modo, Dios planta su tienda de campaña y acampa en su creación con sus criaturas, los hombres que son suyos. Se trata de establecer una morada permanente. Cuando Cristo vino al mundo de los hombres, Dios entró en relación con ellos mediante la encarnación del Verbo y su irrupción en la historia humana (Jn. 1:14). El Verbo *"habitó"* entre nosotros. Juan utiliza también aquí el mismo verbo que en Apocalipsis, que, como se dice en las notas al texto griego, equivaldría a un hipotético verbo que sería *tabernaculear*, o incluso *acampar*. Esa tienda de campaña tiene que ver con el cuerpo, al que se llama en el Nuevo Testamento *tabernáculo* (2 Co. 5:1, 4; 2 P. 1:13-14). De otro modo, Dios en Cristo puso su tienda de campaña en el campamento de los hombres, sin embargo esa fue una residencia temporal, ya que Jesús, cumplida su misión salvífica con la muerte y resurrección, ascendió a la diestra de Dios. En otra medida y en el campo espiritual, Dios vive en su santuario, entre los hombres, que es la Iglesia, en la que cada creyente es templo de Dios en Espíritu (Ef. 2:22). Esta presencia de Dios no es visible a los ojos humanos y ha de ser entendida por fe, mostrándose también objetivamente en las obras de poder transformador que se manifiestan en cada creyente. En la consumación de los tiempos, en la nueva creación de Dios, se produce un notable cambio, pasando de presencia ocasional o temporal a definitiva y eterna, donde la realidad presencial de Dios se hace manifiesta en que los hombres *"verán su rostro"* (Ap. 22:4). Es necesario notar también que en el texto griego se usa la preposición griega que se traduce *con*, esto es, Dios mora *con* los hombres. La preposición expresa compañía, proximidad y relación. Dios extiende su tienda de campaña, su morada celeste, donde se manifiesta toda su gloria, la *shekinah*, porque se manifiesta también su presencia, para compartirla y hacerla morada de los que son suyos, viviendo ambos, Dios y su pueblo en un

mismo lugar. Todo esto de *vivir* y de *lugar*, excede a las posibilidades del lenguaje humano superándolo en todo; nuestra mente limitada no tiene otros recursos que el antropomorfismo para referirse con palabras y figuras humanas a los acontecimientos de Dios. El resumen de esta grandeza sustentada en la primera frase del versículo, enseña que el Padre del Cielo, vivirá en plena comunión y compañerismo con los hombres en la nueva creación, porque son hijos suyos por medio de la fe en el Hijo, y Él mismo los constituye como miembros de su casa y familia (Ef. 2:19). El Padre y los hijos estarán reunidos eternamente en una misma mansión. Una segunda magnífica revelación es que *"ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios"* (Ap. 21:3). En algunas variantes del texto griego se lee en plural *pueblos*. Esa enseñanza está en la mayor concordancia con la referencia de la Epístola, sobre los residentes en la ciudad santa: *"La congregación de los primogénitos… a los espíritus de los justos hechos perfectos"*. No solo habrá un pueblo, sino *pueblos*, conjuntos de hombres que disfrutarán eternamente la comunión y relación con Dios. La presencia de Dios queda atestiguada de forma definitiva: *"Y Dios mismo estará con ellos como Dios"* (Ap. 21:3). Todo cuanto está relacionado con el pecado impide la comunión con Dios, pero, eliminado el obstáculo se producirá la relación como lo natural entre el Padre y los hijos. La proyección eterna mostrará la gloriosa realidad de lo que uno de los nombres de Cristo pone de manifiesto: *Emmanuel*, Dios con nosotros. La primera revelación sobre la Ciudad Celestial tiene que ver con la *condición social* en ella. La compañía de los creyentes y de los ángeles pone una nota ilusionante al reflexionar sobre el estado eterno. En la experiencia terrenal los creyentes estuvieron rodeados de malos, perseguidos por enemigos, afligidos por las fuerzas de maldad. En la Ciudad Celestial, la compañía será de una relación hermanable, con afectos perfectos y amor absoluto.

Un segundo grupo de creyentes son llamados καὶ πνεύμασι δικαίων τετελειωμένων, *"los espíritus de los justos hechos perfectos"*. Una referencia a los santos del Antiguo Testamento. Ellos esperaban la ciudad celestial (11:16). No debían ser perfeccionados aparte de los santos de la Iglesia (11:40). Aquellos esperaban una ciudad definitiva y por la fe creyeron la promesa de Dios que disfrutarán en la misma ciudad y perpetuamente con la Iglesia. En la ciudad santa no estarán *todos* los ángeles, sino muchos *millares*. Puede ser que estén sólo los necesarios para el *servicio* en la ciudad, recordando que los ángeles son servidores de los *herederos de salvación* (He. 1:14). En la mima Ciudad Santa, estarán también los *justos hechos perfectos*, alusión a los santos de otras dispensaciones y, finalmente, *la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos*, en clara alusión a la Iglesia. La idea de que la Ciudad Celestial es sólo residencia para la Iglesia, no tiene ninguna base bíblica y es más bien el resultado de una estructura de pensamiento condicionado por una escuela teológica. El Nuevo Testamento enseña sobre la esperanza

individual de los creyentes de anteriores dispensaciones, en relación con la Ciudad Celestial: *"Porque esperaban la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios"* (He. 11:10). Todos los creyentes de otras dispensaciones esperaban también la Ciudad Celestial. Incluso, la diferenciación de Israel esposa de Jehová e Iglesia esposa de Cristo, no se puede sostener en la nueva creación de Dios. Las diferencias entre los salvos de la antigua dispensación que comprende a Israel y los salvos del tiempo de la iglesia, tienen el vínculo común de una salvación alcanzada por gracia mediante la fe (Ef. 2:8-9), por tanto la relación de ellos con Dios superadas las promesas a Israel en el milenio, es idéntica para toda la eternidad.

24. A Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel.

καὶ διαθήκης νέας μεσίτῃ Ἰησοῦ καὶ αἵματι ῥαντισμοῦ κρεῖττον
Y del pacto nuevo Mediador a Jesús y a sangre de rociamiento mejor
λαλοῦντι παρὰ τὸν Ἅβελ.
que mejor que el Abel.

Notas y análisis del texto griego.

Concluye aquí las referencias a la intimidad de la ciudad santa: καὶ, conjunción copulativa *y*; διαθήκης, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *del pacto*, *de la alianza*; νέας, caso genitivo femenino singular del adjetivo *nueva*; μεσίτῃ, caso dativo masculino singular del sustantivo que denota *mediador*; Ἰησοῦ, caso dativo masculino singular del nombre propio declinado *a Jesús*; καὶ, conjunción copulativa *y*; αἵματι, caso dativo neutro singular del sustantivo declinado *a sangre*; ῥαντισμοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo declinado *de rociamiento*; κρεῖττον, caso acusativo neutro singular del adjetivo comparativo *mejor*; λαλοῦντι, caso dativo masculino singular del verbo λαλέω, *hablar*, aquí *que habla*; παρὰ, preposición de acusativo *más que*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; Ἅβελ, caso acusativo masculino singular del nombre propio *Abel*.

Καὶ διαθήκης νέας μεσίτῃ Ἰησοῦ. Los habitantes de la Jerusalén celestial estarán también en la compañía de Jesús. Así lo anunció el mismo que vendría a buscar a los suyos para *"tomarlos a Él mismo"* (Jn. 14:3). La presencia de Dios y del Cordero son ya inseparables desde la ascensión del Resucitado a los cielos y la entronización a la diestra de Dios. En aquel lugar ya no habrá maldición que impida la comunión plena del creyente con el Señor (Ap. 22:3). Lo destacable del estado eterno es la ausencia total del pecado, por tanto, no es posible que la maldición que ocasionó vuelva a manifestarse jamás. El término griego que aparece en el Apocalipsis para referirse a *maldición*, es sumamente extraño y la única vez que aparece en el Nuevo Testamento, no encontrándose otro ejemplo del uso de este sustantivo a no ser en la *Didache*, si

bien el verbo con la misma raíz aparece una vez con significado de maldecir, en relación con la negación de Pedro (Mt. 26:74). El sentido de este sustantivo no significa la maldición en sí misma, sino un objeto perjudicial que se retiene en un lugar, en ese sentido, está entroncado con uno de los significados de la palabra *anatema*. Otra vez más asoma el eco de la profecía: *"Y morarán en ella, y no habrá nunca más maldición, sino que Jerusalén será habitada confiadamente"* (Zac. 14:11). La maldición es el resultado de la presencia del pecado, y en la Biblia no tiene que ver sólo con los hombres, sino con el entorno suyo, la tierra, que fue maldita a causa del pecado (Gn. 3:17-19). Durante el reino milenial, la maldición aún es posible para el pecador (Is. 65:20). Por la obra de Cristo, se hace posible la revocación definitiva de la maldición por el pecado, como el apóstol Pablo enseña: *"Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)"* (Gá. 3:13). La situación del hombre es de maldición a causa del pecado, de cuyo estado lo saca Cristo por redención, llegando Él a ser hecho maldición al ser el sustituto universal del pecador. En la Cruz ocupa el lugar del maldito, a causa del pecado, sustituyéndolo, por lo que los pecados del impío le son imputados, sufriendo Él el castigo para hacer libres a quienes estaban eternamente condenados por el pecado. De otro modo enseña también Pablo: *"Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él"* (2 Co. 5:21). El absolutamente sin pecado, es más, el impecable, es puesto como víctima expiatoria. Dios cargó sobre él nuestros pecados (Is. 53:5, 6), condenándolo a la muerte propia de un maldito, y descargando sobre Él la ira por los pecados (Is. 53:10). Por esa causa el pecador llega a ser declarado justificado por Dios (Ro. 5:1) y la maldición es removida no sólo para el pecador, sino también, en la nueva creación para los cielos nuevos y la tierra nueva. En el estado eterno se prolongará definitiva y perpetuamente, una vida donde no sólo no exista, sino que no podrá existir la maldición. Como contraste en lugar de la maldición está en ella *"el trono de Dios y del Cordero"* (Ap. 22:3). La presencia de Dios, en una experiencia de comunión eterna con sus redimidos, se enfatiza continuamente. Es la presencia de Dios en la ciudad. La transformación universal de la nueva creación está íntimamente vinculada con la presencia de Dios en ella. Dios hace santo el lugar de su morada y presencia, por tanto, hace santa, por esa misma razón, la nueva creación. La gloria del Ser Divino, Padre, Hijo y Espíritu Santo, llenará la Ciudad Celestial. Otra dimensión de lo que ocurrirá en el estado eterno tiene que ver con el *servicio* que Dios recibirá de sus siervos. El sustantivo *siervos*, se aplica a quienes se someten voluntariamente a otro. En algunas ocasiones se usa para referirse a los esclavos, pero no necesariamente tiene ese significado. Todo hombre viene a ser esclavo del pecado por condición y herencia (Ro. 6:17), pero, por la obra de la Cruz, se produce la liberación de ese estado de esclavitud para ser trasladado el creyente a una situación de servicio voluntario a Dios (Ro. 6:18). Estos siervos

de Dios tienen como fruto la santificación y como fin la vida eterna (Ro. 6:22). Los salvos son siervos gozosos al servicio de quien los amó y del Señor que murió por ellos. Por tanto, el servicio como siervos de Dios se extiende a la eternidad. Ahora bien, es de apreciar que el verbo que se traduce como *servicio*, expresa la idea de *rendirle culto*, que es el concepto más extendido en todo el Nuevo Testamento para traducir el verbo. Quiere decir que el servicio de los salvos en la eternidad será un verdadero culto que tributan a Dios. El servicio es voluntario, no obligado y el culto se tributa como expresión natural y propia de la vida del hombre redimido. Así también en el tiempo presente, aun con las limitaciones propias de una humanidad imperfecta: *"Hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional"* (Ro. 12:1). La visión del Apocalipsis expresa un servicio de adoración dedicado a Dios. Los siervos de Dios, los santos en el estado eterno, servirán a Dios adorándole, que es la expresión suprema de la entrega personal al Salvador y Creador.

Jesús es διαθήκης νέας μεσίτῃ *el Mediador del Nuevo Pacto* que habla de gracia y de perdón. Por medio de Él el creyente tiene acceso a Dios (7:25). Por Cristo puede el cristiano acercarse con confianza al trono de la gracia (4:14-16). Notable contraste con el monte Sinaí, al que nadie podía acercarse. La` αἵματι ῥαντισμοῦ sangre rociada habla de redención y perdón completos (1 P. 1:18-20; Ap. 5:9). La sangre de Cristo κρεῖττον λαλοῦντι παρὰ τὸν Ἅβελ, *"habla mejor que la de Abel"*, esto es con mejor tono. La de Abel demandaba venganza (Gn. 4:10); la de Cristo otorga y a la vez demanda misericordia y perdón (9:22).

La responsabilidad para la vida (12:25-29).

25. Mirad que no desechéis al que habla. Porque si no escaparon aquellos que desecharon al que los amonestaba en la tierra, mucho menos nosotros, si desecháremos al que amonesta desde los cielos.

Βλέπετε μὴ παραιτήσησθε τὸν λαλοῦντα· εἰ γὰρ ἐκεῖνοι οὐκ
Mirad no rechacéis al que habla. Porque si aquellos no
ἐξέφυγον ἐπὶ γῆς παραιτησάμενοι τὸν χρηματίζοντα, πολὺ μᾶλλον
escaparon sobre tierra rechazando al que amonesta mucho más
ἡμεῖς οἱ τὸν ἀπ᾽ οὐρανῶν ἀποστρεφόμενοι,
nosotros los al sobre cielos rechazando.

Notas y análisis del texto griego.

Introduciendo un último párrafo lo hace con una llamada de atención enfática mediante βλέπετε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz activa del verbo βλέπω, *ver, mirar, fijarse, tener cuidado*, aquí como *¡Mirad!*, *prestad atención*; μή,

partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no* y que establece un propósito negativo unido a παραιτήσησθε, primer aoristo de subjuntivo en voz media del verbo παραιτέομαι, *evitar, rechazar*, aquí *rechacéis*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; λαλοῦντα, caso acusativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo λαλέω, *hablar, decir*, aquí como *que habla*. Una segunda cláusula condicional de primera clase con εἰ, conjunción subordinante *sí*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta a la conjunción y que en español la precede; ἐκεῖνοι, caso nominativo masculino plural del pronombre demostrativo *aquellos*; οὐκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada, que negativiza a ἐξέφυγον, tercera persona plural del segundo aoristo de indicativo en voz activa del verbo ἐκφεύγω, *escapar, huir,* aquí *escaparon*; ἐπὶ, preposición de genitivo *sobre*; γῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tierra*; παραιτησάμενοι, caso nominativo masculino plural del participio aoristo primero en voz media del verbo παραοτέομαι, *desechar, rehusar*, aquí como *rechazando*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; χρηματίζοντα, caso acusativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo χρηματίζω, *avisar, instruir, amonestar,* aquí como *que amonesta*, mejor en tiempo pasado para armonizar con el hecho *que amonestaba*; πολὺ, caso acusativo neutro singular del adverbio *mucho*; μᾶλλον, adverbio comparativo de μάλα, *más, más bien, mejor*; ἡμεῖς, caso nominativo plural del pronombre personal *nosotros*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *nosotros*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *a los*; απ ᾽ preposición de genitivo ἐπί, con el grafismo ἐπ', forma que adopta por elisión de la ι final ante vocal o diptongo sin aspiración, que equivale a *por, sobre, desde*; οὐρανῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo *cielos*; ἀποστρεφόμενοι, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz pasiva del verbo ἀποστρέφω, *rechazar*, aquí *rechazando*.

Βλέπετε μὴ παραιτήσησθε τὸν λαλοῦντα. Una advertencia solemne introduce el último párrafo del texto griego correspondiente al capítulo, mediante un enérgico llamamiento para prestar atención, expresado mediante el presente de imperativo βλέπετε del verbo que indica *atender, prestar atención, mirad*. El creyente es llamado a prestar profunda atención a lo que sigue. Esta misma fórmula aparece antes en la introducción a la segunda advertencia solemne (3:12). La atención requerida tiene que ver con no παραιτήσησθε, *desechar* al que habla. El mismo verbo se usa antes en este mismo capítulo para referirse a la petición que el pueblo de Israel hizo a Moisés porque no querían oír, por miedo, la voz de Dios en el Sinaí (v. 19). Sin embargo la comparación en el versículo presente se hace en relación con las acciones de rebeldía que el pueblo antiguo hizo en el desierto, consistentes en un *desechar*, *despreciar*, negándose a oír y acatar la voz de Dios que les hablaba. Este despreciar aquí en el versículo no puede referirse a la sangre mencionada inmediatamente antes, que aparece en neutro como corresponde a *sangre* en el griego (v. 24), sino a una persona τὸν λαλοῦντα, *"al que habla"*. El que habla al hombre es Dios, que lo hizo primeramente por los profetas y en el final del tiempo por el Hijo

(1:1-2). Despreciar a Dios no puede ocasionar sino una acción disciplinaria contra el desobediente.

Εἰ γὰρ ἐκεῖνοι οὐκ ἐξέφυγον ἐπὶ γῆς παραιτησάμενοι τὸν χρηματίζοντα. Para enfatizar las consecuencias de una acción despreciativa contra Dios, pone como ejemplo al pueblo de Israel en el desierto. A aquellos les hablaba Dios pero no directamente sino por medio de Moisés, que era quien amonestaba a los creyentes del antiguo pacto. Los rebeldes de aquel tiempo no escaparon al juicio de Aquel, que por medio de Moisés hablaba desde la tierra. Moisés era su portavoz, por lo que no era Moisés el que hablaba de sí mismo, sino que era Dios que hablaba por medio de Él. Mucho más para el creyente de la actual dispensación en un estad de mayores privilegios que aquellos.

Πολὺ μᾶλλον ἡμεῖς οἱ τὸν ἀπ᾽ οὐρανῶν ἀποστρεφόμενοι. Dios es el mismo, por tanto, las consecuencias de rebeldía tienen que ser semejantes. En castellano la traducción de los dos verbos griegos es la misma: *desechar*. De modo que en el versículo se habla de los que *desecharon* antes y de los que pueden *desechar* ahora. Sin embargo en el texto griego, el primero de los verbos[29] usados para referirse a la rebeldía de los creyentes de la antigua dispensación expresa la idea de poner disculpas para no atender una demanda o una invitación (cf. Lc. 14:18b, 19). El segundo verbo[30] expresa la idea de *volverse, dar las espaldas*, en una actitud no solo de rebeldía, sino también de desprecio. La advertencia solemne menciona las consecuencias de la primera actitud, poner disculpas para no aceptar el compromiso cristiano en la vida de fe, pero, más enfáticamente advierte sobre la segunda que es desobedecer abiertamente a Dios. La conclusión es lógica: si aquellos que buscaron disculpas para desobedecer recibieron la disciplina de Dios a causa de su desobediencia y, como ocurrió por buscar disculpas para no entrar a tomar posesión de Canaán desde Cadés-Barnea, murieron todos los hombres de guerra en el desierto, tampoco escaparán a la disciplina de Dios los creyentes que actúen como aquellos, en el día de hoy. Debe tenerse muy presente que el hecho de no perder la salvación no impide recibir la disciplina correspondiente por el pecado.

26. La voz del cual conmovió entonces la tierra, pero ahora ha prometido, diciendo: Aún una vez, y conmoveré no solamente la tierra, sino también el cielo.

οὗ ἡ φωνὴ τὴν γῆν ἐσάλευσεν τότε, νῦν δὲ ἐπήγγελται λέγων· **ἔτι**
Del que la voz la tierra conmovió entonces, pero ahora ha prometido diciendo: Aún
ἅπαξ ἐγὼ σείσω οὐ μόνον **τὴν γῆν** ἀλλὰ καὶ **τὸν οὐρανόν**
una vez Yo sacudiré no solo la tierra sino también el cielo.

---

[29] Griego παραοτέομαι.
[30] Griego ἀποστρέφω.

Notas y análisis del texto griego.

La advertencia prosigue con οὗ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *del que*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; φωνὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *voz*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *tierra*; ἐσάλευσεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo σαλεύω, *sacudir, hacer temblar, mover, conmover*, aquí *conmovió*; τότε, adverbio de tiempo *entonces*; νῦν, adverbio de tiempo *ahora*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; ἐπήγγελται, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz media del verbo ἐπαγγέλομαι, *prometer*, aquí *ha prometido*; λέγων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir,* aquí *diciendo*. Sigue luego la cláusula con lo que dice Dios: ἔτι, adverbio de tiempo *aún, todavía*; ἅπαξ, adverbio que significa *una sola vez*; ἐγὼ, caso nominativo singular del pronombre personal *yo*; σείσω, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo σείω, *sacudir, causar conmoción, hacer temblar*, aquí *sacudiré*; οὐ, adverbio de negación *no*; μόνον, adverbio de modo *sólo*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *tierra*; ἀλλὰ, conjunción adversativa *sino*, *más bien*; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; τὸν, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; οὐρανόν, caso acusativo masculino plural del sustantivo que denota *cielos.*

Οὗ ἡ φωνὴ τὴν γῆν ἐσάλευσεν τότε. La voz de Dios conmovió la tierra cuando se manifestó en el monte Sinaí: *"Todo el monte Sinaí humeaba, porque Jehová había descendido sobre él en fuego; y el humo subía como el humo de un horno, y todo el monte se estremecía en gran manera"* (Ex. 19:18). Aquella manifestación de gloria conmocionó al pueblo, asombrado y temeroso de la gloria de Dios que se manifestaba en el monte. Pero el mismo Dios promete una acción más intensa, que no solo tiene que ver con un determinado monte, sino que será cósmica, alcanzando a toda la tierra y a los cielos: νῦν δὲ ἐπήγγελται λέγων· ἔτι ἅπαξ ἐγὼ σείσω οὐ μόνον τὴν γῆν ἀλλὰ καὶ τὸν οὐρανόν, *"pero ahora ha prometido, diciendo: Aún una vez, y conmoveré no solamente la tierra, sino también el cielo"*. Esa será la manifestación del poder y gloria de Dios en la intensidad mayor que el hombre haya podido ver en ningún otro momento de su historia. El escritor está refiriéndose a los acontecimientos escatológicos que los profetas han escrito en revelación divina, cuando Dios intervenga en juicio sobre la tierra antes de la segunda venida de nuestro Señor, donde los hombres se meterán en las cavernas de la tierra, ante la presencia de Dios y la gloria de su majestad actuando en juicio (Is. 2:19, 21). El mismo profeta anuncia en nombre del Señor: *"Porque haré estremecer los cielos, y la tierra se moverá de su lugar, en la indignación de Jehová de los*

ejércitos, y en el día del ardor de su ira” (Is. 13:13). Dios lo anunció también por medio del profeta Hageo (Hag. 2:6, 7). Nadie debe pensar que Dios antes actuaba de un modo y que ha variado de forma de actuar en el presente y aún en el futuro. Dios es siempre el mismo y su comportamiento y conducta es inalterable, como Él mismo es inalterable e inmutable. El Dios de la gracia y de la misericordia, anuncia una irrupción en juicio con niveles absolutamente desconocidos en la historia humana.

27. Y esta frase: Aún una vez, indica la remoción de las cosas movibles, como cosas hechas, para que queden las inconmovibles.

τὸ δὲ ἔτι ἅπαξ δηλοῖ τὴν τῶν σαλευομένων μετάθεσιν ὡς
Y lo aún una sola vez revela la de las que son sacudidas remoción como
πεποιημένων, ἵνα μείνῃ τὰ μὴ σαλευόμενα.
que han sido hechas para que queden las que no son sacudidas

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad escribe: τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καιδὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; ἔτι, adverbio de tiempo *aún, todavía*; ἅπαξ, adverbio que significa *una sola vez*, mencionado en el versículo anterior; δηλοῖ, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo δηλόω, *manifestar, informar, revelar*, aquí *revela*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado declinado *de lo*; σαλευομένων, caso genitivo neutro plural del participio de presente en voz pasiva del verbo σαλεύω, *sacudir, hacer temblar, conmover, remover*, aquí *que son sacudidas*; μετάθεσιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *remoción*; ὡς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; πεποιημένων, caso genitivo neutro plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo ποιέω, *hacer, crear, producir*, aquí *que han sido hechas*; ἵνα, conjunción *para que*; μείνῃ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo μένω, *permanecer, quedarse,* aquí *queden*; μή, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*; σαλευόμενα, caso nominativo neutro plural del participio de presente en voz pasiva del verbo σαλεύω, *sacudir, hacer temblar, mover, conmover*, aquí *que son sacudidas*.

El versículo contempla la intervención definitiva de Dios que traerá como consecuencia la remoción del presente sistema. Dios actuó varias veces a lo largo de la historia humana, en manifestaciones de poder, *conmoviendo* la tierra, tanto parcial como totalmente. Las huellas de sus intervenciones han quedado registradas en el planeta. Marcas del diluvio universal aparecen continuamente

tanto en excavaciones como en exploraciones. El escritor hace notar que proféticamente habrá una intervención futura y definitiva: τὸ δὲ ἔτι ἅπαξ, *"Aún una vez"*, y añade: δηλοῖ τὴν τῶν σαλευομένων μετάθεσιν ὡς πεποιημένων, ἵνα μείνῃ τὰ μὴ σαλευόμενα, *"indica la remoción de las cosas movibles, como cosas hechas, para que queden las inconmovibles"*. Esa acción divina y definitiva de Dios removerá el universo, expresado en la fórmula *cielos y tierra*, para poner fin definitivamente al sistema actual afectado por el pecado. El final del tiempo llamado *"día del Señor"* traerá una conmoción y remoción universal, en donde *"los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas"* (2 P. 3:10b). Las cosas que serán conmovidas darán paso a otras permanentes: *"Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia"* (2 P. 3:13). Las cosas actuales están destinadas a esta conmoción. La actuación de Dios dará paso a una nueva creación en la que nunca más tendrá que intervenir en juicio a causa del pecado, porque el pecado estará fuera de ese nuevo ámbito, donde sólo morará la justicia y donde Dios será todo en todos (1 Co. 15:28).

28. Así que, recibiendo nosotros un reino inconmovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia.

Διὸ βασιλείαν ἀσάλευτον παραλαμβάνοντες ἔχωμεν χάριν,
Por lo cual reino inconmovible recibiendo tengamos gratitud,
δι᾽ ἧς λατρεύωμεν εὐαρέστως τῷ Θεῷ μετὰ εὐλαβείας καὶ
por medio de la que sirvamos agradablemente - a Dios con piedad y
δέους·
profundo respeto.

Notas y análisis del texto griego.

La consecuencia de lo dicho antes conduce a una conclusión: Διὸ, conjunción *por lo cual*; βασιλείαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *reino*; ἀσάλευτον, caso acusativo femenino singular del adjetivo *inconmovible*; παραλαμβάνοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo παραλαμβάνω, *recibir,* aquí *que recibimos*, *recibiendo*; ἔχωμεν, primera persona plural del presente de subjuntivo en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí como *tengamos*; χάριν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *gratitud, amor*; δι᾽ forma contracta de la preposición de genitivo διά, aquí como *por medio, a causa*; ἧς, caso genitivo femenino singular del pronombre relativo declinado *de la que*; λατρεύωμεν, primera persona plural del presente de subjuntivo en voz activa del verbo λατρεύω, *servir, ministrar*, aquí *sirvamos*; εὐαρέστως, adverbio *agradablemente*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*, no utilizable en español al preceder al nombre Dios; Θεῷ, caso dativo masculino singular del nombre declinado *a Dios*; μετὰ, preposición de genitivo *con*; εὐλαβείας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *piedad*; καὶ, conjunción

copulativa *y*; δέους, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *profundo respeto*.

Para algunos eruditos este es el penúltimo versículo, no de capítulo sino de toda la Epístola, considerando que el último capítulo es simplemente un apéndice[31]. Es decir, no que lo que sigue sea un añadido posterior al escrito, sino que es una gran posdata que ya no tiene que ver con el argumento y razón general de la Epístola, sino que se trata de una larga despedida. De esa manera se entiende la expresión διὸ, *"así que"*, como conclusión de cuanto se ha dicho antes y especialmente en alusión a la esperanza que el creyente tiene se debe llegar a una forma de vida. El Hijo de Dios ha introducido a Su pueblo en un nuevo orden. Los creyentes son sacados de un sistema perecedero, sujeto a la ira de Dios, y trasladados a otro inconmovible, el reino del amado Hijo de Dios, que por ser suyo es eterno (Col. 1:13).

Allegados a Cristo, los cristianos participan ya de las bendiciones del reino eterno de Dios: βασιλείαν ἀσάλευτον παραλαμβάνοντες, *recibiendo un reino inconmovible*. Es verdad que los acontecimientos de conmoción y eliminación del presente cosmos universal tendrán lugar en el futuro histórico de la humanidad, pero el reino inconmovible de Dios es ya el disfrute actual de cada cristiano. Desde el momento de la conversión el creyente ha sido trasladado al reino (Col. 1:13). Ese reino es inconmovible porque no requerirá jamás de la intervención judicial de Dios que, como se dijo antes, será *"todo en todos"* (1 Co. 15:28). En la nueva creación y reino eterno el Hijo reinará eternamente (Ap. 22:3) y entregará el reino en sujeción perfecta al Padre, restaurando todo en plenitud. Entonces, todo el nuevo universo de la creación de Dios estará bajo sujeción a Dios. Hasta entonces el camino a Dios es en fe por medio del Hijo, en razón de ser el único Salvador y el único Mediador (1 Ti. 2:5). Entonces todos habrán llegado a Dios y los salvos tendrán plena comunión con Él en una convivencia plena, más perfecta que en Edén (Ap. 21:3). En ese tiempo el Padre será todo en todos. El orden de subordinación a Dios será plenamente restaurado y como Rey eterno, el Hijo seguirá reinando eternamente con la autoridad que le dio el Padre. Eternamente sujeta la creación en armonía plena con el Creador, el mismo Dios morará con los hombres (Ap. 22:5).

La primera consecuencia que debe producir esta gloriosa esperanza en cada creyente es la de gratitud por las bendiciones recibidas. El escritor dice: ἔχωμεν χάριν, *"Tengamos gratitud"* que es una expresión equivalente a *seamos agradecidos*. Es como si dijese: *"seamos agradecidos a tanto bien como hemos recibido"*. La gratitud se expresa en el sacrificio espiritual que agrada a Dios y que nace de un corazón reconocido (13:15, 16).

---

[31] Entre otros Miguel Nicolau y Francisco Lacueva.

La segunda consecuencia debe conducir al servicio: δἰ ἧς λατρεύωμεν εὐαρέστως τῷ Θεῷ, *“y mediante ella sirvamos agradablemente a Dios”*. El servicio es como una respuesta de gratitud a todo cuanto hemos recibido. El término para servir[32] tiene una relación con el culto a Dios. Servimos a Dios en acto de culto y adoración. El servicio supremo se expresa en la entrega incondicional del cuerpo en *“sacrificio vivo”* y es la expresión del *“culto espiritual”* o *racional*, lógico, del creyente (Ro. 12:1). No es posible desvincular servicio y vida cristiana por cuanto, en la conversión, la acción del Espíritu nos libera de la esclavitud del pecado a la que estábamos sujetos, para que en esa libertad podamos servir a Dios (Ro. 6:17, 18, 22). El testimonio visible de la autenticidad cristiana es el servicio a Dios (1 Ts. 1:9).

Ese servicio debe llevarse a cabo de un modo concreto: *“agradablemente”*, como expresa el adverbio[33] que aparece claramente en el texto griego. Lo que hace agradable el servicio del creyente es el modo como se ejerce. Para ser agradable ha de ser hecho con *piedad*, o *devoción*, y con profundo respeto que se debe a Dios por lo que Él es. Es la devoción natural que los hijos de Dios deben al Padre del cielo por su compasión, gracia y misericordia. Para ser agradable a Dios, el cristiano debe conducirse con profundo respeto, que nada tiene que ver con miedo, ya que Dios es infinito en todas sus perfecciones y sus hijos son limitados. El respeto profundo es también resultado de conocer que Dios es santo y omnipotente.

29. Porque nuestro Dios es fuego consumidor.

καὶ γὰρ	ὁ	Θεὸς	ἡμῶν	πῦρ	καταναλίσκον.
Porque también	el	Dios	de nosotros	fuego	consumidor.

Notas y análisis del texto griego.

El capítulo concluye con otra solemne advertencia: καὶ, adverbio *también*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al adverbio y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεὸς, caso nominativo masculino singular del nombre *Dios*; ἡμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de nosotros*; πῦρ, caso nominativo neutro singular del sustantivo *fuego*; καταναλίσκον, caso nominativo neutro singular del participio de presente en voz activa del verbo καταναλίσκω, *consumir, devorar*, aquí *que consume*, de ahí *consumidor*.

Las demandas anteriores son comprensibles por causa de la condición de Dios. La expresión que define a Dios como πῦρ καταναλίσκον *fuego que*

[32] Griego λατρεύω.
[33] Griego εὐαρέστως.

consume o *fuego consumidor*, está tomada del Antiguo Testamento, en la advertencia que Moisés hace al pueblo de Israel: *"Porque Jehová tu Dios es fuego consumidor, Dios celoso"* (Dt. 4:24). Esa misma advertencia se hace más tarde por el profeta Isaías: *"Los pecadores se asombraron en Sion, espanto sobrecogió a los hipócritas. ¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor? ¿Quién de nosotros habitará con las llamas eternas?"* (Is. 33:14). En otras referencias se designa a Dios con expresiones semejantes en su acción purificadora que a causa de su santidad no puede estar con el pecado (cf. Sal. 50:3; Is. 66:15). El fuego purificador habla también del juicio de Dios sobre el pecado (Is. 29:6; 2 Ts. 1:8). En esta misma Epístola se habla de las perspectivas de juicio sobre quien practica pecado voluntario, como de *"hervor de fuego"* (10:26-27), y que, como se consideró entonces, no tiene que ver con impíos no convertidos, sino con creyentes que practican el pecado de forma consciente y voluntaria, en un acto de suprema impiedad y rebeldía contra Dios.

Siendo Dios πῦρ καταναλίσκον, *"fuego consumidor"* debiera servir para una vida cada vez más santa de los suyos, ya que ese fuego puede consumir la escoria de pecado que haya en ellos. Como escribe el profesor Bruce: *"Aquel que descendió sobre el monte Sinaí en fuego y habló a su pueblo en medio de ese fuego, aún consume en el calor blanco de su pureza todo lo que es indigno de Él"*[34]. Del mismo modo que Moisés recordó al pueblo hebreo que *"Dios es fuego consumidor"* para estimularlos a la obediencia y santidad, así también el escritor de le Epístola hace lo mismo al término de esta quinta advertencia solemne.

Nada mejor aquí que las palabras exhortativas del apóstol Pedro, sin ningún tipo de comentario: *"Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado; como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo"* (1 P. 1:13-16).

---

[34] F. F. Bruce. o.c., pág. 388.

CAPÍTULO XIII

TESTIMONIO, AMOR, SERVICIO Y ESPERANZA

Introducción.

El último capítulo de la Epístola, es un apéndice a todo lo que antecede. En ningún modo puede tratarse como si fuera un añadido posterior, ya que no hay evidencia externa ni interna que justifique tal posición, pero aparece a modo de una posdata larga en la que se incluyen los últimos consejos, junto con los saludos y la despedida. Sin duda es el estilo peculiar de conclusión de la mayoría de las epístolas del Nuevo Testamento y, en especial, de las de Pablo. La conclusión de esta Epístola a los Hebreos pudiera muy bien haber sido del apóstol, a no ser por las evidencias que hacen pensar en otro autor distinto a Pablo. Algunos han sugerido que este capítulo es un añadido a la carta con un estilo y lenguaje copiado del apóstol Pablo para que fuese considerada la Epístola con la autoridad apostólica que la acreditase. Tales afirmaciones se basan en que en el texto del capítulo aparecen muchas palabras usadas habitualmente por Pablo en sus cartas. Otros argumentos semejantes pueden encontrarse en escritos de la crítica anti-Pablo, que son solamente propuestas de pensamiento sin base sólida que las sustente. Por otro lado es evidente que el tema general del escrito vuelve a retomarse, con la brevedad necesaria de un párrafo de conclusión en el capítulo (vv. 10-16), lo que confirma que no se trata de un añadido, cualquiera que sea la razón por la que se hubiera producido. El capítulo final debe tratarse como una parte del todo que es la Epístola, aunque sea el apéndice final o la posdata amplia al término del escrito.

El tema que enlaza el contenido del capítulo es el poder del amor de Cristo. Ese amor impulsa al creyente de fe en su vida de testimonio. Primero en relación con los deberes sociales, que exigen el mantenimiento de una relación de amor fraterno con los hermanos (v. 1), que se evidencia en la práctica de la hospitalidad y en el compromiso con quienes están pasando por pruebas y prisiones (vv. 2-3). La moral familiar reclama un comportamiento santo, en el que los pecados contrarios al matrimonio no tienen lugar (v. 4). De igual modo el creyente puede afrontar las pruebas con la seguridad del cuidado y fidelidad de Dios (vv. 5-6). Esas demandas sociales se complementan con otras eclesiales. El creyente fiel tiene la responsabilidad de ver el ejemplo de quienes le han precedido en la carrera de la fe y, en especial, de los que han tenido entre ellos actividades pastorales (vv. 7-8). Junto con el ejemplo está el compromiso de mantener la firmeza de la fe, que puede demandar un alto precio en el testimonio personal, y siempre la disposición a soportar el vituperio, siguiendo el ejemplo del Señor (vv. 9-15). El creyente que mira a Cristo y sigue a quien es *"autor y consumador de la fe"*, se ocupará de la ayuda mutua (v. 16). De igual

manera el cristiano de fe estará dispuesto a dejarse conducir por quienes son los guías espirituales de la congregación, al tiempo que se dedica también a orar por sus hermanos (vv. 17-19). Finalmente la doxología contiene una provisión rica de seguridad en el compromiso divino para con sus hijos, sosteniéndolos y dándoles la fortaleza necesaria para que lleven a cabo la vida de fe victoriosamente (vv. 20-21). Como en casi todos los escritos del Nuevo Testamento, las palabras de saludos finales concluyen con la bendición para los lectores (vv. 22-25).

La división del capítulo para su estudio es la que corresponde al Bosquejo dado ya en el primer capítulo:

1. La superioridad de la vida en Cristo (13:1-19).
   1.1. El ejemplo en la sociedad (13:1-6).
   1.2. El ejemplo en la iglesia (13:7-19).
      1.2.1. Compromiso y esperanza (13:7-14).
      1.2.2. Ministerio sacerdotal (13:15-16).
      1.2.3. Obediencia (13:17).
      1.2.4. Intercesión (13:18-19).
2. Bendiciones finales (13:20-25).
   2.1. Bendición (13:20-21).
   2.2. Recomendaciones, saludo y despedida (13:22-25).

La superioridad de la vida en Cristo (13:1-19).

El ejemplo en la sociedad (13:1-6).

1. Permanezca el amor fraternal.

Ἡ φιλαδελφία μενέτω.
El amor fraternal permanezca.

Notas y análisis del texto griego.

Introduce el último tramo de la Epístola con una exhortación: Ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; φιλαδελφία, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *amor filial, amor hermanable, amor fraternal*; μενέτω, tercera persona singular del presente de imperativo en voz activa del verbo μένω, *permanecer*, aquí *permanezca*.

Ἡ φιλαδελφία μενέτω. La exhortación se establece a modo de mandamiento, como lo pone de manifiesto el uso del verbo en presente de imperativo; literalmente: *el amor fraternal permanezca.* Quiere decir que es un

mandamiento, pero es también un mandamiento continuo, como si dijese: *"Permanezca siempre el amor fraternal"*. El amor fraternal se manifestaba ya entre los lectores de le Epístola, una de cuyas evidencias consistía en el servicio de unos a otros (6:10). Otra era la compasión que manifestaban por quienes estaban sufriendo prisiones por causa del testimonio (10:34).

No es un mandamiento para un punto de partida que pretende que comiencen a amarse fraternalmente, sino la demanda de que persista esa actitud, que ya se manifestaba entre los creyentes. El amor fraternal es la virtud que manifiesta la realidad de quien es verdaderamente discípulo de Cristo (Jn. 13:35). Es muy notable apreciar que la distinción que evidencia la realidad de pertenecer a los cristianos, por tanto, ser verdaderamente Iglesia de Cristo, y evidenciar la realidad de la salvación, no es la doctrina que se cree, ni la forma de culto que se practique, ni el apelativo que se utilice para designar al creyente, la realidad que evidencia ser cristiano es el amor. El mundo apreciará verdaderamente que los cristianos son personas diferentes, en las que se ha operado una transformación sobrenatural, en la medida que sean capaces de amarse desinteresadamente entre ellos. En alguna medida, esa misma demanda se establecía para los fieles de la antigua alianza: *"¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía!"* (Sal. 133:1). El amor entre hermanos es manifestación evidente de *"haber aprendido de Dios"* (1 Ts. 4:9, 10). No es posible vivir en comunión con Dios y estar bajo el control del Espíritu Santo si no se manifiesta en todas las relaciones entre hermanos, el compromiso del amor. La Biblia dice que *"Dios es amor"* (1 Jn. 4:8, 16). En el nuevo nacimiento, la operación del Espíritu Santo tiene que ver con la dotación del amor de Dios en la intimidad del creyente para que sea capaz de amar, no con la intensidad del amor divino, que es infinito, pero sí con la *misma calidad* de amor suyo, habiendo derramado ese amor en el corazón de cada creyente (Ro. 5:5), que se produce y manifiesta en el fruto del Espíritu (Gá. 5:22). El apóstol Juan enseña que el perfeccionamiento del cristiano estriba en el amor (1 Jn. 2:5). La evidencia del nuevo nacimiento está en la expresión del amor, ya que *"el que dice que está en luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas"* (1 Jn. 2:9). La convicción íntima y la seguridad personal de la salvación está relacionada con el amor a los hermanos: *"Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano permanece en muerte"* (1 Jn. 3:14). Es imposible amar a Dios y no amar a los hermanos, porque *"el que no ama a su hermano a quien ha visto ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?"* (1 Jn. 4:20). El amor fraternal entraña también un compromiso con los hermanos de tal dimensión que exige la disposición a dar la propia vida por ellos (1 Jn. 3:16). No se trata de un mandamiento aterrador que debe ser cumplido por imperativo legal, sino la gozosa realidad de vivir a Cristo (Fil. 1:21), quien habiendo dado su vida por

nosotros, nos impulsa en razón de su vida en nosotros a darla también gozosamente por nuestros hermanos.

El amor fraterno no puede reducirse a meras palabras, sino a la realidad de hechos concretos: *"Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?"* (1 Jn. 3:17). No se trata de expresar el amor con palabras, sino manifestarlo con hechos. En ningún modo puede separarse la comunión de caridad con el necesitado de la proclamación del evangelio de la gracia. Ambas cosas están íntimamente ligadas. Es verdad que la provisión de recursos para las necesidades humanas no lleva, por ella misma, al perdón de pecados y vida eterna, pero la única manera que el pecador tiene como referencia para entender el amor desinteresado y de entrega de Dios por él, es viendo la manifestación de ese amor en los actos del creyente que proclama el evangelio. No cabe duda que Jesús vino predicando el evangelio de la buena noticia de Dios para el hombre, pero no es menos cierto que junto con la enseñanza y la evangelización atendía a las necesidades de los hombres en todos los aspectos y dimensiones. El amor de Dios no se ha expresado jamás en discursos teológicos o en reflexiones filosóficas, sino en acciones concretas que lo manifiestan: *"En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados"* (1 Jn. 4:10). El mundo está cansado de discursos sobre el amor y necesita ver el amor expresado en la vida de los creyentes. No es posible un mensaje creíble del amor de Dios, si ese amor no transforma las vidas de aquellos que lo predican. El amor fraternal es algo sobrenatural y, por tanto, es comunicado al creyente por la acción de Dios mismo, mediante su Espíritu.

Ese mismo amor impulsa también el ministerio cristiano. Si algún creyente tiene un gran número de dones, si tiene capacidades excepcionales para el ejercicio de los mismos, si es capaz de comunicar grandes verdades con enorme precisión, pero carece de amor fraterno, no es nada, no tiene nada, no sirve para nada (1 Co. 13:1, 2, 3). Es más, el apóstol Pablo enseña que no solo está inhabilitado para ministrar quien no tiene amor, o quien no ama, sino que su ministerio se le compara al *"metal que resuena, o al címbalo que retiñe"* (1 Co. 13:1). Un instrumento de metal y un címbalo, integrados en una orquesta que emiten sus sonidos conforme a la partitura musical en el momento oportuno, son muy agradables e impactantes, sin embargo, si uno de los címbalos se arroja al suelo, el sonido que produce no es agradable, sino molesto. Lo que está diciendo el apóstol es que un creyente muy dotado, pero sin amor fraterno, convierte su ministerio en algo que es comparable a un ruido que molesta a Dios y molesta a la Iglesia. Es sorprendente observar que en ocasiones hay ministros que *hablan* de amor, pero viven en conflicto. Hay muchos que pueden definir el amor desinteresado de Dios, pero no son capaces

de dar un paso en la reconciliación con algún hermano. Hay quienes se consideran grandes, buscando los primeros lugares en las iglesias, las participaciones de apertura o clausura de las grandes conferencias, buscando el aplauso personal mientras denigran, marginan e incluso calumnian a hermanos que, según ellos, pueden hacerle sombra. La hipocresía de tales personas está causando un daño al testimonio y a la edificación de la Iglesia, mayor que mil demonios dispuestos a combatir contra ella. Si no somos capaces de amar desinteresadamente a nuestros hermanos, si en el hogar no se manifiesta esta misma relación de amor, debemos preguntarnos solemnemente si hemos nacido de nuevo.

Los lectores de la Epístola estaban pasando por una situación de debilidad espiritual, de ahí la razón estimulante de la exhortación para que el amor fraternal no se debilite también, sino que permanezca y se manifieste, si fuese posible con mayor intensidad. No debe olvidarse que cada creyente, que no debe tener deudas que no pueda atender, tiene una impagable, que es el amor hacia los hermanos (Ro. 13:8).

2. No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles.

τῆς φιλοξενίας μὴ ἐπιλανθάνεσθε, διὰ ταύτης γὰρ ἔλαθον τινες
De la hospitalidad no os olvidéis porque mediante esta sin advertirlo algunos
ξενίσαντες ἀγγέλους.
hospedaron ángeles.

Notas y análisis del texto griego.

Como expresión del amor, la hospitalidad: τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; φιλοξενίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *hospitalidad*; μή, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*; ἐπιλανθάνεσθε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz media del verbo ἐπιλανθάνομαι, *olvidarse*, aquí *os olvidéis*; διὰ, preposición propia de genitivo, *mediante*; ταύτης, caso genitivo femenino singular del pronombre demostrativo *esta*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al pronombre y que en español precede tanto al pronombre como a la preposición: *porque mediante esta*, actuando como *conjunción coordinativa*; ἔλαθον, tercera persona plural del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo λανθάνω, que expresa la idea de *escapar a la detección*, *no darse cuenta*, *sin advertir*, aquí *sin advertirlo*; τινες, caso nominativo masculino plural del pronombre indefinido *algunos*; ξενίσαντες, caso nominativo masculino plural del participio aoristo primero en voz activa del verbo ξενίζω, *ser extraño, extrañarse, hospedar*, aquí *hospedaron*; ἀγγέλους, caso acusativo masculino singular del sustantivo *ángeles*.

El amor fraterno se manifiesta en obras como es la hospitalidad: τῆς φιλοξενίας μὴ ἐπιλανθάνεσθε, *no os olvidéis de la hospitalidad.* Esta manifestación del amor es más fácil llevarla a cabo en buenos tiempos que en los días de persecución, pero es en esta situación cuando se hace más evidente como prueba de amor. Esa es la razón por la que la exhortación dice μὴ ἐπιλανθάνεσθε, *"no olvidéis"*, dando a entender que la hospitalidad fue practicada antes de que llegasen las persecuciones y de los conflictos, entre los creyentes a quienes se está escribiendo. Como escribe el profesor Miguel Nicolau: *"No olvidéis la hospitalidad; porque, si antes, en la abundancia de vuestros bienes y en la paz, fue más fácil practicarla, ahora en la persecución y en la inopia será más fácil echarla en olvido"*[1].

Los creyentes tenemos la obligación moral de ser hospedadores, y de forma muy especial aquellos que están ejerciendo el liderazgo en las congregaciones locales, colocando la hospitalidad entre los requisitos exigidos para reconocerlos como tales: *"Pero es necesario que el obispo sea… hospedador"* (1 Ti. 3:2; Tit. 1:8). Nuestro Señor menciona la hospitalidad como expresión de la realidad de fe: *"Porque… fui forastero y me recogisteis"* (Mt. 25:35). Las obras de misericordia que se señalan aquí ponen de manifiesto la condición de los salvos. Las primeras obras expresan un claro amor por el prójimo necesitado, atendiendo a su necesidad de hambre y de sed. La tercera ofrece otra evidencia más del amor hacia el que es *forastero*. El adjetivo utilizado en el texto griego se usa para referirse a un extraño, un inadaptado e incluso un raro. Esas son las características que el mundo ve en un verdadero creyente. Sorprende que las acciones que acreditan obras de misericordia, las asuma el Rey como hechas a Él mismo, nótese que el texto se expresa en primera persona singular y que el sujeto es el que está hablando, que es el Rey.

No cabe duda que en alguna ocasión el hospedador puede ser engañado por quien no necesita esa manifestación de amor. Es interesante el párrafo que en el comentario a este versículo escribe F. F. Bruce:

"La oportunidad de recibir alojamiento y comida gratuita podía tentar a algunos personajes inescrupulosos a disfrazarse como cristianos. Viene a la mente Proteo Peregrino, en la sátira de Luciano; y la necesidad de alguna regla práctica para detectar a los impostores está implícita en la Didaché: 'Que cada apóstol que venga a ustedes sea recibido como el Señor, pero no debe quedarse más que un día o dos si es absolutamente necesario; si se queda tres días, es un profeta falso. Y cuando un apóstol los deja, que no lleve nada sino un pedazo de pan, hasta que llegue al próximo alojamiento nocturno; si pide dinero es un profeta falso'. Algunos cristianos que habían sido

---

[1] Miguel Nicolau. o.c., pág. 182.

decepcionados por tales impostores podían mostrar reticencia en ofrecer hospitalidad demasiado rápido la próxima vez que se la pidieran, pero aquí se los alienta con la nota de que algunos que habían dado hospitalidad a extranjeros itinerantes encontraron que, sin saberlo, hospedaron ángeles. Aquellos dados a la hospitalidad encuentran que tales experiencias felices sobrepasan en mucho a las desagradables"[2].

Los creyentes verdaderos practicaron la hospitalidad en todas las dispensaciones, como fue el caso de Abraham. La historia secular presta atención a la práctica de la hospitalidad entre los cristianos, atribuyéndole a ella, en parte, la extensión del cristianismo, como afirmaba Julián el apóstata.

Sin embargo hay un estímulo en el versículo para que quienes pudieran haber sufrido algún abuso por parte de inescrupulosos, o incluso estuvieran atravesando momentos difíciles que les condicionara a la práctica de la hospitalidad, se sintiesen ayudados al retorno a esa práctica de amor: διὰ ταύτης γὰρ ἔλαθον τινες ξενίσαντες ἀγγέλους, *"Porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles"*. Hay varios ejemplos en el Antiguo Testamento que podrían estar en la mente del escritor. Probablemente estuviese pensando en el caso de Abraham, cuando, sentado a la sombra del día, sin duda caluroso, en el encinar de Mamre, vio venir tres varones por el camino, a quienes invitó para que detuvieran su marcha y descansasen con él un tiempo, mientras los obsequiaba con una espléndida comida (Gn. 18:1-8). El relato blíblico-histórico descubre que dos de aquellos eran ángeles y el tercero el mismo Señor manifestado corporalmente. También pudiera estar pensando en Lot, el sobrino de Abraham, que recibió en Sodoma, donde tenía su residencia, a los mismos dos varones que antes habían estado con Abraham, siendo de gran bendición para él y su familia, en la tarea de librarlos del juicio divino sobre la ciudad (Gn. 19:1ss). Un suceso semejante se produjo con Manoa, el padre de Sansón, que procuró preparar un cabrito para que comiese el que consideraba un mensajero enviado por Dios, y que en aquella ocasión era Dios mismo manifestado corporalmente (cf. Jue. 13:3, 8, 9, 15, 18ss). Todos los casos de hospedaje antes citados concluyeron con grandes bendiciones para quienes fueron hospedadores. La práctica de la hospitalidad no está aquí establecida en razón de la recompensa que se pudiera recibir, sino como expresión desinteresada de amor. Hospedar a un mensajero del Señor que pasara por la iglesia era ya una bendición para quienes los hospedaban, mayor que la que el hospedador era para el huésped. Una frase del profesor Trenchard, puede resumir bien la enseñanza de este versículo: *"Quizá los hebreos estaban en peligro de descuidarla a causa de la dificultad de las circunstancias. ¡No lo*

[2] F. F. Bruce. o.c., pág. 394.

olvidemos nosotros por razón inversa: el exceso de comodidades en nuestra civilización occidental”[3].

3. Acordaos de los presos, como si estuvierais presos juntamente con ellos; y de los maltratados, como que también vosotros mismos estáis en el cuerpo.

μιμνῄσκεσθε τῶν δεσμίων ὡς συνδεδεμένοι, τῶν κακουχουμένων ὡς
Acordaos de los presos como coprisioneros; de los maltratados como
καὶ αὐτοὶ ὄντες ἐν σώματι.
también vosotros mismos estando en cuerpo.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo con la exhortación escribe: μιμνῄσκεσθε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz media del verbo μιμνῄκομαι, *traer a la memoria, recordar, acordarse,* aquí *acordaos*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; δεσμίων, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *preso*, que en realidad es un adjetivo que expresa la condición de quien está atado; ὡς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción causal; συνδεδεμένοι, caso nominativo masculino plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo συνδέω, en voz pasiva significa *compañero de prisión*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; κακουχουμένων, caso genitivo masculino plural del participio de presente en voz pasiva del verbo κακουχέω, *maltratar*, aquí *maltratados*; ὡς, conjunción *como*; καὶ, καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; αὐτοὶ, caso nominativo masculino plural del pronombre intensivo *vosotros mismos*; ὄντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo εἰμί, *estar*, aquí *que estáis, estando*; ἐν, preposición de dativo *en*; σώματι, caso dativo neutro singular del sustantivo *cuerpo*.

El mandamiento se establece con un llamamiento al recuerdo: μιμνῄσκεσθε, *“acordaos”*. Es una expresión para no dejar olvidados a los presos: τῶν δεσμίων ὡς συνδεδεμένοι, *de los presos como co-prisioneros.* En el mandamiento se recoge también el interés que Cristo estableció para quienes estaban en esa situación: *“en la cárcel y vinisteis a mi”* (Mt. 25:36). Esta obra de misericordia entraña un riesgo personal, porque quien recibió la misericordia, estaba en la cárcel. Jesús advirtió que en los días de la tribulación algunos serían encarcelados, entregados a tribulación y perseguidos (Mt. 24:9-10). Visitar a un encarcelado por el testimonio de Jesucristo representaba un riesgo personal para el visitante. Sin embargo ese era un sentimiento de simpatía y amor que se había mostrado antes en la experiencia de los creyentes a quienes se dirige la Epístola y que debía manifestarse continuamente. El creyente mantiene la expresión de comunión con todos los que con él forman

[3] E. Trenchard. o.c., pág. 304.

parte del mismo cuerpo espiritual. Es una de las formas de sufrir con los que sufren (Ro. 12:15; 1 Co. 12:26). El apóstol Pablo pedía este recuerdo en tiempo de su prisión (Col. 4:18). La comunión se manifiesta en el sentimiento de identificación con quienes están presos por causa del testimonio de Cristo.

Además de los presos, había otros cristianos que estaban siendo maltratados: τῶν κακουχουμένων ὡς καὶ αὐτοὶ ὄντες ἐν σώματι, *"de los maltratados, como que también vosotros mismos estáis en el cuerpo"*. Es más fácil sentir compasión de los maltratados, si se tiene en cuenta que *"estando en el cuerpo"* se puede llegar a esa misma experiencia. En este caso, el *cuerpo* aquí no tiene que ver con el cuerpo espiritual del que cada creyente forma parte, sino del propio cuerpo del cristiano, expuesto a sufrimientos y maltrato. Especialmente probable en tiempos de persecución, como el que estaban atravesando los cristianos de entonces y del anuncio de otras más intensas que vendría después. El amor coloca al cristiano en la situación del que está siendo maltratado, lo que producirá un sentimiento de identificación y misericordia hacia él.

No cabe duda que las obras de amor son el testimonio propio de quien ha sido regenerado y es salvo. Jesús había enseñando que la verdadera piedad que expresa la condición del creyente se manifiesta en obras de misericordia y generosidad (Mt. 5:7, 43-48; 8:17; 9:36; 11:28-30; 12:7, 20, 21; 14:16, 34-36; 15:32; 18:1-6, 22, 35; 19:13-15; 20:28; 22:9, 37-39; 23:37). Las acciones naturales y sencillas de la vida cotidiana son testimonio de la condición personal del que es realmente un creyente y seguidor de Jesús. Estas virtudes expresadas en tantas formas distintas son una bendición para el que las hace, hasta el punto de ser llamado *bendito* por Dios mismo. La verdadera vida cristiana no consiste en grandes logros y en tremendas empresas de fe, sino en cosas sencillas y naturales que expresan el carácter que Dios implantó por su Espíritu en quien ha sido salvo. Aparentemente la sentencia de bendición obedece a las obras realizadas por quienes son llamados por Cristo mismo *"benditos de mi Padre"* (Mt. 25:34). ¿Quiere decir esto que la salvación puede alcanzarse por obras? Sin duda alguna, conforme a la enseñanza general de la Biblia, no es por obras, sino por gracia mediante la fe (Ef. 2:8-9). Sin embargo, las obras son evidencia de la fe. Es decir, no nos salvamos por obras, pero nos salvamos para obras. Por esa misma razón Santiago afirma que la fe sin obras es muerta en ella misma (Stg. 2:17). Una persona que afirme tener fe y no muestre su transformación en obras nuevas de justicia, sólo puede ser considerada como profesante, pero no como convertido a Cristo. Tal vez el énfasis que se ha hecho sobre la gracia y la fe en la Iglesia Evangélica, en contra de la salvación por obras que otros predican, ha traído como consecuencia que las obras han perdido cierta importancia y aun interés entre los cristianos evangélicos. Sin fe es imposible agradar a Dios (He.

11:6), pero no es menos cierto que quien tiene fe la expresa en obras, única manera de hacer visible la fe (Stg. 2:18).

4. Honroso sea en todos el matrimonio, y el lecho sin mancilla; pero a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios.

Τίμιος ὁ γάμος ἐν πᾶσιν καὶ ἡ κοίτη ἀμίαντος,
Honorable el matrimonio en todos y la intimidad conyugal sin macilla
πόρνους γὰρ καὶ μοιχοὺς κρινεῖ ὁ Θεός.
porque a fornicarios y adúlteros juzgará - Dios.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo las exhortaciones finales pasa a las relaciones matrimoniales: Τίμιος, caso nominativo masculino singular del adjetivo *honorable, estimado, precioso*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; γάμος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *matrimonio*; ἐν, preposición de dativo *en*; πᾶσιν, caso dativo masculino plural del adjetivo indefinido *todos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; κοίτη, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota, *relación íntima matrimonial,* el sustantivo es literalmente *coito, ayuntamiento carnal*; ἀμίαντος, caso nominativo femenino singular del adjetivo *puro, sin mancha, sin defecto*; πόρνους, caso acusativo masculino plural del sustantivo declinado *a fornicarios*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al nombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; καὶ, conjunción copulativa *y*; μοιχοὺς, caso acusativo masculino plural del sustantivo *adúlteros*; κρινεῖ, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo κρίνω, *juzgar*, aquí *juzgará*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, no utilizable es español al preceder al nombre Dios; Θεός, caso nominativo masculino singular del nombre *Dios*.

Τίμιος ὁ γάμος ἐν πᾶσιν. El cristiano debe ser santo en todas las expresiones de su vida, porque Dios, que es su Padre, también es santo (1 P. 1:15-16). El testimonio de comunión e identificación con las necesidades de los hermanos se hace visible en la práctica de la hospitalidad y de la visitación a encarcelados y maltratados. Sin embargo, esa misma santidad alcanza al testimonio que el matrimonio cristiano tiene que manifestar en la sociedad en donde se encuentra, expresado en un testimonio de santidad y pureza. La primera parte de la oración carece de verbo en el original por lo que admite dos interpretaciones: 1) Introduciendo como verbo implícito el verbo *ser*, lo que daría la traducción de *"honroso sea"*, o incluso *"honorable es"* el matrimonio en todos, esto es en todos los hombres o incluso en todos los aspectos. 2) Suplementándolo con el mismo verbo *ser* pero en imperativo, lo que daría una traducción como: *"El matrimonio sea tenido como honorable por todos"*. Teniendo en cuenta el contexto antecedente y siguiente, demanda que el verbo sea introducido en modo imperativo, lo que convierte la cláusula en otro

mandamiento. En tiempos apostólicos algunos desacreditaban el matrimonio como condición menos perfecta que el celibato, estableciendo la prohibición de casarse. Esa minusvaloración del estado matrimonial es vinculada por el apóstol Pablo como una enseñanza procedente de Satanás: *"Algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios… prohibirán casarse"* (1 Ti. 4:1, 3). Es necesario recordar que el matrimonio fue el estado *perfecto* que Dios determinó para el primer hombre. La condición del *hombre solo* no era *buena*, por lo que Dios llevó a cabo el segundo aspecto creacional en relación con el *hombre*, en sentido de *humanidad*, creando a la mujer, tomando para ello de la *carne humana*, la creada para el varón (Gn. 2:18, 22ss). La idea teillardista de que Dios creó un ser bisexual que era una *persona colecita* y que andando el tiempo *dividió* esa primera persona en dos, dando origen al varón y a la mujer, no tiene ninguna base bíblica y es incluso herética. Los que sostienen esta idea contraria al propósito y proyecto divino para la creación, acuden a la artimaña de vincular a Adán como *persona colectiva*, cuando el Génesis hace recuento de los orígenes del hombre y Moisés escribe: *"Varón y hembra los creó; y los bendijo, y llamó el nombre de ellos Adán, el día en que fueron creados"* (Gn. 5:2), sin querer entender que el nombre para el *hombre y para la mujer*, adquiere el sentido de genérico para la humanidad que en su origen se compuso por un hombre y una mujer y que Dios llamó a esta humanidad *hombre*, en ese sentido *Adán*. Dios estableció en el principio como *bueno* la unidad matrimonial formada por un hombre y una mujer. Esa relación establecida por Dios mismo (Gn. 2:24) sería *exclusiva*, ya que se trata del *hombre* y *su mujer*; una relación *reconocida*, por cuanto se establecía una nueva familia *dejando* al padre y la madre que antes gobernaban el hogar, para establecer una nueva relación de convivencia y gobierno en el nuevo matrimonio; sería también una relación *de entrega*, en la que ambos cónyuges se *entregan* el uno al otro, como Dios mismo determina cuando dice: *Se unirá a su mujer*; y, finalmente, sería una relación permanente: *"serán una sola carne"*. En la mente de Dios no estaba la separación matrimonial, que Él mismo aborrece (Mal. 2:16).

Como expresión esencial y natural en el matrimonio están las relaciones de la intimidad conyugal: καὶ ἡ κοίτη ἀμίαντος, literalmente: *y la intimidad conyugal sin mancilla,* traducidas en RV como *"el lecho"*. El sustantivo[4] que utiliza el autor es muy enfático y se refiere siempre a la unión íntima en relaciones propias del matrimonio. Está intimidad está limitada sólo a aquello que sea *sin mancilla*, usando aquí también una palabra enfática que tiene que ver con pureza, lo que es sin mancha[5], literalmente unas relaciones íntimas

[4] Griego κοίτη.
[5] Griego ἀμίαντος, compuesto de μιαίνω *contaminar*, precedida de α privativa que lo convierte en *incontaminado*, *no contaminado*, de ahí *sin mancilla*.

inmaculadas. La intimidad matrimonial revista múltiples aspectos en la práctica íntima, muchos de los cuales se mencionan en el Cantar de los Cantares. Una buena intimidad matrimonial no es algo reprobable, sino todo lo contrario. Esa intimidad debe discurrir en el amor, que ha de permanecer en el creyente (v. 1). Sobre todo, entendiendo un amor desinteresado que busca el bien del cónyuge antes del propio (1 Co. 10:24). No hay razones especiales para negar al cónyuge el disfrute lícito del cuerpo del otro, como parte de la entrega personal en amor, salvo lo que por desviación del pecado constituya algo que no sea *honroso* (1 Co. 7:1-5).

A una advertencia positiva coloca el escritor el contraste pecaminoso de otras relaciones ilícitas, mediante una advertencia solemne: πόρνους γὰρ καὶ μοιχοὺς κρινεῖ ὁ Θεός, *porque a fornicarios y adúlteros juzgará Dios*. En primer lugar se refiere a la *fornicación*. Generalmente en la Biblia alcanza una extensión genérica superior al pecado del adulterio, que no se limita a la relación ilícita fuera del matrimonio de personas solteras, sino que abarca un campo mucho mayor de acepciones. Fornicación aquí tiene que ver con los aspectos y pecados que contaminan la relación del matrimonio. *Sin duda, el hecho puntual de una relación entre personas solteras fuera del matrimonio, debe entenderse comprendida también aquí.* Cualquier intimidad fuera de la relación matrimonial es pecado. Contra la santidad del matrimonio, los pecados de relación íntima afectan profundamente el compromiso de lealtad y fidelidad contraído por los cónyuges delante de Dios.

En una sociedad permisiva como la nuestra, se ha puesto de moda las relaciones íntimas entre solteros llamándolo *matrimonio a prueba*. Las relaciones prematrimoniales entran de lleno dentro de la *fornicación*. El problema tiene que ver con el testimonio del cristiano en una sociedad licenciosa que funciona según la carne, manifestando la realidad de una nueva vida en el Espíritu, recibida en la regeneración al creer en Jesús (1 Ts. 4:3). La fornicación es un pecado propio de las obras de la carne (Gá. 5:19). Una advertencia solemne del apóstol Pablo en relación con este pecado está claramente expresada: *"los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios"* (Gá. 5:21). No se trata de un pecado ocasional, sino de la práctica habitual del mismo. La fornicación puede extenderse a otros aspectos como el de relaciones manifiestamente prohibidas por Dios que prohíbe ciertas relaciones matrimoniales como el incesto, consistente en vivir maritalmente con la madrastra, mujer de su padre (1 Co. 5:1-11). La santidad no es una opción de vida para el creyente, sino el único modo de ella.

Cita también el pecado de adulterio, originado por el abandono de la fidelidad y lealtad al cónyuge para relacionarse íntimamente fuera del matrimonio. El pecado alcanza una gravedad tal que Dios lo utiliza como

ejemplo de lo que es el abandono de la fidelidad a Él mismo para unirse a otros dioses o al mundo (Stg. 4:4). El adulterio es un pecado que afecta directamente a dos mandamientos de la Ley moral de Dios: Primeramente es un pecado contra el séptimo (Ex. 20:14) y también contra el décimo (Ex. 20:17). La Ley penaba con la muerte a los adúlteros descubiertos en la comisión del pecado (Lv. 20:10). Ese es un pecado típico en el pueblo de Dios, en la antigua dispensación, en tiempos de impiedad, denunciándolo el profeta muy gráficamente: *"Como caballos bien alimentados, cada cual relinchaba tras la mujer de su prójimo"* (Jer. 5:8). La Escritura advierte del adulterio como un pecado de perjurio contra el pacto de Dios (Pr. 2:16-19). Quiere decir esto, que un matrimonio es un *pacto sagrado*, de dos personas que voluntariamente deciden vivir conforme a la institución establecida por Dios. Por tanto, quebrantar la fidelidad es quebrantar uno de los postulados del pacto y constituye a Dios como testigo de cargo contra quien lo comete. Cristo pone un énfasis muy marcado en la comisión de este pecado, situando el pensamiento deseoso y disoluto concebido en la intimidad como realización del pecado (Mt. 5:28). El Maestro iba a dar el verdadero alcance del mandamiento. Con un *"y yo os digo"*, iba a complementar la enseñanza limitada que tradicionalmente se daba sobre el alcance del mandato. Ese mandamiento alcanza a dos, uno el propio de la prohibición del adulterio y otro el de codicia, expresado también en la ley: *"no codiciarás la mujer de tu prójimo"* (Ex. 20:17; Dt. 5:18). Los fariseos enseñaban que sólo el hecho consumado revestía quebrantamiento y era pecado contra el sexto mandamiento. Cristo condena tanto la comisión literal del adulterio como la mirada codiciosa hacia una mujer que no sea la esposa. La Biblia da testimonio de Job como de un hombre *"justo, recto, temeroso de Dios y apartado del mal"* (Job 1:1), que tenía un esmerado cuidado con las miradas codiciosas porque sabía hasta donde conducían: *"Hice pacto con mis ojos; ¿cómo, pues, había yo de mirar a una virgen?"* (Job 31:1), por ese cuidado especial, sin miradas codiciosas, el deseo, su corazón se mantuvo íntegro (Job 31:7). Job conocía las consecuencias que acarreaba el pecado de adulterio: *"Si fue mi corazón engañado acerca de mujer, y si estuve acechando a la puerta de mi prójimo, muela para otro mi mujer, y sobre ella otros se encorven. Porque es maldad e iniquidad que han de castigar los jueces"* (Job 31:9-11). Normalmente el pecado de adulterio comienza por una mirada codiciosa, como fue en el caso de David con Betsabé, la mujer de Urías heteo (2 S. 11:2). La mirada codiciosa activa la concupiscencia del corazón de donde salen los malos deseos que procurarán ejecutarse, y en muchos caso llegarán a hacerse realidad (Mt. 15:19-20). Los ojos son la puerta de entrada del elemento que genera la perversidad. La afirmación de Jesús debe entenderse claramente. El pecado no está en *mirar a una mujer*; la pecaminosidad está en la mirada puesta en ella *para codiciarla.* El Señor afirma que esa mirada codiciosa hacia la mujer del prójimo incurre ya en la comisión del pecado condenado en su ley, por cuanto está el deseo de llevarlo a cabo aunque falte la oportunidad para hacerlo

realidad. La intención es lo que Dios juzga y considera en todos los actos del hombre. Sin embargo, esto no impide que se tenga compasión de adúltero y se procure su restauración espiritual (Jn. 8:2-11). No debe olvidarse que el creyente debe perdonar cualquier ofensa recibida (Lc. 17:3-4). El que comete un pecado de adulterio graba de forma definitiva su vida, aunque obtenga perdón del ofendido. Ningún ejemplo mejor que el de David y las consecuencias que acarreó aquel pecado para él, a pesar de que Dios ya lo había perdonado. El hecho del perdón divino, no priva de las consecuencias propias del acto realizado. La práctica habitual de un pecado semejante evidencia que no hubo nuevo nacimiento (1 Co. 6:9-10). Es notable ver el mismo nivel para este pecado que para otros aparentemente más repugnantes y perversos, dándonos a entender que delante de Dios todos están al mismo nivel. Con todo, algunos acarrean graves consecuencias en el tiempo de la vida del que los ha cometido.

El adúltero podrá tal vez mantener en secreto su pecado, pero debe saber que en última instancia dará cuenta del mismo delante de Dios, que es Juez de todos (12:23). El pecado de adulterio, a diferencia de otros pecados, no se suele producir *ocasionalmente*, es decir, por alguna circunstancia puntual y sin preparación para ella. Para los pecados de intimidad, siempre existe una preparación previa, por lo que lo convierte, en la mayoría de las veces, en el ámbito del *pecado voluntario* que se estudió antes (10:26). Debe tenerse muy en cuenta que para el pecado voluntario sólo queda la esperanza de una drástica disciplina divina (10:26-27). Los cónyuges creyentes no deben olvidar que Dios es *"fuego consumidor"* (12:29).

5. Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque Él dijo: No te desampararé, ni te dejaré.

᾿Αφιλάργυρος ὁ τρόπος, ἀρκούμενοι τοῖς παροῦσιν. αὐτὸς γὰρ
Sin amor al dinero la conducta, satisfechos con lo presente. Porque Él mismo
εἴρηκεν· οὐ μή σε ἀνῶ οὐδ’ οὐ μή σε ἐγκαταλίπω,
ha dicho: De ninguna manera te dejo ni de ninguna manera te desampararé.

Notas y análisis del texto griego.

Exhorta a la conducta cotidiana: ᾿Αφιλάργυρος, caso nominativo masculino singular del adjetivo *sin amor al dinero*, literalmente *no amante de la plata*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; τρόπος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *manera, modo, conducta*; ἀρκούμενοι, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz pasiva del verbo ἀρκέω, *contentarse*, aquí *contentos, satisfechos*; τοῖς, caso dativo neutro plural del artículo determinado declinado *con lo*; παροῦσιν, caso dativo neutro plural del participio de presente en voz activa del verbo πάρειμι, *estar presente, presentarse, venir,* aquí *presente*, esto es, *lo que está presente o a mano*. La siguiente cláusula da la razón para

el contentamiento, con αὐτὸς, caso nominativo masculino singular del pronombre intensivo *Él mismo*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al pronombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; εἴρηκεν, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir*, aquí *ha dicho*: οὐ, adverbio de negación *no*; μὴ, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional *no*; ambos juntos, el adverbio y la partícula, expresan una negación absoluta enfática como *jamás, de ninguna manera*; σε, caso acusativo singular del pronombre personal *te*; ἀνῶ, primera persona singular del aoristo segundo de subjuntivo en voz activa del verbo ἀνίημι, *soltar, dejar a un lado,* aquí *dejo*, incluye el sentido de *relajarse, despreocuparse*; οὐδ' forma que adopta la conjunción οὐδέ por elisión de la ε final ante vocal o diptongo con aspiración, y que significa *ni*; οὐ, adverbio de negación *no*; μὴ, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional *no*; ambos juntos, el adverbio y la partícula, expresan una negación absoluta enfática como *jamás, de ninguna manera*; σε, caso acusativo singular del pronombre personal *te*; ἐγκαταλίπω, primera persona singular del aoristo segundo de subjuntivo en voz activa del verbo ἐγκαταλείπω, *abandonar, dejar*, *desamparar*, aquí *desamparo*.

᾿Αφιλάργυρος ὁ τρόπος. Aparentemente parece un fuerte salto de la moral a la avaricia, sin embargo, la palabra traducida por *avaricia*[6] significa literalmente *amor a la plata*, y está vinculada muchas veces con malas costumbres, que incluyen los pecados mencionados anteriormente. Ese es el caso de la relación de pecados que exigen excomunión en la iglesia -caso de persistir en ellos- por alguno que puede ser un cristiano verdadero o más probablemente uno nominal (1 Co. 5:11). Generalmente el *avaro* es aquel que busca ansiosamente los bienes materiales para sí mismo, haciendo de ellos un dios. Con tales personas no debe mantenerse vínculos de comunión y compañerismo fraterno, como si se tratase de verdaderos hermanos en Cristo. Nuevamente la avaricia aparece unida a otros pecados de quienes no heredarán el reino de Dios (1 Co. 6:10). Del mismo modo está incluido entre aquellas cosas que el cristiano debe alejar de sí (Col. 3:5). El escritor de la Epístola relaciona la avaricia con algo más que el amor desordenado por bienes temporales, ya que habla de *costumbres*, que expresa el sentido de una conducta habitual. Quienes ponen su amor en el dinero, no pueden amar al mismo tiempo al Señor y sus intereses, como afirmó Jesús: *"Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas"* (Mt. 6:24) Jesús enseño sobre una imposibilidad ya que nadie puede servir a dos señores con intereses contrapuestos. Uno de los dos será el que deba ser elegido y el otro rechazado, porque es imposible agradar a quienes están en esferas, no sólo diferentes, sino contrapuestas. El contraste se fundamenta en la perspectiva de quien ama los *tesoros celestiales* y el que ama los *tesoros terrenales*. Tratar de

[6] Griego ἀφιλάργυρος.

servir ambos intereses a la vez es como tener el corazón dividido. Debe tenerse en cuenta que el Señor se refiere a *servir*, lo que implica la voluntad personal que conduce a una determinada manera de obrar. El desarrollo de la vida está condicionado al pensamiento y a los afectos íntimos, considerados como el corazón que se orienta hacia el tesoro. Las esferas antagónicas son Dios y el mundo, por tanto estar en ambas al mismo tiempo es totalmente imposible. No se puede tener el corazón vinculado a Dios y al mundo juntamente. El Señor da la razón de esta imposibilidad ya que a intereses opuestos está la exigencia de decidir a cual adherirse. El mundo y Dios son incompatibles, por tanto, sólo puede servirse con fidelidad a uno de ellos. La entrega al servicio se decide en razón del interés y de los objetivos personales. El apóstol Pablo enseña cómo el mundo, lugar de desarrollo de vida del no regenerado, controla a la persona y la somete a la esclavitud del pecado, es decir, no puede dejar de poner su cuerpo al servicio esclavizante del pecado (Ro. 6:17). En el salvo se ha producido un cambio liberador que le permite entrar voluntariamente al servicio de Dios (Ro. 6:18). La salvación produce un cambio de posición y capacita para un cambio de orientación en la vida, al sacar Dios al creyente del dominio del pecado y trasladarlo al reino de la libertad en Cristo Jesús (Col. 1:13). La santificación del cristiano libertado del pecado lo conduce hacia un fin celestial, en todos los aspectos y modos de su vida (Ro. 6:22). Jesús cerró la enseñanza con una afirmación que es un desafío personal: *"No podéis servir a Dios y a las riquezas"*, en el texto griego se lee literalmente *Mamón*, modo de expresar la riqueza idolatrada. Era un título que se usaba para personificar la riqueza temporal. Es probable que la palabra sea de origen arameo con una raíz vinculada con el verbo sustentar. En ese sentido podría tratarse de un servicio a todo aquello que sustenta, es decir, que vale de apoyo al hombre terrenal, pero que es absolutamente vano delante de Dios. Es ponerse al servicio de los valores en los que el hombre no regenerado confía y hace de ellos su confianza y seguridad. En ese sentido son cosas que se convierten en un dios para quién las sirve. Servir a Dios exige una absoluta renuncia a cualquier otro valor que incluye la propia vida, es decir, el estilo de vida o el objetivo de vida (Lc. 14:26, 33). Dios no se conforma con *algo* de la vida del creyente, exige la totalidad de la misma, a causa del antagonismo de valores entre el mundo y Él. Por eso Jesús dijo: *"El que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí: y el que ama a su hijo o hija más que a mí no es digno de mí"* (Mt. 10:37). El seguimiento a Cristo exige absoluta renuncia personal: *"El que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí"* (Mt. 10:38). Cristo apuntó hacia un materialismo sutil, el que se reviste con carácter religioso. Este se presenta como *luz*, pero en realidad es *tinieblas*. Está al servicio de ideales religiosos que son tan idolátricos como las riquezas materiales o las pasiones de una vida impía. Hay algunos materialistas que utilizan expresiones religiosas y modo de hablar piadoso, por tanto el Señor enseña que este tipo de materialismo revestido de espiritualidad es peligroso, de modo que si lo que consideran ser

luz en ellos, es tinieblas, cual no será la dimensión de lo que ellos reconocerían como tinieblas. ¡Que grandes tinieblas hay en la vida de aquel que piensa que es piadoso porque habla de Dios y afirma creer en Él, pero vive para servir intereses terrenales! Es tremendamente trágica la situación de los tales. Estos son los que dicen al Señor, *"¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?"*, pero a los tales responderá: *"Nunca os conocí"* (Mt. 7:22-23). La Escritura enseña que el amor al dinero es la base de todos los males, y quien pone como meta enriquecerse a cualquier costo cae en graves problemas (1 Ti. 6:9-10). El diablo está siempre detrás del deseo de enriquecerse como objetivo prioritario en la vida, de ahí que *"El hombre de verdad tendrá muchas bendiciones; mas el que se apresura a enriquecerse no será sin culpa"* (Pr. 28:20). El objetivo de enriquecerse, que conduce a la avaricia, es como un lazo en el que se queda atrapado por el diablo. Un afán desmedido de riquezas lleva aparejada la inquietud y la pérdida del gozo (Sal. 39:6; Mt. 6:19-21, 24-26; 19:24; Stg. 5:1-6). La avaricia es un elemento que impide el oficio de anciano (1 Ti. 3:3). Sin embargo, debe entenderse que Dios no desea la pobreza para el creyente y que en muchos lugares de la Biblia se encuentran ejemplos de hombres con grandes riquezas, que fueron fieles siervos de Dios y vivieron una verdadera vida de fe, como es el caso de Abraham. Dios no prohíbe las riquezas, sino *al amor* a las riquezas.

La consecuencia lógica es que el cristiano debe estar ἀρκούμενοι τοῖς παροῦσιν, *"contento con lo que tiene ahora"*. El verbo griego[7] utilizado aquí como un participio de presente, expresa la idea de *satisfacción*, es decir, el cristiano debe estar satisfecho con lo que tiene en cada momento.

La enseñanza solemne de Jesús se expresa aquí en modo sencillo y la situación real puede valorarse con sólo una pregunta: ¿A quién servimos? La respuesta sólo tiene dos alternativas, servimos al Señor o a las riquezas. Cuando se sirve a las riquezas se ofende a Dios por cuanto sirviendo a los intereses personales se cubre con la apariencia de un servicio a Dios, tomando Su nombre en vano. La actitud en relación al compromiso personal con Dios, en una entrega personal a su servicio y para su gloria es lo único válido con proyección eterna. Asegurarse de estar sirviendo a Dios y no a las riquezas conlleva necesariamente la práctica de la demanda apostólica: *"Hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios que es vuestro culto racional"* (Ro. 12:1). El creyente ha de tomar una posición mediante una decisión: *"Escogeos hoy a quien sirváis"* (Jos. 24:15). El contentamiento con lo que se tiene en cada momento es la consecuencia de la seguridad de la provisión para el mañana, tal como lo

[7] Griego ἀρκέω.

enseñó Jesús (Mt. 6:25, 34). Algunos de los creyentes a quienes se dirige el escrito habían pasado por la experiencia de la expropiación de sus bienes (10:34). Para ellos la exhortación es sumamente necesaria e importante. El contentamiento con lo que se tiene en el presente no es una incitación a la conducta irresponsable de no prever para el futuro, pero es la solución par la inquietud frente a él. Puede ponerse como ejemplo de esta actitud al apóstol Pablo que pasó por momentos en que tenía satisfechas las necesidades del día, y otros en los que padecía necesidad, pero, en cualquier circunstancia estaba satisfecho, por eso decía: *"Se vivir humildemente, y se tener abundancia, en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad"* (Fil. 4:12). La causa de esta satisfacción en cualquier circunstancia estaba vinculada con la experiencia de la relación personal con Cristo al afirmar: *"Todo lo puedo en Cristo que me fortalece"* (Fil. 4:13). Para el apóstol el creyente debe esperar sólo dos cosas esenciales: *"Así que teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto"* (1 Ti. 6:8). El sustento equivale aquí al *pan de cada día*, no se trata de manjares suculentos, sino de lo necesario para el día; el abrigo a un lugar donde *dormir a cubierto,* no sólo de una prenda de abrigo para el camino, sino del lugar para refugiarse de la intemperie. Pan, ropa y techo debe ser suficiente para que el creyente esté satisfecho. Las necesidades cubiertas es una expresión típica de un hebreo para referirse a lo necesario para vivir cada día (Dt. 10:18; Is. 3:7). El cristiano descansa feliz, sabiendo que sobre él, en cada momento está el cuidado del Padre, de ahí la exhortación de Jesús: *"Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, que habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis d vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?* (Mt. 6:25). La amonestación es sencilla y se expresa con claridad y precisión: *"no os afanéis"*, literalmente *"no estéis ansiosos"*. El Señor no prohíbe la sana ocupación por la subsistencia cotidiana, ni llama con ello a la desidia de buscar lo necesario para cada día. El trabajo no solo es bueno, sino necesario ya que Dios mismo lo establece como un mandato para el hombre y la enseñanza apostólica lo confirma para los creyentes en la iglesia (1 Ts. 4:11, 12). La desidia en una aparente vida de fe que espera la provisión de Dios para el sustento sin procurar lo necesario para ello no es espiritualidad, sino desorden (2 Ts. 3:6, 11, 12). Lo que prohíbe es la preocupación ansiosa que conduce a la congoja y angustia vital. La expresión de Jesús es equivalente a *"no tengáis angustia acerca de vuestra vida"*. El Señor enseña a no estar en ansiosa inquietud pensando en el futuro. La ansiedad es el resultado de una evidente falta de fe. La ansiedad priva del gozo y produce turbación de espíritu. Es ilustrativo de esto la situación que se había producido en la vida de Marta, cuando servía en su casa, donde viendo la tarea que había que realizar y habiendo puesto como objetivo principal llevarla a cabo, se sentía incapaz para acometerla sola, reclamando al Señor que exhortase a su hermana María para que dejase de estar escuchando y viniese a compartir con ella las

tareas de la casa. Jesús dijo a Marta: *"Marta, Marta, afanada y turbada estas con muchas cosas"* (Lc. 10:41). Los afanes sobre cosas temporales no solo producen inquietud, sino también turbación de espíritu. El afán no cabe en la vida de quien cree en el amor y la provisión de Dios. No es posible que se inquiete nadie que diga: *"Jehová es mi pastor, nada me faltará"* (Sal. 23:1). La experiencia histórica del cuidado de Dios con los suyos lleva a la conclusión de que nunca nadie ha visto *"justo desamparado, ni su descendencia que mendigue pan"* (Sal. 37:25). La causa del afán que conduce a la ansiedad es *la vida*. Cristo dice: *"no os afanéis por vuestra vida"*. La vida es lo de máximo valor en la tierra. Satanás dijo a Dios, cuando procuraba la ruina de Job, que *"todo lo que el hombre tiene lo dará por su vida"* (Job 2:4). Pero, el creyente sabe que su vida está en la mano de Dios. Especialmente en esta dispensación de la Iglesia, donde la cruz pone de manifiesto la dádiva suprema de Dios y el valor que la vida de los salvos tiene para Dios, ningún creyente debiera estar ansioso por su vida. El apóstol Pedro da la solución para la ansiedad personal cuando dice: *"echando toda vuestra ansiedad sobre Él, porque Él tiene cuidado de vosotros"* (1 P. 5:7). Satanás procurará hacer zozobrar la esperanza cuando el cristiano esté en medio de una prueba. Cuando las dificultades surgen y la pregunta: *¿Por qué, Señor?*, no tiene respuesta, vendrá el tentador para producir la desconfianza en la provisión y cuidado de Dios. En medio de la angustia y del conflicto intentará distorsionar la mirada de la fe para que el creyente se olvide que las pruebas son una provisión en la permisión divina para fortalecer a sus hijos y hacer posible en ellos más grandes y altas bendiciones (Stg. 1:2-4). Es necesario considerar permanentemente que si Dios nos dio lo que de mayor valor tenía, su propio Hijo, nos dará también con Él todas las cosas (Ro. 8:32). Esta era la seguridad del apóstol Pablo en relación con la provisión para los creyentes: *"Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta, conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús"* (Fil. 4:19). La ansiedad olvida las promesas divinas y hace estéril la oración, que pide al Padre del cielo, la provisión del pan de cada día (Mt. 6:11). El Señor alude a los objetos que producen inquietud en la vida y conducen a la angustia vital. El primero tiene que ver con la provisión de alimento y bebida. La segunda parte de la frase referida a la bebida no está en los mss más seguros, con todo es una provisión que cada persona necesita. Tanto el alimento como la bebida son elementos imprescindibles para el sostenimiento de la vida. Sin embargo, Dios que dio la vida, dará también lo necesario para sostenerla. Buscar los medios necesarios para la subsistencia cotidiana es lícito, angustiarse por si acaso llegan a faltar algún día, es una demostración de duda sobre la bondad de Dios, quien abre su mano y da provisión para todo ser viviente (Sal. 136:25). Dios no prometió abundancia pero sí lo necesario para cada ocasión, como es la observación del salmista ya citada antes (Sal. 37:25). Además de la inquietud por el alimento el Señor hace alusión a la inquietud por el vestido: *"ni por vuestro cuerpo, que habéis de vestir"*. El cuerpo es parte integrante del hombre y expresión visible de la vida.

De tal manera que como habrá provisión para el mantenimiento de la vida, así también habrá lo necesario para el cuidado del cuerpo. Este es un argumento lleno de lógica, si hay recursos para la vida habrá recursos para el elemento que la expresa. La vida y el cuerpo, en este sentido, es la dimensión total de la personalidad esencial, es decir, lo que incluye a todo el hombre en sí. Es una expresión complementaria y completa que abarca todos los aspectos de la vida. Lo que sirve para una existencia grata. La argumentación final concluye con una pregunta retórica que sirve para hacer llevar a la comprensión de los valores más elevados y los más dependientes: *"¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?"*. La vida es más que el alimento porque éste sirve para sustentar a aquella. La una y lo otro proceden de Dios mismo, pero lo segundo, esto es el alimento, está al servicio de lo superior que es la vida. Dios dio el alimento en razón de la vida, por tanto, en su propósito está dar lo segundo para sostener la vida. Primeramente Dios creó al hombre y le comunicó la vida (Gn. 2:7), luego dio la provisión de recursos para sostener la vida que había creado, con abundancia de comida y bebida (Gn. 2:8-10). No cabe duda que el hombre tiene que trabajar para conseguir lo necesario para el sostenimiento cotidiano conforme a lo que Dios a determinado. Pero nunca debe llenar de preocupación que en algún momento se detenga la provisión y se quebrante la vida. Dios que ha provisto y dado la vida, dará también el modo para que esta vida prosiga. Sin duda no se trata aquí de cómo lo hará, simplemente se afirma que lo hará. La segunda relación de principal a secundario o de primario y dependiente, está en relación con el cuerpo y el vestido. La argumentación es semejante a la presentada para la vida y el alimento. Si el cuerpo forma parte del hombre y es, por tanto, un elemento de la expresión de existencia que se llama vida, es también un don de Dios, por lo que el creyente debe estar en segura confianza de que el Creador del cuerpo dará los medios para que esos cuerpos puedan vestirse. La sociedad de nuestro tiempo se angustia muchas veces por asuntos vitales para el futuro, porque ha dejado de dar gracias a Dios por los elementos primarios que son la vida y el cuerpo. El que se inquieta desconoce la realidad del amor de Dios, de su soberanía y de su omnipotencia. La conclusión final de la enseñanza de Cristo es esta: *"Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas"* (Mt. 6:32). Los gentiles, en referencia a los no creyentes, buscan estas cosas porque desconocen al Padre que *sabe* que sus hijos tienen necesidad de ellas para proveerles. Esto produce dos estilos de vida diferentes. Uno rodeado de inquietud por el futuro, otro lleno de confianza. El primero corresponde a gentes que no conocen a Dios, el segundo es el propio de quienes son sus hijos. Los gentiles, es decir, los que no han venido al conocimiento de Dios no conocen cosas mejores, de ahí que su afán está orientado hacia lo que les es conocido, las cosas del mundo, porque ellos son del mundo. Sus dioses son impotentes, porque no conocen al Dios omnipotente, de ahí sus miedos y angustia sobre situaciones posibles que

se escapan a su fuerza y control. Ellos no tienen esperanza de gloria, ni han experimentado en su vida las bendiciones de Dios, ignorando la provisión general que hace para sus criaturas. Éstos están alejados de Dios y, por tanto están sin esperanza, porque están sin Dios en el mundo (Ef. 2:12). Las gentes viven en la ignorancia de las realidades eternas, porque desconocen las bendiciones supremas que el creyente recibe en los lugares celestiales en Cristo (Ef. 1:3). Sus valores son temporales y no eternos. Su esperanza está en conseguir cosas temporales pero carecen de toda sensibilidad hacia las definitivas y eternas. Estos se inquietan y entran en angustia existencial frente al futuro siempre incierto para ellos. De otro lado está el creyente, que conoce a Dios y vive en una continua relación con Él. La seguridad de los tales está en la seguridad de que el Padre celestial conoce cuales son las necesidades para cada momento. Conocen que Aquel a quienes reconocen como Padre tiene cuidado personal de los que son sus hijos, por tanto pueden echar toda ansiedad sobre Él, en la certeza que produce la fe viva (1 P. 5:7). El creyente sabe que Dios conoce que cada hijo suyo tiene necesidad, no de algunas sino de *todas estas cosas*, es decir, sustento y abrigo. El Padre omnisciente sabe cuales son las cosas necesarias y cuales las superfluas. En ocasiones el creyente olvida que su condición, además de hijo, es también la de peregrino (1 P. 2:11). Las necesidades temporales del peregrino son siempre limitadas, de ahí que el apóstol Pablo diga que *"teniendo sustento y abrigo, estemos contentos"* (1 Ti. 6:8). La abundancia de bienes y el confort de la casa es el disfrute de la herencia gloriosa que está reservada en los cielos (1 P. 1:4). Sin embargo, la confianza está en la certeza de que el Padre del cielo conoce todas las cosas que son necesarias para cada momento de la vida de sus hijos. Dios no dará alimento y dejará de proveer para el vestido o al contrario, sino que siempre proporcionará lo necesario de todo cuanto sea preciso en cada momento. El Señor nos enseñó a pedir solo *"el pan de cada día"* (Lc. 11:3).

La confianza del creyente esta en la seguridad de la promesa divina: αὐτὸς γὰρ εἴρηκεν· οὐ μή σε ἀνῶ οὐδ᾽ οὐ μή σε ἐγκαταλίπω, *"Porque Él dijo: No te desampararé, ni te dejaré"*. Las palabras de la promesa son de Dios mismo, que es el sujeto de la oración. La promesa está contenida en dos pasajes del Antiguo Testamento: El primero recoge esa promesa dicha por Moisés al pueblo de Israel en el nombre de Dios (Dt. 31:6); la segunda es dada por Dios mismo a Josué, antes de iniciar la conquista de la tierra, al borde del Jordán (Jos. 1:5). Una promesa semejante fue dada a Jacob en los momentos en que huía de su hermano (Gn. 28:15). Todos estos ejemplos de fidelidad de Dios atendiendo a la provisión de creyentes y de todo su pueblo en otra dispensación deben servir de aliento y confianza para su pueblo en este tiempo. La iglesia, como pueblo de Dios, ha de enfrentarse a situaciones delicadas y difíciles. Sin duda tampoco es, como no lo era el pueblo de Israel, un ejemplo continuo de fidelidad al Señor. Quienes tienen la misión de conducir al pueblo de Dios en su

marcha espiritual, siguiendo las huellas del *"Príncipe de los pastores"* (1 P. 5:4), necesitan descansar en las promesas divinas de ayuda y aliento para llevar a cabo el ministerio encomendado. Pero no solo ellos, cada creyente en el conflicto personal de una esfera espiritual que le es contraria, ante enemigos poderosos que son los hombres impíos y mucho más las *"huestes espirituales de maldad en regiones celestes"* (Ef. 6:12), necesita ser alentado con la promesa de Dios que le asegura su ayuda, protección y consuelo permanentes. Lo mismo que a Josué, nadie puede enfrentarse victoriosamente contra quién está protegido y rodeado por el poder de Dios. El cristiano ve por la fe el futuro, con todos sus conflictos y dice: *"¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿Quién contra nosotros?"* (Ro. 8:31). El tiempo transcurre, los momentos cambian, las situaciones son diferentes, pero el poder de Dios es el mismo. No habrá obra, por difícil que sea, que el más sencillo y débil de los creyentes no pueda llevar a cabo apoyándose en el poder de Dios. Podrá estar -según los hombres- a punto de ser aniquilado, pero en esa situación aún dice: *"Todo lo puedo en Cristo que me fortalece"* (Fil. 4:13). El apósto Pablo pone a Dios al lado del creyente, del mismo modo que estaba al lado de Josué. ¿Quién es más fuerte que Dios?, por tanto, nadie podrá hacerlo fracasar en su deseo de llevar a cabo la obra de Dios. No obstante, aún hay mayor eficacia para el cristiano. Dios no sólo está a su lado, sino que, en base a la obra de Cristo y a la posición en Él, está a *su favor*. Como escribe Newell:

"De ningún modo significa que Dios está meramente a nuestro lado en nuestros conflictos, sino la actitud de Dios inmotivada e inalterable para aquellos que están en Cristo; Dios está por ellos. Nada en el tiempo, ni en la eternidad venidera, tiene algo que ver con los asuntos que se tratan aquí. Nuestros débiles corazones, propensos a la legalidad y a la incredulidad, con gran dificultad reciben estas poderosas palabras: ***Dios está por nosotros.*** *Póngase el énfasis en donde Dios lo pone, en esta gran palabra 'por'. Dios está por Sus escogidos. Ellos han fracasado, pero Él está por ellos. Son ignorantes, pero Él está por ellos... ¿Qué, pues, diremos a esto? Dudarlo es negarlo, porque Dios lo afirma, desde el preconocimiento hasta la glorificación... Por tanto el desafía: '****¿quién contra nosotros?****'. Pablo conocía, como nadie ha conocido jamás, el poder y la malignidad de Satanás y sus huestes, la energía perseguidora de los odiadores del evangelio, la implacable asechanza del Imperio Romano, que había echado la justicia a los vientos y crucificado al Señor de Pablo, y vivía siempre listo, en espera de la ocasión, para echarle mano a él. Sin embargo ¡los desafía a todos! No es asunto de lógica como algunas versiones lo ponen, '****¿quién puede estar contra nosotros?****' sino un reto directo en la arena a todos y a cualquiera en todo el universo imaginable; literalmente,* ***Si Dios por nosotros, ¿quién contra nosotros?****"*[8].

[8] W. Niwell. *Romanos*. Editorial Portavoz. Pág. 271-272.

No se trata, pues, de entender que Dios está o no está a nuestro lado, sino de la actitud de Dios en relación con los conflictos por los que pase el creyente. Dios está por nosotros, porque nosotros estamos en Cristo. No se trata de tiempo, sino de conocer que en la vida de fe el creyente sabe que Dios está por nosotros. Podremos ser fracasados, podremos caer, podremos ser ignorantes e incluso, en ciertos momentos rebeldes, pero siempre *Dios está por nosotros*. Es necesario asumir por fe que Dios no solo tiene poder en cualquier circunstancia, sino que lo ha comprometido con cada uno de sus escogidos.

La frase en el texto griego de la Epístola: *"No te desampararé, ni te dejaré"*, contiene cinco negativas que lo hacen más enfático que la traducción al castellano. Esas cinco negaciones se fortalecen entre si unidas a los aoristos de los verbos que las siguen, que indican acciones definitivamente concluías, el primero[9] equivalente a *dejar atrás relajarse*, y el segundo a *abandonar, relajarse*[10]. Es la respuesta de fe a los conflictos propios de la vida cristiana.

6. De manera que podemos decir confiadamente:
El Señor es mi ayudador; no temeré
Lo que me pueda hacer el hombre.

ὥστε θαρροῦντας ἡμᾶς λέγειν·
De modo que podemos atrevernos nosotros decir:
Κύριος ἐμοὶ βοηθός,
Señor a mí ayudador
καὶ οὐ φοβηθήσομαι,
y no temeré
τί ποιήσει μοι ἄνθρωπος
¿Que hará me hombre?

Notas y análisis del texto griego.

El versículo, con referencia bíblica del Antiguo Testamento expresa la conclusión: ὥστε, partícula consecutiva que equivale a *de modo que*; θαρροῦντας, caso acusativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo θαρρέω, *ser audaz, tener ánimo, tener confianza*, aquí *podemos atrevernos, podemos ser audaces*; ἡμᾶς, caso acusativo plural del pronombre personal *nosotros*; λέγειν, presente de infinitivo en voz activa del verbo λέγω, *decir*. Sigue la referencia bíblica con Κύριος, caso nominativo masculino singular del nombre *Señor*, propio en relación con Dios; ἐμοὶ, caso dativo singular del pronombre personal declinado *a mí*; βοηθός, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *ayudador*, *auxiliador*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οὐ, adverbio de negación *no*; φοβηθήσομαι, primera persona singular del futuro de indicativo en voz pasiva del verbo φοβέομαι, *seré temeroso*; τί, caso acusativo neutro singular del pronombre interrogativo *qué*; ποιήσει, tercera persona

[9] Griego ἀνω.
[10] Griego ἐγκαταλίπω.

singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo ποιέω, *hacer*, aquí como *hará*; μοι, caso dativo singular del pronombre personal *a mí*; ἄνθρωπος, caso nominativo masculino singular del sustantivo genérico *hombre*.

Quien no depende de los bienes presentes o no tiene confianza en aquello que puede alcanzar con su esfuerzo, deposita su confianza en el Señor. La seguridad del creyente es firme porque descansa en las promesas de Dios, que es fiel y hace honor a su palabra, de ahí que ὥστε θαρροῦντας ἡμᾶς λέγειν, *nos atrevemos a decir*, o lo que es igual, *podemos decir confiadamente.* El creyente hace su afirmación confiadamente porque sus palabras son las palabras de Dios. Dice, pues, con confianza citando la Escritura: Κύριος ἐμοὶ βοηθός, καὶ οὐ φοβηθήσομαι, τί ποιήσει μοι ἄνθρωπος, *"el Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre".*

Esa es la razón suprema de la confianza cristiana, que permite una vida de absoluta seguridad (2 Co. 5:6, 8). La confianza aquí la expresa el escritor con las palabras del salmista (Sal. 118:6). Esto es un complemento y conclusión de cuanto se consideró en el versículo anterior. No puede tener temor quien tiene la certeza de la presencia y compañía de Dios en su vida. No hay inquietud para quien sabe que Dios está por él. No existe inquietud en quien conoce el compromiso del Señor de estar continuamente a su lado y prestarle la ayuda, fuerza y protección que necesite en cada momento. De otro modo en el Nuevo Testamento: *"¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros ¿quién contra nosotros?"* (Ro. 8:31). Dios está *de parte* del creyente. Nadie puede infundir temor porque ningún enemigo es más poderoso que Dios. Porque Dios está a favor del creyente, nadie es poderoso para derrotarlo. Dios lleva al cristiano continuamente en triunfo en Cristo (2 Co. 2:14).

El ejemplo en la iglesia (13:7-19).

Compromiso y esperanza (13:7-14).

7. Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la palabra de Dios; considerad cual haya sido el resultado de su conducta, e imitad su fe.

Μνημονεύετε τῶν ἡγουμένων ὑμῶν, οἵτινες ἐλάλησαν ὑμῖν τὸν
Acordaos de los líderes de vosotros los que hablaron os la
λόγον τοῦ Θεοῦ, ὧν ἀναθεωροῦντες τὴν ἔκβασιν τῆς ἀναστροφῆς
Palabra - de Dios de los que considerando el final de la conducta
μιμεῖσθε τὴν πίστιν.
imitad la fe.

Notas y análisis del texto griego.

El escritor considera en el versículo la relación del creyente con los líderes de la iglesia: Μνημονεύετε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz activa del verbo μνημονέυω, *recordar, acordarse*, aquí como *acordaos*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; ἡγουμένων, caso genitivo masculino plural del participio de presente en voz media del verbo ἡγέομαι, *gobernar, ser jefe, ser adalid, ir delante*, aquí como *gobernadores*, que en el sentido de iglesia corresponde a *conductores, líderes*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de vosotros*; οἵτινες, caso nominativo masculino plural del pronombre relativo *los que*; ἐλάλησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo λαλέω, *hablar, emitir voz, decir, conversar, resonar*, aquí *hablaron*; ὑμῖν, caso dativo plural del pronombre personal declinado *a vosotros*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; λόγον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *palabra*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, no utilizado por preceder a nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre declinado *de Dios*; ὧν, caso genitivo masculino plural del pronombre relativo declinado *de los que*; ἀναθεωροῦντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ἀναθεωρέω, *observar, considerar*, aquí *considerando*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἔκβασιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *final*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ἀναστροφῆς, genitivo femenino singular del sustantivo que denota, *conducta*; μιμεῖσθε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz media del verbo μιμέομαι, *imitar*, aquí *imitad*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; πίστιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *fe*.

La vida en la fe alcanza a todas las relaciones que el creyente pueda tener, tanto en el mundo como en la iglesia. El amor fraternal es la base de la relación y la fe afirma al creyente en medio de cualquier circunstancia por la que pueda atravesar al conocer que Dios está *por él*. En estas relaciones está en forma destacada la que tiene que ver con los líderes en la congregación. El escritor establece aquí un mandamiento que llama al recuerdo: Μνημονεύετε τῶν ἡγουμένων ὑμῶν, οἵτινες ἐλάλησαν ὑμῖν τὸν λόγον τοῦ Θεοῦ, *"Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la palabra de Dios"*. El verbo[11] utilizado para demandar el recuerdo hacia los líderes está en presente de imperativo, lo que constituye un mandamiento continuado, como si dijese: *"acordaos continuamente de vuestros pastores"*, o incluso *"no os olvidéis de ellos"*.

El término traducido en RV como *pastores*[12] es un participio de presente del verbo que expresa la idea de *gobernar, administrar, conducir, dirigir*, en cierta medida la palabra *líder* es la que mejor puede precisar la traducción en el

[11] Griego μνημονέυω.
[12] Griego ἡγουμένων.

castellano moderno, de ahí que algunas versiones como La Biblia de las Américas, traduzcan por *guías*. No se trata de quienes están ejerciendo el pastorado en la iglesia porque han sido dotados del *don* de pastor, sino de los que ejercen un *oficio* de conducción, que por esa razón comprende, en cierta medida un trabajo pastoral. Podría tratarse incluso de fundadores de la iglesia, aunque no lo exija necesariamente. En general está refiriéndose a los que ejercen el *oficio* de ancianos, presbíteros o sobreveedores. El término está orientado a definir a quienes *conducen* la congregación. Como se dice antes, no sólo a quienes ejercen el *ministerio* del pastorado en la iglesia dependiente del don de pastor, ni tampoco exclusivamente a quienes están en el *oficio* de ancianos, aunque muy bien puede agrupara a todos ellos. En general se trata de quienes han discipulado y enseñado la fe a los creyentes. El creyente es dado a olvidar a quienes les han precedido en la carrera cristiana y, especialmente, a los que fueron guías en la congregación. Para estos se demanda un recuerdo atento hacia sus personas, que probablemente hayan muerto ya, puesto que la frase está en pasado: ἐλάλησαν ὑμῖν τὸν λόγον τοῦ Θεοῦ, *"os hablaron la palabra de Dios"*. En este aspecto se enfatiza un diálogo familiar, frecuente y personal con cada creyente para enseñarle la Escritura.

᾿Αναθεωροῦντες τὴν ἔκβασιν τῆς ἀναστροφῆς. La consideración que se requiere es hacia lo que fue *"el resultado de su conducta"*. La demanda hacia el recuerdo establece el aspecto de la consideración, reflexionando sobre el resultado de la conducta de aquellos que trabajaron en la conducción de la iglesia local. No se pide una consideración detenida sobre las personas, sino sobre su comportamiento, literalmente *"el final de su conducta"*. La demanda es a considerar el modo piadoso que observaron hasta el fin de su vida. La conducta de ellos evidencia la realidad de su fe, ya que su comportamiento dependía totalmente de ella (10:38). No se trataba de personas lejanas en el tiempo, sino cercanas, por tanto, era fácil recordar sus hechos de fe. La ejemplaridad de un líder en la iglesia es premisa incuestionable para su reconocimiento en la actividad pastoral y, especialmente, en el oficio de anciano. No es posible ejercer un liderazgo y enseñar a otros la conducta cristiana sino se manifiesta como norma de vida de quien enseña. El apóstol Pablo requería ejemplaridad a su colaborador Timoteo, cuando le escribía: *"Ninguno tenga en poco tu juventud, sino se ejemplo de los creyentes, en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza"* (1 Ti. 4:12). El ser ejemplo en *palabra*, no es tanto en pureza doctrinal que conforma la enseñanza, sino más bien en conversación ejemplar, positiva y edificante (Ef. 4:29, 31, 32). En conducta, como ejemplo de comportamiento. En el amor que comprende la consideración hacia los demás, la preocupación por el prójimo y la búsqueda desinteresada del bien ajeno (1 Co. 10:24). En cuanto a la pureza como manifestación de un testimonio intachable, esto es, una moral digna en conformidad con la ética de Dios. El que enseña y conduce la iglesia tiene que

ser un creyente ejemplar en todo. De igual modo establece el mismo requerimiento para Tito: *"Presentándote tú en todo como ejemplo de buenas obras; en la enseñanza mostrando integridad, seriedad, palabra sana e irreprochable, de modo que el adversario se avergüence y no tenga nada malo que decir de vosotros"* (Tit. 2:7-8). La ejemplaridad alcanza y comprende también la faceta de la humildad, como quien sigue las huellas de Aquel que dijo ser *"manso y humilde de corazón"* (Mt. 11:29). Especialmente necesario este aspecto en quienes al ejercer un liderazgo de conducción están propensos a considerarse más de lo que realmente son. Es el gran requerimiento que el apóstol Pedro hace a los ancianos de la iglesia: *"No como teniendo señorío de los que están a vuestro cuidado"* (1 P. 5:3). El anciano ejerce autoridad, pero no es autoridad. El único Señor de la Iglesia en Cristo (Ef. 1:20-23). Los ancianos ejercen el oficio en dependencia del Espíritu, el Vicario de Cristo en su Iglesia, y sólo en armonía con la Palabra, única autoridad en materia de fe y conducta. Los ancianos son simplemente siervos de quien es el Gran Pastor de la ovejas (13:20). El anciano no es dueño ni está sobre la congregación, sino entre ella (1 P. 5:1-2). Ningún líder debe caer en el pecado de buscar el *primado* en la iglesia como ocurría con Diótrefes (3 Jn. 9-11). El título de honor para un líder es el de siervo (1 Co. 4:1). Esa es la enseñanza de Jesús: *"el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo"* (Mt. 20:26-27). El reino de Jesús no es del mundo sino del cielo, por tanto el funcionamiento en él es totalmente opuesto al de cualquiera otro de esta tierra. La grandeza en el reino sigue un camino diferente al que es natural en los reinos de las naciones. La grandeza se consigue dándose, en lugar de esperar recibir. Los discípulos habían preguntado sobre lo que recibirían, Jesús les habla de entregarse a favor de otros. La grandeza en el reino se alcanza desde la condición de un siervo que se entrega por los demás. Ser verdaderamente grande significa amar a otros y servirlos por amor. Dios capacita al cristiano para llevarlo a cabo derramando su amor en el corazón de cada uno por medio de la acción del Espíritu Santo (Ro. 5:5). La mente de Jesús viene a ser el modo de conducción del pensamiento de quien le sigue (1 Co. 2:16). Los grandes en la Escritura se manifiestan por su humildad y disposición al servicio. El deber supremo de los discípulos de Jesús es servirse por amor unos a otros (Gá. 5:13). No cabe duda que esa es la verdadera grandeza y la suprema libertad. Para llevarlo a cabo es necesaria la humildad. La disposición del corazón de quien es verdaderamente discípulo del Señor tiende a buscar siempre la utilidad que su vida y ministerio pueda dar a los demás. Considera los dones de que fue dotado por la gracia no como un elemento de orgullo sino como un instrumento de servicio, poniéndolos a disposición de la iglesia y para edificación del pueblo de Dios (1 P. 4:10). Los que están en la disposición de entregarse plenamente buscando el bien del otro y no el suyo propio (1 Co. 10:24), está en el seguimiento fiel del Rey que vino para servir. Nuevamente debe hacerse resaltar que lo que la Iglesia necesita son menos grandes y más

siervos. El primero en el reino es el que asuma la condición de un esclavo. El creyente asume la condición de suprema grandeza en la esfera del servicio. El verdadero título de honor de un creyente es el de siervo. Esto marca un profundo contraste con el pensamiento propio de los reinos del mundo. Los discípulos pensaban todavía en términos humanos y de esa manera concebían el reino de los cielos. Por esa causa buscaban lugares de honor, asientos a derecha e izquierda del rey. Jesús les hace ver que en el reino de los cielos en la presente dispensación, los lugares más dignos son aquellos en los que se ejerce el trabajo desde la condición de un esclavo. En el futuro, cuando la glorificación de los cristianos se produzca, habrá lugar y tiempo para recibir recompensas y ocupar los lugares que Dios ha designado para cada uno. No puede hablarse de conversión sin hacerlo también de servicio (1 Ts. 1:9-10). Debe recordarse que el mismo apóstol Pablo deseaba pasar a la historia no como un grande, sino como un esclavo de ínfimo grado (1 Co. 4:1). Por esa misma causa la conducta del líder avala su ministerio, de ahí que el mismo apóstol Pedro establezca para estos que *"sean ejemplos de la grey"* (1 P. 5:3). Los que conducen han de caminar delante de la congregación orientando y dando ejemplo, como Cristo enseñó (Jn. 10:4). La congregación debe verlos, además de cómo maestros, como *modelos* en el comportamiento cristiano. El anciano no puede exigir de la congregación aquello que él mismo no esté haciendo. El escritor de la Epístola está llamando al recuerdo de los líderes desde la consideración ejemplar de su conducta.

Pero, además de la consideración debe procurarse una *imitación* de aquellos que fueron ejemplos: μιμεῖσθε τὴν πίστιν *"imitad su fe"*. El verbo griego[13] traducido aquí por *imitad*, tiene la raíz de la que se deriva la palabra castellana *mimetismo*, que es la propiedad que tienen algunos seres de asemejarse al entorno en que viven. Significa esto que los creyentes están llamados a imitar *la fe* que fue la razón de vida de aquellos que han manifestado ejemplaridad en la conducta. El verbo está en imperativo y no deja opción sino a la obediencia, ya que se establece a modo de mandamiento, que exhorta a *mimetizar* la fe de los guías. Es necesario entender bien que no se trata de imitar a sus personas, ni a sus formas, sino a su fe. El entorno de la vida varía en el tiempo y en las circunstancias siempre cambiantes de la sociedad, pero la fe, permanece inalterable en el tiempo. Algunos viven en el recuerdo de los hombres y en la imitación de las formas, trayendo como consecuencia una descontextualización entre fidelidad a la Palabra y costumbres propias de cada tiempo. Lo más peligroso y nocivo para el desarrollo y la marcha de una iglesia, es empeñarse a hacer las cosas generales como las hacían los hombres que las fundaron. Debe entenderse que el tiempo no puede adecuarse a la iglesia, y que tiene que ser esta la que se adecua al tiempo, por supuesto, sin que se trate de

---

[13] Griego μιμέομαι.

actualizar la doctrina que es inalterable e inamovible porque procede de Dios por medio de su Palabra. Los creyentes que en el pasado sirvieron de ejemplo en el compromiso de enseñar la vida de fe a sus hermanos, habían dejado ejemplo de trabajo y entrega, en una vida de fidelidad que mantuvieron hasta el fin, quienes siguen ahora en el mismo camino tienen, junto con los ejemplos de la historia bíblica, referencias actuales para imitar en la carrera de la fe.

8. Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos.

᾿Ιησοῦς Χριστὸς ἐχθὲς καὶ σήμερον ὁ αὐτὸς καὶ εἰς τοὺς αἰῶνας.
Jesús Cristo ayer y hoy el mismo y por los siglos.

Notas y análisis del texto griego.

Un versículo en el que tal vez deba ser suplido el verbo ser, en el que se lee: ᾿Ιησοῦς, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Jesús*; Χριστὸς, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Cristo*, ἐχθὲς, adverbio de tiempo *ayer*; καὶ, conjunción copulativa *y*; σήμερον, adverbio de tiempo, *hoy*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; αὐτὸς, caso nominativo masculino singular del pronombre intensivo *mismo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; εἰς, preposición de acusativo *por*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; αἰῶνας, caso acusativo masculino plural del sustantivo *siglos*.

᾿Ιησοῦς Χριστὸς ἐχθὲς καὶ σήμερον ὁ αὐτὸς καὶ εἰς τοὺς αἰῶνας. Dos dificultades se aprecian en el análisis del texto griego del versículo. La primera es gramatical consistente en buscar la cópula que una el predicado y el sujeto en la oración. El verbo ser -que supuestamente debe entenderse implícito- podría situarse entre los dos nombres propios dados al Señor, lo que resultaría *Jesús **es** Cristo, ayer, y hoy, y por los siglos*, o también -lo que parece más correcto- luego de los nombres, que resultaría *Jesucristo **es** el mismo ayer, y hoy, y por los siglos*. La segunda es interpretativa, debiendo determinarse si se trata de una afirmación doctrinal sobre la inmutabilidad de Cristo, o sobre la doctrina de Cristo o sobre Cristo.

El versículo recoge una afirmación entre la demanda de mantener la firmeza de fe de la que fueron ejemplo los líderes anteriores y las exhortaciones concordantes con la fidelidad a la fe que siguen a partir del texto. Ambas cosas pueden ser entendidas aquí, la primera en relación con una afirmación a modo de digresión en el discurso sobre la inmutabilidad de Jesucristo. Podría estar conforme al contenido general de la Epístola que se extiende en múltiples argumentos sobre la superioridad de Jesucristo en relación con el antiguo orden de la vieja alianza. No hay duda que a nuestro Señor le corresponden las perfecciones que son propias de la deidad, por cuanto es Dios, en unidad con el Padre y el Espíritu. En el desarrollo de la epístola se consideró la verdad

expresada aquí en relación con aspectos de la obra del Sumo Sacerdote del Nuevo Pacto. Jesucristo es el mismo *ayer*, cuando ofreció súplicas y ruegos con gran clamor y lágrimas, en la experiencia de su agonía en Getsemaní (5:7). Este Jesucristo es también el mismo *hoy* en el ministerio sacerdotal representando a los creyentes como el Sumo Sacerdote del Nuevo Pacto (4:15). De la misma manera Jesucristo será el mismo *"por los siglos"* ya que vive para siempre en un ministerio de intercesión por los suyos (7:25).

En relación con el primer supuesto interpretativo del versículo, que el escritor esté refiriéndose a la eternidad e inmutabilidad de Jesucristo, sería una afirmación doctrinal insertada en medio de la parénesis que está trasladando. Se ha considerado ya esto en otros lugares, por tanto baste aquí con referirse aquí a dos aspectos que sustentan la realidad de la eterna existencia de Jesucristo, partiendo de su preexistencia. La experiencia del Verbo en existencia terrenal por medio de su naturaleza humana, exige aceptar la preexistencia de vida. Es necesario entender que el acontecer de Cristo proviene de Dios y es Dios mismo en la medida en que entre Dios y Cristo hay una absoluta unidad de vida, acción, palabra y propósito. Jesucristo es Emmanuel, Dios con nosotros, esto es la expresión visible de la autocomunicación de Dios para solidarizarse con el destino de los pecadores a fin de que pueda llevar en atracción nuestra existencia a su propia vida. Jesucristo es manifestación de la autodonación de Dios, de tal manera que la relación de Jesús con Dios no surge en el tiempo, sino que procede de la eternidad. No se trata de una vinculación de deidad y humanidad en el aspecto soteriológico, sino de la realidad de vida en la unidad de la Trina Deidad. Jesucristo pertenece como Hijo al ser de Dios y su temporalidad se debe al envío que Dios mismo hace de su Hijo conforme a su propósito eterno de salvación (Gá. 4:4). La unidad de acción es absolutamente idéntica entre las Personas Divinas, tanto la que envía, El Padre, como el enviado, El Hijo, esa es la razón por la que Jesucristo pueda decir, como recoge Juan que Él y el Padre son una misma cosa (Jn. 10:30). De esta verdad revelada surgen los aspectos de *preexistencia*, *misión y humillación*. La conclusión final es que Dios estaba en Cristo, por tanto Jesucristo no solo manifiesta unidad de destino en ejecución soteriológica, sino esencialmente en unidad de Ser en el seno trinitario. La preexistencia de Jesucristo no surge de una reflexión filosófica, sino de una razón existencial revelada, en la que el Verbo fue hecho carne (Jn. 1:14). El *envío* del Hijo se relaciona siempre con un propósito soteriológico, de ahí que aparezca continuamente la preposición *para* en cada referencia al *envío* divino (cf. Jn. 3:16; Gá. 4:4-5; 1 Jn. 4:9). Cristo es manifestado en el mundo como *Logos*, el Verbo existente en Dios, que recubre la gloria de su deidad con el manto de la humanidad asumida en la Segunda Persona por encarnación. Es esa la causa por la que de su plenitud tomamos todos y gracia sobre gracia (Jn. 1:16). El revelador de Dios que estaba entre los hombres en forma humana, no dejaba de estar al mismo tiempo en el seno del

Padre (Jn. 1:18). En ese sentido, vinculado con Dios por ser Dios, la eternidad le pertenece y corresponde. El tiempo está en la exteriorización de Dios que al *salir* o *proyectarse* de Sí mismo, se expresa como Creador y en el acto de creación hace surgir la medida de las cosas mediante el tiempo. Sin embargo este Dios eterno permanece en la eternidad, que no es una perpetua sucesión de tiempo, sino la ausencia absoluta del mismo. Sólo del Eterno se puede decir que es el mismo *ayer, y hoy, y por los siglos*, por cuanto el tiempo no le afecta en transcurso, ya que el tiempo está fuera de la vida de Dios. Sin embargo, la expresión del versículo en relación con Jesucristo, contiene además del concepto de eternidad, el de *inmutabilidad*. Esa es una de las perfecciones que distinguen absolutamente al Creador de la criatura. Dios es el mimo perpetuamente, sin estar sujeto a cambio alguno en su ser, atributos o determinaciones. Aunque toda la creación está sujeta a cambios, Dios no conoce cambio alguno porque es inmutable. Esta inmutabilidad forma parte de la misma *esencia* divina, de tal manera que la infinitud divina no puede estar sujeta a mudanza alguna. No hubo tiempo en que Jesucristo, como Dios, no existiera y no habrá nunca tiempo en que deje de existir. Lo que ha sido hoy lo ha sido siempre, y lo será sempiternamente, esa es la razón por la que dice por medio del profeta *"Yo Jehová, no cambio"* (Mal. 3:6). Esa es la causa y razón por la que Dios puede decir *"Yo soy el que soy"* (Ex. 3:14), por tanto, sus perfección inmutables como Él mismo se manifiestan en un amor que no cambia y del que sólo Él puede decir: *"Con amor eterno te he amado"* (Jer. 31:3), por lo que de Jesucristo dice Juan que *"como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin"* (Jn. 13:1). Inmutable en su determinación o consejo, su voluntad jamás cambia, como dice el salmista: *"El consejo de Jehová permanecerá para siempre; los pensamientos de su corazón por todas las generaciones"* (Sal. 33:11), por eso se habla en la Epístola de la *inmutabilidad de su consejo* (6:17). En ese sentido se puede entender la expresión del escritor en este versículo, como la perfección divina de la inmutabilidad manifestada en Jesucristo, que hace que sea ἐχθὲς καὶ σήμερον ὁ αὐτὸς καὶ εἰς τοὺς αἰῶνας, *"el mismo, ayer, y hoy, y por los siglos"*.

Pero, no pareciera por el contexto que el escritor estuviera pensando en la trascendencia de Jesucristo, que es inmutable y eterno como Dios, siendo siempre el mismo. Posiblemente estuviese pensando en Jesucristo como el objeto de fe que había sido enseñada por quienes fueron los guías de la iglesia. La inmutabilidad no se referiría tanto a la persona de Jesucristo, como a la fe en lo que Él es que no ha variado, por tanto Jesucristo, enseñado por los maestros de la Palabra es el mismo, tanto ayer, en el tiempo primero de la enseñanza, como hoy, como lo será en el futuro. En la materia de fe se enseña la inmutabilidad de Jesucristo. La doctrina sobre Jesucristo no cambia, por cuanto es una de las doctrinas fundamentales de la fe cristiana. La gran enseñanza de este párrafo, aparentemente introducido en el contexto de la exhortación del

capítulo, es que mientras que los hombres ejemplares en la fe, están sujetos a la temporalidad y aún sus perfecciones son siempre limitadas, Jesucristo es el mismo y a su obra perfecta no puede añadirse más.

9. No os dejéis llevar de doctrinas diversas y extrañas; porque buena cosa es afirmar el corazón con la gracia, no con viandas, que nunca aprovecharon a los que se han ocupado de ellas.

Διδαχαῖς ποικίλαις καὶ ξέναις μὴ παραφέρεσθε· καλὸν γὰρ χάριτι
A doctrinas diversas y extrañas no seáis arrastrados. Porque bueno con gracia
βεβαιοῦσθαι τὴν καρδίαν, οὐ βρώμασιν ἐν οἷς οὐκ ὠφελήθησαν οἱ
ser afianzado el corazón, no con viandas en las que no fue provechoso a los
περιπατοῦντες.
que andan.

Notas y análisis del texto griego.

Escribe una nueva exhortación: Διδαχαῖς, caso dativo femenino plural del sustantivo que denota *enseñanza, doctrina*; ποικίλαις, caso dativo femenino plural del adjetivo *diverso, vario,* literalmente *de distintos colores*, denotando *variedad*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ξέναις, caso dativo femenino plural del adjetivo *extraña, inusual, insólito, sorprendente, que no es del país*; μή, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*; παραφέρεσθε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz pasiva del verbo παραφέρω, *arrastrar, desviar,* aquí *seáis arrastrados.* En una segunda cláusula se lee, καλὸν, caso nominativo neutro singular del adjetivo *bueno*, *bello*; seguido de γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al adjetivo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; χάριτι, caso dativo femenino singular del sustantivo *gracia*; βεβαιοῦσθαι, presente de infinitivo en voz pasiva del verbo βεβαιόω, *confirmar, hacer efectivo, consolidar, afianzar*, aquí *ser afianzado*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *el*; καρδίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *corazón*; οὐ, adverbio de negación *no*; βρώμασιν, caso dativo neutro plural del sustantivo que denota *alimento, comida, víveres, vianda*; ἐν, preposición de dativo *en*; οἷς, caso dativo neutro plural del pronombre relativo *los que*; οὐκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada, que negativiza a ὠφελήθησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo ὠφελέω, en voz pasiva *sacar provecho*, aquí *fue provechoso*; οἱ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *los*; περιπατοῦντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo περιπατέω, *andar*, aquí *que andan*.

Διδαχαῖς ποικίλαις καὶ ξέναις μὴ παραφέρεσθε. Mientras que los guías en la iglesia llevaron a los creyentes a la verdadera doctrina, otros intentan introducir enseñanzas diversas que no se ajustan a la verdad. La amonestación llama a los creyentes a mantenerse firmes en la verdadera fe sin dejarse conducir por aquellos que procuran desviarlos hacia otras enseñanzas. El verbo

que se traduce por *llevar*[14], originariamente expresa la idea de *conducir a lo largo*, en sentido de *llevar más allá*, de ahí el significado de *arrastrar*, que también expresa el concepto que se quiere afirmar con el verbo. Al estar en presente de imperativo, indica un mandamiento que permanece. El creyente no debe dejarse llevar o dejarse arrastrar en ningún momento hacia otras doctrinas que no sean aquellas que fueron enseñadas desde el principio y tomadas de la Palabra.

Es necesario apreciar aquí los dos calificativos que se dan a la doctrina errónea: Primeramente se le llama ποικίλαις, *diversa*, palabra que literalmente significa *diversos colores*, esto enfatiza un contraste entre la doctrina bíblica, única y verdadera, y otras que provienen de otros campos y que son diversas o distintas. En segundo lugar se las califica de ξέναις, *extrañas*, palabra que está enraizada con *huésped*, esto es, *extrañas, extranjeras, foráneas*, cuya procedencia no es la que sustenta la única y verdadera doctrina que es la Palabra de Dios. Estas doctrinas, o enseñanzas, revisten un primer problema consistente en que siendo muy diversas, no se ajustan a la enseñanza de la doctrina comunicada a la Iglesia por los apóstoles y profetas (Ef. 2:20). Pero, siendo falsas doctrinas, resultan llamativas o atractivas, de ahí que se les llame *de muchos colores*, lo que sintonizarán siempre con los gustos personales de algunos oyentes de esas enseñanzas. Sobre algo semejante mencionaba el apóstol Pablo a su colaborador Timoteo, advirtiéndole que en la iglesia algunos creyentes cansados de la enseñanza fundamental, querían oír aquello que les resultase agradable a su gusto y pensamiento, buscando maestros que satisficieran sus deseos (2 Ti. 4:3). Este tipo de personas no tienen dificultades en encontrar maestros conforme a sus gustos.

Un segundo problema está relacionado con la *extrañeza* de la doctrina, es decir, doctrinas que son novedosas y que no fueron enseñadas antes, es decir, no proceden del campo del cristianismo, sino de otros. Es necesario entender que las doctrinas no son malas en sí por ser nuevas, sino por no ser doctrinas conforme a la fe. Lo nuevo no es malo por ser nuevo, como tampoco lo antiguo es correcto por ser viejo. Es preciso entender que toda la Palabra, desde el principio al final es *doctrina*, por cuanto es Palabra de Dios, procedente de Él para enseñanza. Sin embargo es preciso entender también que hay *doctrina fundamental*, que es aquella doctrina que sirve de sustentación a la fe, especialmente en lo que es esencial para la misma, cuyo contenido no *admite* otra interpretación que la que se entiende en una correcta exégesis del texto bíblico, y hay también *doctrina general*, que por su propia dimensión permite en ocasiones ser entendida de una manera o de otra. Ilustrando esto, es *doctrina fundamental*, el regreso de Jesucristo y la resurrección de los muertos, pero,

[14] Griego παραφέρω.

dentro de esta doctrina fundamental que no admite otra interpretación, hay diferentes opiniones sobre el tiempo del regreso de Cristo. Para algunos se producirá antes de instaurar el reino milenial, otros consideran que el reino milenial es simbólico. Unos entienden que la Iglesia será trasladada antes del tiempo de la tribulación que precederá a la segunda venida de Jesucristo, otros consideran que estará en ella. Todas estas divergencias entendidas con una determinada perspectiva teológica, definen que la doctrina fundamental es la venida de Jesús, y la doctrina general son las particularidades que están en su entorno. Una dificultad grave es la resistencia de algunos a aceptar temas de doctrina fundamental porque nunca antes habían sido enseñados por los maestros de la congregación. Tal ocurre, a modo de ejemplo, con la verdad relativa a *la muerte espiritual de Cristo*, asunto de absoluta importancia en el estudio de la sustitución en la Cruz. Es, sin duda, un tema complejo, como muchos otros apartados de la Cristología, pero su enseñanza debe introducirse en el estudio doctrinal acerca de la Persona y obra de Jesucristo. Si nunca otros lo expusieron en el estudio de la Palabra, no implica que sea una *novedad*, en el sentido de algo que no está en la doctrina, sino de algo que no se había expuesto anteriormente. Resistirse a avanzar en la doctrina escudriñando la Palabra porque los antiguos no enseñaron esos temas es rendir culto a la fe de los maestros y negar la dimensión de la verdadera fe en la Escritura.

Asunto más grave que una distinción doctrinal en sí misma es la mala interpretación dada a algunos textos de la Escritura, que sacados de su contexto o interpretados a la literalidad absoluta del significado de las palabras sin contextualización alguna producen serios conflictos, contiendas y divisiones en el pueblo de Dios, tal como son los asuntos de ropa, arreglos externos, etc. etc. El Señor comparó a los que iban a ser maestros primeros en su Iglesia, esto es, a los discípulos, con escribas doctos, enseñando que *"Todo escriba docto en el reino de los cielos es semejante a un padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas"* (Mt. 13:52) El Señor compara a los discípulos con un escriba docto. La palabra usada por Mateo es literalmente *discipulado*, o *instruido*. El escriba era una persona que estaba especializada en la enseñanza de la ley (Mr. 1:22). Generalmente todos los escribas de los tiempos de Jesús enseñaba las mismas cosas antiguas, es decir, todo lo correspondiente a las enseñanzas del Antiguo Testamento, a las que añadían lamentablemente muchas veces, las tradiciones de los *ancianos*, como si se tratase de mandamientos de Dios. Tal sistema de enseñanza constituía una dificultad notoria para que las gentes pudiera acceder al reino de los cielos, es decir, pudiesen encontrar a Dios como Salvador personal (Lc. 11:52). Las tradiciones que los escribas enseñaban habían llegado a ser un lastre espiritual insoportable para el pueblo. El Señor estaba preparando a los Doce para enviarlos a predicar el evangelio y enseñar a las gentes las verdades sobre el reino de los cielos (Mt. 28:20). Los escribas estudiaban en escuelas rabínicas y algunos se jactaban de haber tenido

oportunidad de estudiar al lado de grandes eruditos. Ningún maestro para enseñar como Jesús; por tanto, los discípulos podían muy bien recibir el título de *escribas*, en sentido de maestros de la Palabra. Estos todos que habían estado durante tres años al lado del Señor eran verdaderamente *aptos* para enseñar y predicar la Palabra (1 Co. 16:14, 16; Ef. 3:2-5; 4:11-13; 1 Ti. 3:2; 5:17). Los discípulos como maestros de la Palabra debían tomar de ella tanto la enseñanza del Antiguo Testamento, como la que había recibido de Jesús y que luego pasaría a los libros del Nuevo Testamento. Los discípulos se compararon también a un *padre de familia.* La Iglesia de Jesucristo es la *casa y familia de Dios* (Ef. 2:19). A esta familia debe conducirse como un buen padre conduce a sus hijos en la casa, proveyendo para ellos, instruyéndoles, animándoles y ayudándoles en todo. El maestro en la iglesia, el pastor en la congregación debe dar, no sólo el alimento añejo, sino también el nuevo. Lo que pudiera definirse como *"el alimento a tiempo"* (Mt. 24:45). El apóstol Pablo enseñaba a los creyentes *"todo el consejo de Dios"* (Hch. 20:27). Los elementos para la enseñanza de la palabra son sacados del *tesoro*, que aquí tiene que ver con el conocimiento bíblico guardado en la mente y en el corazón del maestro, que le capacita y permite enseñar a otros. La capacitación personal del maestro bíblico consiste en el profundo conocimiento que tenga de la Biblia, manteniéndose en la fidelidad a ella continuamente, como es ejemplo el apóstol Pablo (Hch. 26:22). La Escritura no debe estar almacenada sólo en la mente, sino en el corazón. Ello producirá un modo de vida ejemplar en consonancia con la enseñanza que se comunica, porque *"de la abundancia del corazón habla la boca"* (Lc. 6:45). Una importante lección se desprende de esta enseñanza y es la necesidad que la Iglesia tiene de creyentes preparados para la enseñanza. El apóstol había establecido la cadena de enseñanza desde los apóstoles en adelante. Aquellos primeros enseñados por Jesús mismo y luego por las revelaciones del Espíritu, prepararon a otros para que éstos a su vez lo hiciesen con los siguientes y así sucesivamente (2 Ti. 2:2). La enseñanza en la Iglesia ha de ser bíblica, quiere decir esto que descansa en la exposición de la Palabra fuera de cualquier otra cosa (2 Ti. 4:2). Los creyentes deben ser instruidos en la Biblia para que su fe esté bien cimentada y no sean desviados fácilmente hacia otras doctrinas que no sean bíblicas (Ef. 4:14). El único modo de equipar a los santos convenientemente para el servicio es mediante la instrucción bíblica, por cuya razón el Señor da a la Iglesia creyentes dotados con dones de enseñanza (Ef. 4:11-13). El infantilismo espiritual es una de las lacras más notorias de las iglesias evangélicas. Cuando un creyente no conoce la Palabra tendrá serias dificultades en su vida personal y eclesial. La única manera de que la Iglesia conozca las Escrituras es la exposición sistemática de la Biblia. Ninguna iglesia que se considere bíblica debiera enseñar la Palabra de otra forma que no fuese sistemáticamente. A la exposición de un libro de la Biblia sigue luego la de otro y así sucesivamente hasta que toda la Palabra fue puesta delante de la congregación. El estudio doctrinal, esto es, el que expone una determinada

doctrina, debe considerarse también como predicación expositiva, por cuanto es la exposición de pasajes de la Escritura que sintetizan una determinada verdad. Sin embargo, frente a esto está lo que se llama *ministerio devocional*, que no es otra cosa que la justificación de no enseñar la Palabra, alimentando a los cristianos con las migajas de simples reflexiones que no conducen a establecer sólidamente a los creyentes en la fe. Una dificultad añadida es que Jesús comparó a los discípulos que serían los maestros de la iglesia naciente con un *escriba docto*, es decir*, preparado*. El Espíritu Santo da dones a los creyentes capacitándolos, es decir, haciendo de ellos con el recurso de la gracia otorgada como don, capaces para enseñar. Sin embargo, no les comunica el conocimiento de la Palabra que ha de ser adquirido por ellos mediante el estudio diligente de la misma. Para la capacitación de un maestro se necesita otro maestro. Es sorprendente la absurda propuesta de que no es necesaria una capacitación profunda para enseñar, lo que conduce a que cualquier hermano de buen testimonio sea capaz de instruir a la iglesia. Esto pervierte la verdad de los dones dados para la Iglesia. La formación de creyentes para el ministerio de la enseñanza comprende, además del estudio de la Palabra, el de las lenguas bíblicas en que fue escrita. Ningún expositor debe tratar de encontrar el verdadero significado de las palabras bíblicas en el idioma moderno que habla, sino en el original en que fueron escritas. Esto requiere maestros capaces de formar en esto a los que serán maestros en las iglesias. Sorprende ver como en nuestros días la ignorancia se cubre con la apariencia de conocimiento de quien no lo tiene. Es notable observar el uso de referencias al texto griego en los púlpitos de iglesias que se consideran conservadoras y bíblicas, dados por personas que desconocen absolutamente el idioma griego del Nuevo Testamento. Una manifestación de ignorancia de tal naturaleza hace mucho mal en los creyentes que escuchan al supuesto maestro, hablando de lo que desconoce y diciendo lo que no es correcto. Pero, esa ignorancia produce un daño irreversible cuando se establecen doctrinas sobre *palabras*, que no están en el texto griego pero se consideran como si así fuese. Una de las mayores necesidades que tiene la iglesia en este tiempo es la formación urgente de maestros que puedan enseñar la Biblia y formar a su vez a otros para continuar con la cadena de enseñanza en la congregación. Quien procure rodearse de buenos maestros deberá comenzar por tener un buen y nutrido grupo de libros que ayuden a entender bien la Palabra. De la misma forma el Señor ha permitido a la iglesia en el tiempo moderno disponer de instituciones que pueden formar a los alumnos en todo lo necesario para ser *escribas doctos*, conforme al pensamiento de Cristo.

Con mucho énfasis añade el escritor: Καλὸν γὰρ χάριτι βεβαιοῦσθαι τὴν καρδίαν, οὐ βρώμασιν ἐν οἷς οὐκ ὠφελήθησαν οἱ περιπατοῦντες, *"porque buena cosa es afirmar el corazón con la gracia, no con viandas, que nunca aprovecharon a los que se han ocupado de ellas"*. El estudio de la

Palabra conduce a la firmeza *en la gracia*. La Escritura revela a Dios y esencialmente *"Dios es amor"* (1 Jn. 4:8). Toda buena exposición bíblica y toda correcta enseñanza conducen a una afirmación en la gracia. El legalismo dio paso al amor verdadero en Cristo. La experiencia de la vida cristiana es el amor. Cuando el Señor determinó el distintivo que permitiría reconocer a sus discípulos señaló el amor (Jn. 13:35). La gracia es la expresión de amor que desciende hacia quien no tiene derecho de ser amado para entregarse a él, sin condiciones (2 Co. 8:9). Una enseñanza meramente técnica, producirá cerebros hirvientes, pero corazones fríos. No se trata de hacer expertos en Biblia, sino creyentes que se sustentan en la gracia. Quien está firme en la gracia, está libre de vacilar en su fe. Los creyentes poco firmes en la fe son fácilmente arrastrados por los vientos de doctrinas (Ef. 4:14). La exhortación aparece de forma semejante en escritos del apóstol Pablo (Ef. 5:6; Col. 2:4, 8). La misma advertencia está también en los escritos del apóstol Juan, en donde advierte sobre la necesidad de probar los espíritus, especialmente referido a quienes enseñan, porque -dice Juan- *"muchos falsos maestros han salido por el mundo"* (1 Jn. 4:1). Las consecuencias de esto son graves, no solo en cuanto a recibir doctrinas erróneas de maestros no bíblicos que se presentan como tales, sino también de recibir como enseñanzas bíblicas lo que son simplemente tradiciones enseñadas como mandamientos de Dios. Todo ese sistema pietista que se introdujo en la práctica de la vida cristiana estableciendo reglas, prohibiciones o tolerancias sobre modos externos de comportamiento que tienen apariencia de piedad, no aprovechan a nadie porque no tienen ningún valor contra los apetitos de la carne, ya que ellos mismos son carne (Col. 2:20-23). Es por la gracia de Dios y no por comidas o bebidas que el creyente agrada al Señor. Las prohibiciones establecidas desde *fuera de la doctrina*, no son otra cosa que *doctrinas extrañas*, que no conducen a un mayor nivel de comunión con el Señor y, mucho menos, a un perfeccionamiento de la vida de fe en el amor. Aquí como en otros muchos lugares del Nuevo Testamento, el Espíritu advierte sobre el mal del *legalismo*, que pretende hacer santos por fuera, sin importar la condición del corazón. La comida o la abstención de comer no santifica al hombre (1 Co. 8:8). El reino de los cielos no consiste en comidas o en bebidas, sino en la justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo (Ro. 14:17). Cuando las tradiciones se convierten en doctrina, merma la supremacía y soberanía de quien es *"el mismo, ayer, y hoy, y por los siglos"*.

10. Tenemos un altar, del cual no tienen derecho de comer los que sirven al tabernáculo.

ἔχομεν θυσιαστήριον ἐξ οὗ φαγεῖν οὐκ ἔχουσιν ἐξουσίαν οἱ τῇ
Tenemos altar de el que comer no tienen autoridad los al
σκηνῇ λατρεύοντες.
tabernáculo que sirven.

Notas y análisis del texto griego.

Ampliando la enseñanza general, escribe: ἔχομεν, primera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí *tenemos*; θυσιαστήριον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *altar*; ἐξ, forma que adopta la preposición ἐκ, delante de vocal y que significa *de*; οὗ, caso genitivo neutro plural del pronombre relativo *lo que*; φαγεῖν, aoristo segundo de infinitivo en voz activa del verbo ἐσθίω, *comer*; οὐκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada, que negativiza a ἔχουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí *tienen*; ἐξουσίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *autoridad, poder, derecho, privilegio, potestad*; οἱ, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado declinado *a la*; σκηνῇ, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *tienda, tabernáculo*; λατρεύοντες, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo λατρεύω, *servir*, aquí *que sirven.*

῎Εχομεν θυσιαστήριον ἐξ οὗ φαγεῖν οὐκ ἔχουσιν ἐξουσίαν οἱ τῇ σκηνῇ λατρεύοντες. En medio de las últimas exhortaciones, surge otra vez con fuerza la idea general de la carta que marca una distinción entre el antiguo orden sacerdotal del sistema levítico y el nuevo establecido sobre el Sumo Sacerdote, Jesucristo, del que todos los cristianos vienen a formar parte en el sacerdocio espiritual, en razón a la vinculación personal con el Sumo Sacerdote. Estos sacerdotes, cristianos, tienen un altar, no material sino espiritual. Los antiguos sacerdotes participaban del sacrificio, pudiendo comer parte de la carne de animal ofrecido, salvo en el caso del holocausto que se dedicaba enteramente a Dios y que era quemado totalmente, de ahí su nombre. Los sacerdotes del antiguo orden no pueden participar del altar cristiano. El *altar* cristiano es metafóricamente la obra del sacrificio de Cristo como Cordero de Dios, en donde se hizo expiación eterna por los pecados.

La primera razón por la que los sacerdotes levíticos no pueden *comer*, en el sentido de participar en el sacrificio del altar del Nuevo Pacto, tiene que ver con su propia condición. Los que siguen el ritual de la antigua alianza, no pueden participar del altar de Cristo porque no tienen comunión con Él. Quien participa del sacrificio tiene comunión con la víctima (1 Co. 10:16-21). Quienes persisten en las obras de la Ley no aceptan la salvación por gracia y, por tanto, no pueden tener comunión con el Salvador.

La segunda razón por la que no pueden participar del altar, está en razón del sacrificio en sí mismo. El sacrificio de Cristo reúne tanto el aspecto de expiación como de holocausto. En el sacrifico del holocausto no participaban los sacerdotes, reservándose para sí alguna parte del animal. De este modo escribe el profesor Miguel Nicolau: *"Los cristianos tienen un altar sublime y*

una participación sublime que no pueden tener ni los mismos sacerdotes que sirven al tabernáculo antiguo y pasado"[15].

Los cristianos se distinguían tanto de los judíos como de los gentiles paganos en que en sus prácticas de culto no tenían formas externas que se asemejasen a otros cultos. No había para ellos un edificio sagrado, ni como templo a las divinidades, ni siquiera como el tabernáculo de la antigua alianza levantado en el desierto por Moisés, siguiendo instrucciones de Dios mismo. Tampoco tenían un sacerdocio como casta especial destinado a ofrecer sacrificios, porque incluso ni siquiera tenían altar. No es de extrañar que los que vivían en el sistema religioso de entonces les llamaran *ateos*, porque consideraban que no tenían ningún dios, al estilo de los suyos. Los cristianos eran acusados de no tener religión porque no tenían sacrificios. Sin embargo el escritor de la Epístola dice: ἔχομεν θυσιαστήριον, *"tenemos un altar"*, que es superior a cualquier otro tipo de altar, incluso al que utilizaban los judíos bajo el sistema levítico. Siendo el *altar* usado por metonimia para referirse al *sacrificio*, los cristianos tenemos un altar superior, porque tenemos un sacrificio superior. Nosotros podemos entrar permanentemente, no en un santuario terrenal con las restricciones propias de su culto, sino en el celestial a donde la Víctima, que es también Sumo Sacerdote, entró definitivamente, pudiendo hacerlo nosotros en base a la sangre de ese sacrificio (10:19). Este sacrificio, simbólicamente hablando, cumple como antitipo lo que representaba el sacrificio antiguo, en el que podían participar comiendo una porción de él, tanto el sacerdote como el oferente. Cristo es la fuente de alimento espiritual que satisface a cada cristiano en la medida en que se alimentan de Él en sus corazones.

11. Porque los cuerpos de aquellos animales cuya sangre a causa del pecado es introducida en el santuario por el sumo sacerdote, son quemados fuera del campamento.

ὧν γὰρ εἰσφέρεται ζῴων τὸ αἷμα περὶ ἁμαρτίας εἰς τὰ ἅγια
Porque de los es introducida de animales la sangre por pecado en los santos
διὰ τοῦ ἀρχιερέως, τούτων τὰ σώματα κατακαίεται ἔξω τῆς
por medio del Sumo Sacerdote de estos los cuerpos quemados fuera del
παρεμβολῆς.
campamento.

Notas y análisis del texto griego.

Continúa con la referencia a los sacrificios antiguos; ὧν, caso genitivo neutro plural del pronombre relativo declinado *de los*, seguido de γὰρ, conjunción causal *porque*,

[15] Miguel Nicolau. o.c., pág. 186.

pospuesta al artículo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; εἰσφέρεται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz pasiva del verbo εἰσφέρω, *introducir,* aquí *es introducida*; ζῴων, caso genitivo neutro plural del sustantivo declinado *de animales*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*; αἷμα, caso nominativo neutro singular del sustantivo *sangre*; περὶ, preposición de genitivo *pro*; ἁμαρτίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *transgresiones, pecados*; εἰς, preposición de acusativo *en*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*; ἅγια, caso nominativo neutro plural del adjetivo *santos*; διὰ, preposición de genitivo *por medio de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; ἀρχιερέως, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *sumo sacerdote*; τούτων, caso genitivo neutro plural del pronombre demostrativo declinado *de estos*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*; σώματα, caso nominativo neutro plural del sustantivo que denota *cuerpos*; κατακαίεται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz pasiva del verbo κατακαίω, *quemar*, aquí *son quemados*; ἔξω, adverbio que significa *fuera, afuera, en el exterior*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; παρεμβολῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *campamento*.

La culminación de los sacrificios por el pecado en el antiguo orden tenía lugar fuera del campamento. Así lo escribe: ὧν γὰρ εἰσφέρεται ζῴων τὸ αἷμα περὶ ἁμαρτίας εἰς τὰ ἅγια διὰ τοῦ ἀρχιερέως, *la sangre de los animales ofrecidos por el pecado, es introducida en el Lugar Santísimo, por el sumo sacerdote.* Pero, τούτων τὰ σώματα κατακαίεται ἔξω τῆς παρεμβολῆς, *los cuerpos eran quemados fuera del campamento.* El escritor está pensando en el sacrificio del día de la expiación, del que va a obtener una aplicación al sacrificio de Cristo. La conjunción causal *porque* le sirve como vínculo para introducir la figura, haciendo referencia a la tipología existente. En su mente está el sacrificio de expiación por el pecado, en el que la sangre se introducía en el tabernáculo para purificación y el cuerpo del animal se llevaba al desierto donde era quemado (Lv. 4:5-12, 16-21; 6:30). Como ha hecho anteriormente se refiere a la introducción de la sangre en el Lugar Santísimo mediante el uso del adjetivo articular que literalmente traducido significa *los santos*, es decir, el segundo lugar del Tabernáculo que era el Lugar Santísimo, al que no podía acceder nadie más que el sumo sacerdote, una vez por año, portando una porción de la sangre del sacrificio de la expiación. De todo esto se ha considerado ya anteriormente en el estudio de la Epístola.

12. Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta.

Διὸ καὶ Ἰησοῦς, ἵνα ἁγιάσῃ διὰ τοῦ ἰδίου αἵματος τὸν
Por lo cual también Jesús para santificar por medio de la propia sangre al
λαόν, ἔξω τῆς πύλης ἔπαθεν.
pueblo, fuera de la puerta padeció.

Notas y análisis del texto griego.

Con total continuidad sigue escribiendo: Διὸ, conjunción *por lo cual*; καὶ, adverbio de modo *también*; ᾿Ιησοῦς, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Jesús*; ἵνα, conjunción *para*; ἁγιάσῃ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo ἁγιάζω, *separar, santificar,* aquí *santificar*; διὰ, preposición de genitivo *por medio*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *de lo*; ἰδίου, caso genitivo neutro singular del adjetivo *propio*; αἵματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *sangre*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; λαόν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *pueblo*; ἔξω, adverbio que significa *fuera, afuera, en el exterior*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; πύλης, caso genitivo femenino singular del sustantivo *puerta*; ἔπαθεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo πάσχω, *sufrir, padecer,* aquí *padeció.*

Διὸ καὶ ᾿Ιησοῦς, ἵνα ἁγιάσῃ διὰ τοῦ ἰδίου αἵματος τὸν λαόν, ἔξω τῆς πύλης ἔπαθεν. La figura del sacrificio por el pecado es aplicada aquí al Cordero de Dios, quien fue sacrificio expiatorio por el pecado del mundo. Por regla general en toda la Epístola las referencias que se hacen al santuario no son al templo, sino al tabernáculo. Se ha considerado en el versículo anterior como en el sacrificio de expiación el animal era llevado al desierto, fuera del campamento de Israel, donde era quemado. En esta ocasión se considera como el campamento, la ciudad de Jerusalén, el recinto del pueblo de Dios, donde estaba el santuario. Por tanto, en el cumplimiento del simbolismo del sacrificio, la ofrenda del Cordero de Dios, hecha de Sí mismo, tuvo lugar fuera de la puerta, que delimitaba el recinto del campamento del pueblo de Dios, crucificándolo en un lugar que *"estaba cerca de la ciudad"* (Jn. 19:20). Jesús salió al lugar llamado de la Calavera, cerca de la ciudad, llevando su cruz, para ser ofrecido en sacrificio por el pecado (Jn. 19:17-18).

Aparentemente existe una acomodación de la figura, ya que en el sacrificio por el pecado el animal era degollado dentro del campamento y quemado fuera. Pero, no es así si en la mente del escritor está el sacrificio de la vaca alazana, para la santificación del pecado -también sacrificio por el pecado- que era degollada y quemada fuera del campamento (Nm. 19:3-5). El sacrificio de Cristo tenía el propósito de hacer posible la santificación del pueblo para Dios (10:10, 14, 29). De modo que, para santificar al pueblo, el Hijo de Dios, Cordero de Dios, murió fuera de la puerta, esto es, fuera del campamento, cumpliendo el simbolismo de la ofrenda para la purificación del pecado y la restauración libre de contaminación del pecador.

13. Salgamos, pues, a Él, fuera del campamento, llevando su vituperio.

τοίνυν ἐξερχώμεθα πρὸς αὐτὸν ἔξω τῆς παρεμβολῆς τὸν ὀνειδισμὸν
Así que salgamos a Él fuera del campamento el vituperio
αὐτοῦ φέροντες·
de Él llevando.

Notas y análisis del texto griego.

La obra de Jesús debe producir las consecuencias que se detallan: τοινυν, partícula afirmativa ilativa compuesta de τοι νυν, y situada siempre detrás de una palabra, que hace funciones de conjunción coordinativa y que equivale a *ciertamente, en efecto, pues bien, así que*; ἐξερχώμεθα, primera persona plural del presente de subjuntivo en voz media del verbo ἐξέρχομαι, *irse, salir*, aquí *salgamos*; πρὸς, preposición de acusativo, *a*; αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *él*; ἔξω, adverbio que significa *fuera, afuera, en el exterior*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; παρεμβολῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *campamento*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; ὀνειδισμὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *reproche, censura, vituperio*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; φέροντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo φέρω, *llevar, arrastrar, soportar,* aquí *que llevamos, llevando.*

Τοίνυν ἐξερχώμεθα πρὸς αὐτὸν ἔξω τῆς παρεμβολῆς τὸν ὀνειδισμὸν αὐτοῦ φέροντες. Lo que Jesús hizo debe producir efectos en los cristianos, de ahí que la exhortación tenga que ver con un destino al que son llamados los creyentes. No se pide que salgamos *con Él*, cosa imposible, ya que sólo él llevó a cabo la obra del sacrificio, sino πρὸς αὐτὸν, *a Él,* o *hacia Él*, en una identificación plena con Él. Esta es la expresión visible de la fe, que como en el caso de Moisés, prefiere τὸν ὀνειδισμὸν αὐτου *el vituperio de Él,* es decir, *de Cristo* a la mundanalidad de la casa de Faraón (11:26). El primer sentido tiene que ver con la separación del creyente de todo lo que es profano e indigno. Esta separación traerá consigo aparejado el *vituperio*, el desprecio semejante al que Jesús sufrió, aunque tal vez no tan intenso como el de Él, pero manifiesto. Es la consecuencia de asumir una vida santa en la expresión de la verdadera fe, como enseña el apóstol Pedro: *"Baste ya el tiempo pasado para haber hecho lo que agrada a los gentiles… A éstos les parece cosa extraña que vosotros no corráis con ellos en el mismo desenfreno de disolución, y os ultrajan"* (1 P. 4:3, 4). La conducta cristiana sorprende en un mundo corrupto. La sociedad se asombra del cambio sufrido en el creyente, que ya no vive como el mundo. Tal vez los mismos amigos íntimos de antaño se dan cuenta del cambio producido por el Espíritu en el cristiano, que ya no corre con la masa de pecadores en las prácticas habituales de ellos. El creyente ha sido separado del mundo y ya no practica lo que es natural para el mundo (Jn. 17:15-17). Antes los que ahora son creyentes eran arrastrados con el mundo, llevados por la corriente de pecado (1 Co. 12:2), que es una corriente de disolución. Por tanto,

el cambio de vida constituye en sí mismo una oposición a esa corriente de pecado. El creyente sale del contexto del mundo (2 Co. 6:14-7:1). La reacción que esa forma de vida en la fe produce es la de reproche y ultraje por parte de quienes siendo mundanos son confrontados con la conducta santa del creyente. El cristiano fiel, es vituperado, calumniado y denigrado (Ro. 3:8; 1 Co. 4:13; Tit. 3:2). Un párrafo tomado del libro apócrifo de Sabiduría, resume esta idea: *"Lleva una vida distinta de todos y sus caminos son extraños… se aparta de nuestros caminos como de impurezas; proclama dichosa la suerte final de los justos y se ufana de tener a Dios por padre"* (Sab. 2:15-16).

Un segundo sentido aplicativo tiene que ver con la ocasión en que Dios manifestó Su presencia fuera del campamento de Israel, a causa del pecado, de modo que quien buscaba la presencia del Señor tenía que salir fuera del campamento (Ex. 33:7). Así también para un encuentro con Cristo es preciso salir del lugar de contaminación. Está muy vinculada esta aplicación con la anterior de una vida de santidad en un mundo pecaminoso, pero tiene la componente diferencial de tratarse del pueblo de Dios que sale de la corrupción que se manifiesta en su mismo contexto. Dios está llamando en todo tiempo a una separación de cualquier consentimiento con el pecado. Cuando la corrupción entra en medio de la iglesia debe ser limpiada, pero, mientras tanto, quienes saben de la imposibilidad de estar en comunión con Dios en semejante ambiente de corrupción, salen del entorno para no tocar lo inmundo y se acercan a Dios fuera del campamento, es decir, del lugar donde se halla el pueblo.

Sin embargo, aunque todas las aplicaciones anteriores son posibles, el contexto tanto remoto como próximo tiene la componente de un llamamiento continuo a la separación del judaísmo en el que se expresaban los rituales y formas de culto, con sus sacrificios, de la antigua dispensación. Esta es, pues, una exhortación a los creyentes para que dejen el pensamiento judaico de que todo cuanto estaba fuera del campamento era inmundo, para entender que la inmundicia establecida en los reglamentos que anulaban la gracia, estaba en el campamento, mientras que la santidad real estaba fuera de él. En este mismo sentido escribe el profesor F. F. Bruce:

"Ahora, en la persona de Jesús, Dios había sido rechazado otra vez en el campamento; su presencia, por lo tanto, debía disfrutarse fuera del campamento, donde estaba Jesús, y cada uno que lo buscara debía ir aproximarse a Él a través de Jesús. En este contexto el campamento es la comunidad y las ordenanzas establecidas del judaísmo. Abandonarlas, con todas sus asociaciones sacras heredades desde la remota antigüedad, era algo difícil pero necesario. Habían estado acostumbrados a pensar que el campamento y todo lo que estaba dentro del campamento era sagrado, mientras que todo lo que estaba fuera de él era profano e impuro. ¿Debían

dejar sus precintos sagrados y aventurase sobre terreno profano? Sí, porque en Jesús los viejos valores habían sido invertidos. Lo que antes era sagrado ahora era profano, porque Jesús había sido expulsado; lo que antes era profano, ahora era sagrado porque Jesús estaba allí”[16].

Siendo en el lugar del vituperio donde está Cristo, el creyente tiene la bendición y el privilegio de asumir el vituperio del mundo para un encuentro en comunión con Cristo. En alguna medida, la influencia religiosa que no es la comunión con Cristo, ha introducido en el pensamiento de muchos en la Iglesia que es en el entorno tradicional del sistema religioso en donde se puede tener comunión con el Señor. Realmente Jesús no está en la religión de los hombres, sino en donde puede mantenerse comunión con Él. La institución religiosa ha generado un falso sentido de lo que es la iglesia. Este modo de pensar hace creer que la iglesia, en su sentido de estructura religiosa, es rica, poderosa, sana en la doctrina, custodia de la fe y otros muchos aparentes valores, que impiden ver la realidad de que Jesús, quien es riqueza absoluta, está marginado de la congregación. Tal es el sentido de la carta que nuestro Señor escribió a la iglesia en Laodicea, haciéndoles ver que por no contar con Él, se había convertido en un conjunto de pobres y miserables. La iglesia en ocasiones adora a la doctrina pero se olvida de conocer en comunión al Señor de la doctrina. La ortodoxia externa hace adorable la doctrina sobre Cristo, pero se olvida de adorar a Cristo mismo. Esa es la razón por la que Jesús llama a los creyentes desde la puerta de la iglesia invitándolos a un encuentro personal con Él, marginado de la comunión de la iglesia porque esta tiene un concepto erróneo de ella misma: *“He aquí yo estoy a la puerta y llamo”* (Ap. 3:20). Esta situación común en muchas iglesias. Cuando las glorias personales de su historia, de su organización, de su ortodoxia, alcanzan tales niveles que llenan el corazón de los creyentes y, especialmente, de los líderes, Jesús no tiene ya nada que hacer en la iglesia y es preferible mantenerlo al margen de ella. Estorba a todo proyecto que busque gloria humana. ¿No se enfrentó en su tiempo con los religiosos que basaban toda su justicia en lo que ellos eran y habían alcanzado? Muchas iglesias son capaces de definir y expresar de la más ortodoxa forma la doctrina sobre Jesucristo, pero desconocen absolutamente el control del Señor sobre ellas. Sin la gloria de la Cruz y sin el pleno reconocimiento de Cristo, no hay medida espiritual para demostrar el raquitismo espiritual en que se encuentran y van derivando de una vida de comunión con Cristo a una vida de religión. Es la consecuencia natural de mirarse a sí mismos y dejar de mirar a Jesús (He. 12:2). La grandeza de los cultos, la suntuosidad de los templos, la impactante dimensión de la liturgia, la elocuencia de sus predicadores, la tradición histórica de su grupo, sustituye a Cristo y su gloria, por tanto, también al único poder que procede de Aquel que tiene el nombre que es sobre todo

---

[16] F. F. Bruce. o.c., pág. 407s.

nombre (Fil. 2:9-11). La decadencia espiritual se justifica como consecuencia de los tiempos en que viven, pero, aun los mayores fracasos tendrán una explicación para sosegar las conciencias, sin aceptar que el Señor no está presente con su poder y con su gloria en medio de la congregación. Son tibios, enfermos espirituales, desertores del Señor pero llenos de sí mismos y de sus efímeras y aparentes glorias. El Señor se ha parado delante de la puerta de la iglesia y espera llamado. ¿Cuál es su propósito? Él mismo lo dice *"si alguno oye mi voz"* (Ap. 3.20). Podría parafrasearse el llamamiento de Jesús de esta manera: *"¡Mira, aquí me tienes! Estoy de pie delante de tu puerta, llamando. ¿No habrá nadie que escuche mi llamado y abra la puerta?"*. La iglesia es el resultado de los creyentes, por tanto, la inclusión de Cristo nuevamente al verdadero señorío en la iglesia, pasaba por la aceptación, en ese sentido, de cada uno de los miembros de ella. Si *"alguno oye mi voz"*, es una expresión tan impactante que asombra, porque en la práctica es como si dijese: *"¿No habrá nadie ahí que desee realmente tener comunión conmigo?"*. ¡Oh, a donde puede llegar la inconsecuencia de los creyentes, sentirse bien marginando al Señor! Parado a la puerta de cada creyente insiste en llamar, para ver si alguien, en toda la congregación, está dispuesto a la obediencia y al arrepentimiento. La respuesta del individuo al llamado del Señor es, figuradamente hablando, la apertura de la puerta y la aceptación en su intimidad y comunión. Es realmente el arrepentimiento que restaura lo que no estaba en orden y que regresa al camino de Dios dejando el suyo propio.

Esa es también la demanda del escritor de la Epístola que invita a los creyentes a buscar a Jesús en el único lugar donde puede ser encontrado, el lugar del vituperio al que el mundo, en todas sus expresiones lo ha situado. Quien busque a Jesús en donde está debe hacerlo asumiendo las consecuencias de llevar también su vituperio, para poder hacerse en todo semejante a Él.

14. Porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir.

οὐ γὰρ ἔχομεν ὧδε μένουσαν πόλιν ἀλλὰ τὴν μέλλουσαν
Porque no tenemos aquí permanente ciudad mas bien la que está a punto de venir
ἐπιζητοῦμεν.
buscamos.

Notas y análisis del texto griego.

La razón para asumir el vituperio es la esperanza: οὐ, adverbio de negación *no*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al adverbio y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ἔχομεν, primera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí *tenemos*; ὧδε, adverbio de lugar *aquí*; μένουσαν, caso acusativo femenino singular del participio de presente en voz

activa del verbo μένω, *permanecer, quedarse, vivir, habitar*, aquí *permanente*; πόλιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *ciudad*; ἀλλὰ, conjunción adversativa ἀλλά que significa *pero*, *sino, mas bien*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; μέλλουσαν, caso acusativo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo μέλλω, *estar a punto de, ser futuro, estar a punto de venir*, aquí *que está a punto de venir*; ἐπιζητοῦμεν, primera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ἐπιζητέω, *buscar*, aquí *buscamos.*

Los creyentes tienen su vista puesta en cosas trascendentes y no transitorias: οὐ γὰρ ἔχομεν ὧδε μένουσαν πόλιν, *porque no tenemos aquí ciudad permanente.* La tierra y sus cosas son lugar de tránsito y de uso temporal para quien es un peregrino que busca una ciudad permanente cuyo arquitecto y constructor es Dios mismo (11:10). Este es el verdadero anhelo del creyente (11:16). La verdadera ciudadanía del cristiano no es la terrenal, que es también temporal, sino la celestial que es eterna (Fil. 3:20). La ciudadanía se alcanza no por descendencia natural, ni por esfuerzos legales, sino por gracia, en identificación con Cristo por la fe. Esta ciudad permanente, que todo cristiano espera anhelante, μέλλουσαν, *está a punto de venir,* y es la que ἐπιζητοῦμεν, *buscamos.*

La esperanza cristiana no es tanto la ciudad que se espera, que sin duda la comprende también como uno de los aspectos de la esperanza, sino que la verdadera esperanza es Cristo mismo (Col. 1:27). Por tanto, siendo Él nuestra esperanza y habiendo sufrido fuera de la puerta, es una de las razones más poderosas para *"salir hacia Él, fuera del campamento"*, porque donde está Jesús esta la esperanza suprema del cristiano. Esa es la misma esperanza que tenían los antiguos patriarcas y, en general, todos los creyentes en cualquier dispensación (11:13-16). La ciudad que esperamos, es también la expresión de la condición actual de peregrinos (1 P. 2:11), que esperan la llegada al lugar definitivo de residencia con el Señor, dejando la transitoriedad de la tierra por donde pasaron, al encuentro de Él y poniendo su vista en la ciudad celestial, que habla de perpetuidad y no de temporalidad. Cada creyente anhela, por esa razón, y va en busca de la Jerusalén celestial (12:22), no tanto por las glorias de la ciudad en sí misma, sino porque en ella se producirá la eterna experiencia de una ilimitada comunión en la misma presencia del Señor (Ap. 21:3), donde verán Su rostro y su nombre estará en sus frentes (Ap. 22:4).

Los lectores hebreos de la Epístola debían entender también la necesidad de salir de la temporalidad del judaísmo, para entrar en la experiencia de relación con Cristo en la sempiterna dimensión de la vida en el Nuevo Pacto.

Ministerio sacerdotal (13:15-16).

15. Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de Él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre.

Δι᾽ αὐτοῦ[1] οὖν ἀναφέρωμεν θυσίαν αἰνέσεως διὰ παντὸς τῷ
Por medio de Él, pues, ofrezcamos sacrificio de alabanza siempre -
Θεῷ, τοῦτ᾽ ἔστιν καρπὸν χειλέων ὁμολογούντων τῷ ὀνόματι αὐτοῦ.
a Dios, esto es, fruto de labios que confiesan al nombre de Él.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica Textual. Lecturas alternativas.

[1] αὐτοῦ οὖν, *de él, pues*, atestiguada en ℵ^{c}, A, C, D^{c}, 056, 0121b, 0142, 81, 88, 104, 181, 326, 330, 436, 614, 629, 630, 1241, 1877, 1881, 1962, 1984, 2127, 2495, *Lec. Biz.* It$^{ar, c, dem, div, f, z}$, vg, syr^{h}, cop$^{sa, bo}$, arm, eth, Crisóstomo, Eutilio, Teodoreto Juan Damasceno, Ps- Oecumenius.

διὰ τοῦτο οὖν, *por medio de esto, pues*, se lee en K, 451, 2492.
αὐτοῦ, en **p**^{46}, ℵ*, D*, P, Ψ, syr^{p}.

El creyente como sacerdote ofrece sacrificio espiritual como se establece: Δι᾽ forma contracta de la preposición de genitivo διά, aquí como *por medio, a causa*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; οὖν, conjunción causal, *pues*; ἀναφέρωμεν, primera persona plural del presente de subjuntivo en voz activa del verbo ἀναφέρω, *ofrecer*, aquí *ofrezcamos*; θυσίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *ofrenda, sacrificio*; αἰνέσεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de alabanza*; διὰ, preposición de genitivo, *por medio, a causa, por, durante, a lo largo de*; παντὸς, caso genitivo neutro singular del adjetivo indefinido *todos*; las dos palabras juntas indican una extensión de tiempo, equivalente a *siempre, continuamente*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*, no utilizable en castellano al acompañar a nombre propio; Θεῷ, caso dativo masculino singular del nombre propio declinado *a Dios*; τοῦτ᾽ caso nominativo neutro singular del pronombre demostrativo *esto*, en la forma que adopta con el grafismo por elisión de la o final ante vocal o diptongo sin aspiración; ἔστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí *es*; καρπὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *fruto*; χειλέων, caso genitivo neutro plural del sustantivo declinado *de labios*; ὁμολογούντων, caso genitivo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ὁμολογέω, *confesar, decir lo mismo, admitir,* aquí *que confiesan*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado *el*; ὀνόματι, caso dativo neutro singular del sustantivo que denota *nombre*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él.*

Los peregrinos que anhelan la ciudad celestial y esperan con gozo el encuentro con Cristo, son también sacerdotes espirituales que ministran ofreciendo sacrificios espirituales. Estos se cuantifican en el Nuevo Testamento como cinco, tres que aparecen en este capítulo y que se irán considerando, y

otros dos en escritos del apóstol Pablo; uno definido como la ofrenda material (Fil. 4:18), y otro como la entrega del cuerpo, esto es, la dedicación de la persona en servicio sacrificial a Dios (Ro. 12:1). Estos sacrificios se ofrecen Δι᾽ αὐτου, *por medio de Él.*

Hemos de ἀναφέρωμεν θυσίαν αἰνέσεως, *sacrificio de alabanza*, que es *voluntario*, ya que el verbo griego[17] está en presente volitivo de subjuntivo, que indica una acción voluntaria y continuada, διὰ παντὸς, como si dijese: *"ofrezcamos continuamente"*. Este sacrificio es espiritual y sirve también de contraste con los sacrificios del antiguo sistema sacerdotal que eran físicos mediante la ofrenda de animales o recursos materiales. Como todo sacrificio espiritual se ofrece Θεῷ, *a Dios.* El sacrificio a ofrecer se le llama καρπὸν χειλέων, *fruto de labios*, que tiene que ver con la alabanza personal en expresión de gratitud y gozo, por todo lo recibido y también por la esperanza. Este es un sacrificio agradable a Dios: *"El que sacrifica alabanza me honrará"* (Sal. 50:23). Debe entenderse que la alabanza es una expresión de adoración en la que se tributa a Dios honor, gloria y gratitud por lo que es y por lo que hace. La Biblia está llena de alabanza a Dios. Los ángeles ministran alabanza (Sal. 103:20-21) y por ellos fue alabado en el nacimiento de Jesús (Lc. 2:13-14). Continuamente la alabanza angélica se pone de manifiesto en el cielo (Ap. 5:11-12). La alabanza es distintivo del pueblo de Dios, que salva a los creyentes con un propósito de alabanza (Ef. 1:4-6, 12-14). La alabanza es un programa natural para los sacerdotes espirituales en la presente dispensación, entendiendo -como ya se ha considerado antes- que todo creyente, hombre o mujer, es un sacerdote espiritual y tiene, no sólo el privilegio sino la obligación moral de tributar sacrificio de alabanza. Una de las formas de alabar a Dios continuamente es mediante una vida que esté llena *"de fruto de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios"* (Fil. 1:11). La alabanza no es una actividad, sino una actitud. La vida del creyente en todos sus actos debe ser para alabanza de Dios, de otro modo, cada acto de la vida cristiana alaba o deshonra a Dios. El testimonio eficaz provoca alabanza incluso en los incrédulos que lo observan (1 P. 2:11-12). La santidad está vinculada estrechamente a la alabanza. La Biblia enseña formas expresivas de la alabanza, como es el cántico, al que los creyentes somos exhortados: *"Cantad a Jehová, que habita en Sion; publicad entre los pueblos sus obras"* (Sal. 9:11). Ese regocijo puede ir acompañado de instrumentos musicales: *"Y David y toda la casa de Israel danzaban delante de Jehová con toda clase de instrumentos de madera de haya; con arpas, salterios, panderos, flautas y címbalos"* (2 S. 6:5). De la misma manera se hacía expresión de alabanza mediante las manos alzadas y el toque de palmas. En el Nuevo Testamento, aparentemente no aparece el cántico acompañado de instrumentos, pero cuando el apóstol Pablo exhorta a la

[17] Griego ἀναφέρω.

alabanza con el cántico de Salmos (Ef. 5:19), utiliza un verbo que significa *salmodiar*, es decir, cantar el Salmo con las formas musicales que le eran propias. El cántico está establecido para el creyente en el Nuevo Testamento: *"La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales"* (Col. 3:16). Un corazón lleno de cántico, es decir, de alabanza prorrumpirá por medio del cántico vocal al exterior, porque de la abundancia del corazón habla la boca (Lc. 6:45). La oración es también expresión de alabanza: *"Siempre orando por vosotros, damos gracias a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo"* (Col. 1:3). Cristo es ejemplo de alabanza a Dios mediante la oración (Mt. 11:25). La condición para llevar a acabo el sacrificio de alabanza es, en primer lugar, la santidad, que es precisa para el cántico. Un peligro notable es una alabanza ritual o externa que se produce en un corazón que está lejos de Dios (Is. 29:13). De igual manera la santidad es necesaria para alabar a Dios mediante la oración, ya que Él acepta sólo la hecha con manos limpias, sinónimo de vida santa (1 Ti. 2:8). La alabanza espiritual es la que se produce al impulso del Espíritu Santo (Gá. 5:16). El ministerio de la alabanza, tiene que ver también con el ejercicio del culto eclesial. Es interesante apreciar que el apóstol Pablo exhorta a los creyentes reunidos para el culto: *"¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación"* (1 Co. 14:26). La alabanza que se ministra en el mundo con el testimonio, se ministra en la iglesia en el culto congregacional. Todos los creyentes, tanto hombres como mujeres, tienen el privilegio de llevarlo a cabo, con plena libertad en el Espíritu. Siendo la alabanza una actitud y no una actividad, el sacrificio de alabanza puede y debe ser ofrecido *siempre*, esto es, continuamente, sin interrupción. Los sacrificios del antiguo pacto, tenían continuidad pero estaban condicionados por el tiempo y el lugar, el sacrifico espiritual no tiene ningún condicionante, por lo que debe y puede ser continuo en el creyente. El mismo creyente que actúa como sacerdote que presenta el sacrificio, es también sacrificio él mismo en la entrega personal a Dios (Ro. 12:1). Todo sacrificio espiritual es posible por *"medio de Jesucristo"*, que lo hace aceptable a Dios, ya que sólo por Él y en Él somos aceptos a Dios (1 P. 2:5).

La calidad del sacrificio se concreta con mucha precisión: ὁμολογούντων τῷ ὀνόματι αὐτοῦ, *"fruto de labios que confiesan su nombre"*. La expresión está tomada de una frase del profeta Oseas (Os. 14:2). En el texto masorético puede leerse: *"en vez de novillos te ofreceremos nuestros labios"*. El fruto de labios es la expresión externa de un corazón que glorifica a Dios. Un corazón lleno de agradecimiento se manifiesta al exterior en alabanza (Lc. 6:45). Los creyentes, sin distinción, *confiesan*, pronuncian el nombre de Dios glorificándolo, siendo exhortado a hacerlo en gratitud continuada a Dios

(Col. 3:15). Si la Epístola, palabra de Dios inspirada, enseña que el creyente como sacerdote, debe presentar *siempre*, es decir, en cada ocasión, continuamente, fruto de labios en alabanza, impedir que alguno no pueda hacerlo cuando la congregación está reunida, sin que esté incurso en ningún tipo de disciplina bíblica, es quebrantar el mandamiento de la Escritura e impedir a alguien el ejercicio del ministerio sacerdotal que Dios mismo establece.

16. Y de hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis; porque de tales sacrificios se agrada Dios.

τῆς δὲ εὐποΐας καὶ κοινωνίας μὴ ἐπιλανθάνεσθε· τοιαύταις γὰρ
Y del hacer bien y de comunión no os olvidéis. Porque en tales
θυσίαις εὐαρεστεῖται ὁ Θεός.
sacrificios se complace - Dios.

Notas y análisis del texto griego.

Una nueva exhortación en el oficio sacerdotal se escribe con τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; εὐποΐας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *beneficencia, hacer bien*; καὶ, conjunción copulativa *y*; κοινωνίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de comunión, ayuda mutua*; μή, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*; ἐπιλανθάνεσθε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz media del verbo ἐπιλανθάνομαι, *olvidarse,* aquí *os olvidéis*; τοιαύταις, caso dativo femenino plural del adjetivo demostrativo *tales*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al adjetivo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; θυσίαις, caso dativo femenino plural del sustantivo que denota *ofrendas, sacrificios*; εὐαρεστεῖται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz pasiva del verbo εὐαρεστέω, *agradar,* aquí *se agrada*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, no utilizable en español al relacionarse con nombre propio; Θεός, caso nominativo masculino singular del nombre *Dios*.

Este es otro de los sacrificios espirituales que se mencionan en la Epístola: τῆς δὲ εὐποΐας, *"y del hacer bien"*. Pudiera considerarse como uno solo uniéndolo al de la *ayuda mutua*, pero mejor es considerarlos separadamente, como dos sacrificios espirituales distintos aunque está íntimamente relacionados. El mismo versículo confirma como mejor la alternativa de considerarlos como dos sacrificios diferentes, puesto que se habla de ellos en plural y no en singular: *"de tales sacrificios"*. En caso de que se entienda que es uno solo, es preciso ligar el versículo con el anterior, como si se tratase de un sacrificio de alabanza y otro de beneficencia, cosa dificultosa a la luz del texto griego.

El primero de ellos τῆς δὲ εὐποΐας, *"y del hacer bien",* tiene que ver con la experiencia de la nueva vida en Cristo, que en el plano de la identificación con el Señor, hace que el creyente, siguiendo la senda del Maestro, pasa por la vida *"haciendo bienes"* (Hch. 10:38). El creyente no está llamado simplemente a no hacer mal, sino que positivamente tiene la demanda de hacer el bien. Así lo enseñó Jesús: *"Así que, todas las cosas que querías que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas"* (Mt. 7:12). Quien se llama a sí mismo hijo del Padre, debe mostrar una forma de vida consecuente con esa relación espiritual (Mt. 5:48). El que no manifiesta ese estilo de vida, o no es hijo suyo, o por lo menos no lo es como debiera. Anteriormente enseñó que el creyente no debe conformarse con una vida de justicia aparente, sino vivirla en plenitud y verdad (Mt. 5:20). La demanda del Señor es positiva y pude expresarse así: *"haced cuanto deseéis que hagan con vosotros"*. El presente del verbo indica una acción continua. No se trata de acciones puntuales, sino de un estilo de vida. Dios demanda un corazón recto que se manifiesta mediante acciones justas. Los fariseos distorsionaban la verdad mediante una expresión negativa. Ellos decían a las gentes: *"No hagas a otros lo que no quieras para ti"*, así se lee en el apócrifo de Tobías 4:16. Eso no representa ningún merito personal, ni es tampoco expresión de justicia, simplemente es la forma natural de vida que no ofende a otros. Pero la grandeza del mandamiento es su expresión positiva: *"Haz a los demás lo que quieras que ellos hagan contigo"*. De la misma manera que Dios toma la iniciativa en la manifestación de su gracia para con todos, así quienes son sus hijos lo hacen en una misma forma de comportamiento hacia los demás. El mandamiento es una exigencia a tomar la iniciativa en el bien hacer hacia otros. No se trata de la pasividad de no actuar, ni tan siquiera a no hacerlo incorrectamente, es una demanda para actuar en bien de otros, en una dimensión tal como hubiera deseado que otros hicieran con él. La razón de este modo de obrar está vinculado con la justicia: *"porque esto es la ley y los profetas"*, es decir, quien hace bien al prójimo ha cumplido la ley. Tal modo de obrar cumple plenamente el mandamiento en relación con el prójimo (Lv. 19:18). Dios establecía el amor al prójimo en acciones concretas, algunas de ellas se han considerado antes (Lv. 19:9-18). Dios establecía dar provisión para los pobres; evitar el robo y la mentira; pagar puntualmente el salario al jornalero; no hacer acepción en el juicio; cuidar de no desprestigiar al prójimo promoviendo chismes contra él; no despreciar a nadie; no guardar rencor. Todo ello se cumple y aún se supera cuando se ama al prójimo como a uno mismo. Ese es el mismo principio de vida propio de los cristianos en la dispensación de la Iglesia. El gran mandamiento del amor fraterno hace pleno el cumplimiento de las demandas morales de la ley (Ro. 13:8-10). Lo que el hombre busca de los otros es alguna manifestación de amor, eso es precisamente lo que Jesús establece para el comportamiento de los hijos del reino. Es la forma de vida ajustada a la voluntad de Dios expresada en la

Escritura, la ley y los profetas. Puede expresarse la aplicación que resume esta enseñanza para el tiempo presente de una forma muy sencilla. Quien vive en buena relación con Dios, vivirá también en buena relación con sus hermanos. Quien ama al Señor ama también a los que son suyos (Gá. 6:2). La verdadera vida de piedad se manifiesta en una correcta actitud hacia los demás. Por tanto, la vida cristiana no consiste en abstenerse de hacer mal a otros, sino en esforzarse por hacer bien a todos. Tal comprensión obliga a ponerse continuamente en el lugar del otro, procurando su propio bien (1 Co. 10:24). Quien desea ser amado debe amar primero, siguiendo el ejemplo de Jesús (1 Jn. 1:7; 3:11; Jn. 13:35; 1 Jn. 3:14-18). Quien desee ser ayudado debe comenzar por ser ayuda a todos (Mt. 18.15; Ro. 15:2; Gá. 6:1; Stg. 4:11).

El creyente debe aprovechar toda oportunidad para practicar el bien, como escribe el Dr. Lacueva: *"Mientras tenemos vida terrena, tenemos tiempo, pero no siempre tenemos las oportunidad de hacer el bien, por lo que no deberíamos dejar escapar ninguna de esas oportunidades, las cuales nunca vuelven; podrán venir otras, ya similares ya diferentes, pero las que pasaron sin ser aprovechadas, nunca más volverán; y de ello se nos pedirán cuentas, conforme dice Jacobo (Stg. 4:17)"*[18].

El bien no tiene destinatarios selectivos, es decir, no es para algunos de los hermanos en la familia de la fe, ni siquiera para todos ellos, sino que ha de comprender a quien esté en el alcance del bien obrar del creyente. Es la expresión del amor de Cristo en la vida cristiana (Lc. 9:54, 55; 10:25-37; 17:11-19). El creyente está llamado a hacer bien a todos los hombres y mayormente a los de la familia de la fe (Gá. 6:10). Todos los creyentes constituimos una familia, a la que nos debemos en amor y verdad (1 Jn. 3:17, 18). El hacer bien incluye también la práctica cristiana de las relaciones laborales, sobre todo cuando se trata de relaciones entre creyentes (1 Ti. 6:2).

Otro sacrificio espiritual tiene que ver con la beneficencia: καὶ κοινωνίας μὴ ἐπιλανθάνεσθε *"y de la ayuda mutua no os olvidéis"*. Al sacrificio se le llama aquí literalmente *comunión*, término muy usado en el Nuevo Testamento para referirse a las ofrendas hechas con destino a los necesitados, ya que el término *comunión*, equivale a *comunicar* con los demás. La acepción genérica de la palabra tiene que ver con manifestar compañerismo y atención hacia otros, como escribe el Dr. Lacueva: *"Una de las mayores tentaciones del creyente 'devoto' es dedicarse tanto a Dios que no le quede tiempo para ocuparse del prójimo, incluso del prójimo más próximo (esposo,*

---

[18] F. Lacueva. o.c., Comentario Bíblico *Matthew Henry*, Gálatas. pág. 119.

esposa, hijos, etc.). Dícese de una señora tan devota que gastaba tanto tiempo en ejercicios de piedad que no le quedaba tiempo para atender a su marido"[19].

Una expresión más concreta utiliza el término para referirse al compartir de los bienes con los necesitados, como ocurría en la iglesia de Jerusalén, en el tiempo del descenso del Espíritu Santo (Hch. 2:44). De la misma manera se usa también para hablar de las ofrendas a los necesitados (Ro. 15:26). En cuanto a las ofrendas hay una amplia enseñanza en el Nuevo Testamento. Las iglesias primitivas proporcionaban ayuda a los hermanos necesitados de Jerusalén (2 Co. 8:4ss; 9:13). El apóstol Pablo escribe a Timoteo para que exhorte a los creyentes pudientes a comunicar por medio de sus bienes con los necesitados (1 Ti. 6:18). El creyente no debe olvidarse de practicar la beneficencia con el prójimo, especialmente si es su hermano en Cristo (1 Jn. 3:16-18). Quien tiene bienes materiales y no comparte con el necesitado no puede hablar de la existencia del amor de Dios en él, ya que la provisión de amor divino es derramado por el Espíritu en todo aquel que cree (Ro. 5:5), no se hace evidente por las acciones de amor. La única forma de manifestar el amor es amando como fuimos amados. La expresión de amor en la práctica de la beneficencia es la única evidencia de la participación en el amor de Dios (1 Jn. 4:20). La exhortación es a un recuerdo continuo que evite el olvido de este sacrificio espiritual, como se lee en el texto del versículo: μὴ ἐπιλανθάνεσθε, *"No os olvidéis"*. El olvido de manifestar la comunión en obras de beneficencia, no es posible para quien tiene la vista puesta en Cristo (12:2). Nuestro Señor es ejemplo supremo de entrega de Su riqueza a favor de otros (2 Co. 8:9).

El escritor de la Epístola hace referencia al agrado divino para estos sacrificios: τοιαύταις γὰρ θυσίαις εὐαρεστεῖται ὁ Θεός. *"Porque de tales sacrificios se complace Dios"*. Es lo que Santiago enseña en su carta: *"La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo"* (Stg. 1:27). Dios se agrada de estos sacrificios, porque son manifestación de la vida de Cristo en el creyente y, por tanto, están sustentados por Él. Para quienes, en aquel tiempo, pensaban que los cristianos no eran dignos de ser considerados sino como *ateos*, porque no tenían sacrificios al estilo de otras religiones, tienen aquí una respuesta admirable de sacrificios que no consisten en muerte de animales o en entregas de ofrendas, sino en expresión desinteresada de amor que se entrega hacia los demás sin esperar recibir nada por ello. De otro modo, el cristiano ama y lo expresa en obras de amor, no porque le sea ordenado, sino por necesidad, al hacerse vida en cada uno el amor personal de Jesús. Por eso dice el profesor F. F. Bruce: *"El cristianismo es sacrificial en toda su extensión; está fundado sobre el único autosacrificio de*

[19] F. Lacueva. o.c., pág. 593.

Cristo, y la ofrenda de la alabanza y las posesiones de su pueblo, de su servicio y sus vidas, es asumida en la perfección de Su sacrificio aceptable, y es aceptada en Él”[20].

Obediencia (13:17).

17. Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso.

Πείθεσθε τοῖς ἡγουμένοις ὑμῶν καὶ ὑπείκετε, αὐτοὶ γὰρ
Dejaos persuadir a los que gobiernan de vosotros y subordinaros porque ellos mismos
ἀγρυπνοῦσιν ὑπὲρ τῶν ψυχῶν ὑμῶν ὡς λόγον ἀποδώσοντες,
velan por las almas de vosotros como cuenta que rendirán
ἵνα μετὰ χαρᾶς τοῦτο ποιῶσιν καὶ μὴ στενάζοντες·
para que con gozo esto hagan y no lamentándose
ἀλυσιτελὲς γὰρ ὑμῖν τοῦτο.
Porque perjudicial para vosotros esto.

Notas y análisis del texto griego.

En una exhortación a la obediencia escribe: Πείθεσθε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz pasiva del verbo πείθω, *persuadir, convencer,* aquí *dejaos persuadir*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado declinado *a los*; ἡγουμένοις, caso dativo masculino plural del participio de presente en voz media del verbo ἡγέομαι, *gobernar, liderar*, aquí *que gobiernan*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de vosotros*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὑπείκετε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz activa del verbo ὑπείκω, *someterse, subordinarse, sujetarse,* aquí *subordinaros, sujetaros*; αὐτοὶ, caso nominativo masculino plural del pronombre intensivo *ellos mismos*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al pronombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ἀγρυπνοῦσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ἀγρυπνέω, *velar*, aquí *velan*; ὑπὲρ, preposición de genitivo, *por*; τῶν, caso genitivo femenino plural del artículo determinado *las*; ψυχῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo *almas*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de vosotros*; ὡς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; λόγον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *cuenta, razón*; ἀποδώσοντες, caso nominativo masculino plural del participio de futuro en voz activa del verbo ἀποδίδωμι, *rendir, dar cuenta*, aquí *que rendirán*; ἵνα, conjunción *para que, a fin de que*; μετὰ, preposición de genitivo *con*; χαρᾶς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *gozo, alegría*; τοῦτο, caso acusativo neutro singular del pronombre demostrativo *esto*; ποιῶσιν, tercera persona plural del presente de subjuntivo en voz activa del verbo ποιέω, *hacer,* aquí *hagan*; καὶ, conjunción copulativa *y*; μή, partícula negativa que hace las

[20] F. F. Bruce. o.c., pág. 411.

funciones de negación condicional, *no*; στενάζοντες, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo στενάζω, *suspirar, lamentarse, gemir,* aquí *lamentándose*; ἀλυσιτελὲς, caso nominativo neutro singular del adjetivo *perjudicial, inútil*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al pronombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ὑμῖν, caso dativo plural del pronombre personal declinado *para vosotros*; τοῦτο, caso nominativo neutro singular del pronombre demostrativo *esto*.

Un mandamiento se establece en relación con los guías, líderes o conductores en la iglesia local. Anteriormente se estableció el recuerdo para ellos, considerando su conducta y siguiendo su fe (v. 7), ahora se demanda obediencia para ellos: Πείθεσθε τοῖς ἡγουμένοις ὑμῶν, literalmente *dejaos persuadir a los que os gobiernan.* Esta referencia a los sobreveedores, tiene necesariamente que tratarse de los siguientes a los que se mencionan en el versículo anterior. Aquellos que habían presidido la congregación habían pasado ya, tratándose en este caso de quienes todavía vivían de aquel primer grupo o, tal vez mejor, los que habían sido reconocidos como tales después de ellos. En cualquier caso la traducción como *pastores* no hace honor al texto griego, ya que no se refiere a ministros, sino a oficiales de la iglesia. No se trata de quienes tienen el don de pastor, sino de los que ejercen el oficio de ancianos, presbíteros, sobreveedores, líderes en general, tengan o no el don de pastores. Como ya se ha considerado todo líder en el pueblo de Dios hace funciones pastorales, de ahí, posiblemente, la razón de la traducción por *pastores*.

La demanda tiene que ver con la obediencia que los creyentes deben a quienes han sido puestos por Dios en el liderazgo de la congregación. El verbo traducido por *obedecer*[21], significa literalmente *persuadir*, es decir, no es una obediencia por *imposición*, sino por *persuasión*, con el razonamiento que hace entendible el por qué de la obediencia. El verbo en presente de imperativo y en voz media indica una acción continua y se constituye en mandamiento, no en algo opcional. La persuasión enfatiza el razonamiento que los líderes dan para demandar la obediencia sobre algo. En el versículo anterior se dice que ellos actúan *enseñando la Palabra*. Es necesario enfatizar que en ambos casos, no se trata de un ministerio en el ejercicio de los dones de pastor y maestro. Está señalando a quienes ejercen el *oficio* de ancianos, presidiendo la congregación (1 Ts. 5:12). Para las iglesias se establece este como sistema de gobierno (Hch. 14:23), de manera que el apóstol Pablo no dejaba iglesia sin presbiterio (Tit. 1:5). Estos creyentes son los responsables del orden y conducción, por lo que son llamados cuando había algún asunto de esa naturaleza (Hch. 20:17). Su oficio tiene que ver con el cuidado de la grey (Hch. 20:28). Se debe entender aquí que la conducción se establece sobre bases bíblicas y razonadas. Es decir, el liderazgo no establece formas y mandatos conforme a su criterio personal,

[21] Griego πείθω.

sino en base a la enseñanza bíblica, asentando las demandas en la Palabra, que es el único elemento con autoridad en materia de fe y conducta. Los guías ejercen la autoridad no por coacción, sino por persuasión (1 P. 5:1-3). Ninguno de ellos es *autoridad* en sí mismo, sino que el ejercicio de autoridad deriva de dos elementos: Primeramente de la Palabra que hace consistente la demanda establecida; en segundo lugar de la dirección del Espíritu que actúa en ellos. Debe recordarse que una condición para el liderazgo es la de personas espirituales, como el caso de los primeros diáconos (Hch. 6:3). Los guías de la iglesia son personas que no están *sobre* la iglesia, sino *entre* la iglesia. Son miembros de la congregación local en absoluta igualdad con el resto de los creyentes (1 P. 5:1). Estos líderes tienen el ministerio de pastorear la congregación, apacentando el rebaño y no utilizándolo, como los pastores impíos de los tiempos de Ezequiel (Ez. 34:1-3). El servicio pastoral tiene que ver con vigilancia sobre el rebaño para que este no sea molestado por los enemigos del pueblo de Dios, cuya atención comienza por el mismo grupo de líderes, para evitar que de entre ellos mismos salgan quienes destruyan el rebaño de Dios (Hch. 20:28). A los guías, dentro de la iglesia local, se requiere la obediencia de la congregación, porque todo cuanto ellos determinen y propongan tiene que tener base en la Escritura, siendo razonada la decisión que se tome ante la congregación para que la acepten como algo fundamentado en la autoridad de la Biblia.

La obediencia se manifiesta en *subordinación*, καὶ ὑπείκετε, *"y subordinaos",* que se traduce también como *sometimiento*, no en el sentido de esclavo a dueño, sino de hermanos que agradecen a Dios el liderazgo que Él mismo levantó para conducir su iglesia. El verbo[22] que se utiliza aquí y que se traduce por *sujetaos* o *subordinaos*, es la única vez que aparece en el Nuevo Testamento y equivale a *ceder* ante algo. Demanda, pues, la aceptación de las instrucciones recibidas y la docilidad para con los líderes, cediendo ante la razón de sus palabras, que sustentan, no la autoridad de ellos mismos como autoridades, sino la procedente de la Palabra que la respalda.

La razón de la sujeción obediente a los guías descansa en su propio servicio: αὐτοὶ γὰρ ἀγρυπνοῦσιν ὑπὲρ τῶν ψυχῶν ὑμῶν ὡς λόγον ἀποδώσοντες, *"porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta"*. Los líderes no se han autonombrado ellos a sí mismos, sino que han sido puestos por Dios y reconocidos por la iglesia en base a condiciones personales que la Escritura establece (1 Ti. 3:1-13; Ti. 1:6-9). La idea de autonombramiento como anciano en la iglesia o el nombramiento de otros ancianos por los que ya ejercen esas funciones, sin ningún tipo de consulta a la congregación, ni está en la Biblia, ni es conforme a la enseñanza genera de la

---

[22] Griego ὑπείκω.

Escritura. La transmisión reservada dentro del mismo consejo de ancianos, incorporando por decisión de grupo a otros sin la intervención de la iglesia, es un abuso de autoridad espiritual que no tiene base alguna en la Palabra. Reconocidos y aceptados por la congregación, la responsabilidad de la grey está puesta sobre ellos y actúan sabiendo que deben rendir cuenta de su labor delante del Señor. Ante esta responsabilidad, no solo están atentos a la labor encomendada, *velando*, en el sentido de dedicarle plena atención, sino que ante la responsabilidad contraída no es de extraño que muchas veces pierdan el sueño. Es interesante el verbo[23] utilizado aquí, en el griego, que literalmente significa *buscar el sueño*, o lo que es lo mismo, tener *insomnio*, imposibilidad de dormir. Los líderes no solo vigilan, sino que también se desvelan a causa de las almas de los creyentes, mientras los creyentes descansan. Esto es motivo suficiente para que la congregación se sujete a ellos en obediencia.

La labor pastoral tiene dos formas de llevarse a cabo: bien sea con *alegría*, o con *tristeza*. El gozo del liderazgo está relacionado con la obediencia y docilidad de los creyentes. Hay gozo cuando aprecian que su trabajo de conducción no es estéril, sino fructífero. La desobediencia hacia ellos en este campo, contiene también la *rebeldía*, porque no es obedecer por imperativo, sino negarse a dejarse convencer por ellos. Ante la desobediencia de la congregación, en materia de conducción conforme a la palabra, los líderes tienen que acudir a la presencia de Dios, con oración de lamento o queja, suspirando y en tensión de alma. La exhortación a los lectores demanda colaboración con los guías para que puedan hacer la labor con gozo y no con tristeza: ἵνα μετὰ χαρᾶς τοῦτο ποιῶσιν καὶ μὴ στενάζοντες, *para que lo hagan con gozo y no con tristeza.* La desobediencia de la congregación hace que el líder se sienta fracasado en la obra, como el apóstol Pablo advierte al escribir a los filipenses: *"Asidos de la palabra de vida, para que en el día de Cristo yo pueda gloriarme de que no he corrido en vano, ni en vano he trabajado"* (Fil. 2:16).

Las quejas del liderazgo no representan bendición alguna para la iglesia, sino todo lo contrario: ἀλυσιτελὲς γὰρ ὑμῖν τοῦτο, *porque es perjudicial para vosotros*. Un excelente párrafo del Dr. Lacueva, resume magníficamente la enseñanza del texto:

"El autor sagrado apunta una razón sumamente práctica, por la que el obedecer a los pastores es sumamente ventajoso para los mismos que obedecen: Cuando la mayoría (al menos) de la congregación se dejan persuadir por los pastores, escuchan con atención lo que se les predica y enseña y ponen por obra las enseñanzas y normas que les son impartidas, el

[23] Griego ἀγρυπνέω.

pastor, como todo buen maestro, ve que su labor no resulta estéril y se goza en el fruto de su ministerio. Pero (como es demasiado frecuente) cuando la predicación y la enseñanza entran por un oído y salen por el otro, como suele decirse, por muy fuerte que sea la constitución psicofísica y espiritual del pastor, fácilmente será presa del desánimo y de la depresión. Con ello, no sólo sufrirá él, sino que del destemple de su ánimo amargado, saldrán quejas y lamentaciones delante del Señor acerca de Su rebaño que, más bien que de ovejas sumisas, parece de cabras que, como dice el refrán, siempre tiran al monte. Es cierto que, si el pastor ha cumplido fielmente su ministerio, se encontrará con la aprobación y recompensa del Pastor Supremo (1 P. 5:4), ya sea que su predicación haya sido 'hedor de muerte que conduce a muerte' u 'olor de vida que conduce a vida' (2 Co. 2:15, 16, NVI), pero, por lo que concierne a los fieles mismos, ninguna ventaja van a sacar con que el pastor tenga que dar al Señor quejas acerca de ellos. Dice J. Owen: 'Con qué suspiros, gemidos y lamentos están frecuentemente acompañadas las cuentas que los fieles ministros rinden a Cristo, sólo Él lo sabe, y el último día lo manifestará. Que las cuentas de los ministros hayan de ser rendidas de este modo, no es provechoso para sus propias gentes. El corazón del ministro se denomina; el Gran Maestro se desagrada; las señales de Su favor se retiran; prevalece la esterilidad espiritual; y parece como sí las nubes hubiesen recibido el mandato de no llover sobre la infructuosa viña"[24].

Intercesión (13:18-19).

18. Orad por nosotros; pues confiamos en que tenemos buena conciencia, deseando conducirnos bien en todo.

Προσεύχεσθε περὶ ἡμῶν· πειθόμεθα γὰρ ὅτι καλὴν
Orad por nosotros; porque estamos persuadidos de que buena
συνείδησιν ἔχομεν, ἐν πᾶσιν καλῶς θέλοντες ἀναστρέφεσθαι.
conciencia tenemos en todo bien deseando conducirnos.

Notas y análisis del texto griego.

Llegando al final de la carta el escritor formula una petición en los dos versículos: Προσεύχεσθε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz activa del verbo προσεύχομαι, *orar, hacer oración,* aquí *orad*; περὶ, preposición de genitivo, *por*; ἡμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal *nosotros*; πειθόμεθα, primera persona plural del presente de indicativo el voz pasiva del verbo πείζω, *persuadir,* aquí *estamos persuadidos*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al verbo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; καλὴν, caso acusativo femenino singular del adjetivo *buena*; συνείδησιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que

[24] F. Lacueva. o.c., pág. 594.

denota, *conciencia*; ἔχομεν, primera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí *tenemos*; ἐν, preposición de dativo *en*; πᾶσιν, caso dativo neutro plural del adjetivo *todo*; καλῶς, adverbio de modo *bien*; θέλοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo θέλω, *querer, desear,* aquí *que deseamos, deseando*; ἀναστρέφεσθαι, presente de infinitivo en voz pasiva del verbo ἀναστρέφω, en voz pasiva, *caminar, conducirse, portarse,* aquí *conducirnos.*

El escritor pide ahora algo para él y sus compañeros: Προσεύχεσθε περὶ ἡμῶν, *orad por nosotros*. No se sabe quienes están comprendidos en el pronombre personal *nosotros.* Pudiera ser un equipo misionero que estuviese predicando el evangelio y enseñando en las iglesias. Procurar establecer quienes son, conduciría a meras suposiciones ya que no hay evidencias internas que lo sostenga. También es evidente que ese *nosotros* era conocido por los lectores. El texto es muy afín con la forma de escribir y las peticiones de oración del apóstol Pablo, por lo que sirve de base a quienes sostienen la autoría de la Epístola como del apóstol, escrita y redactada por algún colaborador suyo, muy erudito en griego. Sin lugar a duda la despedida de la Epístola es notoriamente equiparable con las de Pablo, fácilmente comprobable contrastándola con otros textos del apóstol (cf. Hch. 23:1; 24:16; Ro. 9:1; 1 Co. 4:1-4; 2 Co. 1:12; 1 Ti. 1:5-10; 3:9; 2 Ti. 1:3).

La razón del ruego es el respaldo que necesitan ante el Señor para que su conducta sea como hasta aquel momento honesta, con una conciencia limpia de acusaciones y un comportamiento ejemplar ante todos: πειθόμεθα γὰρ ὅτι καλὴν συνείδησιν ἔχομεν, ἐν πᾶσιν καλῶς θέλοντες ἀναστρέφεσθαι, *"pues confiamos en que tenemos buena conciencia, deseando conducirnos bien en todo"*. Aunque tanto el que escribe como quienes están con él tienen una convicción profunda de que estaba obrando correctamente en todo, las oraciones de los hermanos les proporcionarán los recursos de gracia para continuar de ese mismo modo sirviendo al Señor y siendo ejemplo a los creyentes. (2 Co. 1:12; 6:3).

19. Y más os ruego que lo hagáis así, para que yo os sea restituido más pronto.

περισσοτέρως δὲ παρακαλῶ τοῦτο ποιῆσαι, ἵνα τάχιον
Y en mayor grado ruego esto hagáis para que rápidamente
ἀποκατασταθῶ ὑμῖν.
sea restituido a vosotros.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo con el ruego, escribe: περισσοτέρως, adverbio *más, mayor grado*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y,*

y por cierto, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; παρακαλῶ, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo παρακαλέω, *rogar, invitar, pedir cortésmente,* aquí *ruego*; τοῦτο, caso acusativo neutro singular del pronombre demostrativo *esto*; ποιῆσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo ποιέω, *hacer,* aquí *hagaís*; ἵνα, conjunción *para que*; τάχιον, adverbio *rápidamente, con prontitud*; ἀποκατασταθῶ, primera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz pasiva del verbo ἀποκαθίστημι, *restablecer, restaurar, restituir,* aquí *sea restituido*; ὑμῖν, caso dativo plural del pronombre personal declinado *a vosotros.*

El escritor se separa ahora del grupo incluido en el versículo anterior para rogar una oración especial e insistente en su favor: περισσοτέρως δὲ παρακαλῶ τοῦτο ποιῆσαι, ἵνα τάχιον ἀποκατασταθῶ ὑμῖν, *"y más os ruego que lo hagáis así, para que yo os sea restituido más pronto"*.

No se puede determinar que circunstancia especial le retenía lejos de los destinatarios de la Epístola, e imposibilitado, por alguna razón que no conocemos, de visitarles. Incluso podría entenderse como que estaba relacionado muy directamente con aquellos a quienes escribía y por alguna razón había sido separado de ellos. ¿Se trataba de un prisionero? ¿Sería el apóstol Pablo en espera de su sentencia en la primera prisión en Roma? No parece que se trate de un prisionero por cuanto aparentemente puede moverse con libertad (v. 23). Al desconocer las circunstancias que concurrían en su caso, sólo pueden formularse hipótesis sin el necesario sustento de evidencias internas o externas.

Sin embargo, la gran enseñanza tiene que ver con la oración insistente, que cuando es hecha con fe puede ser respondida por Dios en una operación eficaz hacia aquel a quien se solicita la ayuda misericordiosa del trono de la gracia. La oración intercesora de los lectores del escrito, podía traer como consecuencia la superación del impedimento que tanto ellos como el escritor conocían. El resultado de la oración redundaría en un acortamiento del tiempo de ausencia entre ellos. La fe es una de las materias más enfatizadas en la Epístola, la oración que actúa es aquella que se sustenta en la fe. Jesús enseñó la fe como elemento para la realización de obras sobrenaturales, mientras que la falta de fe, o una fe débil no sirve, así ocurrió con el muchacho endemoniado a quienes los discípulos quisieron liberar y no pudieron, recibiendo la respuesta de Jesús a su falta de poder como *"por vuestra poca fe; porque de cierto os digo, que si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará: y nada os será imposible"* (Mt. 17:20). Ellos no eran incrédulos, pero tenían poca fe, que comprendía una fe y confianza imperfectas. Posiblemente no habían orado con la intensidad y perseverancia necesarias para que el milagro tuviera lugar. El Señor había puesto la semilla de mostaza como ejemplo de algo muy pequeño, pero que en contacto con la tierra y tomando de

ella los nutrientes necesarios desarrolla una planta grande (Mt. 13:31-32). Entonces hizo una declaración solemne delante de los discípulos: *"de cierto os digo"*, que una fe semejante en cantidad a un grano de mostaza da la capacidad de obrar maravillas al que la ejerce. No se trata de una fe grande que pocos hombres pueden poseer, sino una pequeña fe que vincula en dependencia de Dios y que permite realizar cualquier obra por grande que sea. Es llegar a la convicción profunda que Pablo tenía cuando decía: *"Todo lo puedo en Cristo que me fortalece"* (Fil. 4:13). Para fortalecer esta enseñanza, el Señor les dijo *"y nada os será imposible"*. Concuerda la afirmación del Señor con las palabras que antes había dicho al padre del muchacho endemoniado: *"Al que cree todo le es posible"* (Mr. 9:23). Las cosas para los hombres son imposibles, pero ninguna cosa es imposible para Dios (Mt. 19:26). Es posible que los lectores de la Epístola tuviesen dudas sobre la realidad de un encuentro con quienes le escribía, por eso son instados a orar fervientemente para que Dios hiciera posible lo que pudiera ser imposible para los hombres, y les fuese restituido de nuevo.

Bendiciones finales (13:20-25).

Bendición (13:20-21).

20. Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno.

Ὁ δὲ Θεὸς τῆς εἰρήνης, ὁ ἀναγαγὼν ἐκ νεκρῶν τὸν ποιμένα τῶν
Y el Dios de la paz, el que hizo subir de muertos al pastor de las
προβάτων τὸν μέγαν ἐν αἵματι διαθήκης αἰωνίου, τὸν Κύριον
ovejas el grande por sangre de pacto eterno al Señor
ἡμῶν Ἰησοῦν,
de nosotros Jesús.

Notas y análisis del texto griego.

La bendición final está integrada en una doxología en la que se lee: Ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, seguido de δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; Θεὸς, caso nominativo masculino singular del nombre *Dios*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; εἰρήνης, caso genitivo femenino singular del sustantivo *paz*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἀναγαγὼν, caso nominativo masculino singular del participio aoristo segundo articular en voz activa del verbo ἀνάγω, *hacer subir,* aquí *que hizo subir*, en sentido de *resucitar*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; νεκρῶν, caso genitivo masculino plural del adjetivo *muertos*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo declinado *al*; ποιμένα, caso acusativo masculino singular del sustantivo que

denota *pastor*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado declinado *de los*; προβάτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *ovejas*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; μέγαν, caso acusativo masculino singular del adjetivo *grande*; ἐν, preposición de dativo *por*; αἵματι, caso dativo neutro singular del sustantivo *sangre*; διαθήκης, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *pacto, alianza*; αἰωνίου, caso genitivo femenino singular del adjetivo *eterno*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; Κύριον, caso acusativo masculino singular del título *Señor*; ἡμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de nosotros*; Ἰησοῦν, caso acusativo masculino singular del nombre propio *Jesús*.

Se introduce aquí una bendición que es también una doxología. La primera referencia en ella es al Padre, a quien llama aquí ὁ δὲ Θεὸς τῆς εἰρήνης, *"El Dios de paz"*. Esta es una expresión típicamente paulina, como aparece en varios de sus escritos (cf. Ro. 15:33; 16:20; 1 Co. 14:33; 2 Co. 13:11; Fil. 4:9; 1 Ts. 5:23; 2 Ts. 3:16). Este es también uno de los argumentos que favorecen la autoría paulina de la Epístola. En un contexto de dificultades y tribulaciones que inquietan la vida de algunos entre los creyentes a quienes se destina la Epístola, que sufrieron el despojo de sus vienes y otras muchas dificultades consideradas en su momento, la referencia a Dios, que puede dar paz es una de las mayores bendiciones que podrían recibir los lectores. Se le llama *El Dios de paz*, porque es de Él de quien procede la paz. Fue el Dios que otorga la paz en base a la obra de su Hijo Jesucristo, reconciliándonos definitivamente con Él: *"Y esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación"* (2 Co. 5:18-19). La reconciliación que permite la paz no es una obra de hombres, sino de Dios mismo. Ninguno de los pecadores tomó parte en la reconciliación, y ninguno de ellos puede reconciliarse a sí mismo en relación con Dios. Fue quien es *Dios de paz*, que reconcilió consigo mismo al mundo, cambiándolo de posición -que es el sentido de la palabra reconciliar- para llamar a los perdidos hacia Cristo. Este Dios que hace la paz, también la otorga a todo aquel que en un acto de fe pide al Salvador que lo reciba, justificándolo en base a la obra expiatoria del Hijo de Dios (Ro. 5:1). Ese mismo Dios que hizo la paz y da la paz, la hace posible por medio de Cristo y en Cristo mismo para todo aquel que habiendo creído, tiene al Salvador en posesión plena en él, experimentando lo que es la vivencia de Jesús en la vida del salvo (Fil. 1:21) y, por tanto, disfrutando como experiencia de vida personal la misma paz de Jesús (Jn. 14:27). Los conflictos de los cristianos son consecuencia de la acción maléfica de Satanás y sus huestes (Ef. 6:12). Los lectores de la epístola estaban sufriendo persecuciones que, sin duda, habían sido desatadas por la acción del enemigo de Dios. Nada más consolador para un cristiano que saber que este Dios de paz -como enseña el apóstol Pablo- aplastará pronto a Satanás

colocándolo bajo los pies del creyente, a causa de la identificación con Cristo, a quien el Padre pondrá bajo sus pies a todos sus enemigos. La paz sólo es posible para quien tiene a Dios en su pensamiento, como dice el profeta: *"Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado"* (Is. 26:3).

Este Dios de paz es también el *Todopoderoso*, el *Omnipotente*, como lo pone de manifiesto por la operación de su poder ὁ ἀναγαγὼν ἐκ νεκρῶν τὸν ποιμένα τῶν προβάτων, que resucitó a Jesús de entre los muertos, literalmente: *el que hizo subir de los muertos al pastor de las ovejas*. La resurrección es un acontecimiento escatológico que transciende al tiempo. Muerte y resurrección no son dos actos sucesivos, sino un acto doble que afecta al sujeto de ambas cosas que es Jesús, pero, al mismo tiempo se distinguen dos sujetos relacionados íntimamente con ambos momentos: El sujeto de la muerte es Jesús, el de la resurrección es Dios. El Resucitado, corporalmente es integrado y confirmado en sus elementos constitutivos temporales en la misma vida divina proclamando su humanidad como *Señor*, por cuanto el hombre Jesús está vinculado inseparablemente y forma hipóstasis en la deidad de la Segunda Persona Divina. Jesús es constituido Señor porque desde la resurrección y glorificación, su humanidad está presente en la Iglesia, en la creación y en el trono de Dios. El Dios de paz permite una experiencia de profundo consuelo y paz al creyente en su transcurso terrenal porque nada es imposible para Él, ya que resucitó de entre los muertos a su Hijo. Si ha hecho una obra tal, podrá hacer con los creyentes cuanto sea necesario, llevándolos siempre en triunfo en Cristo (2 Co. 2:14). El cristiano podrá estar pasando aflicciones, persecuciones y estrecheces, pero ninguna dificultad, por grande que sea, puede dejar de hacerle sentir que *"si Dios es por nosotros ¿quién contra nosotros?"* (Ro. 8:31).

Habiendo hablado de Dios, como el Dios de paz, califica ahora a nuestro Señor. Es interesante apreciar que en el texto griego se lee literalmente τὸν Κύριον ἡμῶν ᾿Ιησοῦν *"al Señor de nosotros, Jesús"*. No aparece el doble nombre de Jesús y Cristo, o *Jesucristo*, sino simplemente *Jesús*. Este es el calificativo dado al Señor en el plano de su humanidad (Lc. 1:31). Quien es Dios, es también hombre. La humanidad y la deidad se unen perpetuamente desde la concepción en el Verbo encarnado (Jn. 1:14). Si desde la dimensión de la deidad es el Todopoderoso, desde la humanidad es el Dios comprensible, que entiende nuestras debilidades, restaura nuestros fracasos y se compadece de nuestras miserias, capaz de socorrer a quienes son tentados (2:18). A este Jesús, resucitado por el Padre, se le da un doble calificativo que no se aprecia en la dimensión de la traducción al español. El texto griego lo califica primero de ποιμένα τῶν προβάτων *"Pastor de las ovejas"*. Es el único lugar en la Epístola donde se da a Jesús el título de Pastor. Ese es uno de los títulos

simbólicos que el Señor se aplicó a sí mismo: *"Yo soy el buen pastor"* (Jn. 10:14). El Mesías había sido profetizado como el pastor de Su pueblo (Ez. 37:24; Zac. 11:4). Este Pastor del cielo, conforta a sus ovejas y las conduce a pastos deleitosos. No es el pastor despótico y tirano que golpea al rebaño cuando no obedece sus indicaciones, sino aquél que toma en sus brazos a la perniquebrada, y sustenta a los que están lastimados. Es el que adereza mesa de comunión y paz, cuando los angustiadores rodean amenazantes al creyente (Sal. 23:5). Es aquel que acompaña cuando otros dejan y que está presente en el valle de sombra de muerte para dar aliento y cambiar el temor en confianza. Es el que con su vara y su cayado hace sentir paz al rebaño porque todas las ovejas se sienten seguras de quienes quieren devorarlas y tranquilos cuando sea precisa la restauración en un fracaso espiritual en la restauración (Sal. 23:4). Es el pastor que provee de pasto conforme a las necesidades personales de cada uno (Sal. 23:1-2). Es el que conforta el alma de cada oveja cuando esté en necesidad de aliento y ánimo (Sal. 23:2-3). Cada creyente sabe que no habrá un solo momento en que el Pastor no esté presente en su experiencia de vida terrenal y se hace en cada oveja de su prado esperanza de gloria (Sal. 23:6; Col. 1:27). El apóstol Pedro lo llama *"el Príncipe de los pastores"* (1 P. 5:4).

El segundo calificativo que se le da en el texto griego es τὸν μέγαν, *"el Grande"*. Nadie más encumbrado y glorioso que Él. Tiene el nombre de autoridad y dignidad suprema en cielos y tierra (Fil. 2:9-11). El Pastor está también entre querubines, como el Dios grande (Sal. 80:1). Este Grande hace posible en su sangre la formalización del pacto eterno: ἐν αἵματι διαθήκης αἰωνίου, *por la sangre del pacto eterno.* El sacrificio del Pastor, que es también Cordero, inaugura el pacto eterno, consumado en plenitud, satisfaciendo completamente las demandas divinas, por lo que Dios lo levantó de entre los muertos (Hch. 2:24; Ro. 10:7-9). El Resucitado traspasó los cielos alcanzando la gloria suprema que le corresponde por condición y por operación de gracia en salvación (1:3; 10:12).

21. Os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo Él en vosotros lo que es agradable delante de Él por Jesucristo; al cual sea gloria por los siglos de los siglos. Amén.

καταρτίσαι ὑμᾶς ἐν παντὶ[1] ἀγαθῷ εἰς τὸ ποιῆσαι τὸ θέλημα αὐτοῦ[2],
Haga aptos os en todo bien para el hacer la voluntad de Él
ποιῶν ἐν ἡμῖν[3] τὸ εὐάρεστον ἐνώπιον αὐτοῦ διὰ Ἰησοῦ Χριστοῦ,
haciendo en vosotros lo agradable delante de Él por Jesucristo
ᾧ ἡ δόξα εἰς τοὺς αἰῶνας τῶν[4] αἰώνων, ἀμήν.
al que la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Notas y análisis del texto griego.

Critica textual. Lecturas alternativas.

[1] παντὶ ἀγαθῷ, *todo bien*, atestiguada en ℵ, D*, Ψ, it$^{ar, c, d, dem, div, f, z}$, vg, cop^{bo}, Gregorio N, Eutilio, Fulgencio Primasious.

ἔργῳ ἀγαθῷ, *obra buena,* que figura en arm.
παντὶ ἔργῳ ἀγαθῷ, *toda obra buena,* lectura en C, D^{c}, K, P, 0121b, 33, 81, 88, 104, 181, 326, 330, 436, 451, 614, 629, 630, 1739*, 1877, 1881, 1962, 1984, 2127, 2492, 2495, *Lec. Biz.* Syr$^{p, h}$, cop^{sa}, eth, Efraín, Crisóstomo, Teodoreto, Juan Damasceno.

παντὶ ἔργῳ καὶ λόγῳ ἀγαθῷ, *toda obra y palabra buena,* que se lee en A.
ποιῶν, *haciendo*, atestiguada en ℵ^{c}, D^{gr}, K, P, Ψ, 0121b, 33^{c}, 88, 104, 181, 326, 330, 436, 614, 629, 630, 1739*, 1877, 1881, 1962, 1984, 2127, 2495, *Lec. Biz.* it$^{a, c, dem, div, f}$, vg, syr$^{p, h}$, cop$^{sa.ms, bo.ms}$, arm, Crisóstomo, Euilio, Teodoreto, Juan Damasceno.

[2] αὐτῷ ποιῶν, *él haciendo*, lectura en ℵ*, A, C, 33*, 81, 1241, 1739^{mg}, cop^{sa}.

ποιῶν ἑαυτῷ, *haciendo él mismo,* se lee en cop^{bo}, Gregorio Nisa.

αὐτὸ ποιῶν, *él mismo haciendo,* lectura de **p**^{46}.

αὐτὸς ποιῶν, *él haciendo*, atestiguado en 451, 2492, it$^{d, z}$.

[3] ἡμῖν, *vosotros,* figura en **p**^{46}, ℵ, A, D^{gr}, K, 0121b, 33, 81, 104, 181, 326, 330, 436, 451, 614, 629, 1241, 1739, 1881, 1962, 2492, *Biz*^{pt}, syr^{p}, cop$^{sa, bo}$, Teodoreto, Ps-Oecumenius.

ὑμῖν, *os*, lectura en C, P, Ψ, 88, 630, 1877, 1984, 2127, 2495, *Biz.*^{pt}, it$^{ar, c, d, dem, div, f, z}$, vg, syr^{h}, eth, Crisóstomo, Eutilio, Teodoreto, Juan Damasceno, Teófilo.

[4] τῶν αἰώνων, *de los siglos*, atestiguada en ℵ, A, K, P, 0121b, 33, 81, 88, 181, 326, 330, 614, 629, 630, 1739, 1881, 1962, *Lec. Biz l*^{597}, it$^{ar, c, d, den, div, f, z}$, vug, syr^{p}, cop$^{sa/mss, bo}$, eth, Crisóstomo, Etuilio, Teodoreto, Juan Damasceno.

Omitido en **p**^{46}, C^{3}, D^{gr}, Ψ, 104, 436, 451, 1241, 1877, 2127, 2492, 2495, *Lec.* syr^{h}, cop$^{sa/mss}$, arm, Teodoreto.

Sigue la bendición y doxología iniciada en el versículo anterior, haciendo selección del texto griego más aceptado: καταρτίσαι, tercera persona singular del aoristo primero (optativo[25]) del verbo καταρτίζω, *arreglar, ordenar, aparejar, guarnecer, proveer, preparar, restaurar,* aquí *prepare*, en sentido *haga aptos*; ὑμᾶς, caso acusativo plural del pronombre personal *os*; ἐν, preposición de dativo *en*; παντὶ, caso dativo neutro singular del adjetivo indefinido *todo*; ἀγαθῷ, caso dativo neutro singular del adjetivo *bien*; εἰς, preposición de acusativo *para*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*; ποιῆσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo

[25] Dícese del modo verbal que expresa esperanza o deseo y tiene otros usos que se pueden solapar con el subjuntivo.

ποιέω, *hacer*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*; θέλημα, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *voluntad*, *deseo*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; ποιῶν, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ποιέω, *hacer*, aquí *haciendo*; ἐν, preposición de dativo *en*; ἡμῖν, caso dativo plural del pronombre personal *vosotros*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; εὐάρεστον, caso acusativo neutro singular del adjetivo, *agradable*; ἐνώπιον, preposición impropia de genitivo *ante*, que es también adverbio de lugar *delante*; realmente ἐνώπιον, (compuesto de ἐν y la raíz ὀπ– vinculada con *ver/ojo*) es el acusativo neutro singular del adjetivo ἐνώπιος, *el que está a la vista, ante el rostro de, el que está en presencia de, etc.* y que en griego se construye con genitivo y se empleaba como preposición impropia y que se ha convertido en adverbio; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de él*; διὰ, preposición de genitivo *por*; ᾿Ιησοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Jesús*; Χριστοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Cristo*; ᾧ, caso dativo masculino singular del pronombre relativo *al que*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; δόξα, caso nominativo femenino singular del sustantivo *gloria*; εἰς, preposición de acusativo *para, por*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; αἰῶνας, caso acusativo masculino plural del sustantivo *edades, siglos*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; αἰώνων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *siglos*; ἀμὴν, transliteración de la palabra hebrea *verdad, certeza*, en este caso con sentido de *así sea*, en español para manifestar aquiescencia o vivo deseo de que tenga efecto lo que se dice.

La voluntad de Dios no puede ser llevada a cabo por el esfuerzo humano, ya que se trata de hacer algo como Él desea que se haga. Por esa razón, conociendo el escritor esa imposibilidad desde el esfuerzo humano, pide al mismo Dios de paz que haga Él la obra de perfeccionamiento en cada uno de los creyentes: καταρτίσαι ὑμᾶς, *os haga aptos*, a fin de que puedan alcanzar las demandas divinas en el ámbito de la voluntad de Dios: ἐν παντὶ ἀγαθῷ εἰς τὸ ποιῆσαι τὸ θέλημα αὐτου, *en toda buena obra para que hagáis su voluntad,* ya que se expresa sólo en todo aquello que es agradable y perfecto a los ojos de Él (Ro. 12:2). Esa voluntad divina es *buena*, en el sentido de lo que es intrínsecamente bueno; aquello que coincide con lo expresado por Dios en sus mandamientos. Es también *agradable*, aquello en lo que Dios se satisface, que no es otra cosas que la obediencia sin reservas a los mandamientos establecidos por Él (Mt. 22:37-39). Además es *perfecta*, expresión que identifica en sí misma lo que es la voluntad de Dios. Esto lleva aparejado una vida de perfección o de madurez espiritual, como el Señor determinó para los suyos: *"Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto"* (Mt. 5:48). Es un estilo de vida en plena armonía con la Palabra que demandada para el pueblo un modo de vida santo, en semejanza a la santidad de Dios que los había separado para ser su pueblo (Lv. 19:2). Dios había establecido en su Palabra que su pueblo fuese perfecto delante de Él (Dt.

18:13). No debe pues, sorprender que en el Nuevo Testamento se traslade la misma demanda para los creyentes (1 P. 1:15-16). Ser *perfectos*, no quiere decir, en modo alguno, ser impecables, cosa imposible para los hombres, incluso para quienes son hijos de Dios y están en su reino. Se refiere a vidas que alcanzan realmente una verdadera madurez espiritual que corresponde al carácter de quienes son hijos de Dios. Son aquellos que ya no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu (Ro. 8:4; Gá. 5:16). La razón para una vida de esta condición obedece al ejemplo supremo del Padre celestial. Él es perfecto porque es capaz de amar sin condiciones, generosamente, sin limitación alguna a todos los hombres, tanto a quienes en la sociedad llevan vidas aparentemente dignas como a quienes son una escoria social. El Padre del cielo es capaz de perdonar generosamente a todos, teniendo compasión de cada uno, como expresaba el profeta Daniel: *"De Jehová nuestro Dios es el tener misericordia y el perdonar, aunque contra él nos hemos rebelado"* (Dn. 9:9). El admirable Dios del cielo es bueno para con todos (Sal. 145:9). Nahum afirma que Él es bueno (Nah. 1:7). Por esa causa, quienes están en relación directa con Él como sus hijos, han de mostrar el carácter del Padre, en un amor sin límites ni condiciones.

El escritor desea que esta vida en una esfera sobrenatural sea propiciada por la acción divina καταρτίσαι ὑμᾶς *"que los haga aptos"*, un término que tiene un sentido amplísimo, vinculado con *poner en orden, disponer, arreglar*, de ahí *hacer apto*, o también *perfeccionar* (1 P. 5:10). Sólo el Espíritu Santo puede hacer la obra de identificación vivencial con Cristo, de modo que haciéndose Él vida en cada creyente pueda esto hacer, como hizo Jesús, lo que es agradable a Dios (Jn. 8:29), buscando esa forma de vida como algo imprescindible, de la misma manera que la comida es también imprescindible al cuerpo, en la misma dimensión en que Jesús lo manifestó: *"Mi comida es que haga la voluntad del que me envió y que acabe su obra"* (Jn. 4:34). La vida cristiana tiene como objetivo principal que los creyentes cumplan y lleven a cabo la voluntad de Dios, caminando con los ojos puestos en Jesús (12:2), ejemplo a quien cada creyente debe mirar (Jn. 8:29). El triunfo de la vida cristiana y la respuesta a las peticiones del creyente están en la obediencia a la voluntad de Dios (1. Jn. 3:22).

Dios actúa en el creyente posibilitando que pueda hacer -en la medida de lo humano y sus imperfecciones- la voluntad de Dios o, por lo menos, generando en deseo y disposición para hacerlo, como así lo expresa: ποιῶν ἐν ἡμῖν τὸ εὐάρεστον ἐνώπιον αὐτοῦ διὰ Ἰησοῦ Χριστου,*"Haciendo Él en vosotros lo que es agradable delante de Él por Jesucristo"*. Hay una estrecha relación con el Nuevo Pacto, en donde Dios mismo afirma que capacitará a quienes estén en esa esfera de gracia, para que hagan Su voluntad: *"Os daré corazón nuevo, y podré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra*

carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra" (Ez. 36:26-27). El hombre natural, a causa del pecado, está dentro de la esfera de desobediencia que le es propia y que condiciona y caracteriza su forma de vida. En la salvación y regeneración espiritual, el Espíritu Santo da la potencialidad necesaria para que supere la propia condición natural de desobediencia y practique, como principio natural de la nueva vida, la obediencia a Dios. La voluntad de Dios es la santificación del creyente (1 Ts. 4:3). La presencia de Jesús en el salvo lo hace posible, ya que Él mismo ha sido constituido por Dios como *santificación*, esto es, potencia santificadora y capacitadora (1 Co. 1:30). En la santificación Dios obra en el creyente el deseo para vivir en santidad y lo energiza con Su poder para que pueda llevarlo a cabo, porque aunque *"hay diversidad de operaciones, Dios que hace todas las cosas en todos, es el mismo"* (1 Co. 12:6). De una forma muy precisa enseña esto el apóstol Pablo, al instar a los creyentes a una continua ocupación en la santificación con respeto reverente: *"Pero Dios es aquel que en vosotros produce el querer y el hacer por su buena voluntad"* (Fil. 2:13). La fuerza para la santificación es una provisión divina, ya que Él no pide nada sin que primero capacite para ello. Dios *energiza* desde el interior del cristiano, como consecuencia de la inhabitación divina en cada creyente (Ef. 2:22). El Espíritu de Dios es la Persona Divina residente en cada cristiano, morando en él (1 Co. 3:16). Es misión del Espíritu identificar a cada creyente con Jesús, reproduciendo en cada uno de los salvos el carácter del Hijo de Dios (Ro. 8:29). En todo lo que tiene que ver con la salvación, Dios toma siempre la iniciativa. Dios produce el *querer*, necesario contra la vieja naturaleza y también el *hacer*, que es un verdadero *hacer contra natura*. El mismo Dios presenta el camino del bien hacer, con unas obras ya preparadas de antemano para que el creyente ande en ellas, es decir, sean su propio estilo de vida, de modo que en ese obrar está en sintonía con la voluntad de Dios (Ef. 2:10). El cristiano no hace obras para ser cristiano, sino que las hace porque lo es. Una vez más en la Palabra aparece la paradoja de la actuación del creyente por la actuación de Dios en él. Debe considerarse aquí un elemento de influencia y capacitación de Dios en el cristiano consistente en un *energismo divino.* Este concepto es esencial, ya que sirve para corregir tanto el *monergismo* propio del calvinismo extremo que convierte al hombre en un mero objeto en la mano de Dios, limitando en todo su voluntad y acción, como el *sinergismo* pelagiano y arminiano que sitúa a Dios como mero ayudador en la voluntad humana. Dios *produce*, genera, tanto el deseo de obrar como la capacidad para hacerlo, sin limitar en nada la actuación volitiva del creyente. Quien obra es el creyente, pero lo hace con el deseo inducido por Dios y la fuerza divina que le permite actuar contrariamente a lo que es de la propia naturaleza humana. Dios actúa primero en la voluntad del cristiano para que nazca en él el deseo de hacer Su voluntad; luego actúa con la voluntad del creyente para que pueda llevarlo a cabo con la fuerza de Dios en

Él. De este modo toda la gloria en la salvación, cuyo segundo aspecto o nivel es la santificación, es de Dios, pero el hombre no queda reducido a un mero elemento instrumental en la mano de Dios, como el apóstol Pablo decía de sí mismo: *"Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo"* (1 Co. 15:10). Esa es la razón por la que, capacitado por Dios, puede también decir: *"Todo lo puedo en Cristo que me fortalece"* (Fil. 4:13).

Otro importante aspecto es que la obra agradable, la igual que antes el sacrificio agradable, se lleva a cabo por medio de Jesucristo. Él, como Mediador único entre Dios y los hombres, da sentido a lo que es agradable a Dios, a causa de sus propios méritos (4:14-16), como por Su mediación, en unión vital con él (Jn. 15:5). Nada puede ser agradable a Dios fuera de Jesucristo. La mediación del Verbo encarnado es vinculante en todos los sentidos para la vida de santificación conforme a la voluntad de Dios, tanto en el aspecto capacitante, como aceptable.

La petición se cierra con la doxología: ᾧ ἡ δόξα εἰς τοὺς αἰῶνας τῶν αἰώνων, ἀμήν, *"Al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén"*. Es posible establecer posiciones distintas sobre quien es el sujeto de la oración, el Padre o nuestro Señor Jesucristo. Para unos la gloria corresponde al Padre a quien se alaba por medio de Jesucristo (v. 15: 1 P. 4:11). Bajo este punto de vista escribe el profesor Bruce:

"La cláusula adjetiva con la cual concluye esta oración ('al cual sea la gloria por los siglos de los siglos') probablemente deba tomarse como una adscripción de la gloria a Dios, el sujeto de la oración (como lo sugiere la puntación de la RVR), en lugar de referirlo a Jesucristo como su antecedente inmediato. Nuestro autor ya ha dejado claro en el v. 15 que es a través de Cristo que se le da gloria Dios"[26].

Con todo, sin dejar de considerar como lícita esta interpretación, el entorno textual inmediato sitúa a Jesucristo como el que puede operar la voluntad de Dios en el creyente, desde su inhabitación divina en él y desde su omnipotencia operativa. En ese sentido el sujeto de la glorificación es Jesucristo, quien es además el objeto central de toda la Epístola. No se trata de una excepción aquí, sino que Jesucristo es glorificado de este modo en otros lugares del Nuevo Testamento, tanto por Pablo como por Pedro (2 Ti. 4:18; 2 P. 3:18).

---

[26] F. F. Bruce. o.c., pág. 417.

Recomendaciones, saludo y despedida (13:22-25).

22. Os ruego, hermanos, que soportéis la palabra de exhortación, pues os he escrito brevemente.

Παρακαλῶ δὲ ὑμᾶς, ἀδελφοί, ἀνέχεσθε τοῦ λόγου τῆς παρακλήσεως,
Y ruego os hermanos soportad la palabra de la exhortación
καὶ γὰρ διὰ βραχέων ἐπέστειλα ὑμῖν.
porque también por medio de breves escribí os.

Notas y análisis del texto griego.

La despedida se inicia con un ruego del escritor: Παρακαλῶ, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo παρακαλέω, *pedir, rogar,* aquí *ruego*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; ὑμᾶς, caso acusativo plural del pronombre personal *os*; ἀδελφοί, caso vocativo masculino plural del sustantivo *hermanos*; ἀνέχεσθε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz media del verbo ἀνέχω, que en voz media significa *soportar, recibir con paciencia*, aquí *soportad*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; λόγου, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *discurso, palabra*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; παρακλήσεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo *consuelo, aliento, ánimo*, en general *exhortación*; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al adverbio y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; διὰ, preposición de genitivo *por medio de*; βραχέων, caso genitivo neutro plural del adjetivo *cortos, breves, pocos*; ἐπέστειλα, primera persona singular del aoristo primero (epistolar) en voz activa del verbo επιστέλλω, *escribir*, aquí como *escribí*; ὑμῖν, caso dativo plural del pronombre personal *os*.

Παρακαλῶ δὲ ὑμᾶς, ἀδελφοί, ἀνέχεσθε τοῦ λόγου τῆς παρακλήσεως. Al final de la Epístola el escritor apela a la benevolencia de los lectores, por el contenido y extensión del escrito. La apelación reviste, sin embargo, el carácter de mandamiento puesto que el verbo está en imperativo. Tal vez algunos de los lectores podrían considerar como fuertes las exhortaciones solemnes de la Epístola, otros incluso podrían entender que los temas son complejos y el escrito extenso, por esa razón les ruega a modo de mandato que sean capaces de soportar el escrito en toda su extensión, porque la intención que lo motiva no es otra que la edificación y corrección para bien del lector. La expresión τοῦ λόγου τῆς παρακλήσεως, *palabra de exhortación* debe entenderse como un modo de referirse a toda la Epístola, considerada como tal por el escritor.

La extensión resulta pequeña, corta: καὶ γὰρ διὰ βραχέων ἐπέστειλα ὑμῖν, *porque os he escrito brevemente.* Se hace corta para la importancia de los temas que contiene, de ahí que el escritor diga que es un escrito breve, que considera como una carta, tal como lo evidencia el verbo utilizado[27] que expresa la idea de escribir una carta. De todos modos se trata de una fórmula de cortesía, aunque manifiesta la inquietud del autor sobre la aceptación por parte de los lectores o, por lo menos, de alguno de ellos.

23. Sabed que está en libertad nuestro hermano Timoteo, con el cual, si viniere pronto, iré a veros.

Γινώσκετε τὸν ἀδελφὸν ἡμῶν Τιμόθεον ἀπολελυμένον, μεθ᾽ οὗ
Sabed: el hermano de nosotros Timoteo está libre con el que
ἐὰν τάχιον ἔρχηται ὄψομαι ὑμᾶς.
Si prontamente viene visitaré os.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue con una información: Γινώσκετε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz activa del verbo γινώσκω, *conocer, enterarse, saber*, aquí *sabed*, debe ser suplido con *que*, o colocado como introducción seguido de signo de puntuación; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἀδελφὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *hermano*; ἡμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de nosotros*; Τιμόθεον, caso acusativo masculino singular del nombre propio *Timoteo*; ἀπολελυμένον, caso acusativo masculino singular del participio de presente en voz pasiva del verbo ἀπολύω, *despedir, dejar ir, dejar libre*, aquí como *está libre*, μεθ᾽, forma que toma la preposición de genitivo μετά ante vocal aspirada, y que significa *con*; οὗ, caso genitivo masculino singular del pronombre relativo *él que*; ἐὰν, conjunción condicional, *si*; τάχιον, adverbio superlativo de ταχύς, *rápido, pronto*, aquí *muy pronto,* o *prontamente*; ἔρχηται, tercera persona singular del presente de subjuntivo en voz media del verbo ἔρχομαι, *venir, llegar, regresar,* aquí *viene*; ὄψομαι, primera persona singular del futuro de indicativo en voz media del verbo ὁράω, *ver, mirar, visitar*, aquí *visitaré*; ὑμᾶς, caso acusativo plural del pronombre personal *os*.

Una nota informativa referente al que llama τὸν ἀδελφὸν ἡμῶν Τιμόθεον *nuestro hermano Timoteo*, para decirles que ἀπολελυμένον, *estaba libre*, o tal vez mejor *había sido puesto en libertad*. Quiere decir, por tanto, que había estado preso. El Nuevo Testamento no registra en ningún lugar la prisión de Timoteo, ni del colaborador del apóstol Pablo, ni de ningún otro con ese nombre. Sin duda una referencia sin otra mención de su nombre, exige entender que se trataba de Timoteo, el que había acompañado tantas veces a Pablo y había sido comisionado por él para distintas misiones en el trabajo fundacional

[27] Griego επιστέλλω.

de las iglesias. Este es también otro de los argumentos para considerar la autoría paulina de la Epístola.

El escritor espera su venida para hacer juntos una visita a quienes estaba escribiendo: μεθ᾽ ου ἐὰν τάχιον ἔρχηται ὄψομαι ὑμᾶς, *"con el cual, si viniere pronto, iré a veros"*. Sin embargo, caso de suponer al apóstol Pablo como autor de esta Epístola, surge la pregunta sobre el lugar desde donde estaría escribiendo y en donde esperaba el regreso de Timoteo. Más bien cabe pensar que tal vez Timoteo había sido hecho prisionero por la relación con Pablo que estaba en prisión condenado a muerte y al que mandó llamar desde Roma para que acudiese pronto a él, trayendo consigo a Juan Marcos (2 Ti. 4:9, 11). Con todo, cualquier propuesta no deja de ser una mera hipótesis que no tiene sustento bíblico, aunque tal vez pudiera encontrar algún apoyo histórico.

24. Saludad a todos vuestros pastores, y a todos los santos. Los de Italia os saludan.

᾽Ασπάσασθε	πάντας	τοὺς	ἡγουμένους	ὑμῶν	καὶ	πάντας	τοὺς	ἁγίους.
Saludad	a todos	los	líderes	de vosotros	y	a todos	los	santos.

᾽Ασπάζονται	ὑμᾶς	οἱ	ἀπὸ	τῆς	᾽Ιταλίας.
Saludan	os	los	de	-	Italia.

Notas y análisis del texto griego.

Saludos: ᾽Ασπάσασθε, segunda persona plural del aoristo primero de imperativo en voz media del verbo ἀσπάζομαι, *saludar,* aquí *saludad*; πάντας, caso acusativo masculino plural del adjetivo indefinido declinado *a todos*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἡγουμένους, caso acusativo masculino plural del sustantivo que denota *guías, conductores, líderes*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de vosotros*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πάντας, caso acusativo masculino plural del adjetivo indefinido declinado *a todos*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἁγίους, caso acusativo masculino plural del adjetivo articular *santos*. ᾽Ασπάζονται, tercera persona plural del presente de indicativo en voz media del verbo *saludar,* aquí, *saludan*; ὑμᾶς, caso acusativo plural del pronombre personal *os*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἀπὸ, preposición de genitivo *de*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *las*; ᾽Ιταλίας, caso genitivo femenino singular del nombre propio *Italia*.

᾽Ασπάσασθε πάντας τοὺς ἡγουμένους ὑμῶν. Los saludos finales son personales y genéricos, incluyendo en ellos a *"vuestros pastores"*, referidos a los líderes o guías de la iglesia, a quienes se ha referido antes con la misma palabra (vv. 7, 17). Es muy interesante apreciar como la iglesia en tiempos apostólicos se encontraba organizada con el liderazgo establecido, ocupándose de las funciones propias de la conducción de las congregaciones locales. Pero,

juntamente con los líderes se les envían saludos πάντας τοὺς ἁγίους, *a todos los santos*, esto es, a los miembros de la iglesia o de las iglesias en donde se congregaban los destinatarios del escrito.

Ἀσπάζονται ὑμᾶς οἱ ἀπὸ τῆς Ἰταλίας. De igual manera, en cuanto a imprecisión, se recogen también los saludos de un grupo creyente que se llama *"los de Italia"*. La imprecisión permite dos interpretaciones. En primer lugar podría tratarse de judíos residentes en Italia, que habían sido expulsados de Roma y que estaban en el lugar desde donde se escribió la Epístola. Pero también, en segundo lugar, podrían tratarse de creyentes de las iglesias establecidas en Italia y, más probablemente, de creyentes afincados en Roma, lo que situaría el escrito desde algún lugar de Italia. Todo esto se consideró ya en la introducción a la Epístola. No es preciso suponer que estos hermanos incluidos en el grupo *"los de Italia"* fuesen conocidos por los destinatarios de la Epístola, aunque probablemente fuesen también de ascendencia hebrea.

25. La gracia sea con todos vosotros. Amén.

Ἡ χάρις μετὰ πάντων[1] ὑμῶν.
La gracia con todos vosotros.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica Textual. Lecturas alternativas.

[1] πάντων ὑμῶν, *todos vosotros*, atestiguada en **p**[46], ℵ*, I[vid], 33, cop[sa], arm.

πάντων ὑμῶν. ἀμήν *todos vosotros. Amén*, lectura en ℵ[c], A, C, D[c], H, K, P, Ψ, 0121[b], 81, 88, 104, 181, 326, 330, 436, 451, 614, 629, 630, 1739, 1877, 1881, 1962, 1974, 2127, 2492, 2495, *Lec. Biz.* it[ar, c, dem, div, f, z,], vg, syr[p, h], cop[bo], eth, Crisóstomo, Eutilio, Teodoreto, Juan Damasceno.

πάντων ἡμῶν. ἀμήν *todos nosotros. Amén.* como se lee en 1241.

πάντων τῶν ἁγίων. ἀμήν, *por los siglos. Amén,* lectura en D[gr*].

La bendición final se lee: Ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; χάρις, caso nominativo femenino singular del sustantivo *gracia*; μετὰ, preposición propia de genitivo *con*; πάντων, caso genitivo masculino plural del adjetivo indefinido *todos*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal *vosotros*.

Ἡ χάρις μετὰ πάντων ὑμῶν. La última frase de la Epístola es una fórmula de despedida típicamente paulina. Es idéntica a la despedida de la carta a Tito (Ti. 3:15). En esta despedida aparece el mayor deseo de bendición y expresa la síntesis de la salvación cristiana.

La gracia como don de Dios se comunica al creyente por Cristo, de ahí que en otros lugares se llama *"la gracia de nuestro Señor Jesucristo* (Ro. 16:24; 1 Co. 16:23; Gá. 6:18; 1 Ts. 5:28; 2 Ts. 3:18). La gracia, como expresión de amor divino y provisión para salvación determinada en la eternidad, cuando se estableció el Plan de Redención (2 Ti. 1:9), viene con Cristo y en Cristo (Jn. 1:17). Esta gracia se otorga al hombre por el único Mediador que es también Jesucristo (1 Ti. 2:5). Es la razón, causa y fundamento de la salvación y, por tanto, de su seguridad. Cristo Jesús, nuestro Señor, expresó plenamente la gracia, hasta el punto de cautivar a quienes estuvieron con Él (Jn. 1:14). La gracia comunica el poder para la vida cristiana victoriosa. El trabajo eficaz sólo es posible en ella (1 Co. 15:10).

Pero, en el contexto de dificultades que rodea la epístola, donde algunos estaban perdiendo sus bienes y poniendo en peligro sus mismas vidas, la gracia suplirá toda la necesidad y superará cualquier aspecto en el conflicto, fortaleciendo al creyente en medio de las pruebas y sufrimiento. De ahí la gran promesa contenida en el escrito de Santiago: *"Pero Él da mayor gracia"* (Stg. 4:6). Si la gracia sobreabundó, esto es, fue superior en todo al sobreabundante pecado para salvación, también es mayor que cualquier angustia en la experiencia de la santificación. Es la promesa de Dios para toda ocasión y para cualquier dificultad. El creyente de fe, descansa confiadamente en la provisión de la gracia y sigue el camino de su peregrinación tras las huellas de Jesús, poniendo la vista en Él (12:2). Esta admirable gracia no hace distinción ni acepción de personas: *"sea con todos vosotros"*. Había creyentes débiles, vacilantes en la fe y también fuertes. Cualquiera que fuese la situación, el escritor desea para ellos la mejor de las bendiciones: una continua experiencia en la gracia y una constante provisión de ella. El hecho de que en la bendición se diga que esa gracia *"sea con todos vosotros"* indica también la permanencia. No habrá un solo momento en que no esté a nuestra disposición, no solo en cuanto a alcance que comprende a todos, sino en cuanto a bendición continuada. Siempre hay gracia, siempre hay aliento, siempre hay comprensión, siempre hay ayuda, siempre hay todo como provisión de Dios en la carrera de la fe. Es posible que sepamos poco acerca de la gracia, pero, lo más importante es que la experimentemos cada día.

La Epístola enfatiza continuamente la realidad de la vida de fe, que sustentada también en la gracia, alcanza victorias y se mantiene firme en medio del conflicto. Es sumamente interesante el párrafo con que el profesor Bruce cierra su comentario a este escrito:

"Los cristianos son tales por virtud de ciertos actos de Dios que tuvieron lugar en un tiempo definido en el pasado, pero esos actos de Dios han liberado

una fuerza dinámica que nunca permitirá a los cristianos carecer, en ningún punto, de ese reposo divino que, en esta vida, es siempre la meta por alcanzar y nunca un estado al que se ha arribado. La fe concedida a los santos una vez y para siempre no es algo que pueda captarse y domesticarse; continuamente guía a los santos hacia delante, a nuevas aventuras en la causa de Cristo, cuando Dios los llama de nuevo. La fe firme de Abraham en un Dios inmutable lo hizo apto para continuar ante el llamado de Dios, sin saber a dónde iba a ser guiado. Permanecer en el punto hasta el cual nos ha guiado algún maestro reverenciado del pasado, a partir de un sentimiento equivocado de lealtad hacia él; continuar siguiendo un modelo cierto de actividad o actitud religiosa sólo porque fue suficientemente bueno para nuestros padres y abuelos: estas y otras son tentaciones que hacen que el mensaje de Hebreos sea necesario y saludable para que nuestros oídos lo escuche. Cada nuevo movimiento del Espíritu de Dios tiende a perpetuarse en una forma invariable en la generación próxima, y lo que hemos escuchado con nuestros oídos, lo que nuestros padres nos dijeron, se transforma en una tradición tenaz que usurpa la lealtad que sólo debemos otorgar a la palabra viva y activa de Dios. A medida que el cristiano examina el mundo de hoy, ve mucha tierra esperando ser poseída en el nombre de Cristo, pero tomar posesión de ella requiere esa medida generosa de fe que mira hacia delante, a la cual esta epístola exhorta tan ardientemente a los lectores. Aquellos primeros lectores estaban viviendo en una época en que el orden antiguo y reverenciado se estaba rompiendo. Se adhesión a las venerables tradiciones no les iba a beneficiar nada en esta situación; sólo la adhesión al Cristo inmutable y triunfante podría llevarlos hacia delante y capacitarlos para enfrentar un nuevo orden con confianza y poder. Así, en un día en que todas las cosas que pueden ser sacudidas son sacudidas delante de nuestros ojos y aun debajo de nuestros pies, agradezcamos por nuestra parte, por el reino inconmovible que hemos heredado, que permanece para siempre, aun cuando todas las demás cosas sobre las cuales los hombres depositan sus esperanzas desaparezcan y no dejen rastro alguno” [28].

Que las reflexiones hechas a lo largo del comentario sirvan, en el poder del Espíritu de Dios para fortalecer a cada lector en la determinación de una vida de fe. Que la historia y los triunfos del pasado den paso a las victorias del presente y a la firme certeza de otras en el futuro, como manifestaciones de la inconmovible realidad de ser llevados siempre en triunfo en Cristo Jesús (2 Co. 2:14). No hay nada en el pasado que pueda superar las glorias del futuro. Quienes viven pendientes de los hechos antiguos y fijan su mirada en las aparentes grandezas de la iglesia ya pasada, están perdiendo la bendición de pisar el terreno de victoria por la fe en el presente. Hemos de proclamar con convicción que la iglesia gloriosa no ha sido la del pasado, sino que será la del

---

[28] F. F. Bruce. o.c., pág. 422.

futuro y que a nosotros nos está reservado en el tiempo presente una vida de victoria en dependencia de fe, que nos vincula con el que tiene todo el poder en el cielo y en la tierra. La mejor oración para nosotros es la de los apóstoles: *"Señor, auméntanos la fe"*.

BIBLIOGRAFÍA

Agustín de Hipona. *Del Aprendizaje Cristiano.*

Auer, Johann. *Jesucristo hijo de Dios e hijo de María*. Editorial Herder. Barcelona, 1989.

Berkhof, L. *Teología Sistemática.* Editorial T.E.L.L. Mexico D. F. Grand Rapids, 1949.

Bevan, Walter T. *Salmos*. Librería Editorial Cristiana. Buenos Aires, 1978.

Bruce, F. F. *El canon de la Escritura.* Editorial Andamio-Clie. Terrasa 1988.

Bruce, F. F. *La Epístola a los Hebreos*. Editorial Nueva Creación. Grand Rapids, 1987.

Calvino, Juan. *Institución de la religión cristiana.* Fundación Editorial de Literatura Reformada. Rijswijk (Z.H.) Países Bajos, 1968.

Calvino, Juan. *Epístola a los Hebreos.* Editorial Subcomisión Literatura Cristiana de la Iglesia Reformada. Grand Rapids, 1977.

Chaffer, Lewis, Sperry. *Teología Sistemática. Vol. 1.* Editorial Publicaciones Españolas. Dalto, Georgia, 1974.

Del Páramo, Severiano. *Mateo. Comentario al Nuevo Testamento.* Editorial BAC. Madrid 1950. pág. 284s.

Dencinger. H – Schönmetzer, A. *Enchiridion Symbolorum*. Frigurgi-Barcinone, 1963.

Eusebio. *Historia Eclesiastica.*

Fountain, Thomas. *Claves de interpretación bíblica.* Casa Bautista, 1977.

González Cardedal, Olegario. *Cristología*. Editorial BAC. Madrid, 2001

Gooding, David. *Un reino inconmovible.* Editorial Literatura Bíblica. Madrid.

Harrison, Everett. *Introducción al Nuevo Testamento*. Editorial Subcomisión Literatura Cristiana de la Iglesia Reformada. Grand Rapids, 1980.

Hodge, Charles. *Teología Sistemática*. Editorial Clie. Terrassa,

Josefo. *Antigüedades*.

Lacueva, Francisco. *Espiritualidad Trinitaria*. Editorial Clie. Terrassa, 1983.

Lacueva, Francisco. *Comentario Bíblico Matthew Henry. Levítico*. Editorial Clie. Terrasa, 1983.

Lacueva, Francisco. *La Persona y la Obra de Jesucristo.* Clie. Terrasa. 1979.

Lacueva, Francisco. *La Iglesia, cuerpo de Cristo.* Editorial Clie. Terrassa, 1978

Lacueva, Francisco. *Comentario Bíblico Matthew Henry. Hebreos*. Editorial Clie. Terrassa, 1983

Ladd, George Eldon. *Teología del Nuevo Testamento.* Editorial Clie. Terrassa, 1993.

Mackintosh, C. H. *Estudios sobre el libro de Levítico*. Editorial Buenas Nuevas. California, 1975.

Mackintosh, C. H. *Estudios sobre el libro de los Números.* Editorial Buenas Nuevas, California, 1975.

McClau, J. B., *The Epistke ti the Hebrews*. Londres, 1871.

Nicolau, Miguel. *Carta a los Hebreos.* Editorial BAC. Vol. 214. Madrid 1967.
Ryrie, Charles C. *Teología Bíblica del Nuevo Testamento*. Editorial Outreach Publications. Grand Rapids, 1983.
Pentecost, J. Dwight. *The words and works of Jesus Christ.* Zondervan Publishing House. Grand Rapids, 1981.
Robertson, Archibal Thomas. Imágenes verbales en el Nuevo Testamento, Vol. V. Editorial Clie. Terrassa, 1990.
Rudd, A. B. *La Epístola a los Hebreos*. Editorial Clie. Terrassa, 1986.
Saphir, Adolph. *Christ Crucified*. Editorial James Nisbet. Londres, 1973.
Strong, Augustus. *Systematic Theology*. Editorial Pickering & Inglis Ltd. Glasgow.
Tertuliano. *De Pudicita.*
Trenchard, E. *Exposición de la Epístola a los Hebreos*. Editorial El Amanecer. Tucumán, 1958.
Warfield, B. B. La persona y la obra de Jesucristo. Editorial Clie. Terrassa, 1993.
Wuest, K. S. *Hebrews in the Greek New Testament.* Grand Raids, 1947.

<u>**DICCIONARIOS**</u>.

Diccionario Teológico del N. T. Editorial Sígueme. Salamanca, 1980.
Vine, W. E. W. *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento.* Editorial Clie. Terrassa, 1988.
Nuevo Diccionario Bíblico. Ediciones Certeza. 1991.
Diccionario de La Biblia. Editorial Herder. Barcelona 1981.
Diccionario Exegético del Nuevo Testamento. Horst Balz, Gerhard Schneider. Editorial Sígueme. Salamanca 1998.
Diccionario Teológico del Nuevo Testamento. Lotear Coenen, Erich Beyreuther, Hans Bietenhard. Editorial Sígueme. Salamanca 1980.
Diccionario Griego Español. Editorial Ramón Sopena, S.A. Barcelona, 1972.

<u>**TEXTOS BÍBLICOS**</u>

A Biblia. Editorial SEPT. Vigo, 1992.
Biblia Textual. Sociedad Bíblica Iberoamericana. 1999.
Sagrada Biblia. Cantera-Iglesias. Editorial BAC. Madrid, 1975.
Santa Biblia. Editorial Mundo Hispano. 1989.
Sagrada Biblia. Mons. Dr. Juan Straubingue. Editorial Prensa Católica. México 1958.
La Biblia. Nueva Versión Internacional. Editorial Sociedad Bíblica de España. Madrid, 2005.
El Nuevo Testamento. Versión Recobro. Editorial Living Stream Ministry.
Biblia Anotada. Charles Ryrie. Editorial Portavoz. Grand Rapids, 1996.

Bíblia de Jerusalén. Editorial Desclee de Brouwer. Bilbao, 1975.
Biblia de las Américas. Editorial Fundación. Anaheim.
Nuevo Testamento Interlineal. Francisco Lacueva. Editorial Clie. Terrassa, 1984.California. 1994.
Nuevo Testamento Trilingüe. Bover-O'Callaghan. Editorial BAC. Madrid, 1977
Septuaginta. Deustche Biblgesellschaft Stuttgart. Stuttgart, 1979.
The Greek New Testament. Deutsche Biblelgesellschaft. Stuttgart, 2001.

COMENTARIO EXEGÉTICO AL TEXTO GRIEGO DEL NUEVO TESTAMENTO HEBREOS



D. Samuel Pérez Millos es Master en Teología (Th.M.) por el IBE, (Instituto Bíblico Evangélico). Actualmente es miembro de la Junta Rectora del IBSTE (Instituto Bíblico y Seminario Teológico de España), y es profesor en activo de las áreas de Prolegómena, Bibligrafía y Antropología de esta institución.
Escritor de más de 30 libros de teología y estudios bíblicos, conferenciante de ámbito internacional y consultor adjunto de Editorial Clie en áreas de lenguas bíblicas, D. Samuel Pérez Millos une a su preparación académica la valiosa experiencia vital y pastoral de su anterior labor por más de 25 años como pastor de la Primera Iglesia Evangélica de Vigo (España).

καὶ γνώσεσθε τὴν ἀλήθειαν, καὶ ἡ ἀλήθεια
ήθεια ἐλευθερώσει ὑμᾶς καὶ γνώσεσθε τὴν ἀ
τὴν ἀλήθειαν, καὶ ἡ ἀλήθεια ἐλευθερώσει ὑ

Samuel Pérez Millos, nos ofrece una incomparable obra por la calidad y su extenso contenido. Une en un solo comentario el rigor del análisis gramatical del texto griego del Nuevo Testamento y las derivaciones prácticas, doctrinales y teológicas del mismo. Las características principales de este comentario son:

- Técnico. A cada libro le precede un completo estudio introductorio sobre el autor, fecha, cuestiones críticas, tema principal y bosquejo analitico.
- Analítico. Examen gramatical del texto griego con incorporaciones de la correspondiente critica textual, cuando se da el caso, analizando todos los elementos de cada versículo, como verbos, sustantivos, adjetivos, proposiciones, etc.
- Lingüístico. Texto griego y traducción interlineal de cada palabra. Análisis del mismo con modos verbales, declinaciones etc., ofreciendo el significado principal y los complementarios de cada palabra.
- Exegético. Interpretación literal de cada término y su significado en el conjunto canónico del Nuevo Testamento.
- Práctico. Aplicación a la vida del individuo o de la comunidad de la enseñanza doctrinal, teológica y espiritual derivada de la exégesis del texto.
- Didáctico. Al final de cada capitulo se hace una aplicación práctica de lo analizado en el mismo.
- Complementario. La exégesis del texto se ve complementada con una serie de *excursus* sobre temas doctrinales y prácticos que precisan de mayor atención y detalle.

En suma, un comentario único, riguroso , extenso e intenso , pero muy práctico y útil a la vez, para todo amante y estudioso de la Palabra de Dios.



• CLASIFÍQUESE: 266 HERMENÉUTICA •
COMENTARIOS DE NT-HEBREOS
• CTC 01-02-0266-16 • REF 224712 •

ISBN 978-84-8267-556-5

